
UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 00265492 9

HISTORIA

DE LA

LITERATURA

1381-11. — Buenos Aires. Imprenta Alfa y Omega. — 1-12.

HISTORIA

DE LA

LITERATURA

POR EL

P. MANUEL PONCELIS

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

TERCERA EDICIÓN CORREGIDA Y AUMENTADA

POR VARIOS PROFESORES DE LA MISMA COMPAÑÍA



BUENOS AIRES

CASA EDITORA ALFA Y OMEGA

573 - CALLAO - 577.

1912

Con las licencias necesarias

PRÓLOGO

DE LA PRESENTE EDICIÓN

Agotadas en poco tiempo las dos ediciones que se hicieron de este libro, una en Chile y otra en Buenos Aires, echaron de menos los profesores de Historia de la Literatura un texto, que á la vez que facilitaba su tarea, ayudaba eficazmente á los alumnos en la preparación de tan importante asignatura. Varios son los textos de esta materia que corren en manos de los alumnos : pero deficientes algunos por lo concisos, ó por limitarse otros á sola la literatura española, se hacía indispensable la reedición del libro del P. Poncelis, que llena cumplidamente los programas de las distintas naciones sudamericanas, tan variados y distintos en la extensión que dan al estudio de esta asignatura.

Y puesto que se trataba de una nueva edición de un libro que tan universal aceptación había tenido, fué preciso hacer en él una revisión que lo pusiese al día, para incluir en sus páginas los autores contemporáneos de más nota. Esta tarea, ingrata en sí, pero de resultados benéficos para los que se dedican á tan importante estudio, no han vacilado en llevarla á feliz término varios profesores de la asignatura ; con lo cual la obra ha ganado sin duda en interés, y será por consiguiente de mayor provecho, no sólo para los alumnos, sino también para los profesores y no menos para los que deseen estar al corriente del movimiento literario principalmente de España y de las naciones sudamericanas.

Es por lo tanto la presente edición una renovación casi com-

pleta del libro del P. Poncelis, si bien se ha mantenido en él, cuanto ha sido posible, el método y el criterio de autor tan benemérito y competente.

Ojalá que la presente edición logre la favorable acogida que han merecido las anteriores; y que la juventud, á quien preferentemente se dedica, halle en este libro la guía segura que le conduzca á través del laberinto de tantos escritores, para discernir con seguro criterio la verdadera belleza del falso oropel, y satisfacer las ansias legítimas de estéticos placeres en las fuentes purísimas del arte y del buen gusto.

LOS EDITORES

HISTORIA DE LA LITERATURA

I

LITERATURA HEBREA, ORIENTAL GRIEGA Y LATINA

LITERATURA HEBREA

Ponemos en primer lugar la literatura hebrea, no sólo por su venerable antigüedad de todos reconocida, sino por su excelencia sobre todas las demás [1].

Moisés, primer escritor de los hebreos, salió de Egipto hacia el año 1600 antes de Jesucristo, en cuya época escribió el Pentateuco, y á la cual asignan ordinariamente los historiadores las emigraciones á que debe la Grecia su población y cultura. Por consiguiente, la literatura de los griegos no puede remontarse á la época de la hebrea. Respecto de la de los indios, que algunos suponen la más antigua, todavía no se ha podido señalar con fundamento positivo una sola fecha anterior al Génesis. Tampoco tienen estos pueblos cronología fija, así es que varía tanto la época que suele señalarse á sus monumentos literarios, que casi han desesperado los orientalistas ponerse de acuerdo sobre este punto. Lo mismo debe decirse de la literatura de los persas, chinos y árabes, cuyos investigadores por hacer alarde de erudición y antigüedad en sus escritos, se envolvieron en una nube de fechas incoherentes y fabulosas, que la luz de la crítica ha ido disipando. Empero, si andando los tiempos, nuevos documentos nos pusieran á la vista la mayor antigüedad de alguna de ellas,

1. Decimos venerable antigüedad, y no mayor que la de las demás literaturas orientales, porque los descubrimientos modernos referentes á los escritos caldeos y egipcios han empezado á disipar las tinieblas en que estaban envueltas las literaturas de estos dos pueblos. En efecto el P. Brunengo en su obra *El imperio de Babilonia y Nínive*, y el P. De Cara en la titulada *Los Hycsos*, ó reyes pastores, dada á luz el año pasado, cuyas cuestiones se han estado discutiendo y aclarando estos últimos años en la *Civiltá Cattolica*, aseguran con documentos fehacientes, que los poemas allí encontrados son anteriores á Moises, y en perfecta armonía con la cronología bíblica.

de ningún modo aventajarían á la hebrea, en la grandiosidad del fondo ni en la belleza de las formas.

La literatura hebrea está comprendida en la Sagrada Biblia, ó sea el Antiguo y Nuevo Testamento; libro que, como decía el insigne orientalista Jones Williams, « contiene más elocuencia, más moral, más verdades históricas, más riquezas poéticas, en una palabra, más bellezas de todo género, que las que podrían reunirse tomando las de todos los demás libros que se han compuesto en todos los siglos y en todos los idiomas ».

Sus anales, en donde se hallan las verdaderas tradiciones históricas del género humano, han sido conservados por el celo religioso de un pueblo extraordinario, cual es el hebreo, y tenidos después como regla de fe y de moral por los países más cultos; han sido además discutidos y comentados de mil maneras en todos los tiempos y por gran número de sabios, y todavía no ha podido negar la crítica más hostil, que tienen demasiada sencillez para ser obra de un impostor, y demasiada sabiduría para que puedan atribuirse á un ignorante ó á un iluso.

En la Biblia no hay distinción de géneros, como epopeya, drama, oda, elegía, etc., que más tarde introdujeron los retóricos, distinción deducida del genio particular de la literatura griega. Allí, desde los hechos de una genealogía, se pasa súbitamente al más remontado lirismo, de una sencillísima narración á la más ferviente plegaria, de un minucioso reglamento á una inspiración profética. La belleza brota de las cosas mismas, y tal vez no se encuentre un pasaje en que lo bello predomine tan solo como bello, al paso que se encuentran á cada momento palabras de vida, instrucciones saludables, en que van unidas la mayor sencillez y claridad á una profundidad admirable. En la Biblia tiene su fundamento la teología, madre de las ciencias, y en este divino libro hallamos también preceptos políticos aplicables á todas las formas de gobierno, y preceptos morales muy provechosos á todos los estados y condiciones. El Espíritu Santo, su autor, no quiso darnos preceptos de estética, como hoy se dice, sino ilustrarnos con verdades, y movernos á la virtud con reglas de buena conducta.

A esta literatura le sirvió de órgano la lengua hebrea, madre común de todas las semíticas, según el sentir de muchos, la cual corresponde admirablemente en su tono, carácter y espíritu con su destino, que es ser la expresión de la revelación sagrada y de la profecía divina.

En ella, dice F. Schlegel, predomina el elemento de la aspiración, así como en el griego y en el alemán el de las consonantes, y en las lenguas que se formaron del latín, se distingue el de las vocales; y no obstante que hace tantos siglos que la hebrea es lengua muerta, todavía se advierte en el gran número de aspiraciones y letras guturales cuán eficaz y apasionado debía ser su acento.

Respecto de la clase de metro en que escribieron sus cánticos los hebreos, dice expresamente S. Gerónimo, juez competente en la materia, que en la Biblia se rastrean metros parecidos á los clásicos, y hablando del libro de Job, añade que fué escrito en verso heroico de pies análogos á los clásicos, aunque con otro número de sílabas. Y el Doctor Gustavo Bickel,profesor católico en la Universidad de Innsprück, publicó en 1879 un opúsculo en que anunciaba y demostraba con numerosos ejemplos, que el verso hebraico existía, y, semejante al siriaco, componíase de número fijo de sílabas alternativamente acentuadas, la misma ley de la

métrica moderna. Esta teoría ha sido confirmada y perfeccionada en muchos puntos por el P. Gietmann en el opúsculo publicado en 1881 con el título : *De re metrica hebræorum*. Y á la verdad, el acento, alma de la palabra, sobrevive á pesar de los cambios de pronunciación, como se advierte patentemente en el tránsito de una voz latina á todas las lenguas romances. El acento es el representante de la idea, y el sistema métrico acentual que combina y realza acentos, combina y realiza ideas, y es mucho más espiritual que el sistema rúnico de aliteración de los pueblos del Norte de Europa, y aún más también que el cuantitativo de la poesía greco-latina, bien que éste no prescinda en absoluto de acento. La teoría, pues, de Bickel y del P. Gietmann enlaza la poesía hebrea con los himnos de la Iglesia : *Stabat Mater*, *Dies iræ*, *etc.*, y éstos con la poesía toda de la civilización moderna. ¡ Hermosa concatenación[1]!

La poesía de los hebreos tiene una forma especial llamada *paralelismo*, que consiste en dividir el pensamiento en dos partes ó frases, que se corresponden y completan. Al recitar ó cantar los salmos, por ejemplo, se nota en cada versículo más bien armonía de pensamiento que de palabra, y el efecto acústico resulta de que la primera parte del tal vérsiculo queda incompleta, y deja el sentido pendiente hasta que se termina en la segunda, que suele ser la repetición amplificada, ó bien una antítesis, ó el complemento de dicho pensamiento.

Por lo que toca á la rima, de los estudios hechos recientemente sobre la Escritura y lenguaje de los profetas, se ha reconocido que la rima es connatural á la poesía hebrea y tan antigua como el metro; sin embargo, son tantas y tan diversas las combinaciones rímicas, y las emplearon los hebreos con tanta libertad, que no puede designarse su correspondencia con la seguridad y fijeza que en las modernas literaturas. A imitación de los hebreos, emplearon la rima los habitantes del Ganges, los fenicios, los sirios, los persas y los árabes, advirtiéndose además en los primeros cierta propensión al *monorrimo*, forma especial y característica de las poesías orientales.

La versión conocida con el nombre de los *Setenta* es una traducción en griego hecha de los libros hebreos por setenta y dos doctores judíos, enviados á Alejandria por el gran sacerdote Eleázaro, á petición de Tolomeo Filadelfo, 280 años antes de Jesucristo. Esta sirvió de texto á otra traducción en latin llamada *Itálica* ó *Vulgata antigua*. S. Jerónimo, teniendo á la vista los libros hebreos, hizo una traducción latina, que es conocida con el nombre de *Vulgata* y que la Iglesia ha reconocido como auténtica.

Dejando para la literatura eclesiástica el hablar sobre el Nuevo Testamento, ahora sólo trataremos del Antiguo, que consta de cuarenta y cinco libros escritos por más de veinte autores de distintos tiempos, y de índole y condición distinta también, ninguno de los cuales, á pesar de la variedad de asuntos que tratan, discrepan en la doctrina, ni se contradicen en los hechos, distinguiéndose todos por esa sublimidad y sencillez que los hace inimitables. Los dividiremos en *historicos*, *morales* y *profeticos*.

1. Me es grato consignar que debo estas observaciones á la sincera y cordial amistad del ilustre literato colombiano D. Miguel Antonio Caro.

Libros históricos. Moisés, primer escritor bíblico, historiador y poeta al mismo tiempo, legislador y libertador de su pueblo, escribió cinco volúmenes ó libros que llamamos *Pentateuco*, á saber : el *Génesis*, el *Éxodo*, el *Levítico*, el de los *Números* y el *Deuteronomio*. Comienza su narración en el *Génesis* contándonos de una manera sencilla pero sublime, la creación del mundo, de nuestros primeros padres, Adán y Eva, y el origen del mal sobre la tierra. En el mismo nos habla del diluvio, de los nuevos pobladores, su dispersión por los diferentes puntos del globo, y concluye con los principales hechos de los Patriarcas hasta la muerte de José. En el *Éxodo* refiere las disposiciones que dió el Señor para librar á su pueblo de la esclavitud de Egipto, las maravillas que obró en el paso del Mar Rojo, las alabanzas que le cantaron, las marchas por el desierto, y termina con la erección y consagración del Tabernáculo. El *Levítico* es como un ceremonial de los ministros, y de las diversas clases de sacrificios que se habían de ofrecer hasta que viniese el Mesías prometido. En el de los *Números*, después de hacer un censo ó encabezamiento del pueblo hebreo, describe las mansiones que hicieron los israelitas en el desierto, los castigos que Dios envió sobre los murmuradores y rebeldes á Moisés y á Aarón y da algunos preceptos y leyes ceremoniales y judiciales. Por fin, en el *Deuteronomio* hace una recapitulación de los prodigios obrados en el desierto, repite la ley con algunas ilustraciones ó aclaraciones, y después de entonar un hermosísimo cántico muere en el monte Nebo.

Es de notar, dicen los críticos, que Moisés, sin pretensiones de sabio y sin hacer alarde de conocimientos adquiridos, escribe su relato, legisla, canta y ordena, y en todas sus páginas se ven resueltas las cuestiones más trascendentales que han llamado la atención de los sabios en todos los siglos. Y lo que más admira á los hombres pensadores, es que en el lenguaje, no de Newton ó de Herschel, sino del pueblo, y valiéndose de aquellas imágenes que podían ser comprendidas por el común de las gentes, establece verdades y cuenta maravillas que tres mil años después han ido descubriendo y reconociendo los sabios á fuerza de estudios y de fatigas.

No es nuestro objeto el demostrar cómo las ciencias naturales, á medida que han ido progresando, han rendido á su vez el debido tributo de admiración á las relaciones mosaicas, y hecho enmudecer á la filosofía volteriana, que tanto escarnio hizo de lo que no fué capaz de comprender. Entre otros libros modernos, puede consultarse con este objeto la obra del abate Moigno : *Los esplendores de la fe*... y *La Creación* del P. Juan Mir y Noguera de la Compañía de Jesús.

En medio de la sencillez de sus narraciones, Moisés es poeta, pero poeta superior á todos los conocidos, el cual deja tan abajo á Píndaro y Horacio en la divina inspiración, como á Heródoto y demás historiadores en la veracidad. Su narración, desde el principio del mundo hasta que murió en el monte Nebo, es parte de una epopeya magnífica. Hay en ella escenas tan tiernas y conmovedoras, que superan á cuantas han ideado los poetas más notables de la antigüedad; hay anagnórisis tan delicadas y perfectas, que si hacemos un paralelo con las bellísimas de Homero, quedan pálidas las de este extraordinario ingenio al lado de las de Moisés. Léase si no la narración en que José se da á conocer á sus hermanos, y si uno es capaz de conmoverse casi le vendrán las lágrimas

á los ojos al llegar á este pasaje, del cual decía Voltaire que nunca lo leía sin sentir una nueva impresión. Hay además descripciones que dejan atrás á cuantas han producido las fantasías más brillantes y el arte más perfecto. Y si de esta clase de bellezas pasamos á las de sentimiento, ¿quién podrá explicar debidamente el entusiasmo lírico de Moisés, el estro poético de su inspiración y la valentía de su lenguaje al entonar el cántico de acción de gracias después del paso del Mar Rojo? A este raudal de sublime poesía han venido á beber los vates sagrados, que han querido imitar el generoso sentimiento de gratitud hacia Dios, y aquí fué donde el inmortal Herrera se llenó de divina inspiración, vertiéndola después en la famosa canción á la batalla de Lepanto.

Los demás libros históricos de la literatura hebrea, siguiendo el orden cronológico, son: el titulado de *Josué*, sucesor de Moisés en el gobierno del pueblo, y escrito, según la opinión común, por él mismo. En él se da cuenta de la conquista de la tierra prometida, de los prodigios obrados por el Señor en favor de Israel, y de la porción de territorio que tocó en suerte á cada una de las tribus.

Sigue á éste el de los *Jueces*, escrito, á lo que se cree, por Samuel en que se cuenta lo que acaeció á los israelitas desde la muerte de Josué hasta la de Sansón, en el espacio de trescientos años. Vense admirablemente descritas las diversas alternativas y suertes que experimentaron los israelitas; ya humillados bajo el poder y el yugo de sus enemigos, cuando abandonaban la ley de Moisés, ya levantados de su abatimiento por medio de algunos hombres extraordinarios que el Señor suscitaba cuando á él se convertían. Es un libro provechosísimo y que encierra documentos de suma utilidad para los súbditos y para los que gobiernan, por ponerse en él á la vista el estado miserable y degradante de los pueblos, cuando teniendo en poco las leyes del Autor de las sociedades, corren sin freno por las vías del vicio y de la impiedad.

No son menos interesantes los libros llamados de los *Reyes*, coordinados, según parece, por Esdras, conforme á los originales de Samuel y documentos de otros profetas y escritores de aquellos tiempos. Son cuatro y comienzan por el nacimiento y educación de Samuel hasta el cautiverio de Babilonia, comprendiendo una época de quinientos setenta años. Con dificultad se hallará en las historias profanas una relación más clara y verídica de los hechos y en donde la virtud ocupe el primer lugar. Su estilo, como el de toda la Escritura, está lleno de unción y suavidad, y es, además, amenísimo por la variedad de sucesos que en ellos se refieren.

Los *Paralipómenos* son otros dos libros parecidos á los de los *Reyes*, en los cuales se cuenta la genealogía de Adán y de muchos otros patriarcas, y además algunos hechos que se omitieron, ó sólo se apuntaron en los anteriores. Escribiólos, según creen algunos, el mismo Esdras después de la cautividad de Babilonia, y terminan con el edicto de Ciro, rey de Persia, mandando reedificar el templo de Jerusalén.

Siguen á los *Paralipómenos* los dos llamados de *Esdras* en que se hace relación de los trabajos y dificultades que tuvieron que vencer los judíos hasta ver reedificado el templo y los muros de Jerusalén y restablecido el culto de Moisés.

Desde esta época hasta los Macabeos, media un largo espacio de tiempo, y con el nombre de estos ilustres y valerosos hermanos reconoce la Iglesia

dos libros canónicos, históricos también, en los cuales se cuentan sencilla y religiosamente las guerras que Matatías y sus hijos tuvieron que sostener contra los macedonios, y las persecuciones que sufrieron los judíos de Antioco Epifanes y de Eupator.

Se cree comúnmente entre los historiadores, que Esdras fué el que juntó en un cuerpo todos los libros canónicos de su tiempo, los expurgó de los vicios que se habían introducido y mudó la antigua escritura hebrea, adoptando los caracteres caldeos, que son los que ahora tenemos. Suelen distinguir algunos con el nombre de Edad de Oro el periodo de tiempo transcurrido desde Moisés hasta Esdras, llamado por los hebreos *Príncipe de los doctores de la ley*, y Edad de Plata dan al transcurrido desde Esdras en adelante.

Además de los principales libros históricos de la literatura hebrea, que son los que hemos indicado, y en los cuales se revelan las vías milagrosas del Criador respecto del pueblo escogido, hay otros no menos interesantes que son historias particulares, en las cuales se ven aplicadas á los individuos las leyes generales de la Providencia. Tales son el libro de *Rut*, el de *Tobías*, el de *Judit* y el de *Ester*, que tratan especialmente de lo sucedido á dichos personajes.

Libros morales. Los libros morales de los hebreos, llamados también sapienciales, porque su excelente doctrina y profundas sentencias nos dirigen al conocimiento de la sabiduría, son cuatro, á saber, el de los *Proverbios*, el *Eclesiastés*, el de la *Sabiduría* y el *Eclesiástico*. Los dos primeros son indudablemente de Salomón; el tercero también se le atribuye, á lo menos en cuanto al fondo, pero no en cuanto á la forma, y el cuarto es de Jesús hijo de Sirac.

Era general entre los antiguos encerrar en frases sencillas pensamientos profundos, forma que cuadraba admirablemente con la sencillez de sus conocimientos y costumbres. En ese prontuario de reglas de moral, muy propias para la práctica de la virtud, tienen los hebreos una mina riquísima; y es admirable como al lado de estas sencillísimas formas de moral se encuentran rasgos de la más elevada poesía y, lo que es más, rebatidos los errores de los escépticos, de los materialistas y de los panteístas modernos.

Libros proféticos. Entre los libros proféticos, como los llama la Iglesia, ó poéticos, como algunos quieren calificarlos, ponemos en primer lugar el *Cántico de los Cánticos*, ó *Cantar de los Cantares* de Salomón, por ser una alegoría de sublime inspiración y del más acendrado amor espiritual. Creen algunos que escribió Salomón este epitalamio con ocasión de su casamiento con la hija del rey de Egipto; pero aun cuando este fuera su sentido histórico, debe tenerse en cuenta para su verdadero conocimiento, que la letra no es sino la sombra ó imagen bajo la cual, en esta inspirada poesía, se nos propone el desposorio de Jesucristo con su Iglesia y con las almas, como objeto principal de este divino cántico. De otra manera, muchas de sus expresiones parecen poco convenientes al carácter de los personajes que en él se representan. Así, pues, este epitalamio, en forma de égloga, es una alegoría sostenida, fundada en el recíproco amor de Salomón y de su

esposa principal la egipcia, en que se figura la vocación de los gentiles á la verdadera Iglesia.

Libro de Job. Hay un libro en el cual la poesía y la elocuencia se dan la mano haciendo ostentación de sus más brillantes galas, de su poder, de sus encantos y hasta de su vuelo divino sobre todo cuanto se ha escrito en el mundo. Tal es el *Libro de Job*, mirado aun á la luz de la razón. Mas si le miramos también á la luz de la fe, en él vemos, además de estas bellezas, la virtud de un varón justo que pasa por el crisol de la adversidad para hacerse más perfecto, y en esta prueba la solución de una de las más profundas cuestiones sobre la Providencia. Ya fuese él mismo el autor, ya Moisés, tenemos en el libro de Job la narración de los trabajos más grandes que puede padecer un hombre en la tierra, y el triunfo de su fe y su paciencia.

Para conocer bien este libro hay que distinguir dos partes. La primera, es la historia de las pruebas á que, con permiso de Dios, somete Satanás á Job; cómo salió triunfante de ellas, y cómo fué galardonada su virtud. Esta parte está escrita en prosa. La segunda, son los sentimientos, disputas y razonamientos de Job y de tres amigos suyos sobre este punto, ¿si sólo los malos son afligos en este mundo, ó lo son también los inocentes y justos? Job defiende esta última parte, y sus tres amigos, hombres de autoridad y con pretensión de sabios, la primera. Los discursos que componen esta segunda parte, están en verso, y son como una divina poesía á manera de los cánticos. De ahí viene la fuerza de muchas de las expresiones de que se vale el Santo Job, para hacer su apología contra las invectivas de sus amigos. Está, además, lleno de riqueza en las descripciones, de pensamientos elavadísimos, de imágenes vivísimas y grandiosas, de vehemencia en los afectos y al mismo tiempo, de sublimes y consoladoras esperanzas. Y cosa notable, casi todo el libro de Job es una discusión sobre un punto de controversia, y no obstante que los argumentos son casi los mismos, y éstos se prolongan y se repiten por una y otra parte, su lectura, lejos de cansar, deleita y admira.

Se distingue este autor entre todos, por lo sentimental y patético. No parece sino que se queja en él toda la humanidad, según la expresión del notable orador católico D. Antonio Aparisi.

Para no ser prolijo en la relación y análisis de los libros puramente proféticos de los hebreos, apuntaremos brevemente las bellezas de los principales, sentando ante todo lo que comúnmente dicen los críticos, que los *salmos de David* y las *profecías de Isaías* y demás profetas, son un manantial ardiente del entusiasmo divino donde los más grandes poetas, aun entre los modernos, han ido á beber sus más nobles inspiraciones. Y comenzando por David, autor de la mayor parte de los ciento cincuenta salmos recibidos por la Iglesia, con razón es llamado el poeta lírico por excelencia. Sus salmos son verdaderas odas y elegías, en las que sobresale un lirismo enérgico y arrebatador. La fuente de estas bellezas está principalmente en el asunto de sus cánticos, que es Dios, sus atributos y sus perfecciones, la magnificencia de sus obras y los afectos de amor y gratitud que brotan naturalmente de su corazón sensible y generoso, enardecido con la meditación de estos objetos. Estos cánticos están llenos de imágenes imponentes y majestuosas, de comparaciones y semejanzas

claras y oportunas y de tiernísimo afecto. Nada digamos de la originalidad de su fantasía, del vuelo de su imaginación y de la naturalidad con que principia y acaba sus inimitables cánticos, en todos los cuales se percibe esa unción suave y apacible que tienen las obras de inspiración. Todas estas dotes ponen al santo rey David á la cabeza de los poetas líricos, del cual decía S. Jerónimo : David es nuestro Alceo, nuestro Simónides, nuestro Horacio, nuestro Píndaro.

Fueron los profetas hombres de diversas profesiones, enviados extraordinariamente por Dios, en la antigua ley, para instruír á los pueblos y corregir sus vicios. Cuatro son los llamados mayores, á saber : *Isaías*, *Jeremías*, *Ezequiel* y *Daniel*, y doce los menores.

De entre los mayores, *Isaías* es tenido por el más puro y elegante y también el más sublime. En su admirable profecía ostenta el espíritu profético de que fué enriquecido, reprendiendo y amenazando á los judíos, egipcios, asirios y demás pueblos del Asia, con una vehemencia y celo dignos de un enviado de Dios, y consolando á los arrepentidos con la promesa del Redentor. Estos son los dos puntos principales de ella. Comienza su profecía de un modo magnífico, diciendo : « Oíd, cielos, y tú, tierra, escucha porque el Señor ha hablado. » Y en la amenaza que hace á Jerusalén, usa de esta bella y enérgica comparación : « Cuando venga, dice, sobre ella la ira divina, entonces la hija de Sion, la reina de las ciudades, quedará abandonada y desierta, del mismo modo que una choza construída de frágil caña queda olvidada pasado el tiempo de la vendimia. »

Jeremías, que vivió en tiempo de la ruina de Jerusalén y cautividad de los judíos por Nabucodonosor, escribió una profecía y unas lamentaciones llenas del más vivo sentimiento.

No cuidaba tanto en su estilo de la belleza de las frases como de la fuerza de los pensamientos y de la moción de los afectos; sin embargo hay pasajes en los cuales la fuerza del sentimiento le hace tomar un vuelo extraordinario, y entonces pinta con mucha viveza de imágenes y elevadísimos conceptos. Pero donde Jeremías no tiene rival, es en los *Trenos* ó lamentaciones que escribió sobre las ruinas de su ciudad natal. Aquí es donde, en estilo poético y con los términos y figuras más propios para inspirar los sentimientos de dolor y compasión, llora y se lamenta de la extrema miseria á que estaba reducida la ciudad populosa, la señora de las naciones, la princesa de las provincias, como llama á Jerusalén. No hay obra en ningún autor de la antigüedad que justamente pueda compararse en esta parte con un capítulo de las Lamentaciones.

Al mismo tiempo que Jeremías exhortaba y profetizaba en Jerusalén, lo hacía en Babilonia el profeta *Ezequiel*, adonde fué llevado prisionero con Jeconías, rey de Judá. En sus profecías no procede, como los otros profetas, por discursos continuados, sino por descripción de visiones maravillosas.

Tiene por objeto su profecía hacer ver á los judíos cómo por sus idolatrías y depravaciones los iba Dios á desamparar en manos de los caldeos, quienes allanarían á Jerusalén y su templo. En la misma amenaza á los pueblos extranjeros, especialmente á Tiro y Egipto, que habían contribuído con sus malos ejemplos á la ruina espiritual de Israel; y por último pronosticó el exterminio de Gog y Magog, es decir, de la turba de impíos que hacia el fin de los siglos han de afligir á la Iglesia.

El profeta *Daniel*, de la estirpe real de Judá, fué llevado cautivo á Babilonia por Nabucodonosor, siendo aún muy joven. Dióse á conocer por su espíritu y admirable talento, á los doce años, cuando libró a la casta Susana de ser apedreada por adúltera. Y aunque no ejercitó públicamente el ministerio de profeta, ocupa no obstante, por sus escritos un lugar entre los llamados mayores. En dos partes puede considerarse dividido el libro de Daniel. En la primera cuenta los sucesos más notables relativos á su persona, acaecidos en el palacio del rey: en la segunda nos refiere, en sus admirables visiones, el futuro estado político del mundo, muchas de sus guerras y trastornos hasta la venida del Mesías, señalando el tiempo preciso en que había de efectuarse la redención.

Siguen á estos cuatro profetas mayores otros en número de doce, llamados menores porque fueron más breves en sus escritos. Todos tuvieron un mismo objeto que era reprender los vicios del pueblo, amenazarle de parte de Dios y consolarle con la venida del Mesías; y todos lo hicieron según la divina inspiración que se adaptaba á su capacidad y carácter.

Mucho habría que decir si entrásemos á examinar con más detención cada uno de los libros del Antiguo Testamento; aunque sería muy poco atendidas las incomparables bellezas con que Dios ha querido adornar su palabra; pero creemos que basta lo dicho para que los jóvenes conozcan el gran tesoro que encierra, y del que tan á poca costa pueden aprovecharse. Pues si como palabra revelada merece nuestro respeto, como obra literaria es la joya más preciosa que en el mundo existe.

LITERATURAS ORIENTALES

Después de haber leído las sublimes y sencillas narraciones de Moisés sobre el origen de las cosas, y la doctrina de los deberes del hombre para con Dios y sus semejantes, expuesta con tanta claridad y precisión, uno se sorprende al entrar en lo enmarañado, fantástico y sutil de las producciones literarias de los indios. Tanto en filosofía como en religión, sus principales verdades están, unas enteramente desconocidas, y otras lastimosamente desfiguradas por las invenciones más absurdas y por crasísimos errores.

Por lo que hace á las sectas filosóficas y á los innumerables sistemas inventados para explicar estas mismas verdades, es un verdadero laberinto en que la imaginación ardiente de los indios mezcla sutilezas metafísicas con pensamientos extravagantes, y las perfecciones de Dios con los groseros delirios de su fantasía. Pero en todos los sistemas dominan las ideas panteístas de una sustancia infinita que se manifestó por emanación en el universo, más que por creación. Y de ahí la doctrina tan común entre los indios de la transmigración de las almas, hasta que purificado el hombre y perfecto, pueda volver á su origen divino, quedando absorbido en Dios[1].

1. Esta creencia perpetúa entre los indios la distinción de castas. En efecto, desde los tiempos más remotos, la sociedad esta dividida en la India en cuatro castas, además de los parias: la 1ª es la de los bracmanes y sacerdotes, la 2ª de los guerreros y magistrados: la 3ª de los mercaderes, artesanos y labradores.

En cuanto á sus monumentos literarios, si bien es verdad que en ellos resalta la fantasía más brillante, mucha sutileza de discurso, y sobre todo una fecundidad asombrosa de invención; también es verdad que carecen casi todos, de la armonía racional del conjunto y les falta esa unidad de plan y de forma que han ido enseñando poco á poco la razón y la experiencia. La mayor parte de sus obras están escritas en idioma sánscrito, que quiere decir perfecto, lengua sacerdotal y ya muerta como la hebrea; pero que la excede en riqueza de vocablos, así como en regularidad y precisión á la griega y latina.

Los Sastras ó enciclopedia de los indios. Vamos á citar algunas de sus colosales y grandiosas obras, comenzando por los seis *Sastras*, que son los libros en que se expone la doctrina de los bracmanes de la India.

Los *Vedas*, comprendido en el primero de los Sastras, á los cuales dan algunos una antigüedad mayor que á todas las otras obras de los indios[1] son cuatro correspondientes á las cuatro castas, y en ellas no aparecen casi señales de idolatría. Se dice que Viasa los ordenó después según las materias que contenían y la forma en que estaban escritos; pero todos son diferentes en sistema, en fecha y en idioma. Los tres primeros, son los más venerados de los indios, tienen distribuídas las materias litúrgicas, preceptivas y doctrinales, y en ellos se trata de la existencia de Dios, su esencia, su conocimiento de parte del hombre y los deberes de éste. El cuarto es el menos importante, y se reduce á rezos y ceremonias que según los bracmanes, tienen virtud mágica.

Además de los *cuatro Vedas* contenidos como hemos dicho, en el primero de los Sastras, poseen los indios otros cinco libros, que llaman también de los *Sastras*, en el segundo de los cuales se trata de medicina, de la música, de la guerra y de las artes mecánicas. El tercer *Sastra* contiene una gramática y diccionario sánscrito, reglas de pronunciación, una astronomía, un ritual y una prosodia. El cuarto comprende los dieciocho *Puranas*, que se reducen á explicaciones ó comentarios sobre los

y la 4ª la compone la raza indígena, subyugada en un principio por los guerreros. Apartados de todos éstos y en mísera servidumbre viven los parias, procedentes, según todas las probabilidades, de algún pueblo vencido, á quienes miran, no sólo con desprecio, sino hasta con horror, por creerlos malditos y expiando culpas cometidas en su vida anterior. Sólo las tres primeras castas han sido redimidas ó regeneradas, y los que á ellas no pertenecen sólo pueden serlo por la transmigración de las almas mediante su perpetua esclavitud en esta vida. En estas doctrinas se ve desfigurado el dogma de la caída del hombre y su redención por Jesucristo.

1. Los estudios que actualmente se están haciendo sobre esta literatura, como puede verse en la *Civiltá Cattolica* y otras revistas científicas y literarias del viejo continente, confirman lo que sobre su antigüedad nos han dejado en sus obras los orientalistas más notables de estos últimos tiempos, á saber: Williams Jones, Enrique Klaproth, F. Neve, Colebrooke, etc. Según éstos sólo el Rig-Veda es anterior á la era cristiana, pero sin convenir en la fecha, de todos los demás dudan ó no están acordes. Y Max Muller, escritor contemporáneo de mucha reputación y autoridad, dice expresamente que excepto el Rig-Veda de todos los demás libros tanto del Brahmanismo como del Budismo no puede asegurarse que sean anteriores al siglo IV de la era cristiana.

Vedas y á leyendas mitológicas, en las cuales se introducen nuevas divinidades y en donde vemos confundidas las bellezas y las extravagancias, los actos de religión con las más ridículas supersticiones. El *quinto Sastra* ó *[illegible]*, llamado *Código de Menu*, tenido en opinión de algunos, por más antiguo que los anteriores, es un libro ó cuadro completo de leyes. Está redactado en verso y en él se trata poéticamente la doctrina acerca de Dios y de los espíritus, el origen del mundo y del hombre. Contiene además, preceptos aplicables á todas las circunstancias de la vida, leyes civiles y penales : habla del arte militar, de política y hasta del comercio. El *sexto Sastra*, llamado *Dersana*, contiene los principales sistemas filosóficos.

Los Sutras. Así como los *Vedas* son respetados de los bracmanes en la India, lo son aun más los *Sutras* en el budismo, por creérseles inspiración de Buda, que quiere decir sabio. Redúcense estos libros á diálogos filosóficos y morales, pero más sencillos y claros que los del brahmanismo. En ellos y en las demás leyendas del budismo ven algunos muchas semejanzas, al menos en lo exterior con el cristianismo, pero bien pudieron ser efecto de la reacción de las doctrinas del occidente sobre el oriente, con las cuales se fué modificando el budismo. Prueba de ello es la diversidad de religiones en el Oriente bajo el nombre de Buda.

Esta secta filosófica, cuyo fundador fué Buda, discípulo en un tiempo de los bracmanes de la India, comenzó según algunos, seis siglos antes de Jesucristo, pero perseguida por los bracmanes de la India, se ha refugiado en la Tartaria, en la China y en el Tibet donde cuenta innumerables adictos.

Epopeyas indias. Entre la infinidad de producciones literarias de la India, para cuya simple lectura suele decirse que no bastaría la vida más larga, descuellan en primera línea, como monumentos de la más rica fantasía dos célebres poemas : el *Ramayana* y el *Mahabarata*.

El primero, debido al sabio Valmiki, canta á *Rama* y el triunfo que consiguió sobre Ravana, príncipe de los malos genios. Estos habían usurpado á los buenos el previlegio de ser invulnerables, por lo que pidieron á Visnú que se encarnase, único medio de conseguir la victoria. Antes de encarnarse hubo que hacer el solemnísimo sacrificio del caballo, en cuyos preparativos se emplearon muchos años, y esperar á que se casase el santo joven solitario Richa Sringa. Concluido lo cual, bajó del cielo Visnú, de quien dice el poeta, que estaba en el cielo vestido de amarillo con brazaletes de oro, montado sobre un águila, como el sol sobre una nube y con el dardo en la mano, el cual, sin dejar el cielo, se encarnó en el hijo del rey Desarata con el nombre de Rama. En compañía del sabio Visva Mitra y de un gran séquito de animales, como osos, monos, perros, etc. en que se habían encarnado los dioses, hizo Rama prodigios de valor en la guerra, por lo que obtuvo en premio la mano de Sita y volvió al lado de su padre ; pero habiendo éste hecho cierto juramento, tuvo Rama que ausentarse del reino y se hizo anacoreta. Entonces Ravana le roba su esposa, y Rama, ofendido, le declara la guerra, lo vence, recobra á su esposa y ocupa el trono que le pertenecía, hasta que cargado de méritos sube con su consorte al cielo.

El *Mahabarata*, que quiere decir *gran peso*, porque puesto en una balanza pesó más que los Vedas, y es de mayores dimensiones, pues sobrepuja, como dice un docto escritor, no sólo á estos libros, sino á todos los poemas de Europa, como las pirámides de Egipto á los templos griegos, es un poema heroico en que está bosquejado el sistema filosófico y mitológico que hoy reina en la India. Consta de doscientos cuarenta mil versos, si bien todavía no se ha dado de él una traducción íntegra.

En él se refiere otra de las encarnaciones de Visnú, á ruego de la tierra, que en forma de ternera le pedía que remediase á los hombres que se hacían guerra á muerte. Encarnóse, pues, bajo el nombre de *Crisna*, hizo el sacrificio que él sólo podía hacer, se sometió á todas las miserias del hombre, se presentó como modelo de virtudes y, por último, no exigió de ellos sino fe y amor, desprecio del mundo y de sí mismos, y deseo de reunirse con él.

Tiene episodios bellísimos, que por sí son otros tantos poemas completos, y en los cuales como el *Bagarad Guita* desarrolla Crisna la cruel doctrina del fatalismo panteístico con una elocuencia terrible; al mismo tiempo que en el *Nalo*, otro de sus episodios, pinta cuadros de una belleza encantadora [1].

Dramática. En este género los indios no han sido tan fecundos ni tan ricos como en el anterior : setenta, á lo sumo, son sus mejores piezas. Los asuntos de sus dramas están tomados generalmente de la mitología, la trama ó enredo es sencillo, y el lenguaje elegante y natural. No tienen tragedias en el rigor de la palabra, sino que mezclan en la acción lo triste con lo alegre, lo severo con lo gracioso, la cual se va desenvolviendo sin excitar las pasiones. Solamente la pintura que hacen del amor y de la voluptuosidad es la que suele estar demasiado desnuda; pero á ellos no les choca porque no está reñida con su moral y religión.

Parece que estas representaciones no se hacían sino en ciertas solemnidades, en los palacios de los príncipes, á que sólo asistía la nobleza; excepto las farsas y sainetes, á que era muy aficionado el pueblo indio y que se representaban con frecuencia en los lugares públicos.

Los más célebres dramáticos indios han sido Kálida y Bavabuti. Del primero, celebrado como la joya principal de la corte de Vicramalditia, tenemos tres dramas : el mejor de ellos es *El Reconocimiento de Sacontala*, hija de la ninfa Menaca, por el rey de la India, con quien se había casado, y á quien éste olvidó algunos años por una imprecación que la echó un ermitaño. Este drama tiene siete actos y el prólogo, y está escrito en tres idiomas : el sánscrito, que hablan los personajes principales; el pracrito, los de segundo orden; y los demás una mezcla de otros idiomas. La parte dialogada está en prosa, y cuando ocurren descripciones ó reflexiones morales, usa del verso.

Bavabuti, posterior á Kálida é inferior también en la composición y poesía, le supera quizá en el fuego con que describe las tempestades, las luchas de los elefantes y las hazañas de los héroes. Tres dramas son los que de él se conservan.

1. De este episodio hay un extenso extracto en el *Curso de Literatura* de Lamartine.

Otros géneros. Las poesías líricas de los indios versan, por lo general, sobre asuntos del Mahabarata. Tienen también gran número de himnos religiosos, cantos eróticos, pero lascivos, y fabulas. Era muy natural esta última forma en un pueblo que creía en el panteísmo y en la metempsícosis.

La colección más célebre de fábulas es el *Pantcha-tantra* (cinco capítulos) y un compendio de éste que se llamó *Hitopadesa* (saludable instrucción). Atribúyese la compilación de estos apólogos largos y complicados, que suelen presentarse como una prueba de la sabiduría de los indios, al bracmán Bilpay ó Pilpay, que vivió, según algunos, dos mil años antes de la era cristiana, y trescientos, según otros. Esta obra dió origen á la colección de apólogos, conocida en la edad media con el nombre de *Calila y Dimna*.

De forma eminentemente lírica es el poema pastoral *Gita Govinda* en que se canta á Crisna, cuando vagaba por la tierra como pastor y acompañado de nueve pastoras. Es más bien una serie de cantos antiguos ditirámbicos, llenos de alegría y de amoroso entusiasmo.

Los indios apenas tienen historia, en el sentido riguroso de la palabra. El exceso de imaginación, la falta de cronología, las encarnaciones de los dioses y la forma poética, han sido la causa de que no se haya podido determinar la edad precisa de sus monumentos literarios.

Lo único que se ha publicado últimamente son unas narraciones relativas á los reyes de Ceilán y al budismo.

Antes de terminar la literatura india, expondremos nuestro sentir acerca de la analogía con la literatura hebrea y en qué consiste. Pretenden algunos que los hebreos recibieron sus tradiciones é ideas religiosas de los indios, pretensión infundada y desmentida por los hechos que resultan del estudio de ambas literaturas.

La relación histórica de los libros de Moisés, escritos mil seiscientos años antes de la era cristiana, tiene el sello de la narración más sencilla y verídica que darse puede, sin mezcla de fábulas de ninguna clase. Su veracidad ha sido confirmada y comprobada hasta nuestro tiempo por los más profundos estudios y progresos hechos en la historia, en la filología, en la arqueología, en la numismática y otras ciencias. Las ideas y doctrinas hebreas forman una cadena no interrumpida desde Moisés hasta los Evangelistas, de modo que sus primeros anales contienen ya más ó menos explícitamente todas las tradiciones y profecías que aparecen sucesivamente y sin contradiciones, ni elementos extraños ó absurdos en los escritores de los siglos siguientes. Por el contrario, en la literatura india se halla por todas partes el predominio de la imaginación, sus tradiciones están evidentemente confundidas con la fabula, contienen elementos chocantes, falsos y contradictorios, carece de historia y de cronología, y de ninguna de sus obras, tal como existen, se puede afirmar con certeza que se remonte a mil años antes de Jesucristo. De suerte que si se quiere explicar la analogia que existe entre estas dos literaturas, haciendo derivar la una de la otra, deberia decirse que los indios tomaron algunas de sus ideas de los hebreos, y no al contrario; pues esta probado que las obras de los indios han sufrido muchas alteraciones é interpolaciones, y sabemos, por otra parte, que los hebreos estuvieron dispersos por el oriente seis siglos antes de Jesucristo, y que en el primer siglo de la era cristiana hombres apostólicos introdujeron la fe en la India.

Aunque podemos decir también que esa analogía depende principalmente de las tradiciones primitivas que los pueblos recibieron de su común origen cuando formaban una sola familia, tradiciones tanto más semejantes cuanto más se acercan á su fuente, ó más puras se han conservado. En la India y la Persia se conservaron más puras que en otros pueblos; de ahí la semejanza con los hebreos, que son los únicos que las han conservado completamente puras.

Egipto. Nadie duda que la India fué cuna de la civilización de los pueblos orientales y que de ahí se derivó á muchos otros especialmente á Egipto; pero es á la verdad sensible que habiendo sido el Egipto la escuela, por decirlo así, de muchos sabios de Grecia, como Pitágoras, Solón, Heródoto, Platón y hasta del mismo Moisés, de quien dice la Escritura, que estaba instruído en todas las ciencias de los egipcios, este pueblo no nos haya legado ningún monumento de su literatura Los estudios de los orientalistas modernos son los que nos están dando alguna noticia como lo indicamos arriba.

Sabemos, por testimonio de los egipcios, que éstos atribuían al filósofo Hermes, mil novecientos años antes de Jesucristo, ó á su hijo Tot, la invención de las dieciseis letras primitivas, que Cadmo enseñó después á los griegos, á quien algunos no sin fundamento, le tienen por egipcio, no obstante haber salido de Fenicia para Grecia. Cicerón nos dice que la nación egipcia conservaba en sus escritos muchos sucesos antiquísimos. Sabemos también que Osimandias formó una biblioteca en su palacio que sería quizá la primera del mundo, y que á la entrada puso este rótulo : « Remedios del alma ». Ninguno de los libros que la componían ha llegado á nosotros : no tenemos de ese pueblo antiquísimo más que pirámides, obeliscos, catacumbas cegadas, canales obstruídos, ruínas de palacios en cuyos jeroglíficos é inscripciones, únicas páginas de su historia, van á leer los arqueólogos la ciencia de aquel país.

Cúlpase y con razón á la casta sacerdotal de aquel pueblo el que fuese tan avara de la ciencia, que la hiciese patrimonio exclusivo suyo, en perjuicio de sus conciudadanos y de las otras naciones : tanto más cuanto que desde los tiempos más remotos poseían, según algunos, fuera de la escritura jeroglífica monumental, la demótica ó vulgar para las necesidades de la vida, y la hierática ó sacerdotal en los libros ó papiro.

Aunque este pueblo rayaba en la más grosera superstición, sin embargo, la casta sacerdotal tenía ideas más elevadas sobre la divinidad. En el fondo de su doctrina se halla la unidad de Dios; sobre un templo de Sais, estaba escrito : « Yo soy el que es, fué y será, y ningún mortal ha levantado el velo que me cubre ». Y en otro : « A tí que eres una y toda, divina Isis ». Todo esto lo afirma Heródoto más de quinientos años antes de Jesucristo; pero, como hemos indicado, estas doctrinas no las comunicaban los sacerdotes sino á los pocos que se iniciaban en los misterios; el vulgo continuaba en su ignorancia.

Respecto de los caldeos, babilonios y asirios, á pesar de sus conocimientos en astronomía, arquitectura, y de los adelantos en el comercio é industria de los fenicios, no poseemos de estos pueblos ninguna producción literaria.

En estos últimos años se ha publicado el poema de *Izdúbar*, sacado de las ruinas de Nínive. Su argumento es el diluvio y concuerda con la

relación de Moisés en sus puntos principales, y también con la del caldeo Beroso en los fragmentos que de su historia nos han quedado[1].

Literatura persa. La principal obra literaria de los persas es el *Zendavesta* (palabra de vida), código atribuído á Zoroastro, que según unos vivió doce siglos antes de Jesucristo, y seis siglos según otros. Quizá fueron varios á quienes dieron este nombre, que signfica estrella resplandeciente, y el último fué el reformador religioso y político del tiempo de Darío.

Lo cierto es que el *Zendavesta* supone á Ormuz (luz pura), no encarnándose en Zoroastro, como de sus legisladores dicen los indios, sino revelandole el orden del universo y la senda del bien y del mal. Divídese en varios libros escritos en dos idiomas, el zenda y el pelvi, los cuales no forman un sistema completo de cosmogonía, sino una leyenda de pasajes diferentes no muy ordenados, en que se habla de Dios, del combate con el mal, de la dignidad del alma, del culto, de astronomía y hasta de instituciones civiles y agricultura.

Se hace mención también entre los persas de otros libros reputados por antiquisimos llamados los *Nascas* ó libros de Avesta, son semejantes á los *Vedas*, pero superiores en la doctrina. En ellos los genios celestes y las criaturas todas están subordinados á un sér supremo, lo que no aparece en los *Vedas*.

El *Desatir*, colección de revelaciones hechas por quince profetas de varias épocas, es otro libro persa tenido por algunos como muy antiguo, y por otros, entre ellos *Sacy*, escrito en el siglo sexto de nuestra era.

Muchos historiadores aseguran que el pueblo persa es el que conservó con más pureza las creencias primitivas, si bien mezcladas con el error de los dos principios y otras fábulas mitológicas. Tuvieron grande horror á la idolatría, nunca edificaron templos, sino que hacian sus sacrificios en las cumbres de los montes y adoraban y reconocian en el culto del fuego á Dios, manantial de toda luz y fuente de toda verdad.

China. Amor a las ciencias y artes. — A pesar del aislamiento de las otras naciones en que han vivido simpre los chinos y del sumo desdén con que han mirado los progresos materiales é intelectuales de los extranjeros, esto no obstante, han conservado aún en los tiempos más antiguos, cierta deferencia y veneración á los hombres de letras, y este es sin duda el motivo por que han florecido en aquel país algunas artes y ciencias. Entre ellos no se conocen las castas; sólo la clase de los letrados es la que priva con el emperador, sobre el cual ejercen la misma influencia que los sacerdotes en la India y Egipto, y del cual reciben los mejores empleos. Por lo que toca á algunas artes útiles, está probado que precedieron á los europeos en el descubrimiento de algunas de ellas, como fueron la brújula, la tinta, el

1. De este poema se ha ocupado Lenormant, *Les premières civilisations*, tom. II, pág. 48. También la Revista italiana *La Civiltà Cattolica*. Véanse asimismo los libros cuneiformes hallados en las ruinas de Ninive por M. Layard, obra publicada en 1853, y las dos expediciones hechas al mismo punto por Jorge Smith y publicadas en 1874. Todo concuerda con el relato de Moisés. *El imperio de Babilonia y Ninive,* del P. Brunengo. 1885.

papel de trapo y la pólvora, de la cual usaron ya muchos años antes de nuestra era. La imprenta, el gas para iluminar y calentar, los puentes colgantes y las bombas de agua se emplearon en la China antes que en Europa, si bien es verdad que todos estos inventos, debidos más al acaso que al ingenio, han quedado en la infancia, merced á ese sistema de no innovar las antiguas uzanzas tan arraigadas en el Celeste Imperio.

La literatura china, vastísima, no sólo por comprender todos los ramos del saber y todas las artes útiles, sino por la multitud de minuciosos pormenores y sutilezas sin número de que están atestados todos sus escritos, enumera entre sus primeros monumentos los *King*, ó libros canónicos sacados por Confucio de la tradición y de algunos fragmentos escritos. En estos libros no se hace mención de ídolos, ni de sacerdotes; se habla de Dios de un modo digno y elevado, así como del amor á la virtud y pureza del corazón, superando por lo mismo á los griegos, en la idea que tenían de la dignidad del hombre. Algunos los suponen escritos en la más remota antigüedad, cuando los chinos aún no habían caído en la idolatría; más tarde adoraron al cielo, los demonios y otros seres materiales; pero Confucio los apartó de estos errores.

Entre sus hombres célebres aparecen dos filósofos ó doctores insignes, que con sus predicaciones y escritos, procuraron imprimir un carácter moral á su época y merecieron ser maestros de dos escuelas diferentes. Estos fueron Lao-Seu y Cun-Fu-Tseu, llamado este último Confucio, que vivieron cinco siglos antes de Jesucristo.

Sensibles ambos á los males de su patria, trataron de remediarlos, dando á sus conciudadanos ejemplos de virtud y enseñándoles algunas máximas morales.

Lao-Seu, llamado también Saskium, nacido de una familia pobre, se entregó primero á la vida solitaria, estudió los ritos y ceremonias de los chinos, y después viajó por la India, donde, según algunos, tuvo noticias de la reforma de Buda. Reuniéronsele varios discípulos, y comenzó su predicación, en la cual, si es cierto lo que se cuenta, parece vislumbrarse la del cristianismo, pues que recomendaba á los reyes la equidad y la justicia, á los ricos el desprecio de las grandezas humanas, y á todos la abnegación y la humildad. Como vió Lao-Seu que sacaba poco ó ningún fruto de sus predicaciones, se retiró del tumulto de la sociedad, y allí en el retiro aconsejaba á todos los que á él acudían, que buscasen en la contemplación solitaria toda su felicidad. Tuvo algunos secuaces que corrompieron después su doctrina y se dividieron en varias sectas.

Confucio. Este filósofo, más práctico en su moral y más constante que el anterior, ejerció por algún tiempo los cargos de mandarín ó inspector general, hasta que la muerte de su madre le obligó á retirarse á la vida privada. Como se había granjeado el aprecio de todos por su ejemplar conducta, de todas partes venían á perdirle consejos, sin exceptuar los mismos reyes.

Abrió escuela en su casa para toda clase de personas, y en ella les enseñaba el modo de hacerse útiles á la sociedad. Nunca quiso hablar, dice un discípulo suyo, de la naturaleza del cielo, sino de cosas morales y prácticas, ni tampoco introdujo novedad alguna en la doctrina. Hizo una recopilación de toda la ciencia de los antiguos en los cinco libros de que antes hemos hablado, y escribió, entre otras cosas, la historia del

reinado de Lu, muy estimada de los chinos. La doctrina de Confucio es moral en algunos puntos, como puede verse por sus máximas y bellísimos discursos, en los cuales la expone de un modo sencillo y á veces poético. Todas las obligaciones del hombre las hace derivar de las domésticas, y ésas las reduce á la piedad filial, de modo que, según él, esta es la raíz de todas las virtudes y la fuente de toda doctrina. Aconsejaba también y excitaba á todos á dominar sus pasiones, á dar oídos á la razón y á obedecer al Dios del cielo; pero en sus discursos se echan de menos esa unción y entusiasmo religioso que inspira y mueve á las obras de virtud. Además, no establece en su doctrina sanción de premios ó castigos en la otra vida, de la cual habló con tanta vaguedad, lo mismo que de Dios, que muchos de sus discípulos y aún de los doctos que hoy siguen á Confucio, han deducido multitud de errores. Profesan la religión, no como una convicción del entendimiento y necesidad del corazón, sino como ley oficial y de conveniencia, así es que unos creen que el alma, ó bien se resuelve en aire sin quedar del hombre más que el nombre en sus hijos; otros son escépticos, indiferentes ó materialistas, tanto que cierto doctor dijo á un misionero: « ¿Y quién te ha dicho que el alma de las bestias irá abajo y la de los hombres arriba? Éstas y aquéllas nacen y mueren igualmente, y vuelven á la tierra de que han sido hechas. » He aquí la religión que algunos filosofistas del siglo XVIII, entusiasmados por la moral de Confucio, proponían como superior a la de Nuestro Señor Jesucristo.

Tuvo Confucio algunos dicípulos célebres, entre ellos Mencio que escribió un libro de filosofía moral cuyos diálogos recomiendan mucho los chinos.

Lírica. Los chinos no tienen epopeyas propiamente dichas, ni poesía bucólica, pero sí un gran número de canciones populares antiquísimas, entre ellas himnos, elegías y odas que revelan toda clase de sentimientos.

Sus dramas y comedias rara vez se distinguen por lo patético de la situación, pero en cambio expresan con bastante naturalidad algunos sentimientos, y aunque su teatro no es muy abundante ni perfecto, las obras de este género nos dan a conocer mejor que otras el carácter de aquel pueblo. Tal se ve en el *Huerfano de la China*, drama en prosa y verso traducido por Julien. La representación de sus piezas es de lo mas grotesco y estrafalario; en la misma escena corren y gritan diciendo que van á tal ó cual parte, y que ya han llegado, ni perdonan el que tengan lugar allí mismo actos que el pudor y buen gusto rechazan.

Historia. Este es el género en que más se han ejercitado los chinos, y aunque el emperador Chuangti, que vivió tres siglos antes de Jesucristo, mandó quemar todos los escritos, pasada la persecución, se dedicaron con nuevo ardor á reparar este daño, llegando á desenterrar vasos y medallas para adquirir noticias. Un siglo después, Se-ma-tsian, hijo del emperador Vu-ti, con todos los apuntes que pudo recoger escribió sus *Memorias historicas* que le merecieron el renombre de Heródoto de la China. Posteriormente algunos historiadores, entre ellos Chu-hi y Ma-tuan-lin, han hecho nuevos y profundos estudios sobre las antigüedades chinas, de modo que con las obras de éstos y demás historiadores hasta el siglo XVII de nuestra era, forman una [illegible]

vastísima. Estas historias no se traducen en ningún idioma europeo, dice el erudito P. Premare, no porque carezcan de mérito, sino porque no despiertan interés, una vez que se callan los nombres de los individuos que introdujeron alguna mejora ó dieron impulso á alguna buena obra, y se la atribuyen al emperador en cuyo tiempo se hizo.

Novelas. Desde muy antiguo escribían los chinos novelas históricas y de costumbres. No tienen las extravagancias fantásticas de los indios; pero tampoco resalta en ellas la novedad y belleza de la concepción. Sólo son notables por las descripciones que hacen de las costumbres y recuerdos de familia. El estilo de esta clase de obras es acompasado, lleno de alusiones, retruécanos y sutilezas.

Para terminar esta parte, daremos alguna idea sobre la escritura de los chinos. Los libros de Confucio y demás clásicos son leídos y entendidos de todos los letrados de los diversos países de la China; pero no los leen en su propia lengua, sino en la lengua docta convencional, ignorada de casi todo el pueblo. Para formarse idea de la dificultad que ofrece, especialmente á los extranjeros, hay que notar que la escritura china debió componerse al principio de caracteres figurativos. Más tarde se hizo simbólica ó ideográfica, que representa las ideas por signos convencionales, lo que fué un progreso en el arte de escribir, respecto de la figurativa; pero la han complicado tanto con la multitud de rayas y signos pará expresar otras ideas y excede hoy día tanto el número de símbolos ó signos al de sílabas, que los mismos chinos en su conversación cuando no pueden ó no saben explicarse, toman una caña y escriben. Su escritura por lo tanto, no es fonética como la nuestra, esto es, representativa del pensamiento por el intermedio de la palabra, lo que no puede menos de causar doble embarazo al que se dedica á su estudio.

Arabia. Poco se puede decir de la literatura árabe antigua, porque hasta el tiempo de Mahoma, aquella nación errante, y dada desde su cuna al pastoreo y vida de la cabaña, apenas se cuidó de transmitir sus pensamientos á la posteridad. Su poesía consistió en cantos heroicos líricos que celebraban las hazañas y gloria de tal ó cual guerrero y de su raza, y otros eróticos en que expresaban sentimientos amorosos sin ninguna ficción mitológica propiamente dicha. Tienen sus cantos un carácter enteramente local, reflejándose en ellos el espíritu de altivez, de alegría y de vivacidad, cualidades propias de un pueblo victorioso y contento, que vive bajo un cielo despejado, así como en los del norte de Europa predomina un tono triste, adecuado á los que viven en un país cubierto de nieblas y bajo un cielo cargado de nubes. En la misma forma y usando del ornato de la rima, consignaron algunas nociones de la ciencia astronómica, de medicina y varias máximas de religión y moral. Cuando algún poeta presentaba una composición notable, era aplaudido por todas las tribus y en premio se escribía en letras de oro, y se guardaba en el templo de la Meca como veneranda reliquia. Antar, guerrero y pastor, que vivía en el siglo VI, es uno de los poetas nacionales más famosos.

Este antiquísimo idioma rama de la gran familia semítica, y el de la China, son, entre las lenguas antiguas, los únicos florecientes. El árabe

no sólo es abundantísimo en vocablos, sino en gran manera rítmico, muy pintoresco y expresivo, en armonía con la imaginación viva y fecunda de este pueblo, y de pasiones ardientes.

LITERATURA GRIEGA

Según testimonio de los mismos griegos, éstos aprendieron de los fenicios el arte de escribir, de los egipcios las primeras nociones de arquitectura y matemáticas, y los historiadores modernos ven en la cultura y civilización griegas algunas huellas comunes á las de los primitivos pueblos del Asia. Sin embargo, estos primeros elementos de progreso debieron ser muy escasos, y si han merecido el nombre de tales, los griegos se los apropiaron y perfeccionaron con tal arte, que todas sus obras se nos presentan con el sello de la originalidad.

Por lo que toca á su literatura, no es la originalidad el solo título que la hace digna de nuestro estudio; lo es el de su importancia. Ella fué la que contribuyó en gran parte á la organización social y religiosa de los griegos, la que dió vida á su patriotismo, la que sostuvo la integridad nacional, la única que sobrevivió á la derrota, y aun avasalló á los mismos dominadores, y ella es, sobre todo, la que por sus singulares dotes de belleza, será en todo tiempo objeto de la admiración general. En cuanto á las cualidades que brillan en sus numerosos y variados escritos, las iremos notando al tratar de sus principales autores.

En la infancia de la sociedad griega, como en la de todos los demás pueblos, el asunto principal y casi único de su poesía primitiva ha sido la Religión, por ser la fuente del más justo entusiasmo, y por reunirse en los primeros poetas el doble carácter de sacerdotes y cantores. Quizá ignoramos ó equivocamos sus nombres por estar su historia envuelta en la oscuridad de aquellos tiempos; pero los que nos ha dejado la tradición indican, á lo menos, la existencia de algunos de ellos. Citaremos, entre los más antiguos, á Lino de Calcis, hijo de Apolo, y á su discípulo Panfo.

Ciérrase esta época *fabulosa* con dos poetas, á quienes deben los griegos la base de su organización social. Fueron éstos Orfeo y Museo. Y aunque algunos niegan que sean suyas las obras que se les atribuyen, como la *Expedición de los argonautas*, los *Himnos de iniciación* y varias otras al primero; y al segundo los *Oráculos*, la *Guerra de los titanes*, etc., etc.: sin embargo, contribuyeron á establecer el orden en la sociedad suavizando las costumbres agrestes de los pueblos advenedizos y moderando los odios y venganzas de los naturales entre sí. Esto mismo confirmó Horacio, cuando dijo de Orfeo: *Dictus ob hoc lenire tigres rabidos que leones.*

Conócese con el nombre de época *poética* la comprendida desde Museo hasta Solón, notándose en ella poetas que han ensayado los tres géneros: el épico, el didáctico y el lírico bajo diversas formas y metros.

Antes y después de la guerra de Troya encontramos, especialmente en la Jonia, una nueva escuela de poetas y cantores anónimos, llamados *rapsodistas* y *rapsodas*, que algunos escritores nos muestran yendo de pueblo en pueblo recitando ó cantando himnos en sus solemnidades religiosas y políticas. Ya no se limitaban sus asuntos á los dioses, extendiéndose también á los semidioses, y celebraban las hazañas de los héroes, por lo que se han distinguido con el nombre de *ciclo épico* ó *mítico*, los poemas relativos

á la mitología ó á sucesos particulares como la *Titanomaquia*, la *Argonáutica*, la *Tebaida*, etc.; y con el de *ciclo troyano* los cantos relativos á la guerra de Troya, desde el juicio de Paris que fué, por decirlo así, su causa remota hasta la muerte de Ulises.

Como en esta guerra estuvieron los griegos combatiendo tantos años por la misma causa, no pudieron menos de estrecharse cada vez más los lazos que los unían y considerarse como un solo pueblo; así es que las hazañas ejecutadas al pie de los muros de Troya, dieron pábulo á la imaginación de los griegos para celebrarlas en numerosos cantos, engendrando de este modo el espíritu patriótico y echando las bases de la poesía nacional.

Hizo para siempre memorable é ilustre esta época el insigne Homero, tenido con razón por el padre y fundador de la poesía clásica griega. Aún se ignora qué ciudad tuvo la gloria de ser la cuna de su nacimiento; sólo se sabe que nació en la Jonia hacia el siglo X antes de Jesucristo. La escuela jónica conservaba cuidadosamente las poesías de este célebre vate, y los rapsodas le daban á conocer en Grecia recitando por los pueblos algunos trozos de sus cantos.

Licurgo obtuvo en Jonia una colección completa de todos y la llevó á Lacedemonia, y Solón, más tarde, reunió en Atenas todos los fragmentos relativos á la guerra de Troya. Cicerón nos dice que era fama que Pisistrato fué el primero que puso en orden los escritos que se atribuían á Homero, y desde entonces, que sería el año 600 antes de Jesucristo, datan las dos epopeyas, á saber: la *Iliada* y la *Odisea*, divididas en veinticuatro cantos que corren con el nombre de este poeta.

Cuatro son las opiniones sobre la formación de estas dos epopeyas. La primera, que es la de la *unidad estricta*, cree que la *Iliada* y la *Odisea* fueron compuestas por un solo poeta, tales como hoy las poseemos, y la defiende sobre todo Mr. Bougeaul. La segunda, llamada de la *multiplicidad primitiva*, sostiene que eran colecciones de muchos cantos independientes, una especie de romancero, del cual Solón y los Pisistrátidas entresacaron y formaron las dos epopeyas en cuestión. A esta opinión se adhiere Wolf. La tercera toma un término medio, admite la existencia de un poeta primitivo que compuso dos poemas breves, los cuales, pasando de boca en boca, se fueron aumentando con añadiduras de otros rapsodas hasta llegar á ser las epopeyas que hoy leemos. Esta es la teoría de Lachman y otros alemanes. La cuarta por fin supone, como la anterior, la existencia de un poeta primitivo, pero no cree que escribiera dos poemas arreglados, sino solamente dos series de cantos sueltos unidos por el hecho histórico sobre que versaban. Así opinan Maurice Croiset y el P. Sortais de la Compañía de Jesús[1].

De cualquier modo que sea, estas dos epopeyas son en su género las obras más perfectas que han salido de la mano del hombre, de ellas han sacado los críticos las reglas para las composiciones de este género, y han sido siempre manantial abundantísimo de nobles inspiraciones para los poetas.

El asunto de la *Iliada* es la cólera de Aquiles y sus consecuencias en la guerra de Troya.

1. Véase la Revista. *Etudes*. 1890.

Abre su narración el poeta invocando á la Musa, y sentando al mismo tiempo la proposición con estas sencillas palabras: « Canta, oh diosa, la cólera de Aquiles », y después de exponer la demanda del sacerdote de Apolo, para que le devolviesen a su hija hecha esclava por Agamenón, la repulsa de éste y la peste que anuncia Calcas, entra en la acalorada disputa de Aquiles con Agamenón, porque éste le quita la bella Briseida. Retírase el héroe griego ofendido, y por nada quiere volver á combatir. Los troyanos favorecidos por Júpiter á ruego de Tetis, madre de Aquiles, vencen en varios encuentros á los griegos y los persiguen hasta sus mismas naves. Ya las iban á incendiar los troyanos, cuando Patroclo, amigo de Aquiles, sale con las armas de éste; pero Héctor mata al griego. Aquí ya no se puede contener Aquiles, olvida la injuria y sale al combate. Huyen despavoridos los troyanos, sólo Héctor queda en el campo, y poco después su sangriento cadáver atado al carro de Aquiles, es arrastrado alrededor de los muros de Troya. Celebra Aquiles los funerales de su amigo, y Príamo obtiene á fuerza de ruegos y de dones el cadáver de su hijo Héctor, á quien los troyanos hacen suntuosas exequias. Todos estos sucesos tienen lugar en cuarenta y siete días.

Este es el argumento que el divino Homero, con una sencillez y magnificencia sin ejemplo todavía en la historia, explana en su epopeya, presentándonos el magnífico cuadro de la guerra de Troya, de las costumbres primitivas y de la vida heroica del pueblo griego, dándonos al mismo tiempo una idea de la civilización de aquella época.

En la parte característica, tan principal en esta clase de producciones, ora sean héroes los que describe, ora dioses, según la creencia de aquellos tiempos, parece que no puede pedirse más perfección. Ninguno de los personajes se parece á otro, y los conocemos tan bien, dice Martínez de la Rosa, que al oír el relato de una acción, ó al escuchar un razonamiento, fácilmente adivinaríamos quién es su autor, aunque se nos ocultase su nombre. En la descripción de las batallas es admirable su entusiasmo, no menos que el fuego de su imaginación, tanto, que las de Virgilio y demás poetas son frías comparadas con las de Homero. Vemos tanta naturalidad en su narración, y es tal la claridad de sus pensamientos, imágenes y comparaciones que su lectura nunca nos cansa, no obstante degenerar á veces en pura verbosidad y frecuentes repeticiones.

Este es uno de los defectos que le notan los críticos, así como las mutuas injurias que pone en boca de los héroes, llamándose borrachos, tragadores, ojos de perro, corazón de cuervo, etc., la falta de dignidad en el sentimiento de Aquiles por la muerte de su amigo, y de Príamo por la de su hijo, y el presentar á los dioses con más vicios que á los hombres. A esto último responderemos con Fenelón diciendo que Homero no hizo más que describir la religión de su país, aunque si bien se considera, no lo disculpa enteramente. En cuanto a los demás lunares, convendremos con Horacio en que *quandoque bonus dormitat Homerus*; pero como el sol nos encubre sus manchas, así también el brillo de tan divina composición hace que desaparezcan éstos y cualesquiera otros defectos insignificantes.

Viniendo ahora á la *Odisea*, compuesta, á juicio de algunos, por Homero, en edad ya algo avanzada, Longinos la compara al sol en su ocaso, así como la *Ilíada* al mismo, pero al medio día. Quiere decir que

no tiene tanta sublimidad y vigor como la *Iliada*; pero en cambio es más variada y entretenida: despide rayos más suaves, cuya luz deleita al mismo tiempo que alumbra.

El asunto de este poema son los viajes y aventuras de Ulises, hasta que logró volver á su reino de Itaca. Diez años habían transcurrido desde que Ulises dejó las costas de Troya, sin haber podido en todos ellos arribar á su isla, tiempo en el cual una multitud de pretendientes de su fiel esposa la importunaban para que contrajese un segundo matrimonio tomando de aquí ocasión para disipar sus bienes. Aquí es donde propiamente comienza la acción que no dura más que cincuenta y ocho días. Telémaco, hijo de Ulises, parte á Grecia á preguntar por su padre á Nestor y á Menelao, y en este mismo tiempo sale Ulises de la isla de Calipso, á quien, después de una trabajosa navegación, Neptuno arroja á la isla de los Feacios, cerca de Itaca. Deseosos los habitantes de saber sus aventuras, le rodean, y con esta ocasión les refiere los prodigios de que ha sido testigo, les cuenta muchos pormenores de la guerra de Troya, amenizando este relato con graciosos episodios y cuentos entretenidos. También sabe conmoverlos con la pintura de los trabajos que ha sufrido, é interesarlos en su favor, por lo que le dan una nave, con que puede llegar á sus estados. Con su prudencia y sagacidad consigue darse á conocer á su hijo, y poco á poco se va deshaciendo de aquellos injustos y entrometidos príncipes hasta que su esposa Penélope lo reconoce.

Como hemos dicho arriba, en la *Odisea* hay más arte que en la *Iliada*, si bien no tanto de maravilloso y patético; es más humana, por decirlo así, y más instructiva, y lo bien combinado del plan da mucho más realce y delicadeza al pensamiento.

Si embargo, tiene más defectos que la *Iliada*, hay escenas muy poco dignas del poema épico, sobre todo en los doce últimos libros se encuentran pasajes lánguidos y sin vigor. En la anagnórisis, por ejemplo, ó reconocimiento de Ulises por Penélope, ella se muestra demasiado temerosa y desconfiada, de suerte que priva al lector del placer que debía darle tan agradable sorpresa. Empero con todos estos defectos, sus dos epopeyas han sido la fuente de todos los géneros de poesía y de arte, y las que formaron al pueblo poético por excelencia.

En cuanto á la moral de ambas, decimos que la virtud ha sido su fin y blanco. De la *Odisea* ya lo dijo claramente Horacio en su conocida epístola al proponernos á Ulises por dechado de prudencia y de valor. Con ellas elude Penélope las exigencias de sus amantes y con ellas Ulises se libra de las asechanzas de la hechicera y de las armas de sus rivales. Por lo que toca á la *Iliada*, en ella canta Homero la cólera de Aquiles, que es ciertamente una pasión: pero no nos le presenta furioso y desenfrenado en sus actos, de modo que le haga aborrecible. Al contrario nos le pinta como un hombre de honor, que al sentirse herido en su dignidad, se encierra en su tienda lleno de pesadumbre y de despecho contra el déspota é injusto Agamenón. Esto es natural y muy digno en un jefe valiente y pundonoroso. Aún más: avanza el enemigo, son vencidos los griegos, y Aquiles no se mueve; le suplican, le ofrecen dones para que salga, y él los desprecia; va á quemar las naves el enemigo, y Aquiles permanece inflexible. Pero muere su amigo, y el afecto de la amistad despierta en el héroe generosos sentimientos. Sale al campo, hace estragos en el enemigo, mata á su jefe y obliga á los troyanos á encerrarse

en la ciudad. He aquí cómo de una flaqueza ha sabido Homero sacar partido para que brille una gran virtud.

Estos dos poemas dieron tanta celebridad á Homero, que se formó una escuela denominada de los *Homéridas*, quienes recitaban ó cantaban al son de la cítara, además de las producciones atribuidas á Homero, otras de su propia inspiración en honor de alguna deidad, ó que sirviesen de introducción á estos mismos cantos. No es extraño que muchos de estos poetas para acreditar sus mismas producciones y conseguir más popularidad, las hiciesen pasar como de Homero; y esta es quizá la causa de atribuirse al mismo el bellísimo *Himno á Venus*, la *Batracomiomaquia* ó sea guerra de las ranas y ratones, y algunos otros.

Pertenece también á esta época poética otro escritor célebre entre los griegos, llamado por algunos el *Homero de la Grecia europea*, así como el anterior lo es de la Grecia asiática. Es Hesiodo, á quien suponen oriundo del Asia Menor, pero nacido en Ascra de Beocia y contemporáneo ó muy poco posterior a Homero. De las muchas obras que se le han atribuído sólo conservamos tres poemas : *Los trabajos y los días*, *El escudo de Hércules* y *La teogonía*. El primero es un poema didáctico, dedicado á su hermano, en el cual se propuso dar una instrucción poética de los conocimientos que debía de tener un padre de familia, exhortando á la vez al trabajo y á la virtud.

Divide su obra en tres partes : la primera comprende los preceptos generales de moral : la segunda trata sobre agricultura, economía doméstica, navegación y demás usos de la vida, y la tercera se reduce á preceptos, muchos de ellos supersticiosos, sobre los trabajos que se han de ejecutar en los diferentes días del año, señalando las lunas propicias al matrimonio, y las en que las Furias desencadenadas recorren la tierra. No tiene este poema el orden y ligación que era de desear, pero en cambio abunda en imágenes bellísimas, que hacen su lectura entretenida. Estaba mandado que los niños lo aprendiesen de memoria en las escuelas, y Quintiliano dice que « en el estilo medio, ó sea elegante y florido, este autor es el que se lleva la palma ».

El escudo de Hércules, que algunos atribuyen á algún imitador de Homero, es un fragmento épico en que se hace la descripción del supuesto escudo de este héroe y el combate que sostuvo contra Cieno, hijo de Marte, y contra este mismo dios.

La teogonía es otro poema en que se cuenta el nacimiento de los dioses y la guerra que sostuvieron en el Olimpo.

Comienza por un elogio á las musas, que es quizá lo mas bello del poema, y en seguida entra, no tanto como filósofo sino como poeta, á dar un cuerpo de doctrina, pretendiendo poner en orden las creencias populares. No es otra cosa este poema que un puro naturalismo. Según su sistema, el mundo ha nacido del caos. La tierra que salió del caos, procreó á Urano ó cielo, y de la unión del cielo y la tierra nacieron Océano y Tetis, los titanes y demás dioses. Esta generación de dioses es el fundamento de *La teogonía* y su acción principal la guerra de los titanes, hijos de la tierra, con los dioses del Olimpo, hijos de Saturno. El desenlace, ó moralidad, como quieren algunos, es la victoria de Júpiter sobre los titanes, ó sea del principio del orden sobre los agentes del desorden.

Hay en este poema pasajes bellísimos y sublimes, descripciones ...

níticas, como las del Tártaro, adonde fueron arrojados los titanes por los rayos de Júpiter y que no han desdeñado imitar poetas de primer orden, como Milton.

Hubo también en esta época otros poetas, en quienes iba ya degenerando el arte, y con ellos la poesía griega tomaba el camino que habían de seguir todas las literaturas posteriores, pasando del poema épico al histórico, y de la ficción poética á la realidad prosaica. No se halla en el espacio de dos siglos poeta digno de especial mención.

En las primeras Olimpiadas, que fué el año 766 antes de Jesucristo, aparecieron los primeros líricos, tanto los que emplearon para sus cantos guerreros el dístico, forma primitiva de la elegía, como los que ejercitaron su numen poético en diversos asuntos, según los sentimientos que los dominaban. Se cita entre los primeros a Calino, natural de Efeso, quien, lleno de ardor guerrero, animaba á sus compatriotas á la batalla con dísticos sencillos pero enérgicos. No menos fogoso se mostró Tirteo en sus cantos á los espartanos contra los mesenios. De uno y otro no poseemos sino unos pequeños trozos de dichos cantos. De este asunto noble y serio á la vez fué descendiendo poco á poco la poesía lírica, haciéndola cantar algunos poetas sus amores, sus tristezas, sus aversiones, y en general todos los movimientos blandos del corazón. Varios son los poetas de que hacen mención algunos escritores, como Minermo de Colofón, Calístrato, que compuso un himno ó escolio en alabanza de Harmodio y de Aristogitón, y Arquíloco de Paros, de quien dice Horacio que se armó del verso yambo para la sátira.

La poetisa Safo de Lesbos enriqueció la lengua con nueve libros de poesías líricas, elegías é himnos que la hicieron célebre entre los griegos. No nos quedan de ella más que la *Oda á Venus*, bellísima si se mira desde el punto de vista literario, y unos versos llenos de ardor lascivo y voluptuoso, que corren con su nombre, los cuales justifican demasiado el concepto poco favorable que se tenía de sus costumbres.

Contamos también entre los líricos á Solón, autor de una elegía para excitar a los atenienses á recobrar á Salamina su patria, y de la cual se conservan ocho versos. También compuso un poema que intituló: *Súplica á las musas*, es la producción más bella que de él nos ha quedado: pero su mayor título de gloria está en haber sido legislador de los griegos, con cuyo carácter afianzó el orden en su patria y dió un nuevo impulso á la filosofía y á las bellas artes.

Con Solón, el año 590 antes de Jesucristo, entra la literatura griega en el período más brillante. En él vamos a ver á la lírica tomar un vuelo atrevido, nacer la dramática y desarrollarse la prosa en varias formas, pero de un modo estupendo y prodigioso. Varias han sido, a juicio de los historiadores, las causas que a ello concurrieron: entre otras, los juegos solemnes en que los escritores recitaban sus composiciones delante de un numeroso concurso que los aplaudía y estimulaba, las guerras médicas que excitaron el patriotismo griego y el uso del papiro en la escritura. No poco contribuyó á hacer del pueblo griego un pueblo civilizado y brillante, la legislación de este filósofo. Sus leyes, si no fueron las más perfectas, á lo menos fueron las mejores de que eran susceptibles los griegos, como él mismo decía: con las cuales, y con el constante empeño que puso en la reforma de las costumbres, logró siquiera que en este inquieto y veleidoso pueblo floreciese la civilización, y que las artes y ciencias que

habian de cultivar sus ingenios dieron resultados de que se aprovecharon todas las naciones venideras.

Ya vimos que como lírico mereció Solon un lugar preferente entre aquellos antiguos poetas; tambien merece figurar en primera línea en la poesía gnómica ó sentenciosa, que ha sido el fundamento de la filosofía especulativa. En esta forma nos dejó sus leyes, así como otras muchas sentencias morales sacadas de la observacion y de la experiencia, con lo que llenó el deber de legislador y de poeta.

Tambien Simónides de Ceos, que nació el año 556 antes de Jesucristo, escribió en la corte de Hieron de Siracusa algunas sentencias morales y apotegmas, pero no fué esta la forma mas acomodada á su carácter; se distinguió especialmente en la elegía lúgubre y tierna, de la que se le mira como inventor. Dotado de un alma sensible, supo en la elegía tocar tan delicadamente los resortes del corazon, que conmovia é interesaba al mismo tiempo. Tal se ve en *Dánae*, fragmento elegíaco que ha llegado hasta nosotros, en que pinta con los colores mas vivos el estado del infortunio.

Algunos poetas de este tiempo, como Jenófanes y Parménides, su discípulo, trataron de reunir en una composicion en verso varios conocimientos ó ideas relativas á una materia, y formar así un solo cuerpo de doctrina. Este fué el origen de la poesía didáctica, en la que sobresalió Empédocles de Agrigento, quien compuso, entre otras obras, un tratado de medicina de seiscientos exámetros. Pero este género de poesía no tuvo mucha aceptacion hasta la época de la decadencia. Quiso este poeta filósofo examinar el cráter del Etna y le costó la vida su curiosidad el año 480 antes de Jesucristo.

Al mismo tiempo que algunos filósofos hacian alarde de sus talentos, exponiendo en sentencias profundas y dichos ingeniosos lo que sentian acerca de la virtud, no faltaron otros que, tomando un camino mas llano y bajando el tono en sus lecciones de moral, se propusieron enseñar la virtud y reprender el vicio por medio de la fábula ó apólogo.

Los griegos suponen á Esopo inventor de este género, cuyas primeras fábulas, como los cantos de Homero, fueron pasando, segun ellos, por tradicion de unos á otros, hasta que Demetrio Faléreo, tres siglos antes de Jesucristo, hizo una coleccion de las que llevaban el nombre de Esopo.

Todavía no se ha podido averiguar si Esopo, que dicen nació en Frigia, es un personaje real ó imaginario, así como el Lokman de los árabes; antes bien todo lo que se cuenta de sus aventuras é [illegible]tica, induce á creer que ha sido invencion de los griegos. Bien pudo suceder que en esta época, que empezaba á ser tan fecunda en toda clase de producciones, se generalizase el apólogo; pero en cuanto á la invencion, mucho antes de Esopo usó de él Hesíodo, y aun este poeta es muy posterior á los autores sagrados que lo emplearon en sus escritos, costumbre muy comun entre los orientales.

En el siglo V antes de nuestra era, cuando la pequeña Grecia se hacía respetar del coloso del Asia y le ponía condiciones humillantes, se hizo todavía mas memorable por la aparicion de poetas y escritores que le dieron renombre inmortal.

Píndaro es el poeta en quien vemos reflejarse con mas perfeccion el carácter de la verdadera poesía lírica, por estar adornado, entre otras dotes, de cierta disposicion de espíritu religioso y divino que le hacia

dulce y sublime, cualidad que debe adornar necesariamente al que desee sobresalir en este género. Tenemos de este poeta cuarenta y cinco odas ó cantos, con que celebró á los vencedores en los juegos solemnes de Olimpia, Delfos, Nemea y del Istmo.

Estas odas, aunque se llaman líricas por estar destinadas al canto, con más propiedad debería decirse que son poemas épicos ó heroicos. En ellos comienza generalmente por un elogio al vencedor, y en seguida se remonta á recordar los hechos heroicos de sus mayores, los de la patria á que pertenece, los de los dioses y fundadores de los juegos. Con un arte inimitable hace que el brillo de todos estos se refleje en su héroe, le ilustre, le ilumine y le glorifique.

Estos poemas fueron compuestos para ser cantados con acompañamiento de música y de baile, y á veces no sólo se declamaban sino que se representaban, dándoles forma dramática, para lo cual llevaba consigo un coro á las diferentes asambleas de Grecia. Lo que más distingue á Píndaro es la magnificencia del estilo, y ese entusiasmo impetuoso y arrebatador que le hace volar por todo el universo, echar mano de imágenes sensibles, de metáforas atrevidas y alusiones á sucesos históricos ó mitológicos, para presentar los objetos con la grandiosidad y vehemencia con que él los concebía. De ahí es que á algunos modernos les ha parecido que de propósito se entraba en una especie de desorden ú oscuridad misteriosa, y con esta idea han pretendido imitar en sus odas esa confusión que llaman pindárica; pero los griegos de su tiempo, que sabían bien la historia de su país, y los objetos á que aludía, lejos de creerle como estos imitadores, le veneraron como el más popular de todos los líricos, á pesar de que nunca celebró las victorias sobre los persas. Todo lo que se cuenta de la sublimidad de sus ideas y pensamientos comparables con los del libro de Job, es exageración manifiesta, y bueno sería que los que dicen haberle leído y gustado en sus fuentes, presentaran algunos ejemplos de tan extraordinarias bellezas. Es como hemos dicho magnífico en el estilo, arrebatador por su fuego, y en ocasiones delicado, como en la oda á Asópico, pero no le concedemos esa elevación y sublimidad, que rompe, como dicen los preceptistas, la armonía de la forma, nos cause admiración ó nos deje estupefactos. Si las palabras del hombre son la imagen de su vida, Píndaro es el poeta más amable entre los paganos, por la virtud que en sus escritos se refleja. Complacíase en pintarla en todas ocasiones, sus versos no respiran sino dulzura, bondad é inocencia de costumbres, y dotado como estaba de generosidad y nobleza, jamás se sirvió de su talento para ridiculizar á nadie.

Por este mismo tiempo hubo otro poeta que dió su nombre á una de las especies del poema lírico. Fué Anacreonte de Teos. Ejercitóse en la poesía erótica, y compuso un gran número de himnos, elegías y epigramas; pero donde sobresalió fué en esa especie ligera en que se celebran los inocentes placeres.

Sus odas, escritas en un metro particular y fácil, no tienen otro objeto que el solaz y el entretenimiento. Tomados por lo serio, parecerían algunas poco morales, pero el candor y jovialidad del poeta se retratan en su estilo, y se ve que no son otra cosa que un juego inocente, una especie de desahogo de un corazón alegre y tranquilo. Se han hecho numerosas traducciones de estas poesías, de cuya autenticidad dudan algunos escritores modernos.

Antes de hablar del género dramatico entre los griegos, género por otra parte tan propio y natural á todos los pueblos, por consistir en la imitación de las acciones humanas, será bien decir algo sobre su origen en Grecia.

La poesía épica y la lírica han sido los elementos del género dramatico : la primera narra una acción grande, la segunda la canta. Faltaba una ocasión para que se uniesen estos dos géneros, y he aquí que las fiestas de Baco, que se celebraban en tiempo de las vendimias, proporcionaron á los griegos la invención de la tragedia, que poco á poco llevaron á un grado admirable de regularidad y belleza.

Al principio la tragedia, como lo indican las palabras griegas *tragos*, macho cabrío, y *ode*, canto, no fué mas que un himno en honor de Baco a quien sacrificaban un macho cabrio. El himno que se dice introducido por Epigenes de Sicione, era cantado por todo el pueblo, ó por un coro numeroso. Sabemos que el poeta Tespis introdujo un personaje, que en las pausas que hacía el coro en las diferentes partes del himno, recitaba una composición en verso, celebrando las hazañas de Baco, y cuentan que Solón se lo prohibió, calificando esta novedad de ficciones inutiles. Así estuvo algunos años hasta que Pisístrato le dió entera libertad. Frínico de Atenas, discípulo de Tespis, escogió el verso trocaico, introdujo el baile y el personaje de mujer, pero un solo actor tenía que hacer varios papeles. Pratinas y Querilo fueron añadiendo algunas modificaciones; sin embargo, el arte dramático no salió de su estado incipiente hasta que al poeta Esquilo le ocurrió dar mas animación por medio del dialogo, pero sin quitar el coro, que siempre fué la parte principal en las tragedias de los griegos. Hizo que el coro, ya de doncellas, ya de hombres, tomase parte en el diálogo por medio del corifeo, cuyo papel hacia ordinariamente él mismo, vistió á los personajes con trajes adecuados al papel que representaban, levantó un tablado y le adornó con decoraciones. Los poetas que vinieron después no hicieron más que perfeccionar la parte artística material, y añadir algunos personajes mas al diálogo.

Escogíanse los lugares más deliciosos para estas fiestas, las cuales se tenían al aire libre y á ellas concurrían innumerables personas de todos los puntos de Grecia. Estas iban tomando asiento en gradas que se elevaban unas detrás de otras, y para que todos pudiesen oir, habia aparatos que reflejaban la voz, y los actores exageraban su fisonomía con la máscara y el coturno á fin de que pudiesen ser vistos de todos. No se perdonaban gastos de ninguna clase en estas fiestas, llegando á tal extremo el lujo y pompa de estas solemnidades que, al decir de Plutarco, se gastó más en la representación de seis tragedias, que en toda la guerra de Persia.

Hecha esta reseña histórica, dos fueron las fuentes principales de donde sacaron los asuntos para sus tragedias, a saber : las antiguas tradiciones de su religión, ó sea, aquellos mitos en que estaban desfiguradas algunas verdades primitivas, y los sucesos heroicos de su historia. Con esto daban un carácter religioso y patriótico á sus solemnidades, y levantaban el espíritu nacional.

Por lo que toca á la moral práctica, único blanco que deben tener las obras de este género, si bien es verdad que en muchas de ellas se revelaba, atendidas las ideas de los griegos, sin embargo, el vulgo de los espectadores, fuera de la virtud del patriotismo, poco ó nada comprendería de la moral que con tales lecciones los poetas querían inculcarles.

Antes bien; lo que veían con toda claridad, era que los dioses inducían á los hombres á cometer crímenes, y que éstos eran tratados por aquellos cruel é injustamente. Veían además, al *destino*, personaje principal de sus tragedias, en cuya voluntad ciega y despótica estaba fundado todo el interés de la fábula. Así es que, teniendo sobre sí el severo y absurdo dogma de la fatalidad, lo más que podían aprender era á resignarse de una manera estúpida y á compadecer á sus víctimas. Tal se ve en el *Prometeo* y en las *Coéforas* de Esquilo, en el *Edipo* de Sófocles y en varias otras: y á esto aludió Aristóteles, cuando dijo que trágico es lo que por medio del temor y la compasión purga los ánimos de ésta y de otras pasiones. Veían, sobre todo, resaltar en muchas tragedias vicios abominables, y aunque éstos no fuesen el único fin de sus dramas, no dejarían de hacer funesta impresión en aquellos griegos tan amantes y tan pagados de la belleza de las formas. Añádase á esto que los odios y las venganzas eran el asunto de muchas de sus tragedias, especialmente de Eurípides, cuando el objeto del autor dramático debe ser extinguir las pasiones viciosas, purificar el ánimo y alentar al hombre al ejercicio de la virtud, pintándola tanto más bella cuanto más oprimida, y tanto más digna de recompensa en la otra vida, cuanto más perseguida suele ser en ésta. Tan alta filosofía no era posible que llegase á ser conocida de aquellos poetas, faltándoles la luz del cristianismo.

Viniendo ya á los principales trágicos en quienes se resume esta época, Esquilo, nacido en Eleusis, cerca de Atenas, el año 525 antes de Jesucristo, es el primero, como hemos indicado, que empezó á dar alguna forma á la tragedia, si bien no la elevó al grado de perfección de que era susceptible. De las ochenta tragedias que dicen que escribió, no poseemos más que siete. Se le llama comúnmente el príncipe de los trágicos, por sobresalir en sus producciones la pintura del terror y de las pasiones trágicas, á cuyos rasgos corresponden la grandeza y majestad de sus ideas, y el retrato que hace de algunos caracteres. Dejóse, no obstante, llevar de su lirismo, lo que perjudica mucho al efecto dramático.

Alaban algunos críticos en este poeta la sublimidad de concepción, la sencillez de sus planes y cierto tino en no recargar con otros incidentes que los puramente necesarios para causar la impresión. Le tildan, sin embargo, de exagerado en las metáforas é imágenes, de poco correcto y de ignorar las costumbres de algunos pueblos que introduce en la escena.

Donde campean las bellas dotes de Esquilo, y eso las líricas más que las dramáticas, es en el *Prometeo encadenado*, que, según algunos, es una alegoría del hombre que peca, padece y se rehabilita, y según otros, del genio inmortal representado en aquel Titán terrible, que hace el bien y sufre, porque no quiere doblegarse al imperio de la fuerza simbolizada en Júpiter. De todos modos, parece ser la segunda parte de una trilogía, cuya primera parte era *Prometeo robando el fuego sagrado*, y la tercera *Prometeo libertado*. Otra de sus tragedias es la titulada *Los Persas*, cuyo asunto es la victoria del pueblo griego sobre Jerjes. En ella resaltan bellezas poéticas, y el asunto debió ser muy grato á los griegos; pero falta á esta composición el efecto dramático, no hay contraste de pasiones, ni enredo ni movimiento teatral.

Tenemos también de este trágico una trilogía completa, denominada *Agamenón*, *Las Coéforas* y *Las Euménides*. El asunto de *Agamenón* es horroroso : la fuerza del destino persigue á Agamenón, y es asesinado por su

esposa Clitemnestra y Egisto, amante de ésta, instrumento de aquella ciega deidad. En *Las Coéforas*, Orestes, hijo de Agamenón y Clitemnestra, se venga dando muerte á los asesinos de su padre; pero las Furias lo persiguen sin descanso. En *Las Eumenides* es absuelto por Minerva, á cuyo juicio asisten los dioses, en el cual toman parte también los Areopagitas. Aquí es donde Esquilo se muestra más dramatico, aunque no perfecto.

Las dos últimas, que son *Las suplicantes* y *Los siete delante de Tebas*, vienen á ser como las anteriores, excepto la trilogía, una serie de diálogos líricos sobre hechos históricos ó mitológicos.

Después de muchos disgustos que le ocasionaron sus mismos talentos, hasta el punto de ser casi apedreado por el pueblo, fué acusado por los sacerdotes de que había revelado los misterios de Eleusis. El se defendió mostrando las cicatrices de sus heridas por la patria, y se retiró á la corte de Hierón, rey de Siracusa, donde murió á la edad de setenta años.

A la aparición de Sófocles quedó eclipsado Esquilo, no porque el nuevo poeta fuese más grande, sino por ser más inteligible y regular. Nació este poeta en Colona, cerca de Atenas, y desde luego su bella índole y sus prendas le granjearon el cariño de sus conciudadanos, que lo escogieron para cantar el *peán*, y le elevaron después á la dignidad de arconte. Después de haberse hallado en las principales jornadas contra los persas, dedicóse á trabajar para el teatro. Veinte veces obtuvo el primer premio en los juegos sagrados, y muchos más el segundo, mereciendo de sus conciudadanos el sobrenombre de *abeja atica*, por la dulzura de su lenguaje y amenidad de su estilo. Con este poeta que retrató en sus obras literiaras la bella época de Pericles, llegó la tragedia al más alto grado de perfección, como puede verse por las siete que poseemos y algunos fragmentos de otras que, según algunos, pasaron de ciento las que compuso.

Introdujo un personaje mas en el diálogo, quitó los seres abstractos y mitológicos y procuró dar á sus personajes, que siempre fueron reyes ó héroes, el ideal que les convenía según su carácter. Supo además complicar mejor la acción, despertar el interés y conducir los sucesos de un modo natural al desenlace. Por estas dotes y porque en las situaciones más trágicas introduce hermosos rasgos de humanidad, era preferido á Esquilo, aunque no llegase en sus tragedias á la grandiosidad de ideas de este poeta.

Citaremos algunas, comenzando por la tragedia *Filoctetes*, que á juicio de algunos es la más regular y perfecta de este autor. Su asunto es conseguir de Filoctetes las flechas de Hércules, sin las cuales, segun el oráculo, jamás los griegos tomarían á Troya.

Otra de las producciones más notables de Sófocles, verdadera obra maestra de la antigüedad en este género, es la trilogía de *Edipo Rey*, *Edipo en Colona* y *Antígona*. El asunto de la primera parte es reconocerse Edipo reo de parricidio y de incesto, por haber muerto á Layo, su padre, ignorando quién era, y de haberse casado con Yocasta, sin saber que fuera su madre. Estos delitos que la fuerza del destino le había hecho cometer, y que por grados han ido conociendo él y Yocasta, los precipitan á entrambos en la desesperación: ella se ahorca y él se saca los ojos. El argumento de la segunda es la muerte de Edipo, y el de la tercera es la muerte de Antígona, su hija, por haber enterrado el cadáver de su hermano, que yacía insepulto por decreto de Creonte.

Á pesar de los defectos que notan los críticos en esta trilogía, ella es, á todas luces, el monumento más bello en este género; y por lo que toca al argumento de la primera parte, manejado después por célebres literatos de diversos países, fué tratado por Sófocles de una manera inimitable.

Además de las tragedias dichas, escribió Sófocles el *Ayax furioso*, cuyo asunto es la muerte que él mismo se dió, desesperado por no haber obtenido las armas de Aquiles en competencia con Ulises. *Las Traquinianas* es otra de sus tragedias, y trata de la muerte de Hércules causada por los celos de Deyanira, su esposa, quien le envió la fatal túnica teñida en la sangre del centauro Neso; y por último, *La Electra*.

Ya octogenario, le amargaron sus hijos los últimos días de su vida. Deseosos de repartirse la hacienda, le acusaron ante los tribunales de incapaz para llevar los negocios de su casa; él se defendió leyendo el *Edipo*, que acababa de componer por lo que perdieron el pleito y el honor. Murió en la corte de Arquelao, rey de Macedonia.

Tuvo Sófocles un sucesor célebre en la profesión del arte dramático, pero no en la perfección con que lo había ejercido. Este fué Eurípides, nacido en Salamina, dicen que el mismo día en que se dió la batalla de este nombre. Educado cuando joven por Anaxágoras, y después en la escuela de los sofistas, que ya pululaban en Atenas, era orador por hábito y poeta por inspiración; pero las buenas dotes que como poeta en él sobresalían, las vició no pocas veces por dejarse llevar de ese espíritu de argumentación que ahoga toda poesía, y por sacar de su mucha erudición minuciosos adornos que no dicen bien en la escena. En esto conviene el mismo Quintiliano, cuando dice de él : *Magis accedit oratorio generi*, si bien le pone á la cabeza de todos los trágicos. Aristóteles le llama el trágico por excelencia; pero debe ser porque casi todas sus tragedias tienen un desenlace fatal y sangriento, y porque describe las pasiones funestas de los hombres, pintándolas como son; no como Sófocles, que los pintaba cual debían ser. Aristófanes pone á Eurípides el tercero de los trágicos, y esta era la opinión de los Atenienses.

Una innovación introdujo en el teatro, que fué el comienzo de la decadencia en este género, á saber : separar el coro de la tragedia, desligando frecuentemente los cantos y los episodios de la acción principal, de modo que el coro vino á ser en adelante poco menos que inútil. También notan los críticos un defecto, que ciertamente no puede perdonársele, y es el haber hecho coro con los sofistas, prodigando multitud de sentencias, algunas de ella inmorales, como el decir : « La boca juró, pero el alma no prometió. Sirvamos á los dioses, como quiera que sean »; y otras á este tenor.

La introducción del prólogo en la tragedia, recurso de que se vale Eurípides para informar al público de los antecedentes, cuando debiera hacerlo por medio de la acción misma, prueba que no poseía el talento de Sófocles para la disposición del plan. No obstante, la acción en sus piezas es muy variada, sabe desenvolverla con acierto, y dotado como estaba de una fecundidad maravillosa, saca todo el partido posible de las situaciones trágicas. El estilo es elegante y claro, y aun se dice que él fijó el lenguaje propio de la tragedia.

De ciento veinte piezas que compuso Eurípides, dieciocho son las únicas que posee el teatro griego, algunas de las cuales versan sobre asuntos tratados por Esquilo. La mejor de todas, y por la que merece ser

contado entre los mejores trágicos, es *Efigenia en Aulide*. Son dignas de elogio *Alceste*, por la moral y ternura que revela, y *Medea*, por la verdad de los caracteres si bien deslucen esta última crímenes demasiado horribles.

Los autores que vinieron después, entre los cuales cuentan á Yon, Arqueo, Agatón y otros muchos, parece que no hicieron más que estropear con sus producciones este género y á esto quizá se debe el que ninguna obra íntegra les haya sobrevivido. Eurípides les dió el mal ejemplo por su extremada afición á los caracteres horribles y sombríos, y á pretender el efecto por medio de la exageración de las situaciones.

Usábase al final de la tragedia una composición dramática de fácil enredo, en que representaba una aventura sencilla y que tenía por objeto dar alguna expansión al ánimo, ó aliviarlo de las impresiones fuertes y dolorosas producidas por la tragedia. Nuestro sainete es quizá la forma más parecida á esta especie de composiciones. Llamábase *drama satírico*. Tomó este nombre de los sátiros ó faunos y demás dioses campestres que tomaban parte en estas piezas y entretenían al pueblo con sus chocarrerías y dichos picantes. Después figuraron como personajes secundarios, algunos que habían salido á la escena en la tragedia de donde tuvo origen el poema jocoserio, ó mixto de cómico y trágico.

No nos queda otro ejemplo antiguo de este género que el *Ciclope* de Eurípides, y por los títulos de algunos que se han perdido, como el *Momo*, *Los Amantes de Aquiles*, etc., se colige que debían de ser también burlescos y satíricos conforme al sentido que hoy damos á esta palabra.

Las fiestas de Baco, que, como dijimos, dieron origen á la tragedia, fueron también los principios de la comedia, y aun algunos creen que los primeros ensayos de ésta fueron anteriores á los de la tragedia: con la diferencia que ésta se fué perfeccionando, mientras que la comedia se descuidó completamente.

Al principio un solo actor cantaba en honor de Baco, y los demás embadurnados el rostro danzaban alegremente, y decían dicharachos para hacer reír. Y porque iban discurriendo de pueblo en pueblo en esta forma, llamóse á esta fiesta comedia, compuesta de las palabras *come*, aldea, y *ode*, canto.

Susarión de Megara parece haber sido el primero que empezó a dar alguna forma á esta clase de representaciones, que Crates perfeccionó el siglo V antes de Jesucristo. Vinieron después Epicarmo de Cos, Cratino de Atenas, Eúpolis y Aristófanes, que es el más célebre de los veinticinco ó más autores cómicos de esta época, y de quien únicamente se conservan once comedias de cincuenta y cuatro que compuso.

Estos autores pertenecen a la época de la comedia que llaman *antigua*, y en la cual se ridiculizaban no sólo los vicios, sino las personas más respetables por su posición y por sus virtudes, como Cleón, Sócrates y otros, remedando sus ademanes y figura, y hasta citando sus propios nombres. Era una sátira política mas bien que comedia. Este abuso dió margen a que Lamaco, uno de los treinta tiranos, diese una ley el año 404 antes de Jesucristo, reprimiendo estos excesos.

Con esto los poetas se vieron precisados á encubrir sus ataques bajo el velo de la alegoría, ó bajo nombres supuestos, de donde provino la comedia en su segundo estado, que llaman *media*. El *Pluto* de Aristófanes, en que ridiculiza la avaricia y la ambicion de los atenienses entre [illegible]

personajes alegóricos, pertenece ya á la comedia *media*. De los autores cómicos de esta época, que pasan de treinta, no tenemos más que algunos fragmentos de Alexis de Turio, que justifican el título de gracioso que le dieron sus contemporáneos.

Pero como tampoco se pudieron contener los poetas en los límites prescritos, y la curiosidad de los espectadores se excitaba mucho más viendo retratados al vivo algunos personajes, aunque se callasen sus nombres. vino otra ley permitiendo únicamente la pintura de tipos generales, y excluyendo del teatro la política. Tuvieron, pues, que ceñirse los poetas á censurar las malas costumbres, y ridiculizar los defectos ordinarios, cuidando de que no se trasluciese ninguna alusión personal. Esta es la que se llama comedia *nueva*, cuyo legítimo representante es Menandro, nacido en Atenas el año 342 antes de Jesucristo. De este poeta no poseemos sino algunos fragmentos, insuficientes para dar un juicio sobre el plan y estilo de sus piezas, pero estimables por la excelente moral que revelan. Mejor le conocemos por su imitador y traductor el poeta latino Terencio, quien confiesa haberle tomado por modelo en este género.

Cuéntanse hasta treinta y dos poetas de la época de Menandro, entre ellos á Filipo, Dífilo, Filemón y Apolodoro, algunos de los cuales escribieron hasta trescientas comedias; pero no conocemos más que los títulos de algunas.

Como Aristófanes es el único poeta de quien la antigüedad nos ha transmitido algunas piezas íntegras, por ellas juzgaremos á este autor. Sus once comedias pertenecen á la clase que llamamos de carácter. Plutarco, á quien sigue Voltaire, es de los críticos que no ven en ellas más que una serie de disparates dichos sin gracia y sin ingenio, al paso que otros no sólo le justifican de sus errores, sino que le ensalzan sobre todos los poetas cómicos. No seguimos á ciegas el juicio de estos últimos, pero sí diremos que Plutarco se equivoca. Considerándolas sólo literariamente, lo único que se echa de ver es algún descuido en la disposición del plan y en la marcha de la fábula; por lo demás nadie puede dejar de reconocer y admirar en sus comedias el arte más perfecto, gusto exquisito, agudeza de los chistes, junto con una riqueza de poesía que raya en prodigalidad. Su estilo es modelo del más puro aticismo, razón por la cual Aristófanes ha sido alabado por los amantes del buen gusto. Ojalá que la moral de todas sus comedias hubiese merecido el mismo aprecio. De sus once comedias, la titulada *Las nubes* tiene un objeto filosófico, y fué dirigida contra los sofistas. En ella Sócrates es representado perdiéndose en las nubes entre sutiles argumentaciones, y conferenciando con las divinidades tutelares de los sofistas, adivinos y trágicos. Además del ridículo papel que el buen Sócrates hace en esta comedia, es presentado como maestro pernicioso, corruptor de las costumbres de la juventud, y despreciador de los dioses; si bien algunos creen que Aristófanes le confundía con los sofistas, que merecían ciertamente las más justas reconvenciones.

En *Las ranas* quiso divertir al pueblo á costa de los malos poetas de su tiempo, entre los cuales figura Eurípides, á quien hace compadecer con su esclavo, su familia y sus obras, todo lo cual puesto en un platillo de la balanza, no pesa tanto como dos versos de Esquilo puestos en el otro.

Todas las demás comedias pertenecen á la política : y aunque en ellas

generalmente está del lado de los hombres de bien, cuyo patriotismo y lealtad alaba constantemente, y en las cuales ataca sin piedad ni consideración de ningún género á demagogos, parásitos y demás estofa; sin embargo, es digno de la más severa censura, porque al darnos en sus comedias otros tantos cuadros de la civilización de aquel pueblo, tan elegante en las formas como corrompido en el fondo, se hizo á veces cómplice y propagador de las malas costumbres. El deber del poeta cómico, como el de todo escritor público, es guardar en todas las ocasiones los fueros de la moral. Se cree que á esta clase de espectáculos no asistían las mujeres, á quienes, tanto Eurípides como Aristófanes, insultaron torpemente. He aquí en lo que vino á parar el arte dramático, que había comenzado por lo heroico y maravilloso en Esquilo, y he aquí también como la pasión suele deslucír las invenciones más ingeniosas del hombre cuando á éste no le contiene el debido respeto hacia sus semejantes, ó no es dirigido por una luz superior. Murió este poeta ateniense el año 386 antes de Jesucristo.

La poesía ha sido en Grecia, como en casi todos los demás pueblos, la que nos ha transmitido los sucesos de los primeros pobladores, con los cuales los poetas mezclaban y confundían las fábulas mitológicas, á fin de hermosear y embellecer su narración. Este modo de fijar los hechos era muy natural en la infancia de aquellos pueblos heroicos, en quienes la imaginación estaba más desarrollada que el entendimiento, y se obraba más que se discurría. Con el transcurso de los años, y no teniendo acontecimientos extraordinarios que exaltasen su imaginación, se dieron algunos á escribir la historia de su propio país ó de los pueblos por donde viajaban. He aquí el origen de los *logógrafos*, primeros narradores en prosa de las tradiciones populares.

Cadmo de Mileto es el logógrafo más antiguo, el cual escribió sobre las antigüedades de su ciudad natal por los años 520 antes de Jesucristo.

Heródoto de Halicarnaso, nacido el año 484 antes de Jesucristo, fué el primero que concibió la idea de reunir en una sola obra los sucesos más interesantes de su tiempo. Para esto recorrió varios países de Europa, Asia y África, en donde recogió los materiales para su historia.

El fin que se propuso fué contar la guerra de los griegos contra los persas y, con esta ocasión, hablar de las demás naciones. Distribuyó su obra en nueve libros, á los cuales sus contemporáneos, admirados de sus bellezas, dieron los nombres de las nueve musas.

En el primer libro trata de investigar la causa de la enemistad entre griegos y persas, lo que le conduce naturalmente á dar noticias de los lidios, medios y asirios.

En el segundo cuenta lo que ha visto y oído de los usos y costumbres de los egipcios, hasta que Cambises los sometió.

El tercero comprende la historia de Cambises, del mago Esmerdis y parte de la de Darío.

El cuarto contiene la expedición de Darío á la Escitia, de cuyo territorio hace la descripción y asímismo de las costumbres de sus habitantes.

En el quinto aparecen los gérmenes de la gran lucha en que se van á empeñar la Grecia y la Persia, con motivo de la sumisión de Tracia y Macedonia, de la revolución de los jonios y del incendio de Sardes.

El sexto describe la expedición de Datis y Artafernes, y la batalla de Maratón.

El séptimo y octavo tratan de la expedición de Jerjes á Grecia.

El nono prosigue la misma materia hasta la derrota del ejército y escuadra de Jerjes.

No era posible pretender ni menos exigir que el primer historiador fuese perfecto. No lo es en verdad : pasa por alto algunas causas de la guerra ó no las explica bien, es algún tanto crédulo y supersticioso, como cuando dice que los lacedemonios superan en valor á los habitantes del Peloponeso porque poseen los huesos de Orestes; mas no por eso se ha de decir que es padre de la mentira, como algunos le llamaron.

Al contrario, las indagaciones históricas y geográficas hechas por algunos sabios modernos han confirmado el honroso concepto que de él se tenía, apellidándole, como los antiguos, *padre de la historia*. Hábil y feliz en la elección del asunto, su obra es una epopeya escrita en prosa, pero prosa poética, cuyos principales personajes son los dos pueblos en guerra : las demás naciones forman los episodios, y el desenlace se verifica con la completa derrota de Jerjes. Pertenece, por consiguiente, Heródoto á la escuela descriptiva más que á la filosófica, como hoy decimos. Su estilo es amenísimo y su lenguaje tan fluído y natural, que Cicerón le asemeja á un arroyuelo cristalino que se desliza suavemente. Le honra como á historiador, la dote de la buena fe, él mismo dice, hablando de los egipcios : « De estas relaciones puede valerse aquel á quien parezcan probables, pues yo me he propuesto en toda la narración escribir cuanto he oído á cada persona ». Además, se eleva en la consideración de los sucesos, presentándolos dependientes de la Divinidad, á la que justifica en los premios y castigos que envía á los hombres.

Tuvo Heródoto la justa satisfacción de ver aplaudida y premiada su obra en las Panateas y en los juegos olímpicos, y después de haber dado ejemplos de valor y amor á la libertad de su patria, terminó su carrera en Turio de Italia, de edad bastante avanzada.

Más reflexivo y filosófico que Heródoto, pero no tan claro y ameno es Tucídides, nacido en Atenas el año 471 antes de Jesucristo. Desterrado de Atenas el año octavo de la guerra del Peloponeso por no haber socorrido oportunamente con su flota á Anfípolis, quiso ser útil á su patria elevándola un monumento imperecedero en la historia que meditaba. Para esto no perdonó gastos ni trabajos de ningún género, recorrió varios puntos de Grecia, adquirió noticias de toda clase de personas y dió en ocho libros su obra, que llamó *Historia de la guerra del Peloponeso y de los atenienses*.

En ella se apartó del sistema seguido por Heródoto y dió á su relación una forma filosófica, por ser más conforme al fin que se proponía. En la introducción recapitula los tiempos pasados y en seguida, con una elevación de miras que le honra como á hombre de estado y con habilidad suma, pone á la vista del lector las causas de la guerra, los desórdenes que se siguieron por las pretensiones de los atenienses, y las atrocidades de los espartanos, y cómo influyeron los intereses particulares de algunos en que se prolongase cerca de treinta años. Su historia no comprende más que los primeros veintiún años de la guerra, la que va dividiendo por estaciones de verano é invierno, plan que tiene el inconveniente de cortar bruscamente el hilo de la narración cuando es más interesante, y aun de hacer monótona su lectura. Sin embargo, en ella resaltan otras cualidades que ponen á Tucídides á la cabeza de los histo-

riadores griegos. Deseoso de instruír más que de agradar, sus paginas revelan al hombre pensador y juicioso, en las cuales, como dice Cicerón, hay tantas máximas como palabras.

Su estilo es grave, enérgico y conciso, á veces áspero é ingrato, debido quizás á que no le dió la última mano, ó, como quieren algunos, cual convenia al sombrío asunto de su historia trágica, que así la llamaban los antiguos. Como Heródoto había introducido los diálogos, Tucidides introdujo las arengas, recurso de que se vale para dar algunas noticias que creyó mejor poner en boca de los jefes. Y si bien es verdad que dichas arengas son otras tantas piezas oratorias, más que como adorno las insertó como lecciones de moral, de política y de táctica militar, en las cuales hace al mismo tiempo la pintura de varios caracteres. Tanto era lo que agradaban á Demóstenes, que se dice que las copió varias veces para aprenderlas de memoria. El pasaje más célebre de su historia es la descripción de la peste de Atenas. Antes de dar cima á su obra, sorprendióle la muerte en Atenas, adonde había sido llamado el año 411.

Sucedióle otro historiador, no tan profundo en los pensamientos, pero más ameno y suave en el estilo, llamado por sus contemporáneos *abeja ática*.

Este fué Jenofonte, nacido en una aldea de Atica por los años 445 antes de Jesucristo. Salvóle la vida su maestro Sócrates en la batalla de Delium, por lo que le conservó siempre el más acendrado cariño. Deseoso de instruirse, viajó por varios paises y tomó parte en la expedición de Ciro el Joven. Después de la batalla de Cunaxa dirigió la retirada de los diez mil, cuyos sucesos narró en su *Anabasis* con mucha elegancia y exactitud. Con el título de *Helenicas* continuó la historia de Tucidides hasta la batalla de Mantinea en siete libros. Su estilo tiene las dotes arriba dichas; pero amargado, sin duda, por el destierro, ó falto de medios para adquirir noticias, hizo una narración incompleta de los sucesos, faltando además a la justicia debida á los nombres de Pelópidas, Epaminondas, Conón y Timoteo, cuyas hazañas no celebra. En la *Ciropedia*, novela histórica y política en ocho libros, de los hechos y proezas de Ciro, más parece que se propuso dar lecciones de moral y de política que pintar costumbres reales.

Escribió también bajo la forma de diálogo las *Memorias de Socrates*, en que hace una bella apología de su maestro y de su doctrina. Ademas de algunos tratados filosóficos y polítos, ejercitó su pluma en otros de muy diferente género como la *Equitacion* y la *Caza*, prueba de la fecundidad de su ingenio.

Su amor al orden y á la virtud, y sus simpatías por los espartanos le hicieron sospechoso a los atenienses, quienes dieron un decreto de destierro contra él, y aunque después fué revocado, murió fuera de su patria á los noventa años de su edad.

Estos tres fueron los principales escritores en este género, quienes superan en mérito literario aun á los historiadores del periodo de Alejandria.

La filosofia tuvo su origen entre los griegos, como lo había tenido entre los otros pueblos, de la inclinación natural del hombre á investigar las causas de los fenómenos fisicos y morales del mundo, el origen de éste, el del hombre y su destino; y estando la raza griega dotada de singular aptitud para la especulacion, no habia de dejar de dar muestras de la energía de sus entendimientos.

Dejando á un lado la filosofía mítica de los tiempos de Orfeo, y la gnómica ó sentenciosa de los siglos posteriores, cuyos representantes fueron entre otros, los siete sabios, nos limitaremos á dar idea de las principales escuelas de este período, cuyo asunto trataremos con mayor brevedad por no ser esta materia nuestro objeto directo.

La primera secta ó escuela en que se manifiesta la filosofía helénica, es la jónica, cuyo fundador ó jefe principal fué Tales de Mileto, nacido en esta ciudad por los años 640 antes que Jesucristo. Enseñó que el origen de todas las cosas estaba en el agua, sustancia primitiva, que nutre y alimenta todos los seres, y en un principio interno de vida ó movimiento, porque la materia es inerte por sí. Anaximandro, compatricio del primero, y de la misma escuela, afirmó que el principio de las cosas no era el agua, sino lo infinito, entendiendo la naturaleza material de la cual van saliendo los seres por la oposición del calor y el frío, la humedad y la sequedad.

Anaxímenes, discípulo de Tales, dijo que el aire era la causa primera de todas las cosas; éstas no son más que modificaciones ó transformaciones del aire. Heráclito, filósofo efesino, aunque en algunos puntos se aparta de Tales, conviene, no obstante, en el fondo con la doctrina de la escuela jónica, pues supone que el fuego, ó una sustancia etérea y sutil es principio, medio y fin de todas las cosas. Este primer principio material, y la fuerza inherente á él eran para estos filósofos (500 antes de Jesucristo), Dios esparcido en todo el universo, pero Dios motor, no creador; de cuya doctrina surgieron los dioses del politeísmo griego, que después admitió el vulgo. Dichos dioses, según algunos, no eran para los sabios sino personificaciones diferentes de las fuerzas y de los fenómenos de la naturaleza.

Pertenecieron también á la escuela jónica, aunque con tendencias diferentes Anaxágoras, Leucipo y Demócrito. El primero fué teístico-espiritualista, reconoció aunque no de un modo tan claro y explícito como era de desear, una inteligencia superior y diferente del mundo, que lo rige y gobierna por medio de leyes. Fué el primero que abrió escuela en Atenas, y acusado de impiedad porque no reconocía la divinidad del sol, ni aprobaba las creencias y supersticiones de los atenienses, costóle mucho trabajo á su amigo Pericles el salvarlo, por lo que tuvo que retirarse á Lampsaco, donde murió el 428 antes de Jesucristo.

Leucipo y Demócrito fueron los representantes de la escuela atomística, pretendiendo explicar todas las cosas por medio de los àtomos y del movimiento.

La escuela Pitagórica ó Itálica reconoce por su fundador á Pitágoras, filósofo, al decir de Nourrison, el más popular entre los antiguos y el menos conocido, por ser de dudosa autenticidad las doctrinas que se le atribuyen. Nació en Samos por los años 582 antes de Jesucristo, y después de haber viajado por Egipto y varios países del Africa, fijó su residencia en Crotona de Italia. Las doctrinas ó teorías de esta escuela, no obstante ser incompletas y en extremo confusas, representan un gran progreso en filosofía respecto de la escuela jónica. Esta se había circunscrito al mundo externo, sin tomar en cuenta á Dios, al hombre y sus deberes; Pitágoras admitía una grande Unidad de la cual hacía dimanar el mundo, lo cual explicaba diciendo que la gran mónada ó Unidad había producido el número binario, después se formó el ternario, y así sucesivamente.

La unidad estaba representada por el punto, el número binario por la línea, el ternario por la superficie y el cuaternario por el sólido. Fué el primero que tomó el modesto nombre de filósofo, ó amante de la sabiduría, en vez de sofos, ó sabio, que se daban los demás. Se le atribuye la doctrina de la metempsícosis, y se le supone adornado de grandes conocimientos en astronomía y en matemáticas.

Su escuela no sólo fué filosófica, sino política y religiosa, lo que dió ocasión á que fuera perseguido, de cuyas resultas murió en una revuelta popular.

La escuela eleática, denomida así de la ciudad de Elea ó Velia, donde la estableció Jenófanes de Colofón por los años 540 antes de Jesucristo, dió en el error de considerar la Mónada ó unidad pitagórica refundiendo en sí todos los séres, y á éstos meras apariencias, con lo que echó las bases del sistema panteístico-idealista. Sus discípulos Parménides y Zenón consolidaron y desenvolvieron estas doctrinas.

Por un conjunto de circunstancias especiales, la ciudad de Minerva había llegado á ser, á mediados del siglo V antes de Jesucristo, llamado siglo de oro ó de Pericles, emporio de las riquezas de Grecia. Honrábanla historiadores como Heródoto y Tucídides, poetas como Sófocles y Eurípides, y artistas como Fidias y Praxíteles, el valor de capitanes como Pericles, Milcíades, Temístocles y Arístides la habían dado la supremacía militar y política sobre las demás ciudades; así es que el brillo y cultura de la metrópoli griega, á la vez que la esperanza de mejorar de fortuna ó de adquirir gloria atrajeron una multitud de personas de todas profesiones y oficios, entre las cuales no faltaron filósofos de las diversas escuelas de Asia y de Europa.

El amor á las investigaciones que éstas habían excitado entre los griegos, vino á degenerar en espíritu de disputa, el cual dió vida á una turba de charlatanes, peste de todos los tiempos, que hacían gala de defender el *pro* y el *contra* sobre una misma materia, unos por vanidad pueril y otros por especulación. Diéronles el nombre de sofistas, entre los cuales figuraron en primer lugar Protágoras, á quien seguían los jóvenes ávidos de escuchar sus pomposos discursos, el retórico Gorgias, Hipias, Pródico, Citias y otros muchos.

Sócrates, nacido en la misma ciudad el año 470, fué su más terrible é incansable enemigo. Al lado de su padre aprendió el oficio de escultor, oyó las lecciones de Arquelao, discípulo de Anaxágoras, peleó por su patria contra los persas, y sintiéndose llamado á enseñar lo bello y lo bueno, cambió, como él decía, el cincel por la palabra, á fin de esculpirla en los corazones de los hombres.

Se limitó á mirar la ciencia por el lado moral, de modo que su doctrina puede definirse : *teoría de la virtud*; razón por la cual dijeron los antiguos hablando de la filosofía de Sócrates, que fué el primero que la hizo descender del cielo á la tierra. Formulaba la ciencia que había de adquirir el hombre en esta máxima fundamental : *Conócete á ti mismo*; con respecto al mundo y á las ciencias físicas, decía : *Una cosa sé, y es que no sé nada*; confesión modesta que contrastaba notablemente con la preteneiosa sabiduría de los sofistas. Como se ve, la ciencia moral era para Sócrates la filosofía digna de este nombre, excelente y muy propia para reprimir el orgullo de los sofistas, pero incompleta.

En cuanto al método, procuraba acomodarse á sus oyentes, empezando

en sus entendimientos, como él decía, el arte de su madre. Por medio de preguntas sencillas procedía de lo conocido á lo desconocido, definiendo las palabras y las cosas, con lo cual conducía insensiblemente á sus discípulos al conocimiento de la verdad, y á los sofistas les hacía ver el absurdo, la contradicción y, por último, su ignorancia.

No sabemos que escribiese cosa alguna; sus discípulos, especialmente Platón y Jenofonte, son los que nos han dejado noticias de su vida y doctrina.

El pueblo frívolo y corrompido de Atenas, seducido por los poetas é instigado por los sofistas, le condenó á beber la cicuta, bajo pretexto que corrompía á la juventud y menospreciaba á los dioses.

Después de la muerte de Sócrates, algunos discípulos suyos abrieron escuela, acomodándose, quién más, quién menos, á la enseñanza del que había sido su maestro. La más célebre fué la que fundó Platón en los jardines de Academo, ciudadano de Atenas, por lo que se llamó *Academia*. Había nacido Platón en esta misma ciudad el año 430 antes de Jesucristo. Por ocho años asistió á las lecciones de Sócrates, hizo todos los esfuerzos posibles para librar de la muerte á su maestro; pero no lo dejaron acabar su discurso. Perseguido por su amor á Sócrates, tuvo que salir de Atenas, y habiendo viajado algunos años por Egipto, Sicilia é Italia, donde adquirió mayores conocimientos, volvió á su patria á continuar la obra de su maestro.

Siguió el mismo método que Sócrates, y empleó la forma del diálogo en sus discusiones y escritos; pero dió más expansión al pensamiento, abarcó además de la moral, la sicología, la teodicea, las ciencias político-sociales y las matemáticas; de modo que con estos trabajos y los de su discípulo Aristóteles en la metafísica y en la retórica, llegó la especulación de los griegos en aquella época á un grado asombroso de poder intelectual.

Las obras de Platón son diálogos filosóficos y dramáticos al mismo tiempo, los cuales, además de la profundidad de la materia, guardan en la forma las leyes del género. Hay en ellos plan, enredo, peripecias y desenlace, pinta con la mayor maestría los caracteres de Sócrates, Parménides, Cenón, Critías y demás, con cuyos nombres encabeza sus diálogos, á la vez que los de los sofistas, á quienes ridiculiza terriblemente. Elevó sus caracteres á un ideal tan perfecto, que si no hablaron, como él dice, al menos pudieron hacerlo.

Los que la crítica moderna tiene por más auténticos son : el *Fedro* (sobre lo bello), el *Fedón* (la inmortalidad), el *Banquete* (sobre el amor), el *Gorgias* (sobre retórica), el *Timeo* (del origen del mundo), el *Teatetes* (acerca de la ciencia); los diez libros de la República y el *Tratado de las leyes*. También tienen mucha autoridad el *Critón* y *La apología de Sócrates*.

Por lo que toca al estilo, es tan bello y tan poético, que dijo Cicerón : « Si los dioses hubieran de hablar el lenguaje de los hombres, emplearían el de Platón ». Además de los errores en que cayó como filósofo pagano, le tildan de oscuro y misterioso en algunos pasajes, debido sin duda á la forma del diálogo, que no permite conocer cuál es su opinión, ó á la imitación de los pitagóricos, que envolvían en símbolos sus doctrinas, y tenían una explicación para el pueblo y otra para los iniciados en los misterios. Quizá quiso por este medio evitar el que le pagasen su filo-

sofía, haciéndole beber como á su maestro, un vaso de cicuta. En el estudio y enseñanza de la filosofía le tomó la muerte, en Atenas á los 81 años de su edad.

Los discípulos mas fieles de Platón fueron Speusippo, Jenócrates y Polemón, quienes continuaron al frente de la escuela académica llamada *antigua*, para distinguirla de la Academia *media* fundada algunos años después por Arcesilas, y de la *novísima* cuyo fundador fué Carneades, el año 180 antes de Jesucristo. Pero no todos los discípulos de Platon siguieron sus doctrinas y método: uno de los mas célebres que le impugnaron en varios puntos fué el fundador de la escuela peripatética.

El año 384 antes de Jesucristo vió la luz en Estagira de Tracia Aristó*teles*, cuyas obras filosóficas habian de ser hasta [illegible] del mundo, expuestas y comentadas por innumerables sabios de todos los países. Fué discípulo de Platón, quien al notar la penetración del nuevo alumno, le llamaba « pensamiento y alma de su escuela ». Estando en Mitilene fué llamado por Filipo, rey de Macedonia, para que se encargase de la educación de su hijo Alejandro, el cual solia decir después, que si á su padre le debía el vivir, a su maestro le debia el vivir bien. Cuando éste subió al trono, Aristóteles volvió á Atenas, y abrió escuela en el Liceo donde le rodeó una multitud de discípulos, escuela á la cual se le dió el nombre de peripatética, por la costumbre del maestro de enseñar paseándose.

Manifiéstase el genio extraordinario y prodigioso de Aristóteles, no sólo en la nueva dirección que dió á las ideas, cuyo ascendiente ha llegado hasta nuestros días, sino en la admirable fecundidad de obras que le hacen verdaderamente enciclopédico. Entre las principales merece ser contada el *Organon*, en que se analiza el pensamiento humano, y en donde se dan reglas para la investigación de la verdad por medio de la teoría del silogismo. Puede decirse que él creó esta parte de la filosofía, la cual es tan acabada y completa que á este ingenioso método tienen que acudir todos los escritores de lógica. Dió también sér y vida científica á la sicología, la física, la astronomía y la historia natural, en los libros que escribió sobre estas materias. Él creó la metafísica, y nos dejó notables escritos sobre retórica, poética y gramática general, que son otros tantos tratados en que se dan excelentes preceptos y reglas de buen gusto. En el libro de *Política* trató á fondo las cuestiones sociales, mostróse contrario á la doctrina de Platón que quería la comunidad de bienes y mujeres, y la absorción del pueblo por el Estado, y en la *Ética* reconoce la providencia de Dios respecto de los hombres. Prescindiendo de los errores de Aristóteles, cuales fueron entre otros, admitir la eternidad del mundo, y negar la intervención divina en el gobierno del universo, son sus obras, dados los tiempos en que escribia, la expresión más elevada y completa del pensamiento filosófico.

Respecto del método diremos que todo lo somete al raciocinio lógico y severo, á la inducción y á la observación; no es idealista como Platón, sino práctico, preciso y filosófico. El estilo de Aristóteles, aunque culto y elegante, no tiene aquellos arranques poéticos de Platón ni su divino entusiasmo.

Sus obras, sin embargo, han sufrido muchas alteraciones á causa de haber estado ocultas casi siglo y medio, y haberse tenido que corregir y restaurar en varios tiempos: de aquí la dificultad de penetrar en algunos

pasajes el verdadero sentido, la oscuridad del lenguaje, y aun la duda de su verdadera autenticidad.

Acusado de ateísmo, se vió precisado á salir de Atenas para evitar un segundo crimen á los atenienses, y en la isla de Eubea murió de muerte natural á los sesenta y dos años de su edad.

Con la muerte de Aristóteles comenzó á decaer la escuela peripatética. Sostuviéronla, no obstante con cierto brillo algunos de sus discípulos, entre los cuales se cuenta Tirtamo de Creso en la isla de Lesbos el 371 antes de Jesucristo. Pusiéronle en la escuela de Aristóteles el nombre de Teofrasto, que significa divino hablador por la dulzura y elegancia con que se expresaba. Cultivó mucho las ciencias naturales, de que nos dejó algunos tratados, y es el primero que con fundamento distinguió el sexo en las plantas. Pero la obra que le ha dado más gloria, es la que lleva el título de *Los caracteres*, en que pinta con rasgos fieles, aunque á veces exagerados, el retrato moral de algunos personajes. Tal vez sean extractos de una obra suya en que trazó tipos ó modelos para la comedia.

Eudemo, discípulo también de Aristóteles, trató de armonizar las doctrinas de éste con las de Platón. Los demás discípulos del Estagirita y jefes de la escuela peripatética fueron apartándose cada vez más de las doctridas de su maestro, desnaturalizando unos la teoría ética, y otros la sicológica.

Estos dos grandes filósofos, Platón y Aristóteles, han ejercido en todos tiempos una influencia poderosísima en la ciencia, hasta tal punto que aun en nuestros días toda filosofía es, ó Platónica, ó Aristolética ó una conciliación entre ambas. Los que admiten una tradición superior de la verdad ó fuente sobrenatural de nuestros conocimientos, éstos se inclinan á Platón, y entran en los dominios de su filosofía; y los que eligen el sendero exclusivo de la razón y la experiencia, tienen que seguir la escuela de Aristóteles. Una y otra filosofía fueron admirables por su arte y por la extensión de los conocimientos que abarcaron, pero insuficientes por su verdad.

Otras escuelas, aunque no tan célebres como las nombradas arriba nacieron en Grecia del impulso que dió Sócrates á los espiritus. Una de las principales fué la *cínica*, representada por Antístenes, Diógenes y Crates, por los años 422 y 400 antes de Jesucristo. Exageraron el principio de Sócrates, que el bien supremo es la virtud, cayendo en el extremo de que el virtuoso debe menospreciarlo todo, riquezas, honores, poder, conveniencias sociales, hasta las reglas de urbanidad y decencia.

De esta escuela fué antítesis la *cirenaica*, fundada por Aristipo de Cirene el año 480 antes de Jesucristo. Éste ponía la felicidad en el placer de los sentidos; sus discípulos no admitían diferencia entre el bien y el mal moral, y cayeron en el ateísmo.

Las malas semillas de esta doctrina dieron por fruto la escuela de Epicuro, el año 340 antes de Jesucristo, cuya filosofía es una mezcla incoherente de la teoría atomística de Demócrito y del sensualismo cirenaico, con la diferencia que Epicuro subordina los deleites del cuerpo á los del alma, y recomienda la templanza y demás virtudes con el objeto de gozar más.

Hubo una escuela que adoptó la severidad de la moral cínica, pero no su impudencia. Esta fué la estoica, fundada en Atenas hacia el año 340 antes de Jesucristo por Zenón de Chipre. Resumía la moral en esta

máxima : « Vive y obra conforme á la razón y á la naturaleza ». Pero como para los estoicos Dios y la naturaleza es una misma cosa, y el alma humana tiene que perecer con el universo, del cual es una emanación, cae por su base tan brillante teoría. Fuera de que dicha escuela no estaba exenta de grandes aberraciones, como son el suicidio, la mentira, las uniones incestuosas, siempre que con estas y otras cualesquiera abominaciones conservase el sabio su imperturbable apatía.

Las discusiones y ataques mutuos de las diferentes escuelas de Grecia, dieron por resultado en algunos espiritus la desconfianza de encontrar la verdad, de donde se originó el escepticismo de Pirrón, contemporáneo de Aristóteles, el cual negaba la realidad objetiva de las cosas sensibles, mayormente de las espirituales, pero no la subjetiva.

De la misma decontianza ó duda procedió el escepticismo académico de Arcesilas, natural de Eolia, y discípulo de Crates. Este llegó a negar la posibilidad de saber algo, añadiendo al dicho de Sócrates, *Una cosa sé, y es que no se nada*, esta otra afirmación : « Ni aun sé de cierto que no sé nada ». En lo cual se contradecía evidentemente.

Siguieron el mismo método Lucides, Evandro y Hegésipo, de quien recibió lecciones el famoso Carneades, el cual admitia probabilidades, mas no certeza, y enseñó que en algunos casos la afirmación era permitida. Estas dos últimas escuelas fueron conocidas con los nombres de *Academia media* y *novísima*.

No debemos omitir el nombre de un filósofo, que en esta época de actividad intelectual dirigió sus trabajos a la curación de las enfermedades corporales del hombre. Este fué Hipócrates, nacido en la isla de Cos, el año 460 antes de Jesucristo y llamado el padre de la medicina. Hombre generoso y desinteresado, fué amado y bendecido de los pueblos por los servicios que les prestó con su arte y ciencia. Hízose célebre por sus aforismos, en los que da una instrucción ó regla practica, producto de su observación y estudio; y entre los muchos escritos que corren con su nombre, es notable el libro de los *Aires, Aguas y Lugares*, en que expone el influjo de los climas y estaciones en la salud de los hombres.

Salvo algunos defectos de la época en que vivia, en las obras de este filósofo se ven unidas la ciencia práctica y la filosofía especulativa, en las cuales describe y clasifica con mucho acierto las enfermedades, como quien había hecho un estudio profundo de la naturaleza. En cuanto al estilo, fué comparado con Heródoto por la sencillez; y con Tucidides por la profundidad y exactitud. Tuvo un gran número de discípulos, a quienes inició en los principios de su arte, y á los cuales exigia juramento de poner todos los medios para aliviar a los enfermos, juramento que él mismo se honraba de cumplir. Por la austeridad de sus costumbres llegó á una venerable ancianidad.

En ninguno de los pueblos antiguos se cultivó la elocuencia con mas éxito que entre los griegos. Había una ley de Solón, según la cual todos los ciudadanos podian tomar parte en las deliberaciones de interes público. De esta suerte, la elocuencia abria la puerta a los hombres de talento para obtener los empleos más lucrativos, el pueblo le galardonaba con cargos honoríficos, y no pocas veces vino á ser el arma mas poderosa para apoderarse del gobierno. El célebre Pericles, que por tantos años rigió los destinos de Grecia, y cuya elocuencia, segun la expresión de Aristófanes, « tronaba como Júpiter », es testimonio de lo que decimos.

Como éste hubo otros muchos oradores salidos de la escuela de Sócrates, quienes supieron juntar al estudio de las leyes el del corazón, y aprendieron ese modo de decir con nobleza y sencillez, cualidades propias de la verdadera elocuencia.

Pero como al lado de la buena hierba brota la maleza, apareció casi al mismo tiempo la elocuencia artificial, que dicen tuvo su origen en Sicilia, la cual, degenerando en verbosidad sofística, vino á dar sus naturales frutos. Gorgias Leontino fué el primer cultiparlista que, en el año 440 antes de Jesucristo, hizo profesión de este arte, lisonjeando los oídos con armoniosos períodos, antítesis brillantes pero frívolas, y procurando hacer efecto con imágenes atrevidas en vez de pensamientos sólidos y verdaderos. No dejó de tener adeptos este nuevo sistema de composición.

Hacia el año 400, uno de sus discípulos, Isócrates, llamado el orador, más por interés que por amor al arte, abrió escuela en su ciudad natal de Atenas. Su voz débil y carácter tímido le impedían subir á la tribuna para conseguir la magistratura á que aspiraba, por lo que se dedicó á dar lecciones, escribir discursos y alegatos, y mantuvo además una correspondencia lucrativa con los reyes de Persia y Macedonia.

De los veintiún discursos que de él poseemos, el *Panegírico*, en que ensalza á Atenas sobre las ciudades de Grecia, es un modelo de pureza en el estilo y de armoniosas y rotundas frases, pero faltas de vigor y majestad en los pensamientos. A Isócrates se le admira como maestro en el arte de bien decir.

Las mismas cualidades de finura y elegancia resaltan en los discursos del ateniense Lísias, contemporáneo del primero, de quien dijo Quintiliano que « más se parecía á una fuente cristalina que á un gran río ».

En la escuela de Lisias aprendió Iseo el arte de persuadir; pero aventajó á su maestro en la vehemencia con que se expresaba, como puede verse en los once alegatos que de él tenemos. Este tuvo la gloria de ser maestro del gran Demóstenes.

Otros muchos oradores florecieron en esta época, favorables unos y contrarios otros á la política de Filipo, que ya por aquel tiempo trataba de enseñorearse de Grecia y que por lo mismo fueron perseguidos de muerte.

Merecen consignarse los nombres de Licurgo de Atenas, orador entusiasta y magistrado íntegro, del cual tenemos un enérgico discurso contra el ciudadano Leocrates; de Hispérides á quien Filipo mandó arrancar la lengua porque le era hostil; de Démanes y de Foción. De este último cuentan que cuando se levantaba á contestar a Demóstenes decía éste : « Ya se alza el hacha que va á hacer trozos mi discurso ». Hecha esta breve reseña, pasaremos á dar una idea de los dos más notables oradores de Grecia, Esquines y Demóstenes.

Nació Esquines el año 393 antes de Jesucristo, en un pueblo del Atica, de una familia pobre : su padre era maestro de escuela. Oyó en su mocedad las lecciones de Platón y de Isócrates, fué después cómico, secretario de un arconte, abogado y, por fin, entró de lleno en el camino de la política. No fué siempre un modelo de virtud, pero tampoco tan ruin y despreciable como le pinta Demóstenes en el discurso sobre la *Corona*.

Estaba dotado de buen entendimiento, tenía arrogante presencia, voz clara y armoniosa, por lo que fué escogido junto con Demóstenes para formar parte de la embajada á Filipo. Este estaba por la guerra; Esquines,

al contrario, quería contemporizar, porque la república, según él, había decaído de su antiguo patriotismo, de cuya discordancia resultó una enemistad tan profunda, que Demóstenes le acusó de prevaricador político, y pidió la pena de muerte. Esquines se defendió en un discurso que llaman de la *Embajada*, y ganó la causa. Sin embargo, las invectivas de Demóstenes le hicieron perder considerablemente á los ojos del pueblo.

No tuvo la misma suerte en la acusación entablada contra Ctesifonte, que había propuesto al pueblo se decretara una corona de oro á Demóstenes por sus servicios. Aunque á juicio de algunos críticos, la oración de Esquines no cede en mérito literario á la de Demóstenes, el fallo le fué contrario, y como no tuviese en su favor la quinta parte de los votos para eximirse de la pena de acusación temeraria, se vió precisado á salir de Atenas. Abrió en Rodas escuela de elocuencia, y dicen que empezó por la lectura de los discursos sobre la *Corona*. Acabado de leer el suyo, prorrumpieron admirados los oyentes : « ¿Y cómo no triunfaste? « Aguardad », les dijo, y leyó el de Demóstenes. Como no pudiesen contener la emoción y los aplausos, añadió Esquines : « ¡Pues qué sería si se lo hubieseis oído á él mismo! »

Además de estos dos discursos, poseemos un alegato suyo contra Timarco, hábil en el plan y en la forma, pero furibundo y mordaz en alto grado. Los antiguos llamaron á estos discursos las tres gracias. Murió en Samos á los 79 años de su edad.

Su victorioso rival, Demóstenes, nació en Peania del Ática, el año 385. Fué su padre armero, y habiendo quedado huérfano de éste á los siete años, estuvo algún tiempo al cuidado de unos tutores indolentes y sin conciencia que abandonaron su educación. Era Demóstenes capaz de nobles sentimientos, y habiendo oído en cierta ocasión perorar al famoso orador Calístrato y visto la viva emoción que produjo en el ánimo del pueblo y los aplausos de éste, se sintió estimulado al estudio. Llegado á los dieciseis años, conoció la iniquidad que con él cometían sus tutores dilapidando su patrimonio, por lo cual él mismo los llevó á los tribunales, hizo cinco defensas, dirigido, sin duda, por su maestro Iseo, y fueron condenados á la restitución.

No estuvo tan feliz en los primeros discursos con que quiso estrenarse desde la tribuna popular. Fué escuchado, pero no agradó su estilo y menos su pronunciación, por lo cual unos le miraron con desdén y otros le silbaron: más no por eso se desanimó. Se contrajo con más empeño al estudio, leyó y releyó los mejores escritores, especialmente á Tucídides, y dedicóse á la composición, hasta que logró formar estilo propio. Ayudado de las lecciones que para la pronunciación le dió su amigo el cómico Sátiro, consiguió robustecer y modular la voz y accionar con tanta naturalidad, que cuando á los veinticinco años atacó la ley de Leptines que imponía la obligación de aceptar cargos onerosos, fué admirado como hombre de ingenio y aplaudido como orador popular.

Demóstenes era hombre de pasiones fuertes, lo que daba cierta aspereza á su carácter que se adaptaba más al papel de acusador que al de apologista; por eso sus alegatos forenses son inferiores á sus discursos políticos y arengas al pueblo, que entre todos suben á sesenta y uno. De entre éstos, las cuatro *Filípicas*, y las tres *Olínticas*, y sobre todas la oración sobre el *Quersoneso* y la *Filípica* tercera son otros tantos monu-

mentos de su acendrado patriotismo, en que con voz inspirada y elocuente estuvo denunciando por espacio de quince años á los griegos los proyectos ambiciosos de Filipo. Pero el discurso que retrata más al vivo al impetuoso orador de Grecia es el que pronunció sobre la corona. « Es un torrente irresistible, dice Blair, arrastra con violencia á su antagonista y pinta en él su carácter con los colores más fuertes; mas lo que constituye su principal mérito es lo animado y pintoresco de las descripciones. » No fué tan valiente soldado como orador elocuente : en la batalla de Queronea, á la que tanto contribuyó con su palabra, arrojó las armas y huyó; sin embargo, los atenienses no se lo acriminaron. Después de la muerte de Filipo intentó levantar otra vez el patriotismo contra Alejandro su hijo, vino en seguida éste al frente de su ejército, y la destrucción de Tebas embargó la voz y la mano de los atenienses. Muerto Alejandro, recorrió de nuevo los pueblos entusiasmándolos por la libertad de Grecia, pero la derrota de Cranón el año 322, les quitó todas las esperanzas. Tuvo que huir Demóstenes á la isla de Calauria, refugióse en el templo de Neptuno, y para no caer vivo en manos de los emisarios de Antípatro, que con promesas le inducía á que abandonase el asilo, tomó el veneno que siempre llevaba consigo, y los soldados le levantaron cadáver. Algunos años después le erigieron los atenienses una estatua con esta inscripción : « Si tu fuerza, Demóstenes, hubiera igualado tu genio, nunca hubiera mandado en Grecia el Marte macedónico. »

Según acabamos de ver, con Demóstenes y Esquines llegó la elocuencia griega á su mayor esplendor, y con su muerte comenzó á decaer de un modo visible; no precisamente porque faltasen oradores, sino porque faltó campo para la verdadera elocuencia que es la libertad. Perdida ésta, ya no tuvieron los griegos negocios de importancia ni grandes intereses que inflamaran sus ánimos y moviesen sus lenguas, como en los años anteriores. No les quedó otro teatro para hacer ostentación de su facundia, que los reducidos límites de un tribunal, las sofísticas declamaciones de los retóricos y los entretenimientos de las escuelas. Demetrio Falero, gobernador de Atenas, no fué más que un hablista de talento; todos los demás de esta época en nada honraron las letras griegas.

Vimos en el período anterior que Atenas había sido hasta la muerte de Alejandro el emporio de las letras y de las artes. El brillo de éstas pasó después á iluminar á Alejandría, fundada el año 332 antes Jesucristo, y aunque Atenas comenzó á eclipsarse, no por eso dejó de dar de vez en cuando algunos destellos. Pérgamo, Rodas y otras ciudades griegas se ilustraron también con la luz de la ciencia que irradiaron los siglos anteriores, pero tan débilmente, que á pesar de la protección de los reyes y hombres ricos que abrían sus bibliotecas á los literatos, y les daban asiento en el Museo y muchos eran mantenidos á expensas del Estado, no vemos en todo este largo espacio de tiempo ni un solo hombre de genio. No es propiamente la protección de los gobiernos la que produce esta clase de frutos, sino la justa y razonable libertad.

Hubo, no obstante, en este período críticos llenos de erudición, gramáticos perfectos que daban razón de las palabras y de su construcción; hubo hombres mas universales en todos los ramos del saber, merced á los conocimientos históricos y geográficos debidos á las conquistas de Alejandro y de los romanos, los cuales hicieron adelantar las ciencias exactas y naturales, como las matemáticas, la astronomia, la botánica y

la medicina; pero el espíritu de imitación que se había introducido, y el frío análisis, que sofoca toda idea grande, no les permitió remontarse con sus inteligencias y fantasía, ni crear obras de primer orden. La elocuencia, por ejemplo, aunque todavía en aprecio, y objeto principal de la educacion, como no tenía vida pública, se limitó á disputas sobre asuntos fútiles, y á vanas declamaciones en las escuelas. La filosofía vino casi á hundirse en el abismo de la duda por las luchas continuas de las sectas. La historia no nos presenta ninguna obra digna de las proezas de aquellos conquistadores, y de los sucesos extraordinarios de la época. La poesía, exceptuando los idilios de Teócrito, se oscureció cantando asuntos totalmente ajenos de ella, como son los poemas didácticos, se rebajó á entretenimientos pueriles haciendo composiciones en figura de huevos, alas y hachas, y se fué empequeñeciendo hasta producir infinitos epigramas la que había comenzado con la *Ilíada* y el *Prometeo*. Vamos á comprobar estas observaciones con una breve reseña de los escritores de este tiempo.

Fundado el año 286 antes Jesucristo, por Tolomeo Soter, en Alejandría, el museo, especie de academia universal, procuraron los reyes de Egipto atraer á él á los hombres más sabios de Grecia, y en efecto, allí enseñaron, entre otros muchos, Calímaco, Apolonio y Licofrón. El primero es autor de epigramas, himnos y elegías sin una chispa de verdadera inspiración. Apolonio, conocido con el sobrenombre de Rodas, adonde tuvo que acogerse para librarse de la envidia de su maestro Calímaco, corrigió allí el poema *Las Argonáuticas*, que había compuesto en Alejandría. Hay en él relatos muy entretenidos sobre la expedición de los navegantes que iban en busca del vellocino de oro, pero le falta vida y movimiento. Los poetas latinos se aprovecharon de este poema, y Virgilio tomó de él los amores de Dido. Licofrón escribió con el nombre de *Casandra* un poema de más de mil cuatrocientos versos que viene á ser una especie de profecía sobre la guerra de Troya. Tiene, á la vez que bellos versos, enigmas sin número y muchas extravagancias.

Como á los escritores de este tiempo les parecía la prosa demasiado sencilla, trataron de vestir con versos los preceptos del arte y de la ciencia, é inventaron el poema didáctico. El más célebre de estos escritores es Arato de Solos, que compuso un tratado de anatomía, y el sistema astronómico de Eudocio bajo el título de *Los Fenómenos y las Señales*.

En esta época tan poco poética, lució en Sicilia un verdadero poeta: este es Teócrito de Siracusa; pero educado en Alejandría hacia el año 250 antes de Jesucristo. Se le ha dado el nombre de poeta bucólico por sus idilios, aunque en éstos no siempre son pastores los que figuran. De los treinta de que se compone la colección, unos son composiciones épicas, otros líricas y algunos epístolas, en que hace el elogio de varias personas, con exquisita galantería. Son admirables los cuadros de la vida campestre, y tan frescas, galanas y deliciosas sus descripciones, que encantan al lector. En la pintura de los personajes parece que el arte no puede pedir más perfección; está en ellos reproducida con toda naturalidad la bella naturaleza. Podía, sin embargo, haber suprimido algunas expresiones indecorosas y pinturas lascivas, por lo que son preferibles sus idilios no bucólicos.

Bion de Esmirna y Mosco de Siracusa no supieron imitar en sus idilios

ni la forma dramática ni la sencillez pastoril, que tanto nos agradan en Teócrito, son más refinados en la elección de sus palabras.

Mayor es aún la esterilidad literaria en el campo de la historia. Desde Jenofonte, sólo Polibio, nacido en Megalópolis el año 205, nos ofrece el fruto de algunos trabajos en este género en su *Pragmacia* ó historia universal, desde el año 202 hasta el 146 antes de Jesucristo. En ella trata de investigar las causas del progreso y superioridad de la república romana, refiere las guerras púnicas y los sucesos más importantes que ocurrieron hasta la reducción de Grecia á provincia romana. Al mismo tiempo que describe y refiere, nota las causas, emite sus juicios y procura ilustrar al lector; por eso llamó á su obra *Pragmacia*, que es como un tratado de política y moral. Como escribe para hombres de Estado, se extiende en digresiones inoportunas, y aunque raciocina bien, lo hace demasiado, como dijo Fenelón. No tiene en su estilo la animación y gracia de Heródoto, ni la pintoresca energía de Tucídides; tampoco es elegante ni puro su lenguaje; en cambio, conocemos mejor por esta historia á los romanos que por las de sus mismos historiadores. Constaba la obra de cuarenta libros, y excepto los cinco primeros y algunos fragmentos de los otros, todo lo demás se ha perdido.

Algunos escritores han alabado á este autor por su imparcialidad y buen sentido; sin embargo, su ciega simpatía por los vencedores no le deja ver las injusticias y ardides de mala ley de que echaban mano para triunfar. Además, las ideas de bien y de mal las hace derivar de la experiencia y de las convenciones humanas, y hablando de los premios y castigos de la otra vida, dice que son una feliz invención de hombres discretos. Sin embargo, al influjo de la religión atribuye la honradez y grandeza del pueblo romano, y reprobaba á los otros pueblos el que la hubiesen desterrado sin motivo.

La amistad con Escipión Emiliano, á quien acompañó á Cartago y á España, le proporcionó facilidad de consultar los archivos, y viajar por muchos países, con lo que pudo llevar á cabo su obra. Fué comisionado por los romanos para establecer en Grecia el nuevo orden de cosas, y murió en su mismo país á los ochenta y dos años de su edad.

Hasta un siglo después de Polibio no hallamos más historiadores griegos que Dionisio de Halicarnaso y Diodoro de Sicilia. El primero hizo prolijas y diligentes investigaciones sobre la historia antigua de Roma, de la que nos han quedado once libros; pero lisonjeó tanto á los romanos, que hace desconfiar de su imparcialidad. Mejores dotes como historiador brillan en el segundo, de quien poseemos también once libros de los cuarenta de que se componía su *Biblioteca histórica*, digna de aprecio por la abundancia de documentos que contiene. Su estilo es fácil y claro, y no le desluce la afectación del primero.

Por los años 67 de la era cristiana hubo un historiador judío, por nombre Josefo, que deseando dar á conocer á los griegos y romanos su nación abatida y despreciada, escribió en griego la historia del pueblo hebreo desde la creación del mundo hasta Nerón, bajo el nombre de *Antigüedades judaicas*. Cuenta muchos pormenores de sus costumbres; pero altera y modifica los relatos de la Biblia á fin de no dar mala idea de sus compatriotas, con lo que se aparta en algunos puntos de la veracidad y sencillez de los libros santos. Escribió después la *Historia de la guerra de Judea* en hebreo y después en griego, en la que hace una paté-

tica é interesante narración de esta catástrofe sin igual en la historia. Fué testigo de casi todos sus horrores y parte activa, porque habiendo en un principio tomado las armas por su patria fué hecho prisionero y llevado á Roma. Allí abrazó el partido de Vespasiano, quien le dió la libertad y el nombre de Flavio, y después acompañó á su hijo Tito hasta la ruina de Jerusalén. Murió en Roma á fines del primer siglo.

De menor importancia como historiadores, aunque no carecen de mérito por los documentos que nos legaron, son los del segundo y tercer siglo de la era cristiana, á saber : Arriano de Nicomedia, autor de la historia de Alejandro: Apiano de Alejandría, perito en el arte militar, que nos dejó varios libros sobre las *Guerras punicas*, la de *Mitridates*, las de *Iliria* y la *Civil en Roma*; Herodiano, escritor y testigo de un periodo de medio siglo desde la muerte de Marco Aurelio hasta Gordiano el joven: Dion Casio, que nos dió una *Historia Romana* desde la fundación de Roma hasta sus días, de la que conservamos una parte. Podemos también contar entre los escritores de este género á Diógenes Laercio y á Ateneo de Egipto. El primero compuso una obra sobre la vida y doctrina de los filósofos griegos, y aunque mal comprendida y peor escrita, es interesante por los documentos que nos suministra, que no se hallan en otros autores. Del segundo nos ha quedado el *Banquete de los Sabios*. Dió forma á su obra suponiendo un convite que da un tal Laurencio, en que se reunen hombres de varias profesiones, abogados, músicos, poetas, médicos, gramáticos y sofistas, á quienes hace disertar sobre diversas materias y acerca de los usos y costumbres de los griegos. En la parte que ha llegado hasta nosotros hay trozos admirables de literatura antigua, que sin este libro hubiéramos ignorado.

Sobre geografía tenemos en este período importantes estudios. Estrabón, nacido en Amasea de Capadocia, á mediados del siglo primero de nuestra era, mereció el título de *Príncipe y Maestro de la Geografía*. Los nuevos descubrimientos geográficos de los romanos y las noticias referidas en las obras griegas más modernas le indujeron á escribir su *Geografía*, en que expone las observaciones hechas en el Asia Menor, Fenicia, Egipto, Grecia, Macedonia é Italia, paises por él recorridos, hace además útiles y amenas discusiones sobre religión, instituciones políticas, literatura y emigraciones de los pueblos á los países descriptos.

Superior á éste y á los latinos Pomponio Mela y Plinio fué en el siglo segundo Claudio Tolomeo de Egipto por su *Sistema de Geografía*, en que nos dió un curso casi completo, atendidos los conocimientos de la época, de geografía científica y echó los fundamentos de la construcción de los mapas geográficos. No solamente describe los países del interior de la Arabia, de allende el Ganges y varios pueblos germanicos, sino que señala la situación de muchas ciudades, montañas y rios, determinando la longitud y latitud. Fué más matemático que astrónomo y el sistema astronómico que lleva su nombre, según el cual giran el sol y las estrellas al rededor de la tierra, no fué invención suya sino que lo defendió según las ideas generales de entonces, contra Aristarco de Samos que enseñaba lo contrario.

Por los mismos años escribió Pausanias de Frigia una obra intitulada *Viaje á Grecia*, en que nos da muchas noticias mitológicas, históricas y geográficas de los monumentos y edificios públicos. En su estilo quiere imitar á Heródoto y cae en la afectación.

Dijimos arriba que la elocuencia había venido, durante el período que historiamos, á un estado lamentable de decadencia. En él vemos, como en tiempo de Gorgias, sofistas y oradores que disertaban sobre toda clase de cuestiones y daban preceptos para lo mismo; con la diferencia que los de este período, careciendo del ingenio y gusto de los del anterior, ponían toda su perfección en lo pulido y terso del lenguaje. De entre esa turba de declamadores y sofistas hubo algunos dotados de talento que merecen un lugar en la historia.

Como príncipe de los oradores de su época fué saludado Dion Crisóstomo, nacido en Bitinia en los primeros años de la era cristiana. Encargado por sus compatriotas de hacer una reclamación ante Domiciano, se portó tan fiel á su cometido, que su honradez le hizo caer en la desgracia del emperador, por lo que tuvo que salir de Italia. Privó después altamente con los emperadores Nerva y Trajano, y murió de edad bastante avanzada.

De los ochenta discursos que se le atribuyen, y en que trata asuntos de filosofía, de moral y de literatura, el más importante es el que dedicó á los alejandrinos con el objeto de apartarlos de la ciega pasión que tenían por el teatro y los juegos públicos. Es notable también el *Discurso olímpico* y el titulado *Diógenes*, en que trata del gobierno de Estado. En una de sus disertaciones se halla por primera vez en griego la novela que llamamos pastoril. La *Historia de Eubea*, que así la denomina, es un cuadro delicioso en que pinta la felicidad de dos familias que viven en el campo y que ignoran completamente lo que pasa en las grandes ciudades.

Platón y Demóstenes fueron los modelos de su estilo, de modo que se le conoce el esfuerzo que hace para imitarlos, redondeando los períodos y procurando dar elegancia á la frase; carece por lo tanto de su naturalidad y sencillez.

Ponemos en seguida á Plutarco, porque fué contemporáneo del anterior, y porque en sus escritos descubre el carácter de filósofo más que el de historiador. Vió la luz en Queronea á mediados del primer siglo. Estuvo varias veces en Roma desempeñando algunos negocios de interés público, y durante este tiempo dió lecciones públicas de filosofía y literatura, á que asistieron según cuentan, Adriano y Trajano. Compuso con esta ocasión sus *Obras morales*, colección de disertaciones y anécdotas sobre diversas materias filosóficas. En ellas trata de inculcar la moral, y parece revelarse un corazón sincero y amigo de lo bueno, cualidad que hace agradables sus obras, fuera de algunos errores en que incurre como pagano, y ciertas supersticiones, como el creer en oráculos, en las interpretaciones de sueños, en horóscopos y augurios. Ya por aquel tiempo la luz del cristianismo hacía entrever aún á los paganos, lo absurdo del politeísmo, y Plutarco su último representante serio, aunque se muestra enemigo de supersticiones populares, no lo es de los dioses, de quienes era sacerdote en su patria, y cuyas creencias y culto quería depurar de las ficciones poéticas.

La obra que le ha hecho más popular entre los eruditos es la titulada *Vidas paralelas*, en que toma dos héroes, uno griego y otro romano, hace su retrato y compara la virtud del uno con la del otro. Como escribe sin afectación ni artificio, su narración tiene un encanto especial para el lector que busca un agradable entretenimiento; mas no para el que desea

quedar cumplidamente satisfecho de la verdad histórica. Por eso disputan los críticos si esta obra debe colocarse entre las historias ó entre las novelas históricas.

Su estilo es propiamente el de la decadencia, áspero é inculto, redundante á veces, conciso otras, echa mano de las primeras expresiones que le ocurren, sin atender á otra cosa que á decir lo que siente.

Algunos años después de Plutarco apareció en la escena literaria el sofista más burlón á la vez que el retórico más brillante de este período. Fué Luciano de Samosata en Siria (120-200). Dotado de singular perspicacia para conocer los grandes males de la sociedad en que vivía, los delirios y extravagancias de los sofistas, las injusticias y tropelías de los gobernadores y mandones, la disolución de los ricos, la falta de fe religiosa en el vulgo, el libertinaje, en fin, desbordado en todas las clases de la sociedad, y á ésta precipitarse á su ruina, no aplicó á todos estos males el bálsamo de una buena doctrina sino la hiel amarga de su sardónica sonrisa. Para sus burlas lo mismo son los dioses del gentilismo que el Dios verdadero; lo que él persigue y hace el blanco de sus sarcasmos en Júpiter y demas dioses, es la idea misma de la divinidad, la noción misma de la Providencia. Como es escéptico en religión, lo es también en filosofía. Para él son puras quimeras todo lo que traspasa el horizonte de nuestros sentidos, todo lo que no se vé, se siente y se toca. De suerte que no ve diferencia entre las estúpidas supersticiones de un fanático pagano, y la generosa constancia de un mártir de Jesucristo que obra por la idea de un orden superior, porque su espíritu, tan frívolo como corrompido, no estaba en disposición de conocer y apreciar tanta sabiduría y tanta virtud. Muy bien dijo el que le llamó el *Voltaire de su siglo*. Fuera de este espíritu escéptico y burlón que respiran todas sus obras, y la falta de decoro algunas veces en la sátira, Luciano es admirable por su erudición, por su ingenio y por la facilidad y gracia del estilo, y en los asuntos puramente literarios lo es hasta por su buen juicio. Comúnmente emplea la forma del diálogo, pero le dió un caracter cómico. De esta suerte hace salir en sus diálogos á los dioses, á los sofistas, á los pretendientes, á los avaros, á los necios, y á veces introduce personajes abstractos, como la virtud, el silogismo, etc., y con agradables chanzas y felicísimas ocurrencias expone, critica, enseña y da lecciones mas ó menos serias de filosofía, de moral, de arte y de literatura. Sobresalen el *Timon*, el *Prometeo*, la *Asamblea de los númenes*, las *Sectas en almoneda*, los *Diálogos de los Dioses*, *de los Muertos*, *de las Meretrices* y *de los Marinos*. Aquí es donde ridiculiza con tanta sal á Júpiter, Venus, Mercurio y demas dioses diciendo al primero «que su flamígero rayo es un tizón medio apagado que á todos hace reír, y á los demás que no se desconsuelen que siempre hallarán adoradores porque nunca faltarán estúpidos entre la muchedumbre; que dentro de poco no habrá piedra en Egipto, que después de ungida y coronada, no pretenda hacerse diosa, y entonces no les quedará lugar en el Olimpo.» Todos brillan por la pureza y elegancia de la dicción, por la gracia del estilo y por la naturalidad con que [illegible] el diálogo.

Entre sus obras hay narraciones muy amenas, como la [illegible] *grino*, y la *Vida del falso profeta Alejandro*. También se ejercitó [illegible] en el género novelesco, no muy usado entonces de los griegos. *Lucio ó el asno* es una narración satírica é ingeniosa de las aventuras [illegible]

un hombre, que sin perder la razón y el sentimiento, se va transformando poco á poco en asno, y después vuelve á recobrar el estado primitivo. Hay en este cuento, escrito por Luciano para burlarse de las *Metamorfosis* de un tal Lucio de Patras, chistes graciosos afeados, por supuesto, con pasajes indecentes.

La *Historia verdadera* es otra relación fantástica y burlesca de los escritores que quieren hacernos creer sucesos extraordinarios y fabulosos, parecidos á los que después se contaron en los libros de caballerías. No poseemos más que los dos primeros libros de esta novela, en que el autor recorre los astros, toma parte en las guerras de sus habitantes, habla en una isla con los personajes más célebres de la antigüedad, y después de un naufragio en el continente de los antípodas, se corta el hilo de las aventuras que se proponía contar en los siguientes.

Siempre escéptico y siempre burlón, sus obras eran, no obstante, leídas con avidez, sus lecciones y discursos pagados á gran precio, y él estimado de los emperadores y gratificado su talento con honrosos cargos. Esto prueba cuánto había descendido el nivel moral de la época, que admiraba al que la entretenía socavando los principios de la sociedad con la negación de la Providencia y de toda religión. Luciano, pues, no cumplió con la misión del escritor. Murió en Alejandría, bajo el reinado de Cómodo.

Más honroso puesto merece en la historia de las letras el juicioso crítico Casio Longino, autor del siglo III. En su *Tratado de lo Sublime*, que no ha llegado íntegro á nosotros, hace un examen de los pasajes de varios autores, en que resaltan lo bello y lo sublime. Y aunque en su obra no nos da una definición exacta, ni distingue bien estas dos cualidades, en ella nos muestra dónde está lo excelente, lo admirable, y lo magnífico de una expresión, de un pensamiento ó de un pasaje con tanta exactitud y solidez, que bien merece el título de filósofo al par que de buen escritor.

Cuentan también como escritor de este período al emperador Marco Aurelio, de quien se conservan los *Pensamientos*, ó sean máximas morales de la filosofía estoica, que escribió para su uso. Aunque en estilo semibárbaro, reflejan la luz del cristianismo, que desde el Gólgota había empezado á iluminar los entendimientos de los hombres.

Hubo otro emperador escritor también, llamado Juliano el Apóstata, que reunió en la obra que compuso, *Contra los cristianos y sus creencias*, cuanto en los siglos anteriores se había inventado por Porfirio, Celso y otros enemigos del cristianismo. Su más bella composición es la sátira intitulada *Los Césares*, en donde tampoco disimula su odio al gran Constantino.

Vamos á dar cuenta de dos poetas que en otros tiempos habrían sido casi olvidados : Opiano de Sicilia, en el siglo II escribió en estilo animado y pintoresco dos poemas, uno sobre la pesca y otro sobre la caza; y Babrio, que vivió en el siglo III, á quien se atribuye una colección de fabulas halladas á mediados de este siglo en un monasterio del monte Atos. Hay algunas ingeniosas, escritas en estilo limpio y elegante; otras hay pueriles, licenciosas y de estilo pobre y rebuscádo.

El movimiento intelectual de esta época se manifestó en filosofía por las diversas escuelas helénicas y greco-romanas establecidas en algunos puntos del Asia, en Grecia, en Roma y especialmente en Alejandría, centro entonces del saber. A las luchas que estas escuelas tenían entre

sí, se agregaron los sistemas teogónicos, religiosos y morales de los indios, persas, judíos, egipcios, y hasta maximas pitagóricas, cuyos representantes ó defensores también habían acudido á la ciudad de Alejandro.

De este movimiento filosófico nacieron tres escuelas principales, á saber : la *greco-judaica*, la *gnóstica* y la *neoplatonica*. De la primera fué el principal representante Filón, oriundo de Judea, pero nacido en Alejandría algunos años antes de Jesucristo.

Este trató de concordar la doctrina de Moisés con la filosofía de Platón, dando interpretaciones ya alegóricas, ya místicas, á los libros de la Biblia. La *gnóstica* se dividió en varias sectas, cuyas absurdas doctrinas no hay para qué examinar en este lugar. La neoplatónica reconoce por su jefe á Ammonio Saccas, y por principal maestro al panteísta Plotino, nacido en Sicópolis, á principios del siglo III de la era cristiana. En sus escritos se esfuerza en fundir ó amalgamar las doctrinas orientales con las de Platón y Aristóteles; pero haciendo que predomine el elemento platónico sobre las otras sectas.

En los momentos que más bullían y fermentaban estas ideas, llegó el eco del Hombre-Dios, que en Palestina había declarado á los hombres qué cosa era verdad y en qué consistía la virtud, objeto de las disputas de los filósofos. La propagación maravillosa de una doctrina tan pura y elevada por una parte, y tan contraria por otra á las inclinaciones naturales de los hombres, produjo en los filósofos extraordinaria sensación. Unos la miraban con desdén, y otros trataron de conciliarla, ya con sus sistemas filosóficos, ya con las teogonías y religiones del paganismo. Y no satisfechos todavía muchos entendimientos con las discusiones de las escuelas, rechazaron toda autoridad y se dieron á escoger, entre las varias doctrinas, la que mejor les parecía. He aquí el origen del eclecticismo.

Todas estas escuelas fueron otros tantos centros de hostilidad á la religión cristiana.

Los cristianos, por su parte, se dedicaron al estudio de la filosofía, especialmente en Alejandría, Atenas, Cartago y otras ciudades principales : y aunque florecieron varones ilustres que se distinguieron por su saber, de los cuales hablaremos mas adelante, no fundaron escuela filosófica propiamente dicha : antes bien, demostraron á sus contemporáneos que ninguna filosofía era completa, y en cuanto á la moral, todas estaban viciadas. Solamente la doctrina del Evangelio, les decían, es la que llena y satisface las potencias del hombre, y sus preceptos puestos en práctica, labrarán su felicidad, no en esta sino en la otra vida. Esta es la que se ha llamado filosofía cristiana. Las cuestiones acerca de Dios, del hombre y del mundo, tan debatidas entre los filósofos paganos, desde Tales hasta Plotino, las resolvían en lo fundamental los filósofos cristianos en armonía y conformidad con las doctrinas del cristianismo, que no es, añadían, un sistema filosófico, como querían los neoplatonicos, sino religion revelada por Dios. Si alguna vez discutían los filósofos cristianos, era en cuanto á la forma ó método, tomando de las escuelas filosóficas lo que mas les convenía para defender los dogmas ó rebatir sus ataques. Eran, por consiguiente, *eclécticos* en el verdadero sentito de la palabra, y á este eclecticismo aludía Clemente de Alejandría cuando dijo : « Por filosofía no entiendo la estoica, la platónica, la epicúrea ó la aristotélica; lo que estas escuelas [illegible] hayan enseñado que sea conforme á la verdad, á la justicia y á la piedad, á todo esto llamo yo selecta filosofía. »

LITERATURA LATINA

Se dice y se repite ordinariamente que la literatura latina, y en general la civilización romana de los tiempos más cercanos á nosotros, no es más que copia ó imitación de la griega, lo que no es de extrañar si consideramos que los romanos entraron en relaciones con los griegos cuando el estado de cultura y civilización de éstos había llegado á un alto grado de esplendor, y los romanos más ocupados en el engrandecimiento de su república que en gustar de las bellezas de la literatura, estaban todavía en la infancia del arte. Ni les era posible evitar esta influencia, una vez que la lengua griega era en cierto modo universal, á causa de los numerosos escritos sobre historia, filosofía, elocuencia y ciencias naturales, y también por las colonias griegas establecidas en el sur de Italia y en Sicilia desde tiempos antiquísimos. A pesar de esta influencia, que forzosamente tenía que recibir una nación que entraba más tarde en la historia del mundo civilizado, se distingue, no obstante, la literatura latina por su carácter peculiar con que compensa esa falta de originalidad, á saber : la idea de Roma, la gloria y el engrandecimiento de la dominadora del universo. He aquí el espíritu que respiran todos sus escritos, y que animó y caracterizó á aquel pueblo vigoroso y constante.

Desde la fundación de Roma, el año 753 antes de Jesucristo, hasta las guerras púnicas, la principal ocupación de los romanos fué la guerra con los pueblos vecinos para dilatar y defender sus conquistas, ocupación que no podía menos de hacerles mirar con desdén las letras y todo lo que no era fuerza material. Autores, sin embargo, que han conocido mejor los usos y costumbres de los romanos, nos hablan de antiguas canciones en versos sencillos llamados *saturninos* por su remota antigüedad, en que se celebraban las aventuras histórico-fabulosas de los primeros tiempos de Roma. Los asuntos de estos cantos eran Rómulo, el rapto de las Sabinas, los Horacios y Curiacios, la muerte de Lucrecia y demás sucesos. Además de éstos, tenían los romanos otros en extremo licenciosos llamados *fesceninos* de la ciudad de Fescenia, en Etruria, donde tuvieron origen, y que por vía de diversión los cantaban los jóvenes en las bodas y fiestas campestres.

De la época de Numa datan los cantos de los sacerdotes *arvales*, especie de plegarias para obtener del cielo los frutos de la tierra y asimismo los de los *salios* llamados *axamenta*, compuestos con objeto semejante. En el Vaticano se conserva la copia de uno de estos cantos, hoy dia apenas inteligible por las modificaciones que ha ido experimentando la lengua.

Producciones literarias anteriores á la influencia griega son también la ley llamada de las *Doce tablas*, que no conocemos más que por fragmentos y que fué la base del derecho civil y criminal de los romanos; los *Anales de los Pontífices*, en que se hacía mención de los principales acontecimientos ocurridos en el año y que, según Cicerón, estaban á cargo del gran Pontífice, el cual los redactaba de un modo muy lacónico, y por último las inscripciones en las tumbas y columnas.

En el siglo III antes de Jesucristo, con ocasión de las conquistas de los romanos, se despertó en éstos el amor á las letras, algunos de los cuales dieron favorable acogida á los primeros literatos que vinieron de la

Magna Grecia. Cuéntase entre los primeros escritores latinos á Livio Andrónico, quien, por haber caído en poder de los romanos Tarento, su ciudad natal, fué llevado á Roma por el cónsul Livio Salinator como esclavo, para que educase á sus hijos. Fué el primero que puso en escena una acción, y compuso hasta diecinueve tragedias, de que nos han quedado algunos trozos. Tradujo en latin la *Odisea*, é hizo himnos religiosos.

Siguióle Cneo Nevio, natural de la Magna Grecia, autor de un poema sobre la primera guerra púnica y traductor de la *Epopeya de Chipre* de Stasino. Fué desterrado porque en sus piezas dramaticas criticaba las costumbres romanas con desusada libertad.

Más famoso que los anteriores fué Quinto Ennio, griego de Calabria, que vivía por los años de 239 antes de Jesucristo. Sabia la lengua osca, una de las primitivas de Italia, el latin y el griego. Enseñó en la capital de la república este último idioma, donde se captó las voluntades de los principales ciudadanos, especialmente de Catón el Antiguo y de Escipion el Mayor. Compuso un poema en exámetros sobre la historia romana, que intituló *Anales*, y otro en honor de Escipión. Como el teatro griego era la norma de los dramáticos latinos, tradujo Quinto Ennio algunas piezas de Eurípides. Pacuvio, su sobrino, y Lucio Acio se ensayaron en el mismo género, cuyas obras no han llegado á nosotros.

Él fué también el inventor de la sátira latina, aunque ya era conocida de los griegos; pero éstos censuraban las personas mas bien que los defectos ó ridiculeces de los hombres. No así entre los romanos, cuyo principal objeto fué corregir los vicios excitando la risa, empleando en su composición variedad de metros. Por eso dicen algunos que se llamó sátira de una palabra osca que significa un plato de varias clases de fruta. Pacuvio le imitó también en este género, y Horacio y Quintiliano elogian mucho las de Lucilio, caballero romano, las cuales se han perdido, así como las de los anteriores.

Refiere Tito Livio que para aplacar á los dioses en tiempo de una epidemia, el año 367 antes de Jesucristo, se introdujeron las representaciones escénicas, que fueron ejecutadas por cómicos etruscos llamados histriones. Imitáronles los romanos añadiendo á sus ensayos versos alegres para promover la diversión, hasta que Livio Andrónico los sustituyó con asuntos más dramáticos é intrigas mas bien dispuestas, que tomaría sin duda de los griegos.

Había también entre los romanos comedias nacionales llamadas *Atelanas*, de Atela, ciudad de los oscos. Eran piezas sencillas de carácter gracioso que la juventud noble romana representaba por pasatiempo, gozándose en los recuerdos de la antigua nacionalidad. Nada nos ha quedado de estas producciones, y de los diez autores cómicos que según algunos florecieron en esta época, dos son los únicos de quienes podemos hacer mención, por haber llegado a nosotros algunas de sus piezas, á saber : Plauto y Terencio.

Nació Plauto en la Umbría el año 227 antes de Jesucristo, y en las alternativas de prosperidad y desgracia por que pasó en su vida trabajó para el teatro como autor y como actor. De las ciento treinta comedias que dicen que compuso, sólo conocemos veinte, entre las cuales citaremos : *Anfitrión*, *Aulularia*, *Menecmos* y el *Soldado fanfarron*. Muéstrase en ellas al imitador de la comedia nueva de Grecia, y aunque tome

cuadros de costumbres de la vida doméstica de los griegos, y exhibe sus propios personajes hay, sin embargo, rasgos originales y característicos de la sociedad de su tiempo. De entre los mismos latinos, unos, como Varrón y Cicerón, lo alaban por la pureza del estilo, por la sencillez de sus planes y fiel pintura de los caracteres; Horacio dice que los antiguos aplaudían en Plauto lo que el buen sentido y la honestidad de costumbres rechazan. Lo que no se puede negar es que empañó su lenguaje con expresiones licenciosas, groserías y chistes propios de taberna. Por su llaneza y tosca originalidad agradaba sobremanera á la plebe, que le miraba como poeta popular, y además porque usaba en el diálogo la jerigonza que ella empleaba en el trato familiar. Las más arregladas y exentas de obscenidades son *Rudens* y *Captivi*. En este escritor más que en ningún otro hallan los italianos muchos idiotismos que viven todavía en su lengua, lo que confirma la opinion de muchos, de que el idioma del vulgo era diferente del de los literatos, y que aquel latin vulgar fué el orígen del italiano moderno.

Publio Terencio, nacido en Cartago, 192 años antes de Jesucristo, fué robado por unos piratas, siendo aún muy niño, y vendido como esclavo al senador Terencio Lucano, que le dió estudios y libertad. Fué el poeta de la alta sociedad, como Plauto lo había sido de la plebe.

Más imitador de los griegos que Plauto, y por lo mismo menos original, se inspiró en las obras de éstos, y se acomodó en las formas y en el fondo, tanto que César le llama « medio Menandro », porque éste fué su modelo favorito. Tenemos de él seis comedias que son : el *Eunuco*, *Adelfos*, *Andriena*, *Formión*, *Hecira* y *Heautontimorúmenos*, ó sea el que se castiga á sí mismo, en las cuales apenas ha hecho otra cosa que traducir libremente las comedias de la última época del teatro griego, ó refundir en una sola dos ó más, especialmente de Menandro. Tiene, por consiguiente, las buenas cualidades de éste : verdad en los caracteres, decoro en las costumbres y un estilo puro y elegante; empero no iguala á Plauto en la invención y en la fuerza cómica.

Las producciones que nos quedan de algunos poetas cómicos son tan escasas, que no se puede dar sobre ellas juicio alguno, y como en este género no se hacía ordinariamente otra pintura que la de las costumbres atenienses, el pueblo romano quedaría si no frío, á lo menos indiferente á dichos espectáculos que siempre fueron como un apéndice de los del circo. Esta debió ser la causa principal de no progresar entre los latinos el arte cómico, que fué sustituído por la pantomima y la danza, distinguiéndose después como autores de mimos y mimiambos Decio, Labirio, Publio Siro y Cneo Mancio en tiempo de Augusto.

Más estéril en el género histórico fué todavía el período que recorremos. Sabido es que los primeros historiadores de las cosas de Roma, no sólo fueron griegos sino que escribieron en griego, y en este mismo idioma escribieron también los primeros historiadores romanos, que al cabo no hicieron más que copiar á los anteriores, de los cuales sólo quedan los nombres.

Fabio Pictor, en tiempo de la segunda guerra púnica, fué el primero que usó de la lengua latina en sus historias, de las cuales no conocemos sino una pequeñísima parte. Catón el Antiguo, llamado el *censor*, nacido en Tusculum, hoy Frascati, el año 232 antes de Jesucristo, después de haber manejado la espada por su patria, quiso en sus postreros años

honrarla también con sus escritos. Compuso una obra histórica que se denominó los *Orígenes de Roma*, de la cual no tenemos sino unos cuantos fragmentos. Ejercitó su pluma en varios tratados didácticos, de los cuales sólo conservamos el de agricultura *De re rustica* que dedicó á su hijo. El plan es algún tanto desordenado, y el estilo se resiente de la rustiquedad de la lengua y poca cultura de la época. Después de algunos pormenores sobre las libaciones y sacrificios, entra en la descripción de los instrumentos de labranza, y trata del cultivo de los campos, de la vid, del olivo y de los árboles frutales.

Hubo alguno que otro escritor de historia, pero fuera de sus nombres, y algún ligero fragmento, no puede citarse otra cosa.

Tampoco nos ofrece este período monumentos de elocuencia a pesar de que la constitución de la República forzozamente demandaba oradores que defendiesen los intereses generales del pueblo ó los particulares de los ciudadanos. Y en efecto, los hubo desde Bruto, pero muy diferentes de los griegos. Sus razonamientos, ora fuesen ante el senado, ora ante el pueblo, eran sencillos, cada orador hablaba según su nativa elocuencia y la vehemencia de su pasión para persuadir en su faver al pueblo ó al senado : ni se enseñó como arte en Roma, hasta que con motivo de la embajada que los atenienses enviaron al senado romano, oyeron al griego Carneades disertar y filosofar a la manera de los retóricos y sofistas. Y fué tanto lo que temió Catón el Censor que fascinase á la juventud romana con aquella nueva forma, y con sus ideas que dijo en el senado : « Despedid á ese griego; parece que los atenienses al encargarle sus negocios han querido triunfar de sus vencedores ». El pronóstico no tardó en verificarse, ni era posible detener su cumplimieno, dada la comunicación de ideas con los griegos, y la diversidad de costumbres públicas y privadas que dicha comunicación llevaba consigo.

Según las noticias transmitidas por Cicerón, brillaron en esta época como oradores Catón el Censor y los dos Gracos. Del primero hace un digno elogio por su varonil elocuencia y austeridad de costumbres, y en los Gracos alaba el ingenio y espontaneidad en el decir. Después de éstos honraron la tribuna Antonio y Craso, ambos rivales en la elocuencia, y Escévola (Quinto Mucio), el mas grande orador entre los jurisconsultos. En los últimos tiempos de la república dieron gran brillo a la elocuencia forense, que era la que más llamaba la atención, Catón de Utica, César, Bruto, Mesala, Cicerón y Hortensio. Cuéntase de este último que los mas ilustres actores se agrupaban en torno de su tribuna, porque arrebataba su declamación y encataba la fluidez y belleza de su estilo. Él introdujo el método de la división del discurso en varios puntos, concluyendo con el epílogo. No podemos juzgarlos á todos por sus escritos, porque no han llegado hasta nosotros.

El estudio de la filosofía especulativa no se avenia con los romanos de esta época, cuya educación era esencialmente político-militar. Para ellos su escuela y su liceo eran el foro, el campo de Marte y la tienda de campaña, y las virtudes que exige la profesión de la vida militar y de la magistratura eran los medios que empleaban para conseguir la gloria y el engrandecimiento de la patria, único blanco de sus aspiraciones. Por eso menospreciaban a los filósofos y literatos, el brillo de sus escuelas y el aparato con que se presentaban á dar sus lecciones. Aun más, el Gobierno de los cónsules Strabón y Mesala, queriendo algunos filósofos [illegible]

escuela, apareció un decreto del senado reprobando las que llamaba *innovaciones contrarias á los usos é instituciones de los antepasados.* Sólo en los últimos años de la república comenzaron á aficionarse á los estudios filosóficos, á cuyo progreso contribuyeron sobre todo Lucrecio y Cicerón.

En este período veremos á los escritores latinos rivalizar en algunos géneros con sus modelos los griegos. Aunque amarrados éstos al carro triunfante de Roma, dominaban à sus vencedores por la fuerza de la inteligencia y de la imaginación : griegos eran los maestros y ayos en las familias más distinguidas; griegos los esclavos y libertos más queridos; griegos también los retóricos y gramáticos; y las ciudades donde se enseñaban la elocuencia y la filosofía griegas, como Alejandría, Atenas y Rodas, eran frecuentadas por los nobles romanos. El mismo idioma griego era estudiado y hablado en la capital de la república, y el latino, todavía rústico, era tenido por vulgar é indigno de las personas cultas.

Cábele la gloria á Cicerón, dice F. Schlegel, de haber empezado un sistema de enseñanza pública y científica en lengua latina, y sido el primero que lo aplicó á asuntos filosóficos y á la teoria de la elocuencia. César y Barrón cooperaron con sus obras á la formación de la literatura latina, propiamente dicha.

Nació Marco Tulio Cicerón en Arpino, el año 106 antes de Jesucristo. En los primeros años de su vida pública ejerció con mucho lucimiento la abogacía en Roma, fué poeta, filósofo, estadista, jurisconsulto, hacendista, hombre de negocios y de estudios, y militar, pues combatió contra los Partos, y fué aclamado *imperator* por los soldados, á quienes condujo á la victoria.

Como el ser elocuente valía más en aquel tiempo que ser conocedor de las leyes, y la elocuencia era el camino que llevaba á los más altos puestos de la república, hizo un viaje á Atenas, y después á Rodas, para perfeccionarse en el arte de la palabra. Apolonio Molón, su maestro, le aconsejó entre otras cosas, que moderase su excesiva redundancia de palabras, y le pronosticó la gloria que por él conseguiría la elocuencia romana, elevàndose á la altura de la griega, su maestra. Frutos fueron de su aplicación y talento las obras que le han merecido ser el primer orador romano y el primer escritor del mundo. Sus discursos políticos son : uno por la ley *Manilia*, cuatro contra *Catilina*; catorce *Filípicas* contra Antonio, que intentaba apoderarse del mando supremo, en la segunda de las cuales emula el rayo de Demóstenes, y tres sobre la *Ley agraria.* Entre sus muchos discursos forenses, sobresalen las siete *Oraciones Verrinas*, en que acusa á Verres por sus exacciones y crueldades cometidas en Sicilia; las oraciones por *Milón*, por el poeta *Arquias*, su maestro, por *Ligario* y por *Marco Marcelo*, que es á la vez un elogio de la clemencia de César. En estas oraciones, compuestas con un orden y claridad admirables, resalta el arte con que se insinúa en el ánimo de los oyentes, la buena disposición del plan y orden de las pruebas con que convence el entendimiento y lleva la voluntad á donde él quiere. Fluído y abundante en la dicción, y siempre rotundo y armonioso en el corte y y estructuras de sus períodos, encanta al que lee sus discursos, le hace sentir simpatía por la causa que defiende, y tiene la particularidad hasta de hacer cobrar afición y gusto por la lengua latina.

No se puede negar que debió de tener un profundo conocimiento del corazón humano, así como de los resortes para conmoverlo por medio de

la palabra. Sin embargo, su elocuencia no tiene la fuerza, el nervio, la energía y lo que el mismo Cicerón llamaba « el rayo de Demóstenes »; le aventaja sí en la abundancia y dulzura de la dicción, en flexibilidad para tratar toda clase de asuntos, en la variedad de los conceptos y, sobre todo, en la viveza de los dichos agudos y festivos.

Todavía está por resolver entre los críticos qué orador merece la preferencia. Unos, como Plutarco, Fenelón y Hume, se la dan á Demóstenes; otros como Quintiliano, Rapin y Tiraboschi, están por Cicerón. El cardenal Maury dice : « Cicerón tiene una preeminencia incontestable sobre su rival en literatura y en filosofía: pero no le ha quitado el cetro de la elocuencia ». Y Fenelón, elogiando las dotes de uno y otro, concluye : « Estoy enamorado de estos dos oradores: pero confieso que me mueve menos el arte infinito y la ostentosa elocuencia de Cicerón, que la rápida simplicidad de Demóstenes ». Nosotros terminaremos con aquel elogio de Cicerón que San Jerónimo llama hermosísimo porque honra también al orador griego : « Si Demóstenes te quitó la gloria de ser el primer orador, tú le privaste de ser el único ».

Fuera de estas obras maestras de la elocuencia, nos dió Cicerón otras en que, con un gusto exquisito y con mucho ingenio, enseña los preceptos del arte, tales son : el tratado del *Orador*, el de los *Oradores ilustres*, el de la *Distribucion oratoria* y el de los *Tópicos*, que pertenece á la dialéctica.

Dedicóse Cicerón al estudio de la filosofía, más bien como elemento de cultura y ejercicio útil para el orador, que por amor á la ciencia. Con su grande ingenio supo escoger lo mejor de la filosofía griega, lo adornó con su admirable elocuencia y contribuyó al movimiento filosófico de los romanos. Sus principales escritos son los que tratan de la *Naturaleza de los dioses*, de la *Adivinación*, del *Fin de los buenos y de los malos*, un fragmento del de la *República*, de las *Leyes* y el *Sueño de Escipion*, en que habla de la grandeza é inmortalidad del alma. Son morales las *Cuestiones tusculanas*, el de los *Deberes*, las *Paradojas*, y los de la *Amistad* y la *Vejez*. Había oído en su juventud á filósofos de las diferentes escuelas, y de todos adopta ideas y hace algún elogio, excepto de la de Epicuro cuya doctrina le repugnaba. Representó, no obstante, las doctrinas de la *Academia nueva* y fué ecléctico probabilista. Según él, no puede el hombre conocer la verdad con certeza y evidencia; tiene que contentarse con la probabilidad. De ahí las frecuentes contradicciones que se advierten en sus escritos : escribe, por ejemplo, magníficos pasajes y aduce eficaces razones para demostrar la existencia de Dios, su providencia, la inmortalidad del alma, los premios y castigos de la otra vida, etc., etc., y en otros libros muestra la inconstancia de sus opiniones, dudando de lo mismo que con tanta elocuencia había expuesto y defendido. Al lado de máximas sublimes de moral hallamos otras indignas de un hombre sensato y razonable, como parece debía ser el príncipe de la elocuencia latina; tales son el decir : « Igual culpa se comete matando un pollo necesario para comer, que matando á nuestro padre ». Y esta otra : « El sabio de nada duda, jamás se arrepiente, no se engaña, no varía de parecer ni se retracta ».

Pero donde mejor podemos conocer el carácter de Cicerón, sus virtudes y sus debilidades, es en sus *Cartas familiares*, en las cuales, como no pensaba darlas publicidad, se pinta como él se revelaba á sus más

íntimos amigos. Además de mostrarnos todas ellas al hombre de talento y de buen gusto, nos dan curiosos pormenores sobre la vida pública y privada de algunos personajes de aquel tiempo.

Murió en su quinta de Formies á los sesenta y cuatro años de edad, á manos del asesino Popilio, á quien en otro tiempo había salvado su elocuencia. Después de Cicerón se fueron apagando una á una las lumbreras del foro romano, y el gobierno de Augusto, con la nueva política, hizo perder todo su influjo y preponderancia á la tribuna, la que vino á ser un mueble poco menos que inútil.

Dijimos que César había coadyuvado los deseos de Cicerón en la obra de crear la literatura clásica latina. Hízolo, en efecto, como orador, fomentando la instrucción, y como escritor con los dos libros que compuso sobre las *Analogías gramaticales* y otras obras literarias, á saber: arengas, varias tragedias, un tratado sobre el movimiento de los astros, un poema intitulado *Iter* y otras poesías, lo que prueba su actividad en el manejo de la pluma como la había tenido en el de la espada. Únicamente ha llegado á nosotros un bello epigrama sobre un tracio que se hundió en el Ebro, y los *Comentarios sobre la guerra de las Galias* y *sobre la guerra civil*. Esta es la única obra verdaderamente original de los romanos. En las producciones de los demás autores latinos se traslucen sus modelos, ya Heródoto en Tito Livio, ya Tucídides en Salustio, ya Demóstenes en Cicerón; pero en estos *Comentarios* no se ve más que á César, César, general invencible y escritor incomparable. Con viveza en el estilo al mismo tiempo que con sencillez y claridad en la narración, refiere hazañas maravillosas en muy corto espacio, cercenando todo lo que no le lleva á su fin, cualidades que hicieron de este libro las delicias de sus contemporáneos y que obligaron á decir á Cicerón « que aun cuando César no se propuso dejar más que materiales para el que quisiera tratar con más extensión el asunto, sólo un escritor vulgar se atrevería á adornarlos, un hombre de gusto no osaría tocarlos siquiera ». A pesar de que escribe en tercera persona y con visos de imparcialidad, se advierte no obstante, en lo que dice y en lo que calla, que él es el historiador de sus propias acciones.

Roma, que le vió nacer el año 98 antes de Jesucristo y que fué testigo de sus glorias, lo fué también de las veintitrés puñaladas que le ocasionaron su ambición y la ingratitud de los suyos. Murió en el senado á los cincuenta y seis años de su edad.

Marco Terencio Varrón, nacido en Roma el año 116 antes de Jesucristo, y reputado por el más erudito de su tiempo, contribuyó también á hacer de esta época una de las más florecientes de la literatura romana. Dicen que escribió como quinientos libros sobre toda clase de materias, trató del origen de Roma, y fué el primero que fijó la cronología, contando los años desde la fundación de esta ciudad. Él fué también el que introdujo la división de la historia en tiempos *oscuros*, *fabulosos* é *históricos*. Cicerón le alaba, porque con sus conocimientos arqueológicos y sus estudios sobre las lenguas y las artes, hizo que conociesen la Roma antigua y la de su tiempo sus propios ciudadanos, pues antes de él vivían en ella como extranjeros. De estas obras, así como de sus poesías y sátiras llamadas *Menipeas*, del mordaz y cínico Menipo, nada conocemos. Poseemos solamente tres libros sobre agricultura (*De re rustica*) y otros tres de los veinticuatro que compuso sobre la lengua latina. Es admirable como

pudo extender á tanta variedad de materias su erudición un hombre ocupado en todas las guerras de su tiempo. Proscrito después de la muerte de César, pudo burlar los intentos de los asesinos y vino á morir de muerte natural á una edad avanzada.

Siguieron el camino trazado por los escritores nombrados, algunos grandes talentos que, al mismo tiempo que ilustraron la época, contribuyeron á dar brillo y esplendor á la prosa, más floreciente entre los latinos que la poesía.

Crispo Salustio, nacido el año 85 antes de Jesucristo en Amiterno, merece un honroso recuerdo como historiador de la *Guerra de Jugurta* y la *Conjuración de Catilina*, únicas obras que han llegado íntegras hasta nuestros días. Estas dos historias nos muestran al gran pintor de caracteres y cuadros, al moralista severo que en nada transige con el vicio, no menos que al escritor de estilo preciso y vigoroso. Su narración, así como la de Tucídides, á quien imita en los defectos y en las virtudes, está sembrada de reflexiones y graves sentencias de moral y de política á que le inclinaba su propio genio más que la necesidad de la materia, por lo que adolece de cierta afectación. Algunos le critican porque apenas da idea de las costumbres de los pueblos de Africa, y no habla de los fines políticos que se proponía Catilina. Pero se explica fácilmente, atendido el método ordinario de los historiadores de aquella época, para quienes el objeto principal eran los retratos, cuadros, descripciones, arengas y sentencias con que adornaban sus historias, sin entrar á investigar los móviles que pudieron ó no pudieron producir tales resultados. De todos modos, es cierto que falta algo con qué satisfacer cumplidamente al lector; pero no puede negarse que Salustio se muestra habilísimo en el arte de escribir la historia. Parece que estos escritos fueron fruto de sus últimos años. Ojalá que lo hubiesen sido también de su arrepentimiento por las concusiones y violencias con que arruinó la Numidia, donde gobernó algunos años, después de los cuales edificó soberbios palacios en Roma con suntuosos jardines. Si la multa y los azotes á que fué condenado por su conducta escandalosa, así como el borrón que el senado echó sobre su nombre, quitándole de la lista de los senadores, no bastaron á desengañarle, recibamos sus escritos como un homenaje que la hipocresía tributa á la virtud.

Después de Salustio aparece un escritor adornado de todas las prendas que los romanos de este tiempo podían exigir en un historiador de sus glorias. Entusiasta por la patria casi hasta el delirio, y elocuente cual ninguno, para levantar en su honor un monumento digno de su grandeza política y literaria, fué Tito Livio nacido en Padua el año 59 antes de Jesucristo. De los ciento cuarenta y dos libros de que se componía su *Historia romana*, desde la fundación de Roma hasta la muerte de Druso, sólo treinta y cinco, y éstos no seguidos, conoce la historia; pero son suficientes para confirmarle el título de *Príncipe de los historiadores* que le dieron sus contemporáneos. En ella admira el amante del arte á Tito Livio como poeta, como orador y como narrador, y en cada uno de estos conceptos es excelente. Lo es como poeta en la pintura de caracteres y en la descripción de sucesos y lugares, con tal viveza, que parece ponerlos á la vista del lector. Tales son las catástrofes de Lucrecia, de Virginia y Coriolano, el paso del Ródano, el de los Alpes, el incendio de Sagunto y otros muchos. Lo es como orador, por las magníficas y elocuentes aren-

gas que pone en boca de los personajes. Y como narrador, por la majestad y nobleza de estilo con que empieza á contarnos los ruines principios de la dominadora del mundo, y la dignidad con que lo sostiene al darnos cuenta de las grandiosas empresas de sus tiempos más gloriosos. ¡Cuánto agrada en esta obra aquella claridad de ideas que hace inteligible cuanto refiere, aquella elegante sencillez que aquilata y da nuevo realce á la narración, aquella armonía y magnificencia de estilo que encanta á todo el que es capaz de sentir y gustar lo bello.

Con todas estas dotes, comúnmente se le acusa de demasiado crédulo, porque refiere prodigios que no pueden menos de ser fabulosos, aunque los cuenta como tradiciones vulgares, y porque no se tomó el trabajo de consultar los archivos del Capitolio, sino que se contentó con copiar á los griegos, especialmente á Polibio, cuyos errores trasladó también. Pero el mayor reproche que como historiador puede hacérsele es su parcialidad con los romanos, que le ciega hasta el extremo de no conocer lo que es virtud, disculpando muchas veces ó disimulando las perfidias y opresiones injustas que Roma cometía con los pueblos vencidos, y exagerando los defectos de éstos. Debe, sin embargo, decirse en loor suyo, que si como romano se dejó ofuscar por el amor patrio, tuvo como hombre público bastante entereza para tributar elogios á personajes que no podían ser del agrado del emperador, como Casio, Bruto y sobre todo Pompeyo, lo que redunda á su vez en honor de Augusto, de quien cuentan que lejos de ofenderse de esta libertad, en son de chanza le llamaba el Pompeyano. Murió Tito Livio en la ciudad de su nacimiento á los setenta y seis años de su edad.

Ya que hemos hecho mención de los principales historiadores griegos y romanos, no será ajeno de este libro emitir nuestro juicio acerca de la historia clásica. Y sin negarles, antes bien concediéndoles de buen grado á los griegos la gracia y elegancia con que han sabido revestir y realzar los hechos, y asimismo á los romanos la dignidad y nobleza en sus narraciones, tienen no obstante defectos gravísimos, que más ó menos á todos deslucen, y que por lo mismo debemos andarnos con tiento al elogiar este género. En primer lugar los clásicos no abarcaban sino una parte pequeña de la Historia, refiriéndonos las batallas y conquistas; pero olvidando la religión, leyes, costumbres, ciencias, artes y otros ramos de la vida de los pueblos. Eso mismo que nos refieren, lo explican de una manera superficial, parándose en la corteza, y penetrando muy poco en las causas. Ni por asomo tienen la intuición sintética de épocas y naciones. Se toman una licencia increible en fingir no solo arengas, sino narraciones y descripciones con lo cual hacen una hermosa novela, pero una feísima historia. Hay excepciones en uno ú otro de estos defectos, pero esto no quiere decir que no hayan incurrido en ellos generalmente.

Inferiores en mérito á los historiadores anteriormente nombrados fueron Cornelio Nepote y Trogo Pompeyo. El primero es autor de las vidas de *Catón* y de *Ático* estimadas más por la pureza y elegancia de la lengua, que por las cualidades propias de una biografía. También se le atribuyen las *Vidas de los ilustres capitanes de Grecia*, pero los defectos de estilo que en ellas se advierten, indican ser de una época posterior. El segundo escribió la *Historia de Macedonia* de la cual hizo Justino un compendio de poca utilidad.

Debió de ser muy común en los últimos años de la república y también

en tiempo de César y de Augusto, el escribir historia, á juzgar por los doctos personajes que se dedicaron á este estudio. Se citan como perdidos los trabajos históricos de Sila, Licinio, Pomponio, Ático, Polión, Augusto, Cicerón y otros, algunos de los cuales escribieron también sus memorias. Todos estos historiadores lo hicieron en tiempo que, como dice Tácito, la libertad de escribir gozaba de sus derechos, y la lengua se conservaba en toda su pureza: *res populi romani memorabantur pari eloquentia ac libertate*: pero algunos años después, atacada la primera y viciada la segunda, entraron la adulación y la lisonja á repartirse el campo de la historia. Sólo en el imperio de Trajano, como veremos, volvió á respirar la oprimida libertad, y con ella dió algunas señales de vida la elocuencia histórica.

No parece fuera de propósito por ser materia de la historia, mencionar la costumbre, que por este tiempo habia en Roma, de escribir los hechos diarios, que hoy dia se publican en las gacetas. Desde muy antiguo se consignaban diariamente los hechos en los anales pontificios, los cuales se interrumpieron en tiempo de los Gracos, hacia el año 130 antes de Jesucristo. César fué el primero que instituyó un diario de los actos del senado, y otro de los del pueblo, á que alude Cicerón, quien escribiendo á Bruto, á Cornificio y á otros, les dice que omite el darles varias noticias por saber que recibian los *Hechos urbanos*. Augusto mandó que se continuasen, pero no permitió que se les diese publicidad. Posteriormente debieron correr por Roma y aun por todo el imperio, pues hablando Tácito en sus *Anales* de ciertos andamios que levantaba Nerón para construcción de un anfiteatro, dice ser más propio de la dignidad del pueblo romano dejar tales cosas para los diarios y tratar en los *Anales* las cosas ilustres.

Ya indicamos arriba que la prosa entre los latinos alcanzó un grado de perfección superior al de la poesía, porque aunque en una y otra fueron imitadores de los griegos, para la poesía se requiere cierta espontaneidad de que generalmente carecían los romanos. Lucrecio, sin embargo, aparece el primer poeta verdaderamente nacional entre los latinos, y tanto por las hermosas pinturas de la naturaleza, como por el entusiasmo y elevación de sus pensamientos es el mas eminente de la antigüedad.

Según la opinión más probable, nació en Roma el año 99 antes de Jesucristo, entregóse al estudio de la filosofía de Epicuro, y él mismo puso fin á sus días á los cuarenta y cuatro años de edad. Nos dejó un poema didáctico que lleva el título *De la naturaleza de las cosas* (*De natura rerum*), en el cual, tomando por maestro y guía á Epicuro, desenvuelve y explica en sentido materialista y ateo la doctrina de este filósofo. Aunque Epicuro había hablado de dioses y de culto, para Lucrecio, fuera de los cuerpos no hay nada, ni Dios ni Providencia, se complace en declarar cruda guerra á los dioses y á toda religión, gloriándose de tenerla hollada bajo los pies de los hombres. El temor, dice, produjo las religiones: el alma muere con el cuerpo; los hombres salieron de la condicion de los brutos y por casualidad han llegado al conocimiento de las artes.

Con dolor se ve á un poeta tan aventajado escoger para sus poesías una doctrina tan absurda y antipoética, que destruye no solo toda creencia, sino todo sentimiento elevado. Así es que á pesar de su inspiración ante el aspecto de las grandezas naturales, sus admirables descripciones, y á veces sublimes armonías, de que se aprovechó después Virgilio, «Él mismo, dice Villemain, se ha despojado de la mas bella parte de su genio».

el magnífico vuelo del poeta en la Introducción de su poema es á la vez su primer saludo y también su despedida al entusiasmo lírico. Bajo el yugo de su fatal doctrina, semejantes acentos no reaparecerán otra vez. Si hubiese combatido á los dioses del Olimpo, añade, según las doctrinas de Anaxágoras ó Platón, quizá hubiera dado a los latinos, aunque en otro género, una gloria igual á la que Homero dió á los griegos. »

En este poema habla ciertamente de algunas virtudes, pero sus elogios y sus máximas quedan sofocados por la maleza de tan perversa doctrina como brota de todo el poema; por eso la juventud dorada de Roma, ya inclinada de suyo al desprecio de las cosas de un orden superior, apacentó sus ojos y su espíritu en esta filosofía, que acabó por hacerla afeminada en el reinado de Augusto y monstruosa bajo los otros emperadores [1].

Siguiendo los romanos la corriente de la moda hasta en la imitación de las formas poéticas de los griegos, hubo algunos que se aficionaron al género erótico, entre los cuales se cuenta en primer lugar Catulo de Verona, hacia el año 86 antes de Jesucristo. Tradujo las odas de la poetisa Safo, los epigramas de Calímaco y, según algunos, el poema *Las bodas de Tetis y Peleo*, por lo que gozó de la fama de docto entre los romanos. Su principal mérito consiste en haber contribuído á la formación del lenguaje poético en este género. Dejónos también odas, elegías y epigramas. Aparte de alguna dureza y afectación, propias de estos tiempos, en sus composiciones hay verdadera delicadeza de sentimientos y propiedad en el lenguaje; pero ofenden las más de ellas por las obcenidades y torpezas en que parece complacerse cuando escribe. Cuentan que se pagaba tanto de la pureza y tersura del lenguaje, que decía no importarle nada que sus versos fueran obscenos ó decentes con tal que fuesen puros. ¡Infeliz del que tiene tan estragado el gusto, que hace de la divina poesía un instrumento de impúdicas distracciones!

Siguióle Tíbulo, nacido en Roma el año 44 antes de Jesucristo, de quien nos han llegado treinta y siete elegías. Siendo la principal dote de este género la naturalidad, ningún poeta aventaja en ella á Tibulo. y además en la gracia con que pinta los movimientos del corazón, pasando con la mayor facilidad de la risa al llanto, del amor al odio, de las súplicas á las amenazas, con que varía y hace tan agradables sus composiciones. Pura y elegante su dicción, así como delicados y claros todos sus pensamientos, mancha, por desgracia, estas bellas dotes en muchos pasajes con liviandades, hijas de la pasión lúbrica que le dominaba y que le hizo disipar todos sus bienes.

Inferior á Tibulo en la espontaneidad y gracia, fué Propercio, nacido en Umbría el año 52 antes de Jesucristo; pero superior á él y á su antecesor en energía y colorido poético. Inspiróle sus cuatro libros de elegías una voluptuosa pasión á cierta cortesana, por la cual se deshace en amargas quejas, y prorrumpe en injurias de enamorado, con las que

1. La repugnancia que naturalmente causa tan torpe filosofía, inspiró en el siglo pasado al cardenal Polignac una refutación en otro poema latino también, que intituló el *Anti-Lucrecio*, y que Voltaire ha colocado en el templo del buen gusto. El mismo autor confesó que no le había igualado en la fuerza de la expresión pero si le había vencido en lo selecto de la doctrina : *Eloquio victi, re vincimus ipsa.*

mezcla pasajes de la mitología. Es aún más obsceno que los anteriores, señal inequívoca de que la atmósfera moral de Roma se iba corrompiendo de día en dia, lo que necesariamente habia de perjudicar al buen gusto en literatura, no menos que á las costumbres.

Hasta en el carácter fué ruin este poeta, pues habiendo sido su padre sacrificado por Augusto y confiscados sus bienes, se hizo su cortesano y linsojero.

De la misma corrompida escuela de Epicuro salió el poeta latino mas fecundo y ameno, á la vez que el más fácil de entender por la claridad de estilo y propiedad en la expresión. Fué Ovidio Nason, caballero de Sulmona, que vivía por los años 43 antes de Jesucristo. A pesar de las amonestaciones de su padre, abandonó los estudios serios de la jurisprudencia, por entregarse del todo á la amable poesía, afición que le costó bien cara, porque de repente y sin formación de causa se vió desterrado por Augusto á Tomo del Ponto, sin que la historia nos haya aclarado todavia el enigma de la causa de su desgracia. Ovidio lo atribuye á sus versos y á que no supo callar; lo cierto es que ni súplicas ni lisonjas bastaron á impedir que muriera en país extraño.

De las muchas obras que compuso antes y después de su destierro, conservamos *Las Metamorfosis*, poema de doce mil exametros, en que canta las formas adoptadas por los dioses y los hombres, según la mitología de los griegos y romanos, en doscientas cuarenta y seis fabulas. *Los Fastos* es un poema mitológico también en que cuenta las fiestas del calendario romano y las tradiciones que dieron origen a dichas fiestas; pero burlándose, como Ariosto se burló después de la caballería. *Las Heróidas* son cartas amatorias, llenas de erudición mitológica, que supone escritas por personajes de la antigüedad, como Penélope á Ulises, Briseida á Aquiles, y Dido á Eneas. *Los amores* son elogios amatorios, y forman una serie de aventuras galantes, no en tono lloroso y triste, como los otros poetas elegiacos, sino jovial y divertido. En los *Tristes* y en las *Epístolas del Ponto*, al contrario, llora hasta mas no poder su destierro y las amistades perdidas; pero deslie tanto su sentimiento y se rebaja hasta tal punto en la expresión de su dolor, llamando Dios á Augusto, y diciéndole que le erige altares, que quita el verdadero patético. En su *Arte de amar* enseña, sin miramiento ninguno á la decencia, los medios de seducir y corromper, lo que da una tristisima idea del estado moral de aquellos tiempos. Compuso, además, dos poemitas eróticos, *Los remedios del amor* y los *Medicamentos del rostro*, materia impropia de un poeta juicioso, y una tragedia titulada *Medea*. Esta última se ha perdido, así como otras muchas composiciones poéticas.

Dijimos arriba que Ovidio fué el poeta más ameno y fecundo; pero su rica y fértil vena perjudicó notablemente á la perfección de sus obras: no brilla en sus elegias la exquisita elegancia de Tibulo, ni en sus poemas la ternura y dignidad de Virgilio; repite unos mismos pensamientos bajo mil formas diversas, tiene cierto aire declamatorio y afectado, [illegible] la escuela en que se formó; y los razonamientos ingeniosos y sutiles sentencias de las *Metamorfosis*, su obra maestra, así como las descripciones demasiado floridas y brillantes, son vicios que aprendieron después los autores de la *Farsalia* y de la *Tebaida*, con que hicieron insoportables sus poemas. Bien es verdad que Ovidio, dotado de más ingenio que éstos y en comunicación con los demas escritores del siglo de oro, pudo [illegible]

servar en sus obras más fino y delicado gusto. Sin embargo, es tenido por el primer corruptor del estilo en el siglo de Augusto.

Contemporáneo de los anteriores fué Quinto Horacio Flaco, nacido en Venusio el año 65 antes de Jesucristo. Su padre, que había sido liberto, llevóle á Roma para que hiciese sus primeros estudios bajo la dirección del gramático Publio Orbilio. Estando en Atenas estudiando filosofía, alistóse en la milicia, y llegó á mandar como tribuno una legión republicana; pero el miedo le hizo arrojar el escudo en la batalla de Filipos, y resolvió no ponerse más en tan grave peligro. Acogióse en seguida al indulto, y vino á Roma, donde Virgilio le dió la mano para con Mecenas, de quien fué favorecido toda su vida. También Augusto fué su protector. Como era de buen ingenio y gustaba de pasar la vida con todo regalo, pues él mismo, con gran desenfado y franqueza, se llamó á sí mismo, *Epicuri de grege porcum* (puerco de la piara de Epicuro), no le faltaron riquezas y amigos con quienes divertirse y solazarse.

Casi todas sus obras han llegado íntegras á nosotros, y son las siguientes: cuatro libros de *Odas*, seguidas de un *Poema secular* y de un libro de *Epodos*, dos libros de *Epístolas*, otros dos de *Sátiras* y el *Arte Poética*.

Como lírico, dice el P. Juan Andrés: « Roma no puede gloriarse de tener otro poeta más famoso que Horacio, y éste solo puede competir de algún modo con todos los griegos. Él ha sabido con pie seguro saltar por los elevados montes y por los quebrados derrumbaderos de Píndaro, pasear alegremente por los jardines de Anacreonte, tratando con igual facilidad las dulzuras del amor y de una vida afeminada, como lo arduo de las alabanzas de los dioses, de las acciones de los héroes y de las verdades más graves é importantes. » En efecto, Horacio reune en sí las dotes de los demás poetas líricos: en el vuelo sublime y majestuoso de algunas odas puede competir con el mismo Píndaro, imita á Arquíloco en lo sarcástico, tiene la suavidad y gracia de Anacreonte, la ternura de Safo y la fluidez de Ovidio, llevándoles la ventaja de ser más regular, más inteligible y de más delicado gusto. En sus odas es el poeta más variado y flexible; él canta el valor y deplora las guerras, hiere con la ironía y deleita con la alabanza, celebra la virtud y festeja la voluptuosidad, y no siendo modelo de templanza y moderación, recomienda y elogia la vida frugal y la pobreza.

Excusado es decir que á pesar de su finísimo gusto y de sus íntimas relaciones con la alta sociedad de Roma, también llevó su musa al cenagal de las obscenidades, por lo cual decía Quintiliano de Horacio, *que no convenía explicarlo todo*, y nuestro poeta don Javier Burgos no se atrevió á traducirlo íntegro á nuestra lengua.

En sus *Epístolas*, género que perfeccionó mucho, y en las cuales trata de asuntos filosóficos, literarios y de artes, se recomienda por ese estilo familiar y correcto que hace que se lean con tanto agrado. Su *Epístola á los Pisones*, que impropiamente se llama *Arte poética*, pues no fué su intención sino dar algunos preceptos literarios en forma epistolar, es una obra didáctica en que mezcla suave é ingeniosamente la sal de la sátira con lo riguroso del precepto. Es reputada como un verdadero código de buen gusto. Pero en sus *Sátiras* es donde se muestra, además de original y picante, el poeta de la época de Augusto. No se ensaña contra el vicio como contra un enemigo, lo describe, lo pinta, hace de él una fina y graciosa burla, pero no lo detesta. Asimismo con la virtud, exhorta á que

se la estime, pero sin aparecer amante de ella, ni malquistarse con los que no la practican. Horacio, en fin, se formó una moral cómoda, con la cual procuró conciliarse amigos y disfrutar de este mundo. *Epicuri de grege porcum.*

Al llegar al poeta de Mantua, Virgilio Marón, siente uno cierta complacencia, porque en él parece detenerse la corriente de esos poetas, que si bien contribuyeron á hacer ameno el campo de la poesía, lo devastaron en parte con sus torpes é inmundas producciones. Y aunque pagó su tributo á la adulación, llamando dios a Augusto por la protección que le dispensó y porque mandó que se le devolviese su patrimonio, con todo, en sus poesías se muestran su bello carácter y la integridad de costumbres que le hicieron tan amable. Ellas nos descubren también al poeta mas apacible y delicado de su tiempo, quien, por su amor a la naturaleza y á las dulzuras de la vida campestre, vino á ser el poeta nacional de los romanos. Un pueblecito llamado los Andes, cerca de Mantua, fué la cuna de nuestro poeta el año 70 antes de Jesucristo. Educóse en Cremona y Milán, estudió la lengua griega con Partenio, y la filosofía con el filósofo epicúreo Syrón. La predilección de Virgilio por la naturaleza y la vida del campo, aparece visiblemente en sus *Bucólicas*, primeros ensayos de su juventud. Las dividió en diez églogas, ó poesías escogidas, imitación de los idilios de Teócrito, cuyas bellezas procura trasladar á sus composiciones. Con ocasión de las contiendas, quejas, desdenes y celos de los pastores que en ellas intervienen, hace alusiones á los acontecimientos de la época y á la prosperidad de Roma; pero se le critica el haber hecho a sus personajes demasiado pulcros y doctos, y haber tratado argumentos que no podían estar al alcance de rústicos campesinos.

Más tarde por consejo de Mecenas, á fin de hacer cobrar a los romanos amor a la vida del campo, para que sustituyesen el azadón y el arado a la espada, escribió las *Geórgicas*, poema didáctico en cuatro libros, en que trata de los trabajos de un agricultor, como son la labranza, la plantación, los pastos, el ganado y las abejas. Aunque imitador de Hesiodo, estaba reservado al feliz ingenio de Virgilio enriquecer el Parnaso con el poema más perfecto en este género. Dióle en efecto las bellezas propias de esta clase de poemas, imágenes pintorescas, lozanía y variedad de descripciones, tersura y elegancia en el estilo, las cuales unidas á la claridad y sencillez que requiere la instrucción, que en estos poemas es lo secundario, hacen de las *Geórgicas*, la poesía más deliciosa y la más nacional de Italia, por su espíritu y por su asunto.

Dotado Virgilio de un corazón tierno y sensible, y lleno de sentimientos patrióticos, quiso honrar la literatura latina narrando las tradiciones heroicas de su patria en la *Eneida*, poéma épico en doce libros ó cantos. Su asunto es el establecimiento de Eneas en Italia, y el nudo lo forman las dificultades que la diosa Juno le suscita por mar y por tierra.

Es admirable Virgilio en esta obra, a la cual no pudo dar la última mano; y sin embargo, el lector no puede menos de quedar encantado de la delicadeza y dignidad de sentimiento, de la pureza y elegancia siempre sostenidas del estilo, y de la corrección del lenguaje. En estas dotes, así como en la elección del argumento, más grandioso y digno del canto de las musas que la cólera de Aquiles, lo reputan algunos superior á Homero, de cuyos poemas, la *Iliada* y *Odisea* se sirvió para el plan de su poema. Con todo, en la inspiración es muy inferior a Homero, lo mismo [illegible]

la parte característica y en el entusiasmo con que describe las batallas y habla de los héroes que sucumben, tanto, que después de leído Homero, Virgilio parece frío comparado con él.

Bien reconoció Virgilio algunos de estos defectos; pero la muerte que le arrebató á los cincuenta años de su edad, no le permitió corregirlos, ni aún completar algunos versos, por lo que dispuso en el testamento que se quemase. Augusto se opuso á que se cumpliese en esto su voluntad, y á él quizá debe la literatura latina esta preciosa joya literaria. Aunque Virgilio gozó de gran fama de poeta antes y después de su muerte, no faltaron, sin embargo, gramáticos presuntuosos, que llevados del pueril deseo de descubrir faltas en la *Eneida*, comenzasen á criticar algunos pasajes y expresiones, primeros síntomas de depravación del gusto y de la decadencia en este género, como veremos adelante.

Entre los poetas de este tiempo se cuenta también á Fedro, nacido en Macedonia, y liberto de Augusto. Tradujo al latín las fábulas de Esopo en lenguaje puro y correcto, y en verso fácil. Aunque agradables sus noventa apólogos por la sencillez y claridad, fuera de la moral á que principalmente parece atender el autor, no descubren mucha invención ni ingenio [1]. A las alusiones que en ellas hizo atribuyen la persecución que sufrió de Tiberio.

Estos fueron los principales escritores del siglo de Augusto, llamado *de oro* por el brillo de las artes y de las letras, y por los grandes talentos que en él se desarrollaron á la sombra de la paz; pero si bien se considera, ni él los formó, ni es oro todo lo que reluce en su época. Porque débese notar que los escritores más ilustres de este siglo provenían de los últimos tiempos de la República, incomparablemente más ricos que los de Augusto, aunque bajo el aspecto de la lengua fueran menos perfectos. Con el nuevo orden de cosas establecido por el imperio, enmudeció la elocuencia independiente, y aunque la poesía se levantó al encumbrado asiento de donde había caído la tribuna, no brilló empero por virtud propia, sino por el interés privado de Augusto, el cual, si bien es cierto que soportó la independencia individual, no por eso dejó de tenerla presa con cadenas de oro. Los hombres de esta época no tenían creencias, ni fijeza en sus opiniones, así es que fuera de la idea del engrandecimiento de la patria, que predominó en los romanos, ningún otro sentimiento noble inspiró á sus prosadores y á sus poetas, ni vemos en sus escritos un pasaje ó un himno que revelen, no diré la devota inspiración hebrea, pero ni siquiera la convicción de Homero, de Heródoto, de Píndaro ó de Esquilo. Y con especialidad sus poetas, salvo alguna excepción rarísima, todos fueron órganos de la corrupción, instigadores de los goces materiales y lisonjeros del poder. Con estos gérmenes de decadencia, pronto tenía que desaparecer de la literatura latina el brillo de las formas griegas con que se había adornado por la imitación.

Tampoco hubo teatro propiamente dicho, antes bien se renunció á las composiciones cómicas regulares, para dar lugar á los *mimos*, mezcla de baile y de poesía dramática, que no contenían una acción perfecta, sino escenas sueltas de un carácter plebeyo ridiculizado.

1. Estas fábulas fueron descubiertas en un convento de Alemania el año de 1562, y de los escritores antiguos, sólo Marcial hace mención de Fedro.

Respecto de la tragedia, ni en la aristocracia ni en el pueblo había las condiciones suficientes para que este género pudiese tener vida en Roma. En primer lugar faltaba una epopeya, en la cual, como los griegos en la *Iliada* y en la *Odisea*, viesen los romanos la idea general del arte, el orden, el gusto, la pintura de los caracteres, y de donde sacasen los argumentos poéticos y trágicos. No tenían los romanos una religión nacional y antigua que les inspirase asuntos propios de la tragedia; la religión era para la aristocracia una convención ó una fabula, y el bajo pueblo estaba lleno de supersticiones en vez de religión. Tampoco tenían costumbres propiamente dichas, porque el verdadero pueblo romano había casi desaparecido por las guerras y quedado una mezcla de extranjeros, que ó ignoraban las tradiciones antiguas, ó no tenían por ellas ningún interés. Además en este género no se puede prescindir de los espectadores, y los romanos no estaban dotados de ese gusto exquisito por las bellezas artísticas que tanto enamoraba a los griegos, ni la mayor parte del pueblo entendía el idioma de Cicerón. Si a todo esto añadimos los espectáculos del circo, en donde un pueblo de usureros, traficantes y soldados se gozaba en el derramamiento de sangre humana, en ver á los hombres expirar devorados por las fieras ó luchando con sus semejantes, ya se podrá comprender que tendrían embotada la sensibilidad, hasta el punto de hacerse incapaces de gustar las bellezas literarias que ofrece la elevada tragedia.

Con razón dice F. Schlegel que la literatura y la filosofía fueron en Roma plantas enteramente exóticas, si comparamos el escaso número de sus escritores ilustres con el de Grecia, y consideramos el corto espacio que florecieron en Roma. Las causas de la decadencia ya las traía consigo el siglo de Augusto, á que se añadió para acabar con aquella literatura y civilización, el despotismo de los Césares, que ahogó toda inspiración y dió muerte á la libertad. Contribuyeron no poco á la ruina de una y otra las doctrinas del cristianismo, que viniendo á regenerar la sociedad, que había entrado en una dolorosa pero inevitable descomposición, tenían que cambiar necesariamente el aspecto de las artes y de las letras.

Por lo que toca á la elocuencia, si el estruendo de la guerra civil apenas dejó oír su voz en los últimos tiempos de la república, y el gobierno de Augusto, aunque suave, era por su naturaleza contrario á este género, que requiere independencia y libertad, ¿cómo se podía esperar que brillase bajo el cetro de Césares, que al despotismo agregaban extravagancias y caprichos con que sofocaban toda chispa de ingenio que no estuviese enteramente a su servicio? De los tribunales tuvo que pasar á las escuelas de los retóricos, que no son el verdadero campo de la elocuencia, así es que murió entre declamadores, porque no hay cosa más contraria á la verdadera elocuencia que el querer ser elocuente sólo con el fin de hacer ostentación de ella. De aquí provino también la frivolidad de los asuntos á que hubieron de atenerse, como, por ejemplo, si los trescientos espartanos abandonados en las Termópilas debían ó no huir de la muerte; si Agamenón debía ó no inmolar á su hija Ifigenia; ora se disuadía á Catón de matarse, ora se exhortaba á Alejandro á reposar sobre sus laureles; ya se acusaba ó ya se defendía al padre que había hecho matar á uno de sus hijos para salvar al otro, y así otras causas ficticias semejantes con el objeto de ostentar ingenio y

elocuencia. Más insulsos eran aún los preceptos de declamación, como el restregarse la frente al presentarse en la tribuna, suspirar con ansiedad, limpiarse el sudor, desgreñarse el cabello y dejar caer la toga al final del discurso en señal de gran pasión, y otras mil y mil bagatelas á que descendían, y de que se alimentaba la juventud romana para hacerse émula de Cicerón y Demóstenes.

En este estado de vergonzosa postración se hallaba la elocuencia, cuando Marco Anneo Séneca llamado *el Retórico* [1] entró por segunda vez en Roma, donde había recibido su primera educación. Venía de Córdoba, su ciudad natal, con su esposa y tres hijos, Novato, Lucio y Mela, á fin de darles una educación digna de su ilustre nacimiento. Imperaba entonces Tiberio, y abrió escuela de retórica y arte declamatoria, con que alcanzó gran reputación. Dotado Marco de una memoria prodigiosísima, hasta recitar dos mil nombres en el mismo orden que una vez los había oído, escribió á la edad de 72 años, y á ruego de sus hijos, las *Controversias* y *Suasorias* que son una recopilación de discursos y sentencias que él había conservado en la memoria, de haberlos oído en Roma á más de cien oradores célebres.

Las *Controversias* pertenecen al género que llaman judicial, y las *Suasorias* al deliberativo. Fuera de los prefacios que puso á las *Controversias*, en que emite sus juicios sobre algunos escritores antiguos, y en que deplora la ruina de la elocuencia, Marco Séneca no inventa, no hace más que transmitir aquellos monumentos de literatura, diversos en el estilo, como lo eran sus autores, de modo que no se le puede hacer responsable de la corrupción que ya existía; antes bien merece elogio quien con estos trabajos procuraba restaurar la tribuna, y despertar en sus hijos el amor al arte.

El mismo Marco inició á su hijo Lucio Anneo Séneca en el arte retórico y en la declamación, cuyos progresos suscitaron la envidia de algunos émulos, especialmente de Calígula, quien no pudiendo contener el despecho en una causa defendida brillantemente por Séneca en el senado, le condenó á muerte. No la ejecutó, según Dio Casio, porque le dijeron que padecía cierta enfermedad que le quitaría en breve tiempo la vida. Siendo cuestor, fué acusado por Mesalina, tal vez calumniosamente, de tener relaciones con Julia, hija de Germánico, y fué desterrado á Córcega. Llamóle después Agripina para encargarle la educación de su hijo Nerón, en cuyo tiempo obtuvo grande autoridad y riquezas fabulosas; pero ni éstas ni sus lisonjas y bajezas le libraron, como veremos después, de los caprichos sanguinarios de su imperial alumno. Lucio Séneca es el conocido con los títulos de *Filósofo* y *Trágico*, y al decir de Quintiliano, trató todas las materias; pero las morales y políticas eran las que tenían para él más prestigio, como se ve por los tres libros de la *Ira*, el tratado de la *Clemencia*, dirigido á Nerón; el de la *Providencia*; los siete libros de los *Beneficios*; el de la *Vida feliz*, etc., etc., y, sobre todo, por las *Cartas á Lucilio*. Estas obras nos manifiestan el caos

1. Algunos escritores han puesto en duda la existencia de Marco, otros le han confundido con su hijo Lucio, y no han faltado quienes hayan hecho de este último dos personajes distintos el *trágico* y *filósofo*. Leemos en Marcial :

Duos Senecas unicumque Lucanum
Facunda loquitur Corduba.

en que yacían en Roma la moral y la política, y cuánto había cundido el contagio del mal gusto en literatura.

El fondo de su filosofía es el estoicismo. Admira también á Sócrates y Platón, acata á Aristóteles y sigue las doctrinas de Epicuro. Pero nunca el caduco gentilismo logró disipar el torbellino de dudas que se levantaba en su mente, y de que daba continuas muestras en sus escritos. Esta vacilación le hacía contradecirse en los más altos principios, lo que dió materia á un escritor del siglo XVII [1] para escribir un libro con el título de *Séneca impugnado de Séneca en cuestiones políticas y morales*. Todavía fué mayor la contradicción entre sus pomposas máximas y sus hechos.

Resaltan, sin embargo, en los escritos del filósofo cordobés algunas doctrinas más puras y elevadas que en los filósofos anteriores: no admite el dios ciego é impotente de los estoicos ni el que fulmina rayos desde el Olimpo, sino un sér incorpóreo, independiente y necesario, que ama y quiere ser amado y tiene providencia de todas las cosas. Pero lo que constituye su verdadero mérito como filósofo, es, por decirlo así, su principio humanitario. Contra todas las máximas y hábitos de la antigüedad, predica el amor mutuo, aconseja socorrer al pobre, al náufrago, y mirar al esclavo como nuestro semejante, admitiéndole al trato familiar y al convite como al hombre libre, si sus costumbres no lo desmerecen.

Esta elevación de ideas en un filósofo gentil ha dado motivo para creer que conoció algunas doctrinas del cristianismo, y aunque rechacemos como apócrifa su correspondencia epistolar con San Pablo pudo muy bien tener noticia de la doctrina que predicaba el apóstol por haber tenido éste que comparecer ante el tribunal de Galión, hermano de Séneca; del pretor Burro, amigo de nuestro filósofo, y dos veces delante de Nerón. Además, el cristianismo venía infiltrándose insensiblemente en el mundo de la ciencia, subyugando con la fuerza de su verdad y belleza divinas los mismos espíritus que se rebelaban contra él y le hacían cruda guerra. Sólo de esta suerte, dice el Iltmo. Sr. González, es posible concebir y explicar las vislumbres y como fulgores de moral cristiana que, confundidos y amalgamados con las frías y orgullosas máximas del estoicismo, aparecen con frecuencia en las obras de Séneca.

Respecto de la forma, usó el estilo truncado, conceptuoso y afectado de los retóricos de su tiempo, y por sus singulares prendas, superiores, según Quintiliano, á todos los escritores coetáneos, fué mucho más perjudicial su ejemplo. Era tal el entusiasmo de que estaban poseídos los jóvenes romanos, que no leían más que las obras de Séneca; todos se le proponían por modelo y todos se gloriaban de ser sus imitadores.

Fué su muerte lo más trágica que podía imaginarse. Acusado, con razón ó sin ella, de haber tomado parte en la conjuración de Pisón, su ingrato y cruel discípulo Nerón, cuyos instintos sanguinarios no había sabido ó no había podido corregir, decretó su muerte, concediéndole el fatal privilegio de escoger la manera de suplicio que más le agradase y sin permitirle siquiera hacer testamento. Pidió Séneca que le abriesen las venas, y porque la muerte aun tardaba, mandó que le metiesen en un baño caliente, y en él murió á los sesenta y cinco años de edad.

Si un español había contribuido con su talento á la ruina del edificio

1. Alonso Núñez de Castro.

del buen gusto en las letras latinas, cupo á otro español la gloria, si no de evitar enteramente la catástrofe, á lo menos de contenerla por algún tiempo, y de ofrecer á las bellas letras una obra didáctica que le honrará siempre, no menos que á la ciudad que fué cuna de su nacimiento. Éste fué Marco Favio Quintiliano, nacido en Calahorra el año 42 de nuestra era. Después de haber defendido varias causas en el foro romano y acompañado á Galba, pretor de la España Tarraconense, como abogado del tribunal superior de la provincia, volvió á Roma, donde se dedicó por veinte años á la enseñanza de la oratoria. Nada conforme con el gusto literario del aplaudido Séneca, puso todo su empeño en restaurar la tribuna, cuyos preceptos y sana crítica nos dejó en su áureo libro de las *Instituciones oratorias*. Es á la vez un curso de literatura y un tratado de educación para formar un orador perfecto. Al mismo tiempo que da preceptos llama la atención de los jóvenes hacia los clásicos griegos y latinos, presentando ejemplos adecuados á fin de que prefiriesen la sencillez y fuerza del pensamiento á las gracias insípidas y conceptos rebuscados, y la naturalidad al continuo lenguaje figurado que estaba tan en boga. Dominado, sin embargo, por el fatal influjo de la época, ni se libertó del mal gusto de las sutilezas, ni dejó de mancharse con el cieno de la adulación. Pero es de admirar, en un tiempo en que todo era corrupción, que procurase fundar la educación oratoria sobre la base de la moral, insistiendo en que el orador debe ser hombre honrado, idea que, aun cuando á alguno podría parecer trivial, era la única posible bajo la tiranía de los Césares, y en todos tiempos la más eficaz para el fin del orador.

A pesar de los desvelos de Quintiliano, no logró de aquella juventud tan decaída moral y literariamente, más que un solo discípulo que le honrara como maestro. Éste fué Plinio el *Joven*, nacido en Como el año 61 de nuestra era, y sobrino de Plinio el Naturalista, de quien heredó sus bienes y la afición al estudio. Se mostró benéfico defendiendo gratuitamente varias causas en el foro romano; por gratitud de discípulo dotó á la hija de Quintiliano en cincuenta mil sextercios, auxilió á Marcial en su regreso á España, pagó las deudas del filósofo Artemidoro y dió libertad á muchos esclavos. Tuvo con los cristianos sentimientos humanitarios; aunque no alcanzó la verdadera idea de la justicia. Militó en Siria, y de vuelta á Roma recitó el *Panegírico de Trajano*, que es la pieza más acabada de elocuencia en este período. Saltan, no obstante, á la vista frases demasiado estudiadas y pulidas, pensamientos sutiles é ingeniosos, en los cuales se advierte el esfuerzo que hace por dar á todas las cosas un aire de novedad.

Las *Epístolas*, que es otra de las producciones que nos han llegado, aunque no tienen la preciosa sencillez de las de Cicerón, son interesantes como documentos históricos y literarios, pues Plinio estaba relacionado con lo más principal de la ciudad y del imperio.

El género histórico tuvo en esta época una de sus más puras glorias en Cornelio Tácito, nacido en la Umbría el año 52 de Jesucristo. Siguió en un principio la carrera de las armas, recorrió varios países entre ellos la Germania y la Bretaña; después fué abogado, desempeñó los cargos de cuestor y pretor en tiempo de Domiciano y el consulado bajo Nerva. Pasaba ya de los cuarenta años, cuando escribió la *Vida de Julio Agrícola*, su suegro, conquistador de la Gran Bretaña, elevando la biografía á la

dignidad de la historia al introducir en ella los sucesos más importantes, y contar particularidades señaladas de aquel pueblo. Publicó después la *Descripción de la Germania* en breves páginas, pero nutridas de juiciosas é interesantes observaciones, como si quisiera prevenir al imperio contra la futura invasión de aquellas hordas guerreras. Alentado con estos primeros ensayos, emprendió la tarea de escribir la historia de Roma, desde Augusto hasta Nerón, lo que hizo en *Anales* por parecerle más conforme á su genio el describir en esta forma las atrocidades de los sucesores de Augusto. De los dieciséis libros de que constaban, no poseemos más que los cuatro primeros y otros cuatro de los restantes, pero no seguidos ni íntegros. De sus *Historias*, que son la narración de los acontecimientos desde Galba hasta Domiciano, tampoco poseemos más que los cuatro primeros libros, y el principio del quinto, que comprende el año 69.

Todos los críticos están conformes en darle el dictado de *historiador filosófico*, y algunos, como D'Alembert, le ponen á la cabeza de los latinos. Con efecto, él se remonta á la causa de los sucesos, y desenvuelve con mucho acierto sus consecuencias. Hombre de severas costumbres, procura tributar el debido homenaje á la virtud, aunque la vea abatida, y censurar el vicio aunque esté triunfante. Sin embargo, en su exclusiva admiración por las virtudes de los antiguos romanos, no nos explica cómo fueron descendiendo hasta el estado de degradación de que él se lamenta, ni parece entrever el remedio para tantos males, pues no propone ninguno. Lo que no es de extrañar, porque careciendo de los principios luminosos del cristianismo, al cual llamaba, por ignorancia ó malicia, secta odiosa é inmunda, faltábale la verdadera clave para entrar á reconocer el origen de tanto extravío en las costumbres, y señalar sus remedios; fuera de que con la luz de esta doctrina no se habría contentado con describir fríamente los suplicios de los cristianos, como los de cualesquiera otras víctimas, sino que nos habría dejado alguna página siquiera en su favor, pues le constaba de su inocencia y lo reclamaba la justicia.

El estilo es enteramente original: ora marcha con viva rapidez, ora con calma y majestad; unas veces sencillo, otras sublime, no emplea más palabras que las precisas, sin expresiones floridas, sin lujo de imágenes, cadencias ni períodos, como quien trata, no de agradar, sino de instruir y hacer pensar.

No brillaron estas dotes en Veleyo Patérculo, y Valerio Máximo, historiadores del tiempo de Tiberio.

El brevísimo compendio de *Historia romana* del primero, está lleno de conceptos y frases afectadas, y lo que es peor, por adular, altera y suprime los hechos á su antojo.

Los *Hechos y Dichos memorables*, de Valerio Máximo, escritor apasionado por todo lo maravilloso, están compilados en nueve libros, con poco criterio, y narrados sin gusto.

Con más nobleza y dignidad se mostró la historia en Lucio Anneo [illegible], español y quizá de la familia de Séneca, el cual nos dió en cuatro libros un compendio de *Historia romana*.

Justino dirigió á Marco Aurelio un compendio de la *[illegible]* de Trogo Pompeyo: es casi la única fuente para tener noticias de [illegible] y de los Partos.

Las *Vidas de los doce Césares*, de Cayo Suetonio, en que [illegible]

de anécdotas sobre su vida privada no tienen ninguna prenda de elocuencia histórica : están escritas sin gala ni afectación, pero también sin rebozo ni miramiento á la moral.

Más interesantes, aunque en estilo desigual, son *Las noches áticas*, de Aulo Gelio. Estudió gramática en Roma y filosofía en Atenas, y con los apuntes que hizo en su juventud sobre historia, gramática y antigüedades, compuso después un libro que dedicó á sus hijos con el fin de proporcionarles alguna recreación instructiva y amena. Según los autores de quienes toma los materiales, así suele ser el estilo; es, sin embargo, su obra de las más útiles de la antigüedad. Escribió bajo el reinado de Aurelio.

Imitóle en este género de estudios Aurelio Macrobio, escritor del siglo V y autor de las *Saturnales*, en siete libros, en los cuales trata de las fiestas y costumbres romanas, algunos puntos de crítica y cuestiones de física y literatura. Copia á Séneca y otros autores, y tiene los mismos defectos. Quinto Curcio á quien suponen contemporáneo de Constantino, escribió la *Historia de Alejandro*, para la cual, en vez de seguir á los mejores biógrafos, escogió los más crédulos y fabulosos, de modo que nos dió una especie de novela en estilo hinchado y sentencioso, sin ninguna crítica, y con muchos errores de geografía y astronomía.

Más juicioso é imparcial fué Amiano Marcelino en su *Historia* desde Nerva hasta Valente, en veintiún libros, de los cuales nos quedan los ocho últimos. Escribió en tiempo de Juliano; y de la misma época es Eutropio, autor de un compendio de *Historia romana* claro y metódico, pero sin ninguna gracia en el estilo.

Estos fueron los últimos historiadores latinos dignos de alguna mención, y en quienes vemos irse apagando poco á poco el genio y el gusto que habían animado á los de otros tiempos. Era la época de mayor corrupción, y envilecidos por ella los ánimos, no había quien osase levantar la voz contra el desorden ni juzgar á monarcas dominadores, ni pesar con la balanza de la justicia los acontecimientos de que pendía la suerte del imperio. La última producción que ha llegado á nosotros, al expirar este género entre los latinos, fué la bautizada con el pomposo título de *Historia Augusta*, colección de biografías de los emperadores romanos por el estilo de Suetonio. Sus noticias interesan á la erudita curiosidad, pues comprenden el largo transcurso de ciento setenta y ocho años desde Adriano hasta Caro, el año 282; pero la obra es de escasísimo mérito literario. De los seis escritores á quienes se atribuye, el principal es Vopisco, quizá por ser el único testigo ocular. Todos ellos son pobres de estilo, amontonan sucesos sin orden ni crítica, se repiten, no parece sino que en sus narraciones se introdujo la confusión, que tantas creces iba tomando en el imperio.

Ya se habrá podido notar que excepto en la jurisprudencia, no se han distinguido los romanos por su amor á la literatura científica, así es que sus obras en esta parte no pasan de ser compilaciones.

Recordaremos algunos escritores dignos de especial mención por su laboriosidad aunque en la pulidez y elegancia del estilo inferiores á los del siglo de oro. Tales son : Vitruvio de Verona, el cual, con más erudición y maestría que belleza, escribió ocho libros sobre arquitectura, que dedicó á Augusto á principios del primer siglo. Moderato Columela, nacido en Cádiz á mediados del mismo siglo, habiéndose ejercitado en el cultivo del campo, y viajado por muchos países con este objeto, escribió

nueve libros sobre agricultura, y el décimo, que trata del cultivo de los jardines, lo escribió en verso á ruego de sus amigos. Contemporáneo de éste fué Celso llamado el Hipócrates latino, de quien nos han llegado ocho libros sobre medicina, obra preciosa por el fondo no menos que por la forma, aunque no tanto que deba dársele como algunos pretenden el glorioso renombre de *el Cicerón de la medicina.*

Distinguióse sobre todos por su ingenio y constante laboriosidad Cayo Plinio, llamado *el Antiguo*, nacido en Como, de Italia, el año 23 de la era cristiana. Llevado de su amor á la ciencia, quiso observar de cerca la erupción del Vesuvio, y murió sofocado por el humo y la ceniza el año 79. De sus muchos escritos sólo nos queda una obra que se ha titulado *Historia Natural*, compilación inmensa en treinta y siete libros, de toda la erudición de su tiempo. Para juzgar debidamente esta obra, hay que distinguir el plan, los hechos y el estilo. Su plan es vastísimo, pues trata no sólo de los animales, plantas y minerales sino que abarca la geografía, la física y la astronomía; entran también las artes, la medicina, y al hacer la descripción de los cuerpos, combate supersticiones y errores, cayendo él a su vez en otros, pues no sabe elevarse ni descubrir en los fenómenos de la naturaleza una idea superior. No nos da ninguna noción de la Providencia, antes bien niega á Dios, ó lo identifica con el mundo.

Por lo que toca á los hechos, se muestra tan aficionado a lo maravilloso y raro, que hace desconfiar de su buena crítica; no hace observaciones propias, como Aristóteles é Hipócrates, sino que nos da traducciones de autores griegos sin entender muchas veces lo que quisieron decir, ni tener idea clara de las cosas. Por eso incurre en tantas contradicciones y cuenta tantos hechos falsos.

En cuanto al estilo, si bien es cierto que está afeado con la hinchazón de los escritores de la decadencia, no puede negarse que sus escritos son un tesoro riquísimo de términos y locuciones latinas, que contribuyeron sobremanera al restablecimiento de la buena latinidad. Tiene esta obra la grande importancia de suplir la falta de muchos autores, cuyos escritos desaparecieron después, sin la cual ignoraríamos gran parte de la antigüedad, siendo por consiguiente acreedor á nuestra gratitud por su diligencia y aplicación al trabajo. Es loable también este escritor por su amor á la humanidad, debido al secreto influjo de las ideas cristianas, pues hizo que se sustituyese al nombre de bárbaro el de hombre, echó en cara al César la sangre vertida y elogió a Tiberio por haber abolido ciertas supersticiones en Germania y África.

Sufrió la poesía una especie de eclipse en tiempo de los primeros Césares que sucedieron á Augusto, hasta que Nerón, que despuntaba como músico y poeta, y tenía pretensiones de artista, resucitó el arte de hacer versos, y con su ejemplo y entusiasmo se hizo de moda en el imperio.

Habíale precedido su maestro Séneca, de quien dicen Quintiliano y Plinio, que se había ejercitado en varios géneros; pero de éste no tenemos más que nueve tragedias que con más ó menos títulos le atribuyen los críticos que son: la *Medea*, la *Tebaida*, el *Edipo*, la *Hécuba*, el *Tiestes*, *Hércules furioso*, *Hipolito* y la *Troades*; la décima, que es la *Octavia*, la rechazan casi unánimemente. No parece que fuera su objeto implantar la tragedia latina en un pueblo que, como dijimos, sólo se gozaba en espectáculos sangrientos, y por la forma que tienen se ve que no fueron escritas para ser representadas, sino leídas en los salones aristocráticos.

como cualquiera otra composición. No se cuida de la unidad correspondiente al género, ni de la conveniencia escénica, llena su relato de máximas de la filosofía estoica, de descripciones y largos razonamientos. Tienen, en fin, todos los defectos de la decadencia, á saber : pintura exagerada de los caracteres, uso excesivo de antítesis, agudezas y falsos relumbrones.

Cuando Séneca se hallaba en el esplendor de su gloria, como ayo de Nerón, vino a Roma un sobrino suyo llamado Marco Anneo Lucano, nacido también en Córdoba el año 36 de Jesucristo. El mismo Séneca quiso dirigir sus estudios y le asoció al joven príncipe, quien prendado de la índole y viveza de Lucano, le profesó un tierno cariño. Ambos se ejercitaban en el cultivo de la poesía y ambos acudían á los teatros públicos, como era costumbre entonces de los poetas á recitar sus propias composiciones. Cierto día, en que se debía adjudicar un premio extraordinario en el teatro de Pompeyo, y adonde había acudido lo más ilustre de Roma en ciencia y en nobleza, entre los muchos contendientes concurrieron también Nerón y Lucano, fiado el primero en sus pasados triunfos y resuelto esta vez el segundo á no ceder fácilmente la palma. Todos los aspirantes habían sido aplaudidos con frenesí, y parecía inclinarse la victoria á favor de Nerón, cuando apareció Lucano en la escena, el cual había escogido por tema la bajada de Orfeo á los infiernos. El joven poeta comunicó irresistiblemente su entusiasmo á los espectadores, quienes, olvidados de que Nerón era uno de los contendientes, prorrumpieron en vítores y aplausos prolongados. Esta manifestación espontánea irritó tanto á Nerón, que por entre senadores y patricios se salió precipitadamente, dejando estupefactos á todos con tan singular conducta, y no menos quedó el infeliz Lucano. Prohibiósele en seguida declamar en público y después hacer composiciones. Exasperado por este tiránico precepto, tomó parte en la conjuración de Pisón, la que, descubierta, fué condenado, otorgándole Nerón, como gracia, la elección de muerte, y escogió hacerse abrir una vena, á los veintisiete años de su edad.

De las muchas obras de Lucano, en prosa y verso, sólo poseemos *La Farsalia*, poema histórico, comenzado, según Estacio, á los dieciséis años. En él quiso levantar el patriotismo del pueblo romano, y para conseguirlo eligió aquellas guerras que él llama *más que civiles*, que acabaron por postrar á los pies de César todo el poder y arrogancia de la república. Lo noble del asunto enloqueció por algún tiempo á aquel pueblo orgulloso, pero ya impotente, hasta preferir esta obra á las de Ennio, Lucrecio, Ovidio y aun Virgilio; mas á pesar de todas las galas de la poesía, elevación de pensamientos y justo entusiasmo, no es una producción que merezca competir con la *Eneida*. Lucano desnaturalizó los caracteres y situaciones, abultó los objetos y exageró los sentimientos; prefirió, además, la forma esencialmente histórica á la forma tradicionalmente artística, apareciendo en todo el poeta de la decadencia y el discípulo del sentencioso é hiperbólico Séneca. En la *Farsalia* se ven también reflejadas las creencias religiosas de Lucano y de su siglo : la diosa *Fortuna* tenía altares en el imperio, y ésta es la suprema deidad que preside en el poema, con la cual sustituyó al terrible Destino de los griegos.

Hubo después de Lucano otros poetas que se ensayaron en el género épico, cuyas producciones resultaron todavía inferiores á las de Lucano : tales son los *Argonautas*, las *Guerras púnicas* y la *Tebaida*.

Valerio Flaco, natural de Padua, vivía en tiempo de Vespasiano: tomó por modelo de su poema *Las Argonáuticas* de Apolonio, é hizo una imitación en latín llena de versos duros y faltos de armonía.

Asunto más digno de la trompa épica fueron las *Guerras púnicas* de Silio Itálico, nacido, según la autoridad de respetables historiadores, en Itálica, de España. Obtuvo la dignidad de cónsul hacia el año 68, y gobernó con mucha integridad la provincia de Asia en calidad de procónsul. Fué hombre muy erudito y admirador de los escritores clásicos griegos y latinos; pero como carecía de ingenio para remontarse á las regiones de la verdadera poesía, en vez de una acción principal que pide la epopeya, nos dió una serie de acontecimientos en verso, con menos poesía que Tito Livio en prosa.

La *Tebaida*, escrita por el napolitano Estacio, contemporáneo de los anteriores, es imitación también de otro poema sobre la guerra civil entre los hijos de Edipo. Dejóse llevar demasiado del fuego de su imaginación, imitando la hinchazón y ardimiento de Lucano más que la sobriedad y moderación de Virgilio.

Estacio era el poeta de la corte y escribió muchas poesías ligeras, con que mereció coronas de pino, dinero y aplausos [1].

Al lado de estos poetas surgían otros de peor estofa, destituidos de arte y de moralidad; pero como estaban dotados de alguna erudición y gracia, eran los más á propósito para amenizar las cenas y tertulias con sus versos, cuyos acentos debían de hacer un extraño contraste con los tristes ayes de los cristianos, inmolados tal vez el mismo día en el circo, con el objeto de dar este inhumano y bárbaro placer á las muelles romanas y á los afeminados patricios.

Con sus verdaderos colores pintó la corrupción de la sociedad de este tiempo el poeta epigramático Marcial, nacido en la antigua Bílbilis, hoy Calatayud, en España, el año 40 de la era cristiana. Compuso como mil quinientos epigramas, en los cuales también se pintó á sí mismo, pues de ellos dice que los hay buenos, medianos y sobre todo malos. En efecto, la mitad son viles adulaciones á Tito y Domiciano para que le den riquezas, y la otra mitad versa sobre vicios y costumbres de su tiempo. Aunque en general es correcto y elegante su lenguaje, y á veces tiene pensamientos delicados, están casi todos empañados con groserías y obscenidades.

Ayudáronle en la tarea de criticar la sociedad de entonces, pero sin resultado en la enmienda de las costumbres, dos poetas satíricos, Juvenal de Aquino y Aulo Persio de Volterra, ambos contemporáneos de Lucano, si bien Juvenal no publicó sus sátiras hasta el tiempo de Trajano, en que no había peligro de decir la verdad.

1. Se cuenta que habiendo una tigre muerto casualmente á un león [illegible] que Domiciano quería mucho, el respetable senado romano ofreció al emperador la expresión de su pesar, y el poeta Estacio compuso en su honor una elegía, con la cual lloraron el pueblo, el senado y el mundo, la pérdida de la fiera imperial. Mayor ridiculez fué la de Calígula, que habiendo mandado construir caballerizas de mármol, pesebres de marfil y nombrado mayordomo, secretarios y pajes para el servicio de su caballo *Incitato*, al fin le designó cónsul para el año siguiente. Y el senado, y el pueblo y los poetas se degradaban más aún divinizando á sus emperadores, cantando sus virtudes y asistiendo á la ceremonia de la apoteosis, al fin de la cual echaban á volar un águila que llevaba el alma del emperador al Olimpo.

Vimos que Horacio se contentaba en sus sátiras con la burla picante y graciosa del vicio, sin pretender con ellas atraer á nadie á la senda del bien, porque amaba las costumbres de su tiempo; Juvenal, cuyos versos, según él mismo dice, le dictó la cólera, en algunas sátiras se pasa al otro extremo. Censura enérgicamente, truena contra la corrupción; pero en un tono tan acre y furibundo, y con expresiones y pinturas á veces tan libres y obscenas, que más parece despecho que celo del bien común. En las dieciséis sátiras que nos han llegado, se propone abarcar cuanto los hombres piensan, hacen y dicen : zahiere á los filósofos que mostraban severidad exteriormente, pero que estaban corrompidos en lo interior; ridiculiza al senado convocado gravemente por Domiciano para discutir sobre el mejor modo de guisar un pescado que le habían traído del Adriático; pinta la depravación de los magnates, la vanidad de las mujeres y la miserable condición de los literatos; se burla de las supersticiones de los egipcios, y describe las costumbres de los gramáticos, retóricos, augures, saltimbanquis, mágicos y aduladores casi todos griegos, que vengaban á su patria avasallada corrompiendo á sus vencedores.

A pesar de todos estos esfuerzos del ingenio, el resultado tenía que ser nulo, porque sólo un corazón benévolo, la intención recta y el amor á la virtud pueden mover á los hombres; y el cristianismo, fuente de todos los bienes, no inspiraba aún á los poetas de este siglo, quienes tenían que empezar por mejorarse á sí mismos. Consuela, sin embargo, ver la protesta y condenación del vicio en aquella época de tanta corrupción, y el mejoramiento de la sociedad que lentamente iba consiguiendo la religión cristiana.

Aulo Persio es el tercero de los satíricos latinos. Los gramáticos han dividido su obra en seis partes y un prólogo, en ella está pintado el hombre que no conoce la sociedad sino de oídas. Imbuído en las máximas del estoicismo, declama vagamente contra el desorden de las costumbres, censura defectos generales, á veces insignificantes, y aun acciones indiferentes, dejándose en el tintero la nauseabunda corrupción de Roma, capaz de indignar á todo corazón un poco levantado. Sin negarle absolutamente la falta de belleza en algunos pasajes, se le tiene generalmente por hinchado y oscuro en el estilo. San Jerónimo, entendido en la materia, arrojó sus sátiras al fuego para que la llama iluminase su oscuridad.

Hubo también en esta época de decadencia poetas bucólicos, como Calpurnio de Sicilia y Nemesiano, aunque muy inferiores á Virgilio; asimismo poetas didácticos y líricos, á quienes, no obstante su erudición y talento, les faltó inspiración y gusto para hacer inmortales sus obras. Tales fueron el africano Terenciano Mauro, del tiempo de Trajano, autor de un poema en cuatro libros sobre las *Letras del alfabeto, sílabas, pies y metros;* Claudiano de Alejandría, á principios del siglo V, de quien nos han quedado los poemas el *Rapto de Proserpina* y el *Viejo de Verona* y algunos panegíricos; Avieno de Etruria, en el mismo siglo, que imitó los *Fenómenos* de Arato en su poema *Descripción de la tierra;* y Rutilio Numaciano de Poitiers, que escribió un poema (*De reditu*) en que describe el viaje á su patria, y el sentimiento por tener que dejar á sus amigos y la ciudad de Roma.

Aunque los latinos no cultivaron la novela, han llegado á nosotros, bajo una forma novelesca y satírica, varios fragmentos en prosa y verso de un

libro intitulado *Satiricon*, atribuido á Petronio Arbitro, cónsul de Bitinia y favorito de Nerón. Fuera de algunos trozos curiosos, como la guerra de César y Pompeyo, la cena de Trimalción, tipo de los ricos voluptuosos de Roma, y que, según algunos, representa á Nerón, es mayor la fama que se ha adquirido por la obscenidad de las cosas que dice que por la elegancia y suavidad del estilo.

Más semejanza tiene con la novela el *Asno de oro* de Apuleyo, natural de Madaura, en Africa, que vivía á mediados del siglo II. Tomó esta ficción de la que escribió Luciano con el título de *Lucio ó el Asno*, pero la adornó con otras fábulas que sirven de episodio á la principal; en ella satiriza la magia y otras supersticiones de su tiempo; pero sin desecharlas enteramente, pues creía que los demonios ejercían un poder inmediato sobre el hombre y la naturaleza. Bajo el aspecto literario algunos episodios son bellísimos: el del *Amor y Psiquis*, sobre todo, es nuevo, y por su delicadeza es digno de colocarse entre las mejores producciones antiguas.

Según las costumbres de la época, viajó por varios países de África y Asia, y aun de Grecia, pronunciando discursos, con los cuales adquirió tan gran nombradía que en algunas ciudades le erigieron estatuas. Casóse con una viuda rica; pero los parientes le acusaron de haberse valido de hechizos para captarse su amor, y él para defenderse leyó ante el tribunal del procónsul de Africa la *Apología*, que ha llegado hasta nosotros, historia singular de las preocupaciones de su época.

También se hizo célebre por sus escritos filosóficos, en los cuales amalgama ciertas teorías de Platón y Aristóteles, y asienta la doctrina demonológica, tomada en sus viajes, de ideas y reminiscencias cristianas confusas ó desfiguradas. Cree en un solo Dios distinto del mundo, el cual gobierna con su poder, en su concepto constituyen el supremo bien moral Dios, el espíritu y las virtudes. Como se ve en éste y otros escritores paganos, aun á despecho y contra su voluntad, la fuerza incontrastable del cristianismo influía poderosamente en todos los escritos y sistemas de esta época de transición. Con los autores nombrados se extinguió la literatura clásica latina, guardando esta lengua un silencio casi general, hasta que con la traducción de la Biblia empezó para la literatura latina una vida enteramente nueva y una época floreciente. Tal es la de la literatura eclesiástica.

LITERATURA CRISTIANA

TIEMPOS APOSTOLICOS

El cristianismo dió al mundo una nueva filosofía y una nueva literatura, bases de una civilización nueva también. Su fuente han sido los cuatro Evangelios, las Epístolas y demás escritos canónicos de los primeros discípulos del Salvador, en número de veintisiete libros, que llamamos del *Nuevo Testamento*. Necesario es tratar de estos escritos con tanta más razón, cuanto que su influencia en todos los siglos ha sido inmensa, no sólo en la filosofía y en la moral sino en la literatura y en las artes.

El *Nuevo Testamento* completa la Biblia, cuyos libros se refieren unos á la vida y doctrina del Hijo de Dios hecho hombre, y otros á la sociedad que Él fundó, que es la Iglesia.

De estos divinos libros decía admirablemente San Gregorio : « Ellos encierran misterios capaces de admirar y suspender á los más sabios, al mismo tiempo que enseñan verdades sencillísimas propias para formar las inteligencias de los humildes y pequeñuelos. Tienen en lo exterior con qué alimentar á los niños, y en sus más íntimos arcanos con qué llenar de admiración á los espíritus más sublimes. Son semejantes á un río, cuyas aguas están en algunos sitios tan bajas, que las puede vadear un cordero, y tan profundas en otros, que puede nadar un elefante. »

La palabra *Evangelio* quiere decir buena nueva, y en él se nos describe la vida y doctrina de Jesucristo, que apareció en el tiempo designado por los profetas, y en medio del desarrollo histórico del mundo. Pero el *Evangelio* es á la vez un código de leyes y preceptos morales tan perfecto, que no se puede idear otro mejor ni más proporcionado á las necesidades del hombre y de la sociedad. Él ha regenerado al mundo y ha levantado hasta el heroísmo la santidad de millares de personas de toda edad, sexo y condición en todos los siglos y en todos los países. Su estilo tiene el carácter de la sencillez é ingenuidad; así es que convence, al mismo tiempo que deleita y cautiva el corazón. Sus expresiones son comúnmente sencillas é infantiles, las cuales encierran á veces una sublimidad incomprensible como que son la palabra de Dios revelada al hombre.

Cuatro son los Evangelios admitidos por la Iglesia, en los cuales reina una admirable armonía en la doctrina y en los hechos. El mismo Espíritu de Dios, que inspiró á sus autores, dióles también algo propio, de manera que están de acuerdo entre sí en ciertos puntos, al mismo tiempo que cada uno describe alguna cosa que los otros se dejaron.

El primer Evangelio lo escribió San Mateo, como seis años después de la muerte del divino Maestro, en la lengua que entonces hablaban los judíos, que era la hebrea mezclada de siriaco y caldeo, y es el más abundante en hechos y preceptos morales. Llamado su autor al Apostolado estando de recaudador de los tributos públicos, conoció personalmente al Salvador, y fué testigo ocular de muchos sucesos que cuenta.

Algunos años después, y á petición de los fieles que había en Roma, escribió San Marcos su Evangelio, en griego. Es mucho más breve que el anterior, y fué aprobado por San Pedro, de quien había recibido las noticias que refiere.

San Lucas, médico de profesión en Antioquía, escribió su Evangelio también en griego, ordenando los hechos relativos á nuestro Salvador por lo que había oído á su maestro San Pablo, y á otros que habían conocido personalmente á nuestro Señor Jesucristo. El carácter histórico es el que más en él se refleja, así es que se extiende más en hechos que en preceptos de moral, y como era hombre versado en las letras, se distingue por lo correcto y bien seguido de la narración.

San Juan, discípulo predilecto del Salvador, filósofo, teólogo, profeta y mártir, publicó su Evangelio á ruego de los obispos de Asia, á fines del siglo primero. Se propuso combatir la herejía de Evión y Cerinto, que negaban la divinidad de Jesucristo, más bien que descender á narrar su vida, expuesta ya por otros Evangelistas. Simbolizado en el águila por la

elevación de su doctrina, se remonta del primer vuelo hasta el seno de la divinidad, y demuestra que *el Verbo era en el principio*, esto es, que antes que se hiciese hombre y naciese de María, y antes de todos los siglos, ya existía. Describe después varios sucesos de la vida del Salvador con una magnificencia y sencillez admirables, distinguiéndose entre otros la curación del ciego de nacimiento y la resurrección de Lázaro. Pero el pasaje más tierno de este Evangelio es el de la última cena en que Jesucristo lava los pies á sus discípulos, instituye la Eucaristía y hace una oración devotísima á su eterno Padre.

Los *Hechos de los apóstoles*, escritos por San Lucas en Roma, son una relación sencilla y sublime de los trabajos de los primeros discípulos del Salvador antes de salir de Judea, en que trata más particularmente de San Pedro. Después se contrae á hablar de la predicación y viajes de San Pablo, cuyo compañero había sido por algún tiempo, hasta la traslación de éste á Roma por haber apelado al César. Es sencilla, porque tales habían de ser las acciones de unos simples pescadores, y es sublime por el pensamiento que concibieron de conquistar el mundo, no en nombre propio ó de algún emperador, sino en nombre de Jesucristo crucificado y para la gloria suya.

Las *Epístolas* son tratados más ó menos cortos que San Pablo y algunos apóstoles dirigieron á las Iglesias ó á personas particulares, y en las cuales daban avisos, enseñanzas y reglas de conducta, según las necesidades y circunstancias.

Todas son admirables por la gran sabiduría y espíritu de caridad que manifiestan, pero en las catorce de San Pablo brilla esa elocuencia sublimísima digna del que fué escogido vaso de elección para anunciar al mundo los misterios de la redención y de la gracia. Ellas son un tesoro riquísimo de divina teología, no menos que una fuente inagotable de fecundas y sublimes inspiraciones, de donde han sacado su maravillosa doctrina los más grandes oradores desde San Crisóstomo hasta Bossuet, y desde Bossuet seguirán inspirándose todos hasta el fin del mundo. El crítico Longino cuenta á San Pablo entre los hombres más elocuentes de Grecia.

El *Apocalipsis*, escrito por San Juan en la isla de Patmos, adonde fué desterrado por la fe, es una profecía de los principales sucesos que tendrán lugar en el mundo hasta su destrucción y renovación. El mismo Jesucristo, que se lo mandó escribir y enviar á las siete Iglesias principales de Asia, quiso encubrir bajo venerandos misterios los terribles castigos que ejercerá su justicia sobre los enemigos de la Iglesia, y como la hará triunfar, no solamente en el cielo sino tambien en la tierra. Cada palabra es un misterio, dice San Jerónimo, así es que su oscuridad ha dado ocasión á algunos escritores á comentarios extravagantes, por apartarse del común sentir de los santos Padres; y en especial los primeros protestantes discurrieron vaticinios tan absurdos y disparatados sobre Roma y el Papa, que los mismos sucesos han venido á ponerlos en ridículo.

Con el *Apocalipsis* se cierra el catálogo de los libros inspirados que componen la Biblia, el monumento literario más sublime y grandioso que posee la humanidad, el cual, principiando por el *Génesis* y terminando en el *Apocalipsis*, nos revela el origen de la naturaleza y del hombre, nos explica el misterio de la vida de la humanidad y nos anuncia la desaparición de la tierra y su glorioso destino.

Como en el Evangelio y demás libros sagrados no se narraba sino lo puramente necesario para la inteligencia de la nueva doctrina, la humana curiosidad, que nunca queda satisfecha, echaba de menos algunas circunstancias, y deseaba saber pormenores sobre la vida del Salvador, de la Virgen y demás personas relacionadas con la sagrada familia. De donde resultó que algunos, llevados de la piadosa inclinación de hacer amenas las narraciones sagradas, y otros, especialmente judíos y herejes, con el mal propósito de alterar los textos y corromper la doctrina, forjaron relaciones más ó menos verosímiles sobre las personas sagradas. Escribiéronse con este motivo varios evangelios, cuyo número llegó después á cincuenta, que la Iglesia ha ido rechazando como apócrifos, asimismo varias cartas atribuídas á Jesucristo y á la Virgen, y otras relaciones que fueron origen de las leyendas.

De entre éstas es célebre la del *Judío errante Asarrerón*. Al lado de niñerías, milagros inoportunos y reflexiones á veces triviales, se encuentran principalmente en los que escribían. con buena intención, pasajes llenos de ingenuidad y candor, y de esos afectos de piedad y misericordia desconocidos en la literatura clásica pagana.

Por este tiempo escribió Hermas el libro del *Pastor*, en que bajo la preciosa alegoría del pastor que conduce sus ovejas á pastos abundantes, describe la vida espiritual de gracia y santidad que tenían los primeros cristianos. Fué tenido en mucha veneración, y aun considerado por algunos como inspirado, por la afectuosa sencillez con que describe sus visiones y da provechosos preceptos.

Contribuyó en gran manera á la regeneración moral y literaria de aquella sociedad que estaba á pique de disolverse, la institución desconocida entre los paganos, de enseñar á los fieles reunidos en asambleas públicas. Esta es una de la prerrogativas más insignes del ministerio eclesiástico, y que más beneficios ha acarreado al individuo, á la familia y á la sociedad.

Desde que Jesucristo dijo : *Id y predicad á todas las gentes*, el conocimiento de las cosas sagradas ya no fué un previlegio como entre los egipcios y griegos, la verdad se popularizó, y el niño cristiano, cuando llega al uso de la razón, puede responder satisfactoriamente á lo que ignoraban Platón y Aristóteles. Este método de enseñar la verdad, que principió por Jesucristo y se ha continuado en el mundo por diecinueve siglos al través de persecuciones y errores, ha merecido los elogios aun de los incrédulos de nuestro tiempo[1].

El celo por esta doctrina fué también causa de un movimiento literario que se manifestó en las *Epístolas* de algunos padres apostólicos, como San Bernabé, San Dionisio de Corinto, San Clemente I, San Ignacio mártir y otros varios, con las cuales instruían, confirmaban y atraían á la paz y concordia á los fieles de las primitivas Iglesias.

1. M. Jouffroy, *Mélanges Philosophiques*, v. 1., pág. 479, entre otras cosas dice : « Hay un librito que se hace aprender de memoria á los niños, es el catecismo. Leedlo, y hallaréis en él la solucion de todas las cuestiones. Preguntad al niño cristiano de dónde viene la especie humana, á dónde va, cómo fué creado el mundo, para qué fin, todo lo sabe.... Más crecido no dudará en deciros la verdad sobre el derecho natural, el político, el de gentes, porque todo eso nace clara y naturalmente de la doctrina cristiana. »

No es posible omitir el nombre de San Dionisio Areopagita, convertido á la fe por la predicación de San Pablo en el areopago de Atenas. Algunos críticos de los siglos XVI y XVII negaron la autenticidad de sus escritos; pero ha sido puesta en evidencia después por los P. P. Honorato de Santa María y Natal Alejandro. Además de algunas Epístolas, han llegado á nosotros los libros de los *Nombres divinos*, de la *Jerarquía celestial* y de la *eclesiástica*, y de la *Teología mística*: en ellos estan tratados estos asuntos con una magnificencia de estilo correspondiente á su grandeza, si bien con alguna oscuridad que los críticos atribuyen á la ley del arcano que entonces guardaban los escritores cristianos, por no exponer á menosprecio los misterios de la religión, y sobre todo á la sublimidad de la doctrina y al modo de escribir que tenian los platónicos. Estos libros fueron muy estudiados por los filósofos de la Edad Media.

Un nuevo género de literatura ofreció el cristianismo en las *Actas de los Mártires* y *Vidas de los Santos solitarios*.

El noble heroísmo nunca visto en el mundo pagano de sufrir persecución y morir por la verdad, sin fanatismo, sin ostentación y sin bajeza, se hizo común desde los primeros siglos de la Iglesia á millares de cristianos, no sólo filósofos y varones fuertes, sino idiotas y personas débiles, viejos, mujeres y niños. Estos triunfos son los que se describen en esas sencillísimas y admirables narraciones que se llaman *Actas de los mártires*, escritas ordinariamente por testigos oculares, notables por la unción y piedad que respiran, y sobre todo por los sentimientos de caridad y compasión hacia los mismos verdugos[1].

Dotes semejantes brillan en las *Biografías* ó *Vidas de los Santos solitarios*. Antes del cristianismo sólo se habia ocupado la historia de hombres insignes en la guerra, ó eminentes por su ciencia y riquezas: ahora tiene la virtud su panegírico, cualquiera que sea la persona en quien resplandezca. Los placeres de los sentidos habian sido la vida del paganismo: otras delicias y otros gustos ofrecía la fe á los que querian seguir mas de cerca al divino Maestro Jesucristo. Por eso el pueblo creyente, admirado y edificado de la vida extraordinaria que hacian muchos cristianos, no obstante las sugestiones y halagos de una sociedad tan corrompida, relataba su historia elogiando, ya la abstinencia y austeridad del ermitaño, ya el retiro y castidad de la doncella, ora la penitencia del mancebo, ora la devota oración del recién convertido, descendiendo en la narración á pequeños accidentes y pormenores, que sirviesen para la edificación y ejemplo de los demás. De aquí las *Vidas de los Santos*, en las cuales no hay que buscar ciertamente teorías filosóficas ni adornos de retórica; lo que en ellas se encuentra es ingenuidad y candor, unción agra-

1. Véase RUINART. *Acta primorum martyrum sincera et selecta*; y muy especialmente la inmensa y preciosa obra llamada de los *Bolandistas*, por haber sido el P. Juan Bollando, de la Compañía de Jesús, quien la comenzó el año de 1643, que lleva el título de *Acta sanctorum quotquot toto orbe coluntur*. Ha sido continuado en nuestros días, y además de la severa crítica que todos reconocen en las vidas y milagros de los Santos, se hallan en esta obra un sin número de documentos originales y disertaciones interesantes y, como dice el erudito Camus, toda la historia de Europa y gran parte de la de Oriente. Hasta ahora se han publicado sesenta y dos tomos en folio, que contienen los santos de los diez primeros meses del año.

dable y una sencillez tan encantadora, que parece decirnos que si alguna vez pudieron engañarse sus autores, jamás pretendieron engañar á otros.

Háblase á principios del siglo II de algunas versiones del *Nuevo Testamento*, en especial de la siriaca, copta y etiópica, además de la italiana, las cuales se hicieron á fin de que se instruyese el ya numeroso pueblo cristiano en la doctrina del Redentor, y la interpretación de estos libros se hacía en conformidad con la tradición, pero á más se extendía la literatura eclesiástica, la veremos abrazar la apología, la controversia, la dogmática, la moral, la elocuencia y la historia sagrada á medida que la iglesia vaya ensanchando sus conquistas.

De los autores paganos que mencionamos arriba, unos, como Séneca, Quintiliano y Plutarco, ni siquiera nombran en sus escritos á los cristianos; otros como Tácito y Juvenal por ignorancia, ó por malicia los llaman secta odiosa; y no pocos entre ellos Luciano, Celso y Crescencio el *Cínico* ridiculizaban sus costumbres, y les atribuían crímenes horribles. El populacho de las grandes ciudades, ebrio con los espectáculos, prorrumpía muchas veces sin más motivo que su frenético entusiasmo : *Los cristianos á los leones*, y los emperadores y prefectos, sin más interrogatorio ni forma de proceso que dar gusto á aquella plebe feroz, mandaban arrojar á aquellos infelices á las garras de las fieras. Para ellos no había ni justicia en los tribunales, ni rastro de humanidad en los corazones.

Algunos cristianos instruídos, cuando veían el trono de los Césares ocupado por algún emperador más razonable ó menos sanguinario, aprovechaban la oportunidad y salían á la defensa de sus hermanos en la fe, con las armas de la elocuencia. San Cuadrato, obispo de Atenas, fué el primero que el año 125 presentó á Adriano, con ocasión de su permanencia en esta ciudad, una apología, de la cual no ha llegado á nosotros más que un fragmento, relativo á los milagros de Jesucristo. El filósofo cristiano Arístides le dirigió poco después otra sobre la sublimidad de la doctrina del Evangelio. El resultado fué disminuir algún tanto la persecución; pero como ésta no cesase en algunos puntos, y las súplicas y quejas de los aborrecidos cristianos no llegasen al trono de los Césares, suscitó la divina providencia un hombre cuya vigorosa y elocuente palabra puso mas de manifiesto la injusticia y crueldad de los gobernantes y del pueblo. Este fué Justino, filósofo pagano, nacido en Siquén de Palestina.

« Turbado, dice él, con los sistemas de la filosofía pagana, acudí á la de los cristianos, y no tardé en convencerme que sus libros eran las fuentes de la filosofía verdadera y útil á los hombres. He aquí porqué soy cristiano. » Fué su conversión el año 138. En seguida abrió escuela católica, que fué la primera en Roma, y poco después publicó un libro intitulado *Exhortación á los griegos*, en que prueba con una erudición poco común que los libros de Moisés son anteriores á los de los filósofos y poetas paganos, quienes desfiguraron con mil errores accidentales y locales las tradiciones mosaicas.

En la *Apología* dirigida á Antonino, á Vero, su hijo, al senado y pueblo romano, es donde muestra la entereza de su carácter y ardiente fe. « Príncipes, les dice en su introducción, se os da el nombre de piadosos y filósofos, se os llama guardadores de toda justicia y amigos de la verdad; escuchadme, pero no penséis que os dirigimos este escrito por lisonjearos,

ó pediros alguna gracia.... » Presenta á continuación un cuadro fiel de las costumbres de los cristianos y de los que no lo eran, é indignándose porque condenaban al suplicio á los que perseveraban en la fe, al propio tiempo que absolvían y daban honores a los que apostataban, añade con rara energía. « Parece que teméis que todo el mundo practique la virtud, y que no tengáis ya á quien castigar : pensamiento más propio de un verdugo que de príncipes generosos. » Y después de exponer la doctrina de algunos dogmas, concluye : « Si os parece razonable, respetadla; si frívola, despreciadla; pero no condenéis por ella á millares de inocentes, porque, os lo repetimos, no evitaréis el juicio de Dios, y por nuestra parte diremos : Cúmplase la voluntad del Señor ».

Otra *Apología* presentó á Marco Aurelio en que tomando el hilo de algunas ideas del escrito anterior demuestra la superioridad de la doctrina de Jesucristo sobre la de los filósofos, por las mismas citas de los poetas y sabios de Grecia. Había por este tiempo un filósofo cínico, llamado Crescencio, en cuyos escritos se hacía eco de las calumnias que se forbajan contra los cristianos. Provocóle San Justino a una conferencia pública, y en ella le probó que ignoraba la doctrina de los cristianos, ó que obraba de mala fe. El desleal contendiente se vengó delatando a San Justino ante los jueces encargados de proceder contra los cristianos, y el intrépido filósofo no vaciló en sellar con su propia sangre la fe de que había dado tantos testimonios.

Habiendo sido testigo el mismo Marco Aurelio, por los años 174, del acontecimiento milagroso de la legión fulminante en favor del ejército romano, mandó cesar la persecución; pero el odio popular contra los cristianos, á quienes culpaban hasta de los terremotos, como sucedió en el de Esmirna, volvió á estallar al poco tiempo, y comenzaron a ser nuevamente perseguidos. Las atrocidades que se cometían excitaron el celo de algunos escritores elocuentes, entre los cuales Atenágoras, filósofo cristiano de Atenas, elevó á Marco Aurelio y á su hijo Cómodo una apología intitulada *Legacion*, porque iba en nombre de los oprimidos, a sus perseguidores. Aunque la fuerza de los argumentos es la misma que la de San Justino, su estilo es más puro, y no se limita á defender la religión cristiana, sino que ataca al paganismo mostrando todo lo absurdo é impuro de sus doctrinas y costumbres.

También esgrimieron los cristianos las armas de la ironía y del ridículo, hiriendo por los mismos filos al paganismo. Hermias escribió por esta misma época un libro preciosísimo en griego, que llamó *Los filosofos burlados*. En él combate sus doctrinas, haciendo patente las extravagancias y contradicciones de cada secta, de este modo : presenta á cada filósofo exponiendo su sistema sobre la divinidad, el alma humana, el principio de las cosas y otros puntos de filosofía; y lo que el primero dice, el segundo lo refuta; después el tercero desmiente a los demas y así sucesivamente. Es la rechifla mas hiriente y graciosa que se ha hecho de las doctrinas paganas, á cuyas ideas ha sabido dar una precisión, claridad y agudeza tales, que por esta obra se le denomina el *Luciano cristiano*.

Estaba para terminar el siglo segundo, y la persecución, en vez de disminuir, iba recorriendo las provincias y arreciando cuándo en unas, cuándo en otras; pero la fortaleza y actividad literaria iban en igual proporción entre los cristianos, unos soportando las cárceles, el destierro y la muerte, y otros procurando, con luminosos discursos, [illegible]

el paganismo á los ojos de la razón y de las conveniencias de la sociedad. Sería largo de contar los extraordinarios ingenios que florecieron en este tiempo; citaremos, no obstante, algunos, dignos por lo que toca á sus escritos, de que la historia de las letras no olvide sus nombres.

Tales son San Melitón, obispo de Sardes, que presentó á los emperadores Marco Aurelio y Vero una notable apología; Claudio Apolinar, obispo de Hierápolis, célebre por la erudición de que dió testimonio en otra apología á Marco Aurelio y por sus cartas sagradas y profanas; el senador Apolonio, el cual, delatado por un esclavo, no titubéo en confesar lisa y llanamente su religión en un discurso que leyó delante del senado y vindicarla de las acusaciones que maliciosamente se le hacían. Sus colegas le premiaron tanto valor mandando que fuese decapitado, como se ejecutó el año 189.

Pero especialmente debemos mencionar á Tertuliano, el más elocuente de los apologistas, cuya voz resonó entonces más que la gritería de los anfiteatros y cuyos argumentos no pudieron resistir los tribunales de los tiranos. Nació en Cartago el año 160, estudió con mucho provecho todas las ciencias de su tiempo y ejerció la abogacía antes de convertirse al cristianismo. La constancia de los mártires fué lo que más le movió el corazón; por eso nos dejó aquella sentencia : *La sangre de los mártires es semilla de cristianos.*

Con motivo de la persecución que se encendió en África, escribió su *Apologético*, en que prueba la ilegalidad de los procesos, la inconveniencia de castigar á tantas personas y la injusticia de privar á los cristianos de abogados que los defiendan, lo que no se hace con ningún reo pagano, por más criminal que sea. En seguida los defiende de las acusaciones y calumnias que les levantan, demostrando, con la relación de las costumbres de los unos y de los otros, que los verdaderos enemigos de la humanidad son los paganos, « porque ellos son los que exponen á sus propios hijos á millares en las calles y plazas públicas, ó se deshacen de ellos ahogándolos ó dejándolos morir de hambre. Ellos son los que en el ejército están siempre dispuestos á rebelarse contra sus emperadores, como haya quien les ofrezca mayor sueldo, y lo que es un verdadero escarnio para la moralidad, cuando se trata de honrar á los príncipes establecen mesas públicas de juego, convierten en taberna toda la ciudad, y ebrios corren en tropel por las calles cometiendo toda clase de liviandades y disoluciones. Pues qué, dice, ¿acaso no se puede expresar la alegría pública sino con vergüenza pública? » Sería necesario copiarla toda para admirar su estilo vivo, animado, enérgico y tan rico en metáforas y pensamientos elevados, que parece revivir en él el de Tácito.

Su celo no le dejaba estar ocioso; escribió varias obras de moral y tratados de controversia, y para tapar la boca á los herejes de su tiempo y aun á los de los siglos venideros, publicó su inmortal obra *De las prescripciones*, en que les pregunta por los títulos de posesión de sus doctrinas. « Nosotros, dice, las hemos recibido de los apóstoles. »

Reconocida estaba la Iglesia á la ilustración y virtudes de su sacerdote, del cual esperaba todavía más victorias, cuando un decreto del Papa San Ceferino, que admitía al perdón á los adúlteros arrepentidos, le hizo tomar la pluma contra su jefe, calificando el decreto de relajación peligrosa. Su orgullo le llevó más allá : aceptó los errores de Montano y se hizo después cabeza de una secta llamada por él de los tertulianistas, y

acabó su vida el año 245, dejándonos con mucha duda de su salvación.

No menos prodigiosa fué la elocuencia del filósofo Cipriano, convertido al cristianismo por las amonestaciones del sacerdote Cecilio, y pedido unánimemente por los fieles para obispo de Cartago. Escribió varios tratados de controversia y de moral, entre ellos el de la *Vanidad de los ídolos*, en que demuestra lo absurdo del culto idolátrico, y el de los *Testimonios*, cuya primera parte es contra los judíos; la segunda es una demostración de la divinidad de Jesucristo, y la tercera trata de moral. Es este padre, en sentir de Lactancio, el primero de los cristianos verdaderamente elocuentes, y Fenelón dice que su elocuencia recuerda la de Demóstenes. Cuando deseaba leer algunos de los escritos de Tertuliano decía: «Dadme el maestro», y en él aprendió aquella energía y vehemencia mezclada con la dureza africana que resalta en los escritos de ambos padres. Extraviado algún tanto por el error de considerar nulo el bautismo conferido por los herejes, vino en fin á lavar la falta con su propia sangre. Había escrito a los fieles una fervorosa *Exhortacion al martirio*, y él fué el primero en darles ejemplo de fortaleza, pues conducido ante el procónsul Galerio éste le leyó el decreto de muerte, y San Cipriano respondió: *Deo Gratias*. Mandó dar veinticinco piezas de oro al verdugo, y ofreció su cabeza al filo de la espada el año 258.

Otro defensor ilustre de las doctrinas del cristianismo, fué Arnobio, profesor de retórica en Sicca, de África, el año 303. Siendo neófito, escribió siete libros contra los gentiles, cuyos errores rebate sólidameete, pero no establece con la misma solidez las creencias cristianas. Su estilo, aunque enérgico, es algo oscuro y embrollado.

Más ameno y elegante fué Minucio Félix, de quien conservamos un dialogo intitulado *Octavio*, en que disputan un cristiano y un pagano.

Lactancio, discípulo del Arnobio y campéon insigne del cristianismo, fué también africano. Enseñó retórica en Nicomedia y fué nombrado por Constantino ayo de su hijo el césar Crispo. Escribió el *Tratado de la muerte de los perseguidores*, asunto interesantísimo y muy propio de un apologista; el de la *Ira de Dios*, en que prueba que tiene reservados premios y castigos, y el de las *Instituciones divinas*, donde explica extensamente el sistema cristiano de la Providencia. Es un monumento bellísimo de la literatura de este tiempo, habiendo merecido su autor, por la elegancia y fluidez del estilo, ser llamado el *Cicerón cristiano*.

Hablando de la condición inferior civil de los esclavos, enseña que entre los cristianos todos son hermanos y compañeros, porque miran y consideran la dignidad del hombre por el espíritu no por el cuerpo.

La necesidad de formar hombres apostólicos para la predicación del Evangelio y de perpetuar en la iglesia la enseñanza cristiana, había sugerido á los apóstoles y obispos de los primeros tiempos la fundación de instituciones bajo el nombre de *Escuelas cristianas*. La de Alejandría tiene por fundador al evangelista San Marcos, la cual ciudad, siendo en aquel tiempo centro del saber pagano y estando poblada de filósofos, necesitaba, sobre todas las demás, de una enseñanza cristiana más completa, a fin de demostrar la superioridad de la ciencia católica sobre los vanos sistemas de la humana filosofía. A despecho de la persecución, fueron realizando los obispos de Alejandría este bello pensamiento, y ya el año [illegible] brillaba con doble esplendor, de virtud y ciencia, debido [illegible] de San Panteno, que daba además lecciones públicas con [illegible]

versal. « Esta abeja de Sicilia, decía de él su discípulo Clemente de Alejandría, del jugo que ha libado en los celestiales huertos de los apóstoles y profetas produce en el ánimo de sus oyentes un inmortal tesoro de ciencia y de virtud. » Habiendo enviado á San Panteno su patriarca Demetrio á predicar el Evangelio á la India, le sucedió en la cátedra Clemente de Alejandría, nacido en la misma ciudad y á quien San Panteno había convertido á la fe.

Era Clemente un talento de primer orden, y poseía además una erudición inmensa, con la cual daba al encanto y dulzura de su estilo una fuerza irresistible. Pero no se contentó con enseñar, quiso también escribir á fin de que la verdadera doctrina del Evangelio pasase á la posteridad, iluminada con la luz de la ciencia. Hasta su tiempo la lucha empeñada con el paganismo y la herejía, había hecho tomar la pluma á los Padres, para escribir obras de controversia ó polémica religiosa; ahora Clemente Alejandrino da el primer paso en el camino de desarrollar la sublime doctrina del Evangelio en obras sólidamente doctas.

Las más importantes que de él nos quedan son el *Pedagogo*, que es un compendio de toda la moral cristiana para instrucción de los catecúmenos; las *Estrómatas* ó *Misceláneas*, colección de varios conocimientos sobre historia y filosofía, en que se propone levantar sobre todas las ciencias á la religión cristiana, probando la excelencia de sus dogmas y su armonía con la sana razón; la *Exhortación á los Gentiles*, en que trata de hacer ver cómo la unidad de Dios y las verdades capitales habían sido profesadas por los filósofos y poetas de todos los siglos, los cuales las habían deducido del pueblo hebreo.

Con razón es llamado este Padre el creador de la filisofía cristiana, no sólo por el fondo sino por la dirección que le comunicó, conciliando lo bueno de la filosofía pagana con el elemento cristiano. Según él, la filosofía humana ó griega, aunque imperfecta, no sólo es buena en sí y útil, sino que dispone el alma para recibir la fe y con ella el conocimiento de la verdad perfecta que se halla en la filosofía cristiana. Esta trae su origen directamente de Dios, y la griega de la razón humana, que también procede de Dios, pero de una manera indirecta y menos principal.

Con motivo de la persecución suscitada por el emperador Severo, el año 202, tuvo Clemente que retirarse á Capadocia, sin que después se haya sabido el año y el lugar de su muerte.

Sucedióle á Clemente en el *Didascaleo* ó *escuela cristiana* de Alejandría, Orígenes, uno de los primeros filósofos cristianos y el escritor más fecundo de esta época. Nació en el año 185, y educado con el mayor esmero por su padre el mártir San Leonidas, aprovechó admirablemente en el estudio, pero más todavía en el amor á la Religión. Pues habiendo sido preso su padre por la fe, cuando Orígenes tenía dieciseis años, tuvo su madre que valerse de un ardid maternal para que no se presentase prisionero con su padre por Cristo. Escribióle, no obstante, una carta fervorosísima exhortándole al martirio, y diciéndole entre otras cosas : « No os dé cuidado de nosotros (eran seis hermanos y Orígines el mayor); el Señor por quien vais á morir tendrá de nosotros providencia particular ». En efecto fué decapitado San Leonidas, y sus bienes confiscados en provecho del tesoro público.

La escuela cristiana sufrió, como era natural, los efectos de la persecución : maestros y discípulos se dispersaron; pero Orígenes, en quien

los cristianos habían puesto sus esperanzas, se sintió con valor para organizarla otra vez.

Vendió sus libros de gramática y de ciencias profanas, á condición que le diesen diariamente una pequeña suma para mantenerse, y abrió la escuela empezando él mismo las lecciones á la edad de diez y ocho años. La fama de su talento y aplicación, y su vida ejemplar, le trajeron un considerable número de discípulos y oyentes, entre ellos mujeres de distinción, á quienes instruía en todos los ramos del saber, ocupación que ejerció toda su vida. Muchos de éstos fueron presos por los perseguidores, y Orígenes seguía haciendo con ellos los oficios de maestro, padre y protector. Visitábalos en las cárceles, los acompañaba en los interrogatorios, los alentaba al martirio y en los últimos momentos les daba el ósculo de paz. El mismo Orígenes fué perseguido por el populacho, arrastrado por las calles y puesto en el tormento: fué un verdadero milagro cómo pudo salvar del furor de los gentiles.

Entretanto este genio extraordinario era consultado por los filósofos más eminentes y pedido por los obispos para que explicase la Sagrada Escritura, en la cual, según San Gregorio Nacianceno, uno de sus discípulos, era el intérprete más erudito. El mismo Plotino, viéndole entrar cierto día en su escuela, suspendió la lección por respeto al filósofo cristiano; éste le suplicó que continuase, y Plotino hizo entonces un magnífico elogio de Orígenes delante de su auditorio.

Fué la admiración de todos por su actividad y continua aplicación al estudio. Además de los *Comentarios* sobre la Escritura, la *Defensa de la religión Cristiana* contra el filósofo Celso, cuyas calumnias y sandeces rebatidas por Orígenes, copiaron los sofistas del siglo XVIII, escribió más de seis mil obras. Durante veinte años estuvo trabajando en la nueva edición de la Escritura, pues habiendo notado muchas variantes en las ediciones de los libros sagrados, se propuso hacer una Biblia universal, reuniendo con este objeto las diferentes ediciones que entonces corrían. Recibió esta edición el nombre de *Octaplas* por haberla hecho á ocho columnas.

Habiendo llegado á Mamea, madre del futuro emperador Alejandro Severo, la fama de Orígenes, le mandó una escolta de honor para que le acompañase de Alejandría á Antioquía, donde ella tenía entonces su residencia. Orígenes le habló tan dignamente de la religión cristiana, que á estas conferencias y al influjo de la educación se atribuye la humanidad y justicia con que después gobernó Alejandro.

Por su gran reputación le pidieron los fieles de Grecia para que refutase á los herejes valentinianos y montanistas, que hacían mucho estrago con sus doctrinas, y fué tal el poder de sus argumentos y erudición, que en todas partes los redujo á silencio. Irritados éstos, se vengaron de este grande hombre, adulteraron las minutas y después sus escritos, como consta, entre otros testimonios, por la carta que escribió Orígenes á las iglesias de Egipto, cuando supo su condenación en el Concilio de Alejandría, suplicando que no le hiciesen responsable de las interpolaciones hechas en sus obras. A pesar de todo, los herejes continuaron invocando la autoridad de Orígenes para acreditar sus errores. Cerca de setenta años tenía cuando falleció en Tiro, después de haber ilustrado al mundo con sus enseñanzas, escritos y virtudes. De sus discípulos y sucesores en la escuela hablaremos más adelante.

Estos fueron los principales trabajos literarios de los primeros apologistas, con los cuales, al paso que defendían la libertad humana, ennoblecían al hombre, ilustrándole con la luz de la ciencia que nos trajo del cielo el divino Redentor. Son, por consiguiente, acreedores á nuestra gratitud, porque combatieron para que nosotros no fuésemos esclavos de la fuerza bruta, ó juguetes de sofistas atrevidos, ni tampoco pasto de fieras para recreo de la plebe feroz, ni menos instrumentos de placer de hombres poderosos, sino hombres libres, que comprendemos y estimamos nuestra dignidad.

SANTOS PADRES GRIEGOS Y LATINOS

Dijimos arriba que el precepto de Nuestro Señor Jesucristo á sus Apóstoles : « Id y predicad el Evangelio á todas las criaturas », hizo que se popularizase el conocimiento de la verdad en el mundo, y estas mismas palabras han sido también el origen de un nuevo género de literatura, del cual no se tenía la menor idea : el de la elocuencia sagrada. En los primeros tiempos del cristianismo, los Apóstoles y Padres apostólicos exponían simple y llanamente la doctrina, sin valerse de los recursos de la elocuencia y demás artificios del humano lenguaje usado por los retóricos; como quiera que hablaban en nombre de una autoridad superior que les mandaba enseñar, no disputar. Y así se continuó haciendo todo el tiempo que la Iglesia no tuvo enemigos que combatiesen sus doctrinas, ni hijos extraviados á quienes fuera preciso volver al buen camino. Mas cuando algunos espíritus inquietos comenzaron á sembrar en el campo de la Iglesia doctrinas perniciosas, entonces aparecieron los Padres y Doctores llamados por algunos *dogmáticos*, no porque ellos fijasen y definiesen el dogma, pues esto es propio de la Iglesia, sino porque en sus doctas y elocuentes homilías y demás escritos morales y de controversia, trataron de exponer, explicar y defender contra los herejes la doctrina católica, en conformidad con la Escritura y la tradición. Era preciso, además, en aquella época, atraer al conocimiento de la verdad y moral del cristianismo á una buena parte de la gente culta acostumbrada á gustar las bellezas de la literatura pagana, por lo que los Padres, lejos de despreciar las formas y demás atavíos con que suele adornarse el lenguaje, se dedicaron á estudiarla en los libros de los gentiles, procurando, como dijo después San Agustín, « despojar á la mentira de las galas con que se había vestido, para adornar con ellas la verdad, á quien legítimamente pertenecen », á fin de que no la desdeñasen los que tanto se pagaban de apariencias.

He aquí el origen de la elocuencia sagrada, elocuencia que hemos visto también en los Padres apologéticos, más filosófica que oratoria, más contenciosa que expositiva, y que por haber nacido en época de horrores y de sangre, no tiene aquella unción devota y apacible, que forma principalmente el carácter de la oratoria sagrada.

Con el nombre de *Padres de la Iglesia* se designa á los autores eclesiásticos de los primeros siglos, que escribieron en defensa de la religión ó de la moral y para instrucción del pueblo, distinguiéndose con

el nombre de griegos ó latinos, según el idioma que usaron. Los que por sus heroicas virtudes han merecido de la Iglesia el honor de los altares, se llaman *Santos Padres*. De entre éstos, la Iglesia latina reconoce cuatro doctores principales por su especialidad en la ciencia sagrada, a saber: San Gregorio I Papa, San Ambrosio, San Agustín y San Jerónimo; y la griega otros cuatro: San Atanasio, San Basilio, San Gregorio Nacianceno y San Juan Crisóstomo. Empezaremos por los padres orientales ó griegos, que son los que más se han distinguido en este arte, algunos de los cuales nos dejaron monumentos que en nada ceden á los mejores de los paganos.

San Atanasio, patriarca de Alejandría, escribió sermones y varias obras de controversia; pero desgraciadamente no nos han llegado los primeros, debido, sin duda, á la terrible y tenaz persecución de los arrianos, por cuyas instigaciones y manejos fué desterrado cuatro veces, obligado á vivir años enteros en el desierto y á estar por cuatro meses escondido en la tumba de su padre, único asilo libre de sus pesquisas. Sus obras de controversia, en que expone y defiende el dogma católico con la energía y convicción de un alma grande hasta en los trabajos, nos muestran que su objeto era convencer mas que agradar, no echa mano del arte, todo en él es solidez y fuerza en la exposición de los argumentos. Después de un episcopado de cuarenta y cinco años, lleno de azares y vicisitudes, murió pacíficamente en Alejandría el año 373.

Enemigo y perseguidor de San Atanasio fué Eusebio de Cesarea, de quien hacemos mención no tanto por su ortodoxia, como por algunos de sus trabajos literarios. Uno de los más importantes es la *Preparación y demostración evangélica*, obra magnífica hecha con un plan muy razonado según las exigencias de la controversia de aquel tiempo. En la primera parte refuta las fábulas teogónicas de los poetas antiguos y los sistemas filosóficos de los gentiles, con que va disponiendo el espíritu para creer en el Evangelio; en la segunda demuestra la verdad incontestable de éste. Compuso también la *Crónica*, ó tablas de historia universal, desde el principio del mundo hasta su tiempo con el objeto de hacer ver los fines de la Providencia en los imperios del mundo, los cuales vienen á reunirse bajo el divino imperio de Jesucristo: plan que después desarrolló Bossuet en el *Discurso sobre la historia universal*. Es también Eusebio el primer escritor de *Historia de la Iglesia* desde su origen hasta el Concilio de Nicea. Es verdad que no puede llamarse esta obra propiamente historia, es más bien una colección de documentos históricos y largas citas de autores, cuyas obras se han perdido, expuestas con discernimiento y orden, y referidas con franqueza y sencillez. Solo en la cuestion del arrianismo es donde no guarda imparcialidad. Por lo demás era hombre de mucha erudición y su estilo es puro y conciso.

San Basilio el Grande y San Gregorio Nacianceno, llamado el *Teólogo*, amigos y condiscípulos en Atenas, ilustraron con su elocuencia esta época, y con sus muchos é importantes escritos difundieron el saber por el Oriente.

Terminados los estudios en dicha ciudad, dedicóse San Basilio á la carrera del foro, y defendió algunas causas en Cesarea, su patria; pero disgustado del mundo, se retiró á la soledad del Ponto, donde fué el fundador de la vida cenobítica en el Oriente. Necesitada la Iglesia de ministros celosos é instruídos, fué ordenado de presbítero, y á su pesar

nombrado obispo de Cesarea, desde cuyo elevado puesto difundió las verdaderas luces con el establecimiento de escuelas y procuró el bienestar de los ciudadanos con la fundación de un hospital, talleres para los pobres y otras instituciones benéficas, al mismo tiempo que él no se alimentaba más que de pan y legumbres[1].

Las principales obras literarias de San Basilio son los *Ascéticos*, ó sea regla de vida para los monjes; el *Hexamerón*, discursos sobre los seis días del *Génesis*, en que describe de un modo grandioso y elevado el orden y armonía del universo, las bellezas de la creación y los instintos de los animales. Escribió también un tratado sobre el modo de leer con fruto las obras de los gentiles, y á él se debe el que algunos, por un celo mal entendido, no las destruyesen completamente. Sus homilías están llenas de esa unción evangélica y devota que inspira la caridad, y cuando pinta la brevedad de la vida, los escollos de la virtud, los halagos y engaños del mundo, lo hace con una asombrosa riqueza de imágenes; asimismo al tratar de la limosna, toca las fibras más delicadas del corazón, por lo que mereció que le llamaran el « Predicador de la limosna ». Tenemos de él también el *Libro del Espíritu Santo* contra los macedonianos, y sus cartas son modelos del género epistolar, todo lo cual era leído y estimado hasta de los mismos paganos y judíos que le tenían por santo y sabio. « El estilo de este Padre, dice Erasmo, es tan puro como el de los antiguos oradores griegos, sin exceptuar el mismo Demóstenes. » El año 379 murió San Basilio, cuyo elogio hizo San Gregogio, complaciéndose en recordar al amigo íntimo de su juventud, y en contar muchos pormenores de su vida edificante.

San Gregorio Nacianceno, dotado de una imaginación más lozana y robusta que San Basilio, pero de menos ingenio y capacidad para los negocios, siguió á su ilustre amigo al desierto juntamente con otros muchos, atraídos por las delicias de la vida solitaria. Pasado algún tiempo, se vió precisado á volver al lado de su padre, el obispo de Nacianzo, para ayudarle en su ancianidad, el cual lo elevó al sacerdocio, y algunos años después San Basilio, á instancias de su amistad, le obligó á aceptar el obispado de Sacimo en Capadocia. A la muerte de su padre tuvo que gobernar la Iglesia de Nacianzo, que dejó poco después por retirarse á la soledad; pero de ella le sacaron para la silla de Constantinopla, la que también abdicó para evitar discusiones, y nonagenario acabó sus días en su amada soledad, haciendo una vida austera y penitente.

Muchas son las obras que nos han quedado de San Gregorio, pero las principales son cincuenta y cinco discursos, entre sermones y panegíricos, notables por la profunda filosofía y exactitud con que explica los misterios, y la habilidad con que elogia sencillas é ignoradas virtudes

1. Cuéntase que amenazado por el subprefecto Modesto con la confiscación de bienes, el destierro, los tormentos y la muerte, si no apostataba, respondió San Basilio : « ¿Bienes? No poseo más que estos pobres vestidos y algunos libros; ¿destierro? no es posible, porque toda la tierra es de los hijos de Dios; ¿atormentarme? mi cuerpo es mi mayor enemigo; ¿la muerte? es lo que anhelo para unirme con mi Dios. » Admirado el subprefecto de tanta entereza, exclamó: « Nadie me había hablado así. » Y respondió el Santo : « Porque no os habíais encontrado con ningún obispo. »

ejercidas en provecho de los demás hombres; un gran número de cartas doctrinales y familiares, y ciento cincuenta y ocho composiciones poéticas llenas de vigor y lozanía, hechas muchas de ellas con el fin de reparar el daño que Juliano el Apóstata causó á los cristianos alejándolos de la enseñanza, y prohibiéndoles el estudio de los poetas antiguos. Todos habían protestado contra tan inicuo decreto y San Gregorio decía con esta ocasión á los paganos: «Os dejo todo el fausto de las riquezas, nacimiento, gloria, autoridad, bienes que desaparecen como un sueño; pero deseo la elocuencia, y no me arredrarán para conseguirla los trabajos y los viajes por mar y por tierra». Alcanzóla en efecto, pues llegó á ser uno de los mas elocuentes oradores de su siglo por la riqueza de imágenes, símiles y metáforas, y más que todo por la grandiosidad de pensamientos y lo escogido de su dicción. Se le tilda, no obstante, de ser en ocasiones conceptuoso, amigo de antítesis y de hacer un uso excesivo de los adornos de imaginación, que quitan la naturalidad al estilo.

En el discurso de despedida de los fieles de Constantinopla, que es un modelo de elocuencia y caridad, hace al fin una larga enumeración de las personas y objetos de su cariño, diciendo entre otras cosas: «¡Adiós, vosotros que gustabais de mis discursos, muchedumbre presurosa, donde veía yo brillar los punzones que robaban furtivamente mis palabras! ¡Adiós verjas y hierros de esta santa tribuna tantas veces forzados por el número de los que se agrupaban para oír mi voz! ¡Adios!... » etc.[1].

Ilustró también esta época San Gregorio, obispo de Nisa, hermano de San Basilio, que enseñó algunos años retórica, y nos dejó varios escritos sobre las verdades fundamentales del cristianismo. Aunque muy aficionado á la filosofía de Platón, supo no obstante precaverse de sus errores.

No menos la esclareció San Cirilo, obispo de Jerusalén, del cual nos quedan sus *Catequesis* ó instrucciones familiares sobre el símbolo y los sacramentos del bautismo, confirmación y eucaristía, notables por el orden y claridad con que expone la doctrina, y la defiende contra los paganos.

San Efrén, obispo de Edesa, fué otro de los escritores más aventajados de esta época, dotado de especial disposición para el púlpito, cuyos sermones y homilías esmaltan esa riqueza de colorido y prodigalidad orientales. Empleó también su pluma en escribir las *Vidas de los santos solitarios* en estilo sencillo, pero ameno por la abundancia de imágenes tomadas de la vida campestre. Compuso también en un ritmo melodioso himnos de devota piedad, que todavía cantan los cristianos de Siria, y celebró las glorias de la Virgen con un entusiasmo y cariño de hijo. Todo esto, así como la interesante y sencilla relación de su vida y conversión del paganismo á la fe, está escrito en siriaco, su lengua nativa. Murió el año 377.

No es menos digno de gloriosa memoria el obispo de Tolemaida Sinesio, orador y filósofo eminente, llamado el *Píndaro cristiano* por el grandioso monumento que levantó á la fe, cantando en dulcísimos himnos las verdades evangélicas. Murió como buen pastor, al lado de sus fieles, en la irrupción que hicieron los bárbaros el año 410.

Pero el que merece un lugar preferente en la historia literaria de esta época es San Juan Crisóstomo, nacido en Antioquía el año 344, y digno

1. Véase la disertación de Villemain : *Éloquence chrétienne dans le IVe siècle*.

de este glorioso renombre, que quiere decir *boca de oro* por su abundante y persuasiva elocuencia.

Disgustado de la superficialidad de los retóricos y de las sutilezas del foro, y deseando nutrir su espíritu en la contemplación de las verdades eternas, abrazó la vida monástica, de la cual hizo después un elocuente panegírico, sosteniendo que el monje que obra según las máximas de la filosofía cristiana, es á los ojos de la razón y de Dios, más digno de honra que el príncipe más opulento. A pesar de sus temores y resistencias á recibir las órdenes sagradas, el obispo de Antioquía Flaviano le promovió al sacerdocio. Habiendo por aquellos días, el pueblo de esta ciudad arrastrado en un motín las estatuas de Teodosio y su esposa, quedó Antioquía sumida en una profunda consternación temiendo las iras imperiales, y el consiguiente castigo; por lo que el obispo Flaviano encargó á Crisóstomo que la consolase, mientras él iba á Constantinopla á conseguir de Teodosio el perdón. Veinte discursos pronunció durante estos tristísimos días en los cuales supo calmar la agitación del pueblo, y enjugar sus lágrimas, mezclando divinamente la esperanza del perdón con el menosprecio de la muerte, y disponiéndolos á resignarse en los designios de la Providencia, que todo lo ejecuta con suavidad en esta vida. Comenzó con esto á volar por todo el Oriente su fama de orador y su reputación de sacerdote celoso; y fijándose en él para elevarlo á la silla de Constantinopla, una noche lo sacaron secretamente de Antioquía, y como cautivo lo llevaron en un carruaje á la ciudad imperial, donde algunos obispos reunidos le instaron para que se dejase consagrar obispo. No le valieron razones ni súplicas, y viendo que no podía esquivar ni la dignidad ni la carga, aceptó con gran sentimiento, y en seguida comenzó á ejercitar su ministerio con aquella serie de actos de caridad y celo propios de un apóstol.

Siendo sus escritos nuestro objeto principal, hablaremos primeramente de sus *Homilías* y *Discursos* ya morales, ya panegíricos, en los cuales ostenta aquella magnificencia de estilo propio de los orientales. Gran filósofo y no menos conocedor del corazón humano que de las reglas de la elocuencia, concurrieron el arte y el celo á la composición de aquellas piezas que fueron las delicias del pueblo idiota y sin letras, no menos que la admiración de los sabios y literatos. « ¡Qué elevación en los pensamientos! dice un sabio helenista, el abate Auger. ¡Qué riqueza en la elocución! ¡Qué copia de figuras y de imágenes! ¡Qué fuerza y á veces qué rapidez en el estilo! y ¡qué sencillez y pureza en las expresiones! Él es verdaderamente el Homero de los oradores cristianos. »

El concurso era tal, que según él mismo dice, llegó á tener hasta cien mil oyentes, quienes, sin poderse contener, prorrumpían á veces en aplausos. Como estos discursos fueron hechos para la predicación más bien que para la simple lectura, paréceles á algunos la abundancia de este padre algún tanto excesiva, y dicen que su estilo no es tan puro y variado como el de los paganos, y que está afeado en muchas partes con digresiones y abuso de erudición. Esto es verdad, y lo mismo y aun más puede afirmarse de todos los Padres de la Iglesia; pero si se tiene en cuenta el estado de las letras que iba en decadencia, y el envilecimiento de una sociedad que, si no se arruinó como el Occidente, estuvo siempre bamboleándose, es más de admirar el buen gusto de San Crisóstomo y demas escritores sagrados de aquellos siglos. Y si atendemos al fondo

más que á las formas, á la convicción con que hablaba, al celo que le inspiraba la causa de Dios y de la humanidad, exento siempre de las miserias de egoísmo y adulación de que están plagadas las obras de los gentiles, todo esto levanta á San Crisóstomo sobre los escritores y oradores paganos, como el alto cedro lo está sobre los mezquinos arbustos.

Además de los discursos, homilias y varios comentarios sobre la Escritura, los tratados más leídos son el del *Sacerdocio*, que escribió como disculpa de haberse escondido la primera vez que trataron de ordenarle, en que expone los elevados sentimientos que tenía de esta dignidad y los deberes que impone el de la *Providencia* y el de la *Virginidad*.

El celo del santo irritó á la emperatriz Eudoxia, cuya vanidad se creyó herida en un sermón que predicó contra el lujo y el desenfreno de las mujeres, por lo que una noche lo hizo sacar de palacio, y en un bajel lo mandó al destierro. Pero éste no duró sino muy pocos días, porque agitado el pueblo por este acto de despotismo, y por un terremoto que se sintió al día siguiente, Eudoxia, temiendo un motín, envió un oficial suyo con una carta para San Crisóstomo, el cual fué recibido en Constantinopla con las mayores muestras de júbilo de parte del pueblo. A los dos meses creyéndose otra vez ofendida Eudoxia, hizo que un conciliábulo de obispos lo depusiese, y el emperador Arcadio le dió orden de dejar la Iglesia. Pero como San Crisóstomo respondiese que Dios le había puesto en la silla patriarcal, y que sólo la fuerza le podría arrancar de ella, un día de Pascua, estando todos desprevenidos, entraron á sablazos en la Iglesia los soldados del emperador. El pueblo, no obstante, defendió á su pastor, y lo fué custodiando hasta su palacio. Amenazóle el emperador con que la tropa se batiría con el pueblo, si no dejaba á Constantinopla, y el santo, para evitar la efusión de sangre, se salió secretamente una noche y se embarcó para Nicea. Órdenes imperiales le hicieron viajar de un punto á otro, hasta que no pudiendo resistir mas molestias su quebrantada salud, expiró antes de llegar al lugar del destierro. Con él se apagó la lumbrera del oriente, y la literatura eclesiastica griega no nos presenta ningún hombre notable, ni monumento digno de merecida memoria.

Dieron algunos resplandores por aquel mismo tiempo San Epifanio, autor, entre otras obras, de una historia de las herejias; Teodoreto, orador distinguido y escritor de una historia eclesiástica, y San Nilo, de quien nos quedan algunos escritos ascéticos.

Nunca igualaron en sus escritos los Padres latinos la gracia y armonía que distinguen las obras de los griegos; los superaron, no obstante en originalidad y robustez, y si no nos agrada tanto su estilo, porque carece de la corrección y belleza de las formas, tienen, en cambio, los latinos otras dotes que los hacen estimables, como son penetrar mas en el fondo de las cosas y ser más espirituales y prácticos.

Mencionaremos algunos de los principales.

San Jerónimo, oriundo de la Panonia, nació en Dalmacia el año 311, de una familia noble y rica, y estudió en Roma la filosofía de Platon y Aristóteles. La doctrina del Evangelio le tocó el corazón, y habiendo recibido el bautismo, se retiró al desierto de Siria para consagrarse con más empeño al estudio y á la mortificación. Ordenado á pesar suyo de sacerdote, cuyo ministerio nunca quiso ejercer por humildad, fué llamado á Roma por el papa San Dámaso, quien le encargó, entre otros trabajos

literarios, la revisión de los libros sagrados. Muerto San Dámaso, se desató contra él la calumnia, y mal avenido, ya por la severidad de su carácter, ya por su virtud, con las costumbres viciosas de aquella nueva Babilonia, se volvió á la Palestina y fijó su residencia en Belén, donde continuó sus tareas literarias, y donde era consultado de todas las partes del mundo.

Sólo la aspereza de su vida igualó á su ardor por las letras, pues conociendo que le sería útil saber á fondo el hebreo, no vaciló en dedicarse á su estudio á la edad de sesenta años, con cuyo conocimiento pudo terminar gloriosamente algunos trabajos sobre la Sagrada Escritura. Al servicio de la verdad puso San Jerónimo su inmensa erudición, en que sobrepujó indudablemente á todos los de su tiempo, por lo que la Iglesia le dió el título de *Doctor Máximo*.

Las principales obras de San Jerónimo son sobre crítica sagrada, dignas del aprecio en que las han tenido los sabios de todos los tiempos, por la pureza de su doctrina, mucha erudición y conocimiento de las lenguas y costumbres orientales. Penetra y explica el verdadero sentido literal de la Escritura, mejor que Orígenes el espiritual y alegórico. Revisó y corrigió la versión latina antigua del Antiguo Testamento, hizo una traslación del Nuevo, y todos estos trabajos fueron el fundamento de la que siglos después declaró auténtica el Concilio de Trento.

Además del *Canon* ó *Catálogo* de escritores eclesiásticos, de que se han servido mucho los historiadores modernos, tradujo la *Crónica* de Eusebio y la continuó hasta su tiempo. Escribió varios tratados polémicos contra los herejes de su tiempo, oraciones fúnebres y cartas instructivas. También se le atribuyen las *Vidas de los Padres del desierto*, aunque otros dicen que sólo las recopiló.

Apasionado por los clásicos paganos, cuyos libros leía continuamente, su estilo es impetuoso y vehemente como su carácter, y aunque generalmente puro y elevado, es algo desigual y á veces confuso. Su lectura es, sin embargo, muy agradable por los hermosos rasgos de elocuencia y la amenidad con que trata las cuestiones. Odiado de los herejes, monjes inobservantes y clérigos sin el espíritu de su vocación, á quienes desenmascaró y vituperó con toda libertad, á duras penas pudo librarse de la irrupción é incendio de su monasterio por los semipelagianos. Murió á los ochenta y nueve años de edad en Palestina, el año 420.

Al lado de San Jerónimo y por los mismos años, figura noblemente el fervoroso é intrépido obispo de Poitiers, San Hilario, á quien por su abundante y espléndida elocuencia llamó San Jerónimo *elocuentiæ latinæ Rhodanus*: el Ródano de la elocuencia latina. Desterrado á la Frigia por un memorial que elevó á Constancio en defensa de los obispos de las Galias, allí escribió, entre otros tratados, el de la *Trinidad* en doce libros. Es el primero que expone este augusto misterio, pero al mismo tiempo deplora la insuficiencia y pobreza del lenguaje humano para tratar materia tan alta. Continuó defendiendo de palabra y por escrito la verdad católica, por lo que, espantados los obispos orientales de tanto atrevimiento, pidieron á Constancio que le hiciera volver á las Galias, donde fué recibido en triunfo.

Allegósele al poco tiempo un nuevo discípulo, que abandonando la milicia después de una batalla en que desplegó un valor heroico, quiso aprender de él otra virtud y otra ciencia, fué San Martín, obispo de Tours.

Con el mismo denuedo y fervor al par que con inflamada elocuencia, defendían en sus escritos la pureza de la fe y de la doctrina católica, Sulpicio Severo, llamado el Salustio cristiano, por la *Historia de la religión*; San Eusebio de Vercellis; San Paulino de Tréveris; Zenón, obispo de Verona; Lucífero de Cagliari; y San Paciano, obispo de Barcelona, impugnadores celosos del arrianismo, y San Vicente de Lerins que exhorta ya en su *Commonitorium* á creer lo que siempre, en todas partes y por todos se ha creído y profesado en la Iglesia cristiana.

Ya ésta se ostentaba victoriosa merced al movimiento intelectual que los padres comunicaron á la época con sus admirables escritos, de donde manaron copiosos raudales de salvadora doctrina que bebían los fieles y con que se iba multiplicando su número; al paso que el paganismo, una vez privado de los emolumentos, bienes y privilegios de sus templos y escuelas, se fué esterilizando hasta morir de consunción. ¡Qué diferencia entre los cristianos de los siglos anteriores, encarcelados, perseguidos, desterrados y muertos por defender la libertad de su conciencia, y los paganos del siglo IV, que no tienen valor sino para desahogar su pena y su despecho en súplicas mujeriles y artificiosos discursos compuestos sin entusiasmo, como los que hicieron Pretestato, Libanio, Simaco y otros! La energía que comunicaba á los cristianos el conocimiento de la verdad, no podía dársela á los paganos la mentira. Sin embargo, no faltaban á la Iglesia enemigos temibles salidos de su mismo seno, como Juliano el Apóstata, que pretendió resucitar el paganismo; varios emperadores cristianos, cuyos desmanes debían ser enérgicamente reprimidos; y herejes sin número que la perturbaban interiormente con sus cuestiones, á todos los cuales hicieron frente los Padres mostrándose valerosos y expertos capitanes del nuevo ejército cristiano. Sigamos la hermosa historia de la edad de oro de la literatura eclesiástica.

San Ambrosio, natural de Tréveris, era gobernador civil de Liguria á la muerte de Auxencio, obispo de Milán, y habiéndose suscitado una gran contienda entre los arrianos y ortodoxos con motivo de la elección del nuevo obispo, acudió Ambrosio para sosegarlos, y tomando la palabra les habló sabia y oportunamente acerca de la unión y concordia. Sucedió entonces lo que él menos se pensaba, el pueblo, que ya tenía conocida su virtud y capacidad, le aclamó obispo. Resistióse cuanto pudo, hasta que, conociendo la voluntad de Dios, se bautizó pues era catecúmeno y, sucesivamente, fué ordenado de presbítero y consagrado obispo de Milán. Distribuyó en seguida sus bienes entre los pobres y se dedicó al estudio de la sagrada Ecritura y de los Santos Padres, mereciendo por su elocuencia y sabiduría ser aclamado doctor.

Dotado del talento de gobierno y del don de cautivar los corazones y dirigirlos, persuadió á Graciano que diese el ultimo golpe al culto del paganismo, mandando quitar del Senado la estatua de la Victoria y dar al fisco los bienes de los templos paganos, pues ya no tenían razón de ser. Ni fué menos enérgico en el cumplimiento de sus deberes, pues intimándole la emperatriz Justina que cediese á los arrianos un templo católico, la respondió : « Nabot no quiso entregar al rey la herencia de sus padres, y yo ¿he de entregar la de Jesucristo á sus enemigos? » Y volviéndose al prefecto Callagono que le amenazaba con la muerte le dijo: « Si tú te portas como un espadachin, yo sabré tolerarlo como un obispo. » Sabido es también el entredicho que puso al emperador Teodosio por la

matanza de Tesalónica, y cómo le obligó á cumplir la penitencia mandada por los cánones, de cuya buena disposición se valió el santo obispo para hacerle dar una ley que mandaba que transcurriesen siempre treinta días entre las sentencias de muerte, ó confiscación de bienes y su ejecución, primeros efectos de la influencia bienhechora del cristianismo en la legislación.

Por lo que toca á los escritos de San Ambrosio, en ellos se nota cuán versado estaba en los autores clásicos, y aunque su estilo no es tan puro y correcto como el de los Padres griegos, y el mal gusto de su tiempo le hizo caer en muchas sutilezas, antítesis y juegos de pensamientos, son notables, no obstante, sus obras, por la unción y maravillosa dulzura del lenguaje, y aun por cierta pompa y majestad que da peso y gravedad á su discurso. Estos son algunos tratados sobre la Escritura, el de los *Deberes*, el de la *Virginidad* y algunas *Epístolas*. En sus discursos fúnebres, y muy especialmente en el de su hermano Sátiro, se trasluce una dulce y afectuosa piedad que parece ser el carácter distintivo del santo. De su dulce y persuasiva elocuencia en el púlpito se valió la divina Providencia para traer á San Agustín al conocimiento de la verdad, quien recibió después el bautismo de manos de San Ambrosio, con cuyo motivo, según una tradición antigua, compusieron el *Te Deum*, alternando cada uno un versículo.

Tal era la fama de su virtud y saber, que muchos venían de países remotísimos sólo por conocerle y hablarle, y la reina de los marcomanos, deseosa de recibir de su mano el bautismo, le envió primero una diputación á Milan; pero cuando ella llegó, ya había pasado de esta vida, el 4 de abril del año 391, á los cincuenta y siete de su edad.

Otra de las lumbreras del siglo IV fué San Agustín, nacido en Tagaste, de Numidia, el 354. No correspondió en su juventud á la buena educación que le dió su madre, Santa Mónica; antes bien, la afligió notablemente con la disipación de costumbres á que se entregaban los ricos de su tiempo. Cayó también en los errores de los maniqueos que admitían dos principios de las cosas, uno bueno y otro malo; pero no satisfecho su entendimiento con esta doctrina y lleno de perplejidades, se abandonó al escepticismo, hasta que, como él mismo dice, halló por el camino de la humildad cristiana, lo que inútilmente había buscado por el del orgullo. Después de haber enseñado con mucho aplauso retórica en Cartago, pasó á Italia con intención de profundizar en los estudios, y fué nombrado profesor de este mismo arte en Milán. La fama de la elocuencia de San Ambrosio excitó su curiosidad, y en efecto fué uno de los más asiduos á sus sermones, gustando y alabando mucho la forma que daba á sus discursos, no menos que la fuerza de los argumentos. Continuaba, no obstante, su corazón siendo víctima de la tiranía de sus pasiones, cuyo pesadísimo yugo, como él dice, le hacía clamar : « ¿ Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo? » Por fin, un golpe de la gracia le libertó de la servidumbre de la carne. Treinta y dos años tenía cuando se obró en él esta admirable conversión, y al año siguiente, siendo testigo su venturosa madre, recibió el bautismo de manos de su amigo, maestro y obispo San Ambrosio. Desde este momento fué su vida un ejemplar de santidad y ciencia cristiana.

A juicio de todos los historiadores, San Agustín fué el más universal de todos los padres : su vasto entendimiento abarcó todas las ciencias de su tiempo, las que trató por principios, y sus obras son tan numerosas como

admirables, no sólo por su contenido, sino por la profundidad de la doctrina. Citaremos algunas, comenzando por sus *Confesiones*, en donde hace una exposición ingenua de las luchas de su espíritu al pasar del error á la verdad, del vicio á la virtud, tocando, con este motivo, ciertas cuestiones filosóficas. En este libro el alma culpable se ve como en un espejo, y lejos de desesperarse ó presumir de sí, se humilla y se alienta á la virtud con el ejemplo de lo que puede una voluntad decidida.

Como algunos atribuyesen los desastres del imperio al abandono del culto de los dioses, escribió la *Ciudad de Dios*, que es la primera entre sus principales obras y un monumento grandioso de erudición y de ingenio. Más bien, dice el santo, debiera intitularse las dos ciudades, porque se describe la lucha entre el bien y el mal, entre el mundo y Dios, entre la ciencia humana y la divina, en cuyo paralelo abarca la historia de todos los siglos. Como se ve por el asunto, esta obra es histórica y filosófica, pone enfrente una de otra las dos civilizaciones que entonces se combatían, la del paganismo y la del cristianismo, pronunciando sentencia de muerte contra la primera. Consta de veintidós libros : los diez primeros son como los preliminares de la obra, en los cuales refuta con ejemplos á los paganos, que creían necesario el culto de los dioses para la prosperidad de esta vida y felicidad en la otra. En los doce últimos demuestra el origen, progreso, y fin de las dos ciudades, la guerra que se hacen y cómo el reino de la verdad que es la Iglesia de Jesucristo, se va estableciendo sobre las ruinas de los imperios. Habiendo dado de la historia aquella admirable definición : « el desarrollo en el tiempo del plan eterno de Dios », expuso claramente en esta obra lo que ningún filósofo había llegado á conocer, que en todos los sucesos del mundo, así prósperos como adversos, se cumplen los designios de la Providencia, que lleva como de la mano á la humanidad en su marcha ordenada y progresiva, sin coartar en nada el libre albedrío del hombre. En ella echó también los fundamentos de lo que hoy se llama *filosofía de la historia*, verdadera ciencia nueva enseñada por el cristianismo, cuya idea veremos reaparecer en el *Discurso* de Bossuet, y algunos vestigios de la misma en Vico, Herder y algunos otros filósofos.

Para no ser prolijos en la enumeración de las obras de este gran doctor, las que, según el obispo Possidio, su biógrafo, pasan de mil y treinta, contando sus homilías y cartas, diremos que forman, por decirlo así, el cuerpo de teología de los padres latinos, sobre cuyos principios fundaron sus opiniones los teólogos de los siglos siguientes, y en ellas se encuentra también, aunque diseminadas las cuestiones, el ideal de la filosofía cristiana.

« Las varias corrientes de doctrina que hasta entonces habían surcado el campo de la filosofía, presintiendo, dice el Ilmo. Señor González, que iban á desaparecer, bajo las ruinas amontonadas por el paso de la justicia de Dios á través de la Europa y el Asia, parece como que quisieron refugiarse en el gran doctor africano... Gracias al impulso vigoroso que recibió de San Agustín la filosofía cristiana pudo renacer en Santo Tomás con nuevo vigor, lozanía y esplendor, después de atravesar ciudades y bibliotecas reducidas á ceniza por el alfanje de los hijos del desierto, y pasando por encima de las ruinas amontonadas por los pies del caballo de Atila. »

Escribió en su vejez un libro que llamó de las *Retractaciones*, en que

después de haber repasado noventa y tres obras principales, corrige y modifica algunas sentencias y opiniones suyas admitidas anteriormente. « Porque si en mi edad avanzada, dice, no me hallo exento de errores, es imposible que en mi juventud, cuando me veía precisado á hablar y esbribir mucho, no haya cometido muchísimas faltas. »

Siendo época de decadencia y de mal gusto para las letras latinas no es de maravillar en San Agustín la falta de arte en el estilo; tampoco tiene la elevación de los Padres orientales, ni su armonía; pero los supera en ingenio, y su elocuencia comúnmente nueva, agrada por la ternura y sencillez evangélica. Habiendo sucedido á Valerio en la silla episcopal de Hipona, la ilustró y santificó con su doctrina y virtudes. Tenía conferencias y disputas públicas á que asistía un gran concurso, en que se anotaban las objeciones y respuestas, y en las cuales obtuvo espléndidos triunfos para la Iglesia. Vivía en comunidad con algunos clérigos, á quienes dió la regla que lleva su nombre, y que han adoptado algunas órdenes religiosas. Acaeció su muerte en 430, durante el sitio de Hipona. Los vándalos respetaron su cuerpo y su biblioteca, cuando se apoderaron de la ciudad.

Merece también especial mención un discípulo de San Agustín llamado Orosio, presbítero de Braga, á quien el santo exhortó á escribir contra los paganos. Hízolo en efecto, en una obra que intituló *Mœsta mundi*, donde recoge y explica en siete libros, con mucho orden, brevedad y erudición los desastres, horrores y crímenes que desde su cuna lamentó la humanidad. El objeto de esta obra, conocida con el nombre de *Historias de Orosio*, fué demostrar que, no siendo la vida de los hombres sino una repetición de la rebelión de Adán contra Dios, vienen de consiguiente los castigos en las calamidades que nos afligen, las que si recibimos como expiación de nuestras culpas, son al mismo tiempo camino para ír á la felicidad. Tanto en el siglo V como en toda la Edad Media, fueron consideradas las *Historias* de Orosio como un rico depósito y traducidas á la mayor parte de las lenguas vulgares.

Con el nombre de *Cronicón de Idacio*, obispo español, ha llegado á nosotros la historia de las invasiones y desastres que sufrió la península ibérica de los vándalos, alanos y suevos, y los sucesos de los godos; y aunque no guardó mucho orden en la narración de dichos acontecimientos es sin embargo, muy interesante, pues sin ella ignoraríamos lo más principal del siglo V.

Por el mismo tiempo escribía Salviano, sacerdote de Marsella, del *Gobierno de Dios*, demostrando con los hechos de la historia la manifestación de la justicia divina; y haciendo una comparación entre las cualidades de los bárbaros, que se enseñoreaban del imperio y los vencidos, dedujo que forzosamente habían de prevalecer, porque estaban adornados de virtudes que no poseían los segundos; pero que la caída del imperio romano daría origen á una nueva civilización, la del cristianismo.

Distinguióse á mediados del siglo V como orador el Papa San León I, llamado el Grande, nacido, según unos, en Roma, y según otros, en Toscana, del cual se valió el emperador Valentiniano para detener á Atila, que marchaba contra Roma con el propósito de reducirla á cenizas : tal era el ascendiente que ya tenían los papas y los obispos en la sociedad. La elocuencia y el buen término del pontífice desarmaron al bárbaro, y Roma se salvó. Algunos años después Jenserico saqueó á Roma, pero se

abstuvo, á ruego del mismo pontífice, de incendiar y dar muerte, y le prometió también que sus soldados no tocarían las tres basílicas principales de Roma. Tenemos de este papa, además de un gran número de cartas, admirables por su doctrina, noventa y seis sermones en estilo rotundo y armonioso, algún tanto recargado de epítetos, pero siempre lleno de dignidad por la elevación de sus pensamientos. Cuando más solicitud mostraba por los intereses espirituales y temporales de la sociedad, tomóle la muerte el año 461.

Terminaremos esta breve reseña de los padres latinos con el cuarto doctor de la Iglesia, San Gregorio I, elevado á la cátedra pontifical en tiempos calamitosos, para dar á la sociedad luz de doctrina y ejemplo de virtudes, y preservar á Italia del azote de la guerra y de los horrores del hambre. Nació en Roma el año 540, de una familia ilustre patricia, fué pretor en la misma ciudad, y habiendo fundado de su patrimonio algunos monasterios de benedictinos, se hizo monje en uno de ellos en Roma. El papa Pelagio II le nombró su nuncio en Constantinopla, y de vuelta de su misión fué elegido sucesor de Pelagio en la silla pontificia. Para contrarrestar la vanidad del patriarca de Constantinopla que se llamaba *universal*, tomó el título de *siervo de los siervos de Dios*, que conservan en sus bulas los romanos pontífices, y con cartas llenas de sabiduría reformó y sostuvo en buen pie la disciplina eclesiástica. Su vigilancia paternal se extendió también á las necesidades temporales, abasteciendo á Italia de trigo y dando sabias disposiciones con que detuvo los progresos de la peste que asolaba los pueblos. Entre las desavenencias y guerras entre el rey lombardo Agilulfo y el exarca de Ravena, se condujo con tal prudencia y habilidad, que libertó á Roma de los males de la guerra y concluyó una paz honrosa.

Los útiles desvelos por el gobierno civil no le impidieron atender como pontífice al bien de la Iglesia. Atrajo á los lombardos á la fe ortodoxa, envió al monje San Agustín á predicar la fe á la gran Bretaña, defendió á la Iglesia de las pretensiones de los reyes en la elección de los papas, resistió asimismo la violencia de la corte de Constantinopla en los nombramientos eclesiásticos, combatió la herejía y el cisma, dió disposiciones para la abolición de la esclavitud, fundó escuelas, hizo un sacramentario, compuso himnos y un antifonario para cantar en la misa.

San Gregorio es el papa que nos ha dejado más escritos, y ciertamente aventajaba á todos los de su siglo en elocuencia y saber. Su *Pastoral* es un hermoso tratado sobre la vocación y deberes del pastor de almas. Los *Diálogos* son tres libros de vidas de algunos santos que él había conocido, ó que le habían contado personas fidedignas, y el cuarto trata de la inmortalidad del alma. Algunos modernos le han tildado de demasiado crédulo en los milagros, como si el contar hechos sobrenaturales de personas á quienes Dios lleva por vías extraordinarias, fuese contra la verdad histórica. Escribió también treinta y cinco libros sobre Job, que intituló *Morales*, varias homilías y doce libros de cartas que contienen reglas y decisiones doctísimas acerca de muchos puntos de disciplina. Su estilo no es muy selecto y trabajado, pero sí fácil y bien seguido, bastante difuso en sus explicaciones de moral, sutilísimo á veces, y muy dado al sentido alegórico, que él mismo justifica con el ejemplo del Salvador. Algunos quisieron manchar su memoria, diciendo que había hecho quemar los libros paganos de la biblioteca Palatina, y mandado destruir ciertos

monumentos antiguos, acusación que se ha probado no tener fundamento. Tanto por su ilustración como por su prudencia y santidad, el pontificado de San Gregorio brilló como faro luminoso en aquella tenebrosa época, y su voz, más poderosa que las armas y las leyes, era dócilmente escuchada de reyes y pueblos, que veían en él al padre y jefe legítimo de la humanidad. Murió este gran Papa el año 604, á los sesenta y cuatro años de su edad.

Sería largo de contar el número de Padres, tanto orientales como occidentales, que florecieron en los siglos IV y V, cuya actividad y profundo saber hace singular contraste con las mezquinas producciones de los literatos paganos, que casi no se reducían más que á epitalamios, epigramas, crónicas y discursos en que hacían ejercicio de retórica. No había entre ellos oradores, filósofos, historiadores y políticos como entre los cristianos; la sociedad gentílica, como edificio viejo, se estaba cuarteando y convirtiendo en ruinas, de entre las cuales iba á levantar la Providencia el de la civilización cristiana.

También brilló la poesía sagrada en esta edad de oro de la elocuencia patrística, pues, así como al caer despedazados los templos de la gentilidad, recogía el genio del cristianismo sus más preciadas reliquias, para exornar con ellas los nuevos templos dedicados al Dios Único, del mismo modo, al lanzar la poesía del gentilismo los últimos suspiros, despojábase de sus más ricas preseas para rendirlas en tributo á las plantas de la musa cristiana [1]. Dió la poesía lírica sus primeros suspiros en las catacumbas, donde los cristianos elevaban sus corazones al Dios de la fortaleza, y cuando les fué permitido entonar libremente sus cánticos bajo las bóvedas de los templos, entonces celebraron con dulcísimos acentos, ora los augustos misterios de la religión, ora la abnegación y entereza de los mártires, ora la caridad y penitencia de los santos confesores y vírgenes. Algunos de estos himnos se cantan aún en la Iglesia, y si no tienen todos la elegancia y pureza de las odas clásicas, las superan inmensamente en la profundidad del sentimiento, en el entusiasmo religioso y aun en el vigor poético. Los más de estos himnos son debidos á la pluma y ardiente devoción de San Ambrosio; los hay también de San Dámaso, San Hilario, San Gregorio, Prudencio y otros autores.

Hubo asimismo poetas, que alentados por su devoción, abrieron un nuevo campo á la poesía sagrada, ejercitando su musa en descripciones, narraciones y discursos sobre asuntos de religión y de piedad. El presbítero español Aquilino Juvencio es el más antiguo de los poetas sagrados, que escribieron después que se dió la paz á la Iglesia. Vivió en tiempo de Constantino é inspirándose en los hechos y doctrina del Evangelio, nos dió en exámetros latinos la vida del Salvador, siguiendo la historia de los cuatro evangelistas. Intituló su obra *Historia evangélica*, y cantando, como cristiano, la obra de la redención, desecha enteramente la ficción poética, por ser contraria á la esencia misma del asunto. Describe, no obstante, con vigoroso colorido, aunque no con la rica y ostentosa poesía de Virgilio, y expone la doctrina evangélica con noble sencillez y hasta con novedad en los pensamientos. Sus bellas dotes, poco ó nada apreciadas de algunos críticos exclusivistas, porque siguió al pie de la letra el texto sagrado, le

1. Amador de los Ríos.

han merecido, sin embargo, el renombre de fundador del arte poético cristiano.

Inspirado por la misma fe, pero con mas numen poético celebró la religión y á sus héroes Aurelio Prudencio, llamado el « Cantor del cristianismo heroico y militante, de los ecúleos y de los garfios, de la Iglesia perseguida en las catacumbas ó triunfadora en el Capitolio ». Nació á mediados del siglo VI en Calahorra, según unos, ó según otros en Zaragoza. Fué abogado, militar, magistrado y gobernador de esta última ciudad. Cantó á la manera de Píndaro, pero con verdadero entusiasmo religioso, a los mártires cristianos en catorce himnos, que contiene el libro de las *Coronas*, é hizo otros doce para algunas fiestas. Sus poemas son notables no sólo por la sana doctrina filosófica que en ellos se atesora, sino por la majestad y grandeza de las ideas y de los sentimientos, que supo vestir con el traje de la verdadera poesía. Estos son la *Apoteosis* y la *Amartigenia* (origen del pecado), poemas teológicos contra los herejes de su época; el *Combate del Alma*, donde expone con expresiones pintorescas la lucha que las virtudes y los vicios empeñan dentro del corazón humano; y otro poema en dos libros contra Símaco, prefecto de Roma y defensor de la idolatría, en el cual combate sus calumnias con noble y cristiano ardor, y pinta los vicios y groserías de las falsas deidades del gentilismo. Es verdad que quebranta á veces las reglas de la gramática y de la prosodia, que usa expresiones de baja latinidad y es algun tanto duro é inarmónico, pero aun así puede competir ventajosamente, en cuanto á la forma, con Claudiano, el mejor poeta pagano de su tiempo. Ni han sido tampoco impedimento estos defectos para que los sabios del Renacimiento le llamasen el *Horacio cristiano*; que en concepto de Ozanán llegue á emular á veces á Lucrecio; y en fin, que el docto crítico Villemain diga que « nuestro Prudencio es el poeta lírico más inspirado que vió el mundo latino después de Horacio, y antes del Dante ».

A principios del siglo V escribió San Próspero de Aquitania un poema interesante también, que intituló de los *Ingratos*, nombre que dió a los herejes semipelagianos que negaban la necesidad de la gracia para bien obrar.

Floreció también por el mismo tiempo Draconcio, presbítero español, que, reducido á prisión por Guntario ó Gunderico, rey de los vándalos, escribió en ella el poema *de Deo*, compuesto de tres libros, de dos mil doscientos cuarenta y cuatro versos, en el cual, a pesar del abatimiento de las letras y los defectos consiguientes, ostenta una imaginación rica y lozana al trazar en el primer libro la obra de los seis días de la creación: en el segundo expone con ideas elevadas los principales misterios, y en el tercero la doctrina evangélica y los delirios del politeísmo. En el calabozo dirigió al mismo rey una elegía de trescientos diez y seis versos, que llamó *Satisfacción*, para alcanzar la libertad.

A fines del siglo V apareció otro poeta, digno de honroso recuerdo en la literatura sagrada, por su devoción y piedad no menos que por la pureza y claridad de su estilo. Este es el presbítero Cayo Cecilio Sedulio, autor del poema *Paschale Carmen*, en cinco libros: en el primero presenta los sucesos más notables del Antiguo Testamento, y en los demás trata de los milagros y doctrinas de nuestro Salvador. Compuso otra obra en prosa sobre el mismo asunto, con el título de *Opus Paschale*.

De la misma época es Paulino de Périgueux, que escribió en verso la

vida de San Martín de Tours, en donde se admiran trozos elegantes y curiosos sobre las costumbres de su tiempo.

Omitimos otros muchos autores en gracia de la brevedad, pues creemos que bastan los mencionados para poner á la vista la actividad que inspiraba la religión cristiana, y cómo, á pesar del desquiciamiento social y aun de la devastación y escombros en que los bárbaros envolvían las letras junto con el imperio, se esforzaban los fieles por consolidar la grande obra de la regeneración social, cantando una idea sublime, cual es el triunfo del evangelio. Al fijar su vista en la majestad y grandeza de este suceso, el entusiasmo religioso les hacía hablar un lenguaje poético y arrebatador, y aunque la pulcritud de la forma no era la cualidad más sobresaliente en muchos de sus escritos, sin embargo, como dice el célebre humanista del siglo XVI Luis Vives, y con él muchos críticos, « los poetas sagrados compiten muchas veces con los antiguos, venciéndolos no pocas en elegancia y belleza ».

Si triste y lastimoso fué el estado de los pueblos del Occidente, durante las invasiones hasta su organización, á proporción lo fué también el de la literatura en toda la época. Las causas saltan á la vista : los barbaros, como refieren varios escritores contemporáneos, rechazaban el estudio de las letras, como causa de la corrupción y enervamiento de los romanos, prefiriendo, por consiguiente, el manejo de la espada al de la pluma; había poca ó ninguna comunicación entre las naciones para el cultivo de la inteligencia, mucha escasez de libros, y después de la conquista de Egipto por los arábes, hasta del papiro, planta originaria de aquel país, de que se servían en vez de papel; empezábase á ignorar la lengua latina, depositaria entonces de la ciencia; los nuevos idiomas eran toscos é imperfectos; y, sobre todo, el estado del mundo, en continuo sobresalto por las guerras, no era el que habían menester los ánimos para las pacíficas tareas del espíritu. Era la mano de la Providencia que, al castigar los crímenes del pueblo-rey, iba preparando el terreno para levantar el edificio de la civilización cristiana.

Hasta los escritores descreídos convienen en que fué beneficio del cristianismo la conservación de las luces de la literatura antigua, y que las órdenes religiosas arrojaron un puente al través del caos de esta época, y unieron entre sí dos edades, la antigua y la moderna. En efecto, no es posible entrar en el campo de la historia de la literatura, sin encontrarnos desde luego con los monjes, custodios de la semilla que tan preciosos frutos había de producir en la futura civilización del mundo. Importada del Oriente al Occidente esta institución por San Atanasio, imitaron muchos occidentales este género de vida, viviendo al principio dispersos por los despoblados, hasta que el prestigio de San Benito, que hacía también vida eremítica, los indujo á aceptar la *Regla* de la vida monástica. Reducíase ésta á la abnegación, á la obediencia y al trabajo, y éste no se limitaba únicamente al cultivo de la tierra, desmontando terrenos fragosos y desecando pantanos fétidos y malsanos, sino que se extendía al estudio de las letras, contribuyendo con este trabajo del espíritu á purificar la atmósfera intelectual y moral de aquel tiempo. A mediados del siglo VI había monasterios en casi todos los pueblos del Occidente, siendo cada uno de ellos escuela á la vez que asilo de paz y piedad. En algunos se imponía al novicio la obligación de enriquecer la biblioteca con un libro útil; hubo monasterio que se comprometía á escribir las

crónicas del lugar donde habían sido fundados, y en todos pasaba el monje, desde el amanecer hasta la puesta del sol, con esa paciencia que llegó á ser proverbial, encorvado sobre su códice ó pergamino, ora estudiando, ora escribiendo. Así es como se conservaron los restos de las letras latinas y griegas, y se formaron aquellas bibliotecas, que andando los siglos, habían de ser el único depósito de las ciencias y de la literatura.

En esta loable tarea brilló el talento de Aurelio Casiodoro, nacido en Esquilache el año 470, de una familia distinguida. Después de haber servido lealmente á Teodorico, rey de los godos, como secretario y ministro suyo, cuyas ordenanzas, cartas y rescriptos recopiló después, se retiró á la vida del claustro y fundó un monasterio en Viviers, que enriqueció con muchos manuscritos. Para direccion de los monjes escribió un tratado de ortografía, en que fijó los preceptos que debian seguir en la copia de los manuscritos. Escribió asimismo sobre las artes liberales de su tiempo, según la distribución que habia hecho el africano Marciano Capella, á saber : la gramática, retórica y dialéctica comprendidas en el *trivium* y la música, geometria, aritmética y astronomia en el *quatrivium*. Tenemos de él un tratado muy apreciable sobre el alma, en estilo sencillo, donde resuelve en conformidad con las ideas cristianas la cuestión antes oscura de su origen. Es autor además de las *Instituciones de las letras divinas y humanas*, donde indica las fuentes de la ciencia eclesiástica, y de una *Historia de los Godos*, hoy perdida, de la cual hizo Jornandes el extracto que conocemos. Muy digno es de nuestra gratitud por estos y otros muchos trabajos en que empleó su larga vida, que fué casi de un siglo.

No es menos acreedor á nuestro afecto Severino Boecio, romano de nacimiento y contemporáneo del anterior. Enviado por su padre á Atenas para instruirse en las letras, se granjeó con su aplicación un gran caudal de conocimientos, y vuelto á su patria, hizo de él Teodorico mucha confianza, elevándole a la dignidad consular y nombrándole su ministro. Su celo por el bien de la religión y del Estado le hizo mal quisto á dos favoritos del rey, quienes le calumniaron de tener correspondencia secreta con el emperador de Oriente, y Teodorico le mandó encarcelar en Pavía, donde fué decapitado el año 521 después de haberle atormentado bárbaramente.

Además de algunas obras sobre religión, varias traducciones de escritores griegos y unos comentarios sobre Aristóteles, tenemos de él un tratado en forma de diálogo en prosa y en verso, titulado *Consuelo de la filosofía* que tuvo el honor de ser comentado por Santo Tomas de Aquino. Escribiólo durante la prisión para resignarse en los males que permite la Providencia, y consolarse con la virtud. Es un monumento precioso de la fe y humildad de este grande hombre, que nos revela además el conocimiento que tenia de los mejores modelos de la antigüedad. Sus versos son fluídos y ricos de imágenes, y su prosa, aunque á veces áspera, notable por la originalidad y elevación de sus pensamientos.

Contemporáneo de Boecio fué San Avito, arzobispo de Viena, en el Delfinado, del cual nos quedan varias cartas sobre los sucesos de su tiempo y seis poemas religiosos en que canta la *Creacion*, el *Pecado original*, la *Expulsión del paraíso*, de que se sirvió Milton para su maravillosa obra.

Hubo otros poetas en este mismo siglo inferiores á los nombrados, tales fueron: Rústico Elpidio, diácono de la iglesia de Lyon; Arator, secretario de Atalarico y después subdiácono, que puso en versos exámetros los *Hechos de los apóstoles*; y Venancio Fortunato, nacido en Italia y obispo de Poitiers, autor del himno eclesiástico *Vexilla Regis*, y de un poema en cuatro cantos sobre la vida de San Martín.

De San Cesáreo, obispo de Arlés, tenemos ciento treinta sermones en estilo sencillo, pues están destinados para el pueblo; y de Gregorio, obispo de Tours, la *Historia de los Francos*, en estilo inculto, sin orden ni colorido; pero con cierta ingenuidad que agrada.

Si Casiodoro y Boecio lograron con sus esfuerzos impedir en los siglos V y VI la completa ruina de las letras en Italia, los arzobispos de Sevilla, Leandro é Isidoro, con el clero y monjes de su época inauguraron en España una nueva era literaria, restaurando los estudios y dando un movimiento inusitado á los siglos VI y VII. Después veremos á Beda seguir este mismo impulso en Inglaterra, y continuarlo Alcuino en las Galias, en tiempo de Carlomagno.

La ciencia cristiana era en aquellos siglos la única lumbrera que iluminaba á la sociedad, y por lo que toca á España, las creencias católicas del pueblo, sostenido por la ilustración y celo de sus obispos, le dieron vigor y aliento para sobreponerse á la raza goda, que le tenía subyugado y envilecido[1]. La conversión de los godos al catolicismo y la abjuración de sus errores en el concilio III de Toledo el año 589, aunque demasiado súbita, facilitó algún tanto la unión con la gente española, de quien habían estado separados por religión, lengua y política; desde el cual tiempo fué tal el respecto que se merecieron los obispos por su ilustración y cultura, y el prestigio que cobró la lengua latina, que reemplazó á la goda en la cancilllería y en los tribunales, fué la favorita de la corte y comenzó á ser estudiada por magnates y palatinos.

San Leandro, llamado el apóstol de los visigodos, por la influencia que tuvo en la conversión de Recaredo, presidió dicho tercer concilio, á que asistió lo más selecto de la monarquía, cerrándole con un discurso que el cardenal Baronio considera colmado de ciencia divina y exornado de maravillosa sabiduría. Al empeño que puso por que cultivasen las lenguas sabias y las artes liberales, correspondieron notablemente, entre otros muchos que honraron aquella época, sus hermanos San Fulgencio y San Isidoro, y su hermana Santa Florentina, que fué la primera poetisa sagrada de que habla la historia de las letras españolas.

En vida de San Leandro fué elevado San Fulgencio á la silla episcopal de Astigi (Ecija), por sus virtudes y ciencia poco común, y muerto San Leandro el año 596, le sucedió San Isidoro en la de Sevilla.

Este es el personaje en que se cifra y compendia la ciencia toda de aquel tiempo. Dotado San Isidoro de un talento superior, había apren-

1. Hasta el año 672, en tiempo de Receswinto, no se abolió la ley de raza, por la que había estado vedada la unión por medio del matrimonio á los dos pueblos godo ó hispano-romano, abolicion que tuvo poco efecto en la práctica, hasta que la catástrofe del Guadalete el 711, acabó con los instintos y costumbres de esta raza advenediza y feroz, dejando franca la subida al trono á la raza indígena española, á quien le había estado también prohibida por las leyes. Asi fué como se logro la unidad politica y se rompieron los lazos de la humillante servidumbre de la raza indígena.

dido bajo la disciplina de sus hermanos, pues él era el menor, las lenguas sabias: estudió á fondo la filosofía de Aristóteles y la de los Santos Padres; enseñoreóse de todos los conocimientos de su siglo, mereciendo por su ciencia y virtud los hermosos títulos de *Doctor de las Españas*, *Espejo de los obispos y sacerdotes*, y que el papa San Gregorio le llamase *Segundo Daniel*. Fruto de sus muchos estudios y larga experiencia en la instrucción de la juventud, fueron sus historias de los *Varones ilustres en religión* y de los *Reyes godos*; varios tratados sobre diversas materias; y, sobre todo, el precioso manuscrito de las *Etimologías*, especie de enciclopedia de cuantas nociones atesoraban las ciencias, las letras, las artes, y la industria que habían sobrevivido a la antigüedad clásica. Su discípulo San Braulio, á quien se las remitió para que las corrigiese, por impedírselo á él la falta de salud, las dividió en veinte libros, en los cuales están comprendidas y tratadas, si no con originalidad, pero sí con exactitud superior á las luces de la época, la filosofía y la teología, las matemáticas y las ciencias naturales, la agricultura y la astronomía, la filosofía y la literatura, la historia y la arqueología, y cuantos estudios tienen relación con las ciencias divinas y humanas.

Su objeto en esta obra fué hacer familiares estos conocimientos á los jóvenes dedicados al estado eclesiástico; de ahí la sencillez de la doctrina, al par que la docta sobriedad en poner estas materias al alcance del mayor número de inteligencias. No le fué dado escribir en el latín del tiempo de Augusto, ni se esmeró en adornar su estilo con las galas de la elocuencia, porque ya habían cambiado los tiempos y con ellos las necesidades y los gustos; y así sólo se propuso legar á la posteridad un tesoro de pura y sana doctrina, y comunicar á sus contemporáneos el amor á los estudios.

Y en efecto, fué tal el movimiento intelectual que se manifestó en España, que á juzgar por los hombres eminientes de aquella época y el gran número de escuelas monacales y clericales que se fundaron en los siglos VI y VII, debió estar á la cabeza de todas las naciones del occidente. Y no fueron sólo obispos y monjes, como los celebrados obispos de Toledo, San Ildefonso, San Eugenio y San Julián; los de Zaragoza, San Braulio, Máximo y Tajón, Conancio obispo de Palencia, Idacio de Barcelona y Fructuoso de Braga, los monjes Juan de Biclara, Paulo Emeritense, San Valerio y otros muchos que omitimos, todos escritores notabilísimos y algunos de ellos poetas inspirados, cuyos himnos[1] ajustaban á la música compuesta por ellos mismos, sino personajes de la nobleza, que hacían punto de honor el escribir con atildamiento, como el duque de la Bética Claudio, y Bulgarano, gobernador de la Galia gótica, algunos reyes como Sisebuto y Chindaswinto, quienes hacían gala de sus dotes poéticas en las poesías que de ellos han llegado á nosotros, mostrando cuánto se complacían en el lenguaje de las musas.

Resultado de este movimiento fueron los famosos concilios de Toledo, el *Forum judicum* (Fuero juzgo), primer ensayo, entre los pueblos bárbaros

1. Puede consultarse la muy apreciable y variada colección de himnos que contiene el código de la Biblioteca Toledana del siglo VII, para todas las fiestas del año, precioso vergel de poesía sagrada, donde se nos da una idea fiel de la cultura de la época, y se nos descubren las fuentes primitivas de la poesía religiosa del pueblo español.

de la Edad Media, de una legislación racional y filosófica, la más justa y completa de aquella época, fuera de la parte penal que es dura y bárbara en algunos casos, como lo eran los tiempos; los cinco libros de las *Sentencias* de Tajón, obispo de Zaragoza, ensayo escolástico-teológico por el que merece mejor que Pedro Lombardo el título de *Maestro de las sentencias* y padre de este género de enseñanza teológica; los *Prognósticos del siglo futuro*, de San Julián, en que discute filisóficamente la espiritualidad é inmortalidad del alma, y otros muchos tradados lúminosos de obispos y monjes [1].

No parece sino que la Providencia quiso prevenir el remedio á los estragos que en España, y aún en Europa, iba á causar la tormenta que ya rugía en Arabia; pues, á pesar de la ruina del imperio visigodo y continuas guerras de la reconquista española, florecieron escuelas y varones santos y sabios que muestran no haberse interrumpido el movimiento literario comunicado por San Isidoro. Una de estas escuelas es la de Ausona (Vich) adonde el conde de Barcelona Borrel II llevó al joven Gelberto, después Silvestre II, cuya educación confió á su obispo Hatón. Los árabes de Córdoba, como hasta ahora se había creído, ninguna parte tuvieron en la educación de este hombre extraordinario, como consta, fuera de otros documentos, del descubrimiento y publicación de la crónica escrita por su discípulo Richer.

A los monjes debe muy especialmente la Gran Bretaña la difusión de las luces, y por ellas el título con que fué honrada de *Isla de los santos y de los sabios*. Sus monasterios, asilos de virtud, tenían también el carácter de verdaderos colegios, donde se enseñaban, además del griego y el latín, la filosofía y la teología, y en Escocia é Irlanda muy particulamente las ciencias físicas y naturales.

En el siglo VI ayudaron, entre otros, á disipar las tinieblas de la barbarie, Gildas, discípulo de San Patricio, eminente por su santidad y ciencia, cuyos escritos, aunque se citan, todavía no han visto la luz pública; y otro Gildas llamado el Sabio, nacido en el año 511 en el país de Gales, y monje de Glastomburg. Escribió una crónica de los aconte-

1. El autor de *Les Mystiques Espagnols*, M. Rousselot, hablando de esta época escribe: « La ignorancia reinaba por doquiera.... En Francia la inmensa personalidad de Carlomagno, concedió gran libertad á los hombres, y por consiguiente á la razón. De aquí resultó un impulso favorable al desarrollo de la inteligencia de que España no ofrece el más leve indicio en tiempo de los godos. » Lo que con tanta brevedad acabamos de referir pone de manifiesto su ignorancia ó mala fe, achaque común á muchos escritores franceses al tratar de las cosas de España. Hay, sin embargo, excepciones honrosas. El historiador de la *Escolástica*, el docto Haureau, dice : « La España cristiana era á mediados del siglo VII una de las regiones más civilizadas del mundo ». Y el abate Ernesto Bouret en su memoria *La escuela cristiana de Sevilla en tiempo de los visigodos*, invocando la autoridad de M. Ozanán, no vaciló en colocar á San Isidoro, de quien dice: *Toutes les sciences lui sont familières; il parle toutes les langues; il connait tous les arts*, al lado de Casiodoro y Boecio por la influencia que ejerció como propagador de la ciencia. Esto prueba que « la ignorancia no reinaba por doquier » y que sus obras son más que un leve indicio del desarrollo de la inteligencia en España. Agréguese que, comprendiendo el imperio visigodo allende el Pirineo toda la Galia Narbonense, á San Isidoro y á los Concilios de Toledo debe aquella región los gérmenes de cultura que dieron después tan sazonados frutos, y que se inmortalizó más tarde con la musa de los trovadores.

cimientos de su país desde la invasión romana hasta la conquista de los sajones.

Pero el que brilla como estrella en esta época de oscurantismo, es Beda el *Venerable*, nacido en el año 673 y muerto en 735. Fué monje en el monasterio de Garrow, donde se dedicó con tanto ardor al estudio, que por sus conocimientos del griego, del latín y del sajón, y por su prodigioso saber en todos los ramos entonces conocidos, fué llamado el Padre de la ciencia inglesa. Tenemos de él varias obras exegéticas, históricas y místicas, y tratados de gramática, de retórica, de filosofía, de astronomía, de matemáticas y hasta de versificación. Es muy estimada su *Historia eclesiástica de la nacion inglesa*, notable por la sinceridad, precisión y método con que está escrita.

Del monasterio de York, uno de los focos de luz en aquella tenebrosa época, salió el célebre Alcuino, nacido en la misma ciudad, el mismo año en que murió el Venerable Beda. Bajo la dirección de su obispo Egberto, acaudaló más conocimientos de los que podían esperarse en aquellos tiempos, como lo prueban sus numerosos escritos y la influencia que ejerció en las provincias germánicas, fundando y dirigiendo escuelas. Su nombre va unido al de Carlomagno, que llamó á su corte y se dirigió por sus consejos, iniciándose por los esfuerzos de ambos una especie de renacimiento literario, gracias también á la unión de francos y germanos bajo un mismo cetro.

Este legendario emperador, celoso del cultivo de las letras, ciencias y artes, y asimismo del bien de la Iglesia, su única depositaria en aquel entonces, rodeóse con mucho tino de los hombres mas notables de diversas regiones, como Pedro de Pisa, Maestro en Pavia, Pablo Warnefrido, historiador de los longobardos; el ya nombrado Alcuino, a quien dió la abadía de San Martín de Tours; el español Teodulfo, obispo de Orleans, cuyas luces, al decir de Haureau[1], solicitaba Alcuino por no atreverse á lidiar solo contra Félix y Elipando, enemigos formidables de la doctrina católica. De éstos y otros varones sabios y prudentes valióse Carlomagno para el establecimiento de escuelas episcopales y monacales, en que se diese instrucción á todos indistintamente, clérigos y seglares, algunas de las cuales alcanzaron tanta nombradía que fueron fundamento de las que más tarde se llamaron universidades. Algunos han asegurado que no sabía escribir, lo que no fué raro, aun en siglos posteriores, hallar hombres instruídos, pero inhábiles en el arte de la caligrafía[2]. Sin embargo, conocía bien el griego, hablaba el latín como el alemán, se explicaba con naturalidad y elocuencia, y hasta componía versos. Era, en fin, uno de los espíritus más cultivados de su siglo. Aconsejóle su amigo y confidente Alcuino la organización de una especie de academia científica y literaria en su mismo palacio, á que asistían los principales personajes de la corte y la familia del emperador, con lo cual contribuyó á propagar el gusto ó la afición por las letras. Éste a su vez le rogó que compusiese algunos libros aptos para el estudio en las escuelas, de suerte que la gramática teutónica atribuida á Carlomagno, lo mismo que un tratado sobre las auroras boreales y otro sobre los eclipses, que

1. *Singularités historiques et littéraires*, « Theodulphe ».
2. Tales fueron, entre otros, Federico Barbarroja, emperador y poeta, y Felipe el Atrevido, rey de Francia.

corren con su nombre, es más probable que fuesen de Alcuino, ó de alguno de los sabios que formaban la Academia.

Alcuino es además autor de muchas obras teológicas é históricas, de un libro sobre las siete artes liberales y de algunos tratados filosóficos, entre ellos un diálogo, cuyos interlocutores son el mismo Alcuino y Carlomagno. Dedicóse también á corregir manuscritos de la literatura clásica que la ignorancia de los amanuenses había alterado, y presentó al emperador una copia esmerada de los libros sagrados, sobre los cuales escribió varios comentarios. En sus escritos no se ve originalidad; lo que se admira es mucho conocimiento de los autores paganos y de los Santos Padres; el estilo es propio de la época, áspero é inculto. Murió el año 804.

Cítanse otros hombres famosos por su sabiduría y escritos, tales son: Eginardo, secretario del emperador, quien, después de la muerte de éste, escogió la soledad del monasterio, donde escribió sus *Anales* desde el año 741 hasta el 829, y la *Vida* de Carlomagno, muy superior á las descarnadas crónicas que se hicieron en aquellos siglos. En ella procede con cierto orden, indaga las causas de algunos acontecimentos y hace juiciosas reflexiones, pintándonos su heroísmo con muy diversos colores de los que le dieron más tarde la extravagancia y la devoción exagerada.

Rabano Mauro, abad de Fulda y arzobispo de Maguncia por los años 850, fuera de las obras en que rebatió los errores del monje Gotescalco, sobre la predestinación, esbribió un tratado que intituló *De universo*, especie de enciclopedia de las ciencias y conocimientos que se tenían por entonces. Distinguióse por su actividad y sabiduría Hincmaro, arzobispo de Reims en tiempo de Carlos el Calvo, y también el monje Haimón, maestro de Enrique de Auxerre, que fundó escuelas en su patria.

A todos sobrepujó, como hombre de ciencia, Juan Escoto Erígena, nacido en Irlanda el año 811 y educado en los monasterios de su patria. Estaba muy versado en las obras de algunos Santos Padres; conoció parte de las de Platón y Aristóteles y tradujo del griego al latín las que corren con el nombre de San Dionisio Areopagita. Su ingenio y erudición le dieron tanta fama, que Carlos el Calvo le colocó al frente de la escuela palatina; pero lo que le ha hecho más célebre en el movimiento científico de aquella época, es el ser considerado como el primer representante de la filosofía escolástica propiamente dicha. Escribió algunas obras filosóficas y teológicas, en las cuales no se mantuvo tan ortodoxo como Rabano Mauro. Sus aficiones y reminiscencias neoplatónicas, junto con la exageración ó, mejor dicho, mala inteligencia del contenido de los libros del Areopagita, le hicieron incurrir en el error panteísta y en algunos otros.

La serie de vicisitudes cada vez más adversas que sufrió el imperio de Carlomagno después de su muerte, siendo repartido entre sus nietos y sucesivamente invadido por los normandos, y desmembrado en varios reinos, hizo que las ciencias y las artes, que prosperan únicamente á la sombra de la paz, huyesen de los palacios y escuelas populares, y se acogieran á los monasterios hasta que amaneciesen días mejores. Estos lo fueron para Inglaterra á fines del siglo IX, merced á los esfuerzos de Alfredo el Grande.

En efecto, vencidos los daneses y recobrada Londres el año 878, este hábil y magnánimo rey hizo renacer las artes y las ciencias con el restablecimiento de las escuelas y monasterios que habían sido reducidos á

cenizas en las invasiones pasadas: llamó á su corte un gran número de sabios y fundó la célebre universidad de Oxford, que dotó magníficamente. El mismo Alfredo no se desdeñó de dar ejemplo de amor a las bellas letras, traduciendo del latín al anglo-sajón algunas obras, en cuya tarea se ayudaría de los monjes. Estas fueron las *Fábulas de Esopo*, la *Historia eclesiástica*, del venerable Beda; las *Historias de Orosio*, la *Pastoral de San Gregorio*, el libro del *Consuelo*, de Boecio, además del código de todas las ordenanzas de sus predecesores, cuya compilación también se le atribuye. Murió este rey verdaderamente grande el año 900, dejando tras de sí una estela de gloria que duró un largo período de años. No tuvo la misma feliz suerte la península española.

El estado de cultura que parecía prometer a España una era de felicidad en el siglo VII, pero que, dicho sea de paso, no merecía gozar la raza visigoda, no repasó los Pirineos hasta que se hubo lavado la península española con sangre vertida en honor de le religión y de la patria. Al día siguiente, por decirlo así, de la gran calamidad del Guadalete, en que, como dice el Rey Sabio, *fincara toda la tierra vacía de pueblo, bañada de lágrimas*, la vital energía de nuestra raza comenzó aquella reconquista heroica que duró largos siglos, y que nos dió ese carácter religioso y guerrero que nos distingue. Vamos á hacer una brevísima reseña del estado de las letras en los siglos VIII, IX y X, los más oscuros de la Edad Media.

Cixila, arzobispo de Toledo, á quien le es deudora España de inestimables tesoros de artes y letras, que libertó del fanatismo musulmán, escribió por los años 744 la *Vida de San Ildefonso*, en que mostró su amor á las letras y su mucha piedad. Algunos años después, Isidoro de Beja, obispo de Paz Augusta, nos dió la *Historia del pueblo sarraceno*, desde el año 611 hasta el 754, y en su *Epítome* pintó el cuadro sombrío y desconsolador, pero enérgico de la suerte de España en el siglo VIII. Sebastián, obispo de Salamanca á principios del siglo IX, por consejo de Alfonso II el Casto, escribió su *Crónica*, en que narra las victorias de las armas cristianas, conseguidas en siglo y medio, enlazando esta historia con los sucesos del imperio visigodo. Es desaliñado su estilo, afeándole todavía más el ingrato adorno de las rimas al terminar las cláusulas. De los mismos defectos adolece la crónica del monje de Albelda, escrita a fines del siglo IX, en que se refiere el próspero y glorioso reinado de Alfonso III el Magno, cuya noble figura se bosqueja al mismo tiempo. No hay que buscar en estas obras primores del arte, que tampoco brillan en las de otras naciones, sino la veracidad del cuadro, único mérito de la ruda llaneza de aquellos tiempos.

Las ciencias eclesiásticas germinaban y crecían al abrigo de los monasterios, de que dieron testimonio en las montañas de Liébana y Asturias el obispo de Osma Heterio, y el santo y docto abad Beato. Estos dos atletas de la religión y de la patria perseguidos defendieron la verdad católica contra los errores de Félix y Elipando, en su apología escrita el año 785; monumento precioso de ciencia, estimado de los hombres doctos antiguos y modernos.

El estilo es duro y áspero, muy propio de aquella época de hierro, pero los argumentos son sólidos y robustos, cual si quisiesen sentar la base incontrastable de aquellos montes que dieron asilo al trono de Pelayo y de sus católicos sucesores.

Más vivos fueron los destellos que dió la ciencia cristiana entre los mozárabes de Córdoba, Sevilla y Jaén, en el siglo IX, víspera de la extinción llevada á cabo por el fanatismo musulmán. Comenzó la persecución por la ley del califa Hixem, prohibiendo la lengua latina y mandando que los hijos de los cristianos asistiesen á las escuelas públicas, donde se les obligaba á aprender las doctrinas del Corán. Levantó la voz el abad Esperaindeo en un varonil y elocuente apologético contra Mahoma, del cual poseemos un fragmento; y en seguida saltaron á la arena sus discípulos Alvaro y el mártir San Eulogio á defender la sublime abnegación de los que dan la vida por Cristo. No les eran desconocidos Cicerón, Demóstenes y Quintiliano, con cuyas galas literarias tratan de adornarse, ni menos los Santos Padres, especialmente San Cipriano, cuya enérgica elocuencia se refleja en los escritos de uno y otro adalid cristianos. Heredero de su ciencia y fervor, fué, entre otros muchos, el abad Sansón, perseguido y desterrado por los árabes, el cual en otro apologético muestra, además de su mucha erudición eclesiástica, gran conocimiento de los autores clásicos, en cuya autoridad se apoya para motejar de ignorantes á los apóstatas y reprobar la inicua conducta de los califas. A fines del siglo IX, oprimida, y casi aniquilada la desventurada grey mozárabe, atrajo sobre sí las compasivas miradas del pueblo cristiano, que la bendecía por los clarísimos resplandores de virtud y ciencia que irradió hasta su completo exterminio.

Hubo en el siglo X un hombre extraordinario por sus conocimientos en las ciencias naturales y físicas, é ilustre por su influencia en las letras. Fué Gelberto, nacido en Auvernia, el cual, habiéndose iniciado en el cultivo de las letras en el monasterio de Aurillac, y sabiendo que en España florecían las ciencias, hizo un viaje á la Península en compañía de Borrel II, conde de Barcelona, que había ido en peregrinación á Aurillac. Éste le recomendó á Hatón, obispo de Ausona (Vich), bajo cuyo magisterio, en los seis años de su permanencia, aprovechó grandemente en las artes liberales y muy principalmente en las matemáticas. Con motivo de la peregrinación á Roma de su protector y maestro, le acompañó Gelberto, quien tuvo que quedarse en ella por orden del Pontífice. Habiendo regresado después á su patria, le encargó el obispo de Reims la escuela de su diócesis, donde tuvo, entre otros insignes discípulos, al príncipe Roberto de Francia. Premio de su ciencia y servicios fueron las sillas arzobispales de Reims y Ravena, y después la pontifical de Roma, en que tomó el nombre de Silvestre II.

Según testimonio de autores contemporáneos, y por sus mismas cartas escritas á abades y obispos españoles, como Bonfilo y Lupito, se sabe el empeño que tenía en reunir libros para formar bibliotecas, y que inventó un aparato para facilitar la enseñanza de la aritmética y la música. Él nos habla de figuras geométricas y esferas para explicar los movimientos de los astros, la diferencia de climas y estaciones, el día y la noche, y para representar las constelaciones, el horizonte y toda la belleza de los cielos. Á él le atribuyen algunos los primeros relojes de ruedas y los órganos hidráulicos. Era, en fin, un genio mecánico de primer orden.

En medio de la ignorancia, torpezas y simonías de aquella edad, cundió la especie de que Gelberto era hechicero, y dos siglos después se llegó á decir que por artes diabólicas había ascendido al pontificado. La posteridad, sin embargo, le ha hecho completa justicia, adjudicándole el

honroso título de restaurador de los estudios filosóficos y eclesiásticos, lo que ejecutó con tal acierto y en bases tan sólidas, que desde Silvestre II no se ha interrumpido la tradición de las artes liberales. Cabe, pues, esta gloria á las escuelas cristianas, y en su mayor parte á la de Vich, que como todas las que quedaron en pie después de la invasión agarena, conservaba las enseñanzas isidorianas [1]. Murió este gran Papa el año de 1003.

Ni está desprovista de historiadores y poetas esta época. Además de la crónica del monje Richer, descubierta el año de 1833 por M. Pertz, que trata con bastante juicio y no despreciable estilo de la caída de los Carlovingios y de las irrupciones normandas, tenemos de Regino, monje de Brum, una historia universal, desde el nacimiento de Jesucristo hasta el año 906, que fué continuada por otro monje hasta el año 977. Algunos escribieron la historia en verso, como Donizón, obispo de Canosa, y Milón, que escribió la de su hermano San Amando en mil ochocientos exametros. Hugo Elnonense compuso una égloga en elogio de Carlos el Calvo, en versos exámetros que comienzan todos por C. Dice así el primero : *Carmina clarisona calvis cantate camen* [2].

A éstos y á otros muchos, que sería largo enumerar, superó Roswitha Blanca Rosa , monja de Gandesheim, nacida el año 912 en Sajonia. Tenemos de ella seis dramas latinos, en prosa, sobre asuntos sagrados; dos poemas en alabanza de la Virgen; uno heroico sobre el emperador Otón y varias elegías en honor de algunos santos.

No obstante las graves dificultades de aquellos siglos, aparecen los monasterios y escuelas clericales como los únicos centros de actividad intelectual. De estos asilos de virtud y ciencia salieron en los siglos XI y XII algunos hombres ilustres, en torno de los cuales se agrupaban los amantes de la ciencia filosófica y teológica, cuyo anhelo por escuchar de viva voz sus lecciones, pues la escasez de libros imposibilitaba á muchos el estudio en privado, los hacía reunirse frecuentemente con sus maestros, á que se dió el nombre de *universitas magistrorum et auditorum*. Esta es la primera forma de las corporaciones llamadas después *universidades*, cuya organización y reglamentación no vemos hasta el siglo XIII.

Honraron, pues, el siglo XI, en primer lugar, el célebre monje Hildebrando, que con el nombre de Gregorio VII nos dejó en sus cartas un monumento de sabiduría, y en su conducta un modelo de amor á la justicia y odio á la iniquidad, que selló con su muerte en el destierro. San Pedro Damiano, uno de los prelados más doctos de aquella época, y después colaborador en la reforma, de San Gregorio VII; Lanfranco de Pavía que rebatió los errores de Berengario acerca de la Eucaristía, y nombrado después arzobispo de Cantorbery, ministro y consejero de Guillermo el Conquistador, fomentó el estudio de las letras divinas y humanas. En la misma silla arzobispal brilló con el resplandor de la ciencia y la aureola de la santidad, San Anselmo, nacido en Aosta de Italia, célebre por sus escritos místicos, filosóficos y teológicos. De él es el famoso argumento con que demuestra la existencia de Dios por la

1. Véase dilucidada esta cuestión en la *Historia crítica de la literatura española*, de don José Amador de los Ríos, parte I, tomo 2, cap. XV.

2. Este raro ornamento, á que se dió el nombre de *aliteración*, era desconocido de griegos y romanos, y vino á ser en la Edad Media el carácter distintivo de las literaturas del Norte, así como la rima lo fué de las del Mediodía.

sola idea de un sér infinitamente perfecto, que Descartes plagió siglos adelante, y que tanto contribuyó á la celebridad de éste.

Al expirar el siglo XI y con motivo de la sutilísima controversia sobre los *universales*, esto es, si los géneros y especies existen realmente, ó sólo en nuestro entendimiento, hiciéronse famosos Roscelim, canónigo de Besanzón, y Abelardo de Nantes, su discípulo. Un sinnúmero de oyentes rodearon á Roscelim, por cuyos extensos conocimientos y por el desarrollo que con sus enseñanzas tomó la filosofía aristotélica, fué llamado el *Fundador del nuevo Liceo*. Partidario del nominalismo rígido, quiso aplicarlo al dogma de la Trinidad, y le hizo caer en errores contra este misterio.

Mayor fué la fama de Abelardo, hombre de genio inquieto, disputador y petulante, tras del cual corrían á millares los discípulos de ambos sexos, seducidos por su erudición y facundia, y quizá más por su carácter romántico. Calificaba á su maestro de falso filósofo cristiano, cayendo él á su vez en errores de que le convenció San Bernardo en una disputa pública á que fué provocado por el mismo Abelardo. Reprobólos éste, y asimismo varias doctrinas condenadas por el Papa Inocencio II y el concilio de Lyon, después de lo cual abrazó la vida monástica y murió el año de 1143.

Los racionalistas han tratado de hacer el panegírico de sus amores con Eloísa y justificar su vida y escritos; empero, la conducta de Abelardo, como él la cuenta en la *Historia calamitatis suæ*, es altamente inmoral, y á ser ciertas las últimas relaciones con Eloísa y las cartas de ésta, cuya vehementísima y bárbara pasión la inspira desatinos y blasfemias más bien que ternezas, hacen muy dudosa su conversión y vocación monástica.

Superior en doctrina, santidad y elocuencia fué San Bernardo, nacido el año de 1091, en el castillo de Fontaine, en Borgoña. A los veintidós años de su edad se llegó á las puertas del monasterio del Cister á pedir el hábito de monje, junto con otros treinta y dos jóvenes, á quienes había persuadido la vida del claustro. Su doctrina y su mucha prudencia le hicieron, á pesar de la austeridad de su profesión, maestro de los reyes, consejero de los papas y tutor de los imperios. Dotado de especial gracia en el decir, era tal el encanto de su palabra, que las madres escondían á sus hijos y las mujeres á sus maridos, para que no abandonasen el hogar doméstico por la vida del claustro, y habiéndole mandado el papa predicar la segunda cruzada, fué tal el entusiasmo del pueblo, que no bastando las cruces que llevaba el Santo, tuvo que rasgar sus propias vestiduras para satisfacer á la muchedumbre. Miel y leche, decía un autor, que destilaban sus labios, y en verdad que esta suavidad y dulzura todavía se percibe en sus *Sermones* y *Epístolas*, que le granjearon el título de *Doctor melifluo*. Su estilo, lleno de frases de la Escritura, que emplea en sus obras con toda naturalidad, es vivo y ameno, sembrado de alegorías y pensamientos ingeniosos. Afligido por el desastre de la segunda cruzada, y casi moribundo, se hizo llevar á Metz, que ardía en guerra civil. Su presencia y su palabra calmaron á los ciudadanos, después de lo cual murió á los setenta y tres años de su edad.

Aunque no atañe directamente á esta historia exponer el origen y vicisitudes de las escuelas filosóficas, siquiera como expresión de la vida intelectual de esta época, y para recordar al mismo tiempo alguno de los grandes hombres que en ella florecieron, daremos alguna idea de la *Escolástica* y la *Mística*, ramas robustas y frondosas, la primera del

árbol de la filosofía cristiana, y la segunda de la filosofía y de la elocuencia sagrada. El carácter más fundamental y universal de la escolástica, dice el Ilmo. Sr. González, es la unión de la filosofía con la teología ó, si se quiere, de la ciencia humana y natural con la ciencia divina y revelada, y en segundo término, ó de una manera menos universal, la caracteriza también la información aristotélica, ó sea el organismo lógico y metafísico del fundador del Liceo.

Desde Casiodoro se preparaba el advenimiento de la escolástica en las escuelas de los monasterios, y Erigena, Rabano Mauro, San Anselmo y otros escolásticos usaron del método de Aristóteles para demostrar la conformidad de las verdades reveladas con la razón, y en amigable consorcio presentarlas al pueblo cristiano. Algunos se deslizaron en varios errores, que no son para tratarlos en este lugar.

Al ingenioso San Anselmo siguió no menos hábilmente en estos trabajos científicos el arzobispo de Tours, Hildeberto, siendo continuadores del mismo método Pedro Lombardo, llamado el *Maestro de las sentencias*, por los cuatro libros de Teología que compuso, y Juan de Salisbury, obispo de Chartres.

Hubo en este siglo, que fué el XII, verdadera fermentación intelectual, que merced á las cruzadas y á la comunicación de ideas entre latinos, griegos, árabes y judíos, no menos que al desarrollo de las ciencias médicas, jurídicas y astronómicas, y á la introducción del papel, produjo una serie no interrumpida de filósofos y teólogos, y un entusiasmo tal por las letras, que hacía agolparse á millares los jóvenes á las puertas de los monasterios, y aun en las plazas públicas, para oir las lecciones de éstos y otros muchos renombrados maestros.

Este ardor por la ciencia preparó el brillantísimo período del siglo XIII, en que, predominando el sentido metafísico, llegó la filosofía al mas alto grado de esplendor a que podia elevarse. En él resplandecieron el franciscano Alejandro de Halés, varón sapientísimo llamado por sus contemporáneos *Doctor irrefragabilis*; Guillermo, obispo de Paris, autor del tratado *De universo*, en que expone y discute las opiniones de los principales filósofos de la antigüedad; el dominico Raimundo Martin, español que refutó á los judíos en su inmortal obra *Pugio fidei* y trató las mas altas cuestiones de filosofía; el eruditísimo Vicente de Beauvais, dominicano, quien resumió en su libro *Speculum majus* todos los conocimientos que entonces se tenían de ciencias y artes, y llegó á presentir la esfericidad de la tierra y su atracción; Alberto Magno, de la orden de Santo Domingo, á quien dieron el título de *Doctor universalis* por sus numerosas y doctísimas obras, que componen veintiún volúmenes en folio, y por las que merece además un lugar preferente en la historia de las ciencias físicas y naturales. De los profundos estudios que éste y otros escolásticos hicieron de los secretos de la naturaleza y sus fenómenos, dice nuestro sabio pontífice León XIII en la carta encíclica sobre el restablecimiento de la filosofía de Santo Tomás «que en nuestra misma época muchos doctores de ciencias físicas, hombres de gran reputación, manifiestan pública y abiertamente, que entre las conclusiones ciertas de la física moderna y los principios filosóficos de la escuela, no existe en realidad contradicción alguna. Por lo que injustamente, añade, se ha acusado á esta filosofía de servir de rémora del progreso y adelantamiento de las ciencias naturales.»

A todos eclipsó un discípulo de Alberto Magno, el gran pensador y profundo filósofo Santo Tomás de Aquino, llamado con razón el *Sol de la Iglesia* y el *Águila de la filosofía*. Entre las alabanzas de su portentoso ingenio leemos en la citada carta encíclica, « que había distinguido perfectamente la razón de la fe, y conservado á cada una sus derechos y su dignidad de tal suerte que la razón elevada en alas de Tomás á la cima de la naturaleza humana, no puede subir más alto, y la fe apenas puede esperar de la razón auxilios más abundantes ó más poderosos que los que le presta Tomás ». Y al hablar de su doctrina, que el mismo Padre Santo califica de oro, exhorta á « que se restablezca y propague en las escuelas, para la defensa y el esplendor de la sociedad y para el progreso de las ciencias ». La obra principal del doctor angélico es la *Suma Teológica* colocada en el concilio de Trento al lado de la Biblia, en cuya doctrina se habían formado los padres de aquella augusta asamblea, una de las más sabias que se habían reunido hasta entonces en la Iglesia.

Junto con Santo Tomás ilustraron aquella época, San Buenaventura, á juicio de Gersón, el doctor y maestro más eminente de la Universidad de París; Pedro Hispano y Enrique de Gante, escritores notables; y el inglés Rogerio Bacon, franciscano, filólogo eminente, matemático y físico, el primero que señaló no como fin sino como medio principal para el adelantamiento de las ciencias naturales, la observación y la experiencia, entonces bastante descuidadas.

En sus escritos se habla de la pólvora, y de producir truenos y rayos más terribles que los de la naturaleza, y asimismo se anuncia en ellos la invención del telescopio, de los puentes colgantes, de las bombas de aire y el descubrimiento del vapor. Era, en fin, un genio contemparáneo en cierto modo de los del siglo XVIII, pero superior en inteligencia y piedad.

Y para no ser más prolijos, pues basta esta descarnada reseña para probar el movimiento y progreso intelectual de esta época, y cuán injustamente vilipendiada por los protestantes ha sido la vida monástica, no menos que por los impíos del siglo XVIII y por los que en el XIX les van de reata, terminaremos citando al sutilísimo Juan Duns Escoto, franciscano irlandés, en torno del cual llegaron á reunirse á veces hasta treinta mil discípulos; Dante Alighieri que revistió con las galas de la más elevada poesía la doctrina de Santo Tomás en la *Divina comedia*; Raimundo Lulio, franciscano español, apellidado con justísima razón *doctor iluminado*, versadísimo en las ciencias naturales y lenguas antiguas, que como obrero infatigable de la ciencia quiso propagarla por el mundo y murió mártir de la fe; y por último Durando, obispo de Meaux, y el inglés Occan, defensores ambos de la independencia y derechos de la razón; pero con la debida subordinación, el primero á la autoridad divina y con desacato de la misma el segundo, por lo que, expulsado de la Orden franciscana puso su pluma como lisonjero y cortesano al servicio de Felipe el Hermoso y Luis de Baviera que estaban en oposición con la Santa Sede. Últimamente se reconcilió con la Iglesia.

Sin embargo, no todo lo que relucía entre los escolásticos era oro puro, sobre todo en lo tocante á ciencias naturales, pues hay que tener en cuenta las condiciones de la época, y el espíritu del siglo. Por eso termina el sabio pontífice León XIII la encíclica citada con estas palabras : « Si se encuentra en los doctores escolásticos alguna cuestión demasiado sutil, alguna afirmación inconsiderada ó alguna cosa que no

se concilia con las doctrinas probadas de los tiempos posteriores, en una palabra, que no sea probable, entiéndase que Nos de ninguna manera lo proponemos á la aceptación de nuestro siglo. »

Contra las tendencias racionalistas de algunos escolásticos como Roscelim y Abelardo, se produjo una reacción que dió por resultado la *Escuela mística*, cuyos principales represantes fueron Hugo y Ricardo, monjes del monasterio de San Víctor. Llamóse mística, porque en vez de emplear el procedimiento lógico y la exposición árida y seca del entendimiento, se eleva por medio de la contemplación de las verdades de la fe á la verdad primitiva que es Dios, uniéndose á Él por amor. No hay entre las dos escuelas antagonismo; antes bien se completan : si la escolástica se refiere más al entendimiento, la mística busca manjar para el corazón devoto.

Tenían los místicos por su jefe y maestro á San Dionisio Areopagita, entre los cuales sobresalieron por sus escritos llenos de unción suave y afectuosa, el seráfico padre San Buenaventura, doctor inspirado en la ciencia mística y poética del divino amor: el dominico alemán Juan Taulero, para quien la verdadera ciencia es la pasión de Jesucristo y no los colegios de París; el beato Enrique Susón, más elevado y filosófico que el anterior, y por último Juan Ruibrok y Tomas de Kempis en el siglo XIV; y, en el siglo XV, Juan Gersón, canciller de la universidad de París, y el cardenal de Cusa.

Monumento glorioso y admirable de la escuela mística es el tratado de la *Imitación de Cristo*, ó sea, colección de máximas religiosas llenas de filosofía y moral cristianas, en las cuales, como su título lo indica, se nos propone á Jesucristo y su doctrina como medio para llegar a la perfección. Escrito con espíritu verdaderamente religioso, sin artificio de ningún género y en estilo sencillísimo, tiene la particularidad de agradar siempre y enternecer á todo lector piadoso. Á falta de estas cualidades, su mayor elogio estaría en el gran número de ediciones y traducciones en todas las lenguas, sólo superior el de las hechas de la Sagrada Escritura.

Todavía es un misterio el nombre de su verdadero autor, á pesar de lo mucho que se ha escrito para ilustrar este punto. Los franceses se lo atribuyen á Gersón; los alemanes, con mas visos de verdad, á Tomas de Kempis, y últimamente, los italianos han presentado pruebas no despreciables en favor de Juan Gersen, humilde monje de Lombardía en el siglo XIII. De todos modos, el nudo esta aún por resolver, y no han faltado quienes aseguren como de la *Iliada*, que fué obra de diferentes autores, y que uno le dió la forma que hoy tiene. Pero esto último parece contradecirlo la unidad de pensamiento y de estilo que se advierte en los cuatro libros en que está dividido, y en cada uno de los capítulos que lo componen.

No son menos admirables dos monumentos de inspiración místico poética de esta edad de fe y de amor, á saber : el *Dies iræ* y el *Stabat Mater*, reputadas generalmente estas dos composiciones como la mayor oda y la mayor elegía del cristianismo. Estas dos secuencias que aún hoy canta la Iglesia, la primera en las misas de difuntos, y la segunda en la fiesta de los dolores de la Virgen.

La simple lectura del *Dies iræ* infunde, por la sublimidad de los pensamientos sobre el juicio final, un religioso pavor al alma que tiene fe.

el *Stabat Mater* es un grito de dolor y compasión inspirado por la devoción tierna y afectuosa á la Madre de Dios, al considerarla al pie de la cruz. Bien traducidas estas dos composiciones conservan algo de la terribilidad y ternura del original; empero les falta el encanto de aquellos versos bárbaros, pero expresivos y candorosos, ni hacen tampoco en el oído aquel efecto particular de las asonancias y consonancias repetidas del latín.

Aunque algunos no sin fundamento, tienen por anónimas estas dos composiciones, no faltan, sin embargo, razones para adjudicárselas, la primera á fray Tomás de Celana, uno de los sabios que en el siglo XIII, atraído del fervor de la reciente orden franciscana, se ciñó el cordón de San Francisco; y la segunda á otro franciscano, también del mismo siglo, llamado cuando era seglar, Jacobo Benedetti, célebre jurisconsulto, y después de su conversión poeta religioso, conocido por sus piadosas extravagancias, con el nombre de Jacobopone.

Hubo, asimismo, otros muchos poetas místicos que embellecieron la época con sus producciones, trasunto fiel del espíritu de aquella sociedad, formada en gran parte, por la ilustración de los hijos de Santo Domingo y por la poesía de los de San Francisco, que, si no es seguro, dice el señor M. Pelayo [1], que este último hiciese versos, fué, á lo menos, soberano poeta en todos los actos de su vida y en aquel simpático y penetrante amor suyo á la naturaleza.

En cuanto á los trabajos históricos de esta edad, es cierto que no estuvieron á la altura de los que nos dejaron los griegos y romanos, porque, estando la sociedad cristiana en vías de organización y las naciones en continuas guerras, apenas pudieron hacer otra cosa que crónicas, esto es, narraciones más ó menos extensas de una época, de un país, de una localidad, y también de un hombre ilustre ó de una familia. Las naciones europeas, y sobre todo Italia, tienen un riquísimo tesoro en estas crónicas, escritas ora en latín, ora en lengua vulgar, generalmente por monjes y obispos. De algunos hemos hecho ya mención y de otras haremos más adelante, no sin dar antes cabida al juicio de E. Schlegel sobre esta clase de escritos : « Se acostumbra dar, dice, desdeñosamente y sin distinción, el nombre de crónicas de monjes, á todas las obras históricas latinas de la Edad Media, y recusar su testimonio porque emanan de eclesiásticos, y se olvida que estos escritores, la mayor parte salidos de familias distinguidas, estaban versados en todos los asuntos y relaciones políticas, y eran, en general, los hombres más instruídos de su tiempo, que tenían, por consiguiente, más capacidad que cualesquiera otros para abrazar con una sola ojeada, todos los sucesos y juzgarlos con exactitud, y que por los viajes que habían emprendido, podían mejor que nadie y en calidad de testigos oculares dar á conocer á sus contemporáneos las costumbres de los pueblos lejanos. »

1. Discurso de recepción en la Academia Española.

II

LITERATURA NO LATINA DE LA EDAD MEDIA

FORMACIÓN DE LAS LENGUAS MODERNAS

Italia. Desde muy remotos tiempos se hablaba en Italia un latín erudito y un latín popular; y este último, tal vez el antiguo osco, al servir de medio de expresión á un pueblo ardiente é impresionable, se impregnó de la fuerza, del colorido y de la voluble instabilidad que caracterizan al vulgo italiano.

Las desinencias producidas en las palabras por la variación de los casos, se reemplazaron por el artículo; los germanos, en sus sucesivas invasiones, modificaron la manera de cortar y acentuar las palabras, alteraron la pronunciación con sus labios no acostumbrados á la pulcritud romana, adaptaron a sus voces bárbaras las melodiosas terminaciones latinas y fusionaron los términos que se referían á los usos más comunes de la vida; los galos, en sus conquistas, dejaron también en el idioma una huella no borrada y fué tal y tan marcada la separación entre las dos lenguas al finalizar el siglo XII, que los predicadores, para hacerse entender de la muchedumbre, necesitaron ya, dejando el latín, hablar al pueblo en una lengua que llamaron « lingua vulgaris », muy distinta por cierto de la que recibió el nombre de « lingua grammatica ».

Los dialectos que se formaron con esas luchas de idiomas, llegaron en tiempo del Dante á catorce, los principales, y á unos mil los menos divulgados; pero el gran poeta, con el poder de su genio, dió, por fin, al toscano, el carácter de lengua literaria al evocar con la *Divina Comedia* los dormidos ecos de la antigüedad griega y romana.

El italiano es una lengua eminentemente musical, y se presta á maravilla para encarnar las formas líricas, las grandes emociones, la ternura del sentimiento, la movilidad de la agitación interna, y la fuerza de la invectiva.

Alemania, Inglaterra, Rusia y Polonia. Mientras los bárbaros del norte mezclaban su sangre y sus idiomas con la sangre y con el idioma de las naciones vencidas de la raza latina, en las vastas regiones de la Germania se iban como disgregando de la primitiva lengua indo-persa, y recibiendo sucesivas modifi-

caciones, multitud de dialectos, que al fin se concentraron en tres grupos principales : el alto alemán, en los países elevados y montañosos del Sur; el de la gran región baja del Norte, y el alemán medio en la zona montañosa del centro que separa las dos regiones físicas en que se divide la Alemania.

El dialecto hablado en la Suabia, fué el que en el orden literario triunfó de todos los demás á mediados del siglo XIII; y desde entonces se dió el nombre de alto alemán al que hablaba la sociedad culta, y el de bajo alemán, al que empleaba la clase humilde de la raza goda.

Al llegar el siglo XVI, Lutero levantó la bandera de la Reforma, y al dirigirse al pueblo para enseñarle sus doctrinas, tuvo que hablarle en su propio lenguaje y convertir el idioma popular en lengua religiosa; y desde este momento, el bajo alemán ó, mejor dicho, el dialecto de Misme que Lutero adoptó, se mezcló con los restos del alto alemán que hablaba la nobleza, brotando de este choque, la moderna lengua alemana.

Es el idioma alemán altamente varonil y rico, si bien carece de la claridad y sonora armonía de las lenguas neo-latinas; y se adapta como pocos idiomas, á los asuntos caldeados por la pasión ó idealizados por la fantasía.

Se habla el alemán en el Archiducado de Austria, Tirol, Bohemia alemana y en las provincias bálticas de la Rusia; y además es idioma muy usado en Moravia, Hungría, Rusia, Polonia, Suecia y Noruega.

La lengua inglesa procede de la anglo-sajona, que á su vez es un dialecto de la Germania baja. La dominación anglo-sajona se consolidó á los comienzos del siglo IX, y los dialectos juto, anglo y sajón se mezclaron, constituyendo el anglo-sajón, lengua totalmente germánica, pues en ella ejercieron débil influencia los celtas y los romanos.

Después de la invasión normanda, en 1066, el anglo-sajón tuvo que luchar con el francés usado en la justicia administrativa, perdiendo en la lucha su carácter literario, y modificó sus primitivas inflexiones y terminaciones; ganando en cambio en flexibilidad y en abundancia. De la fusión de estas dos lenguas, en que dominó el anglo-sajón, rehabilitado por Eduardo III el año de 1362, resultó la lengua inglesa.

El inglés es el más sencillo y el más lógico de todos los idiomas de Europa, y es una lengua rica, enérgica, precisa, dúctil y elegante.

El inglés hablado en Escocia se distingue por la forma ó, mejor, por la pronunciación más sonora y grave de las palabras, por lo cual se le ha llamado el dórico de Inglaterra.

Las otras lenguas que se hablan en el Reino Unido, el gaélico, el cimbrio (de los primeros tiempos), no tienen punto de similitud con el inglés, y son ramas del tronco céltico.

España. Reconocen generalmente los historiadores á los iberos procedentes del lado del Mediterráneo, como los primitivos pobladores de España, cuyo antiquísimo idioma, según algunos, es el hablado por los vascos, sus descendientes. Más tarde, los celtas, pueblos del norte, invadieron la Península, y después de largas luchas se mezclaron y confundieron con los iberos, sin que de su lengua y civilización haya llegado á nosotros ningún documento literario. Establecidas después las colonias griegas, sirias y fenicias en el litoral de Levante, parte del Mediodía y costas occidentales, debieron de adulterarse

los lenguajes de los antiguos pobladores, atendida la influencia de los nuevos, mucho más ilustrados y activos, de cuyas lenguas tenemos evidentes vestigios en el catalán, y aun en el gallego. Pero sometidas más tarde estas comarcas á la dominación cartaginesa que se había adueñado de gran parte de la Península, hubieron de sufrir á su vez la influencia de su lengua y civilización.

A consecuencia de la destrucción de Cartago por los romanos, España fué una provincia latina que tuvo que aceptar, no sin heroica resistencia, su lengua, su religión y costumbres. Esto consta por documentos históricos de César, Estrabón y otros escritores; pero sabemos también por testimonios de Plinio, Tácito y Silvio, que varias comarcas, especialmente septentrionales, se resistían tenazmente á recibir las costumbres é idioma de sus dominadores. De donde se deduce que si la política romana obligó á aceptar como oficial la lengua latina, no logró hacerla universal ni popular. Sin embargo, con el transcurso de los años y con la predicación del cristianismo, y por ser el latín la lengua de los principales escritores eclesiásticos y catequistas, la fué admitiendo el pueblo no sin mezclarla, como era natural, con sus idiomas respectivos, á pesar de los esfuerzos de los doctos por conservarla en su pureza.

Cuando los godos se hicieron dueños de la Península en el año 414, usaron del latín para comunicarse con los vencidos; pero aquellos duros é indómitos conquistadores, incapaces de conocer y apreciar sus bellezas y repugnando las reglas gramaticales, desfiguraron y corrompieron más dicho idioma, quitándole la elegancia del hipérbaton, supliendo con las preposiciones y el artículo las variadas desinencias de sus declinaciones, y formando la voz pasiva con los participios y verbos auxiliares. Era, no obstante, el latín la lengua oficial, cuando en el año 714 aconteció la invasión árabe.

Tanto los cristianos libres que en Covadonga dieron el grito de independencia y reconquista, como los cristianos mozárabes que se sometieron á los Califas, conservaron la lengua latina, que con la religión fué lo único que sobrevivió al imperio visigodo; y desde este tiempo comienzan á traslucirse las lenguas vulgares que se formaban paulatinamente de este latín corrupto, y de los elementos congregados en los siglos anteriores en el suelo español. En los documentos públicos del siglo VIII, que felizmente han llegado hasta nosotros, se notan ciertos idiotismos y solecismos que demuestran la influencia del habla popular, que no respetaba las reglas gramaticales del latín. Así, por ejemplo, en la inscripción de Santa Cruz de Cangas del año 737 se lee: *ob cruces tropheo*, en lugar de *ob crucis tropheum*; y en una escritura pública del mismo tiempo se dice *veniens cum haberes suos*; y un privilegio otorgado por Alfonso el Católico el año 744 dice: *damus duas campanas de ferro, tres casullas de sirgo*; y en otro documento del año 780 se lee: *per illo [illegible] qui vadit inter Sabadel et Villa-Luz*. En las crónicas escritas en el siglo IX con pretensiones de buen latín se hallan expresiones que dan á entender la existencia del romance vulgar como la del monje de Albelda, donde se lee: *rivulum qui dicitur Carrion*, y en los siglos X y XI además de los giros puramente castellanos, se hallan cláusulas como esta del poema latino de los hechos del Campeador: *eris talis qualem dicunt in vulgo castellani* « alevoso »; y en la crónica de Alfonso VII: *turres quas nostra lingua* « olcazares » *vocantur; insidias quas nostra lingua [illegible]*

Estas y otras muchas citas que podrían añadirse, nos ponen de manifiesto que de los lenguajes hablados en los siglos anteriores, y no completamente extirpados, se iban formando los romances vulgares, cuya base principal era la gran riqueza de la lengua latina. Algún influjo ejerció también, si no en su nacimiento, á lo menos en su desarrollo, la lengua hebrea por morar entre los cristianos la raza judía desde los primeros siglos de la Iglesia, y asimismo el idioma árabe.

Según cálculos más ó menos exactos, de cada cien palabras castellanas, 60 son latinas; 10, góticas; 10, árabes; 10, griegas; y el resto, de diversa procedencia.

Exceptuando, pues, el antiguo éuscaro ó vascuence, de todos desemejante, y que se hablaba en las provincias vascongadas, tres fueron los principales romances que nacieron casi á un tiempo de esta lenta y progresiva elaboración : el *catalán*, el *castellano* y el *gallego* si bien no puede negarse la prioridad al dialecto llamado *bable* que se habla en algunos valles de Asturias. En la España oriental, ó sea en Cataluña, país fronterizo de la Provenza, con quien tenía relaciones íntimas por la comunidad de orígenes y accidentes históricos, floreció el romance *catalán* llamado impropiamente *lemosino*, que dió vida después al mallorquín y al valenciano. En la España central dominó el lenguaje enérgico de Aragón y Navarra que venciendo la influencia catalana y francesa, se hermanó con el grave y sonoro de León y Castilla, y fué llamado por excelencia idioma castellano. En la España occidental, albergue de los suevos, nació el dialecto dulce y enfático que lleva el nombre de « gallego », el cual tuvo la gloria de dar nacimiento á la lengua « portuguesa », pues gallegos fueron los que conquistaron y poblaron el Portugal.

Entre todas las lenguas que se hablaban en la península, sobresalía la castellana, que enriquecida desde la conquista de Toledo, el año de 1085, con partes de los idiomas de los francos, gascones, provenzales, alemanes, italianos y griegos que vinieron á Castilla á señalarse en la cruzada, y con los de todas las otras provincias españolas, que tomaron parte en esta empresa; revelaba ya desde los albores de su infancia los hábitos, los sentimientos y las creencias del pueblo español. Rudo y vigoroso al principio este idioma, como instrumento de un pueblo nacido entre el estruendo de las armas, se fué suavizando con el trato y comunicación de las gentes, á la manera que las piedrecitas de los ríos se alisan y redondean unas á otras. Y comprendiendo el rey D. Fernando III el Santo, el año de 1240, la necesidad de un solo idioma para las mutuas relaciones de los súbditos y la buena fe en los contratos entre doctos é ignorantes, levantó el idioma castellano á la categoría de idioma oficial, que ya los poetas habían elevado á la condición de lengua literaria, quedando desde entonces reservado el latín para los documentos puramente eclesiásticos.

Francia. De todos los idiomas hablados en las naciones modernas que han sido perfeccionados por las grandes civilizaciones, ninguno, ni antiguo, ni moderno, ha tardado tantos años en constituirse, ó mejor dicho, tantos siglos, como el idioma francés.

Según Julio César, cuatro eran los idiomas hablados en las Galias en la época en que fueron invadidas por los ejércitos romanos : el latín, el ibero ó éuscaro, el celta y el tudesco.

A fines del siglo IV, con la influencia del Cristianismo, el latín llegó á ser común en las altas clases de la sociedad, y á fines del siglo V ya no se hablaba el antiguo galo sino en las montañas de Auvernia, y aun allí, solamente como dialecto popular. Pero los germanos invadieron las Galias, y los francos y los alemanes impusieron su idioma (el tudesco), introduciendo una multitud de palabras nuevas, relativas especialmente á la guerra, á la navegación, á la legislación bárbara, á la agricultura, caza, pesca, etc.

En las partes meridionales de Francia, menos agitadas por las guerras que las del norte, se formó la lengua de *oc*, rica y sonora, ya por participar más del latín, ya por la comunicación con España é Italia, siendo entre las lenguas romances la primera que recibió una forma regular. En el norte, donde las invasiones de los bárbaros fueron más frecuentes y mayor la comunicación y comercio con los germanos y normandos, tardóse más en formar la lengua, que se llamó de *oil*, ó walona, ruda y áspera, pero viva y enérgica. El río Loira dividía los países en que se hablaban. Con ocasión de la guerra con los albigenses y la cesión del Bajo Languedoc, hecha el año de 1227 por el conde de Tolosa, Raimundo VII, en favor del rey de Francia, la lengua de *oil* se fué extendiendo por los dominios de la primera, tomó muchos de sus giros y llegó á ser en el siglo XIII el único idioma literario de Francia. Hoy día sólo existe la lengua de *oc* en los patuás ó dialectos que se hablan en algunas partes del sur.

PRIMERAS MANIFESTACIONES LITERARIAS

(DESDE EL SIGLO X AL XIII).

Las primeras Universidades. Ni las invasiones del siglo V, ni las de húngaros y sarracenos en el siglo X, ni las pretensiones ambiciosas de los príncipes alemanes que convirtieron la península itálica en un campo de horrores y de sangre, fueron parte para extinguir la heredada luz de la ciencia y del arte, en la patria de Virgilio, de Horacio, de Cicerón y de César.

Con la escasez de libros, había necesidad de aprender de viva voz. Si empezaba á enseñar un sabio de fama, acudía á su clase multitud de oyentes; otros profesores, aprovechándose de aquella concurrencia, iban al mismo lugar á difundir su doctrina; y de esta suerte se iban formando poco á poco los grandes centros de enseñanza. Los Papas fueron sus más decididos protectores, sin que por eso relegasen al olvido las antiguas escuelas de las Catedrales y conventos en donde los niños y los jóvenes se preparaban para pasar más tarde á aquellas nacientes universidades.

La escuela de medicina de Salerno sirvió como de transición. El Papa Gregorio VII fundó en Bolonia, á fines del siglo XI y bajo la protección de la condesa Matilde, la primera universidad. La de París siguió inmediatamente.

César Cantú dice, hablando de esas dos universidades: «Desde su principio aparecieron distintas: la de Bolonia se componía de estudiantes que elegían jefes, á los cuales estaban sometidos hasta los profesores, mientras que á la de París no pertenecían mas que los profesores, y los discípulos les estaban subordinados. Bolonia, que era republicana, se

decidió por el estudio de las leyes, y París, ciudad monárquica, gustaba más de la teología. El sistema de la universidad de Bolonia se propagó en Italia, Francia y España (Palencia y Salamanca); y el de la de París, en Inglaterra y Alemania, con los cambios introducidos por las diversas naciones. »

Además, las frecuentes comunicaciones de la Iglesia con el Oriente por medio de legados y nuncios, y después, las cruzadas, dieron ocasión á que la literatura de los griegos, poco ó nada aprovechada en el imperio, fuese conocida y estudiada por los italianos, preparando así el advenimiento del padre de la literatura moderna, el inmortal Dante Alighieri.

Los árabes y hebreos en España. A partir de la conquista de Toledo por Alfonso VI (1085), fué acentuándose la influencia árabe sobre los españoles, transmitiendo éstos al resto de Europa, el rico legado de la cultura oriental.

El cuento, el apólogo, la narración novelesca corta, cuya remotísima cuna y sucesivas transmigraciones podemos seguir hoy desde el Indostán al Irán y desde el Irán á Siria, se hicieron familiares á los pueblos de Occidente por medio de los árabes. Ellos penetraron en los Fabliaux franceses y acabaron, como dice Menéndez y Pelayo, por regar copiosamente los amenos huertos del *Decamerone* y de las restantes colecciones de los « novellieri » italianos del primero y del segundo Renacimiento, llegando á veces hasta á injertarse en el tronco de la poesía heroico-caballeresca, cual vemos en algunos episodios del mismo *Orlando Furioso*. No hay cuentista moderno en prosa y en verso, desde Bandello y Straparola hasta Juan de Timoneda, Lafontaine y Perrault, que no sea deudor al remoto Oriente, de algunas de sus ficciones. Si obras del arte dramático tan admirables como la *Vida es sueño* y cuentos tan famosos como el de *Zadig* tienen su germen en algún apólogo de las colecciones asiáticas, ¿cómo negar una influencia de la cual no se libraron Calderón ni Voltaire?

Don Juan Valera, con el título de *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia*, ha publicado una serie de poesías árabes de los tiempos que estudiamos. Muchas de ellas se leen con singular deleite y contienen materia altamente poética, y bastan para rectificar la opinión durísima que suelen tener de la lírica de los árabes los que únicamente la juzgan por los documentos de su extrema decadencia, y por la pobreza conceptuosa de las inscripciones de la Alhambra.

Lo que es lastimosamente malo es la forma. Las escuelas (dice el mismo Menéndez y Pelayo), donde la afectación del versificador y el desprecio de la forma íntima han llegado más lejos, la escuela de los trovadores provenzales, el culteranismo español del siglo XVII, los modernos cenáculos parisienses de parnasistas, decadentistas y simbolistas, todavía se quedan, á larga distancia de tan indescifrable rompecabezas, de tan voluntario y estéril enervamiento.

Por este tiempo, los hebreos españoles, en su dialecto rabínico y alguna vez en árabe, escribieron obras poéticas de subidísimo valor. Salomón-ben-Gabirol (de Málaga ó de Zaragoza), llamado comúnmente Abicebrón, y Judá Leví (de Toledo), apellidado por los árabes Abul Hassán el Castellano, fueron poetas tan eximios, que el citado Menéndez y Pelayo dice de ellos, que « No hay dos mayores poetas líricos desde Prudencio hasta el Dante ».

Gabirol, llamado por Moisés-ben-Ezra « el caballero de la palabra »,

murió muy joven, pero dejó tras de sí un rastro de luz en la sinagoga. Sus cantos, unas veces sublimes, otras melancólicos, henchidos alternativamente de grandeza y de ternura, se repiten aún en el día de Kipur, y figuran en todas las liturgias y libros de rezo judaico. La inspiración de Gabirol consiste en cierto lirismo melancólico y pesimista, templado por la fe religiosa, con la cual se amalgaman más ó menos estrechamente las ideas de la filosofía griega en sus últimas evoluciones alejandrinas. Su poema más extenso y celebrado, poema metafísico y cosmológico, es el *Keter Malkut* ó *Corona Real*. Participa de lo lírico y de lo didáctico, de himno y de poema, donde la ciencia del poeta y su arranque místico se dan la mano. En él, interpretando simbólicamente la creación como inmenso jeroglífico que en letras quebradas declara el misterio de su esencia, nos conduce á través de las esferas celestes, hasta que penetra en la décima, en la « esfera del entendimiento », que es el cercado palacio del Rey, el tabernáculo del Eterno, la tienda misteriosa de su gloria, labrada con la plata de la verdad, revestida con el oro de la inteligencia y asentada en las columnas de la justicia. Mas allá de esa tienda sólo queda el « principio de toda cosa », ante el cual se humilla el poeta, satisfecho y triunfante por haber encerrado en su mano todas las substancias corpóreas y espirituales que van pasando por su espíritu como por el mar las naves.

Pero Judá Leví, en su *Divan*, es el más egregio de los poetas de la Sinagoga. Dice nuestro gran crítico, que no produjo la estirpe de Israel cantor más grande en su postrer destierro. Y Heine escribe que « el son del divino beso de amor con que el Señor marcó su alma, vibra todavía difuso en sus canciones, tan bellas, puras, enteras é inmaculadas como el alma del poeta. Su poesía es el depósito de todas las lágrimas de su raza, que tuvo el alma más profunda que los abismos del mar. » Poeta amatorio en los primeros versos de su juventud, renovador de los sentimientos de la naturaleza en sus composiciones marítimas y de viajes, fué, sobre todo, inspiradísimo poeta religioso, nuevo Jeremías en las *Siónidas*, y nuevo Asaph en sus soberbios himnos.

A los hebreos españoles se debe también la primera manifestación de las novelas. Salomón-ben-Zabkel y Judá-ben-Salomón Aljarisi fueron los más renombrados relatores de episodios, de aquellos tiempos. Graetz llama á Aljarisi *el Ovidio israelita*.

Los primeros Trovadores, (Francia, Italia y España). Los trovadores, primeros poetas de la moderna civilización, como dice Cantú, prestaban ornamento y vida á las fiestas de la Edad Media. La Provenza, enriquecida por el comercio, limítrofe con casi todas las naciones europeas y como en su centro, habiendo permanecido durante dos siglos sin experimentar ninguna invasión extraña, ni tener que lamentar guerras intestinas, gobernada por príncipes nacionales que sólo pensaban en fomentar la industria y dar lustre á la corte, ofreció cómoda cuna á estos apasionados cantores. Guillermo IX, conde de Poitiers y de Aquitania, que vivía hacia el año de 1070, es el trovador más antiguo cuyas composiciones hayan llegado á nosotros; pero su lenguaje aparece ya tan terso, hay tanta gracia en su estilo, tanta armonía en sus versos, tantas combinaciones en sus rimas, que es fácil convencerse de que le habían precedido otros.

Divídese la literatura francesa de ese tiempo en *provenzal*, patria de los trovadores que tomaron la lengua del *oc* (sí) por instrumento de sus cantos, y en *walona*, ó del norte, cuyos cantores (narradores) se sirvieron de la lengua del *oil*.

La primera se reduce, casi en su totalidad, á la poesía que denominaron *gaya ciencia*; ciencia alegre por la gracia y facilidad de la expresión. Sus poetas ó trovadores, llamados así de la palabra provenzal *troubar*, fuera del género lírico ligero, no cultivaron ni el dramático ni el épico, ni otro ninguno de la antigüedad clásica; sino que siguiendo las costumbres de aquella época caballeresca, iban de corte en corte y de castillo en castillo, cantando escenas de amor, celebrando la gentileza, la cortesía, el valor, la religión y la piedad, y acompañando sus composiciones con algún instrumento. Su poesía era enteramente popular y desdeñaba toda erudición, pretendiendo únicamente halagar el oído, y por este medio llegar hasta aquellos corazones llenos de sentimientos caballerescos, tiernos y religiosos, pero ignorantes. Así es que no tiene ordinariamente conceptos ni pensamientos profundos: era demasiado artificiosa; y por no querer salir del círculo que se trazó en sus asuntos, (« Mi dama es la más hermosa »), y para no repetirse expresando su raro amor con las mismas formas, se hizo necesariamente sutil y amanerada.

Doña Emilia Pardo Bazán dice, á ese respecto : « Solían ser los trovadores, en el decir, libres; en el amor, licenciosos; en el estilo, selectos; en la sátira, agudos; en religión, heterodoxos; de lengua suelta para increpar así al clero, á los obispos, á Roma, como al cruzado moroso que tardaba en embarcarse para Palestina... y abundaban, no pocas veces, en cierto frívolo desdén de la virtud, que anticipaba en ellos, con más risueños matices, el irónico escepticismo de algunos grandes poetas modernos ».

Esto es cierto; pero no lo es menos lo que dice Menéndez y Pelayo : « La poesía de los provenzales, cuyo valor estético ha podido exagerarse, pero cuyo valor histórico nadie pone en duda, fué como una especie de disciplina rítmica que transformó las lenguas vulgares y las hizo aptas para la expresión de todos los sentimientos, y desarrolló en ellas la parte musical y el poder de la armonía, creando por primera vez un dialecto poético diverso de la prosa, con todas las ventajas y todos los inconvenientes anejos á tal separación. Fué grande, aunque efímero, el resplandor de aquella poesía : sus intérpretes, ya de noble, ya de humilde cuna (porque el talento poético allanaba todas las distancias y fundaba la más antigua de todas las democracias intelectuales), recorrieron triunfantes y festejados, lo mismo las plazas públicas que los alcázares regios y los castillos señoriales; mezclaron la poesía de la vida con la poesía de los versos, tomando parte en la vida activa y militante en todas las contiendas de su tiempo; repartieron á manos llenas la alabanza ó la ignominia sobre leales y traidores, dadivosos y avaros, valientes y cobardes; convirtieron la poesía en una especie de tribuna ó de periodismo de oposición, cuyos ecos resonaban en todas las cortes de Europa; dieron flechas agudas y envenenadas al serventesio satírico; derramaron y exprimieron todas las mieles de la galantería y de la lisonja en la cincelada copa de las canciones amatorias, cuyas estrofas tornearon de mil modos, haciéndolas cada vez más ágiles, más bruñidas y acicaladas, y más gratas al oído de las poderesas damas que por vez primera tomaban parte en las

fiestas del espíritu; y en suma, desde el yambo vengador ó iracundo hasta el sermón moral, desde el canto de cruzada hasta el cuento erótico, desde las serenatas y albadas hasta las pastorelas y *[illegible]*, recorrieron toda la gama lírica y en todo dejaron, si no modelos (rara vez concedidos á una literatura incipiente), á lo menos brillantísimos ensayos, los cuales, aparte del primor y artificio métrico, excesivos si se quiere, contienen preciosas revelaciones sobre el estado moral de aquella extraña sociedad que unía la petulancia de la juventud y el candor de la barbarie, con el escepticismo y la depravación reflexiva de la vejez. »

Llamaban *mot* á los versos de diferentes medidas de que se componían las estrofas, usando á menudo del estribillo, forma que conviene particularmente á la poesía popular y destinada á cantarse: de donde provenía el nombre de *son* ó *sonnet* con que designaban sus poesías. Distinguían de las canciones adecuadas al canto, los *serventesios* consagrados al elogio ó á la sátira; el *plant* con que lamentaban la pérdida de una amiga ó de un héroe: la *tensón*, disputa por lo común en forma de diálogo sobre cuestiones de amor, de moral ó de caballería: y si eran más de dos los interlocutores se llamaban *torneos*.

Esto, por lo que toca á los trovadores.

La literatura *walona* ó francesa propiamente dicha se encarnó en los cantos de los troveros (truveres), poetas muy diferentes en la forma de los trovadores, como lo era también la lengua que empleaban. Los troveros mostraron más inclinación á las narraciones épicas y trágicas, que al género lírico, en las cuales revelaron singulares dotes de ingenio y viveza natural, y cierta gracia especial para la sátira y la burla; pero no tenían la imaginación brillante y lozana de los trovadores, ni la armonía en la expresión.

Tibaldo, conde de Champagne, muerto el año de 1253, aunque educado en la Provenza, fué uno de los troveros más celebrados. Villeman dice que es el primer escritor cuyas composiciones se leen y oyen con placer.

Italia. Los ecos de las canciones de amor de los provenzales llegaron hasta Italia. Federico II estableció una academia de poesía en Palermo, el año de 1220, donde los trovadores provenzales, llamados por el emperador, eran el ornamento principal de la corte y de sus fiestas, y a donde acudían los italianos ganosos de la palma del ingenio. El mismo emperador, apasionado por las letras, y sus hijos Enzo y Manfredo y el desgraciado secretario Pedro de las Viñas, imitando á los provenzales, fueron de los primeros que hicieron resonar la lira italiana. Pedro de las Viñas es tenido por el inventor del soneto. Algunos, no obstante, cuentan á Ciuldo d'Alcano, que vivía á fines del siglo XII entre los que precedieron á Federico II en el cultivo de la poesía en Sicilia.

En Toscana y Bolonia se inspiró también la naciente poesía italiana en los cantos de los provenzales, acabando, como era natural, por sobrepujarlos en las formas y en el fondo. Tales fueron Guido Guinicelli, jefe de una escuela de poesía fundada en Bolonia el año de 1250, á quien llama el Dante « cantor de rimas de amor dulces y graciosas », y el insigne poeta Guido Cavalcanti.

San Francisco de Asís, dotado de lozana fantasía y temperamento poético, fué también un delicadísimo trovador de sus divinos amores [illegible]

puede verse en su *Cántico del Sol*, poesía llena de la efusión suavísima y afectuosa hacia Dios y las criaturas, de que rebosaba su alma. Él señaló un nuevo rumbo á la poesía, que ilustraron innumerables hijos del santo, entre ellos fray Pacífico, coronado con gran pompa antes de ser religioso, por Federico II; el sabio fray Tomás Celano, fray Jacobo de Todi, Giacomino de Verona y el autor anónimo de las *Florecillas*. Esta corriente de poesía mística, unida á la ciencia enciclopédica del siglo XIII, dió por fruto la grande epopeya del catolicismo, de que luego hablaremos.

También Florencia honró las musas, fundando en la misma época una academia, á la que pertenecieron muchos poetas y escritores notables, entro ellos Brunetto Latini, maestro del Dante, célebre, no tanto por su numen poético, como por la influencia que ejerció con sus preceptos y sus obras. Escribió, entre otras, el *Tesoretto*, colección de preceptos morales, en versos pareados, de siete sílabas; y una en francés, intitulada *Tesoro de las cosas*, en que hace un resumen de los conocimientos del siglo XIII en historia, filosofía, elocuencia, ciencias físicas y naturales.

España. Los trovadores del Languedoc cantaron no pocas veces los triunfos de Almería y de las Navas, y lloraron tiernamente los trágicos sucesos del conde Alarcos; pero las guerras intestinas apagaban esos ecos. No así en Cataluña. Cataluña y Provenza estaban, por sus orígenes, íntimamente enlazadas. Juntas formaron parte del primer reino visigodo. Juntas entraron en la unidad del imperio franco. Juntas lograron, bajo los débiles sucesores de Carlomagno, independencia de hecho y positiva autonomía. La corrupción de la lengua latina se verificó en ambas sometiéndose á las mismas leyes. La literatura catalana es una misma con la de Provenza, y en provenzal escriben gran número de poetas catalanes.

El más antiguo de los trovadores españoles, dice el Dr. Milá y Fontanals, es el rey de Aragón Alfonso II (1252), autor de una elegante canción de amores.

Síguele casi inmediatamente Guillén de Bergadam, cuyas composiciones bastante numerosas, son « tan sanguinarias como las de Beltrán de Born, y tan cínicas como las de Guillermo de Poitiers ». Este singular poeta era un bandido, aunque de noble estirpe, jefe de una horda de malhechores. En medio de su ferocidad y su barbarie, muestra de vez en cuando en sus versos, rasgos verdaderamente poéticos y, sobre todo, rara energía de expresión y un arte consumado de versificador. Ofrece además especial interés, por ser quiza Guillén de Bergadam entre todos los trovadores nacidos en España el que mezcla con el provenzal mayor número de formas catalanas, y da á sus versos un tono más suelto y popular, sin duda para que la gente aprendiese de memoria con más facilidad las bárbaras invectivas que cada día lanzaba contra sus víctimas.

Ramón Vidal de Besalú tiene especial importancia como teórico y gramático, y es autor de una especie de poética (Dreita maniera de trobar). Como poeta brilló especialmente en el cuento ó novela galante, siendo la más notable de las suyas *El celoso castigado*. Era, no obstante, algo artificioso, palabrero y desleído.

Severí de Gerona es ya uno de los últimos de esta época que estudiamos, y pertenece de lleno al siglo XIII. Su tendencia es satírico-moral.

También pertenece á este mismo siglo el famoso Raimundo Lulio

nacido en Palma de Mallorca el año 1235 y muerto apedreado por los moros en Túnez en 1315. Acopió muchos elementos de la mística árabe y persa interpretándolos de un modo original. Conocía los idiomas orientales, é ideó un sistema que llamaba « El gran arte », para clasificar ordenadamente los conocimientos humanos y dar un impulso al progreso de las ciencias. Escribió además muchas obras en latín y entre ellas el « Arte general », el « Arbol de las Ciencias », el « Arte breve » y la « Lógica nueva ».

Los Minnesinger de Alemania. « Al asomar la primavera de la poesía alemana, también salieron, dice Godofredo de Strasburgo, los ruiseñores á alegrar el corazón con sus dulces y enamorados cantos, que si faltasen sus melodías, el mundo se haría triste é insufrible. » Estos poetas líricos llamados *Minnesinger*, cantores de amor, fueron en su mayor parte nobles, y cantaron entusiastas a la religión, la patria, el amor divino y el respeto a la mujer. Había tan gran número de estos poetas en el siglo XIII, que todavía existen las composiciones de ciento sesenta, recopiladas en el *Codex Manesse*, que se conserva en París. En cuanto á las formas, cada maestro debía inventar algunas propias, y asimismo las melodías correspondientes. De este modo se explica que pasasen de mil las formas de esta época. Estas poesías no eran amorosas en el sentido frívolo y sensual de los trovadores, ni se dirigían á una persona particular, sino al sexo femenino en general, y llevaban por lo común el sello de la modestia y seriedad alemana mezclada con la ternura.

Entre todos merece la palma de la poesía lírica Von der Vogelweide (del pasto de avecillas) (1230), caballero del Tirol, que tomó parte en la cruzada de Federico II, y con esta ocasión compuso la hermosa y devota poesía *A la tierra Santa*, fuera de otras muchas en que hace gala de sus sentimientos religiosos.

LOS PRIMEROS LIBROS DE CABALLERÍA Y LOS POEMAS SATÍRICOS FRANCESES. LITERATURA ORIENTAL

Sientan generalmente los historiadores que en la época del feudalismo, en que los atropellos y abusos de la fuerza eran tan comunes, fué no sólo útil para los progresos de la civilización, sino en cierto modo necesaria una institución, que haciendo gala de sentimientos nobles, de fe religiosa, de valor y fidelidad, se constituyese en defensora de los débiles, especialmente de las mujeres, y de todos los injustamente oprimidos. Tal fué la orden de la CABALLERÍA, que naciendo en el centro de Europa en el siglo IX, cuando la influencia religiosa empezaba á ser más general y profunda, se extendió por toda ella acomodándose al carácter de cada nación.

Como institución la Cabellería es de origen germánico, y por las ceremonias con que eran recibidos los guerreros, se ve que era mitad civil y mitad religiosa. El clero concibió la idea altamente civilizadora de dirigir en provecho de la sociedad la nueva institución, á la cual sirvieron de

base la necesidad y la opinión, más que las leyes positivas, pues éstas variaban según las épocas y el carácter de las naciones.

Los poetas de los siglos XI, XII y XIII, intérpretes de los sentimientos del pueblo, apasionados por lo maravilloso de las naciones del Norte, imbuídos en su mitología, sin conocimientos científicos y con un espíritu dado á toda clase de aventuras, al ver cierto heroísmo en el fin de esta institución, y pagándose de los nobles sentimientos de los caballeros, aunque no todos fueron dechados de virtud, se lanzaron á rienda suelta por los espacios fantásticos, para poner de relieve en sus narraciones lo que á ellos les parecía el ideal de la belleza, del valor y de la religiosidad: pero si se exceptúa el espíritu poético cristiano que realzaba aquellas aventuras, no era sino lo más extravagante, descomunal é increible en buena literatura, como lo criticó después Cervantes en *El ingenioso Hidalgo de la Mancha*. De ahí los castillos encantados, los guerreros invulnerables, las espadas ardientes, los gigantes, enanos y otros monstruos espantables que guardaban á las inocentes doncellas. De ahí los duendes, brujas y trasgos, contra todos los cuales iban los caballeros por el mundo acometiendo empresas, deshaciendo agravios y llevando la justicia en la punta de su lanza, sin más auxilio que el de su poderoso brazo. En estos poemas la moral suele ser generalmente pura, los amores platónicos y honestísimos, y el plan se reduce á ir ensartando hazañas extremadas y lances cada vez más disparatados. Así se formó la mitología caballeresca, no tan regular y majestuosa como la griega, pero más espiritual y acomodada al carácter de nuestra civilización.

Tres son los grupos ó ciclos á que pueden reducirse los libros de caballerías y de los cuales proceden todos los demás: el *Carlovingio* ó de Carlomagno y sus *Doce Pares*; el del *Rey Arturo* ó de *Los caballeros de la Tabla redonda*, y el *Greco-asiático* ó de *Alejandro Magno*.

Las conquistas de Carlomagno, la grandeza de su imperio y las proezas de sus capitanes, particularmente de Roldán ú Orlando, forman el asunto de los poemas del *Ciclo carlovingio*. El carácter que en ellos resalta es el guerrero animado del espíritu religioso; de suerte que las virtudes más sobresalientes son el valor y la lealtad: el amor y respeto á la mujer hacen un papel más secundario.

Pero es digno de notarse el carácter tan distinto que dan los poetas á Carlomagno en los poemas de este ciclo. Cuando se trata de guerrear contra los infieles, Carlomagno es transformado por la imaginación de los poetas en campeón del cristianismo, atribuyéndole no sólo las hazañas de sus antepasados, sino haciéndole héroe de las cruzadas para entusiasmar con su nombre á los caballeros que iban á la Tierra Santa. Pero más adelante, cuando los poetas trataban de halagar á los señores feudales que hacían resistencia á los reyes, Carlomagno no es más que un príncipe débil, indolente, irresoluto, y tan para poco, que tiene necesidad de quien le instruya en el gobierno.

Muchas de las fábulas y encantos de la poesía oriental, conocida ya de los poetas cristianos, se mezclaron con la historia de este emperador en dichos romances, dando tema con estas ficciones á los juegos más caprichosos de la imaginación como lo hizo después Ariosto. En medio de una versificación ruda y á veces defectuosa, se encuentran en estos poemas pasajes llenos de grandiosidad y colorido poético, algunos de los cuales fueron escritos en prosa, como el del famoso *Fierabrás*.

Con el nombre de *Chanson de Roland* se conoce un poema, el mejor y quizá el más antiguo de este ciclo, en que se canta la derrota de la retaguardia francesa en Roncesvalles, y la victoria que después obtuvo Carlomagno de los sarracenos y su entrada triunfante en Zaragoza. Inspirado por la devoción religiosa, es el que da mejor idea del heroísmo caballeresco, del cual se sirvieron los normandos para animar á sus guerreros en la batalla de Hasting (1066) contra los anglo sajones. Se cree escrito, ó á lo menos puesto en la forma que ha llegado á nosotros, por un truver normando del siglo XI, llamado Theroulde.

Los poetas del *ciclo del rey Arturo* tienen por base la leyenda de este nombre, donde se cuentan las desgracias y guerras que tuvo que sostener este rey de Bretaña contra los sajones, sus opresores, en el siglo VI.

Los bretones, arrojados de su país y establecidos en Francia, convirtieron á este reyezuelo de Gales en un prodigio de valor, al mismo tiempo que en dechado de piedad, engrandeciéndolo hasta el punto de hacerlo el tipo del caballero perfecto. De aquí el carácter místico caballeresco que toman los héroes de los poemas de este ciclo en que se distinguen de los del *carlovingio*. Los principales son el de *Bruto* y el de *Rollon*, de Roberto Wace, truver anglo-normando nacido en la isla de Jersey, en el siglo XII, y canónigo de Bayeux. Denominó así al primero por suponer á Bruto biznieto de Eneas y primer rey de Bretaña, de quien hace descender á Arturo. Después de tejer los hechos de todos estos reyes, presenta al rey Arturo acompañado del sabio Merlín y de una corte brillante, llevando á cabo maravillosas conquistas y libertando el mundo de monstruos. El segundo contiene la historia del duque de Normandía.

De Gauterio ó Walther Map tenemos algunos poemas, como son *Lancelote*, *Merlin* y el *Santo Greal*.

A todos superó en fecundidad y poesía Cristiano de Troyes, muerto en el sitio de San Juan de Acre el año de 1195, quien nos dejó los poemas *Perceval el Galo*, el *Caballero del León*, *Guillermo de Inglaterra*, *Lancelote del Lago* y varios otros.

En estos poemas románticos están poética y maravillosamente descritas las costumbres caballerescas, y mezcladas las hazañas extraordinarias de los paladines con un sinnúmero de aventuras en que la pasión del amor puro y casto hace el principal papel. Estas aventuras son como otras tantas pruebas por las cuales va pasando el héroe para llegar al ideal del caballero piadoso. Imaginóse también con este objeto la alegoría del *Saint Greal*, vaso sagrado que decían había servido al Salvador en la última cena, y en el cual recogió José de Arimatea un poco de la preciosa sangre. Tenía éste la virtud de inspirar sabiduría y genio poético al que lo poseyera, y, según otra leyenda, de resucitar con su contacto á los guerreros muertos en el combate; pero el sabio Merlín lo tenía oculto. Para recobrarlo se decía que el padre del rey Arturo había instituído la orden de la *Tabla redonda*, llamada así porque en ella no había ningún puesto de preferencia, y todos eran servidos abundantemente; pero que exigía como condición en los caballeros el estado de gracia. Cupóle á Perceval la gloria de encontrarlo después de haber pasado por diferentes aventuras. En estas singulares ficciones se significaba, dice Schlegel, la piedad siempre en aumento del caballero cristiano, que le había de hacer digno de los misterios de la religión y de sus santuarios, cuya guarda representaba como el fin más elevado de su misión.

Los poemas del *ciclo greco-asiático* versan sobre las guerras de Troya y Tebas, la espedición de los argonautas y otros sucesos de la antigüedad clásica. Alejandro Magno, cuyas proezas tenían mucha semejanza con las de los paladines de esta edad, fué el que dió mas campo á la inspiración poética: pero los truveres, al manejar estos asuntos, no sólo se apartaron de la verdad histórica, sino que dieron á aquellos héroes el carácter y sentimientos propios de un caballero cristiano. Así, por ejemplo, en el *Poema de Alejandro* (*Chanson d'Alexandre*), de Lamberto li Cors y de Alejandro de Bernay, además de las conquistas de las ciudades y castillos encantados, aparece el héroe llevando la oriflama, ó bandera francesa antigua, acompañado de doce pares, que tomaron parte en las justas y torneos de aquellos tiempos. Después de todos estos ensayos, es cierto que la poesía caballeresca, cristiana en su origen y en su esencia, no alcanzó en ninguna parte ni forma ni desarrollo completo, como tampoco la de los trovadores.

Al lado de los grandes poemas de estos ciclos, algunos de los cuales están llenos de poético encanto, nacieron en el siglo XIII los *fabliaux*, cuentos en verso, probablemente por las relaciones de los cruzados con el Oriente. Estos cuentos son generalmente ingeniosos y satíricos, degenerando con mucha frecuencia en mordaces y obscenos, de los cuales se sirvieron muchos escritores, como Boccaccio y Molière, para sus cuentos y comedias.

Cultivóse también el *apólogo*, género muy apropósito para esa burla fina y delicada á que se inclina el genio francés, heredado de los galos. En él nos dejaron una obra famosa, que dió tema á muchos escritores para ejercitarse sobre el mismo asunto. Tal es el *Poema del zorro* (*Roman du Renard*), en que se retrata al vivo la sociedad feudal, personificada en el zorro y otros animales, á los cuales Goupil, el zorro, que es la astucia, ora tomando la profesión de caballero, de médico, ora el oficio de juglar, ya haciendo el papel de orador, ya de poeta, los engaña miserablemente á todos; sin que puedan nada contra él las leyes, la moral y las autoridades.

En el siglo siguiente se continuó el mismo género, si bien dándole un sentido alegórico; pero de un modo tan monótono y pesado que se hizo inaguantable. Ejemplo de ello es el *Romance de la Rosa* de veintidós mil versos, comenzado por Lorris, y terminado cuarenta años después por Juan Meung, que le añadió dieciocho mil. Es una alegoría insípida y sin interés, en que se trata de conquistar la mano de una doncella personificada en una rosa de un jardín, y defendida por varios personajes abstractos, como la Murmuración, la Ociosidad, la Avaricia, el Odio, etc. Menos ingenioso y más procaz el continuador, introdujo otros personajes, como *Falso semblante*, símbolo de la hipocresía, con lo que hizo el poema más confuso, y hasta inmoral, exponiendo con toda desnudez las flaquezas humanas, burlándose de la piedad y religión, proclamando la comunidad de mujeres y el sensualismo más bajo y soez. Con razón se escandalizaron Gersón y otros escritores notables que trataron de impedir el mal con otras producciones.

Literatura árabe y persa. El primero que escribió en prosa entre los árabes fué Mahoma, cuyo libro, llamado el *Corán* (lectura), es el Código civil, militar y religioso de los árabes, respetado por los mismos como fuente de toda ley y de toda ciencia. Consta

de ciento catorce capítulos, de desigual extensión, escritos en prosa frecuentemente rimada al fin de los versículos ó periodos. El dialecto que usó fue el que entonces se hablaba en la Meca, rico y elegante y muy conocido del falso profeta. Su estilo es conciso, hermoseado con giros y frases poéticas, con imágenes y descripciones llenas de gracia y magnificencia. Fuera del mérito del lenguaje el *Coran* es puro fárrago, sin orden ni concierto en las ideas y en la doctrina. Compúsolo, si hemos de creer su dicho, por revelación del arcángel Gabriel, mezclando cosas de la Biblia y de los Evangelios apócrifos con ficciones o fabulas del Talmud y otras de su ardiente imaginación, en cuyo trabajo empleó dieciocho años, parte en la Meca y el resto en Medina. Sus discípulos aprendian de memoria estas supuestas revelaciones, las que, escritas en hojas de palmera ó de pergamino, iba depositando confusamente en un cofre. De aqui las sacó el califa Abú Beker, sucesor inmediato de Mahoma, quien las ordenó, pero sin atender al tiempo en que fueron dictadas, dando al *Coran* la forma que hoy tiene.

No son menos originales del genio árabe las demás producciones en prosa. En el siglo XI hubo un escritor muy fecundo llamado Hariri, quien escribió, entre otras obras, el *Makamat* (sesiones literarias), cuyo libro reputan los árabes digno del mayor estudio, para conocer la índole de la lengua. Es una especie de novela en que se relatan cincuenta episodios de la vida de Abú-Zeyd, que es el héroe. Aparece éste ejerciendo varias profesiones para ganarse la vida, como maestro de escuela, abogado, predicador, etc.; desciende también á la condición de mendigo, hace el cojo, el ciego, según le conviene, para engañar á las gentes, hasta que al fin se convierte y se da á las prácticas de religión y piedad. Está escrito, parte en verso y parte en prosa rimada, forma muy del gusto de los árabes, y campean, además de ese lujo en el estilo propio de los orientales, pensamientos delicados y buenas reglas de conducta.

Mas fama ha obtenido en Europa otra obra en que se hace una pintura fiel del carácter y costumbres de los pueblos del Oriente, conocida con el nombre de las *Mil y una noches*, sin que hasta ahora se haya podido averiguar el nombre del autor y la época en que se compuso. Es una serie de cuentos con el fin de impedir la pena de muerte á que había sido condenada la sultana Scheherazade. Cuenta ella misma al sultan una historia, que deja comenzada hasta el dia siguiente, y así le va entreteniendo por tres años. Estos cuentos no revelan un fin moral, ni tienen otro mérito que el mostrar la fecundidad inagotable de la imaginacion oriental. Tienen algunos el inconveniente de ofrecer la pintura de los usos y costumbres de aquellos paises con colores demasiado vivos. La traducción de Galland, á principios del siglo XVIII, hizo esta obra muy popular en Europa. Después acá se han hecho varias traducciones y ediciones sin la desnudez de los cuadros que presenta el original.

Por lo que respecta al género histórico, los árabes se apartaron de los griegos y latinos en la forma expositiva de los sucesos, narrando apoyados en el testimonio de otros; de manera que sus historias quedaron reducidas á una simple compilacion de hechos sin propio criterio. Y como, por otra parte, son tan aficionados á contar maravillas y tan amigos de lo sobrenatural, que en todo ven la intervencion inmediata de Dios, sin detenerse a investigar las causas naturales, resultan sus historias áridas y descarnadas de lo que debiera constituir su fondo.

atestadas de prolijas, bien que entretenidas digresiones. En fin, no tienen la seriedad y sencillez de los griegos y romanos. Uno de sus más renombrados escritores es Abulfeda, nacido en Damasco el año de 1273, cuyo *Compendio de historia universal* fué traducido al latín.

También cultivaron el apólogo, y en este idioma está escrito el libro de fábulas y sentencias que los árabes atribuyen á Lokman que significa *sabio*, de quien cuentan los mismos que estuvo en Palestina en tiempo de Salomón, y que allí recibió de Dios la sabiduría. Mahoma le tributa muchos elogios en uno de los capítulos del Korán. Por reconocerse el mismo estilo é igual sencillez y brevedad que en las fábulas de Esopo, y ser algunas las mismas, se inclinan algunos á creer que Esopo y Lokman sean un mismo sujeto.

El género oratorio fué desconocido entre los árabes, ni era posible que diese señales de vida, una vez que la tiranía y la fe ciega á lo que dice el Korán, no permitían que se agitasen cuestiones políticas ni religiosas.

En cuanto á la poesía, fué muy decidida la protección que los califas, tanto de Bagdad como de Córdoba, dieron á esta parte de la literatura, derramando á manos llenas honras y distinciones entre sus cultivadores, é innumerables fueron los poetas que florecieron en Oriente y Occidente, contándose entre los más afamados ingenios muchos de sus soberanos. Conde, en su obra *Dominación de los árabes en España*, inserta varias poesías de éstos, si bien dominado de la equivocada idea de traer de la poesía árabe el origen de la metrificación y versificación castellanas, en que muchos historiadores modernos le han seguido, sin más examen que su dicho.

Abú-Abd-er Rahmán, poeta esclarecido en la corte de Harum-al-Raschid, fué el primero que fijó las reglas artísticas de la poesía árabe. Cultiváronse todos los géneros, excepto el dramático, pues no parece que merecen contarse entre las de este género algunas composiciones con poca ó ninguna disposición en la fábula y sin enredo, que suelen leerse en sus poesías; y entre las formas del género lírico dieron la preferencia á la oda, al idilio y á la elegía. El carácter que distingue esta poesía de la de las otras naciones, especialmente occidentales, es la exageración en las imágenes, y el lujo de las palabras. Excitada su fogosa imaginación con el risueño espectáculo de la naturaleza en Arabia, Persia y Andalucía, y enriquecida con las maravillosas creaciones de la India, se mostró siempre exuberante y ostentosa, arrebatada en las imágenes y violenta en las metáforas, é inclinada constantemente á la grandilocuencia, al fausto y á la hipérbole.

Un sin número de poetas cuenta el Parnaso árabe, á todos los cuales ensalzan los musulmanes á cual más. También los persas se glorían de haber tenido poetas no menos insignes : haremos mención de algunos, comenzando por Ferduci. Nació en Persia á fines del siglo x, pasó por muchas aventuras é hizo largos viajes, y después confióle el rey de Persia la composición de un poema sobre este reino, para lo cual puso á su disposición la biblioteca real. Escribió, en efecto, *Xáh-Námeh* (libro de los reyes), crónica histórico-fabulosa más bien que poema, de ciento veinte mil versos, en que trata de las antiguas dinastías, desde los tiempos primitivos hasta la conquista de los árabes, es decir, treinta y siete siglos. No hay héroe propiamente dicho; es la misma Persia, y el nudo lo forman la lucha del genio del bien con el del mal, de las hordas tártaras

contra los persas, terminando con el triunfo sobre la barbarie. Las descripciones y narraciones son animadas y pintorescas, en todo conforme al gusto oriental; pero carece el titulado poema de orden y disposicion en el plan, los episodios están confusamente amontonados y los caracteres tienen muy poca variedad. Usó del idioma pelvi que se habia hablado en Persia antes del islamismo, después fué traducido al árabe y posteriormente á otros idiomas.

Dignos del lauro del poeta son reputados asimismo Sadi y Hafiz, persas. El primero es autor de varias obras poéticas llenas de ciencia y gracia en el decir. La que le ha dado reputación de poeta es *Gulistan* (país de las rosas), colección de preceptos, sentencias y anécdotas en prosa y verso, escritos con mucho juicio y naturalidad. Vivió en el siglo XIII. El segundo es del siglo XIV, y fué llamado el *Anacreonte persa* por su facilidad y ligereza. Lo tachan de licencioso en algunas composiciones, y fué muy censurado por los suyos á causa de su indiferencia por la religión de Mahoma.

Como todos los demás pueblos orientales, poseen los persas cuentos y apólogos en abundancia, entre los cuales se hizo muy popular en la Edad Media la colección conocida bajo el título de *Calila y Dimna*. Un médico persa del siglo VI, Barzuyek, escogió del *Pantcha-tantra* y del *Hitopadesa* algunos apólogos, y formó el libro *Calila y Dimna*. Dióscle este nombre por ser los principales interlocutores estos dos animales, especie de lobos cervales, que tratan entre sí de varios asuntos, se dan consejos y se cuentan diversas historietas y fábulas. Escribiólo en lengua pelvi, y en el siglo VIII se hizo una versión arábiga interpolando varios cuentos de origen musulmán, y por medio de los árabes fué conocida en Europa, siendo, entre las lenguas vulgares, la castellana la primera que poseyó una traducción.

Literatura bizantina. La literatura griega bizantina, llamada así de Bizancio ó Constantinopla, capital del imperio de Oriente, comprende los escritos desde la época de su duración, que fué desde el año 395, hasta que Constantinopla cayó en poder de los turcos en 1453.

Al que haya fijado su atención en la actividad y plenitud de vida de los pueblos de Occidente, y sobre todo en la magnificencia y variedad de toda clase de producciones literarias durante la Edad Media, no podrá menos de sorprenderle la miseria y esterilidad de las mismas en el Oriente, no obstante haber heredado de los antiguos griegos riquezas literarias inestimables, y no haber experimentado los trastornos que sufrieron los primeros. La causa principal de este letargo ó abatimiento intelectual, fué el espiritu de herejía y de cisma, que se desarrolló en aquellos inquietos é inconstantes griegos, que apartándolos de la Iglesia católica, que había formado las costumbres de la sociedad, los fué privando del vigor que da á las almas el cristianismo, y los hizo medio paganos. Y aunque hubo algunas épocas en que emperadores celosos dieron un generoso inpulso a las letras; pero como el espiritu público estaba ya tan decaído, y tan rebajados los caracteres, no hallamos en esta literatura más que escritores superficiales, muchos eruditos y comentadores, varios versificadores en cuyos escritos luce la belleza de las formas, pero sin vigor ni originalidad, y algunos narradores de

sucesos, en vez de historiadores propiamente dichos. No hubo filósofos en el verdadero sentido de la palabra, ni oradores, ni escritor alguno que se pudiese tomar como modelo de algún género, excepto un novelista cristiano. No hubo más que rutineros que no supieron aprovecharse del tesoro que les legó la antigüedad, ni hacer aplicación de las ciencias.

Vamos á recordar los nombres de algunos escritores, que al menos han merecido bien de las letras por haber contribuído á la conservación de una lengua tan rica y armoniosa como la griega, y de su brillante literatura.

Atribuyen á un tal Museo del siglo V, el bello poema de *Hero y Leandro* de trescientos cuarenta exámetros; pero ningún historiador habla de dicho poeta, y además el estilo es evidentemente de tiempos anteriores. Hubo sí en este siglo un poeta épico llamado Nonno que escribió *Las Dionisiacas*, poema de cuarenta y ocho cantos, en que canta las hazañas de Baco. Versos muy bien compuestos, erudición mitológica excesiva, algún arranque de inspiración, todo esto viene á perderse entre el follaje de larga é inútil palabrería.

En el siglo siguiente, Quinto de Esmirna continuó la *Iliada* en un poema de catorce cantos, que intituló *Paralipómenes*. En nada se parece á su modelo sino en el asunto, pues, en vez de epopeya, nos dió una historia en verso. Peor es todavía el poema *La destrucción de Troya*, escrito por Trifiodoro de Egipto, y de esta laya son todos los poetas épicos de este período.

Hasta el siglo IV no se habían hecho ensayos sobre novela, considerada como narración de sucesos ficticios para deleitar é instruír; sólo se conocían los cuentos llamados *Jonios y milesios*, basados generalmente sobre lances amorosos y por extremo libres en los argumentos y pinturas. Diéronse en este siglo las primeras muestras del género, entre las cuales goza de justa nombradía la que con el título de *Etiópicas* compuso Heliodoro, obispo de Trica en Tesalia. En esta novela refiere los castos amores de Teajenes y Cariclea, hija del rey de Etiopía. El plan está regularmente concebido, y el desenlace se verifica con naturalidad, y todavía realzan más su mérito los puros y delicados afectos que el cristianismo ha engendrado en los dos amantes, y que forman el principal atractivo en esta clase de composiciones.

Por muy diverso camino tomó Aquiles Tacio en su novela *Los amores de Leucipa y Clitofón*, que no es otra cosa que la pintura real de la voluptuosidad pagana.

La otra novela que parece ser también del mismo tiempo es *Dafnis y Cloe*, atribuída a Longo, en que pinta la pasión de dos rústicos amantes criados en el campo, pero sin elevar el amor á un fin digno del hombre. Más feliz estuvo su imitador en la idea, Bernardino de Saint-Pierre, en su novela *Pablo y Virginia*.

No es de nuestra competencia hablar del gran cuerpo de legislación mandado ordenar á Triboniano y otros jurisconsultos por el emperador Justiniano. Sólo diremos que estos trabajos, así como los esfuerzos de algunos emperadores para dar vida á las ciencias y letras griegas, tuvieron muy poca influencia en el Oriente. Tampoco la tuvieron las escuelas establecidas en Atenas, Edesa, Bérito y otras ciudades.

La que, por desgracia, ejerció funesto influjo en aquella sociedad, fué la guerra que los emperadores iconoclastas declararon á las imágenes,

perdiéndose por causa de su fanatismo innumerables obras de arte; y porque los monjes eran los más valientes defensores del culto católico, les incendiaron sus monasterios y con ellos las bibliotecas, último asilo de aquella literatura moribunda.

Un hombre celebre por su santidad como por su ciencia, brilló en esta aciaga época (760). Fué San Juan Damasceno, quien desde la soledad combatió á los iconoclastas con las armas de la elocuencia, los cuales, irritados, le cortaron la mano derecha; mas no por eso se vieron libres de sus ataques. Tenemos de él, además de algunos himnos, varios tratados filosóficos y teológicos, por los cuales mereció el título de creador del método escolástico en el Oriente, y es mirado con el mismo respeto que Santo Tomás de Aquino en el Occidente.

De los muchos biógrafos, cronistas é historiadores de este período, algunos de los cuales están dotados de talento, cualidad que nunca ha faltado á los griegos, citaremos los más notables. Zósimo escribió en el siglo V una *Historia romana*, desde Augusto hasta su tiempo, que dejó incompleta. Es pagano, y como tal juzga al cristianismo origen de todos los males, cegándose también, al dar su fallo, sobre algunos personajes á quienes mira con pasión, porque son cristianos. Fuera de esto, es interesante su compendio por la claridad y á veces por la exactitud de sus juicios.

Procopio de Cesarea, en el siglo VI, compuso la *Historia de su tiempo*. Como secretario del famoso general Belisario, debía estar muy al corriente de los manejos de la política, y como testigo de vista en las guerras y demás sucesos de bulto, pudo también contarnos la verdad. Así parece que lo hizo á juzgar por la sencillez de su narración; pero he aquí que después de su muerte se halló otra *Historia secreta ó Anecdotas*, en donde pinta á los principales personajes, como Justiniano, Belisario y la emperatriz Teodora, con bien diferentes colores, sacando á relucir todas sus debilidades. ¿Cuál de las dos será la verdadera? Y ¿qué fe merece este escritor?

Hasta el siglo XII continuó la verbosidad griega inundando de crónicas, biografías é historias el imperio, interesantes algunas de ellas, más por los datos que revelan el estado de aquellos tiempos que por otras buenas cualidades literarias. Hízose una colección que se llamó bizantina, de la cual forma parte la historia de algunos emperadores anteriores á Alejo I, escrita por Nicéforo Bryenne. A éste y á todos los escritores en este género superó su esposa Ana Commeno, conspiradora en el imperio contra su hermano Juan II; más, descubierta y perdonada, se dedicó á escribir la historia de su padre Alejo I, bajo el título de *Alexiada*. Habladora aún para ser mujer, dice un historiador contemporáneo, toma el tono de la epopeya, y en estilo difuso, lleno de flores y vacío de pensamientos hace la apología de su padre. No pudo disimular su antipatía á los cruzados y así los pinta con los colores de la malquerencia.

Hasta aquí los estudios históricos: en cuanto á los geográficos, á pesar de los conocimientos que ya se tenían por los viajes é investigaciones, tampoco adelantaron gran cosa. Poseemos un compendio del *Diccionario geográfico*, escrito por Esteban de Bizancio, y la *Geografía cristiana* de *Cosmas Indicopleutes* ó navegante indiano. Fué este último un comerciante de Alejandría, que viajó mucho por la India en el siglo VI, y se hizo después monje. En su obra da noticias curiosas y sobremanera interesantes

santes de la India; mas su celo, superior á su ciencia geográfica y astronómica, le hace decir extravagancias y ridículas suposiciones acerca de la forma de la tierra y movimientos de los astros, apoyándose en los libros sagrados, que tampoco entendía. Así como tampoco lo entienden los que con ocasión de este crédulo y simple escritor, niegan ó ponen en duda la armonía que existe entre las sagradas Escrituras y las ciencias geográfica y astronómica.

Como indicamos arriba los escritores que más abundaron en el Bajo Imperio fueron los compiladores, los gramáticos, los escoliastas ó comentadores de las obras clásicas griegas, quienes, aunque carezcan de mérito por la falta de originalidad en sus ideas, son sin embargo beneméritos de las letras en algunos de sus escritos, porque nos han conservado fragmentos de obras perdidas, y porque han aclarado é ilustrado algunos puntos, por estar más al cabo de las costumbres del país.

Uno de los más notables en el siglo IX fué Focio, autor del cisma griego, hombre muy erudito, pero todavía más artificioso é hipócrita, pues subió á la silla patriarcal de Constantinopla engañando al Papa Nicolás I, y adulando al emperador Basilio. Entre otras obras suyas, la más importante es la llamada *Myriobiblon* (biblioteca), en donde se hallan extractos de doscientos ochenta autores de la antigüedad, cuyas obras se han perdido. Los juicios que acompañan á estos fragmentos están hechos con gusto y delicadeza, aunque sin orden ni uniformidad en el estilo, razón por la cual creen algunos que han intervenido varios ingenios en este monumento literario.

Entre los numerosos gramáticos que prestaron alguna utilidad á la lengua, se cuentan Teodoro de Gaza, Planudas y Gregorio de Corinto, y entre los escoliastas merece recordarse Eustaquio, obispo de Tesalónica, á fines del siglo XII, autor de unos preciosos comentarios sobre la *Iliada* y la *Odisea*.

Por estos altibajos fué caminando la literatura griega del Bajo Imperio hasta que, tomada la capital por los turcos, muchos eruditos griegos buscaron un asilo en los países latinos, á donde llevaron consigo las obras clásicas conservadas de sus mayores, que fué uno de los mayores beneficios que prestaron á la civilización. El estudio de estas obras, unido al que en Italia especialmente se hacía de los clásicos latinos, contribuyó á dar una forma especial al movimiento literario que desde el siglo XII se había iniciado en Europa, y que con esta ocasión se ha denominado *Renacimiento*.

LOS PRIMEROS POEMAS.
ALEMANIA, ESCANDINAVIA Y ESPAÑA.

Alemania. Muy pocos son los monumentos escritos que poseemos anteriores al siglo VIII. Tácito nos habla de cantos guerreros, pero como con la invasión de los bárbaros perecieron por completo varias tribus, no es extraño que con ellas desapareciesen también sus leyendas y poesías. Se dice que Carlomagno hizo una recopilación de estos cantos, que tampoco ha visto la historia.

Del siglo IV ha llegado, no obstante hasta nuestros tiempos, parte de una traducción de la Biblia, hecha por Ulfilas, obispo arriano de los godos,

pero griego de nación. De ésta se conservan fragmentos notables en el *Codex argenteus* de Upsala (Suecia), copia antiquísima escrita con letras de plata. Existe también íntegro el canto de *Hildebrando*, escrito en el siglo VIII, en que el autor usó de la aliteración, adorno común de las literaturas del norte.

Del mismo tiempo, ó poco menos, es *Heliand* (el Salvador). Parece que el autor de este poema fué un campesino de Sajonia recién convertido al cristianismo. La narración es sencilla, conmovedora y poética, sin faltar á la verdad histórica, llegando a decir el señor Vilmar, crítico alemán protestante, que lo que no pudo hacer Klopstock en el siglo XVIII, lo llevó a cabo mil años antes un simple campesino, sin introducir personas fantásticas ni desfigurar los hechos bíblicos. El *Cristo* es otro poema compuesto en tiempo de Luis el Germánico en idioma franco y semejante al anterior, por el monje Otfried de Wissemburgo. Tiene la particularidad de ser la primera obra poética en que se ha usado el consonante.

Desde el siglo X durmió, se puede decir, la poesía alemana, á causa del latín, que se hizo lengua casi universal si bien fué compensada esta falta con excelentes trabajos latinos en prosa y verso. En la mitad del siglo XII despertó de su letargo para llegar al apogeo en los siglos XIII y XIV.

En la primera mitad del siglo XII los poetas eran casi todos clérigos, y el género dominante, el épico. Los temas eran de la niñez de Jesucristo y demás asuntos religiosos, producto de corazones verdaderamente cristianos. La más estimada de estas obras es la *Vida de María Santísima* del monje Wernher de Tegernsee? (1173), vivo reflejo de la suave y amable devoción á María en la Edad Media.

Entre las composiciones profanas sobresalen dos : 1. *El canto de Rolando*, de nueve mil versos, por el sacerdote Conrad, en que celebra sus hazañas y muerte. La idea es : la muerte del campeón fiel es gloriosa, la del traidor vergonzosa, ni digna siquiera de compasión. — 2. *El canto de Alejandro*, por el sacerdote Lambrecht : trata en la primera parte de la juventud y educación del héroe, en la segunda de sus guerras en el Oriente. La idea es : valiente es el vencedor del mundo, mas valiente aquel que se vence a sí mismo. Tiene descripciones amenísimas, y está llena de interés.

En la segunda mitad del siglo XII y en todo el XIII, la literatura alemana llegó á un estado de florecimiento que constituye época. Entre las composiciones que se inspiraban en las tradiciones populares antiguas de los pueblos del norte, y en las leyendas y cantos del pueblo, la mas notable es la de los *Niebelungen* (Hijos de la niebla). Reputada por los alemanes rival de la Iliada y de la Eneida, fué descubierta en el siglo XVIII por Bodmer en un castillo del Tirol. Tiene por fundamento los antiguos cantos nacionales, y se ignora quién les ha dado la forma actual : tal vez ha sido Enrique de Ofterdingen. El verdadero título es : *El tesoro de los Niebelungos*; y son los Niebelungos un linaje mítico de enanos, descendientes del rey Niebelung, esto es, *Hijo de la oscuridad*.

Su asunto es la venganza de una mujer herida en su amor conyugal, y está dividido en dos partes : la primera trata de los amores de Sigfrido con Crimilda y el asesinato de aquél por Hagen : la segunda de la venganza que tomó Crimilda contra Hagen.

Sigfrido, hijo de un rey del Bajo Rhin, dotado de hermosura a la vez que de fuerzas físicas extraordinarias, habiendo muerto a un gran dragón

y bañádose en su sangre, se hizo invulnerable, excepto en una parte de la espalda donde le quedó pegada una hoja de tilo. Venció á todos sus enemigos, entre ellos á los Niebelungen, cuyo país conquistó, se apropió sus tesoros y los ocultó en una gruta. Para su custodia puso al enano Alberico, á quien también había vencido, cuya capa mágica se llevó consigo. Estando en la corte de Guntero, rey de los borgoñones, se enamoró de Crimilda, hermana de éste; Guntero á su vez aspiraba á la mano de Brunilda, reina de Islandia, que para librarse de tantos pretendientes, había publicado un bando que no se casaría sino con el que la venciese en fuerza física; pero con la condición de perder la vida, si fuese vencido. Resolvióse, no obstante Guntero á ir á Islandia, y Sigfrido le acompañó en calidad de escudero. En el momento de la prueba, que era lanzar una gran piedra y una lanza y dar el salto, viéndole perdido Sigfrido á Guntero, se hizo invisible con la capa mágica, y tiró por él, con lo que venció á Brumilda. Ésta, en seguida, mandó que le diesen á Guntero el debido homenaje y se preparasen las bodas. Guntero, agradecido, le dió en matrimonio á su hermana Crimilda. Pasado algún tiempo, la altiva Brunilda exigió una noche de Guntero la explicase por qué Crimilda, siendo hermana de un rey, se había casado con un escudero, y negándose Guntero, fué maltrado por ella. Entonces Sigfrido en la noche siguiente con su capa mágica la vence, cual si fuera Guntero, y se lleva como trofeos un anillo y el ceñidor con que había atado Brunilda á Guntero la noche antes, que entregó imprudentemente á Crimilda. Después de algunos años de vida feliz, la envidia y la altivez producen un altercado entre las dos cuñadas, y la una echa en cara á la otra que está casada con un escudero, y ésta avergüenza á aquélla, presentándola el fatal anillo. Brunilda jura dar muerte á Sigfrido, y Hagen lo mata á traición, hiriéndole en la parte vulnerable. Crimilda jura también dar muerte á Hagen, á quien ella en confianza había comunicado el secreto de su marido, y con él á todos los borgoñones. Para conseguirlo se casa con Atila, y pasados algunos años, convida á Guntero á unas extraordinarias fiestas. Las justas de éstas terminan en peleas, y el banquete en sangriento combate entre Atila y Teodorico con los hunos, por un lado y Guntero y Hagen con los borgoñones, por otro. Hagen se niega á revelar dónde está el tesoro de los Niebelungen que él había robado, y Crimilda lo mata, y para que no se alabe de haber muerto á un héroe, Hildebrando la traspasa con su acero.

Si descartamos algunos episodios que alargan inútilmente, y á veces oscurecen la narración, no se puede negar que tiene bellezas clásicas. Con pocas pinceladas presentan cuadros completos y magníficos, los hechos están bien encadenados hasta la catástrofe final, y sobre todo la pintura de los caracteres y la originalidad del poema le dan un mérito extraordinario.

Es famosa también la epopeya que lleva el título *Küdrun*, nombre de la hija de un rey frisón que, siendo vencido por otro normando, fué conducida á una prisión y maltratada por la fidelidad á su prometido hasta que éste vence á los normandos, y la pone en libertad. Ella es el personaje principal, pero de carácter dulce y paciente; las descripciones son más variadas que en el anterior, y el estilo más rico.

Del género épico, llamado *clásico*, tienen los alemanes muchos y excelentes poemas. Llamóse *clásico* porque sus poetas tomaron los asuntos de

las leyendas extranjeras, especialmente de los pueblos romanos, de donde les vino también el nombre de románticos.

De entre estas composiciones, unas pertenecen por sus asuntos al *ciclo del Rey Arturo*, y son enteramente profanas, sus heroes no pretenden más que ganar honor por medio de aventuras maravillosas, y favorecer al sexo débil. Otras tomaron por asunto el *Santo Greal*, y forman una multitud de leyendas entretenidas y curiosas, que tienen, como las de los truveres, un sentido místico y alegórico.

Según una de ellas, al ser expulsado Luzbel de la gloria, cayósele de la corona una finísima esmeralda, de la que fué tallado el cáliz ó copa que usó el Salvador en la institución de la eucaristía. Regalado por los angeles al guerrero Párilus, su nieto Fiturd construyó un gran castillo, y dentro levantó un templo, trasunto del de Salomón, donde se conservaba el Santo Greal. Su custodia estaba encomendada á caballeros escogidos, cuyos nombres aparecían escritos en el sagrado vaso, quienes todas las noches se reunian en banquete y tenian excelente mesa y abundantes manjares que nunca se acababan. Los caballeros habian de ser célibes; sólo se permitía el matrimonio á los de familia real, para perpetuar la dinastía, y los que le miraban en gracia no podían morir en la misma semana aunque se entrasen en los mayores peligros; mas, el que lo hacia en pecado, no gozaba de este privilegio.

Para no alargarnos demasiado, sólo citaremos el *Párzzival*, de Wolfram de Eschembach, á quien Goethe y F. Schlegel ponen a la cabeza de los poetas alemanes. En este gran poema reunió dicho poeta las leyendas del rey Arturo y del Santo Greal, resultando una verdadera maravilla en su género. El pensamiento que trató de deserrollar por medio de una parabola, fué esta verdad fundamental del cristianismo: *Solo en Cristo encuentra el hombre la paz y la salvacion.* El Santo Greal es el simbolo de la salvación: Párzzival, primero idiota y simple, después mundano y vicioso, y últimamente caballero fervoroso dedicado al servicio y custodia del Santo Greal, es símbolo también del necio é insensato, perdido por su culpa en el tráfago del mundo, sin paz ni sosiego, hasta que se vuelve á buscar la felicidad en el servicio de Dios.

Es admirable la maestria con que eslabona los hechos del héroe, sin perderle de vista cuando relata las hazañas de los otros personajes, la gracia con que describe su vida y combates; pero es aún más admirable su genio profundamente poético, que sin saber escribir dictó tan sublimes inspiraciones. Perdido el original, rehiciéronlo posteriormente tomando la mayor parte de los poemas franceses.

Escandinavia. Siendo la lengua de Escandinavia de origen germánico, tiene su literatura mucha semejanza con la de Alemania.

En el *Edda* se cantan las proezas de Odin, dios mitologico, cuyo reinado se finge setenta años antes de Jesucristo, y bajo cuyo nombre se ha formado todo un ciclo poético. Odin (el Sol) era el dios de la guerra y de la poesía y presidía la division de los tiempos. Despues de haber vencido y muerto al gigante Imer, formó la Tierra con sus miembros y ahogó en su sangre á los demás gigantes, excepto a Bergelmer que pobló el mundo. Odin tenia tres palacios en el cielo: Gladsheim, donde presidia el Consejo de los dioses: Walaskialf, donde tenia su trono; y el Valhalla

donde bebía vino rodeado de guerreros divinizados. Tenía un caballo de ocho piernas que se llamaba Sldipner, y una espada invencible, Gunguer; llevaba sobre los hombros, cuervos, que enviaba á la tierra para informarse de lo que allí pasaba. La historia, la poesía, la religión, unidas todas en la imaginación de los cantores populares, formaron esa vasta leyenda, á la que cada siglo fué añadiendo su héroe, y cada poeta sus maravillosas invenciones.

Además del *Edda* en verso, hay otro *Edda* en prosa, recopilado por Snorri Sturluson; pero no es tan interesante como el primero.

El carácter que estas poesías revelan es enérgico y grandioso, pero rudo y sanguinario: tiene mucha analogía con las orientales, y predomina en ellas, dice F. Schlegel, la idea de un mundo heroico que ya ha dejado de existir.

Entre los cantos heroicos del *Edda*, se encuentra la leyenda célebre que ha servido de base al famoso poema germánico de los *Niebelungos*.

España. Es innegable que la vida literaria de la Edad Media estuvo en Francia. « Es proposición (dice Menéndez Pelayo), que nadie discute hoy, porque no se discuten las cosas evidentes. » Los cantares y canciones de gesta (género favorito de los troveros) eran al principio recitados en España por juglares de origen francés, al son del instrumento épico llamado *Vielle*; y esto, además de saberlo por la tradición, lo encontramos explícitamente declarado por la *Crónica General* cuando hablando de los hechos históricos que en ella se relatan, dice : « Non lo sabemos por cierto sinon quanto oymos decir á los juglares en sus cantares de gesta ». Pero la inspiración de la poesía española, no era francesa; era genuinamente española. Los héroes de los cantares españoles, ó son rebeldes á sus reyes, ó son sus vasallos mal quistos, y hablan siempre con la altananería castellana característica en los grandes y en los pequeños Cides; en Francia, los héroes son cortesanos. Los episodios más celebrados son casi siempre ignominiosos para Francia. Los sentimientos de los temerarios adalides obedecen siempre al espíritu de independencia y nunca tienen en vista fines ulteriores, como los de allende los Pirineos. El Cid lidia por « ganar su pan » porque « haber mengua de él es mala cosa »; realismo muy ajeno al idealismo francés. Los paladines son rudos aunque de elevados sentimientos y sus galanterías son arranques de caballero; mientras que en los franceses y provenzales la galantería es un culto y la dama es un ídolo que nunca cae del pedestal. El Cid es cristiano de pocas palabras y muchos hechos; y los héroes franceses son muy teólogos, y sus ideales, muchas veces místicos. Y por fin, el ritmo vago y flotante de los poemas españoles parece inclinarse á uno de dos tipos, ó al *alejandrino*, ó al verso de diez y seis sílabas; y el último (cuyo hemistiquio es el pie de romance) prevaleció.

Pero vengemos al *Mío Cid*.

¿Qué es el *Mío Cid*? No es un poema, pero ha sido respetada la designación clásica impuesta por Sánchez. El autor le dió nombre más propio llamándole *Gesta* ó *Cantar*. Tiene 3.744 versos que pueden distribuirse en tres cantares.

¿Su autor? Se ignora. Al principio del manuscrito faltan algunas hojas, y solo al final se lee el nombre de *Per-Abbat*. Seguramente era el copista; hombre bueno, pero muy rudo. Así salió la copia.

El asunto es el siguiente. Comienza el poema en el momento en que el Cid es desterrado por segunda vez de orden del rey Alfonso, á causa de la real ó supuesta ojeriza del monarca por la jura en Santa Gadea motivada por el asesinato del rey D. Sancho (1072). A cumplir su destierro se encamina el héroe, pasando por Burgos, ciudad querida, que encuentra solitaria é ingrata para con él, porque Alfonso había prohibido se le diera alojamiento en parte alguna, según comunica el Cid a una inocente niña, única persona que se atreve a comunicar con el héroe. Cuéntanos el poeta, con inspiración tierna y delicada, la entrevista de despedida con su familia en San Pedro de Cardeña. Estas dos escenas son las más conmovedoras de la obra. A ello contribuye no poco aquella sencillez homérica con que están narrados todos los episodios, que en ocasiones, como en la prisión del Conde de Barcelona Raymundo III, llegan á ser verdaderamente dramáticos. Si poeta se muestra el autor en las escenas de tristeza, no es menos feliz cuando nos presenta la ventura del Cid, honrado por su Rey, á causa de sus innumerables y prodigiosas victorias, rodeado de su amante familia, y viendo solicitadas en matrimonio sus hijas por los infantes de Carrión; volviendo a levantarse gigantesca y terrible la musa del cantor de Rodrigo, cuando éste reclama el castigo de los villanos infantes.

La primera mitad está narrada con suma rapidez y cierta sequedad como si en el propósito de su autor, estuviese destinada meramente á servir de introducción á la historia del primer casamiento de las hijas del Cid, y de la venganza que éste toma de sus infames yernos; coronándolo todo, como reparación suprema, las segundas y gloriosas bodas de los Infantes de Aragón y de Navarra.

Así, pues, no es la crónica rimada de todas las hazañas del Cid, sino tan sólo el cantar de gesta de su vejez. Es, por tanto, muy verosímil la hipótesis de un poema intermedio, que pudiéramos llamar *poema del cerco de Zamora*.

El manuscrito no es coetáneo del poema: es del año 1245, ó según quieren otros, del de 1345, porque hay una letra raspada que en caso de ser una C (inicial de ciento), alteraría de cien años la fecha.

Como dice Federico Schlegel, ese poema es notable porque en él no aparece vestigio alguno de gusto oriental, que tiende á lo maravilloso y fabuloso, sino el espíritu puro, noble y sincero de los antiguos castellanos, se cantan los hechos de Rodrigo Díaz de Vivar, después de su segundo destierro por Alfonso VI, hasta el casamiento de sus hijas con los infantes de Aragón y Navarra. No se halla en este poema esa unidad de acción que exigen los preceptos de la retórica; lo que el poeta pretende y consigue es hacer resaltar la hidalguía, valor y generosidad del Cid, a pesar de la ojeriza del rey y de las intrigas palaciegas, pensamiento magnificamente expresado en aquella exclamación que pone en boca de los habitantes de Burgos al verle, desde las ventanas de sus casas, salir para el destierro: *Dios qué bon vasalo si oviese bon Señor!* Por lo que toca al artificio de este romance, dice don Tomás A. Sanchez, el primero que le dió á luz el año de 1779, no hay que buscar en él muchas imágenes poéticas, mitología, ni pensamientos brillantes; aunque sujeto á cierto metro, todo es histórico, todo sencillez y naturalidad. No sería tan agradable á los amantes de nuestra antigüedad si no reinaran en él estas venerables prendas de rusticidad, que así nos representan las costumbres de

aquellos tiempos y maneras de explicarse aquellos infanzones de *luenga y bellida barba*, que no parece sino que los estamos viendo y escuchando. Sin embargo, hay en este poema ironías finas, dichos agudos, refranes y sentencias proverbiales que no dejarán de agradar á los que las entiendan : sobre todo, reina en él cierto aire de verdad que hace muy creíble cuanto en él se refiere de una gran parte de los hechos del héroe. »

El poema de « Las Mocedades del Cid », ó « Cantar de gesta de Rodrigo », dice Menéndez y Pelayo, « nos inclinamos á creer que fué compuesto antes de la mitad del siglo XIII, y refundido por mano torpe é inhábil á fines del siglo XIV, si no á principios del XV. Si el poema del *Mio Cid* dista mucho de ser histórico en todas sus partes (y lo es más en su conjunto y en su espíritu que en los detalles), el poema de *Rodrigo* es positivamente anti-histórico, y apenas hay en él cosa alguna que no sea invención groseramente fabulosa ».

A la « Vida de Santa María Egipciaca », y al « Libro de los tres Reyes d'Orient », que más debiéramos llamar « Leyenda del buen y mal ladrón », se los ha hecho más antiguos de lo que en realidad pueden ser. El texto castellano (dice el crítico citado) no puede por ningún concepto ser anterior al siglo XIII; ni, fuera de su valor lingüístico, presenta otro interés que el de los datos que las leyendas mismas, tantas veces contadas en todas lenguas.

En cambio, el fragmento que poseemos del « Misterio de los Reyes Magos », es uno de los más antiguos que en ninguna lengua vulgar existen. Pertenece, sin duda, á la primera mitad del siglo XIII. La versificación, como de poeta culto, es mucho más artificiosa y complicada que la de los cantares de gesta, puesto que hace uso del « leonino » y ofrece en breve espacio muestras de los tres tipos métricos hasta entonces conocidos, el de diez y seis sílabas, el de catorce, y el de nueve á la francesa; siendo de notar en época tan ruda é incipiente el instinto dramático con que el poeta procura acomodar los versos á las situaciones, iniciando la tendencia polimétrica que siempre ha caracterizado al teatro español.

III

EDAD MODERNA DESDE EL *RENACIMIENTO* HASTA TERMINAR EL SIGLO XVIII

PRIMERA DIVISIÓN DE LAS ESCUELAS LITERARIAS REINADO DE ALFONSO X EL SABIO

(SIGLO XIII)

A medida que los idiomas nacionales iban surgiendo y modificándose, sentía el pueblo el indefinible placer de poder encarnar en una forma más ó menos bella los bellos pensamientos y las expansiones líricas, que pugnaban por salirse del corazón excitado por los naturales sentimientos de la vida; y á medida que se pronunciaba más la diferencia del medio de expresión, independizándose del latín, se hacía más notable la tendencia de un grupo de cantores, que sin hacer gala de erudición, tenían el alma llena de poesía.

No se habla aquí de la forma vulgar de expresión; si no hay belleza, la poesía no es posible.

No se habla tampoco de los poetas populares que escriben en forma espontánea porque no saben hacerlo en una forma artística; se trata de la elección consciente de las formas del pensamiento y de la expresión. Se trata de la predilección por una ó por otra forma: por la tendencia erudita ó por la tendencia popular.

Esa división ha creado las dos grandes escuelas que se han ido sucediendo siglo tras siglo en no interrumpida lucha, confundiéndose algunas veces momentáneamente para separarse en seguida, y venciendo alternativamente, para dejar una tras otra sus perfumes y sus galas en la historia de las bellas letras.

Muchos cantores de lo bello, y desde mucho tiempo atrás, sintieron y siguieron esas tendencias; pero los primeros que hicieron de ellas bandera de combate, fueron sin duda, Gonzalo de Berceo y el autor del poema de *Alejandro*.

Berceo proclamó la escuela « erudita-popular », cuando dijo :

Quiero fer una prosa en román paladino
En el cual suele el pueblo fablar á su vecino,
Cá non só tan letrado per fer otro latino,
Bien valdrá, como creo, un vaso de bon vino.

Y el autor del *Alexandre* proclamó la *erudita* en esa otra estrofa

Mester trago formoso, non es de ioglaría,
Mester es sen peccado, ca es de clerezía,
Fablar curso rimado per la quaderna vía
A silauas cuntadas, ca es grant naestria.

El palenque estaba abierto. Vamos á estudiar el espíritu de cada uno de estos dos hombres, y al través de la historia de la literatura de todos los tiempos, seguiremos la alternativa suerte de esas dos tendencias, que son las nuestras y que serán las de todas las generaciones futuras : la espontaneidad que cautiva dulcemente, y el arte que fascina; la sencilla y perfumada flor del campo, y la vistosa flor cultivada en un espléndido jardín.

Ambos poetas pertenecían á la escuela que entonces se daba á sí propia el título de *mester clerecía*, esto es, oficio, ocupación ó empleo propio de clérigos.

Berceo, por los asuntos y por el estilo, es de todos estos poetas de clerecía el más próximo al pueblo; y no es que fuese menos docto sino que procuraba allanarse á la comprensión del pueblo, levantándolo á él, al mismo tiempo, hasta la esfera de lo bello.

Este poeta erudito-popular nació poco más ó menos, por los años de 1198, según Sánchez, y es el más antiguo de los poetas castellanos de nombre conocido.

En la *Vida de Santo Domingo de Silos*, asciende, á veces (dice Menéndez y Pelayo), á las cumbres más altas de la poesía cristiana, haciéndonos sospechar que en su alma se escondía alguna partícula de aquel fuego que había de inflamar muy poco después el alma del Dante; La *Vida de Santa Oria* (ó Aurea) es producción de su vejez, pero no de fantasía cansada, y parece como si su espíritu, próximo á romper los lazos de la carne, cobrase una más clara y luminosa intuición del mundo sobrenatural; hay rasgos de sombría y trágica grandeza en los *Signos que aparescerán ante del Juicio*; en el *Duelo de la Virgen*, el poeta riojano llega á asimilarse con raro talento la lengua ardiente y meliflua de San Bernardo, y al mismo tiempo está lleno de rasgos de inspiración eminentemente popular ; los *Milagros de la Virgen* forman un paisaje que reune el brillo extraño del color, á la ingenuidad primitiva, y ha sido comparado por Puymaigre con la linda tabla de Breughel de Velours, el *Paraiso terrenal*, que atrae los ojos en el Museo del Louvre ; en la *Vida de San Millán de la Cogolla* es notable el estilo legendario y el tono bonachón con que habla al pueblo ; y aunque menos feliz en el *Sacrificio de la Misa* y en los *Loores de Nuestra Señora*, podemos decir con el anteriormente citado crítico, que el realismo de la narración, el suave candor del estilo, no exento de cierta socarronería é inocente malicia que ha sido siempre muy caste-

llana; la mezcla no desagradable de lo monacal y lo popular, acaban de imprimir un sello propio y especialísimo en el arte de Berceo, y la imaginación gusta de representársele, como lo ha fantaseado alguno de sus panegiristas alemanes, sentado al caer la tarde á la puerta de su monasterio de la Rioja, su patria, contando los *Milagros de la Gloriosa* y las *Buenas mañas de San Millán*, á los burgueses de Nájera y á los pastores del término de Cañas, y apurando en su compañía un vaso del *bon vino* que engendran las tierras ribereñas del Ebro.

El *Libro de Alejandro*, en cambio, nos traslada á la antigüedad heroica, aunque extrañamente transformada.

El poema consta de más de diez mil versos; y además de ser el primer remedo de la epopeya clásica, se puede considerar como un repertorio de todo el saber de clerecía y un conato de instrucción enciclopédica, de subidísimo valor en aquellos tiempos. Pero la erudición del autor se encontraba en pugna con la ignorancia de sus lectores; y la manera de solucionar tan seria dificultad, la encontró el poeta, cortando por lo sano. Se quiso bajar al pueblo por una escalera falsa; quiso mantenerse en el ambiente y en la rimbombancia de la erudición, á toda costa, y por esto nos hace ahora reir el fárrago de anacronismos singulares, que convierten para nosotros la obra, á pesar de su indiscutible y especial mérito, en una especie de carnaval ridículo y grotesco. Alejandro Magno recibe la orden de Caballería el día del Papa San Antero y ciñe la espada que le fabricó Don Vulcano; á Don Júpiter nos lo representa rodeado de capellanes:

> Y estava Don Júpiter con cirios celestiales,
> Iva aprés del fuego, con muchos capellanes;

los clérigos de Babilonia salen en procesión á recibir á Alejandro; el conde Don Demóstenes alborota al pueblo; la madre de Aquiles esconde al héroe macedónico en un convento de monjas; Darío hace cantar un *Te Deum* en acción de gracias; Alejandro realiza hazañas maravillosas en el seno de los mares, etc.

Y á pesar de esto, la obra es grande, y el carácter civilizador de Alejandro se destaca, y el entusiasmo científico brota al través de una forma tan estrafalaria. En medio de la imitación de un poema latino de Gualtero de Chantillón, siguiendo á Quinto Curcio; de un poema francés muy novelesco; de la *Crónica Troyana* de Guido de Columna; de un compendio de la *Iliada* que corría en nombre de Píndaro Tebano; y también de algunos episodios de invención oriental: la obra de *Alejandro* no es una imitación servil, y contiene más rasgos poéticos que las obras que le sirven de fundamento. Puigmaigre escribe: «Juan Lorenzo (supuesto autor) era un versificador demasiado fácil: muchos de sus versos son lánguidos é incoloros, pero otros llevan el sello del verdadero poeta, y se destacan brillantes y poderosos de relieve sobre una masa monótona de líneas rimadas».

En las descripciones su fantasía es brillante y pintoresca; tiene versos dignos de la epopeya; y de cuando en cuando el lector siente renovarse el interés con episodios muy bien presentados, y la imaginación se deleita con bellísimos cuadros poéticos.

El autor fué seguramente un clérigo; pero Menéndez y Pelayo al

quiere que sea Juan Lorenzo de Segura, á quien no concede más título que el de copista. Es cierto que el poema termina con estos versos :

Si quisierdes saber quien escriuió este dictado,
Johan Lorenço bon clérigo e ondrado,
Segura de Astorga etc.

pero los autores solían poner su nombre al principio de sus obras; y los que lo ponían al fín, eran los copistas, como en el presente caso.

Al género también *erudito* pertenece otra obra singular y de origen muy discutido : *El libro de Apolonio.*

Es una producción de otro *mester de clerezia* con tendencias eruditas y con rasgos líricos no exentos de valor. Su asunto es el siguiente : El Rey Antioco tenía una hija muy bella y solicitada por muchos príncipes; pero su bárbaro padre había concebido por ella un criminal amor, y dilataba el casarla, proponiendo á los pretendientes un enigma de muy difícil solución. Si le acertaba el amante, su premio sería la mano de la princesa; si no, debía ser irremisiblemente degollado. Después de no pocos sangrientos fracasos, Apolonio, rey de Tiro, se presenta á la prueba; acierta; el tirano se irrita; Apolonio huye á Tarso; naufraga, y solo y perdidas sus riquezas en el naufragio, llega á Pentapolín. El rey Architrastes lo enaltece haciéndolo maestro de su hija Luciana, y ésta se enamora de él y enferma de tristeza. Se descubre quién es Apolonio, y lo casan con Luciana. Muere Antioco; se embarcan para Tiro, Apolonio y Luciana, y ésta da á luz en la travesía á una hermosa niña, pero con tal infelicidad que le cuesta la vida; á lo menos así lo creen. Encierran á la madre muerta en un féretro perfectamente embetunado y la arrojan al mar; pero el féretro aporta á los tres días á Efeso, y un médico que lo encuentra quiere embalsamar aquel cuerpo que revive en sus manos. Luciana se encierra en un monasterio dedicado á Diana, y en tanto, Apolonio, lleno de dolor, llega á Tarso; entrega su hija al cuidado de una buena mujer; jura no cortarse la barba ni las uñas, ni volver á Tiro, hasta que pueda casar á su hija, y se interna en el Egipto donde permanece trece años. Entre tanto la niña Tarsiana crece hermoseada por la gracia y por la finura de su inteligencia, y excita la codicia de su tutor (muerta su aya Licorides), quien, hallando á la niña arrodillada junto á la tumba de su aya, se determina á asesinarla. Entonces :

Enclinóse la Duenya, comenzó de llorar;
« ¡Senyor; — dixo — » que tienes el sol á tu mandar
E faces á la luna crecer é empocar,
Senyor, tu me acorre por tierra ó por mar!

Y pasan unos piratas que se la llevan á Mitelena; la venden; ella, para conservar su entereza, propone á su amo ganar dinero haciéndose juglaresca (trasladándose á las costumbres del siglo XIII), y :

Luego al otro día de buena madurguada
Levantóse la Duenya ricamente adobada,
Priso una viola buena é bien temprada,
E sallió al mercado á violar por soldada.
Comenzó unos viesos é unos sons tales,
Que trayen grant dulzor, é eran naturales.
Finchiense de homes apriesa los portales,
Non los cabie en las plazas, subiense á los poyales.

Mientras pasaba la vida así Tarsiana, vuelve su padre á buscarla á Tarso: le dicen que murió asesinada, y con nuevo dolor se embarca con rumbo á Tiro, para morir. Una tempestad le arroja precisamente á las playas de Mitelena donde se hallaba su hija; y viendo la gente á un hombre tan afligido, le fuerzan para que oiga á la juglaresca. La oye, y:

Sallió fuera del lecho luego de la primera
Dicendó: ¡Valme Dios que eres vertud vera!
Prisola en sus brazos con muy grant alegría
Diciendo: ¡Ay mi fija que yo por vos muría!

Ordena grandes fiestas; casa á su hija; y volviendo á Tiro se le aparece un espíritu que le manda ir á Efeso, al convento de Diana: va, y encuentra á su esposa Luciana.

Casi es un libro de Caballería; pero hay en su estilo, no sólo gran desembarazo y fluidez, sino cierta poesía de sentimiento intensa y viva, que hacen del poema uno de los libros más interesantes y bien escritos de la época.

Ahora bien; del carácter íntimo de las tres obras que acabamos de citar, se deducen algunas reflexiones necesarias para la inteligencia del espíritu de las escuelas literarias que se van á desenvolver en el transcurso de los siglos.

La escuela popular (no vulgar, sino erudita) nos presenta la belleza con el atractivo de la espontaneidad; produce grandes efectos con medios sencillos; habla directamento á la inteligencia y al corazón; busca los asuntos que pueden tener entrada fácil en la comprensión y en el interés del pueblo, ya sea por hablarles de sus creencias más arraigadas, ó de sus afectos más comunes, ó de las hazañas ruidosas que se llevan la admiración y el aplauso de las multitudes; no cuida de las formas sino en el grado necesario para no disonar del carácter del fondo; casi siempre el poeta escribe como si desconociera su propio mérito, con una ingenuidad y sencillez que atraen la simpatía y hacen amar á la obra por la inclinación que se siente hacia el autor.

La escuela erudita (que hace gala de tal) es rica en perspectivas y colores; combina los elementos y los depura y los ordena con un fin artístico preconcebido; deslumbra intencionalmente y prepara los efectos y pule las transiciones; elige los asuntos ricos en noticias no vulgares ni sabidas, y en que suenen nombres entresacados de las historias de la antigüedad clásica ó de los mitos encantadores de Grecia y Roma; cultiva la forma con esmero, le da fuerza, sonoridad, amplitud y número; y el poeta, casi siempre, se honra á sí mismo, mostrándose al lector como escondido detrás de la aureola de sus propias obras, y hermoseado con las luces y colores de ese nimbo de gloria que le pertenece.

Y así como la escuela erudita-popular puede degenerar en trivial y amanerada, dejando que el esplendor de la belleza quede ofuscado por la vulgaridad de la forma ó lo adocenado del pensamiento, así también puede la escuela erudita convertirse en una exhibición ridícula y empalagosa del autor, y en una artificiosa combinacion de pensamientos incomprensibles y de episodios sin interés ni trascendencia.

Esto, por lo que se refiere á las tendencias bien definidas de ambas escuelas; pero á veces los caracteres se confunden, y entonces las obras toman un tono menos pronunciado, que convierte la obra, si el autor no

tiene cualidades especiales que le caractericen, en una obra vulgar, que á la distancia, pasando los tiempos, se pierde en la oscuridad del olvido.

Tal sucede con el poema de *Fernán González*, del mismo siglo que estamos estudiando. Ciertamente que es muy importante para el cabal estudio de la épica de los primeros tiempos de la literatura española; es innegable que no carece de brío en la narración, de gran copia de conocimientos de la antigüedad profana y religiosa y de un tesoro no despreciable de reflexiones sensatas é instructivas : pero el héroe está desfigurado con hazañas fabulosas y contrarias á la verdad de la historia, y en su conjunto el poema es prosaico y es monótono, y trae reminiscencias repetidísimas de otras obras. Se trata en él del valor y esfuerzo del Conde Fernán González en pró de la libertad de Castilla en sus guerras contra los moros; y comienza desde la invasión de España por los godos, y sigue hasta la batalla de Moret, en 967, con que termina el código, faltando, por lo tanto, los tres años últimos de la vida del héroe.

En cuanto al *Poema de José* (Alhadits de Jusuf) pertenece á los llamados de *aljamia*, es decir, un grupo especial de obras castellanas escritas con letras arábigas ó hebreas, y compuestas por mudéjares, moriscos y judíos que habían olvidado la lengua de sus mayores, pero no el alfabeto. La historia de José y sus hermanos no está conforme al relato del *Génesis*, sino que aparece exornado con pormenores fantásticos tomados del Korán. Su estilo es fácil, agradable, bastante correcto, y tiene más de poema de clerecía que de poema oriental.

Reinado de Alfonso el Sabio. Mucho influyó un método definido para encauzar y estimar la inspiración naciente de la nación española; pero el gran impulso, el estímulo eficaz y la sabia dirección hacia rumbos nuevos, se debió al hombre más universal de aquellos siglos en que costaba todo menos el ser buen caballero.

Alfonso X fué honrado por la posteridad con el título de *Sabio*, y sin duda le merecía, dice Quintana, el hombre extraordinario, que en un siglo de tantas turbaciones políticas, pudo reunir en sí las miras paternales y benéficas de legislador, las combinaciones profundas de matemático y astrónomo, el talento y convencimiento de historiador y los laureles de poeta.

Dotado desde su niñez del verdadero celo de la sabiduría, dió testimonio de su amor á la ciencia y á las letras, y de su anhelo por que fuesen cultivadas de sus súbditos, luego que tomó las riendas del gobierno. Comenzó por fundar las academias de Sevilla, Córdoba y Toledo, y en esta última ciudad construyó un observatorio astronómico. No sólo dispensó protección, sino que honró magníficamente á los que se distinguían por su saber, fuesen castellanos, árabes ó hebreos; y dió generosa hospitalidad en todo el reino, y hasta en su palacio, convertido en teatro de las musas, á los trovadores huídos de Francia y de otras partes, los cuales hallaron en Castilla aplausos, honras y riquezas. Y como dice la Real Academia de la Historia, « era la primera vez que en tiempos bárbaros se ofrecía á la república literaria una academia de sabios, ocupados por el espacio de muchos años en rectificar los antiguos cálculos astronómicos, en disputar sobre los artículos más difíciles de esta ciencia, en construír nuevos instrumentos, en observar por medio de ellos el

curso de los astros, sus declinaciones, ascensiones, eclipses, longitudes y latitudes ».

Su padre, Fernando III el Santo, había hecho traducir del latín el *Fuero Juzgo* en la primera mitad del siglo XIII, y él, sobre esa base de la legislación antigua romano-hispánica, emprendió la obra de las *Siete Partidas*, comenzada el año de 1256, documento asombroso de ciencia, superior á cuanto en esta rama del saber produjo la Edad Media, al par que monumento literario donde se ostenta la lengua castellana, á pesar de la época, con tal elegancia, armonía y majestad, cual no había alcanzado ningún idioma de Europa. Con los ilustrados varones que el rey honraba y protegía, cuales fueron el sabio jurisconsulto Jacobo Ruiz, los obispos Melendo de Osma y Lorenzo de Orense, Juan, abad de Santander, y varios otros, reunió en un cuerpo de leyes toda la doctrina atesorada en los antiguos códigos civiles y canónicos, dando así á las *Siete Partidas* la unidad de que carecían todos los anteriores.

También dotó á la letras españolas de la *Estoria de España*, hoy llamada *Crónica general*, en la que exponiendo el origen y procedencia de los pueblos que habitaron la Península, da á conocer cómo se ha ido formando la nacionalidad castellana entre los demás reinos. Idea magnífica, no presentida siquiera en las otras naciones, y que él llevó á cabo á pesar de los obstáculos que le ofreció la época, por lo que no es de extrañar en algunos puntos la falta de crítica, y el excesivo candor que revela.

Aun fué mucho más alto su pensamiento en la *Grande et general estoria*, de mayor extensión que la española, donde, partiendo de la narración del Génesis, va entretejiendo los sucesos de la historia sagrada con los de la profana.

Mereció asisimo Alfonso X el laurel de poeta, pues inspirado en su juventud en las poesías gallegas, catalanas y quizá provenzales, introdujo en la castellana el sentimiento lírico y sus formas; pero no el libre y sensual de los provenzales, sino el espiritual y grave, al par que afectuoso que le inspiraban el carácter y las creencias de su nación. Suyas son las *Cántigas á la Virgen*, ó sea, la colección de himnos, anécdotas piadosas y milagros, escritos en dialecto gallego, con variedad de metros, y el *Libro de las querellas*, en donde, trocando en amargo sentimiento la devota inspiración de sus primeros años, echa en cara á aquella turbulenta nobleza, en bien sentidos versos castellanos, su ingratitud y perfidia. Empleó las reglas de arte mayor, cuyo metro fué un verdadero adelantamiento para la poesía.

Bajo su dirección se escribieron también obras científicas, como las *Tablas astronómicas;* filosóficas, como el *Septenario;* recreativas como el *Libro de los Juegos*, etc.; y como dice el infante don Juan Manuel, «fizo trasladar en el lenguaje de Castilla todas las sciencias», hasta el Coran, el Talmud y la Cábala. Por iniciativa del mismo se hizo la traducción del libro, *Calila et Dimna*, colección de apólogos tomados del Pantcha Tantra, y que, traducidos á varias lenguas orientales, corrían también en España en latín, dando con esto la gloria a la literatura española de haber introducido en las occidentales la forma simbólica, ó sea el apólogo. *La gran conquista de ultramar*, más bien romanesca que histórica, y el *Libro del tesoro* son reputados por los críticos modernos como del siglo XIV.

El espiritu anárquico de algunos nobles y de su hijo Sancho, hizo [illegible]

su gobierno, por lo que, desdeñada su sabiduría de los ignorantes, y bajamente calumniado, dió pie esta malquerencia para que se dijesen de él anécdotas y dichos injuriosos, de que le han vindicado, no sólo los escritores nacionales, sino los extranjeros.

Sancho IV, hijo de Alfonso X, y llamado con razón el *Fuerte* y el *Bravo*, escribió el *Libro de los castigos*, producción moral y política destinada á la educación del que se llamó Fernando IV, y cuya admirable forma literaria acredita que el autor era tan buen hablista como su padre. La escribió teniendo cercada á Tarifa. El *Lucidario*, en forma de apólogos al estilo oriental, también es suyo; pero *El libro del Tesoro* y *La gran conquista de Ultramar* son traducciones del francés.

El buen nombre de este Rey verdaderamente célebre ha sido vindicado hasta cierto punto, en los dramas de José Zorrilla.

ESCUELA ALEGÓRICA (SIGLO XIV)
DANTE ALIGHIERI

Es nuestro Homero. Es el Genio que hizo surgir de las oscuridades del cielo de Italia las armonías de Virgilio, y los resplandores de una escuela llena de luces y de tinieblas, de metáforas gigantescas, de colores, de gemidos, de cánticos y de espléndidas visiones.

Dante ó Durante Alighieri nació en Florencia, de una familia noble, el año de 1265.

Cursó todas las ciencias conocidas en su tiempo : la teología en la universidad de París, y la medicina, en la de Bolonia: dedicóse también á las bellas artes, y aprendió, con bastante perfección, la música y la pintura. Su alma *mobile*, como él decía, le arrojó á la arena ardiente de las luchas políticas, y mostrándose al principio fiel al partido güelfo, en que había militado su familia, peleó con los gibelinos de Arezzo y de Pisa, y sirvió á su patria en varios cargos y comisiones importantes. Habiéndose dividido el partido güelfo en blancos y negros, y triunfado los segundos, enemigos del Dante, mientras éste estaba en Roma, fué desterrado de Florencia. Al año siguiente lo sentenciaron á ser quemado vivo, y aunque le alzaron después tan bárbara sentencia, le impusieron condiciones tan humillantes, que no pudo volver á pisar el suelo de su patria. Desesperado, tomó parte activa en algunas empresas infructuosas contra Florencia, siguiendo el bando gibelino, á que se había afiliado, y errante de ciudad en ciudad, triste y melancólico todos los días de su vida, pobre de riquezas, pero rico de desengaños, porque no hay mejor escuela que la de la propia experiencia, aprendió á su costa lo que da de sí el mundo y los que le siguen.

Este caudal de verdadera sabiduría, su mucha erudición y, sobre todo, su viva fe, prestaron á su privilegiado ingenio los elementos para retratar en un poema las costumbres y creencias de la época, coordinándolo de modo que diese lecciones útiles para la vida social. Esto fué lo que nos legó en el grandioso y bellísimo monumento de la *Comedia*, que después se llamó *Divina* por la excelencia del asunto.

La razón de haber puesto á su obra dicho título, es, según algunos, porque pareciéndole demasiado grave el tono de la epopeya, é impropio el de la oda y la sátira; y por otra parte, deseando ofrecer una narración

histórico-teológica, con variedad de estilos, en la que entrarían personajes diversos, no encontró término más adecuado que el de *Comedia*. Otros creen que para precaverse de críticas y censuras usó de este título, porque como había de dar lecciones terribles, poniendo á unos en el infierno y á otros en el purgatorio, llamóla *Comedia*, como diciendo: es ficción ó fábula; no son de fe los juicios que yo omito sobre algunas personas, aunque la materia de que trato es de cosas que la fe nos enseña.

Presupuesto lo dicho sobre el título, su asunto es la suerte de las almas después de esta vida, que divide en tres actos ó partes distintas, el Infierno, el Purgatorio y el Paraíso, de á treinta y tres cantos cada parte, y en tercetos endecasílabos. Dante mismo es el testigo ocular y auricular de cuanto refiere.

Imagínase perdido en una tenebrosa selva:

Nel mezzo del cammin di nostra vita
Mi ritrovai per una selva oscura
Chè la diritta via era smarrita,

y al llegar al pie de una alta roca, primero una pantera, después un león, y últimamente, una furiosa loba (la lujuria, la ambición y la avaricia), le impiden el paso; entonces Beatriz, por quien en vida había tenido una vehemente, pero honesta pasión, y que había muerto en la flor de su edad, por orden de la Virgen le envía á Virgilio, poeta favorito del Dante, para que le sirva de guía por las moradas subterráneas del infierno. Estas están dispuestas en forma espiral, ó de caracol, cuyos círculos, que son nueve, se van estrechando unos debajo de otros, hasta terminar en el centro de la tierra. Va describiendo el poeta los diversos grados de tormento que padecen los condenados de cada círculo, según la gravedad de sus culpas; pero con tal fecundidad y viveza de imaginación, que para cada vicio tiene un suplicio particular y apropiado á su naturaleza y á su gravedad; y halla para pintarlos colores siempre nuevos y terribles. Aumentan el interés de estos cuadros aterradores, ciertos episodios producidos por el encuentro de personajes conocidos del poeta, á quienes hace algunas preguntas, y ellos le satisfacen confesando sus crímenes dándole cuenta de algunos hechos importantes de la historia y explicándole sus tormentos, y los secretos del corazón humano. En el último círculo encuentra á Satanás que tiene tres caras y tres fauces, con las cuales devora incesantemente á Judas y otros dos traidores, Bruto y Casio, de cuyas velludas espaldas se prenden los dos viajeros para salir del abismo y entrar en el Purgatorio, donde empiezan á ver el cielo estrellado.

Es el Purgatorio un cono truncado por la parte superior, alrededor del cual corren once explanadas, ó mesetas circulares, y á favor de unas escalas que son menos molestas á medida que se acercan á la cumbre, van subiendo los viajeros hasta llegar á la cima donde está el Paraíso terrenal. En los cuatro primeros círculos del Purgatorio expían las almas su tardía penitencia, y en los siguientes se purgan cada uno de los siete pecados capitales con penas correspondientes á su naturaleza. Pinta á los avaros clavados en el suelo, y pegada la cara á la tierra que fué su ídolo; á los impuros, ardiendo en voraces llamas; á los perezosos, en continua agitación; á los envidiosos tristes y cabizbajos, y cosidos los párpados con hilos de metal; flacos y escuálidos á los glotones y con un hambre y

sed insaciables, y así los demás; pero endulzados todos estos tormentos con la esperanza. Y es admirable como ha sabido sacar de su fantasía y erudición, imágenes, alegorías y diálogos con las almas, dando así materia y variedad á esta parte del poema, en que parece que había muy poco que decir; siendo, por otra parte, tal la sinceridad de sus relaciones y el interés con que las cuenta, que más parece un viajero que un poeta. Dante titubea antes de atravesar un camino inundado de llamas, y Virgilio de dice :

Or vedi, figlio,
Tra Beatrice e te è questo muro.
Entre Beatriz y tú no hay más que este muro.

Al llegar al término de esta segunda peregrinación le abandona Virgilio, que por ser pagano no puede entrar en la mansión de la gloria, y en su lugar viene Beatriz, símbolo de la ciencia divina, quien le conduce por las nueve esferas en que los antiguos consideraban divididos los inmensos espacios que rodean la tierra y donde gozan los bienaventurados según sus méritos. Es preciosa esa aparición de Beatriz. Introducidos en el Paraíso terrenal los dos poetas, la ven aparecerse en medio de una *divina foresta spessa e viva*, con el ramaje movido por el viento. Cantos melodiosos de pájaros se confunden con el murmullo del bosque sagrado. Bajo el cielo abrasador, precedido de una mujer que entona una melodía encantadora, y cuyo camino está sombrado de flores, aparece Beatriz, triunfante,

... sotto verde manto
vestita di color di fiamma viva.

No son menos ricas, originales y brillantes las descripciones de esta tercera parte, en que da un nuevo colorido poético á cada una de estas celestiales mansiones, brotando cada vez más fecunda la inspiración de su fantasía y sentimiento, al hablar de los méritos y gloria de los santos, especialmente de San Bernardo, San Francisco y Santo Domingo, y de la Madre de Dios coronada de refulgentes estrellas.

En la última mansión, esfera de luz intelectual, llena de amor y de gozo superior á toda dulzura, hace San Bernardo una súplica á la Virgen á nombre de Beatriz, y todos los bienaventurados, para que le conceda al poeta contemplar el sumo Bien. Asintió benignamente la Madre de Misericordia, y Dante miró. « Desde aquel momento, dice, mi vista fué mayor que mis palabras. En la profunda y clara sustancia de tan alta luz se me aparecieron tres círculos de tres colores y de una sola dimensión. Aquí falta la fuerza á mi fantasía. Puede verse por divina gracia, puede sentirse tan alto misterio; describirse no. » El poeta se somete á la ley de la humana naturaleza. ¡Digno remate de tan magnífico monumento!

Como es más fácil pintar el dolor que el gozo sobrenatural por estar más al alcance de nuestros sentidos, han juzgado algunos inferior esta última parte del poema; sin embargo, basta leerla con un poco de atención, para convencerse de lo contrario. No es sino el asunto, el que, por su misteriosa elevación, sobrepuja las facultades del hombre; en cuanto al modo de manifestarlo, el poeta es el mismo.

Respecto de los defectos, algunos críticos del siglo XVIII se atrevieron á reprocharle que no había unidad de acción, y por lo mismo que no merecía el nombre de poema. Estaban, sin duda, en la falsa idea de que

un ingenio extraordinario debe atarse á la invocacion, proposicion, su héroe principal escoltado de otros menores, y demás preceptos para producir una obra literaria grande y magnífica, y sin los cuales no hay verdadero poema. Si en los poemas de Grecia y Roma se celebraron las glorias de héroes y pueblos, Dante celebró en el suyo las de aquel Señor, en cuyas manos están los pueblos y los héroes; celebró la justicia divina en la otra vida, para aviso y escarmiento de los hombres de esta transitoria; pensamiento tanto más grande y elevado sobre el de las epopeyas paganas, cuanto lo es la única religion verdadera sobre las que fueron invención de los hombres. Llámese lo que se quiera, la *Divina Comedia* es un resumen de todas las ciencias y de todos los conocimientos de la época; es un cuadro magnífico donde su autor retrata las costumbres y creencias de su tiempo, expone la doctrina católica, describe el infierno y el cielo, cual él los concebía, de suerte que esta obra es única en su género, y no puede designarse la clase á que pertenece.

El verdadero defecto es la oscuridad de muchos pensamientos y pasajes, á los cuales aludía Bocaccio cuando llamaba al Dante « Minerva oscura de inteligencia y arte ». Defectos son también las alabanzas desmedidas y censuras infundadas de ciertos personajes, porque fueron favorables ó adversos á sus miras políticas; así como el desacertado uso de algunos nombres de la mitología pagana, llamando por ejemplo á Jesucristo : « Júpiter crucificado por nosotros ». Estos defectos y algunos otros errores y preocupaciones de la época no son sino pequeñas manchas, que no quitan el brillo al que es con toda verdad astro de primera magnitud en el cielo de la literatura cristiana.

Su principal mérito está en la originalidad, resaltando en todo el poema ese sentimiento melancólico é intenso que formó el carácter del Dante, con cuyo colorido están hermoseados todos los pasajes. Su lenguaje poético tiene la ventaja de pintar un carácter, y de expresar muchas y grandes ideas con el menor número de palabras. Así, cuando presenta á Bruto triturado entre las mandíbulas de Lucifer, dice : *si storce è non fa moto*, pintando en tan breves palabras el caracter y hasta la historia de este personaje. No menos bella y enérgicamente describe el heroísmo de Manfredo, cuando dice simplemente que le mostró su herida *sorridendo*. Algunas veces encierra en un terceto ó en un verso un sistema filosófico, ó toda un cuadro vivísimo, como cuando describe á Satanás en actividad continua, sin dejar reposar un instante á los condenados, lo que expresa con este verso :

Di qua, di la, di su, di giu li mena.

De la solidez y profundidad de su doctrina se han escrito elogios admirables, la que se hizo tan popular, que en el siglo XIV se fundaron cátedras en Bolonia y Florencia para explicársela á la juventud. Tiene además del sentido literal, otro alegórico que el cristianismo contribuyó á hacer dominar en la poesía de la Edad Media. Así, por ejemplo, la selva tenebrosa son las pasiones que ciegan y obstruyen el camino que nos lleva á la felicidad; Virgilio es la luz natural que prepara y guía nuestras facultades para el conocimiento de la Verdad divina; Beatriz representa la ciencia de Dios y su gracia, mediante la cual llega el hombre al paraíso después de haber pasado por la expiación.

El conjunto es variadísimo y sumamente fecundo en cuadros, en episodios y en mágicas visiones, sin que se resienta en nada la unidad del poema. « Su narración no tiene otro vínculo común, dice Jünemann, que el viaje mismo del poeta; vínculo de suyo débil, que no es sino un hilo, pero que en manos del genial florentino se trueca en lazo capaz de dar unidad al enorme conjunto; en hilo de oro siempre visible y siempre luminoso. » Sus dicusiones científicas se presentan siempre con el aparato deslumbrador de una escena, cuyos personajes se ven, se sienten y se escuchan; su mitología es tan interesante que nos parece la máquina propia de nuestros tiempos, y en vez de hacer perder al lector en las alturas del Olimpo, hace bajar á los dioses, prestándoles el Dante su humanidad y llenando ellos de magnificencia el escenario en que se mueven; la alegoría, en sus manos, no fastidia: y es tal la serena razón con que rige y refrena el vuelo de la fantasía, que la obra va siempre encauzada en formas matemáticas, al estilo de la época, de tal suerte, que consta de tres partes, cada parte de treinta y tres cantos, cada canto de treinta y tres tercetos, y termina cada una de las tres partes con la misma palabra *Stelle.*

Esbozó, además, el Dante, la novela, con la narración poética *Vida nueva*, declaración ingenua de sus amores con Beatriz; creó la verdadera poesía lírica italiana con sus *Canciones*, poesías amatorias, filosóficas y á veces satíricas, impregnadas de espontaneidad, y presentándonos como purificadas y enaltecidas las dulces maneras de trovar de los provenzales; é inició la prosa científica en su *Festin*, comentario de sus canciones filosóficas.

En *Vida nueva* se encuentra el alma entera del poeta, con sus agitaciones, sus alegrías, sus sufrimientos, sus éxtasis, á manera de sublime sueño de una alma enamorada; sueño en que entrevió sin duda los contornos del gran poema. Termina así : « Fuí visitado por una admirable visión, en la cual contemplé tales cosas, que formé el propósito de no volver á hablar de esta mujer bendita hasta el momento en que pudiera hablar de ella dignamente. Ahora hago todos los esfuerzos que me son posibles para cumplir mi promesa; ella lo sabe. Por tanto, si place á Aquél por quien y para quien viven todas las criaturas concederme todavía algunos años, espero decir de ella lo que jamás se dijo de alguna otra mujer. »

Murió el gran poeta en Ravena, el año de 1321, á los cincuenta y seis años de edad.

Los sabios veían en él al gran teólogo, que, discípulo de Santo Tomás de Aquino, había sabido poner de relieve la poesía que encerraba la altísima ciencia del gran maestro de la Edad media. Sus enemigos le temían con supersticioso terror. Tres hombres, de un modo especial, se habían mostrado sus perseguidores; no los mataba, los dejaba en Florencia; pero en sus versos decía que esos tres hombres habían muerto, que los había visto en el infierno, que sus cuerpos no tenían ya más que una apariencia de vida animada por los demonios : y esos terribles relatos hacían que los florentinos huyesen cuando veían acercárseles los tres condenados vivos. El pueblo le consideraba como una especie de ser intermediario entre el hombre y el demonio : « ¡ Sabía las cosas del infierno; conocía los nombres de los condenados! » En Verona, al pasar cerca de una puerta donde estaban sentadas algunas mujeres, oyó el Dante á una de

las decir en voz baja : « ¿Veis á este hombre? es aquel que va al infierno
uando quiere, vuelve de allí, y trae noticia de los que en él están » ; y
ontestó la otra : « Lo que decís debe ser cierto; ¿no echáis de ver cómo
ene crespa la barba y ennegrecido el cutis? será por el fuego y el humo
el infierno. »

La humanidad, señalándole al través de los siglos, no ha dejado de
epetir, con profundo respeto, las palabras que el mismo Dante dirigía á
irgilio : « Onorate l'altissimo poeta. »

PETRARCA Y BOCACCIO (SIGLO XIV)

Petrarca. Si el Dante fué el poeta tosco en las formas, pero vigoroso y enérgico en el pensamiento, como era sado y libre su carácter, Francisco Petrarca, nacido en Arezzo el año de 304, fué el poeta de la corte, fino y elegante en las formas, variadísimas, geniosas y con suma perfección elaboradas Divinizó el Dante á Beatriz; levantó Petrarca á Laura un inmortal monumento de inmarcesibles ores arrancadas de su corazón ternísimo de poeta. Los versos del ante son como los ecos de aquellas rudas tempestades que se formaban n su corazón lleno de grandes amores y grandes odios; y los versos de etrarca son los dulcísimos sones de su lira entristecida, que con mano e trovador enamorado arrancaba en exquisitos acordes, que han recodo con avidez, italianos, franceses y españoles.

La Naturaleza le había dado fogosa imaginación y sentimiento de eta; por esto, muerto su padre (desterrado de Italia, y trasladado á la rte del Papa en Avignón), abandonó Petrarca la Jurisprudencia, y con nor sin igual se dedicó al cultivo de la poesía, asociando á su espléndida usa el primer amor de su alma, el de la joven Laura (1327) que, retorno de la constancia de aquel amor delicado, dió al poeta la mortalidad.

Tenia Petrarca una alma singularísima, y singularísimo fué su amor. onoció á Laura en la iglesia de Santa Clara de Avignón, y desde el imer momento la amó para no olvidarla jamás; fué público su amor y sabía Hugo de Sade, el esposo de Laura, y todo el mundo respetaba quel amor tan puro, tan exclusivamente ideal y tan lleno de la más quisita poesía. Pero amor tan singular no podia menos de ir acompa do de singular dolor; porque si bien el amor de Laura despertaba en alma sentimientos de cielo,

> Gentil mia donna, io veggio
> Nel mover de'vostri occhi un dolce lume,
> Che mi mostra la via ch' al ciel conduce.

mismo tiempo lo atormentaba con indefinibles tristezas. Nos lo dice mismo en una preciosísima canción que Fray Luis de León tradujo :

> Mi trabajoso dia
> Hacia la tarde un poco declinaba,
> Y libre ya del grave mal pasado,
> Las fuerzas recogía,
> Cuando (sin entender quién me llamaba),
> A la entrada me hallé de un verde prado

De flores mil sembrado,
Obra dó se estremó naturaleza.
El suave olor, la no vista belleza.
Me convidó á poner allí mi asiento.
¡Ay triste! que al momento
La flor quedó marchita,
Y mi gozo tornó en pena infinita!

Y nos describe en seguida metafóricamente (método característico de Petrarca) la hermosura de Laura :

De labor peregrina
Una casa real ví, cual labrada
Ninguna fué jamás por sabio moro.
El muro, plata fina;
De perlas y rubíes era la entrada;
La torre, de marfil; el techo, de oro :
Riquísimo tesoro
Por las claras ventanas descubría,
Y dentro, una dulcísima armonía
Sonaba, que me puso en esperanza
De eterna bienandanza.
Entré, que no debiera;
¡Hallé por paraíso, cárcel fiera!

Y la compara á una fuente :

... Lancéme por beber. ¡Ay triste y ciego!
Bebí por agua fresca, ardiente fuego :
Y por mayor dolor, el cristalino
Curso, mudó el camino,
Que causa que muriendo,
Ahora viva en sed y pena ardiendo!

Y después, á una paloma :

... Y me robó, cruel, el alma y vida :
Y luego convertida
En águila, alzó el vuelo :
¡Quedé merced pidiendo yo en el suelo!

Y declarando, al fin, la alegoría, exclama :

... Humilde le ofrecí, abierto el seno,
Mi corazón y vida con fe pura.
¡Ay! ¡Cuán poco el bien dura!
Alegre lo tomó, y dejó bañada
Mi alma de placer : mas luego, airada,
De mí se retiró por tal manera,
Como si no tuviera
En su poder, mi suerte.
¡Ay dura vida! ¡Ay perezosa muerte!
  Canción, estas visiones
Ponen en mí encendida
Ansia de fenecer tan triste vida!

Alberto Lista tiene traducido también un Soneto que nos muestra la

misma lucha interior del poeta, fluctuando siempre entre el placer y la pena :

Ora que callan cielo, tierra y viento,
y duermen sosegados ave y fiera,
El negro carro lleva por la esfera
La noche, y yace el mar sin movimiento:
    Yo sólo peno y ardo, y ni un momento
Desbrava mi dolor, ni tregua espera;
Mas ¡ay! que él es de mi existencia entera
A un tiempo la delicia y el tormento.
    En un raudal cuajado de amargura
Mi ardiente sed alivio y refrigero;
Una es la mano que me hiere y cura.
    Y así en el breve término de un día,
Mil veces, crudo amor, renazco y muero,
Y siempre incierta está la vida mía!

Hasta trescientos sonetos y veintiséis canciones compuso el poeta sobre este asunto, sin contar innumerables madrigales y baladas.

Como se ve por esas pálidas traducciones, hace Petrarca en sus poesías el análisis de su pasión, describiendo sus sufrimientos, sus desengaños, su desesperación y mil y mil pormenores del objeto de ella : la sonrisa de su mirada, su semblante retratado en el cristal de las aguas, sus cabellos de oro, el guante que se cayó de sus manos, jugando con los nombres laura y laurel, aura y oro, etc.

Aunque la musa del Petrarca era más digna del objeto que le inspiró ordinariamente, dió, no obstante, un nuevo giro á la parte lírica, creando la poesía del amor, que entre los provenzales se reducía, por lo general, á sutilezas metafísicas de esta pasión, fantaseadas mas bien que sentidas, y á combinacione más ó menos armoniosas. Aparece en todos sus versos llena de frescura y lozanía, ora triste y melancólica, ora jovial y regocijada con la esperanza, y retratando con toda naturalidad los sentimientos del corazón.

Su estilo es siempre vivo, correcto y rico en sumo grado, y á pesar de la oscuridad de algunos pensamientos y del exceso de adornos con que los viste, no por eso pierde el lector el encanto que le produce la dulzura de su lenguaje. Fué de los poetas que más contribuyeron á la formación de la lengua, dándole desde entonces casi toda la melodía de que es susceptible.

Imitó el estilo alegórico del Dante en una obra erótica, que intituló *Triunfos*, en que el amor triunfa del poeta, la castidad de Laura triunfa del amor, la muerte triunfa de Laura, y la eternidad del tiempo. Escribió también una obra filosófico-moral, que llamó *Desprecio del mundo*; varias *Cartas*, interesantes por los datos históricos que encierran; y en latín nos dejó un poema épico, el *África*, y varias *Églogas*, notables por la belleza de los versos.

La principal pasión del Petrarca fué su amor al estudio y á la investigación de manuscristos, de suerte que no dejó biblioteca que no visitase, ni príncipe ni sabio á quien no acudiese para el logro de sus nobles aspiraciones. De esta manera adquirió un inmenso caudal de conocimientos, y pudo legarnos las obras de Quintiliano, las *Cartas* y varios tratados de Cicerón, é hizo estimar en Italia á Homero, á Hesiodo y á los trágicos

griegos. El día de Pascua de Resurrección del año de 1341, vestido con un traje de púrpura que le regaló Roberto de Nápoles, fué llevado al Capitolio, entre entusiastas aclamaciones, á recibir de mano del senado la corona de poeta.

Y por ser poético todo en la vida artística de ese hombre singular, la muerte le sorprendió haciéndole caer su cabeza sobre *I Trionfi*, la apoteosis de Laura que acababa de terminar (1374).

Bocaccio. Antes del Dante se cultivó en Italia la prosa, pero con familiar sencillez; de cuyas bellezas, dice César Cantú : Poseemos un tesoro en los *Hechos apostólicos* del dominico Cavalca, y en los *Preceptos de los antiguos*, de fray Bartolomé de San Concordio. Al Dante le es deudora de buena parte de los progresos que hizo en el siglo XIV ; pero el que la dió el arte de que carecía, haciéndola armoniosa, correcta, libre en sus giros y elegante, fué Juan Bocaccio, hijo de un comerciante de Florencia, y nacido en París el año de 1313.

Conociendo su padre la extremada afición que mostraba á las letras, le procuró su estudio, en que salió muy aprovechado, ayudándole mucho su amistad con Petrarca. Compuso varias poesías latinas sobre la mitología y la geografía antigua, y cultivó también la poesía épica en italiano; pero viendo cuán lejos estaba de la perfección de Petrarca en este género, quemó sus versos y comenzó á ejercitarse en la prosa, que es la que le ha dado la fama de que goza.

Los primeros ensayos fueron algunas novelas satíricas, más ó menos libres y licenciosas, entre otras *Flor y Blanca Flor*, de un *truver* francés, y el *Laberinto de amor*, novela inmoral, y escrita de propósito para injuriar á una viuda rica y honesta de Florencia, por quien fué desairado.

La que le ha dado, por desgracia, la reputación de escritor, es el *Decamerón*, ó sea colección de cien cuentos de costumbres, tomados algunos de los *fabliaux* y otros de propia invención, sin otro artificio que hacer á los personajes de estos cuentos el juguete de las más viles pasiones, ridiculizando la virtud en todos los estados.

Supone que cinco damas y sus amantes, que se encontraron un día en la iglesia, durante la peste que asolaba á Florencia el año de 1348, para alejar de sí las ideas de tristeza y temor, se propusieron ir á pasar una temporada en una alegre casa de campo, donde cada persona contaría diez novelas, una cada día. Siendo la introducción tan contraria á la caridad cristiana, y aún á los sentimientos de nuestra natural compasión, no podía esperarse moralidad y, por consiguiente, verdadera belleza, único blanco de esta clase de obras. En efecto, la obscenidad, llevada hasta el descaro en muchos de estos cuentos y la inmoralidad en todos, nos dispensan de entrar á examinar bellezas en campo vedado á toda alma cristiana. Lo que luego salta á la vista son pasajes inverosímiles, irreligiosos é impíos, verdadera deshonra de aquella edad de fe. Y por más que algunos alaben la fecundidad de su imaginación, el arte con que supo dar interés á sus narraciones, su constante buen humor, etc., nos guardaremos muy bien, no sólo de recomendar su lectura, pero ni de elogiar un talento que dió fruto tan venenoso. Antes bien, diremos con el mismo Bocaccio, reconocido ya de su error, en carta á un amigo suyo : « Deja mis cien novelas á los frívolos é insulsos que se dejan arrastrar de sus pasiones, y que quieren ser corruptores del pudor

de la mujer » (César Cantu). Con razón, pues, fueron prohibidos por la Iglesia.

En esta y en las demás novelas trató Bocaccio de dar al estilo la magnificencia, movimiento y ritmo que le faltaba, y si bien es cierto que lo consiguió, pero fué con detrimento de la claridad y de la conveniencia, pues cláusulas tan pomposas y períodos tan rotundos no se avienen con la frivolidad de los asuntos, que pedían mas sencillez y tono familiar. Como el Petrarca, tuvo Bocaccio sus imitadores dotados de menos talento, pero armados de tanta ó mas procacidad, quienes, desechando el espíritu cristiano, no pudieron menos de ser rémoras para los progresos de la literatura, que había iniciado el Dante.

INFLUENCIA DE LA LITERATURA PROVENZAL Y DE LA ESCUELA ERUDITA-POPULAR EN LA LITERATURA DE LOS SIGLOS XIV Y XV

Los Juegos Florales. Los Juegos Florales son unos certámenes poéticos en que la composición ó composiciones señaladas por el jurado reciben el premio, comúnmente, de una flor, natural, de plata ó de oro. Algunos trovadores (dicen que siete) dieron comienzo en Tolosa á principios del siglo XIV á esa hermosa y legendaria institución.

Estos trovadores no hacían sino continuar á la luz del día, lo que con reserva y á despecho de las leyes venian efectuando en los jardines de la ciudad citada, á fin de mantener vivo el fuego de la poesía en el hermoso suelo de la Provenza, tan castigada á la sazón por los horrores de la guerra.

Se conserva todavía la primera convocatoria de los trovadores á todas las gentes que hablaban la lengua del *Oc*. Dice así :

Als honorables e als pros
Sennors, amies e companhós,
Als cuals es donat lo sabers
Don creis als bon gang e plazers... etc.

y en el primer concurso, que fué el año de 1324, obtuvo Arnaldo Vidal el premio, consistente en una violeta de oro fino.

Los jueces del certamen adoptaron en corporacion el nombre de *Consistorio del Gay Saber*, y además de la violeta de oro, crearon los premios de un jazmín para las *pastorelas* y una caléndula para las *danzas*, reglamentando los concursos con unas que llamaron *Leyes de amor*.

Esta Academia de los Juegos Florales de Tolosa es la institución literaria de mayor antigüedad que se conoce en Francia. Continuó sin interrupción durante todo el siglo XIV y la primera mitad del XV, hasta que en 1485, la célebre Clemencia Isaura la restableció, consagrando toda su fortuna á dotar magníficamente una institucion cuyo principal objeto era perpetuar, en el suelo de su patria, el amor á la poesía provenzal que le había hecho amar Renato, noble trovador de la comarca tolosana.

Entre los poetas coronados por la Academia en el transcurso de qui-

nientos años los hay de reputación europea. El título de maestro en Juegos Florales ó en *Gay Saber* que se adjudica al que gana tres veces la joya, lo han obtenido Marmontel, La Harpe, Fabre, Millevoye, Soumet, Chateaubriand, Voltaire, Víctor Hugo y otros.

Los Trovadores y los Troveros en Francia. Después de Tibaldo fueron muy escasos los que pulsaron la lira en Francia, y éstos de poca nombradía; sólo en aquella época desastrosa en que fué humillada en los campos de Crécy y Poitiers, Cristina de Pisán pudo, si bien en lenguaje áspero, cantar los primeros triunfos de Juana de Arco.

Hasta el siglo XV no encontramos ningún poeta de mérito, fuera de Carlos de Orleans. Habiendo caído prisionero en la batalla de Azincourt (1415), fué llevado á Inglaterra, donde estuvo veinticinco años. Durante su larga prisión, se dedicó á la poesía, y escribió varias composiciones líricas, cuya colección fué descubierta por el abate Sallier, el siglo pasado. Nótase en este escritor el influjo que había ejercido la poesía alegórica del *Romance de la Rosa*; y la tierna del Petrarca, cuyas dotes de delicadeza y armonía brillan en sus versos, por otra parte ligeros y superficiales.

En el mismo género se dió á conocer Francisco de Villón, nacido en París el año de 1431. No fué su lenguaje tan fino y cortesano como el del anterior; pero su estilo es más original y poético, especialmente en algunas composiciones, en las cuales pierde la poesía aquella sutileza de formas que la había hecho fastidiosa, revistiéndose la pasión de su traje natural y sencillo. Hemos dicho algunas composiciones, porque á excepción de éstas, que son bien pocas, todas las demás revelan al hombre sin educación moral y religiosa; truhán de profesión, condenado dos veces á la horca por sus latrocinios, y perdonado por compasión de Luis XI, gracia que no influyó en el mejoramiento de sus costumbres ni de sus versos.

Los Trovadores y los Cancioneros de Galicia y Portugal. El resultado más positivo y duradero de la influencia provenzal en España, fué la creación de una nueva escuela de trovadores en la parte central y occidental de la península. Esta escuela, cualquiera que fuese la comarca natal de sus autores, no empleaba como instrumento la lengua castellana, sino otra, tenida entonces por de superiores condiciones musicales, y preferida por esto para todas aquellas poesías, sagradas ó profanas, que se destinaban al canto; y de un modo particular entró en la riquísima corriente de la escuela trovadoresca de Galicia y Portugal, cierta tradición de un lirismo popular y melancólico, que dió á sus canciones un carácter poético y delicioso que nos conmueve y llega al alma.

Las *Cántigas de amigo* y las *Villanescas* forman la vena legítima del lirismo gallego. El ideal que esa poesía refleja es el que corresponde á un pueblo de pequeños agricultores, dispersos en caseríos, y que tienen por principal centro de reunión, santuarios y romerías. De aquí nació un género entero : el de las *Canciones de ledino*. Se llaman así, no porque se pareciesen algo por las repeticiones á las *letanías*, sino por la repetición frecuente de la palabra *leda* (alegre).

Todal'-as aves do mundo, d'amor cantavam
Do meu amor e de voss' y en mentavam :
Leda m'and'eu.
Do meu amor e do voss' y en mentavam,
Vos lhi tolhestes os ramos em que pousavam :
Leda m'and'eu.

Las quejas de la niña á quien su madre veda el ir á la romería, donde le espera *seu amigo*, forman el tema más frecuente de tales composiciones, puestas por lo común en boca de mujeres, y trasunto de las que realmente entonaban las *raparigas* del Miño, al volver de la fuente.

Mha madre velida! e nom me guardedes
D'ir a San Servando; ca se o fazedes,
Morrerey d'amores!

La colección de esas poesías desarrollan á nuestros ojos el cuadro encantador de una época bien distinta de la nuestra.

A veces la doncella enamorada se duele de la ingratitud y olvido :

Sam Clemenço, senhor,
Se vingada non for,
Non dormirey!
Se vingada non for
Do fals traedor,
Non dormirey!

Otras, con sus graciosas *rondas* (las actuales *muñeiras*), invitaban á bailar :

Baylemos agora, por Deus, ay velidas,
D'aquestas avelaneyras frolidas...

O bien, á orillas del mar, cantaban melancólicamente sus *Marinas* :

Ay, ondas que eu vin veer,
Se mi saberedes dizer :
Porque tarda meu amigo
Sen mi?
Ay ondas que eu vin mirar,
Se mi saberedes contar
Porque tarda meu amigo
Sen mi?

Y veces, como anticipándose á los tiempos, dice Menéndez y Pelayo que en las canciones de Pero Meogo, parece que resuenan los ecos de la trompa venatoria, como en el principio de la *Dama del Lago* de Walter-Scott :

Tal vay o meu amigo
Com amor que lh'eu ey
Como cervo ferido
Do monteyro del rey.
Tal vay o meu amado,
Madre, com meu amor,
Como cervo ferido
De monteyro mayor.
Esse el vay ferido
Hirá morrer al mar!....

y como preludiando las baladas, escribía el mismo poeta :

Digades filha, ma filha velida,
Porque tardastes na fontana fria?
— Os amores ey!
— Tardei, mha madre, na fria fontana,
Cervos do monte volviam a agua;
— Os amores ey!
— Mentis, mha filha, mentis por amigo,
Nunca vi cervo que volvesse rio;
— Os amores ey!

No muestran esa poesía íntima las *Cántigas de maldecir* ni las de *escarnio*; son rudas imitaciones del serventesio provenzal, en que el grosero desahogo de la venganza llena el lugar que en las canciones populares corresponde á las espontáneas manifestaciones de las bellezas del alma.

Los Trovadores y los Romanceros de Castilla. En la literatura castellana, aunque no en la épica ni en la prosa, tuvo también decisiva influencia la manera provenzal; y esto en tal grado, que los versos más antiguos que de este género se citan en nuestra lengua, pertenecen á Rambaldo de Vaqueiras, trovador de la Provenza.

Al iniciarse la gran transformación de la sociedad caballeresca en sociedad burguesa (principal carácter del siglo XIV), una poderosa vena de realismo, dice Menéndez y Pelayo, invadió todas las manifestaciones del arte nacional; pero en cambio, un opulento raudal de poesía lírica desciende de las comarcas occidentales de la Península, abriéndose triunfal camino desde Galicia hasta Andalucía y Murcia. Los antiguos romances se hermosearon entonces con esa nueva luz, y resonaron armoniosos, vibrantes y avasalladores por todos los ámbitos de España.

Los poetas populares y eruditos de esta época, inspirándose mejor que los trovadores en los sentimientos del pueblo y adoptando un metro sencillo, y por único artificio rítmico el asonante, dieron origen á la forma lírica llamada romance eminentemente popular en España, y que constituye nuestra poesía nacional. Es el primer aliento musical y poético, dice el señor Durán, que exhaló entre nosotros un pueblo que necesitaba conservar su historia, sus recuerdos y sus impresiones por medio de la tradición oral. De esta forma se apasionó también la musa del pueblo en Cataluña, Portugal y aun en Vizcaya, y hasta nuestros días ha dado muestras de su fecundidad.

Pueden dividirse estos notables cantos en *históricos*, *caballerescos*, *moriscos*, *pastoriles* y *vulgares ó de costumbres*.

Los romances *históricos*, siguiendo al crítico citado, unos son referentes á la historia sagrada, á la mitología, y á las historias de Asia, Grecia y Roma; y otros tratan de los acontecimientos políticos y religiosos relativos á la monarquía española hasta el siglo XV, entre los cuales tienen cabida los concernientes á las hazañas del Cid, que forman una verdadera epopeya. Por lo que toca á los *históricos* de sucesos españoles, rudos y groseros en la forma, pero llenos de lozanía y vigor en el fondo, y exentos de toda imitación extraña, revelan un doble carácter : el religioso y el patriótico. El primero se manifiesta en los sentimientos más

puros de religión y respeto á las enseñanzas de la Iglesia, sin asomos siquiera de la amarga duda que se advierte en las poesías de otras naciones; y el segundo se ve en el heroísmo con que pintan á un pueblo que tiene conciencia de su valor probado en una cruzada de largos siglos, que ha tenido que conquistar paso á paso su propio suelo, amurallarlo con sus pechos, y ensancharlo lentamente á costa de su sangre.

Enteramente nos son desconocidos los autores de estos *viejos romances*, los cuales sirvieron en algún tiempo de fundamento á las crónicas y éstas á su vez lo fueron también de otros romances; sólo que al trasmitirse oralmente de una á otra generación entre el vulgo, que no supo leer ni escribir hasta que hubo imprenta, debieron de alterarse más ó menos, según las costumbres y la lengua se modificaban, viniendo por fin á fijarse en el siglo XVI, y principios del siguiente. Poetas de esta época, como Sepúlveda, Timoneda y otros, corrigieron, remedaron y refundieron los *viejos romances*, dejándoles algunas huellas de rusticidad en las formas y cierto sabor de antigüedad, pero los despojaron de la sencilla espontaneidad propria de los originales.

En cuanto á los del Cid, aunque escritos por diferentes poetas, como lo muestra la diversidad de estilo, todos reproducen el mismo pensamiento y tienen el mismo carácter. En ellos está pintado al vivo el héroe popular, así como los sentimientos y costumbres de la época, y su versificación es más sonora y robusta. El célebre crítico alemán Hegel les llama « collar de perlas y preciosa corona » con que aparece adornada nuestra musa, los compara con la *Iliada*, y los pone por cima de todos los de la Edad Media, aun los *Niebelungens*.

Los romances *caballerescos* cantan los héroes de los libros y novelas de caballería. Pero hay que notar, que como el caballerismo de España no era hijo del feudalismo aristocrático del Norte, sino del democrático producido por una guerra santamente popular en que cada español era un guerrero, cada guerrero un noble, cada noble un caballero de la patria, por eso es corto el número de romances viejos sobre asuntos tomados de las crónicas bretonas, carlovingias y greco-galas, porque no estaban en armonía con nuestras costumbres. Y si tenemos algunos más del *ciclo carlovingio*, es por el espíritu religioso que respiran, y por las hazañas acometidas contra los moros. Y, como dice el citado señor Durán, « aceptaron y prohijaron los poetas populares la crónica de Turpin más que á otras, para servir de texto en sus romances, y de elemento con que inventar en Bernardo del Carpio un héroe español que contraponer al Roldán de los franceses ».

Los romances *moriscos* celebran los sucesos ora reales, ora fantásticos de aquellos moros bizarros y galanes, que habitaron la península. En ellos se describen sus costumbres, fiestas, juegos, combates, amores y celos con tanta verisimilitud, que son un espejo fiel de la época en que vivían en España. Muy pocos son anteriores á la toma de Granada el año de 1492, los demás son de los siglos XVI y XVII, conociéndose los autores de algunos, y distinguiéndose todos por ese colorido oriental propio de la poesía árabe. Como ya estaba perfeccionada la lengua castellana, los cuadros de dichos romances ostentan un lujo deslumbrador de poesía por la brillantez de imágenes y riqueza de expresión, dotes que necesariamente habían de comunicarse á los españoles por el roce y trato con aquel pueblo ardiente y fantástico.

Los romances *pastoriles* de esta época son imitación de las producciones latino-italianas, cantan la vida del campo, describiendo sus escenas y pintando los juegos, amores y celos de los zagales. Habiendo caído después en manos de los eruditos, y siendo extraños á las costumbres españolas, el pueblo no vió en ellos ni los sentimientos, ni las ideas que habían dado vida á los *históricos* y *caballerescos*, de suerte que poco á poco vinieron á morir olvidados, y forman como paréntesis en la historia de nuestra poesía.

Los romances llamados *vulgares*, reflejo de las creencias, sentimientos y costumbres del bajo pueblo, son la degeneración de los *históricos*. Nacidos á mediados del siglo XVII, se ve en ellos, no al pueblo poeta sino al vulgo de los poetas degradado y envilecido en las costumbres, retratarse á sí mismo en los elogios que hace de los facinerosos y bandidos; en las descripciones de encantamientos, brujerías, amoríos y hazañas de valentones y rufianes, falsos milagros, etc. Estas composiciones no tienen como poesía ningún mérito literario.

No incluímos en esta clase la multitud de romances doctrinales, religiosos, amatorios, satíricos y festivos en donde se instruye al ignorante, se canta la verdadera religión, se expresan con delicadeza y gracia los sentimientos del corazón humano, se censura el vicio y se deleita la imaginación, los cuales aumentan el caudal de la poesía popular española, siempre original y siempre bella.

Los « Meistersaenger » de Alemania, los « Menestreles » de Inglaterra.

Con la caída de los Hohenstaufen comenzaron á agostarse las flores de los *Minnesinger*, y aunque en el siglo XIV se hicieron algunas tentativas para dar á la poesía lírica nueva vida, con la organización de los *Meistersaenger*, ó maestros cantores, siempre quedó lacia y marchita. Ni es de extrañar, porque estos maestros cantores eran artesanos de varios oficios, que cultivaban el arte de la poesía como un oficio mecánico cualquiera; y sus asuntos eran, por lo general, las querellas intestinas de las ciudades de Alemania, poco á propósito para los arranques de la inspiración. Algunas ventajas trajeron, no obstante, á la sociedad, entre ellas, la unión del pueblo en el cultivo de las artes liberales, independiente de los señores feudales, y el fomentar en los ánimos el gusto por la música y el canto. Nuremberg fué la ciudad en que más florecieron estos poetas, y donde figuró más tarde el zapatero Hans Sachs.

Hubo, asímismo, en Inglaterra, en el tiempo de la formación de la lengua, poetas parecidos á los trovadores, llamados *menestreles*, y otros que, tomando por asunto la patria, excitaban al pueblo con baladas á defender su libertad contra los normandos. El héroe de estas baladas populares es entre otros Robin Hood, como el Cid español; pero son muy inferiores á nuestros romances castellanos.

Los hubo asimismo satíricos, como Roberto Longland, que usó en sus versos de la aliteración en vez de la rima, adorno que impide el vuelo del poeta y perjudica á la claridad.

INFLUENCIA DE LAS ESCUELAS « ERUDITA », « ALEGÓRICA » Y « DIDÁCTICA » EN LA LITERATURA DE LOS SIGLOS XIV Y XV

España. Sangrientas guerras y revueltas afligieron á Castilla durante el siglo XIV, que sobre imprimir un carácter duro y feroz á los que vivían en ese siglo, hicieron sufrir á las ciencias y á las letras un verdadero retroceso. Sin embargo, el infante Don Manuel, nieto del santo rey don Fernando, halló tiempo para cultivar las letras entre el rudo y casi continuo ejercicio de las armas. Varias son las obras que llevan su nombre, entre otras, el *Sumario de las crónicas de España*, el *Libro del caballero y del escudero*, el *Libro del infante*, el *Arte de trovar*; pero la más estimada por su mérito literario es el *Libro de Patronio ó el conde Lucanor*, compuesto de cincuenta apólogos. En él enseña, bajo una graciosa fábula moral, el acierto y buen orden que el hombre debe tener en la vida. Para esto supone que un conde sin instrucción, pero dotado de intención recta, consulta á su ministro Patronio sobre diferentes cuestiones de moral y política, á que da solución contándole una fábula ó cuento, relativo á la pregunta, cuya moraleja encierra al fin en dos ó más versitos, de metros y ritmos variadísimos. Además de la belleza del lenguaje en medio de su sencillez, se admira en este libro la habilidad con que ha sabido hacer grata y amena una materia de suyo rígida y austera.

Bajo la misma forma se escribieron en aquel tiempo varios libros, como el de los *Castigos de don Sancho*, el de los *Enxiemplos* y el de los *Gatos*, cuyos autores debieron servirse del libro de *Calila y Dimna*, y otro latino intitulado *Disciplina clericalis*, de Pedro Alfonso, judío convertido en 1106.

Pero á medida que iba adelantando el siglo XIV, el habla castellana parecía volver á su antigua rudeza, como aparece en uno de sus principales prosistas, el canciller don Pedro López de Ayala. Fué este escritor muy estimado desde su juventud, por su ilustración y cordura, del rey don Pedro I y sucesivamente del bastardo don Enrique II, don Juan I y Enrique III; intervino en los principales negocios del Estado, tomó parte en muchas acciones de guerra; fué prisionero dos veces; y en medio de la agitación de aquella época turbulenta fué tan amante del saber, que tradujo, ó hizo traducir en castellano las *Décadas de Tito Livio*, *La caída de los príncipes*, de *Boccaccio*, y varios escritos de algunos Santos Padres. Deseando transmitir á la posteridad los sucesos de que fué testigo, compuso las *Crónicas* de los reyes arriba nombrados, entre las cuales, la de don Pedro es la más perfecta por la sencillez, aparente calma y aun visos de imparcialidad con que parece haberla escrito, no obstante que su deserción de don Pedro hace muy sospechosos sus juicios. Aunque escribe con energía y erudición, su lectura es bastante fatigosa por lo árido y desaliñado del estilo, recargado de comparaciones y repeticiones sin cuento.

De la misma rudeza y desaliño se resienten sus versos, escritos con muy buena intención, pero sin arte, ni numen poético. Su obra de esta clase es el *Rimado de Palacio*, poema satírico moral, compuesto en la

prisión de Inglaterra, y cuyo objeto fué pintar la vida de la corte, dar lecciones de moral, y descubrir los vicios de que adolecía la sociedad, lo que hace sin rebozo ni miramiento humano. Comienza por una confesión general, expone algunos puntos de la doctrina cristiana, los mandamientos, pecados capitales y obras de misericordia, y en seguida entra á hablar del gobierno del Estado, de los consejeros, abogados, mercaderes, etc., y concluye con una plegaria á la Virgen de Monserrat, ofreciéndose á su servicio.

De mucho más estro poético estuvo dotado el Arcipreste de Hita, Juan Ruiz, poeta satírico de los más ingeniosos de la Edad Media, y tal vez el más universal.

Considerado como poeta, el Arcipreste se levanta á inmensa altura; hay entre sus contemporáneos quien tiene más intimidad de sentimiento lírico; muchos le vencen en la nobleza de las fuentes de la inspiración: casi todos le superan en el concepto poético de la vida; pero en dos cosas capitales lleva él ventaja á todos : escribió en su libro multiforme la epopeya cómica de una edad entera, la *Comedia Humana* del siglo XIV, y logró reducir á la unidad de un concepto humorístico el abigarrado y pintoresco espectáculo de la Edad Media en el momento en que empezaba á disolverse y desmenuzarse, y tuvo además el don literario por excelencia, el don rarísimo ó más bien único hasta entonces en los poetas de la Edad Media en España, de tener *estilo*. Al conjuro de los versos del Arcipreste se levanta un enjambre de visiones picarescas, que derraman de improviso un rayo de alegría sobre la grandeza melancólica de las viejas y desoladas ciudades castellanas, Toledo, Segovia, y Guadalajara, teatro de las perpetuas y escabrosas correrías del autor. No hay estado ni condición de hombre que se libre de esta sátira cómica, en general risueña y benévola, sólo por raro caso acerba y pesimista. El Arcipreste no se creía con gran derecho á moralizar y á condenar á nadie : hombre de conciencia harto laxa y de viva y lozana fantasía, parece haber buscado en sus andanzas por este mundo las rosas, sin punzarse con las espinas. Más que á Bocaccio se asemeja todavía el Arcipreste á Chaucer (verdadero padre de la poesía inglesa), tanto por el empleo de la forma poética cuanto por la gracia vigorosa y desenfadada del estilo, por la naturalidad, frescura y viveza del color, y aun por la mezcla informe de lo más sagrado y venerable con lo más picaresco y profano.

Parece cosa averiguada que el Arcipreste era paisano de Cervantes, con quien han llegado á compararle algunos críticos alemanes. « Fija, mucho vos saluda uno que es de Alcalá », dice el códice de Salamanca; y, siempre de buen humor, él mismo trazó su retrato en esos versos : « Sennora (dis la vieja) : yol veo á menudo (el Arcipreste)

El cuerpo ha bien largo, miembros grandes, trefudo,
La cabeza non chica, belloso, pescozudo,
El cuello non muy luengo, cabel prieto, orejudo.
Las cejas apartadas, prietas como carbón,
El su andar enfiesto bien como de pavón,
Su paso sosegado e de buena rasón,
La su naris es luenga : esto le descompón. »

Y en otros versos trazó también su carácter moral, que por cierto más parece de un juglar que de un sacerdote. Con todo, la misma mezcla de

devoción y libertinaje que hay en las obras del Arcipreste, no prueba más que una contradicción, desgraciadamente muy humana, en el espíritu del poeta, clérigo de ninguna vocación, pero de fe tan viva y robusta como la de todos sus contemporáneos.

El *Libro del Arcipreste de Hita* (conjunto de todas sus obras) puede descomponerse de esta manera :

a) Una novela picaresca, de forma autobiográfica, cuyo protagonista es el mismo autor. Esta novela se dilata por todo el libro, con intervalos en que van interpolándose los materiales siguientes :

b) Una colección de *Enxiemplos*, esto es, de fabulas y cuentos, que suelen aparecer envueltos en el diálogo como aplicación y confirmacion de los razonamientos.

c) Una paráfrasis del *Arte de amar* de Ovidio.

d) La comedia *De Vetula* del pseudo Pamphilo, imitada, ó más bien parafraseada, pero reducida de forma dramática á forma narrativa, no sin dejar muchos vestigios del primitivo diálogo. La intriga de amor entre Pamphilo y Galatea es conducida al término por una vieja zurcidora de voluntades; intriga y asunto que poco más tarde el Bachiller Fernando de Rojas transformó en la célebre *Celestina.*

e) El poema burlesco ó parodia épica de la *Batalla de Don Carnal y de Doña Cuaresma*, al cual siguen otros fragmentos del mismo género alegórico : el *Triunfo del Amor* y la bellísima descripción de los Meses representados en su tienda, que viene á ser como el *Escudo de Aquiles* de esta jocosa epopeya. Es famosa la descripción de la pompa triunfal con que Don Amor y Don Carnal fueron recibidos en Toledo. Doña Cuaresma, vencedora por un momento, gracias á su extravagante ejército de bacalaos, atunes, sardinas y demás fuerzas bélico-cuaresmales, iba ya enflaqueciendo y como muriéndose por consuncion; Don Carnal (Carnaval), preso en la iglesia y cansado de comer lentejas con sal y de *fustigar sus carnes con santas disciplinas*, ve llegar como una aurora de esperanza el Domingo de Ramos; huye de la iglesia, se refugia en la Judería, pide un rocin prestado, corre como un rayo por la Mancha y Extremadura alborotando con el terror de su venida á los *cabrones e cabritos, carneros e ovejas*; delante de él los toros erizan el cerro,

> Los bueyes é vacas repican los cencerros,
> Dan grandes apellidos terneros et becerros;

y finalmente, desde *Valderaras* envía á Doña Cuaresma *Fría, magra é vil, sarnosa*, un cartel de desafío de que son portadores Don Almuerzo y Doña Merienda, intimándole lid campal para el Domingo de Pascua, antes de salir el sol. Doña Cuaresma, como de *flaca complisión*, ve segura su derrota, y el sábado por la noche huye en hábito de romera.

f) Varias sátiras inspiradas unas por la Musa de la indignación, como los versos sobre las propiedades del dinero; y otras, inocentes y festivas, como el elogio graciosísimo de las mujeres chicas.

g) Una colección de poesías líricas, sagradas y profanas, en que se nota la mayor diversidad de asuntos y de formas métricas, predominando, no obstante, en lo sagrado las Cántigas y loores á Nuestra Señora, y en lo profano las *Cántigas de serrana* y las villanescas.

h) Varias digresiones morales y ascéticas.

Tal es la inmensa cantidad de materia poética que el Arcipreste hacinó en cerca de mil setecientas coplas que forman el cuerpo de sus versos.

En todas estas obras, muestra el autor la intensa visión de las realides materiales : en él todo habla á los ojos; todo se traduce en sensaciones: su lengua, tan remota ya de la nuestra, posee sin embargo la virtud mágica de hacernos espectadores de todas las escenas que describe. Tiene el Arcipreste el don de una ironía superior y trascendental, que es como el elemento subjetivo del poema y que unido al elemento objetivo de la representación, da al total de la obra el sello especialísimo, el carácter, general á un tiempo y personal, que la distingue entre todas las producciones de la Edad Media; pero en medio de la nimia fidelidad del detalle, que en cada página hace recordar las bambochadas y bodegones flamencos, pasa un viento de poesía entre risueña y acre, que lo transforma todo y le da un valor estético superior al del mero realismo, haciéndonos entrever una categoría superior, cual es el mundo de lo cómico fantástico; posee en alto grado la abundancia, defectuosa aún no pocas veces, del estilo, á imitación de Ovidio, mas cuando quiere, logra hasta la sobriedad clásica : la exuberancia, que es su mérito, es también su defecto; fué además el primero que comprendió el valor del elemento paremiológico, como lazo de unión entre la lengua y poesía del vulgo y la lengua y la poesía del artífice reflexivo y culto, y como fondo de la filosofía vulgar y del sentido tradicional de la vida; y por fin, como dice Menéndez y Pelayo en un estudio dilatadísimo que de Juan Ruiz ha hecho, « un nombre como el del Arcipreste de Hita basta para llenar un siglo literario, y bastaría al XIV para su gloria. »

El Rabbí Sem Tob de Carrión aunque muy favorecido del rey Don Pedro no tuvo reparo, á título de *judío converso*, en dedicarle una composición de dos mil setecientas sesenta y cuatro redondillas de siete sílabas, que intituló *Consejos y Documentos al rey don Pedro*. Con bastante gracia, y amenizando la materia con símiles oportunos, habla de la clemencia y justicia que deben adornar á un rey, de la ambición y sus peligros, de la fugacidad de los placeres é instabilidad de las cosas humanas.

Escribió también en varios metros un tratado de la *Doctrina Cristiana* y la *Danza general de la muerte* en setenta y cinco coplas de arte mayor. Es una ficción dramática muy usada en la Edad Media, en la que se cita á los hombres de todas las profesiones y edades, desde el pontífice hasta el niño, á comparecer ante la muerte, quien después de reprenderles los vicios, se los lleva consigo. Es obra pintoresca y singular, y contrasta mucho el humor festivo del autor con lo sombrío y tétrico del pensamiento.

No ha muchos años se descubrió en la biblioteca del Escorial el *Poema de Alfonso XI*, de dos mil cuatrocientas cincuenta y cinco redondillas octosílabas, escrito por Rodrigo Iannez, su escudero, y testigo de las hazañas de este rey. Cierto entusiasmo por el héroe, acompañado de sencillez en la expresión, son las cualidades que en él resaltan.

En el siglo XV comenzó á tomar otro aspecto la literatura española. Aunque los libros de caballería extranjeros y los cantos de los trovadores, hacía tiempo que eran conocidos en Castilla, los poemas y crónicas y en general todas sus obras, seguían siendo el reflejo del sentimiento cristiano y patriótico que había sido la base de la nacionalidad española, y constituía su vida real. Poco ó nada agradaban entonces al pueblo las empresas fantásticas y absurdas de la caballería andantesca, teniendo en casa héroes

verdaderos, ni las liviandades y devaneos de los galantes trovadores, cuadraban con el respeto del sensato pueblo castellano á la religión y á la moral. Empero al principio del siglo XV ya fué otra cosa. Los franceses que vinieron á Castilla en el ejército del bastardo don Enrique y que recibieron después de la victoria, el año de 1369, cesiones de autoridad y territorio, propagaron el gusto por las ficciones del *ciclo bretón y carlovingio*, y las relaciones cada vez más íntimas entre Aragón, Cataluña y Castilla, debidos á don Enrique de Villena y á don Fernando de Antequera que subió al trono aragonés, comunicaron á los poetas castellanos la afición y gusto provenzal. Añádase la restauración de los estudios de la antigüedad clásica, la gran fama de los escritos del Dante y Petrarca ; todo esto contribuyó á dar á los hombres de este siglo una especie de frenesí poético y entusiasmo por los estudios clásicos. Pero el mal estuvo en que se hicieron serviles imitadores, especialmente los poetas, quienes, con excepción de algunos pocos, en vez de emplear sus buenas dotes en asuntos populares á que convidaban los hechos de aquella época tan caballeresca y poética, se consumieron en canciones amorosas, llenas de rebuscados y artificiosos conceptos, y escritas en un lenguaje muy compuesto y atildado, en las cuales composiciones si brillaban las dotes de sus almibarados ingenios, quedaban ahogadas las poéticas del corazón. Hicieron, no obstante, estos poetas un gran servicio á la lengua, cual fué enriquecerla con nuevas y pintorescas maneras de decir, y aumentar nuestro parnaso con nuevos metros y combinaciones rítmicas.

Uno de los que más contribuyeron á esta actividad fué, como hemos iniciado, don Enrique de Villena, nacido en el año de 1384, llamado por algunos el mayor sabio de su tiempo, y tenido por gentil é inspirado poeta. Habiendo acompañado á don Fernando de Antequera á sus estados de Aragón, fué nombrado director del Consistorio de la *gaya ciencia*, establecido en Barcelona, organizó el de Zaragoza, con los cuales hizo que entablasen relaciones literarias las academias de Castilla, dando así un nuevo impulso á la poesía provenzal. Parte de algunas traducciones suyas han llegado hasta nosotros, á saber : la *Eneida* de Virgilio, la *Retórica* de Cicerón, la *Divina Comedia* y la *Farsalia*. También ha llegado á nuestros días, aunque no íntegro, el poema las *Hazañas de Hércules*, en el cual celebra las proezas de este héroe mitológico, y un libro en prosa que intituló : *Los doce trabajos de Hércules*, en donde hace aplicaciones morales á los sucesos de aquella historia, personificando los malhechores en los centauros, la soberbia en el león de Nemea, y así los demás.

Escribió asimismo un poema sobre el arte de cortar con cuchillo, conocido con el nombre de *Arte cisoria* y en los *Capítulos del gay saber*, que dirigió á Iñigo López de Mendoza, añadió el *Arte de Trovar*, ó sea un libro de preceptos literarios, para que, como él decía, « tomasen lumbre é doctrina todos los otros del reyno que se decían trovadores ».

Es cierto que después de su muerte fueron quemadas algunas de sus obras y otras se han perdido, y también es cierto que se han autorizado muchas ficciones con el nombre del marqués de Villena. Su extremada afición á la astrología, y la preferencia que en las ciencias naturales daba á los escritos arábigos y rabínicos, que enseñaban las supersticiones de la cábala, dieron motivo para que el pueblo le tuviera por nigromántico, hasta tal punto, que el rey don Juan II, más protector de las letras que cuidadoso de su reino, se vió precisado, como se lee en la *Crónica*, á

mandar al sabio fray Lope de Barrientos, después obispo de Ávila y de Cuenca, que « viese si había algunos libros de malas artes. Y fray Lope los miró, é hizo quemar algunos, é los otros quedan en su poder »; dijo brevemente la *Crónica*.

Si los que se han perdido son como el pueril y ridículo tratado que de estas materias ha llegado á nosotros, llamado *aojamiento ó fascinología*, no tiene para qué lamentarse mucho la ciencia, pues no serían sino un repertorio de supersticiones de aquel tiempo. Entre otras mil ridiculeces se dice en este tratado que « hay algunas personas tanto venenosas en su complisión... que por vista sola emponzoñan el aire, é los á quien aquel aire tañe ó lo reciben por atracción respirativa ». Por eso dijo del marqués de Villena, Fernán Pérez de Guzmán, de quien luego hablaremos, « que dejóse correr á algunos viles é raeces artes de adivinar, é interpretar sueños y estornudos y otras señales... que ni á príncipe real, é menos á católico cristiano convenían ».

Fernán Pérez de Guzmán, señor de Batres, floreció ya en los últimos años del siglo XIV, como poeta y como prosador digno de memoria en la historia de las letras. Según testimonio del marqués de Santillana, su sobrino, dió desde su juventud claras muestras de talento para la poesía, como lo testifican el poema de los *Claros varones*, algunos tratados didácticos, religiosos y morales, donde hace gala de gran variedad de metros, y la *Cien Triadas* en honor de la Virgen, llenas de esa ternura filial, en que se han distinguido casi todos los poetas españoles.

Desengañado de las falacias y ambiciones de la corte, que le costaron una inmotivada prisión habíase retirado á su señorío, donde vivía consagrado al estudio y á la piedad, y en correspondencia con los principales literatos y sabios del reino. Fruto de este retiro fué la obra que bajo el título *Mar de historias* le ha hecho inmortal, siendo asimismo el primero que empleó en nuestra literatura la forma biográfica. Dividióla en tres partes : la primera comprende los emperadores y príncipes gentiles y católicos de más nombradía hasta la irrupción de los bárbaros; la segunda trata de algunos varones ilustres en santidad y ciencia, con interesantes noticias históricas y literarias hasta el siglo XIV, y la tercera, por ser de sucesos y personajes coetáneos del autor, y por lo mismo de mayor interés, se dió á luz por separado con el título de *Generaciones y Semblanzas*. En este notabilísimo libro hace el retrato de los personajes principales de la segunda mitad del siglo XIV y de la primera del XV, que habían ya muerto cuando él escribía. Muéstrase en toda la obra, pero con especialidad en la tercera parte, observador atento de los hombres y de las cosas, á quienes juzga con criterio cristiano, y da el fallo, como juez recto é imparcial. Por estas dotes y por la maestría con que maneja la lengua, envuelta todavía en su tosca sencillez, y por su estilo grave, enérgico y pintoresco, como puede verse especialmente en el bosquejo del calamitoso reinado de don Juan II y su favorito don Álvaro de Luna, es reputado este libro por el mejor de aquel tiempo.

Se cree también que le cupo una parte muy principal en la *Crónica de don Juan II*, donde dió señales de su buen criterio, mucha erudición y amor á la virtud. Pasó de esta vida á una edad bastante avanzada.

En los días que más brillaban los trovadores palaciegos de la corte de don Juan II, apareció el cordobés Juan de Mena, llamado el *Príncipe de los poetas de Castilla*.

Hizo sus estudios en Salamanca por los años 1430; pasó á perfeccionarse en Roma, y cuando regresó á la corte, lleno como estaba de entusiasmo por la gaya ciencia, tomó parte con el marqués de Santillana y demás caballeros en las lides poéticas que entonces eran de moda.

Sin embargo, no se contentó su musa con aquellos estériles ensayos de amor artificioso; antes bien, deseando poner á la vista del rey el cuadro desconsolador del reino, que le encubría el humo de la adulación cortesana, escribió el *Laberinto*, poema de 300 coplas, de á ocho versos, de arte mayor. Imitó al Dante en la alegoría, imaginándose trasladado por la Providencia á un palacio misterioso, donde contempla lo pasado, lo presente y lo porvenir, en tres grandes ruedas que le van presentando los sucesos que trata de descubrir.

La oscuridad en que suele envolverse la alegoría es tan grande, que todavía no han podido descifrarse algunos pasajes del poema; pero, en cambio, le dan luz y verdadero brillo algunos episodios, como el del conde de Niebla, el de Rivera, el de Dávalos y otros esforzados campeones, donde el patriotismo de éstos le inspira ideas y sentimientos sublimes. También embellecen la narración varias pinturas, en especial la de la patria destrozada y afligida por los escándalos de ciertas clases elevadas, cuya vista arranca á su indignada fantasía verdaderos acentos de dolor. Sin negarle tampoco, como han hecho algunos, cierta originalidad y disposición no vulgar para la epopeya, y sin quitarle la gloria de haber dado realce al lenguaje poético con exposiciones nuevas y pintorescas, confesaremos que tiene sus defectos. Muchos de sus versos no tienen cadencia, ni constan; es bastante duro su lenguaje y usa frecuentemente de inversiones violentas que desnaturalizan la frase. Parece que se propuso crear un lenguaje poético; pero la rusticidad de la lengua y el sistema de las coplas de arte mayor, por su monotonía y pesadez, eran muy poco apropósito para auxiliarle en la empresa.

La Coronación, del marqués de Santillana, por las musas y las virtudes, es otro poema suyo que se reduce á un viaje fantástico al monte Parnaso para asistir á esta fiesta. También tenemos un diálogo en redondillas, intitulado *Debate de la razón contra la voluntad*, que dejó inconcluso, y que otros poetas han ido aumentando y dado el nombre de los *Siete pecados mortales*.

Murió el 1456, según unos arrastrado por una mula, ó de dolor de costado, según otros.

Juan Alfonso de Baena fué, según parece, de origen judaico, pero el cultivo de la poesía, que entonces allanaba todas las distancias, le emancipó como á tantos otros, por más que sus versos se resintieron siempre de la grosería de sus hábitos y educación primera, siendo entre los muchos copleros soeces y desenfrenados de entonces, uno de los que con más frecuencia resbalaban en lo torpe y chocarrero. Su mala lengua, de la cual él mismo llegó á preciarse diciendo que era « barrena que taladraba y cercenaba cuanto fallaba », le hizo temible á unos y odioso á todos.

Su característica fué la vanidad literaria y el afán de hacer ostentación de sus versos y promover querellas, desafíos y certámenes poéticos. Había leído mucho, así de poesía como de historia y de filosofía moral, y de todo hacía pedantesco alarde, sobre todo en unos notables versos políticos que dirigió el Rey; tenía, además, sus ideas propias, y no malas, acerca

del arte, y entendía muy bien las doctrinas poéticas de los provenzales. Con estas dotes, unidas á una envidiable facilidad para versificar aun en combinaciones raras y con el mayor lujo de rimas, y á cierta sutileza de ingenio que le hacía apto para las disputas alambicadas de la época, no pudo menos de ser Baena un justador temible, ya en aquellas lides en que se obtenía por premio una « guirnalda de muy lindas flores », ya en aquellas otras arteras y viles en que rodaba por los suelos la honra y fama de ambos contendientes.

En el *Cancionero de Baena*, como en todos los de su clase, hay muchos versos y muy poca poesía. Consta de quinientas setenta y seis composiciones de sesenta y dos poetas diferentes, y es de gran valor, en cuanto que permite juzgar de la índole, forma y tendencias de la versificación de aquellos tiempos, mezclándose en el cuerpo del Cancionero, las obras de la escuela galaico-portuguesa con las de la escuela alegórica. « En él alternan por modo extrañísimo, versos de imitación provenzal, cánticos á la Virgen, impiedades escandalosas, estancias místicas, coplas de amor, y visiones dantescas; al lado de una canción en que se diviniza á las mujeres, se tropieza con groserías repugnantes y soeces; las alegorías más sutiles se mezclan con los memoriales de los poetas que tienden la mano para pedir dinero; á una pieza mordaz contra los judíos, se sigue una declaración de amor á una hija de Agar; y en medio de este abigarrado concurso de enamorados, de frailes, de caballeros que sutilizan sobre el amor platónico, de libertinos y jugadores, de gentes que se arrepienten, de ilustres personajes, de escritores famélicos, de versificadores que ponen tienda de coplas y las alquilan al mejor postor, resuenan de vez en cuando, como acentos fatídicos, algunas ásperas sentencias acerca de la brevedad de la vida y la vanidad de los goces mundanos, y sobre la implacable tiranía de la muerte, que son como la inscripción fúnebre de este festín de Baltasar ». Este es el juicio (ciertamente muy exacto) que se formó del *Cancionero de Baena*, el célebre crítico Puymaigre.

En Don Iñigo López de Mendoza, primer Marqués de Santillana, se reune toda la cultura literaria de la época. La inspiración, en él, corre por cauce terso y apacible; á falta de condiciones de orden superior, tiene todas las que nacen de la destreza técnica, nunca rebelde al impulso de su fantasía viva y lozana, que pasa sin el menor esfuerzo de lo grave y doctrinal á lo galante y fugitivo. Gran señor en la poesía, como en todas sus cosas, muestra en su estilo cierto nativo desembarazo ó ingénita bizarría, sin que baste ni siquiera la erudición pedantesca de su siglo para entorpecer ni desfigurar la elegancia no forzada ni aprendida de los movimientos de su musa.

Nació el Marqués en Carrión de los Condes el 19 de Agosto de 1398, y habiendo quedado huérfano de padre en la infancia, su virtuosa madre hizo con él oficio de maestra, dándole la educación moral y literaria que á su rango convenía; y de tutora, defendiendo con prudencia varonil, contra algunos nobles, los estados de su hijo. Siguió éste, cuando llegó á la edad competente, reclamando de los usurpadores lo que le pertenecía, y cuando lo hubo conseguido, mezclóse en las revueltas de la corte, favoreciendo unas veces el partido del rey, y oponiéndose otras al favorito don Álvaro de Luna. Pero en estas alternativas mostróse siempre celoso defensor del honor patrio contra los sarracenos, á quienes, como capitán mayor de la frontera, quitó varios castillos, y á quienes hubiera reducido

al último extremo á no impedirlo los disturbios de aquella malhadada época. Tranquilizada algún tanto la nación después de la catástrofe del gran privado, como nunca había dejado el ejercicio de las letras, creció su reputación de entendido maestro y luz de discretos al igual de prudente y valeroso capitán, logrando hacer popular aquella máxima: « La sciencia no embota el fierro de la lanza, nin face floxa la espada en la mano del caballero ». Su palacio, siempre abierto para los hombres de ciencia, recibían todos en él generosa hospitalidad y alientos, y del mismo modo que las letras, encontró en él un protector la piedad, que le es deudora de la fundación de un hospital y varios monasterios.

Sus numerosas obras pertenecen á las tres escuelas entonces florecientes en Castilla, á las que conformaremos la division que de ellas haremos.

Las eróticas ó amorosas se componen de una infinidad de *canciones* y *decires*, en que se aventajó á todos los trovadores cortesanos, en gracia, lozanía é ingenio. En esta clase de poesía ligera es gran maestro; por él se aclimató definitivamente en el Parnaso castellano la *serranilla* gallega. Su ingenio, menos vigoroso que el del Arcipreste de Hita, pero lo mismo más sensible que él á los halagos de la belleza lírica, recogió las florecillas agrestes que el de Hita dejara, y sin hacerlas perder el nativo perfume, les dió otro más penetrante y refinado, poniendo en él una gota de inocente malicia. *La Vaquera de la Finojosa* ha venido á ser como el tipo eterno del género.

Él fué el primero que introdujo en nuestra literatura la combinación artística del soneto, tomada de los italianos.

Las composiciones didácticas no son muchas en número; pero sí dignas del aprecio de filósofos y literatos. Tales son los *Proverbios ó Centiloquio*, por encerrar cien coplas, en que desenvuelve varios puntos de moral y política, para la instrucción del príncipe heredero. Claro es que una compilación de este género no puede tener más originalidad que la del estilo, ni más mérito poético que el de la expresión, que en la mayor parte de los metros del Marqués es elegante y rápida, sentenciosa é insinuante. Plan, no puede decirse que lo tenga esta obra, puesto que cada capítulo comprende sentencias de diversos géneros, al modo de los *Proverbios de Salomón* ó del *Libro de la Sabiduría*; y así sucesivamente se discurre de amor y de temor, de prudencia y sabiduría, de justicia, de paciencia y corrección, de sobriedad, de castidad, de fortaleza, de liberalidad y franqueza, de envidia, de gratitud, de amistad, de paternal benevolencia, de la senectud y de la muerte. La extremada concisión de los Proverbios y la estrechez del metro, los hacen oscuros muchas veces, y de aquí las glosas que de ellos se hicieron en prosa, comenzando por las del mismo Marqués. En el *Diálogo de Bias contra la Fortuna*, procura como filósofo y como cristiano, consolar á un primo suyo, preso en el castillo de Roa. El *Doctrinal de Privados* fué un poema de especial interés en aquella época, por enseñar, con ocasión de la muerte de Don Álvaro, á no desvanecerse en los puestos altos, con desprecio de la justicia y de la equidad. Esta obra tiene sin duda acentos de los más enérgicos que pueden encontrarse en la lengua castellana del siglo XV; pero si el poeta brilló con la fuerza de su invectiva, desdijo no poco de aquella reputación suya de manso, benévolo y humano, cualidades que tanto encarecían en el Marqués sus contemporáneos. En cambio se leen en ella

estrofas sentidísimas, que son como el prenuncio de las coplas de Manrique:

¿Qué se fizo la moneda
Que guardé para mis daños
Tantos tiempos, tantos años,
Plata, joyas, oro é seda?
Ca de todo no me queda
Si non este cadahalso....
¡Mundo malo, mundo falso,
Non es quien contigo pueda!

Estas producciones son, á la vez, un vivo reflejo de la verdadera índole de la poesía castellana, que es ser noble y pintoresca, en las cuales se descubre también el mucho estudio que había hecho de los filósofos de la antigüedad gentílica, cuya moral suaviza con las doctrinas del cristianismo.

De entre las composiciones alegóricas citaremos la *Comedieta de Ponza*, en ciento veinte octavas de arte mayor. Es una elegía en forma dramática, para llorar el desastre de la armada aragonesa, cerca de la isla de este nombre.

En la misma forma están escritos los poemas *La coronación de Mosser Jordi*, *La coronación de San Vicente Ferrer*, *El infierno de los enamorados* y la *Querella de amor*, muy aplaudidos en su siglo.

Con el título de *Prohemio* dirigió al condestable de Portugal, que le pedía una copia de sus poesías, una carta en que resume la historia de nuestra poesía, de la portuguesa, catalana y lemosina, y da interesantes noticias sobre la italiana y la francesa.

Con estas y otras muchas producciones enriqueció el marqués de Santillana el tesoro de nuestro Parnaso; dando al lenguaje más brillantez y colorido poético, y notable flexibilidad y gracia al idioma, si bien pagó el tributo á la época, afeando muchas composiciones por hacer alarde de erudición mitológica.

Como buen español, no se olvidó de pulsar la lira en honor de la Virgen, á quien volvía frecuentemente los ojos en sus tribulaciones, terminando su carrera en Guadalajara con una muerte piadosa y edificante, el año de 1458.

Ejemplo señalado de la poca equidad con que suele repartir la fortuna literaria sus favores, nos ofrece el insigne poeta castellano Gómez Manrique, injustamente oscurecido hasta estos últimos años. De su sobrino Jorge, una sola composición tenemos digna de ser conmemorada, pero quedan de Gómez Manrique, más de un centenar, de todos géneros y estilos, entre las cuales muchas pueden calificarse de magistrales, y apenas ceden la palma á ninguna de las que antes del período clásico se compusieron. Tomada en conjunto su obra lírica y didáctica, es este poeta el primero de su siglo, si exceptuamos al Marqués de Santillana y á Juan de Mena. Su sobrino, que es de su escuela y que manifiestamente le imita, tuvo un momento de iluminación poética, en que le venció á él y venció á todos; pero sin este momento, que fué el único en su vida, yacería olvidado entre el vulgo de los trovadores más adocenados, puesto que en todas las demás poesías que de él conocemos, ni una sola puede alabar la crítica más benévola.

Fué Gómez Manrique, además de poeta, orador político, caballero leal y esforzado, y personaje de tanta cuenta en la historia de su tiempo, que

de sus hechos están llenas las crónicas de Enrique IV y de los Reyes Católicos.

Su composición más extensa y una de las mejores es la que escribió á la muerte del Marqués de Santillana de quien se llamaba *Fijo espiritual* y era su pariente muy cercano. La intituló *El Planto de las Virtudes e Poesía*, por el magnífico señor Don Iñigo López de Mendoza, y en ella usa del artificio alegórico y dantesco, conforme al trillado camino de las *visiones* de que tanto abusaron los poetas del siglo XV. El autor se supone en un valle tenebroso cuya *ferocidad* describe en fáciles y encantadoras quintillas :

Non jazmines con sus flores
Había, nin praderías;
Nin por sus altos alegres
Ressonavan ruyseñores
Nin sus dulces melodías....

Allí le sorprenden las tinieblas de la noche, acrecentándose su terror y su angustia con los espantables ruidos del torrente y el baladro de los monstruos; mas luego, con la luz de la mañana emprende de nuevo su viaje, hasta que llega á una fortaleza solitaria y de lúgubre aspecto :

E lancéme por la puerta,
La cual fallé bien abierta
E por ninguno guardada,
E vi toda la morada
De moradores desierta.
Non sus palacios cercados
Fallé de tapicería,
Nin de doseres brocados,
Nin puestas por los estrados
Alfombras de la Turquía....
Mas ví cercada de duelo
Una sala mucho larga....
E vi por orden sentadas
Siete donzellas cuitadas
Del mesmo paño vestidas,
Sus lindas caras carpidas
E las cabezas mesadas.

De las cuales, unas llevaban símbolos de las virtudes, y otras, los blasones de Mendoza y de la Vega. Las Virtudes, después de deplorar la pérdida reciente de ilustres hombres, van haciendo una tras otra el panegírico del Marqués. Tras ellas comparece otra virgen, la Poesía, con rozagante manto azul y blanco, que pide a otros que canten, porque ella tan sólo puede llorar. Desaparece, y con nuevas lamentaciones de las Virtudes, termina esa *visión*, que es una deliberada imitación de la *Comedieta de Ponza* y de la *Coronación de Mosen Jordi* y de otros poemas del Marqués de Santillana.

Pero *Los Consejos* forman la obra de más íntimo mérito de Gómez Manrique. Sus estrofas fueron el modelo de las *Coplas* de su sobrino :

Pues si son perecederos
Y tan caducos y vanos
Los tales bienes mundanos,
Procura los soberanos

Para siempre duraderos;
Que só los grandes estados
E riquezas,
Fartas fallarás tristezas
E cuidados!

A Menéndez y Pelayo le ha cabido la gloria de derramar un rayo de luz sobre la noble frente de ese gran poeta olvidado.

En cuanto á Jorge Manrique, hijo del Conde de Paredes, Don Rodrigo, diremos solamente con el citado crítico, que « si hay en la literatura del siglo XV un nombre y una composición que haya resistido á todo cambio de gusto y vivan en la memoria de doctos é indoctos, son sin duda el nombre de Jorge Manrique y las *Coplas* que compuso á la muerte de su padre.

No ha mucho las ha traducido el más célebre y mas simpático de los poetas norte-americanos, Longfellow; y Menéndez y Pelayo ha escrito con este motivo esas bellísimas y significativas palabras : « ¡ Dichoso poeta el que después de cuatro siglos puede renacer de este modo en labios de otro poeta, y dichoso entre los nuestros, puesto que á través de los siglos su pensamiento cristiano y filosófico continúa haciendo bien, y cuando entre españoles se trata de muerte y de inmortalidad, sus versos son siempre los primeros que ocurren á la memoria, como elocuentísimo comentario y desarrollo del *Surge qui dormis, et exurge*, de San Pablo.

Murió Jorge Manrique en la flor de su edad, en 1479, y todavía la fluidez de sus versos y el ritmo delicado y sencillo, y aquel encanto particular que difunde en sus cuarenta y dos coplas, llegan hasta nosotros en aquellas dulcísimas notas de su entristecida lira :

Recuerde el alma adormida,
Avive el seso y despierte,
Contemplando
Cómo se pasa la vida,
Cómo se viene la muerte,
Tan callando!

También merece un recuerdo en la historia Juan de Padilla, sevillano, que se hizo después monje cartujo, y compuso siguiendo las huellas del Dante y de Mena, un largo poema *Los doce triunfos de los apóstoles*. Es muy abundante y poético su lenguaje; tiene el defecto, común á los de su época, de mezclar la mitología con la religión cristiana.

Grande fué también en el siglo XV la afición á los estudios históricos, los cuales se cultivaron tan felizmente en España, que, á juicio de Prescott, no temen la comparación con los de ningún otro país de Europa. Verdad es que las formas en que están escritas las crónicas de este tiempo, tienen muy poco atractivo, por lo que únicamente los eruditos son los que las buscan: hablaremos, no obstante, de dos de ellas, notables por las dotes literarias que las distingen : la de *Don Alvaro de Luna*, y la de *Don Pedro Niño*, conde de Buelna.

La primera, escrita según algunos por Alvar García, es una verdadera apología del condestable, cuyo afecto, por sus buenas cualidades, no disimula el autor de la crónica. Su estilo es pintoresco, la narración animada, y en ocasiones elocuente, hasta rayar á veces en exagerada declamación. Está sembrada de sentencias de la Sagrada Escritura, y dichos

de filósofos y poetas antiguos, sobre todo de Séneca, á fin de dar autoridad á las acusaciones que dirige contra los enemigos de don Alvaro, si bien tampoco oculta algunos defectos de éste.

La *Crónica de don Pedro Niño* está escrita por Gutierre Diaz Gomez, alférez del mismo, hombre muy instruído en los libros de caballería. Su afición á esta clase de leyendas se ve claramente en esta obra, donde teje una pintoresca relación de los combates y demás aventuras de este prócer castellano, mezclándolas con otras fantásticas de la caballería andante, de la cual hace la apoteosis. Describe con notable frescura y gracia ora los campos, ora los palacios, en tal grado, que parece en algunos pasajes un preludio del libro del *Ingenioso hidalgo de la Mancha*.

Como ejemplar de estilo limpio y atildado, y como cuadro á la vez de las costumbres caballerescas de la época, merece leerse la historia del *Paso honroso*. Fué escrita esta relación por Rodríguez de Lena, testigo de vista de la justa en que se rompieron ciento sesenta y seis lanzas, de las trescientas que estaban anunciadas para el rescate del caballero leonés don Suero de Quiñones, quien todos los jueves llevaba por su dama una argolla al cuello. Este alarde de valor tan estéril, que dejaba suelta á la morisma y ocasionaba heridas y muertes, aunque deificado por la caballería, era condenado por la Iglesia.

Escritores de crónicas fueron también Hernando del Pulgar y Diego de Valera, nacidos á principios del siglo XV, el primero cerca de Toledo y el segundo en Cuenca.

Pero lo que ha dado justa reputación al primero son los *Claros varones de Castilla*, obra parecida á la de Pérez de Guzmán, y sus *Cartas* á la reina Isabel y á otros personajes. De estos dos escritos, dice el juicioso Capmany, « que enseñan á conocer los hombres más que la mayor parte de nuestras historias juntas ». Tal es la filosofía de sus discretas máximas y el buen criterio cristiano que campea en sus biografías y relatos. Por lo que toca al estilo, parece escrito sin arte y agrada por su naturalidad y noble sencillez; es además conciso é ingenioso, pudiendo asegurarse de este escritor castellano, « que dijo las cosas más serias con mayor delicadeza y las más importantes con mayor elegancia ».

El *Centón Epistolario*, ingeniosa falsificación muy posterior á Fernán Gómez de Cibdareal, es un conjunto de ciento cinco cartas, escritas con estilo festivo y cáustico á la vez, en que se narra pintorescamente la historia de la turbulenta y calamitosa época de la segunda mitad del siglo XIV.

Con ocasión del libro de Bocaccio *Il Corvaccio* ó *Laberinto d'amore*, diatriba sangrienta que le inspiró su baja pasión, para ultrajar á una honesta viuda de Florencia que se negó á sus pretensiones, se escribieron en España varios libros, á fin de atenuar el mal efecto que su traduccion hacía entre la gente cortesana. Distinguiéronse el famoso obispo de Burgos, don Alonso de Cartagena, Rodriguez del Padron y tambien don Alvaro de Luna, quien tomando por base la moral y la historia, escribió el notabilísimo libro de las *Virtuosas y claras mujeres*.

Y para no alargarnos en el gran número de escritores de esta clase que han merecido bien de las letras y contribuído al desarrollo de la creciente cultura, nos contentaremos con nombrar al entendido moralista Mossen Diego de Valera en su *Doctrinal de príncipes* y otras obras suyas filosóficas; al filólogo y teólogo profundo Alfonso Tostado de Madrigal, obispo de Ávila llamado « Universal océano de las ciencias, en quien resplande-

cían por su lumbre más que por el florear de la lengua », y al bachiller Alfonso de la Torre.

Escribió Alfonso de la Torre para el príncipe de Viana *La visión deleitable*. Es un bellísimo tratado filosófico de doctrinas morales y políticas, en el cual, para dar interés y movimiento al asunto, personifica la verdad, el entendimiento, la razón, las pasiones y las virtudes, quienes hacen descripciones pintorescas y razonamientos admirables. Es á la vez un monumento de la cultura de nuestra prosa por lo florido del estilo, como por lo elegante y armonioso de la frase. Tiene el defecto común en aquel tiempo, de las transposiciones y voces latinizadas.

No era tampoco posible en medio del movimiento intelectual de este siglo, que enmudeciese ni en el púlpito, ni en los libros la voz de la religión, la más eficaz para instruir y mover á los hombres. En efecto, estimulados por la ardiente palabra de San Vicente Ferrer, el *Apóstol de Europa*, imitarónle muchos celosos varones, que cediendo después á la costumbre, ó á la tentación de parecer eruditos, tuvieron el mal gusto de trasladar al latín sus sermones.

El anhelo de ser breves nos obliga á omitir muchos nombres respetabilísimos; pero seríamos censurables, si no citásemos al monje jeronimiano fray Hernando de Talavera, la más alta gloria de la elocuencia sagrada del siglo XV quien dió el ejemplo de escribir en lengua vulgar sermones de grande edificación, y con mucha claridad y llaneza, dice un contemporáneo suyo. Desgraciadamente, no poseemos más que algunos anteriores á su elevación á la silla arzobispal de Granada. Junto con éstos honran nuestras bibliotecas no pocas producciones ascéticas en castellano, estimables por la copia de doctrina sacada de la Escritura y Santos Padres, como son la *Reprobación del amor mundano* de Alfonso Martínez; el *Memorial de Virtudes* y el *Oracional*, obras muy aplaudidas del ya citado don Alonso de Cartagena; el *Libro de las tribulaciones* y el *Espejo del alma*, tratado filosófico-cristiano de fray Lope Fernández, agustiniano; la *Arboleda de los enfermos*, ficción pintoresca para aliviar las dolencias del ánimo, compuesta por la muy erudita religiosa doña Teresa de Cartagena, y otras obras espirituales, en donde resplandecen dotes de verdadera elocuencia, preludio de las que había de hacer gala nuestra literatura en los siglos siguientes.

También tuvo la elocuencia profana sus cultivadores en Castilla, ganando reputación de retóricos, además de don Enrique de Villena, don Iñigo López de Mendoza y el autor citado don Alonso de Cartagena. Del segundo tenemos la *Lamentación*, discurso patriótico, en donde, doliéndose de las discordias civiles hace un llamamiento á la paz y concordia, y varias arengas en que excita á la guerra contra los moros. Entre los discursos que nos quedan del tercero, es interesante el que pronunció en el Concilio de Basilea, como embajador del rey de Castilla, sobre la preeminencia de este reino sobre el de Inglaterra, discurso que le mereció los aplausos de los padres, quienes lo decidieron en su favor. Su compañero en la embajada Juan de Silva, lo trasladó del latín al castellano.

Creció asimismo este género de elocuencia y dió sazonados frutos en las deliberaciones de los consejos reales y de las asambleas, por medio de oradores graves y respetuosos que hacían uso de la palabra, no por vana ostentación, sino por el noble fin del bien de la patria. La historia recuerda llena de agradecimiento los nombres de don Gutierre de Cárdenas, don Luis Portocarrero poeta distingido; de Andrés Cabrera y Alonso de Quin-

tanilla; de los condes de Haro y de Alba de Liste; del doctor Rodrigo de Maldonado, y sobre todo del elocuente cardenal don Pedro González de Mendoza, hijo del marqués de Santillana.

Portugal. Alfonso Enriquez, primer rey de Portugal que murió el año de 1185, es reconocido como uno de los primeros poetas, y con él algunos señores de la corte: Gonzalo Enriquez y Egaz Moñiz, que imitaron en sus composiciones á los provenzales. Pero los primeros monumentos escritos de la literatura portuguesa datan del siglo XIII, contándose entre los que más fomentaron las ciencias y las letras y cultivaron la poesía, el rey don Dionisio, fundador de la universidad de Coímbra, Alfonso IV y su hijo don Pedro autor de varias canciones en tono triste y apasionado, dedicadas á la memoria de la infortunada Inés de Castro, su esposa, y otros príncipes y señores que imitaron y tradujeron las poesías de Petrarca. Imitaron también á los castellanos en los romances, de los cuales poseen un buen número, así como en los libros de caballería, á cuya afición y desarrollo contribuyó en el siglo XV Vasco de Lobeyra con su *Amadís*. Pero inclinándose los poetas portugueses á los sentimientos dulces y tiernos más que á los caballerescos, se dieron á la composición de novelas amorosas y poemas pastoriles, en que sobresalió Bernardino de Ribeyro. Este nos ha dejado en la *Inocente niña* una novela dulce y melancólica y varias églogas en donde, bajo el velo de la alegoría, refiere sus aventuras amorosas y sus penas.

Nombrado Fernán López el año de 1380, cronista de Portugal, escribió sobre el reinado de don Pedro el *Cruel* con mucha exactitud y en estilo claro y elegante. Las mismas cualidades brillaron en la *Relacion* que hizo Gómez Eannes de Azurera de la expedición de Alfonso V al África. Son asimismo interesantes las crónicas escritas por Ruy de Pina bajo el título de *Crónicas de los seis primeros reyes*.

El rey Duarte ó Eduardo, que vivió el año de 1438, aunque poco afortunado en la guerra, protegió y fomentó las letras y el comercio, y es contado entre los escritores más notables por su tratado de moral *El leal consejero* y por el libro *El arte del caballero*. También se distinguió como escritor su hijo Alfonso V por su *Tratado de la milicia*.

Cataluña y Valencia. No les fueron en zaga los catalanes á los portugueses en el cultivo de las letras, de cuyos progresos haremos también una ligera reseña. La fundación de la universidad de Barcelona por don Jaime II el año de 1300, dió un grande impulso al movimiento literario, que se fué acrecentando con la multiplicación de escuelas por todo el reino de Aragón. Don Pedro IV el *Ceremonioso*, aspiró al galardón de historiador con sus *Memorias* de 1139 á 1180 en que siguió el hilo de los hechos donde lo había dejado Muntaner, mereciendo además por sus canciones el lauro de poeta.

El Consistorio de la gaya ciencia fundado por don Juan I el año de 1390, comunicó á la poesía inusitada actividad. Hacíase de antemano un llamamiento á los literatos, y en determinadas fiestas del año que se solemnizaban con pompa extraordinaria, se adjudicaba á juicio de los maestros del Consistorio, un premio de honor y cuarenta florines de oro á la mejor obra literaria. En ellas tomaban parte muchos ingenios castellanos como Villasandino, Ferrán, Manuel de Lando, don Íñigo de Mendoza y

varios otros que habían acompañado á don Fernando de Antequera, los cuales hacían estrecho y singular concierto con los poetas de este reino. Así es que fueron innumerables los cultivadores de la poesía que en este período tenía por instrumento los dialectos catalán, valenciano y mallorquín, brillando por su talento poético, entre otros muchos, Aussias March y Jaime Roig. Pero es de notar que las obras de estos poetas, no tanto reflejan el genio de los antiguos trovadores, que iba ya en decaimiento, cuanto la influencia del Dante, Petrarca y las obras latinas, cuyo estudio alboreaba el *Renacimiento*.

Entre todos se distingue Aussias March. Vivió en tiempo de Juan II de Aragón, y aunque sintió notablemente la influencia provenzal y de Petrarca, fué ante todo imitador del Dante. Tienen sus obras un fondo eminentemente filosófico y trascendental; y su forma concisa y semi-ruda acusa bien su origen catalán. El asunto de todos sus cantos (dice José R. Sánchez) es el amor; pero no el amor profano y sensual, sino cierto arrobamiento místico, aunque tenga su fuente en la contemplación terrenal. Analizando los afectos del alma y describiendo el mundo del espíritu y las soledades y anhelos de su corazón, formó con sus poemas un verdadero tratado filosófico sobre la voluntad y las pasiones. Sin embargo, á veces las tempestades del amor terreno se levantan en su espíritu y le hacen decir como en un arranque impetuoso, hablando de su dama :

A mi no cal de aquest mon exir
Per en cercal aquell sobiran bé
En vos es tot...

Mas estas audacias duran poco, y en los *Cantos de muerte* y en el *Canto espiritual*, el desengaño y el arrepentimiento lo transforman, y vuelve á idealizar su amor en aspiraciones á lo infinito.

La subida de Alfonso V al trono de Nápoles el año de 1442, quien se distinguió entre todos por su amor á las ciencias y letras clásicas, no sólo fué benéfico para aquel reino, en cuya capital reunió lo más selecto de Italia, sino que fomentó más y más entre los españoles el deseo de cultivarlas é imitar las bellezas de los antiguos. Entre los que florecieron en Nápoles merecen honorífica mención Luis de Cardona, Juan Ramón Ferrer y el insigne orador y humanista Fernando de Valencia; y, en España, los humanistas y jurisconsultos Juan de Llovet, Jaime García, Jaime Pau y su hijo Jerónimo, preclaro poeta latino, cuyas obras dadas á luz últimamente no desmerecen al lado de las mejores de los italianos. Y no era sólo la lengua latina la cultivada y la patrocinada por Alfonso V; el mismo honor hizo á las lenguas vulgares, no obstante el desdén con que las miraban los eruditos, debiéndose á esta protección el que, hermanados los poetas catalanes Torrella y Ribellas con los castellanos Carvajal y Tapia, empleasen nuestro idioma en la expresión de sus afectos á Alfonso V, indicio de la influencia que ejercía el arte y la lengua de Castilla y pronóstico feliz de la grande unidad literaria española, que iba á verificarse en el siglo siguiente.

Francia. — A principios del siglo XIII, Godofredo de Villehardouin con su estilo sencillo y pintoresco, como quien cuenta lo que ha visto y oído, y sin dejar de ser á veces grandioso y aun

patético en las descripciones, inició el género histórico con la narración de la cuarta cruzada que terminó con la toma de Constantinopla. Juan de Joinville, con la vida de San Luis, comenzó esa serie de trabajos literarios que se llaman *Memorias*, mostrando al mismo tiempo una cultura inusitada de lenguaje.

Un célebre historiador floreció en el siglo XIV, que abarcó en su crónica, de 1326 á 1400, los principales sucesos de Francia é Inglaterra, y algunos de Escocia, España y Portugal. Fué Juan Froissart, clérigo de Valenciennes, muy aficionado á los viajes, medio casi único en aquel tiempo para adquirir conocimientos históricos. Con los apuntes que recogió en los países citados, y en otros por donde anduvo, hizo una narración bastante minuciosa de los diversos acontecimientos del siglo XIV, en la cual, á juicio de M. Villemain, pinta admirablemente las costumbres, dándoles el verdadero colorido local. Según el método generalmente empleado entonces, él no indaga las causas, ni discute, ni aprueba ni desaprueba: no hace más que narrar lo que dice haber visto ú oído, y parece proceder con completa buena fe.

Por los años de 1420 escribió la poetisa Cristina de Pisán, por encargo de Juan Sinmiedo la *Vida de Carlos* V, en la que más que las históricas, brillan las dotes poéticas, reduciéndose su obra á un panegírico.

Más observador y político que los cronistas anteriores, y de más intrucción fué Felipe Comines, nacido en Flandes el año de 1445. Dejó el cargo de ministro de Carlos de Borgoña llamado *el Temerario*, y se puso al servicio de Luis XI de Francia, que le trató con mucha intimidad. Muerto éste y habiendo tomado parte en la conjuración del duque de Orleans, y conspirado contra el gobierno de Ana de Beaujeu, fué encerrado en una prisión, condenado á destierro y á confiscación de parte de sus bienes. De lo cual no se indignó, antes bien lo encontró muy natural, no porque reconociese en ello el castigo de su culpa, sino porque no consiguió su objeto. Aquí está pintado su carácter, y esta es la doctrina que encierran sus *Memorias* sobre la historia de Luis XI y Carlos VIII, desde 1464 á 1498.

Las *Memorias* de Comines están escritas en un estilo claro y correcto, pero sin adornos retóricos ni poéticos. En ellas se ve ya el tránsito de la crónica á la historia, investiga como filósofo las causas de los acontecimientos, tiene ordinariamente un juicio recto; pero al dar su fallo sobre las acciones, no mira á los eternos principios de la justicia sino á los resultados que han producido, calificándolas por el provecho que percibe un individuo ó un gobierno. Era adorador del éxito.

— En Francia, así como en España, las representaciones teatrales tuvieron el mismo origen, á saber : los misterios de la religion. Fundóse con este objeto la *Cofradía de la Pasion* que ponía en escena asuntos del Antiguo y Nuevo Testamento para solaz y entretenimiento religioso de los fieles.

Poco después la especulación, más que el amor al arte, hizo nacer asociaciones que tomaban para sus piezas asuntos ora bíblicos, ora históricos, ó de actualidad. Las que tenían por objeto instruir las llamaban *moralidades*, y las que se dirigían á criticar algunas acciones ó costumbres, haciendo reír al pueblo, tomaron el nombre de *tonterías*.

No obstante algunos rasgos de ingenio que en ellas se encuentran, en general eran producciones toscas y groseras, que el ejercicio y el tiempo habrían perfeccionado si el prurito de imitar á los clásicos griegos y

latinos en los siglos XV y XVI, no hubiera ahogado estos primeros gérmenes del teatro nacional.

Italia. Las ciudades de Italia, y en especial Florencia, tuvieron muchos y diligentes cronistas en romance italiano, entre los cuales menciona el docto P. Tiraboschi á Matea Spinello y Ricordano Malaspina, muerto este último el año de 1281. Cultivó estos trabajos históricos con bastante talento y en estilo sencillo y natural Juan Villani, de Florencia, escritor de los anales de su patria, en cuya obra se trasluce el tránsito de la crónica á la historia. Murió el año de 1348, y continuaron estos estudios su hermano Mateo y un sobrino.

Entre los escritores clásicos de esta época, ponen los italianos á Santa Catalina de Siena, cuyas poesías, epístolas y revelaciones, en cuatro volúmenes, son muy estimadas no sólo por la gran sabiduría que atesoran, sino por la pureza y elegancia del estilo.

Inglaterra. Entre los escritores en prosa figura como el más antiguo Juan Mandevill, nacido en San Albano el año de 1300. Recorrió casi toda el Asia hasta la China, y después el Egipto, cuyos recuerdos nos dejó en sus *Viajes*, llenos, por consiguiente, de relaciones entrenidas y cuentos maravillosos.

Más erudito y dotado de una imaginación viva y amena, fué Godofredo Chaucer, nacido en Londres el año de 1328. Hizo con mucho provecho sus primeros estudios y viajó por Francia, Italia y Alemania, donde tuvo relaciones de amistad con los principales sabios de aquel tiempo. Escribió varias poesías ligeras y algunos poemas; tradujo el *Romance de la Rosa* y reprodujo algunas novelas. La obra que le ha dado fama de escritor es la de *Los cuentos de Cantorbery*. Es una imitación del *Decamerón* en su idea general, en muchas licencias que se toma contra la honestidad de las mujeres y contra las órdenes religiosas; pero es superior en el estilo, que no tiene nada de amanerado ni pomposo, y en que presenta las escenas con más naturalidad y verosimilitud. Además, ha tenido arte para dar á sus relaciones movimiento dramático, describiendo la comitiva que va en peregrinación á Cantorbery, y tomando de ahí ocasión para que los peregrinos, en sus ratos de ocio, se cuenten varios sucesos de la vida ordinaria, que forman los cuentos. Tanto éstos como el modo de contarlos, guardan mucha conformidad con los caracteres de los peregrinos, diversos en el oficio, profesión y estado. Este escritor fué muy popular, y á él le debe la literatura inglesa la perfección que adquirió en los siglos siguientes.

Un año después de Chaucer nació en York Juan Wiclef, famoso por sus escritos contra los dogmas de la Iglesia, que prepararon el cisma de Enrique VIII, con los cuales hizo más daño al orden político y á las costumbres, que bien á las letras. Todo lo que se dice de haber popularizado las Sagradas escrituras, no es cierto. Estas eran ya harto mejor conocidas y apreciadas de los que tenían el deber de explicarlas al pueblo idiota.

Como se advierte fácilmente, Inglaterra en estos siglos es más pobre y estéril en el campo de la literatura vulgar, que las demás naciones de Europa. Y todavía lo es más en el siglo XV, cuando se generalizaba el movimiento literario. Sólo en los monasterios, asilo de paz y refugio de

las letras, había actividad y progreso en las ciencias, y hasta que esta paz no se asentó en Inglaterra, no floreció su literatura, como lo veremos en la Edad Moderna.

LOS NUEVOS LIBROS DE CABALLERÍA EN ITALIA Y ESPAÑA (SIGLOS XV Y XVI).

Italia. El dialecto toscano elevado por Dante á la categoría de lengua nacional, y suavizado y enriquecido por Petrarca y Bocaccio, siguió cultivándose en Italia con grande entusiasmo. A fines del siglo XV sirvió de instrumento á uno de los géneros que más en boga habían estado en los siglos medios, cual fué el épico caballeresco; pero precisamente vino á ensayarse en una nación donde menos influencia habían ejercido el genio de la caballería y la poesía caballeresca, y cuando en costumbres y en política los señores de Italia más inclinados estaban al positivismo y á los goces á que convida la opulencia. Por esta razón la epopeya caballeresca italiana no fué seria ni significativa, como la de los tiempos medios. Estos nuevos poetas se inspiraron en la crónica fabulosa de Turpín, y demás novelas caballerescas, añadieron de su imaginación historias todavía más maravillosas y extravagantes, crearon paladines con sentimientos muy diversos : lo que agregado á la incoherencia del estilo en muchas composiciones, y al espíritu de adulación y lisonja á los príncipes que los protegían, dió por resultado un género nuevo, pero no original, sin más mérito que el de las dotes de la imaginación y del estilo. Tales son entre los muchos que podríamos citar : *La Spagna*, *La regina Ancroja*, *Altobello*, *re Trojano*, *Persiano*, *Innamoramento di rè Carlo*, de autores anónimos, y *Mambriano* d'el Cieco de Ferrara (Francesco Bello).

Con el nombre de *Morgante el Mayor* (Morgante maggiore) escribió Luis Pulci, nacido en Florencia el año de 1432, un poema heroico-cómico, cuyo asunto es la victoria de Orlando sobre Morgante, á quien hace cristiano; los cuales ejecutan después un sinnúmero de proezas á cual más extravagantes : tienen luchas contra gigantes y dragones, y otras ridiculeces tan vacías de sentido como inverosímiles. Al lado de pasajes poéticos y rasgos admirables se encuentran otros triviales, licenciosos, burlescos de las cosas sagradas, y tan disparatados, que uno no atina á explicarse el objeto de mezcla tan extraña é incoherente. Fué sin embargo muy popular, por la agudeza y el gracejo, dotes que han ocupado el lugar de la poesía.

Más feliz estuvo en el poema *Orlando Enamorado*, Mateo Boyardo, caballero rico de Ferrara, á quien la muerte acaecida en el año de 1494, no le dejó terminar su obra. Este poema es más caballeresco y decente que el anterior: en él Orlando ya no aparece únicamente valeroso á lo Pulci, esto es, brutal, sino sensible al amor de Angélica, quien, locamente enamorada de Reinaldo, se muestra indiferente á Orlando. Hay, pues, una idea agradable y plan ingenioso, y la mujer hace un papel muy principal. Todos admiraron la inventiva de Boyardo, en que excedió al mismo Ariosto: y prueba del mérito de este poema han sido las continuaciones y refundiciones que de él hicieron varios poetas.

Uno de éstos fué el célebre Luis Ariosto, natural de Reggio, que vivió

desde el año 1474 á 1533. Dedicóle su padre, que era gobernador de esta ciudad, á la jurisprudencia; pero su estudio favorito fué el de las letras. Estando al servicio de Alfonso, duque de Ferrara, y del cardenal Hipólito de Este, compuso algunos cantos sobre el asunto tratado por Boyardo, que le celebraron sus amigos, por lo que, animado, prosiguió en su empresa literaria, que vino á terminar un año antes de su muerte, á la cual puso el nombre de *Orlando furioso*, y consta de cuarenta y seis cantos.

Tres son las acciones principales que en él se desarrollan, entrelazadas por medio de episodios de las mismas, que se mezclan entre sí : la guerra fabulosa de Carlomagno y sus paladines, para libertar á Francia de los sarracenos; los amores de Rogerio y Bradamante, inventados para ensalzar la genealogía de la casa de Este, y la desesperación de Orlando al saber que la reina Angélica se ha casado con el hermoso Medoro. Aunque la lisonja á los príncipes de Este fué el móvil que puso á Ariosto la pluma en la mano, todavía se le podría disimular si hubiese dirigido su genio artístico en conformidad con su mucha erudición, á un objeto más noble, más verosímil siquiera, y si no hubiese afeado su obra con defectos tales, que hacen *peligrosísima* su lectura. Confirma expresamente esto último César Cantú, diciendo : « Y porque creí conveniente advertir á los padres de familia y á los maestros, de los daños que podría causar el poner este escrito en manos de la juventud, inmediatamente estalló contra mí la furia de los pedantes ».

Pero ¿qué hay en el *Orlando furioso*, que ha hecho inmortal el nombre de Ariosto? Todos convienen en que la mayor parte de las fábulas y cuentos con que nos entretiene, se encuentran en Boyardo, lo mismo que el vigoroso colorido de las descripciones; pero le aventaja inmensamente en la habilidad con que ha sabido urdir las ficciones inventadas por aquél y agregar oportunos pormenores, mezclando con un arte inimitable lo ameno con lo serio y lo gracioso con lo terrible. Le es superior á él y quizás á todos los demás poetas, en la facilidad y gracia, en la armonía de la versificación y en los dichos agudos y graciosos con que ha salpicado su interesante relato. Fuera de estas bellezas y la magia seductora de su estilo y exposición, apenas hay una idea grande ni útil, ni un carácter que sirva de modelo á la virtud.

El argumento, compendio de todos los tópicos de los tres ciclos, es el siguiente :

Llega, Orlando, al campamento de Carlomagno, después de haber conquistado en la India, en la Persia y en la Tartaria, los lauros exigidos por su amada Angélica, que siempre á su lado le acompañaba. Reinaldo, pariente de Orlando, se declara su rival, y Carlomagno entrega á Angélica al Duque de Baviera, para que sea el premio del que más fuerte se mostrare en los combates contra los moros. La suerte de la primera batalla es adversa á los cristianos, y Angélica huye á través de los bosques; encuentra al moro Ferragut, se reconocen; llega Reinaldo: se traban en lucha los dos héroes; Angélica aprovecha la ocasión para huir de los dos; ellos lo advierten y la siguen; se bifurca el camino, y cada uno sigue por distinto lado; Ferragut da con un río en donde había perdido su yelmo; lo ve al través del agua pero no puede arrancarlo; es que Argalia, muerta por el moro, lo retenía, y se ve forzado á quedarse sin él. Entre tanto, Angélica vagaba por los bosques y se encuentra con otro

caballero moro, de pie junto á otro río, suspirando de amor y de tristeza: precisamente suspiraba por ella. Se llamaba Sacripante. Llega en esto Bradamante, la valiente hermana de Reinaldo, que andaba buscando á Roger, su amante, víctima de los encantamientos de un perverso mago: lucha con Sacripante á quien rinde y aparece el famoso Bayardo, caballo de Angélica sobre el cual montan ella y el maltratado Sacripante para huirse al Asia: pero dan con Reinaldo, trabándose nuevo nunca visto combate, y huyendo, como de costumbre, Angélica. Bradamante encuentra á un malvado traidor que la precipita en una gruta; era la gruta de Merlín. Se levanta la sombra del encantado mago, y hace destilar por delante los ojos de Bradamante, los progenitores y los futuros héroes de la casa de Este, y le hace saber también el castillo en donde se halla encantado Roger. Provista ella de un anillo mágico, se dirige al castillo de Atlante en los Pirineos; toca el cuerno; sale el nigromante en un Hipogrifo y embrazando un escudo de diamante que trastorna la vista del adversario; luchan, y es vencido el mago; éste se ve obligado á desencantar el castillo removiendo un fuego misterioso, y aparecen vagando por el campo los caballeros y las damas encantadas y entre ellos, Roger. ¡Alegría de un momento! Roger ve al Hipogrifo, monta en él, y aquel fruto monstruoso de una yegua y de una águila, levanta el vuelo y se lleva al rescatado amante á través de los mares. Reinaldo, que había sido enviado á Inglaterra en busca de socorros para Carlomagno, llega hasta Escocia y vence allí en lid pública al enemigo de Ginebra y Ariodante, al Duque de Albania. Roger, sobre su Hipogrifo que no sabía regir, arriba á una isla encantada, la isla de Alcina la vieja engañadora, y encuentra á Astolfo transformado en un mirto; y después de haber vencido á un ejército de monstruos sombras sin cuerpo, y ayudado de la maga Logistila, liberta á Astolfo y sale de la isla. Angélica, montada en un caballo que corría por sobre las olas del mar, cae en poder de los piratas y es transformada por un mago en pájaro. Orlando la busca, y en vez de Angélica encuentra á Olimpia, desgraciada en sus amores, y él lo arregla todo matando ejércitos enteros que sucumben al filo de su espada. Adolfo, en tanto, no se queda atrás en famosas aventuras. Logistila le dió una trompa de caza, prodigiosa, que pone en fuga con su sonido, al más valiente. Sin embargo, como noble caballero, no se vale de ella sino para pelear con la chusma y con los magos: con sus iguales, pelea cuerpo á cuerpo. Después de mil famosas hazañas, se encuentra, el mismo Astolfo, envuelto en la siguiente famosísima: Ha sabido que en los desiertos de Egipto vivía un gigante feroz: se llamaba Orilo, y tenía la particularidad de que cuando le cortaban un miembro de su cuerpo, aunque fuese la cabeza, lo volvía á colocar en su puesto y quedaba como antes. Astolfo, que sabía el secreto de la vida de aquel gigante, le corta la cabeza en uno de los terribles asaltos que le da, y no encontrando el cabello del cual pendía la vida del gigante, corta toda la cabellera, y su adversario formidable que le seguía corriendo, cae muerto. En el sitio de París y después en el de Damasco, se llevan por una y otra parte portentosas hazañas. En una de estas batallas, el joven Medoro cae herido, y Angélica, que después de la batalla cruzaba por el lugar del combate, se enamora de él; sana el moro, y vagando por los bosques, se entretienen en grabar sus nombres en las cortezas de los árboles. Orlando, que por esos nombres encuentra el rastro de Angélica, se irrita, se desespera y se

enfurece, y las emprende contra los árboles, los arranca y los drestoza; echa después su famosa espada *Durindana*, su casco y sus armas, y comienza á vagar por el mundo, loco de amor y de dolor matando á los que encuentra, incendiando chozas, destrozando rebaños y llevando á cabo las más desbaratadas hazañas. Por su parte, los demás héroes del poema no se quedan atrás. Rodomonte, rey de Argel, entra él solo en París y mata á más de mil; quiebra las puertas del palacio de Carlomagno, y pone en fuga á todo el mundo, quedando París desierto. Grifón, después de haberse batido en combate singular con los más valientes héroes moros, cae cautivo y le pasean por las calles de Damasco, en un carro tirado por bueyes. Marfisa (hermana de Roger), enamorada de Astolfo, busca á éste y lo encuentra; y desde entonces siguen la guerra los dos juntos, y ponen en huida, con la famosa trompa, á las mujeres homicidas de Tarento; después atacan á Atlante en su castillo y desencantan á Roger y á Bradamante, y Astolfo se hace dueño del hipogrifo. Isabel ha visto morir á su amante en un combate y se retira á una ermita que construye entre las rocas de una fragosa montaña; Rodomonte, que pasa por allí, se enamora de Isabel; ésta, para deshacerse de tan repugnante moro, le promete, si la deja, enseñarle una yerba que hace invulnerable el cuerpo; la buscan (fingiendo ella) toma ella misma la infusión, y le dice al moro, que para convencerse de la eficacia de la tal bebida, le dé un golpe con la espada en la cerviz, y ella, ni siquiera advertirá que la haya golpeado; Rodomonte le da un tremendo tajo, y le corta redonda la cabeza. Para colmo de desgracias, Rodomonte se encuentra con Orlando, que le pela las barbas. Reinaldo tiene que habérselas con el *Caballero Negro*, y después con un monstruoso dragón con cabeza humana. El Bayardo (que llevaba Reinaldo) y el Hipogrifo tienen una famosa y nunca vista pelea. Astolfo, compadecido de la locura de Orlando, montado en su Hipogrifo, se dirige al cielo; San Pedro lo lleva á la luna, donde se guardan las cosas que fueron ó tuvieron ser en un tiempo, como las coronas caídas de los monarcas, los ecos de las músicas, de los versos y de los suspiros que se pierden en el espacio, las sombras de los grandes hombres, etc., etc.; y entre esos recuerdos históricos del... Museo de la luna, encuentra Astolfo, encerrado en una redoma, el juicio de Orlando; se despide de San Pedro y de San Juan; monta en su Hipogrifo, y con la redoma bien tapada, vuelve al mundo, apeándose en las fuentes del Nilo; recorre el Egipto y las costas de Africa, forma con los naturales un gran ejército, y de victoria en victoria llega otra vez á Francia con un botín inmenso. Pero era necesario buscar á Orlando; arman ejércitos, que el loco enamorado deshace como si fueran rebaños de carneros; un pelotón, por fin, de héroes logra rodearle, le estrechan sin herirle, evitando con arte sus golpes, y con lazos, poco á poco, le van sujetando ya un brazo ya una pierna, hasta que le pueden acercar á los labios la famosa retorta y le hacen tragar su propio juicio. La primera cosa que hace Orlando una vez que siente en equilibrio sus facultades, es arrancar de su corazón el amor á la ingrata Angélica, y emprende, luego, una serie de excursiones bélicas que reducen á los moros hasta el último extremo, viniendo á ser la gloria más brillante del ejército de Carlomagno. Terminada la guerra, el Emperador quiere recompensar á Bradamante, casándola con el Conde León de Francia; Roger, moro todavía, no puede ser esposo de una cristiana: el conde León, ignorando el amor que Roger

había consagrado á Bradamante, pide á ese gran héroe que interceda por él; Roger, que había sido salvado por Leon en otro tiempo, y le había prometido que en reconocimiento nunca jamás le negaría nada, lucha ahora entre los impulsos de su amor y de su honor: Bradamante, para librarse de León, pide á Carlomagno que le conceda la gracia, ya que ella es una heroína, de probar si el esposo que él le elige, es digno de ella; se concierta un combate; si ella gana, queda libre, si gana él, le dará la mano y la libertad: León, temiendo que va á perder, pide a Roger, que (pues han de ir completamente cubiertos con la armadura) pelee en su lugar; Roger cede; el combate es reñidísimo; lo presencia toda la corte de Carlomagno; llega la noche, y ninguno de los dos queda vencido; los Jueces declaran que los dos son dignos de su mutuo amor, puesto que su valor es el mismo; León y Roger truecan otra vez las armas, se abrazan, feliz el uno, sumida el alma en secreto dolor el otro. Ya Roger iba á retirarse y á esconderse en los bosques y cruzar los mares, cuando Marfisa declara que ella es su hermana y los dos nacidos de un caballero cristiano cautivo en Damasco. Bradamante se echa en sus brazos; un Obispo bautiza al moro; el pueblo los aclama, y Carlomagno los autoriza para aceptar, esposos yá, la corona de Bulgaria, que á Roger ofrecía aquel pueblo por él libertado.

Como se ve por la simple lectura de ese argumento, casi puede uno dudar de si Ariosto quiso cantar las hazañas de sus héroes, ó quiso burlarse de los Libros de Caballería. Pero sea lo que fuere, la sola reseña de tan disparatadas empresas, dan á conocer el espíritu de la literatura caballeresca y son como el resumen de las hazañas y de los ideales que tanto influyeron en el espíritu de la Edad Media.

También Francisco Berni, canónigo de Florencia y contemporáneo del anterior, tomó el mismo asunto y rehizo el poema de Boyardo, no quitándole ni añadiéndole, como Ariosto, sino siguiendo, canto por canto, las mismas ideas, pero revistiéndolas de más gracia y elegancia y dando al poema un tinte fino y malicioso, muy conforme con el carácter del refundidor.

De la escuela de Ariosto es asimismo Bernardo Tasso, nacido en Bérgamo (1493-1569), el cual, no obstante haber sido eclipsado por su maestro y después por su hijo Torcuato, figura, sin embargo, por sus muchas obras, entre ellas el *Floridante* y el *Amadís de Francia*, rico de imágenes y de estilo dulce y elegante.

España. Los libros de caballería en los cuales, como se sabe, estaban representadas las costumbres aventureras y feudales, y ese sistema mitológico, ó de maravillas de la Edad Media, penetraron en España junto con los romances de los tres ciclos: el bretón, el carlovingio y el greco-asiatico. Sin embargo, como hemos indicado, hasta muy entrado el siglo XIV no se generalizó entre el pueblo la afición á los tales libros. Los dos mas antiguos escritos en España son: *Amadís de Gaula* y *Tirante el Blanco*. La aparicion de *Amadís de Gaula* á fines del siglo XV hizo olvidar casi todos los demas, comenzando en él esa serie de ficciones caballerescas propiamente españolas, que llamaron la atención de Europa por más de un siglo y que al cabo vinieron á morir desacreditadas por las locuras de don Quijote.

Algunos han atribuído el *Amadís* al portugues Vasco de Lobeyra, pero

el canciller López de Ayala, anterior en mucho á Lobeyra, menciona este libro en castellano antes que las crónicas portuguesas apuntasen esta idea. Lo que parece cierto según autoridades respetables, es que García Ordóñez de Montalvo, al terminar el siglo XV, lo arregló y corrigió de los antiguos originales, que estaban según él dice, « corruptos é compuestos en antiguo estilo por falta de diferentes escritores ».

Cuéntanse en este libro las aventuras de Amadís y de su hermano Galaor, y los amores del primero con la sin par Oriana, hija del rey de Inglaterra, formando, por supuesto, el nudo de la acción encantamientos sin número, hazañas extraordinarias, hadas y magos que salen á cada paso. Aunque deleita sobremanera aquel lenguaje elegante y fluido, lo que le dió estimación sobre todos los otros libros y aun sobre las imitaciones que de él se hicieron, fué el ver en este libro, reproducidas con mucha delicadeza, las creencias, las costumbres y los sentimientos de la Edad Media que se despedía de la sociedad, y poetizada aquella civilización que encontraba simpatías en todos los corazones. Amadís es un caballero perfecto : en él se reunen las cualidades que eran tan del gusto de la época, especialmente en España : era religioso, valiente y enamorado, pues las ideas de religión, de valor y amor respetuoso al sexo débil, eran las bases de la caballería, que llegó á ser estimada como una orden religiosa.

Tirante el Blanco fué escrito en lengua lemosina por el valenciano Juan Martorell, el año de 1460, y vertido al castellano el 1511. Las hazañas que en él se refieren tienen todos los visos de verdad, al contrario de lo que sucede en *Amadís*, Palmerín y demás de este género.

EL RENACIMIENTO

Desígnase con la palabra *Renacimiento* el movimiento científico, literario y artístico, que en Italia, especialmente, se apoderó de los espíritus en el siglo XV, el cual tomando vuelo con la invención de la imprenta por Gutemberg el año de 1430, el descubrimiento de muchas obras de la antigüedad y la venida de los griegos después de la toma de Constantinopla, se propagó á las demás naciones, y dió en el siglo XVI un sesgo á las ciencias, á las artes y á las letras.

Con la venida de los griegos á Italia, se hicieron ediciones en latín de obras griegas muy importantes, como la *Metafísica* de Aristóteles, las *Memorias* de Sócrates, por Jenofonte, las obras de San Crisóstomo, de San Cirilo, Estrabón y de otros muchos. También se hicieron ediciones de varias obras latinas. Sin embargo, la admiración apasionada por estas dos lenguas y su literatura, hizo que se descuidasen las vulgares y se prefiriesen aquéllas para la composición de muchas obras nuevas. De aquí resultó que por imitar, ora la gravedad de los historiadores clásicos, ora las formas castigadas y correctas de los poetas y oradores paganos, perdieron los renacientes la naturalidad y el colorido poéticos de los siglos medios. Mas, como no hay mal que no traiga algún bien, el empleo de estas lenguas sabias y cultas, ayudó á pulir las vulgares, é introdujo más tarde el buen gusto en literatura.

España. Realizada la unidad de la monarquía española en los reyes católicos Don Fernando y Doña Isabel, abatida la morisma y descubierto el Nuevo Mundo, lució también, efecto

de la creciente cultura de las provincias, la unidad literaria, tan provechosa como la política para el progreso moral y material de España. Tiempo hacía que el arte erudito de los italianos, quienes calificaron siempre de *bárbaros* los monumentos literarios y artísticos de la Edad Media, seguía influyendo en España, y con su brillo fascinando á los españoles, los cuales, en su admiración por la dulce melancolía de Petrarca, la gracia y suavidad de Bembo, la armonía y riquezas poéticas de Virgilio y Horacio, en una palabra, por la belleza de las formas del arte clásico, desconocieron casi completamente el arte antiguo español, llegando esclarecidos humanistas, como García Matamoros y Luis Vives á proscribirle « cual triste reliquia de los siglos bárbaros ». Así es que la erudición española de esta época ya no representa aquella civilización antigua, amasada con sangre y polvo de cien batallas por la religión y la patria; es la expresión del arte clásico, ó si se quiere, el reflejo más ó menos luminoso del arte italiano, imitador á su vez, aunque descolorido y enervado, del arte homérico.

Francia. El mayor provecho que á fines del siglo XV y principios del XVI sacó Francia de sus guerras en Italia, fué el gusto por las bellas artes y el amor á la literatura de los antiguos. Habiendo pasado á Francia algunos sabios italianos, los reyes Luis XII y Francisco I les dieron buena acogida, y para promover los estudios clásicos, fundaron colegios donde se diese una enseñanza más completa del hebreo, del griego y del latín.

Entre los escritores franceses, el que más contribuyó á este movimiento literario, fué Guillermo Budeo, nacido en París el año de 1467, y á quien Erasmo apellidó *Prodigio de Francia* por sus *Anotaciones sobre las Pandectas*, *Los Comentarios* sobre la lengua griega y otros tratados, en que manifestó sus muchos conocimientos.

Con el estudio de las lenguas sabias y las versiones que se hacían al francés, pero sobre todo por haber mandado Francisco I que éste se emplease en los tribunales, comenzó á enriquecerse el idioma con nuevas frases, adquirir formas más correctas y consiguientemente más suavidad y elegancia. La prosa ostenta sin disputa en este siglo, sobre la poesía, cualidades más relevantes, debidas á la superioridad de los escritores, y á la variedad de asuntos que trataron.

Inglaterra. Mientras que en la época del *Renacimiento* se generalizaba por todo el continente europeo el movimiento científico y literario, la sociedad inglesa, si se exceptúan los monasterios, únicos asilos de la ciencia, permanecía en una especie de marasmo intelectual. Resultado natural y forzoso de las largas guerras con Francia, y de la civil llamada de las dos Rosas, en que pereció casi toda la nobleza y se entronizó el absolutismo. De aquí la falta de instrucción en el pueblo y el gusto desenfrenado por los placeres materiales.

El reinado de Enrique VII, muerto el año de 1509, á quien llamaron « príncipe piasado y amigo de las letras » fué más feliz especialmente en los últimos años, en que dió algún respiro á la nación para que se emplease en el cultivo de la inteligencia. El de su hijo y sucesor Enrique VIII, aunque enredado en varias guerras, ofrece ya muestras de actividad literaria. Él mismo escribió algunas obras entre ellas la *Defensa*

de los siete sacramentos contra Lutero, por la que mereció del Papa el título de *Defensor de la fe*, que hasta hoy usan los reyes de Inglaterra. Pero su torpe pasión por Ana Bolena, y su ensañamiento contra los súbditos católicos, que se negaron á reconocer en él autoridad sobre sus conciencias, anegaron la isla en sangre y detuvieron la marcha de la civilización.

Una de sus ilustres víctimas fué Thomás Moro, canciller del reino y escritor notable en aquella época. Entre sus muchas obras en prosa y verso escritas generalmente en latín, corrió con mucha fama la *Utiopia*, que fué vertida luego al inglés, donde siguiendo el plan de la *República* de Platón, describe una sociedad en la cual los habitantes, rodeados de toda clase de comodidades, sin conocer las palabras *mio* y *tuyo*, viven tranquilos bajo un gobierno democrático perfecto. Más bien que presentar una idea realizable, parece que quiso llamar la atención de los que tienen parte en el gobierno de los pueblos hacia alguna reforma necesaria, á juzgar por las lecciones de moral que da oportunamente, y por los pasajes que cita, en los cuales revela mucha sabiduría, virtud y celo del bien público.

Bajo el reinado de Isabel, hija de Ana Bolena (1558-1603), fué cuando el comercio, la marina y la agricultura comenzaron á prosperar en Inglaterra y juntos con estas fuentes de riqueza florecieron las artes y las letras por su comunicación con Italia. Manchó desgraciadamente Isabel las buenas dotes de gobierno, y demás cualidades con que la adornó la naturaleza con la muerte de María Estuardo, y con tantas crueldades ejecutadas en los católicos, que llega á decir el protestante inglés Cobbett, que hizo más víctimas en solo un año que las que se atribuyen á la Inquisición española en tres siglos. Había alcanzado también bastante instrucción, y gustaba de que los poetas la tomasen por asunto de sus composiciones, así es que se cuentan más de setenta poetas en su reinado.

Desde esta época data el renacimiento en Inglaterra, renacimiento pagano á la vez que literario, pues no había banquete, tertulia ni fiesta en que no interviniesen los dioses en sus composiciones.

Alemania. Las discordias políticas y religiosas á que dió lugar la malhadada *Reforma* protestante, convirtieron la primera época en un mar agitado, donde no pudo reflejarse la imagen del sol de la poesía, ni aún casi la luz de la amena literatura, tanto, que llegó á decir el célebre Erasmo : *Ubicumque lutherianismus, ibi litterarum interitus* : donde penetra el luteranismo mueren las letras. Si á esto añadimos el menosprecio que los primeros reformadores hicieron de las tradiciones y cantos populares de la Edad Media, porque en ellas veían refutadas de la manera más elocuente sus nuevas doctrinas, y el influjo de los humanistas que demasiado encariñados con el griego y el latin, y lo que era peor, con el paganismo de sus escritores, se desdeñaban de cultivar la lengua patria, encontraremos la explicación del decaimiento de las letras. Uno de estos eruditos fué el citado Erasmo de Rotterdam, apasionadísimo por Homero y Virgilio, y demás escritores clásicos, cuyas lenguas hablaba con extraordinaria pureza : pero cuya conducta equívoca é indecisa al principio, y después poco enérgica, favoreció los adelantos del protestantismo, sin aprovechar á la literatura vulgar.

Aún la guerra de palabras que se hacían entre sí los alemanes, era más

cruda y atroz que la de espadas y lanzas, porque nacían de corazones que se despreciaban y aborrecían mortalmente; así es que el estilo, imagen del hombre, había de tomar forzosamente, tanto en prosa como en verso, las formas más groseras, torpes y chabacanas. Basta dar una mirada á las obras de polémica de los escritores de aquel tiempo, y muy particularmente de Lutero, para encontrar en ellas un diccionario de completos apodos los más bajos y soeces, y un tejido de contradicciones.

INFLUENCIA DEL « RENACIMIENTO » EN LA POESÍA LÍRICA DE LOS SIGLOS XVI Y XVII

España. Las miradas de los catalanes del siglo XV estaban ya vueltas hacia Italia y se fijaban con especial amor en Dante, Petrarca y Bocaccio; de los provenzales se leían más los tratados y las artes métricas, que los versos.

Mosén Juan Bosca Almugaver, que castellanizando su apellido se llamó Boscán, pertenecía á la aristrocacia de Barcelona, y nació poco antes de 1500. Fué discípulo del atildadísimo Lucio Marineo Sículo, y más tarde, del embajador de Venecia Andrés Navagero; fué íntimo amigo de Garcilaso, y tuvo el honor de enseñar al Duque de Alba el arte de trovar; y fué el primero que usó en los versos castellanos el endecasílabo italiano que además del acento obligatorio en la penúltima, le lleva en segunda y sexta sílaba, ó en segunda, cuarta y octava. En muchos de sus versos se notan frecuentes incorrecciones y notables asperezas, y no tiene una composición que pueda llamarse enteramente buena bajo el aspecto rítmico; pero en cambio tiene versos intachables, llenos, sonoros, y aun períodos poéticos muy felices. Nadie puede disputar á Boscán el lauro de haber introducido en España la canción de estancias largas, que es la más noble y artificiosa composición de la poesía toscana; del terceto toscano; de la *Octava rima*, y finalmente, del *verso suelto*, tan usado en la poesía moderna. En los tres libros de poesías de Boscán se notan otras tantas maneras de proceder en su invención y en sus artificios métricos: entre las poesías anteriores á las lecciones de Navagero, apenas hay una sola que muestre vida interior ni personalidad propia y sus temas nunca traspasan el límite de la trivialidad dentro del carácter erótico que revisten; pero los noventa y dos sonetos, las diez canciones auténticas y algunas otras poesías de la segunda época, constituyen un grupo de composiciones caracterizado no sólo por los procedimientos de estilo y versificación, sino también por la índole de los afectos y por la imitación constante y acertadísima de Petrarca, sobre todo, cuando en vez de imitar un soneto ó una canción entera, procuraba hacer suyos pensamientos y versos aislados. Pero con más acierto aún imitó á Ausias March en una tercera y última manera; no pudo asimilarse las grandes cualidades de aquel genio poético, pero supo impregnarse, seguramente por afinidad de raza, de aquella gravedad honrada y de aquella sinceridad que raras veces se encuentran en los versos de los petrarquistas.

Boscán, con sus aciertos, dejó como entrever las bellezas de la idealización y de las formas italianas; y con sus defectos, puso demasiado de manifiesto los procedimientos alambicados, las frivolidades y los pueriles juegos de los petrarquistas. No podía ser el reformador del espíritu de

una literatura; no podía serlo él, pero lo fué su íntimo amigo y casi discípulo, el insigne y suavísimo Garcilaso de la Vega.

Nació Garcilaso en 1503, en Toledo, y siguió la carrera de las armas sin descuidar la de las letras. Siguió á Carlos V, de quien era como el niño mimado, en las guerras de África, Italia y Francia, y en ellas se distinguió siempre por las nobles prendas de su carácter, por su valor en los campos de batalla, y por la gracia en el trovar y por su gentil trato en los momentos de ocio y de alegre expansión militar. Murió en el asalto de una fortaleza en la Provenza y en los brazos del Duque de Gandía (que fué más tarde el tercer General de los Jesuitas), el año de 1536.

Cuando se leen con amor las poesías de Garcilaso, cree el lector sorprender al poeta (como dice D. Manuel Cañete), buscando en solitario y callado bosque el apetecido reposo, y allí con la lectura de sus autores favoritos, Petrarca, Sannazaro, Bembo, borrar sin esfuerzo, del pensamiento, lo pasado, y buscando en la expansión algún consuelo para su alma entristecida, exclamar dulcemente :

¡Corrientes aguas, puras, cristalinas;
Árboles que os estáis mirando en ellas;
Verde prado, de fresca sombra lleno;
Aves, que aquí sembráis vuestras querellas;
Hiedra, que por los árboles caminas
Torciendo el paso por su verde seno....

y hablando con su amada, decir :

Flérida, para mí dulce y sabrosa
Más que la fruta del cercado ajeno....

Porque, á la verdad, Garcilaso, con los metros recién traídos de Italia, juega, y con todos domina, como si usarlos hubiera sido antigua y natural costumbre en la musa ibera. Por fuerza habían de embriagar el alma musical de los españoles aquellos nuevos acentos de la *Flor de Gnido* :

Si de mi baja lira
Tanto pudiese el son, que en un momento
Aplacase la ira
Del animoso viento,
Y la furia del mar y el movimiento!

ó bien aquellas sentidísimas quejas :

Con mi llorar las piedras enternecen
Su natural dureza, y la quebrantan;
Los árboles parece que se inclinan;
Las aves que me escuchan, cuando cantan,
Con diferente voz me condolecen
Y mi morir cantando me adivinan.

Imposible que los españoles hubieran podido permanecer ajenos á la fuerza poética, á la galanura, fluidez, gracia, colorido y dulzura de esa manera nueva de decir de Garcilaso.

Pero desgraciadamente, con las bellísimas innovaciones evocadas del Lacio y aprendidas en Italia, entraron en España los gravísimos defectos

del artificio en moda entre los falsos imitadores de Petrarca. El principal defecto de Garcilaso fué siempre el interponer entre su alma y la naturaleza un libro, aunque ese libro llevase impresas las poesías de Horacio.

De este defecto se originaron otros tres principales é indiscutibles. El primero fué la intromisión inoportuna del elemento mitológico. En la *Elegía al Duque de Alba*, por ejemplo, imagina al viejo Tormes despedazándose los cabellos y las desgreñadas barbas, y en torno suyo, desmayadas y sin ornamento, las ninfas, y no encuentra, para calmar el dolor del Duque, mejores medios, que los faunos y los sátiros. Esos medios halagan los oidos, pero no llegan al alma; rompen la unidad del sentimiento, evocando recuerdos de erudición, y falsean el espíritu de una época y de una sociedad.

El segundo defecto que se inoculó en la poesía española y más tarde en la americana, fué el uso de la forma condicional, fría y empalagosa por poco que se abuse de ella : « *Si* de mi baja lira tanto pudiese el son... y con el suave canto *enterneciese*, etc. » Cuando al alma no se la habla directamente, á la larga no escucha.

Y por fin llevó de Italia á España las divagaciones y alambicamientos de la mente, los sentimientos falsos del corazón y los retruécanos y juegos de palabras, que formaron el infectado germen del ridículo Gongorismo.

Por esto la innovación no se hizo sin protestas ni sin luchas.

Cristóbal de Castillejo (1494-1576), que era uno de esos que se preciaba de ser castellano á secas y pesase á quien le pesare, pretendió ridiculizar las maneras italianas. Unas veces parodiaba las obras de los modelos favoritos, como, burlándose de Ovidio, en la *Metamórfosis de un Vizcaino gran bebedor de vino* :

Hubo un hombre vizcaino,
Por nombre llamado Juan,
Peor comedor de pan
Que bebedor de buen vino....

el cual habiendo hecho voto al poderoso dios Baco, llevaba siempre la marca en el rostro,

Y de la continuación
Del estrecho coladero,
Hízosele en conclusión
Sed perpetua en el pulmón
Y callos en el garguero.

Lo vendió todo para beber,

Porque junto al paladar
Tuvo una esponja por vena,
Que acabada de mojar,
Se le tornaba á secar
Como el agua en el arena.

Hasta que no teniendo ya más que vender, y sintiéndose morir,

Arrimado á la pared,
Hincó en tierra los hinojos
Por pedir á Dios merced,
Y dijo, muerto de sed,

Llorándole entrambos ojos :
— ¡Oh dios Baco poderoso
. . . .
Mira que muero por ti
Y por seguir tu bandera,
Y haz, siquiera por mí,
Si es fuerza morir aquí,
Que al menos de sed no muera! —
Acabada esta oración,
Sin del lugar menearse,
Súbito sintió mudarse
En otra composición :
El corpezuelo se troca,
Aunque antes era bien chico,
En otra cosa más poca,
Y la cara con la boca
Se hicieron un rostrico.
Las piernas se le mudaron
En unas zanquitas chicas;
Los brazos, en dos alicas
Encima dél asomaron;
Cobró más, el dolorido,
Dos cornecicos por cejas;
Por voz, un cierto sonido
A manera de ruido
Enojoso á las orejas.
En fin, fué todo mudado
Y en otro ser convertido,
Pero no mudó el sentido,
Solicitud y cuidado.
Quedándole entero y sana
La inclinación y apetito,
Sin mudársele la gana,
Mudó la figura humana....
Y quedó hecho un mosquito!

Otras veces las emprendía contra los petrarquistas, criticándoles y zumbándoles con toda la gracia de un español picado, como en aquella célebre invectiva « Contra los que dejan los metros castellanos y siguen los italianos ». Finge en ella que Garcilaso y Boscán llegan, después de muertos, al cielo de los poetas; y los españoles, viéndoles,

Y juzgando primero por el traje,
Pareciéndoles ser como debía,
Gentiles españoles caballeros,
Y oyéndoles hablar nuevo lenguaje
Mezclado de extranjera poesía,
Con ojos los miraban de extranjeros.

Y por fin, para confundir con el ejemplo á los innovadores, y hacerles ver que las coplas castellanas dicen en pocas palabras lo que las italianas con muchas y mal traídas, él mismo compuso un sin número de poesías, llenas todas de frescura, gracejo, intención, picardía y facilidad admirables. Las dividió en tres grupos : *Obras de amores*, *Obras de conversación y pasatiempo*, y *Obras morales y de devoción*.

Pero todo fué inútil. La manera innovada italiana prevaleció, y á

medida que la hacían suya los grandes poetas, la iban dando nuevos matices; y multiplicando las tendencias, y caracterizándolas, surgieron poco á poco las llamadas escuelas Salmantina, Sevillana y Aragonesa.

La Salmantina se distingue por la elegante sencillez en la elaboración del pensamiento y de las formas, por la nobleza de los ideales y delicadeza en los sentimientos, por su verdad íntima y por la imitación de Horacio y Virgilio.

La Sevillana ora fuese por la novedad de los asuntos, ora por la exuberancia y lozanía, frutos naturales de la feracísima tierra de Andalucía, se apartó de la sencillez primitiva para dar magnificencia y grandiosidad al estilo. Comenzó por arrebatar y sorprender con imágenes atrevidas, y tomando á la vez un tono más elevado, engalanó el lenguaje con arreos vistosísimos y hasta inventó expresiones nuevas y sonoras. Esta escuela abrió poco después la puerta á las extravagancias del culteranismo.

La Aragonesa da la preferencia al buen sentido, al juicio crítico, á la corrección del lenguaje sin extravagancias ni atildamientos afectados, y respiran sus obras una franqueza que cautiva, y un celo por la verdad que es muy característico de la raza.

Fray Luis de León es el representante de la escuela Salmantina; Don Fernando de Herrera, de la Sevillana, y los hermanos Argensola, de la Aragonesa.

Fray Luis de León, nacido en Belmonte del Tajo en 1527 cuando Garcilaso contaba unos veinte y cinco años, era un hombre aficionado por carácter á vivir encubierto y gozar en el retiro, de sí mismo, y de la naturaleza que bellísima se desplegaba ante sus ojos; y así, después de las tareas de la cátedra (á la cual fué elevado por los votos de los estudiantes de Salamanca), nos parece aún verle reposando entre los árboles, y exclamar con dulce é inocente satisfacción:

Del monte en la ladera
Por mi mano plantado tengo un huerto,
Que con la primavera
De bella flor cubierto,
Ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Su espíritu, que tan plácidamente acostumbraba á encerrarse en si mismo para elevarse hasta Dios, se sentía como desterrado del cielo, y podía decir con verdad:

Cuando contemplo el cielo
De innumerables luces adornado,
Y miro hacia el suelo,
De noche rodeado,
En sueño y en olvido sepultado,
El amor y la pena
Despiertan en mi pecho un ansia ardiente....

Siempre sereno por la fuerza de la virtud, ni la prosperidad le desvanecía, ni la desgracia le turbaba; y así, después de cinco años de cárcel, hecho víctima de émulos obcecados, y probada su inocencia, al reanudar el curso (pues le habían conservado la cátedra), cuando todos esperaban oír el relato de sus infortunios, dió comienzo con lo la natura-

lidad á la clase, con aquellas sencillas palabras que se han hecho célebres: « Como decíamos ayer... »

Con ese hermoso carácter se explica el ansia con que, todavía muy joven, se apresuró á entrar en el claustro en un monasterio de la orden de San Agustín; así se explica la variedad del conocimiento que poseía; así también la repugnancia que, verdadero amante de la belleza, sentía por la artificiosa manera de la escuela italiana falsamente interpretada. El mismo nos lo dice en una expansión de su *sencillez* y cándida franqueza:

« En mi mocedad y casi en mi niñez se me cayeron como de entre las manos estas obrillas (sus poesías); á las cuales me apliqué, más por inclinación de mi estrella que por juicio y voluntad. No porque la poesía no sea digna de cultivarse, puesto que Dios la eligió para sus loores, sino porque veía el errado modo de opinar de nuestras gentes. »

Fray Luis de León fué el primero que se apartó de los provenzales é italianos, y dió á nuestra poesía un carácter nuevo, ennobleciendo las pinturas de la naturaleza con la vista y pensamientos de otra naturaleza mejor y de una vida más perfecta. En este concepto se eleva sobre Garcilaso, mereciendo con más razón el título de *Príncipe de los poetas castellanos*.

Propúsose, es verdad, por modelo las *Odas* de Horacio, y las *Geórgicas* de Virgilio; pero al sentir lo que imita, se lo hace propio y lo anima con rasgos suyos. En las odas supo, como Horacio, ser grande sin énfasis, natural y sencillo sin bajeza ni trivialidad; y aunque el latino tiene más arte y variedad, el castellano lo vence en sublimidad y en inspiración. Con manos cristianas ha trabajado Fray Luis el mármol gentílico, encarnando su pensamiento en las formas de la poesía antigua, de tal suerte que el poeta latino está, por decirlo así, *cristianizado*, percibiéndose en todas las odas de su imitador el suave perfume de la moral y religión que han regenerado y ennoblecido al hombre. Basta cotejar algunas estrofas del *Beatus ille* de Horacio (traducción de Don Francisco de Borja Burgos), y de *La Vida del campo* de nuestro poeta, para convencerse de ello. Veámoslo.

HORACIO.

Feliz quien de negocios alejado
Cual en la edad del hombre primitiva,
 Con sus bueyes cultiva
De usuras libre el suelo que ha heredado.
Que no el clarín de Marte le despierta,
Ni el mar bramante turba su reposo,
 Ni del foro ruidoso
Ni del vano señor sitia la puerta.
. . . .
 Y trinando las aves
Y bullendo la fuente cristalina,
Y despeñada de la altiva sierra
Rodando al valle la argentada espuma,
 Sus párpados abruma
El blando sueño que sus ojos cierra.
. . . .
Las ostras yo, por mesa semejante,
Del Lucrino, y los sagros despreciara.

¿Qué el exquisito francolín joniano,
Ni del Africa la polla regalada
  Valdría comparada
Con la oliva cogida por mi mano?
. . . .

LEÓN.

  Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruido
  Y sigue la escondida
  Senda por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido.
  Que no le enturbia el pecho
De los soberbios grandes el estado,
  Ni del dorado techo
  Se admira, fabricado
Del sabio moro, en jaspes sustentado.
. . . .
  Despiértenme las aves
Con su catar sabroso no aprendido;
  No los cuidados graves
  De que es siempre seguido
El que al ajeno arbitrio está atenido.
. . . .
  A mí una pobrecilla
Mesa de amable paz bien abastada
  Me basta, y la vajilla
  De fino oro labrada,
Sea de quien la mar no teme airada.
. . . .

Es cierto que en la versificación de Fray Luis se notan algunos descuidos é incorreciones, y el uso frecuente de consonantes pobres; pero en el fondo se adivina no sé qué grandeza de espíritu que presta á todas sus poesías ese encanto particular que las ha vuelto inmortales.

Inclinado Fray Luis de León, por su genio y profesión, al género lírico, moral y sagrado, nos dejó varias odas como *La vida del campo*, *La noche serena*, *La Ascensión del Señor*, en las cuales al pintar las delicias de la vida campestre y del cielo, conmueve blandamente el corazón y le transporta á las mansiones celestiales, más con la belleza de las imágenes y majestad de los pensamientos, que con la pompa y altisonancia del verso. Es tal su naturalidad, que parecen compuestas sin arte; y aunque en algunas decae su poesía, y es desaliñado, no quedando más mérito que la pureza de estilo y de dicción, sin embargo siempre deleita, porque son la expresión de su alma tierna, devota y candorosa. Ningún poeta, desde el Renacimiento acá, ha volado tan alto, ni infundido como él en las formas clásicas el espíritu cristiano. En el género heroico no escribió más que *La profecía del Tajo*, cuya elevación y patriótico entusiasmo muestran de cuánto era capaz, si se hubiese dedicado á esta clase de composiciones. Es una imitación de la *Profecía de Nereo* de Horacio. La *Vida del cielo* es una oda en la cual canta al Pastor divino que apacienta su grey en la gloria, y la embelesa con su plectro, y tiene reminiscencias de la poesía pastoril italiana. La oda *A la Música* es su obra maestra. De

ella dice Menéndez y Pelayo lo que sigue : « No sólo de Platón, sino de Plotino, del Areopagita, de San Buenaventura y de Boecio, en su tratado de música (tan aprovechado por el mismo Salinas, á quien esta oda divina va dedicada), hay reminiscencias en las aladas estrofas de fray Luis de León, donde la efusión y el arranque del sentimiento lírico no dañan á la limpieza del pensamiento especulativo, ni éste enturbia ni aridece la concepción poética : de tal manera se compenetran ciencia y arte en aquellos conceptos ontológicos superiores, que son á un mismo tiempo luz para el entendimiento y regalo para la fantasía.

El aire se serena
Y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
La música extremada
Por vuestra sabia mano gobernada.
A cuyo son divino,
Mi alma que en olvido está sumida,
Torna á cobrar el tino
Y memoria perdida
De su origen primero esclarecida.
. . . .
Traspasa el aire todo,
Hasta llegar á la más alta esfera,
Y oye allí otro modo
De no perecedera
Música que es la fuente y la primera.
Ve cómo el gran maestro
A aquella inmensa cítara aplicado,
Con movimiento diestro,
Produce el son sagrado
Con que este eterno templo es sustentado.
. . . .
¡Oh, desmayo dichoso,
Oh muerte que das vida, oh dulce olvido! etc.

Todo esto está expresado aquí con frase de insuperable serenidad y belleza; el poder aquietador del arte (sophrosyne),.... la armonía viviente que en el universo rige y resplandece, armonía de números concordes que los pitagóricos oían con los ojos del alma; música celeste, á la cual responde débil y flacamente la música humana... Con razón ha llamado Milá y Fontanals á esta oda *bella paráfrasis cristiana de la estética de Platón*.

Se comprende fácilmente que esta hermosa escuela no había de tener muchos imitadores; no así la de Herrera. Para imitar á Fray Luis de León hay que tener una alma parecida á la suya; para imitar al jefe de la escuela sevillana (aunque no sea en el mismo grado), basta el saber usar de los mismos procedimientos.

Fernando de Herrera (1534-1597), sevillano, clérigo de menores órdenes y hombre erudito y virtuoso, comenzó por imitar á Petrarca hasta en sus raros amores. Aquel cantó á Laura, éste á la condesa de Gelves: el uno á su Laura y al *lauro*, el otro á su Luz y á la *lumbre*; uno y otro con manera sutil resbaladiza bajo todos conceptos.

Más tarde, familiarizado con todas las ciencias de su tiempo y poseyendo con perfección las lenguas latina, griega y hebrea, se propuso, imitando á los antiguos, formar un lenguaje poético y castellano capaz de competir

con el que ellos habían usado en sus escritos. Y si bien es verdad que Garcilaso y fray Luis de León ya le habían *creado*, Herrera le mejoró haciéndole más pintoresco y vigoroso, dando á sus versos verdadera magnificiencia y robustez, y esa armonía imitativa que tan al vivo representa los objetos. Lucen estas dotes en sus *Elegías, canciones y sonetos*; pero donde brilla la inspiración de su fecunda y ardiente fantasía, es en la oda elevada, especialmente en las que dedicó *A don Juan de Austria*, *A la muerte del rey don Sebastián* y *A la batalla de Lepanto*, notable la primera por el movimiento rápido y vehemencia de las imágenes; la segunda por la agitación y melancolía que naturalmente produce una gran catástrofe, y la tercera por el ferviente entusiasmo que excitan la religión y la patria.

Por lo que toca á las *Elegías* y demás composiciones eróticas de Herrera, debe decirse, sin embargo, que se descubre en ellas demasiado ingenio, que no suele sentar bien con la expresión de afectos, que piden la mayor naturalidad. Con todo, cuando él quería, mostraba en sus versos una sencillez y elegancia inimitables. Compárese la altisonancia de la oda á Don Juan de Austria :

Cuando con resonante
Rayo y furor del brazo impetuoso,
A Encélado arrogante
Júpiter poderoso
Despeñó airado en Etna cavernoso....

con la placidez de su canción al Sueño :

Suave sueño, tú que en tardo vuelo
Las alas perezosas blandamente
Bates, de adormideras coronado,
Por el puro, adormido y vago cielo....

y no se podrá menos de confesar que despojándose del espléndido ropaje poético con que ordinariamente se adornara, se nos mostraba Herrera, cuando quería, con toda la atracción de una elegante sencillez, que, deslumbrados por las brillantes imágenes, no supieron hacer suya, sus discípulos. Se acostumbraron á no mirarle sino en el Olimpo, y así le llamaban el *Divino* ; si se husiesen dignado verle coronado de lauros entre los hombres, la literatura española no hubiese caído más tarde en el ridículo del Gongorismo.

Herrera fué también crítico. Escribió unos *Comentarios á Garcilaso* que dirigieron, en materia de belleza, el criterio de todos los contemporáneos. En las anotaciones al soneto séptimo declara la naturaleza del amor, procurando conciliar las ideas platónicas con las aristotélicas (belleza afectiva y belleza ordenada ó intelectiva en las anotaciones al veinte y dos trata de la esencia de la hermosura, y en todo el contexto muestra las más variadas muestras de erudición y gusto.

Contribuyeron al esplendor de la poesía, en esta edad de oro, los dos Argensolas, Lupercio y Bartolomé, llamados los *Horacios españoles*, nacieron en Barbastro, el primero en 1563, y el segundo el año siguiente. Dotados ambos de disposiciones muy semejantes para la poesía, revelan las mismas prendas, pureza, corrección, ingeniosidad y sano juicio, si bien, se echa de menos la amenidad, movimiento y entusiasmo que pide el género lírico.

Más felices fueron, aunque no perfectos, en los asuntos morales y satíricos, como lo muestran sus sátiras y epístolas, por ser más adecuados á la sensatez de su carácter y á su mucha circunspección y cordura.

Garcilaso, León, Herrera y los Argensolas, han sido imitados por tantos y por tan eximios poetas, que con razón se ha dado al siglo XVI el nombre de *Siglo de oro*.

Hernando de Acuña, madrileño, muerto en 1580, con gran facilidad y soltura en el verso, gran conocimiento de la lengua y notable inspiración imitó á Garcilaso y tradujo á latinos é italianos.

Gutiérrez de Cetina, sevillano, muerto en 1560, dotado de finísima suavidad, es el autor de aquel precioso madrigal :

Ojos claros, serenos,
Si de dulce mirar sois alabados,
¿Por qué si me miráis, miráis airados?
. . . .
¡Ojos claros, serenos,
Ya que así me miráis, miradme al menos!

Diego Hurtado de Mendoza (1503-1574), aunque algo duro en la versificación, deja traslucir, en sus poesías, el mérito que le adorna como historiador y novelista.

Francisco de la Torre (1534-1594), imitador feliz de León, algo lacrimoso no obstante, es el autor de la célebre canción á la *Tórtola*, y de bellísimos sonetos, con sabor italiano muchos de ellos.

Francisco de Figueroa, nacido en Alcalá en 1540, es el primero que dió en castellano el ejemplo de escribir una composición toda en verso suelto.

Gil Polo, valenciano de mediados del siglo XVI, como Saa de Miranda y Jorge de Montemayor, imita la poesía pastoril italiana: suya es aquella famosa quintilla, en que hablando de una zagala; dice :

Junto al agua se ponía,
Y las ondas aguardaba,
Y en verlas llegar, huía;
Pero á veces no podía,
Y el blanco pie se mojaba.

Juan de Arguijo, sevillano, de fines del siglo XVI, estuvo dotado de imaginación florida y brillante á lo Herrera, y ostentó en sus composiciones, especialmente en sus fáciles sonetos, una magnificencia encantadora, y no pocas veces profundos pensamientos. Refiriéndose á la muerte de Cicerón, escribe estos versos bellísimos :

Detén un poco la cobarde espada,
Cruel Pompilio ingrato, y considera
La injusta empresa que á tu brazo espera,
Y largos siglos ha de ser llorada.
. . . .
Desciende el golpe sobre la alta gloria
De la lengua latina, y derribado
Deja el valor, y la elocuencia muda.

Rodrigo Caro, de Utrera, muerto en 1647, pertenece también á la escuela sevillana, y es el autor de la bellísima canción *A las ruinas de*

Itálica, una de las glorias más puras de la lengua castellana. He ahí la primera estrofa :

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,
Fueron un tiempo Itálica famosa :
Aquí de Cipión la vencedora
Colonia fué : por tierra derribado
Yace el temido honor de la espantosa
Muralla, y lastimosa
Reliquia es solamente
De su invencible gente.
Sólo quedan memorias funerales
Donde erraron ya sombras de alto ejemplo :
Este llano fué plaza, allí fué templo ;
De todo apenas quedan las señales :
Del gimnasio y las termas regaladas
Leves vuelan cenizas desdichadas ;
Las torres que desprecio al aire fueron
A su gran pesadumbre se rindieron.

« Todo en esta composición, dice Quintana (aunque él la atribuía á Rioja), es grande y majestuoso : el asunto, la idea, la contextura y la ejecución... ¡ Qué gravedad y nobleza en aquellas largas estancias donde se espacía á su placer el raudal numeroso de los períodos poéticos que en ella se comprenden ! ¡ Con qué gusto están puestos en medio aquellos versos cortos, como para amenizar algún tanto con su gracia y harmonía la sobrada austeridad que resultaría si todos fueran mayores !... »

Baltasar de Alcázar, nacido en 1530 y muerto á los setenta y seis años, festivo, malicioso, satírico, profundo y fácil, aficionado á la música y á la pintura, fué también imitador de Herrera. Sus poesías han llegado á ser muy populares. *La Cena jocosa* vive justamente en la memoria de todos.

Francisco de Rioja (1600-1658) fué una excepción entre las ruinas del honor en la corte influida por el Conde-Duque de Olivares, y las ruinas del idioma español y del buen gusto en medio de la chusma imitadora de Góngora. Amargado su espíritu, no puede librarse en sus poesías del humor satírico que le envuelve pero no le domina ; su alma buena, más aún, de digno sacerdote, se sobreponía á todo, y olvidando al hombre con sus pequeñeces, mereció ser llamado *el cantor de las flores*. Tiene todas las cualidades de la escuela sevillana, pero con gusto finísimo y exquisitamente delicado, y con una versificación clara, tersa y elegante. Por sus silvas *Al Jazmín*, *Al Clavel* y *A la Rosa* ha pasado un soplo de gongorismo, pero son encatadoras. Tienen, además, un dejo de tristeza que da bien á conocer que nacieron en el jardín del corazón herido del poeta.

Pura, encendida rosa,
Émula de la llama
Que sale con el día,
¿ Cómo naces tan llena de alegría,
Si sabes que la edad que te da el cielo
Es apenas un breve y veloz vuelo?

. . . .

¡Tiendes aun no las alas abrasadas,
Y ya vuelan al suelo desmayadas!
Tan cerca, tan unida
Está al morir tu vida,
Que dudo si en sus lágrimas la aurora
Mustia tu nacimiento ó muerte llora.

Vicente de Espinel (1544-1634) fué el maestro de Lope de Vega, inventó la *décima ó espinela*, gran músico, añadió una cuerda á la guitarra, y murió en Madrid á los noventa años. Fué célebre novelista. Don Esteban Manuel de Villegas (1595-1669), discípulo de Bartolomé de Argensola, estuvo adornado de más numen poético que su maestro, como se ve en las *Eróticas*; pero no tuvo el mismo buen juicio. Le es deudora la poesía de la anacreóntica y de algunas otras formas de versificación, como la oda sáfica y el exámetro, con que quiso enriquecer nuestra literatura.

Bernardo de Valbuena, nacido en Valdepeñas en 1568 y, siendo todavía joven, fué llevado á Méjico, donde terminó su educación. Vuelto á España, recibió el grado de doctor en teología; fué nombrado abad de Jamaica y después elevado á la dignidad de obispo de Puerto Rico, donde murió el año de 1627. Obras literarias de su juventud fueron el *Bernardo*, poema épico; la *Grandeza mejicana* y *El siglo de oro*, ó sea colección de églogas no tan elegantes y dulces como las de Garcilaso; estimables, no obstante, por la facilidad del verso y frescura de la imaginación, y, á juzgar por algunos pasajes, habría obtenido la palma entre los poetas de este género si hubiera puesto más cuidado en la ejecución.

Juan de Jáuregui, sevillano, muerto el año de 1641, se contagió con el culteranismo en sus últimos años; pero antes hizo la traducción de la *Aminta* del Tasso, cuya dulzura y naturalidad imitó á maravilla, y en sus *Rimas* nos dejó un dechado de estilo puro y elegante.

Lope de Vega Carpio, nacido en Madrid el año de 1565, de quien hablaremos más extensamente al tratar de sus obras dramáticas, fué uno de los escritores más laboriosos y fecundos, como puede verse por el número de obras poéticas en todos los géneros. Todos los cultivó con asombrosa facilidad, dejando en todos señales de su mucha erudición y talento, y también de los extravíos que ocasiona el escribir con precipitación. Generalmente no se eleva en el género lírico; antes bien parece avenirse mejor su carácter con los pensamientos tiernos y sencillos que con los vehementes y sublimes. Entre sus composiciones, la canción á la *Vida del campo* y la *Barquilla* son dignas de todo elogio por la naturalidad y sentimiento, así como por la fluidez de la dicción.

San Juan de la Cruz (1542-1591), nacido en Ontiveros, es autor de varias canciones y no pocas poesías místicas. El *Diálogo entre el alma y Cristo* es delicioso. Menéndez y Palayo ha escrito á este respecto : « Es su poesía misteriosa y solemne, y sin embargo, lozana y pródiga, llena de calor y de vida; ascética, pero calentada por el sol meridional; poesía que envuelve las abstracciones y los conceptos puros en lluvia de perlas y de flores ». Fué un poeta y un santo.

Santa Teresa, como en todas sus cosas, es encantadora en sus poesías, llenas de amor á Dios, sencillas, vivas, dulce y santamente atrevidas, y retratos, en fin, de aquella alma que era un conjunto de todas las bellezas de la tierra y del cielo. Hablaremos de ella más adelante.

Pedro de Espinosa tiene en la *Fábula del Genil* bellísimas estrofas idílicas; Francisco de Aldama fué también llamado el *Divino* por sus bellas imitaciones de los italianos y traducciones latinas; Antonio Mira de Amescua imitó acertadísimamente las canciones petrarquistas con exquisito gusto y dulzura; Ana Caro de Mallén fué llamada la *Musa sevillana*; María de Zayas Sotomayor, Sor Juana Inés de la Cruz, Malón de Chaide, Sigüenza, etc., todos ellos forman una verdadera pléyade de poetas como no puede, dentro de una misma época, presentarlos reunidos ninguna nación. En el *Laurel de Apolo* se citan trescientos; casi no se pueden contar en el *Romancero y Cancionero sagrado* de Rivadeneira, y llenan las páginas del *Romancero* del Maestro José Valdivieso, con el más delicioso perfume de la espontaneidad, frescura, gracia de cada una de sus composiciones.

Portugal. Los triunfos de las armas de Portugal, su religión y patriotismo, y el brillo de las letras mostraban en el siglo XVI que sus hijos no habían degenerado aún de la raza de sus progenitores. Su idioma más tierno y suave, que enérgico, fué cultivado en este siglo por un buen número de escritores ilustres que lo elevaron á un alto grado de perfección, mereciendo por sus producciones, que se considerase esta época como la edad de oro de la literatura portuguesa.

Después de Ribeiro, poeta dulce y elegante del reinado de don Manuel el Grande, alcanzó gran fama Francisco Saa de Miranda, noble caballero de Coimbra. Instruído en las literaturas griega, latina, española é italiana, vino á ser en Portugal el jefe de la escuela clásica, y con el favor de don Juan III promovió de un modo extraordinario los estudios en el reino. Compuso varias canciones, epístolas, himnos y sonetos, pero las que le han dado más nombradía son sus églogas en portugués y castellano, notables por cierto tinte de suave melancolía y por la gracia y delicadeza de los pensamientos.

De la misma escuela es Antonio Ferreira, llamado el *Horacio portugués* por haber imitado á éste en el género epistolar, que es el que le ha dado más crédito. Compuso asimismo églogas y sonetos en gran número, pero le tildan de haber dado al idioma portugués el corte y precisión de la lengua latina, privándole de sus formas y giros naturales.

Es autor de la tragedia *Inés de Castro*, arreglada según el gusto clásico, y aunque no tiene toda la perfección del género, es muy estimable, atendido el tiempo en que se presentó á la escena.

Muy del gusto de los portugueses fué siempre el género pastoril, el cual fué cultivado con raro talento en prosa y verso, entre otros, por Rodrigo Lobo, á quien dieron el nombre de *Teócrito portugués*. Más que el género, le es deudora la lengua de la brillantez y galanura con que la enriqueció en sus obras.

Italia. Uno de los que más impulso habían dado á la poesía, y por cuya protección prosperaban las letras y las artes, fué Lorenzo de Médicis, llamado el *Magnífico* (1448-1491); pero quien más influyó por su genio poético y exquisito gusto fué Angel Ambrogini, llamado el *Poliziano*, autor á la edad de catorce años de unas bellísimas estancias en honor de Julián de Médicis, victorioso en un torneo; del melodrama más antiguo titulado *Orfeo* y de otras muchas

obras en prosa y verso. En la corte de Florencia hizo revivir en cierto modo la poesía lírica, y á imitación de Petrarca se compusieron canciones amorosas y sonetos, en cuyo ejercicio tomó parte el mismo Lorenzo. Surgieron con esta ocasión un sinnúmero de poetas entusiastas del laureado vate á cuya cabeza estaba el cardenal Bembo, á quienes dieron el nombre de *petrarquistas*, aunque, por los procedimientos artificiosos que usaban, debieran más bien llamarse los falsificadores de la poesía de Petrarca.

No faltaron quienes se opusieran á la corriente de este mal gusto y produjesen obras dignas de memoria. El primero fué Gabriel Chiabrera, poeta lírico nacido en Savona el año de 1552 y muerto el 1637. Dejando la imitación del Petrarca, tomó por modelo á Píndaro y Anacreonte, y fundó una nueva escuela. Aunque se le tilda de profuso en alusiones mitológicas, tuvo arte para dar á sus poemas esa grandiosidad que caracteriza al género épico-lírico, sólo que los héroes que celebró su trompa épica, no tienen para nosotros el interés y entusiasmo que á él quizás le movieron. Aun es más original y verdadero en las anacreónticas, cuyos cuadros tienen más encantos, gracia y naturalidad. Es autor también de varios discursos religiosos, de cinco poemas caballerescos y algunos dramas destinados á ser representados con acompañamiento de música, que fueron los principios de la ópera.

Algunos años después de Chiabrera (1642-1707), inspirándose en la religión y la patria, se remontó en alas de su genio poético, para cantar tan dignos asuntos el florentino Vicente Filicaya, dotado de un gusto exquisito, y reputado por el lírico más notable y moral de los poetas italianos. Para celebrar las victorias obtenidas por los cristianos sobre los turcos, y especialmente la que alcanzó ante los muros de Viena Juan Sobieski de Polonia, compuso seis canciones llenas de ese entusiasmo guerrero-religioso, que parecen el eco de la Europa cristiana. Con acentos patrióticos cantó asimismo á Italia decaída de su antiguo brillo, siendo de notar entre sus mejores sonetos el que comienza :

Italia, Italia! o tu cui fé la sorte, etc.

Es magnífico también el de la Providencia, y lo mismo su tierno *Adiós á Florencia.*

Alemania. El principio de la segunda época (1618-1748) de la literatura alemana coincide con la guerra de los *Treinta años;* por donde se puede conjeturar fácilmente, que no ofrecería esperanzas muy halagüenas para su desarrollo y perfección. No obstante inicióse contra toda esperanza un progreso y una mejora notables en las formas poéticas y en el lenguaje, si bien es cierto que en el fondo de sus poesías, con raras excepciones, reinaba la manía de lucir erudición y ciencia, se imitaba de un modo pueril á los clásicos antiguos, y su mitología hacía un papel muy principal, á la vez que ridículo. Esto sucedía en los países protestantes, que era donde más se cultivaba la poesía, debiendo añadirse para el completo conocimiento de la época, que en la primera mitad los poetas eran creyentes y adictos á la revelación; más tarde el racionalismo envenenó las inteligencias.

Martín Opitz, nacido en Bunzlau de Silesia (1597-1639), entró el primero

en la palestra publicando en el año de 1624 su obra de *Contemptu linguæ teutonicæ*, en que aboga por doctrinas más clásicas y conforme con el carácter del idioma patrio. Fué el jefe de *la primera escuela silesiana*, á la cual pertenecían muchos fuera de Silesia, y á los preceptos añadió el ejemplo, ensayándose en las composiciones del género lírico, didáctico y descriptivo.

Son notables sus poesías por la armonía y corrección; mas en el fondo son frías y sin sentimiento. Su principal mérito consiste en haber enseñado el primero la construcción verdadera del verso alemán, no atendiendo á la *cantidad prosódica* ni al solo número de sílabas, sino á la *acentuación*. Aplicó además á la poesía el alemán medio (de Lutero), para lo cual lo reformó radicalmente, purificándolo y ennobleciéndolo.

Entre sus discípulos más señalados nombraremos á Pablo Gerhardo (1606-1676), de Sajonia, luterano severo y autor de varias poesías que respiran devoción y tienen mucha suavidad. La más hermosa es la dedicada *Al Crucificado*, imitación de San Bernardo, llena de dulces y profundos sentimientos. Juan Scheffler, de Breslau (1624-1677), cuya conversión al catolicismo hizo una sensación profunda en Alemania, es contado por los críticos protestantes entre los líricos sagrados más sobresalientes. Su poesía *Al amor divino* excede en bellezas á todas las de aquel tiempo. Tomó después de su conversión el nombre de Angel Silesio. Como autor dramático se cita el nombre de Antonio Griphio, hombre serio y de carácter sombrío. Llegó á poseer con perfección once lenguas.

Entre los literatos independientes de la escuela de Opitz merece recordarse el jesuíta Federico Spee, cuyas poesías, escasas en número, son muy estimables por la corrección del lenguaje, bello colorido y otras prendas poéticas. Profesor de bellas letras y misionero infatigable, murió el año de 1635 en una ambulancia de la guerra. Le hicieron acreedor á la gratitud universal sus trabajos y escritos contra la bárbara costumbre en los países, tanto protestantes como católicos, de quemar á las mujeres sospechosas de brujería. Él solo tuvo que disponer para la muerte más de doscientas víctimas, de cuya inocencia estaba convencido; así es que la pena le hizo encanecer muy joven. Con un valor que rayaba en temeridad publicó su obra *Cautio criminalis*, donde califica dicha costumbre de asesinato legal, y el buen éxito que tuvo fué para él la mejor corona. También es digno de memoria otro jesuíta alemán, Santiago Balde, célebre por sus odas latinas. Los críticos protestantes le colocan al lado de Horacio, por la elevación poética y pureza de lenguaje; y es llamado el Klopstock católico, por el espíritu patriótico de sus composiciones.

INFLUENCIA DEL « RENACIMIENTO » EN LOS POEMAS DE LOS SIGLOS XVI Y XVII

Italia. Cansados debían de estar los italianos juciosos y amantes de la verdadera gloria literaria de su país, así de las epopeyas joco-serias que no satisfacían al entendimiento, ni deleitaban al corazón, como de las sátiras que herían y no sanaban, no menos que de esa poesía frívola, que se entretenía en describir los cabellos de oro de su amada, la garganta de alabastro, con otras frases muy en boga de los *aprendices* de literatos. Pero al fin apareció un genio

poético de primer orden, que para honra de Italia y de la poesía, cantó en la *Jerusalén libertada* una empresa grandiosa, veneranda y heroica, y además oportuna en aquellos tiempos en que los turcos amenazaban á Europa. Este fué Torcuato Tasso, nacido en Sorrento el año de 1544.

Estudió las bellas letras en el colegio de los Jesuitas de Nápoles, cursó filosofía, teología y jurisprudencia, sin dejar su amada poesía, á la cual siempre tuvo una inclinación extraordinaria. A los dieciocho años dedicó al cardenal Luis de Este, el *Reinaldo*, poema caballeresco, que compuso siguiendo las huellas de Ariosto. Hizo un viaje á París con el mismo cardenal, donde conoció á Ronsard, que trabajaba en la reforma de la poesía francesa. De vuelta á Ferrara hizo representar su *Amintas*, especie de égloga dramática, y el año de 1575, después de quince años de trabajo, pudo publicar la *Jerusalén libertada*. Aquí empiezan sus mayores desgracias, que le afligieron el último tercio de su azarosa vida, hasta verse encerrado en una casa de orates. Habiendo recobrado la libertad por intercesión de algunos príncipes y cuando el papa Clemente VIII le preparaba en el Capitolio una coronación solemne, semejante á la del Petrarca, pasó á mejor vida, hallándose en un convento de Roma el año de 1595.

Como dijimos, el asunto de la *Jerusalén libertada* es noble y magnífico, conforme en todo con los piadosos sentimientos del autor, entusiasmado por la causa del cristianismo, y además, felizmente escogido, en un tiempo en que aún había guerreros que se lisonjeaban con la esperanza de reconquistar la Tierra Santa. Siendo el Tasso un poeta de sentimiento y de amor, dió á su poema un tono elegiaco y sentimental, hasta en la pintura de las bellezas materiales, tono que contrasta notablemente con el aire burlón de sus contemporáneos, que en sus epopeyas no consideraron la caballería por el lado noble y serio.

Juzgan algunos críticos que por haberse sujetado á la forma de la *Eneida*, en vez de haberse inspirado en su propio genio, superior á las reglas de los preceptistas, no pudo llegar en su epopeya á la altura del asunto. Sea lo que quiera de esta suposición, la verdad es que desde que los cristianos van á plantar sus tiendas cerca de Jerusalén, en que se abre la exposición del argumento, hasta la última gran batalla contra los sarracenos, se presenta al lector una serie de acontecimientos, narrados con tanta gracia é interés, con tanta valentía y dignidad, que ponen la obra de Tasso á la cabeza de las epopeyas modernas. El retrato de los caracteres es una de las bellezas que más realzan este poema : todos los personajes tienen fisonomía y vida propia. Godofredo, que es el jefe principal, aunque demasiado perfecto, está adornado con las dotes del valor, prudencia y piedad que deben distinguir al guerrero cristiano. Tancredo es leal y generoso á toda prueba; Reinaldo es un noble paladín lleno de amor y heroísmo, pero vengativo y voluptoso; Argante es el insolente y brutal gigante del Asia; Solimán, sultán de Nicea, es el enemigo jurado de los cristianos. Clorinda, la guerrera, está retratada con todos los atractivos de la belleza y del valor; y así de los demás personajes, de modo que resulta una hermosa y completa variedad. Los episodios son los pasajes más encantadores del poema. Tales son el de Olindo y Sofronia, libertados de la hoguera por la guerrera Clorinda; los bellos jardines de Armida, donde tenía encantado á Reinaldo; el viaje de los dos libertadores de Reinaldo por la inmensidad del océano, los amores de Herminia

y varios otros, algunos de los cuales, aunque demasiado extensos, y á veces poco conexos con la acción principal, son tan amenos y poéticos, que transportan y enajenan al lector. Lo que más podría reprocharse en este poema es la intervención á veces inoportuna de seres sobrenaturales, con lo que suele hacer inverosímil lo mismo que cuenta con tanta gracia. Las descripciones, tan variadas y pintorescas, revelan la riqueza de imaginación de su autor, y si bien no tiene el brillo poético de Ariosto, ni su ardiente fantasía, la armonía poética que domina en todo este poema y la belleza musical de sus versos, han hecho del Tasso el poeta favorito de los italianos, ventaja de que goza entre el pueblo sobre Ariosto. En general, su lectura deja una impresión devota por el recuerdo de los generosos sacrificios de los caballeros cristianos, y sobre todo porque respira ese espíritu de fe, que dió materia y vigor á Torcuato Tasso para honrar á la cristiandad con su monumental poema.

Como algunos le hubiesen hecho notar algunos defectos, y él mismo los advirtiese, trató de corregirlos en otro poema que llamó *Jerusalén conquistada*. En éste sustituye las escenas de amor conyugal y paterno á las de amor voluptuoso, suprime los amores de Herminia, se acomoda más á la verdad histórica y hace algunas correcciones en el estilo; pero salió tan destituído de vigor que la posteridad sigue leyendo la *Jerusalén libertada*.

Como sucede ordinariamente, hubo muchos imitadores del Tasso; pero sus obras, tales como la *Malteida*, *Bohemundo*, *La conquista de Granada* y otras más, yacen en el polvo de algunas bibliotecas, si es que no se han perdido.

Portugal. Las victorias de los portugueses sobre los moros, y después las gloriosas expediciones, descubrimientos y conquistas hechas del otro lado de los mares, les inspiraron muchos poemas en que han hecho alarde de su ardiente patriotismo, y en algunos manifestado las riquezas de su imaginación fecunda y brillante. Recordaremos el que lleva el nombre de *Los lusitanos*, de Luis Camoens, nacido en Lisboa el año de 1524, y autor también de tres piezas dramáticas, églogas, odas y sonetos en gran número.

Toda la vida de este escritor estuvo llena de aventuras, pero tan desgraciadas, que hacen de él uno de los poetas más asendereados de la mala fortuna. Por servir á la patria perdió un ojo en Ceuta, y nadie se acordó de darle la más mínima recompensa; se alistó en varias expediciones á la India, y nunca fueron gratificados sus trabajos; y para remate sufrió varios naufragios, en uno de los cuales se salvó á nado, llevando, como pudo, el poema que tenía comenzado. Acusado en Goa de dilapidador de los fondos públicos, estuvo preso, y probada su honradez, algunos acreedores le retuvieron en la cárcel, hasta que unos amigos cubrieron sus deudas y le facilitaron el pasaje á Lisboa. Pobre y desvalido, acompañado sólo de un negro que trajo de Java, entró en la ciudad cuando la gran peste diezmaba la población, circunstancia que le obligó á tener que mantenerse con la gallofa que le daban en un convento, y con lo que su negro recogía mendigando. Habiendo publicado su poema el año de 1572, el rey don Sebastián III, al aceptar la dedicatoria, le asignó veinte pesos al año, cantidad insignificante, que ni le pudo sacar la miseria, ni librarle de morir olvidado en un hospital el año de 1579. A pesar de tan mal pago,

siempre amó á su patria con delirio, hasta llegar á decir : « No me mueve á cantar el vil premio, es raza sorda para los encantos de la poesía, desdeña este arte divino porque no le conoce. »

Llamó á su poema (*Os Lusiadas*) *Los Lusitanos*, porque no es ningún personaje el héroe principal, sino la nación, cuyos descubrimientos marítimos celebra, valiéndose de ellos para introducir episodios en los cuales se contiene todo lo que la historia antigua de Portugal presenta de bello, de noble, de grande, de caballeresco y de halagador, coordinado en un sólo cuadro. Canta á la vez en ellos las glorias de la península ibérica, deplora las disensiones religiosas de Europa y el gran poder que por esta causa iban adquiriendo los turcos.

Ábrese este poema con la descripción de la escuadra en viaje para la India al mando de Vasco de Gama, al mismo tiempo que entre los dioses del Olimpo se trata de favorecer la empresa, á lo que se opone el dios Baco. Los portugueses se ven en la precisión de pelear en Mozambique, cuyos obstáculos vencen, así como los peligros que se les presentan en Quiloa, y pasan adelante. El rey moro de Melinde los recibe obsequiosamente, y conmovido por la narración que le hace Vasco de Gama y reconociendo las nobles aspiraciones de los portugueses, les da un piloto que los lleve hasta la India. Levántase una brava tempestad, hacen votos á Jesucristo y á la Virgen, y Venus los salva. Llegan por fin á la India, cuyas regiones describe maravillosamente, hacen alianza con algunos reyes; Tetis les pronostica nuevas hazañas y nuevas glorias; y los atrevidos navegantes después de dar la vuelta al mundo conocido, pisan el lamado suelo de su patria.

Como se ve, este poema tiene al principio cierta semejanza con la *Eneida*, que parece tomó Camoens por modelo, según el gusto de la época; pero ha sabido ser original y dar unidad á todo el conjunto. Su simple lectura da á conocer que el autor ha visto cuanto describe, y complace sobremanera ver cuán hermosamente brilla la civilización cristiana, abriéndose paso á regiones antiguas y estableciendo comunicación con países tan distintos. « De todos los poemas heroicos de los tiempos antiguos y modernos, dice F. Schlegel, no hay ninguno que sea nacional en tan alto grado ». A este carácter están unidas un sinnúmero de bellezas, como la delicadeza de pensamientos, sensibilidad exquisita, un tono agradable de sublime melancolía y la armonía de las octavas, imposible de traducir en otra lengua. El defecto que más se le critica es la mezcla inconveniente, y aún viciosa, de la mitología pagana con los personajes reales del cristianismo, que, además de engendrar confusión en las ideas, quita la ilusión, por más que considere á los dioses paganos como personificaciones alegóricas. Sin embargo, el pueblo, para quien se escribió este poema, no hizo reparos sobre la extraña alianza de los dioses del Olimpo en un asunto cristiano, y aceptó su lenguaje. Más reprensible es el poeta en algunas descripciones lúbricas é indecentes al hablar de la isla del amor, pues aun cuando pretende dar un sentido simbólico á los deleites que pinta, siempre serán indignas de una pluma cristiana.

España. Aunque la musa castellana ha hecho esfuerzos para producir poemas dignos de las proezas de un pueblo épico, como llamaba Donoso Cortés al pueblo español, todavía

no hemos tenido un poema digno de equipararse con los que honran á las otras naciones. Difícil es averiguar la causa; el caso es que aún no ha aparecido un ingenio que se haya elevado á la altura de la verdadera epopeya, como los ha habido que han hecho raya en los otros géneros. Algunos exceptúan á Ercilla, autor de la *Araucana*, que nosotros no contamos propiamente entre las epopeyas, como que no fué su intención escribirla, y de la cual hablaremos por ser una obra relativa al género.

Nació don Alonso de Ercilla y Zúñiga en Madrid el año de 1533, y estando en Londres con el rey Felipe II, cuyo paje era, se tuvo noticia de la muerte de Valdivia y rebelión del valle de Arauco. Dejando Ercilla los regalos de la corte, se alistó entre los que venían á sujetar y pacificar esta parte de Chile, y juntando al laurel de guerrero el de poeta, se hizo cantor de las hazañas de que él mismo fué testigo, amenizándolas con las galas de la poesía.

Consta, pues, este poema histórico, ó épico, como quiera llamársele, de treinta y siete cantos en octavas reales. Comienza haciendo una descripción exacta y bellísima del territorio de Chile, de las costumbres y modo de guerrear de sus naturales, y en seguida entra á contar por orden cronológico los acontecimientos militares presentando en su narración un cuadro interesante de la campaña, que dió por resultado la prisión y muerte de Caupolicán, y la momentánea pacificación de los indios. Para dar algún realce y novedad á su relato, intercala como episodios la visión de Belona, que le cuenta la batalla de San Quintín; la descripción de la cueva del mago Fitón, donde tiene noticia de la batalla de Lepanto y la muerte de Dido. En los últimos cantos refiere los terribles trabajos que pasó en el archipiélago de Chiloé, habla de los derechos de Felipe II á la corona de Portugal, lamenta su mala fortuna en esta vida, y, desengañado de haber vivido alejado de Dios, concluye con estos versos:

Conociendo mi error, de aquí adelante
será razón que llore, y que no cante.

Algunos hay, á quienes se les van los ojos tras de los defectos de este poema, más que tras de las virtudes, y así repiten y exageran lo que salta á la vista de cualquiera: que no tiene protagonista conocido; que la acción no alcanza la suficiente grandeza; que los episodios son desgraciados por la falta de conexión con el asunto y ningún interés que producen; que hay desigualdad en el estilo; que es desaliñado y prolijo en los pormenores; que es pobre en las rimas, etc. Defectos que, unos desaparecen del todo, y otros disminuyen notablemente, si consideramos que es « obra histórica, y de cosas de guerra », como él la llama en el prólogo. Y más, si paramos mientes « en el mal aparejo y poco tiempo que hay en la ocupación de la guerra, cuyo libro, dice, se hizo en la misma guerra, y en los mismos pasos y sitios, escribiendo muchas veces en cuero, por falta de papel, y en pedazos de cartas, algunos tan pequeños que apenas cabían seis versos, que no me costó después poco trabajo el pintarlos ».

Nosotros sin ocultar la simpatía y cariño por el humano y generoso autor de la *Araucana*, quien sin disminuir el valor de sus compatriotas supo pintar con colores poéticos, variados y enérgicos el esfuerzo de los

indios, defensores de su libertad natural y sus hogares, vemos en este poema bellezas de primer orden. Lo son en efecto, en la parte característica la verdad y variedad con que retrata á los indios principales conservándoles su propia fisonomía. En esta dote es comparable, á juicio de los críticos, con Homero y el Tasso. En la descriptiva no sólo agrada la diversidad de pinturas, sino que admira la animación con que describe las batallas. Aquellos reñidos encuentros en que pelotones de bárbaros mal armados, arremeten con ardimiento y entusiasmo á un corto número de guerreros bien disciplinados y valientes, dan cierta sublimidad á la narración, á pesar de que esta guerra carece del aparato de los grandes ejércitos, que en otros poemas suministran á la fantasía materia para brillantes y variadas descripciones. En la elocuencia y energía de los razonamientos, aunque Voltaire ha dicho que algunos son superiores á los de Homero, se puede asegurar, sin exageración, que no ceden á los de ningún poeta en oportunidad y calor. Si á estas virtudes añadimos el vigor y lozanía que ha sabido dar á todo el relato; las comparaciones tan naturales y variadas en que, sin hacer alarde de ingenio, ostenta verdadera fecundidad; lo oportuno de la expresión con que realza sus pensamientos, siempre enérgicos y levantados; el brillo de todas estas bellezas hace desaparecer los lunares de desaliño, de que ningún poeta está exento, pudiendo competir la *Araucana* en muchos pasajes con las mejores obras del género.

Asunto altamente épico y disposición mejor concebida tiene el *Bernardo* ó *Victoria de Roncesvalles* de don Bernardo Valbuena. Escribiólo en su juventud, y como él mismo dice, « con la leche de la retórica », cuando el dón del criterio no se había aún desarrollado en él convenientemente, para cercenar la mucha maleza que naturalmente brota en un terreno fecundo, cual era el de su imaginación. Celebra, en este poema, las glorias de la nación española en su origen, y canta á Bernardo del Carpio, uno de sus principales héroes, en el siglo IX, tomando de la fábula, de las leyendas y la historia cuanto podían suministrarle para este asunto. En este poema de cuarenta mil versos, extenso y dilatado como el Nuevo Mundo, donde se compuso, resaltan pasajes admirables por lo nuevo y profundo del pensamiento, así como por lo vivo y gallardo de la expresión, que son como los lugares frondosos de estas dilatadas regiones; pero al lado se encuentran también otros tan rastreros, vulgares y confusos, que ofenden como lo inculto de los páramos y lo intrincado de sus bosques. Se ha dicho, y es la verdad, que es un conjunto de bellezas y monstruosidades.

La Cristiada del sevillano Fray Diego de Hojeda, de la orden de Santo Domingo, es un poema sagrado digno, por la regularidad del plan, estilo fácil y grato perfume que respiran sus versos, de ocupar un puesto distinguido en la historia literaria. Debió de escribirlo en su convento de Lima, donde era regente de los estudios á fines del siglo XVI. Su asunto es la pasión del Salvador, según el texto del Evangelio; la acción principia en la cena y termina con la sepultura. Los episiodos están ingeniosamente enlazados con la acción, siendo notables el conciliábulo de los espíritus infernales para aumentar los tormentos del Hijo de Dios, y la personificación de su oración, creaciones que pueden competir con los más bellos pasajes de Milton y Klopstock. Creyendo el autor noble y elevado por sí el asunto, no se cuidó de dar al estilo la entonación y

colorido poético, que habría realzado mucho más la narración, contentándose con ser tierno y sencillo más que enérgico y sublime. El lenguaje es fluído, y ajeno de toda afectación y rebuscamiento.

Inferiores á los nombrados se reputan los siguientes: *La Jerusalen conquistada*, de Lope de Vega, llena de lozanía en el estilo y con una versificación armoniosa, pero llena también de confusión y mal gusto; *La invención de la Cruz*, de Francisco López de Zárate; *El Carlo famoso*, de Luis de Zapata, y *La Carolea* de Samper, en que celebran á Carlos V; *El Monserrate* del capitán Cristóbal de Virués, poeta valenciano, que adornó su obra con buenas prendas de estilo y fluidez en el lenguaje, pero no se elevó á la grandiosidad de la epopeya; *La Bética conquistada*, cuyo patriótico y digno asunto cantó el sevillano Juan de la Cueva, con más voluntad que disposición para el género; *La Austriada*, de Juan Rufo, que tuvo por objeto celebrar á don Juan de Austria. *La Creacion del mundo*, en estilo noble y pintoresco, por el canónigo de Plasencia, Alonso de Acevedo, es sin disputa una de las más excelentes producciones de este género. *La restauración de España* y *Las Navas de Tolosa*, de Cristóbal de Mesa; *El Pelayo*, de Alfonso López, llamado el Pinciano; *La numantina*, de Mosquera; *Arauco domado*, del chileno Pedro de Oña, recomendable más por las descripciones y cuadros de costumbres, que por otras bellezas; y muchos más que omitimos, los cuales, si en el conjunto no llegan á la perfección de los poemas de primer orden, contienen trozos magníficos de poesía, y prueban el ardor de sus autores por adornarse con la corona épica en un siglo de hechos gloriosos.

Entre los poemas del género festivo y burlesco, sobresalen la *Gatomaquia*, de Lope de Vega, y la *Mosquea* del canónigo de Cuenca, José de Villaviciosa. La *Gatomaquia*, verdadera joya de nuestra literatura, es un juguete poético en silva, en que Lope hizo gala de su buen humor, cantando los amores, celos y guerras de los gatos. Además de lo bien concertado del plan, hacen agradable su lectura la facilidad y gracia de la dicción, los chistes y refranes con que la ameniza y las alusiones, unas picantes y otras tiernas y expresivas, de que todo él está sembrado. La *Mosquea* canta la guerra entre las moscas y las hormigas, no en el tono festivo y estilo fácil de Lope, sino en el grave y elevado de la verdadera epopeya, dando á aquellos insectos verdaderos caracteres y haciéndoles discurrir y obrar como si fueran héroes de la *Iliada* ó de la *Eneida*. Está escrito en octavas reales. El plan es conforme á las reglas del género, y está embellecido con episodios oportunos. La descripción de las batallas está hecha con entusiasmo, y los personajes llegan á interesar; pero á la vez da lástima el ver que se hayan malgastado el tiempo y el ingenio en un entretenimiento tan inútil.

Escribiéronse también en la misma época algunos poemas didácticos. Juan de la Cueva fué el primero que abrió el camino en Europa á este género con su *Ejemplar poético* en tercetos. Es una verdadera Poética reputada hoy día por incompleta y no muy exacta; pero digna de elogio, si se atiende al tiempo en que se hizo. Es curioso lo que dice sobre la necesidad que tenía nuestro teatro de variar el rumbo de los antiguos.

Lope de Vega compuso asimismo el *Arte nuevo de hacer comedias*, en donde defiende el sistema dramático, que el instinto del arte hizo adivinar é introducirse en España y en toda Europa. Y aunque al fin se llama *bárbaro* irónicamente, porque iba contra los preceptos, que dictan de

Aristóteles, tenidos entonces, especialmente en Francia é Italia, por otros tantos dogmas literarios, concluye :

> Sostengo en fin lo que escribí, y conozco
> que aunque fueran mejor de otra manera
> no tuvieran el gusto que han tenido;
> porque á veces lo que es contra lo *justo*
> por la misma razón deleita el gusto.

Pablo de Céspedes, cordobés, nos dejó el 1608, en que murió, varios fragmentos del *Poema de la Pintura*. Son tan poéticos los conceptos, y tan bellas y armoniosas las octavas, que si lo hubiera podido concluir, habría enriquecido nuestra literatura con una joya en este género.

Inglaterra. Los poetas que han dejado más fama en esta época son : Felipe Sidney (1554-1586), autor del poema pastoril *La Arcadia*, y Edmundo Spencer (1553-1599), autor de otro poema, *La Reina de las hadas*. El primero fué compuesto en honor de Isabel á la manera de los de este género en Italia y España en aquel entonces; y el segundo, imitación del *Orlando* de Ariosto, es un poema caballeresco y alegórico, en que bajo los nombres de Arturo, Gloriana y otros, se designan Sidney, Isabel, y otros personajes de su tiempo. Brilla en él una lozanía y exuberancia de imaginación parecida á la de su modelo, pero la alegoría es muerta, y su lectura por consiguiente, no produce aquel agrado que suelen causar las obras de imaginación. Más sentimiento poético tienen sus poesías líricas, especialmente el *Epitalamio*.

En la época del puritanismo dióse á conocer un poeta no menos célebre que Shakspeare, aunque en género distinto, y como él ornamento y gloria de la literatura inglesa. Este es Juan Milton, nacido en Londres (1608-1674), y educado en la universidad de Cambridge. Desde joven mostró especial aptitud para la poesía, como lo dan á entender sus principales composiciones, y particularmente su oda *A la Natividad del Señor*, reputada por la mejor del Parnaso inglés. En su viaje por Francia é Italia completó sus estudios y ensanchó el horizonte de sus ideas, y se cuenta que habiendo visto representar en Milán un drama sagrado, el *Adán* de Andreini, le vino la idea de cantar el triunfo de la misericordia divina en la caída de Adán y Eva. Como en ese tiempo hubiese estallado la revolución en Inglaterra, volvió á Londres, donde se dió á conocer por sus escritos en favor de la revolución, y Cromwell se aprovechó de sus conocimientos é ideas nombrándole su secretario. A la caída de éste vióse Milton abandonado y despreciado, por lo que se resolvió á vivir en el retiro con sus hijas, donde dió rienda suelta á sus pensamientos tristes y melancólicos. En esta situación, y viéndose además pobre, formó el propósito de realizar su idea sobre el pecado del primer hombre, pero agravándosele el mal de la vista, hasta quedar casi ciego, tuvo que dictar á sus hijas el poema, que con el nombre de *Paraíso perdido* ha llegado á nosotros.

Pertenece, pues, este poema por razón del asunto, que es la caída de nuestros primeros padres del estado de gracia, al género puramente religioso, y sus actores ó personajes principales son seres sobrenaturales : Dios, los ángeles y los demonios, todos los cuales toman parte, unos en la felicidad y otros en la desgracia de los primeros habitantes del Paraíso.

Por medio de episodios refiere la rebelión de los ángeles, los terribles combates que sostuvieron en el cielo y su descenso á los infiernos. Entre los retratos sobresale el de Lucífer, á quien hace en cierto modo interesante, pintándolo valiente, generoso y leal con los suyos, si bien altivo siempre y soberbio, blasfemo contra Dios, sin cejar un punto en sus pretensiones de subir sobre los astros del cielo, y colocar su trono al lado del Altísimo. Tiene narraciones de una sublimidad y belleza incomparables; así, por ejemplo, cuando refiere las discusiones de los demonios, las fogosas arengas de Satanás y cuando describe el horroroso cuadro del infierno con el lago de fuego hirviendo, como cuando hace las bellísimas pinturas de Adán al salir de las manos de Dios, sus primeras impresiones de gratitud y amor hacia el Señor que le acaba de dar el sér, la imposición del nombre á las criaturas que pasan reconociendo su dominio, la formación de Eva, el estado felicísimo de la inocencia y por fin la vida de ambos en aquel jardín de delicias. Son también interesantes los ardides de Satanás para derribarlos, su caída y por último su castigo.

Convienen generalmente los críticos en que el mérito de este poema no consiste tanto en el plan del conjunto, como en las bellezas de los pormenores y principalmente en el lenguaje poético. Además, al lado de pasajes grandiosos y tiernos hay otros que desdicen notablemente, como la pintura que hace de Dios, la cual es tan pálida y mezquina, y los diálogos que supone entre el Padre y el Hijo de tan poco interés, que después de haber leído las páginas tan poéticas de los pasajes anteriores, casi se cae el libro de las manos. Hace sobre todo muchas veces monótona su lectura, aquel engolfarse en cuestiones teológicas y metafísicas, que tan mal sientan en un poema, sin contar los errores gravísimos en que incurre como protestante. Procuró enriquecer su poesía con fábulas y alegorías del Talmud y del Corán, lo que no puede convenir á un poema cristiano y serio como éste, de suerte que ha quedado muy inferior á los poetas católicos, que como el Dante y el Tasso, le sirvieron de modelo. Empleó en este poema el verso suelto.

No siendo el *Paraíso perdido* sino el primer acto de la historia cristiana, parece que quiso completarla con el *Paraíso recobrado*, que compuso más tarde, y que Milton prefería al anterior; pero aunque superior á los demás poemas ingleses, es muy inferior al primero.

EL FALSO RENACIMIENTO (SIGLOS XVI Y XVII)

El Petrarquismo y la Poesía pastoril en Italia. La reflexión produce el arte, pero la demasiada reflexión produce el artificio. Los que tienen por fin principal de su arte la imitación, muy pronto se ven en la alternativa ó de decir todos lo mismo, ó de buscar maneras nuevas de decir una misma cosa. De ahí el cultivo excesivo de la forma, defecto que ha recibido el nombre de *Culteranismo*.

Los italianos que imitaron de un modo especial á Petrarca, para no repetirse mutuamente ni caer en la nota de plagiarios, se vieron obligados á apelar al ingenio. No podía menos, al principio, de chocarles la rareza de un giro nuevo algo atrevido ó rebuscado; pero la necesidad de escribir, y de escribir con novedad, poco á poco les acostumbró á pasar por una pequeña falta de sentido, ó por una metáfora impropia, ó por un giro

violento, y tanto al fin se acostumbraron, unos á componer y otros á leer esas sutilezas y esos rebuscamientos, que, pasado un tiempo ya no se hablaba de inspiración, sino de ingenio; no se buscaba el efecto estético, sino el vencer una dificultad; no se pensaba ya en el mérito ó en la oportunidad del fondo, sino en la novedad de la forma.

Las estrellas se convirtieron en « zequíes ardientes de la banca de Dios, y en claras antorchas de las exequias del día »; la luna, en *Tortilla de la sartén celestial*; el sol, en el « Verdugo que corta con el hacha de sus rayos el cuello á las sombras »; uno compara las almas á los caballos, « pues al fin de su carrera, les espera en el cielo, cebada de eternidad y una cuadra de estrellas »; otro llama á los piojos de una mujer hermosa, « Caballeros de plata en campos de oro », etc. Así hablaban los petrarquistas.

Juan Bautista Marini fué el ídolo de esa singular escuela. Nació este poeta en Nápoles el año de 1565 y terminó su vida en 1625. Por entregarse á la poesía abandonó la carrera del foro, á que le aplicara su padre (il genitor severo), y habiéndose trasladado á Saboya, fué protegido por Carlos Manuel I, quien le sugirió la no muy feliz idea de escribir el poema mitológico *Adonis*, que le ha dado tanta celebridad. Emplea nada menos que cuarenta y cinco mil versos para tratar de los amores de Venus, Adonis y Marte, á quienes desasosiega y trae al retortero una hada ó hechicera; asunto como se ve, de ningún interés, por ser fantásticos los personajes, y donde la moralidad como no podía menos de suceder, no queda bien parada. Literariamente considerado, es el resumen de las bellezas y monstruosidades de una imaginación rica y brillante, pero estrafalaria. Agradan la variedad y lozanía de las descripciones, la fluidez y facilidad de los versos; pero se echan de menos la naturalidad en los sentimientos y la pintura de situaciones conmovedoras y de interés. Lo que abunda hasta lo increíble es el alambicamiento, la exageración y el deseo de producir efecto. Escuela estética que proclamó él mismo en esos dos versos que se convirtieron en la norma del gusto de la época :

E del poeta il fin, la maraviglia;
Chi non sa far stupir, vada alla striglia.

Y así fué; porque mientras Tasso no tenía dinero para comprar un melón (histórico), María de Médicis concedía á Marini una pensión de 2 000 escudos, y hacía parar su carroza dorada ante el poeta cuando á su paso lo encontraba.

A esa plaga del petrarquismo mal entendido, se añadió la estéril y pueril afición á la poesía pastoril; poesía tanto más acreditada cuanto al principio fué cultivada por hombres de esclarecido mérito.

En efecto, Jacobo Sannazaro de Nápoles (1458-1530) mereció por su elegante poema latino *De partu Virginis*, y por sus églogas escritas con mucha naturalidad y gracia, el renombre de *Virgilio cristiano*. Tienen, sin embargo, sus pastores el defecto de ser demasiado cultos y elegantes. Con el título de *Arcadia* escribió una novela pastoril, cuyas escenas terminan con una égloga en verso, y á él se debe la introducción de este género en Italia.

El mismo autor de la *Jerusalén libertada* había hecho representar en Ferrara su *Amintas*. El asunto de este poema dramático pastoril, son los

amores del pastor Amintas y la zagala Silvia, quienes, después de muchos pesares del uno y desdenes de la otra, vienen, por fin, á unirse en matrimonio. El éxito tan favorable que obtuvo, no sólo se debió á la moda que empezaba á introducirse en la sociedad italiana, de recrearse con esta clase de representaciones, sino á las bellezas de toda clase, que le hacen superior á todos los de su género.

Imitóle algunos años después Juan Bautista Guarini, natural de Ferrara, en el *Pastor fido* (el fiel pastor), poema trágico más bien que dramático, de siete mil versos, en que el sacerdote de Diana se sacrifica en lugar de su idolatrada ninfa, que era la víctima señalada, y ésta, á su vez, se inmola sobre el mismo altar. El conjunto de la fábula es bello, tanto por el interés de las aventuras, como por la riqueza de imágenes y la pintura del amor; pero no llega ni en sencillez y naturalidad, ni en dulzura y elegancia á su modelo.

Hubo también en este género, así como en los otros, un enjambre de poetas, que se dedicaron en los siglos XVI y XVII, á describir, con melifluos versos, cuadros de la vida campestre; pero como es más cómodo el camino de la imitación servil, se dejaron las costumbres de la sociedad actual y recurrieron á Teócrito y Virgilio para sus inspiraciones, de modo que vino á decaer muy pronto esta poesía que andaba al compás de la moda.

Achillini, á quien Luis XIII regaló catorce mil escudos por una canción y por un soneto que principia : *Sudad oh fuegos, para preparar metales*, fué uno entre los famosos de ese tiempo. Véase una muestra del género :

Col fior d'fiori in mano
Il mio Lesbin rimiro,
Al fior respiro, e'l pastorel sospiro.
Il fior sospira doori,
Lesbin respira odori;
L'odor dell'uno odoro,
L'ardor dell' altro adoro,
Ed odorando ed adorando, i'sento
Dall'odor, dall ardor' ghiaccio e tormento.

Y no sólo esta literatura se reducía á manifestaciones aisladas de *alguna alma campestre*; Cristina de Suecia fundó en Roma una Academia tan original como ella, aunque ella lo era tanto. Sus miembros exquisitamente sensibles, tomaban un nombre de la mitología ó de la historia griega, cultivaban la poesía lírica, especialmente la pastoril, y asistían á las sesiones literarias en traje de pastores de Arcadia.

A la muerte de Cristina, el literato Crescimbeni dió á la Academia el nombre de *Arcadia Romana*, y por algunos años se conservaron unidos los académicos, y aun se fundaron en varias ciudades de Italia otras academias, corresponsales de la de Roma. El mayor servicio que prestaron fué depurar algún tanto el lenguaje; pero no el estilo, porque consistiendo éste en los pensamientos, y siendo todo artificio el de los académicos, mal podían en sus composiciones, artificiosas también, devolverle la natural sencillez perdida. Así es que fuera de la elegancia en las palabras, son de muy poco mérito por la originalidad y la inspiración las obras que produjo dicha Academia.

Este mal de la servil imitación y de la superficialidad se pegó á una

turba de poetas, que, tomando por pasatiempo el componer versos, improvisaban composiciones para toda clase de asuntos, hasta llorar la *Academia de los transformados* la muerte de un gato; con lo que quedó entre sus manos la discreta y honesta poesía más y más deslucida y afeada. Citaremos á Carlos Frugeri, genovés, profesor de retórica en varias ciudades, buen colorista y el versificador más fecundo de su siglo. No dejó acto literario que no elogiase con alguna composición, ni boda, grado académico, banquete ó paseo que no celebrase su pluma, volando con ella á quejarse del sonido de las campanas, que le perturbaban el sueño, y bajando á renegar del ruido de los almireces que le molestaban despierto. Un infeliz avaro recibió de él una carga de sesenta sonetos.

El « Gongorismo » en España. El cultivo de la forma fué viciando poco á poco á los españoles y borrando en su espíritu la noción del verdadero objeto del arte, y así muy pronto hubo quienes teniendo por demasiado sencillo el lenguaje de Garcilaso y Fray Luis de León, y pareciéndoles aún poco poético el de Herrera, trataron de perfeccionarle por el camino de las exageraciones y sutilezas, el cual los llevó á tales extravíos, que á fines del siglo ya estaba desacreditada nuestra lírica, y hundida en un lastimoso prosaísmo.

El jefe principal de este sistema, y que por sus excelentes y extraordinarias dotes poéticas contribuyó en mayor grado á acreditar estos delirios, fué Luis de Góngora, nacido en Córdoba el año de 1561. Hizo sus estudios en Salamanca, pero la ciega afición á la poesía le estorbó cultivarlos debidamente, sin que tampoco le ayudase á mejorar de fortuna. A los cuarenta y cinco años abrazó el estado eclesiástico, y murió el año de 1627.

Este nuevo estilo que también se llamó *gongorismo* por haber apadrinado Góngora todos sus errores, ocasionó violentas polémicas en que tomaron parte Lope de Vega, Quevedo, Fajardo, Cascales y otros muchos que contradecían este nuevo sistema; y del lado opuesto el mismo Góngora, el doctor Espinosa, Pellicer, Salcedo y otros muchos panegiristas de sus propios engendros, más bien que críticos, los cuales se defendían, no con razones, sino con improperios y denuestos que decían á sus contrarios, aunque éstos tampoco se quedaron atrás en el camino de los dicterios.

Las obras en que Góngora hace mayor alarde de estos extravíos, son el *Polifemo* y las *Soledades*, de las que decía con razón Cascales, que « estas nuevas y nunca vistas poesías eran hijas de Mongibelo, que arrojaba y vomitaba más humo que luz y que su autor de príncipe de la luz se había hecho príncipe de las tinieblas ». Mas las escritas en su juventud, ó aquellas en que pudo contener su fogosa imaginación, son otros tantos modelos de encantadora sencillez, de lozanía de ingenio y de versificación dulce y amorosa. Tales son casi todas sus canciones, letrillas y romances, entre los cuales ostenta estas dotes el del *Cautivo* y el de *Angélica y Medoro*; la canción á la *Tórtola* y la letrilla que comienza :

Ande yo caliente,
y ríase la gente.

Pero los defectos culteranistas de Góngora son tales, que no sería

posible formarse de ellos una idea ni siquiera aproximada, si no analizásemos (aunque tan someramente) sus dos principales obras.

La oda *Polifemo*, la dedica al Conde de Niebla, porque era manía de la época dedicarlo todo; y para introducirse, le dice así :

Si ya los muros no te ven de Huelva
Peinar el viento ó fatigar la selva....

Es decir : Si no estás al frente de tu escuadrón de caballería (lanceros), entretenido en algún ejercicio militar (avanzando en hilera lanza en ristre, *Peinando el viento*) ó si no estás cazando.

Le dice, pues, que escuche ; y luego entra á describir la gruta de Polifemo, *en pálido llano cenizoso*, donde se levanta una roca que *mordaza es á una gruta de su boca*, y esa gruta es un *bostezo formidable de la tierra*. Allí es donde vive el cíclope.

Teócrito, á quien imita Góngora en esta poesía, describe bellísimamente al feo gigante, con estas palabras (siguiendo la traducción de Montes de Oca) :

... una tan sólo hirsuta ceja
Por su frente, larguísima se extiende
Que llega de una oreja á la otra oreja,
Y abajo, un ojo solitario esplende.

Y dice Góngora :

Era un monte de miembros eminente,
Este, que de Neptuno hijo fiero,
De un ojo ilustra el orbe de su frente,
Émulo casi del mayor lucero.

Teócrito pinta cómo, abatido por la tristeza, Polifemo

Nada cuidaba ya : del monte al hato
la grey tornaba sin pastor ni guía.

Y Góngora, desnaturalizándolo todo, escribe :

Armado de crueldad como una fiera,
Y calzado de viento,
Los bueyes á su albergue reducía
Pisando la dudosa luz del día.

El poeta griego le hace *pulsar la zampoña diestramente* para atraer á Galatea, y nuestro malogrado poeta se la hace tocar tan mal, que *la selva se confunde, el mar se altera*, y no obstante pretende

Inducir á pisar la bella ingrata,
En carro de cristal, campos de plata.

(Los carros de cristal son las olas; y los campos de plata, las espumas de la playa.) Claro está que ella no los pisa. Y entonces él se esfuerza en hacerse grato, ponderando que es muy rico, porque *esquila mucha nieve* (posee muchos ganados), y *sus arados peinan la tierra*... etc. Pero ella, como si nada. Y así el Cíclope no puede con su tristeza, y *cuando el día*

dormido, de cerro en cerro y sombra en sombra yace, y cuando *el Can del cielo, salamandra del Sol, vestido de estrellas y enpolvado el cabello, está sudando aljófares y centellas* (es decir, de noche y de día), él, en sueños, llama en vano á Galatea.

Después, Góngora, introduce un rival; Polifemo lo mata, porque le tira una piedra que *urna es mucha, pirámide no poca*, lo cual visto por Galatea, convierte la sangre de Acis, su amante muerto, en un arroyo que se entretiene *lamiendo flores y argentando arenas.*

A esta manera de imitar, se llama *crimen.*

Y con todo, en las *Soledades*, el crimen se presenta con circunstancias agravantes. Dedica esa especie de poema al Duque de Béjar, que estaba también cazando.

> Oh tú que de venablos impedido,
> Muros de abeto, almenas de diamante,
> Bates los montes que de nieve armados
> Gigantes de cristal, los teme el cielo...

Y le dice que le escuche; comenzando la narración con una pintura del estío :

> Era del año la estación florida
> En que el mentido robador de Europa
> (Media luna las armas de su frente,
> Y el sol todos los rayos de su pelo),
> Luciente honor del cielo,
> En campos de zafiro, pace estrellas.

(O sea que el sol, en la constelación del Toro, no deja ver con su luz, la claridad de las estrellas en el azulado cielo.)

Después describe el naufragio de un pobre amante desdeñado, que (¡ privilegio de los tales!), en medio de las olas no hace más que exhalar *lagrimosas de amor dulces querellas*. Claro está que el mar se compadece de él, y le proporciona un tronco, que :

> Breve tabla, delfín fué no pequeño
> Al inconsiderado peregrino
> Que á una Libia de ondas su camino
> Fió, y su vida á un leño.

En llegando á la playa, puso el amante á secar sus ropas al sol, y emprende luego su camino *entre espinas, crepúsculos pisando*, hasta que divisa una luz en medio de un *golfo de sombras*. Se encamina hacia allí y ve que en aquella fogata :

> Yacía una robusta y alta encina,
> Mariposa en ceniza desatada.

Saluda á los pastores que al fuego se estaban calentando. Su choza no era un palacio *que se ajustase al cóncavo de los cielos*, ni en ella moraba la ambición *hidrópica de viento*, sino la sencillez y la benevolencia. Le ofrecen *lirios cuajados* (requesón), y un corcho para que duerma.

Él, aunque enamorado, se duerme hasta que lo despiertan *cencerros dulces de sonora pluma* (los pájaros). Sale de la choza y va siguiendo el

curso de un río que *tiraniza los campos útilmente*, haciendo *de mil islas, paréntesis frondosos*. En esto, encontró á una aldeana que

Juntaba al cristal líquido el humano
Por el arcaduz bello de una mano.

(Sacaba agua.) Y por allí cerca divisa una multitud alegre de campesinos que se habían reunido para celebrar unas bodas. Mientras llegaba la recién casada, *purpúrea terneruela conducida por su madre*, una aldeana mataba un

Esposo vigilante,
Doméstico del sol nuncio canoro,
Y de coral barbado
Y purpúreo turbante.

(un gallo); y otro degollaba á otra ave de quien

Pende el rugoso nácar de su frente
Sobre el crespón zafíreo de su cuello.

(un pavo); etc., etc.

A pesar de tanta bulla, el amante sintió sueño de nuevo, porque

El arco del camino retorcido
Que había recorrido con trabajo
Por la fragosa cuerda del atajo,

le había molido los huesos. Entonces, el arroyo comenzó á cantar templando:

En las lucientes de marfil clavijas
Las duras cuerdas de las negras guijas.

Después se interna á donde celebran la fiesta; y al ver en su traje, los concurrentes, señales del naufragio, se ponen á llorar entre las peñas. Un pastor comienza á maldecir del mar y de las islas descubiertas por *áspides volantes*, *sombras del sol y tósigo del viento* (naves veleras), que hicieron *de visagras entre los océanos* (unieron los continentes), y surcaron *el que lame las columnas de Hércules y lame el tapete de la aurora.*

Comienza luego la fiesta, y admirado el arroyo, *abre tantas orejas como guijas tiene.*

Todo esto sucedía en un bosque que *calzaba abriles y vestía mayos, poblado de árboles que peinaban verdes canas.*

Después de varios juegos (ridícula imitación de los funerales de Patroclo), se extinguió *el sacro volcán de errante fuego* y aparecieron *las luminosas de pólvora saetas* (se hizo noche), y encendieron antorchas, con las cuales

Fanal es del arroyo cada onda,
Luz el reflejo y el agua vidriera.

Como es natural se retiraron todos (no sin que antes los zagales enamorados arrancaran las cortezas de los árboles en que durante el día habían grabado el nombre de sus amadas), pero al siguiente día cuando salió *el ecliptico zafiro mordiendo oro*, siguieron las fiestas; y presentado que fué el

náufrago á los desposados, al ver la beldad de la aldeana, recordó la suya ingrata y su recuerdo

> Mordedor antes de su excelsa gloria,
> Inmortal arador fué de su pena.

Así pues, *pisando víboras su pensamiento*, se hubiera desmayado de pena si en aquel momento no hubiera comenzado un coro de zagalas y pastores, dando principio á las nuevas fiestas.

Después de comer, corren carreras; y hay aldeanos tan ligeros que

> Su vajo pie de pluma
> Surcar pudiera mieses, pisar ondas,
> Sin inclinar espiga,
> Sin reventar espuma,

y aunque los árboles tuvieran un ojo en cada hoja, no pudieran distinguir entre los que corrían, cuál iba delante, porque

> Es el más torpe, una herida cierva;
> El más tardo, la vista desvanece;
> Y siguiendo al más lento,
> Cojea el pensamiento.

Esto no necesita comentarios.

Enemigo irreconciliable de este nuevo sistema fué según hemos indicado, don Francisco de Quevedo, nacido en Madrid de padres nobles el año de 1580. Cursó en la Universidad de Alcalá, donde hizo raya entre todos los estudiantes por sus adelantos en humanidades; en ambos derechos, en teología, filosofía, matemáticas, medicina y ciencias naturales. Poseyó también las lenguas griega, hebrea y latina, la francesa é italiana y conocía el árabe. Fué secretario del duque de Osuna en Sicilia, y desempeñó con tanta rectitud é inteligencia varias comisiones delicadísimas en las naciones de Italia, que se granjeó su gratitud, y fué galardonado por el rey de España. Esta distinción y otras que le merecieron su inteligencia y su celo, convirtieron á sus émulos en envidiosos, quienes le hicieron sufrir dos veces prisión y destierro, atribuyéndole en una de ellas una composición contra el gobierno; pero él, superior á todos los contrastes de la fortuna, sufrió y se vindicó como caballero cristiano. Desengañado de lo que da de sí el mundo, se retiró á Villanueva, donde murió el año de 1645.

Con tan poco sosiego para las tareas literarias, tuvo no obstante don Francisco de Quevedo gusto y tiempo para recrear é instruír á sus semejantes con toda clase de escritos, en que parece que se propuso abarcar todos los conocimientos humanos. Lo sensible es que la corriente de la moda en lo tocante al estilo, le arrastrase á él también, pues, no sólo no se libertó de lo mismo que había criticado, sino que se precipitó en el mal gusto de la afectación, de los conceptos alambicados, de los equívocos, retruécanos y demás frivolidades de la época. Sin estos defectos Quevedo sería uno de los escritores más recomendables por la sana moral y profunda filosofía que se aprende en sus obras, como por lo ingenioso de sus burlas. Fué poeta, historiador, moralista, político, ascético y también novelista.

En poesía recorrió casi todos los géneros, especialmente el lírico, el

bucólico y el alegórico. Sus composiciones pueden dividirse en *serias* y *festivas* : en las primeras, aunque se descubre cierta afectación, revelan gran riqueza de ingenio y profundidad de pensamientos; en las segundas, género que se adaptaba más á su buen humor y que fueron escritas en su juventud, es donde se encuentra ese tesoro de chistes, agudezas y ocurrencias felicísimas, donde campea su buen ingenio, y sobre todo el conocimiento y diestro manejo de la lengua. En ellas abundan ciertos términos, giros y alusiones que para nosotros han caído en desuso, y también expresiones toscas y groseras, más en la frase que en la idea; tiene asimismo algunas libres, pero que entonces eran corrientes, y si hoy día nos parecen insufribles, es porque, como dice muy bien el señor Fernández Guerra, « somos más limpios y atildados, pero no mejores. » Quizás no son de él todas las que han corrido con su nombre; lo cierto es que Lope de Vega le calificaba de

dulce en las burlas, y en las veras grave.

Burlas eran esas de variadísimos matices, según el ambiente, y según el humor en que el poeta se encontraba, porque en su agitada vida, las rachas de odio, de sarcasmo, de franca risa y de picaresca alegría, continuamente se alternaban. En la alta sociedad se burlaba de todo el mundo explotando el lado bobo que cada hombre lleva consigo desde que nace. A una dama vizca, le decía :

Si á una parte miraran solamente
Vuestros ojos, ¿cuál parte no abrasaran ?
Y si á diversas partes no miraran,
Se helaran el ocaso ó el oriente.

Y la dama recogía esa flor mientras él se moría de risa. Otras veces esas dulces burlas iban perdiendo el dulzor, y decía, por ejemplo, a una vieja á quien daban miedo los ratones :

Lo que el ratón haría si te viera,
Haces con el ratón;....
¿Quién pensó (¡escucha, bruja, mis razones!)
Que coman solimán, que atenta guardas
El que en tu cara untas á montones?

O bien á otra que se componía como una muchacha joven :

Vieja roñosa, pues te llevan, vete;
No vistas el gusano de confite,
Pues eres ya varilla de cohete.

Y cuando al prurito de burlarse de todo el mundo se juntaba el deseo de venganza, entonces era atroz. A una señora chata que había hablado mal de él, le escribe esa finísima epístola :

Madama de los demonios,
No es bien que siempre me atices;
Levanta tú las narices,
Y no falsos testimonios.
Tu nariz es un pezón
Que la ordeñas si te suenas:
Nariz, que aun hallarla apenas
Puede el sucio pañolón.

La llaneza de tu cara
Engaña la vista,... pues
Pasara por ser envés
Si un ojo no le sobrara.

Y así sigue, hasta que termina diciéndole :

Y de decirte desdenes
Dejo por hoy, pues presumo
Que ya se te sube el humo
A la nariz que no tienes.

Esto era en la alta sociedad; pero cuando hacía coplas para la gente baja del barrio de *Avapiés*, ya no se le puede seguir ni de lejos. Era el coplista obligado de los gremios de los mendigos lisiados por favor del arte, de las lavanderas del Manzanares, de las bodas de majos y de pillos redomados que acudían á él para todas sus bellaquerías.

Con todo, esas poesías, á pesar del tufillo naturalista, forman la verdadera gloria de Quevedo como poeta: porque las serias están casi todas manchadas con ridículas pinceladas culteranistas, que apenas se comprenden en él, á no ser que lo hiciera, dado el mal gusto de la época, para no pasar por mal poeta. Cuando la Reina, consorte de Felipe IV, entró en Madrid, escribía Quevedo :

Inundación de majestad vertiste,
Tu hermosamente presunción del fuego;
De los ojos de todos te vestiste,
Pues los de todos te llevaste luego.

Pero Quevedo, más que por sus poesías, es admirable por sus escritos en prosa, que podemos dividir también en *serios* y *festivos*. A los primeros pertenecen *La Política de Dios* y *El Gobierno de Cristo*, y *La vida de Marco Bruto*, obras que contienen acertadas máximas morales en armonía con la política más sublime. Son tratados filosófico-morales : *La fortuna con seso*, *La cuna y la sepultura*, *La virtud militante* y otros muchos. Escribió asimismo *La vida de San Pablo* y la *de Santo Tomás de Villanueva*, y tradujo *La Vida devota* de San Francisco de Sales y el *Rómulo* de Malvezzi. « En los escritos serios, dice Capmany, Quevedo es un hombre docto, un escriturario formado á costa de continuo y profundo estudio, que quiso expiar con obras espirituales las lozanías, las travesuras y sales lúbricas de sus escritos juveniles. » Pero donde se ha de buscar á Quevedo es en los *festivos* y *satíricos*.

Aquí es donde su pluma brota, no sólo natural y abundantemente, sino hasta con vicio, las sales y gracejos de nuestra lengua. Tales son : *El sueño de los calaveras*; *El alguacil alguacilado*; *Las zahurdas de Plutón*; *La culta latiniparla*, en que moteja el estilo de Góngora; *La perinola*, sátira chistosa y desapiadada sobre crítica literaria, con que hundió á Montalbán y á sus amigos; *Las cartas del caballero de la Tenaza*, y otros muchos escritos por los que ha merecido un alto asiento entre los ingenios españoles.

No con las invectivas y sarcasmos de Quevedo, sino con el ejemplo que dió en sus escritos, mostró don Diego Saavedra Fajardo cuán errados andaban los culteranos. Nació este juicioso escritor cerca de Murcia el 1584. Terminados sus estudios en Salamanca, siguió la carrera diplomática,

en la que desempeñó importantes comisiones en Alemania é Italia, con las cuales adquirió gran conocimiento del mundo y de los hombres. Escribió la *República literaria* en la que bajo la alegoría de un sueño hace la crítica de algunos escritores griegos, latinos y españoles, sin dejarse dominar de los que tanto alababan entonces á Góngora; aunque el poder de la moda le hizo transigir algún tanto con el estilo de éste, cuando dijo: « Tal vez tropezó por falta de luz en su *Polifemo*, pero ganó pasos de gloria. »

Mas, tornando al *culteranismo*, que á manera de río revuelto y desbordado seguía envolviendo á los mejores ingenios en errores sin cuento, fueron éstos por desgracia aplaudidos y canonizados por un escritor docto, ingenioso, pero extravagante sin medida. Fué éste, Baltasar Gracián, nacido en Calatayud, quien bajo el nombre de su hermano Lorenzo, dió á luz sus obras á mediados del siglo. El prurito de innovar le hizo lanzarse á sabiendas por el camino de las sutilezas y de los conceptos más alambicados, con cuyo objeto compuso un libro que llamó *Agudeza y arte de ingenio.*

En él trató de reducir á reglas este depravado gusto, vituperando el estilo fácil y natural, y aconsejando el altisonante, conceptuoso y enigmático, cuanto más, mejor, pues « los conceptos, dice, son vida del estilo, espíritu del decir, y tanto tienen de perfeccion cuanto de sutileza ».

Escribió, pues, muchas obras en prosa, atestadas de conceptos y metáforas ridículas, que harían hoy sudar al lector que tuviese paciencia para leerlas, y entonces eran el encanto de sus contemporáneos- porque se reputaba el mérito literario de un libro por la dificultad de comprenderlo. En uno se le puede disimular la demasía de antítesis, retruécanos y demás juegos de ingenio, por los saladísimos chistes, amenidad de aventuras y buen juicio con que critica los vicios del hombre en sus tres edades: en la adolescencia, la virilidad y la vejez. Este es el titulado *Criticón.*

No deliró menos en verso, aunque fué poco lo que escribió; pero basta su poema *Selvas del año*, en que llama á las estrellas « gallinas de los campos celestiales », para formarse idea de lo estrafalario de su estilo.

Diremos, sin embargo, en honor de este siglo, que no faltaron poetas que hicieron contrapeso á tanta perversión en el estilo, con obras dignas de grato recuerdo. Luis Ulloa y Pereira, muerto en Toro, su ciudad natal, el año de 1660, compuso el poema *Raquel*, último suspiro de nuestra antigua musa, según Quintana, digno de toda alabanza, porque en él brillan las dotes esenciales á las composiciones de esta clase, y quizá no igualado en estos dos siglos. Son también merecedores de aplausos los romances del Príncipe de Esquilache y algunas poesías de Solís, de Melo y varios otros, que la incuria de los de aquel tiempo ha tenido encerradas en los archivos y bibliotecas; pero que hoy día van saliendo á luz, como, por ejemplo, las del sevillano Pedro de Quirós, muerto el año de 1670, y las de otros poetas.

Los Poetas eróticos de Portugal. La decadencia del gusto literario, que, según algunos, data desde que Portugal fué reducido á provincia española por Felipe II, el año de 1580, en realidad no se dejó sentir sino muchos años después, es á saber, muy entrado ya el siglo XVII. En este tiempo surgieron muchos poetas eróticos, imita

dores casi todos del estilo vicioso de Góngora, que malgastaban el tiempo y el ingenio, ensalzando las orillas del Tajo con los personajes obligados de Galateas, Elicios y Nemorosos. El más famoso de todos éstos es Manuel de Faria y Souza (1588-1647), autor de muchas poesías y artículos de crítica, de la *Historia de la Europa portuguesa* y de la *Fuente Aganipe*, comentarios pedantescos de Camoens.

Emancipado Portugal de España el año de 1640, no se detuvo en el camino del mal gusto: antes bien, siguió precipitándose por el culteranismo, como aquellos que corren por una pendiente; así es que la literatura de este tiempo no ofrece escritores notables.

Los «Ronsardistas» en Francia. Sobresalió en el género de la poesía ligera Clemente Marot (1495-1544), camarero de Margarita con quien le unían simpatías por la reforma protestante. Sus epístolas, sátiras, cuentos, baladas y rondós, son el reflejo de su carácter y buen humor, á la vez que las pinturas de las costumbres y frivolidad de la corte. En variedad de metros y formas tomadas de los antiguos escritores franceses, en vez de imitarlas de los clásicos, cantó sus amores, sus desgracias y hasta sus opiniones. Es natural é ingenioso, más no sublime ni siempre moral.

Algunos eruditos de este tiempo, en nada conformes con la sencillez y naturalidad de Marot y de otros poetas nacionales, pretendieron dar un nuevo carácter á la poesía francesa. Y sin advertir que cada literatura tiene el suyo propio, lo mismo que cada lengua, y que ninguna ha llegado de repente á la perfección, aconsejaron leer y releer los modelos griegos y latinos y según ellos componer odas, elegías, tragedias, epopeyas, etc., etc. Para formar el lenguaje poético, lo atestaron de nombres mitológicos, embutieron en él multitud de palabras griegas y latinas, y para darle más realce, en vez de emplear pensamientos verdaderos y sencillos, lo deslustraron con otros hinchados y pedantescos. Pedro Ronsard, nacido cerca de Vendome el año de 1525, fué el jefe de esta escuela, conocida con el nombre de *Pléyada francesa*. Dotóle la naturaleza de genio inventivo, adquirió vasta erudición; pero careció del verdadero gusto literario. Según los modelos antiguos, escribió composiciones líricas en gran número, introdujo el himno y el epitalamio en la poesía francesa, y, queriendo dotar á su patria de una epopeya, compuso con no escaso numen la *Franciada*, según la *Eneida* de Virgilio. Fuera de lo poco feliz que estuvo en el asunto, eligiendo para su poema la tradición fabulosa de hacer venir á los francos de los héroes troyanos, olvidando los de la historia nacional, nos la dejó incompleta. Aunque sus composiciones están llenas de los defectos enumerados arriba, gozó de reputación casi universal, apellidándole todos *Príncipe de los poetas.* Fué premiado en los Juegos Florales de Tolosa con una Minerva de plata, cuyo regalo iba acompañado de un decreto por el que se le declaraba *Poeta francés por excelencia.*

Joaquín Du Bellay, uno de sus más fervientes discípulos, escribió la *Defensa é ilustración de la lengua francesa*, en que expone las doctrinas de su maestro, según las cuales él hizo también algunas composiciones.

Hasta en el género dramático penetró la doctrina de Ronsard y Du Bellay. Esteban Jodelle compuso la tragedia *Cleopatra*, imitando de los griegos, no sólo el carácter sino los coros; y otros poetas, llevados del

mismo ardor, traducían y copiaban ciegamente piezas de los dramáticos griegos; hasta que en el siglo siguiente, los dramas y comedias de los españoles, como más conformes á las costumbres y sentimientos de la época, les apartaron algún tanto de la servil imitación de los antiguos.

Las prendas literarias de buen gusto y de sana crítica de que carecía Ronsard, adornaron á un discípulo suyo, quien, repugnando el arte pretencioso de la escuela, inauguró la reacción, que dió por resultado una nueva faz para la poesía. Este fué Francisco Malherbe de Caén (1555-1628), muy favorecido de Enrique IV y de Luis XIII, á pesar de haber combatido en la *Liga* contra el primero. Comenzó por demostrar á los *ronsardistas*, cuánto desnaturalizaban la lengua y la poesía lo vicioso de las locuciones que habían introducido, lo extravagante de los giros que empleaban, y sobre todo, la falta de naturalidad en los pensamientos. Haciales ver que el escritor debía esmerarse en escribir con propiedad y pureza: discutía el valor de las palabras y de las sílabas, en tanto grado que llegó á tratar como asunto de grande importancia en qué casos, por ejemplo, había de decirse *point* y en qué *pas*; por lo que le llamaron el *Tirano de las palabras y de las sílabas*.

Según estas doctrinas, compuso algunas poesías líricas, que reunen al gusto delicado y exquisito del autor, el ser dulces y armoniosas, las cuales influyeron eficazmente en la reforma de la versificación. Sin embargo, como la demasiada crítica, si bien enseña á evitar defectos, abate, no obstante, el vuelo de la imaginación, y como Malherbe era más gramático que poeta, no pocas veces se resienten sus composiciones de prosaísmo.

El « Eufuismo » en Inglaterra. No faltaron en estos siglos poetas que apartándose de la naturalidad y buen gusto por el prurito de dar más gracia y elevación al estilo, cayesen en la exageración, como fué entre otros Lily, autor de varias poesías y de un poema en prosa intitulado *Euphues*, dado á luz el año de 1578. Los juegos de palabras y lo sutil y alambicado de los conceptos en este poema, han dado, como el gongorismo en España, nombre de *Eufuismo* al estilo conceptuoso.

Las composiciones líricas que se llevan la palma en esta época son las baladas de los poetas anónimos, especialmente de los escoceses.

Los « Silesianos » y los « Pseudo-Clásicos » en Alemania. La segunda escuela silesiana reconoce por sus principales jefes á Cristián Hoffmann (1618-1670) y Gaspar Lohenstein, contemporáneo del anterior, y nacidos en el mismo país de Silesia. No contento Hoffmann con el sistema de Opitz, quiso dar más brillantez al estilo, y se hizo imitador del amanerado Guarini y del enfático Marini de Nápoles. Su amigo Lohenstein exageró aún más sus defectos, de modo que la afectación, los juegos de ingenio en las palabras y en los conceptos, y la hinchazón eran, en cierto modo, las dotes que dicha escuela recomendaba. Si á esto añadimos la poca decencia en el lenguaje, se ve cuánta necesidad tenía de reforma la segunda escuela silesiana pues había convertido poco menos que en un estercolero cubierto con flores el jardín de la divina poesía. Afortunadamente estos corruptores del buen gusto están completamente olvidados.

No faltaron literatos hábiles que declararan la guerra á estos y otros muchos delirantes escritores. El primero que les arrojó el guante fué Cristián Weise, quien se señaló por la sencillez y naturalidad de sus poesías, en torno del cual se reunieron algunos buenos ingenios, y á cuyos esfuerzos se debió la casi total dispersión de la escuela. Uno de estos fué Christián Wernicke que la fustigó con sus epigramas.

Cuando más brava andaba la pelea con los silesianos, aparecieron dos campeones, que después de la derrota de éstos, se dividieron el campo literario y formaron filas opuestas: el prusiano Cristóbal Gottsched (1700-1766), profesor en Leipzig, y el suizo Santiago Bodmer (1698-1783). El primero tenía la debilidad de creerse un gran poeta, no siendo más que un versificador; pero, en cambio, estaba dotado de buen gusto para la crítica, y á él se debe en gran parte el que, además de la hinchazón en el estilo, fuesen desterradas del teatro las ridiculeces y extravagancias de personajes grotescos, tan en boga en Alemania. El segundo tampoco se perdía de vista como poeta; pero le aventajaba en juicio para la crítica, y en erudición. Tenía ideas más vastas en literatura; no se estrechó, como Gottsched, á proponer como principal modelo los clásicos franceses; antes bien, los combatió razonadamente en lo que tenían de defectuosos, y trató de despertar el entusiasmo de la juventud con la publicación de cantos de la Edad Media, en los cuales, decía él, encontraban los alemanes poesía fresca y amena y, sobre todo, nacional.

Entre las cuestiones que se agitaron, sostenía Bodmer como principio, que la poesía debía ser un cuadro pintado de expresiones bellas, y que en la misma podía usarse como resorte lo sobrenatural, siendo, en consecuencia, admirador de Milton y protector de Klopstock. Gottsched, al contrario, sentaba que en poesía la fría razón había de ser el maestro supremo; se levantó furioso contra los resortes sobrenaturales; ridiculizó á Homero, Virgilio, Milton y al mismo Voltaire, porque admitía lo sobrenatural en las creaciones de la imaginación; desechó la ópera porque no se prestaba al raciocinio, y llegó á despreciar á Klopstock, con cuyo modo de pensar se enajenó los mejores discípulos, y se desacreditó para no levantarse más.

En el cielo oscuro de la poesía de esta época, lució como una estrella el suizo Alberto Haller de Berna (1708-1777), si bien fueron aún más brillantes los rayos de su clara inteligencia, que los de su poética imaginación. A los quince años compuso un poema de cuatrocientos versos, sobre la *Confederación Suiza*; estudió medicina, y sin descuidar la poesía, cultivó también la botánica, la anatomía y la filosofía, que después enseñó con grande aprovechamiento en Gottinga, y adquirió reputación europea.

La más celebrada de sus obras en verso es el poema descriptivo *Los Alpes*, que compuso con ocasión de un viaje científico por aquellos montes, razón por la cual se detiene á veces demasiado en descripciones minuciosas de la vegetación. Con todo, en él resalta la pintura de aquellos lugares grandiosos y bellos; hermoséanle episodios de la vida de sus habitantes é impresiona favorablemente el fondo moral y patriótico con que pinta las costumbres nacionales. Escribió sátiras contra las malas costumbres, y contra la impiedad volteriana, y compuso una obra del *Origen del mal* en que justifica á la divina Providencia de los males y penas de esta vida.

INFLUENCIA DEL « RENACIMIENTO » Y DEL FALSO « RENACIMIENTO » EN LAS NOVELAS DE LOS SIGLOS XVI Y XVII

España. Hemos hablado ya de *Amadís de Gaula*, el principal de nuestros libros de caballerías; ahora sólo diremos que fué tanta la boga que obtuvo en todo el siglo XVI y parte del XVII que un sinnúmero de escritores, tomándole por modelo, inundaron, puede decirse, á España y á Europa de novelas en que se reproducía su carácter. No omitiremos los nombres de Feliciano de Silva, Pelayo de Rivera, Juan Diez, Toribio Fernández y Ordóñez de Calahorra. Hoy día ni siquiera se hace caso de este ramo de literatura, que inspiró á Cervantes su *Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, no obstante que en él brilló la florida imaginación de los españoles, y por más de siglo y medio sirvió de entretenimiento y solaz su lectura, claro indicio de que no carecía de mérito literario. Ni se puede negar que en medio de sus disparatadas descripciones y extravagancia de estilo, hay en dichos libros sucesos y lances bien eslabonados, situaciones interesantes, caracteres bien dibujados, afectos expresados con la mayor naturalidad y sencillez, y un lenguaje armonioso, fluido y abundante. Lo que más halagaba á aquella época, era el espíritu de pundonor, de religión y de gloria militar llevado hasta la exageración, de que se hacía alarde en las tales novelas; mas su lectura fuera de pervertir el gusto, no podía menos de engendrar entre la plebe ideas erróneas sobre tan elevados sentimientos, y en esta parte necesitaban un buen correctivo.

También se escribieron en esta época libros de caballerías á lo divino con el fin de atacar los profanos, en los cuales, guardando las mismas formas, inculcaban bajo ficciones caballerescas los sanos principios de la religión y de la moral.

Uno de los más curiosos es el intitulado *Caballería celestial*, del valenciano Jerónimo Samper, donde parodiando el estilo y las ficciones de la andante caballería, relata la historia del Antiguo Testamento, y concluye con el anuncio profético de la venida del Salvador, quien está representado bajo el disfraz del *Caballero del León*. Los doce apóstoles son los doce pares, ó los doce de la Tabla redonda. San Juan se llama el *Caballero del Desierto* y Lucifer el de la *Sierpe*.

Otro libro no menos ingenioso en estilo propio y castizo, y sin la afectación ridícula de que adolecían algunos profanos, es *El Caballero del Sol*, del sacerdote palentino Pedro Hernández.

Harto más inútiles fueron las novelas pastoriles, imitación de los italianos. Estas no despertaban ningún sentimiento elevado, ni reflejaban una civilización particular: reducíanse á escenas de amoríos cansados y empalagosos, y muchas no eran otra cosa que cuadros de costumbres, inventados para intercalar poesías hechas anteriormente.

La novela que dió en cierto modo la norma á las demás de esta clase fué la *Diana* de Jorge de Montemayor, poeta portugués (1520-1561), imitada de la *Arcadia* de Sannazaro. En ella cuenta los amores y penas por una dama de quien se había enamorado antes de ir á la guerra de Flandes, y á quien encontró casada después de su vuelta a España. No

tiene la sencillez propia del género, ni los personajes están pintados con naturalidad; mezcla incidentes de la mitología pagana con otros pastoriles, y con encantamientos de los libros de caballería. Lo que en ella encantan verdaderamente es la fluídez de la prosa y la graciosa elegancia de los versos cortos.

Tuvo este escritor algunos continuadores ó imitadores de su novela, distinguiéndose entre todos Gil Polo, caballero valenciano, y hombre muy docto (1516-1572). Compuso la *Diana enamorada* en la misma forma; pero variando ingeniosamente la acción, é introduciendo nuevos episodios. No iguala á su modelo en invención; pero le excede en la elegancia del verso endecasílabo, corriendo parejas las dos novelas en demás defectos y virtudes.

También Lope de Vega en su *Arcadia* y Cervantes en la *Galatea* imitaron el mismo asunto, y con ellos otros muchos poetas, hasta que, cansados de la monotonía y falsedad del género, vino á morir en la misma época de su aparición.

Más armonía con el genio español y costumbres de aquel tiempo tuvo otra clase de novelas, en que todo es original, peculiar y exclusivo de la sociedad española, hasta el mismo calificativo, que no tiene traducción ni equivalente en otra lengua. Es la novela *picaresca*. Su carácter es festivo y satírico, y en ella se retratan con rasgos tomados de la vida real, individuos y clases, que más se prestan para el ridículo y el chiste. Circunstancias especiales de la época en que nos hallamos, cuales fueron entre otras, las prolongadas guerras en países extraños, y el descubrimiento de América, habían dado origen á una multitud de ociosos y vagabundos, que andaban á caza de algún empleillo, y á infinidad de hidalgos vanidosos, holgazanes y tan pobres de hacienda, como ricos de títulos. A esta clase de gente agregábase la vida estudiantil de aquel tiempo, tan llena de aventuras, la de los granujas y muchachos de mala ralea, que, como dice Cervantes, « se desgarraban de casa de sus padres, para irse por ese mundo adelante »; todo lo cual dió materia á narraciones y cuentos llenos de chistes y donaires, á descripciones amenas y entretenidas, y á la pintura de caracteres del modo más picante y gracioso. Dió un nuevo primor á dichas novelas la misma lengua castellana, que en medio de su gravedad, parece hecha expresamente para los asuntos festivos y manejada con maestría por los buenos escritores de aquel tiempo, no solo hizo que fuesen leídas casi con delirio en España, sino que traspasando montes y mares, corriesen por todo Europa.

Don Diego Hurtado de Mendoza, nacido en Granada (1503-1575), uno de los caballeros más cumplidos de su tiempo, diplomático, historiador y poeta, nos dió la primera muestra de este género. Compúsola á la edad de veinte años, siendo estudiante en Salamanca, en los ratos de buen humor que no se escaseaban los jóvenes de aquella universidad, y la dió el título de *El Lazarillo de Tormes*.

El tal Lázaro, que cuenta su propia vida, es un muchado expósito recogido por un ciego astuto y ladino, que le enseña mil trapacerías; pero al mismo tiempo se porta con tanta mezquindad con el pobre Lázaro, que casi le mata de hambre. Resuelve, pues, abandonarle después de vengarse del infeliz ciego, haciéndole dar un salto y estrellarse contra un poste de piedra; y en seguida va en busca de otro amo. Da con un clerizonte, que sale todavía más miserable y tacaño, y también le abandona.

Se ajusta después con un hidalgo pobretón, que en vez de darle de comer, tiene que partir con él el pan y tripas, que Lázaro allegaba de limosna, y así sucesivamente va haciendo la pintura de los amos á cual más avarientos, y cuenta las trazas de que se vale para engañarlos y hurtarles la comida. El lenguaje es puro y castizo, y el estilo vivo y pintoresco, y sembrado de sales y donaires que hacen entretenida la lectura.

Compusiéronse otras muchas según la anterior, sin más diferencia, puesto que en ellas no hay acción propiamente dicha, que la variedad de cuadros más ó menos amenizados con chistes, descripciones y nuevas aventuras. Tales son la *Vida del pícaro Guzmán de Alfarache*, por el sevillano Mateo Alemán, escritor de fines del siglo XVI. La idea capital de este libro fué hacer resaltar los males de la ociosidad, y con este objeto se extiende en reflexiones morales, unas interesantes y otras innecesarias, procurando con ellas atenuar el mal efecto de tantos crímenes y picardías. Es de bastante mérito por la pureza del lenguaje.

Más perfecta como obra literaria es *El escudero Marcos de Obregón*, del presbítero don Vicente Espinel, nacido en Ronda, cerca de Granada (1544-1634). Supone un estudiante pobre que sale de su casa á probar fortuna, con cuya ocasión va pasando en revista las principales clases de la sociedad. Es, á juicio de muchos, la novela imitada, y en parte copiada, por Lesage para su Gil Blas.

Más célebre que las anteriores es la *Vida del gran tacaño ó El Buscón*, por Quevedo. En estilo conciso y rápido, aunque exagerando algunas pinturas, pero siempre festivo, cuenta el mismo Pablos, que es el héroe, quiénes fueron sus padres; los grandes apuros y hambres que pasó en sus primeros estudios, especialmente en casa del *dómine* Cabra; las burlas de Alcalá; los ardides de que se valía, y las desgracias que sin parar llovían sobre él, hasta que se determinó ir á las Indias, por ver si mejoraría su suerte, y termina diciendo « que nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar y no de costumbres ».

Merece también recordarse *El diablo cojuelo* de Luis Vélez de Guevara, ó *Verdades soñadas*, y *Novelas de la otra vida traducidas á ésta*, notable por el ingenio y gracia con que está escrita. Revolviendo algunos frascos, el estudiante Cleofás encuentra al diablo en una redoma, donde le tenía preso un alquimista, y en recompensa de haberlo sacado, le enseña á Madrid de noche y le acompaña á varios puntos del mundo, lo que le permite describir algunas costumbres y hacer la crítica de varias clases y personajes. Fué imitada por Lesage y bautizada con el mismo nombre.

Omitimos hablar de otras novelas del mismo género, lo mismo que de las amatorias y de aventuras, ó intriga y enredo, por ser éstas pocas en número y de escaso interés literario, las cuales estarán durmiendo entre el polvo de las bibliotecas junto con una infinidad de consejos, cuentos y anécdotas, fruto de todos los tiempos.

Más importancia literaria tiene la novela histórica, si tal puede llamarse la que escribió Pérez de Hita con el título de *Guerras civiles de Granada*, obra histórica en el fondo, y amenizada con variedad de ficciones. De mejores títulos goza tanto por la acción que se va desenvolviendo paulatinamente, como por el interés de los personajes la *Historia del Abencerraje y de la hermosa Tarifa* de Antonio de Villegas. *Los reyes nuevos de Toledo* de Cristóbal Lozano pertenece también al mismo género.

Entre las alegóricas por su mérito literario mencionaremos únicamente

el apólogo moral *Lubricio Portundo* de Luis Mejía, *El crotalón*, sátira en sentido protestante escrita quizás por Juan Valdés ó por su hermano Alonso, y *El Criticón* de Gracián.

Solo añadiremos ahora, que no son las picarescas, como algunos han asegurado, imagen viva de las costumbres de la España del siglo XVI, ni de su estado político ni expresión de sus llagas sociales; fueron más bien fruto del carácter y buen humor de aquellos escritores, y muchas de la depravación del gusto, que les hizo descender á pintar con abultada exageración la vida real de clases y seres despreciables. No se fueron á la mano en la descripción de los vicios, así como tampoco refrenaron su imaginación los novelistas del género caballeresco en la pintura de los sentimientos nobles y elevados. Todos se extraviaron, cada cual por su camino, pero todos fueron á parar á los mismos defectos : la falta de sentimientos nobles, la trivialidad de los fines, la carencia casi total de los impulsos de un verdadero amor, la procacidad en hablar soezmente de las personas más ligadas á la vida del corazón, la imitación constante de un mismo modelo (*Lucio ó el Asno* de Luciano de Samosata) y de los mismos vulgares procedimientos, y por fin, ese chiste mal oliente que no puede ir á la parte superior de nuestro espíritu, y por lo tanto, no es capaz de ennoblecer al hombre, ennoblecimiento que es el fin de todas las actividades humanas.

Pero viene en la misma época un escritor, que tomando por guía la verdad, é inspirándose en la bella naturaleza, da con sus producciones, á los unos y á los otros, ejemplos admirables de todas las virtudes literarias, conquistándose desde entonces una fama que no morirá, ni aun cuando muriese la lengua. Este es Miguel de Cervantes Saavedra, gloria de su siglo, de su nación y de las letras.

La ciudad de Alcalá de Henares tiene la honra de haber sido el 7 de octubre de 1547 la cuna de este escritor, el mejor y más perfecto de todos los castellanos. Aunque nobles y honrados sus padres, parece que por su escasa fortuna no pudieron suministrarle los medios de cursar en algnna de las famosas universidades de entonces, sólo se sabe que estudió humanidades con el presbítero Juan López de Hoyos, y que llegó á conocer á fondo los autores latinos. Desde niño tuvo decidida afición á la poesía, « gracia, como él dice, que no quiso darme el cielo », pero que se la sustituyó con otra dote singular, como es ser en la prosa el embeleso del pueblo y la admiración de los sabios. Suplió la falta de estudios universitarios con el trato de personas ilustradas, adquiriendo á la vez una erudición no vulgar con la asidua lectura de los libros de caballerías, cancioneros y demás escritores de su época. Más tarde los viajes, guerras, cautiverio y demás altibajos de su agitada vida, dieron ocasión á su perspicaz ingenio para estudiar por sí mismo el mundo y el corazón humano, y reproducirlo con admirable originalidad en sus obras. Con ocasión de hallarse en Madrid monseñor Aquaviva, amigo de tratar á los hombres de ingenio, entró en su servicio, y cuando partió para Roma llevó consigo á Cervantes, en tiempo que aún resonaban los cantos de Ariosto y el Tasso. Estimulado por la gloria militar, alistóse contra el turco, y á pesar de las calenturas que le afligían y las amonestaciones de su capitán, tomó parte activa en la batalla de Lepanto (1571), donde recibió tres arcabuzazos, uno de los cuales le dejó para siempre estropeada la mano izquierda. Después de su convalecencia siguió sirviendo hasta el

año de 1575, en que, al volver á España en la galera *Sol*, fué con su hermano, tripulación y pasajeros, hecho cautivo y llevado á Argel. Hizo muchas pero inútiles tentativas, en que puso á peligro su vida, para salvar su libertad y la de sus compañeros, manifestando no menos caridad que talento, hasta que los Padres Trinitarios, en 1580, cubrieron la suma de quinientos escudos de oro, exigida para su rescate por su amo Azán, renegado veneciano. Vuelto á España, militó en la expedición contra Portugal, la que terminada, como no le sonriese la fortuna, se retiró á la vida privada, casóse en el año de 1584, y se dedicó á las tareas literarias, para procurarse medios de subsistencia. Compuso por este tiempo la *Galatea* y algunas comedias; pero siéndole muy poco productiva esta ocupación, solicitó para poder vivir, empleos y agencias, que le ocasionaron prisiones y serios disgustos, sobre todo, según es tradición « en un lugar de la Mancha, de cuyo nombre, dice él, no quiero acordarme ». Con el producto de las comisiones y el trabajo manual de su honrada familia, se mantenía, aunque no muy holgadamente, y en los intervalos de estas ocupaciones, compuso las *Novelas ejemplares*, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, algunas comedias y entremeses, el *Viaje al Parnaso* y los *Trabajos de Pérsiles y Segismunda*, novela de aventuras, según el modelo de la del obispo Heliodoro. Realzó las altas prendas de su ingenio con el ejercicio de apreciables virtudes, dejándonos además el buen ejemplo de una muerte cristiana y edificante el 2 abril de 1616.

Las dotes que como escritor distinguen á Cervantes son las de narrador en prosa, y no como quiera, sino eximio, especialmente en los asuntos festivos y picarescos, para los cuales tenía una gracia particular é inimitable.

Doce fueron las novelas que llamó *ejemplares*[1], en contraposición á las que entonces corrían de la escuela de Bocaccio, asegurando él mismo en el prólogo que si por algún modo alcanzara que su lectura pudiera inducir algún mal deseo ó pensamiento, antes se cortara la mano con que las escribió que sacarlas al público. Además de esta cualidad tan recomendable, cada una de ellas es un cuadro bellísimo de costumbres, en que la invención, la pintura de los caracteres, las descripciones, la rica variedad de sucesos, la buena crítica, el estilo, todo, en fin, concurre á interesar y complacer al lector.

Ninguno de los que trataron de imitar esta nueva forma y dirección que él dió á la novela, á pesar de haber entre ellos ingenios notables, como Lope de Vega, Motalván, Tirso y Solórzano pudo compararse con Cervantes.

El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha es la obra maestra de Cervantes, y en el ramo de novelas es la primera del mundo. Sabido es cuánto habían los libros de caballerías estragado el gusto literario, y por consiguiente, á cuántas ideas equivocadas sobre el valor, la religión y demás virtudes podía dar lugar la exageración de las hazañas que en ellos se describían. Pues he aquí el fin y blanco del libro del *Ingenioso hidalgo* y la verdadera intención de su autor como lo dice expresamente en el prólogo, y al terminar la segunda parte : echar por tierra esta disparatada

1. Los títulos son : *La Gitanilla*, *La fuerza de la sangre*, *Rinconete y Cortadillo*, *La española inglesa*, *El amante liberal*, *El licenciado Vidriera*, *El celoso Extremeño*, *Las dos doncellas*, *La ilustre Fregona*, *La señora Cornelia*, *El casamiento engañoso* y *El coloquio de los perros*.

máquina de los libros de caballerías. Y lo que no habían podido lograr con censuras serias y amargas Luis Vives, Fray Luis de León, Melchor Cano, Venegas, Arias Montano y otros, lo consiguió Cervantes con esta sátira alegre, festiva, original é ingeniosa, cual ninguna de este género. Es, pues, esta novela un cuadro completo de costumbres; las aventuras que aquí se cuentan están admirablemente ideadas y enlazadas por el interés vivísimo que inspiran los dos personajes que las van buscando, don Quijote y Sancho Panza. Su unidad no está tanto en la acción como en el pensamiento, que es la locura que une á los dos, amo y criado. Al primero le tienen trastornados los libros de caballerías, y va tras de un ideal de perfección que no existe, sufriendo el hambre, la sed, los palos, las pedradas, en busca siempre de aventuras y encontrando nuevas desgracias sin escarmentar nunca. Al segundo le ciega la esperanza del gobierno de una ínsula, que no sabe dónde está, y el deseo de mejorar su suerte para mantener á sus hijos y mujer; por lo que hace coro con las locuras de su amo, y sufre casi tanto como él. Los caracteres están divinamente descritos: don Quijote y Sancho nos parecen seres que han pisado nuestro mismo suelo, y hasta nos inspiran simpatía, don Quijote está dotado de nobles sentimientos, es discreto y amable en el trato, y sólo desbarra cuando le tocan en su monomanía de los libros de caballería. Sancho es sincero, manso de carácter y de juicio recto; y aunque su pobreza y baja condición le hacen desear bienes, es porque tiene hijos y mujer; ni se muestra tan interesado ó egoísta que no sienta, como hombre de honor, que su amo le despida y le eche en cara su poca lealtad, respondiéndole que « no viene de alcurnia desagradecida y que quiere seguirle á toda costa ». De manera que estos dos caracteres, al parecer tan opuestos, son moralmente bellos, y al ponerlos Cervantes en escena y al reflejar en ellos las costumbres españolas de aquel tiempo, no quiso hacer mofa, como erradamente afirmó Montesquieu, de nuestro espíritu nacional, sino de los libros de caballerías, indignos del espíritu que los había dictado. Precisamente el ideal del perfecto caballero, que es ser *cristiano*, *valiente* y *comedido*, es el que resplandece en toda la obra del *Quijote*.

Mas el mérito principal de esta novela, que admira y embelesa á nacionales y extranjeros, aún traducida á sus respectivas lenguas, no está solamente en lo ingenioso de la fábula, en la variedad de aventuras, en la riqueza de descripciones, en el encanto del estilo y armonía del lenguaje, de donde brotan como de una fuente las sentencias llenas de sabiduría y los refranes tan agudos como oportunos; todas estas bellezas, si bien de primer orden, se encuentran en muchos libros, y trasladadas á otros idiomas conservan más ó menos su colorido. Su relevante mérito está en el armonioso conjunto de todas las bellezas de la imaginación y del entendimiento, que hacen estimable una obra literaria. El felicísimo ingenio de Cervantes acertó á reunir como en un inmenso panorama, lo más pintoresco y variado que es capaz de inventar una imaginación brillante, y lo más razonado y juicioso de un buen entendimiento. Estas dos facultades se dieron amigablemente la mano para producir una obra de gusto, que pasará á la posteridad como la *Iliada* y la *Odisea* de Homero, pero que será mucho más leída, dice F. Schlegel, porque en ella « está elevada á la dignidad de la poesía la *exposicion*, representación prosaica de la vida presente, que inútilmente han tratado de imitar los franceses, ingleses y alemanes ».

En 1605 dió á luz Cervantes la primera parte, y antes que saliera la segunda, un escritorzuelo, queriendo robarle la gloria, se encubrió bajo el seudónimo de Avellaneda, y publicó en 1614 una segunda parte del *Quijote*, en la que insultó á Cervantes, llamándole viejo, manco, pobre, envidioso y maldiciente. Se sospecha quien pudo ser; pero no hay documentos. Menester era la osadía del ignorante para continuar la obra del *Quijote*, y el supuesto Avellaneda la tuvo, pues, aunque no se le puede negar cierta soltura en la narración y algo de gracejo, comparada con la que imprimió Cervantes el año de 1615, resaltan más sus defectos, que son pobreza en la invención, monotonía, obscenidades repugnantes y hasta grosería en el lenguaje. Al contrario, la segunda parte de la obra de Cervantes es más regular y perfecta que la primera, y don Quijote y Sancho, sin desmentir su carácter, son cada día más consecuentes en sus locuras respectivas. No hablaremos de los defectos de este libro inmortal, porque estos son pocos é insignificantes, no bastando todos ellos juntos para que deje de agradar cada vez más su lectura, y que aun aprendido de memoria, nunca canse el repetirlo.

En sus últimos años escribió un poema en tercetos, de ocho cantos, y como de trescientos versos cada uno, intitulado *Viaje al Parnaso*. Hace una reseña de los poetas españoles, elogiándolos ó censurándolos, según sus méritos, y como por carácter era más inclinado á la indulgencia que á la severidad, su juicio es bastante moderado en la censura y excesivo en las alabanzas.

Italia. Las novelas de los siglos XVI y XVII son, á juicio de los mismos críticos italianos, una verdadera colección de ridiculeces malsanas. Hubo algunos escritores celosos que quisieron dar una nueva dirección á las obras de este género, como Cintio Giraldi, médico ferrarés, y Sebastián Erizzo, veneciano; pero desgraciadamente fueron muy poco leídas. Tienen el mérito de haber suministrado asuntos para algunos dramas de Shakespeare, como el *Otelo*, tomado de Cintio, y *Romeo y Julieta*, de Luis da Porto.

UNIÓN DE LAS ESCUELAS « ERUDITA » Y « POPULAR » EN EL TEATRO DE LOS SIGLOS XVI Y XVII.

Como consta por nuestras historias y leyes, había desde muy antiguo en España representaciones dramáticas religiosas y profanas. Las primeras se hacían en las iglesias y catedrales, y las segundas en las plazas y calles públicas, y en los palacios de los reyes y nobles.

De estos primitivos ensayos no han quedado más que los títulos con que se les designaba, á saber: el de *misterios* y *milagros*, que se daba á las representaciones en que se ponía en escena algún pasaje del Evangelio, ó se conmemoraba algún suceso extraordinario de la vida de un santo; y el de *juegos de escarnio*, que se reducían á farsas para entretenimiento y solaz de los espectadores, en donde el *bobo* ó gracioso hacía el principal papel. El poco miramiento de algunos juglares á la moralidad y á la decencia, desacreditó esta segunda clase, de manera que una ley de las *Partidas* al permitir á los clérigos las primeras, les prohibe estos juegos, *porque facen muchas villanías e desapusturas*.

Pasando por alto ciertas composiciones en que se empleó el diálogo como forma más pintoresca, y en las cuales se marcaron ya ciertos caracteres, el presbítero Juan de la Encina, nacido cerca de Salamanca (1468-1534), es el primero que nos ofrece en sus *Églogas* visos de forma dramática, y alguna complicación en el asunto, pero todavía sin enredo. Fueron representadas en el palacio del duque de Alba. Los asuntos de las sagradas están tomados de las festividades de la Iglesia, por cuyo motivo se compusieron; los de las profanas suelen ser escenas de amor con alguna referencia á los sucesos de la época, burlas y bromas de rústicos y estudiantes.

A este poeta, y asimismo á su contemporáneo Lucas Fernández, á Francisco de Madrid y varios otros que ilustraron el siglo XV con *églogas* y *autos*, ó sea piezas de asuntos sagrados, les debe el arte dramático sus primeros progresos. Siguieron prevaleciendo, especialmente en Castilla, hasta el reinado de los reyes católicos, los géneros *religioso* y *alegórico-moral* nacidos, según hemos indicado, en el seno de la Iglesia, que procuró siempre utilizar en bien de los fieles, para hacerles amar lo bueno y detestar lo malo. Estas representaciones sagradas, pero más las del siglo siguiente, hechas con ese brillo que alcanzó entonces la literatura, y con esa grandiosa majestad de que suele hacer alarde un pueblo rico y victorioso, y muy especialmente los asuntos de la Biblia y de la Historia eclesiástica, que abren tan ancho campo á la inspiración del poeta, no pudieron menos de ejercer notable influencia en la formación de nuestro teatro nacional

Pero la obra que enseñó á los poetas á dar más extensión á la fábula, á manejar el diálogo con naturalidad y viveza, y á pintar los caracteres fué la *Celestina*, tan elogiada después por los extranjeros, que uno de ellos llegó á decir que era superior á cuanto nos habían legado los griegos y romanos. Es una novela en forma dramática, de veintiún actos ó jornadas, escrita á principios del siglo XVI por el bachiller Fernando de Rojas, nacido en la Puebla de Montalbán.

Consta que él fué autor de esta tragi-comedia, por unos versos de arte mayor acrósticos, que se leen al principio de su libro.

Redúcese el argumento á lo siguiente : Calixto, hijo de una familia honrada, en vez de pedir la mano de Melibea, se vale de una mala vieja, tercera en amores, para que la seduzca. La vieja, llamada Celestina, logra su objeto, á que se siguen una multitud de lances, á cual más trágicos, viniendo á morir la vieja á manos de los criados de Calixto. Este es perseguido y muere de una caída, y Melibea, desesperada, se arroja, de lo alto de una casa, y muere también. Aunque la intención del autor fué alejar á los jóvenes de los desórdenes que trae consigo esta pasión, la viva pintura de algunos cuadros es inmoral y peligrosa, por el aliciente del mal ejemplo en una materia tan lisonjera á los sentidos.

Por sus dotes literarias, cuales son la verosimilitud con que se va desenvolviendo la acción, el estilo gracioso y elegante, aunque algo deslucido por la erudición mitológica, achaque de aquel entonces, y sobre todo por la hermosa pintura de los caracteres, chistes y viveza del diálogo, fué acogida con universal aplauso. No sólo en España, sino en Italia y Francia, se hicieron muchas ediciones y traducciones, que fueron parte para la formación del teatro moderno.

Bartolomé Torres Naharro, presbítero como Encina, y nacido en la

Torre, pueblo cerca de Badajoz, es el primer poeta en quien se nota la propensión del genio español al drama. Sólo se sabe de su vida, que estuvo cautivo en Argel, y después de rescatado pasó á Nápoles, donde imprimió el año de 1515 sus ocho comedias con el título de *Propaladia*, ó primicias del ingenio, y en Roma las hizo representar el año de 1520. El fondo de la acción lo constituyen cuadros novelescos y de costumbres, en que se vislumbra la genuina comedia española de capa y espada, adviértese artificio dramático, y el lenguaje, si bien tiene el capricho de mezclar en algunas varios idiomas, es culto y armonioso.

En el prólogo á su *Propaladia* explica la diferencia entre tragedia y comedia, divide esta última en *introito* y *argumento*, siguiendo á los antiguos, que exponían al principio lo que se había de tratar, á que se llamó *loa* ó prólogo en nuestro teatro. Da preceptos sobre el número de personajes, y hablando del decoro de la comedia, dice que es « como el gobernalle en la nao, que el buen cómico debe siempre traer ante los ojos ». A pesar de sus reglas mostróse á veces demasiado libre en las ideas, y poco limpio en moral.

Mucho se habría adelantado en el arte, si las guerras de aquellos años, los nuevos descubrimientos, y las justas y torneos, á que era sumamente aficionado el emperador Carlos V, no hubiesen absorbido la atención de los grandes de la corte, y de mucha parte de la sociedad, razón por la cual el género dramático no fué en aquella época de los más favorecidos. Igual ó peor suerte corrió en tiempo de Felipe II, si no por la misma, por otras causas semejantes, á pesar del gran movimiento literario de su reinado. Mas el pueblo que no podía estar sin esta clase de espectáculos, se solazaba con la representación de comedias, farsas y pasos que las compañías ambulantes le daban en los *corrales* de que habla Cervantes, donde se armaba un tablado, « y se adornaba con una manta vieja y demás útiles, que todos cabían en un saco ».

Con todos estos obstáculos crecía la afición al género, llegándose á contar, según don Manuel Cañete, treinta y ocho poetas dramáticos de nota, anteriores á 1540. Para no ser prolijos, recordaremos únicamente los que á juicio de los críticos son los príncipes en esta época de formación del teatro nacional, á saber : Gil Vincente, portugués (1480-1557), y Lope de Rueda, sevillano (1500-1567).

El primero escribió como cuarenta piezas en portugués y en castellano; para cuya composición le ayudaba su hija Paula, actriz de primera nota, las cuales ofrecen bastante artificio dramático, y no carecen de ingenio y gracia. La comedia *El viudo* es una de las más ingeniosas y en que estuvo feliz. El segundo abandonó el oficio de batidor de oro por representar y hacer comedias, para lo cual formó una compañía de cómicos, y recorrió con ella las principales poblaciones de España. Como hombre salido del pueblo, no tenía más conocimientos que los que había adquirido con su natural ingenio, y quizás con la lectura de la *Celestina* y las comedias de Naharro, cuyo carácter novelesco conservó en las que él ofrecía al público. Cuatro son las comedias que de él nos han llegado : *Los engaños*, *La Medora*, *La Eufemia* y *La Armelina*, que es de magia ; compuso además doce *pasos* en los cuales censura las costumbres del bajo pueblo y son de corta extensión, y varios *coloquios* entre pastores al modo de las églogas de Encina. No obstante la inverosimilitud de que adolecen sus comedias, se ve que tenía alta idea del arte, y un conoci-

miento no vulgar de la lengua. Pintó con bastante propiedad los caracteres, complicó ingeniosamente los argumentos, mezclando lo jocoso con lo serio, y entablando diálogos tan animados y graciosos, que con razón es tenido por uno de los padres de la comedia española. No dejó de manchar algunas escenas con groserías y obscenidades, aunque no en tanto grado como Naharro.

Por la afición del pueblo á las comedias en que se trataban asuntos caballerescos y religiosos, donde veía retratadas sus costumbres y creencias, iba tomando el teatro español ese carácter de originalidad que le distingue del de los otros pueblos y que tiene sus peculiares vicios y virtudes. Los poetas de la segunda mitad del siglo XVI, queriendo dar gusto al pueblo, como de sí lo dijo claramente Lope de Vega, reprodujeron en sus piezas los mismos sentimientos, pero con más brillantez y gusto que lo había hecho Lope de Rueda, aunque no exquisito y perfecto. Sobre todo en la parte material hubo un verdadero progreso. Naharro, actor excelente, natural de Toledo, dice Cervantes, « levantó algún tanto el adorno de las comedias. Sacó la música, que antes cantaba detrás de la manta, al teatro público; quitó las barbas de los farsantes, que hasta entonces ninguno representaba sin barba postiza, é hizo que todos representasen á cureña rasa si no era los que habían de representar los viejos, y otras figuras que pedían mudanza de rostro. Inventó tramoyas, nubes, truenos y relámpagos, desafíos y batallas. »

Cuéntanse entre los poetas más afamados posteriores á Lope de Rueda, Luis de Miranda, elogiado especialmente por Moratín por la verosimilitud que observa en la *Comedia pródiga*; Juan de la Cueva, quien según su sistema de sacar el arte dramático del carril en que le querían meter los eruditos, serviles imitadores del arte antiguo, inventó la comedia histórica, y ejercitó su numen en otros asuntos novelescos é ideales; pero faltándole el suficiente criterio, y aun vena para elevarse convenientemente, no dió ejemplos de regularidad y decoro. Usa muchas veces de un estilo hinchado, y su versificación no es tan armoniosa como era de desear. Cristóbal de Virués, menos poeta que el anterior, es autor de cinco tragedias, en las cuales, como él dice, procuró unir la fineza del arte antiguo con el uso moderno. Faltóle el debido tino, y aunque merece elogios su buen celo, sus piezas se resienten de confusas y desordenadas.

Por último, y para no ser prolijos, nombraremos á Miguel Cervantes, de quien hablaremos después más largamente, el cual compuso gran número de comedias, algunas de las cuales han llegado á nosotros; pero no se recomiendan ni por el plan, que está demasiado recargado de incidentes, ni por el movimiento dramático. Una de las mejores es la de los *Tratos de Argel* en que describe la triste situación de los cristianos cautivos, donde se pinta á sí mismo, la cual debió de interesar en su tiempo. Como tragedia, es superior á las de Virués la *Numancia*, no porque en ella brillen la unidad del plan y buena distribución de las partes, que á esto han faltado frecuentemente nuestros dramáticos, sino por la alteza de los pensamientos y versificación robusta y sonora. Sin embargo, Cervantes estaba dotado de excelentes dotes cómicas, las cuales, así como su ameno y fácil estilo, brillan más en los entremeses, especialmente en el de *Los dos habladores*.

Al mismo tiempo que se hacían estos ensayos, moviéndose los

poetas al compás del instinto del pueblo, que los llevaba á tener un teatro nacional, no faltaron poetas eruditos en este mismo siglo XVI, que viendo la imperfección y tosquedad de las primeras piezas, comparadas con la regularidad y belleza de las griegas y latinas, que ellos leían y explicaban en las escuelas, se esforzasen por aclimatar este mismo sistema en España. Esto dió lugar á una lucha entre los sostenedores del *uso antiguo* y del *uso nuevo*.

Diéronse algunos eruditos, como Villalobos y Simón de Abril, primeramente, á traducir á Plauto y Terencio, y algunas piezas de Aristófanes y Eurípedes, no tanto para que se representasen, como para que los que se dedicasen al estudio de estas lenguas aprendiesen á copiar sus bellezas. Otros literatos, como Diaz Tanco, Boscán, Pérez de Oliva y Mal-lara, llenos de entusiasmo por el teatro griego, se lanzaron á componer tragedias conforme al gusto de los antiguos, algunas de las cuales todavía se conservan. A pesar de todo su celo, no gozaron de mucha aceptación, ora fuese porque al pueblo no le interesaban las fábulas del paganismo, ora porque no acertasen á darles el primor de las formas y sencillez de plan que tenían sus modelos: pero más que todas las razones porque el genio dramático español había de ir por otras vías.

Los dramáticos anteriores á Lope, siguiendo cada uno su inspiración y su rumbo, no habían acertado á dar á sus representaciones el verdadero carácter de tales : unas eran demasiado sencillas, otras, aunque cultas é ingeniosas, no satisfacían; y otras, por fin, como las de Cuevas, Virués y los Argensolas, compuestas, ora según las reglas clásicas, ora mezcladas con formas propias y originales, no pasaban de ser ensayos informes, y á veces verdaderos monstruos, sin que en su conjunto reflejasen el carácter español. Lope de Vega entrevió, más por inspiración é instinto que por estudio, las necesidades y gustos del pueblo, cuyo voto es el decisivo en esta materia, reprodujo en sus dramas el espiritualismo de los tiempos modernos, la caballerosidad española con todas sus hazañas y recuerdos históricos y el sentimiento religioso de la época. « Entonces la nación, atónita y embelesada, dice hermosamente el señor Durán, aceptó el presente del gran poeta, y ciñó sus sienes con inmarcesible corona de gloria, de gratitud y de respeto, y la fama llevó su nombre y sus obras inmortales á los otros climas. »

De suerte que aun cuando antes de Lope había comedias y tragedias, él las regularizó, dándoles más aliño y cultura, y sobre todo, ese espíritu nacional, por lo que ha merecido el título de *creador* del arte dramático español.

Nació, como dijimos, este fénix de los ingenios, en Madrid, el año de 1565, de padres nobles, quienes le dieron una educación esmerada y le proporcionaron todos los conocimientos correspondientes á su clase. Los sucesos extraordinarios de aquella edad venturosa por las ideas levantadas de honor, religión y patria, y los azares de su juventud en viajes y guerras por mar y tierra, exaltaron su imaginación ardiente y fecunda y llenaron su corazón de sentimientos caballerescos. Esta fué la escuela donde aprehendió tantas aventuras como reprodujo despues en sus piezas, á que se añadió el trato con hombres de diferentes clases y naciones, que le enseñó á pintar las diversas costumbres y situaciones de la vida. Habiendo quedado viudo de sus segundas nupcias, se ordenó de sacerdote, cuyo estado le ofreció más paz y sosiego para dedicarse al teatro.

que era todas sus delicias. Y fué tal la reputación que alcanzó, que por muchos años oscureció á todos los dramáticos de su tiempo, llegando su fama hasta los oídos del Papa Urbano VIII, quien le escribió de su puño una carta muy lisonjera para el poeta. Parece fabulosa su fecundidad, si no estuviese confirmada con testimonios de sus contemporáneos, quienes aseguran que escribió mil ochocientas comedias, cuatrocientos autos sacramentales, fuera de otras muchas composiciones en varios géneros, calculando en veintiún millones el número de versos. Estuvo dotado de un genio suave y apacible, que siempre mostró en su trato y conversación, siendo á su vez de todos correspondido; pero la envidia, pesarosa de su fama, ya que no pudo hincar el diente cuando vivía, se cebó después de su muerte, el año de 1635, vituperando sus obras y acusándole de haber introducido el desorden en nuestro teatro.

Imposible sería entrar á analizar su inmenso teatro. Entre sus producciones más notables, se pueden citar las siguientes : *La Estrella de Sevilla*, *La discreta enamorada*, *La noche Toledana*, *La Dama boba*, *El Acero de Madrid*, *Lo cierto por lo dudoso*, *El mejor Alcalde el Rey*, *La Moza de cántaro*, *Las flores de Don Juan*, *El castigo sin venganza*, *La hermosa fea*, *San Diego de Alcalá*, *El anzuelo de Fenisa*, *Las paces de los reyes*, *Judía de Toledo*, *Fuente ovejuna*, *Los Tellos de Meneses*, etc., etc.

La *Estrella de Sevilla*, por su carácter de *capa y espada* y porque está toda ella como impregnada del espíritu pundonoroso y caballeresco de la época, ha logrado gran fama. En ella, el Rey don Sancho el Bravo se enamora de Estrella, hermana de Busto Tavera, y prometida de Sancho Ortíz de las Roelas. No pudiendo ganar á Busto, no obstante el haberle colmado de honores, el rey, siguiendo el consejo de un cortesano, Arias, corrompe á una esclava de Busto, y penetra en la casa de Estrella. Ella, nada sabe; Busto sorprende al galanteador disfrazado, lo desafía, lo acorrala, lo pone en fuga y le deja huir cuando el rey, para salvar la vida, dice su nombre. El monarca determina la muerte de Busto, para lo cual llama á Sancho Ortíz y le manda matar á cierto caballero, reo (dice) de un delito contra el rey, asegurando al matador la impunidad. Sancho rehusa toda seguridad, pues le basta la palabra real, pero se indigna ante la idea de que se le juzgue capaz de matar á traición, como se lo propone el rey :

.... Señor!
Siendo yo Ortíz y soldado
¿Me queréis hacer traidor?
¿Yo matar á un descuidado?
Cuerpo á cuerpo he de matarle
Donde Sevilla lo vea,
En la plaza ó en la calle;
Que el que mata y no pelea
Nadie puede disculparle.

En cambio pide la mano de una dama á quien largo tiempo corteja, y el rey se la otorga; Sancho ignora el nombre del caballero á quien ha de matar, y el rey el de la dama; al salir del palacio desdobla el papel que el rey le entregara y lee el nombre de Busto; lucha el vasallo fiel, con el amante, y luchan el supuesto deber para con su rey, y el amor á esa dama que el mismo rey le concediera. Vence lo que él cree su deber: encuentra á Tavera, lo reta y lo mata; y cuando, después de una escena

bellísima en que Estrella se ha ataviado con amor para recibir á Sancho, entran tumultuosamente el cadáver de Busto, se levanta entre los dos amantes una valla infranqueable. Estrella se retira á un monasterio, y el rey queda humillado con el crimen inútil que lo mancha, y lleno de admiración y de respeto por el heroísmo, la fidelidad y el noble pundonor de los hijos de Sevilla.

De *El mejor Alcalde, el Rey* nos da el argumento, Elvira, en sus sentidísimas quejas al Rey de Castilla Don Alfonso, en el acto de hacerle justicia contra los atropellos de un poderoso. Dice así :

Luego que tu nombre
Oyeron mis quejas,
Castellano Alfonso,
Que á España gobiernas,
Salí de la cárcel
Donde estaba presa.
A pedir justicia
A tu real clemencia.
Hija soy de Nuño
De Aibar, cuyas prendas
Son bien conocidas
Por toda esta tierra.
Amor me tenía
Sancho de Roelas;
Súpolo mi padre,
Casarnos intenta.
Sancho, que servía
A Tello de Neira,
Para hacer la boda
Le pidió licencia;
Vino con su hermana;
Los padrinos eran :
Vióme, y codicióme;
La traición concierta.
Difiere la boda
Y viene á mi puerta
Con hombres armados
Y máscaras negras.
Llevóme á su casa,
Donde con promesas
Derribar pretende
Mi casta firmeza
Y desde su casa
A un bosque me lleva,
Allí donde sólo
La arboleda espesa
Escuchar podía
Mis tristes endechas...
Viviré llorando,
Pues no es bien que tenga
Contento ni gusto
Quien sin honra queda.
Sólo soy dichosa
En que pedir pueda
Al mejor alcalde
Que gobierna y reina,

Justicia y piedad
De maldad tan fiera.
Esto pido, Alfonso,
A tus pies que besan
Mis humildes labios,
Ansí libres se vean
Descendientes tuyos
Las partes sujetas
De los fieros moros
Con felice guerra;
Que si no te alaba
Mi turbada lengua,
Famas hay y historias
Que la harán eterna.

En *Peribáñez*, el Comendador de Ocaña muere á manos del labrador que impide su deshonra, y, puesta á precio la cabeza del matador, el mismo Peribáñez se presenta al Rey con su esposa Casilda, para que ésta, al relatar el hecho y al acusar, por lo tanto, á su marido, tenga en su viudez el pan que el labrador no podría darle. Hay en esa obra una confidencia de Casilda á sus amigas, que puede servir de ejemplo para comprender el espíritu bellísimo que Lope derramaba infinitas veces en sus obras. Habla Casilda :

Cuando se muestra el lucero
Viene del campo mi esposo,
De su cena deseoso;
Siéntele el alma primero,
Y salgo abrille la puerta,
Arrojando la almohadilla;
Que siempre tengo en la silla
Quien mis labores concierta.
El, de las mulas se arroja,
Y yo me arrojo en sus brazos;
Tal vez de nuestros abrazos
La bestia hambrienta se enoja,
Y sintiéndola gruñir,
Dice : — En dándole la cena
Al ganado, cara buena,
Volverá Pedro, á salir! —
Mientras él paja los echa,
Ir por cebada me manda;
Yo la traigo, él la zaranda,
Y deja la que aprovecha.
Revuélvela en el pesebre,
Y allí me vuelve á abrazar;
Que no hay tan bajo lugar
Que el amor no lo celebre.
Salimos donde ya está
Dándonos voces la olla...
Abáhole su escudilla
De sopas con tal primor,
Que no la come mejor
El señor de nuestra villa;

Y él lo paga, porque á fe,
Que apenas bocado toma,
De que como á su paloma,
Lo que es mejor no me dé.
Bebe y deja la mitad,
Bébolo las fuerzas yo;
Traigo olivas, y si no,
Es postre la voluntad;
Acabada la comida,
Puestas las manos los dos,
Dámosle gracias á Dios
Por la merced recibida... etc.

Ciertamente que á Lope, no hay quien le iguale en inventiva dramática, ni en risueña y graciosa fantasía.

Sin embargo, en sus composiciones no fué perfecto; casi todas se resienten de esa asombrosa facilidad, que extravía generalmente á los más grandes poetas, cuando el buen juicio no la contiene. En ellas se admira la buena idea que casi siempre le acompaña; pero también se echa de ver la falta de paciencia para combinar bien el plan y para desenvolverle con arte, de suerte que el ansia de acabar le hacía, como suele decirse, « manchar la tabla aprisa ». Agolpaba, además, escenas sobre escenas, según la creciente de la inspiración, y al verse sin salida, cortaba el hilo, privando al espectador inteligente y de gusto del placer que causa la marcha de la acción y su natural desenlace. Por eso se dice que es el autor que tiene menor número de comedias buenas, y mayor número de escenas admirables. Él creó el tipo de la mujer cristiana, que en sus comedias es modelo de decoro y honradez, y también el del gracioso, en vez del *bobo* de los anteriores dramáticos; descubre una sensibilidad exquisita y una galantería fina y delicada; el diálogo es fácil y animado; y su poesía, limpia como el agua de una fuente, fluye halagando el oído con deliciosa armonía.

Con la autoridad de Lope prevaleció el drama novelesco, trasunto de la idealidad caballeresca, que hacía las delicias del pueblo español, el cual gustaba de ver no tanto una acción, cuanto la vida de un héroe ó un cuadro de sus hazañas. De ahí que prescindiesen los poetas de las unidades de lugar y tiempo, y á veces de la acción, por creer estos y otros preceptos sacados de la literatura griega, inaplicables á los asuntos modernos, que llevan consigo más complicación.

Siguiéronle en este sistema el licenciado Miguel Sánchez, llamado el *divino*; el doctor Mira de Amescua; el canónigo Tárrega; don Gaspar Aguilar; el presbítero Montalbán, íntimo amigo de Lope; el capitán Guillén de Castro; Vélez de Guevara, autor de más de cuatrocientas comedias; y otros muchos contemporáneos suyos. El más célebre es Guillén de Castro por sus cuarenta comedias, entre las cuales forma su mejor corona de gloria *Las mocedades del Cid*, imitada y copiada en parte por Corneille, de la cual dijo Voltaire « que todos los primores del Cid francés se encontraban en el Cid español ». Completó el cuadro de la vida del héroe en la segunda parte, que intituló *Hazañas del Cid*.

Otros dramáticos hubo, que modelándose por las de Lope, le aventajaron, si no en la fecundidad, en dotes cómicas, y aun en las formas. Recordaremos algunos bien merecedores, por cierto, de la corona de Talía.

Tirso de Molina, seudónimo de Gabriel Téllez, nacido en Madrid el 1585, hizo sus estudios en Alcalá, y se dedicó á componer para el teatro; pero á los cincuenta años tomó el hábito de la Merced, y fué escritor de su Orden y predicador de mucha nombradía. Escribió antes de hacerse religioso como trescientas comedias, en cuyas fábulas no llegó á la inventiva de Lope, ni supo pintar á la mujer con aquel decoro de que éste daba tan bellos ejemplos; pero tiene más fuerza cómica y flexibilidad para adaptarse á toda clase de situaciones, y describe mejor los caracteres. El drama que le ha dado más celebridad es *El Burlador de Sevilla* en que creó el tipo de don Juan Tenorio, que tanta boga ha tenido hasta nuestros días. Es bastante irregular en los dos primeros actos, pero de grande efecto en el tercero por lo patético y sublime de las situaciones. El crítico alemán Schack coloca la *Venganza de Tomar* de Tirso entre los más celebrados dramas trágicos de los españoles, ensalza *La prudencia en la mujer* entre los heroicos, y asimismo en los *Escarmientos para el culpado*; elogia á Tirso como escudriñador del corazón humano, mas al llegar al *Condenado por desconfiado*, pieza dramática á lo divino, dice: « Aunque no hubiese escrito más que ésta, no se le podría negar el título de gran poeta. Como abeja entre rosales, añade, vaga volando su genio poético en el jardin florido de la fértil poesía, y si tiene aguijón para criticar, también tiene miel. » Al contrario, Jorge Ticknor, de quien dice el señor Valera que no conoce ó no recuerda las producciones de Tirso, le juzga poeta fácil, ingenioso, buen versificador, pero inmoral, chocarrero y extravagante.

Entre las comedias de enredo ó de intriga (género especialísimo de Tirso), á más del *Don Gil el de las calzas verdes*, merece un lugar preferente *La Villana de Vallecas*, cuyo argumento, en pocas palabras, es como sigue:

Don Guillén de Herrera es un caballero que ha pasado á Valencia donde cambia su nombre por el de Don Pedro de Mendoza. En esta ciudad logra enamorar á una dama, alcanzando sus favores y huyendo á Madrid después. La dama burlada sigue en su viaje al burlador de su honestidad, acomodándose en Vallecas donde se disfraza de villana. Durante el camino, el supuesto Mendoza encuéntrase en Arganda con el verdadero Mendoza de cuyo equipaje se apodera cambiándolo por el suyo. Entonces se entera de que el verdadero Mendoza se casa, por lo cual se anticipa á éste, se presenta á la dama, y Doña Violante logra por su talento y con los ardides que le sugiere el amor, apartarle de sus devaneos, hacerle reconocer su falta y casarse con ella.

La posteridad ha resarcido la poca estima que de los trabajos de don Juan Ruiz de Alarcón tuvieron sus contemporáneos, calificando sus comedias un tratado de filosofía práctica, y proponiéndolas á los jóvenes como modelos, por lo morales y bien concertadas, y muy especialmente por estar limpias del contagio gongorino. Nació en Tasco de Méjico en el siglo anterior, y murió en Madrid el año de 1639, siendo relator del consejo de Indias. No es muy numeroso el repertorio de este poeta; pero en cambio, las veinticinco que se le reconocen como propias, tienen un fin moral, y si no es tan fecundo en bellezas como los de su tiempo, su frase es más correcta y sostenida, à la cual sabe dar esa gracia cómica, urbana y delicada, que tanto le distingue de la punzante y maligna de Tirso. Entre éstas hay algunas de *capa y espada* y *heroicas*; pero las de *costumbres*

son las que merecen el primer lugar. Tales son entre otras *La prueba de las promesas*, *Las paredes oyen* y *La verdad sospechosa*. De esta última, imitada por Corneille en su *Menteur*, decía este insigne poeta, « que daría dos de las mejores que había compuesto por el argumento de la de Alarcón ». Llamábala « maravilla del teatro », y afirmaba no haber hallado ninguna que se le pareciese entre antiguos y modernos. Y aludiendo á esta y al *Cid* de Guillén de Castro, dijo Voltaire en sus *Comentarios* : « Forzoso es confesar que debemos á España la primera tragedia patética, y la primera comedia de carácter que ha dado á Francia celebridad ».

La verdad sospechosa es quizá la obra maestra de Alarcón. Don García, caballero mozo y de grandes prendas, pero afeadas por el vicio de la mentira, llega á la corte y al siguiente día ve á dos hermosas damas que entraban en una tienda. Entabla conversación con una de ellas, y fingiendo que es indiano hace un año venido á España, y otro tanto tiempo enamorado de su interlocutora, pretende ser correspondido. Poco después encuentra á un amigo, quien le cuenta estar apasionado de una mujer, de la que estaba celoso por saber había un caballero dado en honor de aquella una gran fiesta en el río. Nuestro protagonista se hace pasar por el festejador, no más que por adquirir fama de afortunado, pero sin saber de quien se trataba. Su padre le propone una boda ventajosísima, que él admitiría con gusto si la hermosura de su recién conocida no le hiciera olvidar todo otro proyecto de matrimonio. Por no aceptar la proposición paterna, se finge casado en Salamanca (de donde acaba de llegar, cursados sus estudios) ; el padre deshace todo cuanto había preparado para el matrimonio, en el momento en que el joven se entera de que la que había sido su prometida, era precisamente su amada. Este es el argumento, deficentísimo, porque hay tal cúmulo de enredos y situaciones íntimamente unidas á la acción, que exponer el argumento entero sería referir la comedia entera.

Don Agustín Moreto, nacido en Madrid el 1618 fué muchos años capellán de un hospital de Toledo, alternando los oficios de caridad con el honesto cultivo de las musas, y al morir el año de 1669 hizo á los pobres herederos de todos los bienes. Escribió más de cien piezas escénicas, distinguiéndose las mejores por la regularidad de los planes en que aventaja á sus contemporáneos, y por el estilo, si no exento, á lo menos no tan plagado de extravagancias culteranas. Bien fuese porque el frondoso campo del género romancesco y heróico estaba ya bastante segado, ó porque su espíritu observador le llevase á penetrar en el laberinto del corazón humano, se dedicó con más ahinco á retratar las pasiones y pintar caracteres, satirizando sus defectos y miserias. Así en *El Lindo don Diego* describe el tipo del hombre fatuo y casquivano : en *El Parecido en la corte* critica de un modo festivo, pero punzante, las costumbres de los altos personajes, y en *De fuera vendrá quien de casa nos echará* pone de manifiesto ciertos caracteres ridículos. Pero donde honró la escena española y él se cubrió de gloria, fué en *El desden con el desden*, cuyo título explica el pensamiento de conseguir por la indiferencia un amor que no había podido obtener á fuerza de obsequios. Desarrolla magistralmente esta idea en su comedia, que ha sido traducida, y representada en todas las lenguas y teatros. Diana, hija del Conde de Barcelona, ha determinado no casarse :

Con amor ó sin amor,
Padre, casarme no puedo :
Con amor, porque es martirio;
Sin amor, porque no quiero.

Con todo, su padre, con ocasión de las fiestas de carnaval, le presenta algunos galanes, entre los cuales está el Conde de Urgel, Carlos. La afectada frialdad del Conde de Urgel es acicate para la dama, que se resuelve á prender en sus redes al desdeñoso galán, y de tal modo lo consigue, que le obliga á declarar su amor hacia ella. Ante la venganza de un nuevo desdén, finge entonces el Conde que su declaración precedente fué una broma, ó más bien el cumplimiento de su deber en aquellas circunstancias, porque era costumbre en Barcelona y en aquellos días, atender y enamorar á la dama que le caía en suerte. Creyéndolo Diana, se siente humillada y más que nunca decidida á enamorar á aquel hombre de hielo; y después de varios ardides en que su orgullo más y más se siente herido, acaba por enamorarse rendidamente, y se casa con quien ha sabido vencer su desdén con el desdén.

Cierto es que en otras piezas no estuvo á la altura de su fama, y que algunas ideas están tomadas de otras anteriores que él refundió, como *El valiente y justiciero*, *El Infanzón de Illescas*, y la citada anteriormente, *El desdén con el desdén*, que tiene cierta semejanza con *Los milagros del desprecio*, de Lope; pero las mejoró tanto, en especial la última, que, fuera de ser una obra maestra por el mérito de la fábula, sería injusticia negarle la originalidad. No estuvo tan feliz Molière al imitar esta misma para darnos su *Princesse d'Elide*.

Al lado de los poetas nombrados figura noblemente el toledano Francisco de Rojas, nacido el año de 1607, autor de unas treinta comedias. Pertenecía al gremio de poetas de la corte de Felipe IV, que, como Calderón, Mendoza y otros, tomaban parte activa en las fiestas literarias de palacio, con que los ministros procuraban adormecer al rey. Sobresalió como poeta culterano en los dos géneros, trágico y cómico, siendo entre las del primero *El más impropio verdugo* y *El Caín de Cataluña*, las principales en que hace gala de sus brillantes dotes poéticas. Pero la que eclipsa á todas las demás suyas, y aún á las de otros poetas en el género heroico, es *García del Castañar*, creación admirable y única perfecta de Rojas, que, á juicio del distinguido critico Sr. Ochoa, « caso que hubiera de desaparecer de la faz de la tierra nuestro antiguo teatro, debería elegirse junto con la *Verdad sospechosa*, de Alarcón, *El desdén con el desdén*, de Moreto, y *El Tetrarca*, de Calderón, como reliquias de nuestras glorias literarias. García y Blanca, añade, son dos caracteres pintados de mano maestra : el primero es modelo de los hombres nobles ; la segunda, de las esposas virtuosas. Hay dramas muy buenos, en los que se conoce, sin embargo, que sería posible hacer alguna corrección, suprimir, variar, añadir, algún toque á éste ó al otro personaje; pero en el *García del Castañar*, introducir la más leve alteración sería privarle de una belleza y destruír bárbaramente la mágica armonía del conjunto. »

En las del género cómico tiene pinturas donosísimas, con que se honraría el más delicado poeta, como puede verse en las tituladas : *Entre bobos anda el juego*, *No hay amigo para amigo* y varias otras.

Dotado Rojas de gran fuerza de imaginación, ninguno quizá de los de

u tiempo pinta con más energía los caracteres, ni da pinceladas más igorosas y de más brillante colorido. Faltóle, sin embargo, excepto en *García del Castañar*, el buen juicio y gusto exquisito para no caer, como ayó, de su altura, por la disposición caprichosa de sus planes, falta de aturalidad en las pinturas y exageración en las imágenes, á que tienden as imaginaciones fogosas. Todos sus versos son enérgicos y sonoros; ero muchos por su afición á lo raro y exagerado, deslumbran por su also brillo y lozano follaje de palabras. Fué el más culterano de todos os dramáticos, si bien no tuvo la afectación en las palabras, ni oscuridad le pensamiento que Góngora introdujo en la lírica.

El argumento de *García del Castañar ó Del Rey abajo, ninguno*, es como igue : García del Castañar era un noble del tiempo de Alfonso XI, que por consecuencias de disturbios políticos había tenido que huir á una acienda suya y fingirse labrador. Con motivo de las necesidades de la xpedición en que después ganó á los moros la plaza de Algeciras, el Rey pide subsidios, y los dones que le concede García le llaman la itención, por lo que resuelve hacerle una visita, como lo hace, acompañado de un caballero de su corte llamado Don Mendo, el cual llevaba puesta la banda del Rey, por particular favor. Sale García y recibe la visita, pero por causa de la banda, toma á Don Mendo por el monarca, y n esta equivocación estriba toda la acción é interés del drama. Don Mendo se enamora de Blanca, esposa de García, y penetra furtivamente n su casa, siendo sorprendido por el esposo, que, luchando entre su honor y la lealtad que debía al Rey, hace huir á Mendo y resuelve matar i Blanca. Huye ésta de la casa; un tio suyo, de la corte del Rey, la lleva á palacio donde cree que estará á cubierto de toda descortesía; García va también al palacio del Rey y llega en la precisa ocasión en que Mendo la cortejaba; entra el Rey; conoce García su engaño, y mata al nemigo de su honra, después de haberlo apartado de la presencia del Rey. Con la daga desnuda vuelve á la presencia real, descubre su inaje, cuéntale como única disculpa todo lo ocurrido, haciéndole de ello ma enérgica y magnífica relación, y concluye declarando que á él y á su honor no le ha de agraviar del Rey abajo, ninguno. El Rey perdona á García y le devuelve sus honores.

Pero el sol de la escena española en aquellos días de tanto esplendor iterario, fué don Pedro Calderón de la Barca, nacido en Madrid el 17 de nero del año de 1600. Hizo sus primeros estudios en el colegio de la Compañía de Jesús de la misma villa, donde se adelantó tanto á sus compañeros por su aplicación y raro ingenio, que con la esperanza de nayores frutos le enviaron sus padres á Salamanca para que cultivase los lemás estudios. Llevóle su inclinación á la carrera de las armas, y sirvió á la patria en Milán, Flandes y Cataluña, sin dejar de escribir de vez en cuando para el teatro.

El año de 1651 se ordenó de sacerdote, y con entusiasmo religioso-patriótico se dedicó á la composición de piezas dramáticas, especialmente le *Autos sacramentales*, que eran todas sus delicias, abasteciendo por treinta y siete años los teatros de Madrid, Toledo, Sevilla, Valencia, Granada y demás ciudades donde se acostumbraban estas representaciones. Compuso ciento veinte comedias ó dramas, cien autos sacramentales, otros tantos sainetes, varias canciones y sonetos, y algunos tratados sobre diversos asuntos. Comenzó su carrera dramática á los

trece años de su edad con la comedia *El carro del cielo*, primer vuelo, por decirlo así, de esta águila precoz, y la terminó á los ochenta y uno con la pieza *Hado y divisa*, compuesta poco antes de su muerte, que fué el 25 de mayo del año de 1681.

Reunió la naturaleza en este dramático todas las buenas cualidades, así como los defectos de estilo de los poetas de su tiempo; pero fueron tan sobresalientes las primeras, que casi no dejan ver en sus obras las manchas de culteranismo que afean las de sus contemporáneos.

No fué un dechado de perfección en el arte dramático; pero sí el poeta por excelencia del *honor* y de la *religión* : de lo primero, en sus numerosos y variados dramas; y de lo segundo, en los *Autos sacramentales;* sin que deje de dominar en todos sus dramas el sentimiento religioso, tan vivo en él como en el pueblo que retrataba. Estos son admirables por el artificio con que conduce la acción, llevando á espectadores y lectores, de escena en escena, no sólo sin fastidio, sino en una especie de arrobamiento celestial, producido por los encantos de su deliciosa poesía y por la mágica armoniosa de los versos. Tales son : *La dama duende*, *Casa con dos puertas mala es de guardar*, *El secreto á voces* y varias otras, prodigios de su imaginación inagotable. Esta misma abundancia de incidentes tan artificiosamente dispuestos, se ve también en las piezas del género dramático ó elevado, entre las cuales sobresalen : *La vida es sueño*, tan celebrada por el pensamiento moral que desarrolla : que siendo tan efímeras las dichas de esta vida, debemos usar de ellas con moderación y templanza; *El alcalde de Zalamea*, tipo de honradez de la clase plebeya; *El Tetrarca de Jerusalén*, *El médico de su honra*, *A secreto agravio secreta venganza*, etc.

Pero donde se muestra pintor poético incomparable de las costumbres galantes y caballerescas de los españoles, es en las conocidas con el nombre de *capa* y *espada*, cuales son, fuera de algunas que hemos nombrado : *El escondido y la tapada*, *Mañanas de abril y mayo*, *Gustos y disgustos* y otras muchas.

El pensamiento de la *Vida es sueño* se desenvuelve en la siguiente fábula : Basilio, rey de Plonia, tiene un hijo que nace bajo funestos auspicios; consultadas las estrellas, sabe el Rey que un día le humillará á sus pies. Para evitarlo, encierra al niño en oculta torre, donde no ve sino á Clotaldo, ayo y guardián que le instruye, y mantiene encadenado y vestido de pieles. Llegado á mayor edad Segismundo, y remordiéndole la conciencia al padre, lo trae Basilio á la corte, narcotizado, y despierta el joven rey en el palacio paterno, rodeado de la magnificencia de un monarca. Maravillado por tal mudanza, prorrumpe en aquellas conmovedoras palabras :

> ¡Valgame el cielo, qué veo!
> ¡Valgame el cielo, qué miro!
> Con poco espanto lo admiro,
> Con mucha duda lo creo.
> ¿Yo en palacios suntuosos?
> ¿Yo entre telas y brocados?
> ¿Yo cercado de criados
> Tan lucidos y briosos?

Y obedeciendo, el príncipe, á sus instintos salvajes, arroja por el balcón á un hombre, y se muestra brutal en todo. Vuelto mediante otro nar-

ótico á su retiro, Segismundo reflexiona sobre su situación, creyéndose víctima de una pesadilla más que de un engaño. El infeliz, en sentidas palabras, se lamenta de aquellos momentos venturosos, en que

De todos era señor
Y de todos me vengaba;
Sólo á una mujer amaba...
Que fué verdad, creo yo,
En que todo se acabó,
Y esto solo no se acaba.

Poco después, el pueblo sublevado, le pide por Rey; y repuesto del pasado cruel desengaño, procura ser prudente por temor de perder de nuevo aquella realidad que sueño le parece. Ve por fin á sus plantas, vencido su padre; y de esta manera, satisfecho el hado, se somete al Rey, dando pruebas de ser, en el porvenir, un gran monarca.

Del mismo y aun de más profundo carácter filosófico, está dotado el *Mágico Prodigioso*. Vivían en Antioquía una doncella y un mancebo pagano: Justina y Cipriano; ella santa, y él sabio. El demonio para pervertir á Justina y para evitar que la sabiduría ilumine la oscurecida razón de Cipriano, procura encender entre los dos la llama del amor. Todo en vano: el libre albedrío vence en Justina las sugestiones interiores y exteriores, y el heroísmo de la santa virgen y la impotencia del espíritu del mal abren los ojos del alma y conmueven el corazón de Cipriano, haciéndole doblar las rodillas ante el verdadero Dios. El martirio consagra el triunfo por ambos alcanzado, y el demonio confiesa su derrota ante la espada que Dios ha puesto, como prenda de su amor, en manos de los hombres.

El Alcalde de Zalamea es una de las obras maestras de Calderón. Un capitán del ejército real robó el honor de la hija de un buen labrador llamado Crespo. El labrador era alcalde del pueblo, y ordenó la prisión del capitán raptor; el general Lope de Figueroa reclama de Crespo el prisionero militar, pero todo es inútil para aplacar al ofendido labriego, que con lágrimas en los ojos había rogado al capitán lavara su deshonra aceptando por mujer á su víctima. No obteniendo, Crespo, reparación, empuña con dignidad otra vez la vara de alcalde, ordena sea llevado preso el infamador de su honra y le forma causa. Ya los soldados están á punto de incendiar el pueblo, cuando la llegada de Felipe II que se dirige á Portugal, suspende á todos. Entérase el monarca de lo sucedido y de la justicia que asiste á Crespo. Al manifestar á éste que le entregue el culpable para ordenar su castigo, el mismo anciano agraviado le enseña el cadáver del capitán, á quien mandó dar garrote. El Rey, sorprendido de un carácter tan digno y lleno de tesón, le concede á perpetuidad que siga siendo alcalde de Zalamea.

La ingeniosa y bellísima comedia *Casa con dos puertas mala es de guardar*, está fundada en el siguiente episodio. Lisardo, huésped de don Félix, no conoce á Marcela, la hermana de este, quien ha prohibido á la misma, lleno de exagerada prudencia, que se deje ver: mas la curiosidad de Marcela frustra sus planes; lo ve, lo acecha, lo enamora y con graciosas travesuras llega á tratarle. Don Félix, por su parte, se enamora de Laura, cuya casa de dos puertas, convierte en campo de sus audaces entrevistas y aventuras la despejada Marcela. De aquí provienen los

recelos entre ambos amigos, de que Laura sea la amada de Lisardo, y que la resuelta tapada sea la amada de Don Félix. Los enredos que de ahí se originan, los celos, los sobresaltos y situaciones críticas de que se libran unos y otros en más de una ocasión gracias á las dos consabidas puertas, tienen su natural desenlace, y recibiendo Marcela al fin y al cabo el premio de sus ingeniosos enredos, termina la comedia convirtiendo las pasadas zozobras en un nuevo motivo de mutua felicidad

Bellísimas y de alto mérito son las obras teatrales de Calderón, pero aun es más sorprendente nuestro poeta en los *Autos sacramentales*, género de composición usada de muy antiguo en España, y que llegó á su completo desarrollo en los siglos XVI y XVII, especialmente en Calderón. Como lo indica su nombre, dice el señor González Pedroso, son *obras dramáticas en un acto, escritas en loor del misterio de la Eucaristía.*

Pueden calificarse también de composiciones melodramáticas, así por la grande importancia que en los *Autos* tenía la música, como por el pomposo aparato escénico que llegaron á requerir.

Siendo difícil la exposición dramática del misterio de la Eucaristía, y más la multiplicación de esta clase de composiciones sobre el mismo asunto, que de tantas ciudades demandaban á los poetas, se vieron éstos en la necesidad de entrar en el campo de la alegoría, y tomando argumentos para dichos *Autos*, de las parábolas del Salvador, de los sucesos del Antiguo Testamento, de la historia y de algunas tradiciones, pudieron enlazarlos en algún modo con el misterio. Así, por ejemplo, Timoneda escribió *La oveja perdida;* el maestro Valdivieso *El hijo pródigo ;* Lope de Vega *La siega*; Gabriel Téllez *El colmenero divino*, y Calderón *La Viña del Señor*, *La cena de Baltasar*, etc., etc.

Los personajes de estos dramas son alegóricos, y si bien hay escenas admirables de ternura y de otros efectos dramáticos, no se esmeraron tanto los poetas en el artificio y movimiento que pide el género, como en la expresión de los sentimientos religiosos y explicación de los misterios, que era el fin de tales fiestas.

Representábanse el día de *Corpus*, por la tarde, no en recintos estrechos, sino en la plaza pública, delante de las autoridades civiles y demás magistrados, y en Madrid, de las personas reales, á que asistía un inmenso concurso de gente con la mayor compostura y respeto y llena de devoción fervorosa. La solemnidad del día, las hermosas colgaduras que pendían de los balcones y ventanas de todas las casas; el aparato y adorno de aquellos teatros ambulantes que llamaban *carros*; la variedad de decoraciones con sus lindas perspectivas; el cambio frecuente de éstas; la magnificencia y esplendidez de los trajes; el artificio de las tramoyas y otras mil maravillas que hacían cruzar por la escena; la multitud de flores primaverales que tapizaban el suelo embalsamando al mismo tiempo el ambiente con sus delicados perfumes; la mezcla de música, canto y danza, y, sobre todo, el sentimiento religioso que brillaba en los semblantes de toda aquella regocijada muchedumbre de fieles, formando un armonioso concierto de entendimientos y corazones en un misma fe y esperanza, concierto que apenas podemos concebir en nuestros días, todo se juntaba para dar á estas representaciones una grandeza y un interés desconocidos de griegos y romanos. Á veces, para dar amenidad á estos *Autos* y resarcir á la plebe del tedio que podían causarle las escenas de cosas serias, se mezclaban algunos sainetes y entremeses.

Los *Autos* que han llegado á nosotros, y es sensible la pérdida de los demás, son un tesoro de sabiduría y ciencia divina, no menos que de inmensas riquezas poéticas; y por lo que toca á los de Calderón, en cuyo género se complacía y eran, como dice Schlegel, « el amor de sus amores », en ellos echó el resto su imaginación inflamada por el numen y la fe.

Para terminar nuestro juicio sobre este insigne dramático, diremos que los ingleses le ensalzan, los franceses é italianos le imitan con frecuencia y los alemanes le estudian incansables y le aplauden con creciente entusiasmo. Á *El triunfo de la Cruz* debe Corneille su *Heraclio*; Molière tomó de *No hay burlas con el amor* la idea de *Las mujeres literatas*; el *Fausto*, de Goethe, está en *El mágico prodigioso*; *Gustos y disgustos* sugirió á Dumas la *Gabriela*: los caracteres de *La hija del aire* están reproducidos en *Catalina Howard*; Metastasio y Schiller se inspiraron en Calderón y aprendieron el secreto del artificio dramático y su divina poesía, y en él seguirá inspirándose la posteridad de nacionales y extranjeros, porque sus obras son espejo fiel de las creencias y sentimientos nobilísimos de una nación católica, sentimientos y creencias poetizados por su brillante fantasía.

Aunque eclipsados ordinariamente por el brillo de Calderón, no dejaron de lucir de vez en cuando en la escena española otros poetas de segundo orden, entre los cuales figura el rey Felipe VI, que con el título de *Un ingenio de esta corte* produjo algunas obras originales no despreciables, y otras en colaboración. Se cuenta también á Luis Belmonte, autor de la famosa comedia *El diablo predicador*; al P. Céspedes, que escribió la célebre comedia *Las glorias del mejor siglo*, y fué representada en el Colegio imperial, ante los reyes, el año de 1640, primer centenario de la fundación de la Compañía de Jesús; Solís, cuyas comedias fueron muy apreciadas por la regularidad y graciosa sencillez que dan muestra *El amor al uso*, *Un bobo hace ciento* y *La gitanilla de Madrid*. Son también de alguna nombradía Vélez de Guevara, los Figueroas, Cubillo, Zavaleta, Diamante, Zárate, la Hoz y varios otros que sostuvieron con algún esplendor nuestro original y fecundo teatro.

Distinguiéronse los de la segunda mitad de este siglo por el artificio ingenioso de la trama, colorido poético, nobleza de los caracteres y por la brillantez y majestad del estilo, si bien viciado por el mal gusto de la época; pero los aventajaron en originalidad y fuerza de imaginación los contemporáneos de Lope. De los setenta y siete poetas dramáticos que, según refiere de Montalbán, escribían comedias el año de 1632, fueron disminuyendo á medida que avanzaba el siglo, y el arte á su vez iba decayendo también á proporción que crecía la torpeza política de los que gobernaban á España; de suerte que, al expirar el siglo, ya no se presentaban en escena más que las obras de Zamora y Cañizares, insulsas, ridículas y sin inspiración, con las cuales dió las últimas boqueadas el género ideal, noble y brillante de los dramáticos anteriores. Fué reemplazado por el prosaísmo de la escuela francesa, que había ya empezado á influir en estos dos poetas, quienes nos dejaron algunas comedias de carácter, llamadas de *figurón*, como *El hechizado por fuerza*, del primero, y *El dómine Lucas*, del segundo, cuyos chistes y agudezas no compensan la exageración y falta de ingenio con que están escritas.

Italia. Hasta el Renacimiento no se vieron en Italia composiciones propiamente dramáticas, pues las representaciones, ora sagradas, ora profanas, que se hacían en los templos ó en otros puntos, así como las farsas improvisadas y mímicas, que recordaban las atelanas de los tiempos antiguos, no merecen este nombre. A lo sumo podrían considerarse como principios informes de las de este género en lengua vulgar.

El estudio de los dramáticos griegos y latinos que escogieron los italianos como modelos del arte, les hizo amoldarse más ó menos felizmente á sus composiciones, de las cuales tomaban los argumentos, los caracteres, los reconocimientos y hasta la inevitable catástrofe, y aun muchas veces la misma acción. El *Orfeo* de Policiano, drama lírico compuesto el año de 1480, es la primera pieza algo regular que vemos escrita, y cuya idea de acción aparezca algún tanto ordenada.

Sólo en el siglo XVI puede decirse que hubo regularidad dramática, siendo entre las comedias la *Calandria*, del cardenal Bibienna, y la *Mandrágora*, de Maquiavelo, las primeras que merezcan esta gloria. Dejando aparte la obscenidades de estas piezas, borrón que echaron sobre sí casi todos los poetas cómicos de este siglo, sin exceptuar al mismo Ariosto, la marcha de la acción suele ser lánguida, los versos fríos y afectados, por querer ajustarse en demasía al gusto de los cómicos latinos. Ni las de Ariosto, á pesar de la facilidad con que maneja la lengua, y otras dotes que le enaltecen como autor cómico, merecen mucha alabanza. Baste decir que en una de ellas, la *Escolástica*, se vió precisado el gran actor Riccoboni á suspender su representación en el teatro de Venecia, por los murmullos y desaprobación del público.

Tampoco fueron mucho más felices los trágicos italianos en los ensayos que hicieron por dotar á la literatura patria de excelentes copias de este género.

Jorge Trisino, veneciano, deseando dar cierta seriedad á la tragedia como se la había dado á la epopeya en *La Italia libertada*, compuso la *Sofonisba*, tragedia regular, según el gusto griego, con sus correspondientes coros. De este autor dijo Maffey « que había elevado la escena hasta emular los famosos ejemplares de los griegos »; pero hay evidentemente mucha exageración, pues si bien es verdad que tiene mérito literario, está muy lejos de la sencillez griega, y de haber sacado el partido que una mano maestra hubiera sabido conseguir de las situaciones de mayor interés. Más sublimidad y vigor mostró Rucellay en las tragedias *Orestes* y *Rosmunda*, aunque también decae en el estilo y en el arte de desarrollar la acción. El Aretino y el Tasso escribieron asimismo tragedias. Del primero es el *Horacio*, asunto tomado de la historia romana de Tito Livio, y del segundo *Turrismundo*, asunto novelesco. Muchos otros escritores cultivaron la tragedia, cuyas acciones violentas y recargadas de incidentes, como las de los que acabamos de nombrar no las colocan entre los modelos de este género.

Inglaterra. A mediados del siglo XVI dió en Inglaterra señales de vida propia el arte dramático, el cual, cultivado en los años siguientes por hombres de ingenio ha sido objeto de admiración y de estudio. Sus orígenes han sido los mismos que en las demás naciones cristianas, á saber : las representaciones de asuntos sagrados,

que servían de entretenimiento al pueblo sencillo y devoto, y se cuenta que durante el concilio de Constánza celebrado el año de 1414, los prelados ingleses, con el objeto de amenizar los trabajos, representaron un drama sagrado en latín. Enrique VIII fomentó esta clase de representaciones teatrales entre el pueblo, como medio de ridicularizar el catolicismo y conseguir de él la completa separación de Roma, y su hija Isabel, viendo que se iba perfeccionando cada día este arte en manos de algunos poetas de su tiempo, dió permiso para que establecieran teatros en algunas abadías y se fundasen otros nuevos.

Por lo que toca al sistema de composición, aunque hubo poetas que hicieron representar piezas regulares, siguiendo la escuela clásica antigua, el teatro popular, nacido de los misterios y llamado *romántico*, fué el que tuvo más aceptación. Distinguióse en el reinado de Isabel, Cristóbal Marlowe (1562-1593), autor del *Gran Tamerlan* y de varios dramas, y fué el primero que puso en escena la vida y muerte del doctor Fausto, según las tradiciones populares. Siguiéronle Benjamín Johnson, actor y autor de mucho talento dramático, y amigo de Shakspeare, el citado Lily y otros muchos. La parte material de la escena estaba más atrasada que la literaria; uno solo hacía varios papeles, no tenían trajes adecuados, y en vez de representar en el escenario un lugar determinado, ponían un gran cartel con este letrero : *Estamos en Roma ó Londres*. Con tanta imperfección y con tan pobres recursos dió, no obstante, á la literatura inglesa el cultivo de este arte, uno de los principales dramáticos modermos, Guillermo Shakspeare, gloria y orgullo de los ingleses.

Nació este dramático en Stratford, á orillas del Avon, de padres pobres (1564-1616), quienes, según se cuenta, se vieron precisados, por falta de recursos, á sacarle de la escuela de primera enseñanza para que los ayudase en su oficio. Pero como él sintiese en su corazón amor al arte, entró á formar parte en una compañía de cómicos, donde al principio se ocupó en representar algunos papeles, después compuso varias piezas, y con el tiempo fué director de los teatros de los Blackfriars, de los Hermanos negros y del Globo. Sus bellas poesías líricas y su trato agradable le habían merecido de Johnson el cariñoso epíteto de « mi amable Shakspeare, mi dulce cisne de Avon ». A este sentimiento del arte juntó el estudio del corazón humano y de la sociedad, con lo que su espíritu penetrante y observador vió en ella lo que todos vemos y observamos, pero que no todos podemos retratar, es á saber : esa variedad de vicios y virtudes, de orden y desarreglo, de simpatías y antipatías, de ilusiones y desengaños; en fin, ese conjunto de cosas, que el Sabio llamó « vanidad de vanidades y todo vanidad ». He aquí lo que con tanta verdad y energía puso á la vista de sus contemporáneos en sus treinta y seis piezas dramáticas, entre las cuales la mayor parte son históricas, romanescas y fantásticas algunas, y ocho son comedias.

Las principales obras dramáticas de Shakspeare son : *Macbeth*, á quien instiga una hechicera para que dé muerte á Duncan, primer rey de Escocia, y al cual siguen después crueles remordimientos; *Hamlet*, víctima de las más fuertes pasiones y delirios de la sociedad; *El Rey Lear*, hacia el cual trata de excitar la compasión por sus sufrimientos; *Ricardo II* y *Ricardo III*, en que pone á la vista los abusos del poder y los peligros de una autoridad ilimitada. Para sus tragedias tomó asuntos de la historia romana, cuales son : *Coriolano*, *Julio César*, *Antonio y*

Cleopatra. De entre sus comedias, las más nombradas son : *Las alegres comadres de Windsor* y *El mercader de Venecia.* En estas piezas no hay, propiamente, acción ni plan, sino pintura de caracteres y escenas variadas no siempre limpias.

Bellezas, no sólo de primer orden, sino nunca igualadas por los dramáticos modernos, son las que campean en casi todas sus piezas. En ellas refleja admirablemente la vida real y las costumbres de la época, dándola el verdadero colorido local. En la pintura de los caracteres ofrece los tipos más perfectos, los cuales son tan variados, que de los setecientos personajes que algunos han contado en sus dramas, todos son diferentes y tienen vida propia. Su sistema de composición en nada se parece al de los griegos, y al que después trataron de imitar los franceses. Llevado, como los dramáticos españoles, del instinto más que del estudio, y sin cuidarse de la unidad artística de una sola acción, pone en escena la vida real de un hombre, ó casi un reinado, encadenando los sucesos y mezclando con tanta naturalidad é interés, lo triste con lo alegre, lo serio con lo jocoso, lo trivial con lo patético, que tiene suspenso y como extasiado al espectador. De ahí resulta que tampoco se cuida de las unidades de lugar y tiempo, preceptos que los clásicos franceses proclamaban como condiciones para la perfección de una obra. Se ve, pues, que el ingenio es capaz de producir obras grandiosas sin los multiplicados preceptos que algunos han dado; y tanto es así, que los que han querido refundir, según el arte, algunos dramas de este autor, les han quitado toda la gracia y energía.

Shakspeare, como todo hombre, tiene sus defectos, y lo son ciertamente algunos errores de geografía é historia, y asimismo, ciertas locuciones confusas y groseras, debido todo al desaliño con que escribía y á su falta de instrucción. Pero su mayor defecto está en que este pintor de las acciones y escudriñador del corazón humano, no mira al cielo. En casi todas sus piezas se muestra natural y mundano, no da la solución última y nos presenta al hombre y su existencia como un enigma inexplicable, sin relación con la vida futura, lo que no es propio del arte cristiano. No fué fatalista como los griegos, pero tampoco fué cristiano como Calderon, fué, dice Schlegel, un poeta del Norte. Y el señor Menéndez y Pelayo añade, que « Shakspeare es superior á Calderón en la ejecución; pero no en el vigor, en la grandeza de la concepción, en la alteza de las ideas teológicas y morales que desarrolló en sus piezas dramáticas, en lo cual supera á cualquier otro poeta ».

De la misma época, pero muy inferiores á Shakspeare en ingenio, son Beaumon y Fletcher quienes imitaron á los extranjeros, especialmente á los españoles. La escuela de éstos, cuyo jefe era Johnson, estaba en oposición con la popular de Shakspeare. Las guerras que después sobrevinieron y la orden del Parlamento, en tiempo de Carlos I, mandando cerrar los teatros, retardaron los progresos de este género.

LA SÁTIRA, LA DIDÁCTICA, LA HISTORIA Y LA ELOCUENCIA. (SIGLOS XVI Y XVII.)

Italia. Cuando más desgracias tenía que lamentar Italia, oprimida por el poder extranjero, y la política estaba más envilecida, entonces sus poetas se dieron, como hemos visto, á reir y á mofar. Hubo, es verdad, algunos que se armaron de la sátira contra los vicios; pero los más, en vez de esgrimir esta clase de armas contra los enemigos de la patria y de la virtud, escogieron por blanco de sus iras las prácticas religiosas, la vida de los monjes, frailes, cardenales y prelados de la Iglesia, que ciertamente no habían de contestarles.

Ariosto fué uno de los poetas satíricos más moderados de su tiempo: imitó al latino Horacio: no es acre ni violento, muestra alguna vez impaciencia y nada más, porque la dependencia en que vivía le hacía irse á la mano en pintar defectos.

Berni, de quien ya hablamos, con el conocimiento que tenía de su lengua nativa, y su mucha naturalidad, fué más adelante en la sátira; pero se rabajó hasta hacer el elogio de la peste, por la gran razón de que libra á la víctima de los gastos de entierro y de verse rodeado de clérigos. Hizo también el elogio de la mentira, de los cardos, de las habas y otras fruslerías impropias de su estado.

Francisco Molza, modenés (1489-1554), no solo cantó con intención satírica la *Felicidad de los excomulgados*, porque ya nada tenían que ver con Roma, sino que envileció su pluma celebrando aquellos desórdenes que le consumieron la salud y llevaron al sepulcro.

Pero el que superó á todos los satíricos en desvergüenza y osadía, pues no usó de su talento sino para herir, fué Pedro Bacci, nacido en un hospital de Arezzo. Fué expulsado de su ciudad natal por su mala lengua, entró á servir en una casa de Roma, y también fué despedido por ladrón: se hizo capuchino y luego dejó el hábito, dedicóse á escribir sátiras, libelos infamatorios, comedias, libros ascéticos; y cuando no le pagaban lo que él quería, ó tenían con él el menor altercado, rompía en insultos con tal acritud, que hasta los principales personajes llegaron á temerle, y le enviaban regalos para librarse de su acerada pluma. Julian de Médicis le regaló un hermosísimo caballo. Dióse á sí mismo el epíteto de *divino* y de *azote de los príncipes*, expresiones arrogantes que le califican á él y á sus exagerados escritos. Oyendo contar, dicen que á sus hermanas, varias escenas de un lupanar de Venecia, fué tal la risa que le dio, que cayendo de la silla donde estaba sentado, se hirió malamente, y murió de resultas de la caída el año de 1557. Así acabó el célebre Aretino, digno del desprecio universal por sus costumbres y escritos, aunque en ellos haya alguna verdad, á la cual ofendieron más gravemente las academias y literatos de su tiempo, que por ensalzar sus dotes le llamaron el *quinto evangelista*.

Como en el siglo XVI, hubo también en el XVII poetas satíricos de alguna nota, entre los cuales descuella Boccalini (1556-1613), autor de los *Cuentos del Parnaso*, producción original é imitada después por otros poetas, en que Apolo da su juicio sobre los literatos, los políticos y varios sucesos de la época.

Ni escasearon los épicos, contándose en esta centuria un gran número de poemas heroicos, sagrados y profanos, cómicos, burlescos y didácticos. Después de la *Jerusalén libertada*, es tenido por el mejor de los heroicos *La cruz conquistada por Heraclio*, y entre los burlescos, el más notable es *El cubo robado*, compuesto por el modenés Alejandro Tassoni (1565-1635). En el estilo grave y majestuoso de la epopeya, y tomando un tono levantado, trata un asunto trivial, cual es el haber tomado los modeneses en Bolonia, durante las guerras del siglo XIII, un cubo que estaba atado junto al brocal de un pozo, y llevádole, después de muchas aventuras, á la torre de la catedral de Módena, donde lo conservaban como el principal trofeo de sus victorias. Para hacer más interesante, á la vez que más ridículamente graciosa la narración, emplea toda la gran maquinaria de la mitología griega, haciendo que intervengan los dioses y diosas del Olimpo en la toma del célebre cubo, y contando incidentes tan graciosos de unos y otros beligerantes, que, embellecido todo esto con esa versificación fácil y sonora de los italianos, ha hecho olvidar Tassoni todas las demás epopeyas de este género. El fin que se propuso en esta obra fué reirse de la libertad italiana, no menos que de las guerras incesantes y sin fruto; pero no supo contener su imaginación, y para excitar la risa se deslizó en indecencias de mal gusto.

Sabido es que en los siglos XV y XVI Italia fué el centro de la restauración de las ciencias y de las artes, de donde se derivaron á las demás naciones de Europa. No nos detendremos en enumerar los grandes hombres, así eruditos como artistas, que brillaron en esta época, contentándonos con hacer mención de aquel prodigio de erudición y ciencia, Pico de Mirandola, que poseía veintidós lenguas, y estaba dispuesto á sostener novecientas proposiciones sobre cualquiera materia científica (*de omni re scibili*), y del fervoroso predicador fray Jerónimo de Savonarola, cuyos sermones en lengua vulgar fueron más admirados por su entusiasmo religioso, que por sus dotes literarias.

Antítesis de este fervor por la religión fué Nicolás Maquiavelo, nacido en Florencia el año de 1468, hombre sagaz, calculador y déspota, como lo muestran sus famosos escritos. Nada se sabe de sus primeros estudios; solamente que desde muy joven, conocido su talento para los negocios, le fueron encomendados varios cargos diplomáticos cerca de las cortes de Francia, Alemania y de algunos príncipes de Italia, en los cuales cargos tuvo ocasión de estudiar la política artera de muchos gobiernos. Comprometido en la conspiración contra los Médicis, puesto en el tormento, resistió al principio; más después dió excusas, escribió versos, trató de recobrar el favor perdido y obtener algún empleo. Con este objeto escribió el *Tratado del Príncipe* que dedicó « al Magnífico Julián », y cuyo manuscrito vió y aprobó Lorenzo de Médicis, padre de éste. Basta leer este tratado para convencerse que su propósito fué reducir á máximas la política de un gobierno impío y ambicioso, que no vacila en sacrificar al individuo y á la sociedad, para sostenerse en el mando, según el axioma, que el fin justifica los medios. Si era ésta la pérfida política que se profesaba en aquella época, él la adoptó para su mal y de la sociedad, y la expuso en este libro con más energía y claridad que otro alguno. Elijamos una de sus máximas : « El príncipe debe tener siempre en la boca las palabras justicia, lealtad, clemencia, religión; pero ha de obrar en sentido contrario siempre que le interese hacerlo. »

« El hombre de estado, italiano, se tendría por necio, si declarase abiertamente la guerra á un rival á quien pudiese asesinar dándole un abrazo, ó envenenar en una hostia consagrada »; y á este tenor son las demás.

No es extraño que el Concilio de Trento lo prohibiese por sus doctrinas anticristianas é inmorales, y que en todas partes fuese combatido por los escritores católicos. Es, pues, ilusión la de algunos que llamando á Maquiavelo celoso republicano y mártir de la libertad, quieren suponer que hay en su libro un sentido oculto diferente del que se revela á primera vista, y que su intención fué dar un fiel traslado de la corrupción política de su tiempo, para excitar el odio contra la tiranía. Esta obra no es sino la expresión genuina de sus sentimientos, conformes con su vida pública y privada, y con los demás escritos suyos. Verdad es que Italia, su patria, estaba oprimida por los extranjeros, y que Maquiavelo deseaba libertarla; pero no puede ni debe aprobarse el principio que establece que los enemigos debían combatirse con sus propias armas, esto es, con medios inmorales que, según él, ellos habían puesto en práctica. Pero lo más perjudicial y corruptor de su libro consiste en el escándalo que dió, exponiendo á los ojos de la Europa, entonces católica, una política que tiende á poner en duda la existencia del cristianismo, de la providencia y la justicia divina, política que por desgracia ha llegado á ser dominante. En ninguna de sus obras se habla de la virtud, de la justicia y del cumplimiento de deberes; para él la fuerza y la astucia, que llama prudencia, son la base de los Estados y de un buen gobierno. Salvo los fueros de la moralidad y de la verdad histórica, á que faltó según Tiraboschi, por confesión de sus mismos apologistas, Maquiavelo es uno de los mejores prosistas italianos. Escribe con naturalidad, sin imitación servil, y sin más pretensión que la de exponer sus ideas del modo que las concibe, lo que hace además con una claridad admirable al mismo tiempo que con viveza y propiedad.

Estas cualidades morales y literarias resaltan en todas sus obras : en la *Historia de Florencia*, escrita hasta el año de 1492, y asimismo en los *Discursos sobre las Décadas*, de Tito Livio.

Escribió en forma de diálogo siete libros sobre el *Arte de la Guerra*, en que da poca importancia á las armas de fuego, especialmente á los cañones de montaña, sin duda por estar mal construidos y peor manejados en aquel tiempo. Su correspondencia política es preciosa por las noticias y fiel pintura de la época.

Compuso las novelas *Belphegor* y la *Vida de Castruccio*, donde aparece el mismo que en las otras obras. En su muerte, que acaeció el año de 1527, dice un historiador que se alegraron buenos y malos, estos últimos porque sabía más que ellos.

De dotes semejantes á los de Maquiavelo para la historia, estuvo adornado Francisco Guicciardini, nacido como él en Florencia, el año de 1482. Fué profesor de jurisprudencia, embajador cerca del rey católico, gobernador de Módena y Regio y jefe del ejército pontificio. Estos y otros cargos públicos, su gran capacidad y conocimiento de los hombres, le suministraron cuanto había menester para la composición de la historia que hacía tiempo meditaba. Escribióla, en efecto, bajo el título de *Historia de Italia*, comprendiendo un período de cuarenta años, desde la invasión de los franceses en 1494 hasta 1534. Siguió la forma y estilo de

los historiadores antiguos en la exposición, de las descripciones largas y pomposas y hasta en las arengas, de tal manera que parece que uno lee á Tito Livio ó á Tácito. Muestra gran conocimiento de los hombres, de los estados, y sus mutuas relaciones, y escribe con mucha sagacidad y prudencia para sus fines, dejando destilar el veneno del escepticismo y entreviéndose la punta acerada del estilete.

Llama también la atención la pintura tan triste y horrible que hace de la sociedad, como dando á entender que no hay más que ambición entre los hombres, cálculo, interés y envidia; de lo cual no dejó de tocarle á su vez una buena parte, á juzgar por la parcialidad con que habla de algunos personajes y la ojeriza que tiene con los Papas, á quienes trata con marcada injusticia. Y por lo que toca á Alejandro VI, el mismo Voltaire le llama impostor.

Harto debía de remorderle la conciencia, cuando preguntado por el notario en su última enfermedad, qué se haría de su historia aún manuscrita, respondió brevemente : *Quemarla*. No se respetó su voluntad, y salió á luz este zurcido de calumnias, capaz, dice un autor, de escandalizar al mismo diablo, pues que Voltaire se escandalizó. Sus obras inéditas, publicadas no ha mucho tiempo, con el nombre de *Memorias* y *Diálogos*, sobre el gobierno de Florencia, nos ponen de manifiesto el hombre que profesa en política la doctrina de lo útil sobre lo justo y lo honesto; razón por la cual, dice él mismo, no abandonó la causa de los Papas por la de Lutero.

De mayor número de historiadores en lengua latina puede gloriarse Italia en estos dos siglos. Citaremos, entre los principales, al cardenal Bembo y á Paruta; ambos escribieron sobre la historia de Venecia, y el segundo la publicó en italiano; Pablo Jovio, dotado de imaginación brillante y facilidad en el decir, escribió sobre varios asuntos, y una historia de su tiempo; pero es tildado de parcial y venal, así es que no goza de la autoridad que se requiere en un historiador; Constanzo, autor de la *Historia general de Nápoles*, y á fines del siglo XVI el padre Maffei, jesuita, escribió la *Historia de las Indias*, notable por las noticias y descripciones tan amenas como elegantes, aunque en estilo á veces muy difuso. Más sobrio y correcto es en la *Vida de San Ignacio*.

La poesía *didáctica* abarcó una infinidad de materias, entre ellas los misterios de la religión, los preceptos de moral, las reglas de gramática y de métrica, el cultivo de los campos, la pesca, la caza, la física de Aristóteles, el arte militar y hasta la crianza de los niños. En muchas de estas composiciones brilla, como suele, la imaginación italiana, por la viveza de las imágenes, buen gusto y armonía de los versos.

Los mismos vicios que habían afeado á la poesía se introdujeron, como era natural, en la prosa, que tuvieron también su correctivo en algunos escritores. Citaremos algunos de los más principales, comenzando por los historiadores, entre los cuales aparece Fra Paolo Sarpi, de la orden de los servitas, nacido en Venecia el año de 1552, y muerto el 1623. Sus conocimientos en filosofía y ciencias naturales, y sus obras, prueban que era un ingenio no vulgar; mas, como hacía tiempo que estaba tocado de la herejía, se dedicó á reunir documentos de todas clases para la *Historia del Concilio de Trento*. Escribióla, en efecto, con espíritu evidentemente anticatólico, en la cual si resaltan las dotes de estilo, mucha erudición y la habilidad con que ha sabido hacer amena una materia de suyo poco

grata, todavía resalta más la desfachatez con que tergiversa los hechos, inventa documentos y miente con el fin de hostilizar a la Santa Sede.

Para rebatir estos ataques, se encargó de escribir la historia del mismo Concilio el padre Pallavicini Sforza, de la Compañía de Jesús, nacido en Roma el año de 1607, y creado cardenal el 1657. Consultó con este fin la colección de documentos mas completa que existía sobre la materia, indicando en su narración la naturaleza y títulos de los documentos, para que sus aserciones pudieran verificarse, lo que no hace Sarpi. El protestante Ranke, que tuvo la paciencia de confrontar la historia de Pallavicini con los documentos citados, confiesa que están hechos los extractos con escrupulosa exactitud. Y en lo que toca al estilo elegante, florido y redondeado, con esos períodos artificiosos que entonces eran del agrado de los italianos, tampoco le cede el sabio cardenal.

En este mismo estilo periódico escribió, por los mismos años, el padre Bártoli la *Historia de la Compañía de Jesús.*

Otro historiador italiano nos ofrece este siglo en Enrique Catarino Dávila, oriundo de España, pero nacido en Padua el año de 1576. Siendo muy joven, pasó con su familia á Francia, y fué testigo de los disturbios de aquellos años y de las guerras que agitaron el reinado de Enrique IV, á cuyo lado militó. Con buen acopio de documentos escribió, de vuelta á Italia, la *Historia de las guerras civiles de Francia*, recomendable por el buen método y elegancia del estilo. Aunque prolijo en contar pormenores, suele ser exacto, y en sus juicios bastante acertado, menos en lo tocante á Catalina de Médicis, por quien muestra mucha parcialidad, y en lo relativo á la matanza de San Bartolomé, que sólo la reprueba porque no tuvo el éxito que se esperaba. En lo demás pertenece á la escuela de Maquiavelo, lo que nos da la pauta para conocer su criterio histórico. Murió asesinado en Verona el año de 1631.

El cardenal Bentivoglio, después de haber desempeñado algunos cargos diplomáticos en Flandes, escribió á principios del siglo la *Historia de las guerras civiles* de este país, obra muy importante por la verdad de las cosas que relata, más que por las dotes literarias que hacen agradable esta clase de escritos. Superior en la forma, sin perder por eso nada de la veracidad histórica, es la obra del P. Famiano Strada de la Compañía de Jesús intitulada : *Décadas sobre la sublevacion de los Paises Bajos*, escrita en la mitad del siglo. Llamó tanto la atención así por sus bellas cualidades históricas, como por la narración pintoresca de tantos hechos históricos, bajo la dirección de Alejandro Farnesio, que luego fué traducida del latín al francés y al italiano. El P. Melchor de Novar la puso también en romance castellano.

Las extravagancias en el estilo á que dió lugar el mal gusto de casi todos los escritores de esta época, que tomaban la afectación por gracia, la hinchazón por sublimidad y las antítesis y equívocos por otros tantos destellos del ingenio, subieron desgraciadamente hasta el púlpito, como puede verse en los sermonarios de aquella época, no solo en Italia sino en otros países, cuyos autores, llevados de la corriente de la moda, aunque instruídos, carecían de la sencillez tan propia de este género. Exageraban la declamación, abusaban de las figuras retóricas y hacían gala en sus sermones de una erudición ajena del orador sagrado, echando mano de la Historia antigua y de la Mitología en lugar de la Escritura y Santos Padres, vistiendo además sus discursos con adornos tan churra-

gerescos, que desacreditaron la cátedra sagrada, y habrían dado en tierra con este género, si la verdad no fuera la base de su doctrina.

Luz muy superior á la que brillaba en los ingenios de aquella época y gran fuerza de voluntad eran menester para apartarse de esta general costumbre, y producir algo digno del ministerio evangélico. Estas cualidades se hallaron en el P. Pablo Segneri de la Compañía de Jesús, nacido en Nettuno el año de 1624, y llamado por su elocuencia el *Cicerón cristiano*. Habiéndole encargado los superiores la predicación de la divina palabra en las grandes ciudades y en los campos, se dedicó durante los meses que le dejaban libres estas tareas, á poner en orden sus sermones y panegíricos, y compuso además varias obras espirituales, como *El Cristiano instruido, El Incrédulo sin excusa, El Maná del alma*, etc., etc., modelos estas últimas de sana doctrina y unción religiosa.

Por lo que hace á los sermones y panegíricos como es tan difícil librarse enteramente de los hábitos de escuela, también pagó su tributo á la manía de la época, como se advierte en el exceso de erudición histórica y aún fabulosa, con que algunas veces los recarga, en las sutilezas de que hace uso, en el acumulamiento de imágenes y en el empleo á veces inmoderado de las figuras de retórica. Estos y otros defectos extrínsecos, por decirlo así, al arte oratorio, no debían de chocar en su tiempo, y aun ahora no les da mucha importancia el que, atento á la sustancia del asunto, busca la convicción del entendimiento y la persuasión de la voluntad. En cambio de estos lunares, tiene otras dotes por las que merece ser contado entre los más distinguidos oradores modernos; y no faltan críticos respetables, que le pongan á la cabeza de todos, primero, porque en sus sermones, especialmente de cuaresma, es el que está más al alcance de sus oyentes, sin que por eso decaiga en vulgar ó común su estilo, ni dejen de ser sólidas y convincentes sus razones; segundo, porque es el que da más interés y variedad á los asuntos que trata; y tercero, porque es el más afectuoso y patético de todos los oradores. A estas dotes corresponden los atractivos de su lenguaje puro, armonioso y correcto, con que embelesó y cautivó á sus oyentes.

Francia. Uno de los que la cultivaron con más ardor, y que por desgracia influyó de una manera funesta en las ideas y en las costumbres, fué Francisco Rabelais, nacido en Chinon el año de 1483, y representante en sus escritos de esa literatura escéptica, grosera y burlona, que las guerras religiosas y la vecindad con los protestantes habían engendrado en Francia. No habiéndole podido sufrir los Padres franciscanos en el convento por sus indecentes chocarrerías, pasó con autorización del Papa á un monasterio de benedictinos, de donde se salió sin licencia para ir á estudiar medicina en Montpeller. Habiendo hecho un viaje á Roma un cardenal, condiscípulo suyo, le alcanzó del Papa la absolución de las censuras; pero al poco tiempo, por su mala conducta fué encerrado en la cárcel. Mandado salir de Italia, volvió á Francia, donde le dieron el curato de Meudon, y aquí fué donde acabó su escandalosa obra : *Hechos y dichos del gigante Gargantúa y de Pantagruel su hijo*. No es posible analizar esta especie de novela escrita sin plan, y sin más objeto que el de hacer la caricatura de todas las clases de la sociedad, no para criticar los verdaderos defectos, sino para burlarse de

todo, envolviendo en el desprecio común lo bueno y lo malo. Nada respeta, ni los misterios de nuestra religión, de algunos de los cuales hace una infame parodia, se mofa de sus dogmas y sacramentos, de la disciplina de la Iglesia y de las prácticas de piedad. En vez de formular nuestro juicio sobre su estilo, copiaremos algunas palabras de Lamartine en su *Curso de literatura* : « En nuestro concepto, dice, Rabelais no representa el placer, sino la inmundicia: no deleita, sino infecta. La joven escuela literaria del realismo, que se afana en el día por rehabilitarlo, sólo conseguirá emporcar su imaginación, sin que logre lavar este animal inmundo. Sólo la cloaca es su digna sepultura. »

Harto mejores servicios prestó á la literatura Santiago Amyot, nacido en Melun de padres pobres el año de 1513. En calidad de sirviente hizo sus estudios en el colegio de Navarra de París, y fué tanto lo que aprovechó, que fué nombrado catedrático de la universidad de Bourges, y más tarde elevado por su virtud y ciencia á la silla episcopal de Auxerre. Entre las traducciones que le han dado más celebridad figura la de los *Hombres ilustres de Plutarco*, digna de todo encomio por la naturalidad y sencillez del estilo, engalanado con los giros é idiotismos nacionales, que ha sabido emplear con el mayor acierto.

Siguió en la misma tarea de cultivar la lengua y literatura francesa, otro escritor más célebre aún. Éste fué Miguel de Montaigne, nacido en Perigord el año de 1533. Aunque pertenece á la escuela escéptica, no manifiesta en sus escritos ese escepticismo agresivo y burlón de Rabelais, sino el suave y plácido del que cifra su felicidad, dice un autor contemporáneo, en dormir sobre la almohada de la duda. Tal es el espíritu de que están informados sus tan renombrados *Ensayos*, lo mismo cuando trata de la ciencia que cuando se refiere á la religión natural y revelada.

Forman esta obra, que ha dividido en tres libros, una multitud de cuestiones de historia, de filosofía, de literatura, de moral y de política, sin observar en ellas plan ni orden científico, sino conforme le venían á la mente. Ninguno hasta su tiempo había manejado el idioma con tanta propiedad, y á las gracias de su estilo natural é ingenioso junta una erudición prodigiosa y variada, buen sentido práctico y experiencia de las cosas de la vida.

Lástima es que en esta obra monumental de la literatura francesa se vea á su autor despreocupado de todo deber religioso, lamentarse á veces de ese escepticismo desconsolador en que le había precipitado la falsa filosofía, pero sin desear las luces de la religión ni aconsejarla en la práctica.

Otros escritores hubo en esta época de transición, que contribuyeron á fijar la lengua, entre los cuales algunos cuentan á Juan Calvino, autor de las *Instituciones cristianas* (1519-1564). En estilo enérgico y preciso, cual es el de la polémica, formula y desarrolla en esta obra sus errores acerca de algunas verdades católicas, negando, entre otras cosas, el libre albedrío del hombre.

También fué muy popular en este siglo Pedro de Bourdeilles, señor de Brantôme, por sus *Memorias*, ó sea relaciones secretas de las cortes de Carlos IX y los dos Enriques III y IV. La narración es animada y pintoresca, pero ni es fiel en todo lo que cuenta, ni moral en el modo de contarlo.

Hemos dicho que los escritores en prosa del siglo XVI fueron superiores

á los en verso. Las composiciones de éstos, desnudas de entusiasmo poético, y, con raras escepciones, de originalidad, redúcense generalmente á juegos de ingenio, meras imitaciones de los antiguos y lisonjas cortesanas, ó sátiras de las costumbres. Contribuyeron, así como los primeros, á la armonía y flexibilidad de la lengua. Cuentan entre los principales poetas á Margarita de Valois (1492-1549), hermana de Francisco I, de quien se conservan, entre otras poesías, el *Heptamerón*, colección de cuentos imitados de Bocaccio, en algunos de los cuales brillan las dotes de la imaginación, y en no pocos resaltan la licencia y la libertad de pensamiento.

Maturino Regnier fué un poeta dotado de más numen poético que el anterior, pero sus composiciones son inferiores en gusto, y en la pureza de las formas. Estas son cinco elegias, tres epístolas y varias odas : en el género satírico es donde ha descollado, siendo sus dieciséis sátiras las que le han merecido el título de creador de este género en Francia. Mas por desgracia, falta en ellas tantas veces á la decencia que aleja de sí á los lectores. El exceso de placeres le acarreó dolencias que le quitaron la vida á los cuarenta años de su edad.

Del género satírico es también la *Sátira Menipea*, mezcla de prosa y verso, escrita por varios ingenios, á cuyo frente estaba Pedro Le Roy, canónigo de Rouen, que fué el que concibió la idea. Es un monumento literario de burla picante y graciosa, con el objeto de desacreditar las pretensiones de muchos que se afiliaron en la *Liga* por intereses particulares.

España. Habiéndose formado ya en esta época la nacionalidad española, la historia tomó en el siglo XVI un carácter más general, diferente del que había tenido en la Edad Media, cuyos escritores, si se exceptúa Alfonso el Sabio, que en todo fué superior á su siglo, no fueron más que cronistas.

El primero que tomó sobre sí la empresa de reducir á una historia general la multitud de crónicas particulares que había en España, fué Florián de Ocampo, canónigo de Zamora, su ciudad natal, nombrado por Carlos V su historiógrafo. Tan vasto fué el plan que se propuso, que comenzando desde el diluvio, no pudo llegar más que hasta los Escipiones, en los cinco libros de su *Crónica general de España*.

Continuóla el cordobés Ambrosio de Morales, presbítero y cronista de Felipe II hasta la unión de los dos reinos de León y Castilla en Fernando I. Dotados ambos de vasta erudición, no hicieron poco en reunir monumentos tan poco conocidos y ponerlos en orden, mereciendo indulgencia su excesiva credulidad y falta de crítica, atendida la época en que escribían. En cuanto á la forma, tomaron por modelo los historiadores de la antigüedad, y en contar muchos pormenores sin entrar en consideraciones sobre las costumbres, los sucesos y las leyes como hoy se acostumbra.

Hubo otro historiador que con exquisita diligencia recogió muchos documentos históricos, formó su *Compendio historial de todos los reinos de España* hasta la toma de Granada. Fué Esteban de Garibay, nacido en Mondragón (1552-1580), autor, entre otras obras históricas, de los *Anales de Aragón*, la más juiciosa y exacta de las escritas hasta su tiempo, en la cual da una idea de la constitución aragonesa. Se resiente, sin embargo, del mismo desaliño en el estilo que la del anterior.

Más completa que todas las anteriores y más celebrada dentro y fuera de la península fué la *Historia general de España* del P. Juan de Mariana, de la Compañía de Jesús, por la que se llegó á decir que *Roma tenía medio historiador, España uno y las demás naciones ninguno.*

Nació en Talavera á principios de 1536, y estando en la Universidad de Alcalá, se sintió movido á los diecisiete años de su edad á pedir la sotana de la Compañía. A los veintiséis explicó sagrada escritura en Roma por mandato del R. P. General Diego Laínez, en cuyas manos hizo dos años después la profesión solemne. Leyó varios años teología en Sicilia y Paris, cuya universidad le confirmó el grado de doctor; pero como el clima de esta ciudad fuese contrario á su salud, los superiores le enviaron á Toledo donde continuó sus trabajos literarios, hasta que el viernes 16 de febrero de 1624, pasó á mejor vida.

Además de las tareas de la cátedra, y otras por el estilo que ocuparon muchos años al P. Mariana, nos dejó notables escritos sobre filosofía, religión, política, economía y hacienda, cuyas erizadas cuestiones trató de dilucidar casi siempre con razones solidísimas y con una erudición que sorprende, no por lo indigesta, sino por lo oportuna y bien ordenada. Si en algunas no acertó, ó si erró en otras, tuvo al menos la suficiente humildad para no creerse infalible, y con modestia propia del religioso cedió á la razón y á la autoridad, edificando más con el ejemplo que lo que aprovechara con los escritos, Ni se atrajo el odio de la Orden, como algunos han supuesto; antes bien le miró siempre como á uno de sus hijos más preclaros, y si no obtuvo dignidades y cargos, no fué por falta de ciencia ó virtud, sino porque la ocupación de enseñar, escribir y responder á innumerables consultas que de todas partes le venían, era de mayor gloria de Dios. Entre otras que le encargó la Inquisición, una fué el examen de la ruidosa causa de Arias Montano, acusado de haber falseado el texto hebreo de la Biblia Poliglota, en cuyo trabajo empleó dos años, y su juicio fué favorable al reo.

Pero vengamos ya á la obra que más nos atañe, que es la *Historia general de España*. Difícil es dar un juicio acertado sobre una obra que ha sido vilipendiada y ensalzada en extremo; pero que á pesar de todos sus defectos vemos después de tres siglos repetirse y agotarse las ediciones, prueba de su popularidad y de su mérito. Ella es en efecto el reflejo de las ideas del P. Mariana, en la cual se ve retratado su espíritu profundamente cristiano, libre de toda adulación, independiente y severo contra el crimen, sean reyes ó nobles, sean plebeyos los que le cometen. En cuanto al sistema de composición, no siéndole posible prescindir en aquella época de los modelos griegos y latinos, se acomodó á ellos, dando por supuesto la parte principal al elemento narrativo, pero sin excluir el filosófico, con reflexiones y máximas profundas, y procurando hermanar en su narración la brillantez de Tito Livio con la severidad filosófica de Tácito.

Los defectos que se le achacan, de confundir muchas veces la verdad con la fábula, y lo que es de tradición con lo que es histórico; de que no consultó bien los documentos, y que dejó muchos sucesos envueltos en las mismas tinieblas en que yacían; que cuenta patrañas, y que falta á la exactitud en la cronología, si bien muchos son ciertos, se debe tener presente que en aquella época no podía el P. Mariana disponer de los datos que hoy poseemos; que muchos puntos no estaban bien estudiados; y que algunas tradiciones venían confirmadas con documentos tan auten

ticos, que habría sido no sólo peligroso, sino imposible el negarlas entonces.

Bien conoció el P. Mariana la dificultad, y por eso dijo « que su intento no fué escribir historia, sino poner en orden y estilo lo que otros habían recogido ».

Por lo que respecta al estilo, el del P. Mariana es muy propio de la gravedad histórica, noble y vigoroso en los paralelos y metáforas, y feliz en las comparaciones, pero desigual. Y aunque se lee con gusto, y hasta con interés, engendra no pocas veces confusión el afán que muestra de imitar la construcción latina y los giros de Tácito aumentándola en algunas cláusulas el empleo de arcaísmos, que las hacen además duras é ingratas al oído. Escribióla primero en latín, para que los extranjeros conociesen nuestra historia; pero temiendo que manos poco hábiles la tradujesen al castellano, él se adelantó á hacerlo, añadiéndola después un apéndice desde la muerte de Fernando el Católico hasta su tiempo.

Aunque trata de un suceso particular, no es posible pasar en silencio la *Historia de la Guerra contra los moriscos de Granada* por don Diego Hurtado de Mendoza, que sería una joya preciosísima de nuestra literatura, si el autor hubiera podido darle la última mano. Imitador muy especialmente de Salustio, cuenta con admirable precisión y energía la historia de unos sucesos al parecer pequeños y de poco momento; pero que pusieron en peligro la monarquía, echándose de ver en todo el relato que habla un gran político y guerrero, no menos que un literato de primer orden.

Sería nunca acabar, si nos detuviésemos, aunque no fuese más que á dar una idea de los trabajos históricos de esta época, en que florecieron el capitán don Luis Avila, autor de los *Comentarios de la guerra de Alemania* en estilo rápido aunque poco elegante; don Carlos Coloma, que militó en Flandes, y escribió con imparcialidad y sin vanos adornos las *Guerras de los Estados Bajos*; Pedro Mejía, cronista del Emperador; Pérez de Hita, Sandoval don Bartolomé de Argensola, autor de la pintoresca historia de la *Conquista de las Molucas*; Gonzalo de Illescas de la *Historia Pontifical* y muchos otros.

Estimables son también los trabajos históricos, que nos legaron los que pasaron al Nuevo Mundo, distinguiéndose el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557), por su *Historia general y natural de las Indias*, obra escrita en estilo llano, con conocimiento de los sucesos y cosas que refiere, y sin pasión por sus compatriotas, cuya codicia y desórdenes reprende, así como los vicios de los indios.

Fray Bartolomé de las Casas, dominico, nacido en Sevilla (1474-1566), cuyo celo evangélico le hizo tomar la defensa de los indios, y escribir entre otras cosas la *Historia general de las Indias*. Su libro de la *Destrucción de la India*, escrito con demasiado calor, suscitó desde luego contradictores y defensores, dando ocasión á los extranjeros para levantar el grito hasta el cielo, acriminando á España, como si ellos pudiesen tirar impunemente la piedra. Bernal Díaz del Castillo, uno de los compañeros de Cortés, escribió la *Verdadera Historia de la Conquista de Nueva España*, y sobre el mismo asunto dió á luz en Zaragoza una *Crónica*, López de Gomara, capellán de Hernán Cortés. También este conquistador en sus *Cartas de Relación*, cuenta á la manera de César, con sobriedad y buen gusto, los sucesos de la expedición y conquista de Méjico. Diego Fer-

nández el Palentino compuso la *Historia del Perú*, y la imprimió en Sevilla el 1571, pero el Consejo de Indias permitió su venta en España, más no en América. Francisco de Jerez nos dejó también la *Verdadera relación de la conquista del Perú;* Agustín de Zárate y Pedro de Cieza de León trataron sobre lo mismo; y, omitiendo otros muchos, terminaremos con el inca Garcilaso de la Vega, nacido en el Perú de padre español y madre peruana de familia real. Fué autor de la *Historia de la Florida*, de los *Comentarios reales*, en que explica la genealogía de los incas, y de la ***Historia general del Perú.***

Al tratar de los escritores político-moralistas y sagrados de esta edad, no podemos menos de manifestar nuestra sorpresa de haber leído en libros que andan en manos de los jóvenes, que no podía esperarse que España produjese los primeros, á causa del absolutismo de los reyes y terror de la Inquisición; y que los segundos se pierden en un diluvio de sutilezas. Como no es apología la que describimos, sino historia de la literatura, y muy compendiada, haremos una breve reseña de los principales, sin incluír los que han escrito en latín, por ser propio de otra obra más extensa y erudita. Con esto tendrán los jóvenes una idea del tesoro escondido en estos ramos de literatura; y si alguna vez los consultan, aunque lo voluminoso de algunas obras, la misma materia y quizás el modo de tratarla, los retraigan algún tanto, encontrarán no obstante en cada página, trozos de magnífica elocuencia, períodos rotundos y armoniosos, y un lenguaje, más que atildado, propio y castizo.

Uno de los primeros escritores político-moralistas que aparecen en este siglo, es Juan López de Palacios, nacido cerca de Salamanca, y llamado por Marineo Sículo *príncipe de los jurisconsultos.*

Su *Tratado del esfuerzo bélico heroico* escrito el año de 1524, según los principios de la filosofía natural y moral, y dedicado á su hijo primogénito para fortalecerle el corazón en la carrera de las armas, tiene para el literato todas las cualidades que le hacen digno de recomendación: estilo claro, dicción culta y cierta nobleza y gravedad, que dan mucho realce á los pensamientos.

Todavía es superior en majestad y cultura de estilo el *Diálogo de la dignidad del hombre*, por el cordobés Fernán Pérez de Oliva, profesor de filosofía en París y Salamanca. En él trata en forma de disputa de las grandezas y maravillas que hay en el hombre, y de sus miserias y trabajos. Añadióle dos terceras partes más Francisco Cervantes Salazar, y publicó la obra el 1546.

Escritor serio de este período es también el franciscano don Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo, nacido de una familia noble de Álava, cronista y predicador de Carlos V, escritor político y de asuntos familiares (1470-1548). Las obras que le han dado más fama son el *Reloj de Príncipes* ó *Vida de Marco Aurelio*, ficción moral y política en que presenta á Marco Aurelio como modelo de príncipes; y el *Menosprecio de la corte y alabanza de la aldea*, obra llena de sana doctrina y de brillantes rasgos de elocuencia. De este autor dice Capmany: «Bien puede no haber guardado gran fidelidad en los hechos históricos, de que fué argüido en vida por el crítico y docto Pedro de Rhúa; pero tampoco podemos contar, ni antes ni después de él, escritor que haya dicho más verdades con más sal, donaire y alegre libertad. » *El Reloj de Príncipes* fué traducido al italiano, al francés y al latín.

Con el nombre de Luis Mejía se dió á luz en Alcalá, á mediados del siglo XVI, el *Apólogo de la ociosidad y trabajo*, donde con gracioso artificio, elocuencia y erudición, trata de los bienes que están encerrados en el trabajo y de los grandes males que se encubren en la ociosidad.

No nos detendremos en el ameno é ingenioso doctor Villalobos ni en el maestro Alejo de Venegas, para decir algo del famoso Antonio Pérez. Nació en Madrid, y, por sus felices disposiciones, privó tanto con Felipe II, que le hizo su secretario de estado. Después de su fuga á Francia escribió las *Relaciones de su vida* y *Comentarios* sobre el mismo libro. Cuenta sus favores, caída y prisión, pintando con singular viveza y energía sus desgracias, y procurando justificarse de los cargos que se le hacían. El estilo es fácil, correcto y abundante en símiles y metáforas; pero raya en afectación, y si cautiva é interesa con su nativa elocuencia y verbosidad, traslúcese también que lo desea y lo procura.

Todavía es mejor el estilo de sus *Cartas*, en que brillan la naturalidad, la ternura y cierta elegante sencillez.

Hemos recorrido los géneros en prosa, que con tanta gloria cultivaron los españoles de esta dichosa edad; réstanos hablar del sagrado, superior en todos los conceptos á los anteriores, el cual nos ofrece ejemplos y dechados que fueron, dentro y fuera de España, entonces como ahora, objeto de admiración y de estudio. Y lo fueron con razón, porque al sentimiento de la belleza natural y del arte, y á la majestad y galanura del estilo, se juntaban los tesoros de sabiduría y elocuencia, reconocidos por todo el mundo, añadiéndose, para satisfacción y orgullo de los que hablamos esta lengua, ser ella el órgano de tan sublimes inspiraciones, « en cuyos sonidos, al decir del P. Mir, parecen vibrar destellos de las armonías del cielo ».

Aunque en España desde siglos atrás se venía escribiendo sobre religión y piedad, sólo en esta edad de oro, en que la inspiración religiosa se aunó con la exquisita belleza de las formas, se produjeron obras dignas de tan elevado asunto. El creador, en cierto modo, de este lenguaje divino llamado *místico*, y escritor notable, no tanto por la brillantez de su estilo como por la persuasiva y candorosa manera de decir, es el venerable Maestro Juan de Ávila, nacido en Almodóvar del Campo, cerca de Toledo (1500-1569). Dedicóse á la predicación, especialmente en Andalucía, y nos dejó varios escritos espirituales, dos pláticas y algunas *Cartas* sin artificio, pero sabrosísimas. Su principal tratado, el *Audi filia*, en que exhorta á la meditación de la pasión del Salvador, está escrito con inefable ternura y discreción, y en él brillan la gravedad del lenguaje y la alteza de los pensamientos.

Más lució este género en la pluma de uno de sus discípulos, cuya majestuosa y rica elocuencia ennobleció el estilo con pensamientos é imágenes sublimes, y hermoseó el lenguaje místico con expresiones y frases nuevas, pudiéndose asegurar que no hay hombre de gusto que no quede dulcemente encantado de la armonía del conjunto, ni corazón empedernido que no se rinda ante la belleza moral y de arte. Este fué Fray Luis de Granada, llamado así de la ciudad donde nació el año de 1505, de padres gallegos, avecindados en ella desde el tiempo de los reyes católicos. El conde de Tendilla, maravillado de su despejo y compadecido de su pobreza y orfandad, le proporcionó educación junto con sus hijos. A los diecinueve años tomó el hábito de Santo Domingo, y acabados sus

estudios fué destinado á la cátedra, al púlpito y al gobierno de su orden. Fuéle ofrecida muchas veces la dignidad episcopal, y otras tantas se resistió; y para que no le faltase el honor de la persecución como á su Maestro Jesucristo, fué delatado por sus émulos: pero la Inquisición no encontró mancha en su doctrina ni en sus costumbres. El haberse recogido la primera edición de la *Guía de pecadores*, como se hizo con otros libros de autores contemporáneos, no fué porque contuviese error alguno, sino porque lo peligroso de los tiempos daba ocasión á los enemigos de la fe para torcer el sentido de algunas palabras y autorizar errores: y así quiso aquel tribunal examinar la obra. Entretanto, Fray Luis la corrigió del desorden, repeticiones y desaliño de la primera, debiéndose, aunque ocasionalmente á la Inquisición, el bellísimo texto que hoy leemos, que ojalá lo leyesen también los que á tontas y á locas no hacen más que calumniarla.

Además de esta obra magnífica, en toda la extensión de la palabra, por los rasgos de elocuencia que atesora, escribió otra que llamó *Meditaciones* para los siete días de la semana. Son otros tantos discursos oratorios superiores en lo patético á la anterior, y llenos de ese afecto suavísimo, que enternece el corazón al mismo tiempo que lo purifica y eleva. *La Introducción al símbolo de la fe* es la tercera de sus grandes obras, en que trata diversidad de materias con mucha erudición y doctrina, al par que elegancia de estilo. Sus *Trece sermones de algunas festividades* no son modelos perfectos del género, como los que más tarde se compusieron: son piezas breves, pero ricas de doctrina y de bellas imágenes. Compuso, por último, el *Memorial de la vida cristiana*, lleno de unción suavísima, y una *Retórica eclesiástica*, fuera de otras obras en latín.

La elocuencia de este príncipe de los escritores sagrados, dice Capmany, es muy parecida á la de San Crisóstomo: en ambos se advierte la misma facilidad y la misma riqueza y abundancia de expresiones. Más esta facilidad le hizo verboso y la verbosidad es redudante en muchas partes.

Fray Luis de León, tan eminente en la prosa, como sublime en el verso, enriqueció el género y la lengua con producciones, que así como las del anterior, fueron estimadas de los principales sabios y literatos de Europa.

Sus obras principales, sin contar las en latín, son los *Nombres de Cristo*, donde, en forma de diálogo, discurre con admirable sabiduría y elocuencia por los diferentes títulos de hijo, príncipe, rey, etc., que en la Escritura se dan al Salvador; *La Perfecta casada*, en que expone los deberes de la mujer, y la *Exposición del libro de Job*, tesoro de doctrina moral no menos que de magnífica elocuencia, en que trata de aclarar lo oscuro y simbólico de aquel libro divino.

En Fray Luis de León los pensamientos son más poéticos y originales las imágenes más nobles y adecuadas, y el estilo tiene más nervio y colorido propio; pero carece de la grandiosidad, armonía y fluidez, tan propias de los escritos de Fray Luis de Granada. Este es más orador y su elocuencia, llena de suavidad y dulzura, va derechamente al corazón: aquel es más filósofo, y se dirige á la razón; y si se vale de su imaginación rica y florida, es para halagar la fantasía y cautivar el entendimiento. Ambos, no obstante, tienen rasgos de la más sublime y elevada elocuencia, que no puede presentar ninguna de las lenguas vulgares.

Distinguióse también como prosador en este género San Juan de la

Cruz, en cuyos escritos se remontó tan alto, que le fué preciso inventar términos y modos de decir, que trascendiesen los comunes y ordinarios, para exponer lo que su abrasado corazón sentía. Los títulos mismos de algunas de sus obras, á saber : *La subida al monte Carmelo*, *La noche oscura del alma*, *La llama de amor viva*, indican el éxtasis y arrobamiento de su espíritu. No todos son capaces de comprender el sentido místico de dichos libros, y para gustar las bellezas de su lenguaje, es preciso conocer en algún modo aquel tecnicismo original y pintoresco con que expresa las operaciones espirituales. Por eso se dice que es más científico que literario, y que su verso es infinitamente superior á la prosa.

De la misma elevada materia poseemos un riquísimo tesoro en los libros que por el mismo tiempo compuso, no por voluntad y gusto suyo, sino por la obediencia de los que la podían mandar, una escritora célebre y simpática á todas las almas nobles y generosas. Fué Santa Teresa de Jesús, nacida en Ávila el año de 1515, monja carmelita y reformadora de su Orden. Prescindiendo del espíritu de devoción de que están animados estos libros, escritos en medio de ocupaciones continuas, graves enfermedades y persecuciones terribles, en ellos admira el literato cualidades que los hacen dignos del mayor aprecio. La sencillez del lenguaje, su naturalidad y candor, la frescura y amenidad del estilo, las mismas ideas sublimes, pero expresadas con términos y comparaciones é imágenes llanas y oportunas, han contribuído á popularizar la teología mística, poniéndola al alcance de personas no letradas.

Para dar una idea de sus escritos los reduciremos á varios géneros. Unos son *históricos*, como el *Libro de su vida*, escrito con encantadora sencillez y candor, y el de las *Fundaciones*, ó relación de los monasterios por ella fundados. Está escrito este segundo con más corrección, y en estilo más fácil y suelto, retratándose en algunos chistes y dichos agudos, pero sin el menor asomo de malicia, su ingenio alegre y jovial.

Otros son *preceptivos*, en que ordena lo que se ha hecho hacer para el bien de su Orden.

Los hay también *doctrinales*, como el *Camino de perfección*, los *Conceptos del amor de Dios*, escritos para consuelo espiritual de sus monjas, sobre algunas palabras de los *Cantares de Salomón*, y el de las *Moradas* ó *Castillo interior*. Es reputado este libro por el más elevado, correcto é ingenioso de todos, por la traza y disposición imaginada por ella « de que nuestra alma es como un castillo, todo de un diamante ó muy claro cristal, donde hay muchos aposentos, así como en el cielo muchas moradas ». Esta alegoría la va desenvolviendo gradual y lentamente, con imágenes y semejanzas claras y oportunas, y con un primor de dicción que encanta y enamora. La lozanía y graciosa poesía de este libro sobrepuja la de todos nuestros místicos, lo que es tanto más admirable cuanto que ellos eran literatos eminentes y teólogos profundos, y nuestra Santa castellana ajena á todos estos estudios, no escribía más que lo que la inspiración divina la dictaba, y lo que había aprendido con el trato, la lectura y su talento natural.

Y por último los escritos poéticos y eróticos, cuales son las *Exclamaciones del alma á Dios*, ciertas glosas sobre el mismo asunto y algunas canciones y villancicos, de que arriba hicimos mención.

Tenemos de la misma Santa escritora una colección de *Cartas*, donde están dibujados con sus naturales colores los dones de prudencia y

cordura de que la enriqueció la naturaleza, así como en los escritos que trata de Dios, brillan los de la divina gracia.

« Adolece el estilo de Santa Teresa, dice Fray Luis de Leon, de cierto gracioso desaliño, efecto de sus muchas ocupaciones, y de que no volvía á leer lo que una vez había escrito : pero estos defectillos son como algunos lunares, que en vez de afear agracian. » Y quejándose de que algunos se hubiesen metido á corregir algunas palabras añade : « Si entendieran bien castellano, vieran que el de la madre es la misma elegancia. »

Gustosos nos extenderíamos en este género en que ni los escritores escasean, ni la materia se agota, ni la lectura fastidia, y á este propósito viene muy bien lo que el señor Menéndez Pelayo escribió encomiando á los místicos de esta época : « España, dice, además de sus escolásticos y de sus pensadores independientes, precursores de Bacón y Descartes, tuvo una casta de hombres, hoy perdida, que no fueron filósofos sino *mucho más que filósofos*, pues por intuición soberana y nunca igualada, supieron y entendieron lo que nunca han sabido ni entendido los filósofos: dijeron clara y hermosamente lo que los filósofos han envuelto en laberínticos juegos de palabras, y vieron á todas luces lo que los filósofos nunca han visto sino á medias, y envuelto en mil nebulosidades. » Ahora sólo vamos á indicar algunos que con sus escritos contribuyeron á su mayor esplendor.

El P. Malón de Chaide, á quien citamos entre los poetas sagrados por los versos que intercaló en el tratado *Conversion de la Magdalena*, nos ha dejado en este libro de devoción y piedad un monumento de celestial sabiduría y belleza literaria. Aquellas inspiradas páginas que tratan de las operaciones de la divina gracia y de la hermosura de Dios, ilustran con tan vivos colores el entendimiento, y conmueven tan blandamente el corazón, que el lector se regala y saborea con ellas. Es uno de los libros más alegres y pintorescos del género místico.

No son de menos subido precio los tratados del franciscano Fray Juan de los Ángeles : *Triunfo del amor de Dios* y *Diálogo de la conquista del espiritual y secreto reino de Dios*, dados á luz en los últimos años del siglo XVI. Todo lector cristiano no estragado en el espíritu, entiende y gusta la maravillosa dulzura espiritual de este hijo de San Francisco de Asís.

Con razón dice de él uno de nuestros críticos contemporáneos, que es de los más suaves y regalados prosistas castellanos, cuya oración es un río de leche y miel, y en cuyos libros la erudición profana se casa fácil y amorosamente con la sagrada, los cuales deleitan y regalan por igual al contemplativo, al moralista y al simple literato.

También el beato Alonso de Orozco, agustino, y de la misma gloriosa época de los anteriores, en sus muchos tratados espirituales, y muy especialmente en el *Libro de la suavidad de Dios*, nos ha dado muestras de sus singulares dotes literarias, del mismo modo que con las obras nos las daba de su heroica santidad.

No en todos los escritores que trataron tan elevadas materias, hallamos el gusto fino y delicado que en los anteriores : a unos se les secó la vena de la devoción tierna y amorosa, porque dieron preferencia al ascetismo, y á otros el deseo de instruir y edificar á las almas con moralidades, les hizo demasiado eruditos, monótonos y en extremo pesados. Suelen tener los individuos, así como las épocas, un modo particular de ser y de sentir.

Fray Diego de Estella, franciscano, consultor y predicador de Felipe II, nacido en la ciudad del mismo nombre, es un escritor de mucha erudición, sentencioso y correcto, como se puede ver en el libro de la *Vanidad del mundo*, en el de las *Cien meditaciones del amor de Dios* y en la *Vida y excelencias de San Juan Evangelista*. Fáltale, sin embargo, en algunos pasajes la elegancia que adorna á sus contemporáneos, y en general cierta amenidad que haría más agradable la materia.

Por el mismo tiempo, y con erudición no menos prodigiosa escribió un *Discurso de la paciencia cristiana* el agustino Fray Fernando de Zárate, de Madrid. Es obra muy estimable por el gran caudal de doctrina, autoridades y ejemplos con que está enriquecida y por su estilo claro y grave, aunque no tiene el calor y la elegancia que hacen gustosas esta clase de obras.

Estas dos cualidades literarias y otras muchas y muy excelentes no escasearon al P. Juan Márquez, agustino también, y nacido en la misma villa de Madrid el año de 1564. Diéronle los epítetos de *río* y *rayo de elocuencia*, por las singulares dotes que manifestó en el púlpito y en sus escritos. De sus sermones nada podemos decir, porque no se cuidaron de conservarlos. De sus obras, las principalas fueron *La espiritual Jerusalén*, considerada en sus dos estados de militante y triunfante, y el *Gobernador cristiano*, en que expone la política del Evangelio y refuta las impías y perniciosas ideas de Maquiavelo en el *Príncipe* y de Bodino en su *República*. Échase no obstante de menos, especialmente en *La Jerusalén*, orden y claridad en el modo de tratar la materia, salta fácilmente de una á otra cuestión y divaga á veces sin rumbo fijo por infinidad de puntos exegéticos, teológicos, políticos y ascéticos, faltas que lo fácil y ameno del estilo no compensa suficientemente.

No es posible, al tocar esta materia, pasar en silencio tres escritores de la Compañía de Jesús, á quienes el celo de las almas, ilustrado con la ciencia teológica, movió á dar á la estampa algunos libros de mística y ascética, verdaderos modelos de este soberano lenguaje, si bien falto á veces de artificio retórico.

Las obras espirituales del P. Luis de la Puente, nacido en Valladolid (1564-1624), en que explana los ejercicios de S. Ignacio, y trata de la perfección del cristiano en los diversos estados y oficios de la República eclesiástica y seglar, con otros asuntos religiosos, son á juicio de todos un prodigio de erudición bíblica, y de doctrina sólidamente cristiana. La pluma de este padre parece que ha destilado en sus obras la unción religiosa de que estaba empapado su espíritu, tal es la suavidad que en ellas se percibe, lo que añadido al método y claridad con que trata todas las materias hacen su lectura sumamente deleitable.

El *Ejercicio de perfección* del P. Alonso Rodríguez, valisoletano como el anterior (1526-1616), es un tratado ascético escrito en estilo llano y familiar, pero lleno de sabia doctrina. Encanta en este libro aquella discreta selección de las materias más sustanciales y provechosas, aquella flor de los mejores textos de la Escritura y Santos Padres, aquel tino prudentísimo en hacer aplicaciones prácticas, aquella sal picaresca con que nos descubre las flaquezas del amor propio, y sobre todo, aquella frase tan amena y espontánea, y los gracejos que tan bien sientan con la materia de suyo poco gustosa á nuestro paladar estragado. Todas estas cualidades hacen del *Ejercicio de perfección* un verdadero tesoro en el género. Bastaría á falta de pruebas, su gran popularidad entre las personas pia-

dosas. Después de leído una y muchas veces, todas suelen decir : Nunca cansa este libro, siempre parece nuevo.

Más elocuente y universal que los anteriores, pero de estilo profuso y á veces desaliñado, es el P. Juan Eusebio Nieremberg, natural de Madrid (1595-1658). Corren con mucho aplauso sus obras, entre las cuales son dignas de aprecio, tanto del literato como del hombre de ciencia, el tratado de la *Hermosura de Dios*, del *Aprecio de la divina gracia* y la *Diferencia entre lo temporal y eterno.* De las obras de estos tres escritores se han hecho y se están haciendo continuamente ediciones en todas las lenguas europeas.

A fin de completar la materia, haremos mención de los historiadores sagrados, dignos por su número y bien cortada pluma, de los mayores elogios. Son más filosóficos que los profanos, porque como la materia no da tanto campo á la descripción de caracteres y sucesos de bulto, estudian más el corazón y las acciones, á fin de explicar las virtudes y sacar preceptos de moral cristiana. Pero en cambio cayeron no pocos en el defecto de referir someramente y sin discernimiento los hechos, sin fijarse en el carácter de las personas, ni investigar las causas de sus acciones, lanzándose de lleno en el mar sin término de las moralidades. No citaremos sino los más principales.

El primero por sus dotes de historiador es el P. Fray José de Sigüenza, nacido el año de 1545. Fué monje de San Jerónimo, y tan aficionado á los libros y manuscritos que los llamaba « sus compañeros y amigos », y tan humilde, que sólo se sirvió de la grande influencia que tenía con Felipe II para huír de las prelacías y dignidades. La obra que le ha dado más fama es la *Historia de la Orden de San Jerónimo*, cuya primera parte es la vida del Santo, la segunda trata de la Orden, y en la tercera cuenta la historia y describe el suntuoso monasterio de San Lorenzo del Escorial. El profundo saber que muestra en un asunto circunscrito á límites al parecer tan estrechos, su mucha erudición en la historia y disciplina antigua de la Iglesia, y el conocimiento de las lenguas orientales, bastarían para dar estimación é interés á este monumento literario. Tiene además otras prendas, que hacen á esta obra digna de estudio. Estas son la majestad y sencillez de las relaciones, la verdad en las pinturas y retratos y la hermosa variedad de las descripciones, acomodando con tanta destreza el estilo á la diversidad de cosas que trata, que en sentir de un gran literato, es el que más honor hace á la gala y hermosura de la lengua castellana. Esto no es decir que carezca de defectos, cuales son el uso de algunos modismos demasiado familiares, y el decaer en algunas partes la dicción de su primitiva pureza. Y para nosotros el principal defecto como historiador, sin negarle por supuesto los profundos conocimientos del vasto asunto que tomó entre manos, así como del idioma en que escribe, es que se aparta de su fin. Esta obra no es propiamente historia ni biografía, es una serie de discursos prolijos, y hoy muy poco interesantes sobre la vida del santo. Ojalá que nos hubiese dado más hechos bien conocidos, ordenados y juzgados, que no tratados morales, filosóficos y políticos, muy buenos para otro lugar.

Fray Francisco de Santos puso más de relieve las bellezas del P. Sigüenza en la continuación de su obra, escrita sin gusto ni arte y publicada el año de 1680.

Algo inferior en la elegancia del estilo y asimismo en la nobleza de

los pensamientos, es Fray Diego de Yepes, contemporáneo del anterior y de la misma religión. Entre sus obras históricas puede servir de modelo por su dicción pura y castiza y por sus modos de decir elocuentes, la *Vida de Santa Teresa* que es la de mayor mérito.

Con el mismo título escribió también el P. Francisco de Rivera la vida de la ilustre reformadora del Carmelo algunos años después de la muerte de la Santa. El estilo, el lenguaje así como inmensa erudición y solidez de doctrina son del siglo de nuestras glorias. Con lo que cumplió á maravilla lo que se propuso, que fué, según él dice en el prólogo, sacar un retrato lo más perfecto que pudiese, pintándola con sus colores, que son las soberanas virtudes que tuvo.

También merece un puesto distinguido entre los historiadores el P. Pedro de Rivadeneira de la Compañía de Jesús, toledano (1527-1611).

Además de algunas obras políticas y de devoción, entre las cuales debe contarse el *Tratado de la tribulación*, escrito con ocasión de la dispersión de la « Armada invencible », compuso el *Flos Sanctorum* y la *Historia del cisma de Inglaterra* y las *Vidas de San Ignacio, del P. Diego Lainez* y de *San Francisco de Borja.* En todas brilla como dechado del bien decir; mas en el libro de la *Vida de San Ignacio* es donde dibuja un cuadro vivo y natural, según lo calificó Fray Luis de Granada. Su estilo está adornado con todas las galas y luces del ingenio, y su lenguaje, aunque se resiente del molde latino de donde salió, es puro, espontáneo y natural. Sin resabios de rancio ni anticuado, cautiva desde las primeras páginas al lector y le lleva con toda suavidad y dulzura por cada uno de los capítulos, como por una sosegada corriente.

Vamos á terminar este género con los P. P. Martín de Roa y Luis de la Palma de la misma Compañía, escritores del primer tercio del siglo XVII. En el primero ya se vislumbra la época de la corrupción del buen gusto, si bien supo contenerse en los límites de la moderación, y escribió de asuntos devotos con ese tino, precisión y dignidad que generalmente faltaron después á este linaje de escritos. Las principales obras son la vida y virtudes de doña Sancha Carrillo y de la duquesa de Feria. Terso y elegante su estilo, está enriquecido con pensamientos delicados y frases escogidas, que, si descubren el artificio del escritor, agradan por el efecto de puro y correcto lenguaje, en que era maestro consumado. Pero fuera de esta cualidad, tampoco se le puede tomar como modelo de este género por engolfarse en reflexiones filosófico-morales que le absorben casi por completo, y le hacen olvidarse de la parte principal que son los hechos.

El P. La Palma, bien conocido por su excelente libro *Camino espiritual*, que la muerte no le dejó concluír, es autor de la *Historia de la Pasión*, obra escrita en estilo grave, y digno de la elevación del asunto. Sin apartarse un ápice del texto de los Evangelistas, va eslabonando los hechos, y explicándolos con tanta maestría y claridad, que deja al lector no sólo satisfecho, sino lleno de devoción y piedad.

Los oradores sagrados de esta gloriosa época están á la altura de los ascetas y místicos arriba nombrados, que no parece sino que el genio protector de España se complacía en ensalzarla sobre todas las otras naciones, inspirando en todos los géneros á sus religiosos hijos.

Ellos fueron, dice muy acertadamente el P. Francisco Maruri en su *Manual de Retórica Sagrada*, junto con los místicos y ascetas, cuyos admi-

rables libros corrían con universal aplauso por Europa, ora en lengua castellana, ora traducidos, los que en el siglo XVI levantaron la oratoria sagrada de la postración en que había caído, dando á todas las naciones los primeros modelos del estilo ciceroniano resucitado en muchas de sus excelentes é inspiradas producciones. El estilo de éstos formó varones eminentes, sobre todo en Francia é Italia, y contribuyó á elevar á la primera en la oratoria sagrada á una altura que no ha tenido rival desde el siglo XVII hasta nuestros días, y dió á la segunda oradores dignos de ponerse al lado de los franceses.

Contrayéndonos ahora á decir de nuestros oradores sagrados, debemos confesar que generalmente no lucen por el artificio retórico, que después hemos admirado en los oradores extranjeros, pues se contentaban únicamente con imitar de los clásicos la pureza y elegancia del estilo; pero en cambio encuéntrase en ellos un tesoro de sana doctrina, profundo conocimiento de las Escrituras y de los Santos Padres, cuyas huellas siguieron en la elección de los argumentos, así como el plan, soltura y libertad en la exposición de éstos, y sobre todo en la unción religiosa. Acomodábanse á un pueblo lleno de fe, que amaba las verdades reveladas más que los encantos de la forma y del arte, y le hablaban al corazón y al entendimiento, sin cuidarse tanto de los preceptos ó reglas para producir una obra artística.

Sin embargo llegó á tal punto la actividad y celo por este género, que Nicolás Antonio cuenta en su obra cerca de cuarenta preceptistas de oratoria sagrada, entre los cuales había oradores elocuentes y fervorosos, como algunos de los escritores ya citados: Estella, Orozco, Márquez y el P. Granada.

Este último en su *Historia eclesiástica* procuró cristianizar el arte de bien decir de los antiguos, enseñando con los preceptos y ejemplos que supo escoger de los clásicos, á vestir la verdad con las galas de que estaba adornada la mentira en los autores gentiles. No todos los oradores sagrados escribieron en idioma castellano, algunos ya fuese por la costumbre, ya por tener que predicar en el extranjero, se vieron precisados á hacerlo en lengua latina. Recordaremos algunos que no hemos nombrado en esta Historia, pues no tenemos intención de hacer sino una breve reseña.

Santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia (1488-1556), no nos ha dejado más que un sermón en castellano que intituló *Del amor de Dios*, tan bello en la forma como sólido en el fondo, que hace mucho más sensible el hábito y manía de aquel tiempo de no escribir en lengua vulgar lo que era de tanto provecho para el pueblo. Tenemos sí de él muchos en latín, nada inferiores á los de San Bernardo en gracia y suavidad, de los cuales, al decir del abate Mauri, no poco se aprovechó el célebre orador Juan Bautista Massillón.

En el mismo idioma escribieron los P. P. Salmerón y Lainez de la Compañía de Jesús de quienes hacen grandes elogios los italianos. Tan extraordinarias eran la erudición y facundia del segundo, que en sesión de los obispos en el concilio de Trento, se le erigió una tribuna para que todos pudiesen oirle, sin limitarle el tiempo, siendo así que los demás Padres del concilio no podían hablar más que una hora desde sus puestos. En cierta ocasión se halló rodeado de los Padres del concilio que atraídos de su elocuencia, se habían ido levantando insensiblemente de sus asientos.

No fueron menos singulares las dotes del cardenal Francisco de Toledo, predicador por espacio de veinticuatro años de tres Pontífices, á cuyos sermones concurría la flor de Roma cada vez con más ansia de oirle, dice el cardenal Federico Borromeo.

Grandemente celebrado fué en París, Lyon y Roma el ilustre jesuíta valenciano P. Juan Perpiñá por sus dignos y elevados discursos latinos. Sus contemporáneos le aplicaban el elogio de Nestor : « de cuyos labios fluía una oración más dulce que la miel. »

Otro de los oradores más elogiados por los italianos fué el capuchino Fray Alfonso Lobo, cuya erudición y elocuencia fueron admiradas así en Italia como en España. En una cuaresma que predicó en Salamanca movió á quinientos jóvenes á abrazar la vida religiosa.

Podríamos ir añadiendo otros muchos oradores que ilustraron la época y la patria respetada en sus sabios y virtuosos hijos, de la cual decía el cardenal Pallavicini : « La nación española naturalmente ingeniosa, viva y noble, abunda en hombres elocuentes, sobre todo en los púlpitos, hoy día tribunas de los oradores cristianos. » Nos contentaremos con citar á Fray Gerónimo Lanuza, obispo de Barbastro, cuyos tratados evangélicos y homilías fueron traducidos al latín, al francés y á otras lenguas. En tanta estima se tuvieron por su erudición y espíritu evangélico. Murió á principios del siglo XVII.

Verdad es que de las universidades y colegios españoles no ha salido, como decía el célebre Forner, esa turbamulta de sofistas osados, que imitaron á Lucifer en levantar bandera contra Dios y su Cristo, sino un muy lucido ejército de católicos fervientes. En sus claustros se formaron sabios modestos en buen número, á quienes la virtud y la ciencia elevaron á las cátedras de filosofía, teología y matemáticas de las primeras universidades de Europa. Españoles son : Alvaro Tomás, Lerma, Coronel y su hermano, Gaspar Lax, Celaya, Castellar, Pardo, Ciruelo, Siliceo, Mariana, Maldonado y otros muchos que leyeron en París; también son españoles Juan Gélida, Gouvea, Lucena, Francisco Sánchez, Soto, Olave, Valencia, Ruiz de Moros, Salmerón, Vega, Arriaga, Vives, Montes de Oca, Toledo y otros más que no enumeramos, los cuales enseñaron con aplauso en Burdeos, Tolosa, Dilingen, Polonia.

Si de los escritores de ciencias pasamos á los de humanidades, hallamos que florecieron en el mismo siglo un sinnúmero de humanistas nada inferiores en erudición y arte á los de Italia. El ya citado Luis Vives personifica y compendia el gran caudal de los conocimientos de la época. Francisco Sánchez con su *Minerva* echó los primeros fundamentos de la gramática general; don Antonio Agustín y don Diego Hurtado de Mendoza con su protección dieron un grande impulso á los trabajos filosóficos, y Arias Barbosa, Antonio de Nebrija y Pedro Simón Abril, profesores de griego y latín en las universidades de Salamanca, Sevilla, Alcalá y Zaragoza, y con éstos Ginés de Sepúlveda, Núñez Pinciano, Oliver y mil y mil otros profesores y escritores en las otras provincias, generalizaron de tal modo los estudios, que convirtieron las universidades y colegios españoles en otros tantos focos de cultura helénica y latina.

Como escritor político aventajó á Quevedo, y á cuantos le habían precedido en este género, como lo mostró en *Las empresas políticas ó Idea de un príncipe cristiano*, obra que fué traducida al latín y al italiano luego que se publicó.

Se compone de cien alegorías representadas por un símbolo, y seguidas de su correspondiente explicación sobre las cualidades y virtudes de un príncipe. Es tratado práctico más bien que teórico, excelente tanto por la erudición sagrada y profana de que está enriquecido, como por las máximas de sana moral tan conformes á su título, y que por lo mismo debiera estar en manos de todos los gobernantes. Dejando aparte ese modo de decir lacónico y sentencioso que adoptaron algunos políticos para dar más énfasis á la frase, y en que se trasluce afectación, vicio propio de la época, ennoblecen esta obra rasgos ingeniosos y poéticos, pensamientos profundos y una dicción pura, escogida y enérgica. También es obra suya *La corona gótica, castellana y austriaca* inferior á las otras por la precipitación con que la empezó, y por haber sido continuada por otra pluma.

Inferior en las dotes de estilo, aunque no en la profundidad de doctrina, es el licenciado Pedro Fernández Navarrete en sus discursos políticos que intituló *Conservación de monarquías*. Dignos son también de figurar en la historia literaria de esta época Fernando Pizarro por sus *Varones ilustres del Nuevo Mundo*, Solórzano por sus *Cien emblemas*, los Covarrubias, Sousa, los P.P. La Puente, Nieremberg y otros muchos escritores en latín y castellano, políticos, moralistas y ascéticos que desenvolvieron y dilucidaron importantísimas cuestiones morales en sus relaciones con la política, y especialmente con el poder de los reyes.

Ápesar de los fieros golpes que el culteranismo y sus defensores daban al arte literario, no sólo en España, sino en otros pueblos de Europa, produciendo un verdadero caos en la república de las letras, íbanse abriendo paso los estudios críticos, que si no entonces, andando los tiempos tenían que refluír en beneficio de la cultura patria. Aprovechólos, en efecto, el presbítero don Nicolás Antonio, nacido en Sevilla el año de 1617, y fallecido el 1684. Dotado de verdadero amor al estudio y á la patria, invirtió todas sus rentas en libros, hasta formar una biblioteca de treinta mil ejemplares; recorrió otras muchas del país y del extranjero, registró numerosos archivos, y sacó á luz las obras y los nombres de muchos preclaros ingenios que habían ilustrado á España, desde Augusto hasta el 1670.

Tal fué el trabajo hercúleo, conocido con el nombre de *Bibliotheca híspana*, en que presenta á la vista de Europa, como en rico arsenal y bosquejo, las glorias literarias y científicas de España, y con la cual echó las bases de nuestra historia literaria.

Dividióla en dos partes que llamó *Bibliotheca Nova* y *Bibliotheca Vetus*; fué muy admirada de los extranjeros, quienes carecían, á la sazón, de una obra semejante. Y aunque la crítica moderna encuentra defectos en esta producción y no admite todos sus juicios, es elogiado y respetado su autor por su infatigable laboriosidad y buen discernimiento en un asunto tan arduo como difícil en aquellos tiempos de decadencia.

También se continuaron los estudios históricos iniciados en el siglo anterior, distinguiéndose tres escritores, que en sus obras legaron tres joyas á la literatura castellana.

El primero es don Francisco de Moncada, natural de Valencia y guerrero ilustre, muerto el año de 1635. Escribió la *Expedición de catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*, narración preciosísima, sacada de una crónica catalana de Muntaner, que había tomado parte en la expedición;

pero que Moncada, imitando su entusiasmo ha sabido describir con valentía sin igual, en estilo animado y pintoresco, aunque á veces peca el lenguaje de incorrecto y desaliñado.

El segundo es don Francisco Manuel de Melo, nacido en Lisboa el año de 1611, educado en Madrid y muerto en su ciudad natal el año 1667. Entre sus muchas obras en prosa y verso, la que le ha dado más reputación es la *Historia de los movimientos y guerra de Cataluña*, que mejor podríamos llamar *Fragmento histórico*, pues no comprende sino el primer año de la guerra, en que el autor se halló presente, habiendo durado trece. Con todo, es una perla de inestimable valor, engastada en nuestra corona literaria, que se lee con singular agrado, por la animación y colorido de las descripciones, oportunidad y cordura de las máximas, y aunque algo enfático el estilo, su lenguaje es en alto grado fluído, sonoro y siempre agradable.

El tercero de los historiadores de esta época, cuya obra fué el último destello de nuestra gloriosa y amena literatura, fué don Antonio Solís, nacido el año de 1610 en Alcalá de Henares. Concluídos los cursos de teología y ambos derechos en Salamanca, continuó cultivando la poesía, y leyendo los más célebres historiadores de la antigüedad, con lo que se formó ese estilo brillante y ameno, de que dió tan galanas muestras en sus obras. A los cincuenta y siete años de su edad, deseando hacer de sí un sacrificio más perfecto al Señor, abrazó el estado eclesiástico, renunciando desde entonces todos los pasatiempos de las musas; y á los sesenta y seis pasó á la otra vida.

Fruto de su ingenio fueron varias poesías sagradas y profanas, y algunas comedias, en las que están mezcladas más ó menos las bellezas naturales con las postizas de aquella, y en prosa la *Historia de la conquista de Nueva España*. En esta producción es doblemente admirable Solís, porque entre el hervidero de malos poetas y peores prosistas que tenían contagiada la atmósfera intelectual, acertó á componer una historia, que si no está exenta de algunos resabios de mal gusto por el exceso de refinamiento, éstos desaparecen ante el encanto de los cuadros, elegancia y propiedad del estilo, genuinamente español, y ese modo de decir tan urbano, delicado é ingenioso, que deleita á la imaginación y al entendimiento. Por resaltar en ella las dotes de una imaginación en extremo florida, y por haber usado un lenguaje que parece desdecir, por su brillantez y cultura, de la gravedad del género histórico, algunos la han llamado poema, y otros, novela histórica; sin embargo diremos con Mayáns que sin dejar de componer historia, supo hacer Solís un panegírico, y en verdad que bien lo merecían las hazañas de Cortés y sus compañeros. Reconociendo no obstante en esta obra la falta de verosimilitud al pintar á los mejicanos más cultos é ilustrados de lo que eran, confesando también que á veces se muestra menos historiador que poeta, y que no pocas degenera en afectado; á pesar de todo, su interesante historia es uno de esos monumentos que hacen época en la restauración y cultura de la lengua. Los extranjeros, más sordos que nosotros á los halagos de la hermosa y dulce lengua castellana, la juzgaron digna de méritos, cuando desde luego la tradujeron al francés, al inglés y al italiano.

No terminaremos este siglo en que del todo expira la edad de oro de nuestra literatura, culpando á esta ni á aquella institución política, ni

religiosa de la pobreza de escritores de primer orden, como los que hemos tenido ocasión de recordar en el siglo XVI, y en los dos primeros tercios del XVII. El mal gusto en las artes, que se había entrañado y casi connaturalizado en la nación; la universal decadencia de la misma, originada de muchas y variadas causas políticas, religiosas y sociales, no siendo la menor su despoblación por las guerras y colonización de América; y para decir una que comprende muchas, la natural tendencia de las cosas humanas á descender, así que llegan á la cumbre, explican más satisfactoriamente que el *poder opresor* de la Inquisición, cómo fué menguando y secándose poco á poco aquella literatura, que desde el siglo XVI se derramó en mil caudalosos ríos, y fecundizó naciones inmensas. Verdad es que no en todos los géneros ha estado á la altura del asunto, pero esa es condición de todas las cosas humanas, y Dios no lo da todo de una vez.

Inglaterra. A la muerte de Milton ya se habían afirmado en el trono los Estuardos, y con ellos se fué introduciendo la imitación de la literatura francesa, si bien no llegó hasta el punto de sofocar enteramente el genio nacional. Florecieron en este tiempo en la poesía ligera Edmundo Waller, poeta elegante y correcto, cantor de Cromwell y de Carlos II, y Abraham Cowley, autor de varias poesías que entonces le hicieron muy popular. Pero el más aplaudido, por ser de circunstancias su obra, fué Samuel Butler (1612-1680). Escribió un poema satírico contra los presbiterianos y contra los independientes, intitulado *Hudibras*. Este, que es un juez presbiteriano, va por el mundo como otro don Quijote en busca de abusos que reformar, acompañado de Rafael, su secretario, hablador sempiterno, que no hace más que contradecir á su señor. La burla de unos y otros es divertida, á pesar de algunos pasajes oscuros y otros de mal gusto.

Más correcto que los anteriores y más universal fué Juan Dryden (1631-1700). Escribió sátiras, odas, cuentos, poemas, tragedias y comedias; fué también traductor de buen gusto y crítico notable. Entre sus excelentes composiciones deben citarse la sátira que denominó *La cierva y la pantera* (Roma y la iglesia anglicana), donde trata de la preeminencia de la primera; la oda *A Santa Cecilia*, en estilo noble, vigoroso y lleno de movimiento; *Annus mirabilis*, en que describe el terrible incendio que consumió una parte de Londres, y el combate de los ingleses con los holandeses en el Támesis, el año de 1666. Estas últimas composiciones le mecerieron ser poeta laureado. En el género dramático, al cual se dedicó por negocio más que por inclinación natural, se quedó muy atrás respecto del lírico en que escribía movido por la inspiración.

No son tantos en número ni tan notables los escritores en prosa de los siglos XVI y XVII en Inglaterra, ni en todo este período nos presenta su literatura un solo escritor de primer orden.

Vamos á dar una noticia de los principales escritores que vinieron después de Tomás Moro, algunos de los cuales usaron el idioma latino, como el célebre anticuario Camden, llamado el *Varron inglés* por sus investigaciones históricas. Roberto Burton (1576-1639), á quien dieron el nombre de *Montaigne inglés*, escribió un libro humorístico que intituló *Anatomía de la melancolía*, en donde mezcla caprichosamente la pintura de varias pasiones con la descripción de las enfermedades del cuerpo y

del ánimo; consejos morales con recetas de botica; citas de autores clásicos con observaciones propias, resultando un todo original lleno de rarezas, pero no desnudo de instrucción y entretenimiento, del cual se sirvieron después Swift y Sterne.

Walter Raleigh (1551-1623), famoso por sus ataques á las posesiones españolas, hombre erudito y escritor correcto, nos dejó una *Historia del mundo*, que no pasó de los tiempos antiguos, y más tarde William Temple, gran diplomático, escribió *Memorias*, y una *Introducción á la historia de Inglaterra* (1628-1698).

Más celebridad que éstos y otros escritores de este tiempo alcanzó Francisco Bacon (barón de Verulám) (1560-1625), no tanto por la importancia de sus obras, pues hasta 1730 no se había hecho más que una edición de la principal, sino por el soberano desprecio que muestra en ellas de la ciencia metafísica y de los métodos tradicionales, razón por la cual resucitaron su memoria los enciclopedistas. Sus obras, escritas en latín y encabezadas con epígrafes pretenciosos como *De dignitate scientiarum*, *Novum organum scientiarum*, etc., incluídas en lo que él llamaba *Instauratio magna*, distan mucho de haber operado en la filosofía y en la dirección de la inteligencia en los estudios, la más importante y trascendental de las revoluciones, como algunos dicen. Pues si llamó la atención de los hombres de letras sobre la ventaja de la experiencia y del método de inducción para el progreso de la ciencia física, muchos filósofos ya lo habían tratado luminosamente, entre ellos Luis Vives; fuera de que su doctrina y práctica del método experimental han sido más bien perjudiciales á la filosofía y religión, á causa de su exclusivismo sistemático y á causa también de la ausencia de sentido crítico que se echa de ver en sus obras. En este concepto, dice el Iltmo. Señor González, Bacon es padre, fautor y cómplice del moderno positivismo ateo-materialista.

Sus mismos admiradores han afirmado que Bacon es inferior á Galileo, que no ha hecho ningún descubrimiento en la ciencia física; antes bien, escribe Claudio Bernard en la *Introducción de la medicina experimental*, « que los que hicieron más descubrimientos en la ciencia, son los que menos conocieron á Bacon; al paso que nada han producido en este género aquellos que más han leído y meditado sus obras ». Y aunque es cierto que en sus escritos se encuentran algunas ideas religiosas y morales, también los hombres se contradicen, y Pontécoulant ha llegado á decir que « no tenía religión, probidad ni moral ». Por lo menos así lo manifestó en su conducta con su bienhechor el conde de Essex, contra quien tomó la palabra y la pluma para que fuese condenado á muerte; y más todavía, lo puso en evidencia como hombre público, con sus robos escandalosos, por lo que fué encarcelado, confesó sus crímenes y después fué condenado á una multa de doscientos mil pesos, que le perdonó la clemencia del rey, quedando, en consecuencia, privado para siempre de todo cargo.

Intérprete de la doctrina baconiana fué otro escritor famoso, Tomás Hobbes (1588-1670), que la aplicó á la filosofía, á la moral y á la política, sin admitir más conocimiento que el sensible, ni más criterio que la sensibilidad. Entre sus muchas obras, la que lleva el título *De Cive* (del ciudadano) y el *Leviatán* son la apología de los tiranos y de todas las tiranías. Escribióla esta última para que Cromwell le permitiera volver á Ingla-

terra, lo que hace decir al esclarecido Balmes: « Despreciable filosofía que así trafica con la verdad y la honra ».

Siguiendo las tradiciones de los dos escritores nombrados, se hizo Juan Locke (1632-1704), caudillo de los sensualistas modernos. Además de su *Ensayo sobre el gobierno civil*, en que hace una apología político-filosófica de la revolución y de la dinastía de Guillermo III, elevado al trono el año de 1689, escribió un *Tratado de la educación de los niños*, de cuyo plan é ideas se sirvió después Rousseau, pero su obra capital es el *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Partiendo en esta obra del principio que todas nuestras ideas provienen de la sensación y reflexión, abrió la puerta al materialismo de Condillac y demás errores con que se hicieron famosos los enciclopedistas. La sencillez y claridad de estilo sedujo á muchos al principio; pero en el fondo su doctrina es muy oscura y complicada, y son pocos los que han tenido paciencia para leer y entender los cuatro libros en que está dividida su obra.

Entre los escritores contemporáneos de Locke más dignos de mención, citaremos á Newton, cuyo nombre brillará en la historia de las ciencias físicas y exactas, por sus descubrimientos sobre la luz y por la teoría de la gravitación universal. Muy diferente de los naturalistas de nuestros días, Newton se muestra en sus escritos profundamente cristiano en las ideas y sentimientos. Tampoco debe omitirse el nombre de Clarke, el cual combatió, con argumentos contundentes, las doctrinas y tendencias irreligiosas y materialistas de los filósofos anteriores, y demostró la existencia de Dios y la espiritualidad é inmortalidad del alma humana, con vigorosa elocuencia.

Alemania. Si han faltado á la Alemania de estos siglos hombres de genio poético, en la esfera de la ciencia ha sido, no obstante, plenamente honrada con dos talentos de primer orden, á saber: Juan Kepler, astrónomo distinguido (1571-1630); y Guillermo Leibnitz (1648-1716), cuya poderosa inteligencia abarcó todas las ramas del saber humano, matemáticas, física, historia, filología, jurisprudencia y teología. Prefirió para estas obras el latín y el francés, quizá por estar más generalizados estos idiomas, ó porque su lengua nativa no se prestaba todavía para los usos de la ciencia.

Portugal. Entre los escritores en prosa se hace especial mención de Juan de Barros quien habiendo ejercido los cargos de gobernador, tesorero y agente de las colonias hasta el año de 1570, escribió la historia de los descubrimientos y conquistas de los portugueses en Oriente, con el título de *Décadas ó Asia portuguesa*. Por las relaciones de los sucesos se conoce que ha hecho prolijas investigaciones para conocer la verdad, y aunque habla con entusiasmo de la conquista, no tiene empacho en poner á la vista las pasiones y fanatismo de sus compatriotas. Es aún consultada con provecho. Diéronle el título de *Tito Livio portugués* por las arengas y retratos que introduce, y por el colorido poético que da á su narración.

Continuaron escribiendo sobre esta materia, y en el mismo siglo, otros muchos, como Diego de Conto, Castañeda y Alburquerque.

No sólo importancia histórica sino literaria y geográfica tienen los *Viajes* de Fernando Méndez Pinto, dados á luz el año de 1614. Un estilo

florido, más de lo que podía esperarse de un simple soldado, y de un modo interesante, cuenta lo que vió y le sucedió en la India, en la China, Japón, Tartaria, Arabia feliz y demás regiones orientales, como cayó prisionero innumerables veces y otras tantas fué vendido por esclavo, con otras aventuras extrañas y maravillosas. Muchos de los sucesos y noticias que da de aquellos países, tenidos entonces por fabulosos, han sido posteriormente confirmados por los viajeros.

Hubo en el siglo XVII historiadores prolijos, buenos filósofos y eruditos ilustres. Distinguióse Fray Bernardo de Brito, monje cisterciense, autor, entre otras muchas obras, de la *Monarquía portuguesa*, ó sea historia universal desde el nacimiento de Jesucristo; pero habiéndole sorprendido la muerte cuando entraba en los principios de la monarquía, fué continuada hasta el reinado de don Dionisio por los cistercienses Fray Antonio Brandaon y su sobrino Fray Francisco, el año de 1650.

También ilustra la historia de las letras el P. Antonio Vieira, de la Compañía de Jesús, llamado por sus compatriotas el *Cicerón lusitano*. Fué admirado en Francia, Inglaterra, Holanda y Roma por su prudencia en el manejo de los negocios de Estado, erudición vastísima y familiaridad en casi todos los idiomas conocidos. Además de sus sermones, llenos de ciencia sagrada y profana, pero de mal gusto literario, nos dejó algunas disertaciones científicas y una *Historia de la dominación de Portugal*. Murió á los ochenta y nueve años de edad en 1697.

EL SIGLO DE LUIS XIV.
LA LITERATURA DEL SIGLO XVII EN FRANCIA.

El espíritu católico triunfante en Francia en la época en que nos hallamos, y el reinado de Luis XIV, fecundo en hombres de ingenio y en obras de arte, hicieron renacer una literatura honrosa al nombre francés. Pues no sólo en el dominio de las bellas letras fué rico de grandes escritores este siglo, llamado con razón de oro, sino en la filosofía y en las ciencias naturales, siendo, entre todos los géneros, el dramático y el de la elocuencia sagrada, los más brillantes de su literatura. Y por lo que hace al estilo y al lenguaje, todos los escritores, especialmente los de la segunda mitad, se distinguen por su carácter noble y un gusto extremadamente puro y delicado, que ya el siglo siguiente no pudo conservar. Gran parte tuvieron en la formación y perfección de la lengua las academias entonces establecidas, especialmente la francesa por el cardenal Richelieu, en el año de 1635, cuyos trabajos literarios aparecieron con la publicación de la Gramática y el Diccionario el 1694.

Una breve reseña de los más ilustres escritores nos pondrá á la vista el estado de la literatura, comenzando por los en prosa, la cual, algo informe y desaliñada en los escritos de Rabelais y Montaigne, la vemos adquirir precisión y elegancia en manos de Vaugelas y Balzac, pureza y corrección en Pascal, y llegar á un alto grado de dignidad y cultura con las producciones de Bossuet y La Bruyère. Entretanto los poetas iban, como veremos, enriqueciendo el lenguaje con términos pintorescos, y dotando la lengua de fluidez, armonía y suavidad.

Juan Luis Guez, señor de Balzac, nacido en Angulema el año de 1594, es mirado como uno de los padres del lenguaje moderno. Habiéndose dedi-

cado con particular empeño al estudio de las literaturas antigua y moderna, se esmeró en dar á las obras que compuso ritmo y elegancia, entrelazando las cláusulas y redondeando el período, cualidades hasta entonces desconocidas, y que, por lo mismo, hicieron sus escritos muy estimables entre sus contemporáneos. Los principales son : el *Tratado del príncipe*, *Sócrates cristiano*, donde brillan pasajes de moral pura y elevada ; *Aristipo*, tratado de moral y política, superior á los mencionados; y un gran número de *Cartas*, cuyo estilo limó y perfeccionó, á fin de hacerlas modelos del género.

Otro escritor, más célebre aún, nació cerca de Turena, dos años después que el anterior, esto es, el año de 1596. Fué Renato Descartes, merecedor de estimación y respeto, más por sus conocimientos en física y matemáticas, que por los que manifestó en filosofía, donde se hallan tendencias racionalistas y más de un germen de escepticismo. Su sistema de la duda metódica para hallar la verdad ha sido con razón calificado de motín anárquico, si bien al escribirlo no parece que él tuviese intención de ir tan lejos como han ido los que después se proclamaron sus discípulos. Juzgándole como literato, diremos que en el *Discurso sobre el método*, en las *Meditaciones*, en las *Investigaciones de la verdad*, *Respuestas á las objeciones* y en las *Cartas*, su estilo es claro, preciso y tan halagador, que no es extraño que fascinase á sus lectores en un tiempo en que á las cuestiones inútiles, que muchas veces se mezclaban en filosofía, se agregaba el tratarlas en un estilo árido, monótono y desmazalado.

No nos atañe hablar de los muchos, y no menos ilustres escritores, que con ocasión de la doctrina de Descartes la defendieron ó impugnaron, bastando citar entre los primeros á Malebranche, autor, entre otras obras, de la *Investigación de la verdad*, en que se hallan, aparte de observaciones y reflexiones juiciosas y profundas, tendencias semiracionalistas : y entre los segundos á Gassendi, físico y matemático notable y de mucha erudición, y al P. Daniel, jesuíta, autor del *Viaje al mundo de Descartes*, especie de novela donde critica sólida y graciosamente el sistema físico y cosmológico de este escritor.

Más influencia que los escritores nombrados ejerció en la lengua y literatura francesa Blas Pascal, nacido en Clermont el año de 1623. Negole la naturaleza una complexión fuerte y robusta, pues pasó en continuos achaques los treinta y nueve años de su vida, pero se lo compensó con una inteligencia perspicaz y precoz, especialmente para las matemáticas, la física y la mecánica, que recuerdan su nombre con veneración.

La literatura cuenta entre las obras clásicas, dos de Pascal, á saber : las *Cartas provinciales* y los *Pensamientos*. Las *Cartas* son dieciocho publicadas sucesivamente bajo el seudónimo de Luis de Montalto : las tres primeras tratan de la censura que recibió la doctrina jansenística, y contienen errores dogmáticos condenados por la Iglesia, y las quince restantes se dirigen á criticar y poner en ridículo la moral que él llamaba de los jesuítas. Si miramos á la forma, son realmente modelos de estilo admirablemente terso, gracioso, lleno de viveza y sal cómica, pero « según su contenido y su espíritu, dice F. Schlegel, no merecen otro nombre que el de obra maestra del sofisma ».

Más tarde tuvieron una digna refutación en la obra del P. Daniel titulada : *Conversaciones de Leandro y Eudocio*, en la que manifestó con toda evidencia la mala fe de muchos de sus ataques. Pero el daño ya estaba

hecho. Protestantes y libre-pensadores, que como cizaña brotaban ya al lado de la buena hierba, se alegraron de los golpes que con arte tan sutil é ingenioso, pero sofístico, y en estilo fácil y ameno asestó Pascal contra la religión, siendo imposible deshacer del todo la mala impresión producida por las *Cartas*.

La obra que corre con el título de *Pensamientos*, de Pascal, es una serie de reflexiones y apuntamientos sin orden ni relación en las materias, que él había escrito con la idea quizá de hacer una apología del cristianismo. Estos fueron después ordenados y se publicaron bajo dicho título. Con la luz de la fe que había iluminado su espíritu, vió aquel clarísimo entendimiento verdades sublimes y profundas que expresó con verdadera elocuencia; pero en las cuales se ocupa mucho de sí mismo, notándose, á pesar de su bello estilo, cierta frialdad y aridez que seca y aprieta el corazón en vez de enternecerle y dilatarle.

La elocuencia profana no tenía en este siglo, glorioso bajo tantos aspectos, campo donde brillar. Porque estando el interés de la nación tan personificado en Luis XIV, que llegó á decir *la Francia soy yo*, él era en efecto el único astro de quien recibían influencia la corte y el pueblo. Lo contrario sucedía con la sagrada, la cual se manifestó en esta época combatiendo gloriosamente en el púlpito y en la prensa, y reportando espléndidos triunfos del error y del vicio, que se encubrían bajo toda clase de formas, unas elegantes, otras hipócritas y todas maliciosas.

Uno de los más ilustres campeones fué el Ilustrísimo señor don Santiago Benigno Bossuet, nacido en Dijón el año de 1627 y muerto el 1704, obispo de Meaux. Gloria es de la Compañía de Jesús haber dirigido sus primeros pasos por las sendas de la ciencia y de la virtud, que su bella índole no abandonó después. Su gran talento, su aplicación á la filosofía y teología, y la asidua lectura de la Escritura y de los Santos Padres le elevaron como orador sobre todos los modernos. Fué además historiador notabilísimo, teólogo, político, ascético, expositor de la doctrina sagrada, filósofo, no cartesiano sino escolástico cristiano, y bajo el aspecto de la elocuencia y del estilo es el primer escritor de Francia. Ojalá que no hubiese tomado parte en la *Asamblea galicana* de 1682, y en la redacción de los cuatro artículos, no habría sufrido intermisión en su brillo esta gran lumbrera del clero católico.

Tenemos de él una colección de *Sermones* impresos sesenta años después de su muerte, de los cuales no había dejado sino unos bosquejos. Aunque escritos y predicados cuando su talento no había adquirido la perfección de que dió después tan claras muestras, son, no obstante, admirables por la elevación de los pensamientos y por ese estilo majestuoso, pero sencillo, que caracteriza todas sus obras. Todavía es superior en las *Oraciones fúnebres*, reputadas universalmente como modelos del género. Sin ninguna sutileza en los conceptos ni trivialidad en la expresión, y con pensamientos que, aunque profundos, son de todos comprendidos, va desarrollando el cuadro de la vida del héroe, exponiendo á la vista de su cristiano auditorio la nada de la grandeza humana y su engañoso esplendor, é infundiendo al mismo tiempo en los corazones el menosprecio del mundo y el amor á la virtud. La magnificencia de estilo que despliega en estas *Oraciones* es digna de la religión que eleva al hombre sobre todo lo creado.

Otra de las obras maestras del Ilustrísimo señor Bossuet es el *Discurso*

sobre la historia universal, que divide en tres partes : la primera es un resumen de los principales sucesos desde la creacion hasta Carlomagno; la segunda contiene reflexiones sobre el estado de la religion y su divinidad : y la tercera representa un cuadro de las vicisitudes de las monarquías. Es admirable la primera parte, dice Chateaubriand, por la narración; la segunda por la alta metafísica de las ideas y sublimidad del estilo, y la tercera por la profundidad de miras políticas y morales. Siguiendo el gran pensamiento de San Agustin en la *Ciudad de Dios*, va demostrando con hechos y con doctrina como se cumplen los designios de la Providencia en la elevación y ruina de las naciones y de los hombres, sin lastimar en nada los fueros de la libertad.

No menos apreciable por el aspecto científico y literario, es la *Historia de las variaciones de las iglesias protestantes*, cuyo sólo título hizo temblar á los disidentes, porque luego les asaltó la idea que entraña toda la obra, á saber : que lo que varía en religión, no es verdad. En ella expuso, con tanta exactitud como lealtad, las diferencias y contradicciones de sus símbolos y profesiones de fe, y cómo pretende cada una de sus iglesias ser la expresión pura y genuina de la divina palabra consignada en los libros santos.

Su celo le inspiró otras obras apreciables también, como la *Exposicion de la fe católica*, con la que conquistó para la Iglesia al mariscal Turena; el *Conocimiento de Dios y de si mismo*; *La política sagrada*, tratado compuesto para la educación del Delfín, y varias otras que mueven por su elocuencia y edifican por la unción con que están escritas. Edificante y elocuente fué asimismo la lección de humildad que dió en su muerte, acaecida el año de 1704.

Con luz no tan radiante, pero sí más suave y apacible, brilla al lado del Ilustrísimo señor Bossuet el arzobispo de Cambray, Francisco de Salignac de Lamothe Fenelón. Nació en Perigord el año de 1651, y como desde su juventud hubiese dado brillantes muestras de erudición y celo, especialmente en la misión de Poitou, donde convirtió innumerables calvinistas, fué nombrado ayo del Delfín y después arzobispo, el año de 1695. Inclinado por carácter á una piedad tierna y afectuosa, sostuvo contra Bossuet una controversia, en que llegó á defender algunos errores de los *quietistas*. Denunciado á la Santa Sede por Bossuet y demás impugnadores de su doctrina, fué condenado el libro de Fenelón : *Explicación de las máximas de los santos*. Sometióse Fenelón con tanta humildad, que edificó á toda la Iglesia, asi como sus contrarios, segun el dicho del Papa, la desedificaron por su poca caridad con él, pues si faltó, fué por un exceso de amor en cierto sentido. Alejado por esta causa él y su familia de la corte, agregóse para su mal la publicación furtiva del *Telemaco*, en que Luis XIV creyó ver satirizado su gobierno, por lo que acabo de perder la gracia del rey. La sensible muerte del Delfín, su discípulo, acaecida poco después, llenó su corazón de pesadumbre, y murió el año de 1715.

Los escritos de Fenelón no revelan la sublimidad y magnificencia de los de Bossuet, ni tienen el corte energico de su frase; brilla en cambio en ellos esa elocuencia dulce y persuasiva que encanta la imaginación y se enseñorea hasta de los enemigos de la verdad. El mismo Voltaire le califica de tierno, elegante y amable. *La educacion de las niñas*, libro escrito á petición de una señora, es un tesoro por la solidez y delicadeza de sentimientos que encierra. *Los diálogos de los muertos*, compuestos [illegible]

la educación de un príncipe, son una imitación de los de Luciano, en que para dar ciertas enseñanzas de historia, política, filosofía y literatura, hace hablar á algunos personajes de la antigüedad. En los *Diálogos sobre la elocuencia en general y sobre la sagrada en particular*, se muestra crítico juicioso é ilustrado, y sus *Sermones* y demás obras espirituales dan testimonio de su celo, erudición y sana doctrina, excepto el libro antes citado. Escribió también una *Refutación del sistema del P. Malebranche* y un *Tratado de la existencia de Dios*, obras filosófico-religiosas muy recomendables, especialmente la segunda, que fué grandemente encomiada por el protestante Leibnitz, por la solidez de las pruebas y belleza de estilo.

Pero la que le ha dado la gloria de la inmortalidad entre los literatos, es la novela ó epopeya *Telémaco*, cuyo asunto son las peregrinaciones de éste en busca de su padre Ulises, después de la guerra de Troya. Fué su intención formar el entendimiento y el corazón del Delfín, para lo cual toma ejemplos y máximas de los héroes y filósofos paganos, y trata de inspirar por este medio la moral cristiana en el ánimo de su joven alumno. En la amena literatura es uno de los libros más bellos del siglo XVII.

A la aparición en el púlpito del P. Luis Bourdaloue, dice Voltaire, ya no pasó Bossuet por el primer predicador. Los franceses le dan generalmente el título de « rey de los predicadores y predicador de los reyes ». Nacido en Bourges el año de 1632, vistió la sotana de la Compañía de Jesús á los dieciséis años de su edad, y después de haber profundizado en las ciencias sagradas y profanas, la obediencia á sus superiores le hizo subir á la cátedra de la verdad en la elegante corte de Luis XIV. Cinco años predicó los sermones de cuaresma y otros cinco los de adviento, con notable fruto y sin cansar á su numeroso auditorio. Publicólos después, y con ellos varios *Panegíricos* y *Sermones* sobre las principales festividades de la Iglesia.

Cada uno de sus sermones puede decirse que es un tratado en que desarrolla un punto de moral ó un dogma. Nada de fantástico ni exagerado en la exposición de la doctrina, sino práctico y hacedero cuando predica, el grande arte del P. Bourdaloue consiste en ir desenvolviendo su plan con un orden y claridad admirables, y con tal fuerza de razones, que un entendimiento desapasionado no puede menos de decir : *Es cierto*. Su estilo nervioso, sobre todo sin dejar de ser natural y fácil, cobra, si así puede decirse, más vigor y majestad por el conocimiento que muestra del corazón humano, y el uso que hace de la Escritura y de los Santos Padres, cuyos textos y pasajes cita tan oportunamente, que parecen haber sido su lectura habitual. Murió el año de 1704, admirado de su siglo y respetado de todos, pues su conducta, dice un autor muy estimado, era la mejor refutacion de las *Cartas provinciales*.

Cuentan también entre los predicadores célebres de este siglo al sacerdote secular Fléchier, nacido en Pernes el año de 1632. En sus discursos no se eleva tanto como Bossuet, ni es tan lógico y vehemente como Bourdaloue. Brilla por la claridad de los pensamientos y armonía del estilo : es elegante, fluido y rotundo en sus períodos, trasluciéndose el arte retórico que poseía con gran perfección. Entre sus *Oraciones fúnebres*, la de Turena no desdice al lado de la de Bossuet. Elevado á la silla episcopal de Nimes, se condujo como ejemplarísimo prelado, y murió el año de 1710.

Ciérrase esta época de oradores ilustres con el nombre del ilustrísimo

señor don Juan Bautista Massillon, sacerdote del Oratorio y después obispo de Clermont. Llamado á París para predicar á la corte el año de 1699, conmovió á los grandes del reino, como había conmovido á la clase del pueblo. En Massillon ya toma otro carácter la predicacion. Menos orador que filósofo, va, no obstante derechamente al corazón, usando para persuadir de imágenes conmovedoras. Adviértese en sus sermones el grande estudio que había hecho del corazón humano, cuyos pliegues desenvuelve y cuyos resortes toca admirablemente con la fuerza de su elocuencia. Sabido es el movimiento de espanto que instintivamente hizo el auditorio en el sermón del juicio final. Entre sus *Oraciones fúnebres* admiró la pronunciada en la muerte de Luis XIV, llamado universalmente *el Grande*, á la cual dió principio con este rasgo sublime : « Sólo Dios es grande ». Murió este virtuoso y caritativo prelado el año de 1742.

De esta época son también el P. La Rue, jesuita, y el Ilustrísimo señor Mascarón, obispo de Tulle, á quienes colocan entre los oradores de segundo orden.

Entre los principales moralistas de este siglo, mencionan los franceses á Francisco de Marcillac, duque de La Rochefoucault (1613-1680) autor de un libro que intituló *Máximas*, ó sea reflexiones sobre el carácter de los hombres, sus vicios y virtudes. Agriado sin duda, por la conducta ruin y egoísta de muchos cortesanos, suele aplicar á la humanidad lo que es propio de algunos individuos, de modo que para él no hay otro móvil de nuestras acciones que el amor propio, desterrando así de una plumada la virtud del mundo. Por lo demás, fuera de esta falsa idea, suelen encontrarse observaciones juiciosas y profundas, escritas en estilo vigoroso y correcto.

Con más acierto y elocuencia escribió el parisiense Juan de La Bruyère (1644-1696) una serie de retratos originales, modelados según los personajes y costumbres de su siglo. Dió á este libro el título de *Caracteres*, porque publicó al frente la traducción de los *Caracteres* de Teofrasto. Es indisputable el mérito de esta obra, no sólo por la exactitud y viveza con que pinta la sociedad moderna, sino por las enseñanzas que da y consecuencias que deduce, al penetrar como filósofo en el fondo del corazón. Añádase el ser una obra graciosa y pintoresca, variada en los retratos é interesante en los últimos, tanto como en los primeros. A esta gran variedad de caracteres y situaciones acomoda su estilo, mostrándose, ora satírico, ora grave y enérgico; unas veces llano, otras florido y siempre agradable. Mucho contribuyó á la celebridad y propagación del libro el que algunos, por malicia, pusiesen al pie de algunos retratos los nombres de personajes entonces conocidos, lo que estuvo siempre muy ajeno de sus intenciones. Tal era la verdad con que había pintado la sociedad y los hombres.

También nos han hecho una viva pintura de la sociedad de aquel tiempo los escritores de *Memorias*, que siempre han abundado en esta nación. Además de las del duque de La Rochefoucault y del cardenal Retz, las del duque de Saint-Simón (Luis de Roubray, 1675-1755) son las más interesantes de este siglo. Con muy poco arte como escritor, pero con verdadera originalidad en el estilo y con ese tino que suelen dar la honradez y la virtud á un observador penetrante, presenta en sus *Memorias* el confuso movimiento de la corte en tiempo de Luis XIV y de la Regencia, las debilidades, virtudes, pretensiones é intrigas de los principales per-

sonajes que entonces figuraron, á todos los cuales él conoció y trató familiarmente, y á quienes juzga á veces con cierta exageración, pero siempre con intención recta. Habíase propuesto no publicarlas en vida, por lo que están escritas con la mayor franqueza y libertad, y son, además, una mina riquísima de noticias, adonde acuden los historiadores que quieren conocer el estado de la época.

Las novelas de este siglo describen, así como las *Memorias*, el estado de la sociedad y nos dan también una idea de su literatura. No nos haremos cargo de la novela pastoril de Honorato d'Urfé, titulada *Astrea*, monótona, empalagosa y en extremo difusa. Más boga tuvieron las de Magdalena Scudery (1607-1701), que como el anterior, concurría á la famosa tertulia literaria de la marquesa de Rambouillet. Escribió varias novelas, como *Ibraim*, *Artamenes*, *Clelia*, *Las mujeres ilustres*, y otras más, hoy día olvidadas, algunas de las cuales constan de diez volúmenes, en las que presenta personajes persas, griegos ó romanos hablando y discurriendo á la francesa. Hace en ellas largos y prolijos análisis del corazón y de las pasiones, reproduciendo las costumbres de su misma época. Aunque remilgada en el estilo, y no poco pedantesca, tienen sus producciones el mérito de la moralidad. Más dignas de loa, desde el punto de vista literario, son sus *Conversaciones sobre moral* y otras materias.

La Calprenède escribió también novelas como la *Cleopatra*, en veintitrés tomos; *Casandra*, en diez, y varias otras que muy pocos hojean, ni por curiosidad.

A todos los escritores de novelas superó la condesa de Lafayette (María Magdalena, 1633-1693), como lo muestran, entre otras, *Zaida* y *La princesa de Cleves*, con las cuales hizo una revolución en el género. A las aventuras extravagantes y sentimientos exagerados, sustituyó sucesos más verosímiles é interesantes, y el lenguaje sencillo del corazón. Estuvo dotada de imaginación graciosa y mucha sensibilidad.

La correspondencia epistolar de la marquesa de Sevigné, Maria de Rabutin-Chantal (1627-1696), viene por fin á completar la idea del alto grado de perfección á que llegó la prosa francesa, y del estado de la sociedad en el siglo XVII. Sus cartas escritas á una hija ausente y á varias personas de lo más distinguido entonces en ciencias y letras, encierran un tesoro de erudición por las apreciaciones tan juiciosas sobre algunos acontecimientos históricos, cuestiones de literatura y varios personajes. Por lo que toca al género, son otros tantos modelos de buen gusto, de ingenio y gracia, reflejo á la vez de la cortesanía y cultura francesa. Si algún defecto pudiera achacárseles, sería el de tener un estilo demasiado exquisito.

Después de Bossuet no hay en este siglo historiadores de nombradía más que el ilustrado sacerdote Claudio Fleury, autor de varias obras, entre ellas *Las costumbres de los israelitas*, el *Catecismo histórico* y una extensa y erudita *Historia eclesiástica* en veinte tomos en cuarto. Fruto esta última de largos y serios estudios, ha empleado un estilo claro y abundante, que la coloca entre las obras clásicas, razón por la cual ha sido adoptada en las escuelas de Francia. Tiene, sin embargo, el gran defecto de haber sido inspirada por el galicanismo, revelándose en ella, siempre que se le presenta ocasión, ese espíritu de hostilidad y ojeriza á la Santa Sede, y á la supremacía de los papas. Por eso ha tenido el poco apetecible honor de ser elogiado por los escritores protestantes,

llegando algunos de ellos á contarle entre *los testigos más notables de la verdad, que hayan vivido hasta nuestros días.*

Dijimos arriba que el arte dramático fué uno de los géneros en que más sobresalieron los franceses en este siglo. Aun existían en el anterior las asociaciones dramáticas de que hablamos en la Edad Media, si bien á causa de los disturbios políticos y religiosos del siglo XVI, fueron algún tanto reprimidas la licencia y libertad de criticar á que tanto se presta este género.

A Jodelle, y demás poetas de la escuela de Ronsard, imitadores pedantes del teatro clásico antiguo, sucedió Alejandro Hardy (1560-1630), autor de setecientas piezas imitadas de los latinos é italianos, pero más de los españoles, que entonces ejercían, dice Voltaire, en todos los teatros de Europa el mismo influjo que en los negocios públicos. Era Hardy poeta dotado de rara facilidad para la versificación, pero falto de gusto en sus composiciones, donde hace una extraña mezcla de los personajes, convirtiéndolos á todos en galanes á la francesa.

No hay para qué citar otros muchos contemporáneos, que la posteridad ha justamente olvidado, para ocuparnos del gran Corneille, padre de la comedia y tragedia francesa.

Nació Pedro Corneille en Rouen el año de 1606, estudió humanidades con los PP. de la Compañía y abandonando la carrera del foro, á que no tenía inclinación, se dedicó á componer para el teatro en ocasión que ya el ministro Richelieu, como astuto y sagaz, le había tomado bajo su tutela.

Ensayóse primero en la comedia, « tomando, dice Fontenelle en su vida, casi todos los argumentos de los españoles, según la costumbre de aquel tiempo ». Una de las mejores es *El Mentiroso* (*Le Menteur*), sacada de *La verdad sospechosa* de Alarcón, que le abrió camino, así como Corneille después á Molière para la composición de verdaderas comedias morales. Compuso asimismo tragedias, entre las cuales una de las más famosas es *El Cid*, asunto muy apropósito para la descripción de sentimientos nobles y generosos, en que supo ser original y admirable, aun cuando sea cierto lo que dice Voltaire, « que todos los primores del *Cid* francés se encuentran en el *Cid* español de Guillén de Castro ».

Para tapar la boca á los que murmuraban que sus argumentos eran tomados de los españoles, compuso el *Horacio*, pintura elocuente y magnífica de la virtud romana; *Cinna*, que representa la clemencia de Augusto; *Polieucto*, mártir de la fe, que le dió materia para una de las creaciones más delicadas y sublimes que honran el teatro francés, y otras muchas que omitimos, con las cuales ilustró su siglo. En ellas pintó admirablemente el heroísmo y la lucha de las pasiones fuertes, pues los sentimientos tiernos ó templados no cuadraban tan bien con su carácter y con los asuntos de sus tragedias. Su estilo tiene más de robusto y vigoroso, que de elegante y correcto. Por atenerse á las decantadas reglas llamadas falsamente *aristotélicas*, y por la guerra que le hicieron los nuevos preceptistas, privó á la literatura de nuevas bellezas y cayó en inverosimilitudes, de que no pudo dar otra excusa que la tiranía del precepto.

Compuso además algunas poesías líricas y tradujo en verso el libro de la *Imitación de Cristo*. Murió en 1684.

Con más gloria, si cabe, que el anterior trabajó para el teatro Juan

Racine, nacido en Ferté-Milon el año de 1639, y educado en Port-Royal, donde cobró afición á la literatura clásica. Dióse á conocer como poeta lírico, por una oda titulada *La ninfa del Sena*, compuesta para el casamiento de Luis XIV, y como dramático por la tragedia *Andrómaca*, que le colocó desde luego al lado de Corneille. Ensayóse en la comedia, y dió á la escena *Los litigantes*, imitada de las *Avispas* de Aristófanes, en que hace una graciosa burla de los abogados y gente de palacio. Las demás tragedias con que ilustró la escena francesa son : *Británico*, donde presenta á Nerón lanzándose por la carrera del crimen, después de envenenar al joven príncipe; *Berenice*, en la cual describe bajo nombres supuestos, los amores y separación de Luis XIV y Enriqueta de Inglaterra; *Bayaceto*, tomada de la historia otomana; *Mitridates*, *Ifigenia* y *Fedra*, imitadas de Eurípides estas dos últimas.

Habiéndole algunos por envidia silbado la hermosa pieza *Fedra*, se retiró del teatro, y persistió doce años en no querer escribir, hasta que á instancias de madama Maintenon, consintió en tratar asuntos sagrados, yendo á inspirarse en la Biblia y el cristianismo, fuentes de purísima y sublime poesía, y á quienes debe la Europa moderna, según la expresión de un crítico, su originalidad literaria. Compuso pues para el colegio de señoritas de Port-Royal dos tragedias : *Ester* y *Atalia*, digna la primera del universal aplauso con que fué acogida, de la cual decía madama Sevigné : « Todas las personas de la corte deliran por *Ester* »; y la segunda, superior á su siglo, que no fué capaz de comprenderla, tiene todas las bellezas propias del género : inspiración sublime, sencillez en el plan, caracteres perfectamente diseñados é interés siempre creciente. Son estas dos piezas los más bellos florones de la corona de Racine, exentas enteramente de esa galantería insípida y relamida con que otros poetas de su tiempo engalanaban sus obras dramáticas.

Racine es inferior á Corneille en la concepción de las grandes ideas, en el vigor de los caracteres y en la pintura de las pasiones fuertes; pero le excede inmensamente en la constante regularidad de sus piezas, en la variedad de caracteres y flexibilidad para describir sentimientos más suaves y apacibles, y sobre todo en la magia encantadora del estilo y corrección del lenguaje. « En Racine alcanzaron la lengua y la versificación francesas, dice F. Schlegel, una perfección armónica, cual no se encuentra en Milton y Virgilio, y á la que más tarde no se ha vuelto á llegar. »

Habiendo dado á luz su *Atalia*, aquella sociedad ya demasiado voluptuosa, no supo comprenderla, y la recibió con frío desdén, por lo que se resolvió á no presentar más producciones en la escena. Para colmo de su desgracia, cayó en manos del rey que le había nombrado hacía ya tiempo su historiógrafo, una memoria sobre la miseria del pueblo, la que le valió una agria censura de parte del soberano, con lo que se le agravó la enfermedad del hígado y murió el 1699.

Los dos dramáticos citados eclipsaron á todos sus contemporánes, por más que el espíritu de pandilla hiciese esfuerzos por glorificar á los de sus simpatías. Brillaron, no obstante, poetas de segundo orden que si no por todas sus producciones, por algunas á lo menos, merecieron participar de la gloria debida tan justamente á Corneille y á Racine. Tales fueron Rotrou, por su tragedia *Wenceslao*, y Tomás Corneille por su *Ariana* y el *Conde de Essex*.

Equivocáronse los preceptistas de éste y del siguiente siglo, al decir que el teatro francés estaba calcado y modelado por el griego, porque fuera de que el espíritu es muy diferente, por lo que toca á la forma los griegos no tenían actos, ni Aristóteles habla sino del prólogo, del episodio, del coro y del epílogo; y el coro, origen de la tragedia griega, era en sus piezas la parte principal. Además los griegos tomaban los asuntos para sus composiciones de la historia y religión nacionales, los franceses de la historia y religión extranjeras: en los griegos abunda el lirismo, en los franceses es casi nulo; aquéllos no observan las unidades de lugar y tiempo, éstos las exigían con todo rigor; los planes de los primeros eran sencillos, los de éstos son complicados con intrigas que repugnan á la tragedia; los héroes griegos van derechamente al objeto de su pasion por la vía compendiosa del amor sensual, en la tragedia francesa los héroes, vestidos de ceremonia, y dotados de galantería, hablan de su pasión como retóricos y filósofos. Sin embargo, se debe convenir en que aun cuando sus asantos no sean siempre nacionales, corresponden no obstante, de un modo tan perfecto al espíritu y carácter francés, que constituyen un género de poesía enteramente nacional original y perfecto, si bien no popular, porque sus representaciones estaban destinadas á la aristocracia. Y por lo que respecta á presentar en sus piezas héroes extranjeros, y nunca franceses, se esplica, dice F. Schlegel, por la falta de un poema épico que hubiese alcanzado la perfección del género, y llamado la atención del pueblo.

Scarron y Cyrano de Bergerac son los poetas cómicos, cuyos nombres resonaban con más frecuencia en el teatro, los cuales dieron no escasas muestras de originalidad para los chistes y burlas, en que consistían ordinariamente las representaciones de este género, hasta que vino Molière, en quien quedó como personificada la comedia.

Nació este poeta cómico, cuyo verdadero nombre es Juan Bautista Poquelin, en París el año de 1622, y deseosos sus padres de que recibiese una instrucción religiosa, le confiaron á los PP. de la Compañía de Jesús. Recibióse de abogado en Orleans, pero su inclinación al teatro y más que todo su genio bullicioso y aventurero, le sacaron de la casa de sus padres, y entró á formar parte de una compañía de cómicos, profesión entonces poco honrosa, en la que tomó el nombre de Molière, por no infamar á su familia. Fué á la vez actor y autor de comedias, valiéndose para su composición de las de los extranjeros, que por algunos años hizo representar en el mediodía de Francia. Su espíritu observador, la experiencia y la representación de *El Mentiroso* de Corneille, como él mismo confiesa, le señalaron otro rumbo diferente del que llevaban los cómicos de su tiempo. Se dejó de las bufonadas y chocarrerías de los italianos, evitó la demasiada complicación de intrigas de los españoles, estudió la sociedad y trató de pintarla con la mayor viveza, sacando la parte cómica del fondo de los caracteres, que procuró fuesen variados y verdaderos. El diálogo es animadísimo é interesante, y en lo tocante al estilo, fuera de algunas incorrecciones de lenguaje, tiene un colorido poético admirable, y ostenta sobre todos los escritos de su tiempo las dotes de precisión y propiedad. Es el que mejor ha conocido el genio de la lengua.

La comedia que empezó á darle renombre, y en la que se muestra verdaderamente original, es en *Las preciosas ridículas*, donde ridiculiza graciosamente las maneras afectadas de algunas damas, que para darse tono

guardaban en todo la etiqueta de la tertulia de Rambouillet. Uno de los espectadores, no pudiendo contenerse, dijo : « ¡Ánimo, Molière! esta es la verdadera comedia ». Treinta son sus principales piezas diferentes en mérito literario, algunas de las cuales degeneran en farsas; y catorce están escritas en verso. De entre éstas las más celebradas son : *El avaro*, *Las mujeres sabias*, donde pone de relieve la pedantería de algunas damas; *El gentilhombre nuevo*, burla punzante de los que han adquirido de repente una gran fortuna y quieren pasar plaza de nobles y grandes señores; *El convidado de piedra*, que representa el tipo del libertino sacrílego é impío; *La escuela de las mujeres*; *El anfitrión*, comedia mitológica compuesta, según algunos, en obsequio de Luis XIV. *El misántropo* y *El tartufo ó hipócrita*, tan alabadas por muchos, tienen, si bien se consideran, más de entes de razón que de personajes de este mundo, y en la segunda llega á hacer burla de la verdadera virtud por corregir un vicio en sí mismo despreciable y hasta ridículo. Muchas personas prudentes y religiosas censuraron esta comedia, pero Luis XIV á cuyo gusto se inclinaba la Francia de su tiempo, se declaró en favor del autor.

Sobre el mérito de este escritor, todos los críticos están contestes en reconocer en él un talento de primer orden y en muchas de sus piezas una pintura fiel y exacta de la sociedad, no así en la moralidad de todas, pues aunque es moral en el asunto, dice Bonald, es « bufón y licencioso en los pormenores »; y como le faltó el espíritu religioso, único medio eficaz de corregir las malas costumbres, poca ó ninguna fuerza podían tener sus recriminaciones y censuras.

Los hombres más respetables de su tiempo, como Bossuet, Fenelón, Bourdaloue, Baillet y otros le tuvieron claramente por pernicioso, y Napoleón hablando de *El tartufo*, decía « que si se hubiese ecrito en su tiempo, no habría permitido representarla ».

Acaeció su muerte el 17 de febrero de 1673, pocas horas después de haber representado la comedia *El enfermo de aprensión*.

Aunque inferior á Molière, no es indigno de un puesto entre los cómicos Juan Francisco Regnard (1656-1710), por sus *Locuras amorosas*, *El legatario*, *El jugador* y otras no del todo limpias en la parte moral. Dancourt, autor de más de sesenta piezas, le aventaja en la pintura de los caracteres, en que imitó muy de cerca á Molière. Felipe Quinault (1635-1688), poeta cómico y trágico, es el creador en Francia de la ópera, y se recomiendan sus composiciones de este género por la dulzura y armonía que las hace muy adaptables á la música, cualidades en que ninguno le ha igualdo en Francia hasta ahora. En los últimos años abandonó el teatro y se dedicó á la poesía sagrada.

Este siglo tan elegante y correcto en que la Edad Media estaba enteramente relegada al olvido, no produjo ningún poeta épico, á no ser que citemos al autor de *La Doncella de Orleans*, Juan Chapelain, á quien Boileau fustiga sin piedad, no obstante que muestra más genio poético que Voltaire.

Aparecieron algunos líricos, notables sobre todo por la tersura y arte, más que por la inspiración y el entusiamo. Juan Lafontaine, nacido en Château-Thierry el año de 1621, es uno de estos poetas, á quien, más que sus poesías líricas, han dado justa é imperecedera fama sus preciosísimas fábulas. Fué en su juventud bastante indolente y descuidado, y, en consecuencia, esclavo de los vicios á que convida la ociosidad. Mas, como

estaba dotado del sentimiento da la belleza, una oda de Malherbe le despertó de su letargo, á que se agregó la buena suerte de hallar algunos protectores como la duquesa de Bouillón, el superintendente Fouquet, madama de Sablière y otros que, prendados de su natural bondadoso y de su ingenio, le ofrecieron todas las comodidades para dedicarse á las letras. Fruto de sus estudios fueron algunas poesías, que retocaba una y muchas veces, hasta darles la última perfección, y ciertos *Cuentos* imitados de Bocaccio y de los *fabliaux* franceses, que tuvo el malísimo gusto de manchar con las obscenidades de sus modelos. Algunos años antes de su muerte tuvo la sensatez de reprobar pública y solemnemente cuanto había ofendido á la moral con sus producciones. Hoy día yacen olvidados los cuentos.

Viniendo á sus *Fábulas*, aunque él asegura en el prólogo que los asuntos están tomados de escritores de varios países, muchos son de invención propia y en los demás ha descubierto su ingenio varios recursos poéticos, con los cuales ha dado nueva forma á sus fábulas, mereciendo por lo mismo ser contado entre los poetas originales. Tienen, pues, sus *Fábulas* todas las buenas cualidades del género: argumento breve y sencillo, caracteres perfectamente descritos y moralidad fácil de entenderse. Su estilo tiene tanta ingenuidad y candor, que hace creer al lector lo que cuenta, y cuando emplea la ironía ó la sátira hiere con tanta suavidad y gracia, que conmueve y enseña á la vez. Es, sin duda ninguna, el primer fabulista moderno.

Otro de los poetas líricos de este tiempo es el parisiense Nicolás Boileau, (1636-1711), historiógrafo de Luis XIV, hombre de mucha instrucción y además poeta y crítico: pero poeta de corte, que ponía toda la perfección en el atildamiento de las formas exteriores y en el remedo servil de Grecia y Roma; crítico amigo de las trabas, de juicio estrechísimo y á quien faltó el sentimiento del arte. Baste decir que no se libraron de sus censuras los mejores escritores franceses y españoles, y que llamó *grosero* al teatro español, por lo que dijo Racine: « Boileau es un excelente sujeto, pero que no entiende nada en achaques de poesía. »

Escribió doce *Epístolas* en estilo correcto y bien limado: mas sin entusiasmo ni inspiración, pues él mismo confiesa que para componer no se dejaba llevar del estro poético, sino que escribía lo que la razón y el buen sentido le dictaban. Son, no obstante, notables algunas de sus *Epístolas*, como la del *Paso del Rhin* y la dedicada *A Racine*.

Escribió también un *Arte poética* y varias *Sátiras*, en que trata cuestiones literarias, teológicas y morales. En el *Arte poética* y en las *Sátiras literarias* da excelentes reglas de composición; vapulea y ridiculiza terriblemente á los malos escritores; y al lado del precepto pone el ejemplo de su versificación correcta y elegante, pero sin numen; y sabido es que no consiste el ser poeta en evitar los yerros, ni bastan las leyes para crearle, porque si no hay ingenio, « las reglas, decía acertadamente el P. Feijóo, son luces estériles que alumbran y no influyen ». Es autor del poema burlesco el *Facistol* (Lutrin), cuyo asunto son los celos y querellas de los canónigos de una catedral, por la colocación de un facistol. A fin de burlarse de ellos y ponerlos en ridículo, ha tocado todos los resortes poéticos que le daban su erudición y su vena de poeta cortesano.

Aunque pertenece al siglo siguiente, ponen algunos entre los líricos de este siglo á Juan Bautista Rousseau, nacido en París el año de 1670, y

llamado el *Horacio de Francia.* De creencias equívocas y de conducta nada recomendable, pues siempre anduvo en pleitos y reyertas, y desterrado de Francia, escribió odas, cantatas, salmos, sátiras y epigramas, los cuales, más que la inspiración, reflejan su inconstancia, su talento para elevarse con pensamientos ajenos y su ansia de aura popular. Quiso agradar á libertinos y devotos, para lo cual, en unas composiciones, repite las obscenidades de Marot, y en otras canta asuntos religiosos con facilidad y hasta con ternura. En los salmos y demás composiciones devotas reproduce los sentimientos de David en lenguaje lleno de pompa y armonía.

Por eso se dijo de él :

Un Petronio en la ciudad
siendo David en la corte.

Dióse también al género dramático; pero no acertó con la yema; pues fuera de la comedia *El adulador*, todas las demás, hasta sus *óperas*, fueron recibidas con frialdad, y no se reprentaron segunda vez.

LITERATURA PRECURSORA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA (SIGLO XVIII)

Deslumbrados los franceses por los resplandores del trono de Luis XIV, no sólo no acataban su autoridad, sino que aun los más hostiles á la religión, tuvieron cierto miramiento y deferencia al verla respetada y protegida, en lo exterior, por su monarca. *Regis ad imperium totus componitur orbis*, había dicho un poeta. Empero, en todo aquel período el espíritu de discusión no había tenido trabas, excepto si se censuraba al rey; la lucha de éste contra el Papa había puesto al servicio temporal de Francia escritores ilustres, que al combatir la autoridad espiritual de la Santa Sede, abrieron, quizá sin querer, la tumba á la de sus reyes. El mismo Luis XIV había protegido á los hombres de ingenio que le caían en gracia, aun aquellos que con sus escritos socavaban los fundamentos de la piedad y buenas costumbres, y no todo había sido oro en su conducta personal. El foco de corrupción que tal política necesariamente produce, tenía que aparecer bien pronto. En efecto, muerto el rey, y habiendo con él desaparecido la aureola que rodeaba el trono, y sucedido regentes y ministros, faltos de las grandes ideas y nobles sentimientos que habían honrado á la antigua monarquía francesa, los hombres sin fe y sin religión, no vieron ya en la autoridad más que despotismo y degradación en la obediencia. Trataron, pues de lanzar de sí un yugo que creían vergonzoso, y de sacar, como decían ellos, á la naturaleza humana de la esclavitud, envolviendo en el mismo descrédito y aborrecimiento á la religión, cuyo espíritu no conocían. Inicióse esta espantosa saturnal á principios del siglo, con la regencia de Luis XV, y á fines del mismo dió un estallido, proclamando la revolución.

La literatura, reflejo de las ideas del siglo, tenía que resentirse de la insubordinación, ó mejor dicho, de la oposición declarada á las creencias, costumbres é instituciones de los pasados tiempos, la cual fué tan injuriosa y atrevida, como si en todos ellos no hubiese brillado la luz de la

razón. Por eso, aunque sus escritores son hombres de talento, y algunos revelan dotes extraordinarias de elocuencia, con excepcion de muy pocos, más es lo que afean sus obras la presunción y el orgullo, que lo que las ennoblecen la pompa y majestad del lenguaje y su mucha soltura y corrección. La ignorancia religiosa de que hacían alarde y el desdén que mostraban de todo lo sobrenatural, les había cegado las fuentes de la razón, de donde nacen los grandes pensamientos. Para ellos, la virtud no tenía encantos, ni casi maravillas la naturaleza, que sólo consideraban materialmente, convirtiendo casi todos, en daño de las verdades de un orden superior, los progresos que en el mismo siglo se iban haciendo en las ciencias experimentales. Si á esto agregamos la falta de verdad en casi todas las obras serias de este siglo, sólo por antífrasis se le puede dar el nombre de *filosófico*. Sus tres más grandes escritores, Montesquieu, Voltaire y Rousseau, no sufren comparacion con Bossuet, Corneille, Fenelón y otros más del siglo anterior.

El espíritu filosófico y político, que se iba haciendo en este siglo cada vez más dominante, obró un cambio notable en el carácter alegre y ligero de los franceses, de que participó la poesía, la cual tuvo que ceder el lugar á la prosa. Así es que son muy pocos los poetas de este siglo, y en lo que tienen de tales, son imitadores de la época antigua.

Mas, antes de llegar á un cambio completo de las cosas humanas, suele preceder una época de transición, á la cual pertenecen en el presente caso Bernardo de Fontenelle y Antonio La Motte, autor el primero de las *Conversaciones sobre la pluralidad de mundos*, los *Diálogos de los muertos*, la *Historia de la Academia de ciencias*, y algunos *Elogios de los académicos*; y el segundo escritor frío de óperas, dramas y de algunos estudios de crítica. Estos dos iniciaron la reacción contra el arte de Racine y de Boileau, á los cuales siguieron, andando el siglo, otros y otros escritores en varios géneros, cuyas obras, miradas desde el punto de vista del arte, ninguna tiene un mérito sobresaliente, y alguna que otra apenas pasa de lo regular. Iremos señalando cronológicamente los principales.

Renato Le Sage nació en Zarzeau (1668-1746) y estudió en el Colegio de los PP. jesuítas de Vannes. Dotado de más gusto literario que inventiva, aprendió en la literatura española el arte de encadenar aventuras y darle colorido, con lo que pudo publicar obras que le han hecho célebre en la historia de las letras. Además de algunas traducciones de novelas españolas compuso el *Diablo cojuelo*, novela imitada de la que escribió Vélez de Guevara, con el título de *Verdades soñadas ó Novelas de la otra vida*. También se le tiene por autor de la Historia de *Gil Blas de Santillana*, cuya idea principal, que es presentar á un joven estudiante que sale de su casa á probar fortuna, y pasa por infinidad de condiciones, que le ofrecen ocasión de describir todas las clases de la sociedad, es de Vicente Espinel, y su *Escudero Marcos de Obregon*. El mismo *Escudero* está copiado el prólogo y muchas aventuras; pero Le Sage hizo, con estas y otras más el bello conjunto de que resultó su obra. Sin mostrarse en ella malicioso al descubierto, pinta con maligna sencillez y en estilo adecuado las diversas clases de la sociedad, satirizando de un modo natural y sin odio á los hombres á quienes siempre mira por el lado débil. Por eso no se encuentran en esta novela sentimientos elevados, ni caballerescos, ni virtud y honradez, como si no la hubiese en el mundo. Esta falta de verdad es realmente un defecto en obras que tienen por objeto instruir

deleitando, y lo es asimismo, la descripción no siempre decorosa de varias aventuras[1].

Se ejercitó también en el género dramático, distinguiéndose entre sus mejores comedias *Turcaret*, sátira finísima contra los asentistas de aquella época. Tan temida fué su representación por la pintura exacta de los manejos de que se valían, que le ofrecieron cien mil francos porque se suspendiese, á que se negó redondamente.

Antonio Prevost, soldado, monje, seglar y monje otra vez, escribió gran número de novelas, llenas de movimiento, como había sido su vida; en las cuales, si hubiese cuidado más el estilo, aventajaría á sus contemporáneos. Casi todos sus asuntos fueron frívolos, y aunque la virtud está representada en las máximas, el vicio está puesto en acción. Murió el año de 1763 á los sesenta y seis años de edad, bajo el escalpelo del cirujano, que, creyéndole muerto, le empezó á hacer la autopsia.

Otro escritor más notable por la universalidad de sus conocimientos y de sus escritos, pasó más adelante en la crítica de la sociedad, de sus

1. La sana crítica va demostrando casi con evidencia que Le-Sage no fué sino mero traductor de un manuscrito castellano, cuyo autor dice la *Historia de España* de los señores Aldana y García González, fué don Antonio Solís, el que escribió la *Conquista de Méjico*. Éste por haber sido oficial de la Secretaría de Estado, estaba muy al corriente de los manejos, administración y política de los ministros de la época de Felipe III y Felipe IV, así es que pudo muy bien satirizar á los ministros bajo el velo del anagrama para evitar persecución, llamando duque de Melar al de Lerma, conde de Sumel al de Lemus, Duzac al de Uceda, de Valdeories al de Olivares etc., etc. Pero sea lo que quiera del autor supuesto que si no fué él, pudo muy bien haber sido otro de los muchos literatos de la época: por lo que toca á Le-Sage, éste según sus mismos compatriotas, nunca pisó el suelo español, y á la muerte de su íntimo amigo el marqués de Lyone, embajador muchos años en Madrid á fines del siglo XVII, heredó su rica biblioteca. Dicho marqués era hombre erudito, y muy aficionado á la literatura española, por lo que había comprado cuanto impreso y manuscrito de algún interés había llegado á sus manos. Estos datos históricos dan mucha fuerza á las razones alegadas por el P. Isla, el señor Llorente y el señor Peña y Marín. Puede además leerse el breve, pero muy discreto opúsculo de don José María Lago: *Reivindicación de la propiedad de esta obra usurpada por un extranjero á la literatura patria*. Madrid 1885.

Entre otras muchas razones que merecen atenta consideración, como las declaraciones del mismo Le-Sage para disipar sospechas entre sus paisanos, y el conservar sin necesidad en el texto francés el anagrama de que hemos hecho mención, puesto que escribía en tiempos de los Borbones, enemigos ya victoriosos de la casa de Austria, á quien habían hecho la guerra, dice: « Hoy que el vapor y la electricidad nos constituyen vecinos, tabique en medio, por decirlo así, de los franceses, estamos á cada momento lamentando los errores que cometen, ya que no la supina ignorancia que manifiestan ilustres escritores de esa Nación, siempre que en sus obras se ocupan de nuestras costumbres, de nuestro modo de ser, en fin. Pues si esto acontece en nuestro tiempo, si tal es el error y el desacuerdo de nuestros vecinos, cuando de España tratan, habremos necesariamente de considerar como una de las más originales paradojas que inventarse pueden, el decidido propósito de atribuir al extranjero Le-Sage exacto conocimiento de la situación de este país, en el siglo XVII, con relación á costumbres, instituciones, caminos, aldeas, ó lugares que no figuraban entonces en el mapa, ni en tratado alguno de geografía, y el conocimiento exacto de tipos puramente españoles, como el licenciado Cedillo, su ama la señora Jacinta, y el señor Manuel Ordóñez administrador del hospital de Valladolid, etc., etc. »

instituciones y costumbres. Este fué Carlos de Secondat, baron de Montesquieu, nacido en Burdeos (1689-1755), quien abandonó la carrera judicial por entregarse al estudio y hacerse escritor público.

Siendo presidente del tribunal de Burdeos, dió á luz, por los años 1716, las *Cartas persianas*, donde supone que varios personajes de esta nacion escriben á sus amigos de Persia, dándoles cuenta de las impresiones que reciben en sus viajes por Europa, así como de las costumbres que notan, instituciones y civilización. Muy bien recibidas fueron de la opinion pública, ya por la crítica hiriente del despotismo de Luis XIV, torpe administración del reino y costumbres de la corte; ya por los chistes y gracejos con que las ameniza; pero más todavia, y esto prueba cuanto había descendido el nivel moral de aquella sociedad cuando, revelado el nombre que se había ocultado bajo el anónimo, vieron que todo un presidente de la Corte halagaba también á aquella sociedad voluptuosa é incrédula, rindiéndola homenaje con descripciones lúbricas y sarcasmos contra la religión. Por este motivo, se le puso al principio veto para entrar en la Academia; pero, al cabo, todo se allanó y fué académico. Más profana fué aún, y sobre todo insulsa, otra producción erótica en prosa, donde hizo la pintura del *Templo de Gnido*.

Habiendo renunciado su cargo, viajó algunos años por Europa, á fin de adquirir mayores conocimientos, y dió á la estampa el año de 1734 la obra *Consideraciones sobre la grandeza y decadencia de los romanos*, en que aparte de algunos rasgos de verdadera elocuencia, al presentar el contraste entre el régimen enérgico de los romanos y el de Francia sin vigor, todo lo demás lo habían tratado con más exactitud y profundidad Maquiavelo, Bossuet y el inglés Walter Moyle el año de 1726. Algún tiempo después publicó su monumental obra el *Espíritu de las leyes*, de la que hicieron veintidós ediciones en dieciocho meses: tal fué la boga que le dieron las materias de gobierno civil que en ella se trataban. Hace, pues, un estudio general de las leyes y costumbres de todos los pueblos, y de la legislación en sus relaciones con las diversas clases de gobiernos, con las costumbres, clima, comercio, religión, etc. Debe decirse en obsequio de la verdad que á la elevación de miras, reflexiones profundas, gran conocimiento de la historia y de los gobiernos, corresponden la exposición clara y metódica de las ideas, y un estilo elegante y vigoroso. Mas también debe decirse, por amor de la misma, que al lado de estas bellezas se encuentran aserciones destituídas de fundamento é ideas bastante atrevidas, paradojas en lugar de verdades y hasta principios de deísmo y de irreligión. Por eso agradó tanto á su siglo. La universidad de la Sorbona en el examen que hizo de esta obra halló muchas cosas reprensibles, y los mismos amigos de Montesquieu le censuraron por las citas falsas y por los ejemplos tomados de viajeros ignorantes ó mentirosos. Tuvo también esta obra la recomendacion de madama de Pompadour, á quien se quejó Montesquieu de que M. Dupin había hecho una crítica muy amarga é injusta. No había éste distribuido mas que cinco ó seis ejemplares á sus amigos, cuando fué llamado por la marquesa, quien le dijo que tomaba bajo su proteccion la obra y á su autor. Tuvo Dupin que retirar los demás ejemplares y quemar la edición.

Viene en seguida otro escritor menos profundo, aunque más universal y más brillante, educado en la corrupcion intelectual y moral de la regencia, fecundo cual ninguno de su siglo, riquísimo en gracias de

estilo y habilísimo para asimilarse las ideas ajenas, y darles nueva y agradable forma. Este es el parisiense Francisco María Arouet, que tomó el nombre de Voltaire (1691-1778).

Fué un tiempo discípulo de los jesuítas, uno de los cuales, el P. Le Jay, le pronosticó, en vista de la malignidad de sus burlas, la triste gloria de ser el corifeo de la impiedad. De esta cualidad tan poco honrosa de mofarse de todo, ya hizo mérito uno de sus admiradores de nuestros días cuando dice : « Desarrollóse en él ese ingenio incisivo y burlón, que constituyó más tarde su arma más poderosa y terrible ». Seguiremos extractando de este escritor, cuyos libros corren en manos de los jóvenes, algunas cláusulas relativas al autor que nos ocupa. Pero no bajaremos á las vicisitudes de su vida, ni nos detendremos en señalar los caminos por donde Voltaire hizo verdadero el fatal pronóstico de su maestro, toda vez que ningún provecho pueden sacar los jóvenes de un discípulo práctico de Epicuro, parásito de reyes, ministros y favoritas reales, que al decir de su admirador « compartió la vida entre los placeres mundanos y el trabajo », que se reducía, según él mismo, « á escribir versos, comedias, tragedias, sátiras, novelas, en que bajo las formas más ligeras desarrollaba su crítica siempre acerada é hiriente contra la religión y las instituciones de su siglo ». Dejaremos asimismo á un lado su repugnante conducta como hombre civilizado y cristiano, aunque nada exageraríamos vilipendiando al que por falta de amor á su patria escribe : « que hay algo de tigre y de mono en la nación francesa »; al que para adular á Federico de Prusia, injuria á Francia y á los franceses con apodos ridículos; al que miente á sabiendas y calumnia á sus amigos, cuando cree que le hacen sombra; al que tiene la avilantez de negar sus producciones anónimas, cuando éstas causaban escándalo, como sucedió con el poema *La doncella de Orleans*, y á veces atribuírselas á otros, como en el caso de Rousseau; al que se enriquece con donaciones y pensiones no siempre limpias, y hasta con el tráfico de negros; al que aborrece al pueblo, al cual, según él, debía dejársele en la ignorancia, y darle sólo el pan negro de la religión; al que adula á reyes y magnates, arrastrándose por sus antesalas, como vil lacayo; al que se firma mofador de Cristo y para *dar buen ejemplo* á sus colonos, comulga sacrílegamente en la iglesia de Ferney. Pero no prosigamos, y sin negarle su buen talento y las bellas dotes con que le enriqueció la Providencia, las cuales él torció y pervirtió, diremos que sus conocimientos no estuvieron á la altura de su celebridad. « Voltaire, dice el escritor citado, trata todos los asuntos con igual facilidad, y á juzgarlo por las primeras impresiones, se creería que había hecho estudios profundos sobre todas las materias. Sin embargo, esta admiración desaparece desde que se estudian las cosas más de cerca. »

Presupuesto lo dicho, vamos á considerar á Voltaire como poeta y como prosador.

En aquel siglo tan poco poético fué el mejor poeta trágico, porque, dotado de gusto literario, supo expresarse de un modo elegante, natural y fácil, y presentar las cosas con las mismas formas poéticas que el siglo anterior. Por eso se creyó él superior á Corneille y Racine; pero no lo han creído así los más aventajados críticos modernos, y Villemain ha dicho : « El tiempo, ese crítico soberano, ha probado ya que las obras dramáticas de Voltaire tienen rara vez esas fuertes tintas que pasan á la posteridad. Es además declamatorio. » Introdujo, sin embargo, algunas

mejoras en el arte trágico: dió más movimiento y sencillez á la accion, é hizo diálogos más cortos; suprimió las conversaciones amorosas y galantes, que no se avenían con su corazón impotente para amar, según él mismo confiesa, si bien las sustituyó con máximas y sentencias filosóficas que, fuera de no cuadrar con el género, « revelan, como dice el escritor aludido, la presencia del poeta, perjudican á la ilusión y cambian el teatro en tribuna ». De manera que por esta manía de filosofar y de dirigir sus dardos más ó menos directamente contra el ministerio sacerdotal ó el *fanatismo*, hace que sus personajes, ya sean indios del Perú del tiempo de la conquista, como en *Alzira*, ya paladines de la Edad Media, como en *Zaira*, ya mahometanos, como en *Mahoma*, piensan y hablan como un francés del siglo XVIII, quedando, por consiguiente, en sus piezas falseado el género, puesto que no respeta la historia ni pinta las costumbres y sentimientos de cada época ó pueblo.

Es, pues, Voltaire un trágico, no de primero sino de segundo orden, y esto en las piezas que compuso sin miras manifiestas de propaganda antireligiosa, como en *Edipo*, *El Cid*, *Zaira*, *Tancredo*, *Semíramis*, etc., en las cuales la naturaleza del asunto le obligaba á expresar nobles sentimientos, ajenos de su carácter. En *Zaira*, por ejemplo, donde se dejó inflamar de la inspiración cristiana, única vez que la buscó por buen camino, hay bellezas de buena ley y es más poeta que en las otras.

Respecto del drama lírico, sus oídos estaban cerrados á las bellezas armónicas, lo mismo que sus ojos á las del arte, y así ninguno sufre la escena.

En la comedia es pesado, grosero y maligno, y esta odiosa cualidad no le deja ser gracioso, porque el malvado nunca es cómico, dice Maistre.

En la oda es nulo, pues la impiedad había apagado en él la llama divina del entusiasmo; algunas son morales, pero sin religión: y si algo instruyen, ninguna conmueve. Por la misma razón no ha sabido componer epigramas y sátiras sin deslizarse al sarcasmo y al libelo.

Fuera, pues, del género trágico, ya no merece Voltaire el nombre de poeta. Así lo sientan, entre otros muchos historiadores y críticos, Víctor Hugo, Maistre, Villemain y Cantú.

Ensayóse también en el género épico y compuso *La liga*, « que publicada por un amigo infiel, dice el autor á quien arriba nos hemos referido, Voltaire la corrigió, cuidadosamente y la dió á la prensa con el título de *Enriada*, en que canta á Enrique IV y el sitio de París. No merece, prosigue, el título de epopeya con que la saludaron sus contemporáneos. Su plan carece de unidad, y la accion de grandeza y de verdadero interés. »

Más infeliz estuvo en el poema *La doncella de Orleans* (*La Pucelle*), donde manchó con torpes inmundicias la figura más virginal é inmaculada de la historia de Francia, lo que confirma su admirador diciendo: « Debe censurársele el haber profanado la memoria de Juana de Arc, falseando la historia y haciendo reir á costa de uno de los tipos más puros de patriotismo y de heroicidad. »

Era en aquellos tiempos Voltaire consultado de todos como un oráculo, y aunque no le hemos negado el talento y el gusto, su ojeriza á todo lo que tenía algún color ó sabor de religión, que luego calificaba de *fanatismo*, le privó de ver y gustar muchas bellezas de la Biblia, llegando en su loco frenesí á hacer ridículas y groseras parodias de los sublimes

visiones de Ezequiel, del magnífico libro de Job y del *Cántico de los Cánticos*, y hasta llamar al puro y elegantísimo Isasías « fanático extravagante ». Más aún, ignorando el griego y el hebreo y la exégesis bíblica, se entrometió á juzgar de los textos sagrados y á interpretarlos; pero de un modo soez y repugnante, cual no se haría en una taberna, y, por fin, á impugnar su autoridad. No es extraño que Dios le hiriese de radical impotencia para toda poesía noble y elevada.

Más digno de estudio sería como prosador, si el fondo estuviese en armonía con la forma. Su estilo es la transparencia misma, se adapta á todos los asuntos y á todos los géneros; escribió de todo con extraordinaria facilidad, elegancia y agrado, pero también con la misma precipitación y falta de ciencia. Y sabido es que ni la claridad, ni la dulzura, ni las demás dotes de la forma constituyen por sí solas la bondad de una obra, pues también hay venenos dulces en líquidos cristalinos.

Recorramos á la ligera algunas de sus obras, comenzando por las históricas. El mayor mérito de la *Historia de Carlos XII* consiste en la narración de los sucesos, hecha en estilo rápido y elegante, que le era natural, pero sin aquellas profundas enseñanzas que la hacen, según Cicerón, « maestra de la vida ». Tiene además un sabor tan novelesco, que Napoleón I, que la leía durante la campaña de Rusia, la arrojó de sí por inexacta.

Todavía es más brillante en cuanto al estilo, el bosquejo ó, si se quiere, el cuadro histórico que trazó en la obra titulada *Siglo de Luis XIV*.

Hay en él pinturas exactas y de hermoso colorido, como la del principio del reinado de Luis XIV, el carácter de éste y el de Guillermo III. Nótase, sin embargo, que pesa más en la balanza de su estimación la parte material que la moral, y que se deja ofuscar por el brillo de las conquistas, embajadas, ostentoso aparato de las fiestas y aventuras de la corte, como si en ellas consistiese la grandeza y felicidad de un estado; cuando debiera hacer resaltar el grado de perfección intelectual y moral, que resulta de los hechos políticos y del progreso de las artes, ciencias y religión. No es, por consiguiente, un cuadro verdadero de este siglo, cuyos falsos relumbrones se destacan mucho más, cuando supone en un fondo de tinieblas á todos los tiempos anteriores á Luis XIV, y á éste, como pronunciando el *fiat lux* sobre las ruinas amontonadas en aquel caos de barbarie. Para Voltaire no hay más siglos merecedores de algún nombre en la historia que el de Pericles, el de Augusto y el de los Médicis. Al de Luis XIV sólo quisiera quitarle el espíritu religioso, que él admira, pero que no puede comprender, habiendo sido precisamente la base de su gloria.

Respecto de la inmensa obra titulada *Ensayo sobre las costumbres y espíritu de las naciones*, aunque mucho podríamos decir, nos contentaremos con el juicio de su admirador : « Tomando, escribe, los hechos desde la época de Carlomagno, en que se había detenido Bossuet en su célebre *Discurso sobre la historia universal*; pero colocándose bajo un punto de vista diametralmente opuesto, ha referido la historia de los pueblos de Europa, hasta mediados del siglo XVII, con una claridad y una elegancia inimitables; pero también con una prevención injusta contra el cristianismo, al cual atribuye todos los males de la humanidad. » Hasele supuesto á Voltaire especialmente en esta obra, creador de la historia filosófica; pero ya sabemos, dice F. Schlegel, que « la esencia de este

modo de considerar la historia, cuyo inventor fué Voltaire, consiste en el odio que se manifiesta en todas partes, en todas ocasiones y bajo todas las formas imaginables contra los religiosos y los sacerdotes, contra el cristianismo y contra cualquiera religión ». En prueba de lo cual podríamos alegar infinitos documentos; creemos, no obstante, suficientísimo el del escritor que hemos tomado para confirmar nuestros juicios. Dice así : « Su *Ensayo sobre las costumbres* es bajo este punto de vista y sobre todas sus obras históricas, un libro capital; pero es menester convenir en que su odio sistemático al cristianismo, así como su falta de estudios más prolijos sobre algunos hechos, lo han extraviado con frecuencia. »

De todo esto deducimos, con otros críticos de nuestros días, que Voltaire no pesa ni vale en la historia más que por su diabólico poder de demolición, que así y todo, y en medio de su limpieza, amenidad y tersura, carece en absoluto de seriedad y de verdadera elocuencia. Ha sido, pues, más peligroso por las ideas que ha acreditado en la historia, que por sus amargas burlas contra la religión.

No nos detendremos en su *Diccionario*, que llamó filosófico, y demás escritos relativos á la filosofía, porque un entendimiento como el suyo, reñido con la metafísica y con toda abstracción é incapaz de enlazar ideas, ó tejer sistemas, mal podría interesar á los hombres sensatos; tanto más que al hablar de esta obra, el encomiador ya citado, después de alabar su buen sentido, añade : « Con frecuencia se deja arrastrar por los caprichos de su humor hasta la temeridad, y hace intervenir siempre la cuestión religiosa, confundiendo en la misma proscripción la doctrina evangélica y las ciegas supersticiones ».

Tampoco daremos nuestro fallo acerca de las *Cartas sobre los ingleses ó filosóficas*, de las cuales sigue diciendo el mismo escritor : « Bajo el pretexto de hacer conocer la Inglaterra, combatía indirectamente todas las ideas recibidas en filosofía, en política, en religión, y atacaba todas las opiniones del siglo de Luis XIV, la autoridad del clero y del poder absoluto. Esta obra, así como una pieza poética en que ponía en duda, ó más bien, negaba la divinidad de Jesucristo, fueron quemadas por la mano del verdugo.

De sus novelas, sátiras, cuentos y demás escritos ligeros, que con tanto placer saboreó aquella sociedad voluptuosa y descreída, y que fueron asimismo el presagio de la tormenta que hizo tantos millones de víctimas, para qué hablar, si aunque algunos estén sazonados de ingenio y sean indiferentes, casi todos destilan la más corrosiva, impía y sacrílega burla de la Providencia, de la dignidad del hombre y sus más grandes aspiraciones. De entre estos mismos los hay también calculadamente lúbricos y libidinosos en sumo grado, verdaderos abortos del demonio de la lujuria, que no hubo dama elegante ni hombre de mundo dentro y fuera de Francia, por más desgracia, que no los leyesen y se los recitasen mutuamente, inspirándose en su refinada malignidad, para amenizar las sobremesas de sus convites y francachelas.

Actividad tan estéril para el bien, como fecunda para el mal, tuvo como todas las cosas su término; pero antes « París, dice Maistre, coronó al que Sodoma habría desterrado, y los gritos desaforados *¡Viva la Pucelle!* *¡Viva Voltaire!* que acompañaron á la coronación de su busto en el teatro, no fueron sino la apoteosis del vicio y de la impiedad. El [illegible]

mayo de 1778 dejó de existir en medio de espantosas convulsiones y horrorosas blasfemias, que llenaron de terror á su amigo y protector el mariscal Richelieu, quien salió diciendo : « ¡ En verdad esto es horrible; no se puede ver! » Y Tronchin, médico protestante que le asistió hasta los últimos momentos, escribía el 22 de junio del mismo año á Carlos Bonnet lo siguiente que se conserva original : « Comparando la muerte del hombre de bien que no es más que la tarde de un bello día, con la de Voltaire, he visto perfectamente la diferencia que hay entre un día sereno y una tempestad... Yo no la recuerdo sin horror... Recordad los furores de Orestes : así murió Voltaire. *Furiis agitatus obiit.* »

Todos los escritos apasionados y calumniosos de Voltaire tuvieron digna y bien merecida refutación entre otros, en el presbítero don Antonio Guené (1717-1803) en una obra que intituló : *Cartas de algunos judíos portugueses, alemanes y polacos á M. Voltaire.* Con los filos de su propia arma, la ironía, pero más con argumentos sólidos y contundentes rebatió todas sus falsas aserciones sobre religión, filosofía é historia, haciéndole ver su ignorancia, mala fe y falta de sentido. Dióle á conocer la legislación sapientísima de Moisés y le mostró las singulares bellezas de los libros santos. No tuvo otra contestación de Voltaire, sino chocarrerías y bufonadas. Entre otras, decía á d'Alembert en carta de 1776 : « El secretario judío es maligno como un mono, muerde á sangre fría fingiendo que besa. » Aquella sociedad escéptica y corrrompida siguió, no obstante, leyendo y admirando al vil adulador de sus pasiones y bajos sentimientos.

Como la literatura de este siglo es casi toda filosófica, vamos á recordar los nombres de algunos que se dieron á sí mismos el nombre de *filósofos*, los cuales, tomando en sus escritos el tono de maestros del género humano, y despreciando toda ley y autoridad, llamaron la atención de aquella sociedad frívola y sin Dios, y prevalecieron sobre los verdaderos sabios, cuya erudición era más sencilla y su tono más moderado. El fárrago indigesto de verdades y mentiras, de bellezas y monstruosidades que en ellos nos dejaron, nos ponen á la vista cuánto se extravían los ingenios por más privilegiados que parezcan, cuando desechan ó menosprecian las luces de la fe.

El abate Condillac, creyendo demasiado metafísico para su siglo el sistema sensualista de Locke, lo acomodó á la superficialidad de la época y redujo todos los conocimientos del hombre á las impresiones de los sentidos. De suerte que para aquellos filósofos fué axioma indiscutible : *Pensar es sentir.*

Vino después Helvecio, que hizo descender más á la filosofía, aplicando el sensualismo del interior á la moral, y poniendo en el placer de los sentidos el móvil de las acciones heroícas y virtuosas. De aquí dedujo la moral del interés. Siguió á éstos una caterva de sofistas que daban un aire de pedantesca gravedad á sus teorías y máximas, tan vacías de buen sentido, como retumbantes y ampulosas. Tales fueron entre otros Bailly, que se imaginó una isla llamada Atlántida, de donde salió el hombre del estado de bruto, y llegado á ser racional se extendió después por la tierra; Dupuis, que no ve en Jesucristo y los apóstoles más que el sol y los doce signos del zodíaco; Volney, el autor de las *Ruinas de Palmira*, sigue á ciegas las mismas ideas tronando en sus escritos contra toda religión; el médico Cabannis, que opinó que « el cerebro segregaba los pensamientos, como el hígado la bilis », de donde sacó que la virtud y el

ingenio dependen de los alimentos, enfermedades y temperamentos; Maupertuis, á quien le ocurrió dar á la materia la facultad de pensar, y propuso que se entregasen los reos de muerte á los cirujanos para que sorprendiesen el mecanismo del pensamiento; el cínico La Mettrie, que proclamó abiertamente que el hombre es una máquina; el barón de Holbach, alemán establecido en París, que ofreció diversion y mesa á sus amigos materialistas y fué su casa el primer club de ateísmo, de donde salieron engendros tan monstruosos como el *Sistema de la naturaleza*, el *Código de la naturaleza* y la *Moral universal*, etc. Ni las bestias, dice un escritor de nuestros días, si Dios les concediese un momento la facultad de filosofar, habían de hacerlo tan rastreramente como los comensales de Federico II ó del barón de Holbach. Estos escritos tan groseros en las ideas como ramplones en el lenguaje, que no parecen sino de cocina, fueron en aquel tiempo manjar de los incrédulos y escándalo de las personas sensatas, y yacen afortunadamente hoy día empolvados, ó á lo más en confuso montón en los puestos de los libros viejos.

Con objeto de popularizar los adelantos en las artes, ciencias é industria, y por su medio combatir las ideas y creencias de los otros siglos, surgió la idea de escribir la *Enciclopedia*, y reducir á una especie de registro ó inventario, la suma de los conocimientos y progresos del espíritu humano. Dióse la dirección á Juan d'Alembert, matemático excelente, y á Dionisio Diderot, hombre de ingenio vivo y escritor fogoso. Tomaron parte en esta obra hombres de diversas profesiones especialmente los llamados filósofos, que hicieron de ella una máquina de guerra contra la religión. D'Alembert escribió el *Discurso preliminar*, en que ordena y clasifica las ciencias, con elegancia de estilo y claridad en las ideas; pero con muchas omisiones y no pocos errores de detalle. Es, sin embargo, lo mejor de toda la obra. Encargóse también de la parte matemática y de algunos puntos de la historia y bellas letras; pero al poco tiempo se retiró, y continuó Diderot por más de veinte años al frente de ella, hasta que la vió concluida. Habiendo este escritor adquirido mayores conocimientos y rara facilidad de escribir, él solo redactó cerca de mil artículos sobre diversas materias, en los cuales no sólo altera los hechos y tergiversa lo que otros han dicho, sino que introduce el ateísmo, haya ó no haya oportunidad. Fuera de algunos artículos de artes ó crítica literaria, que tienen algún interés y se leen con agrado, todo lo demás de la *Enciclopedia* ha caido en el justo menosprecio que merece el mal espíritu que acompañó á su redaccion, no obstante la inmensa popularidad que consiguió entonces.

Por fin, los sofistas y la *Enciclopedia* dieron su fruto, que fué la irreligión, la cual llegó á estar tan en moda en este siglo, el mas rebelde y amotinado contra Dios, que los reyes y los príncipes, los magnates y los nobles, y en general casi todos los que estaban en el poder, á fin de merecer los aplausos de los nuevos reformadores, y no ser motejados de profesar antiguallas, hacian galas de sus mismas ideas, yendo, materialmente, tras ellos de reata, y ofreciéndoles su concurso para plantear en la sociedad sus utopías, y extirpar la religión cristiana. Ellos y no los pueblos fueron los que iniciaron la revolucion y los que la llevaron á cabo contra la expresa voluntad de los pueblos.

Ingenios hubo en este siglo, y no en corto número, que se dedicaron con notable empeño al estudio de las ciencias naturales, cuyos adelantos

es uno de sus mejores títulos de gloria; aunque no debe olvidarse que al siglo anterior le cabe la mayor parte, pues en él se desmontó el terreno y se allanaron los caminos que debían conducir á obtener tan grandes resultados. Claman, pues, por esta gloria los nombres de Descartes, Galileo, Kepler, Leibnitz, Newton, etc., quienes no sólo no desdeñaron la ciencia divina y la metafísica, que es el fundamento de las experimentales, sino que como verdaderos sabios, dejaron en sus escritos brillantísimos testimonios de su respeto á Dios, creador y conservador de la naturaleza. Fuera de algunos ya nombrados en este siglo, mencionaremos á Montucla, autor de una *Historia de las matemáticas*; al célebre geómetra Euler; al marqués de Condorcet, famoso por sus escritos, á quien la revolución que él había saludado como una nueva era de felicidad, le hizo sufrir los horrores de un calabozo, y en él se tomó el veneno que llevaba consigo; á Lagrange, mejor matemático que d'Alambert, y autor de la *Mecánica analítica*. En la astronomía merecen recordarse Lacaille, Lalande y Bailly; pero sobre todos el gran Laplace. En la química es acreedor, no sólo á un título de gloria, sino á la gratitud universal, por sus buenos servicios Lavoisier; pero el tribunal revolucionario no le creyó merecedor de la vida, y fué decapitado. Jorge Luis Leclerc (conde de Buffón) merece un lugar preferente por sus estudios en la física y la historia natural, y debe ser contado entre los buenos literatos por las brillantísimas descripciones que nos dejó en las *Epocas de la naturaleza*, aunque no todos sus escritos pueden sufrir la crítica de nuestros días, y confunda frecuentemente Dios y la naturaleza, la providencia y la materia.

Aventajóle, no obstante, en profundidad de talento y en investigación el sueco Linneo, quien escribió en latín para extender su obra á todos los países.

Entre los mismos extraviados de esta época, hubo algunos que, ora fuese por desprecio á aquella turba de literatos que se constituían en reyes de la opinión, ora porque realmente palpasen la necesidad de creer en algo sobrenatural al ver á la sociedad sin fe y sin moral irse precipitando á su ruina, proclamaron en sus escritos las ideas de Dios y de virtud, pero á su manera. Juan Jacobo Rousseau, nacido en Ginebra el año de 1712, cuya vida y escritos son un tejido de contradicciones, fué uno de estos reformadores. Descuidada por su padre la primera educación, suplióla el mismo Rousseau con la lectura de novelas antiguas y modernas, y los escritos de Voltaire. A los dieciséis años abandonó la casa paterna, y pasó la vida en varios puntos de Italia, Suiza y Francia, siendo sucesivamente aprendiz de grabador, escribiente, lacayo y maestro de música. También escribió algunas óperas y comedias.

Habiendo propuesto la Academia de Dijón, como tema para un discurso, « si el progreso de las ciencias y las artes había contribuído á purificar ó corromper las costumbres », Rousseau, por consejo de Diderot, que le dijo : « Tomad la contraria, y os dará gran fama », optó por ella, y sostuvo en un largo discurso, lleno de paradojas, de imágenes atrevidas y en estilo brillante, que las costumbres habían sufrido con la civilización, y que era preciso volver á las virtudes primitivas. Cuales fuesen éstas, ya lo manifestó más claramente en el *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, que dedicó al Consejo de Ginebra, donde presenta la vida salvaje como el estado más natural y feliz del hombre, y

á la sociedad, origen de todos los males. Mucho debió de contribuir á precipitarle en estos delirios el ver á otros, no solo preferidos por los reyes y magnates, sino adorados por la opinion pública, lo que no podia soportar su orgullo, y lo confirma Villemain, diciendo: «Escribió irritado contra la sociedad porque no tenia en ella la parte que creia merecer de sus favores ».

Pero donde explana y desarrolla con más claridad estas ideas es en el *Contrato social*. Este libro fué el código de los revolucionarios, y en él están los principios fundamentales del liberalismo. Concepciones tan absurdas como las de la vida salvaje, y teorias tan funestas como las que salieron de aquella cabeza vanidosa y enfermiza, escandalizaban á unos y hacían reir á otros: y así Voltaire, al felicitarle por sus escritos, le decía chanceándose en una carta: « Cuando os leo, me dan ganas de andar en cuatro patas ».

Otra de sus producciones literarias es *Julia ó La nueva Eloísa*, novela en forma epistolar, inspirada por recuerdos voluptuosos de su juventud, donde trata varias cuestiones de higiene y de moral; pero moral falsa é inconsecuente, porque nunca la fundó en la verdadera religión. La riqueza extraordinaria del estilo, algunas pinturas de la naturaleza y el calor y movimiento que da á algunas disertaciones, no compensan el fastidio que resulta de la falta de plan, de lo mal conducida que está la fábula, de lo falso y convencional de los caracteres, así como de lo desleídos que están los sentimientos, hasta el punto de convertirse la elocuencia en mera verbosidad. Está, en fin, llena de bellezas y defectos, y el mayor de éstos es la inmoralidad. El mismo condena su obra con estas palabras: « Jamás una joven casta ha leido una novela... La que, á pesar de su título, se atreva á leer una sola página de ésta, es una mujer perdida. »

Redúcese esta singular novela á contar con incidentes bien escasos y sin el atractivo de la novedad la seducción de Julia, cómo su padre la casó con otro, y cómo después de casada siguió viviendo en relaciones amorosas con el seductor, hasta que murió de resultas de un baño frío.

Mayores defectos y bellezas se encuentran en el *Emilio*, especie de novela pedagógica, donde propone un sistema de educación impracticable, cual es aislar al niño de la sociedad para que no le corrompa, y dejarle que se desarrolle libremente, sin darle noción alguna de Dios ni de virtud, ni reprimir ni contradecir sus malos siniestros. Fué condenado este libro por el arzobispo y el parlamento de París y también por los calvinistas de Ginebra, á causa de sus ideas contra la religión y la sociedad.

Lo que excitó más la curiosidad en este libro, y aun movió á algunos espíritus que no querían pasar por materialistas y groseros, fué la *Confesión de fe del vicario saboyano*, donde expone elocuentemente algunas verdades fundamentales, como la existencia de Dios, la inmortalidad del alma, los deberes del hombre y los premios y castigos en la otra vida, las cuales sobresalen por su belleza y lozanía de entre la maleza de errores que al lado de aquéllas germinan en el mismo libro.

En un siglo como éste, en el cual, fuera de las escuelas cristianas, la buena filosofía estaba hundida en el fango y nadie entre los hombres del gran mundo tomaba los nombres de Dios, de religión y de vida futura, sino para escarnecerlos, Rousseau tuvo al menos el valor de

oponerse á la moda del tiempo y mostrar en sus escritos tendencias más espiritualistas, y llegar á cierta manera de cristianismo, por lo que fué más aborrecido de los *filósofos*. Dióse á moralizar, dice un escritor, en nombre de la *sensibilidad*, palabra de moda en el siglo XVIII y que en su vaga y elástica significación cubría extraña mezcla de sofismas, de lugares comunes y de instintos carnales. Y algunos literatos se dieron también á la composición de idilios pedagógicos y otras poesías en que todo era deliquios de amor social, las cuales aunque no siempre limpias, hacían singular contraste con las inmundas y soeces de los materialistas.

No nos ocuparemos de otros escritos suyos, como el *Opúsculo contra el teatro*, sus *Cartas* á monseñor Beaumont y las llamadas de la *Montaña*, en que combate abiertamente la revelación. Sólo diremos por lo que respecta al estilo que es altisonante y sentencioso, algún tanto forzado, según él mismo lo confiesa y se advierte también por lo enfático y rebuscado de algunos pensamientos é imágenes. Sin pretender despojarle de ciertas bellezas y de la sensibilidad que generalmente reina en sus escritos, nos adherimos al juicio de Jovellanos : « Hasta ahora, dice, no he hallado sino impertinencias bien escritas, muchas contradicciones y mucho orgullo, como de espíritu suspicaz, quejumbroso y vano. »

En efecto, sus escritos son tan originales y contradictorios como su carácter; en ellos vemos, por ejemplo, combatida la existencia de Dios y confundido el ateísmo con argumentos incontestables; ataca la religión cristiana con objeciones especiosas y la celebra y ensalza con los más sublimes elogios; habla de la inmortalidad del alma y duda de que sean eternos los premios y castigos de la otra vida; en unas partes defiende y en otras condena el duelo y el suicidio; y con la misma facilidad trae razones para paliar el adulterio, como para hacerle cobrar horror. Abjuró el protestantismo en Turín, y después en Ginebra apostató de la religión católica; enseñaba el modo de dar buena crianza á los niños, y él echaba sus hijos á la casa de expósitos; se burlaba de los filósofos y les hacía la guerra, porque siendo entonces los ídolos de la opinión, él quedaba retirado y oscurecido. Todo esto no era más que el reflejo de su carácter voluble é inconstante, de su genio tétrico, huraño y rencilloso, falto de educación doméstica y civil, y, más que todo, de instrucción religiosa en sus primeros años.

Voltaire le llamaba « monstruo de orgullo y de bajeza, de atrocidad y de contradicción »; sin embargo, no es tan repugnante y bajo de carácter como Voltaire, aunque ambos comparten la triste gloria de haber influído eficazmente en los desmanes de la revolución. Rousseau, hombre de corazón, pero de sentimientos exaltados, busca algunas veces la verdad y la virtud; más, como le falta la fe, se extravía, padece y acaba su vida infelizmente; Voltaire, vil adulador de reyes y magnates, á fin de pasar regaladamente la vida, traficante en esclavos, sabe dónde están la verdad y la virtud, pero abusa de su talento para hacer de ellas mofa y chacota. El primero con sus declamaciones exageradas y fogosas trastornó muchas inteligencias é hizo en la sociedad el efecto de un horroroso incendio; el segundo, con las gracias del estilo, corrompió y seguirá corrompiendo los corazones, haciendo en la sociedad el mismo daño que una plaga de insectos en un hermoso jardín. Rousseau, en medio de su loco orgullo, se creía el mejor de todos los hombres; Voltaire, no menos soberbio, pero más necio, preguntaba á sus amigos « si creían que Jesucristo

tuviese más talento que él ». ¡Así se extravían los hombres que pierden el norte de la fe en su juventud!

El año de 1778 fué encontrado muerto Rousseau en su propia habitación con una herida en la cabeza, lo que ha hecho creer a algunos que él mismo puso fin á sus días, disparándose un pistoletazo; otros creen que los aceleró con el veneno. Bajo el título de *Confesiones* salió después una memoria de su vida escrita por él mismo, en que cuenta muy detalladamente sus sufrimientos, y con el cinismo propio de un filósofo de este siglo sus más vergonzosas caídas. Y no para humillarse y arrepentirse, sino para decir á Dios y á los hombres, como expresa al principio, que « el día del juicio, cuando todos hayan escuchado sus crímenes, indignidades y miserias, no habrá uno sólo que se atreva á decir que es mejor que él ». Extravagancia propia de un espíritu soberbio.

Entre los escritores de esta época ocupa también un lugar Guillermo Raynal, nacido en Saint-Geniez el año de 1713. No supo precaverse en la Religión de los malos vientos que tenían contagiada la sociedad, y abandonó el claustro religioso. En estilo pedantesco é hinchado escribió la *Historia filosófica de las dos Indias*, donde con algunas cosas útiles mezcla otras bien funestas y perjudiciales. En ella escarnece á los reyes, á los sacerdotes y á la religión cristiana, de la cual había apostatado. Cuando el año de 1793 vió puestas en práctica sus ideas antisociales, él reprobó las consecuencias; pero ya no era tiempo, y vino á morir tres años después en suma pobreza.

Más digno es de ocupar la atención como escritor, Bernardino de Saint-Pierre, nacido en el Havre el año de 1737, amigo de Rousseau y de su misma escuela literaria. Díjose de él que pintaba con la pluma, y en efecto en sus *Estudios de la naturaleza*, prescindiendo de algunos errores de física é historia natural, describe cuadros encantadores, donde la gracia y la poesía están sembradas á manos llenas y en los cuales eleva el espíritu al Creador. También es obra suya la novela pastoril *Pablo y Virginia*, que dada á luz en vísperas de la revolución, excitó la admiración de unos y el desprecio de otros por la delicadeza y ternura de sentimientos en dos niños del campo, educados en el seno de sus respectivas familias y á quienes después de involuntaria separación una desgracia común los une en heroica muerte. Los sitios donde estos sucesos se verifican están pintados á maravilla, como quien conocía el país que describe, que es la isla de Francia.

Con razón se le reprocha, que habiendo nacido en la religion católica, y no simpatizando con los filósofos ateos, no se lea en estos escritos, ni en otros muchos que salieron de su pluma, una declaración expresa en su favor. Fué siempre fervoroso adorador de la naturaleza, y dió su nombre á la secta de los *Teofilántropos*.

Antes de hablar del escaso número de poetas que produjo este siglo, recordaremos algunos apologistas de la religion y defensores de las sanas ideas, entre los cuales ocupa un lugar muy distinguido el abate Bergier, nacido en Darnay el año de 1718. Sus conocimientos en las lenguas antiguas y en todas clases de ciencias hubieran tenido á raya á los sofistas de este siglo, si éstos hubiesen sido capaces de vergüenza. Refutólos en muchas obras, especialmente en la *Certidumbre de las pruebas del cristianismo*, en la *Apología de la religion cristiana*, en el *Tratado histórico y dogmático de la religión* y en el *Diccionario teológico*.

Don Cristóbal Beaumont, arzobispo de París, honró su silla con brillantes virtudes y doctrina, de que dan testimonio sus elocuentes pastorales y sus escritos contra las ideas de Rousseau. Le Franc, marqués de Pompignan, tuvo el valor de atacar las ideas de los nuevos reformadores en el discurso de recepción en la Academia, por lo que fué el blanco de las burlas, sátiras y denuestos de Voltaire y de los de su pandilla. Duvoisin, obispo de Nantes, es autor de varias obras de mucho mérito como *La autoridad de los libros de Moisés contra los incredulos*, el *Examen de los principios de la revolución francesa* y la *Demostración evangélica.* Y antes de la extinción de la Compañía, algunos escritores en las *Memorias científicas y literarias* que se publicaban en el *Journal de Trevoux*, mostraron cuán ayunos de ciencia seria estaban los nuevos filósofos, y cuán perniciosa y rastrera doctrina querían reemplazar á la que había labrado la felicidad y gloria de Europa.

El abate Barthelemy, célebre numismático, escribió el *Viaje de Anacarsis*, producción elegante, pero difusa, sobre la historia, religión, gobierno y artes de los griegos. Hay reflexiones que debieron de desagradar mucho á los nuevos reformadores. Encarcelado por los revolucionarios, fué al día siguiente puesto en libertad por no haber encontrado en él ni sombra de delito. « La revolución, decía, no se debe llamar sino *revelación*, porque ha puesto á la vista de los hombres las monstruosidades que entraña. »

Distinguiéronse como poetas más ó menos inspirados Le Franc de Pompignan, autor de varias tragedias medianas y de odas, epístolas y poesías ligeras, en que revela buen sentido más que estro poético. Lebrun, á quien dieron exageradamente el renombre de *Píndaro francés*, es más estimable por sus epigramas y sátiras. Andrés Chenier, ejecutado el año de 1793, por haberse opuesto á los excesos revolucionarios, nos dejó un buen número de poesías entre odas, idilios, epístolas y elegías, que se dieron á luz en el siglo siguiente y están llenas de armonía, de inspiración y de encantos poéticos. Su hermano José, nacido como el anterior en Constantinopla, y dotado del mismo numen, tomó el camino contrario en política : cantó los furores demagógicos, celebró las fiestas de la *República* y se hizo muy popular con la representación de tragedias en que dominan las ideas más exaltadas. Nicolás Gilbert, llamado el *Juvenal del siglo XVIII*, atacó fuertemente á los enciclopedistas. Algunas de sus composiciones encantan por la belleza y sublimidad de las imágenes; en especial su *Adiós á la vida* es la más elocuente y tierna de todo el siglo. Luis Racine cantó la religión en versos devotos y no escasos de bellezas poéticas. Y por último el abate Delille, dotado de gracias singulares para la poesía descriptiva, fuera de algunas traducciones de Virgilio y de otros modernos, compuso varios poemas que hicieron las delicias de su tiempo. Merecen recordarse *Los jardines*, *El hombre de campo*, *La Piedad*, canto elegiaco á las víctimas de la revolución, *Los tres reinos de la naturaleza* y *La imaginación*, que es la más bella por su originalidad.

Cultivaron la tragedia, si bien con poco éxito, Francisco La Harpe y Francisco Marmontel; Juan Francisco Ducis, imitador de Shakspeare, pero falto de corrección y originalidad en sus planes; De Belloy, entusiasta y patético, que dió el buen ejemplo de poner en escena asuntos nacionales, como el *Sitio de Calais;* y Bernardo Saurin, autor de tres

tragedias y dos comedias. Ibase manifestando cierta tendencia al drama, en que se hizo célebre Pedro Agustín de Beaumarchais con su trilogía el *Barbero de Sevilla*, *Las bodas de Fígaro* y *La madre culpable*. Dotado de facilidad en la expresión y de recursos para la intriga, manifestó sobre todo en la segunda parte, además de dichas dotes literarias, otras cualidades que fueron perniciosas á la moral y al orden. Pintó y censuró con audacia y viveza de colorido la administración y política de aquel tiempo; fomentó las malas pasiones contra la autoridad civil y eclesiástica, de suerte que su representación se tuvo por el primer acto de la revolución francesa.

Dos de los trágicos nombrados, á saber, La Harpe y Marmontel, escribieron, el primero, un *Curso de literatura*, notable especialmente por el acierto con que juzga á los escritores del siglo de Luis XIV; y el segundo, *Cuentos morales* y *Elementos de literatura*, obras también dignas de aprecio. La comedia ha ido decayendo lastimosamente, tanto más cuanto que á medida que avanzaba el siglo, la sociedad no se contentaba con diversiones sencillas y jocosas, sino que buscaba conmociones fuertes y violentas. Sostuviéronse en las tablas algunas producciones, como el *Méchant* de Luis Gresset, en que satiriza con sal é ingenio á los vagabundos. Tiene excelentes versos, retratos al natural; pero le falta movimiento y fuerza. Habíase hecho famoso este poeta con el *Vert-Vert* ó el *Papagayo*, poema jocoso, cuya publicación prefirió á vivir en el claustro de la religión; y siguió dando á la imprenta algunos otros en el mismo género, como *La cartuja*, *El facistol vivo*, *El padrino magnífico*, etc.; algunos de los cuales quemó por licenciosos, cuando vinieron los desengaños á darle más seso.

Una de las mejores comedias de la escena francesa es la *Metromanía* ó *El poeta*, de Alejo Pirón. En ella alcanzó lo que no había podido en las demás comedias y tragedias suyas, á saber: interesar, no tanto por el asunto, como por la habilidad con que conduce la trama, por el numen con que está escrita y por la elegancia de los versos, muchos de los cuales son un tesoro de buen sentido, y han pasado á ser proverbios. Había dejado correr la vena en una infinidad de poesías ligeras, muchas de ellas inmorales, que tuvo el valor de detestar después, sin ningún respeto humano. En su testamento decía: « Lego á los jóvenes que se hayan dejado llevar de ese espíritu de escribir contra las costumbres, mi ejemplo, mi castigo y mi arrepentimiento público y sincero ». Vivió pobre, pero libre hasta los ochenta y cuatro años de su edad. No habiéndole querido admitir en la Academia, se vengó con este epitafio:

Ci gît Piron, qui ne fut rien,
Pas même académicien.

La elocuencia forense se había resentido del filosofismo del siglo y la sagrada apenas fué estimada ni comprendida en toda aquella época de sensualidad y ateísmo. Sólo el P. Bridaine logró conmover al pueblo sencillo con sus fervorosos sermones, pero éstos fueron casi todos improvisados.

Habiendo el filosofismo sembrado en las inteligencias la perniciosa semilla de ideas que ahogan las verdades más consoladoras, quitan á los padecimientos humanos la esperanza de la otra vida y no dejan al

hombre más recursos que una indiferencia estúpida, ó la desesperación, la sociedad francesa dió al fin sus amarguísimos, pero naturales frutos. Prevista tenían ya los filósofos la catástrofe, y á este desorden aludia Voltaire, cuando en són de triunfo decía en una carta : « Nosotros no lo veremos, pero ha de suceder, y entonces no se armará mal barullo ». Estalló la revolución á fines del siglo, y la paz huyó y con ella las ciencias y las letras; y en su lugar, dejaron una tribuna para que la ocupasen agitadores políticos y oradores impetuosos, cuya elocuencia atronadora é incendiara fué el pronóstico de la tempestad, que descargó, primero sobre Francia y después sobre todo el mundo. Distinguiéronse como tales : el fogoso é irresistible Mirabeau, cuyas cenizas aventó el populacho dos años después de su muerte, pagándole con estos honores los halagos y condescendencias con sus pasiones; el ardiente y virulento Barnave, muerto en la guillotina el año de 1793; el activo y enérgico Vergniaud, á quien cupo la misma suerte, por el cruel y sanguinario Robespierre, el cual, á su vez, sufrió después la misma pena; y, por último, Dantón, Marat y toda la turba de demagogos que la revolución crió y devoró al mismo tiempo. Las chispas de aquel incendio saltaron hasta las demás naciones, prendiendo más ó menos en ellas el fuego revolucionario, esto es, las ideas de encarcelar, despojar y dar muerte en nombre de la libertad, de la justicia y del bien común, que así llamaban al de su pandilla. Se vió, pues, entonces en Francia, sociedad culta, que de la civilización sin Dios al salvajismo, hay poca distancia.

INFLUENCIA DE LA LITERATURA FRANCESA EN LA LITERATURA UNIVERSAL (SIGLO XVIII)

Italia. Ya indicamos arriba, que aunque en brillo literario no pudo el siglo XVI ser igualado por el XVII, sin embargo, la ciencia experimental alcanzó en éste un vuelo prodigioso, que compensó la falta de imaginación y de buen gusto. No nos hemos detenido á comprobarlo por no ser propio de esta historia, limitándonos á nuestro objeto, que es trazar la marcha que lleva la literatura, y exponer los esfuerzos de algunos escritores por volver las letras á los caminos del buen gusto, lo que seguiremos haciendo en el siglo XVIII. Pero antes nos vamos á permitir una observación, y es, que aunque este siglo no cuenta favorecidos de las musas, que pulsasen la lira como los inspirados y originales poetas Chiabrera y Filicaya, ni escritores de historia de la talla de Dávila, Sarpi y Pallavicini, no culparemos, como algunos, á la Inquisición, que existiendo con todo vigor en aquel siglo, no impidió que brillasen dichos géneros; así como tampoco la haremos cargo, porque en el siglo XVIII se contagió el estilo fluído y elegante de los italianos con ese modo de decir filosófico ó sentencioso, enfático ó truncado de los franceses; tanto más cuanto que en el mismo siglo con la Inquisición en casa, lució la ópera con esplendor inusitado, y la tragedia y la comedia recobraron el brillo y gusto de que habian carecido totalmente en el XVII. Ni menos recibirá nuestras recriminaciones la dominación austriaca de esta época, más odiosa, según algunos italianos, que la española del anterior, porque continuó, según ellos, sofocando su actividad y brillante genio. Repetimos que son muchas las causas del

decaimiento de las letras, y no se ha de tener un criterio tan estrecho y mezquino, que porque dé en rostro un tribunal concedido de muchos, más por libelos, novelas y comedias que por su verdadera historia, se le haga responsable del retroceso en literatura, especialmente viendo en la misma época de su existencia unos géneros cultivados con lucimiento y otros caídos en el descrédito.

A la muerte de Frugoni, que fué el año de 1768, surgió de entre la maleza de tanto zurcidor de sonetos y canciones, el abate volteriano Juan Bautista Casti, profesor de Montefiascone, su patria, novelista y poeta satírico, pero ruin y licencioso. Después de haber adulado á unos y burládose de otros, proceder ordinario de todo escritor venal, se acogió á la república francesa, donde dió la última mano á sus escritos. Consistían éstos en sátiras y sonetos, varias novelas tan inmorales como los *Cuentos* de Bocaccio, pero sin los encantos de su estilo; óperas cómicas, y en su vejez escribió el poema heroico los *Animales parlantes*, en veintisiete cantos, donde con miras políticas muy rastreras y en estilo desmazalado y difuso hasta el fastidio, hace la sátira de las cortes y de los cortesanos.

Contra tan insulsa poesía, si tal puede llamarse, escribió José Baretti de Turín (1716-1789), dando en sus versos ejemplo de buen gusto; y después el P. Esteban Arteaga, jesuita español, uno de los expulsados de España por Carlos III, enseñó en su *Tratado sobre la belleza ideal* que la literatura no es instrumento de placer sino de moral y de legislación. Merece asimismo un recuerdo, por haber merecido muy bien de las letras, el modesto eclesiástico Juan Carlos Passeroni, del condado de Niza, poeta original y festivo. Su principal obra fué *El Ciceron*, poema de ochenta mil versos en octavas, donde hace interesantes digresiones sobre la historia y costumbres del tiempo de su héroe, y es notable por su elegancia y corrección.

También es digno de memoria el abate José Parini, milanés, insigne helenista, crítico ilustrado y buen poeta. Como lírico de primer orden en su siglo, lo acreditan las odas *La Tempestad*, *La Musica*, *La Caida*, *La Guerra* y otras muchas; hizo también algunos ensayos dramaticos; pero su mayor reputación viene de los poemas satíricos *La Mañana* y *El Mediodía*, en que pinta y censura aguda y terriblemente las principales ocupaciones de la nobleza de su tiempo, comenzando desde el tocador, y siguiendo las visitas, el juego, el baile, los amores, los insípidos versos, etc. Harto caros le costaron los tales poemas, pues uno de estos nobles, creyéndose aludido en la segunda, le mandó dar una paliza, que el desdichado poeta sufrió y calló por no recibir otra, ó algun daño mayor. Escribiólos en verso suelto con tanta perfección, que Frugoni dijo: «Yo me creía maestro en esta clase de versos, pero ahora conozco que jamás he sabido hacerlos.» Tuvo la debilidad de aceptar un cargo en el nuevo orden de cosas introducido por Napoleón, lo que le causó serios disgustos y murió el año de 1799 á los setenta años de edad.

El teatro italiano, regular desde su origen, pero siempre lánguido y frío vino á decaer tanto que, según el dicho de Escipión Maffei, no presentaba en su tiempo más que baturrillos dramáticos en vez de tragedias y comedias regulares. Llevado de buen celo, hizo cuanto estuvo de su parte para desterrar este mal gusto. Nació Maffei en Verona (1675-1755), y fué uno de los caballeros más instruidos de su siglo en ciencias naturales y divinas, y en literatura. Á fin de llevar á cabo su propósito, sobre el

teatro, estimuló á Gravina y á otros poetas doctos á componer piezas dramaticas regulares y honestas, á que concurrió él á su vez con el ejemplo. Y para probar á la escuela francesa, con la cual parece que no simpatizaba en esta parte, que podía hacer una tragedia interesante y conmovedora, sin que entrasen amores mundanos, compuso la *Mérope*, en que el amor de una madre que llora por muerto á su hijo vivo aún, y á quien ella misma va á matar por equivocación, forma todo el enredo de la fábula. Las escenas están bien dispuestas, el interés va creciendo á proporción, y la armonía y nobleza del estilo la hacen en gran manera agradable. Fué recibida con universal aplauso dentro y fuera de Italia, y de ella se sirvió Voltaire para componer la suya á gusto de los parisienses.

La buena acogida que obtuvo la *Mérope* alentó á los italianos á cultivar la tragedia, cuyos laudables esfuerzos produjeron una multitud de piezas dramáticas, que, aunque inferiores á la de Maffei, dieron, no obstante, un nuevo brillo al teatro. Justo es nombrar á Conti, Lazzarini y Varani, y entre los jesuitas españoles que escribieron en italiano fué aplaudido por Metastasio y otros poetas, y puesto como ejemplo á los italianos, el padre Juan Bautista Colomes, por su *Coriolano*, y mucho más por su *Inés de Castro*.

Á pesar de las teorías de Maffei respecto de la tragedia, seguían los italianos de este siglo tomando por modelo en este género á los dramáticos franceses, à cuya escuela y doctrinas, entonces dominantes, trató de oponerse Víctor Alfieri, nacido en Asti, del Piamonte, el año 1749. Dióse al estudio después de haber gastado más de la mitad de su vida en viajes y diversiones, y á los cuarenta y cuatro años de su edad se puso á estudiar el griego con el objeto de conocer sus obras maestras El teatro griego fué, en consecuencia, el modelo que se propuso imitar, pero no acertó en la ejecución. Á su pesar es francés en la observancia de las unidades dramáticas, en reprimir los vuelos de la imaginación, en el afán de buscar en todo la regularidad, con riesgo de caer como cae en la monotonía y especialmente en la falta de enredo y en que habla poco al corazón. Es, en fin, por su sistema de composición, lo contrario del dulce Metastasio. Y sin embargo, fué muy popular, hasta el punto de representarse sus tragedias en las plazas públicas, porque tuvo el buen tino de desechar ciertas frivolidades que estaban en uso, y se atuvo á la pintura de pasiones fuertes, á semejanza del griego Eurípides. Tuvo también el pensamiento de presentar la tragedia como escuela de regeneración del pueblo, aunque á decir verdad, no lo es, y él se extravió no pocas veces en la aplicación por no haber conocido bien la sociedad de su tiempo. De ahí proviene que los caracteres de los principales personajes son horribles y las catástrofes espantosas; declama ardientemente contra la tiranía y el despotismo, en la cual, más bien que el espíritu de su siglo, pintó su propio carácter altivo, violento é impaciente. Merece, no obstante, un lugar distinguido en la historia de las letras, pues si no dotó á Italia de un teatro nacional, le dió uno nuevo, en que resaltan verdaderas bellezas, sencillez noble y varonil, estilo robusto y diálogo vivo y animado. Su obra maestra trágica es *Saúl*, siguen *María Estuardo*, *Virginia*, *Felipe II*, *Mérope*, *Bruto* y algunas otras hasta el número de veintiuna. Escribió también seis comedias, varias odas, sátiras y sonetos. Murió á principios del siglo XIX, y en sus tragedias dejó trazada la línea que se ha ido siguiendo hasta ahora.

Inferiores fueron los progresos de la comedia a los de la tragedia, no obstante el empeño de Maffei, que con más celo que arte y disposición, compuso dos comedias : *Los cumplimientos* y *El Raguet*, donde ridiculiza á los que, á fuerza de ceremonias, quieren pasar plaza de bien educados, y á los corruptores de la lengua.

Los poetas que después aparecieron en la escena, como Gigli, Fagivoli y algunos otros, no tuvieron mucha más sal cómica que Maffei, y aun les faltó el auxilio del arte para hacer obras regulares. Sólo Goldoni consiguió alguna celebridad fuera de Italia y mereció el título de *comico italiano*, por haber expurgado algún tanto el teatro de farsas, y representaciones insípidas, que habían tomado el lugar de la comedia.

Nació Carlos Goldoni en Venecia, el año de 1707, y dotado de más aptitud para el género que de paciencia para limar y perfeccionar sus obras, compuso cerca de ciento cincuenta piezas cómicas. Su gran fecundidad dicen comúnmente los críticos que le perjudicó, y así, aunque describe variedad de escenas de la vida y presenta caracteres de los diversos estados y condiciones del pueblo, criticando sus defectos á veces con gracia y naturalidad, se echa de ver cierta superficialidad en el manejo del asunto, efecto del apresuramiento con que escribe y también confusión y embrollo en el modo de conducir la fábula. Á estos defectos se añaden los de estilo y lenguaje, que dieron ocasión a parodias y epigramas tan virulentos, que le obligaron á salir de su patria y residir en París los últimos treinta años de su vida, donde murió el año de 1793.

Contemporáneos de Goldoni fueron Carlos Gazzi y el abate Chiari, que dieron al teatro varias producciones. El primero, tomó para asunto de sus composiciones teatrales, muchos cuentos de hechiceros y encantados, que llamó comedias de magia. A pesar de la futilidad de los argumentos, su estilo es fácil y ameno. El segundo, al contrario, quiso interesar con cuadros de costumbres reales; pero no tiene viveza ni colorido poético.

Entre las composiciones del género dramático, la ópera ó melodrama, es la que hizo más adelantos en el siglo XVIII, pudiéndose exhibir con gloria en cualquier teatro de Europa, y ser dechado á las de su clase. A principios del siglo la parte literaria estaba sofocada por la musical; pero los poetas cesáreos Silvio Estampiglia, Apóstolo Zeno y Metastasio la sacaron de la dominación caprichosa de los músicos, y redujeron la ópera á sus justas proporciones. El primero tuvo arte para dar alguna regularidad y exactitud á sus piezas; el segundo influyó más, y es considerado el principal reformador del género, y verdadero padre de la ópera italiana; y el tercero, dotado de singulares prendas, la elevó á un grado admirable de perfección.

Nació Apóstolo Zeno en Venecia (1668-1750) y fué con el tiempo y el estudio hombre de mucha erudición, historiógrafo de la corte de Viena y poeta imperial. Escribió más de sesenta piezas dramáticas entre tragedias, comedias y óperas, cuyos asuntos y argumentos toma ordinariamente de la antigüedad, y de los trágicos franceses. Los muchos defectos de que adolecían las óperas antiguas, hicieron estimables las de Zeno; mas al aparecer Metastasio quedaron éstas oscurecidas enteramente.

Metastasio, cuyo verdadero nombre es Pedro Trapassi (1698-1782), nació en la Romania de una familia pobre. Encontróle en Roma el célebre jurisconsulto Gravina, ocupado en componer versos para ganarse la vida, y prendado de su carácter, le protegió y le dejó en testamento todos sus

bienes. Granjeóse por su afabilidad y buen término la amistad de muchas personas principales, que le honraban á porfía, colmándole de honores y presentes, hasta los mismos reyes, en especial María Teresa de Austria. La multitud y variedad de óperas, melodramas sagrados ú oratorios, cantatas, idilios y sonetos prueban la fecundidad de su imaginación, pero más todavía la delicadeza y sensibilidad de su carácter. Entre sus óperas descuellan *Dido abandonada*, *La clemencia de Tito*, *Régulo*, *Atilio*, *Semíramis*, *Temistocles* y *Olimpiada*; y entre los melodramas sagrados *Betulia libertada*, *José reconocido*, *La muerte de Abel* y *La pasión de Jesucristo*. Aunque algunos le notan de enmarañado en los accidentes, de vago y poco variado en los caracteres, y de excesivamente almibarado é importuno en el amor, poniendo tantas ternezas en boca de algunos héroes, que llegan á causar fastidio; sin embargo, éstos y otros defectos muy difíciles de evitar en el género lírico-dramático, están ampliamente compensados con las virtudes, que estos mismos críticos le reconocen. Con suma destreza conduce la acción hasta el fin, es hábil en los golpes de teatro, presenta situaciones conmovedoras, y tiene escenas de mucha dignidad. Pero donde más campea su talento es sin disputa en el manejo de las pasiones, y en la expresión de los más delicados afectos. Penetra en el corazón humano y desenvuelve los más secretos plieges donde el amor se oculta, poniéndole á la vista con la mayor finura, ora en sus principios, ora en su crecimiento, ora también en los estados de perplejidad y de duda. Preséntale en la escena en todos sus aspectos, ya celoso, ya contento, ya despreciado; ora tranquilo, ora furioso, ora reconciliado; y por poco sensible que sea el lector, ó el espectador de sus obras, no puede menos de llorar, reír, alegrarse, irritarse, horrorizarse con la vista de tan perfectísimos cuadros. Tiene además la ventaja sobre todos los poetas, de haber expresado con la correspondiente nobleza los diversos afectos que inspira la religión. Conforme con estas dotes es su estilo flexible y gracioso, lleno de símiles adecuados al asunto, y su versificación es la más dulce y acomodada á las exigencias de la música. Metastasio merece, pues, por sus prendas dramáticas un lugar entre los primeros dramáticos modernos, y por las líricas es superior á todos.

Después de él ocuparon con alguna gloria la escena las óperas de Calsabigi, autor del *Alcestes*; todos los demás autores han quedado oscurecidos.

En los prosadores de este siglo, se advierte que se dieron más al discurso y á la erudición que al arte. De entre los muchos que florecieron, citaremos algunos, comenzando por uno que aunque entonces fué poco conocido, después se le ha honrado contándole entre los creadores de la filosofía de la historia. Este es Juan Bautista Vico, napolitano (1668-1744), autor de varios escritos filosóficos, históricos y literarios, entre los cuales el que le ha dado más nombradía es la obra algún tanto oscura y confusa titulada *Principios de una ciencia nueva relativa á la naturaleza común de las naciones*, etc. Fué atacada por católicos y protestantes, creyendo los unos ver en ella ideas contrarias á la religión, y favorables los otros á la Iglesia romana.

Mucho afligieron al autor las amargas censuras de los primeros, tanto más cuanto que su intención, según aparece por la dedicatoria al cardenal Lorenzo Corsini, después Clemente XII, el año de 1725, en que se

hizo la primera edición, fué recta y sincera. En la segunda, hecha algunos años después, hay algunas notas del mismo Vico, intercaladas por su hijo Jenaro; pero sin tocar el texto. Vico fué de los primeros que consideraron las divinidades paganas, como símbolos de ideas abstractas, y á Hércules, Homero, Rómulo y otros personajes de la antigüedad, como los representantes del carácter nacional en aquella época, más que como personajes verdaderos.

Pedro Giannone, napolitano (1676-1758), es autor, entre otras obras, de una *Historia civil del reino de Napoles* inspirada por el espíritu de secta y escrita en mal estilo. Él mismo vino á condenar la doctrina, cuando supo que había sido puesta en el *Indice*.

Luis Muratori, laborioso y digno sacerdote de Módena (1672-1750), admiró á su siglo por su ilustrado saber y por su virtud. Reunió en veintiún volúmenes cuanto se había escrito en Italia desde el año 500 hasta el 1500, y después escribió los *Anales de Italia*, obra admirable por la imparcialidad, solidez y vasta erudición, más que por la elegancia del estilo, en que no se esmeró tanto, como en escribir con exactitud y claridad.

Estas buenas cualidades, y además las de un literato perfecto, se reunieron en el cardenal Orsi, autor de la *Historia de la Iglesia*, obra monumental que opuso al galicano Natal Alejandro y á Fleury. Fué continuada por el dominicano padre Becchetti, desde el año 600 en que la dejó su autor, hasta fines del siglo XVI.

También tuvo la literatura italiana su historiador en el jesuíta Jerónimo Tiraboschi, nacido en Bérgamo (1731-1794). Aunque no entra á dilucidar cuestiones de crítica sobre el mérito de las obras, ni nos da su opinión acerca de ellas, su *Historia de la literatura italiana* contiene la biografía de todos los escritores italianos, desde los orígenes latinos hasta fines del siglo XVII. Con esta ocasión expone y analiza sus obras, vindicando las que á su juicio son propias de cada uno, y discutiendo con grande erudición algunos puntos de historia. No se empeñó en dar elegancia al estilo, sino en escribir con claridad y sencillez, cualidad suficiente para reconocer en su obra uno de los más sólidos monumentos levantados á las letras italianas.

Concurrieron asimismo al esplendor de las letras en Italia los jesuítas españoles, desterrados por Carlos III, después de haber ilustrado á su cara patria con la luz de la ciencia, y más con la virtud.

Uno de los justamente elogiados por los italianos, es el P. Juan Andrés, nacido en Planes, en el reino de Valencia (1740-1807), profesor en varias universidades de España é Italia, y escritor en varias materias científicas y literarias. Fué el creador de la historia literaria, como lo muestra su erudita é interesante obra *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura*, en que, aparte de algunos juicios poco acertados sobre asuntos filosóficos, y la excesiva preponderancia que da á la civilización árabe, presenta un cuadro completo de los progresos del espíritu humano, y emite juicios nada vulgares sobre los escritores y sus obras, dando á conocer lo vasto de sus conocimientos en ciencias, lenguas y artes.

Demasiado entusiasta de su siglo, hace elogios apasionados de sus filósofos y literatos, llegando á cegarse hasta el punto de decir que ni el delicado gusto del pueblo ateniense pudo superar al que ahora se nota en París; y comete el dislate todavía mayor de asegurar que [illegible]

la barbarie escolástica, ha recogido su siglo en los campos teológicos más doctrina sólida y abundante que la que pudieron recoger los teólogos de los pasados siglos ». Su buena intención le salva; por lo demás se ve que la indigesta y orgullosa erudicion del siglo XVIII eclipsó á veces su buen entendimiento.

El P. Francisco Lampillas, desterrado también, volvió por el honor de las letras de su patria, escribiendo en italiano un *Ensayo histórico-apologético de la literatura española* contra las preocupaciones de algunos escritores italianos. Contestó con alguna exageración á las injustas detracciones de los mal afectos á España.

Asimismo, el P. Arteaga antes citado, escritor de gusto fino y delicado, cuyos juicios literarios sobre Metastasio y Alfieri, adopta el crítico Schlegel, dió á luz las *Revoluciones del teatro musical*, tratado histórico-crítico sobre la ópera, el mejor que se ha escrito, y de donde han tomado todos los modernos que tratan esta materia. Nos extenderíamos demasiado si citáramos otros muchos, llevados á dar en tierra extraña los frutos que tanto necesitaba la propia.

Distinguióse en la controversia religiosa que se suscitó en este siglo el jesuíta Francisco A. Zacaría, veneciano (1714-1795), sucesor de Muratori en la dirección y custodia de la biblioteca de Módena. Sostuvo denodadamente en multitud de obras y con erudición admirable, las prerrogativas de la Iglesia contra los jansenistas y galicanos.

Con no menos ciencia y espíritu de fortaleza el barnabita Jacinto Gerdil, nacido en Saboya el año de 1718, y creado cardenal el 1777, luchó en defensa de la buena causa, probando en la *Introducción al estudio de la religión* que los hombres más grandes florecieron, cuando no había la ponderada libertad de pensar. Defiende contra Locke la naturaleza de las ideas y la inmortalidad del alma; contra Raynal, la Religión y la política cristiana; refuta en su *Anti-Emilio* las doctrinas del *Emilio* de Rousseau, manifestando en sus muchas y variadas producciones grande erudición y saber.

De la ciencia del Derecho, según las ideas que los nuevos filósofos franceses tenían de la justicia, fué órgano en Italia el marqués de Beccaria, César Bonesana, milanés (1738-1794), « espíritu generoso, dice Villemain, más que penetrante y profundo » y por lo mismo poco capaz para discernir sobre esta materia. Su *Tratado de los delitos y las penas*, en que expone los principios del derecho criminal, está escrito con más entusiasmo que razón fría y serena, y así tiene al lado de ideas buenas, errores gravísimos tomados de Rousseau, como llamar tiranía á la potestad paterna, derecho horrible é innecesario al de propiedad, negar á la autoridad el derecho de imponer la pena de muerte, y otros muchos que habían cundido por aquel tiempo en la sociedad.

No son más sólidos los fundamentos de la obra que con el título de *Ciencia de la legislación* escribió el napolitano Cayetano Filangieri (1752-1788). Tradujo y copió páginas enteras del *Espíritu de las leyes* de Montesquieu, y se apoya en el supuesto pacto social de Rousseau. Le parece que los gobiernos lo pueden todo con solo comprimir el resorte del honor, y todo se le vuelve hablar de reformas. Con razón se ha dicho de él, que es un utopista de corazón benévolo, que escribe *Las mil y una noches de la política*.

España. Extinguida en España la dinastía austriaca, bajo cuyo cetro habían florecido las artes y las ciencias, y la prepotencia de las armas había hecho el nombre español respetable en todo el mundo, cayeron todas exánimes abandonadas de aquel genio que tan gloriosamente había presidido á la nación cerca de dos siglos. Sucedió la borbónica de allende los Pirineos, que nos impuso las costumbres, la política y hasta la literatura de su patria, viniendo con ellas el genio de la impiedad vestido á la francesa, muy culto y ataviado, para que los simples españoles despreciasen lo propio por lo que comenzaba á ser de moda en aquel siglo. Bajo este fatal influjo desapareció España moralmente, y con ella hasta el recuerdo de su bella literatura, llegando muchos á menospreciar hasta lo bueno que habíamos tenido, sin acordarse siquiera, de que nuestras obras habían inspirado á los franceses sus maestros. Por algún tiempo se conservó la índole de la frase castellana y la casta de su dicción, y aunque se injuriaba la retórica, se tenía algún respeto á la gramática; más cuando la plaga de los libros franceses inundó el país, que fué á mediados del siglo, entonces se desfiguró y descastó la verdadera habla castellana: los nuevos eruditos hablaban francés con palabras castellanas, y daban reglas y preceptos para que en adelante todos vaciasen sus ideas en el molde de los galoclásicos. Excusado es decir que el sentimiento nacional siempre se opuso á esta clase de revolución literaria, con tanta mayor razón cuanto que el espíritu enciclopédico que la acompañaba, muy diverso del que nos había levantado sobre todas las naciones, no se avenía con el carácter español. Con este mal espíritu en vez de volar rastrearon nuestros ingenios, como la experiencia de aquel siglo lo puso de manifiesto, especialmente en los que se hicieron viles adoradores de las doctrinas enciclopédicas.

Vamos á bosquejar esta época, que si fué triste, y aun tristísima para las letras, no lo fué tanto para los estudios serios, conservados como reliquias en los claustros y en algunas universidades; antes bien, bajo muchos conceptos fué gloriosa, no reduciéndose, como es claro, la cultura de un país á versos y novelas, y menos á sofísticas declamaciones subversivas del orden moral. Ojalá que fuese más conocida, siquiera de los que hablan la lengua castellana; pero como los que, para afrenta de la religión y de la patria, se hincaron de rodillas ante el enciclopedismo francés, pusieron por desgracia tanto empeño por enterrarla en el olvido, de ahí el menosprecio con que siempre se la ha mirado. Y á la verdad que no lo merece, pues, en erudición y sana doctrina están nuestros apologistas á la altura de los católicos más doctos de Italia y Francia, y son por de contado superiores á los que refutan en sus libros.

Bastaría citar *El Filoteo* del cisterciense de Veruela, P. Rodríguez, donde en forma de diálogo tritura las objeciones de los naturalistas incrédulos, aun en el terreno de las ciencias físicas: *La falsa filosofía crimen de Estado* del monje jerónimo Fray Fernando de Ceballos, verdadera anti-enciclopedia, si la intolerancia oficial del *religiosísimo* gobierno de Carlos III le hubiese dejado terminarla, fuera de otros interesantísimos tratados en que pulveriza las nuevas ideas y anuncia proféticamente el desbarajuste social: *La idea del Universo ó Historia del hombre* del P. Lorenzo Hervás, uno de los más doctos de su siglo, los eruditos y sólidos tratados filosóficos del insigne médico aragonés don Andrés Piquer, y los de su discípulo don Juan Pablo Forner, polemista ardiente, de ingenio

jurado de los enciclopedistas, y defensor de la cultura española, á quien Quintana llamó « varón de inmensa doctrina »; los *Desengaños filosóficos* del doctor Valcárcel, deán de Palencia, en que impugna los principios cartesianos y descubre los opuestos gérmenes del idealismo y materialismo; la *Apología del escolasticismo* del franciscano P. Castro, monumento notable de sabiduría; las *Cartas de Aristóteles*, escritas con solidez de doctrina española y gracejo andaluz, contra los nuevos sensualistas, por el dominico P. Alvarado, conocido después en sus peleas con los constitucionales de Cádiz, con el nombre de *Filósofo rancio*, etc. Cierto es, y lo decimos con pena, que si bien abundan todas estas obras en doctrina sólidamente cristiana, muchas carecen del atractivo de las formas que son el condimento que les suele dar buen sabor, en algunas de las cuales parece que andan divorciados el mucho saber filosófico y la amenidad literaria. Da lástima ver expuesta con tan poco arte una ciencia por otro lado tan sólida y verdadera, lo que no dejaría de contribuír á que la juventud, que tanto se paga del estilo, corriese desalada tras de las liviandades y ligerezas bien escritas de Condillac, de Destutt-Tracy y otros, y á solazarse con las burlas y chistes de Voltaire.

Tampoco escasearon las obras de derecho natural y positivo, así como las que tratan sobre materias políticas, económicas y sociales, y los nombres de Mayáns, Finestres, llamado el Covarrubias catalán, Castro, Campomanes, comparable con los mejores de cualquier siglo ó nación, aunque de sabor regalista bastante subido, los PP. Masdeu y Cabrera, Ulloa, Ustariz, Campillo, Jovellanos y otros muchos, demuestran la actividad de los espíritus en este aciago siglo.

Mucho menos faltaron ingenios que cultivasen el campo de las investigaciones críticas, históricas, arqueológicas y lingüísticas, bastando para honrar la época el nombre del citado P. Lorenzo Hervás, quien aprovechando los trabajos de los misioneros españoles y portugueses sobre lenguas, formó un *Catálogo razonado de todas las conocidas*, echando las bases de la *Filología comparada*, ciencia que hoy día se estudia con sumo interés.

Hecho este corto homenaje á los hombres de ciencia, á quienes la revolución triunfante no ha divinizado, porque no sirvieron para sus fines, seguiremos la reseña histórica del estado de las letras y de la actividad de algunos espíritus por sacarlas de su postración.

Una vez asegurado Felipe V en el trono de España, creó el año de 1713 en Madrid la Real Academia de la Lengua y después la de la Historia y Buenas Letras, que se reprodujeron más tarde en las provincias, y fueron ciertamente un testimonio de su buen deseo de alentar al estudio de las artes liberales. Con todo, en la primera mitad del siglo hay una larga laguna de poetas, no contándose más que don Eugenio Jerardo Lobo, dotado de algún ingenio para la sátira y el chiste, pero de poco estro; el conde de Torrepalma, autor del poema *Deucalión*, imitación de las *Metamórfosis* de Ovidio, y don José Hervás, autor también de la sátira contra los vicios introducidos en la lengua castellana, y publicada con el nombre de *Jorge Pitillas*.

Para sacar á la poesía de la abyección y esterilidad en que yacía, escribió don Ignacio Luzán, nacido en Zaragoza el año de 1702, algunas poesías y una *Poetica*, que fué la que le dió más renombre, y sirvió entonces de código literario. Habíase educado en Italia, y era como todos los de aquella época, ciego admirador de la literatura francesa, recomen-

dable, como es sabido, por la regularidad de las formas, exactitud y buen juicio en la elección de los pensamientos; mas no por las altas dotes de armonía, vuelo de la imaginación y audacia en el uso de las figuras. Por consiguiente, en su *Poetica*, aunque proclama los principios generales del buen gusto, y condena los extravíos del gongorismo, lo hace con tan poca amenidad y da tan poco interés á los preceptos que ni persuade ni inspira. Además, tomando, á imitación de los nuevos clásicos franceses, las llamadas leyes de Aristóteles, « como la norma más veneranda de todos los buenos poetas », juzga, no sólo severa, sino injustamente á nuestros primeros dramáticos, porque no se acomodaron á las reglas de un arte inventado por ellos, con las cuales querían privar á la imaginación de su libertad natural.

¿Y quiénes eran ellos, podemos decir de paso, para imponerse á los demás ingenios?

Algunas de sus poesías, como las compuestas á la *Conquista y Defensa de Orán*, son correctas y regulares; pero faltas de animación y colorido poético.

De más felices disposiciones para la lírica estuvo dotado don Nicolás Fernández Moratín, nacido en Madrid el año de 1737. Estudió humanidades en el colegio de la Compañía de Jesús, de Calatayud, y se dedicó casi exclusivamente al cultivo de las letras, en cuyo ejercicio recorrió todos los géneros. Harto se echa de ver en Moratín la falta de un guía y censor juicioso de sus producciones, que le enseñase á trabajar más el estilo y á ceñirse á aquellos géneros que cuadraban más con la índole de su ingenio. Por lo demás, abundan sus escritos poéticos en pensamientos nobles y patrióticos, y su estilo es rotundo y armonioso, si bien lo afea á veces con algunos desaliños. Uno de los mejores, aunque no de mucha inspiración, es el canto épico *Las naves de Cortés*; compuso también un poema didáctico, *La caza*, vulgar y de mal gusto, y unas quintillas llenas de gala y lozanía, en que describe *La fiesta antigua de toros en Madrid*.

No anduvo tan acertado en el género dramático: sus tragedias *Lucrecia*, *Hormesinda* y *Guzmán el Bueno* no tienen otro mérito que el de algunos trozos de buena versificación, y la *Petimetra* es una comedia insulsa y mal combinada. Su muerte, acaecida á los cuarenta y dos años de edad, atajó sus pasos y los progresos que de él se esperaban.

Ayudó á Moratín en la obra del restablecimiento de la poesía, el coronel don José Cadalso, nacido en Cádiz el año de 1741. En este escritor festivo y ameno, dice Quintana, terminan los esfuerzos para restablecer el arte; desde entonces empieza una nueva época en la poesía castellana, con otro fondo, otro carácter y otros principios, y aun puede decirse con otros modelos. Publicó con el título de *Ocios de mi juventud* sus poesías líricas, en que brillan las dotes de dulzura y naturalidad, sobre todo en las anacreónticas, género olvidado desde el tiempo de Villegas.

Escribió la tragedia *Sancho García* y algunas obritas en prosa, entre las cuales la más apreciable por el donaire y cordura con que critica á los que pretenden saber mucho estudiando poco, es *Los eruditos á la violeta*, ó curso completo de todas las ciencias, dividido en siete lecciones para los siete días de la semana. Murió como bueno delante de Gibraltar, herido en la frente de un casco de granada, á los cuarenta años de su edad.

Vamos á dar una idea de la guerra literaria, que en el último tercio

del siglo tanto irritó los ánimos de los literatos españoles. Viendo algunos con patriótico disgusto entronizado en España el sistema francés, que desdeñaba todo lo que no era conforme con sus ideas neo-clásicas, y condenaba sin apelación ni examen, todas las producciones de los tiempos pasados, que no fuesen griegas ó latinas, comenzaron á protestar con toda clase de escritos contra esta nueva tiranía. Púsose á la cabeza el extremeño don Vicente García de la Huerta, y enristró su lanza contra todos en defensa de la que él llamaba escuela literaria española.

Desgraciadamente, no le favorecía el buen gusto para discernir lo bueno de lo malo en el arte, y lo peor es que no poseía la erudición y juicio suficientes para habérselas con los que tenían la ventaja de la opinión en favor suyo, y estaban embriagados con esta especie de triunfo moral. No faltaron algunos, como don Juan Pablo Forner, cuya sátira contra los vicios introducidos en la poesía fué premiada por la Academia, que se pusiesen de su parte; pero fuera de que no era posible por entonces domar el curso de las nuevas ideas, aun los mismos apologistas de las letras españolas estaban divididos, de suerte que, por arrebatarse la palma, esgrimían unos contra otros las armas del sarcasmo, del ridículo y del desprecio. Huerta, en algunos puntos, estaba contra Forner, y éste contra Huerta; Forner y Huerta contra Iriarte; y éste y Jovellanos contra Huerta, y así otros muchos de la época.

Las poesías de Huerta, llenas generalmente de pompa y armonía, revelan algún talento, pero no convidan ni satisfacen á ningún hombre de gusto.

Sólo una obra lo elevó sobre todos sus émulos, á saber: la tragedia *Raquel*, que ocupa el lugar más distinguido en la escena española del siglo XVIII.

Uno de los que más guerra hicieron á Huerta fué, como acabamos de indicar, don Tomás Iriarte, nacido en la isla de Tenerife el año de 1750. Pasó á Madrid á los catorce años de su edad, donde, con su aplicación y talento, adquirió bastante erudición y por su posición y buenas maneras se relacionó con lo más distinguido de la sociedad.

Poco fué lo que rayó en el género elevado, por faltarle la inspiración y colorido poético, cualidades que se echan de ver en su poema *La Música*, que podríamos llamar un tratado. Careció además de amenidad y lozanía de imaginación en las descripciones, y á veces de ritmo y armonía en el verso. Sólo en las *Fábulas literarias*, idea original suya, en cuyos asuntos se contrajo á dar preceptos de literatura, se muestra frecuentemente lo que no había sido, poeta, y alguna vez también en sus epístolas, epigramas y demás poesías ligeras.

Tradujo del francés algunas piezas dramáticas y compuso tres comedias: *El señorito mimado*, *La señorita mal criada* y *El don de gentes*, en que censuró varios vicios de la época.

Émulo del anterior y contagiado también con el prosaísmo de la escuela francesa fué don Félix M. Samaniego, nacido el año de 1745 en la Guardia de la Rioja. La obrita que le ha dado justa popularidad en nuestra literatura es la colección de *Fábulas*, en las cuales, aunque no tiene el mérito de la invención que luce en las de Iriarte, ni es tan terso y esmerado en la ejecución, en cambio tiene más gracia y espontaneidad. Iriarte, menos poeta pero más discreto é ingenioso, cuenta bien el suceso; Samaniego lo pinta aventajándole en el ritmo y armonía de la versificación.

Por huír del vicio que achacaban á Huerta, de querer resucitar los delirios de Góngora, dieron muchos poetas del período que historiamos en el vicio opuesto, autorizado, como acabamos de ver por Iriarte, de describir con naturalidad y llaneza, hasta descender á lo bajo y trivial. Tales fueron entre otros, Salas, Santibáñez, el conde de Noroña etc., no desprovistos de algunas bellezas que resaltan en sus escritos. Hiciéronse serviles imitadores del arte clásico francés, que aprisiona la imaginación con multitud de reglas, que si alguna vez dirigen, nunca inspiran; y se quedaron sin fuerzas para volar con una libertad racional y producir con profusión.

Mas, para gloria del arte, apareció antes de morir el siglo un poeta que, si no alumbró la república literaria como astro de primera magnitud, dió el brillo suave y apacible del lucero de la tarde. Este fué don Juan Meléndez Valdés, nacido en Extremadura el año de 1754, y educado en Salamanca, donde Cadalso le dirigió en el cultivo de la poesía. Siguió la carrera de la jurisprudencia, fué agraciado por el gobierno con algunos empleos, y después de varias vicisitudes en que mostró la debilidad é inconstancia de su carácter, *afrancesándose* y recibiendo del intruso José Bonaparte el cargo de consejero de Estado, murió lejos de su patria el año de 1819. Aunque merecedor este y otros muchos literatos de justos elogios por sus servicios al arte, no extenderemos nuestra indulgencia á paliar este borrón de infidelidad á la patria, y menos en los que recibieron de la Providencia dotes para honrarla doblemente.

Desde joven se formó en la lectura de nuestros clásicos de la edad de oro, y en la de los griegos y latinos, con que perfeccionó las altas dotes de exquisita sensibilidad, gusto perfecto y dulzura sin igual que campean en sus obras poéticas. Parecía nacido para la poesía tierna y dulce, mas que para la elevada y sublime: así es que en las anacreónticas y romances, y demás composiciones del género corto supera á todos, aun á los que hasta el presente han querido seguirle. No así en los versos mayores y en los géneros de más alta y grave composición, si bien algunas se leen con especial encanto por su magnificencia, como la *Oda á las artes*. Las de asuntos religiosos, como *La presencia de Dios* y *La prosperidad aparente de los malos*, exceden no sólo en la alteza de los pensamientos y en el entusiasmo, más aún, en la pureza de gusto á todas las demas suyas. Habíale aconsejado Jovellanos, por cartas, que se dejase de tanta dulzura y suavidad de Batilo y de la palomita de Filis, y tomase asuntos mas serios: mas, por desgracia, el filosofismo le contaba entre sus adeptos, de cuyas ideas hay tristes vestigios en sus epístolas y odas filosóficas.

El escritor que acabamos de citar, don Gaspar de Jovellanos, merece un lugar distinguido entre los poetas, no tanto por el fuego de su fantasía y armoniosa versificación, cuanto por el buen juicio y profundidad de pensamientos en sus *Epístolas* y *Sátiras*, entre las que sobresale la *Descripcion del Paular*, superior, según algunos, á todas las del siglo. Con los poetas citados vuelve á aparecer la escuela salmantina, la cual sufrió en literatura un eclipse de más de un siglo.

De la misma escuela de Meléndez, aunque no tan tierno y delicado, sino más fogoso y robusto, y con este sentimentalismo del siglo XVIII, fué don Nicasio Cienfuegos, madrileño, nacido el 1764, y muerto gloriosamente en el destierro el año de 1809, por haberse opuesto á Napoleón. En sus composiciones líricas, donde se vislumbra el nuevo romanticismo, y muy

especialmente en *La primavera* y *El otoño*, brillan trozos admirables de poesía; con todo, ha sido justamente censurado á causa de la ampulosidad y exageración en los afectos, no menos que por lo turbio y exótico del lenguaje que á veces emplea. También escribió cuatro composiciones dramáticas de poco mérito.

Distinguiéronse por el mismo tiempo el maestro Fray Diego González, agustino, hábil imitador del estilo de Fray Luis de León, y autor de la graciosísima invectiva *El murciélago alevoso;* el presbítero don José Iglesias, célebre por sus epigramas y letrillas satíricas y festivas; y por último, don Leandro Moratín, autor de un romance heroico, *La Toma de Granada*, premiado en segundo lugar por la Academia, de varias sátiras y otras composiciones líricas, más dignas de elogio por la pureza de su dicción que por el entusiasmo y afecto que revelan.

Omitimos los nombres de otros muchos poetas, algunos de los cuales, aunque escribieron en este siglo, los incluiremos entre los del siguiente, al que pertenece la mayor parte de sus obras.

Respecto del género dramático en este siglo, diremos que al descrédito en que había caído, por el mal gusto de los que á fines de la pasada centuria pretendían seguir las huellas de Lope y Calderón, agregóse la guerra que Luzán le hizo con su *Poética*, y demás escritos.... Muchos de nuestros escritores tan impregnados estaban del seudo-clasicismo francés, que llegaron á calificar de *inmoral* nuestro antiguo teatro, porque el amor era el alma de muchas comedias, y estamparon para vergüenza suya que Lope, Calderón y Moreto, aunque poetas de talento, descubrían tan á las claras la barbarie de su siglo por entre los rasgos de su ingenio, que nadie debía leer sus piezas... Y como suele decirse, y es la verdad, que del árbol caído todos hacen leña, los partidarios de esta escuela, así naturales como extranjeros, le dieron el golpe de gracia con sus sarcasmos y denuestos. No es, pues, extraño que el fecundo y brillante teatro español viniese á dormir en aquel siglo el sueño de la muerte. « La Talía española, dijo Jovellanos, pasó los Pirineos á inspirar á Molière. »

No creemos necesario tejer la historia de las producciones que vió la escena española en este siglo, reduciéndose los poetas dramáticos, unos á traducir piezas extranjeras, otros á imitarlas, acomodándolas á nuestro teatro, y algunos á producirlas originales, de cuyo trabajo resultaron, con raras excepciones, engendros ridículos ó monstruosos. Algunas tragedias, sin embargo, obtuvieron un poco de aplauso, que hoy se las negaría absolutamente. Tales son : *Virginia* y *Ataulfo*, de don Agustín Montiano y Luyando, escritas con frialdad y sin arte, y las citadas de Moratín (el padre), de Cadalso y Cienfuegos. Sólo ha quedado la *Raquel*, de Huerta, para gloria del género de este período, que podríamos llamar segunda Edad Media de nuestro teatro. Y todo por haber salido nuestros dramáticos á buscar luz de nuevas inspiraciones en leyes y asuntos extraños al gusto literario, al carácter, costumbres y creencias del pueblo español.

No fueron tan errados los pasos por donde anduvo la comedia, abriendo la escena la *Petimetra* de Moratín (el padre), y siguiendo el *Filósofo enamorado* de Forner, y las citadas de Iriarte, en que pintaron algunos caracteres propios de la época. El *Delincuente honrado* de Jovellanos, drama lánguido, pero tierno y bien escrito, fué representado con aplauso en el extranjero, y algunas comedias del siglo anterior refundidas hábilmente

por don Cándido María Trigueros, eran vistas con agrado en nuestra escena. Y el popular don Ramón de la Cruz merece aún mayor elogio por sus celebrados sainetes, trasunto fiel y poético de la vida civil y costumbres españolas del siglo XVIII. Aunque no tan espontaneo, se le parece mucho en el donaire y gracia don Ignacio S. del Castillo, autor asimismo de sainetes.

Sucedió no obstante con las comedias refundidas, las imitadas y las originales, lo que con las tragedias, que se hizo una mezcla tan informe en los teatros españoles, que forzosamente tenía que dar en tierra con el buen gusto literario.

En estas circunstancias empuñó el cetro de la escena don Leandro F. Moratín, y sus comedias, amoldadas á los principios clásicos, fueron norma y censura de las de aquella época de transición. Nació en Madrid el año de 1760, fué muy protegido del liberalísimo conde de Cabarrús, en compañía del cual hizo un viaje á París, donde trató á Goldoni y acabó de formar su gusto en el arte de la comedia.

Las comedias de Moratín son *El Viejo y la niña*; *El café ó La comedia nueva*, contra los malos escritores de entonces: *El Barón*; *La Mojigata*, imitación del *Tartufo*, así como ésta lo fué de una española *Marta la piadosa*, harto superior á la citada de Molière; y por último *El Sí de las niñas*, que ha sido la más aplaudida. Dejó además varios escritos interesantes como el titulado *Orígenes del teatro español*, cuyas producciones juzga según el espíritu, y con las prevenciones de la escuela ultro clásica, á que estaba afiliado; *La derrota de los pedantes*, folleto en prosa, con que ridiculizó la escuela de Comella, tipo de los poetas más infelices y faltos de sentido común, y varias traducciones hechas con la maestría que acostumbraba.

La Comedia nueva es una sátira magistral. Don Antonio es el crítico guasón que se divierte ya con los despropósitos de Pipí (el mozo del Café anexo al teatro), ya con Don Eleuterio, el ridículo autor de la comedia que va á estrenarse. Don Pedro es el crítico severo que no sabe fingir, que se indigna, y que, lleno de sentido común, pone de relieve los insensatos extravíos del teatro degenerado del siglo XVIII y pretende corregirlos. Don Serapio es el fatuo sabiondo, pródigo en citas eruditas que nunca vienen al caso, y que pretendiendo á Mariquita, la hermana de Eleuterio, alaba neciamente al desequilibrado autor. El fracaso del estreno de la obra aniquila á Don Eleuterio, disipa en el aire el amor de Don Serapio y pone de relieve el carácter de Don Pedro (tipo del mismo Moratín), intransigente con el error y compasivo con los hombres que, reconociéndolo, se elevan otra vez sobre sí mismos.

El Sí de las niñas tiene tendencias doctrinarias. Don Diego y su sobrino Carlos son rivales, sin saberlo, respecto del amor que sienten por Francisquita, niña viva, graciosa, ingenua y por varias circunstancias víctima de todos, y en especial de su madre Doña Irene. Es ésta un tipo de madre simplona, entremetida y, como diría Cervantes, *de poca sal en la mollera*. Empeñada en que su hija se case con Don Diego, porque aunque viejo, es rico, y en verdad un bellísimo tipo de honradez, de cariño y de buen sentido, convierte en víctima de su obediencia y de su respeto á una niña que, engañando á las monjas, sus preceptoras, tiene ya relaciones con Carlos, militar valiente, mozo apuesto, y finísimo y respetuoso galanteador. Conoce el sobrino que su rival es precisamente su querido

y respetado tío de quien espera la herencia; determina alejarse para siempre, pero cede ante el deseo de dar el último adiós aunque sea entregando una carta, si no puede escuchar de Francisquita la última palabra de despedida: y esta escena de la cual es testigo inesperado Don Diego, provoca el desenlace natural y ternísimo, en que, volviendo sobre sí mismo el anciano, bendice el amor de los que á sus pies juran ser para él como dos hijos que alegren su vejez.

También pulsó la lira como hemos indicado, y aunque nadie podrá negarle la tersura y elegancia como hablista y versificador, sus versos carecen de ese entusiasmo poético que pone en movimiento el corazón y la fantasía. Mas elogiado ha sido por sus Epístolas y Sátiras, en que brillan primores de buena ley imitados de Horacio.

Escasa, como acabamos de ver, era nuestra poesía lírica y dramática en este siglo, y de poco valor estético; todavía es más escasa, y de menos valor la amena literatura en prosa. Hubo no obstante en esta época, en que la maleza de la moderna cultura extranjera sofocaba todas nuestras glorias, espíritus amantes del saber, que se consagraron á ilustrar la historia de nuestra civilización, con investigaciones científicas y literarias. (Justo es hacer mención del docto valenciano don Gregorio Mayáns y Siscar, que sacó á luz muchas obras de nuestros principales escritores, ilustrándolas con datos biográficos y notas eruditísimas; y del jesuíta Andrés Buriel, escritor fecundo y laboriosísimo, de cuyas inestimables riquezas literarias fué privado por una *real orden* de Carlos III, robo tiránico que le causó la muerte, antes de la expulsión, habiéndose quedado por este motivo muchas inéditas, y servido otras para adornarse muchos escritores con las galas de su erudición. Estos dos sabios españoles, y otros que omitimos, prepararon el camino al benedictino gallego Benito Feijóo, cuyo mérito literario algunos han exagerado hasta el punto de suponerle civilizador de una época sumida en las tinieblas de la ignorancia y del mal gusto; y otros, por el contrario, con marcada dureza y hasta injusticia, han dicho que merecería que se levantase una estatua por su buen celo, y al pie de ella quemar todas sus obras.

Difícil es con estas dos opiniones tan encontradas dar un juicio que satisfaga, siendo además tantas y tan variadas sus obras, que sólo el *Teatro crítico* consta de ocho volúmenes, en que trata toda clase de materias filosóficas; las *Cartas eruditas* en las cuales desciende á las cuestiones morales, sociales y religiosas, componen cinco; y el último lo forman las *Ilustraciones apologéticas.*) Y así dejando á un lado á los impugnadores de su *Teatro*, que hartas veces tuvieron razón, y considerando sus obras bajo el aspecto literario, el P. Feijóo no es un escritor clásico, ni profundo; sólo sí fácil y ameno. Siguió los giros y construcción de la lengua francesa, plagando el lenguaje de galicismos, y siendo por su popularidad el que tuvo la principal parte en la corrupción de nuestro idioma. Sin embargo, su buen celo y espíritu católico por preservar al pueblo español del *virus* de la impiedad y superstición que nos venía de Francia, están fuera de toda controversia. Ojalá que no hubiese descendido á impugnar tantas preocupaciones y patrañas que el pueblo ignoraba ó no creía, y que el P. Feijóo leía en los libros extranjeros, de cuyas respuestas dedujeron algunos el atraso intelectual y moral de España. Digno es también de loa por el respeto que profesó á la Iglesia en las materias reveladas; y sin atarse en las demás á ningún sistema, se proclamó con felicísima

frase, « ciudadano libre de la república de las letras ». Tantas tareas literarias como tomó sobre sí las coronó con una muerte ejemplarísima el año de 1764 á la edad de ochenta y siete años.

Otro benedictino ilustre, el P. Martín Sarmiento, escribió una *Apología* de los escritos del P. Feijóo, y *Memorias sobre la historia de la poesía y de los poetas españoles*, obra esta última de mérito, si se atiende á los tiempos en que se hizo.

Por otras vías contribuyó al bien y progreso de las letras el P. José Francisco de Isla, de la Compañía de Jesús, nacido en Segovia (1703-1781). Dotado de ingenio para la sátira, hizo su estreno el año de 1732 con las *Cartas de Juan de la Encina*, asestadas contra el *Método racional de curar sabañones*, escrito por el pedante cirujano de Segovia.

Todos lamentaban por este tiempo el tristísimo estado de las letras, y muy especialmente el mal gusto que había llegado á contagiar á los predicadores de la verdad evangélica, que la profanaban desde el púlpito con verdaderos delirios. No habían bastado á poner remedio las elocuentes pastorales de los obispos, ni sido eficaces los tratados de escritores sabios y juiciosos, ni las reflexiones y súplicas de las personas celosas. Entonces el P. Isla empuñó el arma de la sátira, y á imitación de Cervantes en el *Ingenioso Hidalgo* escribió la *Vida del famoso predicador fray Gerundio de Campazas*, á quien hizo el héroe de aquella malaventurada escuela de oradores calenturientos é ignorantes. Empieza á contar todos los hechos de su vida, desde que nace hasta que entra en el convento, y se hace predicador. Verdad es que no resaltan en esta obra la delicadeza y cultura de su modelo: ni tiene aquella prudente economía en la relación de las aventuras del héroe; pero si hubiésemos de juzgar de su mérito por el éxito, fueron heridos de muerte todos los profanadores de la cátedra sagrada, con las inventivas, ejemplos y situaciones altamente cómicas en que puso al nuevo predicador. Como no podía menos de suceder, desatáronse muchas lenguas contra el libro y contra su autor oculto bajo el velo del seudónimo; pero él se defendió victoriosamente, manifestando la sana intención que le había guiado al escribir dicha sátira. Tal fué su popularidad que en pocas horas se agotó la primera edición.

Es autor el P. Isla de otras obras no tan celebradas, pero no menos interesantes, como son sus *Cartas*, y el folleto satírico *Día grande en Navarra*.

De los escritores arriba citados Forner y Mayans es bien dar á conocer dos obras importantes, en que mostraron su mucha erudición y saber. Del primero es la *Oración apologética por la España y su mérito literario*, que le movió á componer su celo por las glorias de la patria, con la cual hizo enmudecer á los que nos despreciaban sin conocernos. Del segundo *Orígenes de la lengua española*, obra digna de ser consultada por la mucha erudición que encierra.

Entre los trabajos históricos figuran como de amena y entretenida lectura, á pesar de sus defectos, *Los comentarios de la guerra de sucesión*, escritos á principios del siglo por el marqués de San Felipe.

Pero la obra monumental en este género es la *España sagrada* del agustino Fray Enrique Florez. Fué su objeto presentar á los ojos de la más sana crítica los fastos de la Iglesia de España, tan calumniados por unos, como ignorados por otros, formando de esta manera el depósito más rico de erudición para escribir la historia patria.

Comenzó á publicarla el año 1747 y á su muerte, que acaeció el 1774, dejaba ya veintisiete tomos, que otros agustinos, cuales fueron Risco, Merino y La Canal, añadieron hasta cuarenta y seis, llegando en la historia hasta el año de 1836, en que fueron suprimidas las órdenes religiosas. Desde entonces hasta el 1850 un solo tomo han podido dar á luz los encargados por el Gobierno de continuarla.

En el reinado de Carlos III dos hermanos cordobeses, los PP. Mohedanos, de la orden de San Francisco, concibieron el grandioso intento de escribir la *Historia literaria de España* desde su primera población hasta nuestros días. Publicáronse en efecto diez tomos, pero habiendo muerto á la sazón uno de ellos quedó en flor tan hermoso proyecto.

También el P. Francisco Masden de la Compañía de Jesús, nacido en Barcelona el 1735, escribió la *Historia de España y de la cultura española* en veinte volúmenes. Es más bien una obra de crítica en que hace un inmenso gasto de erudición, sin aclarar muchos puntos, y poniéndose en frecuentes contradicciones con los demás autores.

Algunos años más tarde publicó don José Conde (1763-1821) la *Historia de la dominación de los árabes en España* para la cual se sirvió únicamente de sus mismos historiadores. En ella por lo tanto deja mucho que desear, por no haber tomado en cuenta para confirmar ó explicar ciertos sucesos, otros documentos no menos fehacientes, ó quizás más que los de los árabes.

Terminaremos esta parte con dos insignes prosistas, don Gaspar M. de Jovellanos y don Antonio Capmany. Nació el primero en Gijón el año de 1744, y llegó á ser por sus talentos y patriotismo uno de los escritores más notables en el revuelto período por que atravesó España en estos tiempos. Muchos fueron los trabajos que salieron de su pluma que admiraron á nacionales y extranjeros tanto más cuanto que fueron compuestos en medio de las difíciles obligaciones de juez, de oidor y consejero. Mereció por sus investigaciones históricas el honroso título de *Historiador de las artes españolas y cronista de la arquitectura*. Sus *Discursos*, *Informes y Memorias* son razonamientos en que brilla una elocuencia sobria y vigorosa, de que apenas había ejemplo en aquella época. Por lo que toca á las ideas no siempre anduvo con el pie asentado, pues como economista aceptó ideas falsas, señaló defectos y propuso remedios que trajeron después malas consecuencias. Créese no obstante que procedió de buena fe, y así lo siente don Cándido Nocedal.

De esta buena fe dan testimonio muchos de sus escritos, en los cuales resplandece un vivo anhelo por el progreso de la nación, no según la perfección filosófica y abstracta de los enciclopedistas, de quienes decía que « la humanidad estaba continuamente en sus labios y el odio y la desolación del género humano bramaba en sus corazones, sino conforme á la luz divina que derramó la doctrina de Jesucristo, sin la cual, añade, ninguna regla de conducta será constante, ni verdadera ninguna ». Esta doctrina es la que guardó Jovellanos en su corazón, en aquellos tiempos que para merecer el nombre de filósofo era preciso pasar plaza de impío, la que le dió aliento para sufrir destierros y cárceles, y guardar, por respeto á la reputación de las personas reales, aquel alto y caballeresco silencio sobre las causas de su caída del ministerio y la persecución de que fué blanco. Ella fué la que le hizo contestar á un general de Napoleón : « Yo no sigo un partido; sigo la santa y justa causa de mi patria. » Y á los

que querían comprometerle en favor del intruso José, respondió con la misma nobleza de alma, que « aunque la causa de la patria fuese tan desesperada, como ellos imaginaban, sería siempre la causa del honor y de la lealtad y la que á todo trance debía preciarse de seguir un buen español ».

El 11 de Noviembre de 1811 falleció este escritor insigne á quien Moratín llamó « uno de los más distinguidos españoles que ilustraron los reinados de Carlos III y Carlos IV, literato, anticuario, economista, jurisconsulto, magistrado, buen poeta y orador elocuente ».

Honra es también de estos azarosos tiempos y gloria de nuestras letras don Antonio Capmany de Montpalau, natural de Barcelona (1742-1813). Grandes fueron los servicios que prestó á la patria como militar y diputado católico en las cortes de Cádiz, y á las letras con su erudición y excelente crítica. Buena prueba son sus numerosos discursos y tratados sobre lenguas, artes é historia, escritos en lenguaje puro y selecto, de que fué custodio celosísimo. La que le mereció más reputación entre todas estas obras fué la *Filosofía de la elocuencia*, donde expone algunos ejemplos y los analiza literariamente, haciendo sentir con ellos la fuerza de la elocuencia, más que con reglas estériles y secas. Asimismo ha sido de todos muy estimado el *Teatro histórico-crítico de la elocuencia castellana* por su tino en la elección de los discursos y trozos elocuentes, como por las biografías y notas llenas de erudición y buena crítica. El objeto que se propuso en esta última obra fué presentar los progresos del habla castellana, desde el estado de su primitiva rudeza hasta el de su perfección. Omitió no sabemos por qué, en esta obra, escritores más excelentes bajo todos conceptos, que muchos de los que en ella figuran.

Portugal. En el siglo XVIII, las doctrinas de la escuela clásica francesa privaban en el Portugal, como en las demás naciones de Europa, y según ellas, intentó restablecer el buen gusto uno de los literarios más distinguidos de la época. Este fué Francisco Javier de Meneses, admirador entusiasta de Boileau, cuya *Poetica* tradujo, y autor, entre otras cosas, de la *Enriqueida*, poema épico en honor del fundador de la monarquía portuguesa. Amoldándose cuidadosamente á las reglas de su nuevo maestro, hizo versos más correctos, si se quiere, que el mismo Camoens, sostiene en todo el poema la elegancia de estilo, ofrece cuadros brillantes y un buen plan; pero fuera de esto, apenas hay una chispa de verdadera inspiración épica.

Las corrientes del enciclopedismo que inundaron á España, pasaron también á enturbiar los entendimientos en Portugal, que en lo político y en lo literario ha seguido constantemente las mismas vicisitudes, dando por resultado el crecimiento de la semilla revolucionaria, que ahogó en gobernantes, como Pombal, los sentimientos de humanidad y de justicia, é infatuó las cabezas de la mayor parte de la juventud. Víctima del vértigo de la impiedad fué, entre otros, Manuel María Barbosa de Bocage, improvisador de primera fuerza y adornado de bellas prendas para la poesía; pero ateo en sus versos, como en su conducta. Crueles desengaños movieron su corazón é iluminaron su entendimiento, y en expiación de sus yerros, y como muestra de su arrepentimiento, escribió, algunos meses antes de morir, otras composiciones harto más bellas que las que le habían dado la triste celebridad de poeta sin Dios.

Por la elegancia y nitidez del estilo, imitado de los clásicos, dieron el título de *Horacio portugués* á Pedro Correa Garzao, autor de las mejores odas que se publicaron en este siglo, fuera de las compuestas en Italia. Fué una de las víctimas de Pombal.

Entre los que trabajaron por poner un dique al desbordamiento de las ideas, merece citarse el P. Teodoro de Almeida del Oratorio, á quien algunos han denominado el *Feijoo portugués*. Es autor de las *Recreaciones Filosóficas*, donde expone con elegancia y claridad algunas noticias entonces curiosas, pero hoy dia muy comunes, de los fenómenos de la naturaleza y de los adelantos de la física experimental. Escribió, además, la *Armonía de la razón y de la religión*, tratado de teodicea, en estilo fácil y acomodado al alcance del pueblo, y la novela moral *El hombre feliz*, que aunque lánguida y falta de gracia, ha sido, no obstante, muy leída hasta nuestros tiempos.

Las academias de la lengua y de la historia, establecidas á principios del siglo XVIII, poco influjo ejercieron en las letras portuguesas; mayor fué el movimiento dado á la literatura por la Academia Real, fundada en el año de 1792, la cual ha podido conservar la vida en medio de las agitaciones políticas, que, como en España, han ensangrentado el suelo portugués en lo que vamos de este siglo.

Inglaterra. Durante el reinado de Guillermo III, que murió el año de 1702, y el de su cuñada Ana, que le sucedió en el trono de Inglaterra, la literatura inglesa, sin perder del todo el genio nacional, habíase hecho imitadora de la francesa, coloreándose con la elegancia, finura y atildamiento de formas, por las cuales se modelaban entonces todas las de Europa. Aunque los poetas ingleses de este siglo no son tan enérgicos y espontáneos como los que hemos conocido, tienen, en cambio, más corrección y galanura. Habíase perdido en vigor lo que se ganaba en la forma.

El que mejor representa esta nueva faz de la literatura, siendo, á la vez, el tipo más perfecto de ese modo de escribir con arte, es Alejandro Pope, nacido en Londres (1688-1744). Dotado de singular aptitud para las lenguas, el estudio de éstas le facilitó el conocimiento de los escritores clásicos antiguos, de cuyas obras hizo varias traducciones, notables algunas por la exactitud y acierto, como la de la *Iliada*. A los doce años ya se manifestó poeta nada vulgar, y á los quince compuso la hermosa égloga *Al Nacimiento del Salvador*, y el bello poema descriptivo *La selva de Windsor*. Siguiendo á Boileau, escribió una especie de arte poética, que denominó *Ensayo sobre la crítica*, y un poema heróico-cómico, de pura galantería, en que dió también muestra de su brillante imaginación, llamado *El robo del rizo*. Pero donde ha mostrado más talento poético es en el *Ensayo sobre el hombre*, que consta de varias epístolas filosóficas, recomendables por la brillantez de los pensamientos y hermosísimas descripciones, mas no por la doctrina, que es algo favorable á la irreligión, y de una moral vaga y sin sanción en la otra vida. *La Epístola de Abelardo á Eloísa* es una imitación artificiosa de la pasión del amor, más que bella y verdadera, nociva á la virtud, así como los remedos monótonos y empalagosos que por aquellos dias estuvieron en boga en las demás naciones. No hablaremos de otras composiciones sueltas, por las cuales, así como por las anteriores, merece ser colocado á la cabeza de

los poetas más armoniosos y correctos de Inglaterra, terminando con la *Dunciada*, ó guerra de los tontos, diatriba violenta y poco decorosa contra los libreros y críticos de su tiempo.

Contemporáneo de Pope fué Eduardo Young (1681-1765), cuya musa servil y lisonjera de reyes y poderosos, se convirtió en lúgubre y melancólica, en ocasión de la muerte de su mujer, de una hija y del prometido de ésta. Para dar rienda suelta á su dolor, escribió una serie de elegías, que llamó *Meditaciones de la noche*, donde pinta con colores vivísimos, llenos de sublime tristeza, la nada de las cosas de este mundo, lo que espera al cuerpo en el sepulcro, y al alma en la eternidad. A veces recarga demasiado las imágenes, para que produzcan efecto, y deslíe tanto el pensamiento, que causa cierta monotonía y fastidio.

Al contrario, la musa del escocés Santiago Thomson (1700-1748) es lozana, alegre y amena. Entró pobre en Londres, llevando consigo un poemita sobre el *Invierno*, que le granjeó amigos y protectores, con lo cual pudo continuar el *Estío*, la *Primavera* y el *Otoño*, que dió á luz con el título *Las estaciones*. Los cuadros tan encantadores en que está pintada la naturaleza, los episodios con que ameniza las descripciones, las reflexiones morales tan oportunas, la misma sobriedad de estilo, todo convida á leer este hermoso poema del género descriptivo. Las tragedias y demás poesías líricas, aunque apreciables, no le han dado tanta celebridad.

Otros muchos poetas florecieron en la Gran Bretaña, como Ramsay (1685-1758), llamado el *Teócrito escocés*, por sus poemas y cantos. Roberto Burns, nacido también en Escocia (1757-1796), célebre por sus cantos populares, tan llenos de naturalidad y encanto poético. Tomás Gray (1716-1771), nacido en Londres, cuya gracia en la expresión y riqueza poética brillan en sus composiciones, especialmente en la oda al *Progreso de la poesía* y en la elegía el *Dia de los difuntos*.

Pero el que excitó la admiración en este siglo fué el escocés Jacobo Macpherson (1738-1796), con la publicación, en el año de 1760, de unos poemas, que él dijo ser fragmentos del célebre Ossian, bardo legendario nacional, del siglo IV, que los montañeses de Escocia habian conservado en la memoria. En estilo rudo, pero enérgico y vigoroso, y tomando un tono sentimental, cuenta antiguas tradiciones históricas, y hace pinturas de la naturaleza del norte, usando de imágenes grandiosas, pero vagas y fantásticas. Luego se reconoció que los tales cantos eran una falsificación literaria, en que entraban recuerdos de su país, expuestos en prosa poética, imitando las formas antiguas, y mezclando algunos nombres de aquel tiempo. Algunos, no obstante, se habian entusiasmado tanto, creyéndolos originales, que los prefirieron á Homero, á Píndaro y aun á la Biblia; y otros que no vieron más que ensayos de imitación del pensamiento y estilo antiguo, como Villemain, han dicho simplemente que se mostró original y atrevido; al paso que no ha faltado quien, como Macaulay diga que esos cantos son una fábula inverosímil, informe, vacía y absurda, verdadero caos de palabras. Conservan, sin embargo, cierta importancia histórica como primer albor del romanticismo nebuloso y melancólico, y como primera tentativa de poesía artificialmente nacional.

El genio inglés que tantos esfuerzos hizo en los siglos XVI y XVII, por conquistar uno de los primeros puestos entre las naciones, consiguió por fin en el presente empuñar el cetro en el mundo literario. Además de la poesía de que acabamos de hablar, nos ofrece trabajos de muchos intere-

en la prosa, haciéndose notar sus escritores en el género novelesco por el giro que dieron á sus producciones; en el histórico por el arte con que han escrito la historia, y sobre todo en los estudios de crítica por la abundante luz que han dado á los alemanes para que la cultiven con fruto.

Comenzaremos señalando los principales novelistas, entre los cuales aun cuando hay bastante variedad en las formas y en las tendencias, son, sin embargo, como los accidentes en las fisonomías, pues en el fondo todos convienen.

Daniel de Foe, nacido en Londres (1663-1731) fué un escritor muy fecundo. Entre sus muchas historias y novelas, la que le ha dado más fama es la que escribió estando en la cárcel por causas políticas, á saber: *Vida y aventuras de Robinson Crusoe*. La narración de las desgracias de un marino escocés abandonado por sus jefes en la isla de Juan Fernández, donde estuvo cinco años, dieron asunto á su novela, en la cual supone á un joven que, contra la voluntad de su padre, emprende un viaje por mar, y un temporal lo arroja á una isla desierta. El mérito de esta obrita consiste, fuera de la sencillez del plan, en la gran naturalidad con que cuenta tanta diversidad de sucesos, los cuales hacen tal ilusión al lector, que le parecen verdaderos. Además del placer que causa la invención de recursos de que se vale un hombre para poder vivir, debió de agradar mucho á una sociedad como la inglesa, tan gastada entonces por las guerras, ver también en esta novela expresados ciertos movimientos de gratitud hacia la divinidad.

Tendencias diametralmente opuestas manifestó el anglicano deán de San Patricio, Jonatás Swift, nacido en Dublín (1667-1744), y llamado el *Rabelais de Inglaterra*. No en tinta sino en negra bilis parece que mojó su pluma este escritor, más bien satírico lleno siempre de mal humor y odio á la humanidad, que le hizo decir: « El objeto de mis burlas no es divertir al mundo sino zaherirle, pues cada día siento más rabia y aborrecimiento al pueblo entre el cual vivo. »

Aunque Swift ha escrito muchas obras políticas y morales y algunas en verso, las que tienen este carácter satírico son las que le han dado más popularidad, entre las cuales citaremos el *Cuento del tonel*, sátira amarga contra la religión y la ciencia, en que ataca sin discernimiento al catolicismo, al luteranismo y al calvinismo: y más que todo los *Viajes de Gulliver á Lilliput, á Brobdingag* y otras islas, en cuyas narraciones trata de criticar los vicios y ridiculeces de los hombres por medio de invenciones repugnantes, inverosímiles y absurdas, mezclando cuentos pueriles con alusiones insípidas, ironías picantes con chocarrerías groseras, observaciones sensatas con una infinidad de bagatelas y truhanerías. Encuentra por ejemplo en la isla de Lilliput hombres de cinco á seis pulgadas de alto, y en la de Brobdingag de treinta ó más varas. Se le presenta después una isla volante habitada por filósofos, músicos, matemáticos, utopistas é inventores de proyectos, cuya narración le lleva á hacer una burla desatentada de toda clase de instituciones. Describe otra región en donde los hombres se han degradado hasta el extremo de hacerse esclavos de los caballos, á quienes supone dotados de inteligencia y de virtud, los cuales le echan en cara que los hombres no tienen sino talento para hacerse mal á sí mismos, y perfeccionarse en los vicios. Viéndose precisado á salir de la isla, « tiene por una gran desdicha el haber de vivir

otra vez entre la detestable especie humana, cuyos vicios le habían enseñado á conocer los caballos, modelos de toda virtud ». Así es cómo degrada la naturaleza humana en sus *Viajes* y hasta insulta á la Divina Providencia en el gobierno del hombre.

La parte que trata de los enanos y gigantes es la más leída y la que ofrece menos peligros especialmente á los niños, que no son capaces de comprender la intención profundamente maliciosa del autor. Las demás son, como hemos indicado, una sátira acerada contra la sociedad en general, y en particular contra ciertos personajes de su tiempo, cuyas alusiones, algunos, como Walter Scott han tratado de explicar posteriormente.

Hombre escéptico, misántropo y extravagante, pasó los últimos años de su vida sumido en una horrible tristeza que le causó cierta especie de estolidez y embrutecimiento, y en este estado terminó su carrera.

Al frente de los novelistas ingleses ponen generalmente los historiadores á Samuel Richardson, nacido en el condado de Derby (1689-1761). Pasó gran parte de su vida en el oficio de impresor, y á los cincuenta y tres años se sintió movido á escribir novelas, tres de las cuales le han dado justa nombradía. Estas son *Pamela ó La virtud recompensada*, *Clarisa Harlowe* y *Grandisson*. En esta última resaltan todavía más las buenas dotes del género.

Adoptó la forma epistolar, que posteriormente han imitado muchos escritores, á fin de sondear el corazón humano, y analizar mejor sus sentimientos; y aunque son demasiado extensas, y en algunos pasajes monótonas, ha tenido arte para sostener el interés hasta el fin. Los planes son realmente perfectos, los caracteres de mano maestra y la elocuencia de las pasiones conmueve al lector.

Respecto de la moral de todas sus novelas, se dice comúnmente que no permite la más pequeña mancha; con todo hay mucho de ilusión. Los escollos en que pone á la virtud, aquella moral ficticia pintada con colores que no son suyos, las extensas narraciones de penas, zozobras y demás movimientos que agitan á los personajes, inquietan y exaltan la imaginación y ponen en peligro el corazón, especialmente de los jovenes.

Vivo interés produjeron asimismo las novelas de Enrique Fielding (1707-1754), por la pintura tan verdadera como variada de la sociedad. La mas célebre de sus producciones es *Tom Jones*.

También se distinguió en el género Olivero Goldsmith (1718-1774), poeta nada vulgar, como lo muestran sus poemas *El viajero* y *La aldea abandonada*. En su novela *El Vicario de Wakefield*, hace una sencilla é ingenua pintura de la vida interior de una familia honrada, en que la intriga y los caracteres perfectamente descritos ofrecen un rato agradable de lectura.

De los escritores llamados humoristas es el tipo mas original y curioso Lorenzo Sterne, autor del *Viaje sentimental*, en que abandonándose á su capricho ó humor ha mezclado toda clase de escenas, unas serias y otras frívolas; reflexiones de buen sentido con las paradojas mas extravagantes; la licencia con la honradez, lo patético con lo trivial y ridículo á fin de excitar toda clase de efectos. « Cuando escribo la primera frase, dice, sé lo que hago: más después me lanzo á la ventura. » Por estas palabras se puede formar idea de la utilidad que encerrará dicho libro, que tantos han calificado con razon de produccion de un loco por más que contenga cosas de interés. En la misma categoría está la voluminosa obra Vida y

opiniones de Tristán Shandy, que aparte de algunas reflexiones juiciosas, toda ella no es más que una sarta de chocarrerías y bufonadas.

Tres son los historiadores más famosos de Inglaterra en este siglo, entre los cuales el escocés David Hume (1711-1776) puede gloriarse de haber sido el primero que dotó á su nación de una *Historia de Inglaterra*. Él mismo cuenta que al concebir el proyecto, acobardado por el vasto asunto, se redujo primero á la casa de Estuardo, y despues pasó á la de Tudor. Alentándose en dicho trabajo, retrocedió de los tiempos modernos á los antiguos, y así ha recorrido toda la historia de Inglaterra. De ahí que se echen de menos algunas noticias y explicaciones en los tiempos antiguos, y que se hallen otras en los modernos, que no parecen necesarias. Además de esta falta de orden, y del escepticismo que en toda ella domina, como discípulo de Voltaire, Mably acusa al autor de ignorante en las leyes, de no conocer su nación, y Towers de infiel, inexacto y parcial. En vista además del desprecio y rechazo de la correspondencia de Jacobo II, y las relaciones de los embajadores franceses en Londres que le ofrecieron en París, donde escribía la *Historia*, concluye Cantú diciendo « que así no se dicen más que generalidades, ni se consolidan más que preocupaciones ».

El segundo historiador es Guillermo Robertson, escocés también, y ministro presbiteriano dotado de singular erudición. Comenzó su carrera de escritor con algunos sermones, y después ofreció á su patria un testimonio de amor en la *Historia de Escocia*, notable por las investigaciones y estilo culto y esmerado que empleó, á fin de alejar de los escritores escoceses la idea de bárbaros con que algunos los motejaban.

Más fama alcanzó con su celebrada *Historia de Carlos V*, escrita también en ese estilo académico que aprendieron de los franceses, y con más arte que conocimiento íntimo de las cosas, ya par falta de datos, ya porque, como dice un admirador contemporáneo de Robertson, « se hace sensible que no haya sabido desnudarse de ese declarado espíritu de sistema de hacer comparecer ambicioso y astuto á Carlos V, franco y sincero á Francisco I; de dar siempre la razón á los protestantes, negarla á los católicos, y otros puntos semejantes; y que por esto haya quitado á su *Historia* gran parte de la autoridad y del decoro que ciertamente hubiera logrado, si la hubiese escrito con indiferencia ó imparcialidad más filosófica ». En el mismo estilo y mirando las cosas con aparente frialdad, y por el prisma de la preocupación anglicana y anti-española, escribio la *Historia de América*.

El tercer historiador es Eduardo Gibbon, nacido en Putney (1737-1794). Fué hombre de muy buen entendimiento, erudición prodigiosa y escogida, pero débil de voluntad, pues habiéndose convertido al catolicismo por la lectura de las *Variaciones* de Bossuet, el temor de disgustar á sus padres le hizo abrazar otra vez el protestantismo; hízose después escéptico, y terminó dócil discípulo de los filosofistas franceses, el que podía ser su maestro.

Más de veinte años estuvo acopiando documentos para su *Historia de la decadencia y ruina del imperio romano*, obra admirable por la multitud y variedad de noticias, pobre y rastrera de miras filosóficas y políticas, y más aún religiosas.

Todo lo ve, menos á Dios, en el crecimiento de las civilizaciones y la declinacion y ruina de los imperios. El imperio romano, con todo su

fausto de fuerza, riqueza y placeres, es para Gibbon el ideal de lo grande y sublime, que estima en más que el imperio de la virtud y el goce de la libertad. Por eso ataca al cristianismo, que, según él, ha destruído la armonía del universo y es origen de todos los males. Por consiguiente, desconoce la virtud de los mártires que batallaron por los derechos de la conciencia, no ve la influencia moral de los Santos Padres y demás escritores católicos, y sólo se entusiasma cuando describe los triunfos de la fuerza. Por eso decía Jovellanos que «su lectura le encantaba, pero que le hallaba preocupado contra la religión y con deseos de seducir».

Un nuevo género literario apareció á principios de este siglo, con el nombre de *Ensayos*, que tuvo su origen de los diarios ó periódicos, que Steele y Addison dirigían á fines del anterior. En estos *Ensayos* ó revistas, por lo regular semanales, se trataban cuestiones literarias, morales y políticas, de modo que el pueblo pudiera instruirse. José Addison, nacido en Milston (1672-1719), puede decirse el fundador de esta clase de publicaciones. Entre las revistas más celebradas que entonces salieron á luz, es digna de especial mención *El Espectador*, compuesta de varios volúmenes y redactada casi toda por él. Por su medio propagó buenas doctrinas literarias, dió á conocer escritores ilustres que yacían en el olvido, como Milton, y dejó á la vez en sus escritos ejemplos de elegancia, corrección y buen gusto. Después de Pope es Addison el escritor más puro. Las mismas cualidades brillan en sus poesías inglesas y latinas. De entre sus piezas del género dramático, la tragedia *Catón*, compuesta según las reglas clásicas, fué muy aplaudida, más por las alusiones políticas que por el movimiento de la acción; y la comedia *El Tambor* fué asimismo, bastante celebrada.

Puesto distinguido ocupa en la historia literaria de este siglo, Samuel Johnson (1709-1784), como crítico, por su revista titulada *El Vagabundo*, algo inferior á *El Espectador*; como filólogo, por su excelente *Diccionario inglés con ejemplos*; como novelista, por su cuento oriental *Rasselas*; y como biógrafo, por sus *Vidas de los poetas ingleses*. Fué también poeta elegante y moralista juicioso.

Todavía es más respetable, como crítico, Hugo Blair (1718-1800), ministro anglicano, orador de nota y profesor de literatura en Edimburgo. Fundó la revista de este nombre, que adquirió gran celebridad por su ilustrada y juiciosa crítica. Son dignas de recomendación sus *Lecciones de literatura*, por la sencillez y claridad con que expone las reglas y por los juicios tan atinados que emite sobre los autores, así nacionales como extranjeros. Esta obrita ha merecido ser traducida en todas las lenguas de Europa.

Una vez consolidada la libertad política en Inglaterra, oyéronse en el parlamento discursos dignos de la elocuencia griega y romana, no tan apasionados y brillantes, pero más sólidos y vigorosos, así como las cuestiones que se agitaron fueron de más alta importancia.

Entre los oradores que honraron la tribuna no puede omitirse el nombre de Guillermo Pitt (1708-1778), insigne también como hombre de Estado. Su poderosa y brillante palabra hizo ver los desaciertos de la política del ministro Valpole, contribuyó á derribarlo, y puesto en su lugar, elevó la prosperidad y grandeza de su nación. Émulo de éste fué Carlos Jacobo Fox llamado el *Demóstenes de Inglaterra*, por la vehemencia y claridad de sus discursos, inferior, no obstante, á Pitt en la corrección y elegancia de

las formas. Guillermo Pitt, hijo del precedente (1753-1806), heredó, por decirlo así, el dón de la elocuencia, que empleó entre otras cuestiones de sumo interés, en abolir la trata de negros, en cuya noble y cristiana empresa tuvo por colaborador al irlandés Edmundo Burke. Enemigo Burke de la revolución francesa, escribió un tratado filosófico contra ella intitulado *Reflexiones de la revolución francesa*. Fué uno de los oradores más vehementes y patéticos, estuvo dotado de mucha abundancia y facilidad en el decir. Tal era la opinión que de él se tenía, que algunos le han atribuído las famosas *Cartas de Junius*, verdadero portento de elocuencia, de habilidad y conocimiento de las leyes y administración inglesa. No es justo omitir, tratando de los oradores, el nombre del gran O'Conell, aclamado el libertador de Irlanda, por cuya energía y constancia en defenderla en el Parlamento, goza de muchos derechos religiosos y aun políticos, que antes no tenía.

Alemania. La literatura alemana tuvo, como antes indicamos, su primavera en la Edad Media; á la tercera época de la Edad Moderna ha cabido la gloria de ver florecer en ella la segunda primavera. Hay, no obstante, gran diferencia entre la perfección clásica de aquellas y de estas producciones. Las de la Edad Media eran más inteligibles, porque penetraban hasta el corazón del pueblo, y en ellas estaban hermanados con toda naturalidad el elemento artístico y el espíritu religioso. Las producciones de la literatura moderna, inferiores á las antiguas en el sentimiento cristiano y nacional, las aventajan: 1º en que su poesía es más universal, abraza todos los géneros, especialmente el dramático, que es el más difícil; 2º en que se ha apropiado todas las formas de los pueblos cultos, en especial de Italia y España, identificándolas con el espíritu cristiano y nacional de la Edad Media; y 3º en la belleza del lenguaje y de la forma artística.

Por desgracia, la propaganda antireligiosa de Francia había invadido la literatura alemana de esta época, hasta el punto que los corifeos de la poesía se entusiasmaban en sus composiciones por los dioses griegos y el espíritu gentílico, y se avergonzaban de la Cruz y de las divinas enseñanzas.

Entonces aparecieron los que después se llamaron *Románticos*, que fueron varios jóvenes, cristianos de corazón, los cuales tomando la cruz por enseña, trataron de introducir en la literatura el elemento cristiano. A pesar de las batallas que hasta nuestros días se han librado, todavía no se ha declarado decididamente la victoria por ninguna de las partes. Más adelante nos ocuparemos de este grupo literario.

Grande es en esta época el número de literatos distinguidos, pero no trataremos sino de los más eminentes, entre los cuales Federico Teófilo Klopstock, nacido en Quedimburgo (1724-1803), es el que ha ejercido una influencia más poderosa y saludable sobre la poesía patria. Al lado de Bodmer formó el gusto literario y comenzó por sacar la poesía de la estrecha y mezquina esfera en que la tenían reducida, cantando todo lo dulce que palpita en el corazón y todo lo sublime que lo eleva. En medio de un siglo racionalista, se presentó sin avergonzarse de la cruz, y ensalzó á Jesucristo, gloria de la humanidad. Es inexplicable cómo cayó en la manía de querer desterrar el consonante.

Las composiciones con que ha honrado la literatura patria, y revelado

su inspiración, son las odas, himnos, salmos y elegías en alabanza de Dios y de la patria, la primavera, la resurrección y otros asuntos nobles y dignos de la lira cristiana. Pero su obra monumental es el poema religioso *La Mesiada*, en que canta la misericordia divina y su triunfo; consta de veinte cantos, que son otros tantos cuadros grandiosos. La acción comienza cuando el pueblo judío pide la muerte del Salvador, y termina con su victoria sobre la muerte y el infierno, á que se siguen los himnos con que es celebrado en el cielo.

Como era difícil dar movimiento á un asunto tan conocido y tan poco á propósito para la variedad poética, introduce algunos hechos y episodios acomodados al carácter de la obra, como son los puros y angelicales amores de Cildia y Sémida; el sueño de Porcia, mujer de Pilatos; la bajada de Jehová por los espacios inmensos de los cielos; ciertas descripciones y retratos de los apóstoles, de sus ángeles de guarda, de algunos fariseos y espíritus infernales.

El elemento lírico es el que predomina en este poema, y el que constituye también su defecto, porque cuando es muy prolongado produce monotonía, de que adolece más aun la segunda parte. Es notable sin embargo, en todo el poema, el sentimiento profundo de elevación y piedad del autor, lo que hace más sensible su cualidad de protestante, que le impide dar más vida y verdadera significación á algunos cuadros, como por ejemplo al de la institución de la Eucaristía, que presenta fríamente y como un rito simbólico. A los largos discursos, que es otro de los defectos, se agrega el pintar sentimentales á los apóstoles, y hacer llorar á los demonios. Échase también de menos en este poema la rima, que ya entonces era adorno usado por todos los poetas. Por estos defectos se ha dicho de la *Mesiada* : « Todos la admiran, poquísimos la leen » : pero no le quitan el mérito de ser una de las obras que honran el espíritu humano y la lengua en que se compuso.

Los primeros cantos excitaron la admiración universal, y fueron recibidos como el principio de una nueva literatura; sólo á Gottsched y á los de su séquito les daba en rostro el asunto, así es que su crítica rastrera y mezquina no dejó de encontrar muchos defectos. Klopstock siguió trabajando y viviendo no muy holgadamente, hasta que el rey de Dinamarca le señaló una pensión, á quien, dándole las gracias, le decía entre otras cosas : « Siento el corazón inundado de placer, y esta es mi mejor recompensa. ¿No he gustado los goces de los ángeles, celebrando á mi Señor?... ¿No me recibirán éstos en el otro mundo, quizás también con aquellas lágrimas celestiales? » Murió en efecto el año de 1803 recitando algunos versos de su poema. Cuando vió á Francia convertida en un cadalso por los revolucionarios, devolvió á la Convención la carta de ciudadano francés con que le había agraciado.

Los imitadores de Klopstock podrían dividirse en dos grupos : unos cultivaron la poesía sentimental, y escogieron el idilio, pero degeneraron en afectaciones tan melosas, que llegaron á ser repugnantes. El principal, que fué Salomon Gessner (1730-1787), alcanzó alguna nombradía, especialmente en Francia, donde fué más leido y estimado que en su patria. Su mejor poema fué *La muerte de Abel*, según el idilio bíblico, embellecido con la descripción de costumbres primitivas de los patriarcas y la expresión de sentimientos tiernos. Se nota, sin embargo, mucha difusión y falta de virilidad en la pintura de los caracteres.

Los del otro grupo se dedicaron más bien á las odas y cantos guerreros antiguos, pero fueron tan extremosos en sus producciones, que las llamaron « alaridos de bardos ».

Sólo el conde de Stolberg (Federico Leopoldo) (1750-1819) puede designarse el intérprete más genuino del espíritu y de la forma que Klosptock dió á la lírica. Hombre de talento, de erudición y nobleza de carácter, y adornado además de rica fantasía, sus producciones reflejan hermosamente todas estas dotes, señalándose entre todas las compuestas contra Napoleón, á las cuales da un nuevo realce su noble inspiración patriótica. Fiel á las inspiraciones de la gracia, volvió al catolicismo, á pesar de tener que sacrifiar amistades íntimas, gloria literaria y lazos de familia. Fué una de las conversiones más ruidosas : Gœthe y Schiller, antes sus amigos y admiradores, se rebajaron atacándole con ironías y sarcasmos, que él sufrió con la sublime resignación que inspira la religión divina. Su poesía es patriótica y religiosa, y en la forma muchas veces clásica.

La influencia que Klosptock había empezado á ejercer en literatura, fué secundada por Efraín Lessing, quien expuso, aclaró y redujo á práctica las nuevas doctrinas en sus bien pensados escritos. Nació en Sajonia (1729-1784), y desde niño se señaló por su prodigiosa memoria y agudeza de entendimiento, que hizo decir á uno de sus profesores, que las lecciones más difíciles para sus discípulos eran un juego para él. En cambio no tenía casi chispa de imaginación, ni calor en los afectos, como lo muestran todas sus poesías, y aun él mismo confiesa que no estaba dotado de genio poético. En cuanto á religión, naufragó por dejarse arrastrar de la duda, la que al fin le precipitó en un estado que él llamó muy lamentable. Es autor de fábulas escritas con mucha naturalidad y sencillez, aunque con demasiada precisión, y de varios dramas notables por la verdad de los caracteres y el interés siempre creciente del diálogo. Las obras de crítica son, no obstante, las que le han granjeado su gran reputación literaria, tanto por los asuntos, como por el arte con que los ha tratado.

Entre las más afamadas se cuenta *Laocoon* ó los *Límites de la pintura y de la poesía*, que indica el objeto de su obra, á la cual dió el primer título, porque el episodio de la *Eneida*, donde Virgilio cuenta la muerte desgraciada de este padre, y la escultura que la representa, sirven de base á su argumentación. La obra se sintetiza en dos proposiciones : en la primera sienta que la suprema ley del arte es la belleza, y no la erudición científica; por consiguiente, son dos cosas muy diversas las bellas artes y las útiles; en la segunda ataca y pone fin á la controversia sostenida con los suizos Bodner y Geshner, quienes hacían consistir la poesía en el campo estrecho de la descripción. Lessing afirma y prueba que la pintura representa sus objetos en el espacio, la poesía en el tiempo; aquélla los cuerpos con sus cualidades visibles, ésta sus acciones.

La otra obra, también de mucho mérito, y por la cual es tenido por creador del teatro alemán, es su *Dramaturgia*, donde explica magistralmente las leyes y cualidades del drama, especialmente de la tragedia, y propone como modelos á Sófocles, Eurípides y Shakspeare.

Más como poeta que como crítico fué encomiado, por este tiempo, Martín Wieland, hijo de un ministro protestante de Suabia (1733-1813).

Estuvo dotado de verdadero genio poético, y su amor al estudio y

aplicación constante, le granjearon una erudición nada vulgar. Admirador en su juventud del sistema de Klopstock, no menos que de los sentimientos cristianos y morales de este eximio escritor, como lo prueban algunas de sus obras, los fué perdiendo paulatinamente por la comunicación con los literatos de la época, que se pagaban de poner el sello del espíritu francés en todas las obras de literatura. No tardó en dar al traste con sus primeras ideas, y se hizo tan escéptico y burlon, que fué llamado *El Voltaire de Alemania*, si bien es cierto que no tuvo un propósito tan fijo y determinado como el de Francia.

Fué, como literato, el ídolo de su tiempo, por la elegancia y atildamiento del estilo, y la agudeza de los chistes á la francesa: hoy dia su reputación ha decaído mucho, después de la justa crítica que los hermanos Schlegel han hecho de sus obras. En ellas abarcó casi todos los géneros: novelas filosóficas, dramas, cuentos, sátiras, odas, poemas caballerescos, é hizo varios estudios de crítica.

Los escritos en verso demuestran más originalidad y gracia, entre los cuales se cuentan los poemas la *Naturaleza de las cosas*, compuesto á la edad de diecisiete años; la *Filosofía de las gracias* y *Oberón*. Este último es caballeresco, y casi rivaliza con el *Orlando* de Ariosto, en la riqueza poética de los pormenores y en el arte de la fábula; pero la lubricidad de los pensamientos viene á empañar en algunos pasajes sus dulces y armoniosas octavas. Los dos primeros son de muy poco mérito.

Con el poeta citado forma notable contraste Teófilo Herder (1744-1803).

Fué hijo de un maestro de escuela en Prusia, y desde niño se distinguió por su aplicación y piedad. Hízose ministro de la religión protestante; fué poeta, historiador y crítico de mucha nota. En una serie de publicaciones sobre el cristianismo, llamó la atención sobre todo lo hermoso, noble, consolador y puro que hay en él; así es que á primera vista aparece su grande admirador y defensor; sin embargo, no entra á demostrar las verdades religiosas como filósofo, sino á exponer las muchas bellezas que evidentemente aparecen por de fuera, con cuyo modo de proceder desnaturaliza el cristianismo, que es institución divina, por no mirarle con la luz de la fe, sino con la de su imaginacion, rebajando su mérito, puesto que sustituye la estéril belleza natural á la sobrenatural, convirtiendo la religión cristiana en una especie de religion de la humanidad y haciendo dimanar del cultivo del arte el progreso y perfeccionamiento del hombre, y no de la Iglesia y gracia de Dios. Mira en fin y juzga las cosas santas por lo exterior, pero no penetra en su espíritu. Las obras que le han dado fama son las tituladas: *Los documentos más antiguos del género humano* y *Espíritu de la poesía hebrea*.

Gran celebridad alcanzó también con la obra: *Ideas sobre la filosofía del género humano*, esto es, *El destino del hombre, como puede leerse en el libro de la creación*. Admirada y aplaudida fué esta obra, por el plan y por el estilo; hoy día no ofrece tanto interés en vista de la poca armonía que hay entre lo que dice y los descubrimientos y progresos modernos en las ciencias naturales.

Entre sus obras poéticas que dió á luz bajo el título de *Voces de los pueblos*, donde reunió los cantos populares de todos los países, no debe omitirse la epopeya *El Cid Campeador*. Tenía Herder especial afición á las literaturas extranjeras, y á la española, sobre todo, de la cual decía «¡ Cuántas manzanas de oro hay en este jardin, y sin embargo, tan

ocultas é ignoradas! » Reunió pues, setenta romances, y con habilidad extraordinaria formó una epopeya homogénea, á que dió unidad de acción, sin despojar al héroe de su nacionalidad, ni quitar á los romances el carácter castellano. Este trabajo y sus *Leyendas poéticas* hicieron á Herder tan popular, que grabaron su nombre en el corazón de la juventud, dándole á la vez, tal reputación de literato, que todavía no ha perdido todo su brillo.

Viene enseguida otro gran poeta menos simpático que el anterior, pero más universal. Este es Juan Wolfgang Goëthe, nacido en Francfort (1749-1832).

Después de sus estudios de derecho, obtuvo varios empleos en la corte, y finalmente entró en el ministerio del gran duque de Weimar. Habíale favorecido la naturaleza con dotes extraordinarias en el cuerpo y el espíritu, que la religión habría realzado mucho más, si de ella hubiese tenido la estima que se merece; pero no la miró como hija del cielo, y profesó la filantropía desnuda, sin los dogmas de la revelación. Nació poeta, los versos brotan de su imaginación sin trabajo, sin cavar encuentra la vena, y su poesía es notable por la fidelidad con que copia de la naturaleza, pero evitando los escollos del realismo.

En cuanto á la moralidad de sus obras, la lectura de algunas es muy peligrosa, porque representa lo vicioso del sensualismo con un colorido fascinador, estilo y lenguaje insinuantes, y se aparta de las ideas cristianas y de las buenas costumbres germánicas de la antigüedad.

Este criterio debe aplicarse, en primer lugar, á la famosa novela, en forma de cartas, *Los sufrimientos del joven Werther*, que no es otra cosa que la historia de una pasión amorosa, que le conduce al suicidio, la cual producción fué fruto de la juventud tempestuosa de Goëthe. Verdad es que el autor quiso pintar el desenlace funesto de la enfermedad moral que entonces se estaba desarrollando, es á saber, ese sentimentalismo exagerado ó melancolía lloricona, fomentada por hombres sin religión para atormentarse á sí mismos y caer en el exceso de la misantropía. Pero lo hace condescendiendo con la pasión del protagonista, sin desaprobar sus inclinaciones viciosas, las que presenta como juegos inocentes. Los mismos luteranos se escandalizaron de ella, y Leving, nada escrupuloso, la atacó, y dijo : « Es una obra original, mezquinamente grandiosa, y digna de aplausos despreciables ». La tal novela fué contraproducente; hízose la enfermedad más contagiosa, y muchos de los lectores imitaron á Werther.

Combatió, sin embargo, el suicidio en otras obras, como en *Guillermo Meister*, cuadro de la vida real de la clase media; pero en donde, así como el anterior, la moral y las buenas ideas sufren gravísimo daño, y más todavía en *Afinidades electivas*, obra esencialmente materialista.

No merece los mismos reproches *Hermann y Dorotea*, especie de idilio, en nueve cantos, donde refiere los sucesos de los emigrantes franceses en un pueblo alemán que les da hospitalidad y auxilios abundantes. Tanto por el fondo, que es moral, como por la belleza de la forma y la naturalidad de los caracteres, es una epopeya, aunque no difusa, excelente.

Cultivó el género lírico con exquisita delicadeza y verdadero gusto. Muchas de sus poesías son populares, como *El Rey de Thule*, *La canción de Mignon*, y con el título de *Diván* publicó una colección de cantos, imi-

tados ó traducidos de los indios, persas y chinos, que revelaron á Europa las maravillas de la imaginación oriental.

Como dramático merece más justos elogios que como novelista. Poco más de veinte años tendría cuando dió á la escena *Goetz de Berlichingen*, drama romántico, que es á la vez un cuadro magnífico de la vida de este personaje, conocido por *El de la mano de hierro*, y de las costumbres feudales á fines del siglo XV. Después de su viaje á Italia se hizo clásico y compuso *Ifigenia*, cuya acción está tomada de la de Eurípides, pero á quien pinta pura, humilde y santa. Tal vez sin tener conciencia de ello levantó un monumento al arte cristiano. *Torcuato Tasso* es otra pieza dramática, llena de sentimiento delicado y rica en ideas nobles y efectos adecuados al asunto. En el *Conde de Egmont*, que algunos consideran su mejor composición dramática, volvió á la forma romántica.

Concluiremos esta breve reseña con el drama más afamado, ó poema novelesco, como quiera llamarse, que lleva el título de *Fausto*. En él trabajó desde joven hasta un año antes de su muerte, circunstancia que explica la notable diferencia que hay entre la primera y segunda parte. Siguiendo una leyenda antigua, Fausto, arrastrado por su orgullo, se entrega á la magia para hartarse de ciencia, riquezas y honor; pero no pudiendo alcanzar su objeto por este medio, se desespera y trata de envenenarse, á fin de conseguir, al menos, la libertad del espíritu. Al llegar á los labios la funesta copa, el alegre repique de las campanas en la fiesta de la Resurrección del Salvador, despierta en su alma el recuerdo de la niñez, y se arrepiente. Quiere volver á la paz mas no por el camino de la fe, de la humildad y de la abnegación. Hace un pacto con el demonio por veinticuatro años, y Mefistófeles, espíritu infernal, le facilita toda clase de placeres, que, sin llenarle el corazón, le despeña en un abismo de desórdenes. Seduce á la inocente Margarita, y la corrompe hasta hacerla envenenar á su madre, ahogar á su propio hijo y dejar á su hermano que muera en un duelo. Habiendo Margarita caído en manos de la justicia, expía sus crímenes con el arrepentimiento y el castigo, y Fausto, al ver á su víctima, se llena de remordimientos, hasta el punto de creer encontrarse en la boca del infierno. En la segunda parte, que parece un apéndice de la primera, pero muy inferior, Fausto vuelve á la gracia y alcanza la felicidad. Los medios por donde le lleva á este estado son de difícil inteligencia; todo el relato está lleno de símbolos, extravagancias y misterios, y sólo se desprende que no es el camino del arrepentimiento cristiano, de modo que el desenlace no es probable ni natural.

En ésta, como en las demás obras suyas, luce muchos conocimientos en las ciencias naturales, su grande erudición y exquisito gusto literario. Pero hombre sin fe y egoísta, pues hacía gala de no tener corazón para amar casta y fielmente, adorador del arte, única religión y patria de este poeta, echa mano de cualesquiera filosofía y religión para producir el efecto, haciendo consistir la belleza y el arte en una feliz exposición. Tal modo de considerar la literatura produjo malísimos resultados, porque dió origen á una turba de escépticos, de mofadores de las creencias, de incrédulos del amor, de hombres, en fin, que hacían alarde de una elegante incredulidad.

Amigo y favorecido del anterior fué Federico Schiller (1759-1805), nacido en Wurtemberg, de padres pobres pero honrados y cristianos.

Ya desde niño sintió una irresistible inclinación á la poesía, que le [illegible]

más tarde abandonar la plaza de médico de regimiento, por dedicarse á su cultivo, razón por la cual vivió algunos años muy estrechamente, hasta que la fama de poeta le deparó protectores generosos, entre ellos á Goëthe. A su gran talento, imaginación vivísima y sentimiento tierno y profundo del arte, juntó una aplicación constante al estudio, como quien no hallaba en la vida real atractivos para su corazón. Carácter que distingue todos sus escritos en los cuales se nota cierta tendencia á idealizarlo todo. En su juventud tenía una fe viva en Jesucristo, pues en 1777 escribió lo siguiente : « Conservadme, Señor, la paz del corazón á fin de conoceros á vos y á Jesucristo, á quien enviasteis al mundo : esta es la verdad que fortalece y eleva el alma: poseyendo á Jesús, tengo á Dios, y teniendo á Dios nada me falta ». Más tarde sucumbió á las dudas, fué sin embargo de carácter más noble y tolerante que Goëthe.

Schiller es autor de la *Historia de los Países Bajos* y de la *Guerra de los treinta años*, en cuyas obras brillan más las dotes de poeta que las de historiador, y donde se ve que no había nacido, como él mismo lo dice, para la gravedad que pide el género. Además las preocupaciones de la secta no le dejan ser imparcial. Y sus producciones, tanto históricas, como filosóficas, dice Schlegel, llevan el sello de ideas vagas y escépticas.

El lauro que obtuvo como dramático y como lírico, es su mayor título de gloria, y aunque en las producciones del primer período suele dominar el espíritu de agitación y rebeldía que se comunicaba desde Francia, en los de la edad madura está desterrado este espíritu, y corre en ellos una vena religiosa y el respeto á la autoridad.

Comenzó su carrera dramática por *Los bandidos*, tragedia en prosa, donde pinta una cuadrilla de bandoleros, que por no sufrir la arbitrariedad de los que mandan, escogen una vida contraria al orden social.

En este mismo período salieron de su pluma los dramas *La conjuración de Fiesco*, y *Luisa Miller ó Intriga y amor*, de ideas revolucionarias el primero, y el segundo declamatorio é inverosímil, por lo que no tuvieron buen éxito en Alemania.

Compuso después el drama *Don Carlos*, donde guarda más dignidad y nobleza en algunas escenas : pero además del defecto de haber en él dos protagonistas, primero don Carlos y después el marqués de Poza, se aparta arbitrariamente de la historia, y falsea los caracteres como lo había hecho Saint-Real de quien lo tomó. Por elogiar al insensato y díscolo príncipe, supone á su padre Felipe II hombre liviano, sin entrañas, desconfiado, crédulo, ambicioso, sanguinario, etc.; desconoce ó finge desconocer la doctrina y moral de la Iglesia en lo tocante á la castidad y al sigilo de la confesión, calumnia sin más ni más á la Inquisición, á quien entre otras cosas hace decir máximas que saltan del papel por lo absurdas, como ésta : « Aunque se cometa un atentato contra la naturaleza, ésta enmudece ante los derechos de la fe ».

En el segundo período, habiendo estrechado amistad con Goëthe, sirviéronle mucho los consejos de éste y su propia experiencia para perfeccionarse en el género. Los dramas que entonces publicó le ponen á la cabeza de todos los dramáticos alemanes. Tales son la trilogía *Wallenstein*, que representa la impotencia del individuo á pesar de tener de su parte la fortuna, el ingenio y el valor. A juicio de Goëthe no hay otra pieza semejante. *María Estuardo* es la resignación piadosa de un alma atribulada y purificada por el dolor. La acción tiene muy poco movi-

miento, como si el poeta estuviese cansado de héroes y guerras; pero defiende á su heroína con gran fervor, cual si participase de sus convicciones religiosas. Hay, sin embargo, algunas escenas inconvenientes, como la de la confesión. *Juana de Arco*, cuya idea es, que el hombre, por débil y pobre que sea, vence con la ayuda de Dios a los fuertes y poderosos. El mismo Schiller declaró que su objeto era defender una de las figuras más bellas y simpáticas contra los inmerecidos sarcasmos de Voltaire, y añadió : « Esta obra la creó mi corazón, y será inmortal ». Desgraciadamente la *Juana de Arco* de Schiller es vencida por amor. Por último, otro de los dramas más notables, y á juicio de muchos críticos, el mejor, es *Guillermo Tell*, que representa la noble lucha de los pueblos contra la tiranía por conseguir su libertad. Todo encanta en este drama, el lenguaje, el estilo, las descripciones, en especial la de los Alpes, y sobre todo los caracteres nacionales pintados con energía, viveza y naturalidad.

Por algún tiempo dejó los dramas, y se dedicó al género lírico. Sus *Baladas* son dignas de todo encomio, por las bellezas de la forma y el fondo, en las cuales desarrolla siempre una idea moral. Los asuntos pueden dividirse en dos series : una de los tiempos antiguos, y otra, que es la mejor, de los tiempos medios. A esta época de su vida pertenece *El canto de la Campana*, especie de poema didáctico, en el cual trabajó nueve años, es obra muy estimada en la literatura alemana. La idea fundamental la forman diez sentencias, relativas á las diversas operaciones para la fundición de la campana, á cada una de las cuales agrega el poeta un cuadro de la vida, en metro diferente, representado por el uso de la misma, á saber : nacimiento, iglesia, incendio, muerte, guerra, paz, etc.

El amor á las investigaciones, y esa constancia característica del pueblo alemán para el trabajo, han dado en esta época un nuevo impulso á las letras y han abierto nuevas sendas al saber. Justo es, entre otros muchos, pagar el tributo de admiración por su gran talento y altas dotes al suizo Juan Müller (1752-1809), autor de la *Historia de la Confederación suiza*, desde su origen hasta el siglo XI, notable por la filosofía, erudición y belleza que todos reconocen en esta obra; y del compendio de la *Historia universal*, en donde resaltan asimismo las cualidades de un historiador juicioso y profundo.

Ni se debe negar el justo galardón á la laboriosidad é inteligencia de Jorge Niebuhr, nacido en Copenhague (1776-1831), por su *Historia romana*, obra maestra de erudición; al protestante Leopoldo Rancke, historiador de primer orden, como lo dicen sus obras *Los Papas de los siglos XVI y XVII* y la *Historia de Alemania durante la Reforma*; á Hurter, protestante también y autor de la *Historia de Inocencio III*, que tanto disgustó á sus correligionarios; y á Gfroerer, de la de *Gregorio VII*, en las cuales estos dos grandes hombres están victoriosamente vindicados de las calumnias con que algunos pretendieron manchar su buena fama. La luz de la verdad trajo á estos dos historiadores al seno del catolicismo en los primeros años de nuestro siglo. Tampoco podemos pasar en silencio al honrado protestante Ono Knopp, quien publicó, hará unos veinte años, con todos los documentos del caso, su obra sobre Tilly, el valiente general católico en la guerra de los *Treinta años*. Puso de manifiesto los injustos ataques de que había sido víctima de parte de muchos historiadores, con lo que ha rehabilitado el brillo de su fama. Publicada su obra, se manu-

festó lo que había sido en su corazón, es decir, católico. Escribió además *El año de 1683* ó sea la expulsión de los turcos de la ciudad de Viena, y la grande y magnífica obra : *Decadencia de la casa de los Estuardos*.

También Juan Janssen, sacerdote católico, ha publicado una importante historia en que refuta victoriosamente á los protestantes titulada : *Historia del pueblo alemán desde fines de la Edad Media* Y Luis Pastor ha dado á luz dos volúmenes de la historia de los papas desde fines de la Edad Media con el título de *Los Papas del Renacimiento*, obra de mucho mérito, aunque al presente carezca de interés. Los jesuítas expulsados de Alemania siguen trabajando con celo y aumentando el caudal de la literatura, especialmente con estudios críticos.

IV

ALEMANIA (SIGLO XIX)

LOS ROMÁNTICOS

Uno de los grupos más señalados del tiempo moderno en Alemania es el formado por los románticos, quienes al presentarse en la escena literaria, llamaron la atención por sus grandes conocimientos en la filosofía y en la historia, por su actividad, su entusiasmo poético, y sobre todo, por la tendencia á reformar la poesía, según el ideal cristiano. Es de advertir que en Alemania significaba romántico lo que en literatura estaba informado por el espíritu de la Edad Media, verdadera edad de oro de la poesía, en cuyas composiciones hallaban los de este nuevo grupo más atractivos poéticos que en las de los modernos, incluso Goethe. Dolíales en el alma ver que la poesía se hubiese alejado del pueblo, esto es, de sus buenas creencias y costumbres, lo que significaba Novalis, uno de los jefes del romanticismo, con estas palabras : « Cuando se rompen los lazos que unen al hombre con lo sobrenatural, éste se hace sensual, y por lo mismo, prosaico. »

El racionalismo había emponzoñado al pueblo y le había privado de la religión, « la cual, según ellos, vivía en la sociedad como huérfana abandonada ». Dirigieron, pues, sus esfuerzos á identificarse con la inspiración religiosa y fecunda de los Minnesingers y demás producciones de los italianos y españoles, á fin de resucitar en la literatura el espíritu cristiano. El plan era grandioso, y causó admiración en Europa tan noble propósito; pero mayor fué el asombro al ver que el movimiento había sido iniciado por poetas protestantes del norte, á saber : Novalis, cuyo verdadero nombre es Federico de Hardenberg, los hermanos Augusto y Federico Schlegel, y Tieck, á los cuales se unieron más tarde los católicos Brentano, Goerres y Eichendorff. Como piedra fundamental de este edificio se consideran Novalis y Goerres; como arquitectos los dos hermanos Schlegel; y Tieck y Eichendorff como los constructores más activos.

Aunque á todos les animaba una misma idea, había, sin embargo, elementos muy heterogéneos, que eran obstáculos para llegar al nivel de la perfección literaria. No era el menor la falta de armonía en la fe, que expresaba Novalis con estas palabras : « Europa, para resucitar, tiene que volver á la Iglesia Madre, la católica ». De los aliados muy pocos lo hicieron, resultando de esta diversidad de sentimientos [illegible]

vaguedad y contradicción, que se comunicó á sus escritos aun á los del mismo Novalis, quien no se desprendió enteramente de sus ideas panteístas; otros degeneraron por falta de naturalidad y sencillez; y hubo una fracción que se burló de la vida real, de las reglas clásicas, y cayó en tal exageración de ideas y sentimientos, que por sus aberraciones le dieron el nombre de *romanticismo fantástico*.

Los representantes más genuinos del romanticismo verdadero, que al fin se quedó en un sueño dorado y pasó en la historia de las letras como un meteoro, fueron los arriba citados; así por la belleza de las formas, como por la elevación de los sentimientos. Mas, á pesar de todos sus defectos, produjo en la literatura un resultado provechosísimo, cual fué el iniciar un criterio de apreciación justa de la Edad Media, reavivar el estudio de los grandes modelos : Dante, Tasso, Cervantes, Camoens, Calderón, Shakspeare; dar un empuje poderoso á la lingüística y fundar la historia de la literatura.

Los más famosos de este período por sus profundos conocimientos en las lenguas y en la historia son los hermanos Schlegel, Augusto Guillermo (1767-1845) y Carlos Federico (1772-1829), nacidos en Hannover. Ambos cultivaron con predilección los estudios críticos, en que han llegado á ser autoridad respetable.

Augusto Guillermo dió lecciones de literatura en Viena, y redactó un *Curso de dramática*, que madama de Staël elogia dignamente, no sólo porque los juicios que emite sobre los autores antiguos y modernos son exactos, sino porque prueban además haber adquirido el autor los conocimientos en sus mismas fuentes, el cual habla como maestro. Algunos le tildan porque da la preferencia á Shakspeare y á Calderón sobre los dramáticos franceses, á quienes la tiranía de los preceptistas ahogó muchas veces la inspiración y les hizo caer en absurdos. Señalóse también por la habilidad en las traducciones del Dante, de Shakspeare y de Calderón, en las cuales todavía no ha sido igualado por ninguno, y como poeta aventajó á su hermano Federico en la forma, más no en el espíritu verdaderamente poético.

Éste, dotado de más penetración para la crítica, fué profesor también en Viena, y defendió los principios de la escuela romántica con más moderación y calma que su hermano y con no menos solidez de argumentos. Es muy recomendable su *Historia de la literatura antigua y moderna*, que escribió después de haber abjurado los errores del protestantismo, y vuelto al seno de la Iglesia católica. Su hermano Augusto fué incrédulo, y se profesó discípulo de la religión natural primitiva.

Poeta brillante y religioso de esta época fué Luis Tieck, nacido en Berlín de una familia de artesanos (1773-1853). Exageradamente se le ha querido igualar con Goëthe; sin embargo, él trató de resucitar la poesía de la Edad Media, oponiendo la profundidad del sentimiento poético de los antiguos á la superficialidad y egoísmo de los modernos. Donde se muestra más romántico es en la tragedia *Vida y muerte de Santa Genoveva*, verdadero programa, á juicio de Menzel, del romanticismo cristiano. Inconstante de carácter, se apartó también de la escuela romántica, con cuyas ideas tampoco concordaban sus novelas.

La guerra de Napoleón despertó en Alemania un buen número de poetas á quienes llamaron *románticos patrióticos*, porque entusiasmaron el corazón del pueblo á la defensa nacional. Uno de estos fué Carlos

Kœrner, nacido en Dresde el año de 1791, y muerto en la batalla de Leipzig el de 1813. Bajo el título *La lira y la espada*, salió á luz el año de 1814 una colección suya de poesías llenas de energía y fuego patriótico. Digno es también de elogio el drama *Zriny*, héroe húngaro, que se señaló en la guerra contra los turcos.

Sin ser poeta pertenece con todo á este grupo Juan José Goerres de Coblenza (1776-1848), á quien Napoleón llamaba la *Cinquième puissance* de la alianza enemiga por la fuerza de su palabra. Además de la revista *El Mercurio del Rhin*, en que combatió enérgica y elocuentemente al guerrero del siglo, escribió una multitud de obras entre las que sólo citaremos un libro curioso, *La Mística*, en que ha reunido todas las leyendas cristianas de la Edad Media. Con vigor católico ha defendido los derechos de la Iglesia en sus *Athanasius*.

Imposible sería, sin hacernos demasiado prolijos, ocuparnos con alguna detención en el gran número de poetas de la época subsiguiente; señalaremos tan sólo dos de los de más reputación que guardan una especie de parentesco con los románticos.

Luis Uhland (1787-1862), se distinguió desde sus primeros años por su disposición para la poesía, así como después por la sencillez de costumbres y carácter. Sus poesías y en particular las baladas se acercan en belleza á las de Goëthe y tienen el mérito de ser puras en la forma y en el fondo, cualidad que le ha dado una popularidad inmensa en Alemania.

Federico Ruekert (1789-1866) fué un tiempo romántico de buena ley, pero más tarde desertó de la escuela. Ha evitado, no obstante, en el fondo de sus poesías todo lo que pudiera ofender á la moral. Los críticos le llaman el *Creso de la poesía*, á causa de la riqueza de su talento con que transformaba en bellezas poéticas todo cuanto tocaba, y por el gran número de producciones. La traducción del *Mokamat* del poeta árabe Hariri dejó asombrados á los orientalistas, por la maestría con que maneja la lengua alemana y la gran facilidad con que reproduce el original. Igual á éste en la poesía fué Augusto de Platen (1796-1835).

Una particularidad llama la atención en la literatura alemana actual, y es el gran número de poetisas y novelistas. Y aunque no faltan espíritus superficiales y medianías, que bogan con las aberraciones modernas de la emancipación de la mujer, se encuentran, sin embargo, muchas de verdadero talento. Las católicas especialmente saben guardar su dignidad, y se señalan por la religiosidad y delicadeza de sus sentimientos.

Otra estrella brillante es Anita Elisa de Droste, de la nobleza de Westfalia (1798-1848). Es llamada la reina de las poetisas, por el amor que muestra á la bella naturaleza en los géneros épico y lírico, que ha cultivado con esmero. Su obra más estimada es *El año espiritual*, ó serie de poesías sobre las fiestas de la Iglesia, donde, al lado de pensamientos originales y profundos, exhala el corazón humano el vivo sentimiento de la lucha que sufre en este destierro. Los críticos Menzel y Barthel la ensalzan sobre todo, porque ha ofrecido á las almas un alimento sano y vigoroso para el entendimiento y para el corazón.

Luisa Hensel (1798-1876), hija de un ministro protestante, sin haber tenido relación alguna con los católicos, abjuró los errores de la secta, y se hizo católica á los veinte años de su edad. De sus *Canciones*, título que puso á sus poesías, dice el célebre crítico Barthel: «En la lírica de

nuestros días, la pureza infantil, la humildad y la suave resignación en las manos de la Providencia, no han encontrado una expresión tan correcta y delicada como en las composiciones de Luisa Hensel, las que conservarán profundas simpatías en el corazón del pueblo. »

Lo que también salta á la vista en la época más cercana á nuestros días, es la multitud extraordinaria de producciones en prosa y verso, contándose desde el año 1830 hasta el 1870 más de tres mil colecciones de poesías líricas y un centenar de novelas y otro de dramas cada año. La historia que tenemos á la vista menciona trescientos cuarenta y cinco literatos y poetas, pertenecientes á este período, de cuyos escritos hace la crítica, entre los cuales los hay nobles, plebeyos, artistas, militares, sacerdotes y príncipes.

Con todo, tanta abundancia y tanta facilidad de escribir está contrapesada, dicen los críticos alemanes, con la falta de mérito literario. Ninguno de los escritores actuales se acerca, ni con mucho, á los de la Edad Media, ni á competir siquiera con Goëthe ó Schiller; y si bien es verdad que el número de los de segundo orden excede al de los otros tiempos, la vulgaridad y medianía de los talentos y la corrupción moral y literaria de las obras, son también mucho mayores. Y aun debe añadirse, según Menzel, que la crítica venal, por ensalzar á los de su pandilla ó deprimir á los que no lo son, no tiene rubor en llamar bueno lo que es á todas luces malo, y al contrario.

Del larguísimo catálogo que podría hacerse, entresacaremos unos pocos dignos de figurar, á juicio de los críticos protestantes.

En lo tocante á cuentos y narraciones para la juventud, son conocidas las obras del sacerdote católico Cristóforo Schmid, las de Isabel Braun y las del doctor Lang, todos los cuales gozan de reputación y simpatía universales.

En cuanto á novelas, el más fino y elegante escritor de este género se considera al protestante Pablo Heise, el cual, aunque á veces profesa principios no conformes con los cristianos, con todo, sus novelas, excepto aquellas en que no guarda los preceptos morales, son creaciones magníficas que el genio del poeta concibió con rapidez, pero que la mano del artista ha ido desarrollando con esmero y prolijidad. Tales son, entre otras, *Urica*, sobre la revolución francesa; *Los hermanos*, cuento chino, y *Santa Tecla*, leyenda en verso.

El novelista Gustavo Freytag goza de fama, y podría recomendarse, si hubiese evitado ciertas impertinencias sobre la cuestión católica.

Juan Lewald, protestante convertido, junta un estilo elegante y fluido al sentimiento de lo bello.

La condesa Ida de Hahn-Hahn, novelista y poeta, publicó después de su conversión varias novelas de mérito literario, y de ideas conformes con los principios cristianos.

También es célebre Bertoldo Auerbach, de familia judía, por sus *Cuentos de aldea*, donde narra y pinta con gran talento la vida campestre, pero idealiza con espíritu panteístico.

Uno de los ingenios más ricos y lozanos en el cultivo de este género es Conrado de Bolanden, seudónimo de José Bischof, quien se ha señalado en la novela histórica de actualidad. Tales son : *Las bodas de Lutero*, *Barbarroja*, *Federico II*, *Los negros y los colorados*, *Los infalibles*, *Los ultramontanos*, etc., en las cuales podría reprochársele cierta dureza en la ironía,

si no se supiese cuán violentamente ha sido provocado por sus adversarios, que lo son también de las ideas religiosas.

El protestante suizo Jeremías Gotthelf ha dado á luz novelas populares con todos los atractivos del género, y basadas en los principios religiosos y morales.

Respecto de la poesía didáctica, sólo citaremos al sacerdote Sebastián Brunner de Viena, llamado el *Aristófanes* moderno. La superioridad de su talento como satírico es reconocida por sus mismos adversarios, y los poetas revolucionarios han encontrado en él un rival vigoroso y de tesón que les ha hecho enmudecer. Se ha señalado también por sus estudios sobre el josefinismo de Austria.

Entre los dramáticos, el de más fama es Francisco Grillparzer de Austria, muerto el año de 1873. Ha causado grande admiración y gusto su trilogía *El vellocino de oro*, y asimismo el drama histórico *Otocar*.

Oscar de Redwitz ha puesto en escena con buen éxito su *Tomás Moro*; y es célebre por su poema épico *Amarant*.

EL TEATRO ALEMÁN DESPUÉS DE SCHILLER

Conforme al instinto imitativo de los literatos alemanes de aquella época, siguió la corriente del sentimentalismo cada vez más vacío, y dominaron en la literatura con aplauso del público imitaciones horripilantes de *Las pasiones del joven Werther*, de Goethe, y de *Los Bandidos* de Schiller.

Las historias extravagantes de *la andante caballería*, bandoleros, etc., ya en forma de drama, ya de novela, se difundieron de un modo increíble, mientras las obras recreativas de carácter más formal parecían insulsas y faltas de ingenio.

Iffland y Schrœder hicieron entrar á la poesía dramática en una vía algo más racional; pero sus obras no tuvieron, ni con mucho, la aceptación que han tenido hasta mediados de nuestro siglo las de Kotzebue.

Juan Pablo Richter. Independiente del romanticismo de los Schlegel, aunque gustara de llamarse romántico, y lo fuera desenfrenadamente, pero á su modo y sin disciplina de escuela, floreció el gran *humorista* Juan Pablo Richter, personalidad excéntrica, especie de Quevedo alemán, á quien dañan más que favorecen las nebulosidades y extravagancias de su estilo, en que hacen consistir precisamente su mérito sus insensatos adoradores.

Hespero, *Las Momias*, *Titán*, parecen organizaciones monstruosas, leviatanes de alguna especie perdida que nuestra fauna literaria desconoce. Y sin embargo, Juan Pablo, prototipo del mal gusto; Juan Pablo, autor eternamente intraducible, esfinge colosal que Alemania presenta á Europa en són de desafío, ha sido una de las naturalezas poéticas más fecundas y brillantes, y en cierto modo más simpáticas de nuestro siglo. Ninguno mejor que él ha expresado la poesía de la amistad, y la poesía de la pobreza, en aquellas novelas á un tiempo tan risueñas y tan melancólicas que se llaman *Quintus Fixlein*, héroe de un idilio delicioso que es para muchos la obra maestra de su autor, y *Siebenkäs*, el abogado de los pobres.

Lo que ha impedido y quizá impida eternamente que nada de esto llegue á ser popular fuera de la tierra donde nació, es el estilo. Lo que hace inaccesible á Juan Pablo Richter no son las ideas, ni la contextura

general de la obra, que con pequeño esfuerzo llega á dominarse : es el estilo caótico, revesado é intolerable.

Su famosa *Introducción á la Estética* es el libro que por rara excepción está libre de sus habituales rarezas de estilo. La mayor rareza quizá está en el título; puesto que el libro no es *Introducción á la Estética*, sino tratado de una parte de ella, la doctrina literaria. Lo más sencillo hubiera sido llamarla *Poética* como lo han hecho sus traductores franceses.

Hoffmann. Al hablar César Cantú de Hoffmann nos dice, « frecuentando las tabernas, acalorada su imaginación con el vino y con los cuentos de media noche, escribió Hoffmann sus *Cuentos fantásticos*, llenos de diablos y de ilusiones que apenas parecen de entendimiento sano ».

Y Otto von Leixner : « Nos describe Hoffmann sus sonámbulos y locos, no como artista, sino como otro orate. Carecía de todo conocimiento formal de conducta y de ideas, era disoluto y esclavo de sus vicios y de sus fantásticas y superficiales convicciones. »

Menéndez y Pelayo escribe : « La tendencia á lo sobrenatural y á lo fantástico en Werner y Hoffmann degenera en verdadero delirio. »

Los cuentos principales de Hoffmann son : *El violín de Cremona*, *Maese Martín el Tonelero*, *Giovanni*, *Afortunado en el juego*, y algunos otros.

Hegel. Entre el Hegel artista y el Hegel matafísico panteísta, con su genio sistemático y su pasión de las fórmulas, media un abismo. Claro es que cuando el autor de la *Filosofía de la Naturaleza* y de la *Filosofía del Espíritu* llegó á tratar del arte, no se desprendió de su filosofía y de todo lo que hay en ella de sofístico, pero dejó su enmarañada escolástica á la puerta de la cátedra : escribió de literatura como literato romántico de los mejores, fraternizando con Richter y con los Schlegel; escribió de escultura antigua mejor que el mismo Winckelmann, y procuró, como dice su discípulo Rozenkranz, « identificarse con la vida espiritual de los pueblos y con su literatura en toda su extensión y hasta en sus producciones más insignificantes ».

Lo que Hegel valía como crítico se ve en la tercera parte de su *Estética*, que es más bien una *Filosofía del Arte*. Aunque anticuada en algunos puntos, deficiente en otros, ruinosa en todo aquello que se enlaza con las opiniones metafísicas de su autor, más brillante que sólida en algunas fórmulas generales, etc., etc., es, no obstante, un tesoro inagotable de altas y fecundas ideas. Nunca la arquitectura gótica, la escultura clásica, la pintura italiana y holandesa, la epopeya homérica, la tragedia ateniense, el drama moderno habían sido juzgados con tan alto señorío de la materia y con una intuición tan penetrante y segura.

Su *Poética*, á pesar de los defectos que hay en ella, á pesar de que se restringe demasiado el campo de las manifestaciones literarias, negando, ó poco menos, todo carácter estético á la historia y á la elocuencia, que le parecen géneros utilitarios y prosaicos, es admirable y tan digna de ser venerada como los inmortales fragmentos de Aristóteles.

Humboldt. En Alejandro de Humboldt, á pesar de no ser hombre de muy ardiente fantasía, la contemplación científica se confundió muchas veces con la contemplación estética : el

naturalista cede á cada paso la palabra al viajero entusiasta, no sólo en los *Cuadros de la Naturaleza*, y en los *Paisajes de las Cordilleras*, sino en infinitos lugares del *Cosmos*, al cual preceden unas *Consideraciones sobre los diversos grados de placer que causan la naturaleza y el estudio de sus leyes*, y en el cual hay un volumen entero, quizá el más excelente, consagrado á estudiar el mundo reflejado en la poesía, en el arte y en la ciencia : cuadro ciertamente vasto y magnífico, en el cual la ejecución es digna de la grandeza del asunto. El estudio científico del sentimiento de la naturaleza, arranca del segundo volumen del *Cosmos*, verdadero inspirador del bello libro de Víctor Laprade y tantos otros.

Heine. Los brillantes arpegios de la juventud de Enrique Heine, las baladas y canciones de sus *Cuitas juveniles*, se distinguen, — como observa Fastenrath, — por un rasgo profundamente melancólico, por su humor salvaje y horroroso, por no sé qué crueldad voluptuosa, cualidades extrañas en un joven nacido á las orillas alegres y encantadoras del Rhin. Su musa se labró un palacio en los abismos, en las tinieblas, en el reino de la noche y de ios sueños. Heine, el lírico más grande de que se precia la nación alemana, después de Goethe, es el poeta del dolor, el poeta del anhelo, el que vivió lo que cantaba y cantó lo que sufría ; es el vate romántico y panteísta que animaba la naturaleza para que participase de sus sentimientos amorosos, y que hablaba á los árboles, á las flores, á los ruiseñores, al sol y á las estrellas como á compañeros queridos.

Otto von Leixner, nos dice al hablar del bardo de Düsseldorf : « El poeta más notable en el decenio 1820 à 1830 fué Enrique Heine, hijo de padres judíos, genio romántico, ó mejor dicho positivo, realista hasta la frivolidad y el cinismo, á la vez que en el fondo sentimental y dulce. Sus *Poesías* publicadas en 1822, su *Almanzor*, *Ratcliff*, su *Intermedio lírico*, sus *Escenas de Viaje* (de 1827) y su *Libro de Canciones* del mismo año, primicias de su talento, son inmensamente superiores á toda la literatura lírica insulsa y pueril que hasta entonces había hecho el encanto del público alemán. »

Su *Historia de la literatura moderna de Alemania*, *El Salon*, y *La Escuela romántica*, que escribió y publicó en francés, demuestran sus grandes facultades de crítico. Esta última obra, publicada también en alemán, fué salvaje en sus ataques contra todos los filósofos y escritores de su país en general. A su acerba crítica nadie escapó : ni su antiguo maestro y amigo Augusto Schlegel á quien poco antes había ensalzado como á uno de los héroes de las letras alemanas. El libro provocó un verdadero ciclon de rabia de un extremo al otro de Alemania. Radicales y conservadores, agnósticos y ortodoxos lanzaron un aullido unísono. Sus golpes eran más bien dirigidos á la vieja Alemania, pero no se los escatimó á la joven, que se resintió de ellos. Ni podía esperarse otra cosa de este crítico mordaz que, según confesión propia, « se había hecho un nido en la peluca de Voltaire. »

La Joven Alemania. La columna de la literatura alemana, Goethe, cerró los ojos para siempre el 23 de Marzo de 1832, sin dejar ningún sucesor digno de él. Los jóvenes, capitaneados por Heine y Luis Boerne, querían imitar el realismo de los franceses, y sólo sabían

producir mezclas confusas de grosera sensualidad, fantasías ultra-románticas, divagaciones pedantescas, para exhibir patéticamente su presuntuoso saber, con ironías y destellos forzados. A las puerilidades que cantaron los poetas líricos, se agregó el gran número de los que cantaban leyendas, la cerveza, la vida de los antiguos germanos y los caballeros de la Edad Media. Entre los poetas dramáticos no hay ninguno que haya adquirido justa nombradía. En cuanto á la comedia el único autor cómico delicado era Bauernfeld. El período idílico había quedado arrollado por la férrea realidad.

Wienbarg. Después de su profesorado de literatura y de estética publicó, en compañía de Gutzkow, *La Revista Alemana*, y escribió artículos de crítica en otras muchas. Descuella principalmente como narrador y paisajista.

Sus obras tituladas, *Colección de estudios sobre la literatura moderna*, *Campaña Estética*, *Lecciones históricas sobre la lengua y la literatura Alemanas*, *Holanda durante los años 1831 y 1832*, *Misterios de la palabra*, etc., ya por su mérito intrínseco, ya por el prestigio y boga que han alcanzado, colocan á Wienbarg entre los pocos literatos alemanes dignos de mención en el largo período ya citado.

Herwegh. Jorge Herwegh, amigo de Heine, Béranger, Jorge Sand, Hertzen y Bakunine, fué uno de los muchos líricos que metieron gran ruido algún tiempo con sus furibundas poesías políticas y grandes frases, y luego cayeron en completo olvido. Hízose vividor aristocrático lleno de ambición y orgullo. Cantó las ideas modernas de Francia, y, deseoso de conquistar para sí títulos en las revueltas de 1848, avisó muy románticamente á los jefes del partido extremo que acudiría en su auxilio con su gente. El 27 de Abril dispersó media compañía de tropas á los mil hombres de Herwegh, y él se salvó metido en la bolsa de un carro conducido por su mujer.

Tradujo en estilo enérgico y galano las obras de Lamartine.

Freiligrath. Más sincero, formal y vigoroso que Herwegh fué Fernando Freiligrath, verdadero poeta liberalizante pero sin ideas claras. En sus últimos años se limitó á desear una Alemania unida, y á esta idea dedicó sus más bellas y postreras poesías. A diferencia de sus innumerables competidores era compasivo para con el pueblo que padecía, y amante verdadero de la Patria.

Además de sus obras *La libertad y el derecho*, y *El árbol de la humanidad*, que le valieron cuatro años de destierro, publicó varios poemas, una colección de *Poesías políticas y sociales*, y la traducción de las *Odas y Cantos del crepúsculo* de Víctor Hugo y de las *Canciones* de Burns, poeta inglés.

LOS POETAS DE NUESTRA ÉPOCA

Desde 1864, el carácter de la nueva era es más visible en Alemania, aunque todos sus progresos son frutos de su genio de imitación. En el drama no hay ninguna notabilidad aunque hayan buscado muchos sus

asuntos en la época del imperio romano como Wilbrandt, Greif y otros. En la lírica el autor más realista y de más originalidad de genio es Sacher Masoch.

Federico Halm. Entre las muchas obras dramáticas que escribió el barón de Münch-Bellingahausen, bajo el pseudónimo de *Federico Halm*, son dignas de especial mención, siquiera sea por su originalidad, *Griselda*, *Camoens*, *El Gladiador de Ravenna* y *El hijo de la selva*. Al hablar de esta última, dice Leixner : « Nada prueba más el atraso en que se hallaba la literatura dramática, y la falta de genios creadores en Alemania, que la inmensa fama que adquirió un drama de Federico Halm, *El hijo de la selva*, obra insustancial y almibarada como apenas hay otra. »

En *El Gladiador de Ravenna* el autor alemán traslada la escena á Roma en los terribles tiempos del voluptuoso Emperador Cayo César Calígula, el cual á fin de alegrar su espíritu hastiado, decreta que Thumelico (hijo del vencido Arminio y de Thusnelda, á quien entre las preseas de la victoria llevó á Roma) luche en el Circo, y que presida tan horrible espectáculo la infeliz Thusnelda. Aplaude la idea el valiente Thumelico que, ante la esperanza de los aplausos que Roma puede llegar á tributarle, reniega de la Germania; pero Thusnelda, viva representación del honor germano, sacrifica en aras de la patria al hijo que así bastardeó.

Según frase más bella que exacta de Latino Coelho, que trasladó al portugués esta tragedia, *El Gladiador de Ravenna* es el enlace más feliz del genio clásico y de la originalidad romántica: es una tela antigua de Sófocles ó de Eurípides, con bordados y realces según los dibujos modernos de Schiller y de Goethe.

Hebbel. Aunque por ser muy raros los talentos dramáticos alemanes de esta época hagamos caso omiso de Benedia, de Klein, Meyr, Beer, Greipenkerl, Köster, Laube, Lindau, Weilen, Marx, Lingg, Geibel y otros, no pasaremos en silencio al simpático Federico Hebbel, uno de los pocos poetas que han adquirido nombradía entre sus compatriotas. Romántico, según la acepción que á esta palabra dan los alemanes, ha ido á beber su inspiración, ya en la Biblia, « modelo de todas las tragedias, de todas las elegías y de todos los cantos de victoria », ya en la historia greco-latina, venero riquísimo en argumentos, ya en la Edad Media, verdadera « edad de oro de la poesía ». Los dramas de Hebbel titulados *Judit*, *Herodes y Mariamne*, *Los Niebelungos* y *Miguel Angel* prueban á maravilla nuestro aserto.

LOS NOVELISTAS

La llamada novela *arqueologica* ha tenido muchos imitadores en Alemania, cuyo número ha crecido después de las novelas de Ebers, pero todas llevan el sello de plantas de invernáculo, y como una vez metidos los alemanes en un derrotero no saben salir fácilmente de él, según observa Leixner, y cada uno quiere sobrepujar á los demás, han llegado á escribir novelas cuya acción pasa hasta en épocas primitivas y prehistóricas.

Hackländer. Federico Guillermo Hackländer, novelista fecundo, correcto, elegante y humorístico, dióse á conocer por unos *Cuadros de la vida nacional* en tiempos de paz y en tiempos de guerra, que fueron muy en breve traducidos á casi todas las lenguas de Europa. El éxito inesperado de estas obras alentó al joven literato, y, haciendo esfuerzos de talento, de imaginación, y de elocuencia, continuó abultando prodigiosamente el número de sus producciones. Las principales son : *Aventuras del cuerpo de guardia*, *Narraciones humorísticas*, *Escenas de la vida militar*, *Un invierno en España*, *El nuevo Don Quijote*, *Horas sombrías*. También escribió algunas comedias llenas de *vis cómica*, v. gr. : *El agente secreto*, *Tratamiento magnético*, *El hijo perdido*.

Freytag. Mencionaremos todavia á Gustavo Freytag, nacido en 1816, que más se distinguió, y muy ventajosamente. en la novela, pero sus dramas *El conde Valdemar* y *Valentina*, con que se hizo conocer en 1847 y 1848, no se distinguen en nada de los demás de este período; á no ser por el lenguaje más natural y la mejor disposición, debemos decir que así como *de ordinario* el amo hace al criado y el consumidor al productor, así el público hace al escritor; donde hay público artístico de buen gusto, de sentimientos finos y de talento, nacen también los grandes genios, y este público no existía en Alemania en ninguna clase de la sociedad.

V

LITERATURA CONTEMPORÁNEA FRANCESA (SIGLOS XIX Y XX)

Sosegada algún tanto la nacion después de tan horrorosas convulsiones
olíticas, y restablecido por Napoleón el culto católico, más como medida
olítica que por amor á la religión, las ciencias y las letras que habían
ermanecido soterradas, y muchos de los que las cultivaban emigrado al
xtranjero, con la vuelta de éstos comenzaron á dar algunas señales de
ida. Nada habían ganado con los elementos revolucionarios, así como
ampoco había ganado nada la sociedad: y durante el consulado y el
mperio, aunque Napoleón se había mostrado su protector, tampoco fué
nucho lo que adelantaron, porque si bien es cierto que las letras nece-
itan del orden para poder vivir, no les es menos necesario el aire de una
azonable libertad, que el despotismo napoleónico no supo otorgarles. Así,
or ejemplo, el elocuente y sabio abate Frayssinous llamado á principios
lel siglo *el moderno Bossuet*, habiendo comenzado el año de 1803 en París
as *Conferencias*, nuevo género de elocuencia cristiana, fué mandado
omparecer ante la policía, donde se le interrogó con extraña severidad,
por último tuvo que interrumpirlas en 1809 y el 1815. También madama
le Staël fué desterrada de París, por no ser adeptas sus ideas á la política
e Napoleón, y muchos otros literatos tuvieron que enmudecer por no
restarse á la adulación. Y, como dice Chateaubriand, « además de la
mpiedad reinante, impidió los progresos de la literatura el despotismo
le Bonaparte, que la acuartelaba y la obligaba á obedecer, á presentar
as armas y á maniobrar con los soldados ». Mas favorable para la litera-
ura fué la época de la restauración.

Habíase iniciado en Francia, desde principios del siglo, una reacción
n favor de las ideas espiritualistas y religiosas y cuando dejó de pesar
l brazo de hierro de Napoleón, por su destierro á la isla de Santa Elena,
a libertad casi omnímoda que entonces se respiró, hizo renacer con la
eligión el estudio de todos los ramos del saber. Pero junto con estos
rutos del corazón y de la inteligencia abortó la prensa antes comprimida,
odas las obras del siglo anterior, multiplicándose extraordinariamente

las más perversas, y comunicando á los espíritus que se cebaban en su lectura, las ideas más impías, anárquicas y liberticidas. La tribuna fué su eco y su escudo. Así es como del filosofismo impío, que había nacido á influjos del protestantismo, brotó un ingerto que se ha extendido por el mundo, el *liberalismo*. Esta fué la causa de que, no bien unidos el elemento cristiano y el literario, la escuela romántica, en Francia sobre todo, donde se va siempre á los extremos, fuera extraviándose cada vez más, hasta dar en exageraciones ridículas. De ahí también que apareciese el escueto y miserable *realismo*.

Mas á pesar de los defectos, errores y extravíos de este período, la lucha trabada entre la escuela clásica de Boileau, que veneraba á los antiguos paganos y ponía á la razón como árbitra del gusto literario, y la romántica, que rechazaba reglas y modelos y daba á la imaginación y al estudio de la naturaleza la parte principal entre las obras del arte, hizo que se estudiasen más á fondo las cuestiones y se conociesen mejor los autores antiguos y modernos. Como término medio surgió otra nueva escuela, que ha tratado de hermanar la imaginación y el buen sentido. Y aunque la cuestión está por resolver, y todavía no se ha presentado una obra que satisfaga al gusto de unos y de otros, va desapareciendo el espiritu servil de imitación, deséchanse las reglas arbitrarias y preocupaciones de escuela, y algunos poetas han procurado inspirarse en los sentimientos del corazón y en la contemplación de la bella naturaleza.

Daremos, como lo hemos hecho en las literaturas italiana y española, una rápida ojeada sobre los principales escritores franceses.

La que más se distinguió entre los escritores de principios del siglo fué la baronesa de Staël (Ana Luisa), hija del célebre Necker, nacida en París (1766-1817). Hizo muchos esfuerzos por salvar al infeliz Luis XVI, trazando un plan de evasión y tuvo el valor de dirigir al gobierno revolucionario una magnífica y bien sentida defensa de María Antonieta. No simpatizando con el despotismo de Napoleón, á quien daba el nombre de el *Robespierre á caballo*, se vió precisada á vivir en varios puntos de Europa, hasta que la caída definitiva del emperador la permitió volver á Francia.

Entre las principales producciones de esta inteligente mujer, se cuentan *Reflexiones sobre la revolución francesa*, obra que causó gran sensación, y donde ensalza también algunos principios de la revolución y hasta sus mismos errores; *La literatura considerada con relación á las instituciones sociales*, cuya idea dominante es la paradoja de la indefinida perfectibilidad del género humano; *La Alemania*, en donde da á conocer la literatura de esta nación; *Corina ó Italia*, que es al mismo tiempo poema, novela y tratado filosófico, donde pinta al mundo, analiza el corazón humano y hace reflexiones sobre las costumbres de la vida social. Madama de Staël quería la originalidad y la independencia en los escritos, á ejemplo de los alemanes, entre quienes había adquirido estas ideas, y este es el carácter que invisten todos los suyos; pero más quizá con su trato y amena conversación, pues su casa era frecuentada por los hombres más ilustres en literatura, artes y política, influyó en las nuevas ideas del *romanticismo*.

Sin embargo, el jefe principal de esta escuela fué el vizconde de Chateaubriand (Francisco Augusto), nacido en Saint-Malo (1769-1848), cuya vida tan llena de aventuras está reflejada en sus muchos y variados

scritos. Las desgracias de familia le hicieron en los primeros años del glo entrar dentro de sí mismo, y dar un rumbo muy diverso á sus ideas scépticas é impías. « Lloré y creí », dejó escrito, y á fin de expiar sus asados errores, publicó el *Genio del cristianismo*, cuya obra tiene por bjeto presentar á la imaginación y al sentimiento con todos los atractivos e la poesía las bellezas de la religión

En los escritos de los enciclopedistas no había una chispa de sentiiento afectuoso á Dios y á la naturaleza; Chateaubriand quiso escribir on el corazón. Por eso en su libro no discute los fundamentos de la fe, o hace más que describir las misteriosas armonías entre el cielo y la erra, el hombre y Dios. Fué leído con suma avidez por unos, y combado con saña por otros; pero es menester hacerse cargo que fué un bro de circunstancias, y por lo tanto, tiene sus defectos y sus ventajas.

En los *Mártires del cristianismo*, que es otra obra suya, mostró que en la eligión cristiana hay más poesía que en la mitología de los paganos, ventajándola, sobre todo, en ser más noble y verdadera.

Las novelas *Atala* y *Renato*, compuestas según las teorías del *Genio del istianismo*, tuvieron en aquella época un éxito brillantísimo. *El último bencerraje* es un cuadro histórico de la caballería hispano-mora, escrito on un hermoso colorido oriental, en donde aparece el más puro romancismo.

No mencionaremos los demás escritos suyos, así políticos como histócos y literarios, porque son innumerables. Sólo diremos que este escritor jerció en las inteligencias un influjo superior al de los demás escritores e su época.

Como su fecundidad, así fueron asombrosas su erudición y su emoria, y en su estilo está refundido el de todos los antiguos y moderos. Dotado de imaginación ardiente, ha descrito con primor las escenas e la naturaleza, y dádoles un colorido bellísimo; pero le ha faltado á eces gusto, y aun pudiéramos decir que en sus escritos se echa de nenos ciencia profunda.

También en el terreno filosófico, doctrinal y científico se continuó la eacción cristiana, con las magníficas publicaciones del conde José de laistre y el vizconde de Bonald. El primero, nacido en Chambéry el año e 1753, y ministro del rey de Cerdeña en los primeros años del siglo, xpuso, con admirable profundidad de doctrina, las bases de la verdadera e en su inmortal obra *Del Papa*, y demuestra que siendo éste el repreentante de Dios en la tierra, deben ser acatadas religiosamente todas sus lecisiones. *Las veladas de San Petersburgo*, ó sea *Conferencias sobre el obierno temporal de la Providencia*, es otra de las obras más bellas de este nsigne escritor. Refutó en otras obras la doctrina galicana y todos los rrores de los filosófos del siglo XVIII, del cual decía « que nunca se abía visto, como en él, una conspiración tan sacrílega de todos los alentos contra su Autor ». A su sólida doctrina corresponden los ncantos de su maravilloso estilo. Murió el año de 1821, siendo ministro le Estado en el Piamonte. El vizconde de Bonald, aunque tradicionalista e mostró sabio jurisconsulto y político profundo en su obra maestra, *egislación primitiva, considerada en los últimos tiempos con las solas luces de a razón*. Es la antítesis del *Contrato social* de Rousseau.

No es menos distinguido el abate Lamennais, como escritor, de que lió muestras brillantísimas en el primer volumen del *Ensayo sobre la*

indiferencia en materia de religión, que mereció los aplausos del mundo católico. No así en su segundo volumen y demás escritos posteriores, en que defiende proposiciones erróneas y heréticas, que dieron margen á reconvenciones y censuras, á las cuales no quiso sujetarse, y respondió apostatando con las *Palabras de un creyente*, se le ha llamado con razón el Tertuliano del siglo XIX.

Ejemplo tan pernicioso no fué seguido de otros dos escritores ilustres, colaboradores de Lamennais en el *Porvenir*, á saber : Montalembert y Lacordaire. Mostráronse dóciles á la voz del Pastor supremo, y el primero siguió defendiendo la buena causa, ya como orador en la Cámara de los Pares, ya como escritor. *Los monjes de occidente* y la *Vida de Santa Isabel de Hungría* son, entre sus producciones, las dos más recomendables por las investigaciones históricas y mérito literario.

Lacordaire tomó el hábito dominicano, y desde la cátedra sagrada hizo amar y respetar la verdad cristiana hasta de los más indiferentes. Sostenedores de esta noble empresa han sido después los PP. Ravignan, Felix, Monsabré y el señor Dupanloup, obispo de Orleans, autor de varios escritos y, entre otros, de un libro apreciable sobre la educación.

El trabajo de investigación histórica, comenzado y seguido por frailes *ociosos*, y abandonado por *fervorosos* cortesanos y patriotas, ha sido reanudado en este siglo por hombres de talento superior y asiduos al estudio. Animados de ese espíritu investigador, y muchos con loable imparcialidad, han observado los países y los sucesos, se han hecho cargo de los tiempos y han consultado toda clase de monumentos á fin de presentar un cuadro instructivo y conforme en lo posible á la verdad, con lo cual se han corregido multitud de errores y disipado preocupaciones que la mala fe de Voltaire y demás sofistas habían acreditado. Honran, pues, á la nación francesa no pocos escritores de este género, si bien las ideas modernas no han dejado de extraviar lastimosamente algunos talentos privilegiados.

Entre los que más se han distinguido en esta clase de estudios, justo es nombrar al abate Renato Francisco Rohrbacher (1789-1857), uno de los más fervientes discípulos y colaboradores de Lamennais en su primitivo fervor religioso; pero del cual se apartó cuando fué condenado por la Iglesia. Con una insistencia digna de toda alabanza y con grande acopio de documentos ha ofrecido á la religión, á la ciencia y á las letras una obra monumental : *Historia de la Iglesia católica*, en veintinueve volúmenes. En ella procede por principios opuestos á los de Fleury y demás galicanos; y aunque se le tilda de demasiado afecto á los papas en los conflictos con los soberanos temporales y de ser poco agradable su estilo, merece ser consultada y leida, no sólo por las interesantes investigaciones que ha hecho, sino por sus elevadas miras y profundo conocimiento de la política eclesiástica y civil.

Guillermo Barante, nacido en Riom (1782-1866), fué un publicista y político notable, desempeñó cargos importantes en las principales naciones de Europa, y es autor de varias *Memorias* interesantes y de *Vidas* y *Biografías* de personajes célebres, como Juana de Arco y Royer Collard. Ha escrito también la *Historia de la Convención y del Directorio* y dado á luz varios estudios históricos y literarios; pero su obra principal es la *Historia de los duques de Borgoña*. Desgraciadamente esta última obra por otra parte pintoresca y llena de interés, está tiznada de ideas

fatalistas; no así las otras, y mucho menos la que escribió con el título *La Revelación*, en que apoyándose en la doctrina del Evangelio, demuestra que no es posible progreso alguno social y político si no le sirven la moral y la Religión. Él inició en sus escritos la forma moderna descriptiva, y es en cierto modo el fundador de esta escuela.

No siguió este mismo sistema de narración Juan Carlos Sismondi, nacido en Génova (1773-1842). Aunque erudito é investigador, no ha meditado con la suficiente detención algunas de las materias que trata, y la preocupación de secta le ciega hasta el punto de mostrar frecuentemente en sus páginas animosidad contra la autoridad de los reyes y la espiritual del clero. Sus obras principales son : la *Historia de las repúblicas italianas*, la de los *Franceses* y la de la *Literatura del Mediodía de Europa*. En la parte que dedica á la española se ve que no conoce las costumbres ni el poder del elemento religioso, ni el altivo pundonor castellano, cuya nobleza no era capaz de sentir.

Más imparcial, aunque también protestante y con mayor acopio de erudición y doctrina, escribió Francisco Guizot (1787-1874) varias obras históricas. La que le ha dado más reputación de historiador por la exposición clara y metódica de las materias, como por la grandeza de sus pensamientos, es la *Historia de la civilización en Francia y en Europa*. Los errores y preocupaciones de que no supo desprenderse, dieron materia á la luminosa refutación de nuestro católico escritor don Jaime Balmes en *El protestantismo comparado con el Catolicismo*.

Pero el que más ha contribuído a hacer progresar estos estudios, es el laboriosísimo é incansable Agustín Thierry (1795-1856). Son innumerables sus trabajos, en los cuales nos ha dado el ejemplo del poder de su inteligencia y fuerza de voluntad, á pesar de su constitución débil y enfermiza. La *Historia de la conquista de Inglaterra por los normandos* sería su obra más acabada, si de su pluma no hubiese dejado caer frases de ligereza volteriana y si hubiese tenido un conocimiento más elevado del catolicismo y de los beneficios que trajo á la sociedad.

Por el mismo camino en las ideas procedió Adolfo Thiers (1797-1879) en la *Historia de la revolución francesa*, que tiende á justificarla, culpando de todos los males á la fatalidad. La *Historia del consulado y del imperio* es un panegírico de la fuerza y del buen éxito. En una y otra describe admirablemente, y en la segunda corren parejas la difusión y la parcialidad junto con el desconocimiento de los derechos y heroica virtud de los pueblos que no son franceses.

Después de los nombrados, no citaremos de la escuela liberal más que al socialista Luis Blanc, al demócrata impío Michelet y á Lamartine, que, ganoso de fama y aplauso, escribió la *Historia de los girondinos*, especie de glorificación de la fuerza sin derecho. Todos ellos pertenecen á esa escuela llamada *ecléctica* y *fatalista*, que explica los hechos de la historia á su manera, sin reconocer una causa superior, ni dar una razón fundamental.

Federico Ozanám, nacido en Milán el año de 1813, es también uno de los escritores más ilustres de nuestros días. Heredó de su padre el amor á las buenas letras, en las cuales le dirigió en sus primeros años, á que juntó una sincera piedad, por la cual es contado entre los fundadores de las *Conferencias* de San Vicente de Paul, y uno de los miembros más activos de la obra de la Propagación de la fe. Sus escritos más notables

como son *Dante ó la filosofía católica en el siglo XVIII; Estudios germánicos para la historia de los francos: Documentos inéditos para la historia de Italia en los siglos medios*, y *Los poetas franciscanos en Italia en el siglo XVIII*, revelan ese entusiasmo que dan la religión y la ciencia felizmente armonizadas en un hombre de talento. En ellos pone á la vista con notable erudición y elegancia, el influjo de la religión en el desarrollo de la civilización de aquellos tiempos. Fué universalmente llorado el año de 1853 en que pasó de esta vida.

Por los años de 1815 aparecieron las *Mesenias*, de Casimiro Delavigne (1793-1843), en que canta las desgracias de Francia después de la batalla de Waterloo, las cuales, por ser de asunto nacional, fueron muy bien recibidas, no obstante que en estas y en las segundas *Mesenias* se muestra poeta mediano. Superior en estro es Beranger, llamado el *Poeta del pueblo*, á quien retrata en sus *Canciones*. Su estilo es vivo y alegre, el lenguaje sencillo, pero manchado con todas las liviandades de la época, que pinta con todo descoco. Estos dos poetas y algunos otros de menos fama pertenecen á la época que llaman de *transición*.

Estábale reservado á otro poeta el sacar de la lira francesa acentos melodiosos no inferiores á los de los tiempos más poéticos. Este es Alfonso Lamartine, nacido en Macon (1790-1869), el cual, aunque como orador sedujo á veces con su palabra elegante y guiada de nobles intenciones, no alcanzó la gloria que le ilustra como poeta. En el puro manantial de la fe religiosa que la educación de su virtuosa madre hizo brotar en su corazón, bebió este genio de la poesía moderna, sus primeras producciones que abrieron á Francia una nueva era. Después de tan larga sequía de poetas vinieron como llovidas del cielo, el año de 1820, sus *Primeras meditaciones*. La divina inspiración brota á raudales, especialmente en las que dedica *A Dios*, *A la inmortalidad*, *Al cristianismo*, *Al lago*, *A la poesía sagrada*, *Al poeta moribundo*. En 1823 publicó sus *Segundas meditaciones*, cuyos asuntos ennobleció asimismo con galas de buena ley, que, junto con las primeras, fueron para las almas tiernas y religiosas una especie de maná, y tan universalmente recibidas, que al año siguiente ya se habían esparcido de unas y otras más de cuarenta y cinco mil ejemplares. En las *Armonías* poéticas y religiosas dadas á luz el año de 1829, si bien no hay tanta sobriedad de estilo y pureza de gusto, la inspiración toma un vuelo más elevado, pues el objeto no puede ser mayor, que es Dios. Prevalece, no obstante, en sus composiciones el pulimento de la frase sobre el fondo de los pensamientos. Desgraciadamente, andando los tiempos, no se conservó fiel á las primeras inspiraciones, fuese extraviando su espíritu con las ideas modernas, y su poesía degeneró en vaguedades de un amor y de una divinidad identificada con la naturaleza. Por eso no fueron acogidos con el mismo entusiasmo los poemas *Jocelyn*, *La caída de un ángel* y otros más, entre ellos *Recueillements poétiques*.

También Víctor Hugo (1802-1885) aplicó sus labios, cuando joven, á las puras aguas de la inspiración religiosa; mas para mal suyo y de las letras, verificóse el dicho de su padre, uno de los generales de Napoleón: « Que el niño sigue las ideas de su madre; el hombre seguirá las de su padre ». En las odas dedicadas al infortunado *Luis XVII*, á *La consagración de Carlos X*, y demás de su primer período, canta y con verdadera emoción asuntos dignos de la nobleza y dulzura de la lira, aunque se

traslucen, entre la profusión de imágenes, bello colorido y armonía de la versificación, la tendencia á las antítesis y el mecanismo de palabras para ocultar la vaciedad del pensamiento. Estos defectos, encubiertos entre los pliegues de su brillante y fastuoso estilo, aparecen más en sus obras posteriores, tanto líricas como dramáticas y novelescas. En ninguna composición se presenta la musa de Víctor Hugo natural y tranquila, sino violenta y exagerada, tomando siempre proporciones gigantescas. Según la ley de aquellos nuevos románticos, que todo se había de sujetar al capricho del poeta, ora cante como en *Odas y baladas*; *Voces interiores*, y demás poesías puramente líricas; ora describa y pinte como en *Contemplaciones* y en sus numerosos cuadros y novelas; ora también trace caracteres ó haga el retrato de personajes como en *Cromwell*, *Hernani* y demás piezas dramáticas, su musa corre desalada por los extremos en busca de contrastes en los sentimientos ó de caracteres horribles para preparar las más horrorosas catástrofes.

Respecto de las novelescas, la más notable, que es *Nuestra Señora de París*, de ella se ha dicho con razón que « la piedra ocupa demasiado lugar y el hombre muy poco », al cual, después de infinitos padecimientos, no eleva al orden de cosas para que le prepara la expiación.

La lengua francesa le debe, sin embargo, cierta energía, que los escritores del siglo pasado la habían hecho perder, por darla más claridad; y la poesía ha ganado en nobleza, robustez y formas pintorescas. Entre otros muchos escritos, dejónos *Misceláneas de literatura y filosofía*, en donde se hallan algunas teorías de buen sentido, á las cuales no se ajustó en la práctica. Él mismo se calificó cuando dijo « la historia de los hombres no presenta poesía, sino cuando se mira de lo alto de las creencias religiosas ».

Las principales obras que escribió son : como lírico, *Baladas* (1826), *Orientales* (1828), *Hojas de Otoño* (1831), *Cantos del crepúsculo* (1835), *Voces interiores* (1837), *Rayos y sombras* (1840), *Las contemplaciones* (1856).

Como épico, *La leyenda de los siglos* (tres partes) : 1.ª (1857), 2.ª (1877), 3.ª (1881). *El asno* (1873).

Como satírico, *Los castigos* (1853).

Como novelista, *El último día de un condenado*, *Nuestra Señora de París* (prohibida), *Los miserables* (prohibida), *Los trabajadores del mar*.

Como dramático, *Cromwell* (1827), *Hernani* (1830), *Marion Delorme* (1831), *El rey se divierte* (1831), *Lucrecia Borgia* (1833), *Ruy Blas* (1838), *Los burgraves* (1843).

Como crítico vale poco. El extraño libro ó más bien desenfrenado ditirambo que se titula *William Shakespeare*, parece escrito por alguien que ha oido hablar del gran dramaturgo y sabe que es un coloso.

Juicios de varios críticos sobre Víctor Hugo. — Menéndez y Pelayo, después de haber elogiado la gran personalidad poética de Víctor Hugo, dice : « La imaginación de Víctor Hugo es una imaginación de sensaciones agrandadas hasta el delirio, y no representación limpia y desinteresada de las cosas. Si á la sofistería intrínseca se añade la violación continua y monstruosa de la historia, se comprenderá porqué el teatro de Víctor Hugo ni se representa ya, ni puede leerse sino en la primera juventud ».

Valera dice : « En otras naciones, en esta edad tan fértil en poetas, los ha habido de más saber, como Goethe; de más hondo sentimiento y

pensamiento, y de más belleza y limpieza de forma, como Leopardi; de más firmeza, constancia y seguridad en sus opiniones, como Manzoni y Quintana; de más espontaneidad é inmaculada candidez, como Zorrilla; pero ninguno le vence en facilidad de expresión, abundancia y pujanza de imaginación; es, con todo, censurable por su afectación, por su amaneramiento, por sus innumerables extravagancias. Ha acumulado tanto delirio, tanta rareza, tantos dichos estrafalarios, que sus frases parecen de un loco. Llama á la duda « murciélago que tiende sobre el espíritu sus lívidas y asquerosas membranas »; al punto « bola fatal que cae sobre la *i* »; al mundo « burro resabiado »; al cielo « esputo de Dios »; al caos « huevo negro del cielo »; al defecto « ombligo de la idea »; á Voltaire « pulga que pica al esgrimir su aguijón radiante »; á los críticos « mil bocas que arrojan escupinatas á los Cristos pálidos que intentan algo nuevo »; al ideal « ojo que la ciencia arranca ».

Escribe Otto von Leixner : « Víctor Hugo presenta los méritos y defectos de su nación llevados al último extremo. Espanta, horroriza, asombra, causa vértigo, pero no eleva. En las obras de Víctor Hugo nada germina ni crece natural y tranquilamente; todo crece con violencia. El principio fundamental de Hugo y los hugólatras es la proclamación de la libertad omnímoda del poeta. Para ellos la poesía no consiste en el material ó fondo, sino en el modo de tratarlo ó forma. La ley del neo-romanticismo de Víctor Hugo y consortes era *el capricho del talento*. Contrastes irreconciliables; cambios súbitos de humor; pasiones indomables que llegan hasta el salvajismo bestial; protervia satánica; tales son los medios que maneja con facilidad consumada para preparar catástrofes de incalculable efecto. Sus creaciones son anti-naturales por querer ser demasiado verdaderas. Sus dramas carecen de unidad y nunca se han hecho populares. »

César Cantú dice : « También este autor, usando siempre de su inmenso poder lírico, degeneró avanzando; tomó la antítesis por carácter; quiso pintar por solo pintar; abusó de la alegoría, personificó las pasiones, materializó las ideas y soltó las riendas á la fantasía dejándola correr hasta el delirio. Lírico, aun en el drama, buscó el efecto en las pompas, combinó situaciones terribles sin cuidarse de la verosimilitud, y las hizo llegar hasta el punto en que la pasión no es ya sentimiento sino instinto, violencia, brutalidad ».

De él dejó escrito Alfredo de Musset :

¡Grand homme si l'on veut, mais poète non pas!

Otro crítico francés añade : « Nosotros podemos invertir el orden de este alejandrino y decir :

¡Poète si l'on veut, mais grand homme non pas!

Lemaitre dice : « Fué poeta de imaginación y sensación, mas no de ideas ».

Fernando Brunetière escribe : « Víctor Hugo jamás triunfó de su natural declamatorio; abusó del contraste ó antítesis, y la repetición hace insoportable la lectura de sus postreras obras. Nunca se muestra original en cuanto al fondo, pero en cuanto á la forma, él es nuestro gran poeta lírico y nuestro único poeta épico ».

Alfredo de Vigny. Por la fecha de su aparición, es el segundo de los líricos románticos, el primer cultivador de la novela histórica en Francia, y el primer dramaturgo francamente shakesperiano. Entre sus poemas filosóficos se cuentan: *Moisés*, que expresa la solemne tristeza del que ha visto cara á cara á Dios, y se encuentra como desterrado entre el resto de los mortales; *Eloa*, ó *La hermana de los ángeles*, nacida de una lágrima del Redentor, y recogida en la urna de diamantes de los serafines, para caer por su propio peso sobre la frente más culpada, sobre la frente de Satanás.

Como dramático, forzó las puertas del teatro francés un año antes de la representación de *Hernani* haciendo aplaudir y silbar á *Otelo* fielmente traducido por vez primera.

Las tres historietas de *Stello*, y el drama *Chatterton*, son una sofística reivindicación de los derechos del poeta contra la sociedad. Su novela histórica ó mejor su historia novelada *Cinq-Mars* tuvo un éxito de salón prodigioso. De todas las obras de Vigny, es la que mas ha envejecido y la que con menos gusto se lee, no solo por su intrínseca falsedad histórica, sino por estar llena de recursos melodramáticos. En ella ataca con pasión á Richelieu, juzgándole como autor inmediato de la obra revolucionaria y de la centralización niveladora, al paso que se empeña en hacer interesantes á conspiradores medianos, y en ver escenas de heroísmo antiguo y caballeresco en miserables intrigas de palacio. Es, no obstante, memorable esta novela como primer ensayo de su género, y por su famoso preámbulo titulado *Reflexiones sobre la verdad en el arte*. Leixner dice: « Grandes bellezas produjo A. de Vigny en sus obras *Stello*, *Chatterton* y *Cinq-Mars*. En esta última campean ya ideas socialistas, y en general predomina en todas un aire mórbido y convulsivo. »

Su colección póstuma de poesías filosóficas *El destino* y su *Diario*, evidencian el escepticismo, desaliento y como *nihilismo* moral de que era víctima. No ya Chateaubriand y Byron, sino el mismo Leopardi, resultan casi optimistas al lado suyo.

Alfredo de Musset. Versificador incorrecto y abandonado, pero gran poeta, publicó, cuando apenas contaba viente años, una muy divertida colección de extravagancias sanguinolentas y feroces que llamó *Cuentos de España y de Italia*, donde figuran la famosa balada á la luna, « que brilla sobre el campanario como un punto sobre la i », las serenatas á la marquesa de Amaëgui, y el celebérrimo duelo de don Paez y don Etur. Su colección de poesías ofrece la mas extraña amalgama de pasión y de burla, de natural elegancia y de estudiada trivialidad. Es cierto que en ellas brilla el numen, pero causa esplín el menosprecio por las cosas santas y venerandas, como la ancianidad, el alma, la divinidad, y es insoportable, aun para los mismos libertinos, el sensualismo grosero y desvergüenza que respiran.

En 1836 dejó la poesía por la prosa y principió con una novela intitulada *La confesión de un hijo del siglo*. En ella nos presenta en Octavio otro vicioso estragado como ya los trazó Richardson en sus novelas, Lessing en su príncipe de la *Emilia Galloti*, y tantos otros.

Sus *Proverbios* (así llamó él á un género de pequeñas comedias) se acercan más á la realidad que sus novelas, pero á un género de realidad de salón, ingeniosa, convencional, coqueta, y por ende, de un éxito mayor

entre las damas. Con Musset y T. Gautier, que iniciaron caminos diferentes, termina el romanticismo propiamente dicho.

Pardo Bazán dice : « Musset imitó tan adamada y melífluamente á Byron, que le valió el que por broma le llamasen la *Señorita Byron.* »

Faguet escribe : « Alfredo Musset es indigno de biografía ».

Lissagaray, después de haber leido algunas obras de Musset, exclama : « Le poète de la débauche ».

Según Leixner : « La sabiduría senil de A. Musset joven, sólo proclama la negación de la vida y de sus impulsos. Sus pensamientos parecen nacidos en el cerebro de un hombre que ha aspirado todos los placeres de la vida. »

Ataca, en fin, tan de frente la moral, que sus obras no puede leerlas en conciencia quien quiera que estime en algo la dignidad de su persona.

Teófilo Gautier. Teófilo Gautier, que, como él mismo dice, produjo una bifurcación en la escuela romántica, llevándose á los *artistas puros*, mientras que Víctor Hugo se convertía en profeta social, y A. de Musset conservaba el culto de las almas apasionadas, fué pintor y poeta, artista corrompido y refinado á la manera de Petronio.

Prescindiendo de las obras que escribió en los primeros años de su carrera literaria, publicó en 1845 un volumen de cinceladas poesías, *Esmaltes y Camafeos*, entre las que se encuentran las que componen la bellísima sección que lleva por título *España*, y contiene impresiones de naturaleza y arte, iguales ó superiores á las mejores páginas de su *Viaje* por España, Italia, etc,

Entre sus mejores novelas se citan *Mademoiselle Maupin*, con un prólogo de lo más escandaloso de la literatura contemporánea, por el cinismo con que sostiene la indiferencia del arte con relación á la moral; *Fortunio*, *Una lágrima del diablo*, y *El capitán Fracaso*, la mejor novela de aventuras que hay en lengua francesa.

Su estilo es artificioso, complicado, lleno de matices y exquisiteces. Artista con exceso, seguía con gran exclusivismo las sentencias, que dicen « ut pictura poesis », y « el arte por el arte ». De ahí el que tanto él como sus discípulos pretendan tener una paleta en vez de una lira; de ahí el que se limiten á acumular sin término arabescos y filigranas indiferentes; de ahí, en fin, el que pueda decirse que « en más de treinta volúmenes, Gautier no ha legado al mundo ni una sola idea ». En efecto, el fondo de todas sus obras, así en prosa como en verso, es la negación, el *nihilismo* psicológico, el vacío.

Como crítico, publicó Gautier varios artículos en *La Prensa*, en el *Monitor Universal* y en el *Diario Oficial*; pero su obra maestra es, sin duda, el libro de *Los Grotescos*, libro cuya excelencia nace precisamente de no ser en rigor libro de crítica, sino historia anecdótica y de biografía pintoresca.

Balzac. Así como el lirismo romántico propiamente dicho termina en Alfredo de Musset y en Teófilo Gautier, que inician caminos divergentes : así como el teatro romántico termina en el fracaso de los *Burgraves*, para abrir la puerta, primero á la reacción clásica, y luego á la comedia naturalista ; así con Balzac, romántico hasta la médula de los huesos en sus procedimientos y en su estilo, pero al

mismo tiempo observador implacable y anatómico feroz de la *bestia humana*, levanta la cabeza la novela realista para sobreponerse en breve tiempo á la novela romántica.

En efecto : Balzac es el primero que ha afirmado la acción decisiva del medio sobre el personaje é introducido en la novela los métodos de observación y experimentación, con los cuarenta volúmenes de su *Comedia Humana*, en que pretendió crear el resumen típico de nuestra edad, como el poema del Dante lo había sido de la Edad Media ; pero no concluyó su ejecución. De ella se ha dicho que es *una verdadera Torre de Babel, una producción soberbia pero caliginosa, un monumento lleno de espléndidos salones y de escondrijos afrentosos, un verdadero foco de inmoralidad y corrupción* : todo lo cual juzgaba necesario para que pudiera ser contada entre las grandes obras. Así lo escribió Balzac á M. Hipólito Castille en una carta en que defendía la inmoralidad de su *Comedia* : « Las grandes obras subsisten por los elementos apasionados que encierran, y la pasión es el exceso, es el mal. »

El mismo Zola, hablando de la *Comedia Humana* afirma que « es la obra más revolucionaria, una obra que derriba al rey, derriba á Dios, derriba á todo el mundo añejo ». Esto no obstante la defiende con decir que « hoy como en otro tiempo la cuestión de la moralidad no es más que un arma de la medianía y de la tontería contra los escritores potentes ». Aquí sí que podríamos exclamar con Aparisi : ¡¡Qué risa, si tantos jóvenes por las malas lecturas pervertidos no la helaran en nuestros labios!!

Balzac escribió también, sobre todo en su azarosa juventud, una serie de cuentos, infinidad de novelas de pacotilla, y gran número de comedias. Su tragedia en cinco actos, *Cromwell*, es de lo más mediano. Lo mismo puede decirse de *Vautrin*, drama en cinco actos, que fué inmediatamente prohibido á causa de su inmoralidad. Su obra titulada los *Recursos de Quinola* vale tan poco que el teatro tomado por Balzac para representarla, estaba vacío á la segunda representación. En cambio le merecieron aplausos *La Madrastra* y *Mercadet*, tipo de los caballeros de industria de nuestros tiempos. Como pintor de las costumbres y de los caracteres tiene penetración, exactitud minuciosa y material ; pero tuvo la mala ventura de tomar la naturaleza por el lado más vil y degradante. El estilo de Balzac, dice Sainte-Beuve, es enervado, rosado, veteado, asiático ; más descoyuntado y muelle que el cuerpo de un mimo egipcio.

Stendhal. Uno de los escritores más desiguales, incoherentes y excéntricos que pueden darse es el novelista, viajero y crítico Enrique Mario Beyle, conocido con el pseudónimo de Stendhal. Es á la par romántico y naturalista, escéptico, ateo, irónico hasta el sarcasmo. Contó, dice Valera, como romántico por los apasionados sentimientos de los héroes y heroínas de sus obras, y cuenta como naturalista por su análisis del ser humano. Como productor de obras de arte (si se exceptúan sus narraciones cortas) no tiene estilo, sino una *manera* impertinente y afectada, una negligencia petulante que divierte en sus principios y llega á impacientar después. Era el más contrario que pueda imaginarse á la furia colorista de Balzac, Flaubert, Zola y su escuela ; si bien se asemeja á ellos en cuanto escritor brutal y cínico, por la predilección con que retrata toda la fealdad moral, y porque excluye del alma humana todo afecto digno y generoso.

Como crítico musical publicó las *Vidas de Mozart* y *Rossini*, y unas *Cartas sobre Haydn*; siendo de advertir que la música no es para Stendhal otra cosa que el más vivo y refinado de los placeres sensuales.

Sus obras principales como crítico literario son las *Consideraciones sobre Metastasio, Racine y Shakespeare*. Escribió, además, una *Historia sobre la pintura en Italia*, *Paseos por Roma, Nápoles y Florencia*, *El Rojo y el Negro* (crónica del siglo XIX, ó estudio de aquella primera época de la Restauración francesa, en que sucedió al poder de Napoleón, ídolo de Stendhal, la influencia religioso-aristocrática), y *La Cartuja de Parma*, novela de aventuras que saludó Balzac con este enérgico ditirambo en carta escrita á Mr. Colomb que deseaba reproducirla : « Stendhal es uno de los espíritus más notables de este tiempo, pero no cuidó bastante la forma : escribía como cantan los pájaros, nuestra lengua es una *Doña Honesta* que nunca se casa si no es con lo intachable, cincelado y limado ».

Jorge Sand. El socialismo tuvo su Egiria y su Pitonisa en la escritora más brillante, ingeniosa, irreligiosa y degradada que tal vez ha habido en estos dos últimos siglos. Ella ha hecho la apología de la emancipación de la mujer, al par que la apoteosis del adulterio y del suicidio. Tomada en su integridad la serie numerosísima de sus publicaciones, puede considerarse como la expresión más completa del idealismo romántico en la novela.

Prescindiendo del género histórico que cultivó rara vez, y esto de un modo quimérico y extravagante, todas las formas del pensamiento idealista tienen larga representación en el conjunto de sus obras. La novela íntima ó de pasión solitaria, indomable y soberbia, el René femenino, (*Lelia*); la novela de conflictos domésticos y tesis anti-matrimonial (*Valentina*, *Indiana*, *Jacobo*); la novela pseudo-teológica con las fantasías del *Evangelio Eterno* y de la religion del porvenir (*Esperidión*); la novela druídica y de supersticiones célticas (*Juana*); la novela teúrgica, iluminista y simbólica (*Consuelo*, *La Condesa de Rudolstadt*); la novela socialista (*El molinero de Angibault*); la novela bucólica ó idílica (*La laguna del diablo*), y tantas otras continuadas casi sin interrupción hasta su muerte. Sus obras, que, al decir de Menéndez y Pelayo, fueron escándalo de su tiempo y fruto de sus escandalosas mocedades, están prohibidas.

Alejandro Dumas. Alejandro Dumas, que en 1829, un año antes de la representación de *Hernani*, había hecho aplaudir en el teatro francés el primer drama romántico original *Enrique III y su corte*, tuvo sobre Víctor Hugo, no solo la ventaja de la prioridad, sino la del talento dramático; y cualesquiera que fuesen las aberraciones literarias á que la arrostró el desenfreno de su temperamento, no solo fué siempre teatral, sino que fué muchas veces intensamente dramático é intérprete conmovedor de pasiones y conflictos sociales.

Como melodramas dió al teatro *La torre de Nesle*, *Ricardo Darlington* y *Catalina Howard*. Como dramas de pasión, nadie osará comparar obra alguna de Víctor Hugo con *Teresa* y con *Antony*, cuyo espíritu, aunque modificado, todavía persiste en la actual comedia francesa.

Por lo que toca á sus novelas, hase calculado que daba diariamente á los libreros más tomos qne los que hubiese podido copiar escribiendo todo el día; pero, como observa Leixner, Dumas montó una verdadera fábrica

de novelas ocupando una docena y más de colaboradores de talento, como hacía Scribe en su ramo de comedias.

Cítanse particularmente á causa de su mérito y de su popularidad : *El Conde de Montecristo*, *La Reina Margot* y *Los tres Mosqueteros*. Acerca de esta última dice Balzac en carta escrita á su esposa el 21 de Diciembre de 1845 : « Comprendo perfectamente que le hayan chocado á Vd., conociendo á fondo la historia de Francia. Enoja de veras haber leído una obra así: no se saca más que el disgusto de haber malgastado de tal manera el tiempo. Dumas es un prosista delicioso, pero debería renunciar á la historia. » Y es así, porque como escribe otro crítico, « Chateaubriand bordó de oro y perlas la túnica de la historia, Dumas la vistió de máscara ».

Todas las obras de Dumas se hallan prohibidas.

Eugenio Sué. Eugenio Sué, que dió comienzo á su reinado novelesco con la caida de Balzac, parece haber tomado por tarea la rehabilitación del vicio y la deshonra de la virtud. En 1830 publicó su primer ensayo de novela marítima *Kernock el Pirata*. Los aplausos que le merecieron dicho ensayo, acariciaron su espíritu y le inspiraron el *Plick y Plock*, *Atar-Gull*, *El vigía de Koatven*, *Salamandra*, y otras que tuvieron buena acogida gracias á la exageración de la pintura de las pasiones, al sensualismo epiléptico que respiran, y á la apoteosis que hace en *Salamandra* del paraíso de Mahoma.

Su odisea socialista *Los misterios de París* fué también muy aplaudida por la mezcla singular de tendencias filantrópicas, de declamaciones en pro del socialismo, y de escenas atrevidas, apasionadas é inmorales.

De la misma laya que *Los misterios de París* es su novela y drama *El Judío Errante*, que al decir de un escritor francés obtuvo también éxito por las exageraciones contra los jesuitas. Paul Feval dice que Eugenio Sué escribió novela tan infame incitado á ello por el Doctor Veron, el cual, aunque tenía horrible miedo á las revoluciones, las hacía sin empacho *pro domo sua*. Dicho doctor salió al encuentro de Eugenio Sué, después del éxito extraordinario de *Los misterios de París*, y le dijo : « Se puede hacer un negocio loco atacando á los Jesuitas », y puso sobre su mesa cien mil francos. Tal es la historia de *El Judío Errante* contada por el mismo Veron en *El Constitucional*. Por lo demás, Eugenio Sué, que murió impenitente en el destierro, está á cien codos debajo de Balzac como pintor, y de Dumas (padre) como narrador. Hablando de este desgraciado novelista, dice Leixner : « Cada una de sus obras viene á ser un caldero del infierno sin una sola idea redentora ».

Eugenio Scribe. Eugenio Scribe, á quien para ser excelente poeta cómico sólo le faltó el don de la poesía, conoció como pocos la mecánica teatral, y fué á su manera creador de un nuevo género, la comedia *política*, apenas iniciado por Lemercier, y en la cual nace el chiste del contraste entre las pequeñas causas y los grandes efectos.

Las primeras piezas de este gran abastecedor de teatros tuvieron poco éxito, pero fué muy aplaudida *Una noche de guardia nacional*.

A contar de 1815 escribió un sin número de comedias y zarzuelas, ennobleciendo géneros inferiores como el *vaudeville*.

Es lástima que las verdaderas comedias de Scribe, al pasar de moda en las tablas, hayan quedado perdidas y como anegadas en el inmenso fárrago de piezas insignificantes que salieron de su taller dramático, en que le asistían innumerables colaboradores. Entre las trescientas sesenta ó cuatrocientas piezas que escribió ó revisó se cuentan : *El gastrónomo sin dinero*, *El charlatanismo*, *El diplomático*, *El caballo de bronce*, *Los diamantes de la corona*, *El compañerismo* (que es su mejor comedia en cuanto al asunto, al desarrollo y dibujo de caracteres y del espíritu de la época), *La dama blanca* (que se considera como una de sus obras maestras), *Un vaso de agua* (verdadero modelo de intriga), *Los accionistas* (en que ridiculiza de un modo verdaderamente cómico el furor de las especulaciones) y otras muchas.

Sus óperas fueron también muy aplaudidas, sobre todo *Roberto el Diablo*, *Los Hugonotes* y *El profeta*.

Por lo general sus argumentos son escogidos, la intriga interesante, vivo el diálogo, los caracteres bien comprendidos y definidos; pero, como dijo un su coetáneo, « Scribe no es dramaturgo. Conoce el oficio, pero ignora el arte; tiene talento, pero no tiene genio dramático, y luego carece por completo de estilo ».

Emilio Augier. De entre todos los cómicos modernos, el que tiene más puntos de contacto con los maestros clásicos, es sin duda Emilio Augier. Este autor político y satírico parece haber recibido en herencia el cinismo é impiedad del literato Pigault Lebrun á quien dedicó Augier su primera composición titulada *La Cicuta*, pieza en dos actos y en verso, que fué muy aplaudida. Jamás aspiró en sus obras á otra cosa que hacer la apoteosis del duelo y del divorcio. Así lo expuso el académico Freycinet en el discurso encomiástico pronunciado ante la tumba del poeta.

En el drama *Gabriela*, en cinco actos y en verso, elogia el adulterio por ser para él un crimen, sí, pero *sublime* : ¡¡como si el estiércol elevado al cubo dejase de ser estiércol!! En su *Madame Caverlet*, comedia en cuatro actos y en prosa, pretende demostrar que el divorcio se impone justamente por la naturaleza y por las leyes. El desenlace del drama *El matrimonio de Olimpia* es un asesinato y un suicidio; lo cual era para Augier la cumbre de la perfección. En la comedia en cinco actos *Los leones y las zorras* ataca paladinamente á la Compañía de Jesús, porque, al decir de Augier, es enemiga de la luz é impone al Romano Pontífice y á los Opispos la obstinación y la energía contra las doctrinas de la libertad y del progreso. La síntesis de la comedia en cinco actos y en prosa *Los desvergonzados*, la encontramos en aquel verso de Ovidio :

Video meliora proboque, deteriora sequor.

Esto no obstante, los panegiristas de Augier nos lo proponen de continuo como soldado de la verdad y del deber, como un modelo de moralidad. Su desfachatez no llega á la de Zola, es cierto; pero entre Zola y la verdad, el deber y la moralidad media un abismo. Por lo demás, su musa fué musa del Estado, una de esas musas aduladoras, volterianas. De ahí el que Napoleón III le nombrara en 1870 Senador, « en premio de los servicios prestados á la patria con sus producciones ». La forma literaria es atildada

en demasía, y se le nota cierto estudio por aparecer letrado. A su prosa podemos aplicarle aquel verso del mismo Augier :

Elle est charmante, elle est charmante, elle est charmante.

Dumas (hijo). Hablando Leixner de la literatura francesa, dice, al tratar de los escritores contemporáneos : « Alejandro Dumas (hijo) adquirió súbitamente fama universal con su *Dama de las Camelias* y su *Demi-Monde*. Con aquella novela y esta comedia fundó la literatura que muchos llaman del amancebamiento y de la prostitucion ».

Así es en efecto. Este negro mal blanqueado por tres generaciones de descendencia adulterina (como le llama Horacio de Viel-Castel en sus *Memorias*), este enemigo del matrimonio indisoluble, y defensor del adulterio y del divorcio, repite hasta la saciedad ideas tan disolventes, así en *El amigo de las mujeres, El hombre-mujer, La cuestion del divorcio*, etc., como en *Dionisia, El hijo natural, La Dama de las Camelias* y *Demi-Monde*.

Su estilo es muy limado y aun jocoso con frecuencia ; pero la risa que excitan sus gracejos no es espontánea, sino forzada, cruel. Al análisis de sus obras, *prohibidas, como las de su padre*, opónese el respeto debido á la juventud y á la moral cristiana, muy distinta, por cierto, de la moral racionalista é independiente del autor de *La Dama de las Camelias* ; el cual, en su *Discurso de recepción* en la Academia, dice que « pone en escena todo lo inmoral, á sabiendas de que lo es », y confiesa paladinamente que « no comprende cómo los padres de familia dejan ir á la juventud á la representación de sus dramas ».

Sardou. Menos crudo en la elección de sus asuntos fué Victoriano Sardou, que hasta 1864, alcanzó dos grandes victorias literarias con los dramas *Nos intimes* y *Les Ganaches*. Con todo, el inspirado autor del *Rabagas*, comedia satírica, parece se complace en humillar y ridiculizar á la familia en sus *Demoiselles Clochart* y en *La Famille Benoiton*, su mejor comedia de costumbres. Su *Daniel Rochat* es la pintura de un matrimonio dividido por el antagonismo de las ideas religiosas de los cónyuges, á quienes este antagonismo separa para siempre. *La Tosca* es un drama inmoral lleno de discordias, de puñales, de tosigos, de emociones violentas, de sangre, etc. etc.

Casa nueva es la segunda parte de *La Famille Benoiton*. En ella está admirablemente pintado el contraste de la vida antigua y la vida contemporánea en un matrimonio, feliz cuando se contentó con negociar en un pequeño comercio, y desdichado cuando, á fuer de darse tono, se trasladó á un almacén resplandeciente de lujo. El drama *Divorciémonos* es una serie de chocarrerías sobre el divorcio. De este drama y de la *Dionisia* de Dumas (hijo), dice un escritor francés : « Es imposible que reine por mucho tiempo la estima, confianza y amor mutuo en la familia que asista á la representación de dramas tan infames. »

El Odio es un drama trágico en cinco actos y en prosa. La escena pasa en la ciudad de Siena en el siglo XIV. El argumento está basado en el odio á muerte que se juró entre güelfos y gibelinos. Los personajes principales son : *Orso*, hijo de un cardador, capitan en el ejército de los güelfos y amante de *Cordelia*, gibelina. Habiendo dado Cordelia un desaire á Orso, éste juró vengarse. Aprovechando el capitan el reto á muerte entre

güelfos y gibelinos, manda á sus soldados derribar las puertas del palacio de Saracini, habitación de Cordelia. Apodérase de ella, la ultraja y huye. Da Cordelia á su hermano cuenta de lo ocurrido, y, atentos á la venganza, espían la ocasión de dar con Orso. Sabedora Cordelia de que Orso está en la catedral, con motivo de celebrarse la Natividad de Nuestra Señora, toma un puñal y sale del palacio en busca de su injuriador. Llega á la catedral, á la puesta del sol, poco antes del toque de oraciones, hora en que terminaba el armisticio entre los dos partidos. Cordelia hunde el puñal en la garganta de Orso; pero arrepentida del hecho llega al sitio en que le escondieron sus amigos, y encontrándolo solo, trasládalo, ayudada de Tiberta, al palacio de Saracini, procurando por todos los medios ocultarlo á la ira de su hermano. Los güelfos se apoderan del palacio. Orso perdona á Cordelia, la cual promete casarse con Orso, á condición de que éste consiga hacer la paz entre güelfos y gibelinos, á fin de que unidos luchen contra las tropas imperiales. Hácelo así Orso, trábase el combate, y quedan vencedores los patriotas. El hermano de Cordelia, prisionero poco antes de los güelfos, y sabedor de que Cordelia ama á Orso, jura matarla. Esta se envenena. Con la agitación del combate encónase la llaga de Orso, el cual muere poco después de Cordelia.

Efectista como *El Odio*, si bien de carácter menos lúgubre, es el drama heroico *¡Patria!*, que nos recuerda el drama trágico de Goethe *El Conde de Egmont*. El argumento, pues, está tomado de la historia de Flandes en el siglo XVI.

Flaubert. Gustavo Flaubert fué en su primera época literaria uno de los más entusiastas discípulos de la escuela romántica, y fundador más tarde de la escuela realista. El estudio de la Apologética cristiana, de los Santos Padres y de la Historia de la Iglesia, fueron un tiempo sus delicias.

Habiendo disgustado á sus amigos una de las novelas que escribió *La tentación de San Antonio*, le exhortaron á emprender otro trabajo en que pintase la vida real, y donde la misma vulgaridad del asunto le impidiese caer en el abismo del lirismo. Flaubert siguió el consejo y escribió *Madama Bovary*, novela que mató al romanticismo. Todo es vulgar en dicha novela : el asunto, el lugar de la escena y los personajes. Véase su argumento.

Emma Bovary nació en las últimas filas de la clase media, pero en el colegio en que fué educada rozó con señoritas ricas é ilustres. Con esto creció en ella la vanidad, concupiscencia y sed de goces. Esposa ya y madre de familia, complican de tal suerte su situación sentimentales amoríos, el lujo, trampas y desórdenes crecientes, que cuando sus acreedores la apremian y sus amantes la abandonan se envenena con arsénico.

Hablando de esta obra prohibida, Zola el *coprólogo* se expresa en estos términos : « Balzac es en el naturalismo *Dios* que crea el caos; Flaubert es el *Demiurgo* que le ordena pronunciando el *Fiat lux;* y el resultado de este *fiat*, la luz, el faro, la estrella polar de los naturalistas es *Madame Bovary.* » Flaubert quedó tan disgustado al ver los tristísimos efectos ocasionados por la lectura de su obra, que pensó en retirar el libro de la circulación y no permitir nuevas ediciones. Su célebre novela *Salambona* no es más que la exageración (en algunos casos la caricatura) de los procedimientos de estilo usados por Chateaubriand en *Los Mártires*.

El fondo de todas las producciones literarias de Flaubert es pesimista. No tiene en sus obras rincón donde puedan albergarse ideas consoladoras; de ahí el que su lectura abrume y cause esplín y misantropía. Es muy celebrado por lo galano é igual de su estilo. El mismo Zola dice: « Se le iban días enteros en componer una página. Nada más limado, más lamido, ni más premioso. »

Feydeau. Ernesto Feydeau brilló tristemente como novelista por la galanura y desenfado con que describió los vicios y tendencias de la moderna sociedad. Su obra principal es *Fanny*.

Pedro A. de Alarcón, en su artículo crítico escrito á vuela pluma, dice al hablar de esta novela: FANNY es una *novela íntima del género realista*. Así la ha llamado *Montegu* en la *Revista de Ambos Mundos*. Pero lo que no se le ha ocurrido decir á este crítico eminente, es que la frase *novela íntima del género realista* envuelve ya una censura. Semejantes novelas no son novelas: son historias particulares que antiguamente se contaban al confesor; que después fué moda referir *sotto voce* á los amigos, y que hoy se pregonan desvergonzadamente en los sitios públicos; lo cual da completa idea del estado actual de las costumbres parisienses.

Zorrilla, hablando de *Pentápolis*, dice:

Con estos jeroglíficos impuros
Se adornaron los pórticos, las fuentes,
Las calles y las plazas, y los muros,
Y no quedaron ojos inocentes,
Ni oidos castos, ni recuerdos puros,
Ni rubor en los rostros impudentes,
Ni encerró nada más aquel recinto
Que infamia imbécil y brutal instinto.

Una cosa muy parecida acontece con este nuevo género de novelas... Walter Scott, el novelista por excelencia, habla constantemente á la imaginación de sus lectores, los transporta fuera de su tiempo, les revela la historia, les hace asistir á poéticos, maravillosos y excepcionales dramas. Lo lírico, lo épico, lo sublime, es entonces una consolación y un recreo para la pobre alma asfixiada en la estrecha atmósfera moral de nuestro siglo. Lo mismo digo de Manzoni, en su inmortal novela... Mas en el nuevo género, en la *historia de todos, contada por todos*; en el gran escándalo que hoy da la vecina Francia, ¿qué encuentra el corazon, qué la imaginación, qué el entendimiento, qué la moral, qué la filosofía, qué la sociedad, qué la familia, qué el legislador, qué el alma enamorada de lo infinito?

¡No, no son novelas! No son literatura; no pertenecen al público; no interesan á la generalidad: no influyen en nada: no enseñan, no divierten, no edifican, no consuelan, no son útiles, ni agradables al género humano.

La ropa sucia se lava en casa (dijo Napoleón), y bien puede repetirse esta frase á propósito de *Fanny*. Tan cierto es que el público rechaza semejantes revelaciones, que ni una palabra, ni un accidente, ni un pensamiento de los que constituyen esta obra le parecería digno de atención, si los oyese en el teatro. Las miserias domésticas, las debilidades personales, los achaques *hominis lapsi*, son para sufridos y callados individual

mente. La colectividad, la sociedad, la humanidad en masa, no quiere avergonzarse de ellos. ¡Todos juntos significamos algo más grande que el amante de *Fanny!* Sus *petites affaires* no nos importan, no nos interesan, no pertenecen al dominio público! ¡Lo contrario sería horrible!

Y cuenta que el libro está escrito con viveza, con gracia, con elocuencia, bien trazado, bien compuesto, y exuberante de esa misma *verdad* que constituye su insignificancia. — ¡C'est ça! — ¡Así pasan esas ruindades! — Sólo se nos ocurre una observación; y es, que si *M. Feydeau* tuviera hijas, se vería en la triste necesidad de ocultarles su oficio de escritor público, como ocultan el suyo á sus hijos las mujeres que trafican con el pudor. Por lo demás, si *Fanny* es una autobiografía, como se dice; si M. Feydeau, lejos de exhibir á la compasion ó á la rechifla del público la deplorable situación de su *Roger*, se ha propuesto dar una idea del temple de su propia alma y de la extensión de sus desventuras; (lo diremos más claro) si M. Feydeau fué el verdadero amante de *Fanny*, y es su historia la que nos ha contado en este primoroso volumen, ¡vive Dios que nuestro pobre vecino nos ha regalado una *vista* bien triste de su carácter y de su inteligencia!

Alfonso Daudet. Alfonso Daudet pertenece á la misma escuela que Zola, aunque no descuella como éste, ni presenta al lector el realismo en láminas tan clínicas. Joven aún se dedicó á la prosa, apareciendo muy en breve verdadero cuentista seductor. Entre sus cuentos más celebrados se hallan los siguientes : *Cuentos del lunes*, *El tamborilero*, *La partida de billar* y *La Arlesiana*. Todos ellos son verdaderas páginas de costumbres contemporáneas, cuadros dramáticos vivamente esbozados. De cuentista convirtióse en novelista. La primera novela que escribió fué *Poca cosa*, especie de autobiografía tejida con sucesos de la infancia. Los personajes son individuos de la familia de Daudet. En su novela titulada *Fromont menor* y *Risler mayor*; que es una serie no interrumpida de intrigas, amoríos torpes y suicidios, se echa de menos la verosimilitud. En la novela *Nabab* se transparenta su natural inclinación á estudiar los tipos raros y originales del mundo parisiense, y sus costumbres extrañas y corrompidas. En ella nos pinta al Duque de Morny, su protector, hasta en sus mínimos detalles.

Uno de los libros más celebrados de Daudet es sin duda el titulado *Aventuras prodigiosas de Tartarín de Tarascón*, epopeya burlesca de un héroe provenzal que sale de su villa natal resuelto á matar leones en las africanas selvas, y sólo consigue cazar un pollino y ultimar un león viejo, ciego y agonizante. En el libro titulado *Treinta años en París* da cuenta así de su vida de novelista como de varias de sus obras.

Por lo general, el estilo de este hábil narrador parece labrado sin violencia ni esfuerzo, con grato abandono pero sin descuido.

Al decir de Zola, el éxito de las obras de Daudet, lo mismo que el de las de Balzac, se debe á las mujeres que tienen mucho tiempo que perder, y encuentran en ellas algo de su propia sensibilidad nerviosa, algo de su talento é índole femenina, algo de su alma y de su corazón.

Los Goncourt. Los Goncourt escribieron varias obras en íntima colaboración, hasta que, en 1870, Julio, hermano menor, bajó á la tumba. Tan unidos vivieron fundiendo sus estilos y sus

ingenios que el público los creía un solo escritor. Edmundo en su bellísima novela ó mejor poema fraternal *Los hermanos Zemganno* simbolizó esta estrecha fraternidad en la historia de dos hermanos gimnastas que juntos ejecutan en el circo arriesgados ejercicios, y cuando el menor, *Nello*, se quiebra ambas piernas en una caída, el mayor, *Gianni*, renuncia á trabajos que no puede compartir ya con su querido *Nello*.

Como historiadores, estudiaron la centuria décima octava con paciencia de eruditos y fogosidad de artistas, comunicando al público sus largas y penosas investigaciones en algunos libros histórico-biográficos ó histórico-anecdóticos. La originalidad de los Goncourt consiste en que escriben de suerte que producen vivas sensaciones cromáticas.

Edmundo ni se parece á Balzac, ni á Flaubert; y aunque discípulo de Diderot, no toma de él sino el colorido y el arte de expresar la sensación. Su novela titulada *La Fille Elisa*, tipo verdaderamente horrible y obsceno, evidencia el gusto del público que busca en la novela la satisfacción de sus pasiones. La heroína, Elisa, hija de una partera, se hace mujer pública y recorre multitud de burdeles de la provincia y de la capital, retratados con escrupulosa exactitud. Por fin se enamora de un soldado á quien asesina un día, de unas cuantas puñaladas; y condenada á prisión perpetua muere idiota de cólico cerrado de palabras.

Emilio Zola. Este escritor infatigable, grande estilista y de poderosa fantasía; este campeón de la escuela naturalista, iniciada por Balzac, fundada por Flaubert y sostenida por Daudet y los Goncourt; este novelista pornográfico y grosero que pisotea la moralidad, y pinta, no al hombre sino á la *bestia humana*, debe en gran parte su estruendosa nombradía á haber adivinado el gusto del público que él osó satisfacer. Persuadido de que el fin del siglo de las luces se recrea en el cieno hasta el furor, comprendió que podía hacer fortuna sin mucho cavilar, y aun con poco trabajo. No busquemos, pues, razones estéticas para explicar el éxito de sus novelas. Lo vil, lo bajo, lo sucio forman sus argumentos. Con razón escribe Valera : « No se puede faltar más de lo que él falta al decoro y al pudor que manda velar ó referir de prisa los más horrendos crímenes, si alguna vez estamos obligados á referirlos. Zola ha escrito en cuestión de inmoralidad cuanto puede inventar la imaginación y mucho más de lo que puede explicar un diccionario. »

Ni se diga que este juicio es exagerado, á fuer de emitido por un escritor de tendencias idealistas y de condicion aristocrática, atildada, primorosa. Veamos, si no cómo sostiene lo mismo, entre otros ciento, Pompeyo Gener, de la Sociedad de Antropologia de Paris, materialista rematado, fiel discípulo de Darwin : « Las obras de Zola impresionan por el cúmulo de detalles pequeños, repugnantes, patologicos. En muchas de ellas hay pasajes homéricos, pero de un homerismo nauseabundo. En él, el literato está forrado de comerciante. Tiene la manía de pasar por innovador y de ser el único hombre de ciencia que ha habido en la literatura amena, y no es ni lo uno ni lo otro. Su innovacion es solo una renovacion rebajada : su ciencia un conocimiento superficial de las vulgarizaciones científicas modernas. Lo único de nuevo que en Zola se halla es el sentido que da á la palabra *Naturalismo*. Como si en la Naturaleza no existieran cosas bellas, como si en el mundo no se encontraran almas grandes, corazones nobles, paisajes espléndidos, magníficas obras de arte, para

Zola hacer natural es sinónimo de hacer sucio, de hacer canalla, indigno. Desconociendo el primer deber del arte, que es el producir en el público un estado superior de sensibilidad, Zola sólo busca emociones deprimentes, de estas en que el corazón se constriñe, el neumogástrico se encoge y el estómago se contrae y arroja.

Siempre uno se encuentra mal después de la lectura de sus novelas. Ó tiene escalofríos ó náuseas. Sus héroes obran al impulso de pasiones que degradan; sus actos los rebajan; sus sentimientos los deshonran. Para Zola la inteligencia es sólo un funcionalismo compuesto de astucia y de vicio movido por la locura ó el egoísmo. La belleza es un engaño que excita; la ciencia un charlatanismo; la política, ambición y arterías; la galantería, concupiscencia de lupanar. La civilización moderna un hato de imbéciles y de malvados. Apenas si entre todos sus numerosos personajes descuellan un par que sean completamente honrados. Diríase que su misión es la de rebajar y envilecer, y se complace en ello Se regodea en la suciedad y en la infección; allí donde sospecha una llaga la destapa, y en lugar de desinfectarla para que se cure, hace que todos respiren sus emanaciones mefíticas. Plácele la corrupción y hasta el contagio; el estiércol es para él de olor suave; la letrina un lugar de delectación y de goce; la cuba del basurero un incensario. Sí! un viento de Naturaleza sopla por todas sus páginas, pero no es el vendaval furioso de la tempestad que purifica la atmósfera, ni el aire embalsamado de los bosques, ni la suave brisa salada de las orillas del mar; sino un viento impregnado de los miasmas de los barrios bajos y de las emanaciones de los campos recién abonados.

Es grande en sus novelas. ¿Quién lo niega? Pero es grande en lo canalla, mediocre en lo bello. A veces en él lo vulgar, lo innoble, lo horrible, alcanza lo trágico, llegando á los confines de lo clásico. Entonces su máscara es la de un Sileno : su animal favorito el asno. Y su máscara babea y suelta vino como su asno, que tambien se emborracha y arroja. Y cuando no ríe con carcajada idiota, amenaza y suelta palabras infectas que son una epidemia. No sabe sino rebajar y odiar, causar asco ó espanto. El estómago le ha atrofiado el corazón. Así tiene ideas que parecen digestiones, sentimientos cual flatulencias, párrafos que son evacuaciones. »

Los Rougon Macquart. — El protagonista de este ciclo de novelas es la *neurosis* que, por virtud de la *ley hereditaria*, va en línea poco menos que recta á través de una familia, bajo el segundo Imperio. Casi todos los personajes de esta *Mitología del vicio* (así la llama Gener), son criminales, neurópatas, egoístas : poquísimos hay que no estén corrompidos, cada uno según su clase. Casi todos padecen del espíritu, ó del cuerpo, ó de ambas cosas á la vez; y los que no, son insuficientes, nulos, sin voluntad alguna y sin ideas propias, todos impotentes para destruir el mal ó detenerlo. Y esto, que á lo más sería una familia excepcional, un caso raro dentro de la especie, Zola lo describe como si fuera la ley, como si la Humanidad se compusiera sólo de locos, de criminales y de estúpidos.

L'Assommoir redúcese á una negra pintura del embrutecimiento intelectual, moral y físico por los progresos del alcohol; á un cuadro detallado de todas las miserias, vicios é infecciones que infestan las calles, tabernas y chiribitiles de los pueblos y ciudades, máxime de París. En *Nana*, la ramera podrida, acumula toda la inmundicia social; presenta un mundo horroroso por su corrupción desenfrenada; el mundo de los teatros, de

los farsantes y vividores, desde el joven universitario que se lanza á cloaca tan inmunda, hasta el anciano funcionario ó financiero que se sumerge en ella. *Germinal*, esta obra sin nombre y sin similar en la literatura, está adornada de vómitos, diarreas, espurreamientos, partos repentinos, etc. *La Tierra*, novela en que pretende Zola describirnos al aldeano de Beauce, ha hecho retroceder ruborizados á los mismos adoradores del *Pot-Bouille* y del *Ventre de Paris*, siendo así que en la primera se hallan reunidas cuantas hipocresías, maldades, llagas y podredumbres caben en la mesocracia francesa, y en la segunda se hace la pintura más grosera y denigrante de los mercados parisienses. En *La Bestia humana*, vertió el caudal de inmundicias que aun guardaba en su trastienda literaria.

En suma, Zola no puede decir con el orgullo literario de Cervantes :

Yo he dado en *Don Quijote* pasatiempo
Al pecho melancólico y mohino
En cualquier ocasión y en cualquier tiempo,

sino « yo he recogido multitud de hechos fisiológicos ó patológicos con *el único fin* de hacer dinero degradando á la humanidad ».

¿Qué mucho, pues, que el Sumo Pontífice Leon XIII haya prohibido la lectura de cualquiera de las novelas de este autor tan pernicioso y degradante ?

Los defensores de Zola apelan á los derechos del arte, diciendo que « el novelista como el pintor ha de pasar al lienzo lo que ve, y obedecer á su musa que le ordena estudiar, comprender y exponer la realidad que nos rodea ».

A esto primeramente respondemos que la novela, como las demás obras literarias, ha de repetar en todo tiempo las leyes eternas é inflexibles de la decencia. Zola *y su cola* no copian con exactitud la verdad, no calcan y fotografían la naturaleza; hacen de ella una infame, horrible y calumniosa caricatura Suponen que el hombse es una máquina: que la sociedad es otra máquina; que ya no hay alma ni libre albedrío, y que idéntico determinismo debe regir al hombre que á la piedra ó al alcornoque.

Como crítico ó *comentarista* Zola es elegante, juicioso y fácil en prodigar elogios cuando se trata de los que siguen su bandera, pero censura con acritud á los novelistas contemporáneos que no siguen el *secreto* de la llamada literatura naturalista. Aplastar al enemigo, he aquí su fin. Sólo el naturalismo, es decir, su naturalismo, es bueno; lo demás es nada. Por tanto no hay cuartel para el contrario; nada de enseñar el buen camino, sólo ansía que desaparezca aniquilado de la faz de la tierra.

Guy de Maupassant. Es una figura muy parecida á la de Zola en la pléyade de literatos franceses á la moderna. Estilista que rebusca los epítetos y cincela sus frases, pretende seducir al público incapaz de delicadeza artística por medio del colorido; pero debajo de la forma deslumbradora ocultase un fondo de malicia refinada.

Si Zola, dice un escritor francés, es el descomunal y torpe escarabajo que se goza, revuelca y sepulta en la corrupcion y la inmundicia, Guy de

Maupassant es el coleóptero brillante que vive de cadáveres, la *mosca de oro* venenosa que se mantiene de aire mefítico y fermentaciones purulentas, y cuya picadura imperceptible causa una desorganización violenta y con frecuencia mortal.

La composición de Maupassant es monótona é inferior en mucho á la de los autores que él imita como La Bruyère, Javier de Maistre, Le Sage y aun á la de Merimée y Sandeau; pero estos y otros defectos literarios son de poca monta comparados con sus ideas subversivas, deletéreas é inmorales. En efecto : aun á juicio de los críticos menos escandalizables, Guy de Maupassant es uno de los novelistas más audaces, es decir, más corruptores. Él amontona en sus libros todas las abominaciones físicas y morales, las costumbres más libidinosas, los crímenes más diversos que el escudriñador más solícito puede ver ó imaginar; desde los perfumados salones de las damas hasta los chiribitiles hediondos, desde las oficinas del Estado hasta el vagón, la diligencia ó el coche.

Los héroes de sus obras no son más que la personificación del robo, del asesinato, de la lujuria, de la traición, en fin de todos los apetitos degradantes. A esto se reduce la *Boule de suif*, *Marroca*, *Una vendetta*, la *Histoire d'une fille de ferme*, y otras. La religión, la familia, el matrimonio, el honor, los deberes para consigo mismo y para con sus semejantes, son para Maupassant puras niñerías, nombres vanos. Para él no hay madre, ni padre, ni hijos, ni hermanos, ni esposa, ni superiores, ni inferiores, ni compatriotas, ni amigos. Él se burla del deber, del sacrificio, de la piedad, del valor, de la ciencia, y de cuanto los moralistas tienen por puro y santo ó los artistas por grande y bello.

La obra de Maupassant más descocada, la más á propósito para perpetrar y multiplicar los crímenes, es sin duda la titulada *Fort comme la mort*. El que no tiene su alma cerrada por completo á toda idea superior, á todo sentimiento de honor, se entristece al leer las páginas de Guy de Maupassant, siente grima al considerar que escritores como él emplean el talento que Dios les dió, en embrutecer á la humanidad.

Pierre Loti. Luis María Julián Viaud, más conocido con el seudónimo de *Pierre Loti*, es un escritor colorista y acicalado, pero falto de verdadero genio. En su *Discurso de recepción* á la Academia, atacó de frente al psicologismo y naturalismo novelescos; por más que según carta que Zola le dirige, el nuevo académico pertenece á la escuela naturalista. Mucho llamó la atención, así de los *Inmortales* como de la prensa, el desdén con que trató á su predecesor en la Academia, Octavio Feuillet, y el empeño desmedido en elogiarse. Y cierto que hace reir á casquillo quitado ver que en su discurso hay 137 *moi*, *mon*, *mes*, y 175 *je*, amén de sus equivalentes. Su talento, no como marino sino como escritor, redúcese á pintar con tan vivos colores todo cuanto le rodea que produzca en los lectores verdaderas sensaciones cromáticas, á la manera de los Goncourt. Es un verdadero escritor mecánico. Prodiga los detalles, derrocha los perfumes, rebusca los epítetos, repite mil palabras, y abunda en frases de relumbrón. Acertado en verdad anduvo el que le comparó á un calidoscopio que agitado de contínuo presenta variadísimas figuras con simples bujerías.

Entre sus obras principales se encuentran *Mi hermano Yves*, cuadro de la vida errante y de las pasiones groseras de los marinos; *El matrimonio*

de Loti, en que pinta los encantos y la voluptuosidad de la isla Taití; *Madame Chrysanthème*, cuadro chinesco; *Aziyadé*, novela turquesca; *El fantasma de Oriente*, *Marruecos*, etc. Su mejor novela es la titulada *El pescador de Islandia*. Todas ellas son kilométricas y pesadas, así por la ausencia de pensamientos y carga de oropeles, como por falta de interés creciente y de unidad. Difícilmente puede uno leer las obras de Loti sin recordar aquellos versos de Zorrilla :

Divagador y descriptor difuso,
Productor tan sin plan como sin ciencia;

y aquellos que escribió el vate venusino con ocasión de una tormenta :

..... Mientras dura
La juvenil pujanza
A la vejez dejemos la tristura....
En vino ardiente la zozobra anega
Y ahuyenten los pesares
Pláticas dulces, *báquicos* cantares.

Todo el bello ideal de este escritor epicúreo se reduce á saciar por todos los medios posibles, siquiera sean lícitos, siquiera ilícitos, la sed de placeres que siente *la animalidad, la bestia humana.*

Michelet. Al hablar del romanticismo en la historia, dice Menéndez y Pelayo : « Así como el primitivo romanticismo, el de Walter Scott y Chateaubriand, tuvo en Thierry y en Barante sus representantes históricos, así el segundo romanticismo, el de Victor Hugo, está representado en la historia por la fantasía poderosa y desbordada de Michelet, peligrosísimo modelo en crítica y en estilo, pero uno de los más grandes poetas que en su género cabe imaginar. Este género puede caracterizarse rectamente con el nombre de fantasmagoría histórica ó visión apocalíptica de los tiempos. En toda la primera mitad de su vida literaria Michelet había cultivado la historia con propósitos científicos, y mereció bien de estos estudios. Después, sus feroces preocupaciones de sectario, exacerbadas por su separación de la cátedra que desempeñaba en el Colegio de Francia, y por su famosa campaña contra los Jesuítas, le privaron de toda oportunidad y templanza, arrastrándole á mil excesos de pensamiento y de lenguaje que afean sobre manera, y aun llegan á hacer intolerables en algunas partes, los volúmenes de su historia consagrados al Renacimiento, á la Reforma y á los tiempos posteriores. Además, su gusto, que nunca había sido puro, con la vejez llegó á extragarse monstruosamente: la intemperancia de sus ideas trascendió á su estilo, convirtiéndole en un carnaval perpetuo de imágenes barrocas y extravagantes. »

Concuerda con el citado crítico español otro crítico francés, Barbey d'Aurevilly, cuando dice : « Michelet no es verdadero historiador. Él ha convertido el pasado en esclavo de sus caprichos y se ha mostrado revolucionario hasta el punto de hacer la apología del asesinato y del Terror. La conciencia, la sinceridad, la dignidad y la justicia que son como la vida de la historia, vienen á ser en Michelet una especie de sortilegio y perversidad femenil, colorines, sensibilidad mórbida, libertinaje fisiológico, revolucionario é irreligioso, imaginación inquieta que finge ver lo

que en realidad no existe. Como Víctor Hugo, Cousin y Renán, bien que con más táctica que ellos, Michelet ha puesto sus ideas malsanas é inmorales al servicio de sus rencores políticos y de sus odios anticristianos. »

Además de sus obras históricas, Michelet compuso ciertas fantasías de *Historia Natural* y de *Política social*, henchidas de sentimentalismo y panteísmo enervador. Tales son entre otras : *El pájaro*, *El insecto*, *La montaña*, *El mar*, *La mujer*, *La hechicera*, *Los Jesuitas*. No hablemos del libro de Michelet sobre el *Amor*, que es una indecente aberración senil, indigna de su nombre, y que sólo se explica por la grosería de sus hábitos y educación primera.

Luis Blanc. Luis Blanc pertenece en cuerpo y alma á la escuela socialista, como lo demuestra claramente en su *Historia de la Revolución de 1848*. Tanto en sus discursos del Luxemburgo, como en sus peroraciones en la Asamblea Constituyente, quitándose todo disfraz y orillando todo disimulo, se esforzó en proclamar *el comunismo* ante los obreros que le escuchaban y ante la República francesa que tristemente ilusionada lo aplaudía. Su sistema, tal cual fué expuesto en su obra *Organización del trabajo*, establece ya *el comunismo* en toda su extensión, y á través de una exposición hipócrita á veces y á veces franca hasta el cinismo, pretende sancionar la tiranía del Estado, convirtiendo la organización de los pueblos en una especie de panteísmo político y social.

Renán. Ernesto Renán, miembro del Instituto de París; profesor en el Colegio de Francia; caballero de la Legión de honor; estilista idolatrado por muchos; orientalista famoso; desesperado militante; antípoda de los Evangelios y de nuestro Divino Redentor; enemigo de profecías y milagros, del culto católico externo y del sacerdocio; librepensador estrambótico é impío ; tránsfuga del Santuario; imagen acabadísima de Juliano y Settembrini; moderno Anticristo en el combate universal; nuevo Judas Iscariote, etc., nació el 27 de Febrero de 1823 en el departamento de Côtes du Nord. Se dedicó á la carrera eclesiástica, cursando teología en el Seminario de San Sulpicio, del cual le hizo salir su espíritu independiente y turbulento. Aficionado al estudio de las lenguas, aprendió con facilidad el hebreo, el árabe y el siriaco. Sustituyó á Agustin Thierry en la Academia de Inscripciones y Bellas Artes, y á fines de 1860 se le encargó una misión literaria á Siria, trayendo como fruto de su viaje el bosquejo de la *Vida de Jesús*, completada é impresa en 1863. Este libro fué traducido á casi todas las lenguas de Europa, y condenado por los Obispos en homilías y pastorales. Por él se destituyó á Renán de la cátedra de hebreo, que el sensual catedrático había convertido en cátedra de prostitución. Es un verdadero edificio de monstruosidad y de ignominia, alzado sobre la más vanidosa y vulgar sofistería, una de tantas ediciones de los errores propalados siglos hace por la incredulidad más grosera y deleznable, acerca del divino fundador del cristianismo. Renán arrebata á Jesús la santidad de su obra magnífica y reparadora, y después de despojarle de su divinidad inefable, nos le presenta como un hombre extravagante, ridículo, anarquista, revolucionario, rebelde, seductor, audaz, desesperado, materialista, etc. Baste

decir que Renán obtuvo por ella del judío Rotschild un millón de francos. Así lo ha publicado con testimonio auténtico Alejandro Dumas, testigo á quien ciertamente no se le puede tachar de clerical.

En su *Historia del pueblo de Israel*, y en general en todas sus diabólicas producciones, Renán es completamente escéptico y furibundo socialista. Parece que el ángel malo le iba endureciendo el corazón con el frío de la vejez, y sembrando nieblas en el entendimiento con el humo de la soberbia.

Ha hecho de la historia un caos profundo : en su campo no deja absolutamente nada. Su soplo ha sido devastador. ¡ Pobre Renan, dice Valera, si se le hubiese aplicado el siguiente sinapismo de Cervantes : « A los historiadores antiverídicos se les debe quemar como á los que hacen moneda falsa! »

En sus cuatro dramas filosóficos, que no son más que trabajos de zapa, y lucubraciones antievangélicas, este moderno Anticristo siembra entre flores retóricas y almibarado estilo la ponzoña de la incredulidad, corrompiendo de esta suerte un número sin cuento de almas jóvenes. De ellos dice Clarín, crítico nada sospechoso, tratándose de escritores impíos : « Los dramas de Renán, que tanto suelen valer en cierto respecto, pecan contra la naturaleza de la poesía dramática, á la cual llegan para profanarla ». Valera escribe : « *La abadesa de Jouarre*, obra tan limpia y tersa por su estilo como impura y escabrosa por el pensamiento es de asunto psicológicamente imposible y moralmente atroz de malo. Una loca desaforada puede hacer lo que Julia hizo, pero no puede hacerlo la Julia modelo que Renán quiere pintar. Y aun es peor y más absurdo el prefacio de la obra que la obra misma. Ni al diablo se le ocurre lo que á Renán. Después de arreglar á su gusto los Evangelios, añade ahora circunstancias y apéndices eróticos al *Apocalipsis*. Con el fin del mundo, según él, toda la humanidad se ha de poner rijosa y emberrenchinada como si hubiese bebido el más potente afrodisiaco, y ha de armar la más frenética y apasionada orgía para celebrar y solemnizar la destrucción del universo. »

Bien podemos concluir diciendo que la musa de Renán no es musa.

Aunque ostente galas
Y tenga también alas...
Alas tiene el murciélago y no es ave.

Sainte-Beuve. Carlos Agustín Sainte-Beuve, conocido en París hasta los 36 años de su edad bajo el pseudónimo de José Delorme, había cultivado la poesía lírica en sus mocedades, y la amó siempre con amor entrañable, prefiriéndola á todo otro género de literatura. Sus versos, mirados con desdén en vida del poeta, han tenido un renacimiento póstumo, al cual ha contribuido el celo de los *parnasianos*, que le atribuyen, y con razón, dice Menéndez y Pelayo, el mérito de gran parte de las innovaciones métricas de Víctor Hugo, que aprendió Sainte-Beuve en los libros del siglo XVI y que transmitió después al patriarca de la escuela romántica.

Celebridad más justificada adquirió con las *Conversaciones del Lunes*, colección de estudios críticos universalmente alabados por la finura de su apreciación y por la habilidad con que mezcla la biografía anecdótica

á la crítica literaria. Su estilo es picante y original, aunque algunas veces demasiado conciso y amanerado.

En sus obras se trasluce un pesimismo realista y humilde, que no puede confundirse ni con el solemne y trágico estoicismo de Alfredo de Vigny, ni con la ingenua desesperación de Alfredo de Musset, ni con la melancolía de Lamartine. En sus últimos años defendió sin ambages el ateísmo y materialismo más groseros. El mismo Napoleón III, que asistió en compañía de Flaubert, Taine y otros al banquete sacrílego que, insultando á la mayoría de la Francia, dió Sainte-Beuve el Viernes Santo (10 de Abril de 1868), vióse precisado á exclamar : « El materialismo de Sainte-Beuve me espanta ».

Murió como había vivido : es decir, como un epicúreo escéptico.

Taine. Historiador, crítico y filósofo de tendencias fatalistas, es sin duda el crítico prosista de más mérito y más espléndida brillantez de color que en su tiempo poseía la lengua francesa. En él ha habido siempre dos personalidades distintas, que rara vez han vivido en concordia y que han solido estorbarse mutuamente. Es la una el lógico intratable, apasionado de la línea recta, erizado de fórmulas y de abstracciones en las cuales pretende encajar violentamente los hechos, deformándolos á veces mediante cierto mecanismo de artificiosa y aparente rigidez. La otra es el crítico inspirador, el artista que con sus descripciones vuelve á crear las obras de arte; el paisajista asombroso para quien no han sido inefables las más tenues y sutiles impresiones de las rocas pirenaicas, ni del cielo de Italia, ni de las brumas holandesas, ni del húmedo suelo de Inglaterra; el psicólogo práctico que ha ahondado en almas tan distintas como las de Tito Livio y Lafontaine, Shakespeare y Milton, Saint-Simon y Byron, Racine y Balzac; el que ha convertido los libros de historia y de crítica en verdaderos poemas dramáticos ó novelescos.

El empeño desordenado de *hacer efecto*, que tanto aqueja á los franceses le ha hecho incurrir en muchos defectos que podemos reducirlos al abuso de color, á la acumulación fatigosa de rasgos igualmente brillantes pero no todos igualmente expresivos; á la ausencia de sobriedad, al entusiasmo ficticio y puramente literario, entusiasmo de cabeza cuando el corazón permanece frío; á la inundación de luz sin color, á la violencia sistemática, á la brutalidad refinada.

En todos los libros de Taine se hallan esparcidas sus ideas estéticas, lo mismo en la tesis doctoral sobre *Lafontaine y sus fábulas*, que en la *Historia de la literatura inglesa;* lo mismo en el *Viaje á Italia*, que en los dos volúmenes de *Ensayos de crítica y de historia;* pero de un modo más sistemático en sus cinco fragmentos de un curso de literatura dado en la Escuela de Bellas Artes. Dichos fragmentos, publicados primero en forma de opúsculos, llevan los títulos de *Filosofía del Arte*, *Filosofía del arte en Italia*, *Filosofía del arte en los Países Bajos*, *Filosofía del arte en Grecia*, *Lo Ideal en el arte*.

Considerado como estético *teórico*, su estética es puramente *histórica* é *histórica de historia social*; nunca es filosófica ni dogmática; pero entendida al pie de la letra, es una *filosofía del arte*, dentro de la cual no cabe el arte ni la filosofía.

Como historiador artístico convierte la historia en un problema de

mecánica psicológica, donde hay que considerar la *raza*, el *medio*, el *momento*; en un caso de psicología, pero de psicología determinista. Así, por ejemplo, en la *Historia de la literatura inglesa* quiere explicarnos Taine el mecanismo interior por medio del cual el sajón bárbaro llegó á convertirse en el inglés actual.

Banville. Teodoro de Banville, autor de *Las Cariátides*, *Cencerros y Campanillas*, de una colección de *Odas funámbulas* ó volatineras, etc., etc., ha sido el maestro de la mayor parte de los jóvenes líricos, dramáticos y novelistas decadentes. Su lirismo es pobre y de poco vuelo : se distingue por la ausencia de ideas. Su *Tratado de poesía francesa* viene á ser la quinta esencia de los principios románticos.

Coppée. Este colaborador del *Figaro* y de la *Revista de Ambos Mundos*, de talento jocoso y delicado, y de estilo correcto, ni sublime, ni trivial, ha publicado, entre otros libros, una colección de poemitas con el titulo de *Palabras sinceras*. Fijámonos particularmente en esta obra, por hallarse en ella reflejado el carácter distintivo de la mayor parte de las composiciones de Coppée. Versan sobre política; bien que sin pretensión alguna de aspirar al papel desempeñado por el moderno Júpiter tonante y fraguador de tormentas, Víctor Hugo, ó por el Apolo de flechas de oro, Lamartine. Su política no es audaz ni de compromiso. Él no está ni por el rey, ni por la república, sino por cualquiera clase de gobierno que le permita componer, gozar de la vida del campo y pasar el resto de la existencia en amable quietud.

Su numen poético aparece de un modo especial en los elogios que tributa á Federico III y Lamartine, en la descripción de una vía férrea, y sobre todo al hablarnos de la torre Eiffel, de ese

esqueleto
Del dios de nuestro siglo : la materia.

Las estrofas con que Coppée expresa su cólera contra ese monumento de trescientos metros, al cual él llama « gigante sin estilo ni belleza, ídolo de metal, símbolo de la fuerza bruta », son las más valientes de la colección, y aun tal vez de todas sus poesías.

Por desgracia en Coppée triunfa la poesía, y quedan por el suelo la religión y la moral. Excusado sería buscar en sus versos ni un solo pensamiento que eleve el alma y la arrebate á la contemplación del infinito. Las obras en que intenta darse aires de moralista, producen en el ánimo del lector sensato y bien nacido una tristeza semejante á la que excita la tarde de un bello día en un corazón sin esperanza.

Núñez de Arce establece entre Coppée y Leconte de Lisle el siguiente paralelo : « Francisco Coppée miembro desprendido del *Cenáculo Parnasiano*, cuya influencia solo se deja sentir en él por su refinado amor á la rima nítida y acendrada, después de haberse contado en los primeros años de su juventud entre los más fervorosos discípulos de Leconte de Lisle, fué el poeta que antes se apartó del espíritu y de los procedimientos de su maestro. Leconte de Lisle husmea su inspiracion entre los escombros del Olimpo devastado. Coppée la encuentra en la brillante

variedad de la vida contemporánea; agrádale sólo á Leconte de Lisle conversar con los dioses, á Coppée le atrae la dulce intimidad con los humildes y los desheredados de la tierra; Leconte de Lisle es impasible como la fatalidad griega, y Coppée tierno y conmovedor como un raudal de lágrimas. No levanta mucho el vuelo, pero se sostiene con cierta majestad, y si no siempre es verdadero, pocas veces deja de ser humano. »

Sully Prudhomme. Como poeta filosófico pagano es uno de los más delicados, melancólicos y profundos de que Francia se gloría; pero al exponer los grandes problemas de la humanidad, muéstrase con frecuencia tan alambicado y tan preocupado del análisis íntimo y de la ampulosidad filosófica, como las novelas del literato decadente Paul Bourget ó los ensayos metafísicos de Eduardo Rod. *Estancias y Poemas*, *Pruebas*, *Soledades*, *Los Destinos*, *La Justicia*, *El Bien*, *Vida interior*... he ahí sus principales obras.

En 1884 escribió como estético un libro sobre *La expresión en las Bellas Artes*, notable por la severidad del método y por la precisión extraordinaria del lenguaje. Se conoce, dice Menéndez y Pelayo, que el autor ha querido imponer rigurosa disciplina á su entendimiento y extremar el rigor de los conocimientos científicos. Su obra trae un valioso contingente de observaciones propias y nuevas sobre la psicología del artista.

Leconte de Lisle. El autor de los *Poemas antiguos*, *Poemas bárbaros*, *Poemas trágicos*, *Poemas y Poesías*, es uno de los últimos vástagos del árbol del romanticismo. Idólatra de Chateaubriand, de Lamartine, Víctor Hugo y Musset, no se aviene con el *naturalismo* que es á su juicio « una estupidez en teoría, y en resultado un basurero inmundo ».

Al decir de Barbey d'Aurevilly, « Leconte de Lisle se ha convertido en guión de esa poética jauría que ha dado en llamarse *Parnaso Contemporáneo*, y que se distingue por lo pueril y acicalado en la forma, y en el fondo por el más abyecto paganismo. « Leconte, dice Guyau, ha puesto en verso todas las mitologías; así la griega, oriental y brahmánica, como la finesa, escandinava, y de la Edad Media. Su poesía es glacial : á fuerza de objetivismo y panteísmo desaparece por completo toda simpática emoción. » Lo mismo viene á sostener Núñez de Arce : « Hay, dice, en la obra de Leconte de Lisle, fundada en un sistema, á mi entender erróneo, magnitud de pensamiento, corrección de líneas, riqueza descriptiva, número en el metro y abundancia en la rima; lo único imposible de hallar en ella es la vibración de la vida. No conozco en literatura alguna poesía más monumental que la que someramente juzgo; algunas de sus descripciones, acaso las mejores, parecen altos relieves de la Hélade ó de la India: sus figuras, sin músculos, sin nervios ni sangre, tienen la quietud y el pulimento de las estatuas de mármol, y cuando considero la obra en conjunto me produce el efecto que me causaría un templo magnífico en donde no habitasen ni dioses ni hombres, iluminado por un sol esplendoroso que no calentara. Confieso, pues, que este famoso escritor con su grandiosidad, semejante á la de una cumbre nevada, me impone respeto, pero no me atrae ni me seduce. »

Baudelaire. « Difícil es que nadie sea más cínico y atrozmente paradoxal que Baudelaire », dice el señor Valera ; y Guyau : « En sus *Flores del Mal* cantó el vicio. La influencia que ha ejercido en la literatura de su época ha sido enervante y desmoralizadora. »

En efecto, este poeta ultra-satánico nos dice hablando de los literatos contemporáneos : « Nosotros alimentamos los remordimientos como los mendigos la laceria : el demonio evapora nuestra voluntad; ni para el mal tenemos bríos. El que no envenena, viola, asesina ó incendia, es porque es un cobarde. Y sobre todas estas pasiones infernales que nos dominan está el fastidio, que para distraerse haría añicos la tierra, si pudiera, y se tragaría al universo de un bostezo. »

Baudelaire, juzgando que no había ni en el cielo ni en la tierra materia para poema lírico, exclamó : « Yo hallaré aún poesía, y la hallaré en donde á nadie le ocurrió jamás ir á recogerla y expresarla. » Imbuido en estos principios escribió las *Flores del Mal*, colección de disparates estrambóticos, que nadie, que esté en su cabal juicio, puede mirar con seriedad. Difícilmente puede escribirse un más lindo *Devocionario de Satanás*. Espera el autor que el Padre Eterno será vencido por el ángel rebelde, y que entonces todo irá bien, y se acabarán nuestros lamentos y nuestra larga miseria. Mauricio Rollinat, que ha venido después con sus *Abismos* y sus *Neurosis*, es un pigmeo al lado de este monstruo de maldad.

Sainte-Beuve, en carta que escribió á este poeta, le dice : « Usted se fué al infierno y se hizo diablo. Al realizar esto esmaltando los pormenores y *petrarquizando* lo horrible, ha hecho gala de su aburrimiento, de sus pesadillas, de sus sufrimientos morales ». Daudet en *Como acabó un borrachín*, nos dice : « Allí (en el cafetín) estaba Carlos Baudelaire, un gran poeta atormentado en el arte por la necesidad de lo inexplorado, y en filosofía por el terror de lo desconocido. Nadie ha traído de más lejos esas *Flores del Mal*, resplandecientes y extrañas como flores tropicales que crecen henchidas de veneno en las misteriosas profundidades del alma humana. »

ESCUELA DEL DECADENTISMO

Pablo Verlaine ha sido el principal jefe de la escuela decadentista.

A los afiliados á esta escuela, degenaración de todas las escuelas literarias, se les llama *Simbolistas* porque pretenden expresarlo todo por medio de la sugestión del símbolo ; y se les llama también *Decadentes* ó *Decadentistas* porque tomaron esa injuria que se les echó en cara, como grito de combate.

Su teoría puede reducirse á los siguientes principios :

1. El efecto genuino de la Poesía no es el de dar imágenes definidas ni ideas claras ; sino que como la música ha de producir impresiones vagas, indecisas y, con ellas, evocar fantasías esfumadas, y sumergir el alma en una especie de dulce y vago sueño.

Los medios para poder producir esos efectos, son dos : el símbolo y la sugestión musical. El símbolo no ha de ser claro y diáfano, sino intencionalmente oscuro. « Nombrar un objeto, dice Esteban Mallarmé, es

suprimir las tres cuartas partes del placer del poema, que debe desarrollarse de suerte que las ideas y las intenciones se vayan adivinando poco á poco. Sugerirlo todo : he ahí el ideal. El acertado uso del misterio es lo que en realidad constituye el símbolo; evocar gradualmente un objeto para significar un estado de ánimo, ó viceversa, elegir un objeto y desprender de él un estado del alma por una serie de deducciones. » En cuanto á la elección y combinación de las palabras según sus condiciones musicales, los decadentes no sólo exageran ese valor musical, sino que erigen en ley general el hecho accidental de audición coloreada, que es una alucinación de neurópata y que varía según las enfermedades. Arturo Rimbaud dice que es preciso convertir las vocales y diptongos en una gama de colores ó de matices, cada uno de los cuales traiga á la memoria un instrumento musical. La A corresponde al color negro; la E al blanco; la I al azul; la O al rojo, la U al amarillo : el negro es propio del órgano; el blanco, del arpa; el azul, del violón; el rojo, de la trompeta; el amarillo, de la flauta. El órgano expresa la monotonía, la duda, la sencillez; el arpa, la serenidad; el violón, la pasión, la súplica; la trompeta, la gloria y la ovación; la flauta, la ingenuidad y la sonrisa.

Para reforzar estos efectos sonoros hay que forjar como en el yunque, palabras fuertes y expresivas, y dar á las usuales y comunes terminaciones nuevas en consonacia con el efecto que han de producir; y en cuanto al metro y medida de los versos, partiendo de la base de una completa libertad, se deben usar con preferencia para dar más amplitud á la sugestión, los versos de 7, 9, 11, 13, 17 ó más sílabas, cortados en formas nuevas de 5 y 4; 5,5 y 3, etc., reemplazando con frecuencia la rima perfecta por el asonante, mezclando versos libres y repeticiones de otros versos, é intercalando hemistiquios de los más sonoros ó significativos.

Veamos un ejemplo de Verlaine :

Le souvenir avec le crépuscule
Rougeoie et tremble á l'ardent horizon
De l'espérance en flamme qui recule
Et s'agrandit ainsi qu'une cloison
Mystérieuse, où mainte floraison
— Dahlia, lis, tulipe et renoncule —
S'élance autour d'un treillis et circule
Parmi la maladive échalaison
De parfums lourds et chauds, dont le poison
— Dahlia, lis, tulipe et renoncule —
Noyant mes sens, mon âme et ma raison,
Mêle dans une immense pâmoison
Le souvenir avec le crépuscule.

El espíritu de esta escuela se puede estudiar en : F. Brunetière, *L'évolution de la poésie lyrique*, Lección 15; y en *Nouvelles questions de critique*, Paris, 1890, p. 304; H. Martin, S. J., *Névrose et Poésie*, Études, 1898, tomo 74, p. 145 y 338; J. Lemaître, *Les Contemporains*, Cuarta serie; J. M. Aicardo, S. J., *De Literatura contemporánea*, Versos y poesías, p. 384.

VI

ESPAÑA (SIGLO XIX)

RESUMEN DE LA HISTORIA LITERARIA DE ESTE SIGLO

Al comenzar el estudio de la literatura del siglo XIX, importa recordar que, hijo del precedente, fué su heredero en todas las manifestaciones del saber. Heredó sus ciencias y sus inventos, sus ideas estéticas y filosóficas. Los errores de los enciclopedistas franceses contagiaron á nuestros pensadores y la estética estrecha de Boileau y literatura escéptica y demoledora de Voltaire amamantaron por varios años á los ingenios españoles. Las letras patrias perdieron su originalidad y el sello característico de la raza, cuya inspiración había buscado hasta entonces en las fuentes purísimas de su historia y en las espléndidas manifestaciones de su fe. Hasta el siglo XVII había ejercido España su hegemonía literaria sobre Francia; pero al posesionarse la Casa de Borbón del trono de los Reyes Católicos, esta hegemonía pasó á Francia; pues sabido es, como consta por la historia, que la influencia política de una nación suele coincidir con la literaria.

No siguieron servilmente nuestros poetas á los de allende el Pirineo más que en las ideas. La forma la buscaron á su modo en nuestros escritores clásicos. Los más distinguidos fueron los que formaron en los comienzos del siglo, la escuela sevillana, brillante grupo capitaneado por su maestro D. Alberto Lista, cuyo espíritu conciliador y prudente criterio influyó en los que fueron sus discípulos.

Más lamentable era el estado de nuestro teatro. Casi olvidados de nuestros grandes dramáticos, los autores de esta época se limitaron á traducir á los franceses é italianos y á adaptar a la escena los dramas alemanes. Merced á esta decadencia, resaltaron con más brillo algunos ensayos dramáticos originales, varios arreglos de los dramas del siglo XVI, acomodados al gusto de la época y las generosas producciones de los discípulos de Moratín.

Pero tocó al romanticismo arrollar con su empuje poderoso estas manifestaciones de neoclasicismo más ó menos ingenuas y legítimas. Presentóse en el palenque literario como el paladín del principio de libertad en el arte, como rehabilitador del cristianismo estéticamente

considerado, como mantenedor del espíritu caballeresco en sus múltiples manifestacions y al propio tiempo como enemigo del ideal pagano y de su preceptiva ó, mejor dicho, vino á protestar contra la interpretación de los preceptos clásicos dada por la escuela francesa.

Nacida esta escuela en Alemania, transplantada á Francia, en donde halló entusiastas cultivadores, no menos que en España, dió en la península flores y frutos de variadas calidades.

Algunos periódicos y revistas tomaron su defensa y vindicaron la memoria de los grandes dramáticos, los poetas se inspiraron en nuestros vates antiguos, estudiaron las épocas pasadas y la nueva escuela llegó á ser universalmente aceptada.

El estudio de su desenvolvimiento es difícil de resumir aquí, por lo complejo. Bastará decir ahora, que estuvo al servicio de la religión y de la impiedad, que cantó las edades pasadas llenas de fe y la presente atea y descreída; fué optimista y pesimista, subjetiva y objetiva y siempre idealista.

Aparecieron entonces legiones de poetas, tímidos unos y otros audaces y rebeldes á toda disciplina literaria. Afectaron éstos desconocer toda educación académica, persiguieron la originalidad, se ocultaron en las sombras del misterio, y, hasta buscaron en el traje descuidado, en la melena intonsa y en la vida bohemia, la admiración del vulgo para atraer sobre sí el calificativo de *genio.*

Cuando pasados los primeros arrebatos de la novedad, se serenaron los ánimos, muchos autores equilibrados, que habían militado en el campo de los clásicos, cultivaron con acierto el romanticismo nacional, traducido en novelas á lo Walter Scott y en poesías y dramas legendarios.

Otros poetas se aplicaron á la descripción festiva de las costumbres, ya en prosa ligera, ya en sátiras y comedias en verso; mientras otros, algunos de ellos discípulos de Alberto Lista, y como él, enemigos de los extremos y violencias, y á quienes los desaforados engendros de algunos románticos corfirmaron en su criterio clásico, intentaron la fusión de ambas escuelas.

En los estudios de teoría estética nuestros literatos siguieron servilmente á los franceses, y cuando sacudieron su yugo, descubrieron casi todos la falta de preparación y crítica necesarias para dirigir por buen camino los pasos del arte literario. De aquellos que influyeron con acierto en las letras, hablaremos en su propio lugar.

Pero pasó el romanticismo, como todo lo humano, primero el francés en 1848 y luego el español.

A partir de este instante, los literatos se dividen en innumerables grupos, partidarios todos de un eclecticismo desorientado. Se inspiran unos en los modelos franceses, otros imitan á Heine, algunos pocos fundan su lirismo sobre la base de la naturalidad y sencillez. Campoamor, Tassara, Nuñez de Arce y otros cultivan la lírica filosófica y social, el neoclasicismo resucita de nuevo, y finalmente, Ayala y Tamayo resuelven en la dramática el difícil problema de combinar con acierto el clasicismo con el romanticismo. Aparece luego el romanticismo epiléptico de Echegaray y Cano, la novela de costumbres reflorece en Fernán Caballero, el idealismo templado y el realismo sano á la española, tiene en España discretos cultivadores, hasta que aparece en Francia el naturalismo zolesco con sus *documentos humanos* y sus *trozos de vida.* Aún

colean los imitadores de esta literatura de burdel en la península; pero la muerte de esta funesta escuela está cercana, como murió con Zola su novela en Francia.

Otros derroteros sigue al presente la lírica española. A la zaga de los parnasianos franceses del 1866, y cuando éstos envejecieron y se cansaron del refinamiento de su arte arqueológico, brotaron como una erupción, multitud de poetas, serviles imitadores de los parisienses. Han tomado como nombre de batalla los de *simbolistas*, *estetas*, *decadentes*, *impresionistas*, *instrumentistas*, apodos distintos, concretados por el vulgo con el de *modernistas*. Son sensualistas ideales ó idealistas sensuales. « Toda su poesía — dice Lemaître, al hablar de la moderna — es un conjunto de inquietud moral y espíritu de crítica mezclado de sensualidad. » Escriben para los iniciados: aunque han resucitado muchas palabras arcaicas, porque cuadra bien á su lenguaje sibilino, la elocución y la sintaxis de estos novadores son más francesas que españolas y nuestra rica lengua sufre entre sus manos pecadoras torturas de muerte. No es posible augurar qué escuela acabará con este gongorismo cursi, tan refinado en los efectos y sentimientos.

LOS POETAS NEOCLÁSICOS

El primer poeta neoclásico español del siglo XIX es D. Manuel José Quintana, nacido en Madrid en 1772. Erraría quien quisiera incluirle en alguna escuela literaria de los tiempos pasados. Si estudió nuestros clásicos, y en especial al fundador de la escuela sevillana, Fernando de Herrera, fué para tomar el lenguaje robusto y la entonación solemne del maestro. No puede llamársele por consiguiente, poeta clásico á la manera española, sino á la manera de Voltaire, cuyo espíritu bebió en sus obras, de cuyas ideas hizo alarde y predicó toda su vida.

Fué, pues, un filósofo cortado por el patrón del siglo XVIII, educado en los principios de Voltaire, Raynal, Turgot y Condorcet. En sus primeros años, como la mayor parte de los poetas jóvenes, cantó al amor y á la hermosura; pero desdeñando el género bucólico de su candoroso maestro Meléndez, hizo gala de un erotismo malsano, y celebró el placer de los sentidos y la hermosura de la forma plástica. Estos sentimientos materialistas, hijos de sus ideas filosóficas, no le permitieron comprender las bellezas que encierra el amor espiritualista y cristiano, delicado y pudorosamente ingenuo en sus conceptos.

Su tragedia *El duque de Viseo*, escrita en 1801, obra inspirada en el *Castle Spectre* (*El fantasma del castillo*), de Mateo G. Lewis, carece de mérito, como también su oda *A Juan de Padilla*. En esta obra, á vueltas de una versificación sonora y entonación robusta, abomina de la historia gloriosa de España, calumnia á sus héroes y desconoce las grandezas de nuestro siglo de oro.

Igual censura merece su oda *A la expedición española para propagar la vacuna en América*. En esta composición llama crimen á la obra civilizadora de la conquista del Nuevo Mundo. Es injusto y falta á sabiendas á la verdad en su oda dialogada *El panteón del Escorial*. Vense desfigurados en esta obra el invicto Carlos V y el Rey Prudente y derrama sobre los Austrias toda la hiel del sarcasmo. Son dignos de elogio los sublimes

arranques de su oda *Al mar* y su canto *A la invención de la imprenta*, aunque deslucido por algunas alusiones impías contra la obra civilizadora de la Iglesia.

Al apoderarse de España las tropas de Napoleón, despertó el patriotismo de Quintana, y por una feliz inconsecuencia, evocó las glorias de otros tiempos, para enardecer á los españoles en sus luchas contra el invasor. Descubrió entonces su alma española y encubrió las aberraciones de su espíritu sectario. y nuevo Tirteo, puso en su lira la cuerda patriótica é hizo enmudecer por un tiempo la que le había hecho abominar de toda la historia pasada. Como poeta lírico en la sabia acepción de la palabra, los sones de su lira llegaron sólo á los oídos de los que se movían en las regiones del poder y de la influencia social. Nunca fué el cantor del pueblo sublevado, porque sus arranques poéticos y sus canciones guerreras no estuvieron al alcance de los desconocedores del arte literario. Fué por consiguiente poeta nacional á medias y nunca intérprete del entusiasmo bélico de las muchedumbres; que si lucharon y vencieron, debióse á su propio heroísmo, encendido por los poetas anónimos del pueblo y por las predicaciones del clero secular y regular.

Si introdujo una fraseología nueva, fué porque la novedad de sus ideas le forzaron á buscar nuevas formas de expresión. En medio de sus frases grandilocuentes é inspiradas, se notan en sus versos innúmeras incorrecciones, prosaísmos y locuciones vulgares, bastantes galicismos y un decir amanerado que descubre su falta de espontaneidad Prueba de este último defecto es la costumbre que tenía de escribir en prosa sus composiciones, que después traducía en verso.

Gozó de larga vida, y al triunfar sus ideas en el gobierno, vivió siempre rodeado de honores y tuvo la honra, no concedida en España hasta entonces, de ser coronado públicamente en el palacio del Senado. Murió el 11 de marzo de 1857.

Menos inspirado que Quintana fué D. Juan Nicasio Gallego, nacido en Zamora el año 1777 y muerto en Madrid el de 1853. Adorador idólatra de la forma, voló por más bajas alturas que Quintana, por su exagerado empeño en limar sus odas, por el afán de esmerar su dicción y alambicar sus pensamientos. « Quintana, dice el P. Blanco García, empieza por sentir antes que pensar, y Gallego piensa antes de sentir; conmueve aquél más pronto y más hondamente; hace éste percibir á los lectores cultos el placer de más íntima y acendrada belleza. »

En sus odas se descubre el estudio, pero sin afectación, y acertó al escribir poco, pues le fué más fácil con esta precaución imprimir en sus trabajos un sello más marcado de perfección, no exento de incorrecciones, mérito que le ha conquistado el renombre glorioso de que goza, dignamente merecido.

Una de sus mejores obras lleva por título *A la defensa de Buenos Aires*, en la segunda invasión inglesa. Americanos y españoles rivalizaron en los prodigios de valor cívico y guerrero. Hay en la composición rasgos valientes de grandilocuencia patriótica y notas vibrantes de entusiasmo bélico.

El Dos de Mayo es su mejor elegía. Aunque los pensamientos de esta oda carecen de novedad, con todo, la maravillosa pompa de su dicción poética, el lujo de las imágenes y el tono lúgubre, y enérgico á la vez, sostenido en toda ella. rivaliza con las mejores elegías de los clásicos.

Dos elegías más escribió nuestro poeta, *A la muerte de Doña Isabel de Bra-*

ganza y *A la muerte de la Duquesa de Frías*, dignas de elogio por lo exquisito de su lenguaje, por la factura intachable de los versos, llenos, rotundos y sonoros, cualidad exclusiva de la escuela herreriana.

Al lado de estos dos maestros, brillaron también otros poetas que pertenecieron á la Academia de Letras Humanas de Sevilla, fundada por D. Juan P. Forner. Es el primero, Manuel de M. de Arjona (1771-1820). Versado en las letras griegas, latinas y modernas y admirador entusiasta de Horacio, trabajó para dar al lenguaje poético la sobriedad de su modelo, lográndolo en la traducción que hizo de la oda *Odium Divos*, versión escrita en metro análogo al del original y con igual número de estrofas. Escribió también poesías bucólicas á la manera de Meléndez y algunas odas de argumento religioso. *Las ruinas de Roma* es un poema largo y monótono, recargado de erudición de segunda mano.

El pensamiento de esta obra es pagano del todo. No debió olvidar el sacerdote poeta que sobre las ruinas del viejo paganismo se levanta triunfadora hace veinte siglos la cruz que redimió al mundo.

Pertenece también á esta escuela el desgraciado José M. Blanco (Wite), sacerdote apóstata y poeta inspirado. En su oda *A Carlos III* imitó la de Herrera *A Don Juan de Austria*. Recuerda á Quintana en *El triunfo de la beneficencia*; en *Una tormenta en el mar*, descubre el estado de su alma amargada por los remordimientos y por el recuerdo de los seres que amó en vida. Escribió en inglés el bellísimo soneto que comienza *Mysterious Night*. Tradújolo al castellano Rafael Pombo, poeta colombiano, y es como sigue :

Al ver la noche Adán por vez primera
Que iba borrando y apagando el mundo,
Creyó que, al par del astro moribundo,
La creación agonizaba entera.
Mas luego, al ver lumbrera tras lumbrera
Dulce brotar y hervir en un segundo
Universo sin fin... vuelto en profundo
Pasmo de gratitud, ora y espera.
Un sol velaba mil; fué un nuevo oriente
Su ocaso, y pronto aquella luz dormida
Despertó al mismo Adán pura y fulgente.
¿Por qué la muerte al ánimo intimida?
Si así engaña la luz tan dulcemente,
¿Por qué no ha de engañar también la vida?

Alberto Lista fué sacerdote sevillano (1775-1848). Por largos años ejerció su magisterio poético sobre la juventud de su tiempo, y sus poesías sirvieron de modelo á los numerosos discípulos que formó. Fué afrancesado, y como tal, sufrió destierro. Perteneció al grupo no escaso de los literatos sacerdotes que simpatizaron con las ideas de allende el Pirineo. Como educador literario de la juventud, y encerrado en los estrechos límites propios de toda escuela, coartó el vuelo de la propia inspiración, y después el de los discípulos. Sólo en una composición desplegó del todo las alas de su religiosa fantasía, en *La muerte de Jesús*. Acaso no haya otra más inspirada de este asunto en castellano. En las demás composiciones religiosas le falta la espontaneidad, el fuego lírico que anima al poeta cuando no está impedido por los rigorismos de la forma académica. Su misticismo dista muchas leguas del de S. Juan de la Cruz, aunque puso

empeño en imitarle. Tampoco acertó en los cantos heroicos ni en sus poesías doctrinales y moralizadoras. Más alabanzas merecen sus traducciones de Horacio, aunque faltas de la sobriedad de su modelo. Es más bien un buen intérprete del pensamiento, que fiel en la versión. Mejores son sus traducciones del Petrarca y de Tasso, y algunos versos de Lista superan á los originales.

Pero fué incomparable en la forma externa. Conocedor como pocos del lenguaje poético de la escuela de Herrera, lo hizo suyo y lo enriqueció con caudales propios. En todas sus obras aparece la difícil facilidad, la diafanidad de expresión que suplen la carencia de inventiva.

Sus *Lecciones de literatura española*, compendio de sus lecciones y de su experiencia, son una defensa de los estudios clásicos, de nuestra dramática del siglo de oro.

Otro sacerdote, y también sevillano, hemos de añadir á la gloriosa pléyade de los partidarios de Herrera, D. Félix José Reinoso (1772-1841). En competencia con Alberto Lista escribió un canto titulado *La inocencia perdida*, que es su mejor obra. Sus octavas reales descubren al artífice para quien la forma tiene la docilidad de la cera.

Sólo se resiente la obra, como dice el P. Blanco, de « la falta de interés dramático y el descuido de hacer aborrecible á los ojos de Eva el aspecto del tentador, y los imperdonables atrevimientos del lenguaje » que no han de atribuirse, sin embargo á la pobreza de la rima, sino al ejemplo de Herrera, cuyos neologismos exceden en número á los de su imitador. De esta obra dijo Quintana : « La dicción es generalmente noble y escogida, el estilo animado y poético, los versos sonoros y armoniosos. Jamás la bella y difícil versificación de la octava se ha visto en estos últimos tiempos manejada tan superiormente. »

Menos feliz estuvo en sus composiciones sueltas. En sus dos elegías *A la muerte de Ceán Bermúdez* y á la de Alcántara Sotelo, abatió el vuelo de la fantasía, por querer filosofar demasiado; y en sus poesías bucólicas se muestra con todos los defectos de este género literario, cuando no es sincero, y sin los aciertos de Meléndez.

No merece perdón de su patria por haber redactado el desdichado *Examen de los delitos de infidelidad á la patria, imputados á los españoles bajo la dominación francesa*.

Pertenecieron á esta escuela, aunque brillaron con menos luz propia, José María Roldán, enfático, y declamador; Fransciscо de P. Crespo, empalagoso cantor de amores; Manuel M. del Mármol, buen versificador en su *Romancero*, pero bucólico relamido; José Marchena, exaltado demagogo, á pesar de su carácter sacerdotal, emigrado en Francia por sus ideas liberales, mejor traductor que autor, más erudito que poeta, ramplón en la forma, rara vez inspirado, y que tuvo la audacia de proponer sus poesías como dechado de perfección clásica; Francisco Sánchez Barbero, poeta desigual en el estilo, exagerado en los afectos y excesivamente descriptivo : es recomendable en sus obras satíricas.

La proclama del solterón, escrita por José de Vargas Poñce, es de un mérito indisputable. Obra satírica á la española, escrita con la sal y el donaire de un andaluz de buena cepa, y aunque la forma métrica usada es la tiránica de la octava real, se mueve el poeta con el desenfado y libertad del que es dueño de la rima.

Las odas patrióticas *Los defensores de la patria*, la *Profecía del Pirineo*

y *El Dos de Mayo* de Juan B. Arriaza (1770-1837) están llenas de entusiasmo bélico contra el invasor Napoleón. Ni Gallego ni Quintana se desdeñaran de tenerlas por suyas. Sólo un defecto resalta en ellas: la facilidad del poeta, impaciente en el enojoso trabajo de la lima.

En sus poesías bucólicas se aparta de la ñoñez en que cayeron muchos de sus contemporáneos; y en sus sátiras, aunque inofensivo en el fondo, es atrevido en la frase.

La labor literaria de Javier de Burgos (1778-1848) se limitó á la traducción en verso de las odas, epístolas y sátiras de Horacio. Es la mejor versión que poseemos en castellano. Aunque fué objeto de censuras, por negarle los críticos las cualidades propias del estilo poético, estuvo acertado en la mayor parte de las versiones. No fué un simple gramático al traducirlas; hizo más, penetró en el alma del poeta de Venusa é interpretó sus sentimientos con fidelidad y maestría. Tiene además algunas poesías originales de relativo mérito.

Estos son los principales poetas de la escuela sevillana. No terminaremos nuestro breve estudio, sin recordar que, prescindiendo de sus defectos, trabajaron todos con laudable empeño por el florecimiento de las letras patrias, cantaron con sinceridad de convencidos, aunque no siempre, las glorias de nuestra fe, enriquecieron el lenguaje poético y prepararon el triunfo del majestuoso verso castellano.

No todos los poetas de este tiempo siguieron la senda que les trazara Fernando de Herrera. También el P. León tuvo en esta época sus imitadores. Fué un enamorado de la escuela salmantina el correctísimo José Somoza, apacible poeta, en cuyas obras, principalmente en las tituladas *Al río Tormes* y *El sepulcro de mi hermano*, se respira el ambiente lírico de su modelo. Sin embargo se resienten del frío escepticismo del autor y de la época.

José Mor de Fuentes fué un erudito y muy conocedor de las lenguas europeas. Incansable en el trabajo de biblioteca, estudió á los clásicos, sobre todo á Horacio, que conoció á fondo é interpretó con maestría. Pero escaso de numen poético y con tendencias culteranas, escribió *Las estaciones* y *Bilbao*, en donde luce á cada paso su mal gusto.

La poesía sagrada está representada en este tiempo por el docto traductor de los libros poéticos de la Biblia, Tomás González de Carvajal. Con ser andaluz y contemporáneo de Lista y de su escuela, tomó por modelo al P. Maestro Fray Luis de León. Aunque fiel en la traducción, y á pesar de haber seguido muy de cerca las huellas luminosas del admirable traductor salmantino, no pudo comunicar á sus traducciones el misticismo del original, ni la vida intensa y afectuosa que sabe comunicar á una versión el traductor que siente lo que traduce.

DRAMÁTICOS NEOCLÁSICOS

Mientras la escuela sevillana y otros poetas independientes unían sus esfuerzos para levantar la poesía lírica á la altura en que la hemos visto al estudiar el primer tercio del siglo XIX, la dramática se hallaba en un período tal de decadencia, que sólo las audacias de la futura escuela romántica fueron capaces de volverla á la vida.

Dejando aparte los generosos esfuerzos de Quintana, autor de *Pelayo* y

El duque de Viseo, de Sánchez Barbero, en la tragedia *Coriolano* y en el melodrama *Saúl*, y los ensayos dramáticos de María Rosa Gálvez titulados *Alí Bek*, *Blanca de Rossi* y *Florinda*, y alguna que otra comedia de costumbres; la literatura dramática vivía de los arreglos del alemán y el francés y de las traducciones del dramaturgo italiano *Alfieri*. Por este tiempo despertó en algunos literatos el amor á nuestro teatro nacional; pero con gran falta de respeto pusieron sus manos pecadoras sobre tanta joya y las profanaron sacrílegamente con arreglos intolerables y parodias ridículas.

Cándido Trigueros refundió el *Sancho Ortiz de las Roelas* y púsole por título *La Estrella de Sevilla*, arreglo en el cual no faltan los aciertos. No así en *El anzuelo de Felisa*, en que estuvo poco feliz.

Dionisio Solís entró á saco en el teatro de Alfieri, en el antiguo español y en el de Shakespeare. Del poeta italiano imitó el *Orestes* y *Camila*. Aunque buen traductor del poeta inglés, desfiguró los tipos de este teatro y mutiló los originales shakesperianos. Tradujo del francés á Ducis y á Chenier en *Zeidar* y *Juan de Calas*.

Gallego llevó al teatro la traducción que hizo de *Oscar de Arnault*, obra mejorada por la sonora versificación del vate zamorano. El gran trágico español Isidoro Máiquez en el papel de *Oscar* inmortalizó su nombre y el de Gallego.

El *Agamenón* de Lemercier halló en Eugenio de Tapia un excelente traductor. Tiene otras obras originales ó traducidas : *La madrastra*, *Un falso novio y una niña inexperta* é *Idomeneo*, y el libreto de dos óperas : *El califa de Bagdad* y *El preso y el aparecido*.

Los tiempos de libertad desenfrenada que corrían en la península eran propicios para repetir en la escena española las declamaciones contra la tiranía del trágico Alfieri. Con el título de *Roma libre* arregló el presbítero Antonio Saviñón la tragedia *Bruto* del poeta italiano.

Es vivo en el diálogo, patético en las interrupciones, y con un acierto superior al que tuvieron los traductores de su tiempo, supo ennoblecer con el verso castellano los fogosos períodos del drama original. En *La muerte de Abel* de Saviñon consiguió un triunfo más en su carrera artística el gran actor Máiquez.

Arrastró también por este tiempo una vida lánguida la comedia de costumbres. Apenas hallaremos un autor que sacudiendo el yugo de la imitación extranjera, estudiase nuestras costumbres para plantear un conflicto, sin pedir prestada á los extranjeros la trama de una acción teatral. Fueron más los arregladores que los originales.

Ocupa el primer lugar por sus cualidades cómicas Manuel Eduardo Gorostiza (1789-1851), mejicano, aunque vivió en España la mayor parte de su vida. Fué literato y político.

Sus obras son hijas de una atinada observación de la realidad: sus chistes inagotables y casi siempre de buena ley. En sus diálogos rebosan la gracia y la travesura.

Los personajes por demasiado cómicos propenden á la caricatura.

Pretendió fundir los procedimientos de Lope de Vega con los de Moratín. Esta pretensión aparece en la variedad de rimas que introduce en los diálogos. *Indulgencia para todos*, su mejor comedia, es una fina sátira contra los que juzgándose sin defectos, se constituyen en censores de los defectuosos.

De Javier de Burgos, el traductor de Horacio, y del aragonés José Mor de Fuentes sólo diremos que su erudición estuvo reñida con su arte de hacer comedias. Uno y otro fueron autores de obras medianas que duermen al presente el sueño del olvido.

EL ROMANTICISMO LÍRICO Y DRAMÁTICO

Hemos expuesto en los preliminares á la literatura española del siglo que estudiamos, los caracteres del romanticismo, escuela que participó más del deseo de sacudir el yugo neoclásico francés que del estado social de España en la época de su aparición. Fué un retorno á lo castizo, á la vieja poesía popular, nunca absorbida por el clasicismo del siglo XVI; antes bien esta tendencia estuvo al servicio de la rica literatura nacional. No negamos tampoco que en este resurgimiento influyó notablemente el arte romántico extranjero, con sus múltiples y variados elementos.

Al principio, como toda nueva escuela, se presentó con timidez, porque el arte, como la naturaleza, no obra por saltos, antes va poco á poco y por transiciones. Pero se enardecieron los ánimos con las polémicas habidas entre los conocedores de las literaturas extranjeras y los neoclásicos aferrados á sus preceptos de escuela. Dieron á conocer los eruditos en la península las alabanzas tributadas á nuestro teatro del siglo de oro, por los críticos de allende el Pirineo; trasladaron otros á nuestra lengua los principios sostenidos por los románticos franceses, ingleses y alemanes y tradujeron sus obras, y el gusto por la novedad, el patriotismo despertado con las alabanzas, la esterilidad cada vez más infecunda de la escuela entonces reinante y el espíritu de rebeldía que estaba en el ambiente de aquel período de revueltas, contribuyeron á las victorias de la naciente escuela, hasta obtener con el *Don Álvaro* el triunfo definitivo sobre los neoclásicos.

Lucharon de una y otra parte el crítico alemán Böhl de Fáber, padre de Cecilia (Fernán Caballero) y algunas revistas literarias; Alcalá Galiano, contradictor al principio, de la nueva manifestación estética y defensor acérrimo de ella más tarde; Eugenio de Tapia y Mesonero Romanos, Alberto Lista, Agustín Durán y Juan Donoso Cortés.

¿Cuál era, para los literatos de entonces, la esencia y los principios del romanticismo?

Alberto Lista, en la primera lección de su *Literatura Española*, explicada en el Ateneo de Madrid, decía: que siempre se ha entendido por clásico « lo que es perfecto en su género », y así llama con este nombre á Shakespeare « á pesar de que se le mira como el jefe del drama romántico » y por romántico « todo lo que se asemeja al mundo ideal que se finge en la novela (*roman* en inglés) ». Explicando luego otra acepción de ambas palabras, llama clásicas á las literaturas griega y latina y romántica á la de los tiempos medios. Las primeras embellecieron la naturaleza con imágenes y sólo reflejaron « sentimientos comunes y conocidos de la humanidad », y las pasiones y afectos carecían de fisonomía individual. La segunda reprodujo pasiones individuales. Mayores son las diferencias entre ambas escuelas, dado el influjo del principio religioso que informó á la romántica. « La primera pintó al hombre exterior y desconoció las

luchas entre la pasión y el deber; la segunda al interior, y la lid entre el hombre de la razón y el hombre de los sentidos. »

Agustín Durán defendió solamente el romanticismo tradicional (*romantismo* le llamaba) al que más tarde apellidó histórico.

Donoso Cortés, en su estudio titulado : *El clasicismo y el romanticismo*, afirma ser ambas escuelas legítimas, representando la primera á las sociedades antiguas y el romanticismo á la poesía de las sociedades modernas. Ambas se diferencian profundamente entre sí; pues la primera se distingue por la riqueza de las imágenes y la perfección de las formas, y la segunda por la profundidad de las ideas y la elevación de los sentimientos. Y dice más : afirma « que el romanticismo, considerado filosóficamente, lejos de ser incompatible con el clasicismo, es su legítimo, su necesario complemento, así como las sociedades modernas son el complemento de las sociedades antiguas ». « Hay una belleza que es propia de las ideas, y una belleza que es inherente á las formas. Los antiguos sólo conocieron la segunda. El cristianismo no vino para negarla ó para destruirla, sino para completar la noción de lo bello, revelándonos la primera. » « No es verdad, como quieren los clásicos, que se aprenda todo en Virgilio : pero, sí es verdad, que Virgilio, con los pensamientos de Dante, ó Dante, con las formas artísticas de Virgilio, serían el tipo acabado, inimitable, ideal de lo sublime y lo bello. »

Hemos transcrito estas citas del gran Donoso, para adjudicar al catolicismo la gloria de ser el inspirador del arte romántico, tomado en su recta significación, no obstante el carácter revolucionario é impío que ofrecieron las obras de sus partidarios en España. Estas manifestaciones contrarias al romanticismo sano fueron productos de la época en que se desarrolló, no naturales consecuencias de su espíritu cristiano. Las manifestaciones románticas españolas, salvo honrosísimas excepciones, fueron la caricatura del romanticismo legítimo.

La tendencia romántica presentóse al principio con alguna timidez. La evolución iba verificándose lentamente.

Varios son los poetas, en esta primera época, de los cuales no puede afirmarse que militaran en uno de los grupos contendientes.

Uno de éstos es Bartolomé J. Gallardo (1778-1853), maligno autor del *Diccionario crítico-burlesco*, volteriano protervo, que recibió el condigno castigo de sus impías sátiras de la chispeante pluma del *Filósofo Rancio* (P. Alvarado). Las sátiras en verso de Gallardo carecen del chiste y donaire en que abundan las que escribió en prosa. Sólo una canción, que él llamó romántica, tiene algún mérito.

Mayor lo tiene Juan M. Maury (1772-1845), erudito algo pedantesco, pero más artista que Gallardo. Nació en Málaga, estudió en Francia y completó sus estudios en Inglaterra. Viajó por Italia y fijó finalmente su residencia en París. En 1808 publicó el canto épico *La agresión británica*. Sirvióle de argumento el apresamiento alevoso de cuatro fragatas españolas por igual número de fragatas inglesas, en aguas de Cádiz. En este encuentro perecieron la esposa y siete hijos de D. Diego de Alvear, salvándose del desastre otro hijo, Carlos Antonio, que se había trasladado de la *Mercedes* á la fragata *Medea*. Aunque algo amanerado en el estilo, tiene una versificación brillantísima y, en algunos trozos, mucho sentimiento. Es reprensible el poeta por haber introducido el *maravilloso*, á semejanza de los poetas griegos y latinos, aunque supo su buen gusto

salir triunfante de la novedad. En París publicó la *Espagne poetique*, colección de poesías castellanas, traducidas en versos franceses. En Francia se alabó con justicia este trabajo y España le quedó agradecida. Escribió también el poema fantástico *Escero y Almendoro*, en doce cantos, obra que recuerda á Ariosto, y en donde los personajes estan idealizados en tanto extremo que más parece la obra libro de caballería que poema moderno.

Al eminente crítico Señor Menéndez y Pelayo debe el joven poeta catalán Manuel de Cabanyes la gloria de que goza en la república de las letras patrias. Es el más horaciano de los vates españoles. Defensor de la libertad bien entendida y verdadero clásico, obligó al idioma castellano, tan refractario á la sobriedad del poeta venusino, á decir mucho en pocas palabras y á ceñirse á la idea más que á cincelar la frase. Y como la rima castellana fué para el poeta un obstáculo que impedía su vuelo lírico, suprimió la métrica esclavizadora y optó por imitar á Horacio, acercándose en lo posible á la métrica latina. Para gustar de la poesía de Cabanyes hay que cerrar los oídos al ritmo duro de sus versos y á la combinación arbitraria de sus estrofas, prescindir de los neologismos, que inventa, para ser más conciso, y atender solamente al fondo, preñado de pensamientos poéticos, lleno de entusiasmo lírico y de rápidas transiciones. Sólo en una cosa se parece á los románticos, cuya aparición preludia; en haber roto con los exclusivismos de escuela. Los versos de Cabanyes se resisten por estas cualidades geniales, á toda imitacion. *La independencia de la poesía*, *La misa nueva*, *A Marcio* y *El cólera morbo asiático* son sus más inspiradas obras.

El noble autor del magnífico apóstrofe á la América latina, D. Bernardino Fernández de Velasco, duque de Frías, fué un poeta de inspiracion desigual y difusa. Aun en las poesías dictadas por su amor á las glorias de la vieja España, deslíe demasiado los pensamientos y se entretiene en descripciones menos necesarias. Sólo en su oda *A las nobles Artes* se encierran bellezas de primer orden, sobre todo en el apóstrofe que comienza :

Gentes que alzáis incógnita bandera

y que termina con aquel pensamiento que tiene los caracteres de una profecía :

Mas ahora y siempre el argonauta osado
que del mar arrostrare los furores,
al arrojar el áncora pesada
en las playas antípodas distantes
verá la Cruz del Gólgota plantada
y escuchará la lengua de Cervantes.

Más tarde, cuando prescribió el romanticismo en la literatura española, el duque de Frías, partidario del romanticismo historico, escribió la leyenda *Don Juan de Lanuza*. El estilo de esta obra es brillante y los versos castizos, llenos y sonoros. Este autor mereció bien de la patria porque fué el *Mecenas* generoso de los poetas de su tiempo.

Los caracteres de transición que hemos señalado en la poesía lírica, aparecen también en las producciones dramáticas. Comenzó á manifestarse en una *Colección de comedias escogidas del teatro antiguo español*.

publicadas por Gorostiza, Durán y otros, al mismo tiempo que los hermanos Augusto C. y Federico Schlegel daban á conocer en Alemania los dramas de Calderón de la Barca; pero contrarrestaban estos esfuerzos generosos los dramones absurdos y espeluznantes, imitados del francés, tan del gusto del público ignorante.

Mariano José de Larra y Francisco Martínez de la Rosa ensayaron en dos dramas esta literatura de transición. *La conjuración de Venecia* de Martínez tuvo por fin, como escribe el P. Blanco García, « unificar intereses opuestos, dando apariencias mansas á la revolución para hacerla más estable y menos odiosa ». *El Macías* de Larra muestra un carácter indeciso y, á despecho de su autor, el drama es del todo romántico. La obra es defectuosa en los caracteres, faltos de verdad; en las escenas, que pecan de melodramáticas; en el diálogo antinatural y en la versificación incorrecta y forzada. El maravilloso prosista nunca pasó de una medianía en el manejo del lenguaje poético.

Cuanto escribió para el teatro Martínez de la Rosa (1788-1862) participa de su temperamento ecléctico, enemigo de exageraciones y dogmatismos. Nació en la poética Granada y carece su ingenio de la exuberante fantasía de los meridionales. Pero su buen gusto era refinado, más por el constante estudio que por naturaleza. Su estilo fluye con facilidad, grata á los sentidos: pero nunca arrebata por su vehemencia. « Tiene — dice Menéndez y Pelayo — forma correcta sin ser perfecta, retórica sin ser clásica, racional sin ser profunda, algo tautológica, enervada por los epítetos, las amplificaciones, la adjetivación vaga y las frases hechas. »

Los versos de su juventud no pasan de la medianía, sólo tienen el mérito de la facilidad. Cantó en versos á lo Quintana á *La segunda defensa de Zaragoza*, mas en ellos faltan la entonación y los arrebatos líricos del maestro. En las restantes poesías, fuera de la *Epístola al Duque de Frías en la muerte de su esposa*, en que hay rasgos de sentimiento, el epitalamio *La novia de Pórtici* y alguna otra escritas con vigor y animación, más resaltan las dotes de elegancia, apacibilidad y dulzura, que las de fuerza y brillantez poéticas.

Poco después de escrita *La conjuración de Venecia*, estrenó en Cádiz el juguete cómico *Lo que puede un empleo*.

Imita en él á Moratín y la acción es sencillísima. Antonio Saviñón le dió á conocer el teatro de Alfieri, al cual imitó en *La viuda de Padilla*, y como al enemigo en las tablas de los tiranos abstractos — gran pecado de Alfieri — le sirvió à Martínez el argumento de su tragedia para zurcir en ella una invectiva política. Falseó la historia, suponiendo en los personajes un amor á la libertad, á la manera de los revolucionarios del tiempo presente. Con el mismo desconocimiento de las costumbres de aquella época de fe, hace suicidar á la protagonista.

Por sus ideas liberales sufrió el destierro en el Peñón de la Gomera, y vuelto á España, se afilió al partido moderado, en el cual figuró hasta el fin de su vida. Dió á las tablas *La niña en casa y la madre en la máscara*. Algunos años después *Los celos infundados ó el marido en la chimenea* y *La boda y el duelo*, comedias moratinianas, con pretensiones moralizadoras y faltas de verdadera poesía en la dicción y en los sentimientos. Desterrado en París, dió á luz su *Poética*, calcada en la de Boileau, en las doctrinas literarias bastante rígidas, é injusta al hablar de los dramas de Calderón. En esta obra discute y se inclina por las tres unidades dramá-

ticas. Es el mejor traductor y comentador de la *Epístola* de Horacio á los Pisones.

Arrastrado por el influjo de Víctor Hugo y seducido por sus triunfos, fué poco á poco desviándose de los principios literarios que había defendido, y escribió en francés *Aben-Humeya*, que tradujo después al castellano, obra que pertenece del todo á la escuela romántica. En ella se descubre al paciente artista que estudia la época antes de componer el drama. Hay verdad y energía en los caracteres, vida exuberante en los cuadros de conjunto y efectos sorprendentes en las situaciones dramáticas.

En *Edipo* imitó directamente el de Sófocles. Superó á todos los imitadores extranjeros, acercándose más que ningun otro á la sencillez de esta tragedia sin par. Baste decir en elogio de Martínez de la Rosa que logró conmover con tan viejo argumento al público de su tiempo.

Adolece sin embargo la obra de algunos defectos. Es algo sentimental, contra el carácter entero y vigoroso del drama griego y en los coros desfigura el sentimiento moral que tiene la voz de las muchedumbres, intérprete de la voz de Dios. Escribió después hasta su muerte la hermosa comedia *El español en Venecia ó la cabeza encantada*, imitación de nuestro antiguo teatro, y *Amor de padre*, obra melodramática y sentimental, y que nunca se representó. Su vida política y literaria siguieron un camino paralelo. Moderado en sus últimos años en política, de carácter complaciente, privadamente honrado y bueno, tuvo la desdicha de ocupar el mando cuando en el año 1834 ocurrió la matanza de los frailes. Los hombres le juzgaron inocente de este crimen. En la tribuna fué orador elegante, en Gaeta consoló á Pío IX y su muerte fué la de un cristiano en el año 1862.

Intentemos ahora dar noticia del triunfo definitivo del romanticismo español. D. Angel de Saavedra, duque de Rivas (1791-1865), nació en Córdoba. Durante la guerra de la Independencia luchó en Bailén y en Ocaña. Conoció en Cádiz á Quintana, Gallego, Arriaza y Martínez de la Rosa, y con su ejemplo, y merced á sus naturales dotes de poeta, dió en algunas poesías que compuso gallardas muestras de lo que había de ser después. De fantasía poderosa y enamorado de las glorias de su casa, escribió después de algunos ensayos pastoriles, *El paso honroso* en octavas reales, en donde celebra las hazañas de su ascendiente Suero de Quiñones. Á pesar de sus defectos de forma, contiene el poema hermosas descripciones y rasgos geniales de inspiración. Su preceptiva era aun la de los neoclásicos, como se advierte también en la tragedia *Ataulfo*, en *Aliatar*, *Doña Blanca*, *Lanuza* y en otras producciones de esta época. En el destierro ensanchó los límites de su horizonte poético, rompió con los clásicos, leyó á Byron, y desde las costas británicas escribió la *Despedida* ó *El Desterrado* y luego *El sueño del proscrito*, en las cuales descubre ya su orientación hacia los ideales románticos. En la hermosa oda *Al faro de Malta*, Saavedra rompió del todo con sus antiguos maestros, y desde esta fecha se presenta como el primer campeón de la nueva escuela, si exceptuamos alguna que otra composición.

El Moro expósito tiene ya todos los caracteres de la leyenda romántica. De ella dice el P. Blanco García, « que ni en su carácter, ni en su argumento, ni en su material estructura, se parece á la epopeya clásica. El carácter es novelesco, con mezcla de elevación lírica; el argumento es

tradicional y legendario y la estructura desusada, mas no irregular y caprichosa ». Su argumento se refiere á la trágica muerte de los infantes de Lara. Córdoba, la ciudad árabe, y Burgos, la ciudad cristiana, sirven de grandioso escenario al desarrollo del poema. El mayor mérito de esta obra está en los pormenores, en los episodios y descripciones, y su profusión oscurece, por lo brillante, la hermosura del conjunto. Por otra parte la acción es escasa y los caracteres son en general abocetados y faltos de individualidad.

¡Los romances históricos! ¿Quién no ha devorado en pocas horas aquellas páginas de octosílabos y endecasílabos sonoros, elegantes y llenos de brío, sin hallar un tropiezo en su armoniosa estructura, y que cantan las glorias de la vieja España, las leyendas del pueblo, las crueldades y justicias de Pedro I, la altivez del conde de Benavente y otros cien episodios en que la descripción minuciosa no embaraza la acción, antes la destacan con mayor fuerza sobre el fondo luminoso de una reconstrucción arqueológica, llena de verdad y encanto?

Réstanos decir algo de su mejor obra, *Don Alvaro ó la fuerza del sino*. Fué este drama el más atrevido reto lanzado contra el neoclasicismo decadente. Suprimió las unidades dramáticas, multiplicó los personajes, — sin contar los frailes, los soldados, los hombres y mujeres del pueblo y los mendigos que no hablan, figuran en el reparto treinta y siete personas, — mezcló la prosa con el verso con innecesaria arbitrariedad. Algunos críticos han juzgado este drama como una reproducción del fatalismo griego, en que una cadena de crímenes va arrastrando al protagonista al abismo de la desesperación; al paso que otros, como el señor Cañete, se esfuerzan por ver patente la idea cristiana, mostrando que D. Alvaro ha escogido libremente el camino que le despeña en su propia desdicha, sin que le falte el gran poder de la divina misericordia. Muy escondida está dicha idea en este drama, de cuya representación sale el espectador más bien horrorizado y convulso, que aleccionado con el escarmiento.

Por otra parte son muchas las casualidades que van empujando al desventurado héroe hasta la sima del barranco, sin que la providencia acuda paternalmente á socorrer con su gracia al suicida.

Después del triunfo alcanzado con esta obra, todas las que escribió hasta su muerte, fueron desdeñadas por Saavedra, á pesar de ser dignas de su autor.

Desde la aparición del Don Alvaro, el romanticismo dramático caminó de victoria en victoria. La obtuvo muy señalada Antonio García Gutiérrez con su drama *El Trovador*.

Nació el poeta en Chiclana (Cádiz) en 1813, y murió en 1884. Sintió desde niño vocación por la poesía, y aunque estudió medicina por voluntad de su padre, su espíritu aventurero y sus sueños de poeta le llevaron á Madrid. Mas al principio le fué adversa la fortuna, viendo rechazada su pretensión de representar dos comedias: *Una noche de baile* y *Peor es hurgallo* y dos tragedias, *Selim, hijo de Bayaceto*, y *Fingal*. Escribió por entonces *El Trovador*, que también vió rechazado.

Estos fracasos le hicieron abrazar la milicia; mas desde el instante en que obtuvo su primer triunfo con este último drama, gracias á la protección que le dispensó Espronceda, García Gutiérrez trocó la espada por la pluma, que no dejó hasta su muerte. Larra en un artículo analizó el drama y lo dió por bueno. « El poeta, dice, ha imaginado un asunto

fantástico é ideal, y ha escogido por vivienda á su invención el siglo XV; halo colocado en Aragón y lo ha enlazado con los disturbios promovidos por el conde de Urgel. Con respecto al plan, no titubearemos en decir que es rico, valientemente concebido y atinadamente desenvuelto. La acción encierra mucho interés, y éste crece por grados hasta el desenlace. Sin embargo diremos que hay en el drama algunas situaciones que no se explican; pero el conjunto es grandioso, tiene momentos verdaderamente dramáticos y la versificación es encantadora. Como Saavedra, mezcló el verso con la prosa, llevado de la imitación y movido del deseo de protestar contra los rigores clásicos. La moral sale en este drama mal parada, pues sufre los atropellos sentimentalistas de dos amantes que tienen en poco el decoro.

Sus tres mejores dramas históricos: *Simón Bocanegra*, *Juan Lorenzo* y *Venganza catalana*, aventajan á *El Trovador*, á pesar de que el público aplaudió este último con mayor entusiasmo.

Simón Bocanegra, el bravo dux de Venecia, está lleno de episodios dramáticos y sus múltiples acciones darían argumentos para varios dramas. *Juan Lorenzo* es el revolucionario que no ve el alcance de sus predicaciones, y al secundar sus planes, el pueblo ignorante y engañado, se siente envuelto por la corriente avasalladora de la revolución, y al querer reprimir los ímpetus del pueblo irritado, perece en la empresa.

Trasladóse García Gutiérrez á Méjico para buscar en aquel clima y ambiente la inspiración que necesitaba en su poema *La conquista de Nueva España*. Pero este poema y un drama, *Roger de Flor*, los perdió en un incendio.

Vuelto á España, reconstruyó su perdido drama *Roger de Flor*, titulándole *Venganza catalana*. No es fácil olvidar el dramático contraste que ofrece un pueblo decadente y acobardado y el grupo de aventureros catalanes y aragoneses, llenos de valor arrogante; el traidor Miguel Paleólogo y el noble y confiado Roger de Flor; la enamorada María, fiel esposa de Roger y vengadora de este caudillo cuando cae asesinado por el puñal de Circón y la celosa Inés, llena de astucia femenina y orgullosa de su raza. Cincuenta y seis representaciones sucedieron á su estreno y cada noche vió coronada su hermosa obra García Gutiérrez con entusiastas aplausos.

Con ser su temperamento dramático, quiso escribir también comedias y logró su intento con tanto éxito, que son contadas aquellas en que la crítica ha tenido que poner algún reparo. El número de sus composiciones teatrales llega á sesenta y dos, traducción algunas de ellas del francés.

Citaremos algunas: *Afectos de odio y amor*, *Los millonarios*, *La bondad sin la experiencia*, *Dos á dos* y *El grumete*.

El inspirado compositor Emilio Arrieta puso en música ocho de las zarzuelas de García Gutiérrez.

Aunque colmado de méritos y de honores en la última época de su vida, no tuvo ociosa nuestro poeta la pluma. Dió al teatro su lindísima comedia *El grano de arena* y publicó algunas composiciones líricas notables.

García Gutiérrez es digno de todo elogio por el acierto que tuvo en apartarse de una escuela decadente y mantenerse en los justos límites de la nueva, sin dejarse arrastrar por sus exageraciones. Su sano realismo no le llevó hasta hacer triunfar las pasiones de la razón, como otros

románticos hicieron, y fué casi siempre moral. La hermosura de sus versos, y la acertada combinación de los metros y el corte de la frase sobria y valiente en los diálogos, descubren al poeta de buen gusto, superado por muy pocos.

Brilló al mismo tiempo que el autor de *Juan Lorenzo*, un poeta de humilde origen, ebanista de oficio en su mocedad, Juan Eugenio Hartzenbusch (1806-1880), refundidor discretísimo de Calderón y Rojas y traductor esmerado de Voltaire y Alfieri. Su primera obra original consagróle autor dramático de primer orden. La conocidísima leyenda de Diego Marsilla é Isabel de Segura, dramatizada por algunos ingenios españoles, en las manos de Hartzenbusch tomó los caracteres de tragedia inmortal.

Por respirar el poeta el ambiente social de su época, teatro de odios violentos y pasiones encendidas, no pudo sustraerse á su influjo y dió á las tablas *Doña Mencía*. La España antigua con sus caracteres enteros, honrados y llenos de fe cristiana, aparece en esta obra, falsificada. También es inverosímil el suicidio de la protagonista, al reconocer en su esposo nada menos que á su padre. En aquellos tiempos de fe, no era frecuente buscar en el suicidio la solución de un conflicto; y no es pintar una época, suponer este crimen como encarnado en las costumbres. Este mismo pecado de lesa patria cometió en *Alfonso el Casto*. Arrepentido Hartzenbusch de haber escrito estas obras y dócil á las observaciones de los críticos, volvió al buen camino que le había llevado al triunfo con *Los amantes de Teruel*, y escribió *La Jura de Santa Gadea*. Superó á Guillén de Castro y á su imitador Corneille. Baste decir en elogio de esta obra que el *Cid* de Hartzenbuch es del Romancero, arrogante, enamorado y épico.

En *La Madre de Pelayo* continuó el autor por el buen camino, interrumpido en mala hora con *Doña Mencía*. De más precio que la citada es *La ley de raza*; y aunque el asunto y la época le ofrecían grandiosos conflictos en la lucha de dos razas, afeó su obra con una trama complicada sin darle el debido desarrollo.

El mal apóstol y el buen ladrón es un auto patético, aunque algo confuso. Refundidor acertado, imitador de Moratín, autor de tres obras de magia : *La redoma encantada*, *Los polvos de la madre Celestina* y *Las Batuecas* y de algunas fábulas muy lindas, puede decirse de este poeta que abarcó todos los géneros literarios y que de todos fué gallardo cultivador.

Al estudiar al Duque de Rivas, lo presentamos como el triunfador en la escena sobre el neoclasicismo decadente; pero el romántico por esencia en su vida y en sus obras, aquella, atormentada por las vehemencias de un carácter indómito y apasionado y éstas, reflejo de su azarosa vida, fué José de Espronceda. Nació en Almendralejo (Badajoz) en 1810.

Discípulo de Alberto Lista y revolucionario audaz desde muy joven, gastó, al decir de sus biógrafos, los bríos de su juventud en desenfrenados placeres, que le acabaron la vida en 1842. Por estar afiliado á la sociedad secreta *Los Numantinos* y ser temible, por su temperamento exaltado, le desterró el gobierno de la corte; y encerrado en un convento de Guadalajara compuso el poema *Pelayo*, del cual sólo quedan algunos admirables fragmentos. Emigró después á Portugal, Francia é Inglaterra, cuyas literaturas estudió con entusiasmo. Idólatra de Byron, aunque original en sus producciones, dió á luz en 1840 la primera edición de sus

poesías, eco fiel de su atormentada vida, cautiva entonces en las redes de un amor torpe, y exageradamente irritada contra las injusticias de la sociedad. En sus obras escarnece ó blasfema, llora ó se mofa de su propio dolor, canta á los miserables sin engrandecerlos y el placer vedado y maldice á los poderosos.

D. Félix de Montemar, el héroe de *El estudiante de Salamanca*, es el tipo del disoluto, sin ley que le entrene. Su *Canto á Teresa*, admirable poema que comienza por un amor idílico, que después se trueca en culpable y termina con el siguiente pareado :

Truéquese en risa mi dolor profundo....
Que haya un cadáver más ¿qué importa al mundo?

Sarcasmo cruel, grito diabólico del amor sensual, trocado en odio contra la víctima. La desigualdad de su último poema *El diablo mundo*, descubre al poeta, genial en la concepción, pero descuidado al delinear los caracteres, que escribió cuadros soberbios, cuando el soplo inspirador agitaba su volcánica fantasía ó trazaba sin arte, bocetos de brocha gorda, cuando le impulsaba su escepticismo. En este estado anímico, frecuente en él, se burla de todo, aun de sí mismo, con aquel humorismo pesimista que inspiraba á Enrique Heine y á otros autores más modernos. Su influencia en la juventud de su tiempo fué funestísima. El alma se aflige al ver á este autor derrochar el soberano ingenio que recibió de Dios, para arrastrarle por el lodo de la tierra. Reunió en sí todas las perfecciones y todos los defectos de la escuela romántica y debe considerársele más bien como representante de una época, que como fiel intérprete del carácter de un pueblo.

La literatura tradicional y legendaria llegó á su apogeo con el inspirado José Zorrilla (1817-1893). Es su patria Valladolid. Hizo sus primeros estudios en el *Colegio de Nobles* de la corte de España, bajo la dirección de los PP. de la Compañía, los cuales aplaudieron muchas veces los juveniles ensayos poéticos del futuro trovador. Llegó á ser en el colegio primer galán, en los arreglos que de los dramas antiguos hacían los PP., y en aquellos modestos ensayos, se inició en el arte difícil de la lectura, que tantos triunfos le conquistó más tarde, cuando recitaba sus propias poesías.

Salido del colegio, fué puesto por su padre á estudiar la carrera de leyes; pero así como en el colegio había descuidado todo estudio serio, para entregarse furtivamente á la lectura de sus poetas y novelistas favoritos; también en la universidad se cansó de *las Pandectas*, para entregarse con entusiasmo al estudio de la historia patria, en lo que tiene de caballeresco y legendario. Se extasiaba ante las maravillas arquitectónicas de Valladolid y Toledo, dibujaba las ruinas y ante ellas improvisaba sus versos. Cansado del estudio, huyó á Madrid, llevando en su fantasía los gérmenes de cien leyendas. De su aparición como poeta en la corte, da cuenta en aquellos versos :

Nací como una planta corrompida
al borde de la tumba de un malvado.

Este desgraciado, más bien que malvado, fué el suicida Larra.

Desde esta fecha Zorrilla comienza á seguir el camino de la gloria, que

anduvo hasta el fin de su vida, honrado de todos, menos de la fortuna, que le fué adversa; desgracia muy común entre los poetas.

Hablando ahora de él, como literato, diremos que nunca fué verdadero lírico. La musa de Zorrilla divaga caprichosamente: ya se remonta en alas de su inspiración, rara vez subjetiva, ya desciende á menudas y triviales descripciones; ora fantasea una magnífica leyenda, ora mezcla en ella una fábula ó un cuento, resultando maravillosa, vulgar, atrevida, indolente, sublime, extravagante y siempre irregular.

En su último libro en prosa *Recuerdos del tiempo viejo*, se juzga con extremada dureza y opina que sólo tiene dos obras acabadas: *Margarita la tornera*, leyenda bellísima escrita á raíz de la muerte de su madre, y el drama *Traidor, inconfeso y mártir*, del que dice que es « su única obra dramática pensada, coordinada y hecha según las reglas del arte; sus dos primeros actos están confeccionados maestramente, y tengo para mí que por ellos tengo derecho á que mi nombre figure entre los de los dramáticos de mi siglo ». Fué ayudado en cinco escenas de esta obra por José M. Díaz. Es el protagonista *el pastelero de Madrigal*, presunto D. Sebastián, el desaparecido en Alcazarquivir. El carácter del héroe es grandioso, y sostenido hasta el fin con un interés siempre creciente.

Tampoco perdonó á su drama *D. Juan Tenorio*. Muchas veces, de palabra y por escrito, en prosa y en verso, execró este engendro de su fantasía. Esta obra es la que manifiesta por entero el carácter de toda la poesía de Zorrilla. Al ensalzar el valor personal de su héroe y su impiedad arrogante, que se rinde y trueca en religiosidad por las vehemencias de un amor puro, enalteció las cualidades y defectos más característicos del pueblo español. Verdad es que sus procedimientos no fueron muy ortodoxos, que hace blasfemar á D. Juan contra el cielo y la tierra; pero en ese mismo atrevimiento, que condenamos como católicos, no dejamos de ver que el héroe adquiere una grandeza satánica que despierta el interés y arrebata á los espectadores. Zorrilla al condenar su obra, dice que la comenzó sin reflexión « sin saber á punto fijo lo que iba á pasar, entre quiénes iba á desarrollarse la exposición »; « continuada en medio de evidentes contradicciones y terminada con un arrepentimiento súbito y por ende mal preparado ».

El carácter de los protagonistas de sus dramas restantes tiene rasgos de semejanza con el de D. Juan Tenorio.

Muchas páginas habríamos de escribir si quisiéramos enumerar los títulos de sus composiciones. Con la intuición del poeta, más que con el estudio del sabio que investiga, trazó Zorrilla sus bellísimas leyendas. Por esta resurrección artística de la antigua España llevada á cabo en un período de la historia contemporánea, en que la mala fe de los liberales abominaba de las grandezas de otras edades, porque fueron cristianas, es digno nuestro poeta del agradecimiento de todo buen español. Con las consejas recogidas de los labios del pueblo, con argumentos viejos, tratados ya por los vates de otras épocas ó fantaseando argumentos nuevos, trazó las poéticas creaciones que repetía de memoria el pueblo ó recitaban los actores en el teatro.

Este amor á la patria y á la fe de sus mayores campea en sus *Cantos del trovador*.

Para terminar nuestro rápido estudio sobre Zorrilla, hemos de decir que, salvo alguno que otro lunar en un corto número de poesías, no

arrastró su musa por los lodazales del vicio, ni holló con sus versos las creencias cristianas; antes bien ostenta en todas sus obras amor entusiasta por la patria que le vió nacer y por su fe religiosa, como quien se inspiró desde niño en los monumentos y tradiciones de su tierra y en la devoción del pueblo. Fué un poeta dotado de sobresalientes cualidades, que resplandecen á despecho de sus mismos delirios y muchas incorrecciones.

Granada, su último poema, que dejó inconcluso, es un tesoro de poesía oriental, una espléndida ostentación de la riqueza de nuestra hermosa lengua y un brillante alarde de las variadas combinaciones de nuestra rima. España entera aclamó á su poeta y le coronó en la Alhambra con el oro que arrastran las aguas del Darro.

Antes de que el romanticismo triunfara en las tablas, Antonio Gil y Zárate (1796-1861), refractario á los principios de la nueva escuela, alcanzó algunos laureles en *La comico-mania*, *¡Cuidado con las novias!* y *El entrometido*, comedias muy aplaudidas. Pero el Don Alvaro de Rivas decidió al autor á cambiar de procedimientos, y dió al teatro el engendro romántico *Carlos II el Hechizado*. Fué esta obra la *Electra* de aquellos tiempos revueltos. Las algaradas populacheras se contaron por el número de las representaciones. Este es el único mérito de tan malhadada obra. Sus personajes son aborrecibles por lo falsos, pues contradicen la verdad histórica. Amargado por los remordimientos, el autor la reprobó muchas veces, y en un diario publicó su retractación, pocos días antes de su muerte. En las restantes obras dramáticas que escribió *Rosmunda*, *Un monarca y su privado* y algunas más, encubrió su espíritu sectario. Adolecen estos dramas de alguna incorrección y descubren la poca habilidad del autor en hacer revivir las edades pasadas. Más estudio hay en *Guzmán el Bueno*. Nada se encuentra en él digno de reprensión, el plan bien trazado, nobles y verdaderos los sentimientos, felicísimas las situaciones.

Figuran también en la escuela romántica los hermanos José y Salvador Bermúdez de Castro. El romanticismo del primero gusta de las escenas macabras y el segundo es el primer cantor en España, de la duda.

Julián Romea el actor, dramático en las tablas y lírico en sus versos. Su buen gusto le apartó de las exageraciones románticas y le acercó á la equilibrada inspiración de los clásicos. En presencia de la naturaleza fué subjetivo y en sus romances históricos y cantos religiosos aparece como poeta estimable.

El llamado *vidente de la tribuna*, Juan Donoso Cortés, escribió en su juventud hermosísimos versos. *La muerte de la Duquesa de Frías*, que á tantos poetas inspiró, dióle á Donoso argumento para una elegía, que compite con las de otros autores, en sentimiento y perfección. *El cerco de Zamora*, canto épico, abunda en incorrecciones.

Algunos versos de Nicomedes Pastor Díaz (1811-1863) están llenos de vehemencia, pero afeados por su tono declamatorio; y en otros canta la tristeza, aunque á veces el lector duda de la sinceridad del poeta.

Pedro de Madrazo (1816-1898) escribió lo suficiente para demostrar que no había nacido poeta. En cambio, por largos años fué una autoridad como arqueólogo.

Miguel de los Santos Alvarez (1818-1892) tiene mucha semejanza con el que fué su más grande amigo, Espronceda. En su poema *María* es lúbrico y, por ende, repugnante.

Antonio Ros de Olano, natural de Venezuela y valiente general en la campaña de África, escribió versos de algún mérito descriptivo, si bien pagó tributo al romanticismo de mal gusto.

Compañero de Zorrilla é imitador fidelísimo de su estilo y continuador de algunas de sus obras, fué José Heriberto García de Quevedo. Aunque su lenguaje poético fluye como agua clara, adolece de algunas incorrecciones. Son sus mejores obras *La fe cristiana* y *Un cuento de amores*; éste último comenzado por Zorrilla.

De Juan de Arolas sólo diremos, que sus poesías orientales, caballerescas y amatorias desdicen, por su sensualismo, del estado que profesó por un tiempo en una orden religiosa.

En las orientales aventajó á todos los que cultivaron este género en España; en las caballerescas le superó Zorrilla. Su erotismo malsano contagia al lector por la viveza de sus imágenes provocativas. En cambio en las religiosas, pocas por desgracia, el calor del entusiasmo se difunde en cada verso, y aunque de mérito relativo, participan de la entonación de un canto bíblico.

La senda trazada por el duque de Rivas, García Gutiérrez y Hartzenbusch, fué seguida por otros autores menos discretos. Por lo que sus obras sirvieron en general para desacreditar una escuela, peligrosa siempre, cuando el entendimiento no regula ni contiene los vuelos atrevidos de la imaginación. Citaremos entre otros á Eugenio de Ochoa, autor de obras originales y refundidor de las entonces más aplaudidas del teatro francés; á Joaquín Francisco Pacheco, poeta mediocre y autor del drama *Fray Luis de León*, en donde la verdad histórica anda por las nubes; al amanerado Patricio de la Escosura caprichoso introductor de rimas y combinaciones reñidas con la espontaneidad que reclama el diálogo; á José María Díaz, poeta fácil, pero que convierte el teatro en un campo de muertes, asolamientos y fieros males; y á Eusebio Asquerino, cuyo carácter batallador y sectario se manifiesta en sus dramas, los cuales le sirvieron para hacer propaganda antisocial y revolucionaria. De los que restan, bastará citar los nombres : Ramón de Navarrete, Ignacio García Ontiveros, Juan Ariza, y algunos poetas de provincia, muy aplaudidos en su propia tierra.

No desentona en el numeroso grupo de románticos juiciosos, antes lo embellece, la poetisa Gertrudis Gómez de Avellaneda, nacida en Puerto Príncipe (Habana, 1816-1873). Ingenio masculino, dotado de la fantasía y sensibilidad de su sexo, pero equilibrado por un entendimiento poco común. Su buen sentido la apartó en todas sus obras, de la imitación de los románticos exagerados. Puso al servicio del drama su alma cristiana y española. *Alfonso Munio*, su primera tragedia, la aproxima más á Quintana que á los románticos ; pero como éstos, fué vigorosa en los caracteres y en la nobleza del estilo. Su sensibilidad de mujer y su numen lírico le inspiraron *La hija del rey René*, *Oráculos de Talía* y *La hija de las flores*. En su magnífica obra *Baltasar* derrochó los tesoros de su fantasía oriental, para trazar un espléndido cuadro bíblico, lleno de bellezas soberanas. Este cuadro grandioso sirve de fondo á la melancólica figura del rey Baltasar, hastiado de la vida y sus placeres. Este rey, sin ventura, es hermano carnal de Hamlet y de Segismundo.

En la poesía lírica siguió primero las huellas de Quintana y, después, las de los románticos franceses. Es su lirismo altisonante y robusto

cuando imita á Quintana en sus odas patrióticas. En las religiosas arde la llama de la fe más sincera y se acerca como nadie á la magnificencia de la poesía bíblica. La flexibilidad de su talento le facilitó la imitación de los maestros de opuestas escuelas, y, en todas sus obras aparece, ora apasionada y vehemente, ora apacible y tranquila y siempre inspirada.

Carolina Coronado (1823-1911) comparte con la Avellaneda los laureles de la poesía. Sus hermosísimos versos descubren las intimidades de un alma cristiana, sus misterios y sus penas. De esta poesía subjetiva brota la melancólica ternura, el inefable candor de que están impregnadas todas sus composiciones. Embelesan, por su mística inspiración, los bellísimos cuartetos de *El amor de los amores.*

LA NOVELA ROMÁNTICA

Como los demás géneros literarios, la novela de esta época, llegó de la otra parte de los Pirineos. Carecía la penínsnla de autores, y el público apacentó sus ocios en los libros mal traducidos y peor impresos, de los novelistas franceses, entre otros Chateaubriand. Poco después circularon con universal aceptación las maravillosas novelas de Walter Scott, á pesar de las infames versiones hechas, no del original inglés, sino de traducciones francesas. Las obras de Walter Scott estimularon á nuestros literatos, y con más ó menos acierto, pero nunca superando al gran maestro, se inspiraron en las épocas caballerescas de la historia de España y escribieron un casi infinito número de imitaciones. Es el primero, Ramón López, autor de *Los bandos de Castilla, Kar-Osmán, La catedral de Sevilla* y otras. Síguele Estanislao Vayo, cuyas producciones son *Grecia, La conquista de Valencia por el Cid, Zulema y Gazul, Juan y Enrique, reyes de Castilla.* Aunque el lenguaje de estas novelas es escogido, no se descubren en ellas grandes cualidades.

El doncel de Don Enrique el Doliente, debido á la pluma de Larra, encierra el mismo argumento que su drama *Macías.* Pero la novela es mejor en su forma externa, porque su prosa es la del genial autor de los artículos críticos y humorísticos. No se puede decir lo mismo de su argumento. En la obra citada se transparenta el autor, víctima de su propio corazón. Por eso hay en ella conflictos patéticos y situaciones apasionadas hasta el delirio y amores frenéticos, que arrastran á los dos amantes á conculcar toda moral. Es en cambio laudable el empeño que puso en retratar la época en que se desarrolla la novela.

También Espronceda se ensayó en el género. *Sancho Saldaña,* personaje de los tiempos de Alfonso X, no pasa de ser una obra mediana. El gran lírico desconoció los severos preceptos del arte de novelar. Bastará decir en defensa de nuestro aserto, que los editores desglosaron esta obra de las colecciones poéticas de Espronceda.

El flexible talento de Martínez de la Rosa le llevó á escribir una novela bastante pesada por la mucha erudición con que la acota. *Doña Isabel de Solís, reina de Granada,* este es su título, se cae de las manos una vez se han leído los primeros capítulos. La acción y su desenlace se adivina; no hay lucha de pasiones ni pintura de caracteres, y el estilo es, aunque castizo, amanerado.

Más hermosa es la novela de Enrique Gil, titulada *El Señor de Bembibre.*

La triste historia de unos amores forma el argumento de esta obra. Como poeta que sentía las bellezas naturales, hermoseó la narración con descripciones dignas de la pluma de Walter Scott.

Escribió la Avellaneda tres novelas : *Sab*, *Guatimozín* y *Espatolino*, todas ellas revestidas de aquel ropaje magnífico con que engalanaba las creaciones de su fantasía. *Sab* encierra las esplendideces de los paisajes cubanos. *Espatolino* es fruto de lecturas heterodoxas, aunque purificadas por la cristiana pluma de su autora. En otras novelitas de menor importancia se entró por los mundos ideales de la fábula mitológica, y trazó páginas hermosas.

Las novelas de Manuel Fernández González hallaron en el pueblo innumerables lectores. Aún las reparten por entregas los editores de España. La fecundidad de su inventiva fué prodigiosa. Pero obligado á escribir sin previo estudio, para satisfacer la ávida curiosidad de su público, encerró en sus innumerables obras toda la fantasmagoría de los libros caballerescos y todas las aventuras de bandidos y rufianes más ó menos auténticos.

Su imitador Enrique Pérez Escrich fué también ídolo del pueblo ignaro, y sus concepciones, llenas de vulgaridades, marcan el grado de cultura de sus lectores. Sus protestas de catolicismo y tal cual personaje pío presentado en sus libros engañaron á muchos y le conquistaron el favor de no escaso público cristiano. Apenas hay novela de este autor en que no aparezca un duelo, y nunca para reprobarlo.

Citaremos también á Nicomedes Pastor Díaz y su obra *De Villahermosa á la China*; á Antonio Flores autor de *Fe, Esperanza y Caridad*, novela llena de exageraciones y de cuadros pavorosos, imitados de Eugenio Sué; á Ayguals de Izco, novelista de folletín, tétrico y absurdo, el cual dominado del espíritu docente, se erigió en defensor del proletariado, al que presenta como víctima de todos los crímenes de la burguesía; á Francisco de Orellana con su *Perla del Turia*, *Isabel I* y *Los pecados capitales*; á Manuel Ibo Alfaro, Antonio Hurtado, Vicente Barrantes y otros muchos de escaso mérito. A este grupo de novelistas de *á cuartillo*, como se decía entonces, pertenecen también Torcuato Tárrago y Mateos, Ramón Ortega y Frías, Julio Nombela y Florencio L. Parreño.

Ni faltaron mujeres que cultivaron el género noveleseo, entre otras : María del Pilar Sinués y Angela Grassi; pero en sus obras se descubre un ingenio femenino lleno de sensiblerías, y muchos afectos y caracteres falsos.

AUTORES CÓMICOS

En la época de mayor efervescencia romántica, vivió Manuel Bretón de los Herreros, sin que su numen se contagiara con las morbosas producciones de aquella escuela y sin que le sedujeran los indiscutibles triunfos de los grandes maestros románticos. Fué una figura solitaria en medio de aquella literaria revolución, consecuente con su temperamento cómico, y que entendió como nadie, ser su misión, la de desarrugar el entrecejo del público que asistía á la representación de los dramas truculentos de la época. Nació Bretón en Quel, provincia de Logroño (1796-1873). En un lance personal quedó tuerto, y esta desgracia le dió no pocos temas para sus inagotables chistes. Sus primeros ensayos líricos,

aunque ligeros é imperfectos, le sirvieron para fijar su inclinación y vocación hacia los temas festivos, y para adquirir la facilidad y gracia de que rebosan sus comedias posteriores. El revuelto estado político de la nación española le suministró argumentos para hacer reir a la sociedad de su tiempo, y por ser Bretón liberal, convirtió en blanco de su maleante pluma á los carlistas y á los frailes. Aunque satírico, nunca pasó su látigo fustigador de la epidermis de los vicios que censuraba. La necesidad de ganarse el pan le forzó á traducir del francés muchos dramas y comedias, en las cuales, ni alcanzó fama, ni ganó dinero. Pero estos ensayos le dieron el dominio de la rima. Fué moratiniano en su primera obra original *A la vejez, viruelas*, mas desechando muy luego los andadores, corrió en las siguientes con la libertad y el desembarazo de su propio ingenio. Su fuerza cómica es intensa é inconfundible; sus chistes inagotables; pero los caracteres de sus comedias traspasan con frecuencia los límites de lo cómico y degeneran en caricaturas. No aplicó su talento á estudiar á fondo los caracteres, ni complicó las situaciones; pero le sobró ingenio para desenvolver argumentos endebles y vulgares, en escenas de una comicidad plástica. *A Madrid me vuelvo* (1828), *Marcela* (1831), *Me voy de Madrid* (1835), *Muérete y verás* (1837), *Ella es él* (1838), *El pelo de la dehesa* (1840) y otras muchas, reflejan á maravilla las costumbres de la época. En *La batelera de Pasajes* (1842), hermoso cuadro de la vida militar, ahondó hasta la perfección en el estudio de la naturaleza humana. Igual habilidad manifestó en *La escuela del matrimonio*, obra que anuncia la aparición de la alta comedia, llevada hasta la perfección por Ayala y Tamayo. Las obras de Bretón son de las que no mueren. Podrán no representarse ya, porque el gusto sigue al presente por otros caminos; pero mientras se hable el castellano, los chistes y los personajes de este autor formarán las delicias del lector más lego.

A Bretón de los Herreros síguele Tomás Rodríguez Rubí (1817-1890), natural de Málaga, político del partido moderado y autor de comedias muy estimables. Como Bretón, entretuvo al público con las gracias de sus versos festivos. Consagró después su pluma al teatro, cultivando todos los géneros : la comedia de costumbres, las imitaciones de la comedia antigua, las políticas, los dramas trágicos é históricos, las comedias de corte moderno y los cuadros y sainetes. Aunque asistió al nacimiento del romanticismo, su temperamento equilibrado y su espíritu observador le inclinaron á los estudios del natural, hechos sobre las costumbres de su época, las cuales reflejó con sin igual maestría. Aun en los dramas históricos, se desvió de las fantásticas creaciones del romanticismo, y humanizó más los caracteres, librándolos del lirismo exagerado. Buena prueba es de lo que decimos, la serie de dramas que compuso : *Alberoni ó la astucia contra el poder*, *La corte de Carlos II* é *Isabel la Católica*. No poca parte tuvo Bretón en esta tendencia de Rubí. Sus comedias, cuya estructura es sencilla siempre, se desenvuelven en un ambiente lleno de verdad, porque son una copia fiel, aunque siempre artística, de los modelos vivos. Cada figura es un estudio exacto, en cada escena va retratando progresivamente la índole de los personajes que intervienen en la obra, aunque sin pretender nunca crear un carácter que sintetice una pasión ó un vicio.

La complejidad de sus tipos es la que ofrecen los hombres, con sus grandezas y pequeñeces, en la vida real. Por esto fué tan aplaudido en su

tiempo y gozarán sus obras una juventud eterna. Si á estos méritos añadimos el gracejo chispeante de sus diálogos vivos y animados, la versificación fácil y el lenguaje castizo, podremos afirmar que Rodríguez Rubí es el primer autor cómico después de Bretón.

Para terminar el estudio de los autores cómicos de esta época, citaremos á Luis Valladares que compuso *Las travesuras de Juana*, en colaboración con Carlos García Doncel. A estos dos autores ayudó Rubí en la comedia *Amor y farmacia*.

Originales de Valladares son *La escuela de los ministros*, *La codorniz y la reina*, *Sibila* y algunas otras de escaso mérito.

Luis y José Olona cultivaron, el primero, la zarzuela y la comedia, y ambos el sainete y el drama y arreglaron para la escena española algunas producciones francesas.

Francisco Flores Arenas, imitador de los dramáticos del siglo XVI, censurado injustamente por Bretón de los Herreros por su aplaudida comedia *Coquetismo y presunción*.

Por este mismo tiempo aparecían en periódicos y revistas innumerables composiciones festivas en prosa y en verso, debidas á la pluma de Ramón de Mesonero Romanos, *El curioso parlante* (1800-1885), atinado observador del natural en *Escenas Matritenses* y en muchos romances llenos de gracia y travesura. *Memorias de un setentón* contienen abundantes datos para la historia literaria de muchos escritores contemporáneos de Mesonero; las *Escenas andaluzas* del erudito é ingenioso Serafín Estébanez Calderón, *El Solitario* (1799-1867), tan chistosas como bien escritas; los artículos satíricos y los romances festivos de Antonio María Segovia, *El estudiante* (1800-1874). Estébanez descubre en su estilo el abolengo de los clásicos del siglo XVI, de Cervantes sobre todo, por los rotundos períodos, cuyos incisos están salpicados de frases castizas y propias del lenguaje del pueblo. Acaso esta riqueza de léxico, perjudique en nuestro sentir, á la viveza y naturalidad que exige este género de descripciones. Tan atildado y correcto como Estébanez, es Segovia; aunque éste peca de nimio y rebuscado.

El temible Juan Martínez Villergas (1817-1894) empleó su larga vida literaria en esgrimir su pluma, mojada con hiel, contra todos los hombres de algún valer de su tiempo. Con patriotismo mal entendido, no perdonó ningún error en los políticos, á los que atacó con saña hasta el insulto. Haciendo alarde de escritor independiente, formado por sí mismo, y no con maestro, « sin un buen alma que me diga lo que es gramática ni cómo se hacen los versos », se desató contra todos los escritores afrancesados y eruditos, contra todas las escuelas literarias. Y no sólo fueron víctimas de sus sátiras agresivas y personales los políticos de su patria, dignos por otra parte de ellas, aunque en forma más culta; mas también los extranjeros. Fué uno de éstos D. F. Sarmiento, contra el cual escribió una chistosa sátira, titulada *Sarmenticidio ó á mal sarmiento, buena podadera*. No perdonó á Bretón, á quien llamó *Brutón*, ni á Ventura de la Vega, de cuyos defectos físicos hizo burla, como los envidiosos la hicieron del autor de *La verdad sospechosa*.

Digamos algo de Larra como escritor satírico y de costumbres. Las malas lecturas le robaron la fe; y apoderándose de él el escepticismo, cayó en la misantropía. El hastío de la vida le llevó hasta quitársela en la flor de su edad. Sus dotes extraordinarias se descubren en sus artículos

satíricos, llenos de malignidad, dirigidos contra cosas y personas dignas de respeto. Tal vez deba su fama al atraso intelectual en que España se hallaba entonces. La vida atormentada de este desgraciado autor se deja traslucir en los amargos desdenes, en las crueles burlas de sus escritos. La observación profunda, la intención maligna y la frase cáustica son las cualidades más sobresalientes de Larra.

A este brillante grupo de escritores de costumbres podemos añadir á José Somoza (1781-1852), prosista y poeta fácil y castizo, autor de *Recuerdos é impresiones*; á Santos López Pelegrín (1801-1856), quien con el mote de *Abenámar* censuró los defectos de su tiempo, usando los términos y fraseología de la tauromaquia; á Modesto Lafuente (1806-1866), furibundo liberal y mordaz satírico, aunque nada original; á Antonio Flores (1821-1866), buen prosista, descriptor del pueblo bajo de Madrid, aunque falto de originalidad, y algunos otros de menos importancia.

Un bien hicieron estos autores festivos, digno de tenerse en cuenta, como nota el P. Blanco, pues « el espíritu reflexivo y de observación », cualidad necesaria para cultivar con acierto este género, fué « uno de los medios que más coadyuvaron á enfrenar los excesos de la desordenada fantasía, escollo principal del romanticismo »

LOS ECLÉCTICOS

Dos autores hubo que en pleno romanticismo ensayaron amalgamar las dos escuelas clásica y romántica. Son estos, Ventura de la Vega y Mariano Roca de Togores, marqués de Molíns. El primero nació en Buenos Aires (1807-1865). Muerto su padre, fué enviado por su madre, cuando Ventura tenía doce años, á Madrid, en donde vivió lo restante de su vida. Tuvo por maestro á Alberto Lista, el cual fomentó en su alumno las aficiones que, desde muy joven, despertaron en su alma de artista. Los primeros ensayos anunciaron al futuro poeta de espíritu equilibrado y enemigo de exageraciones románticas. De Lista aprendió la sabia maestría en elegir lo bueno de las dos escuelas y á refundirlo armónicamente para realizar la belleza. Tradujo el libro primero de la *Eneida* de una manera insuperable. Antes de dar al teatro obras originales, tradujo admirablemente muchas obras extranjeras. En 1845 dió á las tablas *El hombre de mundo*. Esta obra de corte alarconiano, encierra tales primores de estilo, supone tan profundo conocimiento de los recursos escénicos, y hay tanta verdad en la pintura de los caracteres, que es tenida por una de las mejores comedias escritas en lengua castellana. *La muerte del César*, si exceptuamos la Virginia de Tamayo, es la primera tragedia clásica española. En ella es clásico el argumento y los personajes y romántica la manera de ver los hechos y de pintar una época. En 1853 compuso una ingeniosa fantasía dramática para solemnizar un aniversario de Lope de Vega. En la primera parte de la obra aparecen los cómicos que han de representar una comedia de Lope. En la segunda se supone ya representada, y con éxito; y un astrólogo, Juan de Espina, anuncia para el poeta una gloria imperecedera. Poco después escribió una loa en honor de Calderón. Ingeniosa es también la comedia en un acto *La crítica de El sí de las niñas*, en la cual propone á Moratín como el maestro más consumado en el arte de comediar. Son hermosas también *Jugar con fuego*, *La escuela de las co-*

quetas y el drama *Don Fernando de Antequera*. Entre las poesías líricas mencionaremos *La agitación* y *A orillas del Pusa*.

La larga vida del marqués de Molíns y sus condiciones de carácter explican las sucesivas transformaciones de su ingenio. De Lista, que fué su maestro, heredó el buen gusto y la afición de los clásicos. Según los cánones de esta escuela están escritas la *Oda á la Reina Doña María Cristina* y la *Epístola al conde de Luna*. Más tarde, cuando el romanticismo invadió los dominios de la literatura española, publicó sus *Fantasías*, las cuales tienen todas las imperfecciones de esta escuela, y aunque no le faltan aciertos, no pueden competir con las hermosas leyendas de Rivas y Zorrilla. La erudición que ostentan enfría el entusiasmo lírico de la narración. Este mismo defecto tienen sus dramas históricos. No pecó, es cierto, contra la historia, como la mayor parte de los románticos, ni falseó los hechos, en los cuales es fiel hasta en los pormenores; pero en ellos se echa de menos la vida intensa, que se derrama en toda obra de un verdadero poeta.

Al comenzar la segunda mitad del siglo XIX, el entusiasmo por la escuela romántica pura, fué extinguiéndose para dar lugar á un eclecticismo lleno de discreción y buen gusto.

La lírica y la leyenda, la dramática y la novela hallaron juiciosos cultivadores entre los escritores jóvenes. La imitación de las literaturas extranjeras fué menos frecuente, menos servil y más española. Verdad es que, entre estos autores, no se encuentran ingenios superiores, como los que contó en sus filas el romanticismo; pero en cambio, en algunos géneros, brillaron con luz propia muchos autores de mérito indiscutible. Comenzamos la enumeración por el simpático cantor de las flores, José Selgas y Carrasco, nacido en la ciudad de Murcia (1824-1882). Su alma poética se manifestó desde la juventud en bellísimas composiciones, cuyo mérito nos sería aún desconocido, si el crítico Manuel Cañete, al oirlas leer, no las hubiera dado á la pública luz. Desde este instante la fama de Selgas voló por toda España. Era un nuevo género de poesía, inspirado en las flores, á las que daba vida y de donde sacaba estímulos para el bien, resignación en los dolores y amor al vivir inocente, ignorado y humilde. « Dos cualidades importantísimas, dice el señor Cañete, reune su primera colección de versos, titulada *Primavera*: pero muy difíciles de concertar : el espiritualismo, la vaguedad, la melancólica ternura de las poesías del Norte, la gallardía, la frescura, la riqueza, la pompa de las poesías meridionales. » La misma afirmación puede hacerse de su hermana gemela *El Estío*. Pero su mejor corona se la tejió con sus *Hojas sueltas*, con *Las delicias del nuevo Paraíso*, con *Fisonomías contemporáneas* y otras obras en prosa. En ellas derramó un tesoro de filosofía genial, chispeante y llena de malicia. Supo ver en el materialismo del siglo, todo el egoismo sin entrañas que oculta bajo el brillo deslumbrador de sus progresos, faltos de ideal. El estilo es peculiar suyo, conceptuoso, rápido, cortado, lleno de sentencias profundas y epigramas picantes.

De Francisco Zea cumple decir que dotado de facultades poéticas poco comunes, pero sin el freno de una educación sólidamente literaria, derrochó los tesoros de su fantasía en versos sonoros y relampagueantes, llenos de imágenes, más hinchados que sublimes.

El Romancero de Hernán Cortés, de Antonio Hurtado, coloca á su autor

ntre la gloriosa pléyade de los poetas legendarios. Se acerca á las veces Zorrilla y al duque de Rivas, y aun los iguala en la viveza y verdad e las descripciones. Honda pena causa saber que, en sus últimos años, as desgracias de familia, que á otros han abierto los ojos á la luz de la fe, e los cerraron, para entregarse á las ridículas prácticas del espiritismo uyas estupideces intentó engrandecer con sus versos.

Otro autor no menos digno de elogio es Eduardo Bustillo, por su *Romancero de la guerra de África*. En *Las cuatro estaciones* se muestra lotado de sentimiento y amante de los encantos de la naturaleza, y en *El ciego de Buenavista*, emula las malicias de Quevedo.

Vicente Barrantes escribió en su juventud *Baladas españolas*, en las uales, si no aventajó á las alemanas, tan llenas de sentimientos y pensamientos delicados, mostró su buen gusto, aclimatando en España un énero nuevo.

De José Martínez Monroy (1837-1861) publicaron sus amigos una colecíón de poesías, fruto primerizo y único de este poeta, muerto en su uventud. Sus poesías descubren al enamorado del progreso moderno. Acaso acertó en morirse á tiempo, pues los que le celebraron en su muerte y prologaron sus obras, esperaban ver en Monroy al cantor de as libertades de perdición que tan caras han costado á España. Su *Oda l Genio*, aunque grandiosa, adolece de la poca profundidad, hija de su nexperiencia. Mencionaremos también las composiciones *Al telégrafo*, *A a Virgen*, llena de sentimiento, y *Lo que dice mi madre*, empapada toda ella en cariño filial.

Cultivó todos los géneros de la lírica, Manuel del Palacio. En su mocedad esgrimió la pluma en los periódicos, satirizando á los hombres y las osas de su tiempo y, cuando viejo, pulsó la cuerda del sentimiento, y n todas sus obras se descubre al poeta fácil, esmerado y lleno de inspiración. En escribir sonetos no hay quien le iguale.

Del novelista Fernández González se conservan bellísimas leyendas, en as que aparece el espíritu caballeresco de sus novelas.

Bernardo López García conquistó con toda justicia la corona de poeta on las conocidísimas décimas *Al Dos de Mayo*, que aun conserva en su memoria todo buen español. Tendrán defectos de fondo y de forma, pero nada hay en castellano tan vigorosamente patriótico. Las imágenes que evoca han dado motivos ornamentales á los pintores y escultores, encargados de inmortalizar la epopeya gloriosa de la Independencia. En sus restantes composiciones aparece grandioso también, pero tocando en el efectismo. Habiendo muerto cuando le sonreía la vida, perdió España un poeta de altos vuelos.

LÍRICOS INDEPENDIENTES

Entre el grupo de los poetas que pudiéramos llamar independientes y todos ellos hijos de la tierra andaluza, resaltan Francisco Rodríguez Zapata (1813-1889), autor de algunos cantos bíblicos; Pedro Antonio de Alarcón (1833-1891), brillante y espontáneo en sus odas *Al Mont Blanc* y *Al Océano atlántico*; y grandioso en su canto *El suspiro del Moro*. En sus versos humorísticos campea una gracia personalísima é inconfundible.

Temperamento todo poesía es el de Antonio Fernández Grilo, pero desenfrenado, por descuidar el fondo y atender solamente á la música armoniosa de la forma rítmica.

Mucha semejanza con este poeta tiene Antonio Alcalde Valladares, sonoro como Grilo y, como él, vacío de ideas grandes y profundas.

En cambio José Velarde pretendió ser docente y sentencioso y violentó la forma poética, resultando por este empeño, para el que no tenía fuerzas, la desigualdad que se advierte entre el fondo y la forma de sus versos. Las hermosas décimas *Ante un crucifijo* prueban lo que afirmamos. No hay en ellas la fervorosa humildad que el argumento exige, sino cierta tendenciosa altivez, como dice el P. Blanco, que no se aviene con la poesía verdaderamente religiosa. Émulo y admirador de Núñez de Arce, no logró igualar al gran lírico, por faltar á sus alas la fuerza necesaria para cernerse sobre las nubes.

Juan Antonio Cavestany, autor de algunas obras dramáticas (*El esclavo de su culpa*, *El Casino* y *Sobre quién viene el castigo*), probó con sus poesías que la imitación discreta de los maestros de opuestas escuelas puede proporcionar triunfos propios y merecidos. *La Confesión*, *El poema del hierro* y *María* son modelo acabado de sentimiento, de fuerza é inspiración poéticas. *Al pie de la Giralda*, colección de poesías de factura impecable, tienen el ambiente perfumado de Sevilla, y encierran las bellezas y tesoros de luz y colores que derrama el sol sobre aquella privilegiada tierra. *La mantilla*, *La guitarra* y *Los claveles* son las más lindas.

El ingenuo Salvador Rueda, exuberante pintor de la naturaleza y de las tierras meridionales, ha prostituído su musa con su *Himno á la carne* y con la desenfrenada novela *La cópula*.

Brillante en la forma, como Rueda, es Carlos Fernández Shaw en el canto *Al Himalaya*, *Nerón* y otros y en las narraciones en verso *Dos historias en una* y *La loca del castillo*.

Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1870), nacido en Sevilla, representa por sí solo una tendencia en la lírica toda subjetividad y sin precedentes, si exceptuamos á los poetas místicos del siglo de oro. Acaso contribuyeron á formar al poeta la orfandad y la penuria y el desvío del público; pues fué necesario que muriera, para alcanzar la merecida fama de que todavía goza. Júzganle unos imitador de Heine, aunque sin su humorismo pesimista, y otros por patriotismo, le adjudican el mérito de la originalidad. Sea como fuere, Bécquer es un poeta aparte entre los numerosos de su tiempo. Eminentemente subjetivo é inspirado por una simpática melancolía, entra en materia desde el primer verso y hace sentir la honda poesía de su alma de una manera nueva, delicada y sentimental. Aunque formó escuela, nadie le aventajó, antes bien sus discípulos cayeron en el sentimentalismo más ridículo.

También merece contarse entre los buenos poetas líricos, Gabriel García Tassara de Sevilla (1817-1875). Representa la tendencia de los vates filósofos y sociales que aspiran á dar lecciones trascendentales. Tassara las dió con habilidad y talento, en versos robustos y valientes, aunque algo declamatorios.

El grande amigo de Selgas, Antonio Arnao (1828-1889) escribió *Himnos y quejas*, *Melancolías*, *Ecos del Tader*, el poema, *La Campaña de África*, *El caudillo de los Ciento*, *La voz del creyente* y *Gotas de rocío*. Autor equilibrado y armónico en sus facultades, vertió toda su alma en versos fáciles,

lenos de dulce sentimiento, aunque con cierta vaguedad. Se pintó á sí mismo en aquellos versos :

Solo quiero en paz oscura
sentir que mi vida pasa
como arroyo solitario
bajo la verde enramada.

Muy semejante á Arnao es Antonio de Trueba (1821-1888), que escribió el *Libro de los cantares* y *El libro de las montañas*. En el primero, es fiel intérprete de la poesía del pueblo. El segundo descubre todas las bellezas del país vascongado. Canta en él la poesía del amor inocente, del hogar, del patriotismo y de la fe cristiana. Un poeta lo definió en esta redondilla :

Trueba, que es gloria de España,
da á sus cuentos seductores
el perfume de las flores
y el sabor de la montaña.

Esta afirmación dicha en elogio de sus cuentos en prosa debe aplicarse á sus romances en verso.

Merecen también un puesto honroso entre los poetas ya citados, Ruiz de Apodaca, en cuyos cantos celebra con entusiasmo la religión, la familia, la patria y las artes; Amador de los Ríos, por la elevación de sus pensamientos y lenguaje puro y castizo; Agustín Príncipe, por la agudeza y gracia de su composición; Ruiz Aguilera, poeta de mérito en sus tiernísimas *Elegías* con ocasión de la muerte de una hija, en las *Armonías* y *El libro de la Patria*.

Brillan en este tiempo algunos enamorados del clasicismo, aunque esta fase de la moderna lírica se caracteriza porque sus cultivadores más son imitadores que verdaderos poetas.

Señálase como el primero, Marcelino Menéndez y Pelayo, ferviente adorador de Horacio y admirador del P. León, aunque en sus versos es clásico á su manera, principalmente en las poesías amatorias. En ellas se esfuerza en acercarse á la plácida serenidad de su maestro, aunque al propio tiempo, cae en el pecado del arte docente. Es horaciano puro y además cristiano en *La galerna del Sábado Santo*. No faltan en sus versos algunos descuidos de forma.

Juan Valera es un escéptico que expone en sus poesías las teorías de Pitágoras y Platón combinándolas con el misticismo cristiano. En ellas se descubre más al erudito que sabe que al poeta que siente. Sus principales odas son : *A Lucía*, *El fuego divino* y *Las aventuras de Cide-Yahye*. Tradujo en versos castellanos muchas composiciones alemanas, inglesas y norte-americanas.

El autor de las *Doloras*, Ramón de Campoamor, es original, ingenioso y fecundo. Nacido en Asturias, se trasladó á Madrid, en donde se dedicó á la política y á las letras. Sus obras principales son : *Colón*, poema épico, y otro que quiere ser dantesco titulado : *Drama universal*; *Pequeños poemas*, *Fábulas*, *Doloras* y *Humoradas*. Pero es sensible que en casi todas sus poesías, aunque ricas de ingenio y de chiste, destile este escritor su humor sofístico y escéptico.

Rey de todos los líricos contemporáneos es el valisoletano Gaspar Núñez

de Arce, el cual con dotes no inferiores á Quintana, ha cantado asuntos filosóficos, políticos y de actualidad. Llámasele el cantor de la duda, no porque ésta haya nublado enteramente su entendimiento y secado su corazon, sino porque es hijo del siglo y sigue su corriente. Por lo demás, dice Menéndez y Pelayo, «que ha puesto su musa al servicio de la causa espiritualista, inseparable de la causa cristiana, pero por desgracia es poco lo que ha dicho, si bien con poderosa elocuencia. Tampoco ha aplaudido ni excusado la maldad triunfante.» Nosotros queremos añadir que si bien en sus composiciones no hay el desdén ni la amargura de los poetas realmente escépticos, como Byron y Leopardi, siendo además muy cierto que, como poeta, vale inmensamente más por lo que cree que por lo que duda, sin embargo, su condescendencia con las ideas liberales le hacen funesto, especialmente á los jóvenes y á todos peligroso, y elogiándole, como es justo, por su poesía resplandeciente y robusta, le censuramos también, porque suele ajarla con ideas falsas é inconvenientes, destruyendo de un golpe el buen efecto artístico que ella produce en las almas. En una de sus mejores composiciones, v. gr : anatematiza á la moderna civilización, llamándola satánica y preguntando con cristiano ardimiento :

¿Qué es la ciencia sin fe? Corcel sin freno
A todo yugo ajeno... etc.

poco más abajo, dudando, lanza una blasfemia.

La poesía, además de consolar al hombre en este destierro, debe fortificarle en el cumplimiento de sus deberes y elevarle con el conocimiento de sus altos destinos. Núñez de Arce no cumple en estos casos con el deber del poeta.

EL DRAMA DESPUÉS DEL ROMANTICISMO

Pasada la furia de esta nueva escuela, y calmados algún tanto los ánimos, viendo algunos poetas de á mediados del presente siglo rotas por el romanticismo las trabas de la escuela seudo-clásica, trataron de hermanar en una producción dramática lo bueno de las tendencias modernas con las tradiciones del antiguo teatro español, fundiendo en una obra la sencillez clásica con el calor romántico. De este modo lograron dar al drama ese sello de espontaneidad y originalidad españolas. Mencionaremos el drama histórico de don Aureliano Fernández Guerra en colaboración con don Manuel Tamayo y Baus intitulado *La Rica-hembra*, símbolo de la mujer fuerte, es decir, virtuosa. Fuera de las bellezas artísticas que en él campean divinamente, domina en todo el drama el noble y útil pensamiento de realzar la dignidad de la mujer, retratada con tan negros colores en *Lucrecia Borgia*, en *Margarita de Borgoña* y otras piezas de autores contemporáneos, que se complacen en pintar el triunfo del fatalismo de las pasiones sobre el libre albedrío, y el del vicio sobre la virtud. Las demás producciones originales del señor Tamayo, como *La locura de amor*, ó Doña Juana la Loca, *La Bola de Nieve*, *Lances de honor*, *Los hombres de bien*, *Hija y madre* y muy particularmente *Un drama nuevo* le colocan, á juicio de los más entendidos en el género, á la cabeza de los dramáticos de la actual centuria. Tales son las exce-

lentes cualidades literarias de estas piezas con las cuales corre parejas su sana moral. Lástima es que con tan felices disposiciones la musa del señor Tamayo se haya retirado de la escena, donde podría dar ratos de solaz al pueblo y enseñanzas á la juventud.

Tampoco deben omitirse al hablar de este género el magnífico drama *Rodrigo* de don Antonio de Arnao, premiado en concurso por la Real Academia; *El hombre de mundo* de don Ventura de la Vega representado trece noches seguidas en Madrid y mucho menos las notabilísimas piezas de don Adelardo López de Ayala, harto más acertado y feliz en literatura que en política. Gloria de su privilegiado ingenio serán, juntas con las poesías líricas, sus piezas dramáticas en las que se percibe un sabor calderoniano. De entre éstas citaremos *El tanto por ciento*, obra verdaderamente artística, y de las mejores del teatro antiguo y moderno por la belleza moral de la concepción en que ataca la sórdida avaricia y el vil interés que suelen mezclarse en las acciones de los hombres.

También merecen nombrarse *Consuelo*, tipo de la mujer voluble y tornadiza y juguete por consiguiente de impresiones que la turban y mortifican y *El tejado de vidrio*, lección de escarmiento para el que hace ó enseña lo malo.

Han seguido algunos poetas de nuestros días cultivando con más ó menos aceptación el drama: más no con el acierto y cordura del señor Tamayo. Sobresale por su fecundidad don José de Echegaray dotado de poderosa fantasía, de talento para la complicación y situaciones difíciles y de gran facilidad en el menajo del verso; falto sin embargo de sensibilidad, no es observador de la naturaleza y del corazón humano, ni pinta la vida real sino como él se la imagina, pretende además á toda costa el efecto, de manera que el desenlace de sus piezas calificadas por el señor Cánovas del Castillo de « tremendos melodramas á la manera romántica francesa », resulta exagerado, violento ó inverosímil, y á veces inmoral. Tales son *El gran Galeoto*, *O locura ó santidad*, *En el seno de la muerte*, *Conflicto entre dos deberes* y otras hasta cerca de treinta entre dramas, comedias y leyendas que el público de nuestros días someramente ilustrado, pero muy orgulloso, aplaude con frenesí, tomando por elevado y sublime en poesía lo que sólo es gigantesco y extraordinario, y reputando conmovedor lo que le sumerge en la estupefacción y el delirio. Tales impresiones no son reglas de un buen criterio.

No pasaremos en silencio entre las del género trágico la *Virginia* de don Manuel Tamayo. Esta obra, por el movimiento, la naturalidad, los caracteres, el color local que nos pone á la vista desde las primeras escenas, la vida romana de los tiempos antiguos, es, segun el señor Cueto, una obra de arte, de conciencia, de inspiración y sobre todo de buen gusto.

Sin embargo no es la tragedia el género de más simpatías entre los españoles, sino el drama, respecto del cual hecha ya la reseña histórica, diremos dos palabras acerca de su renacimiento en este siglo y su porvenir. No cabe duda que la sociedad ha ido entrando en nuestro siglo, en un positivismo tal, que no parecía posible que el drama caballeresco español, ideal y lleno de bellezas poéticas, apareciese otra vez en nuestra escena. Pero es de advertir, que la nación española aferrada en parte á su pasado glorioso, guarda todavía mucho de su carácter histórico, aun conserva el pueblo creencias, recuerdos, costumbres, sentimientos añejos

y rancios, si se quiere, pero que forman su bello ideal. Este pueblo, pues, que no mostró en todo el siglo XVIII afición ni simpatía por la grave tragedia francesa y que se iba á solazar con los sainetes de don Ramón de la Cruz, porque en ellos veía una parodia de la poesía nacional, cuando vió en el primer tercio del siglo XIX aparecer en las tablas á sus antiguos héroes y representarse sucesos históricos ó tradicionales, como *Guzmán el Bueno*, *Los amantes de Teruel*, *Rodrigo*, etc., etc., los acogió gozoso, se deleitó en ellos y los aplaudió con entusiasmo.

De veinte años á esta parte, el gusto literario ha tomado nuevas sendas y la sociedad atrofiada cada vez más por el materialismo, opone mayor resistencia al género caballeresco que vive de lo ideal. Por esta razón los géneros más favorecidos hoy día por la moda son aquellos en que se exponen y resuelven problemas de la vida ya individuales, ya sociales, ó donde se hace un estudio sicológico de las pasiones humanas. Asuntos como se vé más difíciles de tratar poéticamente y asimismo de entusiasmar al pueblo que en general es iliterato y comprende mejor la belleza de las acciones, que todos los análisis que de ellas se hagan, por más científicos que sean.

El pueblo va al teatro á pasar un rato de solaz y entretenimiento, no va á estudiar.

PROSISTAS

Si es rica la literatura poética española de este siglo, no lo es menos la prosaica en obras de estudio y de mero ingenio, dignas de ser conocidas, en especial las primeras, ya por las investigaciones con que han ilustrado la historia y literatura patrias, ya por los tesoros de buena crítica que algunas encierran y, sobre todo, por el noble anhelo de restituir al arte el sentimiento de nacionalidad amortiguado por el seudo-clasicismo francés. Comenzaremos por el monumento literario levantado al heroísmo de los españoles, á la literatura y al habla castellana por el conde de Toreno don José María Queipo en la *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España.* Escrita esta obra con conocimiento de los hechos, orden y claridad en el plan, estilo grave y lenguaje castizo, enseña prácticamente una gran máxima, que debieran tener presente los políticos y guerreros, á saber : que no hay poder tan fuerte y robusto, que pueda hollar impunemente las creencias, costumbres y orgullo de un pueblo. Lástima es que el espíritu anti-religioso de que estaba contagiado el ilustre conde, le cegase hasta el punto de no ver en el espíritu cristiano que animaba al pueblo español, sino superstición é influencia frailuna. Lo cierto es que sin ese heroísmo religioso-patriótico que los liberales califican de *frailuno*, no habrían sido posibles las resistencias de Zaragoza y Gerona, ni la constancia de un pueblo, que después de treinta derrotas en combates de tropas regulares, se conservaba indómito como al principio; cuando una sola batalla bastó para conquistar á Prusia.

Campean también en esta noble liza, entrado ya el primer tercio del siglo, el murciano don Diego Clemencín, literato de primera nota y autor entre otras obras de los *Comentarios al Quijote*, y del justamente celebrado *Elogio de Isabel la Católica;* don Martín Fernández de Navarrete, colector diligente y entendido de los *Viajes y descubrimientos que hicieron por mar*

los Españoles desde fines del siglo XV; don Próspero Bofarull, cronista de Aragón, autor de muchas obras instructivas, entre las cuales la que le ha dado más gloria es la titulada *Condes de Barcelona vindicados*.

Algunos años más tarde el amor acendrado y puro á la literatura original de Castilla, le hizo tomar la pluma á don Agustín Durán, el cual sin hacer caso de las diatribas y crítica sarcástica de Hermosilla, dió á luz sus excelentes estudios sobre la poesía popular española, los cuales le merecieron aplausos unánimes en toda la prensa europea, y la estimación de los hombres de letras.

También es acreedor á brillar honrosamente en los anales de la crítica española, don Pablo Piferrer, llamado el *Balmes del arte*. Escribió con elevación y entusiasmo cristiano muchos artículos literarios. Su principal obra es la titulada *Estudios de crítica*, y entre sus poesías tienen especial encanto la *Canción de la Primavera*, *La Feria* y *El Ermitaño de Monserrat*. Piferrer ha sido el primer intérprete de la reacción espiritualista y católica, que se ha venido operando en España, cuyas nobles miras siguen muchos literatos, entre ellos Milá y Fontanalls en los *Principios de Literatura* y otras obras escritas con mucho acierto, y Coll y Vehí en los *Elementos de Literatura*, en los *Diálogos literarios* y demás escritos suyos. También los señores Revilla y Canalejas nos han dejado algunos trabajos análogos.

Otra clase de estudios críticos de más aliento é interés han llamado la atención de algunos literatos modernos, con los cuales han ilustrado nuestra historia literaria y estimulado á la juventud estudiosa. No omitiremos el nombre de don Fermín Gonzalo Morón, autor de la *Historia de la civilización española*, obra que ocupa un lugar distinguido entre las graves y bien meditadas que se han publicado en estos tiempos, ni el de don Pedro José Pidal por sus opúsculos literarios, especialmente el que trata de la *Poesía castellana de los siglos XV y XVI*, ni el de don Antonio Gil y Zárate, autor del *Manual de Literatura*, en cuya segunda parte hace un resumen asaz instructivo de nuestra antigua literatura. Y para no hacer sobrado prolija la enumeración de los críticos coetáneos, recordaremos la *Biblioteca de Autores españoles* publicada por don Manuel Ribadeneyra, verdadero palenque literario en que han probado sus fuerzas y hecho gala de erudición y filosofía nuestros literatos contemporáneos más ilustres. La mayor parte de los discursos é ilustraciones, tanto biográficas y críticas que van al frente de los diversos autores, patentizan la mucha laboriosidad, instrucción y exquisito gusto de los colectores, quienes al sacar á luz los monumentos del arte español, han dado un vuelo extraordinario á los estudios críticos. Injustos seríamos, si no nombrásemos á don Buenaventura Carlos Aribau, asociado del señor Ribadeneyra, y el primero que tomó parte en los trabajos literarios. Siguiéronle los dos hermanos Fernández Guerra y Orbe, y los señores Durán, Hartzembusch, Mora, Ochoa, Mesonero Romanos, Rosell, Gayangos, Nocedal, Monlau, Sanchas, Ferrer del Río, Cueto, Castro (don Adolfo), de la Fuente (don Vicente), Fernández Navarrete (don Eustaquio) y González Pedroso. Excepto estos los últimos, todos los demás son autores de varias producciones además de las de la *Biblioteca*. Honra, sin embargo, al señor Fernández Navarrete el *Bosquejo histórico* sobre la novela española, así como al señor Pedroso el prólogo á los *Autos sacramentales* reputado por uno de los trozos de más alta crítica que han salido de pluma española. Ni merece menos elogio

don Aureliano Fernández Guerra, por la diligencia y buena crítica que mostró en la edición de las obras de Quevedo. Digno es también de ocupar un puesto entre los críticos el señor Muñoz Garnica por su excelente *Estudio sobre la elocuencia sagrada*.

Otro escritor conocido ya en la república de las letras por sus estudios sobre los judíos en España, ha venido á llenar el vacío de nuestra riquísima literatura con la *Historia crítica de la Literatura española*. Este es don José Amador de los Ríos. En estilo noble, correcto y bien sostenido, aunque bastante difuso, ha levantado en nuestros días, con su producción, verdadero monumento literario, que por la importancia del asunto, buen desarrollo del plan, erudición y filosofía, no le tienen igual las demás naciones. Verdad es que la muerte no le permitió pasar del siglo XV, pero en la parte que nos ha dejado la más oscura y difícil, aventaja á cuantos han tratado esta materia dentro y fuera de la Península.

No dejaremos la pluma sin recordar un escritor ilustre y con su nombre honrar estas páginas, que más de una vez han dado testimonio de su mucha erudición y saber. Es don Marcelino Menéndez y Pelayo, á quien la Providencia divina ha favorecido otorgándole muchas de las buenas cualidades que han distinguido á los escritores arriba nombrados. Católico en sus escritos, laborioso y amante de la tierra en que nació, se ha inspirado como bueno en los objetos más nobles para un español, que son : Dios y Patria. Estos son los que le han sugerido varios trabajos literarios, que siempre serán de actual interés por su originalidad, erudición y sana doctrina, los cuales corren con aplauso por Europa y América, fuera de un sinnúmero de artículos y discursos sobre materias científicas y literarias con los cuales ha aclarado muchos puntos difíciles y enriquecido nuestra literatura contemporánea.

Sus principales escritos son : *La ciencia española*, en que expone, citando obras y autores, el estado de cultura intelectual de los españoles, sobre todo en la edad moderna. *La Historia de los heterodoxos españoles*, obra de asombrosa erudición, donde juzga con sano criterio á los que en todo ó en parte no se han conformado con la doctrina ortodoxa. Es la historia del error en España desde los primeros siglos del cristianismo hasta nuestros días. *La Historia de las ideas estéticas* y *Horacio en España* son dos obras maestras de crítica y bibliografía, muy interesantes á todo hombre de letras. Su estilo es claro y abundante como el agua, sin violencia ni ruido penetra en nuestro espíritu, como aquel elemento se embebe en la tierra para fertilizarla. Generalmente escribe con sencillez y familiaridad, pero cuando el asunto lo exige, se eleva y entona majestuosamente, mas sin hacer alarde ni ostentación de sí mismo.

Dos escritores no puede pasar en silencio la historia de nuestra literatura, si bien consagraron sus egregios talentos más á las lucubraciones religiosas, filosóficas y políticas que á las de crítica literaria, á saber : don Jaime Balmes y don Juan Donoso Cortés. Gloria y prez de la literatura católica en nuestro siglo, sus libros, verdaderamente nacionales, se traducen y reimprimen en todas las lenguas de Europa, cada vez con más aprecio. Aunque como catalán el uno, y el otro castellano, « reflejan en el estilo y aun en filosofía caracteres opuestos, en lo esencial siempre convienen, dice el señor Menéndez Pelayo, á quien copiamos al tratar de estos dos escritores, y siempre se encuentran, porque la misma fe los iluminaba, y la misma fe los encendía. « Ambos han cumplido obras distintas, pero

igualmente necesarias. Donoso, el hombre de la palabra de fuego, que Metternich comparaba con la de los oradores de la antigüedad, y que Montalembert puso sobre su cabeza, especie de *tridente* de la tribuna, ha sido el martillo del eclecticismo y del doctrinarismo. Balmes, el hombre de la severa razón y del método, sin brillo de estilo, pero con el peso ingente de la certidumbre sistemática, ha comenzado la restauración de la filosofía española, que parecía hundida para siempre en el lodazal sensualista del siglo pasado.

¡A cuántos ha hecho abrir los ojos á la luz del pensamiento científico la lectura de Balmes! ¡Cuántos se han visto libres de las ceguedades eclécticas con las ardientes y coloreadas páginas de Donoso! »

Las obras principales de Balmes son la *Filosofía fundamental*, la *Filosofía elemental*, *Escritos políticos*, *La Sociedad*, *Cartas á un escéptico*, *El criterio*, *El protestantismo comparado con el catolicismo*, donde puso de manifiesto contra Guizot la acción de la Iglesia en la civilización del mundo; fuera de otros muchos escritos de menos volumen, pero todos interesantes. De Donoso, además de sus elocuentísimos discursos, y varios escritos de no escasa importancia sobre literatura é historia, es digno de leerse el *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*, en que brilla esplendorosamente la parte de filosofía social.

Habiéndose vulgarizado tanto el error en nuestros tiempos, necesario era que los hombres sabios y celosos no se desdeñasen de bajar á la arena de la polémica á medir las armas con sus adversarios. En efecto han aparecido en nuestros días apologistas ilustres y no escasos en número, á proporción del de los enemigos nacionales y extranjeros que en mala hora se habían propuesto descatolizar á la única nación europea que conservaba la unidad religiosa.

Sobresalen, pues, y han merecido bien de la religión y de la patria el obispo de Córdoba Fray Ceferino González, varón doctísimo en filosofía é historia, como lo atestiguan sus numerosas obras; don Juan M. Ortí y Lara, quien á la limpieza y cultura de estilo en cuestiones filosóficas y de controversia actual, reune juicio recto y vasta erudición; el franciscano Fray Pedro Gual, refutador del cismático peruano señor Vigil, y además de otros muchos libros, autor de la *India cristiana*, en que ha puesto en evidencia errores que muchos querían hacer pasar como verdades inconcusas; el Iltmo. señor Costa y Borrás, obispo de Barcelona, en sus polémicas con el doctor Aguirre; don Mateo Gagos, dotado de singular gracia para desenmascarar y ridiculizar el vicio y el error en infinidad de escritos; don Miguel Sánchez y don Severo Catalina, autores de obras de filosofía social y política cristiana, como *Verdad del progreso* del primero y *Del Papa y de los gobiernos populares* del segundo. Estas y otras muchas obras que omitimos están escritas á la luz de la razón y de la fe, únicas que pueden dirigir con buen rumbo á la sociedad.

El coro de alabanzas y aplausos formado y dirigido por la secta anticatólica, para ensalzar la obra del positivista norte-americano Draper, dió ocasión á luminosas apologías, en las que han sido victoriosamente refutadas todas sus calumnias. Intituló su obra : *Historia de los conflictos entre la religion y la ciencia*; y sin dar la definición de los dos términos se entra en el campo de las suposiciones falsas y gratuitas, reduciéndose á sofistería su manera de argumentar. Así se lo demostraron el agustino Fray Tomás de Cámara, obispo de Salamanca, y Joaquín Rubió y Ors, en cuyas

obras fueron respondiendo á todos sus argumentos y rectificando los hechos y testimonios mal aducidos. También don Antonio Comellas tomando otro camino rebatió el supuesto conflicto ante el tribunal del sentido común, de la razón y de la historia. Pero los que además de refutar la obra, han levantado un monumento precioso á la ciencia y á las letras han sido el ya citado señor Ortí y Lara y el Sr. Miguel Mir, el primero en el libro titulado *La ciencia y la divina revelación*, y el segundo en la *Armonía entre la ciencia y la fe.*

Al mismo tiempo escribía el P. José Mendive de la Compañía de Jesús en la *Ciencia cristiana* varios artículos sobre la misma materia, que reunidos y ordenados los dió á luz con el título de *La Religión Católica vindicada de las imposturas racionalistas*, resultando una obra interesantísima así por la luz de conocimientos físicos y de historia con que la ilustra, como por la doctrina sólida con que trata y desenvuelve las principales cuestiones acerca de Dios, del hombre y del universo.

Gloria del clero español por su *Manuale Isagogicum*, obra muy estimada dentro y fuera de España, y por sus escritos contra los racionalistas es el sacerdote palentino don Francisco T. Caminero. Es autor además de varios estudios exegéticos y escriturarios de suma importancia, y de un libro que honra á España y á su cultura intelectual por ser á juicio del señor Menéndez Pelayo la mejor impugnación de Renan y Reville y de todos sus errores sobre el Evangelio. Llámase *La divinidad de Jesucristo ante las escuelas racionalistas.*

LA NOVELA

Por lo que toca al género novelesco, después de los esfuerzos hechos en el siglo XVII en que rayó el ingenio español hasta donde difícilmente llegará nación alguna, quedó poco menos que enterrado en el olvido hasta el primer tercio del siglo actual en que dió otra vez señales de vida. Sabido es que en todo ese tiempo de inacción literaria, las otras naciones, como por desquite, y especialmente Francia, arrojaron á la península un inmenso turbión de esta clase de producciones, é inundaron nuestras bibliotecas y nuestras casas. Con raras excepciones todas eran tendencias funestísimas en política, en moral y religión, que además del estrago que hacen en las costumbres, ahogan en cierto modo el ingenio y el gusto. Con estas ideas se iba á construír el derruido edificio, y más aún con las que traía el romanticismo que en todos los géneros dejaba huellas de sus pasos.

En las novelas de esta época se nota un renacimiento de carácter nacional. No queremos pasar en silencio las *históricas* del señor Navarro Villoslada, especialmente *Amaya ó los vascos en el siglo IX*, en que el lector se cree trasladado á aquella época de costumbres tan singulares, de luchas y catástrofes sin cuento. Tal es la pintura de sus interesantes novelas. Y volviendo á las novelas propiamente dichas en que se hace un retrato de las costumbres modernas, honran la literatura de este siglo las producciones de la sevillana Cecilia Bohl, que llevan el nombre de *Novelas* de Fernán Caballero. Bien instruída en las principales lenguas de Europa, ha trazado cuadros admirables de costumbres españolas y especialmente andaluzas. En ellas se dan amigablemente la mano la belleza

que deleita y la moralidad que instruye, produciendo verdadero hechizo aquel saladísimo modo de decir lleno de ternura, agudeza y entusiasmo religioso expresado en el pintoresco lenguaje del pueblo. Es una de las introductoras del realismo de buena ley en la moderna literatura.

No así el señor Pérez Galdós, pues fuera de los *Episodios nacionales*, no merece por sus novelas los elogios que el novelista anterior, porque además de faltarle el color local, verosimilitud y decoro de los caracteres, no guarda el debido respeto á las ideas religiosas, con cuyo sistema de composición mina por su base el edificio social.

Más moderado y respetuoso que Galdós, sin dejar por eso de ser liberal, es don Juan Valera, crítico de reputación, poeta clásico, elegante y muy atildado, falto sin embargo de esa fuerza de imaginación y calor del alma que dan vida á los versos. Como prosista es delicioso y ameno, pero condescendiente en muchos pasajes de sus discursos y estudios críticos con los incrédulos libre-pensadores y escépticos, lo que no deja de ser una mancha en sus escritos; y por lo que toca al género novelesco, aunque sus obras están escritas con arte, no siempre es cristiano el espíritu de éstas, falta de que no se disculpa su más notable producción : *Pepita Jiménez*.

Junto con Pedro Antonio de Alarcón, autor de los *Juicios literarios*, y de las excelentes novelas : *El niño de la bola*, *La Alpujarra*, *El sombrero de tres picos* y algunas otras, y el novelista aragonés Manuel Polo y Peirolón, digno de elogio no sólo por sus sanas ideas, sino por la naturalidad y gracia con que pinta en *Costumbres populares de la Sierra de Albarracín*, por las bellas descripciones en *Los Mayos* y demás novelas suyas, merece un muy honroso recuerdo el simpático escritor José Selgas por sus cantos sazonados de graciosos chistes, y por sus tan justamente celebradas novelas. Prueba elocuente del mérito de sus escritos, y afecto á su persona fué la suscripción nacional, que se hizo en su muerte acaecida el 5 de febrero de 1872, para perpetuar su memoria y auxiliar su desgraciada familia.

Pero el que en este género brilla, como otro Cervantes, por lo ameno, ingenioso y poético y, sobre todo, por el gran tesoro de recta filosofía y sana moral que encierran sus obras, es José María Pereda, pintor sin igual de las costumbres populares. Al leer sus producciones, entre las cuales citaremos las últimas : *Pedro Sánchez*, *La Montálvez* y *La Puchera*, no es sólo un rato delicioso el que la pintura de los caracteres y la variedad de los sucesos perfectamente eslabonados proporcionan al lector, en ellas el hombre de gusto ve toda una obra de arte, y en sus páginas saborea trozos de la más escogida literatura.

Terminaremos este género encomiando los cuentos y novelitas del P. Coloma S. J., escritos en estilo fácil y ameno, sembrados de chistes donosísimos y llenos de gracia andaluza, con los cuales enseña religión y moral, y son al mismo tiempo para la juventud espejo de desengaños.

Para terminar esta sucinta y compendiosa reseña de escritores, recordaremos los que más cercanos á nuestros días se han distinguido, así por su ilustración como por su actividad y celo en la investigación de documentos y acopio de datos históricos para la composición de sus obras.

Don Modesto Lafuente ha dotado á la literatura de una *Historia general de España*, en veintinueve tomos, abarcando en ellos los principales sucesos desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII.

Su estilo es limpio, su decir correcto, los sucesos están contados con orden y claridad, después de los cuales hace comentarios y reflexiones muy atinadas, siendo de sentir que predomine no pocas veces el criterio liberal.

No tan extensa como la del escritor nombrado; pero con ideas más elevadas y con severa crítica escribió su *Historia de España*, don Antonio Cabanilles. Es muy sensible que la muerte no le dejase pasar del reinado de Felipe II.

También don Víctor Gebhardt, con diligente estudio y loable celo, nos ha dado una *Historia general de España y de sus Indias*, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. Aunque inferior en dotes de estilo y lenguaje á las anteriores, es merecedora de ocupar un puesto entre las buenas obras modernas del género histórico.

Muchos son los historiadores de sucesos particulares con cuyos trabajos se ha ilustrado notablemente nuestra historia tanto en la parte crítica como en la literaria. Citaremos la *Historia del levantamiento de Aragón*, y la *Historia de Granada*, escrita la primera en lenguaje selecto por don Pedro José Pidal, y la segunda por don Miguel de Alcántara en estilo pintoresco. También don Antonio Cánovas del Castillo ha publicado algunos estudios históricos de mucho interés, entre ellos *La historia de la casa de Austria*. Pero el más laborioso y universal, aunque en la forma dejó algunas veces mucho que desear es don Vicente de la Fuente, profesor ilustrado, decano de la Facultad de Derecho y rector de la Universidad de Madrid. Además de sus estudios sobre las obras de Santa Teresa, y la *Vida* de la misma escrita con ocasión de su centenario, la cual fué premiada en público certamen, ha publicado discursos y memorias histórico-jurídicas de suma importancia. Pero las obras que le han dado justamente el título de historiador son : la *Historia de la Iglesia en España*; la de las *Sociedades secretas*, y la de las *Universidades en España*. La primera comprende los tiempos trascurridos desde Recaredo hasta nuestros días, y está escrita con claridad y método, y notable erudición. En la segunda ha sacado á la luz pública muchos datos interesantes y curiosos sobre el poder de las sectas, y sus manejos en el orden social y político de la Península. La tercera contiene investigaciones interesantes sobre los estudios, documentos, noticias acerca de las costumbres y prácticas de las antiguas Universidades, y asimismo sobre el profesorado y gremio escolar. Sensible ha sido que en una obra de tanta importancia no recibiese de los altos poderes el menor auxilio, como de ello se queja en el 4.º tomo, que parece terminado con mucho apresuramiento.

ORATORIA

No pondremos punto final á nuestra literatura contemporánea sin hacer mención, siquiera sea someramente, de la oratoria, y comenzando por la *académica* diremos que ha enriquecido las letras españolas con discursos elocuentísimos leidos en las *Academias de la Lengua* y *de la Historia* y asimismo en las de *Bellas artes* y en la de *Ciencias morales y políticas*. Dignos son muchos de ellos de ser reproducidos una y muchas veces por la prensa, y largo sería el catálogo, si hubiésemos de enumerar los que justamente lo merecen, entrando desde luego á formarlo, por lo

que toca á los de la primera el señor Hartzembusch sobre el dramático don Juan Ruíz de Alarcón, en que le presenta como gloria del siglo XVII por su filosofía, originalidad y corrección; el del señor Caveda sobre la poesía castellana considerada como elemento de historia; el del señor Tamayo sobre la verdad en la literatura dramática; el del señor Nocedal sobre la Novela y así sucesivamente podríamos recordar otros muchos que al verse honrados con el título de miembros de dichas Academias, se han esmerado en hacer estudios dignos de tan respetables corporaciones. No dejaremos empero en olvido el del señor don Juan Donoso Cortés sobre el gran tesoro que los pueblos tienen en la Biblia, asunto subidísimo, dice este grande y modesto escritor, que cautivando la atención de los Académicos los fuerce á apartar de él los ojos, para ponerlos en la grande majestad y sublime alteza de este divino libro.

Y uniendo á la oratoria política, ó parlamentaria, verdadero campo de batalla donde la elocuencia ha tenido que esgrimir sus más poderosas armas, tuvo su origen en las desdichadas cortes de Cádiz, semillero de discordias y de casi todos los males que en lo que vamos de siglo han caído sobre la península. Armado este nuevo palenque, en él se han ventilado y discutido los intereses más sagrados de la religión, de la familia y de la patria, y las pasiones de los partidos se han cruzado también, y empeñado combates de muerte.

En sus anales, ó sea el diario de sus sesiones, se leen, entre otros muchos que fueron á ellas movidos unos por el amor á la patria y otros llevados en brazos de la revolución, los nombres del liberalísimo y verboso Canga Argüelles; del no menos elocuente Alcalá Galiano; del *divino* López Joaquín María, llamado así por el sentimentalismo y brillo de su palabra; del dulce y simpático en el decir, pero débil en el obrar Martínez de la Rosa; del trapacero economista Mendizábal, del brillante é inspirado Olózaga, especialmente al tratar de la unidad religiosa, de Pidal, Tejada y otros que conmovieron varia y diversamente á sus correligionarios. Mas el que pasará á la posteridad rodeado de una aureola de gloria, es don Juan Donoso Cortés, hombre de talento extraordinario. Liberal ardiente en su juventud, racionalista después, pero con la fe cristiana no apagada sino adormecida, los grandes desengaños de la época lo avivaron de manera, que de doctrinario y reformista se hizo católico ferviente. Por sus singulares dotes oratorias fué dueño del campo parlamentario en los azarosos años de 1849 y 1850. Los discursos pronunciados contra las ideas revolucionarias proclamadas poco antes, causaron una sensación profunda en Europa, porque en ellos hacía ver el grande abismo que abrían á la sociedad, y como retrocedería ésta á la barbarie, si los que gobiernan los pueblos no escuchaban la voz de la Iglesia. Palabras proféticas que van teniendo su cumplimiento.

Después acá han sonado en las casi siempre tormentosas cortes españolas, especialmente en los años de 1854 y 1855 los nombres de algunos adalides, como el rudo pero elocuente y fervoroso navarro señor Jaén, que recibió felicitaciones de todos los puntos del reino, el valiente apologista católico señor don Cándido Nocedal, el tierno y profético señor Aparisi y Guijarro, quien en uno de sus discursos pronosticó la caída de Isabel II, despidiéndose con aquellas palabras de Shakspeare: « Adiós mujer de York reina de los tristes destinos », y los señores Rios Rosas, González Bravo, Catalina, Cánovas y otros que se han disputado el campo

político, hasta que el llamado santuario de las leyes se convirtió en 1869 poco menos que en un antro infernal, á juzgar por las blasfemias que se lanzaron contra lo más sagrado y venerando de nuestra Religión.

Aquí fué donde lució su elucuencia lírico-sentimental, y su prosa exuberante el señor Castelar en varios discursos, que como todos los suyos, ostentan mucha riqueza de imaginación, empero carecen de verdadera y sólida doctrina, y algunos están atestados de anacronismos y citas falsas. Fué impugnado brillantemente así como lo fueron también otros que se propasaron más que el señor Castelar por oradores en el verdadero sentido de la palabra. Tales fueron entre otros el cardenal Cuesta, el Obispo de Jaén señor Monescillo, Manterola, Ortíz de Zárate, don Ramón Nocedal, Vinader, Estrada, Cruz Ochoa y Díaz Canaleja.

No cabe decir más sobre la oratoria política contemporánea en una reseña como ésta, á no ser que descendiésemos á analizar los discursos, ó quisiésemos dar nuestro juicio sobre cada uno de los oradores, tarea prolija y ajena de esta historia. No soltaremos sin embargo la pluma, sin decir algo sobre el que algunos pusieron á la cabeza de todos los oradores de la Europa contemporánea, el señor Castelar.

Sin que sea nuestro propósito romper lanzas con estos sus admiradores, y concediéndole de buen grado lo que á nosotros también nos agrada, es á saber : esa abundancia y lujo de imágenes poéticas, que hacen su estilo casi fascinador, esa palabra fácil y armoniosa, que seduce y atrae en tanto grado, que hay ocasiones que encanta y embelesa á la manera que el ruiseñor cautiva dulcemente con su melodioso canto, es cierto también que su elocuencia era débil, y pasajeros sus efectos. Y no puede menos de ser así : en los discursos no basta agradar á la imaginación, hay que convencer al entendimiento y persuadir á la voluntad, y al señor Castelar le faltaban principios sólidamente filosóficos, no tenía miras positivas y prácticas, se contradecía fácilmente, porque la historia, maestra de la vida, no tanto la sabía cuanto la *hacía* ó la forjaba, y como generalmente tenía por objeto en sus discursos hacer de la belleza un fin, y no un medio que sirviera á la idea, adviértese en muchos de éstos que no está en armonía el fondo con la forma. Pero no hay que negarle el cetro de la elocuencia cuando sus ideas se basan en principios sólidos y cristianos, tiene entonces rasgos admirables y es el rey de la palabra. Por desgracia sucede muy pocas veces. El señor Castelar fué, pues, un afluente retórico, un idólatra de la forma, un forjador de periodos rotundos y armoniosos, y, aunque no siempre, ni en todos sus escritos, un brillantísimo sofista.

La oratoria forense, cuyo cargo ó profesión es defender á otro ó á sí mismo en un pleito ante un tribunal, principió en España por los *voceros*, que tomaron este oficio de una ley de las Partidas que dice : « Vocero es home que razona pleito de otro, ó el suyo mismo, en demandando, ó en respondiendo, porque con voces é con palabras usa de su oficio. » Con el tiempo se fué regularizando y ennobleciendo esta profesión que ha dado á la república de las letras muchos sabios y eminentes jurisconsultos, y se han formado después varias corporaciones llamadas Colegios de abogados.

Solo en el siglo XVIII puede decirse que empezó á florecer la elocuencia forense ó judicial, con el establecimiento de tribunales, y solemnidades del procedimiento, en cuyo tiempo hubo oradores ilustres, entre los

cuales sobresalió don José Meléndez Valdés, quien se hizo más famoso con la célebre acusación fiscal. También descollaron Campoamor, Jovellanos, Floridablanca y otros muchos. En nuestro siglo podrán citarse para gloria de las letras muchos abogados de nota, aun de los nombrados entre los oradores parlamentarios, que han honrado su profesion defendiendo la justicia y volviendo por los fueros de la inocencia.

No creemos conveniente por ahora extendernos más en este género, y lo mismo decimos de la oratoria sagrada, contentándonos con citar la voluminosa colección de sermones del señor chantre de Valladolid don Juan González, en que trata casi todos los puntos de controversia.

VII

LITERATURA PORTUGUESA

Al expirar el siglo XVIII aparecieron en Portugal dos ingenios de condiciones y estudios diferentes, los cuales, por opuestos caminos, dieron ley á la generacion literaria que precedió al romanticismo. Eran en muchas cosas la antítesis viva el uno del otro, por más que en lo esencial de la teoría literaria no difieren mucho. Fácilmente se comprenderá que aludo á Manuel M. de Bocage, conocido entre los Arcades con el nombre de *Elmano Sadino*, y Francisco Manuel de Nascimento, más conocido entre sus paisanos con el nombre poético (no arcádico) de *Filinto Elysio*. Dispuesto así el terreno apareció una pléyade de literatos románticos capitaneada por Almeida Garret y Herculano, los dos grandes representantes del arte portugués.

Francisco A. Lobo. Entre los más insignes literatos de nuestro siglo figura el distinguido humanista Francisco A. Lobo, obispo de Viseo. Después de algunos libros en que derrama luz esplendorosa sobre la teología y la moral, escribió algunos ensayos biográficos y críticos, llegando á ser el verdadero iniciador de la crítica moderna entre los portugueses. Merece especial mención su *Estudio sobre Camoens*, bello, exacto, preciso y animado. Lejos de encarnizarse con los defectos intenta dar nueva vida al genio creador é inspirar justo entusiasmo hacia el autor de *Os Lusiadas*.

Almeida Garret. Con la aparición del vizconde de Almeida Garret cambió de aspecto la literatura lusitana. El teatro y la leyenda nacieron entonces en Portugal : recobró su literatura el carácter nacional que había perdido, y correspondió dignamente al movimiento que en Castilla seguían con ardor creciente y desusada gloria el duque de Rivas y sus discípulos. Almeida Garret, que había empezado por ser *filintista* acérrimo y entusiasta, quiso hacer pasar su poema *Doña Branca* por obra inédita de Nascimento, pero á nadie engañó el fraude, porque nunca había escrito ni versificado Filinto de aquella manera, ni cavaba tan hondo en el espíritu de la poesía moderna. Sus primeras composiciones están calcadas, aunque con libertad y brío, en las obras de Francisco Manuel, llamado por Lamartine *el divino*. Son más nutridos y

pintorescos los versos de Garret, pero se alejan de la severidad clásica sin entrar completamente en el molde romántico. El poeta se encuentra atado por las trabas que voluntariamente se impone, y llega sólo á mediana altura. Su verdadero lirismo está en *Hojas caídas*, versos de carácter indiscretamente *autobiográficos* según es pública voz y fama.

Como dramático ensayó Garret sus fuerzas componiendo dos tragedias clásicas, *Mérope* y *Catón*, primeros frutos de su ingenio. Entró después por los campos del romanticismo, y adoptando asuntos portugueses dió á la escena la primera producción en este género, titulada *Un auto de Gil Vicente*, el único poeta dramático de Portugal. Échase de menos en los tres dramas citados la unidad de acción y de interés : no así en el titulado *Fray Luis de Souza* que dió á la escena poco después del *Auto de Gil Vicente*. El plan está bien desarrollado, los caracteres bien sostenidos, el interés no decae, y el lenguaje es adecuado, fácil y limadísimo, por más que no llegue nunca á lo sublime. También escribió algunas comedias y romances históricos como *El Arco de Santa Ana* en que eleva la novela á la categoría de historia, como lo hacía Walter Scott.

Herculano. Alejandro Herculano merece un puesto entre los poetas por su coleccion de poesías titulada el *Arpa del Creyente*, y otro no menos honroso entre los historiadores por su *Historia de Portugal*. No es extraño que haya dicho Macaulay : « España debe conquistar á Portugal, sólo por tener á Herculano ». Y Núñez de Arce dice en su *Elegía* compuesta con ocasión de la muerte del poeta :

¡Ya no existe el poeta! Pero en vano
Querrá la muerte oscurecer la gloria
Del más insigne genio lusitano.
  Él con su ciencia engrandeció la Historia,
El exaltó la santa poesía,
Y él impondrá á los siglos su memoria.
  Cantor de vigorosa fantasía,
Pulsó inspirado el *Arpa del Creyente*...
  Esa Historia, entre tantas celebrada,
Del egregio Herculano obra maestra,
¡Ay! quedará por siempre inacabada.
  Pero tan raras perfecciones muestra,
Que es y será en los siglos venideros
Gloria de Portugal... ¡y también nuestra!

Rebello da Silva. Rebello da Silva es, á juicio de Calvo Asensio, un novelista histórico de sin igual merecimiento. Su drama, *Mocedad de Don Juan V* imitación de Otelo, es un acabado modelo de arte. Sus *Memorias* sobre la población, la economía rural y la agricultura, así como su *Historia de Portugal en los siglos XVIII y XIX*, revelan la universalidad de sus dotes y le colocan á la altura de las eminencias de otros países.

José da Silva Mendes Leal. Es un escritor *bocagiano* pulcro y doctísimo. Muéstrase lírico profundo en la composición titulada *Ave Cesar*; grandilocuente en el poema *Inkerman*, novelista ingenioso y ameno en los *Brahmanes*.

En el género dramático ha escrito con extraordinaria fecundidad. El drama histórico, la comedia de costumbres, la zarzuela, la magia, la opereta, todo lo ha puesto á contribución. De ahí el que aun sus mejores producciones dramáticas, como *Los dos Renegados*, *Los hombres de oro*, *El tío Andrés*, *La escala social*, etc., se resientan de extrema debilidad en el pensamiento y de gran descuido en la forma. En la mayor parte de sus obras nótanse reminiscencias de Casimiro Delavigne, y ha caido en las inmorales extravagancias de Dumas (hijo), Sardou y Halévy.

Camilo Castello Branco. Es un ingenio poderosísimo, una reputación en la literatura portuguesa. Como novelista no reconoce rival en su patria, con la particularidad de que no tiene predecesores. Él ha creado en Portugal la novela.

En sus innumerables producciones aparece siempre original, inspirándose en los tipos y costumbres de su país. No brilla por el interés de la acción, ni por el enredo de la fábula; brilla, sí, por la maestría con que caracteriza los personajes y la precisión de sus descripciones locales. Nótasele no obstante poca variedad : los tipos se repiten, las descripciones de igual índole, y los recursos puestos en acción se reproducen con regularidad.

Sus obras principales son : *Dos épocas de la vida*, *Dos horas de lectura*, *Flores y espinas*, *Los misterios de Lisboa*, *Libro negro*. Hizo, además, una brillante traducción de el *Genio del Cristianismo* de Chateaubriand.

Ribeiro. En Portugal, lo mismo que en las demás naciones, al romanticismo siguió la realidad, la experiencia ruda de la práctica, y empezaronse á tratar materias y objetos, y á servirse de formas y lenguaje al alcance del gusto del público que leía y pagaba, influido por el carácter de caducidad estética.

En este período de transición logró fama Tomás Ribeiro, noble adalid del sentimiento patrio y esclarecido tribuno de las glorias del trabajo. El ilustre cantor de *Don Jaime*, *La delfina del mal*, *Sueños que pasan*, *Vísperas*, *Indiana*, descuella entre sus compatriotas por el perfecto dominio de la lengua portuguesa, por su excelente versificación, y por los sentimientos cristianos y patrióticos que abundan en sus obras. Su poema *Don Jaime* tuvo un éxito prodigioso, avivó la llama del patriotismo, y fraguó tempestades, al decir de Castello Branco, en el mar muerto de la literatura portuguesa.

Eça de Queirós. José María Eça de Queirós, escritor de talento é imaginación brillante, dió comienzo á su carrera literaria con una serie de artículos originales que publicó en *La Gaceta de Portugal*. Más tarde fundó en compañía de Ortigáo *As Farpas*, en la que dió á luz algunos esbozos y tipos trashumantes, bien que sin aquella altitud de miras y moralidad indiscutible del ameno y simpático Pereda.

De los esbozos dichos al naturalismo pornográfico á lo Zola no había más que un paso : lo salvó Eça, y en sus novelas *El crimen de Padre Amaro*, *El primo Basilio*, *Misterio del camino de Cintra* da lecciones de sensualidad y de grosería. En ellas la pasión oprime á la conciencia : el vicio insulta á la virtud : el cuerpo triunfa del alma : la materia, del espíritu ; la sensación, de la idea, y el instinto, del deber.

VIII

ITALIA. SIGLO XIX

Después de los trastornos políticos de fines del pasado siglo y principios del presente, en que estuvo envuelta la península itálica, se obró una reacción en la lengua contra los barbarismos introducidos por la influencia francesa y la negligencia de los escritores. Dividiéronse los literatos en la elección de los medios, pretendiendo unos regenerar el idioma, resucitando las voces de los escritores del siglo XIV y del XVI, y queriendo otros, como más racional y lógico, que en vez de atenerse á la autoridad muerta de los libros se conformasen todos con el uso del pueblo, que es el legislador en esta materia, especialmente el florentino, que es el que mejor lo habla.

Además de la regeneración de la lengua, hubo una reforma en el estilo, resultado de la comunicación de ideas con Francia, Alemania é Inglaterra, donde se hacían notables estudios sobre ciencias naturales y literatura, reforma que dió nombre en Italia á la escuela *antigua*, representada por Vicente Monti, escritor fantástico, fluido y de mucho arte; y á la *moderna* por Alejandro Manzoni, más reflexivo y conciso, cuyos pensamientos, mejor sentidos y expresados deleitan y satisfacen. Algunos han llamado *clásica* á la de Monti, y *romántica* á la de Manzoni. La turba de escritores de una y otra, no los buenos, pues éstos han sido pocos, se dividieron en dos bandos, viniendo á degenerar la primera en un falso *clasicismo*, que se manifestó por la verbosidad y abundancia de los epitetos, melosidad de las frases y ciertas bellezas copiadas de los antiguos; la segunda en un exagerado *romanticismo*. Como todavía no se han deslindado, por decirlo así, los campos de estas dos escuelas militantes, y hay escritores que indistintamente dan á luz sus creaciones conforme á las reglas ó gustos de una y otra ó prescindiendo de ellas, vamos á dar una breve idea del *romanticismo moderno* exagerado y del *realismo* nacido bajo el mismo influjo, escuelas que tienen adeptos no sólo en Italia, sino en todas las demás partes del mundo.

Sabido es que *clasicismo*, era en los tiempos pasados aquel sistema de composición, que pretendía imitar en sus escritos la literatura de la antigüedad greco-romana, á diferencia del *romanticismo*, cuya literatura, informada por el espíritu y gusto de la civilización cristiana, no se ajustaba á las reglas y preceptos de los clásicos. El estudio de las diversas literaturas hecho especialmente en Alemania á mediados del siglo XVIII,

dió á conocer mejor en Europa algunos autores antiguos y modernos, y logró hacer cambiar de opinión acerca del mérito literario de los últimos, así como del modo de imitar á los antiguos clásicos. Pero en Francia, donde las cosas suelen ir á los extremos, no tanto el mayor ó menor conocimiento de las literaturas, cuanto el influjo de las ideas revolucionarias, es el que dió nacimiento al *romanticismo* de que hablamos, el cual declarando ciegamente guerra al *clasicismo*, introdujo en literatura la exclusión de toda regla, en política la negación de toda autoridad y en religion el ateismo. Ha manifestado sus extravagancias en dramas, novelas y poesías líricas, exagerando los sentimientos del corazón, y yendo á buscar ideales que no corresponden con la verdad objetiva de las cosas. Por eso, en vez del drama caballeresco y moralizador, reflejo de la buena sociedad, ha presentado un desordenado fárrago de escenas monstruosas; en lugar de la novela ingeniosa y agradable, ha hecho narraciones patéticas, largas y apasionadas, ó embrollados laberintos de lances poco verosímiles y nada morales; y so pretexto de expresarse con viveza y valentía los afectos, ha sustituído la hipocondria al dolor, los caprichos de la imaginación á la meditación de las cosas, y las pasiones de un cerebro calenturiento al estudio del corazón. De ahí el cantar frenéticos la desesperación y los horrores del sepulcro, el imaginarse en un cementerio para tejer algunos cantos, y el fingirse apasionados por el suicidio, ó estarlo en realidad, á fin de pasar la plaza de poetas. A estos ideales han añadido los de esa escuela otros que les ha sugerido el espíritu moderno, que se manifiesta por esta libertad omnímoda, por el desprecio de toda ley, por el odio á la autoridad de Dios y del sacerdote que la representa. Por eso vemos exaltados y divinizados por esta escuela, aquellos poetas que han manifestado tan funestas cualidades.

Por camino muy diverso de este romanticismo exagerado, pero no menos apartado del bello ideal que debe inspirar al escritor, salió el *realismo* á apoderarse del arte. Sus adeptos excluyen el elemento ideal, y no quieren más que la representación de la realidad en toda su crudeza y desnudez, como si el fin del arte no fuera dar una idea, más bien que retratar la realidad. Y como dice un escritor moderno : « El arte pretende expresar por medio de formas sensibles los pensamientos, los afectos, el mundo oculto á nuestros sentidos, y el enlace de la forma con la idea. Tan cierto es esto, añade, que no son contadas como obras de arte las fotografías y las estatuas de cera ». De donde resulta que si el romántico, por ir en busca de ideales falsos y por exagerar sentimientos, *crea* monstruos, el realista, por desechar el bello ideal de la naturaleza, nos *da* monstruos en lo natural y en lo moral. En lo primero, porque se somete á la mezquina suerte de copista material de la naturaleza, la cual no siendo bella en todas sus partes, á causa de la necesaria limitación de la cosa creada, sujeta á descomposiciones y trastornos, forzosamente tiene que dar copias uniformes y monótonas, en vez de las bellas y variadas creaciones del espíritu. Y en lo segundo, porque tales son esas comedias, novelas, etc., en que se describe y pinta la vida real de los burdeles, tabernas y plazas públicas, cuyas obscenidades, excesos y reyertas se repiten uniformemente y de un modo enojoso en las escenas ó capítulos. Así es que vista ó leida una comedia ó novela, v. g., de Zola, se conocen todas las demás, y conocidos los *postumos* de Guerini, no es necesario leer la interminable serie de cancioneros de Bolonia, Milán y Turín, etc.

Estas son las escuelas en que tantos escritores, inspirados por el naturalismo, se han afiliado en este siglo positivista, apartándose, por consiguiente, del verdadero ideal del arte, que está en la imitación de la bella naturaleza, de esa naturaleza llamada por un poeta *sonrisa de Dios*, cual el hombre la siente y expresa por la fuerza creadora de su genio, imagen del genio de su Creador.

Volviendo ya á Italia y á su literatura, las injustas guerras napoleónicas, el afán de muchos italianos por constituír en ella una república ó reino, por cualesquiera medios, y después los amaños y violencias de que se han valido los revolucionarios para dar vida al reino de Italia, perjudicando á la Santa Sede y demás príncipes italianos, han puesto á los hijos de esta bella parte de Europa en un estado muy poco favorable para gustar las delicias de la literatura y expresar sus verdaderas bellezas. Sin embargo, la inteligencia y rica fantasía con que la naturaleza adornó á sus habitantes, se ha manifestado en algunas obras que honran la república de las letras.

No nos detendremos en mencionarlas y juzgarlas todas, porque siendo tanto lo que en este siglo se escribe, ordinariamente más que lo que se piensa, cualidad hoy día común á todos los países, nos llevaría también este trabajo más allá del fin que nos hemos propuesto.

Vicente Monti, nacido cerca de Ferrara el año de 1754, y muerto el 1829, es el poeta más brillante de los conocidos en este siglo, por el culto y adoración de las formas. Fué profesor de elocuencia y bellas letras en Pavía y Milán, y poeta imperial. Compuso tres tragedias, *Aristodemo*, *Cayo-Graco* y *Manfredo* : y aunque, como hemos dicho, es clásico por sistema, se dejó llevar de la idea del romanticismo en el *Cayo-Graco*.

Es inferior á Alfieri en la exposición y desenvolvimiento de la fábula; pero le supera en la armonía y suavidad de la versificación, majestad y elegancia de estilo, que supo vestir admirablemente con todas las galas de la poesía. Estas mismas dotes exteriores son las que hermosean sus *Poemas*, mucho más que las que constituyen el fondo de los mismos, en que se echa de ver la falta de convicción, y que pinta y describe sin meditar bien el asunto.

Como lírico, siempre admirará á todo el que sienta amor al arte, contándose con razón entre las primeras composiciones del siglo la en que saluda á su patria el año de 1800 con estas palabras :

Bella Italia, amate sponde,
Pur vi torno a riveder.

Son excelentes también sus dramas líricos, pudiendo rivalizar con los de Metastasio el *Teseo*. Su traducción de la *Iliada* es, á juicio de los más sabios helenistas, la mejor en italiano.

La volubilidad de su carácter le enajenó muchos amigos, y le hizo odioso á los mismos que de él recibieron el incienso de la adulación. Maldijo en una oda *al último Capeto*, llamándole *vil y traidor*, á quien en otra ocasión apellidó *el rey más grande y más afable*. Cantó á Pío VI en *El Peregrino apostólico*, y lanzó recriminaciones á los revolucionarios franceses; pero apenas aparecieron triunfantes en Italia, el llamado abate Monti se convirtió en el ciudadano Monti, atacó á su bienhechor el Papa, y saludó á Napoleón con el título de *rival de Júpiter, porque no podía tener*

rivales en la tierra. Caído éste del pedestal de su ambición, cantó Monti la dominación de Austria, dando á su emperador los epítetos de *aquilón en la guerra y céfiro en la paz*, pero éste tuvo el acierto de quitarle el título de historiógrafo, y con él, lo que más sintió Monti, el sueldo.

Hugo Fóscolo, contemporáneo del anterior, autor de varias composiciones líricas y de las tragedias *Tieste*, *Ayax* y *Ricarda*, es famoso por su canto *Los Sepulcros* y por la novela *El Proscripto ó últimas cartas de Jacobo Ortis*. Sigue en ella las huellas de Goethe en el *Werther* revelando ideas fatalistas, y pintando esa amargura inútil, que la incredulidad destila en el corazón del que abandona la religión. Aunque rodeado de fausto, vivió siempre pobre, por fin vino á terminar sus días en un hospital de Inglaterra el año de 1827.

De escuela muy diversa en las ideas y en la sobriedad de los adornos es Alejandro Manzoni, milanés, nacido el año de 1782 y muerto el 1872. Celoso por devolver á la poesía italiana la gravedad y elevación de ideas con que brilló en tiempo de Dante, se ejercitó en la poesía lírica, cuyas composiciones fueron al principio recibidas por algunos con desdén. No tiene la delicadeza exterior de Monti, llamado el poeta de las formas por excelencia, ni los arranques de su imaginación; Manzoni en cambio es más reflexivo y profundo, deja, si no tan maravillados á sus lectores, á lo menos más complacidos y satisfechos, porque les hace pensar y sentir. Estas cualidades resplandecen en sus *Himnos Sagrados* y en sus *Odas*, entre las cuales es muy celebrada, aunque no es la mejor, la que hizo á la muerte de Napoleón.

También cultivó la dramática, si bien no consiguió los aplausos que otros poetas de su tiempo; escribió un libro sobre la *Moral católica*, y sostuvo varias polémicas sobre crítica literaria en que dió muestras de noble carácter, recto juicio y cristiana educación.

Pero donde ha dejado un nombre imperecedero es en la novela *Los Novios*, en que pinta á maravilla un cuadro de las costumbres del siglo XVII, y la vida íntima de la familia. Es una verdadera obra maestra por la pintura de los caracteres, viveza y verdad de las descripciones, y sobre todo por el interés y simpatía que excitan los dos principales personajes, á medida que desenvuelve en la narración el cuadro de su vida.

Su moral, indispensable en esta clase de obras, es intachable en la presente. Verificado el desenlace con toda naturalidad, los novios, amparados siempre por la Iglesia y bendecidos por uno de sus ministros, sacan de sus trabajos una consecuencia digna de la elevación de miras que el cristianismo enseña á pobres y á ricos, diciendo : « que la confianza en Dios dulcifica todos los sinsabores y los hace meritorios para una mejor vida. » « Esta sentencia, añade el autor, aunque discurrida por una pobre gente, nos ha parecido tan verdadera, que hemos querido ponerla aquí, como resumen y sustancia de toda nuestra historia ». ¡Digno remate del que creía un apostolado, la misión del escritor!

También el piamontés Silvio Péllico, fallecido el año de 1854 á la edad de 65 años, concurrió al esplendor de la literatura patria con algunas producciones en prosa y en verso. Compuso varias poesías líricas y siete tragedias, que corrieron por varios teatros de Europa, entre las cuales *Francisca de Rimini* gustó tanto á Byron, que antes de ser publicada la tradujo al inglés. Es autor de un tratado, *Deberes del hombre*, y de otro librito que fué de mucha oportunidad y de más eficacia que la fuerza de

as armas para la libertad de Italia, intitulado *Mis prisiones*. En él cuenta a historia de sus sufrimientos en diez años de prisión durísima por delitos olíticos, « con el principal objeto, dice, no de hablar de mí, sino de liviar las penas de los desgraciados, enseñándoles á recurrir al manantial e verdadero consuelo que es la Providencia divina ». En efecto, no hay n todo el relato una palabra de amargura contra sus opresores; su estilo s noble, elocuente y sentimental cual lo pide el asunto, y su libro está embrado de desengaños y pensamientos oportunos sugeridos por la eligión y la filosofía cristiana que formaron su bello carácter.

Dos escuelas se formaron por este tiempo en Italia, la primera se llamó *eo-güelfa* por ser en sus ideas favorable al poder temporal del Papa, de a cual fué Manzoni uno de los principales jefes; y la segunda *neo-gibe-ina* en oposición á la anterior, cuyo centro estaba en Florencia. Las deas de estas dos escuelas ejercieron grande influjo en sus literatos á os cuales sin embargo unía siempre un pensamiento y un deseo, el de a libertad de Italia del poder de Austria.

Entre los que siguieron las ideas ya literarias, ya religiosas de Manzoni itaremos los más principales. Tomás Grossi ha escrito poesías llenas de entimiento patriótico, y de entre sus *Novelas*, ó más bien, poemas caba-lerescos llenos de lozanía y variedad de sucesos, pero algo confusos en el plan, es justo hacer mención del poema en quince cantos, *Los lombardos n la primera cruzada*. Su novela *Marco Visconti* es muy parecida á *Los Novios* de Manzoni. Bartoletti ha enriquecido la literatura italiana con na joya preciosísima, cual es el poema *Salvador* en doce cantos, sacado le los Evangelistas. También Costa ha celebrado al descubridor de América en el poema *Colón*, y Tommaseo fuera de algunas poesías, ha com-puesto narraciones históricas como *El duque de Atenas* y algunas fantás-icas. Gloria de la poesía contemporánea por la elevación de miras y ten-lencias cristianas es el abate veneciano Zonella, cantor del progreso ientífico é industrial en los poemas *Ciencia* y *Naturaleza*, y en la *Indus-ria* y asimismo en un estudio al cual puso el título *El trabajo*. Pero londe ha dado mayores muestras de su sabiduría y cristiana inspiración es en el poema *Galileo y Milton*.

De escuela diferente de la del dulce y religioso Manzoni fué Jacobo Leopardi de Recanati, muerto el 1837. Estuvo dotado de gran talento para as lenguas, y nos dejó trabajos filológicos é históricos de mucho valer. Fué también poeta notabilísimo, como se ve por las composiciones dedi-cadas á Italia, *Sobre el monumento del Dante*, *El amor y la muerte* y los *Cantos*. Amargado por la hiel del escepticismo, hasta sus versos se resienten de la profunda tristeza que devoraba su alma, en tanto grado que llega á perjudicar la belleza del estilo y dicción. Poetas inferiores han sido : Benedetti autor de la mejor oda que se ha hecho en honor de Italia, Marcheti, Scolnini y Berchet jefe del romanticismo moderno. Pos-teriormente Giusti, muerto el 1850, ha escrito poesías satíricas contra el Austria y sobre otros asuntos, con elegancia é ingenio. Prati, superior en esto, ha dado á luz algunas poesías tiernas como *Recuerdos y lágrimas*, otras belicosas y patrióticas hasta la exageración, y varios poemas entre ellos *Armando* en que marcha lo real con lo fantástico, y hace un amasijo de todas las ideas semejantes al *Fausto* de Goëthe. Y dejando otros muchos citaremos á Carducci, que ha pretendido ser el Tirteo de Italia, y publicado con este objeto un gran número de cantos políticos en los

cuales más que poeta y patriota, se muestra pagano y demagogo. Las poesías á otros asuntos no son tan violentas, y sus *Estudios literarios* están más exentos del espíritu de partido. Volveremos á hablar de él.

Un gran número de trágicos y dramáticos cuenta la historia literaria de Italia, los cuales tropiezan generalmente en un escollo peligroso, porque ansiosos de esa aura popular que tan barata se adquiere halagando las pasiones de la libertad sin medida, convierten el teatro en un gran campo de ataques contra la religión, la moral y la autoridad pontificia, en vez de ser un lugar de diversión honesta, donde podrían gustarse un sinnúmero de bellezas artísticas y literarias. Los escritores de más reputación han sido Nicolini, muerto el 1861, autor de la pieza alegórica *Nabuco, Juan de Procida* y *Arnaldo de Brescia* de alusiones políticas y religiosas, y otras en gran número; Marenco que ha seguido las huellas del anterior en el drama histórico; Giaconetti llamado el proveedor dramático en Italia, Cárcano, Bolognese, Morelli y Zamboni dotados de inspiración para la tragedia y el drama.

Entre los cómicos italianos más célebres de este siglo después de Alberto Nota y Paolo Ferrari, hacen mención de Gherardi del Testa, abogado de talento, que prefirió los laureles de la escena, y los obtuvo en efecto en muchas piezas como *Vanidad y Capricho*, *El baile de máscaras* y varias otras. También han sido muy aplaudidas las comedias de Suñer, nacido en la Habana el 1832 y avecindado en Italia, especialmente *La amistad* y *La gratitud*. Siguen trabajando para la escena Berzencio, Torelli, Martini, Muratori y otros muchos.

Haremos una reseña de los historiadores modernos comenzando por Carlos Botta, muerto el 1837, autor de varias historias particulares y continuador de la de Guiciardini. Es tildada esta su obra de falta de exactitud y unidad, y el estilo de pintoresco en demasía. Micali (1844) escribió la *Historia de Italia* antes de la dominación de los romanos, en la cual se hallan datos de mucho interés sobre el origen de los pueblos italianos. También Coletta, general de Murat, dejó inédita la *Historia del reino de Nápoles* desde la entronización de los Borbones el 1734 hasta nuestros días, cuyos sucesos juzga desde un punto de vista liberal; con espíritu muy diferente escribió Lázaro Papi los *Comentarios de la revolución francesa*.

Al napolitano Troya deben las letras una erudita *Historia de los bárbaros*. Desterrado de su patria el 1820, fué á Roma donde abandonó las ideas gibelinas, y se hizo defensor del poder temporal del Papa en sus numerosas y juiciosas obras. Su discípulo César Balbo se hizo jefe del partido liberal moderado, y según su doctrina ha dado á luz varios trabajos históricos, é ilustrado la vida del Dante. Pero el que tiene más fama como historiador es el milanés César Cantú, autor además de varias poesías, novelas y estudios críticos. La *Historia Universal* de este escritor, en la cual se admira y elogia la claridad de estilo, así como la de método por la sabia distribución de las materias, no merece las mismas alabanzas por el espíritu que dominó á su autor al componerla, que fué el liberal. Además muchos sucesos y personajes, como reyes y papas, no están juzgados con acierto, quizás le faltaron documentos que le hubieran dado luz en la materia, y en la sección literaria parece asimismo demasiado exigente y mal contentadizo de algunos escritores elogiados generalmente.

De sucesos particulares tenemos un estudio muy interesante, quizás el

nejor en su clase, hecho por Amari, que intituló *Guerra de las vísperas icilianas*; y el benedictino P. Fosti publicó un trabajo de historia y rítica muy elevada con el epígrafe de *La Condesa Matilde y los Pontífices omanos*. También es gloria de la ciencia y de las letras la *Historia de S. Pedro Damiano* por un religioso del Oratorio, el P. Capecelatro. No ha lado tan buena cuenta de su talento para la historia el hombre de Estado 'arini en *El estado romano* y la *Historia de Italia*, en cuyas obras se le ve egado por la pasión revolucionaria. No nos detendremos á hablar de Romasin, Villari, Ricotti, Ranalli y otros que han cultivado este género. El último de los nombrados ha hecho un servicio á la literatura y á las rtes con sus *Lecciones de literatura* con preceptos y ejemplos, y con la Historia de las bellas artes en Italia*, preciosa por la descripción de tantas bras maestras como embellecen á la península.

Los trabajos sobre crítica son muy numerosos, lo mismo que los noveescos, con la diferencia que entre los últimos hay muy pocos de mérito. *La Margarita Pusterla* de Cantú, á pesar de su buena intención, es un ejido de horrores é inverosimilitudes. Más feliz, aunque no perfecto stuvo el ya citado Tomaseo en *El duque de Atenas* y en *Fe y Belleza*; ero el que ha traspasado todos los límites como novelista es Guerrazzi, on el cual forma un perfecto contraste M. d'Areglio en *La lega lombarda* en sus *Recuerdos*. Dignos son de nombrarse en la historia de las letras or la frescura y brillantez de las descripciones, no menos que por la riginalidad de la invención, los novelistas Cárcano, Berserio, Gherardi lel Testa y Tigri, y un puesto muy principal merece entre los buenos iteratos contemporáneos el P. Antonio Bresciani de la Compañía de esús (1798-1862). Ha sido uno de los más ardientes defensores de la causa católica en esta época, en que la prensa ha estado librando sus nás fuertes ataques contra la Iglesia, y como escritor en la revista *La Civilta catholica* no sólo ha tenido á raya á sus adversarios, sino que éstos nismos han rendido homenaje á su talento y á sus convicciones religiosas. A juicio de todos la literatura moderna se honra con sus numerosas producciones, entre las cuales citaremos *El hebreo de Verona*, *La república romana*, *El zuavo pontificio*, *Edmundo*, *El Tirol alemán*, *La Cerdeña*, etc., etc. Quizás no tiene quien le iguale en el diestro manejo de la engua, como se advierte en la riqueza de giros y expresiones, que brotan abundantemente de su pluma, en la fecundidad para inventar y la viveza para pintar lo mismo las obras de la naturaleza, que las acciones de los hombres, cuyos corazones conoce perfectamente, y por lo que toca á las deas y sentimientos de sus personajes todos son verdaderos, nobles, puros y delicados como de ello dan testimonio sus obras traducidas en odos los idiomas europeos.

Sacerdote laborioso y publicista de nota fué Antonio Rosmini, nacido en Roveredo del Tirol el año de 1797, el cual sostuvo ardientes polémicas con Gioberti y Lamennais. Escribió varias obras de filosofía, en las cuales aunque muestra mucho celo por la verdad y buena intención, no dejan le hallarse también ideas confusas y falsas, que él mismo no tuvo lespués dificultad en reconocer. Y como la humildad cristiana no está reñida con el talento, ésta brilló mucho más á los ojos de los buenos católicos, cuando sin despegar los labios, se sometió al juicio de la Iglesia que prohibió dos de sus obras, siendo de notar el gran prestigio le que gozaba entonces en Europa.

Inferior á Rosmini como filósofo y de ideas liberalísimas fué Vicente Gioberti, nacido en Turín (1801-1852) fundador del ontologismo moderno, y con tendencias panteistas sacadas de los alemanes Hegel y Scheling. Fué Gioberti ante todo hombre de acción y, como dice su admirador César Balbo, fué italiano exagerado. La obra que causó más sensación en Italia y que influyó grandemente en el movimiento revolucionario, fué el *Primado moral y civil de los italianos* publicado en 1843; después escribió la *Renovación civil de Italia*, donde combate el poder temporal del Papa que antes había defendido, el cual libro le sirvió de programa al conde de Cavour para llevar adelante la revolución italiana. Como los jesuítas se viesen mezclados en las cuestiones de Gioberti, respondieron á sus ataques con el vigor que infunde la buena causa, pero él se desquitó de un modo desleal, dando á luz un libro que llegó á ser famoso, intitulado *El jesuita moderno*, en donde, según Cantú, reunió cuantos absurdos y calumnias se habían dicho anteriormente contra los jesuítas, á quienes había alabado en otros escritos.

En estilo no menos elegante y ameno, con erudición mejor fundada y argumentos irrefragables, refutóle entonces el P. Carlos María Curci en otro libro, *Una divinazione*, en que va respondiendo uno por uno, todos los puntos en cuestión, le muestra las interpretaciones malignas, puerilidades, falsos supuestos, contradicciones, imposturas, documentos falsos, etc., y le hace ver que el *jesuita*, cual él lo pinta es imposible que exista en la Iglesia ni en la sociedad. Y que el jesuitismo que Gioberti combate no está más que en su cabeza.

Y ya que hablamos de filósofos, no puede omitirse el nombre del modesto canónigo de Nápoles Cayetano Sanseverino, autor de la *Filosofía cristiana comparada con la antigua y la moderna*, obra escrita en latín según la mente de Santo Tomás, que es el que le sirve de norte en todas las cuestiones, y admirable por su mucha erudición y solidez de doctrina. También merece nombrarse, como expresión del gran movimiento filosófico aplicado á las ciencias político-sociales, la obra del padre Tapa-relli de la Compañía de Jesús, *Ensayo teórico de derecho natural apoyado en los hechos*, en que desarrolla con solidez filosófica un sistema completo de moral y de derecho natural.

Terminaremos citando el nombre de Augusto Conti, autor de varios tratados filosófico-cristianos, en donde sigue la inspiración de San Agustín y Santo Tomás.

COLORISTAS Y FORMISTAS

Manzoni y Leopardi fueron los jefes de estas dos escuelas, aquél de los *coloristas*, que buscan el esplendor de estilo y de color, creyente y patriota; y éste de los *formistas*, que procuran la corrección de forma, escéptico y ateo, que todo lo veía negro y triste; alma desventurada, llena de amargura y desesperación.

Aleardo Aleardi. Asuntos relacionados con la política lleváronle á Francia, donde conoció á Béranger, Lamennais y Mickiewicz, y en Florencia trató á Giusti, Vieuseux y Capponi. Desempeñó la clase de Estética en Brescia, y en todas sus poesías domina el

género descriptivo con tendencias de reforma política y religiosa. Sus principales obras son : el poema *Arnaldo di Roca*, *Il monte Vircello*, fragmento de un poema en cuatro cantos, imitación del *Childe-Harold*, *Horas de mi juventud*, *Los siete soldados*, *Triste drama*, *Canto político*, *Elegía sobre la tumba de la condesa Giusti*.

Carducci. El crítico y lírico ateísta Josué Carducci, que es, juntamente con Guerrini, jefe de la escuela lírica boloñesa ó *realista*, enemigo de la manzoniana ó *idealista*, cuyo jefe es Rizzi, muéstrase defensor y amante cual ninguno de las formas clásicas : y esto no sólo en sus producciones originales, sino también en sus imitaciones de Víctor Hugo y Barbier, Heine, Shelley y Swinburne. Parece serle innato el hacer versos antiguos sobre pensamientos nuevos. La recopilación de *Levia, Gravia y Dezennali* promovió ardientes polémicas por sus piezas *Satana* y *A Apolline* : polémicas que llegaron al colmo con la publicación de las *Odas bárbaras*.

Ningún poeta de la Italia contemporánea, dice Gubernatis, le iguala en entusiasmo lírico. Sus *Yambos arquiloquescos* corren siempre alados; muchas de sus descripciones están llenas de vida, son elocuentísimos sus apóstrofes; pero en conjunto la lírica de Carducci seméjase á una música rápida y estrepitosa, falta de armonía y de *motivo* que penetre en el corazón y lo avasalle. Toda la lírica de Píndaro era un *sursum corda*. La de Carducci truena, relampaguea y pasa como un turbión; más que elevar aterra. Los amores y los odios, que son muchos por cierto, la excitación nerviosa, la falta de serenidad olímpica, traslúcense en todos los versos de este vate.

Giacometti. Cuando la *evolución* dramática se encontraba en Italia en su período de crisis, apareció un escritor tan feliz como fecundo, al cual, como galanamente observa el doctor Blixén, á quien seguimos en este juicio, se le ha llamado el « primer *contribuyente* teatral de la Península ».

« Si el estilo de este escritor estuviera en su *Torcuato Tasso*, *María Visconti*, *Cola di Rienzo*, á la altura de su imaginación, Giacometti habría figurado entre los maestros. También es el estilo el lado débil de su *Sófocles*, pintura majestuosa de la vejez del gran trágico griego, y de *La Muerte civil* que, después de haber sido ocasión de un estruendoso triunfo para el actor Salvini, fué traducido al francés, al alemán y al español.

« De más fama aún que *La Muerte civil* goza el drama histórico *María Antonieta*, obra de muy poderosos efectos, la más aplaudida tal vez en el repertorio de Giacometti. Durante los primeros actos sigue el autor con toda fidelidad el curso de los acontecimientos históricos de la revolución francesa.

« En los últimos años de su vida, Giacometti siguió trabajando con ardor para el teatro. En el número considerable de sus dramas, tragedias y comedias, debemos citar : *Después de la embriaguez*, *El último de los duques de Mantua*, *Luisa San Felice*, *Hija y madre*, *Historias íntimas*, *Miguel Angel Buonarotti*, todas ellas producciones notables, representadas por los tres artistas italianos *más grandes* de la época contemporánea : Adelaida Ristori, Rossi y Salvini. »

Pedro Cossa. El naturalismo francés tuvo sus imitadores en Italia, y no pocos de sus líricos se complacen en ser cínicos hasta la lubricidad; pero no es todo imitación, ni crápula, ni grosería : Italia tiene sus genios originales y vigorosos, como el dramático Pedro Cossa. Su primer drama fué *Mario y los Cimbrios*. *Beethoven* y *Puszkin* señalan un estilo que se convierte en exclusivamente propio del autor en el *Nerone*. Este drama obtuvo en Roma mediano éxito, por lo cual Cossa se decidió á abandonar el teatro, aceptando una cátedra de literatura; pero el éxito que la misma producción obtuvo en Milán cimentó para siempre la fama de su autor. En el año siguiente y sucesivos enriqueció el teatro con *Plauto y su siglo*, *Juliano el apóstata*, *Mesalina*, *Cleopatra*, y algunos otros. *Nerón*, *Mesalina y Cleopatra*, son obras de primer orden.

Guerrazzi. Francisco Guerrazzi ocupa el primer puesto entre los novelistas italianos durante el período de 1820 á 1848 por su originalidad y por su estilo. En sus novelas *La batalla de Benevento*, *El sitio de Florencia*, *Isabel Orsini*, *Beatriz Cenzi*, *Los nuevos Tartufos*, etc., imita á los autores neo-románticos franceses, prevaleciendo siempre la corriente nacional política. Es también digno de especial mención su drama titulado *Los blancos y los negros*.

Farina. Superior á todos los novelistas de la Italia contemporánea, por su finura, gracia, ingenuidad, viveza de ingenio y delicadeza de sentimientos, aunque un tanto infeliz en la trama de acciones prolongadas, es Salvador Farina.

Lleva publicados más de diez y siete libros, unos breves, extensos otros, y alguno como *Mio figlio*, que es armónica recopilación de ocho narraciones. Luis Alfonso, traductor de *Cabellos rubios*, expone con un símil etnológico las cualidades propias de las obras de Farina en estos términos : « Considero la novela del italiano cual legítimo *Chianti*, ya con destreza elaborado y embotellado lindamente; el cual, ni tan ácido como el *Burdeos*, ni tan ardiente como el *Jerez*, ni tan pesado como el *Oporto*, ni tan estrepitoso y vano como el *Champagne*, es ligero, agradable y digestivo, y á la vez que conforta, lisonjea. Cúmpleme añadir, para mejor caracterizar al autor, que en ninguna de sus obras se hunde cual minero en negros y peligrosos abismos, á la demanda de una veta de experimentación filosófica, ni en ninguna se pierde en las alturas de la fantasía creadora. Ora canta, ora suspira, llora algunas veces, ríe á carcajadas otras, sonríe dulcemente las más y prefiere los arroyos á los barrancos, y los jardines á los corrales. Opina, sin duda, que entre pintar de memoria y sacar mecánicamente fotografías, hay un término medio : copiar del natural siempre que el natural sea bello. »

D'Amicis. Edmundo d'Amicis es un escritor fácil y ameno que ha ganado y merecido fama en el antiguo y en el nuevo mundo. A los veinte años se encargó de la dirección de la *Italia militar*, periódico profesional que se publicaba en Florencia; pero la aceptación que tuvieron sus primeros trabajos literarios (que coleccionó con el título de *Vida militar*), le decidieron á abandonar la carrera de las armas por entregarse enteramente á las letras.

Viajó por España, Holanda, Marruecos, París, Londres, Constantinopla y América; y en sus viajes halló asuntos para otros tantos libros que corren traducidos y originales por todas las regiones de Europa y América. Así en verso como en prosa, puede observarse que se inclina á lo bueno y lo bello, y se entusiasma con los hermosos ideales.

Horas de recreo, *La vida militar* y *La carrozza di tutti* encierran cuadros de crítica *casi burguesa*; pero *Speranze e Glorie*, sus *Memorie* y algunas otras encierran juicios, que aunque en una forma suave y placentera, pueden pertenecer al género *casi socialista*. La gloria del autor italiano, sin embargo, vivirá unida, no al hombre de partido, sino al narrador brillante, al pintor fidelísimo y atractivo de la vida ambulante, de la vida en tranvía, de Turín. En *La carrozza di tutti* se muestra el escrutador diligentísimo del corazón infantil, lo mismo que en *Corazón* (Diario de un niño). Como cuentista, es de estilo amenísimo y palabra en extremo fácil.

IX

INGLATERRA. SIGLO XIX

Antes de cerrarse el siglo XVIII, abrió Inglaterra las puertas á la nueva revolución literaria, que con el nombre de *Romanticismo* había partido de Alemania. Llevaba consigo este sistema ó escuela, más libertad y mayor soltura, originalidad é inspiración, aunque, como es sabido, no todos los escritores ni en todos los países, especialmente en Francia, se contuvieron en los justos límites. Su influencia produjo, como era natural, en la Gran Bretaña escritores de varios géneros, de los cuales, así como de los que no pertenecen propiamente á dicha escuela haremos un bosquejo escogiendo los más principales.

Walter Scott, escocés, nacido en Edimburgo (1771-1832), aficionóse mucho á la lectura de Burns y demás poetas populares, y á los románticos alemanes que le inspiraron algunas elegías y leyendas, como *El lamento del último menestrel*, *La dama del lago*, *El lord de las islas*, etc., las cuales aunque faltas de originalidad y escasas de numen poético, agradan por la facilidad y la gracia. Mas, entreviendo por las primeras poesías de Byron, que éste le eclipsaría como escritor en verso, lo dejó enteramente, se dedicó al género novelesco en prosa y fué el creador de la novela histórica.

Era Walter Scott, por sus estudios y carácter, menos apropósito para la gravedad que pide la historia, que para pintar y describir lo pasado, idealizando épocas y personajes, cualidad que se advierte desde luego en la *Vida de Napoleón*, en la *Historia de Escocia* y en sus *Novelas*. La primera que le dió fama europea fué *Waverley*; á ésta siguieron *Marmion*, *Los puritanos de Escocia*, *La cárcel de Edimburgo*, *El monasterio*, *El abad*, *Las aguas de San Ronan*, *Ricardo en Palestina*, etc., hasta el número de veinticinco. En ellas toma por fundamento reminiscencias históricas, y creando caracteres en conformidad con la época que describe, hace obrar y hablar á los personajes con tanta verosimilitud, que época y personajes parecen copiados de la misma realidad histórica. Por eso se ha dicho con razón que sus novelas son á veces más verdaderas que la historia.

Para esto se necesitaba de un gran caudal de erudición, de una fantasía rica y poderosa y de arte para combinar hábilmente los planes, cualidades que en realidad poseía como pocos, y que le han merecido el título de padre de esta nueva forma de escribir novelas. Muchos han pretendido

imitarle; pero como no basta la facilidad de pintar, sino que se requieren tesoros de instrucción y buen criterio, han quedado muy atrás de su modelo.

Ejercitóse en la historia y en la crítica, y habiendo vuelto á sus novelas para poder pagar á sus acreedores, el peso de tanto trabajo le rindió á los sesenta y un años de su edad.

Si la poesía de Walter Scott vive del recuerdo de lejanos tiempos y de la esperanza, la del lord inglés Jorge Byron « brota, dice F. Schlegel, de la profundidad de una inspiración trágica y de la desesperación del ateo ». Nació éste enérgico y sombrío poeta en Londres el año de 1788, y murió favoreciendo la causa de los griegos en Missolonghi el 1824. Huérfano de padre á los tres años de su edad, y habiendo heredado de un tío suyo una gran fortuna, pasó, puede decirse, los cortos años de su vida en la disipación, en viajes y haciendo versos. Las contradicciones que encontró en los primeros pasos de su vida, agriaron de tal manera su alma sin fe, que ya no tuvo sino odio, deseos de venganza y desprecio de la sociedad. Sus primeros ensayos fueron unas poesías que llamó *Horas de ocio*, y porque se las criticaron en la *Revista de Edimburgo*, él respondió con una sátira violenta y amarga, bajó el título de *Los poetas ingleses y los críticos escoceses*. Recorrió después casi todos los países de Europa, compuso algunos dramas y fué dando á luz varios poemas, en que bajo nombres supuestos, cuenta sus propias aventuras y expresa sus sentimientos, especialmente en el *Childe Harold*. Más tarde publicó el *Don Juan*, que no es sino el personaje del poema anterior algún tanto variado : es más cínico, no muestra tanto aborrecimiento á la sociedad y á sus instituciones; pero sí mayor desprecio y desdén. Uno y otro poemas, á pesar de las bellezas que encierran, no son obras de arte, porque en ellos no hay plan ni desenvolvimiento natural de la acción; no hay tampoco armonía entre las cualidades que constituyen una obra artística, á saber : la verdad, la belleza y la bondad, y ni siquiera una chispa de sentimiento cristiano. Nadie, sin embargo, le niega la energía para pintar cuadros, como el sitio de Ismailoff, talento para variar las narraciones, y vigor poético para expresar sus sentimientos. Lo sensible es que estos sean satánicos y más todavía, que con ellos « haya dominado, dice Philarète Chasles, una sociedad ávida de sensaciones fuertes, y ahondando nuestras llagas sociales, haya destilado en ellas el veneno y hecho pagar bien caro el placer que nos proporciona. »

Imitador de Byron fué Percy Bysshe (1792-1822), tan desarreglado en su vida y costumbres, como en sus versos, en los cuales maldice la vida y sueña con ideales de un cerebro enfermizo. A los dieciocho años escribió una disertación apasionadísima sobre la necesidad del ateísmo, pero sin plan ni orden.

Los poetas más celebrados de la primera mitad de este siglo han sido los siguientes : William Wordsworth (1770-1850), cuya poesía se envuelve entre nubes de un misticismo *sui generis*, en que mezcla las ideas espiritualistas de Platón con el panteísmo de Pitágoras y el sentimiento cristiano. Además de las *Baladas* y *Poemas* es autor de un gran poema descriptivo, *La excursión*. Colevidge es otro poeta filosófico y místico de la misma escuela del anterior, y asimismo, Roberto Southey, el más fecundo escritor en prosa y verso de toda esta falange de literatos, pues ha sido poeta, crítico é historiador. Sus principales poemas son : *Juana de Arco*, *Thálaba*,

Kehama, *Madoc* y además algunas leyendas de asuntos españoles y portugueses, en que entran Colón, Pizarro y Cortés. La poesía de estas composiciones es tan fantástica y enmarañada que más bien ofusca y deslumbra al lector que le deleita.

Hoy día es tenido por el mejor escritor de baladas el escocés Carlos Mackay; pero la verdadera notabilidad de la época, tanto en la poesía lírica como en la narrativa y en la satírica, ha sido el irlandés Tomás Moore (1789-1852). Sus cantos populares titulados *Melodías irlandesas*, conmueven por su exquisita sensibilidad y acendrado patriotismo; y sus *Noches en Grecia* encantan por la gracia y fluidez. Gran reputación de poeta le dieron los dos poemas románticos *Lolla Rookh* y los *Amores de los ángeles*, para el último de los cuales le sirvió de asunto el versículo 2º del capítulo 6º del Génesis. Pero donde revela este católico escritor más fecundidad y donaire es en sus *Sátiras*, en las cuales zahiere con fina malicia el ostentoso aparato de las reuniones y ceremonias de la iglesia anglicana, llamada ortodoxa, pero desnuda del verdadero espíritu cristiano; critica el egoísmo y codicia de sus obispos; el partido ultra-tory; el gran número de escritores adocenados, etc. En las *Fábulas para la santa alianza*, que son las mejores sátiras, fustiga sin piedad á los farsantes de la diplomacia. Escribió también varias *Memorias históricas*, un libro de polémica religiosa, con el título de *Viaje de un noble irlandés en busca de religión* y, por último, la *Historia de Irlanda* de mucha erudición, y sacada de muy buenas fuentes.

Aunque se han hecho en este siglo importantes estudios sobre la historia, no menos que sobre la geografía, que es como su ojo derecho, ninguno de sus historiadores ha sido digno de colocarse al lado de los del anterior. Mencionaremos, no obstante, algunos dignos de recordarse en la historia de las letras.

Enrique Hallan (1777-1859), uno de los colaboradores en la *Revista de Edimburgo*, escribió un *Cuadro de Europa en la Edad Media* y la *Historia constitucional de Inglaterra, desde Enrique VII hasta Jorge II*. En esta segunda ha hecho un estudio de las instituciones, y en el *Cuadro de Europa*, que viene á reducirse á una colección de historias particulares, entre otros defectos que se echan de ver, desconoce la influencia tan principal de la Iglesia católica en la formación de la sociedad cristiana. También es autor de la *Historia de la literatura de Europa en los siglos XV, XVI y XVII*.

También Francisco Palgrave ha contribuído á disipar las tinieblas que rodeaban los orígenes del pueblo inglés con su *Historia de los Anglo-Sajones* y la de *Inglaterra y Normandía*.

Carlos Grote nos ha dejado una *Historia de Grecia*, la más completa y razonable que hasta ahora se había escrito, poniendo á la vista el verdadero estado civil, moral y religioso del pueblo griego, y relegando entre las fábulas lo que se cuenta de su primer origen, las guerras de los Argonautas, de Troya y de Tebas.

A éste y á todos los demás historiadores de este período aventajó Tomás Macaulay (1800-1859), autor de los excelentes *Ensayos de crítica é historia*, que en artículos habían salido á luz en la *Revista de Edimburgo*; de la *Historia de Inglaterra* desde la revolución de 1688, y de la *Historia de Guillermo III*. En éstos y en todos los demás escritos literarios y políticos que después ha publicado, si se exceptuán algunas preocupaciones muy difíciles de desarraigar en un protestante, se ve elevación de miras,

amor al orden, á la justicia y á la moralidad. Y aunque se le censura de confuso por acumular pormenores, su estilo es siempre claro, uniforme, y con su mucha ilustración y buen criterio no sólo instruye, sino que da especial interés y agrado á todo lo que dice.

Ni por el fondo ni por la forma merecen los mismos elogios Carlyle y Fronde, autor el primero de una *Historia de la Revolución francesa* y el segundo de la *Historia de Inglaterra.*

Un puesto bastante distinguido ocupa en la historia de las letras inglesas el norte-americano Washington Irwing (1783-1859) por sus obras de crítica *humorística* é históricas que le han dado en Europa y América reputación de grande escritor.

Comenzó por la *Historia de Nueva York*, en forma cómica y satírica de los holandeses, sus fundadores, que fué recibida con mucho agrado. Fruto de sus muchos viajes por Europa fueron el *Libro de los esbozos*, donde hace una sátira picante de las costumbres inglesas; *Los cuentos de un viajero* y varias otras obritas en que da cuenta de sus propias observaciones ó relata la vida y aventuras de otros, en estilo fácil y sazonado siempre de gracia é ingenio. Sus principales obras históricas propiamente dichas son las relativas á Colón, á sus compañeros y á los descubrimientos de éstos. Dió también á luz la *Crónica de la conquista de Granada*, *La Alhambra* y la *Vida de Washington*, que fué la última producción en este género.

Guillermo Prescott, norte-americano también (1796-1859) goza de más crédito como historiador, y merece por su laboriosidad en la investigación de documentos, por el orden de los hechos, por las descripciones tan variadas y pintorescas, así como por la viveza y energía del estilo un puesto de preferencia entre los escritores del nuevo continente. Fuera de los *Ensayos críticos* y *Misceláneas biográficas y críticas*, las obras históricas de este autor son concernientes á Europa en los siglos XV y XVI, y constan de la *Historia de Fernando é Isabel*, de la *Conquista de Méjico*, de la del *Perú* y la *Historia de Felipe II.*

Digno de elogio como literato y generalmenle también por su imparcialidad al juzgar las personas y los hechos, no lo es como político-religioso. Supone la Reforma protestante principio y fuente de los principales descubrimientos científicos y que ella fué la que hizo dar á la sociedad un avance en el camino de la civilización, atribuyendo, por consiguiente, la decadencia de España á la tenacidad con que cerró los ojos á la que él llama « lumbrera del siglo XVI ». Estas preocupaciones le hacen dar de ojos en muchos puntos, como el decir que el protestantismo se dirige á la razón, y el catolicismo únicamente á la imaginación y á los sentidos; y por lo que respecta á España, no ve su misma contradicción, pues nunca fué España más grande que en tiempo de Carlos V y Felipe II; después del cual, según él, comenzó la decadencia; y nunca fué más católica que en aquellos reinados.

Es asimismo acreedor al lauro de historiador y á la gratitud de los españoles, el anglo-americano Jorge Ticknor, por su *Historia de la literatura española*, la más abundante en datos biográficos y noticias curiosas, enriquecida con adiciones y notas críticas por los señores Gayangos y Vedia, que la tradujeron al castellano y añadieron un tomo más á los tres de que se componía la obra original (1851).

También en este autor se ve la preocupación de la secta, pues además

de decir en el prólogo que la « Inquisición y el confesonario habían hecho rarísimo en España lo más apetecible en materia de libros », no salta á la vista en su obra, como dice muy bien don José Amador de los Ríos, « un pensamiento fecundo y trascendental que le sirva de norte, ni menos descubre las huellas majestuosas de aquella civilización que se engendra al grito de patria y religión en las montañas de Asturias, Aragón y Navarra, se desarrolla y crece alimentada por el santo fuego de la fe y de la libertad y sometiendo á su imperio cuantos elementos de vida se le acercan, llega triunfante á los muros de Granada y se derrama después por el África, el Asia, y la América con verdadero asombro de Europa ».

Después de Walter Scott, á quien ninguno ha podido igualar todavía en la novela, descendió ésta en el período siguiente á todos los temas posibles, tomando formas muy diversas, con lo que presentó una imagen perfecta de las tendencias políticas y religiosas del pueblo inglés. Hubo una verdadera marea de producciones de esta clase, y como sucede en los tiempos de imitación, abundaron las medianías. Hasta el célebre hombre de Estado Disraeli, por los años de 1836, había ya publicado seis novelas.

Pero el que oscureció á todos fué Eduardo Lytton Bulwer (1805-1873), observador profundo del corazón y pintor de las costumbres de la alta sociedad inglesa, dotado además de un talento narrativo admirable. Entre sus novelas de costumbres *Pelham* llamó la atención en el extranjero, y entre las históricas gozan de mucha nombradía por el colorido local de la época y fiel pintura de los personajes *Los últimos días de Pompeya* y *Rienzi*. Son también notables otras dos obras de costumbres en que ataca los vicios de su nación, á saber : *La Inglaterra y los ingleses* y *El moderno Timón*.

Entre los anglo-americanos el novelista más distinguido es Fenimore Cooper (1789-1851), formado en la lectura de las de Walter Scott, aunque original siempre en las ideas y pinturas, pues todas respiran ese aroma puro de las selvas de los bosques de América, de sus ríos y montañas, y de la libertad de sus instituciones. Fueron entre otras muy aplaudidas en el nuevo y viejo mundo *El espía*, *el Piloto* y *los Colonos*.

La estela luminosa que en pos de sí iba dejando Bulwer, seguíala en el mismo género otro escritor inglés dotado de cualidades que le hicieron muy simpático. Este es Carlos Dickens (1812-1870), en cuyas obras brilla una poesía encantadora, gracia humorística y esa sensibilidad cariñosa que alegra y endulza en parte los pesares de esta vida. Tal es el carácter que distingue sus novelas, entre las cuales *David Copperfield*, *Tiempos duros* y *Doris*, publicadas en la mitad del siglo, son las más tiernas y afectuosas. Sus *Esbozos* y narraciones como *El repique de las campanas de Navidad* y *El grillo del hogar* conmovieron dulcemente todos los corazones sensibles.

Rumbo muy diverso tomó en sus novelas el satírico Guillermo Makepiece Thackeray (1811-1863), quien atacó sin piedad ni miramiento la hipocresía y egoísmo de la clase *respetable* de Inglaterra; al contrario de lo que había hecho Disraeli en las suyas, quien trató de encubrir con elegante sofistería los más graves defectos.

A la novela de salón, ó de carácter, sucedió en este período la llamada de *sensacion*, análoga á la francesa en pintura de vicios y horrores, pero

muy diferente en las tendencias que en general son más morales.

En las inglesas suele verse recompensada la inocencia y castigado el crimen; no así en la mayor parte de las francesas, donde se hace la apoteosis del vicio ó se le pinta de manera que no causa aversión.

El representante más distinguido en esta especie es Wilke Collins, á quien han imitado otros muchos, especialmente mujeres, entre las que sobresale, por la pintura de los caracteres y las cuestiones sociales que discute, María Ana Evans, que escribe bajo el seudónimo de Jorge Elliot (1863). Su mejor novela es *Adan Bede*.

Famosísima fué en este género *La cabaña del tio Tomás*, novela escrita en el año de 1852 por la norte-americana Enriqueta Becher Stowe en favor de los esclavos negros. Debió su gran nombradía, no tanto al mérito literario, como al asunto y manera de tratarlo, que obtuvo la venta de sesenta mil ejemplares en tres meses, con lo que ganó para la causa de la emancipación millares de miembros.

Antes de poner punto final á esta materia, justo es no omitir dos producciones, que muestran también las tendencias religiosas de la época, y son *Fabiola* é *Hipatia*. La primera debida á la pluma del celosísimo cardenal Wiseman, nacido en Sevilla el año de 1802 de padres irlandeses, es un episodio histórico de la persecución de la Iglesia, cuando ésta tenia que albergarse y vivir en las catacumbas; y la segunda es obra de Carlos Kingsley, republicano radical convertido á ideas más sanas, en donde pinta la lucha del cristianismo con el gentilismo en los primeros siglos de la Iglesia.

El cardenal Neuman es reputado hoy día por el primer escritor en prosa, es varón doctísimo y poeta. Asimismo cuentan entre los poetas nombrados católicos Tomás de Vére y A. Guillermo Fáber.

El arte dramático ha perdido en Inglaterra en este siglo tanto como ha ganado en la novela. Como ésta se acomodó á todos los caprichos de la imaginación, y el teatro tiene reglas fijas y no pueden impunemente quebrarse, de ahí el progreso de la una y la decadencia del otro, no siendo la menor causa del poco cultivo del drama la frivolidad en esta parte del público inglés que gusta más de pantomimas, farsas y demás representaciones bufas que del drama serio.

A mediados del siglo el actor Macready, que interpretaba divinamente los papeles de Shakspeare trabajó con Lytton Bulwer en reformar el teatro, y tomando por modelo á Esquilo y Sófocles, escribió éste *La dama de Lyon*, que obtuvo un éxito brillante. No así *Richelieu*, *El capitán de navío*, *El heredero legítimo* y otras del mismo.

Sheridan Knowles, autor y actor dotado de imaginación brillante, acomodándose al gusto de la plebe ha compuesto piezas cuyos asuntos tomó de la vida comun y ordinaria en que las ternezas y amoríos son los principales afectos.

Los que han gustado más han sido Virginio y Cayo Graco por la pintura fiel de la vida plebeya entre los romanos, mas cuando sale del elemento histórico y entra en el romanesco, ya no sabe sostener la verosimilitud de los hechos y de los caracteres. *Guillermo Tell*, *El amor*, *La esposa* y otras presentan bellas escenas y algunos caracteres bien trazados, pero no compensan suficientemente la falta de verdad.

Douglas Ferrold (1803-1857) es tenido por el más fecundo de los cómicos ingleses, y es el más gracioso por el carácter humorístico de sus

piezas. *Susana de los ojos negros* fué representada trescientas veces, pero todavía es superior en originalidad *El tiempo hace maravillas*. Son también dignas de citarse *El vestido de boda*, *Los compañeros de colegio*, *Bagatelas del día*, y muy especialmente *El punzón* por las agudezas y gracia satírica que abunda en toda ella. Su hijo Blanchard Ferrold ha heredado su vena graciosa y cáustica, de quien son imitadores en la composición de comedias Lemon y Brooks. Ton Taylor es hoy día el más aplaudido en la escena.

Tennyson. Este poeta lírico, épico é idílico, víctima de un afán excesivo de ser más artista de lo que Dios le había hecho, nació en 1809. Sus primeras poesías, publicadas juntamente con las de su hermano Carlos, bajo el título de *Poesías de dos hermanos*, no lograron atraerse la atención del público; mas no desesperó, y la colección que dió á luz en 1842 obtuvo el éxito que el autor tanto tiempo deseaba.

Las obras que publicó hasta 1848, especialmente *Mariana*, *Lady Clara*, *Vera* y *Godiva*, probaban ya su talento distinguido. Sus cuadros de la naturaleza son á menudo arrobadores, y siempre de un carácter original. Es un poeta más realista que los de la escuela *lacustre* y sin embargo reina en sus paisajes como un encanto de hadas.

Sus obras poéticas principales son : *In Memoriam*, colección de elegías inspiradas por la muerte de Arturo Hallam (hijo), su más querido amigo de la juventud; *Idilios del Rey*, que forman una grandiosa epopeya caballeresca, *Enoch Arden*, *Dora*, la *Reina Ginebra*, y gran número de poesías menores.

El encanto que su genio ha derramado en todas sus obras es incomparable hasta en los cuadros más vulgares.

Swinburne. En el período de 1864 á 1880 Inglaterra no ha tenido ningún novelista ni dramático notable. Sólo en la lírica pura, en las poesías y baladas versificadas, género al cual son muy dados todos los pueblos germánicos, tienen los ingleses una notabilidad, un vate naturalmente inspirado, Swinburne, dramático y socialista, como el escocés Carlos Mackay y como Alfredo Austin.

No es tan feliz en el género dramático. El drama tumultuoso é incendiario, ó mejor la epopeya dramática que publicó en 1874 y que intituló *Bothwell*, parece escrito más para ser leído que para ser representado. Consta nada menos que de 532 páginas en las que encuentra el lector paciente más de 15 000 versos.

¡Sesenta son los personajes que toman parte en la acción! ¡Doce horas se necesitan para representarlo! Añádase que algunos monólogos son de tan desmesurada longitud que constan de 13 páginas. La idea dominante versa sobre los últimos años de María Stuart y sobre cuanto con ella se relaciona.

Núñez de Arce, en su *Discurso sobre la Poesía*, se expresa en estos términos : « Notable contraste forma el genio triste y plácido de Tennyson con la inspiración de Algernon Carlos Swinburne, que capitanea en el orden literario la falange revolucionaria y materialista en la Gran Bretaña. Este poeta no es un resignado, sino un rebelde que con alborotado acento enciende la sangre, pisotea el principio de autoridad y se revuelve

contra Dios. Hay algo de atroz en su musa, ebria y lúbrica como una bacante. Enamorado hasta el delirio de la revolución social, abrasado en ira contra Cristo, sintiendo todos los acicates de la concupiscencia y todas las delectaciones de la crueldad, Swinburne canta algunas veces como habrían cantado Nerón y Calígula si hubiesen sido poetas; pero en forma espléndida, llena de cláusulas sonoras y plasticidad tan perfecta, que recuerda las más admiradas estatuas del arte griego. En sus poesías el *Himno del hombre*, *Ante un crucifijo*, *Mater dolorosa* y *Mater triumphalis*, su impiedad sistemática y su furor contra Dios, tocan en los límites de la epilepsia, así como en su poema dramático titulado *Atalanta en Calydon*, y en *Anactoria*, la pasión impura, el sensualismo pagano, el desbordamiento erótico adquieren proporciones monstruosas, rugiendo como bestias feroces hambrientas de carne viva ».

Bulwer Lytton. Era más observador y conocedor del corazón, humano que poeta, lo que da á todas sus obras un aire de reflexión tranquila y serena; pero aun así y gracias al concienzudo trabajo artístico, llegó este autor á una altura que sólo alcanzan grandes genios poéticos. Entre sus novelas de la vida moderna ocupa el primer puesto *Pelham*, y entre las históricas *Los últimos dias de Pompeya* y *Rienzi*.

La fama de Edward Bulwer se extendió con asombrosa rapidez en su país y fuera de él, siendo traducidas sus obras en casi todos los idiomas civilizados tan pronto fueron impresas. En 1844 publicó una traducción de las *Poesías líricas* de Schiller, que aun hoy se cree ser la mejor que posee Inglaterra.

En sus obras en verso y en el drama no llegó Bulwer á la misma altura que en la novela. En *Richelieu* y *El legítimo heredero* aparece imitador del teatro clásico francés.

Carlyle. Tomás Carlyle, de inspiración calenturienta y desenfrenada, de espíritu iluminado y fantasmagórico, moralista puritano, metafísico panteísta, llamó la atención del mundo literario, más por sus artículos ó esbozos, y obras puramente históricas, que por sus versos.

Su obra *El sastre recosido* (Sartor resartus) que dió á luz de 1833 á 1834, es una especie de biografía que sirve al autor de motivo para criticar y deplorar los vicios y defectos de su época, y la tan proverbial decadencia de la sociedad que diseca hasta en sus menores detalles, ora con gravedad profunda y hasta elevación, ora con sátiras y exageraciones monstruosas sin indicar remedio ni plan para llegar á una mejora.

Su *Historia de la Revolución francesa*, más que trabajo histórico, es una epopeya dramática en tres actos: 1º. *La Bastilla*; 2º. *La Constitución*; 3º. *La Guillotina*.

La aplicación que Carlyle hizo de sus principios metafísicos á la crítica literaria ha de buscarse en su *Vida de Schiller*; en sus libros de *Los Héroes*; en el célebre artículo sobre *Juan Pablo Richter*, que publicó en la *Revista de Edimburgo*; en sus lecciones sobre *Shakespeare* y *Dante*; en sus estudios sobre *Gœthe*, *Johnson*, *Burns* y *Rousseau*, y en otros muchos artículos reunidos bajo el título general de *Misceláneas*.

Para concluir diremos con Castelar, ingenio tan florido y fantaseador

como el del inglés que nos ocupa: « No busquéis en Carlyle compás clásico, proporciones artísticas, la simetría del ingenio francés, la sujeción á las reglas y las conveniencias de quien piensa más con el criterio de su público, que con el propio criterio, la corrección, la claridad y la fuerza de los escritores latinos en general, y especialmente de los escritores franceses; pero buscad y encontraréis las algas y el cieno que arrojan á la orilla las tempestades de su alma y los hervores de su pensamiento, los gérmenes de muchas ideas tan bellas como perlas, y la gelatina de mucha vida, en la cual se encierran gérmenes, y gérmenes innumerables, de múltiples sistemas. Así es que la juventud debe admirarlo, sí, pero no seguirlo: debe leerlo, sí, pero no imitarlo. Duerma en paz el monstruoso cíclope, á veces feo como un vestiglo en su caverna, y á veces hermoso como un ángel en su empíreo. Entre los ingenios del siglo, quizás ninguno más misterioso ni más propio para remover con el soplo de sus ideas los sentimientos del corazón, y llenar con sus creaciones, á veces muy estrafalarias, y hermosísimas á veces, el alma de este tiempo. »

Spencer. Entre los representantes de la escuela positivista debe contarse el fantaseador Herberto Spencer, uno de los escritores más fecundos y originales de la Inglaterra contemporánea. Es el jefe de los estéticos positivistas, vale decir, el apóstol del materialismo moderno; pero la teoría estética de Spencer no está formulada en libro aparte, como lo están su psicología, su biología, su sociología y su ética, sino en ensayos sueltos sobre particulares cuestiones. Los principales son: *De lo útil y de lo bello*; *De la belleza en la persona humana*; *De la fisiología de la Risa; Los orígenes de los estilos en Arquitectura; La Filosofía del estilo; Origen y función de la música*. Todos estos artículos han sido reproducidos en la colección de *Ensayos Científicos, Políticos* y *Especulativos* de Herbert Spencer, y traducidos al francés por M. A. Bordeau, con el título fantástico y bastante impropio de *Essais sur le Progrès*.

La doctrina estética de Spencer es de todo punto idéntica á la que asentó Kant en la *Crítica del juicio*, y desarrolló magistralmente más tarde el autor de las *Cartas sobre la educación estética* (Schiller). Sostiene, por ende, que « el placer de la belleza nace del libre juego de nuestras facultades y no de la satisfacción de ninguna necesidad apremiante »: en otros términos, Herbert profesa la doctrina kantiana de la *finalidad sin fin*.

No es posible entrar en todos los detalles técnicos que realzan sus ensayos: notables, más que por la novedad, por la agudeza de pensamientos, por la lucidez del estilo, y á veces por cierta nota humorística. De todos modos Spencer no es estético de profesión: el verdadero representante de la Estética, dentro de la escuela evolucionista, es Grant Allen, á cuyo nombre puede añadirse el de James Sully, que, en su obra *Sobre la sensación y la intuición*, ha aplicado también á las artes la teoría de la evolución.

Bain. A la misma escuela positivista ó psicológico-científica de Herbert Spencer pertenece Alejandro Bain. En calidad de positivista, Bain rechaza el carácter absoluto del orden moral, niega la existencia de una ley superior á la voluntad humana, y

concluye afirmando que « las leyes morales están fundadas, parte en la utilidad y parte en el sentimiento ».

Prescindiendo de algunas obras de Bain que poco ó nada tienen que ver con la amena literatura, en su libro *The Emotions and the Will* (Las emociones y la voluntad), hay un conato informe de estética positivista. Bain, dice Menéndez y Pelayo, ha sido de los primeros en Inglaterra que han aplicado al análisis de los fenómenos mentales el método de las ciencias físicas, partiendo de lo que él llama *espontaneidad cerebral*, y encabezando su psicología con una descripción del sistema nervioso.

La imaginación, el sentimiento de lo bello, « lo sublime *verdadero* y *literal* » (la manifestación del poder humano), todo lo expone Bain según las ideas de la estética kantiana, estropeadas y empequeñecidas por los positivistas.

X

LITERATURA AMERICANA

MÉJICO. — CUBA. — CENTRO-AMÉRICA. COLOMBIA. — VENEZUELA. — ECUADOR. PERU. — BOLIVIA.

En el dilatado y fertilísimo suelo que el gran Colón descubrió para Castilla, y que por una injusticia de la historia se ha denominado América [1], han florecido ingenios de primer orden, que dedicados al cultivo de nuestra literatura la han hermoseado y ennoblecido con notables producciones. Los hubo en efecto en la época colonial, y los hay asimismo, y no menos notables, en la que podemos llamar contemporánea.

Y aunque las circustancias por que atravesó la primera época, no eran las más favorables á la regularidad política y á la cultura intelectual, por lo inmenso del territorio, escasez de colonos, incesantes disturbios y guerras porfiadas, no dejaron por eso de brillar, especialmente en las familias religiosas, como acaecía también en España, las ciencias y las letras. En sus claustros se enseñaba la filosofía y la teología, y se dieron á luz libros admirables de mística y ascética; se cultivó la historia civil, política y religiosa, y hasta la natural de muchas regiones, como de ello dan testimonio, aunque no adecuado, las publicaciones hechas por la prensa de aquellos tiempos, y más aún las inéditas que en nuestros días hombres diligentes y laboriosos han ido á buscar en el fondo de los archivos, con las cuales van enriqueciendo nuestra literatura. Los trabajos tan notables que nos dejaron los misioneros sobre las lenguas de los indígenas, y los estudios de geografía y astronomía con las noticias y descripciones topográficas, hidrográficas y orográficas utilizadas después por los hombres de ciencia, nos ponen de manifiesto la actividad de aquellos espíritus y su amor al progreso.

1. Siguiendo algunos en materias literarias los mismos pasos de la mala inteligencia, han dado en denominar con marcada inexactitud literatura *latino-americana*, en vez de hispano-americana, como si la lengua que aquí hablamos y en que escribimos, fuese el latín mezclado con vocablos de lenguas indígenas, y no fuese la castellana, la que, como dice el señor Bello en su gramática, con las armas y leyes de los castellanos pasó á la América, y es el idioma común de los Estados hispano-americanos.

Dios, la naturaleza, el amor y la familia, tuvieron en uno y otro hemisferio cantores y narradores, si no perfectos en la forma, dulces é inspirados en el fondo, y ¡cosa rara! frutos del Nuevo Mundo han sido los tres mejores poemas épicos con que se honra nuestra lengua : *El Bernardo*, *La Araucana* y *La Cristiada*. En vista de lo cual podemos decir que si no todas las materias, muchas de ellas debieron enseñarse en las universidades[1], colegios y escuelas establecidos en las diversas colonias, y algo habían de participar de los conocimientos de tan insignes varones los que vivían en estas tierras, á no ser que les carguemos con el sambenito de haber hecho patrimonio exclusivo suyo las ciencias y las letras con detrimento de los pueblos, como se culpa á los sacerdotes de los egipcios.

Y aquí cuadran muy bien, y copio con verdadera satisfacción algunas líneas de un opúsculo de don Calixto Oyuela, que con el título de *Apuntes de literatura* anda en manos de los jóvenes estudiantes de Buenos Aires.

« Mucho, dice, se ha declamado y se declama todavía contra España, su régimen colonial y el estado de atraso intelectual en que mantuvo sus posesiones de América; pero sin negar parte de la verdad que puedan contener tan insistentes acusaciones, la investigación detenida y seria de los orígenes, circunstancias y desenvolvimiento de ese período histórico, impide de todo punto hacer coro á esas sistemáticas acusaciones. » Y después de enumerar algunos de los obstáculos que se oponían al progreso, dice : « Y hay que añadir que se ha exagerado todavía y mucho la falta de elementos de instrucción y cultura en los dominios españoles de América. Bastará para demostrarlo el número considerable de estadistas y hombres de letras insignes que surgieron con la guerra de la independencia, educados bajo el régimen colonial, y cuyo florecimiento habría sido imposible, si la oscuridad y la ignoracia hubieran reinado con el absolutismo que se pretende en las colonias americanas. »

Viniendo ya á hablar de la época contemporánea, desde que se comenzó á escribir en el Nuevo Continente, la literatura de la primera época, ó sea, la colonial, estaba identificada ó confundida con la española, hasta que por los años de 1810, al constituirse las colonias españolas en otras tantas naciones soberanas é indepedientes, sin dejar la lengua que recibieron de España, comenzaron también á tener vida y literatura propias.

Esta es la que llamamos literatura hispano-americana, bello florón que da nuevo brillo y realce á la lengua de la madre patria. Y aunque suele generalmente decirse de la literatura hispano-americana que sus escritores no igualan á los peninsulares en la pureza del lenguaje, robustez del verso y algunas otras perfecciones de la forma, resaltan no obstante en sus obras otras cualidades no menos excelentes, que las hacen dignas del más alto aprecio, mereciendo justa recomendación y elogio de novedad y elevación de los pensamientos, el hervor de la inspiración, ciertas galas propias del suelo que las inspira y la exuberancia de vida de sus imaginaciones ardientes, con las cuales dotes han contribuido á

1. En la Universidad de Méjico había dos cátedras establecidas para enseñar la lengua indígena, asimismo en las de Lima y Córdoba y en muchos colegios de los jesuitas.

ensanchar más y más la esfera del arte castellano en sus diversas manifestaciones.

Unas y otras producciones literarias, como frutos de dos mundos distintos, nos gustan, aunque el sabor no sea enteramente el mismo, porque han nacido de un mismo árbol que es el idioma castellano; nos agradan, porque son el reflejo de la civilización cristiana, que ha ennoblecido un nuevo continente, y nos complacemos en ellas, porque su prodigioso número está esmaltado con primores de todas clases, que recrean, deleitan y encantan nuestros espíritus. Con orgullo podemos decir que ninguna lengua moderna ostenta tanta riqueza y variedad de creaciones tan excelentes y maravillosas, como las que pasarán á la posteridad en la armoniosa lengua castellana. Alguna quizá, nos ganará en número, mas no en mérito literario.

Derivada inmediatamente de la española, é imitadora hoy día de la francesa y asimismo, aunque no en tan grande escala de las otras literaturas europeas, refléjanse en ella las diversas formas que el gusto y las doctrinas han hecho prevalecer en este siglo, y las que han estado en boga en las obras literarias más famosas de la actual centuria. Todas las escuelas literarias han tenido en América sus representantes ó discípulos más ó menos distinguidos, quienes han seguido en sus obras las tradiciones de los autores de su predilección. Así, por ejemplo, en lá lírica unos como don Joaquín Pesado y don Manuel Carpio poetas elegantes y profundamente cristianos de Méjico, son pura y netamente clásicos, cuya sobriedad y corrección imitan en sus poesías el señor Arango y Escandón y el Ilustrísimo señor Montes de Oca sus paisanos. A la misma escuela pertenecen algunas poesías líricas de los poetas bonaerenses don Juan Varela y su hermano don Florencio, y las del peruano don Felipe Pardo, especialmente sus sátiras y epístolas. El clasicismo de los señores Bello, Echevarría y Acuña de Figueroa ya está enturbiado con otras corrientes, y más todavía el del ecuatoriano señor Olmedo, grandilocuente y enfático á la manera de Quintana. Estos y el poeta cubano Heredia son de la escuela seudo-clásica del siglo pasado, sentimental y afilosofada sostenida en el presente por los señores Gallego y Lista.

El romanticismo, como se entendía en Europa en el primer tercio del siglo, no tuvo propiamente secuaces en América, limitándose los poetas americanos ansiosos de libertad hasta en el arte, á imitar en sus composiciones quién á Byron, quién á Víctor Hugo, ora á Espronceda, ora á Zorrilla. Este último fué el que tuvo más imitadores, pero ninguno de ellos produjo una obra de arte; antes bien destituídos de las cualidades de su modelo, se convirtieron en huecos declamadores, exagerando en sus composiciones sentimientos que no tenían; estropeando la gramática y atropellando á veces hasta el sentido común. El romanticismo americano tiene otras tendencias, y en él se cruzan y confunden las corrientes de las demás escuelas. No citaremos nombres porque son innumerables los románticos de esta clase en todos los Estados hispano-americanos. Sin embargo, algunas composiciones, aunque faltas, por decirlo así de originalidad y de acendrado gusto, y hasta afeadas con incorrecciones, pasarán á la posteridad por haberse inspirado sus autores en las verdaderas fuentes del sentimiento poético. ¿Qué les habría costado á estos escritores un poco de estudio paciente de la forma, y con esto hubieran hecho obras perfectas? « Así se malogran vates, dice con razón el señor

Menéndez y Pelayo, que llegarían á ser excelentes si sometiesen su musa indómita y su estro cerril, al suave yugo y á la carga ligera del buen gusto. »

También las escuelas idealista, realista y materialista cuentan discípulos que escriben conforme á sus teorías ó doctrinas. Según las de la última son los famosos tercetos *A un cadáver*, del malogrado poeta mejicano Manuel Acuña, quien después de haber ejercitado su numen escribiendo conforme á tan desconsoladoras doctrinas, él mismo se hizo más infeliz quitándose la vida.

Por lo que toca á los otros géneros, á saber : la historia, la novela, la dramática y la crítica, aunque todos se han cultivado y en algunas repúblicas con grande y loable empeño, pero ninguno ha obtenido el florecimiento de la lírica. El citado señor Oyuela dice que estos géneros « están todavía en la infancia en la mayor parte de los Estados hispanoamericanos, y esto se debe á que tales manifestaciones literarias requieren mucho más que la poesía lírica y narrativa, estudios serios y metódicos, vida normal, sello nacional, organización característica y definitiva... La crítica literaria bastante adelantada en algunas repúblicas del norte de América, principalmente en Colombia, que posee algunos críticos de primer orden, es pobre, ó anda enormemente extraviada en las centrales y del sud. Es ello una consecuencia necesaria de la ausencia de estudios clásicos y fundamentales, únicos que pueden guiar con rumbo seguro por los vastos é inciertos caminos de la crítica. »

Dadas estas nociones preliminares sobre la literatura hispano-americana, trataremos de cada una en particular, advirtiendo de paso que es muy difícil, ó mejor dicho imposible, habiéndose escrito tanto en América estos años, y estando casi todo esparcido en revistas, periódicos, antologías ya generales, ya especiales, conocerlo todo, y mucho menos emitir un juicio acertado sobre tan gran número de escritores y tanta variedad de obras. Más bien que estudio, haremos por ahora una reseña de los principales escritores y sus tendencias literarias, para que los jóvenes tengan algún conocimiento del desarrollo de la literatura en América.

MÉJICO

El suelo mejicano feracísimo en toda clase de producciones y rico de ingenios fué el primero que en América dió frutos literarios, que todavía se saborean con especial fruición. En la belleza y cultura de aquel nuevo Estado se inspiró el autor del *Siglo de oro*, don Bernardo de Valbuena, y en la *Grandeza mejicana* cantó con entusiasmo sus glorias, diciendo que en letras la Universidad de Méjico no era inferior á ninguna de Europa, y asegurando de la capital :

> En donde se habla el español lenguaje
> Mas puro, y con mayor cortesanía.

Gloria de las letras, y en especial de nuestro antiguo teatro es el gran dramaturgo don Juan Ruiz de Alarcón, nacido y educado en Méjico : y en un convento de la misma ciudad vivía apartada del mundo Sor Juana Inés de la Cruz, apellidada la *décima musa*, cuya exquisita sensibibilidad y

estro divino se advierten en sus versos, á pesar del lenguaje ya contagiado de su tiempo. Hijo de esta nobilísima tierra fué el comentador y editor de las poesías de Sor Juana Inés el P. Agustín de Castro, historiador de la literatura mejicana y poeta nada vulgar, y también lo fué el P. Andrés Caro autor de la *Historia civil y política de Méjico*, la de los *Tres siglos durante el gobierno español*, ambos jesuítas muertos en el destierro á fines del siglo pasado. Y omitiendo otros muchos escritores ornamento de las ciencias y de las letras en los tres siglos anteriores al nuestro, ingenio mejicano fué Ruiz de León, autor del poema místico la *Mirra dulce* y de la *Hernandia*, compuesto en ingeniosas décimas.

Los desastres y guerras por que ha pasado y está pasando la República de Méjico, ha hecho decir al escritor mejicano don Bernardo Couto « que si se compara lo que se había escrito en 1830 con lo de los siglos anteriores, había que convenir en que en vez de adelantar habíamos atrasado ». Sin embargo, y á despecho de las dificultades que traen consigo los tiempos de revueltas han florecido en aquella república hombres doctos y eruditos, honra de las letras y de la cultura mejicana en nuestro siglo. Comenzaron á brillar entre otros muchos que omitimos, el Ilustrísimo señor Munguía llamado el *Balmes mejicano*, los historiadores Bustamante Carlos María y Alamán Lucas; los insignes filólogos Bassoco, Pimentel y Peña; los eminentes literatos Roa-Bárcena, Segura Sebastián y Escandón Alejandro, autor del mejor libro que se ha escrito sobre la vida de Fray Luis de León y su famoso proceso; el afamado publicista y matemático Sánchez de Tagle; el arqueólogo Orozco y Peña; y el laborioso y diligente García Icazbalceta, que trata de sacar del olvido á escritores ilustres, comentando é imprimiendo sus obras.

Méjico es la república donde se ha cultivado el género dramático con mejor éxito, y después de Gorostiza á quien ya hemos citado, fueron aplaudidos en la escena en la primera mitad del siglo, Fernando Calderón, por sus comedias y dramas caballerescos y Rodríguez Galván (1816-1846), más nacional en sus producciones teatrales y de más movimiento dramático, afeadas no obstante por su patriotismo exagerado que las hace inverosímiles y las priva de la belleza artística. Han sido muy celebradas *Muñoz visitador de Méjico* y *El privado del rey*.

Sufrió un largo eclipse el arte dramático á causa de las desavenencias políticas y los trastornos á ellas consiguientes, hasta que José Peón y Contreras dotado de singular aptitud para el género y con él otros muchos le han resucitado en nuestros días. Ha ofrecido al público gran número de piezas dramáticas, entre las cuales descuella *La hija del rey*, por las que ha sido elogiado y aplaudido. Pertenece á la escuela de Echegaray.

Como sucede en los demás Estados americanos el género lírico puro, y el narrativo y descriptivo son los que más han predominado en Méjico y cultivádose con verdadero entusiasmo.

Primera flor del Parnaso mejicano podemos llamar al P. Manuel M. de Navarrete, franciscano. En el *Diario de Méjico* publicó sus primeras poesías en 1805 y después de su muerte acaedida en 1809 su hermano don Blas dió á luz bajo el título de *Entretenimientos poéticos* todas las composiciones que pudo haber á las manos entre sus amigos y conocidos, pues el buen P. Navarrete poco antes de su muerte echó al fuego todas las que

tenía en su poder. Hay en esta colección poemas, églogas, odas, fábulas, sátiras, epigramas y sonetos. La musa del P. Navarrete, inspirada en prosaismo del siglo pasado no se eleva sino en algunas estrofas de las morales y filosóficas. tienen sus poesías no poco desaliño y hasta faltas gramaticales, pero agradan por su sencillo y amable abandono.

Con ocasión de la guerra de la independencia mejicana se inflamó el estro en algunos espíritus, dando por resultado no pocas composiciones patrióticas. Dos son los poetas más notables de esta época : Joaquín del Castillo, autor entre otras poesías de una oda heroica, *A la victoria de Tamaupilas*, imitación desmayada de la de Olmedo, y Quintana Roo perteneciente como Castillo á la fría escuela seudo-clásica. Su mejor composición está intitulada *Diez y seis de Setiembre*. Con vena más rica y aún con más inspiración cantó otros asuntos por los años de 1847 Francisco Sánchez de Tagle. Su mejor obra es la dedicada al *Ser Supremo*.

En esta época ya había hecho esfuerzos el romanticismo por penetrar en Méjico, pero sólo talentos medianos para la lírica le habían dado entrada en sus composiciones, entre los cuales los mejores fueron Lafragua, Calderón y algún otro.

La fundación de la *Academia de Letrán* en 1836 y la influencia de dos notabilísimos poetas don Manuel Carpio (1791-1860) y don Joaquín Pesado (1801-1861) obraron un renacimiento en la literatura de Méjico. Ambos fueron clásicos, no de la escuela francesa, sino de la de Fray Luis de León, y « la sociedad y la religión les deben, dice el escritor mejicano señor Couto, el que sus hermosos versos hayan servido de vehículo para que se propaguen pensamientos elevados y afectos nobles ». El primero más brillante en las descripciones y pródigo de imágenes deslumbradoras, prefirió para sus versos asuntos bíblicos, pero sin olvidar los nacionales. Con admiración y gusto se leen *La cena de Baltasar*, *El paso del Mar Rojo*, *El monte Sinaí*, *Méjico* y otras composiciones suyas.

El señor Pesado es más sobrio y de inspiración más profunda, por lo mismo que no da tanto campo á los detalles extensos. Sus composiciones versan sobre asuntos religiosos, morales y eróticos y ha hecho también versiones magníficas de los salmos y del *Cantar de los cantares* en forma dramática y variada de metros, cuyas relevantes bellezas dan á conocer el mucho estudio que ha hecho de la Biblia y de Fray Luis de León. Los principales poemas son : *Jerusalen* y *La Revolucion*, este último inconcluso. Las poesías morales y filosóficas como *El Hombre*, *La inmortalidad*, *El sepulcro*, resultan algo monótonas por el giro razonador que les dió sin que por eso dejen de ser poéticas en sumo grado, y entre las eróticas todas ellas decorosas y espontáneas, hay algunas como la que se intitula *A mi amada en la misa del Alba* que rebosa en purísimo afecto. Tradujo y parafraseó composiciones de varios poetas antiguos y modernos.

Comparando el atildamiento y corrección de las formas de estos escritores, y el espíritu tan respetuoso y cristiano de sus composiciones con el desaliño y desorden de muchos poetas de aquella época, se ve que la influencia de los primeros no sólo fué literaria, sino también social y religiosa, que es el fin á que debe tender la poesía. Con todo ha sido tildada por algunos esta dirección de *culta* y *academica*; mas no ha sido obstáculo para que ingenios eminentes se arredraran de seguir tan lumi-

nosas huellas. Vamos á nombrar solamente tres, cada uno de los cuales sería honra de cualquier literatura.

El ya citado señor Arango y Escandón, hombre doctísimo que murió años ha siendo director de la Academia mejicana, es también poeta de exquisito y acendrado gusto, de que dan testimonio algunas versiones de los salmos en que imita la unción y lenguaje poético de Fray Luis de León, y sus odas religiosas llenas de conceptos delicados y de piedad afectuosa.

Con pequeñas diferencias el mismo rumbo ha tomado el eminente filólogo don José Sebastián de Segura, como lo acreditan sus muchas poesías originales y traducciones de lenguas antiguas y modernas.

Pero sobre todos descuella por su amor á la belleza literaria pura y sencilla, como destello de la hermosura infinita, el obispo de Linares don Ignacio Montes de Oca. Además de los *Ocios poéticos*, colección de poesías formada en parte « de los ejercicios literarios del Colegio, y las demás escritas en los ratos de ocio que no le era posible llenar de otro modo », ha dado á la cultura mejicana y á los que hablamos la misma lengua una traducción de los bucólicos griegos Teócrito, Brión y Morco, hecha con toda maestría y en variedad de metros. Si es loable su trabajo bajo el aspecto literario, más lo es su fin como lo patentizan sus mismas palabras : « Tengo la convicción de que hago una obra meritoria ante Dios y ante los hombres, con presentar á la juventud mejicana buenos modelos que formen su gusto, y la aficionen á lo serio, á lo sólido, á lo verdaderamente bello, primero en literatura y después en las ciencias y en la vida real ».

No todos los poetas líricos gustaban de la sobriedad de estilo, corrección de las formas y regularidad, cualidades que distinguen á la escuela clásica, motejando como ya indicamos de demasiado culta y académica la tendencia literaria de Carpio y Pesado. De ahí resultó que algunos se apartaron enteramente, y diéronse á componer sin miramiento á las reglas del arte; otros han sido más moderados, y en unas composiciones guardan sobriedad y en otras dan rienda suelta á su imaginación. Con pequeñas diferencias lo mismo se puede decir de los demás Estados hispano-americanos, y así sucede actualmente en España. Vamos á nombrar algunos que nos dejaron composiciones no exentas de belleza artística y de inspiración.

Isabel Prieto de Landázuri es una verdadera poetisa, especialmente cuando canta asuntos propios de la mujer. Su inspirada poesía *A mi hijo dando limosna*, no se puede leer sin sentir verdadera ternura. No lo es tanto cuando deja vagar su imaginación por otros ideales. Tampoco puede negársele á Guillermo Prieto el numen de verdadero poeta en la pintura del mundo exterior y en la descripción de costumbres americanas. Extravíos y bellezas, frutos de su imaginación desarreglada, sorprenden al lector en casi todas sus composiciones. Manuel M. Flores, enriquecido con una imaginación poderosa y dotado de sensibilidad, como lo muestran sus *Pasionarias*, no ha sabido, ó no ha querido refrenar el brío de su imaginación en muchas composiciones que aparecen deslucidas por esta causa. En su *Era* y en sus *Hojas*, imitación de las *Rimas* de Becquer, hay sentimiento y pasión vehemente. Todavía es más romántico, aunque menos impetuoso el médico Juan B. Hijar y Haro, quien se parece mucho al español Zorrilla en la pompa, armonía y riqueza de versifica-

ción. Justo Sierra es otro imitador de los románticos extranjeros, laberíntico y de muy mal gusto en su poesía *Dios*, y un poco más accesible y juicioso en sus *Playeras* y en el fragmento del poema *Colón*.

También hay poetas escépticos, espiritistas y materialistas como el señor Vigil José María, cuya versificación fría revela la amargura del escéptico más que el estro del poeta. José Monroy, sentimental, pero no de verdadero sentimiento escribe con facilidad, cual se ve en *El mensajero de la muerte*, donde expone la absurda doctrina de la transmigración. Superior en numen y originalidad es Manuel Acuña, á quien han hecho célebre sus tercetos *Ante un cadáver*, por el torpe materialismo que trata de inocular con ellos. Con intención más espiritualista escribió otra composición bajo el mismo título Francisco G. Cosmes, no exenta de bellezas y elevación.

No faltan en Méjico poetas que se inspiren más directamente en la bella naturaleza y en mejores modelos, como Juan de Dios Peza, donairoso en algunas poesías como *César en casa*, *Fusiles y muñecas*, vehemente y lozano en *Tras de los mares*, lleno de noble sentimiento en *Mi padre*, y de gracia é ingenio en *Un consejo de familia*.

También el general Riva Palacio militar valiente, hombre de Estado y autor de varias producciones en prosa y verso, honra las letras mejicanas con sus poesías, entre las cuales *La flor* es un idilio lleno de encanto y dulce inspiración.

Entre los poetas narrativos figura en primera línea don José M. Roa Bárcena por el colorido local y poético que ha dado á sus versos, como también por sus bellas formas. Tenemos de él *Leyendas mejicanas* y *Baladas del Norte de Europa*.

De otros muchos poetas se habla en las últimas *Antologías*, *Parnasos* y *Liras* de Méjico, con los cuales haríamos interminable esta reseña que daremos fin citando á uno de los hombres más notables en quien la Providencia ha reunido singulares aptitudes. Es don Ignacio Manuel Altamirano, indio de pura raza, orador político y forense, militar afamado, catedrático, publicista, crítico y poeta. Sus compatriotas le llaman el *Maestro* por los muchos conocimientos que le adornan. Es autor de varias novelas y leyendas, entre las cuales sobresale *Clemencia*, ha escrito también *Dramaturgia mejicana* y *Movimiento literario en Méjico* y en sus poesías que pertenecen al género erótico, palpita, dice el señor Menéndez y Pelayo, la ardiente voluptuosidad de la naturaleza americana. *Los naranjos*, y muy especialmente *Las amapolas*, son las más celebradas.

CUBA

Hasta hace pocos años la literatura de la isla de Cuba, por efecto de la imitación servil de escritores españoles y extranjeros, era una mezcla informe, sin carácter ni americano, ni español, ni francés en la mayor parte de sus producciones. « Hoy sin embargo, según el señor Menéndez y Pelayo, se notan síntomas de un feliz cambio en las ideas literarias, y han aparecido algunos prosistas y críticos doctos y de indiscutible mérito. »

La belleza tropical de aquel suelo parece desarrollar de un modo precoz los ingenios para la poesía, llamando en todas partes la atención el

número de poetas y la facilidad de hacer versos, si bien la abundancia no ha correspondido al mérito.

En los primeros años del siglo encontramos dos versificadores más bien que poetas, aunque atendido el prosaísmo de la época podían llamarse tales el coronel Daniel Zequeira y Araujo, y Manuel Justo Rubalcava. El coronel Zequeira, admirador de las hazañas de Hernán Cortés, compuso un canto épico, *Batalla naval de Cortés en la Laguna*. Elévase en la entonación, aparecen de vez en cuando algunos rasgos poéticos, pero lo que más abunda en este canto son descripciones triviales y pensamientos ordinarios. Rubalcava es menos poeta, se inclinaba más á la poesía bucólica y descriptiva, y en este género escribió algunos versos.

Orgullo de América como poeta de nuestros tiempos es don José M. Heredia, nacido en Santiago de Cuba el 1803. Imitador de Cienfuegos en el vigor, pero original en la brillante descripción de la naturaleza americana, sería el primer poeta de este continente si en sus numerosas poesías se hubiese esmerado como en la dedicada *Al Niágara*, *En el Teocali de Cholula*, *En una tempestad*, *Al Cometa* y algunas otras. Su entonación es robustísima, sublimes y majestuosas las pinturas que hace de la naturaleza, y en cuya contemplación y estudio se eleva como cristiano al autor de todas las maravillas. Es también dulce, tierno y melancólico, pero en su sentimentalismo no se abisma como lord Byron, sino que reconoce á Dios, le admira y le ama. Lástima fué que su corta y agitada vida no le permitiera formarse en el buen gusto, pues tiene composiciones que desdicen mucho de las nombradas. Murió en Méjico el año de 1839.

No tan elevado como el anterior, pero no menos fluído, tierno y melancólico, es don Gabriel de la Concepción Valdés, nacido en Matanzas y muerto el año de 1844 por haber tomado parte en una conspiración. Entre sus mejores composiciones se cuentan los romances *Cora y Picotencal* y el canto *La Siempreviva*; pero las verdaderamente inspiradas son las escritas cuando estaba en capilla. Entre estas la que se intituló *Adiós á mi lira* es conmovedora. Es también digna del tierno ser á quien dirige, la *Despedida á mi madre*; y la *Plegaria á Dios* es humilde, fervorosa y adecuada al trance fatal de la muerte. Compuso una novela que intituló *Plácido y Blanca* con cuyo primer nombre solía firmarse.

Como es rica en frutos naturales la isla de Cuba, así lo es en poetas de todas condiciones y sexos, entre los cuales hay que contar la eminente poetisa doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, llamada la *Perla de Cuba*. Nació en Puerto Príncipe el año de 1810 y á los ocho años hacía versos según todas las reglas del arte. Educóse en España, donde daba á luz sus composiciones bajo el seudónino *La Peregrina*, las cuales admiraron á todos los hombres de gusto. El célebre literato don Nicasio Gallego la juzgó « superior á cuantas personas de su sexo habían pulsado la lira castellana en este y los pasados siglos », juicio que confirmará todo lo que sea capaz de conmoverse y lea sus poesías. No obstante al estudiar sus obras se advierte que éstas reflejan el carácter de imitación más que el de originalidad. No se limitó nuestra poetisa á la lírica : escribió también algunos dramas y varias novelas, que reunió en cinco tomos y las publicó con el título de *Obras literarias*. Murió en Madrid el año de 1873.

En la mitad del siglo escribía con fácil y agradable vena José Jacinto Milanés (1814-1863) y habría llegado á ser perfecto en el arte, si no le hubiera entrado la manía de querer instruir y moralizar directamente

r medio del verso, tomando sobre sí una carga superior á sus fuerzas éticas. De ahí resultaron vagas y desmayadas sus composiciones *El eta envilecido*, *El hijo del rico*, *El ebrio*, etc. Tomó después por modelo á rrilla y escribió leyendas de poco ó ningun interés y asimismo á Lope Vega á quien tampoco supo imitar en sus comedias y dramas.

Poeta elegiaco más á la francesa que á la española, y de sentimiento ofundo fué Juan Clemente Zenea (1834-1871), cuyo melancólico numen trasparenta en sus poesías, sobresaliendo entre todas : *Entonces*, *El ince de enero* y *A una golondrina*. Aficionóse á Musset y demás poetas l naturalismo, corriente desbordada que ha inundado no sólo la isla Cuba, sino las demás partes de América.

Muchos son los que hoy hacen versos en Cuba bebiendo sus inspiraones en las turbias aguas de la escuela naturalista, romántica, reata, etc., con los cuales más estropean la lengua que aumentan nuestra eratura. Sin embargo, como decíamos al principio, se advierten señales nueva vida literaria, de que es precursor entre otros el elegante y lce Rafael M. Mendive, autor de algunas poesías bellísimas como *A un royo*, y la hermosa traducción de las *Melodías irlandesas* de Tomás ore, y con él Enrique Piñeiro crítico de nota y autor de dos obras : *tudios y conferencias de historia y literatura* y *Los grandes poetas del glo XIX*.

CENTRO-AMÉRICA

Don José Antonio Irisarri, hábil diplomático, por cuya diligencia y gacidad logró Chile en Inglaterra el año de 1833 mayor crédito que las ciones más ricas de Europa, ha ilustrado á Guatemala, su patria, con critos nada inferiores á los de los talentos más privilegiados. Nació el io de 1786, en Santiago de los Caballeros, y sus memorias, folletos y tículos redactados en los muchos periódicos que dirigió, le acreditaron sde luego uno de los escritores más eruditos, sensatos y elegantes de nérica. Además de la obra titulada *Cuestiones filológicas*, ha escrito la *storia crítica del asesinato cometido en la persona del gran mariscal de yacucho*, y una novela de costumbres, *El cristiano errante*. Sus mismos emigos políticos han elogiado estas dos producciones.

Se hace mención también de un poeta dotado de grandes partes para narración. Este es José Batres y Montujar, autor de unas leyendas tituлas : *Tradiciones de Guatemala*, escritas en el estilo propio del género, nenizadas con digresiones chistosas, pero empañadas con cuentos nada upios. También citan á los dos hermanos Juan y Manuel Diéguez, autor primero de una larga poesía, *La garza*, y el segundo historiador.

COLOMBIA

Antes que hubiera literatura propiamente colombiana, ya había sido istrada la región que ahora lleva el nombre de Colombia, por su mismo scubridor y fundador don Gonzalo Jiménez de Quesada con escritos stóricos y de devoción. En ella cantó Juan de Castellanos á los varones istres de Indias en más de diez mil octavas reales y recordó muchas

de sus proezas en la *Historia del Nuevo Reino de Granada*; en esta región celebró á San Ignacio de Loyola en un poema Hernando Domínguez Camargo: hijo de esta tierra fecunda en ingenios fué el muy virtuoso y edificante obispo de Santa Marta y Panamá don Lucas Fernández de Piedrahita, historiador y poeta, lo fué también el escritor don Francisco Álvarez de Velasco, gobernador y capitán general de las provincias de Neiva y la Plata, y entre otros muchos que sería largo de contar esmalta la antigua literatura de Colombia la monja de Tunja Sor Francisca Castillo llamada la *Teresa granadina*, porque en sus virtudes y escritos fué muy parecida á nuestra doctora castellana. No es extraño que con precedentes tan ilustres los colombianos de nuestro siglo continúen siendo, según la frase de un crítico moderno, el pueblo más aficionado á las letras, ciencias y artes de toda la América española, y donde se hable nuestra lengua con más primor, elegancia y pureza.

La historia de las letras en Colombia ha corrido en lo que vamos del siglo las mismas vicisitudes que en España, en ella penetró también el romanticismo, y algunos extranjeros como Víctor Hugo, Byron y Heine, no han dejado de influír en los colombianos, pero á pesar de todo las producciones más perfectas de sus escritores, especialmente poetas, reflejan, como ninguna otra nación americana, la buena tradición española. Lo cual es debido á que la mayor y más sana parte de la población guarda como un tesoro las costumbres, sentimientos, religión y lengua que heredó de los primitivos conquistadores y colonos, y si á esto agregamos las circunstancias del espectáculo de aquella naturaleza tan espléndida y la sencillez patriarcal de sus costumbres, se explicará la bella originalidad de sus obras que sin dejar de ser españolas, son también americanas.

No cabe en esta reseña hablar de todos los géneros que allí se cultivan, como tampoco de sus escritores, máxime no conociendo todas sus obras. Los que vamos á citar son una muestra del claro talento de los hijos de esta hermosa región, y del amor que en ella se tiene á la buena literatura.

Después de mencionar como una de las verdaderas glorias de Colombia al eminente y desgraciado sabio don Francisco José de Caldas (1770-1816), cuya sensible muerte pesa sobre al atarantado jefe español que le mandó ejecutar, justo es recordar una de las víctimas de un presidente colombiano, á saber : el virtuoso y sabio arzobispo de Bogotá don Manuel José Mosquera, muerto en el destierro el año de 1853. La magistratura y las letras también han sido honradas entre otros por el insigne jurisconsulto de Tocaima don Miguel de Tovar y Serrate (1782-1861), quien en el cultivo de la poesía siguió las huellas de Fray Diego González; y antes que el romanticismo entrara en Colombia á dar otro giro á la composición, escribió el malogrado poeta Luis Vargas Tejada (1802-1829) varias poesías semi-horacianas notables por la fluidez y armonía, más que por el arte.

Entre los que empezaron á dar lustre á las letras en Colombia por este tiempo figura también don José Fernández Madrid, nacido en Cartagena el año de 1784. En sus poesías, ya patrióticas, ya sobre diversos asuntos, brillan las dotes de armonía, facilidad y gracia que distinguen al verdadero poeta. Compuso también dos dramas, *Guatimozin* y *Atala*.

Honró asimismo de un modo particular la ciencia juntamente con las letras un escritor filósofo, cristiano, á la vez artista, matemático insigne.

erato y poeta. Fué don José M. Groot de Vargas, gloria de Bogotá, cuna
: su nacimiento el primer año de este siglo. Incrédulo en su juventud,
urrióle examinar las citas que uno de sus autores favoritos hacia del
rangelio, y al ver la superchería que usaba detestó la incredulidad y
›menzó á abrir los ojos á la verdadera luz. Además de las lecciones con
ie formó el espíritu de la juventud, ha publicado hermosos artículos de
›stumbres y poesías llenas de elevación y ternura; pero la obra que le
ereció honrosa fama en Europa y América fué la *Refutacion analítica
el libro de M. E. Renan, titulado « Vida de Jesus »*, en donde á las pruebas
›ntundentes de todo género, le hizo ver su misma contradicción. Fué
niversal y calurosamente aplaudido hasta por los libre-pensadores, y lo
ıe él más estimó fué una carta de felicitación de la Santidad de
io IX.

« Ninguna de las repúblicas hispano-americanas, dice el señor Menéndez
Pelayo, puede presentar un grupo de líricos igual al de Colombia, con
ventaja de tener cada uno de ellos su propio carácter y conservar la
ıdependencia de su musa. »

Al frente de todos ponemos á don José Eusebio Caro, nacido en Ocaña
año de 1817. De familia parece que les viene á los de este ilustre ape-
ido el ser literatos y poetas, por lo que respecta á los Caros de Colombia,
escienden de un gaditano llamado Francisco Javier muy aficionado á la
teratura clásica, como lo muestran las notas que puso al *Arte Poética* de
oracio. Tuvo Eusebio por maestro en los principios de la gramática
tina á su padre José Antonio y con la aplicación y talento que desplegó
espués llegó á ser uno de los escritores más elegantes y sensatos de
sta época. Sirvió á su patria con la espada, como publicista y abogado
efendió denodadamente los sanos principios de la religión, de la familia
de la libertad conculcados por el militarismo de su nación, y como
oeta vistió estas mismas ideas con galas tan hermosas que dan un nuevo
ealce á sus juiciosas máximas. Es digna del más cumplido elogio su oda
a libertad y el socialismo, y por las demás composiciones suyas es repu-
ıdo uno de los ingenios más originales y sinceramente líricos de la
mérica española.

El mismo año que el señor Caro, nació en Barbacoas otro escritor no
ıenos célebre, gloria asimismo de esta agitada república y poeta román-
co. Fué don Julio Arboleda, cuyo noble proceder revela un corazón
ecto, y cuyos escritos descubren un alma apasionada por todo lo bello
sublime. A los conocimientos de legislación y economía política, juntó
›s de la lengua castellana, con lo que consiguió su elocuencia, si no el
riunfo material que por los años de 1850 habían alcanzado los hombres
e la revolución anárquica, á lo menos el moral, haciendo que éstos
ıismos diesen más tarde oídos á la voz de la razón y de la justicia.
uera de su elegantísimo discurso en el senado y algunos escritos sobre
gricultura, minería é industria, nos ha dejado magníficas composi-
iones poéticas, entre ellas su excelente leyenda romántica *Gonzalo de
yón*, sobre un hecho de la conquista en tiempo de los Pizarros. Es uno
e los mejores monumentos literarios y, según algunos críticos, el ensayo
pico más notable que posee la América española. Son dignas también,
o sólo de elogio, sino de estudio, las poesías en que llora las desgracias
e la patria, siendo de notar las dos que escribió con lápiz en la cárcel
e Popayán, tituladas, la una *Al congreso granadino*, y la otra *Estoy en la*

cárcel. Inspiradas ambas por el más elevado patriotismo, recuerdan algunas estrofas el lenguaje y sentimientos de Calderón y la valentía de un mártir [1].

Al lado de los escritores más fecundos debe colocarse á don Manuel María Madiedo, nacido en la provincia de Cartagena el 1818, autor de tragedias, dramas, novelas, poesías y de muchas obras en prosa sobre asuntos serios, filosofía, religión y política. Ha sido uno de los hombres más activos y de los que más han trabajado por la instrucción de la juventud, para lo cual escribió también un *Tratado de Métrica*. En sus obras poéticas, prescindiendo de sus ideas, no puede negársele el ingenio, cabal conocimiento de la lengua, soltura y gracia en las descripciones, y en las en prosa se da á conocer su cabeza verdaderamente poderosa, pero caótica. Muéstrase en sus escritos católico, espiritista, libre-pensador, casi ateo, todo á un tiempo, de modo que sus producciones en globo son peligrosas.

Para encomio de las letras colombianas deber es, aunque no nos ha sido posible leer todo lo que ha publicado la prensa, citar á don José Joaquín Ortiz, hijo de Tunja (1814), cuya valiente musa se eleva á tratar asuntos nobles y de interés primordial, sin dejar de ser en ocasiones galante y delicado en otros de menor valer, como de ello dan testimonio sus cantos y poemas. Ha escrito asimismo novelas y comedias, una *Historia de Nueva Granada*, *Lecciones de literatura castellana*, y si en verso ha sido *Quintana católico*, al decir de un escritor contemporáneo, también en prosa ha sido Balmes con el libro titulado *Testimonio de la historia y de la filosofía acerca de la divinidad de Jesucristo*.

Otro de los poetas delicados y correctos fué don Gregorio Gutiérrez González, nacido cerca de Medellín el año de 1826 y fallecido el 1872. Este poeta ha sabido hermanar la sencillez del lenguaje y la cadenciosa estructura de los versos. De los diversos géneros en que se ha ejercitado, el didáctico-bucólico es en sentir de todos el que ostenta los primores de su musa, los cuales campean admirablemente en el poema nacional *Memoria sobre el cultivo del maíz*, donde pinta la naturaleza y las costumbres de Antioquía. De este poema tan famoso en Colombia gusta mucho el pueblo, y lo admiran los sabios que son capaces de sentir lo bello.

En otro género ha merecido aplausos el estro de don Rafael Pombo, bogotano, nacido el 1834. Es hombre de acción y de estudios, militar, diplomático, ingeniero civil, profesor y periodista; y su musa, en lo poco que de él conocemos, ha recorrido todos los tonos. Los versos sobre asuntos jocosos, así como los serios, son admirables con la particularidad de escribir con una sencillez asombrosa que los graba más profundamente en el alma.

1. En la estrofa XXXIX parece que pronosticó el fin de la anarquía y principio de una éra más feliz, que ha comenzado á alborear en estos últimos años:

« Pero no reinará, que el mal se gasta;
Y cesará su bárbaro recreo;
Tendrá Israel al fin su Macabeo,
Tendrán los Holofernes su Judit.
¡No hay más Señor que Dios! ¡Él nos asista!
¡No hay más Señor que Dios! ¡Con Él vivamos!
¡No hay más Señor que Dios! ¡En Él confiamos!
Con Dios, por Dios, de Dios será la lid. »

—En el género festivo ha descollado don Ricardo Carrasquilla, nacido en Quibdo el 1827, cuyas *coplas*, como él llamaba á sus poesías, eran recibidas con regocijo de todos.

También están llenas de chistes muchas poesías de don José M. Marroquín (1827), dedicado, como el anterior á la educación de la juventud, en cuyo obsequio ha compuesto varios libros. Es elogiado este último por sus conocimientos en el idioma castellano y por el lenguaje castizo que emplea en su conversación y en sus obras, aunque esta buena cualidad puede hacerse extensiva á casi todos los escritores de Colombia.

Aunque omitimos el nombre de muchos eminentes poetas, para no hacer demasiado prolija esta reseña, no dejaremos en el olvido el del bogotano don José María Samper (1830), distinguido publicista, inspirado poeta, novelista, historiador y jurisconsulto, y cuyas obras le ponen hoy á la cabeza de los escritores más fecundos de Colombia.

Tampoco pasaremos en silencio á don Rafael Núñez, eminente hombre de estado, autor de varios escritos en prosa y verso, cuyo escepticismo no sólo extrañamos como el señor Varela, sino que sentimos que se haya albergado en una cabeza tan privilegiada. Sin embargo, en el discurso que pronunció el año de 1887 al tomar posesión de la presidencia, dijo que adoptaría el sistema de una educación profundamente cristiana, y que aspiraba á gobernar como mandatario que teme á Dios.

Nombramos asimismo al dulce Santiago Pérez y al magnífico descriptor de *Las rocas de Suesca* é inspirado cantor de *La Palma del desierto* y de *La luna*, don Diego Fallón, notable también como ingeniero, músico y matemático.

También merece un recuerdo por su actividad en los asuntos diplomáticos y sus trabajos literarios el bogotano don José María Torres Caicedo (1830). En sus versos y muy especialmente en los del libro que intituló *Religión, patria y amor*, se ve que ha seguido las huellas de los poetas románticos, pero canta alguna vez con fe cristiana. Es autor de varios estudios críticos, sociales y literarios en que se muestra liberal moderado y amigo del orden en lo exterior. En sus *Ensayos biográficos y de crítica literaria* sobre los principales poetas y literatos hispano-americanos es demasiado encomiástico de sus producciones, benevolencia que á la larga suele perjudicar á los escritores de verdadero mérito, porque á todos los hace iguales. Cae á veces en el error de alabar composiciones reprobables en el fondo, entre las cuales se cuenta el soneto *Adiós á la naturaleza*, en que se ensalza el suicidio. Asimismo es sensible que en esta obra se le hayan deslizado tantos galicismos, defecto raro en los escritores de Colombia.

En una región donde la magnificencia del cielo y de la tierra convida á cantar con entusiasmo, forzosamente tenía que haber mujeres que se sintiesen inspiradas á celebrar estas bellezas y al autor de todos los seres. Muchas poetisas cuenta la historia literaria contemporánea de Colombia entre las cuales se alza la inspirada musa cristiana de doña Silveria Espinosa de Rendón. Es autora de varios tratados históricos y religiosos en prosa, y ha cantado con esa sensibilidad y fervor propio de la mujer virtuosa las glorias de la Cruz, las virtudes de la Virgen, los encantos de la amistad y las dulzuras del amor casto.

Con no inferiores dotes poéticas ha escrito sobre diversidad de asuntos la ilustre antioqueña doña Agripina Montes, á quien saludan *Musa del*

Tequendama, cuyo salto de agua empieza á contarnos con cierta timidez que hace más amable su modestia, y luego entra á describirnos en rotundos y sonorosos versos, con viveza de inspiración y gallardía poética los profusos torbellinos de la hervidora tromba de su espuma, terminando con una pintura real y graciosa de la vegetación que se extiende al pie de la catarata.

Inspirada por el mismo numen canta una hija del citado escritor señor Samper, doña Bertilda, quien se complace en la contemplación de la bella naturaleza y en elevar á Dios su espíritu, cual se manifiesta en *Cartas de una campesina*, *Un cuento que no acaba*, *La parábola del sembrador* y muchas otras.

Hemos citado algunos historiadores y novelistas sin pararnos á hablar de sus producciones por las causas ya expuestas. Hay, sin embargo, una creación original de Jorge Isaacs, nacido en Cali el año de 1837, digna de mención y de elogio, por la cual ha alcanzado fama en América y fuera de ella. *María*, que así intituló su novela, es la historia de un amor puro y casto que desde la infancia se cobraron un joven y una niña, amor que terminó en este mundo con el fallecimiento de la niña de muerte natural. El tinte de suave melancolía de que está impregnada toda la relación, la variedad de sucesos, la sencillez en contarlos y el colorido de las descripciones de los países tropicales, conmueven é interesan gradualmente al lector, como sucede con *Pablo y Virginia* de Bernardino de Saint-Pierre, á la que es algo semejante en la concepción del plan; pero aventaja inmensamente al francés el colombiano en la elevación de miras, y en la sinceridad con que el héroe cuenta su amor y las amarguras que lleva consigo, sin invectivas contra nadie ni segunda intención.

También ha escrito versos, y aunque no es grandilocuente ni ostenta en ellos la lozanía exuberante de los trópicos, reflejan sentimientos puros y los afectos más íntimos de la familia con amable sencillez.

Antes de poner punto final á esta parte de la literatura colombiana, rama frondosísima de la española, que ostenta frutos no en flor, sino bien sazonados y de sabor exquisito, la coronaremos con los nombres de dos ilustres escritores, ambos nacidos en Bogotá don Miguel Antonio Caro el 1843 y don Rufino Cuervo el 1847. Con razón es aclamado el primero uno de los más eminentes humanistas que la raza española ha producido durante el siglo XIX, y el segundo maestro excelente y superior del habla de Castilla.

El señor Caro, fundador de la Academia Colombiana, correspondiente de la Española, es autor de un sin número de obras en prosa en que ha tratado y resuelto puntos de mayor importancia relativos á las ciencias morales, políticas y filológicas, pero con tanta modestia y lucidez que su juicio es respetado y acatado en Europa como en América. No nos detendremos en citar estas sus producciones que suscritas con su nombre llevan suficiente recomendación, así como tampoco á elogiar sus nobles pensamientos y miras elevadas y cristianas, pues nos consta que ellas forman su timbre más glorioso.

Estas serias y continuas tareas no han apagado en su alma el fuego del celeste numen que se manifestó el 1866 en las *Poesías*, que por primera vez vieron la luz pública y fueron recibidas con aplauso del pueblo bogotano. Otras y otras muestrasde su bien nacida musa en formas elegantes

y variadas ha ido dando en los años siguientes hasta ponerse al lado de los poetas más correctos é inspirados. Cualquiera de estos se honraría por ejemplo con aquella tan bien sentida oda *La vuelta á la patria* y asimismo con las que llevan el título *A la Gloria* y *A la estatua del libertador*, llena la primera de ese entusiasmo que tan bien sienta á un corazón sinceramente católico y la segunda tan original, tan noble y exenta de exageraciones patrióticas.

De sus traducciones de la Eneida, Églogas y Geórgicas de Virgilio hechas en verso castellano, lo mismo que de las de otros poetas antiguos y modernos se han hecho lenguas los críticos y los amantes de la buena literatura; y es realmente cierto que al leer cualquiera de dichas composiciones luego se percibe un sabor clásico, que nos dice que la esencia de la divina poesía no se ha desvirtuado al pasar por el crisol del poeta colombiano á la lengua de Castilla.

En otras clases de trabajos relativos á conservar la integridad y pureza de la lengua castellana es benemérito de la patria y de las letras el señor Cuervo, cuyas producciones debieran también encabezarse con el lema del Diccionario de la Real Academia « limpia, fija y da esplendor ». Su interesante obra *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, reimpresa varias veces y considerablemente aumentada es un testimonio fehaciente del amor y atinado ahinco con que en Colombia se cultiva nuestra rica lengua. En ella estudia y corrige todas las locuciones vulgares y adulteraciones, que con el trascurso de los años se han introducido por el pueblo en el idioma heredado de sus padres. Véase cuán digno de loa es el celo que manifiesta en esta obra donde entre otras cosas dice : « Mirar por la lengua vale para nosotros tanto como cuidar los recuerdos de nuestros mayores, las tradiciones de nuestro pueblo y la gloria de nuestros héroes; y cuando varios pueblos gozan del beneficio de un idioma común, propender á su uniformidad es avigorar sus simpatías y relaciones, hacer de ellas un solo pueblo ».

Pero la obra que podemos llamar con toda verdad portento de erudición, de buen gusto, de tenacidad y paciencia es el *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*. En él está la historia de cada palabra y de todas sus acepciones desde el siglo XII en que se empezó á fijar el idioma hasta el siglo XIX. Definida cada palabra, su diversa acepción y las construcciones á que se presta, aduce para su esclarecimiento gran copia de ejemplos de los escritores que las han usado hasta su olvido en cierta época, ó su persistencia hasta nuestros días, y además el sentido y modo cómo emplea algunas el uso moderno. Parece imposible que haya tenido tiempo para leer tanto libro como cita en esta obra, verdadero tesoro del habla castellana y honra de las letras de Colombia. Esta obra no está aún terminada.

Con hombres tan inteligentes y celosos por el bien de las letras, cuya base es el conocimiento y diestro manejo del idioma, muy lejos estará la República de Colombia de tener que lamentar en sus hijos el desenfreno literario, y si al cultivo de la bella literatura junta los medios que su actual ministro de Instrucción Pública el señor Jesús Casas Rojas propone y recomienda en la discreta circular dirigida en 1890 á todos los maestros acerca de la enseñanza católica, no se verán como en otros tiempos, citaremos sus palabras : « Hemos visto ahogarse tantos talentos y agostarse en flor la mies de la Patria, dejando estériles y eriales los campos

de la educación, vacías las trojes de la República y la sociedad hambreada y sedienta de justicia, de paz, de bienestar y de progreso ».

No lo dudamos, y por ello hacemos votos : Colombia será la Grecia de América.

VENEZUELA

No comenzó esta República el movimiento literario hasta fines del primer tercio del siglo á causa de la guerra desfavorable en los primeros años á los patriotas, el cual movimiento continuó pero pausadamente por las disensiones interiores en la colonia, que siempre hacen estéril el campo de la ciencia y de las letras.

Háblase en los primeros días de la revolución, de José Miguel Sanz (1754-1814), llamado el « Licurgo de Venezuela » por sus conocimientos en el derecho y la redacción de las ordenanzas municipales de Caracas, y al decir del señor Baralt en su *Historia de Venezuela*, era jurisconsulto, filólogo, economista y poeta, cuyos trabajos literarios, así como una parte de la historia de Venezuela, para cuya redacción había acogido inmensos materiales, fueron destruídos después de su muerte en la batalla de Urica.

Uno de los hijos más ilustres de esta hermosa región, honor de América y gloria de la literatura castellana, fué don Andrés Bello, nacido en Caracas el año de 1780, llamado con razón « el príncipe de los escritores hispano-americanos ». Los Padres mercenarios le enseñaron los rudimentos de la gramática y filosofía en los cuales ramos con su clara inteligencia y su espíritu ansioso de saber profundizó más tarde, y nos descubrió tesoros que siempre aprovechará la literatura castellana.

Fué enviado á Londres con Bolívar el año de 1810 en calidad de secretario, y allí estuvo hasta el de 1828 en que pasó á Chile, donde ha residido hasta su muerte acaecida el 15 de Octubre de 1865.

« A don Andrés Bello, dice don José A. Irizarri, debe Chile el tino y prudencia con que se ha dirigido en los negocios internacionales, y el modo airoso con que ha salido en todas las cuestiones con Francia, Inglaterra y Estados-Unidos. »

En Chile compuso las obras que le han dado un puesto preferente en la historia de las letras hispano-americanas, con las cuales abarcó casi todos los ramos del saber humano, á saber : derecho internacional y civil, filosofía, historia, geología, crítica, gramática y literatura. Por su *Gramática Castellana*, en donde hizo un estudio filosófico de la lengua, mereció justamente ser nombrado miembro honorario de la Real Academia Española, y el *Tratado de ortología y métrica* compuesta conforme á la índole de la versificación castellana, no á la latina, es de lo más completo en la materia. Uno y otro libro enseñan á hablar y componer correctamente, y no apartarse de los giros propios de la lengua, lo que confirma con ejemplos de los mejores maestros.

Son de alto interés y dignas de estudio por la ilustración que dan á la materia las notas puestas á la *Crónica* y *Poema del Cid*; y los muchos y juiciosos escritos críticos sobre historia, literatura y costumbres, llamaron la atención de los literatos más distinguidos de su tiempo en España y América, y hoy día los leemos con encanto y provecho por sus buenas formas, y por su fondo. El mismo señor Cánovas del Castillo ha califi-

cado el juicio de don Andrés sobre el poeta cubano Heredia, « de más profundo que el de los señores Villanueva y Lista », añadiendo : « Bello es de los mayores maestros de la lengua y estilo que podamos señalar en la antigua y moderna literatura ». Y el señor Menéndez y Pelayo dice : « que en crítica aplicada á los monumentos literarios de la Edad Media, se adelantó mucho á todas las ideas de su tiempo ».

Si como prosador nos ha dejado el señor Bello en todos sus escritos huellas de su mucho saber, del profundo conocimiento del idioma y de su recto uso, como poeta especialmente descriptivo de la región americana será siempre digno de estudio y de imitación. Entre sus composiciones poéticas sobresalen la silva *A la agricultura de la zona tórrida*, *Alocución á la divina poesía* y varias odas en que se advierte que Virgilio y Horacio le eran muy familiares. También nos ha legado varias traducciones de primor como la *Oración por todos*, el *Miserere* y otras en que además de las bellezas poéticas está retratado su espíritu sinceramente cristiano.

La poesía del señor Bello, aunque noble en los pensamientos, afectuosa y de una moral pura y elevada, no es tan exuberante y lozana, ni tan ardiente y fantástica como la de otros escritores americanos, ni sus obras se nos presentan como creaciones propiamente originales; el mérito de éstas consiste en la dicción pura, en la frase castiza y correcta más que en la imagen ó idea, por donde se ve que el señor Bello tenía cabeza de filósofo y gramático más bien que alma de artista.

Cantor melancólico, dulce y armonioso es don Antonio Maitín, nacido en Puerto Cabello el año 1806. El canto fúnebre dedicado á su esposa, y *El tiempo*, poesía en octavas, son entre otras composiciones de este vate dignas de leerse por la suavidad y cadencia del verso.

Poeta no menos dulce y armonioso, pero sí más elevado y científico, y prosador elegante es don Rafael María Baralt, natural de Maracaibo (1810-1860). Un religioso de Santo Domingo le dirigió en los estudios de literatura, y después cursó en la Universidad de Bogotá filosofía y derecho. Sirvió á su patria en la guerra que tuvo con la vecina república de Nueva Granada, pasó á Francia el año de 1842 y el siguiente se avecindó en España, donde ha residido hasta su muerte. Por su inteligencia y su saber ha sido muy estimado en la península, y asimismo sus producciones literarias. Éstas son : *Historia antigua y moderna de Venezuela*, elogiada unánimemente por su mérito literario y buena crítica, y un *Diccionario de galicismos*, libro de enseñanza y de recreo, de grande utilidad para los que traducen del francés al castellano y para los que desean conservar el giro castizo de nuestra lengua bárbaramente estropeada por la incuria y la ignorancia. Reputado por severo é intransigente en algunas palabras merece no obstante elogios por su obra, y merece ésta ser consultada por todo el que tenga algún interés por su lengua nativa.

Es además autor de varias obras líricas de verdadero gusto, entre las cuales sería injusticia no recordar la *Oda á Colón*, premiada en el Liceo de Madrid el año de 1849. De ella dijo don Eugenio de Ochoa : « Es una obra maestra que deben estudiar detenidamente los que quieran hacer versos tales, que puedan leerlos con gusto las personas que buscan algo más que el retintín de las palabras ». La muerte no le permitió terminar el *Diccionario matriz de la lengua castellana*.

Grande y cordial fué la estimación que por sus dotes intelectuales y

morales se granjeó en España el poeta venezolano don Heriberto García de Quevedo, nacido en Coro el año de 1819. Siendo aun muy joven fué llevado por su familia á España, donde se dedicó con ardor á los estudios, los que completó después viajando por varios puntos de Europa, Asia y América. En España ha residido ordinariamente, y tomado parte en las cuestiones políticas y literarias que se agitaban hacia la mitad del siglo. En colaboración con el señor Zorrilla, y con su sistema de composición, escribió los poemas : *María*, *Un cuento de amores* y *Pentápolis*; este último casi todo es suyo. Es autor de varios dramas, que fueron muy aplaudidos en Madrid, y de algunas novelas, entre las cuales corren, con mucha fama, *El amor de una niña* y *Dos duelos á dieciocho años de distancia*. Sus cantos épicos *A la fe cristiana* y *A Colón*, y las odas *A la libertad*, *A Italia* y *A Pío IX* encantan así por el entusiasmo y belleza de las imágenes, como por la armonía de la versificación. Son igualmente dignos de leerse por la elegancia del estilo y moralidad de los pensamientos, los poemas *El proscrito, episodios de la tragicomedia del siglo XIX*, *La segunda vida*, y el *Delirium*. De este último dice el señor Hartzembusch : « En él se mezclan acertadamente el drama, la epopeya y la oda. Moral en la doctrina, verdadero en las imágenes de personas y cosas, agradable en el metro, por ser vario y bien trabajado, reune las condiciones necesarias para la utilidad y recreo de los lectores ».

Poeta melancólico, pero delicioso y dulce es don Abigail Lozano, nacido en Valencia de Venezuela el año 1823. Sus tres tomos de poesías, llamado el primero *Tristezas del Alma*, el segundo *Horas de Martirio* y el tercero *Otras horas de martirio*, son eco fiel de la amargura que experimenta el que anhela más orden en la sociedad, y vive lejos de la verdadera dicha. Estos sentimientos los ha expresado con ternura, y á veces de un modo sublime.

Pero no todo han sido suspiros; también ha hecho descripciones amenísimas de las flores y lugares de América y cantado á Bolívar y á otros personajes.

Don José Ramón Yépez, marino y, como casi todos los escritores arriba nombrados, afiliado en un partido político siempre en armas contra el otro, nació en Maracaibo el año de 1823.

Mostróse, cuando joven, muy poco aficionado á los estudios serios; pero obligado al rigoroso servicio de la marina, cedió ante la energía paterna, y empezó á ser hombre de provecho. Después de las luchas civiles en que tomó una parte muy principal, se contrajo á los libros, á fin de ser útil á la patria con la pluma. La ha servido en efecto como periodista y como diputado, pero más la honra como poeta, en cuyas composiciones líricas brillan junto con la espontaneidad de la expresión, en unas la ternura, en otras la sublimidad, y en todas el sentimiento de lo bello. Dignas son de leerse entre otras *La Plegaria con motivo del nacimiento de mi hijo* [1], *Mi fe de Niño* y *Cántico á la Virgen*.

1. Así exclama en una de las estrofas :

« Te pido sincera
para su corazon, ampara, escuda
su divina creencia. Cuando impera
la desolante duda,
y la santa virtud yace en olvido,
para este pobre niño fe te pido. »

También se ha granjeado merecida fama por sus versos don José Antonio Calcaño, nacido en Cartagena el año de 1827, y educado en Venezuela. Su amor á la poesía le hizo estudiar á fondo las principales obras maestras antiguas y modernas, pero más la bella naturaleza, de modo que sus composiciones, escritas en estilo correcto y lenguaje dulce y armonioso, son un reflejo de las bellezas del suelo americano, un canto en que se siente el murmullo de las aguas, el susurro de las brisas y el gorjeo de las aves, y más que todo, son la expresión de sus sentimientos cristianos. Es poeta que cree y espera como católico. Digna es de leerse por su estilo transparente y sencillo la oda en liras *Al concilio vaticano.*

Mención honorífica deberíamos hacer de otros muchos escritores venezolanos, gloria de las letras y de la poesía moderna, cuyos nombres omitimos, parte por no hacer demasiado prolija esta reseña, y parte por lo que dijimos al principio de la literatura hispano-americana.

Debemos no obstante elogiar al señor Morales Marcano nacido en Cumaná el año de 1830, por su afición á la literatura clásica, y sus conocimientos nada vulgares. Son testimonio de ello las traducciones en verso de varias poesías de Horacio hechas con fidelidad y exquisito gusto; y en prosa además de sus discursos, el *Diccionario geográfico histórico y estadístico de Venezuela*, y otros trabajos literarios en bien de la juventud. Es asimismo merecedor de gratos recuerdos Miguel Sánchez Pesquera hijo también de Cumaná (1851). En sus primeras composiciones mostró cualidades poéticas de primer orden en las cuales se dejaba llevar del gusto moderno que desdeña el estudio de la forma; después ha variado de rumbo, y sus poesías son mucho más dignas de elogio por la sencillez, sobriedad y cultura del estilo.

Aunque en otra clase de poesía merece recordarse al distinguido poeta Pérez Bonalde, autor de un libro que lleva el título de *Ritmos*, en donde se leen nueve poemas al Niágara, magníficos por el raudal de poesía que vierten, y varias composiciones, unas originales y otras imitadas de los extranjeros, pero todas llenas de verdadero sentimiento, sencillas y correctas cuanto se puede desear.

Lástima es que en ninguno de estos pensamientos se descubra ni una chispa de fe religiosa, que daría á muchos mayor realce y nuevo colorido; sino al contrario, el mismo autor dice que en su pecho se anida la nieve de la duda. Y lo que es no sólo sensible, sino reprobable que la moda le haga decir imitando á Núñez de Arce :

¡Cristo de mi esperanza y de mis sueños,
Por qué no resucitas en mi alma!

ECUADOR

No tanto como en Méjico, pero sí más que en algunas regiones de la América del Sur, florecieron las letras antes de la emancipación política en la parte que ahora llamamos República del Ecuador. Como no es nuestro objeto tratar de esa época ilustrada con varones eminentes en virtud y ciencia, como el doctor Machado de Chávez, el Ilustrísimo señor Gaspar Villarroel, obispo de Santiago y de Arequipa, etc., etc.;

recordaremos sólo de paso á la quiteña Jerónima Velasco, á quien Lope de Vega da en su *Laurel de Apolo* el epíteto de *divina* por sus inspirados versos; al guayaquileño Jacinto Eria, autor del *Ramillete de varias flores poéticas*, colección de poesías en el estilo de Góngora, entonces de moda; á los Maldonados José y Vicente, el primero escritor místico en el siglo XVII de la Orden de San Francisco y el segundo geógrafo y matemático insigne del siglo pasado; al cantor de la *Conquista de Menorca*, don José de Orozco; y entre los historiadores al P. Juan de Velasco de la Compañía de Jesús, quien compuso la *Historia del reino de Quito*, obra importante bajo muchos aspectos. Otros escritores de ciencias no sólo teológicas, sino naturales y de erudición hubo en dicha época, de que dan claro testimonio, entre otros, don Pablo Herrera y Leon Mera en sus obras de historia. Este último dice en su *Ojeada histórica*, que en las ricas bibliotecas que se habían fundado « había preciosísimos materiales en todo ramo de literatura y aun sobre ciencias, y se lamenta de que en nuestros tiempos estos depósitos del saber humano no se hayan mejorado, y muchos ni siquiera conservado ».

Viniendo, pues, á los tiempos modernos, entre los talentos que comenzaban á brillar en el Ecuador á principios del siglo, algunos de los cuales, como Mejía José y Rocafuerte Vicente dieron bien siniestros resplandores en Cádiz por sus ideas volterianas, sobresalió don Joaquín Olmedo nacido en Guayaquil el año de 1784. Estudió en la Universidad de San Marcos en Lima la filosofía, y las otras materias que le sirvieron de base y dirección en sus escritos posteriores. Fué enviado á las Cortes de Cádiz el año de 1812, y después de haber servido á su patria como agente diplomático cerca de algunas cortes europeas, y desempeñado altos puestos en la República murió en su ciudad natal en 1847. Se le ha dado el título de *hombre ilustre* por sus virtudes cívicas, nosotros agregaremos el de *poeta insigne* por sus bien pensadas producciones, aunque escasas en número, pues no pasan de quince. Es, sin embargo, el que con Bello y Heredia goza de celebridad universal en Europa y América.

Sin entrar á ocuparnos de algunas traducciones á saber : tres epístolas de Pope en el *Ensayo sobre el hombre*, un fragmento del *Anti-Lucrecio* del cardenal Polignac y una oda de Horacio, se trasluce en todas sus poesías originales un numen superior capaz de adaptarse á todos los asuntos y formas. « En mayor grado que ningún otro, dice el señor Menéndez y Pelayo, tuvo la grandilocuencia poética, la continua efervescencia pindárica, el arte de las imágenes espléndidas, de los metros resonantes, eso que Horacio llamaba el *os magna sonaturum.* » Y que no hubiera encontrado, añadiremos nosotros, no sólo en la clase de Humanidades que el señor Gutiérrez Juan María echaba de menos en Lima, pero ni en ninguna de las fundadas después por los gobiernos de América y de Europa. Con todo si no había clases con ese título, había aulas y cátedras donde se estudiaban muy á fondo las ciencias filosóficas y jurídicas, fundamento de la buena literatura.

De sus producciones en verso diremos que en la *Canción indiana* es Olmedo dulce y delicado, tanto en los pensamientos, como en la versificación, en el *Alfabeto para un niño* es sencillo y moral, como deben ser las composiciones que se dedican para su lectura; es ingenuo, fácil y gracioso en *Mi retrato*, composición en verso que envió desde Lima á una hermana suya; y en el *Canto al general Flores*, vencedor en Miñarica, la

más clásica de sus odas es audaz y sublime en los pensamientos é imágenes, y armonioso en todas sus estrofas. Pero donde luce las dotes poéticas con que le adornó la Providencia es en el *Canto á Bolívar* ó *Victoria de Junín*, verdadera obra maestra en este género. « En dicho poema, dice el señor Bello, hay entusiasmo sostenido, variedad y hermosura de cuadros, dicción castigada más que en ninguna de cuantas poesías americanas conocemos, armonía perpetua, diestras imitaciones en que se descubre una memoria enriquecida con la lectura de autores latinos y particularmente de Horacio ».

No han llegado ciertamente á la altura de Olmedo los poetas posteriores, que emulando su numen divino, le siguen en la noble tarea de cantar la bella naturaleza. Tales son, entre otros, los señores Carvajal Rafael, Riofrío Miguel, Avilez José María, Corral Miguel Angel, Roca Ignacio, Zandulbide Julio, Piedrahita, Cordero, Castro y algunos más cuyas composiciones cita y critica el señor León Mera en su *Ojeada* á veces con dureza, pero siempre conforme á las reglas del buen gusto. No escatimaremos á algunos de los nombrados la merecida alabanza, y asimismo á algunos historiadores y publicistas católicos del Ecuador, por el empeño de mantener el brillo de las letras en una República tan vejada por el espíritu del mal, y tan constante en la piedad y en el amor al orden.

Especial mención merece entre todos por su actividad, discreción y buen gusto el ya citado León Mera, nacido en Ambato en 1832. Ha cultivado varios géneros en prosa y verso, en que ha dado muestras de su fecundidad, no menos que de inteligencia y corrección, y extrañamos que el señor Torres Caiedo le censure por su falta de espontaneidad, y afirme que no está á la altura de Pardo A. de Varela, F. Toro, Mitre, Hidalgo y otros. Lo que desde luego se advierte al leer las obras de este escritor es que se ha formado en los buenos modelos de nuestra literatura, cuyos modos de decir puros y castizos agradan á oídos castellanos, y ésta será quizás la espontaneidad que le dan en rostro al crítico colombiano. Tenemos, pues, del señor Mera una colección de poesías que dió á luz en el año de 1858, cuya áspera y poco equitativa censura hecha por los señores Amunategui, han venido copiando algunos historiadores. Tres años después publicó *La Virgen del sol*, leyenda indiana en variedad de metros, donde relata la historia del amor de dos indígenas, al cual amor pone obstáculos la envidia y la venganza de una mujer. El plan está bien concebido, y la acción se va desarrollando con interés y movimiento dramático, las descripciones con que ameniza el relato, los diálogos y la estructura de los versos dan más encanto á la leyenda por lo que le dieron el título de *poeta indiano*. Luce también mucha entonación y armonía en las poesías patrióticas, donde canta á algunos héroes de la independencia; en los romances sabe excitar el interés y en las fábulas y epigramas se muestra ingenioso, delicado y sobre todo moral. Todavía es más digno de estudio y elogio en sus últimas composiciones poéticas, notables por la pureza y corrección de las formas, por la alteza de los conceptos y ternura de sentimientos. Su *Canto á María* y algunos otros llenos de ternura y piedad son otras tantas notas que recrean en la lira ecuatoriana.

También ha cultivado el señor Mera la prosa con provecho de la literatura patria, de él tenemos *Ojeada crítico-historica sobre la poesía del*

Ecuador, donde además de las curiosas noticias que da sobre la literatura de esas regiones, juzga con buen criterio las producciones de sus poetas, y expone sus propias opiniones y doctrinas con talento y lucidez. La parte que más flaquea es la en que trata de la civilización india, anterior á la conquista, que él supone floreciente, pero en realidad tan decaída y degradada cuando llegaron los españoles, que los pocos restos encontrados habrían seguramente desaparecido del todo según era la corrupción que cundía entre los salvajes. Es autor asimismo de varias obras en el género novelesco. La novela *Entre dos tías y un tío* es la pintura real del amor entre dos jóvenes, que tiene un fin trágico por culpa de los personajes que dan nombre á la novela. *Cumandá*, otra novela suya, mezcla de real y poético, es una serie de aventuras extraordinarias y romancescas tan bien urdidas, que tiene visos de un suceso histórico del siglo pasado. Pero es aún más admirable el modo como describe la exuberante naturaleza de aquellos países y la elocuencia con que habla al entendimiento y al corazón ilustrando y conmoviendo á la vez.

Aunque no es ecuatoriano don Belisario Peña, sino colombiano avecindado hace muchos años en el Ecuador, hacemos mención de sus poesías dignas de alto aprecio por la elevación de sentimientos y sobriedad de lenguaje en que imita á nuestro lírico Fray Luis de León.

Podríamos recordar algunos escritores ecuatorianos como don Pablo Herrera, autor del *Ensayo sobre la historia de la literatura ecuatoriana*; don Antonio Flores, actual presidente de la República, autor también de un resumen de *Historia antigua*, de algunas novelitas y varios versos, y otros más modernos que siguen cultivando las ciencias y las letras, pero no siéndonos conocidas todas sus producciones nos abstenemos por ahora de dar sobre ellas nuestro juicio.

PERÚ

Nada tienen que envidiar los hijos del Perú á las otras Repúblicas en lo que toca á las buenas dotes del entendimiento y del corazón.

La sabia Providencia que tan liberalmente ha derramado sus beneficios sobre el Nuevo Mundo, dispuso que entre todas las ciudades de América, la capital del antiguo virreinato del Perú fuese honrada en la época colonial con la santidad heroica de uno de sus obispos, y con la de una virgen nacida en la misma ciudad y escogióla además para que fuese ilustrada con la aureola de la ciencia, de que dieron testimonio los muchos sabios de la Universidad de San Marcos, émula insigne de las de Alcalá y Salamanca.

El nombre del Perú voló por todas partes en alas de la fama de tantos escritores como salieron de sus aulas, y de los que se formaron en los claustros de las órdenes religiosas. Muchos de estos nombres ilustres son frutos naturales y legítimos del suelo peruano, cuya lista sería interminable si quisiésemos numerarlos todos especialmente en los siglos XVI y XVII en que tanto florecieron los estudios. Pero no pasaremos en silencio en el siglo XVIII aquel portento de sabiduría don Pedro Peralta (1663-1743), autor del poema *Conquista del Perú ó Lima fundada*, historiador, naturalista, matemático, jurisconsulto y linguista eminente, que al conocimiento de ocho

diomas añadía el saber hablar y componer con elegancia en todos ellos. ·u fama llegó también á Europa.

Al morir este mismo siglo dió algunos destellos la literatura cristiana en ·l limeño don Pablo Olavide, cuyo claro talento estuvo algunos años ›fuscado por sus simpatías con los flamantes filósofos de su tiempo.)esencantado al fin de la filosofía volteriana con motivo de una injusta ›risión que le hicieron sufrir los revolucionarios franceses, reparó sus ·xtravíos con algunas obras en prosa y verso y con una muerte edificante ·l año de 1804. El *Evangelio en triunfo* escrito con el fin de combatir la ncredulidad es una de las obras que obtuvieron más popularidad en España y América, si bien es verdad que mirada á la luz de la crítica es nás bien un testimonio de su arrepentimiento y de sus creencias, que un ibro de sólida doctrina filosófica y teológica, cuyos escasos conocimientos ·l mismo deplora. Su devoción le movió también á hacer una traduc-ión de los *Salmos* y otros cánticos sagrados, donde brilla como versi-icador abundante y fluido, más no como poeta, y las mismas cualidades ·esaltan en los *Poemas cristianos* que se publicaron después de su nuerte.

La poca tranquilidad de que gozaron los espíritus en el primer tercio lel siglo á causa de la guerra de la Independencia, y las convulsiones ·onsiguientes en una sociedad que empezaba á organizarse, han malo-grado muchos talentos que habrían sido gloria del presente siglo, como lo ıabían sido en los anteriores.

A despecho por decirlo así de estas contrariedades han levantado el ıombre del Perú, fuera de un gran número de publicistas de nota, muchos ıombres eminentes en ciencias físicas y naturales, á cuya cabeza puede y debe colocarse don José H. Unanue, nacido en Arica en 1758. Su gran capacidad, como lo muestran sus escritos, abarcó casi todos los ramos del saber; fué matemático, estadista, médico, lingüista, orador, literato y ıaturalista, y en su honor dieron á una planta el nombre de *Unanea febrífuga*. Le han seguido otros singulares talentos, como el limeño don José Gregorio Pandes y los dos hermanos don Mariano Rivero y Francisco, nacidos en Arequipa á fines del siglo pasado. Distinguióse el primero como astrónomo y matemático de que dan muestra algunas obras, espe-·ialmente los *Almanaques* y el *Tratado de matemáticas*, lo cual no le ımpidió el conocimiento de la lengua griega y latina y algunas modernas, y mostrarse hombre ilustrado y de buen gusto. Don Mariano Rivero ıdemás del honor de pertenecer á las principales sociedades científicas de Europa, tiene el mérito de haber descubierto varias sustancias como la *Humboltina* y la *Gai-Lucita*, que dedicó á los sabios naturalistas Humboldt y Gay-Lussac; de haber escrito *Memorias* interesantes en que ha consig-nado sus muchas observaciones astronómicas y meteorológicas y el resultado de los análisis de las aguas minerales y de otras sustancias hechas en Europa y América. Su hermano don Francisco, dedicado también á las ciencias físicas y matemáticas, le ayudó en la publicación de *Antigüedades peruanas*.

En otra clase de trabajos que han influido más en el bienestar y progreso de la República se ha distinguido el doctor don Bartolomé Herrero, nacido en Lima 1808-1864 y muerto en Arequipa de donde fué obispo. Adalid impertérrito de la causa católica la ha defendido con la palabra, la obra y el buen ejemplo en los elevados puestos en que la

patria y la religión han necesitado de su concurso, y nos ha dejado escritos notabilísimos sobre política, religión y jurisprudencia.

Constraste singular hace con el precedente don Francisco González Vigil, de Tacna, su ciudad natal en 1792.

Hombre de talento y laborioso, y director muchos años de la Biblioteca nacional, ha dado á la estampa multitud de obras sobre materias religiosas, políticas y sociales, en las que domina el espíritu liberal, y muchas de ellas son otros tantos ataques manifiestos á la Iglesia católica, con que la pagó la honra de haberle elevado á la dignidad de Sacerdote.

En el ramo de las bellas letras donde los peruanos dan frecuentemente pruebas de imaginación y buen gusto, se hace mención en el primer tercio del siglo del estadista limeño don José María Pando, autor de varias poesías, algunas de ellas dedicadas á Bolívar y á Meléndez Valdés; del arequipeño don Mariano Melgar, llamado el « Anacreonte peruano » por sus poesías populares y traductor de los *Remedios del amor* de Ovidio, y del festivo José Joaquín Larriva.

Hacia la mitad del siglo fué muy aplaudido en la escena el nombre de don Manuel A. Segura, nacido en Lima el año de 1805.

Es muy semejante á Bretón de los Herreros si no en la fecundidad de piezas cómicas, á lo menos en la gracia y sencillez de los argumentos. También don Felipe Pardo Aliaga, nacido en la misma ciudad el año siguiente y muerto el año de 1865, hizo representar algunas comedias de costumbres entre las cuales *Frutos de la educación* y *Una huérfana en Chorrillos* fueron á la vez aplaudidas y censuradas según los diversos efectos que en los espectadores hizo la verdad que en ellas se encerraba. Sin embargo no fué éste su género predilecto. Dotado de agudo ingenio y viendo por otra parte cuánto se multiplicaban las ridiculeces y vicios en todas las clases de la sociedad, se armó de la sátira para censurarlos, por lo que sus composiciones suelen dividirse en sátiras, políticas y de costumbres. Aunque no siempre brilla la oportunidad en las primeras, todos reconocen que escribía con buena intención, y tanto en unas como en otras su musa no destila hiel de desprecio, ni en su crítica aparece la amargura del que no cree ni espera; lo que salta de sus versos es la burla alegre y retozona de un corazón benévolo, que desea lo bueno y se ensaña contra lo malo. Pero no todo han sido versos; por su elevada inteligencia y capacidad para los negocios ha desempeñado los primeros puestos públicos, y se ha ejercitado como sabio y hombre estadista en dilucidar gravísimas cuestiones de política y derecho basando su doctrina en los principios del cristianismo. Su estilo en prosa es modelo de corrección, de elegancia y buen gusto y en sus versos está reproducida la frase pura, graciosa y castiza que en su juventud aprendió en la tierra de Castilla donde recibió la educación. Diremos con Zorobabel Rodríguez : « don Felipe Pardo es una de las figuras más simpáticas en la historia política y literaria de América, y sin disputa el primero entre todos los poetas que han cantado á la luz del Sol de los Incas y que duermen ya el sueño de la tumba arrullados por las ondas del Rimac ».

Justo es recordar en seguida á su hermano don José, nacido asimismo en Lima el año de 1820, autor de varias composiciones poéticas, entre las cuales la dedicada á la *Independencia de América* fué premiada en un certamen público en Santiago de Chile.

Aunque armoniosos é inspirados muchos de los poetas peruanos que han escrito después de don Felipe Pardo, pocos ó ninguno se le acercan en la sobriedad de estilo, corrección y pureza de lenguaje. Merecen no obstante un puesto entre los modernos don Numa Pompilio Llona, nacido en Guayaquil (1832), pero educado en Colombia y Perú, autor de algunas poesías sobre asuntos religiosos como la *Resurrección* y filosóficos como *Noche de dolor*, y el descriptivo y ameno don Pedro Paz Soldán (Juan de Arona), nacido en Lima el año de 1839. A su lado pueden figurar como líricos los señores Salaverri, Márquez, Molina y otros muchos dotados de singulares dotes para la poesía; pero faltos en general de un fin práctico, filosófico y útil que los caracterice, aun cuando éste aparezca en algunas producciones.

En este número debe contarse el limeño don Clemente Althaus (1835), autor de un grueso volumen de poesías relativas á diversos asuntos. La musa que le inspira es ciertamente cristiana, y hay composiciones merecedoras de encomio por la elevación de algunos pensamientos, sencillez y verdad. Fáltanle á veces las buenas formas, y algo de soltura y espontaneidad.

Superior en dotes poéticas á los que acabamos de nombrar nos parece don Manuel Corpancho, nacido en Lima el año de 1830. Resaltan estas en la colección que dió á luz con el título de *Brisas del mar* y más tarde *Ensayos poéticos*, pero muy especialmente en el *Ensayo épico* en alabanza de Magallanes publicado en Lima el año de 1853. Consta de tres cantos y una corona poética; expone en el primero las causas que le mueven á ofrecer á Castilla su proyecto de atravesar por mar las nuevas regiones descubiertas, y cómo es acogido por el sabio cardenal Cisneros, y en el segundo describe los aprestos, y las dificultades que tiene que vencer, hasta que consigue llegar al mar Pacífico, y en el tercero pinta á Magallanes y sus compañeros tomando posesión de las islas y plantando la insignia de la cruz; pero cuando pensaba gozar de sus nobles trabajos, los indígenas se rebelan y muere defendiéndose.

La idea cristiana que dominaba al descubridor es la que ha inspirado también á su cantor, y guiádole hasta su término. Fuera de algunos versos duros y otros defectuosos, en todas las octavas, se ve entonación robusta y sostenida, ni decae el entusiasmo del poeta por su héroe, ora nos le describa, ora nos le muestre hablando ó peleando; las descripciones con todo su cortejo de imágenes y semejanzas están en su verdadero punto y la estructura de los versos es armoniosa.

Posteriormente ha publicado otras composiciones líricas como la titulada *Pensamientos en una noche tempestuosa*, *A mi María*, en las cuales predomina mucho el sentimiento religioso.

Por el número de escritores dramáticos y abundancia de piezas bien escritas, se nota que este género es más cultivado y con mejor éxito en el Perú que en las demás repúblicas sud-americanas. Al señor Corpancho autor de *El templario* y *El poeta cruzado*, dramas elogiados dentro y fuera de Lima, pueden añadirse los señores Paz Soldán, Althaus y otros que están dando á la escena producciones cómicas y dramáticas.

En los géneros lírico y dramático, sobre todo en el novelesco, muestra actualmente su gran fecundidad de escritor el limeño don Ricardo Palma (1832). Las leyendas y poesías de su juventud tienen ese tinte irónico y escéptico que tomó de la lectura de Espronceda y los maestros

de éste, según aparece en *Flor de los cielos, Pandemonium* y otras, frutos más bien de una imaginación exaltada y de un corazón mal dirigido, que expresión de la belleza. Más acertado estuvo en la traducción en verso de la *Conciència* de Víctor Hugo.

En las poesías que después ha publicado con el nombre de *Armonías* y *Psiquiatrías*, aunque regular y moderado en algunas y hasta elegante en la forma, todavía se resienten no pocas de ese espíritu liberal é irrespetuoso que se mezcló en sus primeras producciones. Mucho más son sus escritos en prosa, como los *Anales de la inquisición de Lima*, *Tradiciones*, últimas tradiciones donde fantasea por medio de cuentos, leyendas y cuadros de costumbres la época colonial desde Francisco Pizarro hasta los tiempos modernos. Como es asombrosa su facilidad de invención, así lo es en muchas páginas la libertad y la poca reverencia á la verdad. Todo está mezclado en esta clase de escritos, según confesión del mismo, lo verdadero y lo falso, lo devoto y lo profano, lo cómico y lo trágico, lo alegre y lo triste, y contado con cierto espíritu satírico y burlón de la sociedad, ó más bien del espíritu de piedad y religión que entonces dominaba, con cuya pintura da ocasión á que muchos califiquen á bulto de fanáticos y retrógados los tiempos que no son como los presentes.

BOLIVIA

Encerrada esta república en el corazón de la América del sud y con pocas relaciones con los demás Estados, no por eso escasean en ellos los buenos talentos; lo que sí es de lamentar que á causa de las continuas disensiones y cambios de gobierno, quedan soterrados en el olvido los ingenios, ó mal pulimentados, no se les estima debidamente.

Y comenzando por la poesía que tan rica y fecunda se ostenta en todas estas regiones, no lo es menos en Bolivia á pesar de que sus poetas no han tenido á la mano tantos elementos para su formación y cultivo. La musa boliviana se mostró entusiasta en los versos de don José Manuel Loza (1799-1862), llamado « el literato boliviano », cuyo patriotismo le hizo cantar en los primeros días de la patria; algún tanto afectuosa en lo que escribió José María Calvimontes; llena de conceptos y mal ordenada en Rodríguez Magariños, Salas Mariano y otros de aquella primera época. Después ha dado muestras de inspiración en muchas producciones de poetas posteriores como don Mariano Ramallo, el satírico don Félix Reyes Ortiz, el popular señor Rosquellas, y sobre todo el festivo don Luis Zalles, autor de letrillas graciosas. Justo es hacer mención de don Benjamín Lenz, poeta lírico y dramático de no escaso mérito, y del malogrado José Tovar, cuyas poesías tienen cierto tinte de suave melancolía, y asimismo los de la ciega María Josefa Mujía. Actualmente hacen sonar de vez en cuando la lira Delgadillo, Valda, Barrios y muchos más. También se han ensayado los bolivianos en la leyenda, si bien con poca originalidad, entre los cuales mencionaremos á Daniel Calvo, autor de *Ana Dorset*, y á Benjamín Blanco de la *Venganza de una mujer*.

En la poesía boliviana domina demasiado el sentimentalismo, cuyas causas principales, á nuestro modo de ver, han sido el romanticismo y el estado de los espíritus en aquella agitada república. Seducidos los primeros poetas por esa escuela gemebunda y quejumbrosa de hace

medio siglo, prorrumpieron ellos también en ayes de dolor, á que los males de la patria y los desastres de tantas familias que suelen entristecer y abatir los espíritus, han dado desgraciadamente motivo asaz justificado. Uno de los que más rienda suelta dieron á esos sentimientos de lúgubre melancolía fué, como se sabe, Nestor Galindo (1830-1865), autor de las *Lágrimas* y de otras muchas poesías que después ha publicado, en las cuales se advierte que nunca es más poeta que cuando es menos imitador. No hay que confundir, sin embargo, esta melancolía producida por decirlo así, violentamente, con la natural causada en el corazón humano ante el sublime y majestuoso espectáculo de la naturaleza, y el innato deseo de una felicidad sin término. De esta sensación de melancolía es natural intérprete la poesía y música del indígena boliviano, llamado el « cholo », y lo son también algunas composiciones de los anteriormente nombrados.

Debido también á lo muy encariñados que estuvieron los primeros poetas de Bolivia con Lamartine, Víctor Hugo, Espronceda y demás románticos, se echan de menos en sus hermosas obras de grande aliento, que reflejen las costumbres del pueblo boliviano, que pinten aquella naturaleza majestuosa y espléndida, que lleven, en fin, estampada en el fondo y en la forma la fisonomía del poeta hispano-americano, no del extranjero. Pueden servirles de emulación muchas de Colombia, del Uruguay y aun de la Argentina, en lo que tienen éstas de nacionales, en cuyos versos parécenos percibir el aroma de las flores de sus campos, ó escuchar las misteriosas armonías de sus bosques. Á veces nos pone á la vista al indio salvaje esquivo, ó amenazador, ó nos retratan al gaucho de la pampa á la sombra del ombú, pero con tanta viveza y fidelidad que nos formamos idea del carácter y vida de un pueblo. Esta originalidad se echa asimismo de menos en las de los chilenos, y no es decir que á éstos y á los bolivianos les escasee el ingenio, chispa y gracia: tienen todo esto y en abundancia, como cualquiera de los pueblos hispano-americanos. Fáltales la meditación de la naturaleza, y el estudio paciente de la forma.

—Uno de los ciudadanos en quien más aprovechado se ha visto el talento es don Ricardo José Bustamante, nacido en la Paz el año de 1821. Su traducción de la obra de Alcides D'Orbigny sobre los territorios bolivianos de Caupolicán y Mojos, y algunas de sus armoniosas poesías que exhalan el saludable perfume cristiano le acreditan benemérito de Bolivia y su literatura.

En el género histórico, no muy cultivado en Bolivia, quizá por el estado de zozobra y agitación de los ánimos, pueden citarse los *Apuntes de Historia* de Manuel Urcullu donde relata sumariamente los acontecimientos de la revolución contra la metrópoli; la *Guerra de los quince años* de Muñoz Cabrera, trabajo más serio y mejor eslabonado, y la *Historia de Bolivia* de don Manuel José Cortés (1811-1865) que abarca la época de la guerra de la independencia y todos los demás sucesos hasta el año de 1857 en que cayó del poder el general Córdoba, y subió el doctor Linares. Han cultivado después la historia los señores Oniste, Gutiérrez Rosendo, Guzmán Luis M. Sanjinez y otros.

Las novelas que se han dado á luz no pasan de tentativas en el género, y aunque no exentas de interés en algunos pasajes, ninguna de ellas puede llamarse propiamente tal.

En el mismo estado se halla el género dramático, para cuyo cultivo y progreso es menester una sociedad que tenga tradiciones, que esté regularizada con hábitos de vida política y civil á fin de que puedan representarse en la escena, y además centros de población que estimulen con su asistencia á los poetas. Las frecuentes convulsiones con que el espíritu revolucionario ha estado perturbando al religioso pueblo de Bolivia son la rémora del arte, que florecería en Bolivia como en cualquiera república de América.

Pero si Bolivia no ha descollado tanto como sus hermanas en los géneros arriba mencionados, en cambio han salido de entre las borrascas que excitan las pasiones de la política, oradores eminentes, que llamaremos de primera fuerza, porque la tenían para contener sentimientos que se desbordaban con impetuosa furia, y conducirlos por el cauce de sus deseos. Ojalá que como algunos usaron bien de este don del cielo, todos lo hubiesen aprovechado en beneficio de la humanidad y de la patria.

Sin que sea nuestro ánimo hacer alusión á nadie, y omitiendo los nombres de muchos, sólo diremos que se manifestó la elocuencia boliviana audaz y arrebatadora en don Casimiro Olañeta (1706-1860), más sólida y grave en don Rafael Bustillo (1812-1873) y brillante en don Luis Mendoza de la Tapia 1811-1872), en quien se reunieron el ardor del tribuno y los conocimientos del publicista. Todas las dotes de éstos adornan á don Mariano Baptista, llamado por todos indistintamente el « príncipe de la tribuna boliviana ». Poco ó ningún atractivo tienen su fisonomía y su porte exterior, pero su palabra blanda al principio, insinuante y amistosa va tomando fuerza á medida que se va entrando en materia. Si se abre discusión, entonces tiene más recursos su elocuencia y consigue mayores triunfos, por eso los discursos suyos muy meditados, aunque tienen más solidez y orden, carecen de ese colorido que da el fuego de la improvisación. A la altura de Baptista han estado el poeta Daniel Calvo, si bien más académico en la forma que Baptista, Adolfo Ballivian, no menos correcto y elegante en el decir. y otros muchos que con razón han excitado el interés público.

XI

REPÚBLICA ARGENTINA

En el período colonial, se reducen las manifestaciones literarias á algunas crónicas y relaciones del descubrimiento y de la conquista del Río de la Plata, algunas de ellas tan importantes como la del bávaro Ulrico Schmidel, que en 1534 formó parte de la expedición de D. Pedro de Mendoza, en que iban 150 alemanes y flamencos; y los *Comentarios* del heroico adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca, impresos en 1555.

La primera producción literaria que leemos en la historia haber tomado el nombre de *La Argentina*, es un ensayo épico en que celebró la expedición del adelantado Juan Ortíz de Zárate, don Martín del Barco de Centenera, que venía en calidad de capellán. Ó hablando con más propiedad una crónica en verso ,donde relata más como historiador que como poeta, los acontecimientos de que él mismo fué casi siempre testigo ocular, desde que se hicieron á la vela el 1572 en el puerto de Sanlúcar. Está amenizada con muchos y variados sucesos, con la descripción de estas nuevas regiones, sus grandes ríos, animales y peces que los pueblan. Aunque no faltan pinturas animadas, como la del hambre y peste en la isla de Santa Catalina, y ciertos episodios y descripciones que le acreditan de poeta, muchas de las maravillas que narra con sobrada sencillez y candor hacen dudar de su buen criterio, como cuando nos habla del pescado semejante al hombre, de la bella Sirena y de un pez que requebraba á una mujer :

> El pece con sus ojos la miraba
> Y al parecer gemidos arrojaba.

El mismo título de *La Argentina* dió Rui Díaz de Guzmán á una obra histórica, que en tiempo del P. Lozano de la Compañía de Jesús, historiador también de estas provincias, corría manuscrita.

También por entonces (1591) apareció impresa la que podríamos llamar la primera novela argentina. Bernardo de la Vega, tal vez el canónigo tucumano de ese nombre, escribióla con el título de *El Pastor de Iberia* y dividióla en cuatro libros, en prosa y verso; novela pastoril que formaba parte de la librería de Don Quijote y que Cervantes condenó al fuego. El autor parece haber intercalado en ella (dice Menéndez y Pelayo), alguna parte de sus aventuras, pintándose en la persona del protagonista Filardo, que, preso en su aldea de Andalucía, logra evadirse con el favor de sus

amigos de Sevilla, y va á parar á Canarias, donde nuevamente le prenden y nuevamente recobra la libertad. Sin mérito verdadero, la tal pseudo-novela es insulsa, pesada, y escrita con un estilo por demás incorrecto.

Los primeros ensayos de la Poesía lírica, parece que se deben á Luis Pardo, otro andaluz, de quien está escrito en el *Laurel de Apolo* :

> Aquí Luis Pardo estuvo,
> Ingenio felicísimo, si diera
> Mas á la pluma y menos á la espada.

Por esta época, la instrucción pública corrió casi exclusivamente á cargo de los jesuitas. En 1586 penetraron en la gobernación de Tucumán, extendiéndose desde allí por el Paraguay, cuyo nombre tomó la célebre provincia jesuítica fundada en 1606, llegando en 1614 á diez y nueve los colegios, residencias y misiones, y á ciento veintidós el número de Padres. Once años adelante, la acción de los misioneros se extendía al Paraná y al Uruguay, y en 1650 recibía su organización definitiva aquel pacífico imperio colonial, el más extraordinario de que la historia conserva recuerdo.

Los primeros conatos de Universidad datan de 1613, en que el Obispo Dr. Fr. Fernando de Trejo y Sanabria, de acuerdo con el Provincial P. Torres, destinó gran parte de sus rentas á la fundación de un Colegio en que los Padres de la Compañía de Jesús *leyesen artes y teología*. Ocho años después (1622) estos estudios fueron elevados, por Breve de Gregorio XV y Real cédula de Felipe III, á la categoría de Universidad, con facultad de conferir grados académicos.

También se debe á los jesuitas la introducción de la imprenta, así en las misiones del Paraguay como en la ciudad de Córdoba del Tucumán; y lo más prodigioso fué que ni los tipos ni las planchas de que se sirvieron para las láminas que en grandísimo número adornaron el primer libro, publicado en 1705, fueron trasladados de Europa, sino fundidos los primeros y grabadas las segundas en el breve plazo de tres años por los indios de las misiones, habilísimos artífices en todo género de imitación.

El tiránico decreto de 1767 ordenando la expulsión de los jesuitas, produjo en las gobernaciones del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán, todavía mayor trastorno que en lo restante de América. En otras partes, como dice Gutiérrez, existían diversos elementos de cultura, pero en las provincias argentinas no había más educadores que los jesuitas : á más de doscientos subían los profesores y predicadores, filólogos é historiadores de la orden. Los jesuitas Techo, Xarque, Lozano, Guevara y otros, eran los únicos que habían hecho la historia civil y religiosa del país; si existían mapas especiales del territorio, á ellos se debían, é imperfectos y todo, eran los únicos que habían servido de base para el arreglo de límites con los portugueses en 1750. El poema *La Religión en el Nuevo Mundo* y otras varias composiciones en verso de esta época, pertenecen al P. Peramás; dejando también, los Padres, valiosísimos trabajos en la clasificación de la flora y de la fauna del país, en las ciencias exactas y astronómicas y en toda clase de monumentos artísticos.

Al virrey Vértiz se debe la inauguración del primer teatro, ó *Casa pública de comedias*, en Buenos Aires, y la traslación de la imprenta de Córdoba. Los *Principios de la ciencia económico-política* (traducción del francés por

el luego famoso general D. Manuel Belgrano), fué la obra más importante que se imprimió por entonces.

Labardén, Casamayor y Prego de Oliver formaban parte de una *Sociedad Patriótico-literaria*, y editaron el más antiguo de los periódicos de Buenos Aires, titulado *Telégrafo Mercantil, Rural, Político, Económico é Historiógrafo del Río de la Plata*, que comenzó á salir en 1801 bajo la dirección de D. Francisco Antonio Cabello y Mesa. Era bisemanal y duró hasta Septiembre de 1802. Del estilo que gastaba el director (que se firmaba *El Filósofo indiferente*) júzguese por algunos rasgos tomados del prospecto : « Volverán los alegres días de Saturno.... Adelantemos en las ciencias, las artes y aquel espíritu filosófico que analiza al hombre, le inflama y saca de su soporación.... Fúndense ya nuevas escuelas, donde para siempre cesen aquellas voces bárbaras del escolasticismo.... Empiece á sentirse ya en las provincias argentinas aquella gran metamórfosis que á las de México y Lima elevó á par de las cultas de la iluminada Europa.... Empiece mi pluma, en fin, á imponer á los lectores de todos los objetos, progresos y nuevos descubrimientos de la Historia, la antigüedad, las producciones naturales, las artes, las ciencias y la literatura de este país ameno, virgen, rico y venturoso... Ayudadme á escribir, oh sabios argentinos... Ayudadme á escribir para esta obra ; y para acertar á hacerla dignamente, á Mercurio imploremos nos dé su ciencia. »

ÉPOCA DE 1810 Á 1830

Por los años de 1807 con ocasión de la gloriosa defensa y reconquista de Buenos Aires del ejército inglés inflamóse la musa argentina, y cantó las proezas de sus heroicos defensores. Bien merecían ser alabados los que con sus riquezas y su sangre devolvían á España el brillo y el honor casi perdidos por la indolencia y torpeza de los gobernantes de aquella época.

Entre los literatos que celebraron estas memorables jornadas, sin contar los sencillos y populares romances de Rivarola, debemos hacer mención de los porteños don Vicente López y Planes y don Juan Ramón Rojas, nacidos el año de 1784. El primero tomó parte activa en la guerra contra los extranjeros y cantó sus triunfos en armoniosas estrofas; después ha ocupado los primeros puestos en la República, lo que le ha dado ocasión para influir en su organización, así como en los estudios clásicos que en aquellos años se iniciaron en la nueva Universidad de Buenos Aires. Es autor del *Himno nacional argentino* y falleció el año de 1856. Su oda *A la Batalla de Maipo* caracteriza perfectamente, con sus suposiciones y procedimientos clasicistas, la escuela á que pertenece. El *Triunfo Argentino*, se puede decir que fué la primera encarnación poética del alma argentina, con sus aspiraciones de grandeza y libertad, pues, aunque cantando la gloria de las armas españolas, hace que siempre se destaque pujante y hermosa la gloria de la nueva Patria, que surge y se vislumbra entre los laureles arrancados de las manos de los ingleses.

El segundo se halló también en la defensa de Buenos Aires, á juzgar por una poesía suya descriptiva de la bendición de tres banderas en la catedral, donde dice que juraron dar las vidas por conservar tan rico depósito. Se encontró después en los dos sitios de Montevideo (1812 y

1816, y además de una canción relativa al primer asedio, compuso otras en que celebra y ensalza el valor de los guerreros argentinos. Entre éstas sobresale la de Chacabuco en que tomó parte activa y cuenta pormenores de la acción con más naturalidad y sencillez que artificio retórico. Él mismo dijo de sí: « Mis odas siguen el impulso de mi carrera; soy soldado ». Murió en el naufragio del paquete *Mosca* en 1824.

En los albores de la patria y en esa atmósfera de entusiasmo febril que la guerra comunica á los corazones no es extraño que estos dos objetos fuesen entonces los predilectos de los poetas, no dando su lira casi otros sonidos que los que estaban acordes con el espíritu belicoso de los pueblos. Así don Esteban Luca (1786-1824), militar y poeta porteño, esgrimió la espada y encendió los ánimos de sus compañeros con cantos entusiastas, como el dedicado á la libertad de Lima, á la batalla de Chacabuco, á lord Cochrane, mereciendo á la vez un recuerdo la égloga de casi quinientos versos que salió á luz en el primer número de la *Abeja*, cuyo título es *Al pueblo de Buenos Aires*, en que le exhorta al trabajo del campo. Del mismo modo don Juan Crisóstomo Lafinur, nacido en San Luis (1797-1824), pasó en su corta vida por todas las vicisitudes de soldado y periodista fogoso, dejando en sus escritos las huellas de su espíritu inquieto, polemista é innovador. Su *Canto fúnebre* á la muerte del general Belgrano, y algunas composiciones á diversos asuntos son de bastante mérito, pues no era un talento vulgar.

A su lado batalló con la pluma el mendocino don Juan Godoy (1794-1864), cuyos artículos publicaron los periódicos de aquella época; y algunas poesías que aún se leen con agrado, como *La palma del desierto*, nos dicen que estaba dotado del celeste numen. También el santafecino Bernardo Vera y Pintado (1780-1827), movido de belicoso ardor, compuso la *Canción nacional de Chile*, pero quebrantando en casi todas sus estrofas las reglas del arte que para ellos eran entonces cosa baladí con tal de expresar el entusiasmo patrio.

A todos estos aventajó como literato y hombre de gusto don Juan Cruz Varela, nacido en Buenos Aires y educado en Córdoba, donde recibió el grado de doctor (1794-1839). Siguió el movimiento político y literario que la revolución dió á la República, hasta que el partido político contrario le obligó en 1828 á emigrar á Montevideo, donde murió desterrado el año de 1839. En los diarios que fundó y redactó en una y otra República, dió muestras de su mucha erudición, así como de sus ideas liberales, y en las traducciones de algunas odas de Horacio y parte de la Eneida se advierte cierta cultura y sobriedad en la forma muy en armonía con el estilo de los clásicos. De sus poesías originales la mejor es *El triunfo de Ituzaingo*, oda compuesta con entusiasmo patriótico y ardor bélico, aunque no sostenido en algunos pasajes; es sin embargo una de las mejores imitaciones que se han hecho de la magnífica de Olmedo á Junín. Es autor asimismo de dos tragedias, *Dido* y *Argia*, en que procuró amoldarse á los preceptos de los clásicos, cual se entendían en aquella época.

Bajo el título de *Lira argentina* tuvo don Ramón Díaz, ilustre abogado argentino, la buena idea de publicar todas las poesías patrióticas que se habían compuesto desde el año 1810 hasta el de 1824, como se ejecutó en París bajo su dirección, y es la primera compilación hispano-americana.

Así juzga el doctor don Juan María Gutiérrez á algunos de los poetas de este período : « López es solemne y majestuoso, su musa está siempre armada del telescopio de Galileo, y penetra con él en las constelaciones, cuyos nombres griegos son tan armoniosos como su lira. Rodríguez (Fray Cayetano), bondadoso, sencillo, imprime á los versos su propio carácter, y rima con poco arte, pero con tanta naturalidad que disimula su prosaísmo. Rojas canta al son de la trompeta; sus estrofas embisten como jinetes armados, y es el guerrillero valeroso, el soldado de nuestro parnaso. Lafinur impetuoso y desordenado sorprende con sus arranques imprevistos, incorrectos, pero estampados en acero por la garra de un águila. Varela vuela siempre apoyando sus alas en el arte de sus queridos latinos, y deja traslucir al literato por vocación que cuenta con el aplauso de los entendidos y de gusto educado. »

En esta primera época de la poesía argentina los poetas se modelaban por los latinos, especialmente Virgilio y Ovidio, y alguna vez imitaron á Horacio como los Varelas. Sirviéndoles también los poetas españoles de la escuela seudoclásica de fines del siglo pasado y principios del presente como Valdés, Quintana y otros, pero después variaron de dirección como veremos adelante.

Pero no todos los hombres ilustrados de esta época eran poetas y diaristas, los había también eminentes en jurisprudencia, en política, en historia, en matemáticas y en industria, sin contar la teología, que siempre será la madre de las ciencias y en la que algunos ingenios argentinos rayaron muy alto.

Y aquí es justo hacer mención de don Manuel José Labardén, uno de los abogados más distinguidos en Buenos Aires á principios del siglo, á cuya ilustración y consejo debió la ciudad muchas mejoras, tanto en el ramo industrial y económico, como en lo concerniente á los estudios del Colegio San Carlos. Como poeta cantó al majestuoso Paraná, primogénito ilustre de los ríos, como él le llama, cuya canción se publicó en la *Lira Argentina*, fustigó varios vicios y errores en sus *Sátiras* y compuso una tragedia titulada *Siripo*, que era muy aplaudida del pueblo cuando se ponía en escena.

La *Oda al Paraná* es un romance endecasílabo de singular mérito, en cuanto que no deja de ser una tentativa feliz de poesía descriptiva americana, y con pinceladas de color local, novísimas y desacostumbradas en la escuela á que el autor pertenecía. En medio del aparato mitológico propio del tiempo, aparece el dios del gran río argentino, coronado de juncos retorcidos y de silvestre camalote,

> En el carro de nácar refulgente,
> Tirado de caimanes recamados
> De verde y oro...

Se describe luego la gruta, decorada de perlas nevadas é ígneos topacios,

> En que tiene volcada la urna de oro
> De ondas de plata siempre rebosando.

El Paraguay y el Uruguay salen á su encuentro, conduciendo, para engancharlos á su carro, « los caballos del mar patagónico ». Y poseído Labardén de un entusiasmo muy sincero, saluda á aquel monarca de los

ríos del Sur con una especie de himno triunfal, que era al mismo tiempo anuncio ó presagio de la opulencia y felicidad que auguraba para su patria engrandecida por la industria y por las artes :

Baja con majestad, reconociendo
De sus playas los bosques y los antros;
Extiéndase anchuroso, y sus vertientes,
Dando socorro á los sedientos campos,
Den idea cabal de tu grandeza...
. . . . Tú las sales
Derrites, y tú elevas los extractos
De fecundos aceites...
Ya enjambre vistosísimo de naos
De incorruptible leño, que es don tuyo,
Con banderolas de colores varios
Aguardándote está....
Ven, sacro río, para dar impulso
Al inspirado ardor : bajo su amparo
Corran, como tus aguas, nuestros versos...

Si no es un modelo perfecto de originalidad y de inspiración, dice Menéndez y Pelayo, que había muy pocos versificadores en América capaces de competir con Labardén en los rasgos felices que tiene su canto.

Del argumento de *Siripo* bastará decir que Marangoré, jefe de la tribu vencida por Gabotto y por el capitán D. Nuño de Lara, tenía lleno el corazón de odio á la raza vencedora y de amor á Lucía, esposa del guerrero español Sebastián Hurtado, uno de los valientes del fuerte *Sancti-Spiritu.*

Despreciado por ella, va, fugitivo, á sublevar á los suyos para llevar la ruina y el exterminio al fuerte. Siripo, su hermano, le aconseja; arman la traición; cargados de víveres, en señal de amistad, son admitidos á pasar la noche en el fuerte; suena la hora de la lucha; pelean todos bravamente, y cae muerto Marangoré: Siripo acude con un refuerzo, lo invade todo, se apodera de un rico botín, roba á Lucía y vuelve á sus bosques.

Sebastián Hurtado al regresar de una expedición exploradora del río, en vez de acobardarse ante tan inesperada desgracia, se lanza resueltamente en busca de su esposa y á la venganza de tamaña afrenta inferida al nombre español en su ausencia. Desde entonces se entabla una lucha desigual entre Hurtado y Siripo, lucha llena de pasión, de angustias y zozobras, que concluye con la muerte de los dos esposos, ella quemada en una hoguera, y él bárbaramente asaeteado.

Pero en quien comienzan á brillar las luces de la toga argentina es en el doctor don Manuel Antonio Castro, hijo de la ilustre ciudad de Salta (1771-1832). Sus grandes talentos así como su mucha prudencia que siempre acompaña al hombre virtuoso, fueron aprovechados por las provincias que á competencia le elegían para que las representase en los congresos, y como Presidente de la Asamblea nacional ilustró su elevado puesto en las cuestiones que se ventilaron, descubriendo profundos conocimientos en la política y en jurisprudencia. La provincia de Córdoba de que fué Gobernador y su Universidad le son deudores de reformas provechosísimas, y varios periódicos de la época se honraban con sus artículos llenos de sabiduría y sensatez. Estas dos cualidades y además la de

un acendrado patriotismo resaltan en el opúsculo que por los años de 1820 dió á la luz pública con el título de *Desgracias de la patria*, etc. Pero el escrito que hace honor á sus dotes de jurisconsulto es el *Prontuario de práctica forense* que compuso para la Academia de jurisprudencia en Buenos Aires, de la cual fué fundador. Murió siendo Presidente de la Cámara de justicia.

Como jurisconsultos de la época de la emancipación pueden mencionarse el doctor don Mariano Moreno, nacido en Buenos Aires (1777-1811), hombre de gran capacidad para los negocios del Estado, y de instrucción vasta, quien con su famosa *Representación de los hacendados* preparó la revolución, y después como secretario de la Junta y redactor de la *Gaceta* la dió impulso y dirección; don Juan José Castelli, abogado hábil y entendido, que juntamente con el doctor don Juan José Passo figuró como orador entusiasta en los Congresos de 1816 y 1826. Pueden asimismo recordarse como estadistas y políticos de talento, aunque como los dos anteriores influidos por las ideas liberales y regalistas, Don Bernardino Rivadavia y don Manuel José García, nacidos en Buenos Aires en el último tercio del siglo pasado, y don Pedro Fernández, maestro del primero y de casi todos los hombres de letras que influyeron en la organización de la República. Entre los industriales debe contarse en primer lugar el porteño don Hipólito Vieytes (1760-1815), hombre laborioso y de ingenio, y redactor además de varios periódicos fundados para fomentar el comercio, la agricultura y la industria; así como entre los escritores más empeñados en reducir las teorías de la ciencia á la práctica en todos los ramos de la administración sobresale el doctor don Pedro José Agrelo, nacido en Buenos Aires (1776-1846). Redactó con este objeto varios periódicos, fué fiscal de la Cámara, primer catedrático de economía política en la Universidad de Buenos Aires, y dejó al decir de don Florencio Varela, « muchos volúmenes de *Memorias* acompañadas de documentos, que si no pueden llamarse un cuerpo de historia, son sin disputa, una preciosa colección de materiales para escribirla ». Fué escritor de ideas regalistas.

La tribuna sagrada no estuvo desprovista de hombres notabilísimos en el período que reseñamos. Don Julián Segundo Agüero y don Valentín Gómez, porteños, descollaron como oradores sagrados y parlamentarios. El primero siendo Cura rector del Sagrario, en 1817 pronunció la oración patriótica y el año siguiente la oración fúnebre del doctor don Juan N. Solá, después se engolfó en la política y perdió el espíritu sacerdotal. El segundo, doctor en ambos derechos civil y canónico, ministro plenipotenciario en Inglaterra, Francia y Brasil, se distinguió después en las constituyentes de 1826, apoyando las ideas de Rivadavia, fué nombrado Rector de la Universidad de Buenos Aires y murió en 1833.

Sobresalió asimismo como orador el arcediano de Salta, su ciudad natal, don Juan Ignacio Gorriti. En consideración á sus virtudes morales y políticas y por su aptitud para el gobierno, le escogieron los salteños para que les representase en las constituyentes, y para el honroso cargo de Gobernador de la Provincia hasta el año 1831, en que abandonó el puesto y se retiró á Bolivia.

Por el grande influjo que ejerció en el movimiento político, científico y literario de esta época justo es recordar el nombre del doctor don Gregorio Funes, Deán de Córdoba su patria (1749-1830). Su mucha erudi-

cion y saber testifican que había maestros ilustrados en el antiguo Virreinato de Buenos Aires, y él á su vez tuvo discípulos que le honraron y con su ciencia ilustraron también los altos puestos de la República. Estaba adornado de singulares dotes oratorias de que dan testimonio los discursos que entonces y después se han dado á luz; pero donde campeó más su buen criterio y celo cristiano fué en la defensa de los derechos de la Iglesia y de las órdenes religiosas, en cuyas cuestiones siempre tuvo á raya á sus adversarios con la lógica y peso de sus argumentos. Además de sus opúsculos y folletos la obra que le ha dado más crédito entre sus compatriotas y que quizás es la primera de este siglo en el género histórico es el *Ensayo de historia civil del Paraguay, Buenos Aires y Tucumán.* Sus escritos en general se resienten de regalismo, y de influencia de las doctrinas de la Revolución francesa, mas no ha traspasado los límites de la ortodoxia, ni empaña su buen nombre el rumor que el señor Sarmiento acogió en sus *Recuerdos.*

Digno es de honrosa mención el cordobés don Miguel Calixto del Corro, nacido el 1775. Sus sermones que corren impresos en dos tomos le acreditan de buen orador, cuya vida ejemplar y sana doctrina dieron más realce á su celo y á sus singulares dotes.

Podríamos añadir los nombres de otros muchos próceres dignos de figurar en la historia de las letras argentinas en su primera época, no sólo por sus especiales talentos, sino por su mucha ilustración, que unos y otros testificaron con sus escritos y discursos basados en sólidos principios de filosofía, y en la doctrina del derecho canónico y civil. Lo sensible es que la influencia de Rousseau y demás filósofos del siglo pasado hubiesen abierto brecha en muchos entendimientos, y desviádolos del camino recto que la Iglesia señala á los pueblos y á los individuos para conseguir la felicidad, cual se puede obtener en esta vida. Pero así y todo, hubo ingenios esclarecidos y la actividad de los espíritus en aquella época, por decirlo así de formación, hizo salir á la palestra á hombres de ideas encontradas, á defenderlas con tesón de una y otra parte en los congresos y en los periódicos de cada provincia, lo que prueba cuán avezados estaban á la lucha intelectual y cuán cierto es que la colonia tenía varones eminentes formados con estudios serios y bien ordenados.

Además de algunos de quienes ya hemos hecho mención, justo es no omitir otros que fueron gloria y prez de la Religión, de la patria y de las letras; tales fueron el sabio y observante dominico Fray Justo de Oro, después obispo de San Juan de Cuyo, su ciudad natal, admirado del clero regular y secular de Chile por sus vastos conocimientos en teología y derecho y ornamento del congreso reunido en Tucumán; Fray Cayetano Rodríguez, franciscano, reprensentante de Buenos Aires en la gran asamblea de 1816, poeta patriótico é inspirado y defensor acérrimo é incansable en el *Oficial del día*, y en otros muchos escritos, de los derechos de la Iglesia y comunidades religiosas contra los nuevos liberales, que proclamando libertad, se la negaban á los que no pensaban como ellos; el modesto sacerdote don Ignacio Castro Barros, riojano, en cuyos escritos nos dejó un retrato del celo religioso y patriótico que le había animado, y en su muerte acaecida en Chile el año de 1849 nos dió ejemplos de ese desprendimiento de las cosas que nos enseña la Religión de Jesucristo; el P. Francisco Castañeda, franciscano, fallecido el año de 1832, notable

por su celo en la educación de la juventud, pero más todavía por sus artículos satíricos, chispeantes de gracia é ingenio con los que rebatía y ridiculizaba las ideas volterianas y liberales. Escribió asimismo composiciones en verso en el mismo estilo y con el mismo objeto, don Estanislao Zabaleta deán de Buenos Aires, profesor muchos años de las facultades mayores y orador notable en los congresos de 1816 y 1826, y así podríamos ir citando otros que omitimos por no ser prolijos.

ÉPOCA DE 1830 Á 1880

En el segundo tercio del siglo comenzó á cambiar la faz de la República en lo político con el gobierno de don Manuel Rosas, cambio que ocasionó un eclipse en las regiones científicas y literarias, aun cuando no se pueda afirmar que hasta entonces habían brillado con luz enteramente pura. Muchos argentinos tuvieron que emigrar de su país, y los que quedaron no gozaban de esa tranquilidad y bienestar indispensables para las tareas del espíritu, que requieren además del reposo una razonable libertad.

Por estos mismos años el romanticismo francés en alas de sus primitivos poetas Lamartine, Víctor-Hugo, Musset y sus imitadores Espronceda, Zorrilla y otros, había volado hasta América, y en todas las regiones tenía fervorosos adictos, como los tenía asimismo en Europa; de manera que ni los que salieron de la Argentina á respirar aires más libres, ni los que en su casa aguardaban tiempos más favorables, se vieron exentos de la influencia de esta nueva escuela.

ESCRITORES EN VERSO

José Esteban Echeverría (1805-1851), además de ser poeta de todas suertes notable, ha merecido ser, por el carácter de sus poesías, el símbolo de la poesía argentina nacional y emancipada.

> Llegó por fin el memorable día
> En que la patria despertó á los sones
> De mágica armonía;
> En que todos sus himnos se juntaron
> Y súbito estallaron
> En la lira inmortal de Echeverría.
> Como surgiendo de silente abismo,
> El mundo americano
> Alborozado se escuchó á sí mismo:
> El Plata oyó su trueno,
> La pampa sus rumores,
> Y el vergel tucumano,
> Prestando oido á su agitado seno,
> Sobre el poeta derramó sus flores.
> . . . .
> Todo tiene un acento
> En su estrofa divina;
> Pues no hay soplo, latido, movimiento,
> Que no traiga á sus versos el aliento
> De la tierra argentina...

Así dice D. Rafael Obligado, el más argentino de los poetas que hoy viven, según frase acertadísima de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Con todo, Echeverría fué pensador antes que poeta. La poesía, para él, es obra de civilización. De carácter sencillo y sobrio; de rostro pálido; alto de cuerpo; recio, ensortijado y renegrido el cabello; fino en sus modales, abierto con sus amigos, y hombre de pocas palabras Echeverría, educado en Francia en los albores del romanticismo, y en aquella era de grandes reformas radicales y muchas veces utópicas, nutrió su poderosa inteligencia con la discusión de los grandes problemas sociales, y dejó que su corazon enfermo se agitase al impulso de las grandes pasiones que el romanticismo evocaba.

En 1830 regresó á Buenos Aires, y « Me encerré en mí mismo (dice), y de ahí nacieron infinitas producciones de las cuales no publiqué sino una mínima parte con el título de *Los Consuelos* ». Forman una de las colecciones más antiguas en castellano, de carácter romántico. Con todo, no pudo libertarse de la manía de la imitación. *La Profecía del Plata* lo es de la tan conocida de Fr. Luis de León; en otras odas patrióticas domina el tono de Quintana; y en el estilo y en la versificación se nota la influencia de Cienfuegos y de Arriaza. Los mejores versos de la colección, *El Poeta enfermo*, *Mi destino* y *Crepúsculo en el mar*, están inspiradas por aquella musa suave y lánguida tristeza con que Lamartine y Millevoye lloraron la caída de las hojas y la juventud marchita. El fondo no es original todavía, ni perfecta la forma, pero el lirismo es intensamente personal, y el dolor, sincero.

En 1832 se imprimió su primer poema *Elvira ó la Novia del Plata*. Esta vez se acerca el autor á las baladas alemanas de Bürger, y todavía no sabe acomodar el espíritu de lo imitado á la nueva imitación. Ni Elvira ni Lisardo tienen color local y son tipos inverosímiles á lo Chateaubriand; las rondas de espectros, los sábados de brujas y los fantasmas nebulosos no están en su punto. La versificación es variada; y aunque agradable, á veces se resiente de cierta vacilación en la textura de los versos, como se puede ver en las dos siguientes estrofas, que son de las mejores del poema :

Creció acaso arbusto tierno
A orillas de un manso río,
Y su ramaje sombrío
Muy ufano se extendió.
Mas en el sañudo invierno
Subió el río cual torrente,
Y en su túmida corriente
El tierno arbusto llevó.
Así dura todo bien...
Así los dulces amores,
Como las lozanas flores
Se marchitan en su albor;
Y en el incierto vaivén
De la fortuna inconstante
Nace y muere en un instante
La esperanza del amor.

En 1837 publicó Echeverría las *Rimas*, la flor de sus versos y las más bellas y sentidas notas de su alma. Tres años de recogimiento y estudio purificaron y ennoblecieron el estro del poeta. El himno estoico *Al Dolor*

y la primorosa canción de *La Diamela* revelan una alma llena de inspiración y de poesía.

El poema de *La Cautiva* nos presenta la ocasión de un análisis de los ideales poéticos del autor purificado ya por el soplo de la inspiración estética. Veámoslo por sus mismas palabras y espontáneas confesiones. El fondo lo forman « la energía de la pasión, manifestándose por actos, y el interno afán de su propia actividad que poco á poco la consume ». En cuanto al ambiente de la obra : « El desierto es nuestro (dice), es nuestro más pingüe patrimonio, y debemos poner nuestro conato en sacar de su seno, no sólo la riqueza para nuestro engrandecimiento y bienestar, sino también poesía para nuestro deleite moral y fomento de nuestra literatura ». La forma está moldeada especialmente en el popular octosílabo, « á pesar del descrédito á que lo habían reducido los copleros ».

La Cautiva llevó á Echeverría al apogeo de su fama como poeta. A pesar de la incomunicación en que vivían entonces los ingenios americanos con los españoles, el poema penetró en la madre patria y fué admirado: quinientos ejemplares de las *Rimas* se vendieron en Cádiz: Lista y Ventura de la Vega las elogiaron, y fué preciso hacer una nueva edición que se agotó en seguida: Guillermo Walter tradujo *La Cautiva* al alemán, con el mismo número de estrofas y el mismo metro del original, poniéndole este honroso epígrafe : « Res, non verba. »

Echeverría, á quien su quebrantada salud impidió alistarse en las filas del ejército libertador del general Lavalle, tuvo que resignarse á la expatriación y buscar asilo, primero en la colonia del Sacramento, y luego en Montevideo. Allí, durante el memorable cerco de aquella plaza, continuó la lucha contra el dictador, en verso y en prosa, en periódicos, discursos y folletos. Pero en este tiempo, las ideas de su *Dogma socialista* lo llenaban todo; la poesía tan sólo brillaba de cuando en cuando en sus versos. La bella descripción del Tucumán al principio del poema *Avellaneda*, es casi lo único que merece salvarse de esa segunda manera suya; los fieros y característicos combates allí cantados tuvieron un intérprete en el autor de *Facundo Quiroga* : pero ni ellos ni el valiente Avellaneda vivirán por los versos de Echeverría. El mismo Gutiérrez, justo admirador de nuestro poeta, escribe : « Echeverría como Homero ha dormitado frecuentemente en sus poemas extensos, y entre los ocho mil versos que contiene el *Angel caído*, por ejemplo, es preciso, á nuestro jucio, pasar por alto una gran parte. » Don Juan, trasladado á las orillas del Plata, « es un tipo (dice el mismo Echeverría), en el cual me propongo concretar y resumir, no sólo las buenas y malas propensiones de los hombres de mi tiempo, sino mis sueños ideales y mis creencias y esperanzas para el porvenir ». Y este largo y mal trazado poema, que, como dice Menéndez y Pelayo, más es la *Caída de un Poeta* que la *Caída de un Angel* (repetición del juicio merecido por Lamartine), no es más que la continuación de otro que se titula *La Guitarra*, no menos inverosímil. La joven Celia, casada sin amor con un hombre indigno de ella, ama á Ramiro con amor romántico de puro pensamiento, y lucha y no lucha, quiere y no quiere, y se escapa siempre del marco de la realidad en que el poeta quiere encerrarla.

Para terminar, diremos con Juan María Gutiérrez : « No es fácil hacer una crítica de *la obra* de Echeverría. Está en toda ella de tal modo mezclado el oro de buena ley con materias humildes, el poeta y el filó-

solo, el publicista y el visionario; es tan vasta la esfera en que se ha movido durante su existencia de pensador, que sólo después de un examen muy detenido de todas sus producciones, podría fallarse sobre el mérito general del « ruiseñor de los consuelos ».

También merece citarse, por este mismo tiempo, otro argentino, á quien no la lectura de los poetas extranjeros, sino el dolor, como él decía, le había hecho romántico. Este fué don José Rivera Indarte, nacido en Córdoba 1814-1845 y educado en Buenos Aires, de donde tuvo que huir para no caer en manos de Rosas. Sus composiciones poéticas se resienten de la falta de estudios regulares, y hasta de lo azaroso y agitado de su corta vida. En la misma incorrección se entrevé el sentimiento artístico de que estaba dotado y, sobre todo, su fe religiosa, madre fecunda de las mejores creaciones, que le inspiró grandes pensamientos. La Biblia y el Dante habían sido sus lecturas favoritas y como era hombre de mucho corazón expresaba sus sentimientos con gran vehemencia, si bien su forma es casi siempre prosaica. Innumerables son los asuntos cantados por su musa y nunca es más poeta que cuando canta lo que le dicta el corazón, como se ve en *El preso cristiano*, *Adiós á mi patria* y *El rosario*. Merecen también leerse *El rey Baltasar* y *Melodías hebraicas*.

Son innumerables sus escritos en prosa en que discurrió sobre historia, economía y política, en las cuales materias solía mostrar un juicio muy recto. La vehemencia con que combatió á Rosas por escrito le mereció de sus contemporáneos el epíteto de « ariete poderoso que abrió ancha brecha en el edificio de la tiranía », pero en esta parte la pasión le apartó del camino del deber.

Del mismo periodo es otro poeta más desdichado por el fin que tuvo, pues fué alevosamente asesinado en Montevideo el 20 de marzo de 1848. Es don Florencio Varela, nacido el 1807 en Buenos Aires. Ayudó á su hermano Juan en algunas tareas literarias por los años de 1825 y á él se le parece mucho en lo ameno y castizo del estilo y asimismo en las ideas, como puede verse en los opúsculos *Rosas y las provincias*, *La confederación argentina* y demás escritos suyos. Como poeta se distingue de los anteriores en que no dejó vagar desordenadamente su imaginación, antes bien dió cierta regularidad clásica á sus composiciones. Son dignas de leerse la oda *La caridad*, el canto á la *Concordia* y la *Anarquía*. Su juicio fué siempre muy respetado, pues era hombre de buen gusto y poseía muchos y variados conocimientos, y á él acudían ordinariamente los poetas, aun el mismo Rivera Indarte para que diese su fallo en las composiciones poéticas.

Sigue á estos poetas otro más universal y celebrado por la robustez y magnificencia de su inspiración americana, quien por la misma causa que los anteriores tuvo que alejarse de Buenos Aires que le vió nacer. Don José Mármol, que este es su nombre (1818-1871) además de los discursos en que se distinguió como orador político, nos ha dejado en sus obras testimonios de su mucha capacidad y fecunda vena. Sus producciones en verso llevan el título de *Armonías* y *El peregrino*. Los cantos de este poema son cuadros descriptivos de la naturaleza de estos países cantados por un hijo de América. El señor Gutiérrez le llama « himno en loor de la magnificencia del mediodía americano » y ciertamente, porque además del suave lirismo con que el señor Mármol conmueve y arrebata el espíritu, pinta galantemente las escenas de esta bella parte del mundo

y expresa con brío y soltura de imágenes lo que siente su corazón. Aunque incorrecto á veces y desaliñado, sus versos tienen un sello original y característico.

La musa de este poeta muéstrase triste, pensadora y melancólica, porque, como él dice, tal era la suerte de la patria al son de cuyas cadenas se inspiraba; sin embargo es flexible, pues supo acomodarse á situaciones y asuntos diversos; es tierna y delicada en la composición que dedica á la condesa de Walewiski, vigorosa y robusta en los cuartetos á Rosas y en la que tiene por título *El 25 de Mayo*, algunos versos respiran noble y santa indignación.

Hablando de esas invectivas políticas de Mármol, Menéndez y Pelayo formula el siguiente notabilísimo juicio : « Mármol, como todos los poetas de su temple, arrastra, deslumbra, fascina, y á su modo triunfa de la crítica, que sólo en voz baja se atreve á formular sus reservas. En sus versos políticos, en sus imprecaciones contra Rosas, hay un arranque, un brío, un odio tan sincero, una tan extraña ferocidad de pensamiento, que, si á veces repugnan por lo monstruoso, otras veces se agigantan hasta tocar con lo sublime de la invectiva. Aquellas hipérboles desaforadas de venganza y exterminio, aquel estrépito de tumulto y de batalla, aquella inflamada sarta de denuestos y maldiciones, embriagan el espíritu del lector más sereno y pacífico, haciéndole participar momentáneamente de la exaltación del poeta. No creo que se hayan escrito versos más feroces contra persona alguna, como no fuesen aquellos antiguos yambos de Arquíloco é Hiponacte, cuya lectura hacía ahorcarse á las gentes aludidas. Y así como Rosas tiene en la historia su bárbara y siniestra grandeza, tienen los incorrectos versos de Mármol cierta poesía bárbara y desgreñada que los hace inolvidables y, en cierto sentido, imperecederos. »

Sin duda que Mármol ha dotado á sus versos de la fibra Byroniana hecha suya con la lectura de Espronceda, á quien imita en *La Canción del Pirata* y en el *Canto á Teresa*; y de la forma mágica y avasalladora de Zorrilla, su modelo favorito.

También es fruto del señor Mármol una novela histórico-romanesca, *Amalia*, en que describe la época de la dictadura de Rosas. *El poeta*, drama romántico bastante desordenado, y *El cruzado*, algo más regular, son ensayos en que su musa no ha dado con la vena que tan rica se manifestó en el género lírico.

Otro escritor notable por su actividad y talento nos ofrece la historia de las letras en este período cuyo nombre se lee con frecuencia en sus páginas. Llamóse don Juan María Gutiérrez; fué porteño como el anterior y proscripto por la misma causa (1809-1878). Descolló en su juventud entre sus contemporáneos en las ciencias exactas y en literatura, obtuvo el premio de medalla de oro adjudicado en el concurso de Montevideo el año de 1841 á la mejor composición poética, y ha seguido manifestando cualidades muy aventajadas en las que después ha ido dando á luz, de todas las cuales hizo una edición en 1869. Fué el primero que reunió composiciones de poetas americanos y las publicó en Valparaíso el año de 1846 con el título de *América poética*; y fuera de otras publicaciones de escritores contemporáneos, la actividad de su ingenio le ha estimulado á hacer los estudios biográficos y de crítica literaria sobre varios personajes y escritores de América.

« Juan María Gutiérrez, dice el señor Alonso Criado, es el hombre de letras más completo que ha producido la República Argentina. Poeta, historiador, romancista, su espíritu analítico y vivaz, su inteligencia educada en los eternos modelos de la estética literaria, hicieron de él un príncipe de la crítica. »

También pulsaron la lira otros dos poetas á quienes la muerte atajó los pasos casi en la mitad de su carrera, que son Florencio Balcarce (1815-1839) y Mamerto Cuenca (1812-1852), hijos de Buenos Aires. *El lechero*, *El cigarrero*, *Adiós á la patria* y algunas otras del primero agradan por la facilidad con que están escritas y el sentimiento que en ellas se descubre. No parece sino que el poeta llevaba en su corazón el presentimiento de que pronto había de cerrar los ojos á las bellezas de esta vida. Las del segundo, muerto en la batalla de Caseros, adonde le llevó su profesión de cirujano, nos revelan un hombre de gusto y de rica vena. Las quintillas de *La mariposa* son dulces é ingeniosas, y los versos de *La sultana* pintan airosamente las costumbres orientales.

Es digno de figurar entre los escritores en prosa poética el oriental don Marcos Sastre, nacido en 1809. Es autor de *El tempe argentino*, especie de poema descriptivo de las fértiles y risueñas orillas del río Paraná, sus bellas y encantadoras islas, y las diversas clases de animales y aves que alegran y hermosean aquellos sitios. Ha escrito también algunos libros didácticos en provecho de la juventud á cuya educación se había dedicado con cristiano celo.

POESÍA GAUCHESCA

Además de algunas producciones literarias de que ya hemos hecho mención en que están hermosamente pintadas las costumbres y naturaleza americana, hay en las Repúblicas del Plata otras enteramente originales, donde está retratada la vida errante del indígena de la pampa, así como sus sentimientos, creencias y costumbres. El iniciador y héroe al mismo tiempo de esta clase de producciones, unas líricas que se cantan al son de la guitarra, y otras descriptivas, es el *gaucho*, tipo original de estas vastas regiones, el cual sin más compañero que su caballo, sin más armas que su gran *facón* ó cuchillo, lazo y boleadoras, atraviesa las pampas arrastrando una vida medio salvaje.

Parecen ser los gauchos descendientes de los primeros españoles, que mezclándose con la raza indígena dieron origen á una clase intermedia que participa del civilizado y del indio salvaje; y aun diríamos que por lo incorrecto de la pronunciación, viveza de fantasía y copia de imágenes y comparaciones que los gauchos usan en su lenguaje indican la procedencia andaluza. Tienen algunos una facilidad asombrosa para versificar y no es raro encontrar gauchos repentistas, que improvisen redondillas y décimas, y aún que sostengan diálogos en verso, estableciéndose de este modo en sus fiestas un tiroteo de ocurrencias oportunas y chistosas. A esta clase de poetas los llaman *payadores* y al estilo *gauchi-poético*, pero como no tienen estudios formales, no siempre se ajustan en sus composiciones á las leyes del verso.

El primero que dió á conocer en composiciones algo regulares este género tosco y pintoresco á la vez fué el uruguayo Bartolomé Hidalgo,

cuyo estro poético se reveló el año de 1811 en la toma de Mercedes del Uruguay, por lo que fué enviado libre del servicio militar á la Junta gubernativa de Buenos Aires con un elogio de sus aptitudes poéticas. Sus cuadros descriptivos de estos países y de las costumbres de los gauchos son pocos en número, y aunque en ellos da señales de imaginación florida y claro entendimiento no se les puede llamar modelos perfectos del género, pasan sí de la medianía.

Publicáronse por primera vez en la *Lira argentina* y después se han reproducido en otras colecciones.

El que ha llevado á mayor perfección este género narrando en estilo gauchi-poético y pintando al pueblo con rasgos originales es el bonaerense don Hilario Ascasubi (1807). Sus tres volúmenes titulados *Santos Vega*, *Aniceto Gallo* y *Paulino Lucero* son una serie de cuadros dramáticos en que describe las costumbres de los gauchos, y relata algunos sucesos acaecidos en las dos orillas del Plata, durante la guerra civil en tiempo de Rosas, y en la época de Independencia. Mas es de notar que el tipo del gaucho que nos pinta, especialmente en el primer volumen es, como dice el mismo Ascasubi, cual se conocía á fines del siglo pasado; después acá ha variado mucho su carácter á causa de las guerras civiles y la inmigración extranjera. Tienen estas relaciones un colorido local muy poético, y para hacerlas más interesantes emplea el lenguaje del gaucho, usando de sus modismos, figuras y aun faltas de gramática con tanta naturalidad y chistes tan ingeniosos que entretiene y deleita su lectura.

Otros poetas aficionados al género y deseosos de estampar dichos recuerdos, han escrito varias composiciones, tal es entre otras el poema *Martín Fierro* de don José Hernández. Pero ninguno ha presentado una obra tan amena, ingeniosa y nueva por lo que tiene de paródica como el *Fausto* de don Estanislao del Campo, notable poeta porteño, nacido el año de 1835. Con efecto, el relato que hace el payador Anastasio el Pollo á don Laguna de la ópera del Fausto, que ha visto en el teatro de Buenos Aires, es una de las creaciones más originales y bellas de la literatura contemporánea. En esa fraseología pintoresca del gaucho y con modos de decir ya sentidos, ya picarescos, y siempre donosos, le cuenta el trabajo que le costó subir á la galería, en seguida le pinta la persona del doctor, la figura diabólica de Mefistófeles, el tipo de la desgraciada Margarita, primero inocente y bella, y después abatida por el remordimiento que trae consigo una caída mortal. Como gaucho de buen sentido hace reflexiones muy oportunas, juzga y critica graciosamente, mezclando con la mayor naturalidad lo burlesco con lo serio, y para que nada faltase á tan interesante cuadro, la hábil mano del poeta ha sabido sembrar aquí y allá descripciones locales del más hermoso colorido.

ESCRITORES EN PROSA

Antes de mediar el siglo una escritora argentina que vivía fuera de su patria, ilustraba la literatura con producciones del género novelesco. Doña Juana María Gorriti, que este es su nombre, había nacido en Salta (1809-1874) y muy joven tuvo que emigrar con su padre á Bolivia, donde se casó con el famoso Belzú que después fué presidente de esta República. En Lima publicó el año de 1845 *La Quena*, que fué su primer trabajo lite-

rario, el cual fué universalmente aplaudido y asimismo otros muchos de esta clase que han salido de su fecunda imaginación hasta poco antes de su muerte. Algunas de estas novelas se refieren en sus asuntos á la sangrienta época de Rosas, como *El lucero del manantial* y *El guante negro*, y tanto en éstas como en todas las demás es deliciosa su lectura por la moralidad que entrañan los sucesos, no menos que por la noble sencillez con que escribe.

Como escritor de *Memorias* merece un lugar señalado el general don José María Paz, fallecido el año de 1857. Literatos distinguidos le califican de escritor habilísimo, y en verdad que en la facilidad y trasparencia del estilo se parece á algunos prosadores de los buenos tiempos clásicos.

Entre los escritores que movidos de celo religioso-patriótico, se propusieron combatir los males que la falta de religión hace pesar sobre la sociedad, se distinguió el salteño don Facundo Zubiría, orador elocuente y hombre probo que por diez y ocho años sufrió la expatriación, después de haber sido despojado de su fortuna. En dos volúmenes nos ha dejado un testimonio escrito de su buen talento, cristiana honradez y especiales conocimientos en las ciencias filosóficas, políticas y morales. Y aquí es justo, honrando á la vez estas líneas, hacer mención de un humilde y sabio franciscano de Catamarca que después de haberse resistido á aceptar la silla arzobispal de Buenos Aires, fué elevado no sin gran repugnancia de su parte, á la episcopal de Córdoba. De todos es conocido en estas provincias el nombre de Fray Mamerto Ezquiu, cuya muerte acaecida el año de 1883 á los 57 años de edad afligió á los buenos católicos. La elocuencia de sus sermones pastorales y opúsculos ha sido como una antorcha que ha iluminado la literatura sagrada de esta época. Comenzó á lucir por los años de 1853 y 1854 con ocasión de los sermones patrióticos que le encomendó la obediencia en la Iglesia Matriz de su provincia, y en Buenos Aires en 1880. La humildad y el celo de que estaba adornado el P. Ezquiu daban un encanto tal á su palabra, que parecía el patriotismo y la Religión hablando desde la cátedra sagrada; pero con la elocuencia y unción que se prestan mutuamente estas dos virtudes. En la última de las oraciones citadas es donde se admira, además de su discreción y prudencia al tocar materias delicadísimas, un profundo conocimiento del estado de la patria, cuyas necesidades expone, y asimismo los remedios que aconseja la sana filosofía alumbrada con las luces de la Religión. Nos ha dejado también algunas pláticas llenas de doctrina, y de esa unción suavísima que encanta y enternece al que tiene fe. Tales son las que predicó con ocasión de los piadosos cultos que anualmente se consagran á la poética Virgen del Valle, y la del Viernes Santo. Al leerlas se va instintivamente el corazón á amar al que las escribió.

De D. Domingo Faustino Sarmiento dice Martínez en su *Antología Argentina* : « Este ilustre estadista, ex-presidente de la República y General del Ejército Argentino, fué también un pedagogo insigne y publicista eminente. »

Nació en San Juan el 15 de Febrero de 1811.

Durante la tiranía de Rosas, Sarmiento fué guerrero, escritor y educacionista : viajó por Europa, y á su regreso (1848-1849) comenzó la publicación de una serie de obras : *La educación popular*; *Viajes*, *Recuerdos de provincia*, *La vida de Jesucristo y la moral en acción*, *La vida de Franklin*, *La conciencia de un niño*, *Ortografía castellana*, *Métodos de lectura*, *Instruc-*

ción para los maestros, *Manual de historia*, *Descubrimientos modernos*, *Argirópolis ó la capital de los Estados Confederados* (1850), *Campaña del ejército grande* (1852), *Comentarios de la Constitución* (1853), *Viajes* (1854, edición de Buenos Aires).

Desdes 1855 hasta 1858, establecido ya en la República Argentina, publicó numerosos panfletos de distinto género; especialmente desde 1859 á 1879 dió á luz proyectos de leyes, memorias, biografías, folletos políticos, etc.

Como periodista redactó : *El Zonda* (San Juan, 1839), *El Nacional y el Mercurio* (Chile, 1841), *El Progreso* (Chile, 1842), *El Heraldo y la Crónica* (1849), *Sud América* (1867, Nueva York), *El Censor* (1869), *El Nacional* (1870, Buenos Aires), *El Censor* (Buenos Aires, 1883).

En 1883 publicó el tomo primero de su obra *Conflictos y armonías de las razas de América*.

El Facundo ó Civilización y barbarie en las Pampas argentinas (edición de Nueva York, 1868) es la obra maestra de Sarmiento.

Fatigado de la vida ardiente de la política, se retiró el general Sarmiento á la Asunción del Paraguay, donde falleció el 11 de Setiembre de 1868.

Muy provechosos han sido á las ciencias y letras argentinas los escritos del doctor cordobés don Dalmacio Vélez Sarsfield, fallecido el año de 1875. Como orador ha estado en primera línea, y en sus discursos parlamentarios ha defendido con rasgos elocuentes y convicción profunda la Religión de sus padres. Sus obras de derecho le ponen á la cabeza de los jurisconsultos argentinos y entre los primeros de América, pero es sensible por otra parte que se muestre tan regalista, especialmente en su *Derecho público eclesiástico*, que contiene errores graves. Reconócesele no obstante mucho mérito, considerándolo como una exposición del derecho colonial.

Con el señor Gutiérrez colaboró algún tiempo el tucumano don Juan B. Alberdi (1814-1884) escritor satírico y de costumbres, pero más famoso publicista y jurisconsulto contagiado no poco del liberalismo contemporáneo en sus últimas obras. Es no obstante uno de los escritores políticos más notables y fecundos de la América española, y entre los trabajos que han salido de su pluma el principal es el de las *Bases para la organización política de la Confederación argentina*, donde se lee un glorioso testimonio rendido á la Religión católica.

No en la cátedra sagrada, porque no era su vocación, pero sí en la tribuna, en la prensa y en las reuniones públicas y privadas desplegó también su patriotismo puro y limpio de bajas aficiones de partido don Félix Frías, nacido en Buenos Aires el año de 1820. Aprendió á conocer á los hombres y las cosas en la escuela de la persecución y del destierro, y como tenía un alma noble y entendimiento despejado, nos dejó un gran caudal de doctrina en sus artículos de *El Orden*, redactado después de la caída de Rosas, y en su gran número de discursos y opúsculos de circunstancias. No lo envanecieron las dotes de orador que todos en él admiraban, ni los muchos y variados conocimientos que poseía en literatura y ciencias; antes bien con una modestia que daba más realce á sus buenas prendas hablaba con el único fin de llevar la convicción á los entendimientos y la persuasión á la voluntad. De su amor á la religión y á la patria dió testimonio poco antes de su muerte, cuando desempeñando las funciones de legislador, dijo entre otras cosas, las siguientes palabras : « Estoy persuadido de que, si se hostiliza á la

Religión en la prensa, en las Cámaras, en las Universidades, en los Colegios, esta República no irá á la democracia, sino á la demagogia y á la decadencia ».

Don Guillermo Rawson, nacido en San Juan, médico afamado, estadista y hombre de consejo en las cuestiones políticas, se distinguió como orador parlamentario. Sus discursos son notables no sólo por la elegancia de las formas, sino por el gran peso de doctrina civil y política en que los fundaba, y el respeto á los principios religiosos.

También merece un recuerdo don Nicolás Avellaneda como orador, por la facilidad de su palabra, y por el celo con que miró por el bien de la patria en algunos de sus discursos. Es autor entre otras cosas de un folleto escrito con mucho tino : *La escuela sin Dios*, donde expone los males que traería á la patria este sistema de enseñanza.

Asimismo el cordobés don Tristán Achaval Rodríguez, fallecido el año de 1886, es acreedor no sólo á un recuerdo, sino á la gratitud de sus com patriotas, por los esfuerzos hechos en favor de la buena causa en los debates parlamentarios. Todos reconocieron en él un acendrado patriotismo y rindieron homenaje á su poderosa elocuencia, de la que únicamente se sirvió para inculcar las buenas y sanas doctrinas. Su discurso sobre la enseñanza religiosa no tiene igual en los anales argentinos.

A la misma arena de la lucha política y religiosa han descendido otros dos campeones, el doctor don Pedro Goyena y don José Manuel Estrada, ambos inspirados por un mismo celo, pero en dotes oratorias diferentes, así como en los medios de persuasión. El primero hábil en el arte de insinuarse en el oyente por la novedad y gracia con que presenta las cuestiones, insensiblemente y con mucha suavidad le va ganando el ánimo y dueño del corazón con la lógica y fuerza del raciocinio triunfa del entendimiento, ordinariamente usa del estilo cortado y es más ingenioso que robusto. El segundo más castellano en la forma redondeada y periódica de la frase, y en la entonación, es asimismo más vehemente en el modo de decir. Acomete á su adversario de frente, le cierra todas las salidas y presentando á su entendimiento la verdad con imágenes claras y sensibles, la voluntad tiene que rendirse ante una fuerza superior.

También se ha señalado en la oratoria parlamentaria y descubierto dotes muy apreciables el doctor don Manuel D. Pizarro.

El género histórico ha tenido un digno representante en el porteño don Luis L. Domínguez (1810), poeta asimismo de inspiración y gracia, como lo indican algunas de sus poesías, *El ombú*, *A Montevideo* y el *25 de Mayo*. Colaboró en *El Orden* con el señor Frías, y ha legado á su patria una *Historia argentina* notable por la rectitud de su juicio y el orden con que ha ido eslabonando los sucesos. De sentir es que no haya publicado más que el primer tomo, que comprende el período colonial.

En la misma tarea de investigaciones y relatos históricos se han ocupado don Vicente Fidel López también porteño (1816) y su conciudadano don Bartolomé Mitre (1821), que añade al título de historiador el de poeta y publicista. Ambos historiadores son notables por muchos conceptos, y sus obras honran la literatura argentina; pero desgraciadamente llevan en muchos lugares el sello de las preocupaciones liberales de que entrambos adolecen. El señor López es superior al señor Mitre por el estilo y la amplitud de su criterio; pero el segundo aventaja al primero en erudición y exactitud en muchos pormenores. También cultivan el género el

infatigable don Manuel R. Trelles, don Mariano A. Pelliza, don José M. Estrada y otros muchos.

Los estudios sobre artes y ciencias hechos en estos años y publicados en varias Revistas, y los que se han llevado á cabo sobre bibliografía y crítica literaria honran dignamente á los que en ellos han tomado parte y á la literatura patria. Sin contar otras publicaciones, la *Revista de Buenos Aires*, fundada por los señores don Vicente G. Quesada y don Miguel Navarro Viola, después de ésta la *Nueva Revista*, fundada por el primero de los nombrados y su hijo Ernesto; la *Revista del Río de la Plata*, redactada por los señores Lamas, Gutiérrez, Juan M. López y otros escritores de nota; la *Revista argentina*, en que escribían los señores Estrada, Goyena, Lamarca y otros literatos competentes nos ponen de manifiesto la actividad de los espíritus, su celo por la ciencia y el amor que les merece la más noble de las artes liberales, la literatura. Al recorrer sus páginas encontramos algunos trabajos serios, importantes y de verdadero mérito literario, sin que obste el decir también, que, como en toda publicación en que entran escritores en ingenio y luces diferentes, se hallan asimismo otros que hacen un notable contraste con los primeros en lo relativo á las formas. De esta incuria y desaliño de algunos escritores ya se lamentaba el señor Mitre en la mitad del siglo, cuando al elogiar á Rivera Indarte por el esmero que ponía en la frase, decía: « Entre nosotros donde el desgreño del estilo es ya un vicio, donde la ciencia superficial de los escritores hace que se cuide muy poco del rigorismo en las palabras y de la exactitud », etc. Sin embargo, el mal es de fácil remedio, cuando hay buena voluntad: estúdiese la lengua en nuestros mejores hablistas, procúrese que los niños la hablen con pureza y corrección y se formarán buenos literatos, lo que es tanto más hacedero cuanto que los argentinos llevan á otros la ventaja de poseer elocuencia nativa, inspiración y vigor con que compensar en muchos escritos la falta de formas convenientes. Y poseer bien un idioma es como tener en su poder un buen instrumento para hacer obras delicadas, y ¿qué más delicada y fina que una obra literaria? Antes de hablar de algunos poetas más cercanos á nosotros, recordaremos un hijo de Buenos Aires, que ilustró con su talento y escritos la Real Academia de que fué miembro efectivo, y por el lenguaje clásico y castizo de sus obras es benemérito de la literatura castellana. Nos referimos á don Ventura de la Vega, fallecido en Madrid el año de 1865, y cuyo nombre se ha repetido muchas veces en los teatros de la Península y de América. De él hicimos mención como dramático en la literatura española, el cual género cultivó más que la poesía lírica, porque según su amigo y panegirista el general Pezuela, « ésta era si bien mina fecunda para su gloria, pobrísima veta para sus necesidades presentes ». Las composiciones ora sagradas, ora profanas, que han salido de su pluma, y muy especialmente la dedicada á su maestro el señor Lista, y la elegía en la muerte de la esposa del duque de Frías no se distinguen tanto por el sentimiento, como por la pulcritud de las formas, en que casi no tenía rival. Salió en esta parte discípulo muy aprovechado del cantor á la muerte de Jesús.

En el esmero y corrección de lenguaje, así como en el celo por conservar la tradición de giros castizos, no han imitado al dramático bonaerense todos sus compatriotas dotados sin embargo muchos de ellos de más inspiración y facundia. Contamos entre éstos á don Olegario V.

Andrade, nacido en un pueblo de la provincia de Entre Ríos y muerto en Buenos Aires el año de 1888. Escasos y superficiales fueron sus estudios de humanidades de que se resienten sobre todo sus obras poéticas, lo que es tanto más sensible cuanto que en sentimiento poético aventaja á todos los contemporáneos. Muchas y variadas han sido las composiciones del señor Andrade, cuya lira ha vibrado sonidos diferentes, y producido en sus lectores sentimientos de ternura, de dolor, de júbilo, de patriotismo, no como quiera, sino hondamente, cual él sentía la naturaleza. Enumerarlas sería prolijo y asimismo sus bellezas y defectos; no dejaremos sin embargo de citar : *El arpa perdida*, compuesta con ocasión del naufragio en que pereció el poeta Luca; *La noche de Mendoza*, en que un terremoto arruinó la ciudad; *A mi hija Agustina*, donde exhala el amor y el celo de padre; *A San Martín*, canto épico en honor de este guerrero y *La Libertad*. Habíase dedicado con ardor á leer á Víctor Hugo, á Longfellow y otros modernos, en vez de estudiar bien filosofía y derecho, por lo que se aficionó tanto á sus obras que nos dió varias traducciones é imitaciones de estos poetas. Y enamorado ciegamente de su ídolo y modelo, Víctor Hugo, le dedicó una poesía en que las alabanzas llegan á lo sumo, poniéndole por cima del Dante, de Esquilo y aun del profeta Isaías, y llamando á su patria cumbre donde anida el genio humano. Esta composición ha sido muy encomiada por sus bellezas, que las tiene en verdad, pero que palidecen al lado de muchos pensamientos falsos é imágenes exageradas, sin contar el desaliño de las frecuentes asonancias.

Otra de las composiciones más notables del señor Andrade es *Prometeo*, poema lírico en que tomando por base una de las explicaciones que algunos críticos modernos dan al Prometeo del griego Esquilo, nos babla de evoluciones y progreso del espíritu humano, pronosticando y cantando su triunfo.

El asunto como se vé, es bastante difícil por los profundos conocimientos de filosofía y de historia que exige, pues sabido es que no basta imaginación poderosa y entusiasmo por la poesía para hacer una obra literaria de esta especie, es menester como condiciones indispensables, además de la facultad de concebir una grande idea ó pensamiento, que es lo que llamamos ingenio, y que no negamos al señor Andrade, buen criterio para elegir lo que viene más á cuento, éste exquisito para la recta colocación y combinación de las partes, esmero y buen gusto al componerla.

Larga sería nuestra tarea, si en alas de la inspiración del poeta quisiésemos seguirle cuando nos hace aquellas magníficas reflexiones del estado de la tierra, flotando como urna vacía en los abismos de la nada, cuando nos habla del germen de vida que palpita en sus entrañas y superficie, cuando nos pinta los esfuerzos del espíritu del hombre, sus luchas y contradicciones y el gran titán Prometeo maldiciendo á Júpiter y pronosticándole su caída. En todo esto hay esplendidez y exuberancia de imaginación, pero mucho desorden y confusión de ideas, unas originales y otras plagiadas y, como dice uno de sus compatriotas, « refleja en alto grado sus descollantes dotes de poeta, á la par que los desvíos de su fecunda inventiva, que visiblemente necesitaba de la disciplina saludable de las reglas del arte ». Pero hay otros defectos más trascendentales aún, pues fuera de muchas aseveraciones contrarias á la verdad de

la historia, hay ideas en que se niega ó se pone en duda la verdad fundamental del cristianismo. No se aclara si es espíritu de impiedad el que en un principio mueve á hablar al titán contra la idea del primer sér, y aun cuando después al divisar la cruz sobre el Gólgota nos parece el poeta un cristiano fervoroso, todas las ilusiones se disipan al ver que pone á Jesucristo en la misma categoría que á Prometeo, Sócrates, Galileo, echando con esto un borrón en las páginas de su libro. Para el señor Andrade el espíritu humano es el dios que le inspira y á quien dedica el poema.

Por último *La Atlántida*, en que canta el porvenir de América, es otro de sus principales poemas lleno de brío y de inspiración. En él hace una como reseña histórica de los pueblos, sus porfiadas luchas, evoluciones y catástrofes con rasgos verdaderamente poéticos. Habla de las alternativas de grandeza y decadencia por que han pasado los pueblos modernos, y al llegar á España en la manía de todos los liberales de atribuír su decadencia á la influencia de Roma, ensalza á la Francia volteriana y nos habla de una nueva religión, cuyo altar estará en los Andes, donde se elevará el himno inmortal de las ideas, etc. Por lo demás abundan, como en las demás composiciones de este poeta. imágenes esplendorosas, descripciones brillantes y á la par su entusiasmo americano, con las cuales dotes habría producido á juicio de críticos respetables otras más perfectas en el fondo y en la forma, si no hubiese vaciado su estro poético en el molde de Víctor Hugo. Contagióse con su lectura, y se le pegó el gusto por las fantásticas alegorías, las comparaciones hiperbólicas y esas metáforas violentas y frases sin sentido que afean muchas de sus páginas.

Don Carlos Encina, fallecido en Buenos Aires el año de 1882, ha sido un ingenio verdaderamente lírico y poeta de gusto. El arte parece que resucita en sus poesías, y si en las obras literarias no hubiésemos de atender más que á la forma, prescindiendo absolutamente del fondo, sus cantos especialmente el dedicado al *Arte* y *La lucha de la idea* son dignos del más cumplido elogio. ¿Pero cómo aceptar el error, aunque esté en frases galanas, inventado por Boureaux de que en un principio vivía el hombre confundido con el bruto, hasta que iluminó su frente la llama creadora que circunda al planeta? Y mucho menos dejaremos pasar sin reprobar, como debe todo católico, que Cristo es la idea humana. ¡Cuánto honrarían muchos poetas la literatura patria vistiendo con tan hermosos atavíos no el error ni la mentira, sino la verdad! ¿Es acaso porque no lo saben?

Sin dejar el sello americano, rumbo diverso lleva la musa del porteño don Ricardo Gutiérrez (1840). Sus poemas *La Fibra salvaje*, *Lázaro*, así como sus composiciones líricas y cantos tienen un sentimiento más íntimo y profundo, la cuerda que más suena es la del dolor, resultando su poesía más espiritual y romántica. Entre todas sus composiciones han sido muy aplaudidas por la nobleza y elevación de sentimientos *La Hermana de la caridad* y *El Misionero*.

Otro escritor también contemporáneo, don Santiago Estrada, ha acrecentado el tesoro de la literatura argentina con una colección de artículos, discursos, cuadros de costumbres y otros trabajos análogos en ocho tomos que comprenden sus obras completas. Ofrecen gran variedad de asuntos, pues en ellos se trata no sólo de artes y letras, sino de historia, filosofía y religión, en estilo ameno y abundante y con espíritu religioso.

LOS CONTEMPORÁNEOS

La producción literaria actual es tan copiosa, que sería necesaria la mitad de este volumen para dar cuenta cumplida de ella.

Apenas haremos más que citar nombres. Un juicio definitivo es más que arriesgado, imposible. La mayor parte de los escritores que mencionamos, viven y trabajan, y su última palabra no está dicha.

Una tendencia general se acentúa en la literatura argentina : los nuevos escritores son más conscientes de su estilo que los viejos; trabajan con más amor la forma, y hay algunos que han llegado á ser verdaderos estilistas.

Un gran respeto por el idioma, parece ser también cualidad dominante en los autores de más valía, que estudian el léxico buscando los recursos de la lengua, aunque á menudo empleen palabras y aun locuciones tomadas de otros idiomas y aunque su modo de pensar y de escribir sea muy distinto del de los autores españoles.

La literatura argentina nueva tiene un color y un acento propio y una leve tendencia hacia la forma francesa, que sin quitarle la originalidad, le infunde mayor ligereza y flexibilidad.

No hablamos por cierto, de algunos poetas afrancesados principiantes, que sin conocer más que de oídas el Barrio Latino ó los *boulevards*, sólo escriben en malos alejandrinos y sólo miran las cosas de su tierra á través de las gastadas metáforas del *boulevard*.

Un mal característico en la literatura argentina contemporánea es la improvisación.

Los talentos son intermitentes. Quien siga con atención el movimiento literario, verá cuántas vocaciones admirables se pierden en poco tiempo, en el tráfago de la vida y de la lucha.

La carrera de las letras es aquí tan precaria, que los que parecían mejor dotados, poco á poco van abandonando una labor que á nada práctico los lleva, y dedicados á otras cosas, dejan atrofiarse en la inercia inestimables facultades.

Aquí sólo en el periodismo es posible ganarse la vida con la pluma, y el periodismo familiariza demasiado con la improvisación, enemiga del arte serio.

LA PROSA

Miguel Cané, hombre de mundo, político distinguido, cuando se habla de artistas, es imposible olvidarlo, porque por encima de todo, fué artista. Ha dejado varios libros, dignos de todo elogio, por su estilo simple y elegante y su gracia inagotable llena de ternuras.

Juvenilia, recuerdos de la vida de Colegio, maravilla en prosa juvenil, descalificada por su autor, pero acogida con cariño por el público que ha hallado en ella lo mejor de sus cualidades; *En Viaje* y *Navegando*, dos libros en que con un estilo siempre alerta, relata sus impresiones de viajero, sin decaer, sin fatigar, sin llegar á la vulgaridad, escollo casi fatal en esta clase de crónicas apresuradas.

Eduardo Wilde, médico y diplomático, es un ejemplo de vocación

extraviada. Ha coleccionado muy poco de lo poco que ha escrito, de modo que para juzgarlo, es preciso adivinar lo que con sus grandes dotes de escritor, habría podido ser y no ha sido.

Tiene un libro de cuentos y artículos sueltos, *Prometeo y Cía.*

Su estilo es un modelo de limpidez, de facilidad, de elegancia y de chispa, salpicado á veces con un desgraciado humorismo pesimista é irreligioso.

Tini y *La lluvia* son fragmentos de prosa en la colección de Lagomaggiore.

Pastor Obligado, cultiva el género que ha hecho célebre á Ricardo Palma, las tradiciones nacionales. Tiene un libro de *Tradiciones Argentinas*, que á pesar de no estar escrito con el áureo estilo del autor de las *Tradiciones Peruanas*, se deja leer con agrado.

Dedicado á estudios históricos, como Obligado tiene el historiógrafo santafecino Ramón J. Lassaga, á más de una historia de López, escrita muy descuidadamente, un tomo de preciosas *Tradiciones y Recuerdos*, que no es más que la primera de una prometida serie de narraciones de la misma índole, que es lástima haya su autor interrumpido.

Manuel D. Pizarro, gran orador, su verba pujante se trasparenta en toda su obra literaria. Ha coleccionado en media docena de tomos voluminosos, parte de ella, bajo el título de *Miscelánea*, discursos, estudios históricos, trabajos sociológicos, fantasías, etc.

Su gran talento aparece iluminando el caos de esa producción despareja, que avaloran un claro sentido crítico y un estilo noble y valiente, labrado para el servicio de dos grandes ideales, la Religión y la Patria.

Lo dicho anteriormente acerca de la intermitencia de nuestros talentos, tiene dos honrosas excepciones en las figuras de Estanislao S. Zeballos y Joaquín V. González, que á pesar de su activísima vida política y social, encuentran tiempo para una producción fecunda y tenaz.

Zeballos no ha dejado ninguna faz de la actividad humana en que no haya ensayado la flexibilidad de su talento multiforme. No se ha contentado con ser estadista de primera línea, internacionalista de fama universal; ha sido también novelista, *Calfucurá*, *Painé*, etc., novelas indias, alguna de las cuales ha sido traducida al francés.

Aunque no es el estilo la mejor de las cualidades de este escritor, su facilidad, su vasta ilustración, su originalidad, dan á su obra un lugar eminente en la literatura argentina.

González ha desparramado también la abundancia de su talento en una vasta labor de jurisconsulto y de literato.

Dos de sus libros propiamente literarios, *Mis Montañas*, é *Historias*, lo han acreditado como escritor de fantasía y de estilo armonioso y colorido.

Lucio V. Mansilla ha escrito muchos libros de desigual valor. Su *Excursión á los indios ranqueles* es lo mejor que ha producido, por las innumerables y animadas descripciones de costumbres indias, por los paisajes realistas y originales, por la soltura del estilo, que en esta obra no degenera en verba deshilvanada, como suele acontecerle.

Su estudio histórico sobre Rosas, en que según alguien la verdad histórica sufre ciertos nublados, es un libro de fácil lectura, por la vivacidad y el interés de la narración.

Algunos tomos publicados de sus inagotables *Causeries del Jueves*, indican

la facilidad y el buen humor de este literato distinguido, que con un poco de más reposo habría producido obra más duradera.

La flexibilidad de los talentos argentinos dificulta grandemente su clasificación de acuerdo con el género á que pertenece su obra. Casi todos han desparramado profusamente su ingenio en los diversos senderos del arte, y al hablar de ellos no se sabe si debe incluírseles entre los prosistas, entre los dramaturgos ó entre los poetas.

Tal nos sucedería con Calixto Oyuela, uno de los más reputados literatos argentinos, que ha escrito poco en prosa y relativamente mucho en verso, aunque en realidad la parte de su obra en prosa es la más notable.

Ha publicado dos gruesos volúmenes de poesías, *Cantos* y *Nuevos Cantos*. Es correcto, pero de inspiración algo fria y no del todo dentro de las nuevas corrientes del arte, que parece pedir más originalidad y ligereza.

Como prosista, ha producido una obra digna del más franco elogio : *Teoría literaria*, donde con claridad, elegancia y fino sentido estético, expone los preceptos de su arte.

Tampoco es fácil de clasificar Belisario Roldán, el orador argentino, de quien sus conciudadanos se muestran justamente orgullosos.

Ha escrito versos, que siendo bonitos, inspirados á su manera, en cosas ajenas, con la añeja dulzura del madrigal, desaparecen ante la profusión y el lujo de su labor oratoria.

Poco hay recogido de ella, y eso mismo con ser lo mejor seguramente, no puede causar en la fria lectura, que deja ver á menudo la endeblez del fondo y la artificiosa manera de Roldán, la impresión magnífica é inolvidable que causa el oirla en boca de este artista de la palabra.

Prosista, únicamente y de lo más mesurado, porque ha escrito poco, es Martín Gil, á quien se ha olvidado hasta ahora en cuanta reseña del movimiento literario ha aparecido, y que es sin embargo uno de los escritores más originales y conocidos del país.

Astrónomo distinguido, su ciencia ha perjudicado á su literatura.

Cuando después de su primer libro *Prosa Rural*, que atrajo sobre él la atención de un público poco amigo de fijarse en glorias provincianas, publicó sus *Modos de Ver*, colección de artículos de costumbres y de cuadros y escenas criollas, pudo creerse que surgía en él la encarnación del genio nacional. Sus cuadros tenían un relieve y una animación sorprendente ; sus escenas eran como en la vida; sus tipos, á pesar de lo reducido del marco, quedábanse en el espíritu del lector, como el recuerdo de un personaje visto en el mundo.

Se veía que aquel escritor no describía de oídas.

Un poco de esfuerzo para ensanchar el marco de sus creaciones, y un poco de fantasía para enredar escenas, y Martín Gil se habría hecho un novelista de la fuerza de Pereda, un autor á quien es posible que no conozca, pero con quien lo liga un evidente parentesco intelectual.

Mas ganóle la afición á la ciencia astronómica. Ya en *Modos de Ver* se dibuja esta tendencia, que se acentuó en su libro posterior, *Agua Mansa*, donde fuera de una que otra pincelada, ya no hay cuadros ni vida, sino fantaseos y conversaciones.

En su último libro *Cosas de Arriba*, no se habla más que de astros, con un estilo siempre ingenioso, que ameniza para los profanos la ardua

materia astronómica, pero que va degenerando en cliché para el uso de su propio autor.

Martín Gil está en lo mejor de su vida, y puede aún realizar los sueños de los que esperaron que con él vendría la verdadera, la característica novela nacional, que no es precisamente la novela criolla, que otros han querido hacer, grosera de factura, de lenguaje y de ideas.

Como del anterior, la novela nacional ha esperado y aún espera mucho de Martiniano Leguizamón, uno de los escritores más artísticamente enamorados de las cosas de su tierra.

Suya es una novelita criolla, *Montaraz*, en la que se adivina la pluma precisa y fiel que más tarde había de crear en *Alma Nativa*, uno de los libros más genuinos de la literatura argentina.

De Cepa criolla, su último libro, es una colección heterogénea de cuadros de costumbres y de artículos críticos.

La crítica literaria y científica cuenta en la República con cultores como Pablo Groussac y Juan Agustin Garcia.

El primero, Director de la Biblioteca Nacional, goza reputación de crítico sagaz é independiente.

Ha sabido vaciar en un castellano correcto la matizada elegancia de su ingenio francés.

Ha escrito novelas, *El Hogar desierto*, poco conocida y que no es precisamente lo que hará su gloria; libros de viajes, como *Del Plata al Niágara*, en que están sus páginas más bellas, y libros de crítica como *Viaje Intelectual* y *Une énigme littéraire* (en francés).

En este último ha querido descifrar el enigma de la personalidad del autor de la segunda parte de Don Quijote de la Mancha. Digamos que no lo ha conseguido, y que desgraciadamente no es esta una obra que pueda aumentar su fama de literato elegante y fino, ni de crítico perspicaz y sereno.

Juan Agustín García (hijo) es también prosista: su estilo ostenta colorido y originalidad.

Gran parte de su reputación se la han dado sus dos libros, *Introducción al estudio de las Ciencias Sociales argentinas* y *La Ciudad Indiana*. En el primero expone los principios de la Sociología positivista, no con excesiva originalidad ni precisión, pero sí con elegancia, y en el segundo estudia con amenidad los orígenes de la nacionalidad argentina, mirando por cierto todas las cosas á través de un subido liberalismo.

Novelista, ha producido poco, pero sus novelas, como las *Memorias de un Sacristán*, tienen la sugestión de las exhumaciones de épocas viejas.

Desde Paris, donde vive hace años, con toda la autoridad que le presta la ausencia de la patria, y con una inagotable benevolencia, Manuel Ugarte, escritor joven y de mérito, analiza periódicamente, en rápidas críticas, la producción literaria americana.

Su estilo no es inconmovible y diáfano como el de Groussac ni empedrado de imágenes lujosas y lleno de armonía, como el de David Peña, de quien hablaremos más adelante. Su ciencia no es tampoco vasta; pero sabe escribir, sabe decir lo que piensa en un estilo cálido y fácil y claro sin grandes recursos, pero bien equilibrado.

Su criterio fino y á la par benévolo, cuando reparte biografías de principiantes, y su amplia información literaria, le han conquistado uno de los primeros puestos en la crítica nacional. Sus ideas socialistas le han

ganado el aprecio de una clase social que poco suele simpatizar con literatos de carrera fácil como él.

Sus más conocidos libros de crítica son : *Visiones de España*, *Las nuevas tendencias literarias*, *Burbujas de la vida*, *El arte y la democracia*, etc.

Ha escrito novelas, *Una tarde de Otoño*, *La Novela de las horas y de los días*, imprimiendo en todo un sello personal y discreto, y ha publicado un tomo de *Cuentos de la Pampa*, que ha tenido más éxito, habiendo sido traducido al francés y al italiano.

Es autor finalmente de *Vendimias juveniles* y de una antología, en que ha reunido con el acierto posible en esta difícil tarea, una muestra de la producción de la *Joven Literatura Hispano-Americana*.

José León Pagano publicó en dos tomos, hace años, una serie de agradables entrevistas, con los más insignes literatos españoles, que tituló *A Traves de la España Literaria*. Después, salvo dos ó tres dramas difíciles, poco apropiados para los grandes éxitos, no sabemos que haya producido más.

De producción escasa también, es Juan Pablo Echagüe, crítico teatral, que desde *el País* y *La Nación*, ha repartido con independencia y con criterio, el pan de la crítica entre los autores nacionales.

Ha coleccionado sus críticas en dos volúmenes, *Puntos de Vista* y *Prosa de Combate*.

De ingenio más flexible, ensayado en varios géneros, es el joven escritor ruso Alberto Gerchunoff, naturalizado; periodista de estilo agilísimo y cáustico, en poco tiempo ha conquistado uno de los primeros puestos en su gremio.

Dando tregua á sus tareas habituales, escribe cuentos animados en que describe la vida de los judíos en las campañas argentinas, con gran realidad y color.

Aunque la labor de José Ingegnieros, cada dia se oriente más hacia los estudios científicos, alejándose de la literatura, no podemos olvidar aquí su nombre, porque las condiciones de su estilo y buena parte de su obra, son eminentemente literarias.

Ha escrito muchísimo y su fecundidad maravillosa parece crecer con las dificultades de los temas que aborda.

Dirige hace años una intermitente revista que titula *Archivos de Criminología y Psiquiatría*, donde no es raro ver su nombre al pie de un artículo que ocupa todo un número y que bien podría transformarse en libro.

Es difícil marcar huellas y rumbos á su edad, pues es joven, y en materia psicológica ó sociológica, que hoy extravía á tantos ingenios, pero su labor no deja de tener nunca alguna faceta original, aunque no sea más que la forma fácil y accesible que le presta su estilo.

Sus ideas filosóficas son materialistas, y por cierto evolucionistas del peor género.

Sus obras principales, algunas de las cuales fueron traducidas al francés y al italiano, son : *La simulación de la locura*, *La simulación en la lucha por la Vida*, *Le langage musical et ses troubles hystériques* (en francés), *Italia*, *Al margen de la Ciencia*, etc.

Maravillosamente laborioso también y de mayor ductilidad aún, porque su pluma se ejercita en todo, desde las más altas cuestiones juridicas, hasta el más humilde ensayo novelesco ó dramático, es Carlos Octavio Bunge.

Su estilo no es tan sobrio ni castigado como el de la mayor parte de sus contemporáneos.

Su obra propiamente literaria está perjudicada á menudo por una ramazón de metáforas, que velan las ideas, y una tendencia demasiado pronunciada á la psicología prolongada y fatigosa, que entorpece la acción en sus cuentos y novelas.

Ha escrito una novela histórica, pintando la época de Rosas, *La Novela de la Sangre*, cuyo éxito debe haberle desconcertado á él mismo, pues es seguramente una obra juvenil, llena de la inexperiencia y de la frondosidad de los primeros ensayos.

Tiene dos ó tres volúmenes de cuentos, *Thespis*, *A través de la estirpe*, etc., mejor planeados y escritos.

Lo más importante de su bibliografía es la parte científica de su obra; que ocupa varios gruesos tomos y que denota una labor continuada.

El Derecho, estudio ecléctico de las instituciones sociales, *Nuestra América*, trabajo sociológico, y un informe oficial copioso y erudito que cuenta varias ediciones y que es su obra capital, *La Educación*, de la cual se ha hecho una versión francesa.

Toda esta ruda labor y algo más dispersa en periódicos, ejecutada en los escasos momentos de tregua que puedan dejarle sus conferencias en la Universidad, sus trabajos jurídicos de Fiscal, amén de su vida social activa, indican un cerebro, siempre en tensión, cuyas producciones, no lo dudamos, sufrirán la revisión de la edad madura.

Descuidado como estilista, pues deja correr su pluma á merced de las alternativas de la inspiración, es J. M. Ramos Mejía, autor de un interesante estudio sobre *Rosas y su tiempo*, en dos tomos, en el cual se propone rehacer la historia de aquella época, empleando procedimientos más modernos.

Esta obra importante, aunque algo cargada de notas médicas es la continuación de una serie de volúmenes publicados anteriormente con el mismo propósito : *La neurosis de los hombres célebres* (2 vol.), *La lectura en la historia*, *Los simuladores del talento en las luchas por la personalidad*.

Ricardo Rojas, dotado como los anteriores de una notable fecundidad, ha coleccionado sus versos en dos volúmenes : *La Victoria del Hombre* y *Los Lises del Blasón*, que afean los acostumbrados parásitos del modernismo : la irreligión y la sensualidad.

Su prosa se ha mostrado sin prodigalidad en dos ó tres libros de labor sostenida y en algunas colecciones de artículos sueltos : *El País de la selva*, donde está el fuerte de sus condiciones de estilista y descriptor; *Cartas Europeas* y *El alma española*, crónicas de viajes; y finalmente *La Restauración Nacionalista*, voluminoso informe oficial, en que expone muchas ideas no muy modernas sobre educación, afeadas por un franco liberalismo.

Poeta asimismo, y á más novelista y autor de varios libros de prosa delicada es Angel Estrada (hijo).

Difícil resulta, pues su clasificación, y el hecho de incluirlo entre los prositas, no quiere decir que no merezca un sitio honroso entre los poetas, pues se lo han ganado sus dos colecciones de poesías, *Los Espejos* y *Alma Nómade*, iluminados por una inspiración tranquila y vertidos en una forma labrada fervorosamente.

En sus obras en prosa se revela artista fino, ilustrado, lleno de una constancia reveladora de toda una vocación.

Su estilo sugestivo, rico de color y de armonía, se adapta admirablemente á sus temas exóticos, narraciones de viajes, pinturas de escenas sorprendidas en países lejanos, críticas de arte extranjero.

El Color y la Piedra, *Formas y Espíritus*, *La Voz del Nilo*, son libros de exquisita factura literaria.

Ha escrito una novela, *Redención*, en que se mantienen las cualidades que son el fondo de su talento, pero que resulta nebulosa y fría para el lector, que no penetra bien en el alma de sus personajes.

LA POESÍA

Es el género literario que más perfección ha alcanzado en la República Argentina.

La producción poética actual corre por un cauce bien alejado de los cauces por donde derramaron su inspiración Andrade y Gutiérrez y Estanislao del Campo y tantos más. Los nuevos moldes de la poesía invaden la obra de los modernos poetas argentinos, á pesar de que aún vive entre ellos, como un bíblico patriarca, uno de los más ilustres representantes de la escuela olvidada : Guido y Spano.

Digamos que esos moldes no han sido adoptados por todos con discreción y buen gusto. Muchos han sido sus inocentes víctimas. Han creído hacer obra novedosa y duradera y han perdido el tiempo y el talento forjando versos epilépticos sin inspiración y sin originalidad, calcados sobre la falsificada pacotilla que nos llegaba de afuera.

Sin embargo el saldo ha sido beneficioso. Los arcaicos moldes se han renovado, y hoy se nota en casi todos los poetas argentinos, una saludable tendencia á la originalidad, que se traduce en pulimento de la forma, en renovación de asuntos y en estudio prolijo del idioma, buscando sus ignorados tesoros de robustez y armonía.

Carlos Guido y Spano es el más glorioso poeta argentino. Su vida entera ha estado consagrada al culto de su arte. Su labor no es copiosa, sin embargo, pero hay en ella una parte que durará, mientras dure el gusto de lo bello.

Su labor es desigual, pero lo que en ella vale, ha entrado en el alma popular, que premia con la inmortalidad todo lo que ha sabido ser la expresión de sus sentimientos.

Nenia, aquella primorosa canción guaraní, cantada en toda la América española, bastaría para su gloria, si no hubiera escrito las hermosísimas estrofas de *Al Pasar*, llenas de inspiración y de nostalgias y la magnífica poesía á su hija María del Pilar, rebosantes de amor paterno y envueltas en una mansa tristeza de ocaso.

No podemos citar todas sus hermosas composiciones, desde la traducción de Safo, hasta su delicada y romántica poesía *En los guindos*. Contentémonos con mencionar los libros en que las ha coleccionado : *Ráfagas* (prosa y verso), *Ecos lejanos* y *Hojas al Viento*.

Su inspiración, iluminada unas veces por la serena belleza helénica y anegada otras en un discreto romanticismo lamartiniano, es siempre sostenida, y su estilo siempre ático y armonioso.

Su voz no sería hoy de todos comprendida; pero volverá á apreciarse mañana, cuando se acentúe la tendencia que hoy se dibuja, y el artificio haya cedido su plaza á la eterna simplicidad de la belleza.

Después de Estanislao del Campo, que en su Fausto creó la obra maestra de la literatura gauchesca, nadie como Rafael Obligado ha sabido unir el arte exquisito con la inspiración genuinamente nacional.

Ha reunido en un volumen, bajo el título de *Poesías*, muchas de esas composiciones que han hecho célebre su nombre y que las gentes se saben de memoria.

Sus popularísimas décimas de Santos Vega, serán siempre modelo del género, por la facilidad y la armonía del verso, la novedad de las imágenes, la verdad de las descripciones y la frescura de la inspiración.

En sus otras poesías líricas, Obligado sin ser tan original, da muestras siempre del mismo indiscutido talento.

Joaquín Castellanos ha escrito dos poemas, *El Viaje eterno* y *El Borracho*.

Su versificación es monótona y dura, á menudo manchada de prosaísmos y de blasfemias.

Su fondo no es mejor que su forma, porque inevitablemente su lectura deja en el alma el tedio y el pesimismo de su poesía macabra.

Pedro B. Palacios, conocido bajo el seudónimo de *Almafuerte*, ha coleccionado en *Lamentaciones* una pequeña parte de su obra poética.

Su verbo airado y torvo, su tono profético, buscando cierta solemnidad bíblica, su versificación poco variada, sus metáforas torturadas y vagas y enemigas de la naturalidad, le han conquistado un público especialísimo, entre el cual goza de un gran predicamento.

Su inspiración es de una pieza, poco flexible, circunscrita á ciertos tópicos fatigosos, en que se amasan los grandes gestos, con las grandes catástrofes y las grandes paradojas.

Habla al pueblo, del que interpreta los ideales, dejando caer sobre él, con ademán olímpico, su poesía clamorosa y soberbia :

Recibir el dolor y sufrirlo
Con no sé qué mental arrogancia,
Cual pudieran sentir, si sintieran,
Los nobles metales la acción de la fragua;

Es tenerse por hombre y gozarse
En su propia virtud y sustancia ;
Merecer la corona de espinas,
Que es nimbo y diadema, que es yelmo y tiara.

Diego Fernández Espiro es el poeta bohemio que, con amplio gesto arrogante, va deshojando la flor de su talento en composiciones rápidas, como estrellas errantes. Nada ha coleccionado hasta hoy.

Sólo puede juzgársele, pues, por los inseguros recuerdos que deja la lectura de su obra desmigajada en diarios y revistas.

Labrador prolijo de la forma, tiene sonetos que causan la impresión de lo definitivo, por su factura; pero es artificioso y á menudo cubre la ausencia de ideas con la altisonancia de la frase.

Leopoldo Lugones es el más discutido de los poetas argentinos. Acerca

de él se han escrito artículos y libros, que seguramente no tendría él tiempo de leer en varios años.

Para él se ha exagerado la crítica y el aplauso, porque su nombre ha servido de bandera á la causa de la literatura modernista.

El autor de *Las Montañas del Oro, Los Crepúsculos del Jardín, La Guerra Gaucha* y tantos otros libros, es indiscutiblemente un talento, pero ni en prosa ni en verso, es oro de ley todo lo que su ingenio acuña.

Sus admiradores que han formado escuela en la América del Sur, no quieren oír hablar de esto; y cada metáfora suya por extravagante y desarrugada que sea, al cabo de un tiempo ha sido parafraseada hasta lo inconcebible.

Si Lugones hubiera tratado á su público con menos desenfado, hubiera cuidado más ese rico don de Dios que hay en su alma de poeta, hubiera amado menos la gloria conseguida á toda costa, aun mediante la extravagancia y la pornografía, su obra sería la más intensa y original.

En prosa, resulta menos alambicado: ha dado á luz *La Guerra gaucha*, colección de narraciones nacionales, en que desagrada y fatiga la rudeza de ciertas expresiones y la brutalidad de algunas pinturas; y *El Imperio Jesuítico*, descripción con pretensiones de estudio de sociología y de historia; pero que resulta una caricatura para la España de la conquista y un atentado á la verdad de la obra de los jesuítas.

Estos son los nombres más salientes de la poesía nacional, lo que naturalmente no significa que sean los únicos, ni siquiera que los no mencionados ocupen planos inferiores.

Hay otros muchos verdaderos y aun notables poetas, casi desconocidos ó poco apreciados, por razones diversas, ya porque dedicados á labores distintas, sólo accidentalmente han dejado lucir chispas de su ingenio, ya porque han abandonado sus producciones al azar de las hojas efímeras de la prensa, ó ya finalmente, porque la índole de su poesía casta ó religiosa no les ha ganado amistades en los círculos donde se labran las famas.

Sólo así se explica el injustificable crepúsculo que envuelve ciertos nombres, el de Carlos M. del Castillo, por ejemplo, autor de una bellísima oda á María Inmaculada, que por sí sola bastaría para acreditarle de altísimo poeta, habiendo además escrito composiciones jocosas, como la titulada *Tenía razón mi abuela*, maravilla de gracia irresistible, *La república de palo*, modelo de la más acabada ironía, y otras que son modelos en su género.

En el mismo caso están Juan de la Cruz Puig, que no sólo sabe coleccionar las flores de la musa ajena, sino que las cosecha espléndidamente en su propio huerto; y Horacio F. Rodríguez, exquisito poeta santafecino, cuyas producciones seleccionadas con gusto y con sano criterio, ofrecerían un modelo de frescura y de equilibrio artístico, entre la inspiración y la forma; y Luis N. Palma, muerto en el vigor de su talento, y que si hubiera cantado otros temas que la Patria y la Religión, sería más conocido, porque merece más fama de la que gozan sus poesías valientes y armoniosas, influenciadas desgraciadamente por las grandilocuencias de Andrade y trabajadas al gusto de una retórica ya en desuso.

Sacerdote como Palma es Alfonso Durán, autor de *Páginas del Alma*, que ha cantado temas parecidos, con inspiración más libre y retórica más moderna.

Un poco de gimnasia literaria daría á este joven poeta la soltura, la originalidad, la fuerza, que completarían lujosamente sus grandes cualidades de sentimiento y de gracia.

Musa cristiana y casta ha inspirado también á Delfina Bunge de Gálvez, autora de un precioso libro de poesías en francés.

Simplement... lo ha bautizado, y ese nombre es un hallazgo. *Simplement, comme l'oiseau chante*, dice ella en la primera página de su libro, donde ha derramado con la naturalidad de un pájaro que canta, las delicadezas de un espíritu cultivado y armonioso, empapado en cierta melancolía germana, que hace pensar en los *Romances sans parole* de Schumann.

Manuel Gálvez, su esposo, ha publicado también dos libros de versos apreciables, *Sendero de Humildad* y *El Enigma Interior.*

Su inspiración es mansa y su estilo cuidado, demasiado cuidado ciertamente. No perdería nada si se abandonara un poco á su natural ingenio, olvidando de una vez las sugestiones de otros poetas, acentuando la reacción que se diseña en su libro en prosa *El Diario de don Gabriel de Quiroga*. La originalidad es la fuerza; pero la originalidad de uno, de nada sirve á otro.

Incompleta forzosamente esta reseña, lo sería más si olvidáramos á tres poetas jóvenes : Luis María Jordán, Juan J. Lastra y Juan Aymerich.

Y tampoco podemos olvidar á Leopoldo Diaz, aunque apenas escribe ya, y desde muy lejos, porque sus libros, *Bajo-Relieves*, *Traducciones*, *Sonetos*, aunque no muy americanos, por sus temas ni por su forma, revelan una vocación de artista y una inspiración fría, quizás, pero sabiamente encauzada por una vasta cultura literaria.

El Teatro es en la República Argentina la única manifestación del arte literario, que haya podido ser explotada como un *modus vivendi*, y quizás por eso los autores han producido con una prodigalidad y una precipitación lamentables.

El público porteño es á la par apasionado y poco exigente en materia teatral. En su escena pocas obras de mérito han dejado de triunfar. Allí no existen los desconocidos ni los olvidados, pero el público hasta ahora perfectamente desorientado, hoy aplaude con brio una obra buena ó discreta, y mañana, con el mismo y aun con más brio, aplaude piezas que otro público habría silbado sin compasión.

Citemos rápidamente algunos autores que se han distinguido en el teatro nacional.

Martín Coronado, autor célebre y fecundo, ha escrito versos y novelas, y ha tenido la rara fortuna de interesar al público con su drama *La Piedra de Escándalo*, representada más de cuatrocientas veces, sin que nada de extraordinario justifique su maravillosa longevidad.

Al Campo de Nicolás Granada es también uno de los grandes éxitos nacionales, pero ciertamente más justificado. En toda su producción, en sus versos, en sus cuentos, en sus obras teatrales se muestra Granada dotado de condiciones de escritor ameno y chispeante. Tiene el don de interesar, sabe construir el armazón de la intriga, sabe hacer hablar á sus personajes, sin mezclarse con ellos, sabe describir y sus descripciones son vivientes.

Pero aunque ha escrito mucho, su producción ha sido desmadejada, y de aliento corto.

Roberto J. Payró, periodista distinguido, ha probado dos éxitos ruidosos con *Sobre las ruinas* y *Marco Severi*.

Sobre las Ruinas, su primera obra teatral, carece de esa impersonalidad que debe ser la condición esencial de las piezas teatrales. El autor se despega poco del oído de sus personajes, les sugiere las ideas que han de pensar y las palabras que han de decir.

Marco Severi, bastante bien carpinteado como drama de efecto, expresamente calculado para el gran público, en menor grado, tiene la misma tacha de la anterior.

Payró ha ensayado hábilmente otros géneros, el cuento, donde ha producido cosas muy buenas, la novela *El Casamiento de Laucha*, *Pago Chico*, *El Falso Inca*, *Divertidas aventuras de un nieto de Juan Moreira*, la crónica de viajes, con un hermoso libro descriptivo, *La Australia Argentina*, etc.

En sus novelas se repite el fenómeno de su teatro, bien escritas, bien ensambladas, no acaban de interesar al lector por ese desbordante subjetivismo que hace aparecer al autor detrás de cada personaje simpático.

Payró es ante todo periodista, y difícilmente un periodista de raza pierde el hábito docente.

David Peña debería ser estudiado más como historiador, como prosista, que como autor dramático. Sin embargo, la persistencia con que desde hace muchos años viene él siguiendo ese falso rumbo de su vocación, autoriza su inclusión en este lugar.

David Peña escribe para el teatro desde su juventud. Entre *La lucha por la Vida*, su primer drama, y *Un Loco*, el último, estrenado no ha mucho, no ha debido mediar un período menor de cinco lustros.

Pero hay que confesar que este autor no ha acertado al seguir esos senderos de su vocación.

Si *Próspera*, y *Magno*, y *Un Loco*, no han gozado más que de un éxito relativo es porque habría sido exagerada otra cosa que un aplauso discreto, más para el autor que para sus obras. Falta en ellas teatralidad, interés, acción, conflictos no de ideas, sino de situaciones y de sentimientos.

Por un momento pudo creerse, cuando David Peña estrenó su drama *Facundo*, que había acertado con el filón, porque el público se agolpó varias noches seguidas en la boletería del teatro que la daba.

Pero no fué más que la legítima curiosidad que despierta toda obra nueva de un talento, agravada esa vez por el éxito del libro *Facundo*, publicado poco antes por Peña, y del cual había sacado el argumento de su pieza teatral.

Pronto el interés decayó y no fué capaz de levantarlo ni aun en el público grueso, el subido color rojo de aquella histórica tragedia.

Gregorio de Laferrere, diputado en el Congreso de la Nación, ha hallado en medio de sus tareas parlamentarias tiempo y humor para producir piezas teatrales que han acaparado los éxitos más ruidosos. Aún duran y no llevan miras de concluir el de sus tres obras famosas, *Jettatore*, *Locos de Verano* y *Las de Barranco*. Esta última fué traducida al catalán, pero según informan los diarios de allá, ha caído en un público frío, que no ha encontrado, como el porteño, el motivo de éxito tan inacabable.

Éxitos también ha gozado Enrique García Velloso, que viene labrando su

reputación y su talento, desde hace algunos años desde el estreno de *Caín*, pieza casi obligatoria en las veladas de todas las sociedades filodramáticas de los suburbios bonaerenses, lo que le asegura una ilimitada existencia.

Sus obras posteriores son más asentadas. Nótase ya en ellas un marcado adelanto, y como aún no ha dicho su última palabra es justo esperar mucho de este joven dramaturgo.

Sin decir tampoco su última palabra, murió en Europa, poco tiempo ha, Florencio Sánchez, que era quizás el autor más ricamente dotado para el arte escénico.

Su carácter de bohemio, su existencia accidentada, no le dejaron hacer una obra en reposo.

Avanzaba por los caminos de su arte, porque desde *M'hijo el Dotor*, su primera obra, que le conquistó sin motivo casi un éxito enorme, hasta *Los Muertos*, había hecho una larga jornada, cuando le sorprendió la muerte, con su obra inconclusa.

Alberto Ghiraldo ha llevado al teatro sus ideas socialistas. Ingenio audaz y fuerte, ha producido obras de sensación como *Alma Gaucha*, calculadas para los éxitos de esa parte del público que ama y aplaude ciertas briosas tiradas libertarias.

Ha escrito versos y cuentos y novelas, siempre con la misma tendencia.

Otto Miguel Cione forja dramas llenos de conflictos, que ganarían mucho si evitara ese escollo casi fatal para los espíritus demasiado enamorados del éxito fulminante : la inmoralidad.

El realismo de *Lauracha* no es la escuela de la verdad y de la vida como característica de la realidad. Lo real también se halla en las causas limpias y castas.

LA NOVELA

Es el género literario que requiere un conjunto de condiciones más sobresalientes, condiciones de autor y condiciones de hombre.

Al pintar la vida la novela lo abarca todo.

Hay en ella como en el drama, argumento, conflictos, diálogos; y más que el drama exige un fino sentido filosófico y un delicado instinto poético.

A más el novelista debe saber narrar y describir. Y como la novela supone un libro de cierta extensión, no es posible realizarla de una sentada, como se hace con un cuento, con una poesía, con un artículo y aun con un drama. Es preciso, por el contrario, dedicarle una labor paciente de meses, tal vez de años, sabiendo conservar á través de una larga gestación la misma idea inspirada y fresca que presidió sus primeros momentos.

El novelista debe ser pues, tenaz, paciente, laborioso. Si el cansancio ó el desaliento lo rinden en medio del camino, y abandona su novela aunque sea por poco tiempo, la obra está perdida. Nunca logrará ensamblar bien el edificio nuevo con el viejo.

Todo esto, en tierra argentina donde los talentos son brillantes, pero amigos por lo regular de la improvisación afiebrada, que realiza hoy el pensamiento de hoy, contribuye á que los novelistas de verdadera vocación sean pocos.

Agréguese, como un motivo no pequeño, la falta de un editor inteligente y audaz, capaz de descubrir lo bueno en lo desconocido ó lo ignorado, y de organizar la producción literaria, que hoy se deshilacha en cuentos y poesías y artículos relativamente fáciles de hacer y de publicar, para encauzarla en una corriente voluminosa y continua.

En épocas pasadas la novela argentina ha producido obras que, como la *Amalia* de Mármol, gozaron de una fama estrepitosa.

Los novelones de Eduardo Gutiérrez, ordinarios, mal escritos, propios para fomentar bajos intintos, son sin embargo las verdaderas novelas nacionales, hechas en la República Argentina.

Hay enterrado, en esa serie interminable de romances truculentos, un real talento de novelista.

Julián Martel, el malogrado autor de *La Bolsa*, habría producido novelas pujantes y magníficas, si su carrera no se hubiera interrumpido tan pronto.

Hemos mencionado ya á varios autores, Zeballos, Payró, García, Ghiraldo, Leguizamón, que han hecho novelas, *per accidens*, sin vocación de verdaderos novelistas y más bien como una distracción de ocupaciones más serias ó más en su carácter.

Fuera de ellos hay otros que han abordado la novela con más pasión, aunque no haya sido siempre con más éxito.

En materia de éxitos, por largo tiempo será único en la librería argentina, el de *Stella*, la novela famosísima de César Duayen — seudónimo de la señora Emma de la Barra de Llanos — de la que en pocos meses se despacharon cerca de cuarenta mil ejemplares, y que recibió los honores de una traducción al italiano.

Múltiples fueron las causas de aquel éxito deslumbrante. Fué en primer lugar el mérito propio de una obra sana, escrita con ternura de mujer, con estilo discreto, con pensamiento claro, con filosofía acertada, llena de pasión en sus personajes, y de verdad en la pintura de la alta vida social porteña, que se vió retratada allí como en un espejo. Fué, en segundo lugar la sorpresa del público, que harto ya de novelas extranjeras, veía por fin aparecer una obra robusta, un libro grueso (quizás demasiado grueso), escrito de una pieza por una mano hábil, lo que demostraba que en la tierra argentina podían producirse al lado de los innumerables, rápidos cuentitos criollos, novelas, verdaderas novelas largas y bien carpinteadas. Fué también el misterio que se hizo alrededor del nombre de su autora, y fué por último la moda, que intervino decisivamente, hasta el punto de que hubo un momento en que nadie se atrevía á salir á la calle sin haber leído Stella.

Después de ella, su autora publicó *Mecha Iturbe*, que á pesar de tener sus mismos méritos y aun mayor experiencia literaria, despertó apenas la curiosidad del público.

De César Duayen es *El Manantial*, libro de hermosas narraciones para las escuelas.

Cuando se habla de novelas argentinas, uno de los primeros nombres que suenan, es el del doctor Francisco Sicardi, novelista para quien el adjetivo *colosal* va resultando chico. Todos hablan de él, pero son muy pocos los que lo han leído, por no resultar del todo fácil su lectura.

Condiciones eminentes de escritor ha revelado en los últimos tiempos Enrique Larreta, autor de la celebrada novela *La Gloria de don Ramiro*, en

que hay un prolijo empeño de artista para evocar la época de Felipe II, en que tiene lugar la acción. Escrita y editada en España, y tratando de asuntos españoles, no es propiamente una novela argentina, pero su autor no es menos por eso una figura descollante entre los novelistas nacionales.

En España escribió también sus numerosas novelas Carlos María Ocantos, tratando temas argentinos.

Citemos entre otras, *León Saldívar*, *Tobi*, *El Candidato*, *Misiá Geromita*, *Pequeñas Miserias*, *Don Perfecto*...

Esta última es donde mejor aparecen sus cualidades de novelista.

Ocantos escribe bien, pinta con fidelidad, es hábil para conducir la acción, pero formado en la escuela de Pérez Galdós, cuya filiación se transparenta en sus páginas, aperece demasiado frío con su espíritu implacablemente analítico, que llega á fatigar al lector.

Con bastante éxito de librería, aunque no con mucho aliento de parte de la crítica, G. Martínez Zuviría ha publicado á más de algunos folletos y de un tomo de versos, *Rimas de Amor*, dos novelas, *Alegre* y *Pequeñas Grandes Almas*.

Aquella no es seguramente una obra definitiva, más bien es el primer fruto de una planta joven.

Pero la frescura de sus páginas, la honda ternura de la historia narrada, la misteriosa simpatía con que el héroe se gana los corazones, han hecho de esa novela un libro especial que á los jóvenes los llena de entusiasmo y á los viejos de nostalgia.

Las condiciones de novelista de vocación que en *Alegre* mostró Martínez Zuviría, afirmáronse en *Pequeñas Grandes Almas*.

La forma pierde su frondosidad; el estilo gana en corrección y más que todo en sobriedad y en conciencia artística. Persiste sin embargo lo que es su cualidad fundamental, un calor interno que infunde cierta vehemencia en las ideas y en los sentimientos allí pintados.

Pero hay demasiada vaguedad en los dibujos. Las costumbres sociales que el autor critica acerbamente en su novela, aparecen estudiadas superficialmente.

Sólo hay dos ó tres personajes bien carpinteados: los otros se mueven en la sombra. Pero esos dos ó tres personajes salvan la obra, porque sugestionan y persisten grabados después de la lectura, en la memoria del lector, que se ha apasionado ante el drama sencillo, mas intenso de aquellas pequeñas grandes almas desconocidas.

Cierto parentesco espiritual hay entre este escritor y Hugo Wast, autor de una novela reciente, *Flor de Durazno*.

Posee empero Hugo Wast más fuerza creadora, y un estilo más condensado y vigoroso que el de Martínez Zuviría.

Como crítica de *Flor de Durazno*, creemos no poder ofrecer nada mejor que la siguiente noticia bibliográfica, con que *La Nación*, habitualmente parca para ciertos elogios, acogió el libro.

« Su autor — decía — se coloca con su primera obra, si acaso lo es, entre los más felices cultivadores del género en el país. El relato se desarrolla en el fondo de un amplio cuadro de costumbres campesinas, en que desde el primer momento se advierte la mano de un artista superior. El paisaje, los tipos, las escenas, ajustan cabalmente en una armonía en que nada disuena... Las descripciones son sobrias y precisas; los diálogos

en su punto; los retratos de los personajes, sencillos y fuertes. Quizás el autor a veces no disimula bastante sus simpatías, y ha acentuado algo el frío y la maldad de algunas almas y el calor y la bondad de otras; pero si ello puede dañar ciertos detalles de la obra, no disminuye los méritos del conjunto.

« Es pues, *Flor de Durazno*, una de las novelas mejor planeadas, mejor desarrolladas y mejor escritas, entre las nacionales que hemos leído en los últimos tiempos. »

En el prologo de la obra, aseguran sus editores que la novela aparece después de muerto su autor. Este aserto ha sido puesto en duda y hasta se ha dicho que Hugo Wast era el seudónimo de una dama.

Sea lo que fuere, Hugo Wast ha producido con su primer libro una de las obras en que más acertadamente se han tratado temas nacionales con el arte depurado y sincero, que ha de dar á la novela argentina interés y personalidad.

XII

LITERATURA URUGUAYA

CONSIDERACIONES GENERALES

Antes que estallara el movimiento revolucionario de 1811, época que podemos fijar como fecha del nacimiento de la literatura uruguaya, aparecieron de entre las filas del clero nacional los primeros ensayos que la preludiaron.

Los ilustres sacerdotes Larrañaga, Lamas, Lorenzo Fernández y Juan Francisco Martínez eran hombres que poseían una instrucción sobresaliente entre sus compatriotas. Lástima que comenzase esa invasión literaria, por donde debería acabar, porque el género dramático fué su punto de partida.

La primera producción de esos albores de la literatura fué el drama, de mal gusto, en dos actos y en verso, del Pbro. Juan F. Martínez intitulado *La lealtad más acendrada y Buenos Aires vengada*. En él intentaba su autor reinvidicar para Montevideo la gloria de la reconquista de Buenos Aires de manos de los Ingleses, por el esfuerzo de bizarras tropas que de la futura capital uruyaga partieron en 1806. El drama, que tiene verdadero corte griego, con ribetes de desarrollo clásico, pero con una indiscreta tramoya mitológica, vale poca cosa, si no es por el sabor local y por la oportunidad del asunto.

En 1811, entre el estruendo producido por el choque de las armas de patriotas y realistas, se dejaron sentir los primeros vagidos de la musa uruguaya con el verdadero carácter nacional.

Los poetas de la independencia fueron casi todos del pueblo campesino que, en lenguaje gauchesco, aspiraban á traducir las manifestaciones de las masas; eran verdaderos Tirteos orientales y sus producciones, que carecían de la forma pulida que exigen los preceptos artísticos, eran un generoso esfuerzo intelectual que se erguía al lado del esfuerzo guerrero; eran las armas y las letras, rudas é imperfectas aún, que se daban la mano en la gloriosa tarea de levantar en el suelo uruguayo una patria libre. Pero ni Valdenegro ni los hermanos Francisco y Manuel de Araucho, ni otros copleros, más que poetas, que habían querido caracterizar las ideas populares de la Independencia, merecen el calificativo de literatos, salvo la honrosa excepción de Bartolomé Hidalgo, que con justo título ha merecido el renombre de creador de la *poesía gauchesca*.

Por ese tiempo florecía ya en Montevideo otro poeta de vena inagotable, que fué el fundador de la literatura oriental, aunque no se le puede llamar poeta nacional hasta que, de viaje ya para España, después de la pérdida de Montevideo para los españoles, herido de la nostalgia de la verdadera patria, volvió á ésta, confundiéndose con sus hermanos triunfantes y libres. Ese poeta es Acuña de Figueroa. Pero Figueroa se halló largo tiempo solo en las cumbres del parnaso uruguayo, hasta que acaeció la llegada á Montevideo de los argentinos desterrados por Rosas, y que trajeron consigo el romanticismo de la literatura.

Adolfo Berro, el dulce adolescente que apenas preludiaba sus bien inspirados himnos enmudecía tronchado en flor, fué de los primeros que se adhirió á la reacción literaria que trajo consigo el romanticismo trasplantado al Uruguay desde las vecinas orillas del Plata. La muerte del joven bardo emocionó vivamente á la sociedad oriental y todos los ingenios acudieron á formarle la corona de siemprevivas.

Entre el fragor de la lucha civil se yergue poco después Alejandro Magariños Cervantes, el cual fué á pasear su numen poético á través de los mares por Francia y España; y para recibirle á su regreso de Europa, se levantaron ingenios literarios, juveniles y entusiastas.

La espontaneidad y la abundancia en la versificación, de que estaban dotados, animaron á Gordón, á Díaz y á Bustamante para la creación del arte dramático en el Uruguay; pero ninguno de ellos reveló el talento ó la preparación requeridos para misión tan alta.

Agustín de Vedia, con su energía de pensamiento, y José P. Varela, con su tenaz empeño de elevada originalidad, pueden contarse en cualquier sociedad culta como dos esforzados paladines de la gaya ciencia.

Podrían citarse otros varios escritores de no escaso mérito literario, y que han cultivado las diversas manifestaciones de la literatura; pero las letras uruguayas han tenido su representación principal en el periodismo, urgido casi siempre por la necesidad de servir á las palpitaciones agitadas del corazón de un pueblo naciente, empeñado en resolver y aplicar los difíciles problemas de organización social y política. El cuadro de los periodistas, en acción ó en retiro, comprende á la mayor parte de los hombres que han figurado en la política del país.

En el apresuramiento de la vida sobre el terreno calcinado de la lucha por la Independencia y de las luchas fratricidas, la obra literaria de largo aliento ha estado casi enteramente excluida de la actividad intelectual del Uruguay. No faltan, sin embargo, interesantes ensayos de historia, de crítica histórica y de polémica.

La novela, en sus distintos géneros, ha sido cultivada por claros ingenios, con no poco éxito : no así el drama; pues á pesar de algunos esbozos, más ó menos felices, podemos asegurar que se encuentra todavía en embrión.

Al frente de la novísima generación literaria de la República Oriental, está el Dr Juan Zorrilla de San Martín, el inspirado autor de *Tabaré*, el príncipe de los poetas nacionales que han formado escuela. Actualmente no escasean poderosos talentos que brillan en primera línea en las diversas manifestaciones de la inteligencia y en la acción, en la prensa, en la cátedra, en el Parlamento, en la diplomacia y en el foro; ni jóvenes que, animados con el vigoroso aliento que infunden las espe-

ranzas, están destinados en lo porvenir á ocupar un puesto eminente entre los bardos de la América latina.

Por desgracia, una gran parte de esta pléyade de literatos, dotada de inspiración tropical, aunque falta, con frecuencia, de suficiente preparación, se halla contaminada por el naturalismo enervador, verdadera lepra y azote del arte y de la literatura; ó pertenece á esas sectas poético-artísticas, llamadas *Decadentismo* y *Simbolismo* : las cuales, declarándose defensoras de *El arte por el arte*, en vez de interesar el espiritu, se esfuerzan en herir la imaginación con la pintura de objetos exteriores; en vez de mover el corazón, se glorían de halagar los oídos.

PRINCIPALES ESCRITORES

La Historia de la literatura del Uruguay, está por escribirse, ha dicho un sensato Colector de la Antología Uruguaya. El que intentase escribirla, sólo tendrá antecedentes y documentos reunidos, pero no ordenados.

Para bien de la República de las letras, existe en el Uruguay un escritor, que forma, con Zorrilla de San Martín, el binario más netamente poético y volador que pueden presentarnos en la actualidad las naciones americanas. Dicho escritor es Carlos Roxlo, quien, deseoso de llenar este vacío, tiene ya en prensa una obra titulada : *Historia crítica de la literatura del Uruguay*. En espera de dicha obra, que, aunque de criterio un tanto laxo, ha de valer muy mucho, á fuer de hija de un poeta, orador y preceptista tan eminente, nos contentaremos, por ahora, con citar á los literatos que más han descollado desde 1811 hasta el presente, haciendo caso omiso de los que han escrito para salvar, tan solo, circunstancias, ó á impulsos de un compromiso, y sin verdadera vocación.

Gloria y prez de esta hermosa y simpática tierra es don Francisco Acuña de Figueroa, nacido en Montevideo el año de 1790. Dotado del numen de la poesía, instruido en el griego y el latín, y entusiasta por la literatura española, aprendió en sus obras, y más en el gran libro del mundo, á expresar con gracia y verdad sus nobles y cristianos sentimientos. Con el título de *Mosáico poético*, corren dos tomos de poesías religiosas, heróicas y festivas, fuera de otros cinco volúmenes de poesías varias, que después ha dado á luz y un tomo que comprende mil ochocientos epigramas.

Entre las ligeras y festivas merecen leerse, por el donaire y galanura de la versificación, la letrilla *La curiosa inocente* y el canto *La apología del chorlo*. Entre las poesías serias son admirables, tanto por la elevación de sentimientos como por lo conmovedor de algunos cuadros, *La madre africana* y *Gemidos de dolor*, también lo es y mucho *A Montevideo en amargura*, elegía compuesta con ocasión de la peste que afligió á esta ciudad el año de 1851. Puro y correcto en el lenguaje, elevado en los pensamientos, sobrio en las imágenes y siempre de buen gusto, es uno de los poetas más dignos de recomendarse á los jóvenes.

Las mismas huellas del anterior ha seguido gloriosamente el estudioso y distinguido publicista don Alejandro Magariños Cervantes, nacido en Montevideo el año de 1826. Por sus escritos históricos y religiosos, por sus novelas y leyendas y el drama *No hay mal que por bien no venga* ha

sido justamente estimado en Montevideo, bien recibido en las capitales de Europa, donde ha estado de paso, y en Madrid elogiado y aplaudido por los literatos más notables. En las obras de este autor se descubre no solo ingenio, sino mucho estudio, y por lo que toca á las líricas tituladas *Horas de melancolía* y *Brisas del Plata*, derraman junto con sus armonías, el puro bálsamo del amor á la religión, á la patria y á América, que son las fuentes donde él confiesa haber bebido sus inspiraciones. Ultimamente ha formado una compilación de las principales poesías del Parnaso uruguayo con el nombre de *Páginas uruguayas* y ha dado también á luz sus últimas obras originales en dos tomos intitulados *Palmas* y *Ombúes*.

Adolfo Berro. Don Adolfo Berro nació en Montevideo en 1819, y falleció en 1841. Había practicado la abogacía en el bufete del escritor Don Florencio Varela.

La poesía no fué para Berro un entretenimiento frívolo y egoísta, sino que tuvo un objeto más noble, más elevado, y al mismo tiempo, para practicarla, quiso que en sus rimas, conforme al precepto de Horacio, lo útil estuviera unido á lo agradable. Se valió de versos para inculcar una enseñanza provechosa en sus lecturas. Berro despertó el sentimiento materno en las entrañas de las madres que abandonan sus hijos á la orfandad, protestó contra los abusos de algunos dominadores, pidió amparo y protección para los infelices expósitos; imploró una limosna para el mendigo, abogó á fin de que la cárcel no fuese sólo un lugar de detención y sufrimientos, sino también de mejora y rehabilitación. Fuera de esto, en sus versos celebró las flores, la amistad, el amor y la patria.

En las poesías de Berro se encuentra el segundo verso de Menandro traducido por Leopardi : « Muere joven, aquel que al cielo es caro ». Lo que de él puede afirmarse con propiedad es que fué en su cortísima vida un verdadero ángel. El mérito de sus poesías populares fué elogiado y señalado en el Río de la Plata por Rivera Indarte, Florencio Varela, Mármol y Figueroa.

Juan Carlos Gómez. Don Juan C. Gómez nació en Montevideo el 20 de Julio de 1820. Hizo estudios serios y profundos, fué jurisconsulto y publicista de los más notables de América. Redactó por algún tiempo *El Mercurio* de Valparaíso. Hermanando la política con la poesía, ha sobresalido en todas sus obras, y ha contribuido á ilustrar el nombre americano.

Gotas de llanto á mi madre es una tierna poesía en que van unidos el sentimiento y los pensamientos filosóficos. Su vida de literato ha sido sometida á rudas pruebas, pero siempre ha conservado intacto el honor, el amor á la libertad, y el culto á las letras que le sirve de consuelo y le paga con gloria sus labores.

La libertad, más que un canto, es la historia de la libertad. El poeta pone su lira al servicio de una fecunda y elevada idea, de una santa causa. Su verso es armonioso, su dicción es pura, su entonación atrevida. En los últimos años Gomez ha formado parte de la redacción de varios diarios de Buenos Aires.

Entre sus producciones líricas se encuentran : *A la esposa de mi hermano*, *Ida y vuelta* y *Reminiscencias*.

Eduardo Acevedo Diaz. Es hijo de Montevideo. Joven aún, comenzó á llamar la atención por los escritos que publicaba en la prensa, en los cuales aparecían ya las principales cualidades del estilo que ha producido después : vocabulario abundante, singular energía de expresión y lujo de imágenes poéticas. Ha tomado parte en casi todos los movimientos revolucionarios de estos últimos tiempos. Fué sucesivamente redactor de *La República* y de *La Democracia*; fundó *La Época*, y finalmente *El Nacional* en cuyas columnas escribió durante año y medio.

En sus últimos nueve años de ostracismo, agigantó su reputación literaria, dando sucesivamente á luz : *Ismael*, *Nativa*, *Grito de gloria*, obras admirables en que los cultores de la buena literatura han encontrado siempre las más originales y poderosas páginas de la novela americana.

Entre los dones que la Providencia dispensa á los pueblos no es el menor el de un escritor ilustrado y juicioso condecorado con la aureola de poeta. Tal es el doctor don Juan Zorrilla de San Martín, cuyo nombre ni queremos ni podemos omitir, habiéndole ya llevado la prensa por toda América, y traspasado además los mares su fama de poeta. Terminado el curso de humanidades en el Colegio de la Inmaculada Concepción de Santa Fe en la República Argentina, pasó á estudiar el Derecho en Chile, donde la musa del señor Zorrilla comenzó á manifestarse en la sociedad. La publicación de las *Notas de un himno* fué como su primer vagido, en donde hacían acorde armonía tres afectos nobilísimos, que felizmente han ido creciendo y perfeccionándose en su corazón : el que se debe á Dios, á la patria y á la familia. Y las dotes poéticas, que entonces aparecieron como en flor, se han ido desarrollando de una manera exuberante en su país natal, donde ha cantado muchos y variados asuntos, mostrándose siempre la musa del señor Zorrilla delicada, honesta y cristiana, cual conviene al que se profesa abiertamente hijo fiel de la Iglesia católica.

Como decíamos, su fama ha pasado y traspasado los mares y basta leer dos de sus últimas producciones, *La leyenda patria* y *El Tabaré*, para asignarle uno de los primeros puestos en el Parnaso americano. En el primer poema canta los esfuerzos del pueblo uruguayo en favor de la patria, y especialmente la arriesgada empresa de los treinta y tres patriotas para devolver la libertad al Uruguay, que era presa del Brasil. En el segundo canta á los charrúas, raza indígena del Uruguay, y se lamenta de su extinción por otra parte inevitable.

En esta narración poética en alto grado cuida el poeta de hacer ver, como buen filósofo, que la desaparición de la raza no es el resultado de la fatalidad, sino de un designio de la Providencia, que tarde ó temprano castiga á los pueblos que luchan obstinadamente ó se rebelan contra la civilización cristiana. Los brillantes cuadros que están diseminados en el poema, la lozanía de las descripciones de colorido americano, aquellas prosopopeyas tan vivas y animadas, la fiel pintura de los personajes, como el indio Yamandu, salvaje fiero é indómito, don Gonzalo impetuoso y altivo, el P. Esteban, encarnación del misionero celoso, Blanca hermana de don Gonzalo, tan piadosa y compasiva que despierta afectos de ternura en el mismo Tabaré que es el protagonista, el retrato de este mestizo salvaje, de carácter misterioso, en cuyo corazón luchan fuertemente las

reminiscencias de la educación de su cristiana madre que murió cuando él era niño, con los instintos del salvaje huraño que ha heredado de su padre charrúa... Todo esto embellecido con un lenguaje correcto, abundante y poético y coronado con la catástrofe final, hace en los lectores un efecto artístico imposible de expresar con palabras.

El señor Valera, y con él varios críticos americanos, le clasifican por su trascendencia y elevación, de epopeya, y tienen razón; nosotros desde los claustros del colegio de Santa Fe, donde escribimos estas líneas y donde el señor Zorrilla, niño dócil y aplicado, recibió sus primeras inspiraciones, le saludamos gloria de las letras uruguayas, y proponemos su inspirada y patriótica musa guía segura de todo poeta que hable la lengua de Castilla.

En sus últimos cuatro lustros ha publicado las siguientes obras : *Resonancias del camino*, en que, por medio del estilo epistolar, narra las impresiones de su viaje por Europa; *Huerto Cerrado*; *Conferencias y Discursos*, y un gran poema en prosa, titulado *Epopeya de Artigas*.

Daniel Muñoz. Ha sido de los mejores periodistas de las repúblicas del Plata, y en la prensa de Montevideo, y Buenos Aires ha esparcido sus escritos de crítica y polémica y sus cuadros de costumbres, caracterizados, los más, por la señalada imitación de Cervantes, y con un espíritu que dice muy bien con la fisonomía moral del pseudónimo que ha tomado (Sansón Carrasco). Como crítico, dice Blanco, su rasgo prominente consiste en descubrir de un golpe la disonancia, la contradicción, y también muy celebrado por la ingenuidad de su expresión.

Carlos Roxlo. Carlos Roxlo, poeta objetivo por excelencia, poeta de la luz y del calor, ha cantado á su tierra nativa, ensalzando en ditirambos de corte clásico las bellezas de la naturaleza uruguaya. Su fuente principal de inspiración la halló en la escuela de aquel ruiseñor poetizante llamado José Zorrilla, cuyo lenguaje poético, semejante á música hablada, parece muchas veces choque rítmico de perlas y cristales. ¡Cosa rara! á pesar de sentirse rechazado, por su propio temperamento, de la escuela de Becquer, como observa hermosamente Montero Bustamante, no obstante, dominado por su influencia, escribió una serie de rimas, tal vez los versos más hermosos y humanos del inspirado cantor de los bosques orientales.

Además de sus eróticas, que descuellan por su brillantez de colorido, tiene también odas patrióticas de vuelo plenamente pindárico, y en las que, imitando á Zorrilla, ha dado una de las notas más altas del poema heroico castellano.

Sus obras principales son : *Flores de Ceibo*, *Luces y sombras*, *Cantos de la tierra*, amén de algunos discursos y folletos políticos, y un compendio de Estética. Tiene, además, en prensa, la *Historia crítica de la literatura del Uruguay*, y un poema á *Moctezuma*.

OTROS ESCRITORES

Entre los que han contribuído al esplendor de la literatura uruguaya, merecen también especial mención :

Aureliano Berro, poeta de corte clásico y verso fluido, que triunfó en el certamen nacional de la Florida, con su *Canto al Monumento de la Independencia.*

Rafael Fragueiro, genio poético de ditirámbico lirismo y derrochadora fantasía.

Wáshington Bermúdez, caracterizado como poeta satírico, festivo á veces, pero las más enérgico y valiente. Constituyen sus sátiras un ariete formidable contra gobernantes y gobernados.

Luis Piñeyro del Campo, poeta de un sentimentalismo elevado, y que cautiva el ánimo por medio del lenguaje y de los encantos de la inocencia.

Manuel Bernárdez, á quien acarició continuamente la musa popular.

José Enrique Rodó, crítico sensato, y prosador de ática transparencia, pero de fondo pagano. *Ariel* y *Motivos de Proteo* son dos peregrinas creaciones en las cuales campea por modo maravilloso la espontaneidad genial y fecunda, revestida de matices y exquisiteces de estilo.

Samuel Blixen, escritor saleroso, de color y buen estilo. Fué muy aplaudido entre los orientales como crítico teatral y de costumbres, y como autor de algunas comedias llamadas de salón, como *El cuento del tio Marcelo*, *Primavera*, *Otoño*, *Verano é Invierno.*

No bien obtuvo por oposición la cátedra de Literatura, sustituyó los programas de Zorrilla de San Martin y Roxlo por catálogos de librería : con esto, y con su eterna apoteosis de la escuela ibseniana y del falso realismo ó naturalismo francés, ha formado una legión de eruditos á la violeta, sembradores del caos y del desconcierto actual en la patria literatura.

Emilio Frugoni, uno de los poetas más pujantes de la actual juventud, pero de tendencias marcadamente socialistas.

Raúl Montero Bustamante, escritor infatigable en prosa y verso, y cuyo *Canto á Lavalleja* le conquistó en Minas los lauros de un concurso.

Julio Herrera y Reissig, híbrida mezcla de sensatez y extravagancia, de lirismo de buena ley, y de decadentismo soporífero, aunque sobrecargado de filigranas y lindezas de dicción.

Luis Torres Ginar, poeta laureado, á través de cuyas composiciones se vislumbran las bellas interioridades de su espíritu, la expansión armónica de su alma; y cuya forma, alada, sí, pero modesta, es un vivo reflejo de la sinceridad de sus pensamientos, sentimientos y sensaciones.

A los autores ya citados pudieran añadirse Monseñor Mariano Soler, y Manuel Herrero y Espinosa, como polemistas de hondo concepto y de valiente fibra; Daniel Martínez Vigil, como crítico de vastos horizontes; Florencio Sánchez, Ernesto Herreras y Otto Miguel Cione como dramáticos incipientes; José Luis Antuña, Luis Cardoso Carvallo, Javier de Viana y Benjamín Fernández y Medina, como cuentistas.

Entre los trabajos históricos contemporáneos debemos citar la *Historia militar y política de las repúblicas del Plata*, escrita por don Antonio

Diaz. Es más bien una compilación interesante de documentos históricos, donde las luchas fratricidas y las pretensiones de los partidos expuestas con claridad son otras tantas lecciones que debe aprovechar todo buen americano.

También es el caso de recordar los trabajos históricos de don Isidoro Demaría, quien además de su *Historia nacional* y sus *Biografías de hombres célebres*, ha consignado sus recuerdos y tradiciones en dos volúmenes intitulados : *Montevideo antiguo.*

Pero el que ha cultivado con mayor detenimiento y corrección la historia nacional ha sido el señor don Francisco Bauzá en su *Historia de la dominacion española en el Uruguay*, muy digna de recomendarse, tanto por el fondo como por la forma.

XIII

CHILE

Hay una porción de tierra en América, cuyos habitantes, dotados de buen sentido práctico, han tenido la fortuna de no ver en ella el sable y la barbarie perseguir á los buenos ingenios, ni lamentar los extrañamientos que la envidia y las disensiones civiles suelen ejecutar en los mismos. Esta porción de tierra se llama Chile, y á esta tierra de paz y de bendición han acudido como á lugar de refugio muchos talentos notabilísimos, así europeos como americanos, alguno de los cuales la han escogido por su segunda patria. Gloria es de Chile haberles ofrecido benévola hospitalidad y justo es mencionar, entre otros, al guatemalteco don Antonio Irizarri, al peruano don Juan Egaña, al argentino don Bernardo Monteagudo, al colombiano don Juan García del Río, al español don Joaquín de Mora, y sobre todo, al venezolano don Andrés Bello, todos los cuales estimularon á los chilenos al cultivo de las bellas letras.

Pero antes que verdeciese la semilla de estos literatos, ya el suelo de Chile había producido á doña Mercedes Marín del Solar, flor espontánea de esta tierra religiosa y patriótica. Su sabio hermano don Buenaventura Marín, nacido como ella en Santiago, á principios del siglo último y don Ventura Blanco contribuyeron con su erudición á formar el gusto de nuestra poetisa, y aunque el primero dejó algunas obras filosóficas en prosa y otras místicas en verso, como estas últimas fueron escritas, según él mismo dice, para satisfacer la devoción más que para críticos y literatos, no se esmeró en dar buenas formas á sus producciones.

Doña Mercedes, dotada de más exquisito gusto, enriquecida con la lectura de los clásicos españoles, franceses é italianos, y poetisa por la inteligencia y el corazón, desde muy joven comenzó á cantar á Dios, á la patria y los afectos de familia en el pequeño círculo del hogar doméstico. El asesinato del ministro don Diego Portales el año de 1837, arrancó á su corazón un hondo y sublime quejido en el *Canto fúnebre* que le dedicó entonces, revelándose sin querer la ignorada poetisa.

Ajena toda su vida de pretensiones de saber, sólo escribió, dice ella misma, cuando una fuerte emoción ó alguna indispensable condescendencia le ponían la pluma en la mano. Pero como estaba su espíritu iluminado por la luz de la fe y su corazón ardía en amor á la virtud, las composiciones que ha dejado á diversos asuntos, no sólo ennoblecieron

el arte, sino que cumplen con el elevado fin de la poesía, cual es ensalzar al sumo bien, celebrar las bellezas del mundo moral y material y mostrar al hombre su celestial origen y altísimo destino. Véanse, por ejemplo, sus *Cantos a la caridad y á la patria*, *La plegaria*, la leyenda *La noria y la carta* y particularmente los fragmentos sobre otra leyenda, *Escepticismo y fe*, y se admirarán la inspiración sublime, la delicadeza de sentimientos, la fluidez de lenguaje y demás dotes que forman el verdadero poeta cristiano.

El año de 1866 pasó de esta vida, y como poco antes de morir hubiese encomendado á su hijo que terminase la leyenda, éste lo cumplió religiosamente, dando con este trabajo claras muestras de que al heredar la hermosa lira de su señora madre, heredaba las ideas y dotes poéticas que á ella la adornaron. Este joven poeta es don Enrique Solar Marín, notable también como novelista.

Doña Mercedes ha escrito además, con mucha elegancia en prosa, como lo prueban tres biografías que ha dejado de personajes célebres de Chile, un discurso sobre la educación de la mujer y no pocos artículos interesantes sobre diversos asuntos.

Muchos fueron los ingenios que empezaron á florecer en esta época, en que, como hemos indicado, don Joaquín de Mora y don Andrés Bello ilustraban la mayor parte de la juventud de Chile, entre los cuales sobresalió don Salvador Sanfuentes, quien con los señores Tocornal, Vallejo, Prieto, García Reyes y otros ilustraba y amenizaba las columnas del *Semanario de Santiago*.

Fueron estos años, sobre todo desde 1842 hasta 1850, de verdadera actividad, ya por las discusiones literarias que se sostenían en la prensa, ya por el certamen que la *Sociedad literaria* abrió el año de 1842, con que estimuló á la juventud estudiosa, y sobre todo por la inauguración solemne de la Universidad de Chile el 17 de setiembre de 1843.

En boca de casi todos sonaban los nombres del fogoso poeta y escritor político Santiago Lindsay, de Juan Bello y su hermano Francisco colaboradores en *El Crepúsculo* con Chacón Andrés y Jacinto, Irizarri Hermógenes, Astaburuaga Francisco y otros dirigidos por don Juan M. Espejo romántico ardiente y entusiasta por las ideas de la revolución francesa. También representaban el movimiento literario de este período los jóvenes, Ramón Ovalle y Francisco Bilbao, cuyas composiciones junto con las de Lindsay y Juan Bello habían sido premiadas en el certamen. Al lado de Bilbao famoso por sus escritos antireligiosos que suscitaron en Santiago una protesta y una condenación, escribía y trabajaba el joven Santiago Arcos, educado en Francia, de cuyo espíritu revolucionario parecía estar embriagado, el cual hastiado después de la vida se arrojó al Sena disparándose al mismo tiempo un balazo en las sienes el 1874. Compañero en la afanosa actividad de los espíritus en este tiempo fué también Cristóbal Valdés (1821-1853), abogado de nota, y escritor original de que dan testimonio sus *Estudios histórico-económicos*, y asimismo Victorino Lastarria, autor de varias memorias histórico-políticas y literarias, en lenguaje correcto y castigado, donde se hallan todas las ideas modernas, hasta las naturalistas puesto que no ve en la historia, ni la mano de un destino ciego, ni de una Providencia tutelar.

Otros muchos jóvenes de la alta sociedad de Chile iban á aparecer en la república de las letras, cuyos talentos se estaban elaborando en las

aulas del Instituto Nacional, bajo la dirección de don Antonio Varas, nombrado rector el 1842.

Mucho sirvieron en esta época los esfuerzos de dos personajes eclesiásticos, para que en el orden de las ideas religiosas y sociales no se desviase del todo el nuevo carro del progreso literario. Estos fueron el arzobispo de Santiago don Rafael Valentín Valdivieso, y el nombrado más tarde obispo de la Concepción don José Hipólito Sala.

Hecha esta corta reseña de los sujetos principales que iniciaron el movimiento, veamos qué dirección tomó.

Estaba de moda en aquella época la escuela romántica, por lo que la mayor parte de los jóvenes de entonces seguían poco menos que á ciegas la huella de Zorrilla y Espronceda, de Musset y Víctor Hugo. Las primeras composiciones de sus imitadores se resentían, como era natural, ya de la vaciedad de pensamientos, ya de ese lenguaje altisonante y campanudo que por un momento fascina, aturrulla y no dice nada, ya también de esos sentimientos de exagerada melancolía y loca desesperación que para nada aprovechaban. No hay para qué nombrarlos, una vez que nadie los tomaría ahora por dechados en el bien decir. Más tarde el buen sentido y el estudio de los buenos modelos les hicieron cambiar de rumbo, con lo que sus composiciones, armoniosas de suyo, ganaron en sencillez y elegancia.

Sin menoscabar el mérito de algunos, cuyos acentos interrumpió la muerte, y cuya relación alargaría demasiado esta reseña, vamos á citar los que más influjo han ejercido con sus obras, ó que han merecido bien de las letras.

Por los años de 1842 escribía en *El Mercurio* de Valparaíso el señor Sarmiento, á quien su antipatía á España y á su literatura, le hizo decir entre otras cosas, que « era un desatino estudiar el castellano porque era un idioma muerto para la civilización ». Después echó en cara á los chilenos que no habían sabido hacer un solo verso, porque « el demasiado estudio del idioma y el respeto á los admirables modelos tenían agarrotada su imaginación ». Estas últimas palabras hirieron el orgullo de varios jóvenes instruidos y fundaron en julio del mismo año el *Semanario de Santiago*, para que fuese el órgano de la literatura nacional. Don Salvador Sanfuentes, nacido en Santiago el año de 1817, fué uno de sus más activos colaboradores. Dióse á conocer no sólo como poeta, sino como literato nada vulgar y estadista eminente.

Entre las obras que entonces publicó, se cuenta *El campanario*, leyenda en verso, donde narra la historia de un amor desgraciado, mezclando entre sus aventuras lo chistoso con lo serio, y pintando á la vez con gracia las costumbres coloniales. Más tarde compuso otras leyendas : *El bandido*, en que presenta escenas de amor, de venganza, de rapiña y de muerte acaecidas en el Sur de Chile ; *Inani ó La Laguna de Ranco*, narración bastante tierna del amor desventurado de una india y un blanco en una de las islas de dicha laguna; *Ricardo y Lucía ó La destrucción de la Imperial*, que consta de más de diecisiete mil versos; *Teudo ó Memorias de un solitario* y *Huantemagu*, en que narra el amor de un araucano por una monja robada en un convento de Osorno, cuya extraordinaria virtud triunfa del bárbaro, el cual abandona la vida salvaje para seguir como esclavo á su cautiva. Además de algunas poesías líricas y varias traducciones de Racine y Molière, compuso tres dramas :

Una venganza, *Cora ó la virgen del sol* y *Juana de Nápoles*. Este último de algún mérito, pero frío y de escaso movimiento dramático. También nos ha dejado una memoria : *Chile desde la batalla de Chacabuco hasta la de Maipo*, relación lánguida de un período de tanta actividad como la de aquellos años.

El señor Sanfuentes es el poeta más fecundo de la América española, y es lástima que su imaginación le lleve á discurrir escenas sangrientas y á terminar casi siempre con catástrofes en extremo horribles, especialmente en las tres primeras leyendas. Por lo demás las situaciones en que pone á sus héroes son dramáticas y bien pensadas, y excitan el interés. Su estilo es robusto y sonoro, pero también prosaico, y suele estar afeado en algunos parajes con trasposiciones violentas y expresiones anticuadas. Ocupó en su corta vida varios puestos políticos y murió en Julio de 1860.

Contra las invectivas del señor Sarmiento, acusando á Chile de esterilidad poética [1] levantan su voz los dos poetas que acabamos de citar, y la levantan más alto otros muchos que habiendo estudiado el idioma bajo la dirección de don Andrés Bello, han mostrado cuán lozana crece la planta de la poesía en este pintoresco país. Entre los cuales debe contarse por ser contemporáneo don Hermógenes Irizarri, nacido en Santiago el año de 1819 quien ilustró y amenizó con poesías filosóficas y sobre asuntos ligeros las columnas del *Semanario* y de otros periódicos. En estilo elegante y lenguaje limpio y correcto, pues era escritor que se esmeraba mucho en las formas, nos dejó varias traducciones é imitaciones de Víctor Hugo, de Musset y de Alfredo Vigny, cuyas inspiraciones vació con tanta exactitud en sus versos, que son quizá superiores á sus producciones originales. *La Charla*, peoma satírico lleno de sal y buen humor en que expone las ventajas de la buena conversación y sus inconvenientes, aunque según él, fué imitado de otro italiano, tiene mucha originalidad en los pensamientos. Si en vez de imitar y traducir hubiera volado libremente y por la naturaleza é inspirándose en su corazón, habría enriquecido más la literatura chilena, á juzgar por la flexibilidad de su ingenio que se adaptaba á todos los asuntos, y la facilidad de su versificación. Entre sus poesías originales honran la época una que comienza « Á qué cantar », el *Himno á la Virgen* y los *Pensamientos*, en versos sáficos. Las mismas dotes de atildamiento y corrección brillan en su prosa, como se ve en la *Biografía* del general Mackenna, en las *Cartas sobre el teatro moderno* y numerosos artículos. También ha dirigido la publicación de la *Galería nacional* de hombres célebres de Chile.

Don Guillermo Blest Gana (1829) dió á la estampa sus *Primeros versos*, en lenguaje fluído, pero fueron calificados de quejumbrosos en extremo. En los que ha publicado después bajo el titulo de *Armonías*, hay más vida y variedad. Son dignas de leerse las composiciones *¡Oh juventud!* y *Adiós á Chile*.

En tiempo de la colonia habíanse hecho algunas representaciones teatrales en Chile, cuya diversión continuó siendo del agrado de la sociedad chilena en los primeros años de la patria. Por supuesto que las piezas que se exhibían, más tenían de farsas en que se hacían grandes

1. En los *Recuerdos de provincia*, página 191, reconoció el señor Sarmiento lo infundado de los cargos.

elogios de la libertad y del patriotismo, que de comedias ó dramas, hasta que en 1827 se abrió el primer teatro, y con la actividad y diligencia de don Joaquín Mora, que vino poco después, se pusieron en escena piezas más regulares.

A contar desde 1830 hasta la invasión del romanticismo, se ejercitaron el limeño don Juan Egaña, Camilo Henríquez, Vera y Pintado, Magallanes, Morante, Cabrera Nevares y otros, en cuyos versos, no todo lo que se trataba eran enamoramientos y patriotismo, sino que dominaba el espíritu anti-religioso. Los señores Mora y Bello, con la crítica de entonces, procuraban moderar las pasiones y dar otro rumbo á la dramática en Chile. Ellos también compusieron y tradujeron dramas, y asimismo don Salvador Sanfuentes y otros literatos seducidos ya por la escuela romántica, compusieron y arreglaron piezas á gusto de la nueva sociedad. No obstante muchas de estas representaciones, especialmente *La nona sangrienta*, traducida del francés, y *Angelo tirano de Padua*, de Víctor Hugo, fueron reprobadas por lo mejor y más sensato de Santiago, cuyas quejas subieron hasta el gobierno que dirigió una amonestación al censor de teatros, que á la sazón lo era don Andrés Bello.

En este estado las cosas llamó mucho la atención en 1842 una producción original de don Carlos Bello, que intituló *Los amores del poeta*, drama romántico del cual se ocuparon mucho *El Semanario* y *El Mercurio*. Después escribió otro sobre César Borja, pero su prematura muerte segó en flor muchas esperanzas que de él se habían concebido. Su hermano Juan, literato también y poeta, hizo algunos ensayos en el género que tampoco llegaron á sazón.

La buena sátira, indicio de un entendimiento agudo y perspicaz, y que tan bien sienta en un carácter práctico y reposado, cual suele ser el del chileno, se manifestó en unos artículos amenos é interesantes con que entretuvo á los lectores de algunos periódicos don José Joaquín Vallejo, nacido en Copiapó el año de 1809.

Algo había escrito en esta forma don Manuel Salas en los primeros años de la guerra de la independencia sobre asuntos políticos y de actualidad, y merece un recuerdo especial por la sencillez y gracia el *Diálogo de los porteros*, en que da á conocer los sentimientos que animaban al pueblo chileno durante la época de la revolución. Pero el que dió las primeras muestras de este género en artículos chispeantes fué el señor Vallejo, quien reducido á prisión por el intendente del Maule en 1840, se defendió por medio de la prensa con las armas que le daban su mordacidad y su ingenio.

Lector asiduo de Zorrilla y de Larra, aprendió, sobre todo del segundo, á manejar la anécdota y el chiste con esa sal que suele dar el temperamento á ciertos individuos y que hizo valer en los artículos políticos que publicó en *La guerra á la tiranía* y después en los de costumbres chilenas firmados bajo el seudónimo de *Sotabeche*. Fué elegido dos veces diputado, en cuyo cargo no correspondió á las esperanzas que de él se tenían como escritor; tampoco fué afortunado, aunque no por culpa suya, como encargado de negocios de Chile en Bolivia, y el 1858 una larga enfermedad acabó con su vida.

Con los poetas arriba citados y los que vamos á nombrar confirmaremos que en Chile no hay propiamente esterilidad poética, aunque tampoco podemos llamar exuberancia el número de éstos, siendo por

otra parte cierto lo que dice el señor Menéndez y Pelayo que hasta ahora el suelo de Chile ha producido más historiógrafos, investigadores, gramáticos y economistas que verdaderos poetas. Con todo nos atrevemos á asegurar que si en vez de tomar la poesía por mero entretenimiento, como generalmente se ha hecho, se dedicasen de veras á este divino arte, surgirían vates en buen número, una vez que lo ameno y pintoresco del país les convida á cantar sus bellezas, el amor y conocimiento del idioma los favorece y los ingenios no escasean, sino que abundan; lo que falta es un poco más de estudio de la naturaleza y del arte.

Dignos son, pues, de gratos recuerdos y de ocupar un puesto en el Parnaso chileno don Martín José Lira y don Domingo Arteaga Alemparte. Del primero, nacido en Santiago el año de 1835 y muerto en 1867, corren impresas sus poesías entre las cuales hay algunas de notable mérito literario. Agradan por la melancólica ternura que respiran *A un ave herida* y *¡Cielo!*

El segundo, nacido en Concepción el año de 1835, dióse desde niño al cultivo de las letras, y fué hombre de depurado gusto y literato distinguido. Sobresalen entre sus poesías *Ayer y hoy* y el *Himno al dolor*, oda que mereció los aplausos del ilustre señor Bello. Celoso por que se cultivase en Chile la lengua latina, hizo grandes esfuerzos para que se restableciera de obligación en los colegios, y él la estimó tanto que vertió al castellano el libro primero de la *Eneida*. Su traducción es fiel, y hecha en rotundos y sonorosos versos. Parece que el señor Arteaga quería vincular su fama de poeta á la traducción íntegra del célebre poema, pero la muerte, acaecida á principios de Abril de 1880, no le permitió llevar á cabo un trabajo que hubiera honrado la literatura patria.

Notable como traductor de Víctor Hugo fué también don Emilio Bello [1], nacido en Santiago el año de 1845, quien heredó de su padre don Andrés el amor á las letras, y la admiración por el poeta francés en su primera época, don Emilio, fué un escritor de inspiración y buen gusto, quien á pesar de su delicada salud y cortos años en la carrera de las letras, se hizo notar por la pureza con que manejaba nuestro idioma y sus conocimientos sobre el lenguaje poético.

Entre los que han pulsado la lira, tampoco debemos omitir el nombre de don José Antonio Soffía, nacido en Valparaíso el año de 1843 y muerto el 1886. Estuvo dotado de bellas prendas, y fué poeta fecundo, aunque algo descuidado en el estilo, que mancha frecuentemente con resabios de prosaísmo. En algunas de sus composiciones hay un sentimiento de ternura y cierta delicadeza que agrada; y las odas patrióticas se distinguen por el entusiasmo. En el género que más sobresalió, que fué el satírico, ha publicado muy poco, si bien estos desenfados de su musa andan en la memoria de todos, y quizá se recopilen algún día.

Recuerda también la poesía chilena los nombres de don Antonio Torres y de doña Quiteria Varas, cuyas liras años ha que enlutó la muerte, y

1. La familia del señor Bello ha merecido bien de las letras chilenas. Sin contar al insigne filólogo y poeta don Andrés, los trabajos de sus hijos merecen un recuerdo especial. Don Francisco, el mayor, fué también filólogo y latinista consumado; don Carlos se ensayó en el drama y en la poesía lírica; don Juan en algunas traducciones útiles y, por último, el menor de todos, llamado también don Francisco, abrazó el estado eclesiástico, y fué un notable orador sagrado.

sus versos traen á la memoria el donaire y gracia de que estaba adornado el primero, y la originalidad y delicadeza de sentimientos de la segunda. Pero el que sin duda habría sido una de las glorias de la literatura chilena es don Manuel Blanco Cuartín, nacido en Santiago en 1822 y muerto en 1889. La originalidad y agudeza y el gran conocimiento del idioma saltan desde luego á la vista en las pocas poesías que de él se han publicado. Todavía fué superior en la prosa, y como publicista ocupa uno de los primeros puestos entre los escritores americanos. Su libro *Lo que queda de Voltaire*, hizo enmudecer en Chile á los admiradores de éste.

Los que vamos á nombrar viven aún, y no haremos sino citar algunas de las producciones con que han enriquecido el Parnaso chileno, y son ya del dominio público sin descender á juzgarlos por ellas.

Don Eusebio Lillo, nacido el 1826, es autor de la nueva *Canción nacional*, y en las demás poesías suyas, especialmente en *El junco* y *Recuerdos de un proscrito*, se muestra poéticamente tierno y, en *Loco de amor*, describe con gracia y soltura.

Don Guillermo Matta (1829) es de los poetas más fecundos, y en sus *Cuentos* imitador de los extranjeros. Hablando de uno de estos cuentos dice el venezolano señor Torres Caicedo : « Matta se muestra panteísta en alguna de sus poesías, pero en este libro es ateo puro. La escuela volteriana, no debe olvidarlo el señor Matta, ha venido á ser un anacronismo en la presente edad. La república no puede existir sino á fuerza de virtudes, ha dicho Sismondi, y las principales virtudes nacen del respeto á la creencia religiosa y á la autoridad necesaria. »

También don Eduardo de la Barra (1839) ha dado á luz un libro de *Poesías líricas* y dos volúmenes de rimas bequerianas, en que si no se manifiesta tan fecundo como el anterior es reputado por más original y delicado.

Don Luís Rodríguez Velasco (1839) gozó un tiempo del aura popular por sus poesías en las cuales tuvo acierto de escoger asuntos patrióticos y domésticos y dar á sus versos amenidad é interés. Compuso también un drama *Por amor y por dinero*, después no ha hecho sonar más su lira.

Don Carlos Walker Martínez (1842) publicó hace algunos años sus *Poesías líriras* y *Romances americanos*, los primeros que salían á la luz en Chile, que fueron recibidos con verdadero aplauso por las personas de fe y patriotismo, virtudes que refleja dicho autor en todas sus obras. La leyenda *El Proscrito* y el drama *Manuel Rodríguez* son también obras suyas.

Don Enrique del Solar (1844) á quien une con el anterior ese compañerismo de ideas y sentimientos que adquirieron en su juventud, ha dado á luz varías poesías muy estimables por la delicadeza de los pensamientos, como por lo castizo de la dicción.

Podríamos agregar otros muchos que actualmente están dando muestras de inspiración y sentimientos poéticos como el Presbítero don Esteban Muñoz en su *Colombiada* y don Francisco A. Concha Castillo en su *Elegía al sentimiento*; pero bastan los mencionados para estimular á los jóvenes chilenos al estudio de la divina poesía.

El clero de Chile ha producido un gran número de escritores ilustres por su erudición y sana doctrina.

Monseñor Ignacio Víctor Eyzaguirre es autor de una *Historia eclesiástica de Chile*, que si no logra hoy el crédito que obtuvo en la época de su publicación, será siempre apreciable y digna de ser consultada. Escribió también un libro de viajes, titulado *El catolicismo en presencia de sus desi-*

dentes, que ha sido traducido á varios idiomas, fuera de otras muchas obras ascéticas para el uso de los religiosos y del pueblo cristiano. Pero el mejor de todos sus libros es *Los intereses católicos en América*, donde reunió datos preciosísimos para la historia eclesiástica del continente americano. El estilo del señor Eyzaguirre, fluído y correcto generalmente, degenera á veces en ampuloso, defecto que contrajo por la asídua lectura de Chateaubriand á que se aficionó en su juventud.

Honrosa página en la historia de las ciencias y letras eclesiásticas tiene asimismo don Justo Donoso que falleció en 1868 siendo obispo de la Serena. De su mucho celo é ilustración especialmente en materia de Derecho, son testimonio sus obras : *Manual del párroco americano*, *Instituciones del Derecho canónico americano*, *Diccionario teológico, canónico y litúrgico*, *Guia del párroco y del sacerdote*, etc., fuera de otros escritos en bien de la sociedad, pues fué uno de los fundadores y colaboradores de la *Revista católica.*

Notables son también como escritores los ilustrísimos señores don Rafael Valdivieso (1804-1878), arzobispo de Santiago, y don José Hipólito Salas, obispo de Concepción (1812-1883). Ambos fueron defensores incansables de la causa católica en los periódicos y en los libros, donde dieron muestras brillantísimas de su mucho saber. Tenemos del primero dos oraciones fúnebres, que se leen con verdadero entusiasmo : la de don Diego Portales, y la pronunciada en las solemnes exequias por los muertos en la batalla del Yungay.

El señor Salas era todo un orador sagrado : á su voz grave y sonora, y á su majestuosa presencia, acompañaba el dón de la palabra, que parecía haber heredado de Bossuet, á quien imitó en las oraciones fúnebres. De estos trabajos vivirán muchos, así como sus cartas pastorales, cada una de las cuales es un tesoro de elocuencia evangélica, en que luce sus riquezas la lengua castellana. Como polemista político-religioso puede colocarse por sus folletos á la altura de los más fervientes y avezados á la lucha en el viejo mundo. El señor Salas es también autor de una *Memoria sobre el servicio personal ae los indígenas en Chile*, obra de largo aliento que será siempre leida con provecho y gusto.

Por ser de cuestiones difíciles y de sumo interés merece citarse la obra del Padre Zoilo Villalón de la Compañía de Jesús, *Concordancia del derecho chileno con la teología moral en materia de justicia*, que ha sido muy estimada de las personas doctas.

En la oratoria parlamentaria se ha distinguido entre otros, que ya no existen, el sabio legislador don Mariano Egaña, el honrado republicano don Manuel Antonio Tocornal y don Manuel Montt, hombre de severo raciocinio, más que de fascinadora elocuencia.

Entre los que se ejercitaban en la historia y que han pasado ya de esta vida, merecen citarse don Diego Benavente por sus *Primeras campañas de la independencia*; don Manuel Antonio Tocornal, por su obrita *El primer gobierno nacional*; y el señor García Reyes por su interesante escrito *Historia de la escuadra chilena.*

Fecundo entre los historiadores chilenos ha sido don Benjamín Vicuña Mackenna (1831-1886), escritor adornado de relevantes cualidades, á las cuales no correspondió siempre como historiador y como hombre de gusto literario. Numerosas han sido sus publicaciones, y aun parece que deja no pocos trabajos inéditos. El señor Vicuña es uno de los ciuda-

danos más beneméritos de las letras patrias, por los servicios que ha hecho al país, recopilando los más preciosos y raros materiales para la historia, entre los cuales se cuenta la *Historia de Chile* por el P. Diego Rosales de la Compañía de Jesús, cuya adquisición é impresión le costó mucho dinero y no pequeñas molestias.

Sus mejores obras son : *Don Diego Portales*, sus *Viajes*, la *Biografía del general O'Higgins* y la *Guerra á muerte.*

No ha sido menos fecundo ni diligente don Miguel Luis Amunátegui (1828-1888 , á quien le es deudora la literatura patria de grandes servicios, no sólo por lo que ha escrito, sino por los preciosos documentos que ha ido allegando para la historia. Dióse á conocer desde muy joven en la redacción de la *Revista de Santiago* y por una especie de novela histórica titulada *Una conspiración en 1780.* Ganada por oposición la clase de literatura en el Instituto Nacional se dedicó con más ahinco al estudio y prosiguió dando á luz varias producciones literarias.

Una de las principales fué la *Memoria sobre la reconquista española*, en que trazó un cuadro de los acontecimientos más notables del período desde 1814 hasta 1817 y fué premiada en el concurso literario de 1850. Después escribió *La Dictadura de O'Higgins*, memoria que le encomendó la Facultad de Humanidades y que presentó á la Universidad en 1853 en la cual están relatados con orden los principales hechos de la época de la independencia y retratados así el carácter del protagonista, como el de los prohombres de aquel tiempo, entre ellos Miguel Carrera, por quien no oculta sus simpatías. Estas son sus mejores obras históricas tanto por el fondo como por la forma. Otro de los escritos notables del señor Amunátegui por los sólidos principios que asienta, claridad y orden de los argumentos y hasta por su lenguaje, puro y correcto, es la *Memoria* sobre los títulos que tiene la República de Chile á la soberanía y dominio de la extremidad actual del continente americano.

Por lo que toca á los demás escritos suyos tanto históricos como biográficos, que son en gran número, se muestra en ellos investigador diligente más bien que hábil historiador, no tiene el arte de pintar una época y dar á conocer al personaje tal cual fué, contentándose con aglomerar citas, datos y documentos lo que es propio de un compilador. Tal aparece por ejemplo en la extensa vida de don Andrés Bello que precede á sus obras.

Nos ha dejado varios escritos críticos filológicos, que con los históricos le hacen benemérito de la literatura chilena. Casi todas sus obras las ha compuesto en colaboración con su hermano Gregorio.

Los que vamos á nombrar ahora viven aún, y como dijimos al hablar de los poetas, no haremos sino citar algunas producciones sobre diversos géneros que ya todos conocen, como testimonio del celo por el progreso y gloria de las letras.

Don Crescente Errázuriz (1729) (hoy religioso de Santo Domingo) fuera de muchos é interesantes artículos históricos sobre la Colonia, ha publicado una obra de mucho estudio con el título de *Seis años de Historia de Chile* en que trasladándose á los tiempos coloniales, pone á la vista uno de aquellos períodos, con tal arte y habilidad que parece hacer revivir los personajes de ese tiempo con sus creencias y costumbres. También ha dado á luz *Los orígenes de la Iglesia Chilena.*

Don Ramón Sotomayor Valdés (1830) en el *Ensayo sobre Bolivia* ha bos-

quejado un cuadro bastante exacto de la historia política de este país y de sus revoluciones. Asimismo fué muy bien recibida la parte que publicó de la *Historia de Chile*, por lo que todos desean su continuación.

Don Diego Barros Arana (1830), hombre laborioso, dedicado desde su juventud á la historia y la literatura de cuyos géneros dió á luz algunas producciones, ha publicado en estos últimos años su principal obra, *Historia de Chile* en diez tomos, en cuyo relato llega hasta el año 1818.

Entre los estudios históricos merece recordarse el que sobre el célebre ministro *Diego Portales* ha hecho don Carlos Walker Martínez revelándonos su carácter como hombre público y privado, poniéndonos á la vista la política que adoptó y el influjo que ejerció entonces y después de su muerte en los destinos de la República de Chile.

Escritor en muchos géneros y uno de los más distinguidos publicistas de la república es don Zorobabel Rodríguez (1839). Compuso una novela: *La cueva del loco Eustaquio*, é hizo un estudio muy importante sobre *Francisco Bilbao*. El *Diccionario de chilenismos* es otro trabajo de interés y curiosidad que va á refundir dentro de poco tiempo. Todas sus producciones bastantes en número las ha recopilado en tres volúmenes que llevan el título de *Miscelánea literaria, política y religiosa.*

No es menos fecundo don Daniel Barros Grez (1834) como de ello dan testimonio sus novelas, sus fábulas y comedias, y sobre todo los estudios filológicos, de los que ha dado á luz gran parte como preparación á su *Diccionario enciclopédico etimológico*, obra que constará, según dicen, de cinco grandes volúmenes redactados en francés y castellano, que vendrá á ser una especie de filosofía de los idiomas con el correspondiente estudio etimológico y fónico de las palabras.

Como novelista de estilo espontáneo y rico de colores es don Alberto Blest Gana (1831) cuyas cualidades lucen en sus obras, especialmente *Martín Rivas*, *La aritmética en el amor* y *El ideal de un calavera.*

Brillan asimismo las dotes del novelista en las producciones de don Enrique del Solar, recibidas con aplauso, y algunas premiadas en concurso.

Son dignos de alabanza los esfuerzos de don Antonio Espiñeira y don Ramón Vial por el cultivo del arte dramático en un suelo que parecía enteramente estéril, así como los *Estudios críticos* de don Pedro N. Cruz, el *Derecho público eclesiástico* y las obras filosófico-místicas de don Rafael Fernández Concha.

XIV

BRASIL

Así como la literatura española ha recibido un aumento considerable con las producciones de las repúblicas que traen su origen de España, del mismo modo la Portuguesa ha sido también enriquecida en el Brasil con un tesoro de libros muy estimables de historia, de derecho y de ciencias naturales, no menos que de obras de crítica y gran número de producciones poéticas en todos géneros. Pero á pesar de este movimiento la vida intelectual del pueblo brasilero es muy poco conocida en las demás naciones, que se contentan con recibir los frutos naturales de esta riquisíma y dilatada región sin cuidarse mucho de las obras literarias de sus hijos.

La literatura del Brasil no tiene, puede decirse, carácter propio, sino de importación, es decir, el que le han impreso las diversas literaturas que más influencia han ejercido con sus escritos, como son la portuguesa, la francesa y últimamente la alemana. Y aunque Silvio Romero dice que el pueblo brasilero no es de los más fantásticos y supersticiosos, pero sí de los desanimados y apáticos, vemos no obstante, que las ciencias naturales han florecido y florecen en aquella región, y que pueden ostentar un buen número de literatos y hombres de ciencias que honrarían á cualquiera república. Entre los primeros no puede menos de hacerse mención de don Juan Manuel Pereira de Silva, nacido en 1819. Muchas son las obras que le han dado justa fama en América y Europa, que le acredita de publicista y orador notable, de poeta, de historiador y novelista, y merecido que algunas de ellas hayan sido traducidas al francés y al italiano. Asímismo González Díaz A., llamado el cantor de la raza indígena, nacido en Marañón (1823-1866), ha llamado la atención de los hombres de buen gusto con sus *Cantos* perfeccionados en otra edición, y con sus *Ultimos Versos* no menos suaves y armoniosos. También Gonçalves de Magalhaes.

Domingo José ha cultivado la poesía con honra del nombre brasilero, cuyos *Suspiros poéticos* y *Soledades* fueron recibidos con mucho aplauso, y se ha ejercitado además en la composición de algunos dramas, y ha dado á luz un hermoso poema, *Confederacion de los Tamayos*.

A los nombres de Guimaraes Pinheiro y Guimaraes Luis, satírico el primero y dramático el segundo, podríamos añadir los nombres de

Gonzalez Crespo, Almeida y de otros muchos que cultivan con provecho este ramo de la literatura de su país, en que los aficionados á las musas se sienten como atraídos y convidados por la hermosa y exuberante naturaleza de los trópicos.

Sobresale entre los que se han dedicado á investigar puntos de historia americana, el Barón de Porto Seguro don Francisco Adolfo Varnhagen, autor de algunos trabajos interesantes y de la *Historia del Brasil* que ha sido recibida con general aceptación, y como etnógrafo de vastos conocimientos señalaban los brasileros á Conto de Magalhaes. Es elogiado por los mismos como naturalista de nota Barbosa Rodriguez, Bautista Gaetano como filósofo, Ladislao Netto como botánico y Araujo Ribeiro como geólogo.

Álvaro Teixeira. La composición más celebrada de este diplomático poeta es la que intituló *A Festa de Baldo* que, á pesar de los elogios que le han tributado Wolf, Varnhagen, Joaquim de Mello, Pereira da Costa y otros escritores, no pasa de ser una apariencia ó sombra de poema satírico falto de alma, como lo sostiene paladinamente Sylvio Romero.

El autor de dicho poema, escribe el crítico citado, carecía de imaginación, de los recursos de la forma y de aquella fuerza humorístico-satírica que distingue á los verdaderos genios cómicos. Las escenas, costumbres y tipos populares de esta escena son falsos y falsísimas también las situaciones.

Para evidenciar lo fútil de esta obra bástanos referir el argumento. Trátase de la mujer de un escribano, la cual huye de su casa por la sencilla razón de que su esposo se niega á celebrar con un banquete el cumpleaños de sus desposorios. Cede por fin Baldo á los deseos de su esposa Clara y hechas las paces se apodera de los dos tal alegría que salen á recibir á sus amigos, él con la canastilla de costura por bonete, y ella con la bata que usa Baldo en su escritorio.

Gonçalves de Magalhães. Ningún escritor brasilero hizo una carrera tan rápida y brillante, ninguno adquirió tanta fama como Gonçalves de Magalhães; pero jamás escritor alguno brasilero cayó tan pronto como él en el olvido. Sus principales producciones literarias son : como poeta lírico los *Suspiros Poéticos*, mayormente la obra titulada *Napoleão em Waterloo*; como épico la *Confederação dos Tamoyos*, episodio de la conquista del Brasil por las armas portuguesas; como dramático *Antonio José ou o Poeta e a Inquisição*, tragedia metafísica en demasía, y como filósofo los *Factos do Espirito Humano.*

Fué siempre un clásico entre los románticos, bien que como éstos maldecía por sistema lo presente y divinizaba al poeta y su misión. La monotonía, la falta de colorido, el prosaísmo, la vaguedad en cuestión de caracteres son los defectos capitales de sus composiciones. Por lo que respecta al fondo se deja traslucir cierto espiritualismo á lo Cousin y Malebranche con visos de panteísmo.

Gonçalves Dias. Gonçalvez Dias, que ocupa como crítico histórico, etnólogo y dramático uno de los principales puestos entre los literatos brasileros, como poeta épico y más aún como lírico, no

tiene rival en sus país. « Ninguno mejor que él, escribía en 1870 su compatriota Fernandes Pinheiro, comprendió y puso en práctica las leyes de este dificilísimo género de composiciones. El alma entusiasta y noble del poeta refléjase en sus cantos, y jamás dejó de mostrar en ellos los impulsos generosos que le guiaban. »

El mismo Wolf nos dice, y lo confirma Herculano, que las poesías americanas de Gonçalves triunfaron de las *Brazilianas* de Araujo Porto Alegre, y que en el colorido de sus cuadros y en la plástica representación de la espléndida naturaleza tropical dejó muy atrás á sus émulos.

Las principales obras de Gonçalves son : *As Amazonas*, estudio histórico; *O Brazil e a Oceania*, estudio etnológico; *Leonor de Mendouça*, drama; *Os Tymbiras*, cuatro fragmentos de epopeya brasilera, y sus *Primeiros, Segundos e Ultimos Cantos*, divididos en *Poesias diversas*, *Poesias americanas*, *Visoes*, *Hymnos* y *Sextilhas de Frei Antão*.

Araujo Porto Alegre. El poema *Colombo* que forma un volumen de 950 páginas, y la colección de poemas que vieron la luz bajo el título de *Brazilianas* son los dos trabajos literarios que han conseguido justa nombradía para su autor Araujo Porto Alegre. Muéstrase en el primero un poco extravagante, difuso y desigual; pero su versificación es sonora, el conjunto arguye suma erudición y abunda en bellísimas descripciones. Por lo que al segundo toca vense con profusión desparramados cuadros grandiosos, paisajes variadísimos, pinturas magistrales, prueba inequívoca de la energía de su alma; pero las escenas son siempre del mundo exterior. En todo el volumen de las *Brazilianas* no aparece un solo rasgo de poesía íntima ó psicológica.

Son dignos de especial elogio sus poemitas *Voz da Natureza*, *Destruicão das Florestas* y *O Corcovado*. En todos ellos predomina el brillante talento descriptivo y la tendencia siempre plausible de dar un verdadero tinte de nacionalidad á la patria literatura.

Macedo. Poeta de singular facilidad y rica vena es el novelista, lírico y dramático Joaquim Macedo, nacido en 1820. Después de haberse ensayado en la novela de costumbres como *Morenilha*, *O forasteiro*, etc., publicó en varios periódicos brasileros un sinnúmero de poesías líricas y algunas tentativas dramáticas, v. g. : *Cobé*, drama universal, *Fantasma branco* y *Luxo Baitada*, comedias que fueron muy aplaudidas; pero la obra que le ha hecho más célebre entre sus compatriotas y en el extranjero es á no dudarlo el excelente poema épico-lírico titulado *A Nebulosa*, rico en descripciones y el más castizo y nacional de cuantos ha inspirado la musa brasilera.

LA NOVELA Y EL DRAMA EN EL BRASIL

Ni la novela ni el drama, han seguido en el Brasil un desarrollo paralelo al del género lírico. Preparó el camino para la novela Teixeira y Souza, escritor mediano y falto de savia. Prosperó con importancia relativa bajo el punto de vista sociológico y se manifestó original y conforme con los caracteres del país en José de Alençar: apareció fiel reflejo de las

costumbres campesinas en Franklin Tavora; dióle empuje decisivo en la direccion naturalista Luis Acevedo, imitando á todos ellos en épocas distintas y con desigual éxito Manuel de Almeida, Machado de Assis, Inglez de Souza, Bernardo Guimarães, Carneiro Vilella y Araripe Junior.

Con más lentitud aún que la novela ha caminado el teatro en el Brasil. La escena cómica está representada en sus comienzos por Penna, Teixeira, Machado, Alençar y Agrario. Influidos en parte por los trabajos de estos autores se ejercitaron en el drama Quintino Bocayuva, Castro Lopes, Pinheiro Guimarães, Nabuco, Aquiles Barejas y otros muchos. Esto no obstante el teatro brasilero no ha producido todavía una obra maestra : todavía está por empuñarse el cetro de la escena.

XV

LITERATURA NORTE-AMERICANA

ESTADOS UNIDOS DE NORTE-AMERICA

Hasta el año de 1830 poco tiempo habían tenido los ciudadanos de esta vasta y próspera república, para ocuparse en las bellas letras, porque la organización de su país y el impulso material mismo absorbían la atención y la actividad de los hombres de talento; pero no estaban enteramente descuidadas por esto al principio del siglo ni las ciencias ni la literatura, máxime teniendo á Inglaterra por modelo y aliciente. Además hubo siempre cierto número de talentos jóvenes que fueron á estudiar en las universidades de Europa; de suerte que en el tercer decenio ya hubo allí literatos de celebridad universal, entre los cuales figuran en primera línea Fenimore Cooper (1789-1851) y Washington Irving (1783-1859). El primero salió en 1821 á la escena del mundo con su novela celebérrima *El Espía*, á la que siguieron rápidamente las no menos célebres : *Los Colonos*, *El Piloto*, *El último Mohicano* y otras. Era un genio original aunque algo influido ó mejor dicho excitado por las obras de Walter Scott, pues sólo la lectura de las obras de éste despertó su talento propio. Las novelas de Cooper además del talento literario respiran un aroma puro de la naturaleza americana, de sus selvas y páramos, de sus montañas y ríos, de su libertad, de su savia robusta; y todo esto no por ilusiones poéticas, sino copiado de la realidad. Estas cualidades aumentaron en la Europa rutinaria y reglamentada el efecto de contraste, de la novedad, del amor á la naturaleza y despertó en las naciones más aletargadas y pobres un inmenso deseo de trasladarse al nuevo mundo, con esperanzas que debieron quedar casi siempre defraudadas para aquellos que no llevaban allí, además de recursos pecuniarios, alguna iniciativa.

Irving alcanzó su primera victoria en la literatura con su *Libro de notas de Godofredo Crayon*, publicado en 1820, que por lo que toca á naturalidad, vida y lozanía no ha sido oscurecido por ninguna de sus obras posteriores.

En el período de 1830 á 1840 figuraron como corifeos Guillermo Bryant, Enrique Wadswort Longfellow y Eduardo Allan Poe, nacidos respectivamente en 1794, 1807 y 1811.

Muchos comparan al primero á Cooper, pero es más sentimental, y sus

imágenes é ideas son más ricas. Sus primeras obras, *Tanatopsis* y *Los Siglos*, datan de 1816 y 1821; pero hasta por el año de 1830 no llegó su fama á Europa.

Poe, genio apasionadísimo y por demás fantástico, perteneció á aquellos que se dejan dominar por el vicio y no llegan á dar de sí lo que podrían. Siempre ebrio, murió en la flor de su edad del *delirium tremens*. En sus novelas y poesías reina un sentimentalismo profundo, lúgubre y pesimista, que se comunica irresistiblemente al lector y le hace padecer los mismos tormentos que debían desgarrar el alma del autor. Sus mejores producciones son *Annabel Lee* y *El Cuervo*.

Entre los innumerables novelistas que sucedieron á Cooper é Irving sólo alcanzó fama fuera de su país Donald Grant Michel, nacido en 1822, con sus *Ensueños de un soltero*, aunque otras obras como *The lorgnete* no merecen menos ser traducidas á otros idiomas.

En los Estados Unidos se escribe mucho y se lee mucho más, pero gusto, tacto y mérito elevado hay muy poco; por esto es tan grande el número de las mujeres que escriben y de las que matan el tiempo leyendo.

Entre los poetas líricos ocupa el primer puesto Longfellow, muerto en 1882. Sus obras principales son *La leyenda de Oro*, *Evangelina*, que ha sido traducida en muchos idiomas, y *El canto de Hiavata*. Esta última poesía, que publicó en 1855, tiene por asunto leyendas indias norte-americanas, y es quizás una de las creaciones épicas más grandes que se conocen; en ella presenta el autor un sentimiento y originalidad que se echan de menos en sus demás obras y principalmente en sus novelas.

Para dar cima á estos pobrísimos *Apuntes* citaremos algo de lo que sobre *Evangelina* ha escrito su elegante traductor el poeta chileno Carlos Morla Vicuña.

« *Evangelina*, dice, es un romance escrito en exámetros ingleses sobre un argumento francés é histórico por el poeta norte-americano Enrique Wadsworth Longfellow.

Longfellow ha cantado en este que él llama modestamente cuento de la Acadia, que muchos han calificado de poema, y que Philarete Chasles denomina romance, las desgraciadas aventuras de aquel pueblo pastoril, y escoge sus personajes de entre aquellas familias de labradores é industriales. *Evangelina* es ante todo un poema descriptivo americano. Las escenas de la vida pastoril se encuentran pintadas en él con tal arte y perfección, aun en sus detalles más delicados, que el lector atento, más que ante una descripción escrita, se figura estar frente á un cuadro acabado, fruto de un pincel magistral.

Aun más fascinadora es la impresión que deja en el alma la pintura de las grandiosas vistas de la virgen naturaleza de este continente. El poeta, con la sublime audacia del genio, se ha cernido sobre el gigantesco panorama, y con la mirada de águila, al mismo tiempo que ha abarcado el imponente conjunto, ha sabido penetrar hasta sus misteriosos retretes. La vida entera de un gran pintor y la tela más colosal no habrían presentado suficiente espacio de tiempo y de lugar para la copia de tan extraordinario espectáculo. La poesía, más poderosa y atrevida que aquellos elementos materiales, ha logrado encerrar en sus límites esa hermosa perspectiva, y á Longfellow ha cabido el honor de producir el marco artístico que la circunda.

Longfellow, es verdad, no ha introducido nada exclusivamente suyo en sus descripciones, no ha empañado su espejo con sus propias fantasías, y esto es precisamente lo que hace su elogio y constituye su mérito. Su bella imaginación se limita á reflejar con sinceridad, y copia á la naturaleza como sólo copia el genio.

Esta es una verdad tan palpable que, habiendo acometido la misma obra dos espíritus igualmente superiores, aunque de caracteres muy diversos, se puede descubrir en sus producciones la analogía de la fidelidad. Las magníficas descripciones que se hallan en *Evangelina*, de la vegetación exuberante, de los ríos caudalosos y de las dilatadas praderas pobladas de una prodigiosa variedad de animales que vagan sin dueño, suscitan inmediatamente en la memoria las pinturas ricas en colorido, que del seno de este mismo continente nos ha legado Chateaubriand en el prólogo de su *Atala* y en las páginas de sus *Natchez*. La misión católica, vanguardia de la civilización, sepultada entre las selvas seculares; el venerable y paternal sacerdote que la preside y el tierno culto que tributan, en un santuario agreste, los candorosos salvajes fascinados por las dulzuras de la religión, hieren la imaginación al escritor francés y al poeta americano de una manera suficientemente diversa para dejar comprobada la originalidad de ambos, pero con cierta espiritual analogía en el fondo, que revela que el genio les es común.

Chateaubriand y Longfellow, organismos igualmente finos y oidos ambos de una superior delicadeza, han percibido, vagando por el regazo de este nuevo mundo, una como eterna y mágica armonía, y la han trasladado fielmente, en su prosa el uno, y el otro en sus solemnes y melodiosos versos.

La moralidad, la pureza, el amor al deber, la santidad de las afecciones y la familia profundamente impresos en el poema, constituyen su alma y son como su inspiración secreta.

El crítico americano Whippley ha juzgado elocuentemente esta composición. Longfellow, ha dicho, ocupa un término medio entre la poesía de la vida actual y la del trascendentalismo. Idealiza la vida real, descubre nuevos significados en alguna de sus faces más ásperas, reviste de imágenes familiares los pensamientos más sutiles y delicados, presenta el sentimiento moral más alto en la forma más noble y hermosa, entreteje los hilos de oro del ser espiritual con la tela de la vida ordinaria y sabe distinguir las más profundas simpatías del corazón.

El Cardenal Wiseman, que es sin duda autoridad en materia de moral, ha ceñido también la frente de este poeta con su modesto lauro, expresándose así, á su respecto, en una conferencia á los pobres de Londres : « Ya nos encante la riqueza de sus imágenes, ya nos arrulle su melodiosa versificación; ora nos eleve con las altas enseñanzas morales de su casta musa, ora nos compela á seguir con corazones simpáticos la peregrinación de *Evangelina*, estoy seguro que cuantos me escuchan se unirán á mí en el tributo que deseo pagar al genio de Longfellow. »

Con aplausos de semejante procedencia bien puede hacerse mención sin peligro de la crítica que *Evangelina* mereció á Edgardo Poe. Juzgó del caso este fantástico novelista el denunciar, refiriéndose á este poema, su propósito de inculcar la moral, como una intrusión de la poesía en una esfera que no le corresponde, pues á su modo de ver lo bello y lo sublime son su propio y único terreno.

Mi admiración por este poema como obra moral y artística me ha inducido a traducirlo á nuestro idioma. El es una demostración viva de que en los afectos profundos y en la fe perseverante es donde se halla el fresco manantial de la más noble poesía. Se ha hecho tan común, en los ultimos tiempos, el buscar el estro en las sombras del desengaño y en el vacio del esceplicismo con una calumniosa y ridícula afectación, que me consideraría muy feliz si, en premio de mi esfuerzo, lograra que algunos buenos talentos, extraviados, á pesar de su buen fondo, por el mal gusto, dieran otro giro á sus ideas literarias, en presencia de la obra de un poeta protestante que tiende á rehabilitar en literatura la fe en todas las grandes y nobles cualidades del corazón humano.

XVI

LITERATURAS ESCANDINAVA, ESLAVA Y HÚNGARA

LITERATURA ESCANDINAVA

DINAMARCA

Baggesen. Juan Ewald y sus partidarios trataron de fundar una poesía nacional sobre la antigua de su país resucitada; pero no consiguieron nada digno de nota. El primero que empezó á dar verdadero empuje á la literatura danesa fué Juan M. Baggesen, que, como otros compatriotas suyos, ha escrito también en alemán. Dotado de verdadero genio poético, y conocedor profundo de la antigüedad griega y latina, tomó por modelo á Klopstock en el género sublime, y en el cómico á Wieland. Sobresalió en toda clase de composiciones ligeras, como canciones, epístolas, idilios, epigramas, etc., y publicó varios poemas como *Partheniada*, ó el viaje á los Alpes, especie de idilio épico á la manera de *Hermann y Dorotea*, y *Adán y Eva*, poema heroi-cómico en que la serpiente y Eva conversan en francés.

Fué muy celebrada su comedia satírica *Fausto* por el modo cáustico y saleroso con que ridiculiza á los filósofos y poetas de opiniones extravagantes y desordenada fantasía; y en su drama *Ogier el danés*, uno de los paladines de Carlomagno, se muestra digno émulo de Œhlenschlæger.

Œhlenschlæger. Al principio del siglo XIX comunicóse desde Alemania el movimiento romántico á Dinamarca, siendo su apóstol Steffens, el discípulo de Schelling, y á cuyo derredor se agruparon otros jóvenes, entre los cuales se distinguió Adán Œhlenschlæger que se erigió pronto en jefe de la escuela romántica, ocupando aún el primer puesto entre los poetas de su país. Abusó de los motivos míticos escandinavos, y defendió la religión de Odín contra el cristianismo; lo cual no quita que haya que reconocerle un gran talento. Estos mitos nebulosos, con sus gigantes más vagos todavía, se apoderaron de la juventud danesa, que de exageración en exageración acabó por perder su contacto con la vida real y con las nuevas ideas.

Sus dramas líricos son : *Fostbröderne* (hermanos en guerra), *San Olao*, *Hugo Rheinberg*. Sus comedias : *El Hijo del Pastor* y *El altar de Freya*. Escribió también un poema mitológico, *Los Dioses del Norte*; resucitó la *Saga heroica* en su bellísimo poema *Helge*, é hizo gala de su imaginación oriental en el poema caballeresco que intituló *Aladino*.

Andersen. Cristiano Andersen es uno de los escritores más originales del siglo XIX. Adquirió primero fama en el extranjero que en su patria. El primer libro que oyó leer siendo aún muy niño, fué el de las *Mil y una noches*, que abrió espacios inmensos á su tierna y precoz imaginación. Tenía apenas diez y nueve años cuando se dió á conocer con una poesía *El niño moribundo*, que tuvo un éxito prodigioso. En 1828 escribió una obra seria, aunque fantástica, *Viaje al pie del canal de Holin, en la punta oriental de Amager*, obra que le abrió las puertas de todos los salones, y en 1830 publicó sus *Poesías* (*Digte*), que fueron muy bien recibidas. La versión alemana de las obras de Andersen, hecha por autores tan reputados como Tieck y Chamisso, las generalizó en el resto de Europa. Durante sus excursiones por diferentes países, publicó importantes obras de todos géneros : novelas, dramas, comedias, zarzuelas, trabajos periodísticos; pero su producción más conocida y apreciada es la preciosa colección de *Cuentos*, cuyas ideas generadoras brotaban, como él dice, de su imaginación de repente y sin darse cuenta de ello : como las melodías nacen en la cabeza de los compositores con fuerza espontánea é inexplicable.

La nota característica de estos cuentos es la pureza, la delicadeza, la suavidad, así en la parte literaria como en su sentido moral y filosófico.

A fuer de poeta privilegiado y hechicero, supo Andersen animar el corazón de los hombres, prestar un lenguaje á propósito á los animales, dar vida y carácter á los objetos inanimados, poblar de seres desde el cáliz de las flores al infinito espacio, prestar acentos al viento, á los rayos del sol, á las brumas, y en fin supo combinar siempre con éxito la realidad con la imaginación, el hombre con la naturaleza, el sentimiento interno con las galas de lo creado y de lo fantástico.

NORUEGA

Björntsjerne Björnson. Uno de los pocos representantes del drama moderno en Noruega es el protestante Björnson, autor menos sombrío que Enrique Ibsen, pero como él enemigo del catolicismo. Observador, artista y poeta, ha hecho un detenido estudio de la vida, exterior é interiormente considerada.

En su grandioso drama histórico *El Rey Sigurd* muéstrase realista apasionado; pero abandonó muy en breve el realismo para plantar sus reales en el campo de la psicología, indicando los misterios del alma, exponiendo la relación entre las ideas y los hechos, y explicando el origen, desarrollo y término de los acontecimientos humanos. Imbuído en los principios malsanos de Stuart Mill, Darwin, Spencer, Stendhal, Taine, Comte y otros de la misma laya, los dramas de Björnson, escritos en su segundo período literario, abundan en principios esencialmente materialistas. De ahí el que con serenidad olímpica asegure que « el

estado psicológico no es más que la dependencia, el efecto del estado fisiológico », que « la fe en las verdades reveladas, en lo sobrenatural, en el milagro, es al presente una ñoñez propia tan sólo de almas que no tienen experiencia de la vida. » Así, por ejemplo, la heroína de su último drama *Miras elevadas*, drama en que el autor se propuso atacar la creencia de los milagros, es una histérica cuya alucinación explica Björnson por causas puramente fisiológicas, por los testimonios de Charcot y de Richet, por un diagnóstico de síntomas determinados.

De lo dicho se colige que aun cuando Björnson no es pesimista como Ibsen, sino optimista á lo Goethe, sus obras son muy peligrosas para toda alma educada según los principios salvadores del cristianismo.

Ibsen. En una obra publicada en 1893 bajo el título de *El drama noruego*, estudia M. Ernesto Tissot á Ibsen como dramático, como filósofo y como moralista. Al primer período literario de Ibsen (1828-1864) pertenecen: *Catilina*, obra, al parecer, de un dramático principiante ; *La castellanía de Oëstrot*, drama histórico, difuso y lleno de consideraciones políticas, pero inspirado por el más ardiente patriotismo ; *Los Guerreros de Helgeland*, drama realista á la manera escandinava de los *Niebelungos*; *La Comedia del amor*, sátira denigrante que escandalizó á todos sus compatriotas y le valió el destierro; *Los Pretendientes á la corona*, drama histórico en cinco actos que no tuvo éxito á causa de la aversión con que á Ibsen miraron los noruegos desde que se representó *La Comedia del amor*.

Durante su destierro, ó sea en su segundo período, escribió dos poemas filosófico-dramáticos de cinco mil versos: *Brand* (1866) y *Peer Gynt* (1867). *Brand* representa, según el autor, lo que el pueblo noruego no es, y *Peer Gynt* lo que es. *Brand* es un hombre de férrea voluntad que lo sacrifica todo á fuer de conseguir lo que pretende ; *Peer Gynt* es la personificación del ocio, de la duda y del egoísmo: es el *Fausto* de la Escandinavia. En Dresde publicó una comedia titulada *La unión de la juventud*, en la cual critica sin tregua ni cuartel la política noruega; y cuatro años después publicó el drama filosófico *Emperador y Galileo*, en que expone la lucha entre el paganismo y el cristianismo, y la victoria de éste sobre aquél : si bien augura nuestro Enrique que este triunfo será muy pasajero.

Ibsen *moralista*, es decir, en su tercer período (1877-1891), ha producido entre otros dramas : *Casa de muñecas* y *La dama del mar*, en que expone sus teorías acerca de la igualdad absoluta de los sexos, ó como si dijéramos acerca de la emancipación de la mujer; *Los Espectros* (*Los Aparecidos*, según otros), drama que tiene muchos puntos de contacto con el *Obstáculo* de Daudet, y en que estudia *la herencia* fisiológica en su respecto patológico; *Un enemigo de la sociedad*; *Rosmersholm*; *Edda Gabler* y *El pato silvestre*, obra alegórica en que el alma humana se nos presenta bajo el triste símbolo de un pato cojo.

Estas son las principales obras de Ibsen, de este « soñador eterno, como observa Clarín, de una nueva religión, que vendrá á ser una como amalgama entre la teoría del placer, síntesis de las creencias paganas, y de la teoría del sacrificio, de la abnegación y renuncia, base de la doctrina cristiana ». Y es así que en la mayor parte de las producciones de este vate, que son, al decir de Tissot, « fruto de la desesperación ó del

odio, y en las que no encontraremos idea alguna que no hayan expuesto á su manera Schopenhauer, Taine, Renán y su comparsa, se anuncia, con más bombo que sindéresis, la aparición de una época que unirá con lazo indisoluble la verdad y la belleza, la moral y el arte, el espíritu y la materia. Vendrá, en fin, un nuevo Mesías; no el Mesías del pueblo judío, sino el Mesías que ha de dominar al mundo, el Dios-Emperador, el Emperador-Dios.

¡Por dicha nuestra Ibsen no es profeta ni hijo de profetas!

SUECIA

Dos escuelas á cual más oscura seguían los poetas suecos : la *fosforista* ó romantica y la *goda*, que quería fundar una literatura sobre los cantos y ritos escandinavos antiguos.

Franzen. Aunque es cierto que la tendencia anacrónica y el amor á las antiguas tradiciones germánicas de Islandia, impidieron en Suecia la creación de una poesía moderna aceptable, todavía, es digno de especial mención, por haber contribuido como bueno al movimiento general de la literatura de su patria, Miguel Franzen, poeta lírico, lleno de encantadoras armonías, al par que biógrafo é historiador profundo. Sus escritos se recomiendan, no menos por la naturalidad y gracia de los pensamientos, que por la belleza de expresión.

Atterboom. En la sociedad crítico-literaria *La Aurora*, fundada en Upsala, y cuyos individuos y partidarios se designaron con el nombre de *fosforistas*, por el de su órgano en la prensa, distínguese Pedro Daniel Amadeo Atterboom, prosador y poeta de talento fantástico y gracioso, que procuró seguir las huellas de Shakespeare, Ossian, Klopstock y Goethe, y cayó en un romanticismo ridículo. Esto no obstante, algunas de sus obras son muy estimadas entre los literatos; sobre todo las que publicó bajo los títulos de *Liga de Rimadores*, *La isla afortunada*, *El pájaro azul* (fragmento de un grandioso drama romántico), *Historia de la poesia*, *El arpa de Eolo.*

Geier. La Suecia puede ufanarse de haber sido la cuna del célebre historiador é inspirado poeta Gustavo Geier. Él creó la *Sociedad Gótica* que se desarrolló paralelamento al romanticismo *fosforista* y pretendió activar el movimiento literario de su país. Para mejor conseguirlo precedió con el ejemplo en la cátedra, en la tribuna y en la prensa el infatigable Geier, publicando un sin número de disertaciones literarias y composiciones patrióticas, como *El último guerrero*, *El último escaldo*, *Cánticos religiosos*, *El nuevo Macbet*. Geier desempeñó un papel más importante todavía como historiador. Su *Historia de Suecia*, publicada en 1825, fué acogida por sus compatriotas con el entusiasmo que merece, y en sus estudios sobre *Gustavo III*, asesinado en 1792, y sobre los *Escritores de asuntos suecos durante la Edad Media*, se presenta como hábil narrador, filósofo y artista.

Vallin. Juan Olof Vallin es uno de los poetas más inspirados que ha tenido Suecia. Abrazó la carrera eclesiástica, habiendo alcanzado en ella ser arzobispo de Upsala, primado y jefe de la Iglesia sueca. Debe particularmente su fama á sus grandes cualidades de orador sagrado y de poeta religioso; pues aunque también cultivó otros géneros con éxito, sus mayores merecimientos literarios se fundan en la reforma del *Libro de los Salmos*, para el cual compuso 120 cantos originales, refundió los antiguos y tradujo algunos más. Tegner, su compatriota, le llama « el arpa del David del Norte », y por él blasona su patria de poseer la más rica y perfecta colección de cantos sagrados. Su última poesía religiosa fué *El Angel de la Muerte*, la más popular y encomiada de todas. Son admirables sobre toda ponderación las once primeras estrofas en que describe el poder de la muerte de una manera patética y vigorosa.

Tegner. El poeta sueco moderno más notable fué Isaías Tegner, Obispo de Bixio. Entre sus mejores producciones le ha dado celebridad en el extranjero, especialmente en Alemania, la leyenda histórica *Frithjofs* que publicó en 1825, y que, aunque basada en una tradición antigua, está presentada y ampliada con sentimientos modernos, y respira verdadero espíritu nacional. Este poema es bellísimo en su forma, y el éxito que ha obtenido excitó la imitación, pero con pobre resultado. Su obra mejor, *Gerda*, quedó sin concluir. Es también muy celebrado su *Canto de guerra de la guardia nacional escandinava*.

Runeberg. Como catedrático de elocuencia, crítico y poeta merece recuerdo muy especial Juan Luis Runeberg, cuyas obras tuvieron gran aceptación entre sus compatriotas. Sus *Poesías líricas* fueron muy en breve traducidas al alemán. En su época quedaron muy desacreditados los dos partidos literarios dominantes, los *godos* y *fosforistas*, pero sin que se presentara otro genio capaz de levantar la literatura sueca de su inanición.

Bremer. Entre los autores de novelas ocupan quizás el primer puesto dos mujeres, cuyas obras no tardaron en ser traducidas en otros idiomas, á saber: Emilia Flygare-Carlén y Federica Bremer. Esta última, dotada de espíritu precoz, hablaba varias lenguas y escribía versos desde la edad de ocho años. En 1828 publicó sus *Cuadros de la vida cotidiana*, de los cuales se hicieron varias ediciones que fueron seguidas de una coleción del propio género, con varias novelas. Las principales son: *El hogar doméstico*, *Guerra y paz*, *Hertha* y *La vida fraternal*. Encanta por el desenfado de su estilo y la descripción minuciosa de costumbres y paisajes. Cantú nos dice: « Escribiólas en oposición á la desmoralizadora embriaguez de novelas de moda ».

LITERATURAS ESLAVAS

RUSIA

Karamzin. Con Derdachim muerto en 1816, presentóse vigorosamente en la escena literaria el genio nacional sin producir, empero, niguna poesía verdaderamente popular. Más efecto produjeron los escritos de Karamzin, historiador que ganó el dictado de *Tito Livio ruso*.

Sus *Cartas de un viajero ruso* constituyen un cuadro de costumbres, de las influencias múltiples que ejercían las corrientes de los países occidentales en Rusia, como el sentimentalismo ossiánico de Rousseau y de *Werther*, que introdujo él en su patria, preparando así la transición al romanticismo. En conjunto recuerda esta obra el *Viaje sentimental* de Sterne, sólo que es más sencilla y revela más vigor que éste.

Ozeroff. El teatro ruso fundado por Lomonossoff, Sumarakossoff, von Vizin, Kiniaznin, Gniedic' y Trediakovsky recibió nuevo empuje de Ladislao Ozeroff, autor de las tragedias clásicas que intituló *Muerte de Oleg*, *Edipo en Atenas*, *Polixena*, *Fingal* y *Demetrio Donskoy*, la más aplaudida por su espíritu patriótico.

Es el primer poeta que supo con maestría romper lanzas con toda clase de imitación francesa é inspirar á sus héroes sentimientos y pasiones propias del carácter nacional.

Alejandro Chakofskoï. Dotado como Musset de una facilidad suma para asimilarse la inspiración ajena, sin perjuicio de la originalidad propia, siempre exquisita, cultivó la poesía épica y la satírica, mostrándose excelente en uno y otro género, aunque sin igualarse á sí mismo como poeta dramático, ni igualar tampoco á los grandes maestros en la epopeya, en la sátira y en el drama.

Las obras más felices de Chakofskoï, sin contar su brillante traducción de *El huérfano de la China*, son : *Débora*, tragedia; *El correo amoroso* y *Juan Susanin*, óperas; *Los paisanos*, *El Cosaco poeta* y *Lomonossoff*, zarzuelas; *Aristófanes*, *Kakadú*, *El nuevo Sterne* y *El agua de Lipatsk*, comedias : en las dos últimas se burla de un modo hiriente y gracioso de la escuela sentimental y romántica, cuyo órgano en la prensa era el *Arsamás*.

Así en estas producciones como en el famoso poema cómico *El robo de los capotes* aparece en el príncipe Alejandro Chakofskoï el hombre de talento, de fantasía inagotable, de combinaciones y formas deliciosas, sin que se interponga nube alguna entre el pensamiento y la expresión.

Puchkin. El poeta más grande de Rusia, aun al presente, tanto por su imaginación como por su lenguaje fino y culto es Puchkin, volteriano hecho y derecho, escritor sin propósito ni ideal, cortesano á la fuerza, empleado sin idoneidad y extranjero en su patria. Cuando salió del *Liceo francés*, en que se respiraba, como observa

Leixner, una atmósfera corrompida así en lo moral como en lo intelectual, alcanzaba Puchkin malísimo concepto, como emponzoñado por las obscenidades de las obras francesas, y vacío de corazón y de alma.

A la edad de 21 años concluyó su poema heroico *Ruslan y Ludmila*, del cual ya se conocían algunos fragmentos que le habían hecho admitir en la sociedad literaria *Arsamás*, fundada en 1815 por un núcleo de jóvenes románticos que combatieron el clasicismo francés.

Escribió diferentes historietas en prosa y verso, y algunas obras dramáticas sueltas, v. gr. : *Mozart y Saglieri*, *La fiesta durante el cólera*: pero era de aquellos espíritus que podemos llamar *byronianos*, es decir, que no supieron adaptarse á las condiciones de la época porque no la comprendían ni se comprendían á sí mismos.

Entre las demás obras de Puchkin figuran en primera línea *El prisionero del Cáucaso*, el drama *Boris Godunoff* y el poema ó novela en verso *Eugenio Onegin*, su obra maestra, casi una imitación de Byron (en el *Don Juan*), sin que por esto deje de ser obra original é interesante; porque el héroe es un retrato exactísimo de un hombre de la alta sociedad rusa, precursor del nihilismo, que conspira por venganza, sin objeto palpable, ó vive y se hunde en la crápula.

Lermontoff. Miguel Lermontoff, cuya vida azarosa, metida siempre en aventuras necias y duelos, terminó en el tercer desafío, cuando apenas contaba 26 años, es el verdadero Byron moscovita. Lirismo desenfrenado, ironía mofadora, y á veces melancolía profunda, son la base poética de este cantor de la región caucasiana. Inferior á Puchkin en armonía y perfección, le gana en dolorosa y vibrante intensidad. Era Lermontoff la nota sobreaguda del romanticismo, y muerto él empezó á decaer dejando plaza libre al realismo y naturalismo, cuyo fundador fué Gogol.

El poema individual de Lermontoff titulado *El Demonio* viene á ser, como escribe Pardo Bazán, el verdadero retrato del autor, de carácter descontentadizo, inquieto, de pasiones violentas, extremadas por un oscuro tinte de malevolencia y soberbia; tanto que sus amigos dicen que para describir á Lucifer le bastó con mirarse al espejo.

Gogol. Más meditabundo que Lermontoff y de propósitos más claros aunque limitados á un horizonte reducido, fué Gogol, cuentista, satírico, épico, novelista y dramático. En sus primeras obras formales se muestra romántico, dotado de un notable talento humorístico con su matiz melancólico. A medida que fué conociendo la vida de la capital paróse su imaginación sobreexcitada y morbosa, lo cual se transparenta en la elección de los asuntos y caracteres. Los héroes de las cuatro novelas *El retrato*, *La capa*, *En la carrera de Newsky* y *Memorias de un loco* mueren locos. Hasta allí donde el poeta quiere ser francamente humorístico y excitar la risa, como en su famosa comedia *El Revisador*, y la novela no concluida *Almas muertas*, no mueve á risa franca é ingenua. En la primera, *El Revisador*, presenta á todos los empleados del gobierno como una banda de nulidades y ladrones, y en la novela *Almas muertas* retrata la espantosa corrupción de la pequeña nobleza.

Bielinsky. El Lessing ruso, el crítico literario más notable en el período de 1830 á 1848 fué el pesimista Bielinsky que desde las columnas del periódico *El Contemporáneo* empezó por atacar la literatura romántica y pseudo-clásica, luego las bases sobre las cuales descansaba la sociedad y el gobierno rusos y finalmente las ilusiones de un imperio universal eslavo.

Bielinsky profesaba y enseñaba los principios naturalistas revelados por Gogol y pedia que el arte fuese fiel representación de la vida, y su objeto principal el estudio del hombre. Fué maestro y legislador intelectual de la gloriosa pléyade de los Turgueneff, Tolstoi y Gontcharoff, y asistió al completo desarrollo de una literatura nacional.

Hertzen. Entre los precursores del nihilismo figura en primera línea Alejandro Hertzen, escritor brillante y paradójico, gran soñador, agudo satírico, poeta negador, romántico é idealista á pesar suyo, escéptico y triste en el fondo del alma, socialista y revolucionario. Supo imponer sus doctrinas estéticas y su avanzado hegelianismo á los innovadores literarios, y después de algunos trabajos serios publicó sus célebres novelas *¿Quién tiene la culpa?* y *Doctor Krupoff*, que ganaron en Rusia inmenso renombre.

Su aspiración perenne, su programa fué siempre, no civilizar, no progresar, sino barrer el pasado de un escobazo, borrar, demoler, reemplazar lo que él llamaba barbarie senil del mundo por la barbarie juvenil; llegar hasta el límite de lo absurdo, son sus palabras, y en ellas va envuelto todo el nihilismo acompañado de la desesperación pesimista y de esa insensata proscripción del arte, la belleza y la cultura.

Destoiewsky. Destoiewsky, cuya formación literaria se redujo á caprichosas lecturas de Balzac, Sué, Jorge Sand y Gogol, presentóse por primera vez al público ruso en 1846 con una novela realista titulada *Gente pobre*, cuyo fondo lo forma la vida miserable del empleado ruso de baja estofa. La obra de Destoiewsky tenía un modelo, *El abrigo de Gogol*; pero logró superarlo en energía, en profundidad y en tristeza : porque si Destoiewsky invocase alguna musa, sería la de la hipocondría.

Para evocar, no toda la trilogía de la *Divina Comedia*, sino solamente *El infierno*, nada como el libro inspirado á Destoiewsky por el presidio : *La casa muerta*, llana relación del padecer de unos cuantos desgraciados en una miserable fortaleza siberiana, y acaso lo más profundo que se ha escrito sobre sistema penitenciario y fisiología criminal, sin excluir el libro del prisionero lombardo Silvio Pellico intitulado *Mis prisiones*.

Libre ya de su destierro compuso sus tres novelas principales, cuyos títulos solos parecen una pesadilla : *Los energúmenos ó demonios*, *El idiota*, *Crimen y castigo*.

En general podemos decir de Destoiewsky que en sus libros y en su vida parece un manojo de nervios, guitarra de tirantes cuerdas, ya alucinado, ya filósofo, ya frenético. Araña el alma, produce vértigos, pervierte la imaginación y subvierte las nociones del bien y del mal hasta un grado increíble.

Tolstoi. El nihilista y *místico* León Tolstoi después de la hermosa relación titulada *Los cosacos*, preparóse á obras de mayor empeño con novelas breves, entre las cuales *Katia*, que ya revela al sagaz conocedor del corazón humano y al gran escritor realista. Porque Tolstoi que sabe meter en color lienzos vastísimos, no es menos afortunado en el cuadro breve, y creo que no cabe sobrepujar sus novelas chicas, por ejemplo, *La muerte de Iván Ilitch* y la primera parte de la *Novela de un caballo*. Mas su fama la consolidaron dos novelas magnas : *Guerra y Paz* y *Anna Karenine*.

Guerra y Paz es el cosmorama de la sociedad rusa antes y en el tiempo de la invasión francesa; serie de cuadros que pueden llamarse los *Episodios Nacionales rusos*. El verdadero héroe de la epopeya de Tolstoi es Rusia, en su resistencia heroica al extranjero. La vasta incoherencia del alma rusa, su indisciplina mental, su vaguedad y su afición á digresiones, no pueden tener más acabado símbolo en las letras.

Asi como en *Guerra y Paz* se copiaba la sociedad de principios del siglo, en *Anna Karenine* se copia la sociedad contemporánea. En ambas novelas se advierte la necesidad de creer y ver claro en materias religiosas, la sed de fe.

Últimamente escribió apólogos edificantes, parábolas bíblicas, profesiones de fe y dramas populares.

En todas sus obras, al través del empeño que pone Tolstoi en despojarse de toda gala, en suprimir cuanto huele á retórica y á primor literario, la narración artística fluye, la descripción pinta, y la misma concisión suprema del estilo revela la mano del maestro, dueño de todos los recursos del arte, inspirado aunque no quiera.

Alejo Tolstoi. A la misma familia de León Tolstoi pertenece el conde Alejo Tolstoi, poeta lírico y dramático. Si como poeta lírico tiene algún rival, no así como dramático; pues es superior al mismo Ostrowsky, sobre todo por la pintura de caracteres, por la cadencia rítmica de sus versos, y por la belleza de su estilo. Entre sus obras líricas principales se cuentan sus *Baladas*. Las más aplaudidas de sus tragedias son : *El Czar Fedor Ivanovitch* y la *Muerte de Iván el Terrible*.

Turgueneff. Iván Turgueneff, émulo, rival y enemigo de Dostoiewsky, ocupa el primer puesto entre los novelistas eslavos modernos. Sus obras forman un monumento importante en la historia intelectual del pueblo ruso.

La célebre novela *Padres é hijos*, que publicó en 1861, es un retrato del *nihilismo especulativo*. Confrontó en ella la Rusia antigua con la moderna que calificó por primera vez de *nihilista*, sacando la conclusión de que ninguna de las dos tendencias podría crear una sociedad nueva. *Tierras vírgenes* es un retrato del *nihilismo activo* ó, como dice Daudet, « una pintura sombría de las nuevas capas que se agitan en las profundidades de Rusia ». *Humo* es una sangrienta sátira contra el exclusivismo y fanatismo nacional. *El nido de nobles* es el trágico dolor de la felicidad entrevista y perdida, del cielo que se entreabre y luego se cierra y se torna bóveda de bronce, sorda y helada. *Reliquias vivas* es una lágrima de compasión cuajada y engarzada en oro.

En éstas y otras muchas de sus producciones, como *Demetrio Rudine*,

Historias extrañas, *Maruja*, *El diario de un cazador*, se muestra Turgueneff artista, sobre todo, artista severo al modo clásico, dueño de los secretos de la forma, paisajista perfecto, narrador siempre interesante y sensual cual ningún otro.

El ya citado Alfonso Daudet, en su obra titulada *Treinta años en París*, escribe : « Turgueneff está lleno de perfumes del campo, de ruidos del agua, de limpideces del cielo, y se deja mecer, sin prejuicio de escuela, por la orquesta de sus sensaciones. La bruma eslava flota sobre todas sus obras y hasta su misma conversación parecía envuelta entre brumas. »

Ostrowsky. El drama ruso rayó en los límites de la grandeza trágica shakesperiana con el *Boris Godunoff* de Puchekin, el *Yermak* de Komiakoff y el *Falso Demetrio* de Ostrowsky, autor mucho más conocido por sus comedias llenas de alegría picante y gracia urbana, superiores, en su género, á todas las demás producciones de su nación. Sus comedias : *La Tempestad*, *Se encuentra lo que se busca*, *La pobreza no es vicio*, *El empleo lucrativo*, *No se vive como se quiere*, etc., no encierran todas las perfecciones que el genio cómico puede producir; pero en cambio están exentas de cuantas faltas alteran el efecto de las mayores perfecciones.

OPINIÓN DE NÚÑEZ DE ARCE SOBRE LA LITERATURA RUSA

« Los tenebrosos crímenes que han ensangrentado y ensangrientan el vasto imperio moscovita, cometidos por algunas de sus innumerables sectas religiosas, políticas y sociales, cuya formación se debe, quizás por iguales partes, á los rigores del clima, á las asoladoras doctrinas del materialismo contemporáneo, á los estragos morales ocasionados por una prolongada opresión, y á los alucinamientos místicos propios de una raza semi-asiática, empezaron á excitar, no sin razón, la curiosidad de Europa. Pero el exaltado patriotismo francés, que ansioso de contar con el eficaz auxilio de Rusia, en la contingencia de guerras más ó menos inmediatas, acaricia, abulta y ensalza cuanto procede de tan lejana región, es, ó mucho me engaño, la causa que más ha contribuído á despertar la atención del mundo sobre los sucesos, las obras y los hombres de aquel enorme Estado.

¡Ay! hace mucho tiempo que en ese inmenso calabozo, sin aire y sin luz, la poesía, si no ha muerto, ha enmudecido. En los albores de nuestra centuria, cuando las ideas de libertad y progreso, llegaron en las puntas de las bayonetas de Napoleón I, hasta el corazón de Rusia, la poesía sintió de improviso correr por sus debilitadas venas el fecundo torrente de la savia primaveral. Dos inspirados jóvenes, que había formado la musa de Byron, entonces dominadora, abrieron con páginas de oro el libro de la lírica rusa, tal vez poco original en un principio, pero exuberante y desordenada como la vegetación tropical. Era la hora de las ilusiones. Pronto el cansancio de una lucha estéril contra la resistencia cada vez más obstinada de las clases populares á entrar en el concierto de las naciones de Occidente, y la brutal persecución con que el despotismo se impuso á las tendencias innovadoras, apagaron el ardor de la

juventud inteligente que había soñado en la regeneración de la patria. El menosprecio en que fueron cayendo los principios que tan calurosamente había abrazado la parte mas ilustrada de la sociedad moscovita, el espectáculo de los demás pueblos de Europa, desgarrados por las facciones, y algunos años después, las consecuencias de la guerra de Crimea, que enardeciendo el patriotismo de la multitud, afirmó en la opinión y en el poder el predominio del viejo partido ruso, opuesto á todas las reformas, torcieron la dirección que aquel pueblo había parecido tomar, y la poesía, principal promovedora del movimiento fracasado, se encerró en el silencio más absoluto: porque las aves, cuando están tristes, no cantan.

Desde entonces hasta nuestros días, la enfermedad intelectual y social de Rusia ha ido agravándose, y bajo el yugo de un despotismo incurable, podría decirse que el pueblo ruso se ha vuelto loco. Su facultad soñadora se ha atrofiado, porque nadie sueña entre los horrores del tormento, y la actual generación ha renunciado por completo en sus relaciones con la autocracia á toda idea de transacción y de paz; de suerte que ya no hay en Rusia más que rebeldes ó resignados, pesimistas ó místicos. Aguijoneada por los dolores cada vez más intensos del mal que le aqueja, no siente los placeres de la imaginación, ni encuentra en ellos lenitivo á sus crecientes angustias; busca remedios, remedios por todas partes, remedios á toda costa, y su literatura, respondiendo á esta necesidad generalmente sentida, se ha transformado en inmenso laboratorio donde todo se sujeta al análisis, al experimento y á la disección. Pero á medida que adelanta en su estudio, su esperanza ya amortiguada, va disipándose más, y el nihilismo revolucionario y el nihilismo místico van apoderándose de su conciencia. ¿Qué amor puede tener á una sociedad en cuyo áspero engranaje, siempre en movimiento, deja deshechos su cuerpo y su alma? Cuando un pueblo llega á tal estado, no tiene razón de ser la poesía; el único género posible en su literatura es la novela social, donde le sea fácil ver y comparar hora por hora, minuto por minuto, los síntomas y los progresos de su cruel dolencia.

Un poeta ¡ uno solo! consigue todavía en medio de esta espantosa tribulación de los espíritus, hacerse oir con respeto de sus conciudadanos, y su voz, que permanece fiel á los altos destinos de la poesía, es voz de confortación y confianza. Apolo Maïcof, poeta esencialmente cristiano, se levanta con tranquila filosofía sobre el mortal desaliento ó la ira demoledora, y condena ambos extremos como manifestaciones distintas de un mismo mal : la debilidad del ánimo. Saber resistir, saber perdonar y, en último caso, saber morir, son para él los supremos problemas de la vida. El drama *Tres muertes*, que pasa por ser una de las obras muestras de Maïcof, desarrolla en forma enérgica y concisa este pensamiento, que después vuelve el autor á reproducir con mayor riqueza de pormenores, en otro poema del mismo género, titulado *Los dos mundos*. En el primero de estos dramas, no escritos para el teatro, el filósofo Séneca, el epicúreo Lucio y el poeta Lucano, complicados en una conspiración y condenados por Nerón á muerte, conversan por última vez mientras llega la hora del sacrificio, y expone cada cual, con admirable claridad, sus opiniones, sentimientos y creencias. Séneca, impasible, proclama en un arranque lírico la inmortalidad del alma; Lucano duda, se desespera y procura, aunque inútilmente, su evasión, y Lucio inter-

viene en el diálogo de sus compañeros ó, mejor dicho, le corta con sus escépticas y sarcásticas interrupciones. Un alumno predilecto de Séneca entra á verle á la sazón; refiere que una esclava ha sufrido las mayores torturas sin delatar á ninguno de los conjurados, y Lucano, al oirle, pasando, como todas las almas débiles, del decaimiento á la exaltación, teme parecer más cobarde que una mísera sierva, y en un arrebato de ira se da la muerte. Lucio, sin ilusiones y sin fe, muere burlándose como ha vivido, y sólo Séneca, que representa en este poema la fortaleza del varon constante, se salva. Antes de que tan inesperado desenlace termine la obra, Séneca exclama con ánimo sereno : « He perseguido en mi vida un solo fin, difícil de alcanzar : toda ella ha sido para mí hasta ahora una escuela de moral, y la muerte será mi última lección. Es esta una letra nueva en el eterno y extraño alfabeto de lo desconocido; es como el principio de una causa infinita cuyo sentido misterioso empiezo á desentrañar. Mi camino ha terminado, ¿qué importa? Por la vida se va á la eternidad, y ya columbro desde el umbral de la noche, la aurora de nuevas existencias. No estoy al borde de la muerte, sino al borde de la resurrección. — El mismo tema renace, como os he indicado, en los *Dos Mundos*, que, según la opinión unánime de la crítica, es la obra capital de Maïcof : sólo que el problema se plantea, no ya entre algunas victimas cuidadosamente escogidas por la tiranía, sino en el ancho escenario de la humanidad, y entre dos civilizaciones rivales. El poeta pone frente á frente la vieja y materializada sociedad romana, en cuya inteligencia se han extinguido todas las energías morales, y la humilde legión de Cristo, reclutada en las ergástulas, escondida en las catacumbas y diezmada en los circos, pero sobre la cual ha descendido el espíritu de Dios. Desarróllase el grandioso cuadro durante las horribles persecuciones neronianas, que alcanzan con tanta furia á los oprimidos como á los opresores, y unos y otros, aventados por la demencia del déspota, van, como leve hojarasca, arremolinados y revueltos hacia su trágico fin; pero ¡de cuán diferente manera! Los desalentados, los incrédulos y los corrompidos, mueren sin dejar detrás de sí más que el rastro de su sangre, como reses degolladas en el matadero, mientras los hombres de fé, los animosos y los purificados, mueren sentando las bases de una nueva y robusta civilización.

¿No es verdad que estas son las enseñanzas viriles con que la poesía debe sacudir y despertar la voluntad enervada de los pueblos que, como el ruso, fluctúan entre la desesperación y el abatimiento? Porque, ó yo me equivoco mucho, ó no es infiltrando en la conciencia de los hombres la idea de que la libertad moral es vago fantasma de su deseo, ni convenciéndoles de su impotencia definitiva para quebrantar las cadenas con que los esclavizan fatal é irremisiblemente las leyes de la naturaleza, los vínculos de la sociedad, su propio organismo, la configuración de su cráneo, hasta la sangre que circula por sus venas, como se les prepara é infunde valor para las grandes batallas de la vida. »

POLONIA

La literatura polonesa que es por una parte la menos original, es por otra la más importante de todas las literaturas eslavas. Latina de religión y de educación clasica, sus modelos han sido por lo general griegos y

romanos. En ella acaece lo que en España, que el pueblo es el poeta. Casi todos sus cantos son religioso-populares, llenos de dulcísimos afectos y de pensamientos é imágenes de una delicadeza sin igual.

Los últimos acentos de la Polonia expirante fueron « los del cisne antes de su muerte ». Jamás resonaron cantos más armoniosos en las riberas del Vístula, — dice el autor de los *Gritos del Combate*, — que los que fueron el preludio de la ruina de este pueblo heroico. Después, sus decaídos vates sentados en el sepulcro de la patria, ó errantes á orillas de extranjeros ríos, dejaron oir por algún tiempo sus cantos de desesperación y de guerra; mas con el volver de los años casi han venido á resignarse con su yugo, merced á la acción corrosiva que envenena á la melancólica Polonia.

El romanticismo en Polonia. El romanticismo que, después de la *Santa Alianza*, había inspirado nueva vida á la literatura europea, penetró puro en Polonia en 1840, y abandonadas las influencias del clasicismo francés, que á contar desde 1760 dominaba á los polacos escritores, empezó á despertarse el genio nacional. Las mismas desgracias nacionales habían hecho revivir el patriotismo, que antes existía tan amortiguado en Polonia como en Alemania, y produjo allí una literatura nueva á cuyo frente estaba el inspirado, elocuente y original Adán Mickiewicz. *La Religión y la Patria* he ahí el carácter distintivo de la literatura romántica polaca.

Mickiewicz. Adán Mickiewicz, uno de los más grandes poetas de las naciones de raza eslava, fué el fundador de la escuela romántica en la literatura polaca; pero aunque conocía las obras de Shakespeare, Byron y Schiller, no se entregó al sentimiento escéptico que dominaba á los poetas románticos alemanes é ingleses, que ningún ideal fijo tenían.

Dos sentimientos, *Patria* y *Religión*, dominan, como queda dicho, en los mejores poetas polacos y les da carácter, expresión, grandeza y energía varonil. Así se ve en las mejores producciones de Mickiewicz *Los Funerales*, *Grazyna*, *Conrado Wallenrod* (poema lleno de inspiración) y en su obra principal *Señor Tadeo* (poema épico lleno de bellezas desde la introducción conmovedora hasta el fin). Su narración es viva y las descripciones de paisajes son bellísimas; pero dejóse contagiar por la tendencia mística de su paisano Towiansky que había inventado una nueva religión, *El Mesianismo*, con el cual pensaba mejorar las condiciones sociales, y Mickiewicz quedó tan entusiasmado que publicó una obra en la cual trató de dar á este misticismo una forma científica. Antes de ocupar Mickiewicz en Francia la cátedra de literatura eslava, que regentó desde 1840 á 1844, añadió una tercera parte á las dos primeras de los *Dziady* (*Antepasados ó Abuelos*), colección de baladas y romances patrióticos publicados en 1822. Polonia agradecida ha honrado á Mickiewicz con una estatua en Posen, un busto en Roma, una lápida conmemorativa en la casa que habitó en Carlsbad, y un mausoleo en Montmorency, donde reposan sus restos.

Llowachi. Julio Llowachi, verdadero poeta *byroniano*, poeta por la gracia de Dios, había llamado la atención en 1830 por algunas canciones revolucionarias. En la colección que dió á luz dos

años después manifestó dotes poéticas de primer orden, pero en todas sus obras posteriores domina la presión melancólica y *mística* aunque sectaria, desde la narración poética *Lambro*, hasta la visión en prosa *Anhelli*; tanto que le perjudica la claridad de las ideas y sale no pocas veces de las reglas del arte. Lo mismo sucede en sus dramas. El titulado *Salomea* adolece del malhadado mesianismo, y lo mismo sucede con el fragmento *El rey Espíritu* que sin este falso misticismo sería digno de mayor encomio.

Krasinsky. El conde Sigismundo Krasinsky por sus dotes naturales era digno émulo de los anteriores y superior á ellos como lírico profundo, nobilísimo y virtuoso. Sus obras principales, *Salmos del porvenir*, el poema titulado *La Aurora*, los dramas líricos *La Comedia mundanal* é *Iridión* están llenas de innumerables bellezas conmovedoras y pensamientos profundos. Krasinsky es un Byron creyente y religioso : no odia ni desprecia el mundo como los poetas hastiados y sin embargo insaciables de placeres; pero también siente instintivamente que si cabe como todo el mundo en la nueva era, ésta no busca ni necesita genios puramente poéticos y por eso busca el poeta otro mundo en la religión.

Kraszewski. Al lado de los tres grandes poetas Mickiewicz, Llowachi y Krasinsky se distinguieron muchos otros, tanto líricos como dramáticos y narrativos más populares y *realistas*. Kraszewski cultivó con mucho talento la novela, primero imitando á Walter Scott, y creando después un género nacional independiente.

Fredro. El conde Fredro fué émulo del anterior en la comedia que tomaba sus asuntos de la vida nacional. Quien supo escribir obras tan magistrales como *La venganza del copero*, *La tía*, *Los Amigos*, *Marido y mujer*, *No quiero marido*, etc., bien merece ser apellidado « padre de la comedia polonesa ».

LITERATURA HÚNGARA

A fines del siglo XVIII entró el idioma húngaro en el número de las lenguas literarias y á fuerza de trabajo, de constancia, de imitaciones y traducciones de Milton, Young, Klopstock, Gillert, Wieland y otros, á más de todos los autores antiguos grandes y pequeños, llegó á crearse en Hungría una literatura independiente y original insignificante en su principio.

Cuando el emperador José II excitó el sentimiento nacional húngaro con su edicto de germanización en 1784, recibió la literatura húngara un vigoroso empuje. Los autores buscaron motivos nacionales y cultivaron con afán el idioma y la métrica. Ladislao de Szabo con sus *Cantos de amor* fundó la lírica cantable y Miguel Czokonai abarcó casi todos los géneros poéticos revistiéndolos de carácter genuinamente nacional.

Alejandro Kisfaludy. En Alejandro Kisfaludy, amante cual pocos de la literatura italiana, tuvo la Hungría el primer vate realmente notable. Publicó una serie de *Cuentos de la antigua Hungría*, una colección de dramas históricos que intituló *Teatro original húngaro* y sus cantos titulados *Amor de Himfy*, especie de novela en poesías sueltas que abundan en bellezas imperecederas. En ella no hay imitación : todo es húngaro, popular y encantador.

Carlos Kisfaludy. Escritor de más vastos conocimientos y más popular todavía que Alejandro fué su hermano Carlos Kisfaludy. De genio universal é imaginación brillante publicó un gran número de poemas, cuentos, dramas y comedias. Su obra maestra es *El estudiante Matías*.

Habiendo durante la vida merecido bien de la patria, en especial de la « República de las letras », sus compatriotas le erigieron después de la muerte un monumento y fundaron una asociación literaria que se honra con su nombre.

Vörösmarty. Los poetas húngaros modernos toman, como queda dicho, sus inspiraciones del amor á la patria. El más notable de su tiempo fué indudablemente Miguel Vörösmarty. Sus primeras composiciones líricas patentizan el deseo de hacer poesía nacional húngara independiente de la extranjera de cualquier época, país ó escuela. Lo mismo se advierte en sus producciones posteriores, sus dramas, su poema épico *La huida de Zelán*, publicado en 1825, y el himno nacional húngaro el *Szozat* que significa *el despertador*, el *Desperta ferro* y que en su género no tiene igual en ningún idioma.

Alejandro Petoefi Sandor. En el período de 1830 á 1848 creció lozana la literatura de este pueblo sentimental, á la vez que sagaz y enérgico, y muchos nombres de autores tanto líricos como prosistas podrían citarse, y habrían sido más conocidos y apreciados si no oscureciese su fama un astro de primer orden : Alejandro Petoefi Sandor, nacido en 1823 y muerto en la flor de la juventud en 1849.

Es el único artista en cuyos versos vibran, como en armonioso coro, todos los sentimientos y el alma del pueblo húngaro : su pasión, su lozanía y alegría de vida exuberante, la sensualidad, la satisfacción y el contentamiento cuando todo le va á medida de su deseo; la decepción, los lamentos y la desesperación cuando la suerte se le muestra adversa; el valor guerrero que ciego desprecia la muerte, y el indescriptible duelo que se apodera de su corazón cuando los desengaños é infortunios destruyen las ilusiones más queridas.

Como en su música nacional, así se refleja todo esto en las poesías de Petoefi, que por eso es el poeta nacional por excelencia.

En los pocos años de su vida trabajó mucho y produjo muchas obras literarias, narraciones poéticas, novelas de salón y de aldea, dramas y poesías líricas, todas notables, pero su mayor gloria se funda en las últimas que le aseguraron un puesto de honor entre los vates más célebres de todos los pueblos y épocas.

INDICE



1581 11. Buenos Aires. Imprenta Alfa y Omega. 1912.

